falta 2 hoj
DG
A

JORNADAS DE GLORIA

ó

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

T. 152372
C. 1191583

Manuel Bertrand.

Lit. Vazquez R. 31.

JORNADAS DE GLORIA

Ó LOS

ESPAÑOLES EN ÁFRICA

POR

DON VICTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, RELATORES, 15.

BARCELONA.
D. I. LOPEZ BERNAGOSI,
calle Ancha, número 26.

HABANA.
LIBRERÍA LA ENCICLOPEDIA,
O-Reylli, número 58.

1860.

Es propiedad del editor.

Barcelona.—Imp. de Luis Tasso, calle Guardia, núm. 15.—1860.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

INTRODUCCION.

«El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestros soldados y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que iremos á sus hogares á buscar la mas cumplida satisfaccion.»

Tales fueron las palabras que en un dia para siempre memorable en los anales de España, y en el seno del parlamento, pronunció el presidente del consejo de ministros, actualmente general en jefe de nuestro ejército de África.

La asamblea se levantó en masa movida por un solo sentimiento, y el grito electrizador de *¡Viva España!* hizo estremecer hasta en sus cimientos el augusto palacio de la representacion nacional.

A las patrióticas palabras del general Odonell contestó una voz bajo muchos puntos autorizada, un hombre bajo muchos conceptos respetable:

«Hoy, dijo Olózaga, hoy es dia de sentir la indignacion que causa al ver á un bárbaro y obcecado gobierno negarnos las justas satisfacciones que podemos tomarnos por nuestra mano; es dia de sentir el entusiasmo que esto despierta en el pueblo español; es dia de sentir la alegría que causa el vernos á todos unidos; y estos sentimientos, señores, elevan el alma á tal altura, que desde ella no podemos percibir las hondas divisiones que han existido y que aun volverán á existir entre nosotros; es dia de sentir el placer inmenso de que sea-

mos todos españoles, y nada mas que españoles, recordando los buenos tiempos de la antigua monarquía con los de la monarquía constitucional, llevando la gloria de nuestras armas al territorio de África, donde tanta alcanzamos en otra época donde hace siglos que nos está esperando.»

Y Olózaga tenia razon. Nuestra gloria nos estaba esperando en África hace siglos.

Al grito de *¡Guerra!* debieron estremecerse en sus tumbas nuestros grandes héroes, y las sombras de las víctimas caidas en la funesta jornada del Guadalete debieron cruzar vagorosas el espacio, mensajeras de justa venganza, haciendo oir do quiera el grito entusiasta de *¡Guerra al moro!*

El despertar de la España ha sido espléndido. Las naciones estrangeras han contemplado con asombro á esa tierra que creian profundamente aletargada y que estaban ya casi dispuestas á borrar del mapa desde que no la veian ocupar su asiento en los congresos europeos. Al rugido del leon ibero, el Atlas se ha estremecido en sus seculares cimientos, y España, irguiéndose armada y vencedora como Palas ante las naciones estranjeras, les ha hecho ver que era todavía el país de las grandes tradiciones caballerescas, la tierra clásica del valor y de la hidalguía, la patria de Pedro de Aragon y la cuna de Pelayo.

El sol de las Navas y de Lepanto vuelve á brillar en el cielo para España.

Ante este despertar espléndido y sublime, los corazones patriotas no pueden permanecer mudos ni los que blasonan de escritores entusiastas pueden permanecer callados. Todo ciudadano debe ocupar el puesto que le está designado en esta obra de rehabilitacion, como todo soldado ocupa su plaza bajo los pliegues de su bandera.

El autor de esta obra que por espacio de muchos años ha tenido marcado su puesto en la prensa periódica, se ve dolorosamente alejado de ella en el dia. Y como el militar retirado ó en reemplazo que al sonar la hora del combate vuela á ofrecer su espada, él se presenta, con su obra bajo el brazo, y ocupa el puesto en que cree poder prestar á su vez algun servicio á la madre patria. Ya que no puede compartir los peligros y los triunfos de sus compatriotas, cantará sus glorias.

Por lo demás, en nada se parece esta obra á las varias sobre el mismo asunto que hay en curso de publicacion. El autor no la ha publicado hasta que ha tenido los datos suficientes, hasta que cartas repetidas de los amigos que cuenta en las filas del ejército le han podido enterar plena y cumplidamente de los hechos, de la localidad, de los episodios.

Rico ya en datos y en noticias, comienza hoy su obra, á la cual para mayor variedad y amenidad ha procurado dar esa forma dramática y pintoresca que es generalmente la que mas agrada al público.

Sana y buena es su intencion. Esta obra, como tantas otras del autor, es hija esclusivamente de su entusiasmo pátrio y de su santo amor á la tierra en que ha nacido.

Barcelona 1 de febrero de 1860.

JORNADAS DE GLORIA

Ó

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

EL BAUTISMO DEL FUEGO.

I.

La obra que hoy comenzamos á escribir, no solo os hará conocer lo que es la España, sino que os enseñará á amarla.

La guerra que en la actualidad sostiene en África nuestro país, heróico siempre y siempre grande, es una verdadera y admirable epopeya. Es hija de uno de esos actos memorables en la vida de las naciones en cuyo corazon vive, inestinguible y eterna, la llama sacra del patriotismo.

El amor patrio es quizá el mas sublime de los amores por lo mismo que es acaso tambien el mas espiritual. El amor á la patria es una santa religion.

Tiene sus sacerdotes y sus soldados, tiene sus apóstoles y mártires.

Tiene la propiedad de haber hecho mas grandes á los hombres grandes.

Es dulce como la miel destilada por las abejas del Himeto, puro y casto como el que tiene una madre á su hijo, apasionado ó idólatra como el que puede abrigar por su querida el amante mas entusiasta, santo como el que profesa el sacerdote al ara, apacible y sereno como el que se tiene á Dios.

Vive despierto siempre en el fondo del corazon, como vive, res-

plandeciente y pura la llama eternamente alimentada en el fondo de la religiosa capilla.

Los demás amores, todos sin distincion, se debilitan ó debilitarse pueden andando el tiempo.

El de la patria no se debilita jamás.

El ángel de la patria acompaña al hombre desde que nace hasta que muere. Permanece en pié á su lado junto á su cuna, le acompaña pronto siempre á todo en su peregrinacion por la tierra, se sienta sobre la losa de su sepulcro.

La primera palabra que pronucia el hombre es la de *madre,* y diciendo *madre* ¿no dice por ventura *patria?*

Se oye comunmente á los blasfemos maldecir á la religion, á los santos, á Dios; atentan en sus blasfemias á las cosas mas sagradas. Sin embargo, nunca jamás les habreis oido maldecir á su patria ni blasfemar de ella.

Semilla de amor patrio da por cosecha frutos de grandeza, de heroismo y de virtud.

Al resonar el grito de *¡guerra al moro!* corriendo como una chispa eléctrica por toda España, la nacion hidalga y caballeresca en cuyos dominios hubo un tiempo que no se ponia el sol, se levantó movida por su patriotismo, ardiente en ella como la ígnea lava que arroja por sus vertientes el Vesubio.

Comprendió que en el gran reloj de los siglos habia sonado la hora de la venganza contra sus enemigos hereditarios y que habia llegado por fin el momento de pasar el estrecho é ir á buscar á los moros á su país, como ellos habian venido á buscarnos un dia al nuestro.

Diez siglos hace que la España estaba esperando este momento.

El ejército pudo convencerse de que la guerra era verdaderamente patriótica al ver que efectuaba su tránsito, sus descansos, sus embarques en poblaciones que lo recibian ó despedian en medio de los mas elocuentes vítores, en medio del entusiasmo y del delirio.

En Cadiz, en Málaga, en Algeciras, en el campo de San Roque, que era donde se iban acantonando las tropas para efectuar su embarque, el entusiasmo tenia algo de locura.

Algeciras y San Roque ofrecian un espectáculo que no hay términos hábiles para describir. El terrible azote del cólera, presentándo-

se como primera contrariedad de la campaña á poner á prueba el sufrimiento del ejército español, se cebaba en nuestros soldados, robando á muchos de ellos la gloria de morir con la muerte de los bravos, en el campo de batalla y de cara al enemigo. Lejos de amedrentar esto á la poblacion, sirvió solo para realzar su noble conducta. El paisanaje se disputaba el placer de albergar en sus casas y de cuidar como hermanos á aquellos hombres que estaban prontos á pasar al suelo estranjero á verter su sangre por la madre patria.

Y mientras tanto, un movimiento inusitado, una especie de agitacion febril reinaba en toda España.

Cataluña, palpitante de entusiasmo y estremeciéndose bajo su manto de montañas, ofrecia sus hijos reclamando la gloria de que fuesen los primeros en el combate, como un dia habian sido sus antepasados los primeros en pisar las abrasadas arenas del Oriente y en clavar la federal bandera de las gules barras sobre las vencidas cúpulas de Atenas. Aragon, recordando que un dia tuvo por escudo las ensangrentadas cabezas de cuatro reyes moros, se disponia á la lucha y al combate. Castilla agrupaba á sus hijos bajo la bandera nunca humillada de sus leones, la misma bandera que á los ojos atónitos del mundo plantó Isabel en las árabes torres de Granada. Asturias repetia la voz de guerra que iba á despertar en Covadonga los ecos adormidos desde que cesaran de oir la voz de Pelayo. Valencia evocaba los recuerdos imperecederos del Cid y de Jaime *el Conquistador*, terror de los moros en sus llanuras sembradas de flores, azote de la morisma en los cármenes amenos de sus eternos jardines. Y por fin, só el árbol de Güernica, los descendientes de los cántabros, los padres de provincia, llamaban á sus hijos á las armas con el mismo ceremonial que un dia les llamaron sus antepasados contra las huestes de Carlo-Magno.

En España no hay una provincia, una ciudad, un pueblo, un valle, un sitio por ignorado y apartado que sea que no guarde un recuerdo de una gloria alcanzada contra los hijos de Mahoma.

Los moros son nuestros enemigos de raza.

Desde el primer magistrado de la nacion hasta el súbdito mas infeliz y miserable, desde el que mora en el alcázar de nuestros reyes hasta el que habita en la pobre cabaña perdida entre las malezas del

monte, todos, á la voz de guerra, sintieron mover su corazon á impulsos de ese santo amor de patria; y el que no pudo contribuir con su brazo, se apresuró á hacerlo con sus ofrendas y sus dones.

Los municipios, las universidades, la aristocracia, las corporaciones, las órdenes militares, los establecimientos, las academias, el clero, los particulares, todos corrieron á ofrecer sus tesoros, sus bienes y riquezas. Los donativos llovieron de todas partes, las ofrendas fueron generosas y abundantes.

La lista de estos donativos y ofrecimientos es inmensa. Sobrepuja á todo cuanto se podia esperar.

Terrible es la guerra, espantosa, pero ¡bendito sea ese hidalgo sentimiento de amor patrio que nos ha permitido demostrar á la faz del mundo todo que el pueblo español, ahora lo mismo que en la guerra memorable de la independencia, lo mismo que en todas épocas, está unido como un solo hombre y compacto como un solo pensamiento siempre que se trata de guardar ilesa la honra nacional é inmaculada la gloria que ha heredado de sus padres!

¡Espectáculo sublime el que ofreció España toda al retumbar en los aires el primer grito de guerra!

Aquellos á quienes nos ha sido dado presenciarlo, guardaremos este recuerdo como un tesoro y un dia se lo contaremos á nuestros hijos para comenzar á sembrar en su corazon la semilla del mas puro patriotismo.

Y en lugar de menguar, este entusiasmo ha ido en aumento.

Segun la guerra ha ido avanzando y adquiriendo mayores proporciones, mas decidida se ha levantado la juventud española para correr al África; y en tanto que allí truena el cañon llevando en pos el horror y la muerte, en tanto que allí, sobre el suelo de la Mauritania que el ejército riega con su sangre á medida que va pasando, el soldado muere ó vence al grito de ¡Viva España! venciendo ó muriendo con júbilo porque vence ó muere por su patria, en las poblaciones de la península sus madres, sus esposas, sus hermanas lloran y oran por ellos, tiemblan á la noticia de cada parte telegráfico que llega, lo devoran con los ojos del alma mas que con los de la carne, respiran cuando saben que viven todavía aquellos á quienes aman, y vuelven de nuevo su pensamiento á Dios y su corazon á África, sin dejar por

esto de pasar los dias recogiendo limosnas y las noches haciendo hilas y vendajes.

Todas las manos se tienden para presentar su ofrenda mas pobre ó mas rica, todas las voluntades se unen para arbitrar medios con que socorrer ó premiar á los que derraman su sangre en la guerra contra los moros, todos los corazones impelidos por el mismo sentimiento y nutriéndose del mismo entusiasmo rivalizan en largueza, generosidad é hidalguía.

¡Cuadro imponente, magnífico espectáculo el que hoy nos ofrece España!

Es el de toda una nacion presa de un mismo sentimiento, de una idea única, de una aspiracion sola y de una sola voluntad!

II.

Es una historia lo que voy á contaros como son historias las que á esta seguirán.

Muchos de sus personages viven todavía, á algunos les conozco yo, á otros les conocemos todos.

Vamos á nuestra primera historia, que es la de un pobre soldado.

Poco tiempo despues de haberse recibido en Barcelona la noticia del ultrage hecho por los moros á España, derribando frente de Ceuta los pilares que marcaban las líneas divisorias de entrambos territorios y echando por tierra el escudo de nuestras armas colocado sobre uno de aquellos, y cuando se comenzaba ya á sospechar que la guerra seria inevitable, una pobre muger, á quien yo conocia de bastante tiempo, se presentó anegada en lágrimas en mi casa.

Esta muger, que vive aun, se llama Teresa Bello.

Y en tanto es verdad que vive, como que en el momento en que me he puesto á escribir estas líneas, acaba de salir de mi habitacion derramando tambien abundantes lágrimas, pero mas amargas, mas crueles que el primer dia á que he hecho referencia.

Decia pues que la pobre Teresa Bello vino á encontrarme un dia, á mediados de setiembre último poco mas ó menos.

Es viuda de un hombre honrado y valiente que sirvió en las filas liberales durante toda nuestra pasada guerra civil, y que conservaba de ella como recuerdo una herida que recibió en el sitio de San Vicente dels Horts y otra en la jornada de Peracamps.

El buen hombre murió dejando á su viuda tres hijos. De los tres, los dos quisieron ser soldados como su padre y se alistaron volutariamente bajo la bandera del regimiento de Granada. Aun hoy dia militan en sus filas y se hallan en el campamento del Serrallo. Las balas les han respetado hasta ahora.

La buena muger venia á decirme, el dia á que me refiero, que su tercer hijo, Domingo, el mayor de los tres, la abandonaba para hacerse soldado como sus hermanos.

Y Teresa Bello, al decirme esto, me lo decia llorando. Su corazon de madre adivinaba que iba á comenzar la guerra, que una vez comenzada, el regimiento de sus hijos entraria en campaña, y ella ¡la pobre madre! no pensaba por el pronto en otra cosa sino en que sus tres hijos irian á la guerra contra el moro.

Precisamente esto era lo que habia decidido al mayor á hacerse soldado: la guerra. A ello le impelia su patriotismo por una parte y por otra el deseo de compartir los peligros de sus hermanos menores y ser útil á entrambos con sus consejos, con sus cuidados y con su esperiencia. Era el hermano mayor y los dos le miraban como un padre hasta cierto punto. Domingo comprendió que dos deberes le llamaban á la guerra, el deber de servir á su patria en el momento en que esta iba á emprender una lucha contra una nacion estrangera y el deber de estar al lado de sus hermanos mientras durase esta lucha.

Ni ruegos, ni lágrimas, ni consejos, ni amonestaciones pudieron detenerle.

Domingo partió.

Pocos dias despues era soldado del regimiento de Granada.

La pobre Teresa ya no tenia hijos. Los tres pertenecian á su patria.

No tardó en saber que el regimiento de Granada pasaba al campo de San Roque á formar parte de la primera division bajo las órdenes del general Echagüe. Creíase entonces, y los hechos vinieron luego á confirmarlo, que esta division debia ser la primera en pisar el sue-

lo africano tomando posiciones y fortificándose desde la plaza de Ceuta hasta la sierra de Bullones para protejer el desembarco de los demás cuerpos espedicionarios.

Como todo el mundo, seguia yo entonces con interés las operaciones. Impelíame á ello tambien un objeto particular, á mas del que podia y debia tener como buen español interesado en la honra de mi patria.

Aquella pobre madre que tenia tres hijos en el mismo regimiento, destinado para ser uno de los que debian inaugurar la campaña, me interesaba sobre manera, comprendia que debia ser una situacion horrible la de una madre que solo tiene tres hijos y los tres entran en fuego y se baten el mismo dia, á la misma hora, en el mismo campo de batalla, uno al lado de otro.

A mas, Domingo al partir me habia hecho un encargo.

Amaba á una muger, á una jóven modesta y bella que habita uno de esos pintorescos pueblos, cercanos á Barcelona, enlazados á la capital por la via férrea. Es uno de esos blancos pueblecitos que hay posados entre el mar y las montañas y que viven eternamente arrullados por las olas que se estrellan á sus piés y aspirando los perfumes que de sus bosques de naranjos se desprenden sobre sus frentes.

La muger amada por Domingo se llamaba tambien Teresa como su madre.

Domingo la amaba con toda la fuerza de un primer amor.

El dia antes de partir fué á verla y á despedirse de ella.

La hizo comprender que su deber le llamaba á la guerra, su deber de español, su deber de hermano. Así como así, no podia aun casarse con ella porque, pobre y sin recursos, no tendria para mantenerla cuando no tenia apenas con qué alimentar á su madre.

Teresa lloró amargamente, y el jóven se separó de ella con el corazon despedazado, dejándola bañada en llanto, y sin poderla consolar con las esperanzas que hizo brillar á sus ojos de un porvenir mejor y muy cercano.

Al partir, Domingo, que era realmente un muchacho de corazon noble, me habia confiado un encargo para aquella muger en caso de que él no volviese de la guerra.

Quise disuadirle y dar un giro alegre á sus pensamientos.

— No, señor, me dijo, el corazon me dice que no volveré á ver ni á mi madre ni á mi amada.

Acepté el encargo, y Domingo partió despues de una conmovedora escena de lágrimas y sollozos por parte de su anciana madre.

III.

Declarada la guerra, S. M. la Reyna dió un decreto firmado el 3 de noviembre de 1859 nombrando al presidente del consejo de ministros D. Leopoldo Odonell, general en gefe del ejército destinado á operar en Africa. A mas, por medio de este decreto el indicado general quedaba autorizado para dictar cuantas medidas juzgase convenientes al mejor desempeño del mando que se le confiaba, para proponer la concesion de cualquiera gracia en favor de las altas clases, y recompensar desde luego sobre el campo de batalla hasta la de coronel inclusive.

Cuatro dias despues de espedido este real decreto, Odonell salia en tren directo hasta Tembleque en donde le esperaban las sillas de posta que debian llevarle á él y su comitiva á Cadiz.

Una vez en Cadiz el general en gefe, y despues de haber recorrido en el vapor *Vulcano* la costa africana, pasó una gran revista á las tropas y dió la órden del embarque.

El 18 de noviembre toda la primera division, al mando del general Echagüe, pernoctaba en Ceuta.

De ella formaba parte el regimiento de Granada.

Se queria celebrar el 19 de noviembre, dia de S. M. la Reyna, con la entrada del ejército en el territorio enemigo.

Al toque de diana, que aquel dia debieron oir estremeciéndose los soldados, pues que quizá les anunciaba el dia de su muerte, se bajó en Ceuta el puente de tierra y las tropas en trage de campaña formaron en la murálla donde se les repartió aguardiente y municiones.

Algunas partidas de cazadores salieron á la descubierta.

Formáronse en columna cerrada los batallones cazadores de Madrid, Barbastro, Cataluña, Simancas, Las Navas, Alcántara, Mérida,

los regimientos del Rey, Borbon y Granada, el regimiento de caballería de Albuera, cuatro compañías de ingenieros, veinte y cuatro piezas de artillería de montaña, sesenta guardias civiles y cuatrocientos confinados, á quienes se habia prometido rebaja de condena, segun los servicios que prestasen; desfilaron las tropas en presencia del general Echagüe, y avanzaron sigilosamente hácia el campo moro.

No habia aun amanecido, y mudas permanecian aun las baterías de la plaza esperando el primer rayo del alba para hacer la salva de ordenanza en celebridad del dia.

La vanguardia la formaban el regimiento de Granada y los batallones de cazadores de Cataluña y de Madrid.

Se habian cumplido los votos del Príncipado. Los soldados que llevaban su nombre eran de los primeros en pisar el suelo marroquí.

Iba á la cabeza de la vanguardia el brigadier Lassausaye, entre medio de la vanguardia y del cuerpo del ejército seguia el general Echagüe con parte de su estado mayor, las fuerzas del resto de la division iban á las órdenes de un mititar catalan, el general Gasset.

Durante el camino, que se hizo á paso doble, no se percibió el mas ligero ruido. La tropa iba andando muda y silenciosa.

En esto, empezó á asomar el dia, pero amaneció frio y lluvioso dominando el levante con terrible violencia. Comenzaban los elementos á declararse contra nuestros bravos que iban á tener que luchar con ellos al mismo tiempo que con los moros.

El silencio mas absoluto, tan recomendado en todas las órdenes del ejército, reinaba en aquella masa de soldados.

Nuestros valientes tropezaron primero con el edificio llamado *la mezquita*, que consiste en un edificio pequeño, de piedra y cal, de un solo piso y dividido en dos apartamentos, de planta cuadrada, cubierto todo con una bóveda de las llamadas de cúpula. El primer departamento, al cual se entra por un arco árabe, servia de mezquita, y el otro, al que otro arco de la misma forma da entrada, era el dormitorio de un *santon* que murió á manos de los cazadores de Madrid en la salida que habian hecho el dia 13.

Las tropas atravesaron un estenso bosque de arbustos y malezas y llegaron al pié del *Serrallo*, situado á un cuarto de legua poco mas ó menos del hasta hace poco campo neutral.

La fuerza enemiga, muy escasa por otra parte, que custodiaba este edificio, al ver desplegarse en batalla á aquellas tropas, á tan poca distancia, sin haber oido un tambor ni una corneta, apareciendo repentinamente como si hubiesen brotado de la tierra, se sobrecogió de tal manera que empezó á dar grandes alaridos, á disparar sus espingardas sin órden ni concierto, y á huir en todas direcciones.

Algunos, sin embargo, desde la torre cuadrada del *Serrallo* rompieron en un nutrido fuego, contestado con tan buen acierto por nuestra vanguardia, que se consiguió apagar sin mas que tres heridos por nuestra parte.

Pocos momentos despues, el *Serrallo* estaba en nuestro poder y la bandera del inmemorial del Rey era arbolada en su torre, mientras llenaban los aires los vivas entusiastas de los soldados y las músicas de los regimientos batiendo marcha real.

Sin ninguna resistencia asi mismo se apoderaron nuestros soldados de las alturas de *La mona*, *Pico del renegado*, y otras que forman parte de la misma cordillera y dominan el *Serrallo*.

«Ya la campaña queda abierta, escribió aquel mismo dia un oficial á un amigo mio; ¡ahora, que Dios proteja la buena causa!»

IV.

Tambien Domingo escribió aquella noche á su madre, sobre su mochila, en un mugriento pedazo de papel y á la luz de un cabo de vela sostenida por una bayoneta clavada en el suelo.

Tengo esta carta en mi poder, y la copio casi al pié de la letra.

Dice así:

«Mi estimada madre: ya nos hallamos pisando el suelo enemigo. Mis hermanos Federico y Dionisio están buenos. No pase V. cuidado por ellos ni por mí, que Dios nos protegerá. A su santa guardia nos confiamos y á la de Nuestra Señora la Vírgen María.

»Sepa V. que esta mañana nos hemos apoderado del Serrallo, que es un edificio de los moros medio arruinado. Los moros han huido asi que nos hemos acercado, y esta noche hemos visto brillar algu-

nas fogatas en las cumbres de las montañas vecinas, lo cual será sin duda señales que los enemigos se harán entre sí. Bien pudiera ser que viniesen á atacar esta noche el puesto que esta mañana no han sabido defender, pero si es así les daremos su merecido.

»Todos vamos muy animados, y, segun los bríos que tenemos, necesitamos doble número de moros. Que salgan de sus breñas y vengan á batirse con nosotros. Esto es lo que deseamos todos.

»Si hoy no vienen á buscarnos, mañana iremos á buscarles nosotros. El general Echagüe, que es el jefe superior de nuestra division, ha hecho un reconocimiento por las alturas, y los ingenieros que vienen con nosotros deben empezar mañana la construccion de dos reductos. Nuestro regimiento irá á proteger los trabajos. De modo que mañana tendremos fuego.

»Repito á V. que no pase cuidado ni por mí ni por mis dos hermanos. Yo cuido de ellos, estamos bien, y nada nos hace falta.

»En cuanto á tener valor y ánimo nos sobra. No se dirá de ninguno de nosotros tres que somos cobardes y que no sabemos pelear por nuestra patria. Ni mis hermanos ni yo nos dejaremos hacer prisioneros, pues dice que los moros tratan muy mal á los que cogen y les hacen sufrir muchos tormentos. Antes nos matarán que cogernos.

»Procure V. conservarse con salud, y ruegue V. por nosotros.»

Su hijo amante

Domingo.

V.

Tal es la carta que Domingo escribió á su madre. La he copiado casi testualmente.

El dia 19 pasó en efecto sin ningun episodio digno de atencion.

Segun Domingo decia en su carta, el general Echagüe practicó en persona un reconocimiento por las alturas que dominaban el *Serrallo*. A su vista no se ofreció otra cosa que una estension de frondosos bosques, en los cuales se veian aparecer de cuando en cuando algu-

nos moros que disparaban sus espingardas, ocultos en los barrancos y favorecidos por los árboles.

Nos causaron algunos heridos, pero á media tarde cesaron completamente en sus tiros, y el batallon cazadores de Cataluña, que ocupaba una buena posicion en Sierra Bullones y que habia sostenido el fuego con los grupos enemigos, recibió la órden de retirarse al campamento.

Este habia quedado montado en brevísimo tiempo. Las tiendas de campaña arrancaban del *Serrallo* formando anchas calles, y por todo el contorno del campamento se escalonaron algunas fuerzas que llegaban hasta las alturas inmediatas.

Los soldados encendieron hogueras, y pasaron parte de la noche en alegre bullicio, tan tranquilos y serenos como si estuvieran acampados en su propia patria.

La noche se pasó sin novedad.

VI.

El Serrallo y sus tradiciones históricas.

Aprovechemos los momentos que nuestros bravos consagran al sueño para hacer la descripcion del *Serrallo* y contar á nuestros lectores las varias leyendas que se refieren sobre los lugares primeros que en esta campaña han caido en poder de nuestras armas.

No ha sido esta la vez primera que los alrededores del *Serrallo* han sido regados con sangre española. Terribles combates han tenido lugar allí en otros tiempos, y creemos curioso para nuestros lectores el referirles los hechos que han llegado á nuestra noticia, registrando historias antiguas y modernas.

Comencemos ante todo por hacer la descripcion del edificio.

Este recinto, transformado en cuartel general así que los nuestros se apoderaron de él, es una de las construcciones en que se ve mas potente la arquitectura árabe. Aunque en estado ruinoso actualmente, se conoce haber sido un magnífico palacio, un suntuoso alcázar,

que se dice fué mandado edificar para residencia del emperador marroquí Muley Ismael durante el prolongado sitio que puso á la plaza de Ceuta á últimos del siglo XVII. Hoy no quedan ya sino los cimientos de la mitad del palacio.

En el centro del edificio existe todavía un gran patio con un algibe en medio y una galería cubierta al rededor. Varias de las habitaciones están llenas de escombros, otras medio derruidas, de modo que es difícil calcular el objeto para que sirvieron en sus principios. Lo que se conserva en mejor estado es la torre, de base cuadrada, con almenado árabe, sobre la que ondea hoy el pabellon español. Existe tambien en regular estado la que fué mezquita del *Serrallo*, que se conoce haber sido restaurada hace poco tiempo.

Inmediata, dice un testigo de vista, está la casa del alcaide, que así se denominaba el jefe moro del campo vecino á Ceuta. Esta casa tiene toda la forma de uno de esos antiguos castillos del tiempo del feudalismo: situada en un montecito, con sus aspilleras y una especie de torreon en el centro, se eleva como para servir de atalaya, sin duda para observar los movimientos de las guardias que teníamos avanzadas en la línea que dividia el campo moro del nuestro. Su interior ofrece muy poco: una sala baja con una cisterna al pié, y despues otra habitacion ennegrecida por el humo, sin nada de mueblaje ni adorno y todo completamente desmantelado.

Por lo demás, el sitio en que se levanta el *Serrallo* es delicioso. El espectáculo que desde allí se ofrece tiene mucho de pintoresco. Se divisan grandes bosques de encinas y de alcornoques; por encima del mar que se ofrece como un plateado espejo se ven á lo lejos las costas españolas; á un lado empieza un derrame de la célebre cordillera del Atlas, conocida allí con el nombre de Sierra Bullones, y se ven aparecer en lo alto de esta sierra los frondosos bosques que sirven como de muralla al pueblo de Anghera, que presta su nombre á una provincia.

Del *Serrallo* parten tres caminos, uno hácia el Norte en direccion á Tanjer, otro hácia el Poniente en direccion á Anghera y otro hácia el Sur en direccion á Tetuan.

Ya conocemos ahora la localidad: vamos á los hechos.

Hemos dicho que los alrededores del *Serrallo* han sido regados en

distintas ocasiones con sangre española, y nos proponemos dar cuenta de los principales encuentros que allí han tenido lugar entre las nuestras y las moriscas armas.

No es esta la vez primera que los españoles han llegado hasta el *Serrallo* y se han apoderado de él.

La primera vez que esto sucedió fué en 1720, siendo rey de España Felipe V. Poco tiempo hacia que Ceuta se veia libre del prolongado sitio que la pusiera el emperador de Marruecos Muley Ismael. En la corte de España surgió entonces la idea de hacer una espedicion al interior de África, y el rey Felipe V dió en setiembre de 1720 las órdenes oportunas para ello. El 19 de octubre empezaron á llegar á Ceuta algunas fuerzas; el 15 de noviembre desembarcó el marqués de Lede, nombrado general en jefe del ejército espedicionario, á quien acompañaban todos los demás generales que iban á sus órdenes y el resto de las tropas espedicionarias; el 16 del referido mes el general en jefe dispuso la primera salida para acampar sus tropas; y ¡rara coincidencia! las tropas del marqués de Lede se apoderaban de los alrededores del *Serrallo* el 19 de noviembre, á las cuatro de la mañana, el dia mismo y á la misma hora en que se han posesionado del mismo sitio las fuerzas del general Echagüe ciento cuarenta años mas tarde.

Cuentan las crónicas que acaecieron allí dos sangrientas jornadas. La segunda, particularmente, que tuvo lugar el 21 y que comenzó al rayar el dia para no acabar hasta que fueron á interrumpirla las primeras sombras de la noche, fué terrible, en especial, para los moros. Los españoles hicieron tanto destrozo en las filas de estos, que llegaron á formarse parapetos con los cadáveres, batiéndose y defendiéndose con arrojo y desesperacion tras de aquellas murallas de carne humana. El ejército marroquí hubo al fin de ceder, y aprovechó las sombras de la noche para abandonar el campo, marchando á situar su campamento en los *Castillejos* y dejando el *Serrallo* en poder de nuestras armas.

Sin embargo de esta victoria, el ejército español no avanzó mas allá. El general en jefe mantúvose por espacio de mas de dos meses, los mas crueles del año, diciembre y enero, en sus posiciones, sosteniendo, precisamente como hemos hecho ahora durante los dos mis-

mos meses, ataques contínuos y luchas diarias; por fin, viendo que no se le enviaban recursos ni se le reemplazaban siquiera las bajas, viendo por otra parte que se desarrollaban en las tropas muchas y graves enfermedades por la mala calidad y corrupcion de los víveres, decidió retirarse otra vez á Ceuta con todas las fuerzas, lo cual efectuó el 2 de febrero de 1721.

Once años mas tarde volvemos á encontrar á los españoles en el *Serrallo*.

Fué en 1732.

Se hallaba de gobernador de Ceuta D. Antonio Manso, que tenia renombre de gran soldado y esperto capitan. El gobernador dispuso una salida para escarmentar á los moros que siempre se acercaban á inquietar á la plaza, y nuestras tropas se posesionaron del *Serrallo*.

Hé aquí como en sus *Recuerdos de Africa*, obra muy útil y curiosa por cierto, cuenta este hecho el teniente coronel marqués del Prado:

«Habiéndose, dice, apoderado los moros del *Serrallo*, los árabes pusiéronles asedio desde las colinas inmediatas disparando unos y otros continuamente sus armas. El jefe de la cristiana gente cansado de tanto tiroteo, dispuso desalojar á los mahometanos de sus posiciones, lo que consiguió no sin obstinada resistencia. Los árabes al abandonar los parapetos de la primera posicion, fueron á reforzar los de la segunda, ocupando aquella los granaderos de la columna. El fuego era muy nutrido por ambas partes, que hacian los mayores esfuerzos para rechazarse: al fin los moros se arrojan á recuperar el perdido monte y avanzan con estrema osadía, despreciando el fuego vivísimo de los españoles que lo defendian; poco falta para que lleguen á la cumbre, pero los iberos campeones con rostro sereno y pecho firme esperan llegar á las manos: al fin, el Dios de la victoria la otorga á los españoles, y no tan solo fueron rechazados los mauritanos de aquella altura, sino que inmediatamente perdieron la segunda.

»Los guerreros de España, despues de dispersar al enemigo, regresaban á la ciudad, mas al llegar á las alturas del Morro, Tope y Otero, que ciñen el horizonte de la plaza, divisaron á los mauritanos que intentaban picarles la retaguardia; formaron las tropas en batalla, mas no avanzando el enemigo, comenzaron á desfilar para la pla-

za sin ser molestadas ni que sus ataques se atrevieran á impedir el paso del Rivero. Las triunfantes armas castellanas entran en la ciudad orladas de laureles, tremolando siete estandartes sarracenos, conduciendo cinco cautivos y cargados de mucha pólvora, espingardas, gumías, alfanjes, lanzas, puñales, arcos, flechas, objetos de mina y zapa, monturas, y muchas ropas y efectos de crecido valor.»

Tales son las tradiciones históricas que del valor español guardan los campos del *Serrallo*.

Volvamos á coger ahora el hilo de nuestra narracion.

VII.

Hemos dicho que la noche del 19 pasó sin novedad.

El 20 amaneció nebuloso y frio. El horizonte cargado y la capa plomiza con que se cubria el cielo indicaban que no tardaria en caer á torrentes el agua.

Decididamente, los elementos comenzaban á declararse contra nosotros.

Sonó el toque de diana, y á esta señal que repitieron con eco lúgubre los vecinos montes, la brigada Larrose levantó su campamento y se dirigió á tomar las alturas de los cerros inmediatos. La brigada efectuó su proyecto: no solo tomó las alturas, sino que descendió al llano por la otra parte. Se presentaron algunos grupos de moros y se trabó un vivo tiroteo, pero acabaron ellos por retirarse y quedamos dueños de las posiciones.

Aquella mañana tuvimos por resultado ocho heridos y dos muertos.

Aquella misma mañana los ingenieros comenzaron la construccion de dos reductos, uno en el *Alto de la mona*, á la derecha del *Serrallo* y otro á la izquierda, que luego habian de ser bautizados con los nombres de *Isabel II* y *Francisco de Asis*.

El regimiento de Granada, en el cual iban nuestros tres conocidos, fué destinado para proteger los trabajos de construccion.

A media tarde, un grupo de doscientos á trescientos moros intentó paralizar los trabajos y atacó al regimiento de Granada que se sostu-

vo bizarramente sin ceder un paso. Esta refriega se trabó en medio de torrentes de lluvia. Granada se mantuvo firme, y los moros acabaron por retirarse llevándose sus muertos y heridos.

El dia acabó sin mas novedad que una lluvia incesante y continua. Quedaron atrincheradas todas las posiciones y fortificado el *Serrallo*.

El 21 transcurrió sin novedad.

A pesar de la lluvia que caia incesantemente, y algunas veces á mares, se continuaron los trabajos del dia anterior. Los presidarios en particular trabajaron con un ardor indecible.

Algunos de ellos, protegidos por una compañía, recibieron órden de adelantarse para pegar fuego á los bosques, cuya espesura servia de refugio y guarida á los moros. Sin embargo, no pudieron conseguir su objeto. La humedad del terreno y de los árboles y la lluvia que caia á torrentes imposibilitaron el que pudiese prenderse fuego.

Tuvieron que retirarse.

El dia 22 fué tambien de prueba. A eso de media tarde aparecieron unos ochocientos moros en la falda de Sierra Bullones y frente al reducto que se estaba levantando en la *Altura de la mona*. El batallon de cazadores de Talavera, que protegia las obras, se vió casi sorprendido. Los moros se arrojaron sobre él dando salvajes ahullidos y dejando oir voces repetidas de *Alá! Alá!* que parece ser su grito de guerra.

Los bravos cazadores hicieron frente al enemigo portándose con admirable arrojo, y sostuvieron por espacio de mucho tiempo un incesante fuego, protegido por algunos certeros disparos de artillería que causaban no poco destrozo en las filas enemigas.

El batallon de cazadores de Simancas recibió aviso de entrar en fuego, y abriéndose en guerrillas, comenzó un nutrido tiroteo, al que vino á poner término el regimiento del Rey, que recibió órden de reforzar á las tropas que se batian, y cuyo primer batallon cargó á los moros á la bayoneta causándoles una pérdida tan considerable, que ya no volvieron á presentarse en ademan de atacar.

Tuvimos nosotros una pérdida de ocho muertos y cuarenta heridos, entre estos últimos algunos oficiales, y de este número el ayudante del general Gasset.

Los moros, como de costumbre, se llevaron sus heridos y muertos, protegidos por las sinuosidades del terreno y por los bosques y malezas que rodeaban los atrincheramientos, lo cual hacia imposible la persecucion.

El dia 23 transcurrió tambien sin novedad, quedando terminado en este dia el reducto de la derecha.

Tambien como los dias anteriores el 23 amaneció lluvioso y frio.

El campamento presentaba un aspecto triste. A los primeros rayos del alba los soldados abrieron una fosa para enterrar á sus compañeros muertos el dia antes. Nuestro Domingo fué uno de los que ayudó á sus camaradas en este piadoso servicio. Al arrojar con su pala el último puñado de tierra sobre los cuerpos de los que pocas horas antes estaban llenos de vida y valor, no pudo menos de enjugarse una lágrima que se deslizó traidora por sus mejillas.

Pensaba en su madre, en su novia, en su patria, pidió á Dios del fondo de su corazon que protegiese la vida de sus dos hermanos menores y que no le redujese un dia á la triste situacion de tener que arrojar sobre sus cuerpos el puñado de tierra que acababa de echar sobre la tumba de sus camaradas.....

En seguida, con los ojos arrasados en lágrimas, dirigió una mirada hácia las costas de España.

El mar rugia á lo lejos, azotado por la cólera del temporal, y levantándose en gigantes olas, cerraba el paso del Estrecho, incomunicando con España á quellos valientes campeones de la patria que se habian adelantado para sellar con su sangre y con el timbre de su gloria los comienzos de una campaña admirable.

Aquel dia fué muy triste.

El temporal amenazaba seguir impidiendo quizá por muchos dias que se recibiesen socorros, y, sobre todo, abastecimientos y material de guerra, necesarios entonces mas que nunca; la quema de los montes continuaba siendo imposible; los soldados tenian de noche que dormir sobre el barro y la humedad y batirse de dia en medio de torrentes de lluvia y con los piés hundidos en los charcos y en el lodo; y, para colmo de desgracias, el cólera, ese terrible azote, ese fiero é invisible enemigo con el cual no cabe lucha, se presentaba inopinadamente en el campamento amenazando hacer en él mas estragos que las moriscas balas.

Las circunstancias eran terribles, capaces de amedrentar á otros que no fuesen españoles.

Domingo enjugó la lágrima que á su pesar habia asomado á sus ojos al recuerdo de su patria, de su madre y de su novia, que estaba destinado acaso á no volver á ver, y se dirigió á su puesto.

Fué un momento de debilidad, pero pasajero. El valor y la firmeza de voluntad volvieron á recobrar en él su imperio.

Aquella noche le tocó estar de centinela en las avanzadas.

Domingo tomó su fusil, se envolvió en su capote, y se quedó inmóvil y fijo en el puesto en que le habian colocado, clavada la vista en el territorio enemigo.

Habia dejado de llover, pero el cielo continuaba tempestuoso. Ráfagas de un viento frio é impetuoso venian de cuando en cuando á azotar las lonas de las tiendas, derribando alguna que otra, y pasando luego á sumergirse entre los espesos bosques de los moros rugiendo como un coro de voces de condenados por entre los robustos árboles y enmarañadas malezas.

En los intérvalos en que el viento cesaba, todo permanecia mudo. Domingo aprovechaba aquellos momentos para inclinarse hácia el campo moro y escuchar. Todo permanecia tranquilo y callado. Era un silencio de muerte.

De pronto, Domingo sintió el rumor de unos pasos á sus espaldas, como viniendo del campamento. En medio de la lobreguez de la noche vió una sombra que se le acercaba.

La sombra no le dió tiempo para preguntar nada, porque le dijo en voz baja, pero no tanto que no pudiese llegar perfectamente á sus oidos:

—Soy yo, Domingo.

Era su hermano Dionisio, el mas pequeño, el corneta de órdenes.

—¿Qué diablos vienes á hacer aquí? le preguntó Domingo.

—El viento ha derribado la tienda en que dormíamos con los camaradas, echándola sobre nosotros, y no siéndome ya facil conciliar el interrumpido sueño, vengo á hacerte un rato de compañía. Cuando concluyas de hacer centinela, me iré á la tienda contigo.

Hubo un momento de silencio.

—Oye, Domingo,—dijo Dionisio á los pocos instantes.—Mañana vamos á tener un dia de jolgorio que ya! ya!

—¿Cómo sabes esto?

—Se lo he oido decir al capitan.

—¿Y cómo lo sabe el capitan?

—Lo sospecha porque se ha recibido el aviso de que hoy han llegado muchas fuerzas de moros de Tanjer y Tetuan, trayendo banderas, gaitas y tamboriles.

—Mejor.

—Ah! ¿tú crees esto mejor?

—Pues es claro. Cuantos mas sean, mas gusto ha de dar el batirles.

—Bajo este punto de vista tienes razon.

Domingo miró á su hermano.

—Dí,—le preguntó—¿tienes miedo acaso?

—¡Yo! Estoy esperando con impaciencia que me den la órden de tocar á ataque. En mi vida habré empuñado la corneta con mas gusto ni la habré llevado á mis labios con mas satisfaccion.

—Bien,—dijo Domingo estrechando entre sus manos la de Dionisio.—Considera que en estos momentos la patria todo lo espera de nosotros. El general en jefe no ha llegado aun, las demás divisiones se hallan todavía en España, y todo el mundo tiene fijos sus ojos en los que primero hemos desembarcado y pisado el suelo africano. Es preciso que en estos dias cada uno de nosotros valga por dos. ¡Qué gloria no seria para nosotros el vencer á esos condenados moros y darles una leccion terrible antes que llegasen nuestros camaradas de España!

—Es verdad.

—Así pues, si mañana hay combate, nada, ojo avizor, serenidad, calma, y apuntar bien para que cada bala se vaya á alojar en un pecho de moro. Por Dios, Dionisio, que me seas valiente! Mira que de otro modo deshonrarias á tus dos hermanos y á nuestro país. Ya sabes que en Cataluña no ha habido nunca cobardes.

Dionisio se atufó su pequeño bigote y lanzó una mirada á su hermano.

—Está bien,—le dijo este,—doy por no dicho lo que acabo de decir. Ya sé que cumplirás con tu deber, pero quiero tener la satisfaccion de escribir un dia á nuestra madre que has ganado una cruz. ¿Me prometes hacer todo lo posible para ganarla?

—Te lo prometo.

Y ambos hermanos se estrecharon la mano cordialmente.

Esta escena, que hemos procurado contar sin darle valor ni realce alguno, tenia lugar en medio de las sombras de la noche, pocos pasos distante del sitio en que quizá velaba el centinela moro.

VIII.

Amaneció el dia 24 triste, nebuloso y sombrío como los anteriores.

Se habia dado órden de empezar una batería al frente del *Serrallo* para colocar nuestras piezas rayadas, al objeto de que pudieran flanquear los reductos de derecha é izquierda y batir las cañadas.

Apenas se habia comenzado á poner mano á la obra cuando los moros, en número de mas de 2,000 vinieron á atacar el centro de nuestra línea.

El combate se hizo encarnizado y reñido.

Fué el primer dia que los enemigos se presentaron con mejor organizacion y bien dirigidos. Ya aquellas no eran kabilas salvajes y desordenadas, sino cuerpo de ejército organizado, moros de rey, en una palabra, como se les llama.

Despues de dos horas de fuego sin ventaja positiva por ninguna parte, los moros arrojaron sus espingardas, y, gumía en mano, se abalanzaron como un torrente sobre la artillería, de la cual deseaban apoderarse.

No hay que decir de que manera fueron recibidos ni con que valor fué defendido el reducto. Los artilleros tuvieron que trabar con ellos una lucha cuerpo á cuerpo, y muchos moros llegaron á asirse de los cañones, pero fué para morir sobre ellos.

Fueron terribles instantes aquellos.

Los artilleros tuvieron que hacer uso de su machete, la artillería empotrada en el lodo no podia hacer movimiento alguno, y sin embargo, los enemigos fueron rechazados.

Retiráronse, sí, pero fué para volver á la carga ciegos de rabia y

de coraje; así es que cansado el general de aquella salvaje insistencia, mandó que las tropas tomasen la ofensiva á su vez y cargasen á la bayoneta por ambos flancos.

El primer batallon del regimiento del Rey y el de cazadores de Simancas se encargaron de ejecutar este movimiento, siendo fuerza decir, para honra de nuestros soldados, que recibieron la órden con entusiasmo y que se lanzaron con gozo sobre fuerzas triplicadas al grito mágico y cien veces repetido de *¡viva España!* y *¡viva la reina!*

Los moros huyeron despavoridos por el sitio llamado *boquete de Anghera*, siéndoles imposible resistir el ímpetu valiente de los bravos que les arrollaban.

Aquel dia se comenzó á comprender que la bayoneta era un arma terrible y de efecto seguro para los moros.

Nuestros soldados cumplieron con su deber. Se batieron con brio, con serenidad, con entusiasmo, deseosos de probar á la faz del mundo que, aunque bisoños, son dignos herederos de las antiguas tropas españolas.

Tuvimos una pérdida de veinte y cinco muertos y setenta heridos, pero los enemigos la tuvieron cuatro veces mayor, sin embargo de que no pudo calcularse bien con respecto á los moros por el cuidado especial que tuvieron en retirar todos sus muertos y heridos.

No es de estrañar que pusieran este cuidado y que lo hayan puesto en todas las acciones. Los moros tienen sus costumbres en los entierros y quieren seguirlas con religiosidad.

Hé aquí la ceremonia que ejecutan, debiendo advertir que la estractamos de los viajes por Marruecos del célebre catalan conocido por el príncipe Ali Bey el Abbassi,—del cual hablaremos mas adelante—y de otros famosos viajeros.

Luego que muere un musulman, lo colocan en unas parihuelas, y lo cubren con su jhaik y algunas veces con ramas de árboles. En esta disposicion le conducen entre cuatro hombres y le acompañan gran número de personas sin guardar órden entre sí, ni dar alguna señal de luto, y marchando á pasos precipitados. La comitiva se dirige hácia la puerta de una mezquita á la hora de la oracion de mediodia: terminada esta, el iman anuncia que hay muerto á la puerta; todos se levantan para orar brevemente en comun por el reposo del

alma del fiel creyente, pero el cadáver no entra en la mezquita.

Acabada la oracion, vuelve la comitiva á ponerse en marcha, y camina siempre á pasos precipitados, porque el ángel de la muerte aguarda al individuo en el sepulcro para hacerle sufrir un interrogatorio y pronunciar el fallo que ha de decidir de su suerte. A cada instante se reemplazan los conductores, porque todos quieren contribuir á aquella obra de misericordia. Mientras dura el camino, todos van cantando versículos del Koran.

Llegado al cementerio y despues de una breve oracion, el cadáver es colocado en la huesa, sin ataud, y puesto sobre la tierra, un poco de lado mirando hácia la Meca, la mano derecha arrimada á la oreja por el mismo lado y como apoyada sobre ella: en seguida, dando tierra al cuerpo, la comitiva vuelve á la casa del difunto para dar el pésame á la familia. Durante este tiempo, como tambien desde el momento en que espira, y por ocho dias consecutivos, las mujeres de la familia se reunen para dar gritos espantosos que duran casi todo el dia.

Ahora bien, los moros creen que si dejan el cadáver de un compañero en poder de los cristianos, estos no lo entierran y por consiguiente el ángel de la muerte le espera en vano junto á su sepulcro. A mas, aun suponiendo que lo enterrasen, para ellos seria un sacrilegio el que no lo efectuasen poniéndole de medio lado y con la cara vuelta al Oriente ó á la Meca.

Hé aquí, pues, esplicado el afan que demuestran en retirar los muertos.

Antes de anochecer, volvió á reinar la calma en el campamento, y solo se oyó en toda la noche alguno que otro tiro á lo lejos, como si fuesen avisos que se daban los moros.

Nuestros valientes soldados, rendidos de fatiga, corrieron á entregarse al descanso para estar prontos al rayar el alba del siguiente dia, presintiendo que los moros volverian á atacarles con nuevo empeño para intentar vengarse de la leccion recibida.

Así fué.

El 25 nuevo combate, nueva victoria, pero rudo combate y victoria costosamente alcanzada.

Durante la noche del 24 pudo ver el general Echagüe desde el re-

ducto construido á la derecha del *Serrallo* que el número de hogueras que desde allí se divisaban en el país enemigo, era mayor que las otras noches. Hízole esto creer fundadamente que los moros habian recibido refuerzos, y quedó confirmada la noticia al amanecer del 25 por los partes que recibió del vigia del Hacho, comunicados por el gobernador de Ceuta.

Segun estos partes, un número considerable de enemigos, mas de 4,000 se estaban reuniendo al frente del reducto, á vanguardia del cuartel general. Echagüe tomó en su consecuencia las debidas precauciones.

Hasta las once de la mañana no hubo novedad. A dicha hora empezaron los moros su furiosa acometida, comenzando por disparar algunos tiros al aire, que es su señal de ataque, y lanzándose en medio de salvajes alaridos. Atacaron simultáneamente por el centro y por la derecha el *alto de la mona* y el *pico del renegado*, siendo recibidos por el brigadier Sandoval al frente del regimiento de Borbon y una batería de montaña.

Las fuerzas enemigas fueron rechazadas por el regimiento, que cargó dos veces, y se corrieron hácia el boquete de Anghera donde estaban los batallones de Alcántara y Madrid.

Lo que estos dos batallones hicieron entonces fué heróico.

A pesar de la muchedumbre de enemigos que los atacaba, reforzándose á cada paso con otros muchos que salian de los espesos bosques vecinos, pareciendo brotar de las entrañas de la tierra; á pesar de las infinitas bajas que sufrian, de hallarse en número considerablemente menor y de verse realmente envueltos por los contrarios, entrambos batallones sostuvieron sus posiciones sin perder un palmo de terreno y cargando distintas veces.

Veamos primeramente lo que hacian los cazadores de Madrid.

La séptima compañía de este batallon desplegada en guerrillas á la izquierda del *alto de la mona* fué la primera en romper el fuego, entrando á poco la octava en accion. Haciéndose el fuego muy vivo y nutrido, la octava compañía fué reforzada por la primera, y la séptima por una mitad de la cuarta, que desplegó á su izquierda.

La accion iba haciéndose mas seria á cada instante, los enemigos iban en aumento, y la séptima compañía quedó casi quintada por el

fuego certero de los moros, muriendo el teniente coronel, primer jefe, que habia corrido á animarla, y su capitan Galindo, y cayendo heridos tres oficiales. El subteniente Alaminos escapó milagrosamente de los moros que por dos veces distintas le cogieron.

El comandante Ochotorena, con un valor indomable, dió la órden de cargar á las dos compañías primera y octava, lanzándose espada en mano á la cabeza de ellas. Los soldados fueron recibidos por una lluvia de balas, el comandante Ochotorena cayó gravemente herido, y aun cuando se levantó con denuedo heróico dirigiéndose á su batallon y gritando: ¡viva la reina! ¡viva España! fué para volver á caer casi moribundo á los pies de los bravos que conducia á la gloria.

En el interin, la segunda y tercera compañías cargaban al mismo tiempo á la bayoneta sobre otro grupo crecido de moros, mientras que la cuarta, quinta y sesta, mandadas por el segundo comandante del batallon, que se puso á su frente así que hubo perdido los referidos jefes, impedian con su arrojo y bizarría que los moros llegasen á hacerse dueños del campo.

Al mismo tiempo poco mas ó menos se hallaba en una situacion próximamente igual y muy comprometida el batallon de cazadores de Alcántara.

Á los primeros disparos caia con una herida en la cabeza el bizarro capitan de la primera compañía. Al caer, una sola esclamacion salió de sus labios: ¡viva España!

Circuido de enemigos bien apoyados, sufriendo sus fuegos á quema ropa, el batallon Alcántara quedó desplegado en dos minutos del modo siguiente: escuadra de gastadores, primera compañía y una mitad de la segunda á la derecha de la posicion; tercera y la otra mitad de la segunda sobre la izquierda del boquete; la cuarta, quinta y sesta en el centro reforzando la primera, la séptima y la octava.

El grueso de los moros se echó sobre Alcántara en número cien veces mayor que el del batallon, que con una general é instantánea carga á la bayoneta, batiéndose cuerpo á cuerpo, logró, no obstante el crecido número de bajas que sufria, contenerlos y rechazarlos sucesivamente, ganando terreno, en cuyo movimiento quedó muerto el teniente Malavila y heridos otro teniente y el ayudante.

En medio de esta carga, que fué terrible para el enemigo, pues

se vió precisado á abandonar el terreno, á pesar de su obstinacion, tuvo lugar un hecho que debe referirse.

El asistente del oficial Sr. Malavila, al ver caer á su amo á quien queria entrañablemente, se arrojó furioso con la mayor abnegacion sobre el moro causador de su muerte y lo atravesó de un bayonetazo, lanzándose en seguida en medio de los enemigos, hiriendo y matando á cuantos se le oponian al paso, deseoso de vengar á su teniente.

Segun los partes oficiales, este bravo, que salió ileso, se llama Ramon Torrillo.

Otro hecho notable tenia lugar al mismo tiempo.

El padre capellan del batallon, D. Nemesio Francés, ansioso de prestar á los moribundos los ausilios religiosos, se hallaba cumpliendo con su ministerio en lo mas recio del combate cuando recibió un terrible golpe de espingarda que le asestó un moro. Volvióse repentinamente, y haciendo uso de una carabina que llevaba colgada á su espalda, disparó contra su agresor dejándole muerto en el acto.

A pesar de tan terrible y denodada carga á la bayoneta, los moros se rehicieron y atacaron con nueva furia y coraje.

El combate se hizo entonces mas encarnizado y sangriento que nunca, y á pesar de toda su bizarría y de su innegable denuedo, los cazadores de Alcántara se hubieran visto obligados á retroceder, si en aquel momento no hubiese oportunamente llegado el batallon cazadores de Talavera.

Avanzaron entonces unidos entrambos batallones y embistieron al enemigo, parte del cual se corrió á otro punto, haciéndose general la accion y tomando parte entonces en ella casi todas las fuerzas que tenia Echagüe á sus órdenes.

Los moros, que iban bien encaminados y dirigidos, ya no trataron entonces de flanquear las posiciones, sino que atacaron de frente en masas, y aunque en desordenada formacion, con notable intrepidez y con increible arrojo.

Parecian poner el mayor empeño en apoderarse de la batería apostada en el reducto, cuya construccion no estaba terminada todavía.

Los artilleros hicieron jugar sus cañones con admirable acierto.

Entre los moros que mas interés mostraron en apoderarse de los

cañones, distinguíanse unos que iban mejor uniformados y armados que el resto, perteneciente todo á las kabilas. Eran los moros llamados de rey que el general del ejército marroquí, situado entre Tanjer y Tetuan, habia destacado para el ojbeto.

Hubo un momento en que estos, aleccionados para el caso, arrojaron sus armas de fuego y arremetieron empuñando las gumías hasta llegar á la boca de los cañones. Su embestida irresistible se vió por breves segundos coronada del mejor éxito, y llegando hasta el sitio que anhelaban, á pesar de los disparos de metralla, consiguieron, como el dia anterior, trabar una lucha feroz y cuerpo á cuerpo con los artilleros que se defendieron con los machetes, escobillones y palas, mientras los oficiales lo hacian con sus espadas y sus revólvers.

La gloria quedó para los nuestros. Los enemigos fueron arrojados lejos del reducto, y por aquella vez fué escaso el número de muertos que pudieron retirar. Los mas quedaron en el campo de batalla.

Continuaba entretanto reñidísima la accion en toda la línea, hasta que el general Echagüe, conociendo que era llegado el momento de finalizar el combate, comunicó á los cuerpos la órden de un ataque general.

Como siempre, esta órden fué recibida con gritos de entusiasmo, y todas las tropas empeñadas en la accion se lanzaron á una sobre las rifeñas turbas, que, es preciso confesarlo, las esperaron por un momento á pié firme haciendo su última descarga.

Horribles fueron aquellos momentos postreros de lucha, dice un testigo ocular, imposible de describirlos la pluma mejor cortada. Un campo de turbantes y chacós se estendia á los piés de los combatientes, en medio de los moribundos, cuyos gritos desgarradores aumentaban el horror de la pelea.

Todos, unos y otros, revueltos y confundidos, saltaban por entre los cadáveres, apoyando sus piés en los destrozados miembros de las víctimas, calientes aun, de aquella terrible jornada.

En esto, el caballo del general Echagüe arroja un relincho, especie de gemido doloroso, se levanta sobre sus piés traseros, se vuelve, deja caer otra vez sus piés sobre el suelo, quiere lanzarse furioso, da dos ó tres saltos y cae arrastrando consigo á su ginete.

El general se incorpora inmediatamente y se levanta cubierto de la sangre de su caballo, pero ileso.

—Otro caballo! grita con voz ronca. No ha sido nada.

Le presentan otro caballo y vuelve á montar, gritando:

—A la bayoneta! á la bayoneta siempre! Valor y á ellos!

Continuó todavía la lucha por algunos minutos, pero el moro empezó á conocer que ya todo estaba perdido para él, y principió á retirarse sin desórden, pero una nueva embestida de los nuestros destruyó su línea, y entonces quedó completamente derrotado huyendo en todas direcciones y dejando en nuestro poder sus posiciones todas.

El general Echagüe, lleno de arrojo y de valor, se precipitó á la carrera por la cañada de la izquierda, seguido de su estado mayor. En aquel momento un grupo de cien moros, colocados como en emboscada para proteger la retirada de los suyos, hacian su última descarga. Una de las balas hirió al general llevándosele la yema del índice de la mano derecha y un poco del hueso.

El único grito de dolor que se escapó de los labios de Echagüe fué el de

—Adelante! adelante siempre! Victoria por la reina y por España!

Tal fué la jornada del 25 de noviembre.

IX.

«Tantas arremetidas, una tras otra—decia un oficial en carta particular fechada el dia de la citada accion—tal vez hagan formar una opinion exagerada de la tenacidad y fiereza de los moros. No hay que negarles estas cualidades, que en su mayor parte proceden del fanatismo religioso y de un ódio inveterado á los cristianos; pero bueno será no olvidar que su arrogancia procede tambien de las ventajas inmensas que les ofrece la aspereza del terreno y la formidable ciudadela que tienen á sus espaldas. Descienden de Sierra Bullones para sus rebatos, y en la Sierra vuelven á encontrar abrigo. Si nuestro ejército tiene alguna vez la fortuna de encontrarlos en campo raso, entonces se verá lo poco que sirve la fiereza, cuando no va guiada por el arte.»

Otra carta decia:

«El aspecto de los moros al atacar es terrible. La fisonomía en es-

tremo tostada, los brazos y las piernas desnudos, gritando como furias y á la desbandada. Esto debia producir cierta impresion, pero nuestros soldados los recibieron con la mayor calma, y cargaron luego sobre ellos con el mayor denuedo, dando ejemplo siempre los oficiales. »

En cuanto á su sistema de ataque, tal como lo demostraron en los dias 24 y 25, es de la siguiente manera:

Empezaban desplegando un peloton de cuatrocientos ó quinientos en el órden de ataque. Estos, formándose en desordenada guerrilla y guarecidos de los bosques, llevaban detrás igual número de hombres de reserva, pero sin armas. Los que iban sin armas tenian, por lo visto, el encargo, que ejecutaban con la mayor rapidez, de recoger y retirar los muertos y los heridos, reponiendo con las armas de estos las bajas de los combatientes.

Tras de esta reserva aun llevaban otra para ir sucediendo á los que entraban en combate.

Hechos memorables y dignos de eterna recordacion tuvieron lugar en la jornada que someramente hemos narrado.

Ya hemos referido alguno, y vamos á hacernos cargo ahora de los mas capitales.

Un bizarro soldado, asistente del capitan D. Federico Gomez, recibió dos heridas por querer salvar á su amo, no pudiendo al fin evitarlo.

Dejémosle esplicar el caso á él mismo y traslademos íntegra su carta escrita á un oficial que se hallaba en Valencia y á quien el indicado capitan Gomez habia nombrado su heredero por el testamento que hizo antes de partir al África.

Esta carta tiene demasiada elocuencia para suplirla con otra relacion.

Héla aquí:

«Sabrá V. como mi querido amo ha muerto como un valiente en el campo del honor. Yo tengo un balazo en el muslo y una herida en el brazo izquierdo, muy leve. Me tomo la libertad de escribir á V. porque quiero que V. sepa que no pude evitar la muerte de mi amo; que toda la division sabe que peleando á su lado, recibí las dos heridas que tengo, por lo cual me han dado la cruz de San Fernando, y que en quince años que llevo de servicio no me han visto temblar nun-

ca, y aquel dia lloré como un chico, pues hacia ya seis años que estaba con el capitan, y ahora habia hecho con él la guerra de Filipinas, á donde nunca hubiera ido, á no ser por no dejar á mi amo. Yo y todos, cuando le hicieron la primera herida, ya le queríamos llevar al hospital de sangre, y no hubiera sucedido nada; pero él nos gritaba: «Adelante, cobardes!» y todos le seguíamos matando moros, hasta que cayó del caballo diciendo: «¡Viva la reina!» y murió. Yo maté tres moros y un morito pequeño: todos gritaban de manera que aquello parecia un infierno. He entregado al capitan Cos todo lo que tenia del amo, así la ropa como veinte y cinco onzas, pues me han dicho que V. es el heredero.»

Tal es esta carta, que no tiene igual en su género.

El asistente autor de esta carta se llama Saboya, y se halla actualmente en Ceuta, convaleciendo de sus heridas.

El oficial, heredero de Gomez, regaló al asistente los 8,000 reales que declaró tener en su poder, añadiendo 2,000 mas de su propio bolsillo.

Veamos otro caso ahora.

La compañía de cazadores del primer batallon del regimiento del Rey se hallaba de servicio avanzado en los barrancos del boquete de Anghera, cuando fué atacada por cuatrocientos moros. En este rudo ataque la compañía sufrió alguna pérdida de muertos y heridos, cuyo número aumentó en sus movimientos de repliegue, á pesar de haberlo ejecutado en el mayor órden, combatiendo heróicamente al enemigo.

En estas maniobras de retroceso, un soldado, cuyo nombre es Francisco Lopez, advirtió que un camarada, un paisano suyo, mejor dicho su íntimo amigo, su hermano de armas Juan Molina, habia quedado herido en poder de los moros.

Al ver esto, volvióse á sus compañeros, y reprendióles amargamente por haberle abandonado. Todos se callaron, y entonces él, solo, movido por un sentimiento admirable de abnegacion, forma una resolucion heróica, arma su bayoneta, y atravesando la línea enemiga en medio de un fuego mortífero, llega al punto en donde quedó herido su amigo Molina, lo arranca de entre los moros, se lo carga en hombros y lo presenta á su compañía con todo su armamento y equipo.

«No sé que admirar mas en este hecho tan humanitario como heróico,—decia el comandante en jefe del primer cuerpo al general Odonell al darle cuenta del suceso,—si el valor que demostró en llevarle á cabo el soldado Lopez, ó los sentimientos nobles y generosos que le impulsaron á él.»

Este valiente fué el elegido por el general en jefe para recibir un magnífico premio que el Ateneo gaditano habia destinado para premiar una accion heróica llevada á cabo por un soldado.

Otros hechos, si bien menos notables que los anteriores, tuvieron asimismo lugar.

Un soldado á quien tenian que hacer en el mismo campo la amputacion de unas falanjes en la mano dérecha, al animarle para que tuviera serenidad en la operacion, contestó al cirujano:

—Corte V. por donde quiera, con tal que me deje un dedo para poder disparar el fusil cuando regrese á mi batallon.

Otro soldado fué herido en la cabeza. Su capitan le dijo que se retirase.

—Nó, mi capitan,—le contestó,—no me retiro hasta que me hieran en el pecho, que es donde está el valor.

Despues fué herido en el pecho y murió.

Un sargento al espirar esclamó:

—Mi coronel, mi coronel, muero contento porque muero por la patria.

Tales fueron los principales episodios de aquella memorable jornada. Con soldados como estos podria conquistarse el mundo.

Y adviértase que los que de este modo se batian eran soldados bisoños, hombres que por vez primera oian silbar las balas, debiendo habérselas por vez primera con aguerridos y fieros montañeses, con moros salvajes y montaraces impelidos por odio feroz á nuestra raza.

Falta relatar otro episodio que dice mucho en favor de nuestros bravos.

Ya se ha dicho que en una de las cargas cayó muerto el teniente coronel, jefe de cazadores de Madrid. Diez ó doce moros se abalanzaron al cadáver para decapitarlo y poderse llevar en triunfo su ensangrentada cabeza. Algunos cazadores vieron la accion y se precipitaron á su vez para impedirlo. Trabóse una lucha desesperada,

terrible, murieron seis moros en ella y tres cazadores, pero acabaron estos por conseguir su intento, retirándose triunfantes con el cadáver de su querido y heróico jefe.

Y mientras esto sucedia, mientras tenia lugar esa serie de combates, de ataques, de cargas y retiradas, los ingenieros, impasibles, ayudados de algunos presidários terminaban la construccion del reducto sobre el camino de Tanjer, sufriendo durante las obras el fuego incesante del enemigo y dejando de vez en cuando el pico y la pala para tomar el fusil y quemar algunos cartuchos.

El mismo cuerpo construia, siempre en idénticas circunstancias, la batería del *Serrallo* que fué luego artillada con cañones rayados de la primera brigada.

¡Admirables reductos estos levantados al silbar de las balas y con piedras teñidas de sangre de valientes!

X.

Hora es ya de que hablemos un poco de los tres hijos de la pobre Teresa.

Siempre que el regimiento habia entrado en fuego, los tres habian cumplido con su deber. Domingo y Federico particularmente consiguieron que sus jefes les distinguiesen.

El dia 25 por la noche Domingo y Dionisio estaban con otros camaradas calentándose á una hoguera que habian encendido cortando árboles del bosque inmediato. Federico se habia retirado así que rompió la noche, quejándose de un violento dolor de cabeza y diciendo que iba á tenderse un poco.

Todo era bulla y animacion en tórno de aquella hoguera. Los soldados encontraban como el medio mejor para descansar de sus fatigas de la jornada, el pasarse allí la noche charlando sobre la accion del dia, contando cuentos y alegrándose y divirtiéndose como si no acabasen de tener un rudo combate y como si no fuese probable que al asomar el alba tuviesen que andar otra vez á tiros con los moros.

Tal es el soldado español. Valiente y atrevido en la lucha, alegre y decidor cuando esta ha terminado.

Ya no se acordaban del fuego nutrido que habian tenido que sostener durante el dia, sino para loar á aquellos que mas se distinguieran. Ya no se acordaban de los peligros por que habian atravesado, sino para prometer que se vengarian en los enemigos al dia siguiente. Ninguno de ellos pensaba en que quizá no estaba destinado ni siquiera á ver nacer el próximo sol.

El comportamiento del soldado era admirable en aquellas circunstancias. La muerte le rodeaba por todas partes. A su frente tenia unas turbas salvajes é indisciplinadas, sedientas de sangre, hambrientas de botin, deseosas sobre todo de satisfacer su odio de raza y de religion y su venganza de vencidos. Y luego, otro enemigo mas terrible aun que el que tenian en frente, acababa de introducirse en el campamento: el cólera.

Dios queria probar á la hueste espedicionaria por todos los medios, por el de enemigos bárbaros y feroces, por el de los peligros contínuos, por el de un clima contrario, por el de los elementos desencadenados y, finalmente, por el de la peste.

Pues bien, en medio de todo esto, el soldado estaba alegre y contento, y en torno de la hoguera mencionada, á cuatro pasos del lugar en que habian sido enterrados los cadáveres de aquel dia, á un tiro de fusil del enemigo, en torno de aquella hoguera, decimos, todo era bulla y algazara.

Nadie hubiera creido que aquellos hombres se hubiesen batido como héroes durante el dia y que estuviesen esperando la hora de batirse nuevamente.

El cielo estaba negro como si fuera una bóveda de ébano y hacia un frio intenso y vivo. A pesar de estar envueltos los soldados en sus capotes y hallarse junto á la lumbre, se apretaban unos contra otros como para resguardarse mejor del aire penetrante de la noche. En medio de la oscuridad se veian blanquear las telas de las tiendas, y mas allá, en lo alto, se veian interrumpidas las tinieblas por una masa mas negra y sombría. Era el *Serrallo*. A lo lejos, se oia el rugido del mar que se agitaba turbulento y tempestuoso. Parecia la voz lúgubre y cavernosa de un monstruo que se quejaba. El grito de alerta de los centinelas que iba repitiéndose como de eco en eco hasta estinguirse, iba de cuando en cuando á dominar todos los rumores del campamento.

Mientras que á pocos pasos de la fogata un soldado decia á otros dos que el general Echagüe, á pesar de la herida que habia recibido, no queria retirarse á Ceuta; un cabo que aquella tarde habia ganado los galones de sargento en el campo de batalla reemplazando al sargento de su compañía muerto gloriosamente, estaba narrando un picaresco cuento al numeroso auditorio que se agrupaba junto á la llama de la hoguera. Va sin decir que el cuento tenia su buena cantidad de color verde. El narrador lo contaba con la gracia, la verbosidad y la gesticulacion peculiares á los andaluces, pues que el cabo era de aquel hermoso pais, y el auditorio, al cual se habia mezclado una traviesa cantinera, reia á carcajada suelta.

En lo mejor del cuento estaba el narrador, y todos le escuchaban con los ojos fijos en él sin acordarse de que habia *moros en la costa*, cuando un soldado que acababa de llegar se acercó á Domingo y le tocó en el hombro haciéndole seña para que le siguiese.

Domingo se levantó, y tan profunda era la atencion que prestaban todos al cuento, que nadie reparó en el camarada que se iba.

Así que hubo dado algunos pasos fuera del círculo proyectado por la luz de la hoguera, Domingo preguntó al recien llegado:

—¿Qué sucede? Hay algo de particular, Pepe?

—Tu hermano está muy malo. Pregunta por tí y quiere verte al momento.

—¡Dios mio!—esclamó Domingo.—¿Le ha atacado el cólera?

—No lo sé, pero le considero enfermo de gravedad.

—Voy corriendo,—dijo Domingo.

Y despues de haber dado algunos pasos, se volvió diciendo á su camarada:

—Oye, Pepe. No hay que decirle nada á Dionisio que está muy entretenido oyendo el cuento y se alarmaria sin motivo quizá. Si hay necesidad de él, ya volveré á buscarle. Ni una palabra pues.

—Pierde cuidado.

Y Domingo se alejó apresuradamente volando al lado de su hermano.

Encontró á Federico en su tienda, tendido sobre un monton de paja, envuelto con su capote y unas mantas que le prestaran los camaradas.

—Federico, Federico ¿qué es lo que tienes?

Federico se volvió con pena hácia su hermano.

—No sé,—dijo con voz bastante débil,—tengo una calentura que me abrasa y la cabeza se me parte de dolor.

Domingo se arrodilló en la paja, inclinóse sobre su hermano, le tocó la frente é introdujo sus manos bajo las mantas como para tomarle el pulso.

—En efecto,—le dijo—estás ardiendo.

—Estoy malo, Domingo, muy malo. No puedo ni incorporarme siquiera.

—Esto no será nada,—le dijo su hermano para darle ánimo.—Voy á buscar el físico y le pediré que venga á verte.

—Ahora mismo ha estado aquí.

—Y qué te ha dicho?

—Que esto puede ser un tifus y que iba á dar órden para que me llevasen al hospital.

—¿Ves? No tengas cuidado,—dijo Domingo consolándole y tratando de ocultar su inquietud para no alarmarle.—Un par de dias de cama y se concluyó. Es un fuerte constipado que habrás cogido esta tarde al pié del reducto.

—He tenido que estar una hora metido en el barro que me llegaba hasta media pierna, aguantando como todos vosotros el chaparron que nos ha caido encima.

—Pues esto es. No te alarmes, que esto no será nada.

Todas estas reflexiones se las hacia Domingo para disipar cualquiera idea que pudiese tener de haber cogido el cólera.

—Nó, no me alarmo, pero estoy desesperado.

—¿De no poderte batir mañana? Yo te prometo hacerlo por tí y por mí.

—Oye, Domingo,—dijo el enfermo.—Oyeme bien, pero antes dime si hay alguien en la tienda, y pueden oirnos.

—No hay nadie.

—Bájate, pues, y escucha.

Domingo se dejó casi caer en la paja acercando su rostro al de Federico.

—¿Qué es lo que hay?—le preguntó con solicitud.

—Te digo que estoy desesperado de no poderme tener en pié. Lo he probado despues de haberse ido el físico y antes que tú vinieras. Cuantas veces lo he intentado he vuelto á caer. Las rodillas se me doblan, comienzo á tiritar de frio, no tengo fuerzas ni para levantar un brazo y tengo que tenderme de nuevo.

—¿Y para qué hacer esas pruebas?

—Voy á decírtelo. Ayer me contó Dionisio que le habias hecho prometer que ganaria una cruz.

—Es verdad.

—Tú eres nuestro hermano mayor, nuestro padre, y cuando le hiciste esta recomendacion á Dionisio tan solo, fué sin duda porque creiste que á mí, que soy menor que él, no debias hacérmelo, pues en tu mente dabas ya por seguro que yo me ganaria la mia sin necesidad de encargármelo.

—Es así.

—Gracias por este pensamiento, mi buen hermano. Yo, pues, que así lo comprendí, me avergoncé de no haberla ya ganado en los cuatro ó cinco combates que llevamos, y marchéme á encontrar á nuestro capitan, que es tan bueno, diciéndole y suplicándole que procurase colocarme en un puesto donde me fuese fácil distinguirme para ganar una cruz.

—Esto hiciste?

—Sí.

—Y el capitan ¿qué te dijo?

—Me prometió procurarme esta ocasion. Y lo ha cumplido.

—¡Cómo!

—Este mediodia, en lo mas fuerte del fuego, cuando hemos atacado á la bayoneta á aquel peloton de moros dispersándole y quedándonos en la posicion que ellos ocupaban, el capitan, que sin duda ha visto lo que habia hecho por mi parte, se ha acercado á mí y me ha dicho: Bravo, muchacho: esta noche te daré una comision para ganar la cruz y algo mas.

—¿Y luego?

—Y luego, cuando todo ha concluido, me ha dado la comision.

—¿Te la ha dado?

—Sí, y esto es lo que me desespera.

—¿Por qué?

—Porque esta maldita enfermedad me imposibilita.

—¿Qué es, pues, lo que tenias que hacer?

—Doce hombres elegidos por el capitan debíamos salir hoy á la una del campamento sin que nadie lo supiera, en el mayor sigilo y con la mas profunda reserva. No sé á donde debíamos ir porque el capitan no me lo ha dicho tampoco, pero sé que se trata de algun servicio muy importante. Parece que debia guiarnos ese renegado que anteayer se pasó á nosotros.

Efectivamente, un renegado se habia acogido al campamento, huyendo de los moros.

—¿Y quiénes son los otros once camaradas?—preguntó Domingo.

—No lo sé. Ninguno lo sabe de otro. El capitan los ha elegido uno á uno, y como á todos ha encargado el secreto, no debíamos saberlo uno de otro hasta encontrarnos reunidos á la una de la madrugada junto á la tienda del capitan.

Es preciso advertir á los lectores que toda esta conversacion fué en voz baja, interrumpida á menudo por los acentos dolorosos que su malestar arrancaba al enfermo, el cual estaba haciendo realmente supremos esfuerzos para hablar.

—Ya ves, Domingo,—añadió el pobre Federico,—que me es imposible ir. Me caeria redondo á los dos pasos. Te he contado, sin embargo, todo esto porque necesito de tí.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que vayas á ver al capitan y le digas el estado en que me encuentro, que le manifiestes mi desesperacion, mi.....

En esto se interrumpió Federico y sacando sus dos manos de entre las mantas y llevándoselas á su frente, esclamó:

—¡Dios mio! Y si el capitan me cree un cobarde!.... ¡Un cobarde!—repitió con exaltacion.

Y al decir esto hizo un esfuerzo desesperado para levantarse. No pudo conseguirlo. La postracion de sus fuerzas físicas era completa.

Domingo trató de calmarle y lo consiguió á duras penas.

Afortunadamente, el delirio vino en ausilio de Domingo. Pocos momentos despues, el enfermo empezó á perder el conocimiento de las cosas y á desvariar completamente. La calentura se le habia subido á la cabeza.

Domingo entonces pidió á un camarada que entró en la tienda que fuese en busca de Dionisio.

Este no tardó en llegar enterándose con sorpresa del estado de su hermano.

Como es de suponer, Domingo no le dijo una palabra de la conversacion que acababa de tener lugar, y aun cuando Federico en su delirio hablaba del capitan y de una comision, y repetia varias veces la palabra cobarde, lo achacó todo á su delirio, tanto mas cuanto que eran frases incoherentes é imposibles de enlazar.

A esto era ya mas de media noche.

Dionisio permanecia al lado de Federico cuidándole y procurando que en su delirio no se destapase, pues el físico habia encargado sobre todo que estuviese muy recogido. Domingo estaba sentado en el suelo, cruzado de brazos, y reflexio nando profundamente.

Al cabo de media hora, poco mas ó menos, continuando cada vez en aumento el delirio y el frenesí del enfermo, Domingo se levantó como hombre que ha tomado una resolucion y que se dispone á llevarla á cabo sin titubear.

Acercóse al grupo que formaban sus dos hermanos, y encargó á Dionisio que cuidase mucho á Federico y que no le abandonase un momento, mientras no se lo impidieran los deberes de su servicio.

Dionisio por única contestacion clavó en él una atónita é interrogadora mirada.

—Pues, ¿á dónde vas tú?—le dijo.

Domingo se turbó un poco, pero reponiéndose, dijo en seguida:

—He cambiado mi turno de centinela con un camarada, y no podré volver hasta dentro dos horas lo menos. Adios, Dionisio.

Y volviéndose hácia el enfermo, le dijo tambien:

—Adios, Federico.

El enfermo no le oyó siquiera.

En cuanto á Dionisio no contestó tampoco. Siguió con la vista á su hermano en quien encontraba algo estraño que no acertaba á esplicarse, le vió tomar la mochila, apretarse las correas y empuñar el fusil. No le dijo una palabra, pero su mirada atónita le acompañó hasta perderle de vista.

Por lo que toca á Domingo, no se volvió siquiera, como un hom-

bre que ha formado una resolucion y que teme no tener valor para llevarla á cabo si fija su vista en algun objeto.

Domingo se dirigió á la tienda del capitan, á cuya puerta encontró á otros camaradas suyos.

Era la una.

No tardó el capitan en presentarse. Le acompañaban un gefe superior y el renegado, de que habia hablado Federico.

El capitan contó los hombres.

Eran doce. No faltaba ninguno.

Domingo ocupaba el puesto de Federico.

¡Noble hermano! No quiso que ni el asomo de una sospecha pudiese pesar sobre la honra y la reputacion de su hermano. Se calló, ocupó su sitio dispuesto á morir si convenia, y cuando el capitan, que llevaba nota de los elegidos, pasó lista entre las sombras á aquellos doce valientes, Domingo contestó: «Presente,» al oir llamar á Federico. Mas tarde, concluido todo, pensaba confesar aquella especie de supercheria al capitan y no le quedaba duda de que este sabria tener en cuenta los motivos que le habian impelido á obrar así.

El gefe superior dirigió la palabra á los doce hombres y les dijo, que no queria ocultarles que acaso iban á buscar la muerte, pues habian sido destinados para una espedicion muy peligrosa. Hízoles varios encargos, entre otros el de que tenian que caminar silenciosamente, sin disparar un tiro, á no ser que se viesen descubiertos y acometidos, y acabó por ponerles á las órdenes del capitan.

En seguida se pusieron en marcha, salieron del campamento dando el santo y seña á las guardias y avanzadas, y penetraron por un barranco el renegado en primer lugar, el capitan detrás de él con su espada en una mano y un revólver en la otra, y los soldados en último término.

¿A dónde iban?

Nadie lo ha sabido aun.

De los que con tanto misterio y precaucion salieron aquella noche del campamento, solo lo sabian el capitan y el renegado, que iba de guia, y ni uno ni otro volvieron vivos al *Serrallo*.

Aquellos catorce hombres fueron internándose por entre los bosques, cruzando barrancos, andando paso á paso y con precaucion,

encorvados casi siempre, adelantando poco á poco terreno, en pos siempre del renegado, que parecia ver perfectamente el camino y distinguir los objetos entre las sombras.

A las dos horas de haber dejado el campo, las avanzadas oyeron á lo lejos mucho tiroteo. Los centinelas dieron la señal de alarma. Los tiros se oyeron mas cercanos. Todo el campo se puso en movimiento, y el general Gasset, que llenaba heróicamente el puesto del bizarro Echagüe, acudió en seguida á los puntos mas avanzados.

No hubo nada. El tiroteo que se oyó hácia el campo enemigo cesó al poco rato, y todo volvió á quedar en calma.

Comenzaba á clarear el dia cuando once hombres se presentaron de repente ante los centinelas mas avanzados de nuestro campo, y se dieron á reconocer.

Eran once de los soldados que habian partido á la una de la madrugada. Regresaban llevando tres cadáveres, el del renegado, el del capitan y el del soldado Domingo.

Sin duda se encontraban ya muy cerca de los moros, y cruzaban un bosque, cuando fueron oidos. Los moros, que estarian de avanzada, dispararon sus espingardas en direccion al sitio del bosque donde habian oido el ruido. Desgraciadamente dieron en el blanco, hiriendo á los tres citados, que murieron sin exhalar un solo grito. Los demás soldados, que llevaban órden de no disparar sus armas, se encorvaron y estuvieron aguardando con el fusil preparado, sin saber que hacer. Por un rato las balas llovieron á sus lados, y oyeron perfectamente los gritos de los moros que estaban muy cerca de ellos y que se retiraban, creyendo sin duda que una gran fuerza enemiga estaba oculta en el bosque.

Cuando la calma volvió á restablecerse, los soldados cogieron en hombros los tres cadáveres, é ignorantes de todo, se retiraron hácia el campo, abriéndose camino con mucha dificultad y siendo casi milagroso que pudieran regresar sin estraviarse por aquellos bosques.

Así es como tuvo lugar la muerte del pobre Domingo.

Federico, á su restablecimiento y cuando salió del hospital de Ceuta, supo por su hermano lo que habia pasado y de que modo Domingo ocupó su lugar con una verdadera abnegacion fraternal.

¡Pobre madre! ¡pobre Teresa Bello! Al recibir la noticia, que hubo de darle desgraciadamente el autor de estas líneas, la pobre mujer rompió en sollozos, y lloró tanto, tanto, que no parecia sino que su corazon se iba á deshacer en lágrimas por sus ojos.

Cuando me hube apartado de ella, llegué á temer que me aborreciera.

Las madres deben odiar á aquel que les da el primero la noticia de la muerte de un hijo.

Faltaba decírselo á la otra Teresa, á la novia del soldado.

Yo mismo se lo dije tambien.

Fuí á buscarla á su casita pintada de blanco, escondida entre un bosque de naranjos, desde la cual se divisa el mar.

Dile el encargo que Domingo me habia confiado y ya no hube de decirle nada. Ya ella comprendió que pues se le devolvian prendas de amor, era que su novio habia muerto.

Tambien lloró, tambien se deshizo en lágrimas, pero no sé que habia en aquel llanto y en aquellas lágrimas que no me impresionaron como las de la madre.

Y sin embargo, la jóven lloraba con amargura y estaba deliciosamente hermosa en medio de su llanto. Pocas mujeres he visto yo á quienes como á ella la poesía de las lágrimas comunique una belleza mas seductora.

Cualquiera otro que no tuviese ese santo respeto que yo tengo á las mujeres; cualquiera que, como muchos hay, hubiese podido permanecer impasible ante aquel dolor, y con cínico y sereno raciocinio hubiese querido analizar aquel llanto, hubiera dicho tal vez que aquella mujer lloraba solo porque sabia que llorando estaba mas hermosa.

Aquellas lágrimas parecian realmente tener mucho de exterior como las de una actriz, que despues de haber interpretado admirablemente su papel sentimental, abandona la escena para entrar en su cuarto riendo á carcajadas por cualquier incidente cómico de entre bastidores.

Aun no acaba aquí la historia.

Hay un desenlace, ó por mejor decir, un suplemento de desenlace que pesaria sobre mi conciencia si lo pasara en silencio.

Dos meses y medio mas tarde llegó á Barcelona la noticia de la toma de Tetuan.

No es ocasion de decir aquí como fué recibida esta noticia. Queda esto para otro lugar de esta misma obra.

En medio de las músicas, de la fiesta, del gozo y del júbilo á que se entregó por completo la ciudad de los condes-reyes, me acordé de la pobre Teresa Bello y fuí á visitarla á su humilde y modesta casa.

La encontré llorando al pié de una imágen de la Vírgen de los Dolores, llorando con la misma desesperacion y reconcentrado dolor que el dia en que la dí la funesta nueva, pidiendo con la voz de los sollozos, que es el lenguaje de las madres desesperadas, valor y resignacion á aquella santa imágen para ocultar su duelo y sus lágrimas á todos los que al salir á la calle pasasen por su lado entonando himnos de victoria, blandiendo los colores de España y solemnizando el triunfo de la patria con la embriaguez del entusiasmo.

Y esto, se lo pedia ella á la Vírgen de todo corazon, porque demasiado sabia que no significa nada el dolor de una madre cuando habla la gloria de la patria, y porque conocia instintivamente que no debia atravesar los grupos con su rostro innundado en lágrimas como para escarnecer con su dolor de madre el júbilo y el entusiasmo pintado aquel dia en todos los semblantes.

¿Quién es capaz de decir todo lo que sufria aquel corazon de mujer oyendo la algazara y el alborozo, viendo enarbolado ante sus ventanas uno de los pabellones de triunfo que enlazándose con cintas bicolores se estendian á lo largo de toda la calle?

La animacion y el bullicio de la calle subian hasta ella como un hálito de muerte, y los vivas que se daban á los vencedores en una plaza vecina llegaban á sus oidos, como un coro de voces infernales.

Pensaba en su hijo muerto y en sus otros dos hijos que acaso habian dado la sangre de sus venas y la vida de su corazon para que Barcelona tuviese aquel dia de entusiasmo.

¿No es verdad que, en medio de todo, á ella, á la madre, aquellas cercanas aclamaciones debian sonar á sus oidos como blasfemias?

Aquella misma noche, á la hora en que todos los balcones de la ciudad se iluminaban, á la hora en que la plaza de la Constitucion,

hirviendo en gentío, se estremecia á los ecos de la música y á los cantos de los orfeonistas, deslumbrándose á la luz de las bengalas de colores, y palpitando á los gritos entusiastas de las comitivas patrióticas que cruzaban, una pareja, que parecia entregada por completo á sí misma, departía de amores en el ángulo mas oscuro de la plaza, inmediata á las sombrías paredes de San Miguel.

Para aquella pareja todo era indiferente menos la conversacion que sabrosamente les entretenía.

Él hablaba de amor, y ella escuchaba con la sonrisa en los labios, con esa encantadora sonrisa que tienen todas las mujeres cuando se sienten felices y que es en sus labios el fruto nacido de la alegría del corazon.

Él era un marino, ella era Teresa, la novia del soldado, cuya muerte solemnizaba en aquellos momentos todo Barcelona, pues que las espansiones de triunfo de la patria son los grandes, los espléndidos funerales de los soldados muertos en el campo de batalla.

Aquella mujer se habia olvidado ya de Domingo.

Su recuerdo solo vivia en el corazon de su madre.

LAS NOCHES DEL SERRALLO.

I.

Los cuatro dias que sucedieron al combate del 25 transcurrieron sin combate digno de mencion.

El 26 el general Echagüe se vió obligado á resignar el mando en el general Gasset para pasar á Ceuta á curarse de la herida que habia recibido.

«Señores jefes, oficiales y soldados, dijo el general Echagüe al dejar el mando, os doy gracias por el brillante comportamiento con que os habeis conducido en la jornada de ayer. No es posible ni mas valor, ni mas entusiasmo, ni mas abnegacion que la que mostrasteis en el combate, y en verdad que no podia esperarse otra cosa de soldados españoles que pelean por su reina y por la honra de su patria.»

El general en jefe, que continuaba aun en Cádiz por impedir el estado del mar el embarque de las tropas, tuvo noticia de la herida de Echagüe y decidió pasar en seguida á Ceuta.

Efectuólo en la mañana del 27, siguiéndole la primera division del segundo cuerpo con el general Zabala.

Acto continuo, despues de haber visto al general Echagüe, que habia perdido la yema del índice de la mano derecha y algo del hueso, pasó el general en jefe á reconocer todas las posiciones del primer cuerpo, no hallando, segun él dijo luego oficialmente, nada que rectificar porque estaban todas bien elegidas y bien guardadas.

Aquella misma tarde volvió Odonell á Ceuta, y embarcándose en un vapor, salió á reconocer la costa, volviendo cerrada la noche y pasando en seguida al campamento.

El general en jefe principiaba á dar muestras de ser incansable.

Odonell, sabiendo sin duda cuanto anima al soldado la presencia de su jefe, sin detenerse en Ceuta, ni querer tampoco descansar en el *Serrallo*, que le brindaba cómodo y seguro albergue, pasó á situarse desde aquella misma noche en su modesta tienda de campaña en el cuerpo de vanguardia.

Los soldados le recibieron con tan entusiasta alegría y tan singulares transportes, que no pudo menos de conmoverse.

Pudo entonces enterarse por sí mismo que todos cumplian con su deber, convenciéndose tambien de que los presidarios estaban prestando muy buenos servicios, unos en el puerto y mar, otros en los hospitales y otros armados de esploradores ayudando al ejército.

El 28 y el 29 se pasaron tomando disposiciones, dictando órdenes, haciendo todos los preparativos necesarios. Todo premaneció tranquilo durante estos dos dias. Nuestros soldados podian ver desde su campo algunas tiendas de campaña de figura cónica, situadas en lo mas elevado de una de las cortaduras de Sierra Bullones. Tambien, con ausilio de anteojos, se podian descubrir algunos camellos y caballos. Sin duda las kabilas habian recibido refuerzos del cuerpo de ejército mandado por el hermano del emperador.

Durante estos dos dias el mar estuvo en calma. Pudieron efectuarse sin quebranto las dificiles operaciones del embarque y desembarque, y á cada momento iban llegando tropas pertenecientes al segundo cuerpo de ejército.

Mientras parte de los ingenieros terminaban los reductos, otros se entretenian en abrir un espacioso camino para dar paso á la artillería rodada.

El 29 por la tarde, mientras desembarcaba la reserva al mando del general Prim, reserva que iba á convertirse en vanguardia, Odonell, que estaba recorriendo las posiciones, observó el paso de muchos moros por el boquete de Anghera. Los enemigos eran en número considerable.

El general en jefe dispuso y ejecutó un movimiento avanzado para

cortar la retirada á los moros, y simultáneamente ligar las posiciones atrincheradas de nuestro campo; pero el enemigo se limitó á observar este movimiento, manteniéndose á larga distancia. En vista de esto y de lo avanzado de la tarde, Odonell retrogradó al campamento.

Llegó por fin el dia 30 y con él un nuevo combate, el primero que presenció y dirigió el general en gefe.

II.

Amaneció el 30 y notóse grande movimiento en el campo enemigo. Veíase á los moros plegar sus tiendas, y todo indicaba que se disponian al combate.

Seria sobre la una de la tarde cuando un ayudante avisó al general, que se hallaba en su tienda, que los moros atacaban nuestras avanzadas. Inmediatamente mandó tocar generala, pidió el caballo, se puso las espuelas y salió á escape hácia el punto atacado. Cada division sabia ya de antemano el puesto que debia ocupar, y á los pocos momentos todos los batallones estaban en movimiento, abandonando el primer cuerpo de ejército el campamento, que fué ocupado por el segundo, y marchando al encuentro del enemigo.

El punto atacado era un reducto que se habia construido á cosa de una legua del campamento, en un punto elevado desde donde se dominaba el llano. En él y á la intemperie habia una compañía con dos piezas de montaña: un pequeño foso, una escarpa y varios sacos, todo de tierra, era su única fortificacion.

En su primer empuje, los moros llegaron hasta el reducto. Ocho batallones salieron á rechazarlos, y comenzó por una y otra parte un fuego mortífero que duró toda la tarde.

Habia el enemigo dirijido la mayor parte de sus fuerzas sobre nuestra derecha, tomando las alturas hasta *la casa del renegado*, y por la izquierda sobre el boquete de Anghera, anunciando querer interponerse entre este punto y el *Serrallo*.

El general en jefe subió al reducto de *Isabel II*, desde donde podia

abrazar toda la estension del campo, habiendo antes ordenado que el segundo cuerpo, á las órdenes de Zabala, avanzase á las alturas que coronan el *Serrallo* y que la division de reserva, al mando de Prim, lo hiciese entonces á este último punto para en caso preciso ausiliar al primer cuerpo, que era el que entraba en combate.

Tomadas estas hábiles precauciones, los batallones de Borbon y Talavera atacaron vigorosamente á la bayoneta, arrojando á los moros hasta la falda de la sierra, en cuyos barrancos y espesos bosques se parapetaron disparando con mucha seguridad y puntería sus espingardas.

Lentamente, á costa de bastante sangre, y despues de algunas brillantes cargas á la bayoneta, los moros se vieron obligados á abandonar tambien estas posiciones.

En la derecha se sostuvo un vivo fuego por bastante tiempo hasta que, calculando Odonell que los enemigos que habian subido á la altura del *renegado* podian ya estar cortados, hizo cargar al regimiento de Borbon con su coronel á la cabeza por entre dicha altura y las peñas vecinas coronadas de moros. Estos, que vieron la imposibilidad de reunirse al grueso de los suyos por hallarse interpuestas nuestras tropas, no tuvieron otro recurso que precipitarse por los derrumbaderos que caen al mar, tirándose á él mas de trescientos y dejando muchos cadáveres en el camino.

Por la otra parte, nuestros soldados, con el arrojo de que tan brillantes pruebas han dado en esta campaña, perseguian al enemigo hasta las primeras chozas de la kabila de Belzús ó Beuza, de las que incendiaron algunas, retirándose otra vez al campo.

Fué una jornada gloriosa, y el triunfo se debió en gran parte, preciso y justo es confesarlo, al talento táctico del general en jefe.

La artillería disparó con mucho acierto sobre las masas enemigas, y mientras tanto, la division Gasset, que habia recibido la órden de cortar á los moros, hizo con este objeto un tan acertado movimiento que los desconcertó enteramente, pues se encontraron envueltos y atacados á la bayoneta por todas partes.

En esta accion, que fué reñida y empeñada tanto como pudo serlo la del 25, tuvieron tambien lugar algunos hechos y episodios dignos de particular mencion.

Un capitan, cuyo nombre no citan los testigos de vista, fué herido cuando iba á mandar por órden superior un ataque á la bayoneta. A pesar de la herida, dió la voz de mando y dirigió la carga al frente de su compañía, diez ó doce pasos delante de sus soldados. Odonell premió su arrojo concediéndole el grado inmediato sobre el campo de batalla y cuando era conducido al hospital de sangre.

Dos jóvenes oficiales, hermanos ambos, é hijos de un militar distinguido, ofrecieron tambien á la vista de todo el ejército un espectáculo conmovedor. Uno de ellos, el mas pequeño, fué herido y cayó en el instante en que su compañía efectuaba un movimiento de retirada. El hermano mayor, viendo al otro próximo á caer en manos de los moros, lanzóse como el rayo , solo y sin contar con mas ausilio que el suyo. Llegó á donde estaba el herido, y mientras le tomaba en brazos para arrancarle al peligro, dos crueles balas fueron á hacer que sellase con su sangre tanto amor fraternal y tanto heroismo. Ambos hermanos cayeron entonces estrechamente abrazados, muerto el mayor y gravemente herido el menor en el pecho. Este último fué retirado con vida aun del campo de batalla y los médicos manifestaron que tenian esperanzas de salvarle.

Terminada ya la accion, y en el momento en que Odonell se retiraba á su tienda, un soldado se presentó á él y le ofreció la espingarda que dijo haber arrancado á un moro con la vida.

—Mi general,—le dijo,—vengo con el permiso de mis jefes á regalar á V. E. esta espingarda de un moro, á quien he muerto.

—Pero, ¿le has muerto realmente tú? —le preguntó el general Odonell.

—Sí señor,—contestó el soldado.—De ello son testigos mi sargento y los demás camaradas de la compañía.

Enterado de la verdad del caso, el conde de Lucena recompensó el valor y la cortesía del soldado concediéndole la cruz de Isabel II, pensionada.

Nuestra pérdida en esta jornada fué la de 7 oficiales y 43 individuos de tropa muertos; 2 jefes, 14 oficiales y 258 individuos de tropa heridos y 3 oficiales y 38 soldados contusos.

La del enemigo, segun los cadáveres que quedaron en el campo y que solo dejan cuando les es imposible retirarlos, para lo cual ha-

cen los mayores sacrificios, consistió segun cálculo, en 230 muertos y 600 heridos.

III.

El campamento del Otero.—Una tradicion.

Vamos á hacer ahora la descripcion del campamento, tal como quedó despues de la accion del 30.

Despues de salir de Ceuta por la parte de tierra y haber atravesado tres recintos de murallas con fosos profundos por donde se comunica el agua del mar de un estremo á otro, haciendo de la ciudad una isla, se encuentra el llano llamado de las Damas, al que sigue lo que se llama *El Otero*, que consiste en una pradera que se va elevando gradualmente hasta terminar en una colina donde se asentó el cuartel general.

Nuestro campamento, que ofrecia la mas pintoresca perspectiva, estendíase desde el arranque del *Otero* hasta las alturas de la sierra del *Renegado*. Cuarenta y un batallones con sus blancas tiendas de campaña, acampaban en aquellos sitios regados copiosamente por la sangre de portugueses y españoles en siglos anteriores.

A la izquierda del cuartel general se hallaba el cuerpo de ejército de Prim, y á la derecha, en una altura sobre el mar, el monton de ruinas que indican al viajero que allí estuvo la primitiva Ceuta. En estas ruinas, á espaldas de un carcomido lienzo de la antigua muralla, abrieron los soldados la fosa comun en que descansan, revueltos y mezclados, los restos de los primeros valientes que dieron su sangre y su vida por la patria.

Los dos campamentos estaban cada uno al lado del camino que se bifurca mas allá, dividiéndose en dos y conduciendo el de la izquierda á Tetuan y el de la derecha á Tánjer.

Siguiendo por este último camino se tropieza con el *Serrallo*, que llevamos ya descrito, y desde este punto en adelante la senda, pues ya

no es camino, se hace cada vez mas dificultosa y áspera, serpeando por entre un espeso bosque de alcornoques hasta llegar á la cima del cerro llamado *el alto de la mona*, donde quedó establecido uno de los reductos.

A su derecha, y sobre otro cerro, se divisa un pequeño edificio al que la tradicion ha dado en llamar *la casa del renegado*.

¿Por que?

Es una leyenda, una verdadera leyenda impregnada de sentimiento y de poesía.

Por causas que la tradicion no esplica, allá, en tiempos lejanos, un español, natural de Tarifa, se pasó al moro y renegó de su religion y de su patria. Habia dejado en su país su hogar y su familia, y bien pronto comenzaron á deslizarse sobre su frente dias llenos de amargura, noches crueles henchidas de tristeza. Lejos de su patria,—¡la patria! que adora hasta el hombre mas criminal,—recordaba con ese profundo dolor del corazon, que á ningun otro dolor es parecido, la tierra en que habia visto por primera vez la luz del dia, el suelo en que habian transcurrido llenos de delicias y de inocencia sus años infantiles, la casa en donde habia dejado á su esposa y á sus tiernos hijos, y, apartado para siempre de las dulces prendas de su corazon, se le veia en todas ocasiones triste, silencioso, abatido, con la frente inclinada al suelo, como comprendiendo que su única esperanza estaba ya en sepultarse en aquella tierra que hollaba con planta indiferente.

Aquel sentimiento llegó á ser en él tan profundo y continuo, la terrible enfermedad que se llama nostalgia llegó á apoderarse de él de tal manera, que solo encontraba un poco de consuelo en subirse al pico de una sierra desde donde se distinguia á Tarifa, su patria, perdida á lo lejos entre las brumas del horizonte y las nieblas de la mar.

Horas enteras se pasaba en lo alto de este pico con los ojos fijos en el punto donde le parecia ver blanquear las casas de la ciudad natal, horas de silenciosa amargura, de mudo y terrible desconsuelo para el cual ni siquiera eran bálsamo las lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas.

Su permanencia en lo alto de aquella roca llegó á ser tan necesaria para su alma enferma, que decidió labrar allí su vivienda.

Puso manos á la obra y en poco tiempo fué levantada la casa.

Allí vivió desde entonces en adelante y allí murió, consumido por las penas, los recuerdos y los remordimientos, el pobre renegado.

Al llegar las tropas de Echagüe á esta casa, la convirtieron en una fortificacion.

La casa del renegado tiene hoy por nombre el de un reducto.

La tradicion ha desaparecido ya.

En frente del reducto de *Isabel II*, el cual fué en seguida enlazado á los demás por un camino, está la negra y sombría hendidura que se llama el *boquete de Anghera* y que abre paso para penetrar en el corazon del territorio enemigo.

Mas allá, y un poco mas abajo del reducto de *Isabel II* se construyó otro denominado del *príncipe Alfonso*, cuyos fuegos se cruzan con los del primero, y por fin se levantó el tercer reducto con el nombre de *Francisco de Asis*, que se comunica con los anteriores y con el *Serrallo* por medio de caminos abiertos por la piqueta de nuestros zapadores.

Hízose de modo que todos estos reductos, lo mismo que las demás fortificaciones de menos monta ó blokaus, tuviesen no solo comunicacion entre sí, sino tambien con el *Serrallo*, á fin de que á cada momento pudiesen recibir refuerzos si los necesitaban, constituyendo una formidable línea de fortificacion capaz de tener á raya al enemigo mas audaz y arrojado.

Al frente de estos reductos se encuentran las mas altas cumbres de la sierra, huérfanas de vegetacion y muy á menudo coronadas de espesas nieblas, y debajo de ellos, dominados por sus fuegos, se ve un pequeño, pero hermoso valle, en donde aparecen tres ó cuatro casas y un torreon casi en ruinas, abandonado todo. Este vallecito, cuyo terreno es húmedo y fértil y que bien cultivado, produciria como los mejores campos de Andalucía, se pierde por la izquierda entre montañas y por la derecha en un espeso bosque, prolongacion del que nuestros soldados comenzaron á talar para alimento de sus fogatas.

Ahora que ya conocemos la localidad, vamos á pintar brevemente la vida de sus personajes, la vida del campamento.

Despues del combate del 30 los moros pasaron ocho dias sin dar apenas señal de vida. Solo el disparo de algunos tiros, alguna insigni-

ficante lucha de guerrillas contra grupos enemigos que, ocultos en sus malezas, se ofrecian al alcance de sus fusiles, vinieron á dar un poco de colorido á la vida monótona del campamento.

Porque, en efecto, nada mas monótono ni triste que un campamento el dia de asueto, el dia en que no hay combate.

Vamos á tratar de describir esta vida teniendo á la vista varias cartas escritas desde el campo.

Al oirse el disparo de los dos cañonazos con que la plaza de Ceuta anunciaba el alba, las bandas de tambores, cornetas y músicas de todos los regimientos se reunian para el toque de diana. Entonces quedaba roto el profundo silencio que durante la noche habia reinado, interrumpido solo por el *alerta* de los centinelas, y todo el mundo arrastrándose comenzaba á salir de sus tiendas, apresurándose los soldados á encender sus fuegos para hacer el café.

La primera mirada de todos, jefes y soldados, al salir de su tienda, era dirigida al fuerte ó reducto de *Isabel II*, que ya se ha dicho ser el mas avanzado.

Este reducto, tan pronto como apuntaba el dia, anunciaba por medio de una bandera blanca si en todo el terreno que estaba á su alcance se veia movimiento alguno del enemigo. La ausencia de la bandera indicaba que todo estaba tranquilo.

El regimiento, al que le tocaba marchar á los trabajos ó á protegerlos ó á descubierta, se apresuraba á tomar el café con su racion de galleta correspondiente, y partia en seguida para el punto de su destino, no regresando al campamento hasta la puesta de sol.

En seguida, todo cobraba animacion y movimiento. Los oficiales envueltos unos en sus gabanes impermeables sobre el poncho, otros abrigados con mantas, iban apareciendo, cruzándose con los soldados que discurrian por el campo, formando unos y otros grupos de entre los cuales salian repetidas esclamaciones de bullicio y de algazara. El movimiento, la gritería y la animacion eran ya completas durante todo el dia.

Todos procuraban distraerse para olvidar amargos recuerdos, para no pensar en el cólera, el oculto enemigo que vivia entre ellos, y todos anhelaban que luciese el dia del combate y en particular el dia destinado á tomar la ofensiva marchando adelante, á Tanjer ó á Tetuan.

Aun no se sabia entonces á punto fijo contra cual de estas dos plazas iba á operar el ejército, pero bien pronto desapareció toda duda sobre el particular.

El general en jefe dió las órdenes oportunas para que los ingenieros comenzasen á abrir camino hácia Tetuan, protegidos por dos reductos que al efecto se formaron. Toda indecision quedó, pues, disipada.

Las noches eran sobre todo pesadas en el campamento.

Varios oficiales tuvieron la buena idea de reunirse cada noche para formar una especie de tertulia, matando el tiempo en alegre conversacion.

—Pronto habremos terminado nuestras conversaciones, dijo uno.

—No lo creas,—replicó otro.

—¿Pero de qué hablaremos?

—Contaremos cuentos.

—Yo,—dijo otro—me ofrezco á contaros verdaderas historias.

—Segun de que clase sean.

—Historias de sucesos pasados en África y en que figuran compatriotas nuestros.

El que esto decia era persona ilustrada y conocedor de la historia de Marruecos, particularmente en todo lo concerniente á sus relaciones con las potencias europeas.

—Oye,—le dijo uno.—¿Sabes la historia de D. Sebastian de Portugal?

—Perfectamente.

—Nos la vas á contar una noche.

—Con mucho gusto. Y os contaré tambien la del duque de Riperda, que despues de haber sido favorito y ministro del rey Felipe V de España, se vino á Marruecos para ser el cómplice y el amante de una sultana renegada.

—¡Bravo! gritaron todos.

—Y os contaré, si quereis, la de Ali Bey el Abbassi.

—¿Y quién era Ali Bey el Albassi?

—Un catalan.

—¿Un catalan moro?

—Un catalan, moro y príncipe á los ojos del emperador de Mar-

ruecos que le hizo su favorito, un catalan que tuvo en su mano dos cosas: hacer al rey de España emperador de Marruecos ó hacerse él emperador, nada menos.

—Perfectamente. Esta noche nos vas á dar comienzo á las historias.

—Cuando querais.

—Esta noche misma.

—Sea por esta noche.

—Nos reuniremos en la tienda.

—Yo he leido—dijo uno—cierta obra que se titula *las tardes de la granja* y que...

—Ya sabemos lo que vas á decir. Nosotros pondremos en accion tus famosas *tardes de la granja*, un libro clásico que antes leian los niños.

—Y que ahora no lee nadie.

—Quiere decir que nos reuniremos para contar historias.

—Es decir, para oirlas contar.

—Y tendremos tambien nuestras *tardes de la granja*.

—No, pero tendremos sí nuestras *noches del Serrallo*.

Encantados con aquel pensamiento y teniendo á mano un narrador que sabian debia ser incansable, nuestros oficiales decidieron efectuar su primera tertulia aquel mismo dia.

Así fué. Aquella noche abrieron sus salones, como dijo graciosamente uno de ellos.

Los salones consistian en un reducido espacio de techo y paredes de lienzo, cuyos adornos eran cuatro ó cinco sillas de tijera y una mesa tambien de tijera y cuyo alumbrado estaba reducido á cuatro velas clavadas en otras tantas botellas vacías.

La primera noche de reunion hubo un lleno completo. Los concurrentes se acomodaron unos en las sillas, otros en el suelo, todos alegres y dispuestos á oir el comienzo de las interesantes historias prometidas por su compañero, historias que mas de uno de los oyentes estaba destinado á oir en su comienzo, pero no en su conclusion.

El autor, á su vez, exacto narrador de los episodios de la campaña, contará lo que sucedia de dia en el campamento y repetirá lo que se contaba de noche en la tertulia de aquellos alegres y valientes oficiales.

IV

Hemos hablado de la accion que tuvo lugar el 30. Ni el dia 1 ni el 2 de diciembre hubo novedad alguna. El reducto de *Isabel II* permanecia silencioso y no ondeaba en él la bandera blanca.

El 1 el general García, jefe de estado mayor, salió en un buque con varios oficiales á hacer un reconocimiento hácia Tetuan. Los moros, desde una batería que tenian en la costa, supieron hacer un fuego tan certero, que todas las balas pasaron por entre los palos del buque. Esto no obstante, el general García regresó de su espedicion sin haber perdido un solo hombre.

El 2 no se presentaron tampoco los moros, continuando todo en el mismo ser y estado. Por la tarde se oyeron algunos cañonazos de una lancha que recorrió la costa hasta Tetuan.

Las tropas mandadas por el general Zabala relevaron en este dia á las del primer cuerpo de ejército que bajaron á colocarse en la antigua línea divisoria de los dos campos. ¡Bien necesitaban descansar aquellos valientes!

El 3 la misma tranquilidad en el campo y el tiempo bueno. El general en jefe hizo un nuevo reconocimiento por la costa hácia Tetuan, y empezaron á construirse almacenes en el campamento. Los ingenieros continuaron sus trabajos de abrir camino.

Aquella noche fué el primer dia elegido para la tertulia de los oficiales á quienes se ha aludido. Todos los que no estaban de servicio acudieron puntuales á la cita.

Como no tenian combate de que hablar, comenzaron á hacerlo de cosas del campamento.

—Señores,—dijo uno,—el cólera arrecia. ¿Sabeis cuántas bajas tenemos hoy?

—No queremos saberlas,—contestó otro.—¿Qué nos importa el cólera?

—Es verdad,—dijeron varios.

—Aquí no se debe hablar mas que del objeto que nos reune. Se

nos ha dicho que nos contarian episodios históricos referentes todos á hechos acaecidos en Africa. Se nos ha dicho que nos relatarian gloriosas jornadas de nuestros antepasados á los que no las sabemos. Por consiguiente yo vengo aquí como á una cátedra. Vengo para tener noticia de nuestras antiguas conquistas en esta tierra, de la espedicion del rey D. Sebastian de Portugal, y de otras muchas cosas de nuestra historia que no sé y que quiero saber pronto para que, si me matan un dia de estos, pueda irme al otro mundo hecho un sabio. Lo demás no me importa un comino y propongo que se prohiba hablar de cólera y de enfermedades en esta reunion.

—Perfectamente,—gritaron varias voces.

—Aquí está el narrador,—esclamó uno.

En aquel momento penetraba efectivamente en la tienda el oficial que habia tomado á su cargo el papel de historiador de la tertulia.

—Llegas en el momento preciso,—le dijo uno.—¿Qué nos cuentas esta noche?

—¿Queréis que os cuente lo del duque de Riperda?

—Nó, nó, lo de D. Sebastian—contestaron varias voces.

—Tiene una contra.

—¿Y es?

—Que fué una espedicion desgraciada y va á entristeceros.

—No por cierto,—esclamó uno.—Las sombras de los muertos nos piden venganza. Sepamos antes de dársela como combatieron. Si los portugueses fueron desgraciados, los españoles nos encargamos hoy de vengarles.

Todos estuvieron acordes.

—Sea pues,—dijo el narrador.

Y empezó su historia.

V.

D. Sebastian en Marruecos.

—No creais, comenzó á decir, que fuesen solo portugueses los que tomaron parte en la espedicion. Estaban en mayor número, puesto

que eran sobre 10,000, pero habia luego 2,000 castellanos, un tercio de tudescos, otro de italianos y uno, en fin, compuesto de aventureros de todos los paises. El ejército espedicionario se componia en su totalidad de 17,000 hombres.

Pero, vamos al caso tal como yo lo he leido en añejos cronicones.

Esta historia os hará ver, señores, que no es nueva la idea de una invasion en la Mauritania tomando por base y apoyo la península ibérica. Escipion la intentó el primero obteniendo el resultado satisfactorio que apetecia, y algunos siglos despues le imitaba Gensérico, rey de los vándalos, pasando tambien los godos el estrecho de Gibraltar por dos veces y haciendo tributarias de la corona de España estas costas marítimas.

A su vez, tambien los moros las pasaron un dia, y despues de su invasion en nuestra patria y de la batalla del Guadalete en que murió D. Rodrigo, último rey godo, la cristiandad por un millar de años no supo ó no quiso tentar empresas por esta parte.

Solamente despues de la toma de Granada, y cuando la reunion de Aragon y de Castilla consolidaba los dominios ibéricos, surgió de nuevo, en los príncipes españoles el pensamiento de estender su dominacion á la otra parte del mar. Varias tentativas desgraciadas hicieron abandonar el pensamiento, pero el rey D. Sebastian de Portugal quiso intentarlo seriamente en 1578.

Era D. Sebastian un príncipe caballeresco, de corazon ardiente y de alma fogosa, y la guerra con los moros parecia ser su sueño dorado, pues ya en 1574, cuando solo tenia veinte años, resolvió efectuar un desembarco en África. Pero esta espedicion, emprendida, digámoslo así, sin intervencion ni conocimiento de los que podian indicar sus inconvenientes, se redujo á un simple paseo militar á lo largo de la costa, á una especie de escursion por las cercanías de Tánjer. Los moros se limitaron á vigilar los movimientos de un enemigo, cuyo intentado desembarco no ignoraban, pero en cuya locura no ponian crédito.

Sin que llegara á trabarse ningun combate, D. Sebastian se embarcó de nuevo regresando á Portugal, pero todo prueba que aquella correría aumentó su ardor belicoso y le fortaleció en el propósito que tenia formado.

El pretesto de que se sirvió para declarar la guerra á Marruecos, fué el de sostener los derechos del hijo del ex-emperador, el jerife Mahomed, quien desterrado de su patria, despues de haber perdido el trono que le arrebató su tio Muley Melek, se habia refugiado en Tánjer, ciudad que era entonces de los portugueses. El jerife estaba continuamente instando á D. Sebastian para que emprendiese la espedicion, asegurándole que todas las provincias del imperio se sublevarian contra Muley Melek á la primera aparicion del ejército enemigo.

Apenas Muley Melek tuvo conocimiento de la resolucion que habia formado el rey de Portugal, cuando le dirigió una carta llena de prudentes reflexiones, rogándole desistiese de su proyecto, pero el príncipe lusitano no era bastante dueño de sí mismo para calmar su ardor caballeresco y el ímpetu de sus pasiones.

La guerra de Africa quedó resuelta.

El rey Felipe II de España era tio de D. Sebastian. Cuéntase que ambos monarcas se vieron y hablaron, y D. Felipe intentó disuadir al de Portugal de tan temeraria empresa, pero este estuvo cada vez mas tenaz y consiguió que aquel le concediese un refuerzo de 2,000 hombres.

Tambien el duque de Alba, hombre esperto en la guerra y columna fuerte entonces de la monarquía española, trató en vano de dar otro giro á los pensamientos del jóven monarca portugués. Ningun poder humano era capaz de hacerle volver atrás.

D. Sebastian ya solo se dedicó á reunir gente. Lo principal de la nobleza formó un cuerpo escogido que debia cuidar de la persona del rey y combatir á su lado. La España le dió los 2,000 hombres citados al mando de un valiente militar llamado Francisco de Aldana, 3,000 alemanes tuvieron órden de reunirse al ejército, 600 ó 900 italianos al mando de Hercole se le juntaron tambien, y lo demás lo completaron los portugueses en número de 10,000 sin contar la caballería y los aventureros.

El papa acordó indulgencias y concedió á la espedicion los privilegios de las cruzadas; y aun cuando Felipe II y el duque de Alba desaprobasen la empresa, se esperaba mucho del carácter ardiente y resuelto del rey, del entusiasmo de sus nobles, de las intrigas del jerife espatriado y del valor de los soldados castellanos, tudescos é ita-

lianos que constituian en aquella época la mejor infantería de los ejércitos.

Los portugueses poseian entonces en Africa una base de operaciones mejor aun que la que tenemos hoy los españoles. Ceuta, Tánjer, Mazagan y otras ciudades se hallaban en poder de ellos. Tánjer, rodeado de fuertes terraplenes y erizado de cañones, parecia una fortaleza inespugnable.

Animado por tantas y tan favorables circunstancias, D. Sebastian se embarcó el 24 de junio de 1578, haciendo rumbo hácia Cádiz la numerosa escuadra.

El rey se hallaba ricamente engalanado, rodeado de sus mejores lanzas, de sus mas valientes capitanes, vestidos todos lujosamente, como Rodrigo, el desgraciado rey godo, se encaminó en otro tiempo al sacrificio adornado de todas las pompas guerreras.

En medio del ruidoso estrépito y de la algazara, entre los gritos de mando y las descargas de artillería que hacian en el puerto los saludos de ordenanza, cuéntase que un paje de rey llamado Domingo Madeira entonaba aquella cancion del romancero español alusiva á D. Rodrigo, que empieza:

Ayer fuistes rey de España.
Hoy no tienes un castillo.

Muchos le oyeron cantar este romance, segun despues se refirió, pero nadie quiso tener en cuenta la profecía.

La flota zarpó para Cádiz, y desde allí para Tánjer y Arcilla, en donde desembarcaron las tropas, uniéndose con unos mil moros que habian seguido en su destierro al desgraciado príncipe Mohamed.

Ya os he dicho que los militares mas esperimentados de la España eran contrarios á aquel atrevido intento. Además del duque de Alba, tambien el duque de Medina Sidonia, gobernador de Cádiz, habia tratado por todos los medios imaginables de disuadir al rey para que no fuese en persona á la guerra, previendo los terribles peligros á que le espondria su ardor juvenil.

Todo fué inútil. La fatalidad le empujaba.

El duque de Alba le habia aconsejado que modificase al menos la empresa, renunciando á marchar por el interior del país, limitándose á operar sobre las costas y atacando una á una las plazas ocupadas

por los moros, para que de este modo pudiera contar siempre con el socorro de la flota en un caso imprevisto.

Divididos se hallaban los pareceres de los jefes del rey D. Sebastian. Los mas espertos opinaban por la idea espuesta por el duque de Alba, esto es, la de proceder siempre á lo largo de la plaza; los jóvenes vanidosos y atrevidos á cuya cabeza se habia puesto el príncipe Alfonso de Portugal, insistian por internarse; otros por conciliar los pareceres diversos, proponian que se marchara por la orilla hasta la embocadura del rio Lish ó Lukos, atravesarlo y de allí penetrar en el interior del imperio.

D. Sebastian adoptó el segundo proyecto por creerlo mas glorioso y fácil, y despreciando al enemigo, creyó que bastaria la presencia de sus tropas para amedrentarlo y ponerlo en fuga.

Al llegar aquí, el narrador suspendió su relacion dejándola para otro dia. Era ya muy tarde, y se anunciaba que al dia siguiente tendria lugar probablemente un combate. Los oficiales necesitaban descansar para estar dispuestos y prontos á la primera señal de alarma.

Tenian en frente á los mismos terribles y encarnizados enemigos que un dia hundieran el poder del desgraciado rey de Portugal.

VI.

El dia 4 amaneció lluvioso y frio. Sin embargo de los anuncios del dia anterior, se pasó sin novedad y los moros no molestaron el campamento. En cambio, el cielo estuvo inexorable durante la mayor parte del dia.

Llegaron al Otero á primera hora el regimiento montado de artillería de Sevilla y muchas brigadas de acémilas, entre las que se distinguia la de Zaragoza por su ganado y aparejos. El dia anterior habian desembarcado en Ceuta.

El ejército oyó misa junto al Serrallo con el general al frente, cu-

yo acto religioso celebró el vicario general castrense. Era realmente, segun afirman los testigos, un espectáculo magnífico y sorprendente el que ofrecian aquellos 30,000 hombres doblando la rodilla y rindiendo las armas ante el Rey de los reyes.

Apenas habian tenido tiempo para volver á sus tiendas, cuando cayó tan terrible aguacero, que inundó todo el campamento, hasta el punto de que el regimiento de Leon, que marchaba á ocupar su sitio, tuvo que sufrirlo en pié por no poder salvar los verdaderos torrentes que se despeñaban oponiéndose á su paso.

El de la Princesa, que no habia salido de Ceuta, se guareció bajo la muralla.

El mar se puso furioso y bravío, y á pesar del viento impetuoso y frio y de la deshecha tempestad, todos se asomaron para ver un vapor de ruedas que se adelantaba trabajosamente en demanda del puerto, luchando con las olas y tan descompuesto, que no se creia pudiese llegar á salvo. Afortunadamente, llegó sin tropiezo, consiguiendo salvarse.

Del 4 al 9 no hubo novedad en el campamento, escepto las enfermedades que fueron aumentándose. El 6 á medio dia el general Odonell bajó á pié á Ceuta pasando á visitar los hospitales. Se detuvo junto á las camas de los soldados, habló con muchos de ellos, reparó algunas faltas y dió órdenes terminantes para la enmienda, encargó que nada se escasease para el alivio de los dolientes, y repartió un duro á cada uno de los heridos.

En el intérvalo de estos dias, nuestros oficiales tertulianos se reunieron cada noche en la tienda, y oyeron el final de la historia de don Sebastian que les fué contada del modo siguiente:

VII.

D. Sebastian en Africa.

CONCLUSION.

Quedó, pues, aprobado el plan que queria D. Sebastian, y es preciso saber que el camino por tierra era en efecto muy peligroso.

Se trataba nada menos que de internarse haciendo seis dias de marcha antes de hallar el puente que los moros tenian sobre el rio Lish, ó un vado conveniente para que pudiese atravesarlo el ejército, porque D. Sebastian no llevaba material de puentes ni podia esperar encontrarlo en el camino.

Por otra parte, era de presumir que el enemigo hubiese preparado una fuerte defensa, tanto en el puente como á lo largo de las orillas del rio; y hasta el mismo Mahomed, aterrado con las dificultades que se ofrecian, aconsejó al rey que hiciese cambiar de rumbo á las tropas en la direccion de Larache, atacando mejor esta plaza por mar y por tierra. Esto hubiera sido una idea feliz. Pero el rey de Portugal, decidido ya, no quiso apartarse de la resolucion tomada, y se dirigió con todas sus fuerzas hácia Alcazarquivir, donde se hallaba el camino que conducia al puente de Lish.

A medida que se internaban en el camino, se aumentaba el temor de los portugueses, viendo la empresa temeraria en que el rey los arriesgaba. Por todas partes encontraban sitios desiertos, campiñas estériles, vastos arenales y poblaciones desleales ó enemigas.

A mas, los moros no daban pruebas de simpatía en favor del destronado Mahomed, como él habia esperado; mas bien le detestaban por haber dado su confianza á los infieles. Y por fin, faltaban las vituallas para un número tan grande de gente, y demasiado se sabia que no pasarian por ningun sitio que fuese bastante rico para abastecerse de lo necesario.

El 29 de julio alojóse el rey en el lugar llamado de los molinos, á tres leguas de Arcilla, que es donde habia primitivamente acampado por estar inmediato á Tánjer.

El 30 llegó á Menera.

El 1.° de agosto pasó á Cabeza de Ardana.

El 2 por fin llegó á Barkain, de donde para avanzar le era preciso vadear el rio Macazen, siendo necesarios aun dos dias de marcha para llegar al puente de Lukos ó del Lish.

Mientras el rey D. Sebastian estaba en este alojamiento, llegó á su campo D. Francisco de Aldana, que se habia retrasado, hombre práctico en guerra, que antes de entonces habia tenido grandes pláticas sobre la campaña con el mismo D. Sebastian, habiendo corrido dis-

frazado mucha parte del imperio de Marruecos para observar, tomar lenguas y adquirir noticias. Era portador de cartas, con nuevas advertencias y consejos, de Felipe II y del duque de Alba y llevaba en nombre del monarca español á D. Sebastian el yelmo y las armas que vestia Carlos V, cuando la toma de Tunez. Este bravo y entendido castellano fué recibido con grande alborozo por el rey, quien le mandó aposentar cerca de su persona, nombrándole superintendente general del ejército.

En el ínterin, advertido el emperador Muley Melek de la marcha del ejército portugués, se puso á su vez en marcha con los suyos, llegó el 2 de agosto á Alcazar, y de allí, pasado el puente hácia el cual se dirigian los portugueses, se acampó en posicion fuerte y adaptada para las maniobras de su caballería, poco distante del rio, el dia mismo en que sus enemigos habian vadeado el Macazen, poniendo así entre ellos y el mar un nuevo obstáculo á la retirada.

El dia 3 de agosto se avistaron, pues, entrambas huestes, dia en que todos los autores convienen en decir que el cielo lanzaba verdadero fuego aun para los árabes guarecidos en sus puestos cubiertos. Dícese que aquel dia el sol se levantó á manera de un globo rojizo, rodeado de siniestros vapores y en medio de una especie de lago de sangre.

Muley Melek, famoso hombre de guerra, habia querido mandar en persona el ejército, á pesar de hallarse gravemente enfermo, para asegurar mejor la victoria. El caudillo moro procedia con gran cautela en todo, mientras que D. Sebastian solo daba pruebas de atrevimiento y de imprudencia. Llegado que fué el moro al frente del enemigo, que se habia acampado al otro lado de un riachuelo cerca de Alcazarquivir, visitó una á una todas sus divisiones, haciéndose conducir en una litera, por hallarse casi moribundo, y confió á su hermano el mando de la caballería.

El ejército marroquí formaba una masa de 40,000 caballos y 8,000 infantes con 34 piezas de gruesa y pesada artillería.

Los jefes musulmanes que acompañaban á D. Sebastian, estaban perfectamente informados de lo que pasaba en el campo enemigo, y sabian con toda certeza que el emperador de Marruecos luchaba en vano, y con toda su energía, contra el mal que le devoraba, y que

su fin estaba muy próximo, pues era resultado su enfermedad de un tósigo que habian encontrado medio de hacerle suministrar algunos dias antes. El jerife, cuyo nombre se daba siempre á Mahomed el pretendiente, sabia todo esto y trató de persuadir por lo mismo á D. Sebastian que aplazase la batalla para aprovecharse cuando menos de las ventajas que daban esperanzas de conseguir la próxima muerte de su enemigo.

Imprudentes consejeros hicieron valer la falta de provisiones que comenzaba á esperimentarse desde dos dias antes; otros en cambio propusieron matar los mulos de transporte y esperar; pero para atemperarse á semejante espediente, era necesario ser otro hombre que el fogoso D. Sebastian.

Resignado, sin embargo, aunque siempre dispuesto á pelear, se hallaba en su tienda, cuando cuentan que uno de sus capitanes penetró hasta él mordiéndose los puños de rabia y aparentando grande enojo porque no se comenzaba el combate que, segun dijo, las tropas esperaban con impaciencia.

No necesitaba mas que este aguijon un hombre del carácter de don Sebastian. Ya no quiso aguardar mas, y despreciando los consejos del jerife y desoyendo las advertencias del capitan Aldana que con militar franqueza le anunció que iba á perderse, mandó á este que marchase á preparar los escuadrones, y todo se dispuso para la pelea.

El órden de batalla parece que fué el siguiente:

D. Sebastian formó una masa cuadrada, defendida por treinta y y seis piezas de artillería, y tomó el mando del ala izquierda, confiando la derecha al duque de Aveiro. Formaban la vanguardia los castellanos, tudescos é italianos, el centro los portugueses, y la retaguardia se componia de gente bisoña y de toda la turba inútil que habia seguido al ejército.

Muley Melek, seguido de sus consejeros y de los renegados cristianos, que eran en gran número en su campo, mandó formar una vasta media luna con el objeto de envolver al enemigo. Este plan de batalla era cual convenia á la disposicion del terreno así como á las circunstancias en que se encontraba, y todo da á conocer la presencia de espíritu de que se sentia animado el jefe árabe, tanto mas admirable cuando dictó sus órdenes estando agonizando, teniendo que ha-

cer un esfuerzo sobrenatural para montar á caballo y tomar las primeras disposiciones.

Desgraciadamente, D. Sebastian no comprendió que su primera posicion era la mas ventajosa, porque tenia el rio Macazen por un lado y las vastas lagunas por el otro, con el Lukos sobre sus alas. Asi fué que, abandonando aquella especie de trincheras naturales, salió resueltamente á la vasta llanura, considerándola digno teatro de tan grande batalla. El enemigo estendió inmediatamente los estremos de su vasta media luna para circuir por todas partes á los cristianos.

La artillería de los portugueses se hallaba tan mal servida, que no se dictó ninguna disposicion para preservarla de un golpe desgraciado. La de Muley Melek permaneció algun tiempo emboscada, de modo que así que empezó sus disparos, hizo los mas terribles estragos. El cañon de los portugueses contestó á sus fuegos, pero sin fruto, y los trenes fueron inmediatamente abandonados.

Hasta entonces D. Sebastian no dió el grito de *Santiago*, tan impacientemente esperado, y sin el cual ningun cuerpo podia empezar el combate.

Los castellanos é italianos se arrojaron los primeros con tal ímpetu, que la infantería enemiga se vió rota y dispersada en un momento. Los escuadrones portugueses á su vez llegaron entonces tan adelante, que Antonio Mendez, que era un simple criado del cuartel maestre, salió de en medio de los batallones musulmanes con una bandera que habia ganado.

La victoria estuvo por un momento en manos de los cristianos.

En aquel momento Muley Melek, que se habia presentado al ejército adornado como para una victoria y montado en su caballo de guerra, viendo la rota de los suyos, levantó su alfanje y se dispuso á ponerse á su frente para llevarlos de nuevo al combate, pero sin fuerzas ya y conociendo que su fin se acercaba por instantes, hubo de apearse, y al tenderse para morir detrás de las espléndidas cortinas de su litera, tuvo valor para dar las órdenes mas terminantes al objeto de que se ocultase su muerte, diciendo que de ello dependia la victoria. ¡Rasgo de firmeza estraordinaria en aquel gran capitan que quiso antes de dejar el mundo ceñirse una nueva corona de laureles!

Un renegado, genovés segun unos y portugués segun otros, com-

prendió en aquel momento cuanto importaban el ardid y la serenidad. Así es, que arrimándose á la litera, entreabrió las cortinas y se puso á improvisar y á dar órdenes, como si las fuese recibiendo de su emperador. Un rey muerto siguió, pues, mandando la batalla.

La infantería cristiana seguia ganando terreno, y el rey D. Sebastian y el duque de Aveiro acosaban bizarramente á la caballería árabe, prometiéndose todos la mas venturosa jornada, cuando en lo mas ardiente de la refriega se oyó una voz que gritaba: *¡Atrás! ¡Atrás!*

¿Quién dió esta voz? ¿Diéronla el rey y el duque, como pretenden unos, ó salió de una boca desconocida, como afirman otros?

Lo cierto es que desde aquel instante todo se perdió.

Una frase sublime, sin embargo, respondió á aquel grito de desaliento. El hermano del conde de Matosiños, Sebastian da Sá, esclamó:

—¡Huir! ¡Cómo huir! ¡Mi caballo no sabe volver atrás!

Y fuése á buscar la muerte en medio de los moros.

El movimiento de desaliento que habia llegado á afectar á los dos campeones del ejército no duró mucho; el rey y el duque de Aveiro volvieron con nuevo ardor á la pelea. D. Sebastian, antes de comenzar el combate, habia dicho:

—Si me veis, será á la cabeza de mis escuadrones; si no me veis, estaré entre las masas de los enemigos.

Entonces cumplió su palabra, pero ya era tarde.

Mientras peleaba como un caballero en vez de mandar como un general, los moros dirigian habilmente sus certeros tiros contra el cuerpo de aventureros. Este comenzó á ceder, y el aspecto de la batalla cambió completamente de faz.

El duque de Aveiro, que habia ya perdido una mano, se lanzó al frente de su caballería yendo á buscar una muerte gloriosa entre los enemigos. Juan de Mendoza, el bizarro gobernador de Indias, el valiente justador, le fué fiel en la vida y en la muerte, y cayó á su lado.

Los guerreros prácticos y esperimentados conocieron entonces que todo estaba perdido.

La confusion y el desórden comenzaron á reinar en el campo cristiano, y D. Sebastian, acompañado de su porta-estandarte el jóven y denodado Jorge Tello, hizo prodigios de valor y de fuerza, cuidándose de pelear como un leon acorralado, pero sin tomar una medida de prudencia para contener aquel desórden.

Allí murió, peleando como bueno, y cubriendo al rey con su cuerpo, el bravo capitan Aldana; allí, como buenos soldados, cayeron D. Gonzalo Chacon, caballero castellano, el jefe de los tercios tudescos y el que mandaba los italianos; allí murió la flor de los caballeros, entre ellos D. Alonso de Aguilar, coronel de los españoles, que á pesar de ver cuan forzosa era la retirada, arremetia siempre mas fuerte contra los moros, diciendo:

—No quiera Dios que nunca vuelva atrás la casa de Aguilar.

El desórden y la confusion llegaron entonces á un fatal término.

Si el ejército se hubiese podido salvar con el valor de su rey, de seguro lo habria conseguido; pero D. Sebastian no quiso conservar la vida á precio de su libertad. Habiendo encontrado á D. Jorge de Albuquerque Coello, y habiéndole dicho que se apease para tomarle el caballo, pues el suyo no podia ya moverse, D. Jorge le dijo:

—Id, señor, y salvaos, porque mi vida nada vale y la vuestra es muy importante.

Pero el rey se lanza sobre el caballo de este fiel servidor, y precedido de su porta-estandarte, se precipita de nuevo sobre el enemigo con el semblante de llevar á cabo una victoria, aunque con la firme resolucion de encontrar la muerte.

El alferez porta-estandarte, siguiendo siempre á su rey, cayó por fin de caballo. Muchos fueron los valientes que perecieron entonces en defensa de la bandera real. Un hombre denodado, Luis de Brito, la salvó, arrollándola á su brazo izquierdo y lanzándose hácia el rey. Este le preguntó si se habia salvado el estandarte real.

—Salvo está, señor, le dijo Luis de Brito, pues rodea un brazo que sabe herir.

D. Sebastian dijo entonces:

—Abracémosle y muramos con él.

Tales fueron las postreras palabras que profirió D. Sebastian para la historia.

La mayoría de los escritores afirman que D. Sebastian murió en la batalla. Algunos, muy pocos, cuentan que se salvó retirándose á un desierto á llorar sus culpas y desgracias.

El fundamento que hubo para fábula tan acreditada fué el que de los pocos que se salvaron, llegaron aquella noche á las puertas de Ar-

cilla cuatro ó seis mancebos. Los centinelas no habian de abrir sin que llegase la mañana, y entonces los fugitivos, temiendo ser perseguidos, alegaron que iba con ellos el rey D. Sebastian. Abriéronse á este nombre las puertas, mandando el gobernador encender algunas antorchas; y acaso por no ser conocido alguno de los hidalgos que allí iba, ó por vergüenza de haber sobrevivido á sus compañeros, se caló el embozo cubriéndose el rostro y desapareciendo por las calles de la ciudad.

En contra de esto, los mas refieren que el rey murió en el campo peleando como caballero y como valiente, y cuentan que en el mismo dia de la desgraciada batalla, Sebastian de Resende, paje de la real cámara, al pasar como esclavo por entre aquella multitud de cadáveres de amigos y enemigos, todos en cueros, porque indistintamente los habian despojado de sus vestidos, Sebastian de Resende, pues, vió entre otros cuerpos el del rey, cuyo servidor habia sido. A aquella vista dolorosa echó á llorar amargamente, y grabó en su memoria el sitio de aquella triste escena.

Al dia siguiente por la mañana, habiendo dado cuenta á los caballeros de lo que habia visto, les pareció que debia decir al nuevo emperador Ahmed, hermano del difunto Muley Melek, que no dejase aquel cuerpo sin sepultura. Enviaron, pues, un mensaje á aquel príncipe, quien mandó que dos moros, acompañados por Resende, fuesen en busca del cadáver, el cual fué encontrado en el lugar señalado.

Fué recogido el cadáver del que indicó Resende ser el rey, y se le dió sepultura, colocando sobre el sitio en que se le enterró algunas piedras y tejas para que en todo tiempo se le pudiese reconocer.

Otros historiadores suponen finalmente que el rey murió en realidad, pero que su cadáver no fué encontrado, dando esto lugar á la fábula de que consiguió salvarse apelando á la fuga.

Solo falta decir ahora que Mahomed, el pretendiente á la corona, murió tambien. Despues de haber dado buenos consejos, que por desgracia no se siguieron, despues de haber peleado como un valiente, cuando vió la rota de los cristianos, buscó su salvacion en la fuga, muriendo ahogado al atravesar el Macazen, que venia muy crecido á la sazon.

Tal fué aquella batalla en que murieron tres reyes.

Los moros se quedaron con todo el campamento cristiano y con infinidad de cautivos que llevaron á Fez, donde sufrieron lo que no es dable decir ni imaginar.

Hay quien supone que solo lograron escapar sesenta hombres del ejército cristiano, quedando prisionero todo el resto con la flor de la nobleza portuguesa. De este último número fué el embajador español que iba con D. Sebastian.

¡Desgraciada jornada esta!

Desde entonces acá, los europeos no hemos hecho nada ó muy poca cosa al menos en África. Aquella dolorosa catástrofe, además de ocasionar la caida del Portugal en manos de Felipe II, disuadió á las potencias de Europa de tentar otras espediciones á parajes tan llenos de peligros y defendidos por tribus armadas y valientes, á quienes el fanatismo dobla las fuerzas cuando se trata de combatir á los cristianos.

Los franceses han sido en este siglo los primeros que con la batalla de Isly han roto el antiguo prestigio derrotando el ejército del difunto emperador de Marruecos, mandado por el que lo es ahora; y no parece sino que presentándonos nosotros á nuestra vez, venimos á vengar el triste fin de D. Sebastian y del puñado de valientes españoles que le acompañaba.

Antes de terminar dejadme añadir algunas palabras,—dijo el oficial que hacia á sus compañeros esta reseña histórica;—debemos confiar en la prudencia de nuestro general en jefe. Nada podemos saber de su plan de campaña, pero por lo que yo traduzco por las disposiciones que se toman, se me figura que es conocedor de la historia de D. Sebastian, y sobre todo que tiene presente el consejo que en iguales circunstancias que las nuestras le dió el duque de Alba. Todo me induce á creer que vamos á operar á lo largo de la playa y sin perder de vista las costas, precisamente como aconsejaba el duque de Alba.

Señores,—añadió al terminar,—yo confio mucho en Odonell. El ejemplo de la rota de D. Sebastian nos será provechoso.

Asi concluyó el narrador. Los oyentes quedáronse todavía un buen rato discurriendo, unos sobre lo que acababan de escuchar, mientras

otros hablaban de los hechos peculiares del campamento.

Hacia ya ocho dias que ni siquiera un combate de guerrillas venia á turbar la monotonía del campo. En cambio, las penalidades aumentaban, porque el campamento continuaba interceptado por mar á causa del furioso temporal que dominaba en el estrecho, y el viento impetuoso, la lluvia, el frio, la humedad continua y las enfermedades tenian asediados á nuestros valientes, como si con tantas calamidades juntas pretendiera Dios poner á verdadera prueba su resistencia y su heroismo.

Eran dias de amargura aquellos, y no habia soldado ni oficial que no desease el combate.

Aquella calma les aterraba, dándoles lugar á pensar, que era por el pronto lo mas temible.

El estado sanitario del ejército era poco satisfactorio, pues no cesaban de entrar enfermos á todas horas en los hospitales. El segundo cuerpo de ejército, acampado entonces en el *Serrallo*, era el que mas sufria, atribuyéndose á ser malsana aquella localidad, puesto que la enfermedad habia desaparecido casi por completo del primer cuerpo, que antes estaba allí, apenas fué relevado por el segundo.

No faltaba quien murmuraba en el campamento, quejándose de la inaccion del ejército que permanecia allí dias y dias en terreno poco sano y en la estacion mas cruda, sin adelantar un paso, y sufriendo de vez en cuando un choque de los moros que, si bien eran rechazados siempre, causaban sensibles pérdidas en nuestras tropas.

Estas murmuraciones se trocaron en plácemes mas tarde cuando conocieron la cautela y prudencia con que procedia el general Odonell.

Un jefe escribia en aquellos dias á los redactores de un periódico creado solo para hablar de la guerra:

«Todos los trabajos de estos dias (del 1 al 8) se reducen á la recomposicion del camino de Tetuan y á fortificar mas y mas los reductos. El del centro aun no tiene, sin embargo, artillería. La opinion pública impaciente ha precipitado la venida de Echagüe y la del mismo Odonell antes de que el ejército estuviera organizado del todo y en disposicion de obrar pronta y enérgicamente.»

El dia 8 el general Prim hizo un reconocimiento por el camino de Tetuan para proteger los trabajos que se estaban haciendo por aquel

lado á fin de abrir paso á la artillería. Un grupo de cuarenta ó cincuenta moros hizo algunos disparos, que Prim despreció no haciéndoles ni la honra de contestar. Solo las lanchas cañoneras respondieron á sus fuegos arrojándoles algunas granadas con bastante acierto.

Por la tarde de aquel dia se vieron moros en gran número sobre la sierra.

Esto hizo creer á algunos que al dia siguiente habria combate.

Así sucedió.

VIII.

Combate del 9 de noviembre.

En este dia los moros se decidieron á proporcionarnos un nuevo triunfo.

Sabiendo sin duda que el reducto del centro aun no tenia colocados sus cañones, se propusieron atacarle, y aprovecharon las sombras de la noche para correrse por el bosque y ocultarse en él hasta rayar el alba, acechando el momento propicio para su intento.

Al amanecer salieron ocho compañías de cazadores á la descubierta ordinaria. Los marroquíes ocultos les dejaron pasar, quedando sobre su retaguardia, y apenas se habian separado lo bastante, cayeron sobre el reducto al mismo tiempo que otros dos cuerpos de quinientos hombres atacaban las compañías cortadas.

Los moros, en su ataque al reducto, llegaron hasta el mismo foso donde los nuestros se batieron cuerpo á cuerpo con ellos, dando relevantes pruebas de un valor heróico, en tanto que las compañías cortadas sufrian considerablemente; y mientras que un regimiento que subia al relevo, el de Arapiles, soportaba un espantoso fuego que le hacian parapetados tras los árboles y matorrales.

El regimiento que se hallaba de guarnicion en el reducto era el de Castilla, y como este no lleva *roses*, los moros se lanzaban á él gritando algunos en español:—Ser soldados de la sultana de España y estar gallinas.

Gritaban esto porque á los nuestros que llevan ros y pantalon colorado los creian entonces franceses al servicio de España.

Apenas oyó el fuego el general en jefe, salió de su tienda y á pié se dirigió al sitio del combate hasta que le llevaron el caballo, apresurándose á dictar las disposiciones y órdenes convenientes.

En el ínterin las compañías avanzadas iban retrocediendo hácia el reducto luchando en desigual pelea, los regimientos de Castilla y Arapiles, atacados á un tiempo, tenian numerosas bajas en pocos momentos. El coronel de Castilla cayó herido, lo mismo que otros varios oficiales, y por una y otra parte se disputaba el terreno palmo á palmo, luchándose con igual bravura y tenacidad.

El combate era desigual en estremo. Afortunadamente, acudieron en breve fuerzas mayores del segundo cuerpo de ejército, á las órdenes de Zabala, y de la reserva, al mando de Prim. Estendidos en línea los nuestros, comenzaron á batir el bosque árbol por árbol, arrollando á las turbas moriscas, que muy diezmadas y perseguidas por todas partes, fueron retrocediendo hácia la sierra, recogiendo como siempre cuantos heridos y muertos les fué posible, á pesar de lo cual quedaron no pocos esparcidos por el campo.

Reforzados los marroquies, aun repitieron el ataque, pero entonces Prim, dando afortunado comienzo á sus brillantes hechos de armas en esta campaña, que ha sido para todos, pero en particular para él de buena y legítima gloria, Prim, repetimos, consiguió en parte cortarles la retirada, y sus tropas se vengaron en toda regla, á pesar del nutrido fuego que sufrian y que no cesó hasta media tarde.

Por primera vez se vió en esta jornada alguna caballería de enemigos.

Al caer de la tarde aun se veian desfilar los moros por los montes en largas hileras, envueltos en sus blancos alquiceles, y disparando sin cesar sus espingardas, sin embargo de estar á una distancia tres veces mayor que el alcance de las balas.

«Nuestras tropas hoy como siempre, decia un oficial en una carta, se han batido con tal intrepidez, que mas que animarlas ha sido preciso contener su demasiado arrojo, y bien pueden, sin miedo de desdoro, ponerse al lado del mejor ejército del mundo. He visto á estos soldados, bisoños en su mayor parte, tan alegres, contentos y satisfe-

chos despues de este reñido combate, como si de muchos años estuvieran habituados á las batallas y á los mas crudos azares. »

Gloriosa fué la jornada, pero nos costó mucho. Obtuvieron en particular los honores de ella los regimientos de Castilla y de Arapiles.

Tuvimos una baja de cincuenta muertos y mas de doscientos cincuenta heridos con veinte y cinco oficiales, entre ellos el ayudante de Zabala, hijo del duque de Ahumada, el teniente coronel de Córdoba, los coroneles de Castilla y de ingenieros, y dos oficiales del estado mayor.

Se calcula que los moros eran en número de 8000. Tuvieron pérdidas de consideracion. Solo en el campo dejaron treinta ó cuarenta muertos que no pudieron retirar.

Tampoco se hizo ningun prisionero. Antes que entregarse, se hacian matar.

El general en jefe concedió varias gracias sobre el campo de batalla.

Los trabajos por la parte de Tetuan no fueron interrumpidos, á pesar del combate.

En este mismo dia quedó instalada en el campamento la hermosa brigada de artillería rodada de Sevilla, y desembarcó en Ceuta mucho comestible, entre otras cosas mas de doscientas cajas del fondista que iba dispuesto á seguir al ejército durante toda la campaña.

Tambien se supo en el ejército que Ceuta habia sido declarado puerto franco, escepto para los artículos estancados como tabaco, pólvora etc.; noticia que alegró sobremanera porque todo se vendia hasta entonces á precios fabulosos.

IX.

La noche del 9 no hubo tertulia, ó á lo menos no estaban los oficiales para entretenerse á oir relatos. Reuniéronse todos como de costumbre, pero solo fué para hablar del combate de aquel dia, de los hechos de valor que habian tenido lugar y de los incidentes y episodios de la jornada.

Un jefe contó que las balas llegaban hasta el reducto de *Isabel II* en donde estaba el general Odonell. Un coronel le rogó que se retirase del peligroso sitio que ocupaba, pero el conde de Lucena contestó tranquilamente:

—No tengais cuidado. Mi vida está en manos de la Providencia, y yo confio muchísimo en ella para que vele por mí.

Otros hablaban de sus compañeros muertos y heridos. En efecto, faltaban á la reunion cinco oficiales y se contaba de que manera se habian portado y lo gloriosamente que habian combatido.

Uno hacia observar que entre los moros que habian atacado aquella mañana se veian muchos mulatos, lo cual, á su parecer, probaba que el emperador habia enviado tropas del interior de Marruecos; otro elogiaba el comportamiento de los presidarios refiriendo haber visto uno que, armado solo de un puñal, mató á un moro cogiéndole la espingarda; no faltaba quien ensalzase la vida del general Odonell en el campamento, haciendo notar que apenas dormia y que mas bien podia decirse que descansaba solo, recorriendo de dia y de noche las calles de las tiendas, parándose á hablar con los jefes y alguna vez con los soldados, bajando á visitar los hospitales y recorriendo de noche á horas impensadas los puestos avanzados para ver si habia en todo la debida vigilancia; últimamente, otro se felicitaba del próximo establecimiento de una fonda en el campamento, provista de fiambres, pastas y toda clase de vinos.

Entretenidos en estas y otras conversaciones, pasaron mas de hora y media hablando, pero los mas se hallaban fatigados de la jornada, en la que algunos habian tomado una parte muy activa, y por lo mismo la reunion se disolvió bien pronto aquella noche.

El 10 no hubo novedad en el campamento. El tiempo estuvo bueno y pudieron continuarse los trabajos, dejando ya aquel dia, segun se dijo, tres leguas del camino de Tetuan espedito para la artillería. Fueron colocados en los reductos piezas de á diez y seis y algunos obuses.

Aquella noche ya nuestros oficiales estaban descansados y tuvieron su tertulia. Despues de un buen rato consagrado á oir la relacion de algunas anécdotas del campamento y de la accion del dia anterior, el oficial que les habia contado la rota de D. Sebastian comenzó un nuevo relato histórico.

X.

El duque de Riperda.

Voy á contaros, les dijo el narrador, la historia del famoso y aventurero duque de Riperda, hombre que figura ruidosamente en la historia de Marruecos. No era español, sino holandés, y se presentó en Madrid como enviado de Holanda. Era un audaz aventurero, un hombre decidido y dispuesto á sacrificar cuanto se oponía á sus pasos, mientras pudiera satisfacer su ambicion. El baron de Riperda, porque entonces no era duque aun, habia nacido católico, pero se habia hecho luego protestante, y al estar en España, nacion eminentemente católica, que habia escogido para teatro de sus planes, volvió á ser católico.

Era hombre que no se paraba en barras.

Riperda consiguió introducirse en palacio y fué poco á poco granjeándose las simpatías del rey Felipe V, y especialmente de la reina, cuyo confesor era el mas acérrimo parcial y panegirista del baron.

Cuando Alberoni cayó del poder, el baron fué llamado á sucederle al poco tiempo, y no tardó en ser nombrado duque y grande de España de primera clase. Por algunos meses fué el hombre de confianza del rey y el primero en España.

El pueblo, que raras veces se equivoca en el juicio que forma de los gobernantes, fué el primero en declararse contra Riperda; su cualidad de extranjero, su volubilidad en materia de religion, su conversion sospechosa al catolicismo, su arrogancia y otra multitud de circunstancias, fueron objeto de que su nombre anduviera ridiculizado en coplas y en romances, eco de la general opinion.

Comenzó en fin el rey á desconfiar de su favorito y á mostrarse con él frio y reservado, y por fin sonó la hora de su desgracia. El ministro cayó ruidosamente, tanto que fué preso y encerrado en el alcázar de Segovia.

Allí vejetaba tristemente en 1727, atormentado por los recuerdos

de su privanza, enfermo, decaido y abandonado de todos los que un dia se agrupaban á su lado haciéndole el ídolo de sus ilusiones. En aquel tiempo murió el alcaide de la torre, que le tenia algunas deferencias, y entró á sucederle otro que, por ser quizá enemigo suyo, se mostró mucho menos condescendiente con su prisionero.

Así es como de dia en dia se presentaba el porvenir mas negro para el antiguo favorito de Felipe V, y habíase ya acostumbrado á la idea de que envejecería y moriría entre aquellos muros, cuando un ausilio inesperado vino á cambiar completamente su situacion.

Este ausilio se lo procuró una mujer.

Servia de doncella á la alcaidesa una jóven natural de Tordesillas, graciosa de rostro y adornada de un talento mas cultivado que lo que su condicion prometía. Llamábase Josefa Ramos.

Esta jóven criada, ya sea que la infeliz situacion del duque la moviese á piedad, ya que calculase hábilmente este medio de hacer rápida fortuna, lo cierto es que resolvió poner término al cautiverio de Riperda procurándole la fuga.

Púsose de acuerdo con él, concertaron juntos los medios de la evasion, venció con habilidad y maña cuantos obstáculos se oponian á sus planes, sobornó algunos soldados, y combinó la evasion del duque para el dia 30 de agosto, deseosa de aprovechar la confusion que en dicha noche reinaria en la ciudad y en el alcázar por ser víspera de las funciones de toros.

Todo estaba, pues, dispuesto y preparado, cuando llegó la noche del 30.

Aquí llegaba tambien de su narracion el oficial, cuando un soldado se precipitó en la tienda en busca de un jefe. Este oyó algunas palabras que el soldado le dijo, y se levantó en seguida.

—Señores, esclamó,—cada uno á su puesto. Vamos á tener jarana esta noche.

La reunion se disolvió en un abrir y cerrar de ojos.

Cada oficial marchó corriendo á ocupar su sitio.

La noche estaba bastante plácida y despejada, una de las mejores que hasta entonces habia disfrutado el ejército.

No era infundada la alarma que tenia lugar.

El general Zabala acababa de dar aviso que se habian visto cruzar algunos moros por entre el reducto de *Isabel II* y la *casa del renegado*, en direccion al campamento.

Comunicáronse, pues, rápidamente las órdenes convenientes, adoptáronse las medidas que el caso y la prudencia exigia, y se pasaron un par de mortales horas alerta todo el mundo, y todo el mundo preparado.

Por fortuna, nada acaeció. Los moros, conociendo sin duda que habian sido sentidos y eran esperados, se retiraron.

La noche se pasó tranquilamente.

XI.

Embarque de la division de Ros de Olano.

Tambien el 11 discurrió sin incidente alguno.

En cambio, mientras en el campamento todo era tranquilidad y calma, en Málaga todo era agitacion y bullicio aquel dia por ser el destinado á embarcarse la division del general Ros de Olano.

Málaga despidió á los soldados que iban á combatir por la patria, con frenéticas muestras de entusiasmo.

Reunidos los catorce batallones que constituian la tercera division, formaron en masa en la alameda, y al desfilar fueron bendecidos por el obispo de la diócesis que, acompañado de las autoridades locales, se habia situado junto á un sencillo altar de campaña, levantado al efecto.

Una carta escrita desde Málaga el dia 12 refiere la escena de este modo:

«Desde la alameda y por dos puentes provisionales levantados en los muelles viejo y nuevo, se trasladaron simultáneamente las tropas con toda comodidad y en el mayor órden á los vapores que las esperaban. La apiñada multitud, que ocupaba todas las avenidas y todas

las alturas, apenas les dejaba trecho para pasar cómodamente, no obstante las precauciones que al efecto se tomaron. Esta parte de la ciudad presentaba un aspecto imponente. El puerto poblado de buques de vapor; las numerosas músicas que daban al viento sus alegres y marciales sones; los atronadores vivas de aquella entusiasta multitud; las voces de mando del ejército y de la marina, y toda aquella inmensidad de gentes de todas clases y condiciones que cruzaban el puerto en ligeros botes, y que llenaban los barcos, el muelle y todos los alrededores, moviendo y agitando sus pañuelos y arrojando al aire sus sombreros, presentaba un espectáculo imposible de describir. Y si imposible de referir es este acto, mas lo son aun las variadas escenas á que daba orígen. Madres despidiéndose de sus hijos; esposas que abrazaban, quizá por última vez, á sus esposos, y amigos que estrechábamos con efusion á nuestros amigos, porque todos los malagueños hemos afirmado mas de una amistad imperecedera con los valientes del tercer cuerpo, formábamos un singular contraste con la estraña alegría que el vulgo espresaba en dichos agudos ó en frases hijas del corazon y del sentimiento.»

La division, tan calurosamente despedida por los malagueños, comenzó á embarcarse á las dos de la tarde, concluyendo á las cuatro. Media hora despues el general Ros con su estado mayor entraba en el *Vasco Nuñez;* y al oscurecer, los diez y ocho vapores salieron del puerto con viento y mar bonancibles, hallándose ya á las doce de la noche entre Ceuta y Gibraltar, bandeando hasta el amanecer, hora en que entraron en el puerto.

Aquella noche, que los de la tercera division pasaron en el mar, la ocuparon los varios oficiales del campamento, de los cuales hemos hablado, oyendo de boca de su compañero la continuacion de la historia del duque de Riperda, interrumpida por la alarma de la víspera.

XII.

El duque de Riperda.

(CONCLUSION)

Dejamos la relacion en los momentos en que todo lo habia preparado la doncella Josefa Ramos para la fuga del ex-ministro.

Tuvo lugar esta con toda felicidad para él.

Salió el duque por una puerta falsa que daba al parque, y á favor del gentío que llenaba las calles, consiguió ponerse en salvo, tomando el camino de Portugal, acompañado de un caballerizo. Poco tardó en reunírsele la Josefa Ramos, que, para no escitar sospechas, aguardó al dia siguiente para salir de Segovia.

De Portugal, el duque de Riperda pasó á Lóndres, siempre acompañado de Josefa Ramos, con la cual vivia maritalmente y de quien tuvo un hijo. Una vez en Lóndres, donde fué muy bien recibido por los reyes que estaban entonces mal con España, se estableció magníficamente, adoptando la divisa *Dextra Domini liberavit me.*

En vano la corte de España, la mas rencorosa de Europa en aquel tiempo, reclamó la persona del que habia sido su ministro. No se le dió oidos.

Sin embargo, bien pronto Riperda con su altanería, su ambicion y su anhelo de mezclarse en los negocios de la corte, se hizo odioso á los reyes. Vióse precisado, pues, á abandonar la Iglaterra, y pasó á Holanda, su patria, en donde no fué muy bien recibido. El gabinete de Madrid continuaba persiguiéndole con encarnizamiento y halló algun apoyo en el gobierno holandés.

Riperda entonces pensó en pedir hospitalidad á la Rusia, dió algun paso con este motivo cerca de la embajada de aquella nacion, pero recibió una respuesta equívoca.

Hallábase, pues, perplejo, sin saber á que punto del globo encaminarse para huir de las iras de la España, cuando un dia, hallándose

en la Haya, se le presentó el almirante del rey de Marruecos, que era un renegado español llamado Perez.

Propúsole pasar á África, diciendo que un hombre como él podria ser muy útil al emperador marroquí. Su querida, la Josefa Ramos, apoyó las razones que le daba Perez, pero Riperda no accedió al pronto. Dijo que se reservaba contestar para cuando hubiese apurado los recursos que aun le quedaban. Consistian estos en escribir al rey de Francia pidiéndole su proteccion, que le fué negada; y en escribir al rey Felipe V una humilde carta pidiéndole su perdon, la cual quedó sin respuesta.

Creyéndose ya con esto Riperda libre de todo compromiso con su conciencia, envió á decir al almirante marroquí que aceptaba sus proposiciones, y partió para África con su querida, Josefa Ramos, dejando sus hijos en Holanda.

La corte de Marruecos era un magnífico teatro para los planes de un hombre de audacia y de intriga como Riperda. Reinaba entonces en este país Muley Abdalá, jóven imberbe á quien dirigia su madre la sultana viuda, que habia sido una hermosa esclava, inglesa de nacimiento, llamada Leyla Jannet. Abdalá recibió al duque en Mequinez con brillante ostentacion, dándole audiencia pública y señalándole despues largas rentas para su mantenimiento, permitiéndole ejercer libremente su religion que, á decir verdad, no se sabia bien fijamente cual era.

Sagaz y astuto, no tardó en conocer el duque de Riperda que quien verdaderamente mandaba en Marruecos era la sultana madre, y por lo tanto, dirijió á ella sus miras y se consagró á ganar su buena voluntad y su favor. Leyla habia sido muy hermosa, y lo era aun. El duque no era despreciable en su figura, y se dedicó á hacerla el amor, tomando su partido y haciéndose decididamente en la corte su campeon y su caballero.

La sultana, aparte de lo sensible que pudiese ser como mujer, era de una ambicion sin límites y revolvia en su cabeza gigantescos proyectos para los cuales necesitaba un instrumento eficaz y pronto. Riperda se ofreció á serlo, y la sultana entonces se confió á él.

Riperda fué elevado á un grado de confianza y familiaridad desconocido hasta entonces en las costumbres y usos del Oriente y de África.

¿Seria un obstáculo para los futuros proyectos del aventurero duque el tener á su lado á la jóven aquella que le habia salvado, proporcionándole el poderse fugar del alcázar de Segovia? ¿Los celos de la sultana ó los de Josefa Ramos estorbaban al duque y le embarazaban?... Difícil es decirlo, pero es lo cierto que á poco de sus relaciones con Leyla, Riperda pasó á Tánjer con su querida, y allí enfermó gravemente Josefa.

Entonces el audaz aventurero, aquel hombre sin creencias y sin corazon, se deshizo de su querida, de su salvadora, de la madre de su hijo, y la envió á Holanda, donde murió al poco tiempo.

Josefa era ya para él una carga pesada y se desprendió de ella.

Cuando hubo partido su querida, volvió á Mequinez á los brazos de la sultana y á embriagarse entre ellos, no de amor, sino de ambicion.

Por aquel tiempo la corte de Madrid tornó á ocuparse de su antiguo ministro. Fué sorprendido y preso en Ceuta un criado de Riperda, y por sus declaraciones oscuras, por su turbacion, al par que por ciertas confidencias recibidas, se sospechó fundadamente que el antiguo favorito de Felipe V, de acuerdo con el emperador de Marruecos, intentaba un golpe de mano contra la plaza de Ceuta.

Parece que esto no quedó bien probado, pero de todos modos algo se maquinaba y para algo habia ido á Ceuta el servidor de Riperda, á quien se encontraron sumas considerables, quizá para comprar á alguno y para hacer secuaces.

Con este motivo, el rey de España espidió un real decreto anulando la gracia de duque y grande que habia otorgado un dia á su ministro, haciendo esto, decia el decreto, por *haber cometido Riperda el enorme delito de pasarse á los moros de Mequinez.*

Ya no se volvió á hablar mas de ninguna tentativa para apoderarse de Ceuta. Si es verdad que Riperda, de acuerdo con Muley Abdalá, habia formado este proyecto, hubo sin duda de desistir de él á causa de las dificultades que ofrecia.

La sultana y él combinaron entonces otro proyecto.

Es preciso tener en cuenta que en aquella época estaban en todo su auge las intrigas del Serrallo. La favorita del emperador era otra esclava inglesa llamada Leyla Genax. Esta y la madre del monarca Ley-

la Jannet, estaban continuamente entregadas á una sorda lucha, hija del odio mortal que entrambas se profesaban.

Leyla Genax, la favorita, se esforzaba por suplantar en el cariño y valimiento del emperador á Leyla Jannet; y esta, aun cuando no temia que triunfase su rival en ambicion, comprendia, sin embargo, la posicion precaria en que se hallaba, pendiendo solo de la vida de Muley Abdalá, pues no tenia otro hijo, y quiso prevenirse para todo evento con el dominio de un reino ó provincia en donde imperar libremente, y que en cualquier trance desgraciado le sirviese de refugio y de posicion fuerte desde donde vengarse de sus enemigos.

Comunicado este pensamiento á Riperda, parece que este fijó sus miradas en Tetuan y su provincia, es decir—añadió el narrador—en los sitios en que pronto brillarán al sol nuestras banderas, por poco que Dios nos preste su ayuda.

Riperda pidió plazo para madurar su proyecto, y decidió pasar á Tetuan, sacándole preliminarmente la sultana la indispensable autorizacion de su hijo.

Antes de que este viaje se efectuase, aquellas dos almas ambiciosas, que tan bien se comprendian y para las cuales el mútuo amor que se demostraban era solo una máscara, urdieron un complot contra la favorita de Abdalá, objeto del odio violento de Leyla Jannet.

Faltan pormenores para saber en qué consistia esta intriga y como estaba urdido este complot. Solo se sabe que no obtuvo buen éxito.

Riperda partió para Tetuan y comenzó por establecerse allí, en cuyas cercanías es fama que hizo labrar multitud de tierras que permanecian incultas. Agradóle sobremanera la situacion de la ciudad, y habia echado ya sus planes para combinar el modo de declarar independiente toda aquella provincia, nombrando reina á la sultana madre y casándose él con ella para ser rey; cuando cierto dia se le presentó un aleman, que allí se hallaba, llamado Teodoro, á cuyo nombre añadia el título de baron de Neoff.

Este hombre era un aventurero tan acabado y perfecto como podia serlo el duque de Riperda.

Habia nacido en Westfalia, desde donde pasó á España, y habiendo gastado el dinero que el gobierno de esta nacion le diera para levantar un regimiento, fugose á Francia y anduvo errante y vagabun-

do mucho tiempo por Europa, fingiéndose inglés en Liorna, español en Londres y sueco en Génova, y haciéndose llamar indistintamente Napoer, Niffer ó Neoff. En Génova se le ocurrió la idea de auxiliar á los corsos en su sublevacion contra aquella metrópoli, y en efecto, pasó á Córcega, tomando parte en el movimiento y logrando distinguirse, mas viendo los pocos medios de defensa que tenian los sublevados, les aconsejó que acudiesen al emperador de Marruecos en solicitud de su apoyo, y se ofreció él mismo á desempeñar la embajada.

Este era el motivo de hallarse en Tetuan el baron de Neoff.

Los dos aventureros se vieron en este último punto y no necesitaron mas para entenderse. A nadie mejor que á ellos, con motivo de haberse encontrado en tierras tan apartadas de su país, podria aplicarse aquel sabido refran de *Dios los cria y ellos se juntan*.

Con las largas conversaciones que los dos aventureros tuvieron en Tetuan, las ideas de Riperda tomaron otro giro, y concibió la idea de desembarcar en Córcega y hacerse proclamar rey de aquel país, todo con el dinero y los recursos que le proporcionase la sultana, á quien le pareció que podria hacer aprobar su plan ofreciéndola que reinaria con él en Córcega. La sultana, sin embargo, no fué de este parecer y se opuso á que el duque saliese de África, aunque, con largueza digna de los pensamientos que abrigaba, facilitó cuanto dinero fué necesario para la empresa.

Riperda en semejante trance, sin abandonar la idea de coronarse rey de Córcega, se vió precisado á nombrar su lugarteniente á Neoff, y dándole armas y dinero le puso en situacion de llevar un considerable socorro á los sublevados.

Desembarcó Teodoro en Córcega, y olvidándose de lo prometido á Riperda, se hizo coronar á sí mismo rey de aquella isla, cuyos pueblos todos le prestaron obediencia, escepto algunas plazas guarnecidas de genoveses, pero el entusiasmo de los corsos por su nuevo rey fué muy breve; los genoveses desembarcaron nuevas tropas, y el rey Teodoro se vió precisado á volver á emprender su vida errante y vagabunda por Europa.

Riperda recibió un golpe mortal con la traicion de su amigo, y trató de presentarse, aunque confuso y vacilante, ante la sultana para

darle cuenta de que modo se habian malgastado sus tesoros, desapareciendo con ellos sus esperanzas.

Se disponia, pues, á dejar Tetuan, á donde pensaba luego volver con abundancia de oro para poner en planta á lo menos sus primitivos proyectos, cuando el gobernador ó alcaide de la ciudad se le presentó á decir que tenia órden de no dejarle salir de la ciudad hasta nuevo mandato. Desconsolado el duque, escribió á la sultana haciéndola sabedora de lo que pasaba y diciéndola que impetrase de su hijo el permiso de poder regresar á Mequinez, pero cuando esperaba ansiosamente este documento, recibió la terrible noticia de la muerte de su amante.

Las desavenencias entre las dos sultanas habian llegado á tal término, que acabaron por tener un trágico desenlace.

Leyla Jannet murió envenenada por Leyla Genax.

Así acabó aquella célebre inglesa que, á su vez, tantas vidas habia sacrificado á sus planes ambiciosos, y que tantos otros tósigos habia suministrado, al único objeto de preparar y asegurar el imperio y dominacion de su hijo Muley Abdalá.

El duque de Riperda, privado con la muerte de la sultana, del apoyo que pudiera tener para llevar á cabo los proyectos que sin cesar abortaba su imaginacion calenturienta, pidió permiso al emperador de Marruecos para pasar á Roma, al efecto, segun dijo, de cumplir un voto que habia hecho en un lance apurado; pero el emperador, que habia oido repetir á su madre que nunca convendria dejar salir de Africa al duque por los altos secretos que del imperio sabia y por lo terrible y fatal que seria su revelacion en Europa, nególe el permiso que solicitaba. Entonces fué cuando Riperda, no pudiendo avenirse con la idea de renunciar para siempre á su independencia, empezó á decaer de sus sueños y delirios, y enfermando gravemente, concluyó sus dias en Tetuan á fines de noviembre de 1737.

Así terminó el relato histórico del duque de Riperda, y, como es natural, promovióse alguna discusion sobre el personaje cuyas estrañas y novelescas aventuras se acababan de oir.

En esto se hallaba la conversacion, cuando un oficial le dijo al narrador:

—Pero hasta ahora, solo nos has contado cosas que todo lo mas nos interesan ligeramente. Yo quisiera que nos relataras alguna de nuestras antiguas glorias en África, algo que nos ataña de mas cerca, algo que pueda hacer hervir la sangre en nuestras venas al considerar que somos descendientes y sucesores de los que ilustraron su nombre en gloriosas campañas.

—Os complaceré á todos, contestó el interpelado; dejadme reunir mis recuerdos y para mañana os prometo, si no me han muerto los moros, contaros alguna cosa que haga mas al caso y que podais escuchar con mas gusto, en vuestra doble cualidad de españoles y guerreros.

Alcanzada esta oferta y promesa, la reunion se disolvió por aquella noche, quedando aplazada para la siguiente, si algo grave no lo impedia.

XIII.

La accion del 12.

Con la aurora del dia 12 lució la de un nuevo combate y la de una nueva victoria

El general en jefe habia dispuesto que Prim saliese al romper el alba con su division para proteger la construccion del camino que se estaba abriendo desde el campamento á los Castillejos, en direccion á Tetuan.

El general conde de Reus escalonó sus tropas, haciéndolas tomar posicion en las faldas de los cerros, y entonces el primer batallon de ingenieros, el primer batallon y el segundo de los regimientos tercero y quinto de artillería emprendieron los trabajos del camino bajo la direccion del coronel de ingenieros Sr. Angulo, secundado por el teniente coronel de artillería Sr. Berraeta.

A cosa de mediodía los moros salieron del *boquete de Anghera* en número de 6,000 infantes aproximadamente y ciento cincuenta caba-

llos, corriéndose hácia la izquierda de la division Prim y molestando á la retaguardia con sus fuegos.

El general conde de Reus hizo que las tropas se mantuvieran serenas é impasibles. La inmovilidad á que en aquellos primeros momentos las condenó el general, les impacientaba, pero pronto conocieron las ventajas del plan. Los moros, que tampoco estaban acostumbrados á aquella inmovilidad, se precipitaron ufanos al llano, y este movimiento fué contestado presentando los batallones que hasta entonces habian permanecido como alejados.

Al mismo tiempo que este plan, Prim les habia preparado una emboscada, haciendo que permaneciesen ocultos el batallon de cazadores de Vergara, tres compañías de Luchana y una de Cuenca.

Obtuvo todo el mejor éxito.

Nuestros valientes se lanzaron sobre los moros al tenerlos en el llano. Los enemigos, rodeados por todas partes, sufrieron un grande descalabro. La emboscada dispuesta por el general les desconcertó.

Como llevaban caballería, uno de nuestros batallones formó en cuadro, creyendo que atacaria, pero no cargó como se esperaba. Pero si ellos no lo hicieron, hízolo en cambio, y bien, la fuerza del escuadron de carabineros que sufrió muy pocas bajas, á pesar de su indecible arrojo.

El intento de los moros era envolver y aislar aquel cuerpo de ejército, que era de escasa fuerza, y combatieron con gran ahinco para conseguirlo, corriéndose al efecto desde la sierra hasta la costa, próxima á la cual iba el camino que se estaba abriendo en direccion á Tetuan. El arrojo y serenidad del general y de las tropas hicieron vano su propósito. La escolta de Prim y su cuartel general con su jefe al frente dieron una brillante carga en los momentos de mayor peligro, habiendo quedado heridos algunos oficiales.

Tambien en un momento oportuno llegaron cuarenta caballos al mando de D. Manuel Coig, comandante graduado capitan de caballería, sobrino y ayudante del general en jefe, los cuales prestaron gran servicio, teniendo el Sr. Coig la desgracia de quedar herido en una pierna.

Prim, que habia ya arrollado á los moros en el llano, dispuso entonces tomarles sus posiciones y mandó cargar á la bayoneta. Lanzá-

ronse á la carrera las compañías de cazadores de Cuenca, Luchana y una de Vergara con los cuarenta caballos del capitan Coig; dos columnas apoyaron al paso de carga esta recia embestida, y protegidas por su derecha por cuatro compañías de infantería que Prim puso á las órdenes del coronel de ingenieros Sr. Pasaron, se consiguió un éxito completo, pues además de causar al enemigo pérdidas considerables en hombres y caballos, se le desalojó de las ruinas de un castillejo y de una casucha llamada del Marabut.

Precisamente en aquellos momentos llegó al lugar del combate el general García, jefe del estado mayor general, contribuyendo con sus ayudantes y oficiales de estado mayor á reforzar la carga, y fué testigo de la impetuosidad y bravura con que se condujeron las tropas de la division de reserva.

Nuestros valientes conservaron las posiciones tomadas, pero el fuego continuó hasta el oscurecer; y llegada con esta hora la de volver al campamento, emprendióse la retirada por escalones en el mayor órden. Los moros continuaron constantemente su fuego contra la retaguardia, sin que una sola vez pudieran desordenar los escalones en marcha, y al llegar la division de reserva á donde estaban situadas las tropas del primer cuerpo, que habia mandado el general en jefe, la marcha se continuó con mas tranquilidad.

Odonell, que permaneció en el reducto del *príncipe Alfonso*, desde cuyo punto podia abarcar todo el teatro del combate, presenció la lucha y pudo ver al enemigo victoriosamente rechazado. A mas de enviar con batallones del primer cuerpo refuerzos á la division Prim, mandó prevenir todas las fuerzas por si el fuego se generalizaba en toda la línea, cosa que no llegó á verificarse.

Tambien dispuso el general en jefe que una seccion del tercer regimiento montado de artillería tomase posicion en la falda del reducto citado, previendo que el enemigo, no conociendo el alcance de nuestras piezas rayadas, iria por las alturas á colocarse bajo la accion del fuego de las mismas.

Así sucedió.

La seccion de artillería tuvo ocasion de romper el fuego haciendo disparos certeros á distancias admirables.

Desde aquel instante los moros se contuvieron, y aun cuando tra-

taron de avanzar á una altura que acababan de dejar nuestros soldados, tuvieron que retroceder en desórden y precipitadamente á impulsos de una carga á la bayoneta dada por una compañía del regimiento de Granada y dos del de Almansa, continuando despues á larga distancia y fuera del alcance de sus tiros un fuego inofensivo.

Brillante fué esta accion, y el general Prim tuvo ocasion de comenzar á dar muestras en ella del arrojo y de la pericia que en esta gloriosa campaña de África debian poner tan alto su nombre.

Se calcula que el enemigo tuvo mas de cuatrocientos muertos.

Observóse que muchos de los moros que atacaron aquel dia iban mejor vestidos que los de los dias anteriores. Entre los cadáveres que dejaron en el campo se encontró uno que llevaba tres camisas, á mas del albornoz, y una de ellas con botones y presillas de seda y con diferentes bordados. Quedó tambien sobre el campo un moro ricamente vestido, que por las trazas debió de ser un jefe principal entre ellos. El elegante traje que vestia fué llevado al general Odonell, que lo conserva.

Por nuestra parte tuvimos poca pérdida. Entre nuestros muertos figuraba el coronel de artillería D. Juan Molins, sugeto muy conocido y apreciado por sus bellas cualidades en Barcelona. Era catalan y murió como un valiente al lado del conde de Reus. El escritor Alarcon, que sigue como voluntario las operaciones de la guerra, cuenta de él que el dia 9, contemplando los inanimados restos de dos cazadores que acababan de caer á su lado, esclamó proféticamente:

—¡Cuántos padres no volverán á abrazar á sus hijos!

Tres dias despues, hora por hora, los hijos del coronel Molins no tenian padre.

Entre los heridos tuvimos al coronel de ingenieros señor Pasaron, al de Luchana señor Canaleta, al ayudante de Prim señor Pita, al ayudante de Odonell señor Coig y á otros varios oficiales.

En este mismo dia 12, segun ya llevamos dicho, desembarcó en Ceuta el cuerpo de ejército al mando de Ros de Olano, acampando por el pronto en la plaza y terraplenes de la ciudad.

Las enfermedades parecieron disminuir en este dia. Sin embargo, se continuó activamente formando hospitales. El Casino de Ceuta fué destinado para oficiales y en una plaza se formó otro de tablas.

XIV.

Fué el 13 un dia de completa tranquilidad en el campamento, pero en cambio lleno de incidentes y movimiento.

Al amanecer, los centinelas avanzados vieron salir á un moro de entre los árboles y malezas. El moro, así que vió que los centinelas le encaraban el fusil, arrojó sus armas y les gritó en español puro que iba á presentarse.

Era un renegado.

Lleváronle á presencia del general en jefe, al cual dijo que para el dia 15 vendrian para los reductos 15,000 moros, los cuales estaban dispuestos, segun les oyera decir el renegado, á morir todos ó á encerrar á los españoles en Ceuta.

Parece que el mismo renegado dijo al general que las pérdidas de los moros hasta aquella fecha ascendian á 5,000 hombres, muriendo generalmente todos los heridos á causa de usar de la cauterizacion para curarlos.

A medio dia se dió parte al general, como en confirmacion de lo que al amanecer le dijera el renegado, que el vigia del Hacho anunciaba haber visto pasar por el camino que hay mas allá del *boquete de Anghera* sobre 4,000 infantes y 6,000 caballos, fuerza que sin duda enviaba Muley Abbas para aumentar el gran número de moros que se encontraban frente de nuestras posiciones á fin de llevar á cabo la tentativa preparada para el 15, segun el renegado.

En este dia llegaron al campamento, conducidas por el ayudante Ceballos, las dos banderas que mandaban S.S. M.M. acompañadas de una carta autógrafa de la reina para el general en jefe. Éste dispuso que fuesen confiadas á los regimientos de infantería Rey y Reina, números 1 y 2, como mas antiguos, hasta que llegase el caso de que se entregaran á los dos cuerpos que se hiciesen mas acreedores á tan señalada distincion.

La division del general Ros salió de Ceuta y pasó á ocupar el sitio

en que habia tenido lugar la accion del dia anterior, á una legua de la plaza poco mas ó menos.

Con esta division iba un escritor distinguido, D. Pedro Antonio de Alarcon, jóven y entusiasta poeta, que quiso ser testigo de la guerra de África y escribir un diario, comenzando por sentar plaza de soldado voluntario bajo la bandera del regimiento de Ciudad Rodrigo. Como Ercilla y como Camoens, Alarcon quiso pelear y escribir á un tiempo.

Tambien formaba parte de esta division un artista conocido y justamente reputado, el Sr. Vallejo, y un jóven llamado Eduardo Butler, de quien hablaremos mas adelante.

El tercer cuerpo de ejército acampó en los sitios indicados para proteger el camino que se abria en direccion á Tetuan, ocupando un terreno, aunque no llano, despejado de bosques.

Tambien el dia 14 transcurrió sin novedad.

Acabaron de desembarcar las acémilas y demás bagajes del tercer cuerpo, y llegaron al campamento 600 voluntarios procedentes de Barcelona y 300 de Málaga.

El cuartel general con la division de reserva avanzó á colocarse cerca del Serrallo en las alturas del mismo.

El general Ros de Olano mandó empezar grandes trabajos en su campamento tomando todas las precauciones que creyó necesarias para su resguardo. Colocadas ya las tiendas, dispuso que sus soldados alzaran una trinchera, y en menos de dos horas brotó de la tierra, como por ensalmo, una fortificacion que se estendia mas de dos kilómetros con reductos avanzados para las grandes guardias y que ponia completamente á cubierto el campamento de un golpe de mano.

Ros de Olano mandó establecer en el mismo real los hospitales de sangre bajo anchas, espaciosas y abrigadas tiendas de campaña.

Las ocupaciones del servicio no habian permitido á nuestros oficiales tertulianos volver á reunirse hasta la noche del 14 en que lo efectuaron.

Como siempre, su conversacion giró sobre incidentes de la accion última y sobre lances del campamento.

Se habló de Prim, de la serenidad que habia demostrado y del acierto con que habia dirigido el combate, y se hicieron comentarios sobre la guerra y los acontecimientos futuros.

—Hasta ahora, decia uno, los moros son los que atacan, pero con algunas como la de anteyer acabarán por cansarse.

—Nuestra posicion es inespugnable, dijo otro. Que ataquen todo lo que quieran. Tenemos á Ceuta á la espalda, á la izquierda el mar, á la derecha y en el centro reductos bien construidos y bien artillados. Por lo demás, me parece comprender perfectamente cuales son los planes del general. El camino que manda construir próximo á la playa y en direccion de Tetuan se dirige á mantener espedita la comunicacion entre la base sólida de nuestro campamento y la línea de operaciones, de manera que entre una y otra no se pueda interponer una fuerza enemiga. Por el pronto protegen la construccion de este camino los cuerpos de Prim y de Ros de Olano, y cuando esté concluido, su proximidad á la costa hará que pueda ser perfectamente protejido por la escuadra. Así podremos avanzar luego nuestra línea hasta Tetuan y tomaremos esta plaza, escarmentando antes en el valle, si en él se atreven á presentarse, á los marroquíes y su caballería, cualquiera que sea su número.

Mientras en un grupo de oficiales se hacian los anteriores comentarios, en otro tenia lugar la conversacion siguiente:

—Pero, contadme algo, decia uno, ya sabeis que acabo de salir del hospital donde he estado trece mortales dias. Apenas sé lo que ha pasado.

—Chico, solo puedo decirte que los moros se baten como unos condenados y que en este último combate he tenido lugar de hacer una observacion.

—¿Cuál?

—Que no llevan ya las balas y municiones sueltas, como acostumbraban desde tiempo inmemorial, sino que gastan cartuchos á la europea.

—¿Y qué es eso que me han contado de un corneta que salvó la vida á mi amigo Alcayna?

—Es verdad y es un lance notable.

—¿Y cómo fué ello?

—Hélo aquí. Tuvo lugar en la accion del 9. Eduardo Alcayna, que como sabes, es ayudante del brigadier Angulo, habia caido en poder de tres moros. No habia remedio para él y te aseguro que se libró de un lance bien apurado, pues con su sola espada no podia contra los tres. Un corneta de órdenes de Saboya, que se llama Domingo Montañá, le vió en aquel aprieto y corrió á librarle. De los tres moros, el buen corneta mató á uno de un tiro, al otro le atravesó con su bayoneta, y el tercero huyó. Afortunadamente, el ayudante Alcayna salió del lance con solo una herida de gumía en la pierna.

—¿Y el corneta?

—Ileso. El general en jefe le premió sobre el campo de batalla, y oye el diálogo que tuvo lugar con este motivo.—En nombre de la reina, le dijo el general, concedo á V. la cruz de San Fernando con la pension de treinta reales al mes.—Gracias, mi general.—A la reina, señor corneta, contestó lacónicamente Odonell.

En otro grupo, finalmente, se hablaba de la accion del 12 y un oficial, testigo del caso, contaba lo que habia sucedido al teniente coronel de ingenieros D. Antonio Pasaron.

Este jefe se hallaba alineando algunas fuerzas puestas á sus órdenes, cuando recibió un balazo en la espaldilla derecha. Hubiera podido retirarse del campo de batalla, pero su pundonor y delicadeza se lo prohibieron. Continuó, pues, con la mayor sangre fria al frente de la tropa y logró, por medio de una sencilla maniobra, rechazar una considerable fuerza de caballería enemiga que atacaba y casi tenia cortado al batallon de Vergara, el cual se batia con heroismo. A poco, el Sr. Pasaron recibió instrucciones de Prim para fingir una retirada y secundar en seguida el ataque directo, procurando envolver al enemigo, lo que se consiguió fácilmente y con poca pérdida; de manera que solo pudo atender á su herida despues de terminada la accion y de retiradas las tropas al campamento, es decir, siete ú ocho horas despues de herido, lo que hizo imposible la estraccion de la bala.

Otro contó en seguida que entre los jefes moros de la misma accion habia uno que iba montado en un gran caballo y tremolaba una bandera negra, diciendo que lo habia matado de un balazo en la frente uno de los tiradores de la escolta de Prim, á tiempo que el moro, que

parecia ser un santon, apuntaba ya con su espingarda á un jefe ú oficial de la misma escolta.

Estas conversaciones ocuparon largo rato á los oficiales agrupados en la tienda y fuera de ella, no terminando hasta que uno se dirigió al mismo que hasta entonces les habia relatado las narraciones históricas que hemos transcrito, diciéndole:

—¿Has pensado ya en lo que nos vas á contar hoy?

—Sí por cierto.

—Mira que es preciso que sea algo que nos caliente, que nos encienda la sangre, y que nos deje bien dispuestos para el combate de mañana.

—Ola! ¿Tú sabes que mañana habrá combate?

—Y acaso el mas rudo que hayamos sostenido.

—¿Cómo así?

El oficial relató entonces lo que, segun se decia en el campo, habia dicho el renegado al general Odonell acerca de que los moros iban á hacer el dia 15 un esfuerzo desesperado.

—Bueno; pues entonces para añadir ánimo al que teneis, voy á referiros uno de nuestros grandes hechos en África.

—¿Y es?

—La toma de Oran por el cardenal Cisneros.

—Venga en seguida.

—Prestadme atencion.

No necesitaba encargar esto último, porque de seguro que ningun dia se dispusieron á prestársela con tanto interés como aquella noche.

—Debo advertiros que antes de la toma de Oran mediaron otras conquistas preliminares, como la de Mazalquivir y el Peñon. En su consecuencia empezaré por ellas.

XV.

La toma de Mazalquivir.

Corria el año 1505, cuando el rey D. Fenando, muerta ya su esposa la célebre Isabel I *la católica*, decidióse á seguir los consejos

que con instancia le daba el cardenal Fray Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo. Estos consistian en armar un ejército para pasar al África y continuar la guerra con los moros.

Era este, digámoslo así, el sueño de oro del cardenal Cisneros. En ello tenia ocupado el cardenal todo su pensamiento, porque era hombre de ánimo elevado y al que solo grandes empresas satisfacian.

Habíalo ya tratado diversas veces en vida de la reina D.ª Isabel, y despues de la famosa conquista de Granada; y cuando las empresas contra moros se acabaron en España, él fué quien aconsejó pasar al África y conquistarla.

Un hombre se encontró en la corte dispuesto á secundar sus proyectos y á facilitar la empresa. Era el conde de Tendilla.

Este guerrero hizo una proposicion al rey. Comprometióse á conquistar las ciudades de Oran y Oné, las villas de Tihuente, Tabasaria y Guardania con el castillo y pueblo de Mazalquivir así como todas las demás villas fuertes que habia en el reino de Tremecen en la costa, desde Melilla, que ya pertenecia á España, hasta la ciudad de Arjel. Para hacer todo esto solo pedia que se fijase una suma, advirtiendo que si algo sobraba de ella, seria para el rey, pagando él de su propia hacienda lo que escediese. El rey debia proporcionarle los buques que fuesen necesarios, pagando el conde los fletes y la gente con el dinero de la suma que se fijase. En cambio, debia percibir ciertos derechos de la conquista.

Por muerte de la reina D.ª Isabel y por las novedades que á consecuencia de esto se siguieron en Castilla, desistió el conde de tomar á su cargo la empresa de aquella guerra, pero no así el cardenal Cisneros, que cada dia instaba al rey con mayor ahinco, llegando á ofrecer una crecida suma á D. Fernando para que pudiese con ella reunir la gente que era necesaria al objeto de emprender aquella conquista.

El rey aceptó la oferta del cardenal, y decidido ya á poner en planta su proyecto, espidió las órdenes convenientes para que gente y armada estuviesen dispuestas á partir en agosto de 1505.

Componíase la flota de seis galeras y gran número de carabelas y navíos al mando del almirante catalan D. Ramon de Cardona, y embarcáronse en ella hasta cinco mil hombres, cuyo mando se dió

á don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles.

La primera idea fué la de enviar esta armada á Tedeliz, que era un rico lugar de la costa de Berbería, entre Bujia y Arjel. El porqué de esta idea era á consecuencia de que un moro muy principal de aquellos lugares habia tenido por mucho tiempo grandes relaciones con D. Juan Aymerich, virey de Mallorca, por conducto de un catalan llamado Ramon Vidal que residia en el citado lugar de Tedeliz, ofreciéndose á entregarlo al rey. D. Fernando quiso enterarse primero de la conquista que se le ofrecia, y envió á un servidor de su palacio llamado Martin de Robles con la escusa de comprar caballos de Berbería á fin de que reconociese el lugar de Tedeliz, su posicion, importancia y circunstancias particulares. A su regreso, Martin de Robles no dió tan buenas noticias como se esperaban, y se decidió por consiguiente volver á la idea del cardenal y emprender decididamente la conquista de Oran y de Mazalquivir.

El dia 29 de agosto estaba todo preparado en el puerto de Málaga para el embarque de las tropas, pero como el tiempo era contrario y el mar borrascoso, detúvose la espedicion hasta el 3 de setiembre, en cuyo dia se hizo á la vela dirigiéndose á Mazalquivir.

Era este uno de los mejores puertos de África en el Mediterráneo, y de tanto renombre en los tiempos antiguos, que fué llamado el puerto grande de la Mauritania Cesariense.

Llegó allí la armada á los cuatro ó cinco dias de navegacion, y como el viento le era contrario y no podia tomar puerto, hubo de recogerse tras el cabo llamado de Falcon, á una legua de Mazalquivir. Reunió allí el general toda la flota y al siguiente dia entró en el puerto.

Ya estaban los moros dispuestos á recibir á los españoles, pues habian tenido aviso de la espedicion. Con la gente que les habia llegado de Oran, que está cercano al citado puerto, habian guarnecido la fortaleza y tenian en la punta del muelle y en los desembarcaderos toda su artillería, arreglada á la usanza francesa, con un gran baluarte que batia á un tiempo la mar y la tierra.

Fué forzoso hacer entrar la armada hasta ponerla debajo de los fuegos de su artillería, y ejecutada esta operacion, dos de nuestras naves empezaron á bonbardear la fortaleza, mientras que la gente

efectuaba su desembarco. Esto solo se hizo con grandes trabajos y peligros porque, no solo la mar estaba alborotada y el dia tempestuoso, sino que estaba lloviendo á mares en aquellos precisos momentos.

Con esta dificultad y con no poder asegurar las lanchas, el desembarco no se hizo tan rápidamente y con tan buen órden como convenia, contribuyendo á estorbarlo 3000 moros de infantería y 200 de á caballo que se colocaron junto á la playa, dispuestos á impedir á todo trance que los nuestros tomaran tierra.

No pudieron, sin embargo, lograr su propósito.

Varios caballeros nuestros llegaron á tierra, siendo el primero que saltó en ella un muy valiente guerrero, D. Pedro Lopez el Zagal, y tras de él Lope Sanchez de Valenzuela y Ruy Diaz Ceron. Bien pronto al lado de estos valientes aparecieron otros, y ayudados de D. Ramon de Cardona, que desembarcó tambien con parte de su gente, pudieron, no sin graves pérdidas, hacer retroceder á los moros lanzándoles de los cerros mas cercanos de los cuales se apoderaron.

Así pudieron estos esforzados guerreros proteger el desembarque de los suyos, y cuando ya la gente estuvo ordenada y todos en disposicion de entrar en combate, avanzaron á tomar un cerro que estaba entre la villa y la sierra.

Largo fué allí el combate, encarnizado y duro, pero la victoria acabó por coronar los esfuerzos de nuestra gente. El cerro fué tomado.

Quedaron en la fortaleza de Mazalquivir hasta 400 moros, volviéndose la demás gente á Oran, porque se acercaba la noche y sobrevino un deshecho aguacero.

Aquella misma noche se tomó la sierra alta, que domina la fortaleza, con poca resistencia, pues que la habian desamparado y quedaban en ella muy pocos moros. Allí acampó nuestra gente, atrincherándose y tratando de hacerse fuertes, siendo fama que padecieron mucho de frio y de lluvia.

Al siguiente dia un número crecido de moros les atacó, pero defendiéronse valerosamente, sostuvieron sus posiciones y rechazaron con gran pérdida al enemigo.

Al otro dia se supo que llegaban á los moros trescientos ginetes de Tremecen y hasta 2000 infantes, de socorro, con un guerrero fa-

moso al frente, llamado el Mezuar. El alcaide de los Donceles entonces envió á colocarse en un cerro vecino á Juan Hurtado de Mendoza, Salazar, Borja y Gutierre de Avilés con 2000 hombres á sus órdenes. Esta tropa avanzada se colocó entre la mar y la sierra, para disputar el paso al Mezuar é impedir que los de este entrasen á socorrer la fortaleza.

Al propio tiempo con la otra gente se puso cerco al lugar por mar y tierra, combatiéndolo con tanto denuedo y tanta suerte, que en el primer combate fué muerto de los primeros tiros de artillería el alcaide de Mazalquivir, así como muchos soldados y varios de sus jefes, consiguiendo tambien desbaratar los mejores tiros que tenian asestados, que es como decir ahora apagar sus fuegos.

Los que venian con el Mezuar hubieron por su parte de volverse, batidos por los valientes que les esperaban al paso.

La muerte del alcaide ó gobernador de Mazalquivir aterró y desbarató á los sitiados. El faltarles caudillo, junto con la rota del Mezuar que iba á socorrerles, les hizo perder el ánimo y con él la esperanza de poderse defender; así es que entraron en tratos con el general español y le entregaron á mediados del mismo mes de setiembre el lugar y la fortaleza, saliendo ellos con sus armas y todo lo que pudieron llevarse, segun se estipuló en la capitulacion.

En las torres y almenas de la fortaleza fueron enarboladas las banderas y pendones reales, y el alcaide de los Donceles hizo que sus abanderados, agitándolas al aire, diesen por tres veces el grito de: «África, África por el rey de España nuestro señor!

El mismo dia en que Mazalquivir se rindió, se juntaba en la sierra gran número de morisma que debia marchar á socorrerle, y que, á haber llegado á tiempo, hubiera causado gran daño á los nuestros. Estos al posesionarse del lugar y castillo hallaron grande acopio de trigo y mucha municion, así como tambien mucha artillería, armas y efectos.

Los moros que iban á socorrer á Mazalquivir, juntáronse en Oran luego que supieron haberse rendido el alcaide de los Donceles, y decidieron salir á combatir con los nuestros, llevando á su frente por caudillo al Mezuar. El alcaide de los Donceles, como hombre de ánimo grande, no quiso esperarles al abrigo de la fortaleza, sino que

les salió al encuentro y tuvo en el campo su hueste cuatro dias sin desarmarse.

Los enemigos pusieron su campamento en la atalaya de Oran, que estaba mas vecina de Mazalquivir, y en lo alto de la sierra. Cada dia parecia que bajaban muy decididos á acometer á los españoles, llegando con grande algazara hasta muy cerca de ellos, pero antes de caer la tarde se volvian á su puesto.

Lo cierto es que no se atrevieron á embestir, y á los pocos dias se fueron de sí mismos dispersando, quedando solo un número crecido de á caballo que tomaron por obra hacer frecuentes correrías junto á la fortaleza para sorprender á cualquiera de los nuestros que se descuidase y saliese algo lejos de las murallas. Mientras tanto, los españoles repararon el castillo y lo hicieron mas fuerte, poniéndole en disposicion de sostenerse contra cualquier ataque, por recio que fuera.

Un dia, sin embargo, parte de los nuestros que formaban lo que entonces se llamaba la bandera de Sevilla y ahora llamaríamos el regimiento de Sevilla, salieron al campo para hacer leña unos y agua otros con que abastecer la flota. Los moros que andaban por las cercanías les vieron salir y les aguardaron emboscados, cayendo sobre ellos cuando les tuvieron cerca y acometiéndoles con gran furia. Mucho y bien pelearon los nuestros, teniendo la buena suerte de poderse retirar á un lugar angosto y escabroso en donde la caballería mora apenas podia obrar. Murió en aquel combate uno de nuestros mas valientes capitanes, Juan de Ortega, que era el que mandaba la gente de Ubeda, pero sus ballesteros y espingarderos le vengaron haciendo mucho daño al enemigo.

Mientras estaban peleando con bravura, llegó socorro á los nuestros, compuesto de la bandera de Córdoba con su capitan Iñigo de Ayala y otras banderas. Con este ausilio los nuestros pudieron ya tomar la ofensiva acometiendo á su vez á los moros, que trataron de hacerse fuertes en un risco. Porfiado fué allí y reñido el combate, y mas de 500 moros quedaron tendidos en el campo.

Los demás retrocedieron y echaron á huir, cometiendo entonces los nuestros la grave falta, tratándose de enemigos tan astutos y porfiados como son ellos, de seguirles al alcance tierra adentro y muy

desordenadamente. Otra emboscada habia dispuesta en un bosque vecino, al llegar al cual los españoles, se echó sobre ellos impetuosamente un tropel de árabes que hicieron gran carnicería en los nuestros. Allí murieron como buenos, y de cara al enemigo, los capitanes Iñigo de Ayala y Diego Carrillo, siendo gravemente heridos muchos otros.

En medio de todo, los españoles efectuaron su retirada con mucho órden y sin cesar de pelear se dirigieron á Mazalquivir dejando aun otros cien enemigos tendidos en el campo.

Despues de esta accion, el alcaide de los Donceles envió á Oran una embajada para celebrar una tregua, que á todos convenia, pero en particular á los de Oran, pues que teniendo los nuestros el puerto, impedia su comercio y sus tratos, que eran de mucho provecho, con las galeras de la señoría de Venecia que eran entonces las que principalmente hacian el comercio con África.

Acordada la tregua, el alcaide de los Donceles dió instrucciones al almirante D. Ramon de Cardona, que se volvió entonces á Málaga con la armada, portador de la feliz victoria y buena nueva de la toma de Mazalquivir, nueva que causó grande alegría en nuestro país, pues que la posesion de aquel puerto no solo era de gran importancia para el comercio español, sí que para la empresa de la conquista de África en que el rey, aconsejado del cardenal Cisneros, pensaba emplearse sin levantar mano.

Este fué, señores,—concluyó diciendo el narrador—el prólogo de la conquista de Oran que os relataré otro dia, si en el combate que parece se dispone mañana no me depara Dios la misma suerte de Iñigo de Ayala y Juan Ortega.

XVI.

Accion del 15.

Las seis de la mañana serian cuando sonó la *diana* en el cuartel general de Odonell, repetida en seguida por todos los cuerpos del ejército.

Salieron los soldados de sus tiendas á preparar el desayuno, marcharon las grandes guardias á la descubierta, y retiráronse los *escuchas* que habian pasado la noche en vela y con el oido atento.

A las nueve estaba dispuesto todo el ejército para una ceremonia religiosa. El general en jefe habia ordenado la celebracion de una misa de difuntos en sufragio de los muertos en la campaña, celebrándose en paraje que pudiese verse de todo el campamento, y asistiendo á ella los cuerpos sin moverse de sus cantones.

Al pié de los paredones que indican el lugar donde estuvo un dia la antigua Ceuta, junto á un monton de ruinas, estaban enterrados los que hasta entonces habian muerto combatiendo por la honra nacional. Comenzóse por bendecir el terreno de este cementerio, y despues de ello empezó la misa de *requiem* con responso por cuatro capellanes de ejército, revestidos, presididos por el vicario castrense, y hasta unos catorce en traje ordinario, por no haber mas ornamentos en sus escasas capillas.

Asistia á la misa el general en jefe con su estado mayor. Odonell estaba sereno é impasible, esperando quizá en su interior que se cumpliese de un momento á otro el aviso que para aquel dia le diera el renegado. El ejército, formado en las alturas inmediatas, oraba por sus compañeros con el mayor silencio y devocion.

Era aquel un espectáculo soberbio é imponente, lleno de toda la poesía y grandeza que pueda caber.

Estando en este religioso acto se oyeron algunos disparos lejanos y vióse como se coronaban de moros las alturas de la sierra, que aparecieron lo mismo que siempre, brotando de entre los bosques y malezas.

El aviso del renegado se cumplia.

Los moros presentáronse este dia de una manera imponente, como nunca. Parecian ser en número de 15,000 hombres lo menos. Vióseles descender de las fragosas alturas de la sierra, llevando sobre 1500 ginetes, quienes por sus atavíos y por el órden en que marchaban sus escuadrones, demostraban ser moros de rey ó tropas regulares del imperio. Podíanse distinguir perfectamente las diversas tribus que formaban el grueso de los infantes. Las ya diezmadas turbas de la tribu de Anghera agrupábanse bajo su bandera roja; los sanguina-

rios habitantes de los cerros de Beuzú ondeaban su bandera verde y amarilla; y los salvajes y feroces mantañeses del Negron, que habitan las escarpadas sierras vecinas á Tetuan, desplegaban su bandera verde.

Comenzaron los moros por simular un ataque contra el ala izquierda de nuestra línea, verificando simultáneamente uno muy empeñado para forzar nuestro centro por la izquierda del reducto *Francisco de Asis*.

Odonell con su cuartel general subió al reducto del *Príncipe Alfonso*, y observando el vivo fuego que hacia el enemigo por el boquete de Anghera y que sus balas atravesaban el camino de comunicacion de los fuertes, ordenó al general García que se trasladase rápidamente al sitio del combate, tomase el mando de las tropas y obrase segun lo exigiesen la situacion y las circunstancias. Al mismo tiempo mandó al general Ros que avanzase una division para envolver el ala derecha enemiga, haciendo retirar con precipitacion toda la fuerza que tenia en frente.

El reducto *Príncipe Alfonso* entretanto cañoneaba vivamente á los moros portándose admirablemente las tropas del primer cuerpo, que cubrian el servicio avanzado. El general Gasset se cubrió de gloria, y supo mantener á raya al enemigo.

Mientras tanto, llegó el general García al sitio que se le habia indicado, y viendo á los moros en el umbral del bosque esforzándose por rechazar las tropas que defendian nuestras posiciones, causando en ellas bastantes pérdidas, conoció que era preciso arrojarles del punto donde se encontraban. Hizo avanzar, pues, el primer batallon de Granada, uno del Rey y el de Simancas, y poniéndose á su frente, y dirigiendo á los soldados algunas, pero enérgicas y calurosas palabras, dió una brillante carga al grito de *¡viva la reina!*

El empuje fué irresistible. Los moros echaron á huir, mezclada y confundida su infantería con su caballería, trepando esta por parajes por los cuales parece increible que se pueda transitar á caballo. El bosque quedó completamente limpio, y los enemigos fueron á reforzarse en unas alturas al otro lado del barranco, pero la brillante carga de los tres batallones con el general García á su cabeza habia decidido del éxito de la jornada.

Entretanto el general Zabala, á consecuencia de las órdenes de Odonell, habia ido á cubrir con el segundo cuerpo nuestras posiciones avanzadas, mandando una brigada para sostener las tropas del general García, y colocando las demás fuerzas de su mando entre los reductos *Isabel II* y *Francisco de Asis*, dispuestas á apoyar al primer cuerpo, si era preciso.

Este caso no llegó á suceder, como tampoco fué necesario que tomase parte en el combate el conde de Reus, que se habia quedado con sus fuerzas sobre el *Serrallo* y alturas inmediatas á los fuertes.

Los moros rechazados por las tropas del general García, quisieron intentar otra vez, con esa insistencia desesperada que ellos tienen, un nuevo ataque sobre la derecha del cuerpo de Ros de Olano.

Este les dejó qne se acercaran tranquilamente, sin inquietarse de sus alaridos y de sus disparos que no llegaban al blanco que se proponian, pero cuando les tuvo á distancia conveniente, mandó hacer fuego á la artillería rayada que Odonell habia enviado pocos momentos antes á su campamento. Los disparos de los cañones obtuvieron un éxito completo, pues los proyectiles fueron á caer precisamente entre la caballería agarena, sembrando en sus filas el desórden y la confusion mayores.

El poeta Alarcon, que se hallaba en las trincheras del campamento de Ros de Olano, cuenta que aquel episodio proporcionó un rato de solaz y de fiesta á los soldados. Estos, á quienes no alcanzaban los disparos de las espingardas, se divertian viendo correr de una parte á otrá á los moros, buscando donde ponerse al abrigo de las balas.

En el ínterin que esta especie de cómico incidente tenia lugar en el campo de Ros de Olano, junto al reducto de *Isabel II* tenia lugar otro de género bien distinto, en el preciso instante que á él llegaba el general en jefe, que allí se dirigió viendo que el fuego continuaba aun vivo por aquella parte.

Nuestros bravos no solo habian arrojado á los moros, sino que habian avanzado mucho, demasiado, tanto que un crecido número de enemigos, situados sobre un alto formado por unas peñas muy escarpadas, y seguros ya de no poder ser cortados, hacian repetidos disparos sobre los nuestros con grande algaraza y gritería de júbilo, porque ellos eran los que llevaban allí la mejor parte. El general

Odonell mandó tirar algunos cañonazos contra aquellos pedruzcos y retirar las tropas. Los disparos de la artillería fueron muy acertados y no bajaron por cierto los moros á habérselas con los nuestros, cuando les vieron retirarse.

El enemigo hubo, por fin, de retirarse á las alturas y barrancos que se hallaban frente á nuestra línea. pero el general en jefe resolvió arrojarlo de esta posicion ó esterminarlo si se atrevia á aguardar allí á las tropas. Entonces fué cuando obró la division que habia dado órden al general Ros para avanzar al efecto de envolver la derecha enemiga.

Bien y pronto fué ejecutado el movimiento, pero el enemigo lo comprendió; y aquellos mismos hombres que tres horas antes descendian de sus sierras con arrogancia y altivez, empezaron entonces á huir con precipitacion y desórden, acosados por el fuego incesante de las tres baterías de piezas rayadas del tercer regimiento montado, situadas junto á los reductos. Los certeros disparos de estos cañones alcanzaban á la caballería árabe á mas de media legua de distancia, produciendo en ella el efecto que era de esperar.

Vencidos y rotos como en las anteriores jornadas, hubieron de retirarse dejando en su camino no pocos cadáveres y la huella de sangre de los heridos que retiraban.

Pronunciada en retirada la caballería, replegóse la infantería detrás de las breñas, desde cuya posicion estuvieron por espacio de dos horas haciendo fuego al aire, porque ni con el cañon se alanzaba á la distancia en que se habian colocado, huyendo de nuestros valientes.

Esta es su costumbre. Despues de una accion desgraciada, no queriendo pasar por declararse vencidos, y no queriendo que su silencio se interprete por postracion de ánimo ó cobardía, pasan largas horas disparando sus espingardas. Les parece que obrando así no han de ser tachados de cobardes, y les sirve como de consuelo el ser ellos los que disparen los últimos tiros.

Todos los cuerpos que por nuestra parte entraron en accion aquel dia se batieron bizarramente, lo mismo los cuerpos de línea, que la artillería, ingenieros y oficiales de estado mayor.

La artillería llamó muy particularmente la atencion. Las piezas rayadas de 8 centímetros llenaron á todos de asombro por su alcance

y buena direccion. Se hicieron disparos de granadas con mucho acierto y á grande distancia, puesto que muchos de ellos pasaban mas allá de las cumbres de la sierra, por cuyas quebradas discurrian los moros esparcidos á centenares.

Nuestros enemigos, hagámosles esta justicia, se batieron bien y dieron pruebas sobradas de valor y osadía. Se observaron ginetes con magníficos trajes y arreos; uno de ellos, que parecia ser un jefe muy principal, ostentaba un riquísimo albornoz color de grana que cubria casi todo su caballo: le rodeaban seis ú ocho ginetes con albornoces blancos.

Segun mas tarde se supo, por las comunicaciones de los marroquíes remitidas á Gibraltar, las fuerzas que atacaron al cuerpo de Ros de Olano por la parte de Tetuan, eran mandadas por Side-Absalan-Ben-Ouda, gobernador del Algarbe, que acababa de llegar al teatro de la guerra con 1,000 caballos de tropas irregulares; mientras que las que atacaron por el lado de Tánjer iban al mando del gobernador del Riff.

Considerables fueron las pérdidas del enemigo en este dia, por lo que pudo calcularse. Debió tener mas de 1,500 hombres fuera de combate entre muertos y heridos.

Las nuestras consistieron en un oficial y 36 individuos de tropa muertos; 10 oficiales y 153 soldados heridos, y 5 oficiales y 44 soldados contusos.

El conde de Lucena, seguido de su brillante estado mayor y cuartel general, y de una vistosa y elegante escolta, compuesta toda ella de generales, jefes de todas las armas, oficiales estranjeros, corresponsales de los periódicos y artistas, recorrió toda la línea del combate, y llegándose á los batallones de Arapiles y Castilla, que eran los que tan bizarramente habian defendido los reductos en los primeros momentos del ataque,

—Señores jefes, oficiales y soldados,—les dijo,—en nombre de la reina y de la patria os doy las gracias.

A todo esto, es preciso advertir que nadie apenas se habia aun desayunado aquel dia, y eran ya las cinco de la tarde.

XVII.

Como siempre, despues de la tempestad la calma. El 16 pasó sin novedad.

El general Prim salió con su division á proteger los trabajos del camino de Tetuan hasta dos leguas de distancia del campamento.

Esta operacion, decia el general en jefe en el parte telegráfico que envió aquel mismo dia, es indispensable y preliminar de toda otra en un país como este, que es sumamente quebrado, y sin mas comunicaciones que sendas casi impracticables.

Tambien el general Ros avanzó una division sobre la derecha del camino, pero ni una ni otra fuerza fueron molestadas por los moros, lo que probó efectivamente el estado en que les dejara la jornada del dia anterior.

El cólera aumentó algun tanto en este dia.

Los oficiales á cuyas tertulias hacemos asistir á nuestros lectores, se reunieron aquella noche. Afortunadamente por aquella vez no faltaba ninguno. Todos habian salido ilesos del combate, habiéndose portado todos ellos como dignos descendientes de los héroes de Mazalquivir, cuya historia habian oido la víspera de la accion.

Tenian impaciencia y prisa, tanto era lo que les habia interesado la historia precedente, de oir referir á su compañero la relacion de la toma de Oran.

El narrador no se hizo de rogar y comenzó su relato.

XVIII.

Descalabro del alcaide de los Donceles.—Conquista del Peñon.

—Bueno será que antes de hablaros de la toma de Oran, os diga algo de una cruel derrota que sufrió el alcaide de los Donceles, así co-

mo de la conquista del Peñon de Velez de la Gomera, que precedió á la de Oran.

Tomado Mazalquivir á los moros de la manera que os dije anteayer noche, el Sr. de Córdoba, alcaide de los Donceles, quedó mandando como capitan general en la costa de Berbería.

Pasáronse dos años sin acontecimiento notable, y corria el de 1507.

Córdoba habia recibido refuerzos, particularmente de soldados que habian hecho la guerra en el reino de Nápoles, y como los moros cuidaban poco de la tregua pactada, yendo á molestar la guarnicion de Mazalquivir hasta el pié mismo de la fortaleza, decidió por el mes de junio de dicho año hacer una larga entrada y correría en tierra enemiga.

Salió, pues, un dia de Mazalquivir, puesto ya el sol, y con 1,000 infantes y 150 caballos se metió tierra adentro por el camino de Tremecen, pasando á saco tres lugares, el postrero de ellos Gargasan que está á cinco leguas de Oran.

Mucho botin recogieron los nuestros, y trataron de volverse con mas de 4,000 cabezas de ganado, vacas y camellos y mas de 1,500 cautivos.

Desgraciadamente, habian tenido lugar de juntarse los moros de toda la comarca, y decidieron salir al paso á los españoles, que habian llegado hasta muy cerca de las huertas de Oran. Eran los agarenos en número considerable, suponiéndose que lograron reunirse 30,000 peones y 11,000 ginetes.

Era imposible que los del alcaide de los Donceles pudiesen resistir á aquella masa de gente, pero decidióse su capitan, ya que no á vencer, á pelear como bueno, como cristiano y español.

Formáronse los nuestros en escuadron cerrado, é hiciéronse una muela, como se decia entonces lo que hoy llamamos un cuadro, recogiendo dentro los de caballo, que eran sobre 90, pues los demás habian muerto ya en escaramuzas. Cercáronles los moros por todas partes, y al primer ataque muchos de los nuestros cayeron muertos. Sin embargo, no pudieron desbaratar nuestras filas.

El capitan general, alcaide de los Donceles, conoció bien que todos eran perdidos, y quiso hacer un esfuerzo desesperado.

—Sígame quien pueda,—esclamó.—¡Adelante!

Y poniéndose al frente de los ginetes, á quienes seguian los infantes, arremetió con tanto esfuerzo contra los moros desprevenidos, pues no pensaban ser atacados, que los rompió, escapándose con 70 de á caballo y 200 infantes. Los demás quedaron muertos ó prisioneros en el campo, y pocos pudieron salvarse, llegando á Mazalquivir al poco tiempo de haber entrado en él el alcaide de los Donceles.

Terrible y desgraciada fué para los nuestros aquella jornada, y recuerdo haber leido en las crónicas antiguas que el alcaide de los Donceles quedó tan lastimado de este caso, que pensó perder el sentido y la vida.

En medio de esto, los moros no llegaron á acercarse á la fortaleza de Mazalquivir, que el alcaide de los Donceles habia fortificado haciéndola inespugnable.

Al año siguiente de esta derrota sucedió la toma del Peñon.

Esta tuvo lugar de la siguiente manera.

El rey no abandonaba nunca el pensamiento de emplear la gente de sus reinos en hacer la guerra contra los moros para la conquista de África. Allí estaba Cisneros á su lado para que no lo olvidase. Comenzó, pues, á mandar que se aparejase la armada en el puerto de Málaga, confiando el arreglo y el mando de ella al capitan general conde Pedro Navarro.

Las órdenes de D. Fernando fueron obedecidas, y el puerto de Málaga empezó á poblarse de naos, galeras y fustas, segun entonces se llamaban los barcos. Pedro Navarro estaba en la ciudad atento á todo y cuidando que los mandatos reales tuviesen exacto cumplimiento.

Con el motivo de irse reconcentrando en el puerto citado las embarcaciones, hubieron de quedar algo desamparadas las costas del reino de Granada, y los moros corsarios, entre los cuales sobresalian por su ferocidad y arrojo los de Velez de la Gomera, aprovecharon aquella favorable coyuntura para llevar á cabo sus piraterías.

Obtuvo un éxito feliz su propósito, y se volvian con el fruto de sus robos y despojos y cargados de cristianos cautivos, cuando el conde Pedro Navarro, que habia tenido noticia de ello, les salió al encuentro con algunas galeras. Consiguió darles alcance, les ganó algunas fustas en que murieron muchos moros, y dando caza á las otras, llegó á la isla que está delante de Velez de la Gomera, á una milla,

que hasta entonces se habia siempre llamado la isla de Velez.

Habia en esta isla la fortaleza conocida por el Peñon, cuya defensa estaba confiada á 200 moros. Estos comenzaron á disparar su artillería contra las galeras del conde y un galeon que aquel habia mandado colocar entre el Peñon y tierra firme, pero la artillería estuvo poco acertada y no le hizo ningun daño.

Pedro Navarro decidió entonces hacer un desembarco en el Peñon castigando la audacia del enemigo, y como no habian llegado aun las demás naves, que se habian retrasado por la calma del mar, envió dos galeras por ellas que las trajeron remolcando, y pasáronlas entre el Peñon y Velez, poniéndose las galeras á cubierto de todo peligro.

Los moros del Peñon viendo los preparativos, creyeron que el conde queria dar el combate á Velez, y queriendo ayudar á sus hermanos, se embarcaron precipitadamente y pasaron á tierra firme dejando poco menos que abandonado el Peñon.

El conde se aprovechó prestamente de este error de los moros. Echó su gente á tierra, y sin resistencia, pues no podian hacerla los pocos que habian quedado, tomó posesion de la fortaleza del Peñon en nombre del rey D. Fernando.

Era este punto tanto mas importante cuando desde él se sojuzgaba el puerto y lugar de los Velez, de manera que teniéndole los nuestros, no se podian allí acoger naves de enemigos, impidiendo así el comercio, principal riqueza de Velez. Los moros sintieron tanto el error que cometido habian en desamparar aquel punto tan importante, que los mas se salieron de Velez, conociendo el daño que se les podia seguir.

Efectivamente, estaban tan sojuzgados al Peñon el lugar y toda la marina, que no hubo casa en todo Velez que en los dias que allí se detuvo la armada no recibiese algun daño de nuestra artillería. Los moros que quedaron en el pueblo no tuvieron otro remedio que acogerse á los huecos de unas peñas, que les sirvieron de estancia y vivienda, mientras que otros se iban á lo alto de la sierra á ponerse fuera del alcance de nuestra artillería.

Importante bajo muchos conceptos fué para nosotros la toma del Peñon, pues que con ella se aseguraron la mayor parte de las costas de Valencia, Murcia y toda la Andalucía, quitándose á los infieles

un puerto en donde encontraban fácil guarida las naves piratas.

Inmediatamente el rey mandó labrar en aquel punto una sólida fortaleza, pertrechándola con buena guarnicion y con.....

XIX.

Alarma.—Combate del 17.

El narrador fué bruscamente interrumpido al llegar á este punto de su relacion. Oyéronse algunos tiros bastante inmediatos y un desusado rumor partia del campamento.

Los oficiales se precipitaron sable en mano fuera de la tienda y en un abrir y cerrar de ojos se dispersaron, volando cada uno á su puesto.

La oscuridad era completa y densa; los soldados, á la primera señal de alarma, salieron de sus tiendas á rastras y en silencio, cumpliendo cada uno lo que tanto se habia encomendado para cualquier caso de alarma nocturna. Algunos jefes corrieron de un lado para otro encargando que no se disparase un solo tiro.

En esto, se oia una fuerte gritería y un confuso rumor de voces humanas y relinchos de caballo por el lado donde estaban las caballerías del campamento.

—¿Qué es eso?—se preguntaban los unos á los otros.

—Los moros han intentado sorprender nuestro campo,—decia uno.

—Han llegado hasta las tiendas.

—No puede ser.

—¿No habeis oido los tiros?

—Pero han cesado.

—¿Y ese alboroto que se percibe?

—¿Qué mil diablos puede ser eso?

—Han huido ya.

—Habian llegado hasta el campamento del tercer cuerpo.

—¿Pero cómo pueden haber atravesado la línea de escuchas y de avanzadas?

—Es imposible.

—Se arrastran como reptiles por entre las malezas.

—No puede ser.

—Si tal.

—¡Silencio!

Todas estas preguntas, respuestas y esclamaciones y muchas mas se dirigian unos á otros los soldados en los primeros momentos de alarma.

El caso es que ya el rumor cesaba y la agitacion iba calmándose.

¿Qué habia sido ello? ¿Por qué aquella alarma?

Pronto tuvo todo el mundo la esplicacion, la cual dió tanta risa como susto y alarma produjera al pronto.

El caso se redujo á que bajaron algunos chacales y lobos de los montes vecinos, alborotándose con este motivo los mulos y caballos. Los soldados lograron ahuyentarles disparándoles algunos tiros, que fueron los que produjeron la alarma.

El 19 amaneció nublado y amenazando lluvia, pero despues se despejó el cielo haciendo un dia bastante grato.

Prim pasó á ocupar las mismas posiciones que el dia anterior para proteger los trabajos, que avanzaban rápidamente. La mañana se pasó en perfecta tranquilidad, pero á eso de la una de la tarde se coronaron de moros las alturas de las sierras. Poco despues comenzaron á hacer un fuego *estúpido*, segun espresion feliz del general Prim, pues que nuestros soldados se hallaban á larga distancia, completamente fuera del alcance de sus proyectiles. Como es de suponer, Prim no permitió que se contestase á su fuego, el cual duró largo rato.

Los vapores de nuestra armada que seguian las operaciones del ejército á la menor distancia que les permitia el poco fondo de la costa, fueron los únicos que por el pronto contestaron á sus disparos disparándoles algunos cañonazos.

Ros de Olano recibió órden de reforzar á Prim, y en seguida una de las divisiones de este cuerpo, la primera, pasó á escalonarse en las montañas de la izquierda hasta darse la mano con las tropas del general conde de Reus.

Entre tres y cuatro de la tarde los moros abandonaron su entrete-

nimiento de disparar tiros al aire y gastar pólvora y balas en salva, y trataron de emprender la accion.

La division Prim se vió entonces reciamente acometida á un tiempo por unos 300 caballos que cargaban su centro, mientras que grupos muy considerables de infantería lo hacian con el ala derecha.

Prim hubo que habérselas, pues, con infantería y caballería á un tiempo. De ambas supo dar buena cuenta.

Un oficial en sus correspondencias á las *crónicas del ejército y armada de África* dijo que esta accion fué la mas brillante de cuantas hasta entonces habian tenido lugar por la buena disposicion de las tropas y los talentos militares que desplegó Prim.

Caballería é infantería fueron rudamente recibidas y victoriosamente rechazadas. Unos 200 moros fueron cortados en un barranco sin pérdida notable por nuestra parte.

Los cazadores del Príncipe se distinguieron notablemente. Mandóles el general tomar una loma á la bayoneta y lo hicieron al grito de *¡viva la reina!* Como buenos y como dignos se portaron. Con menos pérdidas de las que era de temer, consiguieron apoderarse de unos peñascos á la derecha del Castillejo primero, en donde supieron hacerse fuertes, facilitando de este modo que pudiesen llevarse á cabo las demás operaciones ordenadas por el conde de Reus.

Si bien se portaron los cazadores del Príncipe, dignos fueron asimismo de loa los granaderos de Almansa y primera de cazadores, los cuales cargaron bizarramente tambien á la bayoneta.

Tuvo lugar en este ataque un lance que merece referirse.

El soldado Luis Navarro, de la primera de cazadores, perseguia á un moro por entre una lluvia de balas. Al descenso de un barranco, el moro se vuelve y le dispara, pero yerra el tiro; el cazador avanza y le da un bayonetazo. Herido el moro se vuelve, gumía en mano, y le coge por el pescuezo. Trábase entonces una lucha cuerpo á cuerpo, y ambos contendientes caen rodando al suelo; el cazador echa mano á la navaja y coge al moro debajo; acuden en aquel momento supremo otros cazadores, pero ven levantarse á Luis Navarro, desencajado, sudando y cubierto de la sangre del otro.

—Ya está despachado, dijo á los que llegaban.

Alli se quedó cadáver el moro.

Los enemigos rechazados por el cuerpo de Prim atacaron entonces rudamente á la division del tercer cuerpo que habia avanzado á proteger la retirada del primero al campamento. El general Turon recibió con serenidad á los moros presentándoles cuatro batallones; Zamora, Baza, Ciudad Rodrigo y Albuera. Estos lo mantuvieron á raya hasta muy entrada la noche.

Entretanto, Prim, á quien los bravos del Príncipe, con haber tomado á la bayoneta la posicion citada, le permitian efectuar con toda tranquilidad una retirada que la proximidad de la noche hacia forzosa, comenzó á encaminarse para el campo, siguiéndole los moros de colina en colina y causándole algunas bajas.

Nuestra pérdida en este combate consistió en ocho muertos y veinte y cinco ó treinta heridos, todos de tropa.

Los moros, particularmente su caballería, tuvieron pérdidas vistas de gran consideracion.

Al anochecer de este dia desembarcó el segundo regimiento de artillería montada y se esperaban tres escuadrones de la division de caballería á la mañana siguiente.

XX.

El aguacero.—El cólera.

Con la noche del 17 y la jornada del 18 aguardaban á nuestros valientes de África momentos terribles de prueba y de amargura.

No tuvieron que pelear con los moros,—mejor hubiera sido—pero tuvieron que luchar con los elementos desencadenados.

El 17 por la noche comenzó á llover y ya no paró de hacerlo hasta la madrugada del 19, pero fué una lluvia contínua, incesante, de diluvio. El agua cayó á torrentes, sin parar un solo minuto, por espacio de treinta y seis horas, y es indecible lo que durante este tiempo tuvieron que sufrir nuestros valientes.

Las tiendas empezaron por calarse, y esto fué aun lo de menos. Durante la noche del 18, despues de haber estado diluviando todo

el santo dia, despues de estar convertidos los campamentos en unas completas lagunas, se levantó un violento huracan acompañado de un aguacero tal que no parecia sino que eran nuevamente llegados los tiempos del diluvio.

Casi todas las tiendas vinieron al suelo, unas volaron yendo á parar al mar ó á las sierras, otras costó no poco trabajo retenerlas para impedir que fuesen á su vez arrastradas por el huracan. Sus habitantes, encontrándose de repente al descubierto y espuestos á aquel verdadero diluvio, se esforzaban en vano por restituirlas á su primitivo estado, cosa que no se conseguia tan fácilmente y solo despues de haberse calado hasta los huesos.

Entre otras de las tiendas que volaron, fué una la del general Turon y su estado mayor, quienes se hallaron de repente sin abrigo, teniendo que correr á refugiarse en otra, que no tardó en seguir la direccion de la primera.

¡Fué aquella realmente una cruel y terrible noche!

La rebramante voz del huracan se dejaba oir esparcida en un concierto de salvajes sacudimientos, las peñas descuajadas de sus seculares cimientos rodaban por el monte, crugían estrepitosamente los árboles y malezas al doblegarse ó al troncharse, el mar rugia embravecido levantando montes de olas, y por los barrancos se precipitaban los torrentes lanzando una especie de mugidos feroces al quebrarse entre las puntas de las rocas ó al precipitarse impetuosos desde grandes alturas.

Aquella salvaje tierra de la Mauritania y aquel enémigo cielo del África parecian haberse unido para lanzar de sí á los hombres que invadian aquel país y osaban sentar en él sus tiendas, resistiendo impasibles y serenos las recias embestidas de las tribus montañesas.

Y si esto sucedia en el campamento, ¡qué no habian de sufrir en aquella noche infernal los pobres soldados que estaban de guardia en las trincheras, de avanzada en los cerros ó de escuchas entre la maleza!

Hubieron de soportar toda la furia de los elementos, todo el empuje de aquel descompuesto temporal, á campo raso, sin mas abrigo que sus mantas y capotes, la mano en el fusil y la confianza en Dios.

Un oficial que habia estado de avanzada, escribia al dia siguiente:

«Nosotros, que estamos en lo alto de una montaña, camino de Tetuan, hemos pasado lo que, no viéndolo, es imposible figurarse. Yo, que no tengo miedo alguno á las tempestades, y muy poco á las balas, estoy horrorizado.»

Algunos soldados estuvieron á punto de ahogarse y se ahogaron decididamente varias acémilas y tres ó cuatro caballos de guardias civiles.

En una palabra, los elementos se desataron con no vista furia sobre el campamento.

—«Yo creia haber visto llover en los años que llevo sobre la tierra, escribió Alarcon con fecha del 19, pero estaba en un error. En Europa no llueve; cuando mas, llovizna. Una deshecha tempestad de verano, de esas que nos parecen ahí el fin del mundo, no pasa de ser un blando rocío en comparacion del aguacero que ha caido sobre nosotros. Esto no es llover, es hundirse el cielo.»

Y en medio de todo esto, ¿qué hacian nuestros bravos soldados?

¿Qué hacian?

Muchos de ellos, viendo que el viento descomponia ó se llevaba la tienda ó que esta habia ya quedado completamente inútil para guarecerse de la tempestad, empezaron á entonar cantares y á mover algazara considerando aquel contratiempo que les impedia dormir y descansar como un motivo de broma y alegría.

Un corresponsal del periódico inglés el *Times*, que se hallaba aquella noche en el campo, escribió á su periódico una carta haciendo pomposos elogios de la serenidad, contento y alegría de nuestros soldados en medio de aquellos contratiempos, diciendo que era un espectáculo magnífico el que presentó aquella noche el campo, bastándole aquello, decia, para comprender lo que vale y lo que puede el soldado español.

A la mañana siguiente, cuando comenzó á dejar de llover, pudo verse todo el destrozo y trastorno causados por el temporal. Apenas habia quedado una tienda en pié y las pocas que aun permanecian, estaban plantadas en medio de lagunas; verdaderos rios y lagos profundos aparecian en el campamento, aislando unas de otras las tiendas; todo presentaba un terrible aspecto de desolacion.

El temporal habia dispersado tambien el ganado vacuno de los mo-

ros, lo cual proporcionó á nuestras tropas el placer de cazar con bala, al amanecer, algunas reses que vagaban estraviadas y que en el mismo campo se dividieron y almorzaron. El coronel de Borbon, Sr. Caballero de Roda, mató dos, valiéndose de las carabinas de dos gastadores de su regimiento.

Apenas desapareció el temporal, y comenzó á despuntar el sol, los soldados, como si semejante cosa hubiese sucedido, comenzaron á bailar al compas de los alegres sones de la *jota* y de la *muñeira* que daban al aire las músicas militares.

El dia se empleó en abrir zanjas y acequias á fin de desaguar el campamento, en levantar de nuevo y afirmar mejor las tiendas, en enjugar al sol los vestidos y equipajes, en limpiar las armas, en una palabra, en reparar todos los destrozos causados por el temporal.

Despues de los estragos del aguacero y del huracan vinieron los del cólera.

Aquel país indomable de la Mauritania, viendo que para arredrar á nuestros soldados, no bastaba con arrojar sobre ellos las salvajes kabilas de las montañas, con lanzarles la furia de las aguas, de los huracanes y de las tempestades, quiso desencadenar en mayor escala sobre ellos el azote de la peste.

Este reapareció entonces en el campamento, pero terrible y destructor, causando él solo mas víctimas en un dia que las balas en todos los combates juntos. Cebóse entonces particularmente en el campamento de la *Concepcion*, que era el nombre que se daba al del general Ros de Olano. Este distinguido jefe fué uno de los primeros atacados, pero por fortuna pudo despues de algunos dias volver á ponerse al frente de sus soldados. No quiso que se le trasladase á Ceuta, y pasó la enfermedad en el campamento y en su tienda sobre la cual se colocó otra gran tienda blanca, á fin de resguardarle mejor de la intemperie con aquella doble tela.

Por espacio de algunos dias, á consecuencia de las humedades y pantanos que habia dejado el terrible aguacero del 19, el cólera, las fiebres y el tifus se complacieron en diezmar nuestros valientes batallones y en llevarse unos tras otros á los jefes aguerridos, á los serenos soldados que habian permanecido impasibles ante las bocas de

las espingardas y las puntas de las gumías y habian recibido con carcajadas al huracan y á la tempestad.

Fueron aquellos dias de amargura y de terror.

Dios, ya lo hemos dicho otra vez, se disponia á probar por todos medios y á hacer pasar por todos los trances mas amargos á nuestras tropas.

XXI.

Ataque de los moros el 20.

Nuestro campamento estaba en pleno cólera, cuando los enemigos volvieron otra vez á atacarnos á las doce del 20.

Desde el amanecer habia ya avisado el Hacho que se divisaba un número considerable de moros en Sierra Bullones y el reducto de *Isabel II* se habia puesto su bandera blanca por penacho.

A pesar de creerse próximo el combate, desde por la mañana, habiendo aparecido el dia despejado, se siguió trabajando con la mayor actividad en el camino de Tetuan, que, no obstante de abrirse entre la fragosidad de los bosques y muchas veces en peña viva por llegar las rocas en algunos puntos hasta el mar, se hallaba ya terminado hasta el primer *Castillejo*, teniendo tres varas de ancho.

Era cosa de mediodia cuando los bosques de las pendientes de los reductos *Francisco de Asis* é *Isabel II* se fueron ocupando sucesivamente por los moros en número de 7 ú 8000. Casi todos formaban parte de cuatro kabilas nuevas de los rifeños, y era por consiguiente la vez primera que entraban en combate.

Como nuevos, estuvieron impetuosos, aunque solo se les contestó al principio con el fuego de algunas guerrillas, hasta que salieron á terreno despejado cerca del reducto de *Isabel II*.

El general en jefe conde de Lucena al primer aviso que recibió del general Gasset, encargado interinamente del mando del primer cuerpo, montó á caballo, y seguido de su estado mayor, fué á situarse en las inmediaciones del reducto de *Isabel II*.

En aquel momento llegó tambien el general Echagüe, que impaciente por ponerse al frente de sus tropas, se salió de Ceuta al primer anuncio de combate, pudiéndole ver todo el mundo subir á pié y con la mano vendada hasta el *Serrallo*.

Ocupadas las posiciones por los bizarros regimientos que componen el primer cuerpo, comenzó un fuego vivo y nutrido, pero el conde de Lucena dispuso que por el pronto no se emprendiera ningun movimiento ofensivo, proponiéndose dejar producir su efecto á la artillería, de la cual se situaron en batería doce piezas de montaña y ocho rodadas. La metralla y granadas arrojadas al bosque produjeron el mayor espanto y sembraron grande confusion entre las masas enemigas. Entonces creyó el general llegado el caso de operar un movimiento ofensivo, y al toque de ataque dado por las bandas, se lanzaron como leones á la bayoneta los regimientos Rey y Reina y los batallones de Mérida y Alcántara.

Los cazadores de Mérida persiguieron á los moros hasta el fondo de un barranco, habiendo cargado con ellos, por órden del general en jefe, 20 carabineros de los 30 que forman su escolta de á pié, al mando del capitan Gonzalez.

Cuéntase que estos valientes tenian casi cortados y cogidos á unos 20 moros entre unos zarzales y pinabetes en el fondo del barranco, cuando recibieron órden de retirarse, lo cual hicieron, aunque refunfuñando. Hasta tal punto raya la disciplina. El general en jefe, por otra parte, no podia saber lo que les acaecia.

Cuatro cazadores de Mérida en este ataque tuvieron la buena suerte de hacer un prisionero,—el primero que se hizo en los muchos dias que iban de lucha y de campaña—y corrieron á presentarlo al general.

Los enemigos se retiraron con estraordinaria confusion y considerable pérdida, yendo á colocarse en unos riscos vecinos, su último asilo de defensa, pero tambien en aquel punto fueron alcanzados por los certeros tiros de nuestra artillería. Cuatro piezas de montaña, situadas en una posicion muy avanzada y servidas al descubierto por los intrépidos artilleros, les hicieron abandonar aquel último refugio, bajando entonces á parapetarse en el laberinto de malezas y jarales de que aquel paraje está cubierto, y desde donde continuaron gas-

tando inútilmente sus municiones, haciendo un fuego tan nutrido, segun su costumbre de ser los últimos en hacerlo, como inofensivo por la distancia.

La artillería se portó admirablemente en esta jornada, y todo el ejército se entusiasmó por la certeza de la puntería y los destrozos que causó en las filas enemigas.

En esto se hallaba el combate, cuando Odonell bajó del reducto acompañado del general Zabala, para dirigirse hácia el campamento de Ros de Olano. El grueso de los moros se habia corrido hácia él como si quisiera tomar su revancha en el tercer cuerpo.

Tambien allí les esperaba un nuevo desengaño.

Avanzó una division del cuerpo de Ros á recibir á los enemigos que eran allí en número de 2,000 infantes y 1,000 caballos.

El general Turon se fué muy tranquilamente con las guerrillas como si se tratase de ir á una fiesta.

Cuatro piezas de montaña contuvieron con sus bien dirigidas granadas el avance de los moros, causando en sus grupos visibles estragos, y aun cuando la caballería marroquí quiso amenazar la estrema izquierda de la division, no pudo hacerlo por las dificultades que el terreno le oponia, teniendo que retroceder en completa dispersion, acosada por dos batallones de la segunda division y alcanzada por los proyectiles de dos piezas de la citada batería, que el general en jefe—que habia llegado ya—mandó trasladar al costado izquierdo de nuestra línea.

A las cuatro de la tarde el conde de Lucena dispuso la retirada á sus campamentos de las tropas que habian tomado parte en el combate. La del tercer cuerpo se verificó sin incidente alguno. Para proteger la del primero y escarmentar al enemigo si trataba de molestar á las tropas en su movimiento de retirada, el general Gasset colocó en emboscada en el descenso de la altura del *Renegado* el batallon cazadores de Simancas, teniendo preparado para apoyarle uno del regimiento del Rey.

La artillería avanzada y los batallones que la apoyaban comenzaron á retirarse en buen órden hácia el reducto. El enemigo se lanzó á la carrera á hostilizarlos, pero apareciendo repentinamente Simancas, tuvo que retroceder á sus guaridas, perdiendo en la fuga hombres, armas y pertrechos.

La accion total terminó pronto siguiéndose á bastante distancia un tiroteo poco importante. Los moros, segun dijo en su parte oficial el general en jefe, no atacaron con el ardor con que lo hicieran en anteriores combates, advirtiéndose en ellos algun desaliento.

Nuestra pérdida consistió solo en 5 oficiales y 75 soldados, heridos de mas ó menos gravedad, y 6 muertos pertenecientes todos á la clase de tropa.

Tuvieron lugar tambien en este combate, como en todos, algunos hechos parciales de arrojo y bizarría. Solo referiremos uno, que prueba el valor y el sufrimiento incomparable del soldado.

D. Federico Pareras, capitan del primer batallon de Zamora, notó que uno de sus cazadores se hallaba herido de alguna gravedad, y, sin embargo, se mantenia en su puesto haciendo fuego como si tal cosa. Acercóse á él y le mandó que se retirara.

El soldado era catalan y le contestó en su idioma:

—*¿Per qué, si no tinch rés?*

Insistió el capitan, é insistió el soldado en decir que no tenia nada y que queria disparar media docena mas de tiros. Y sin embargo, se estaba desangrando y se tambaleaba ya como hombre á quien faltan las fuerzas.

«¿Creerán ustedes—dijo la persona que escribió este hecho despues de haberlo presenciado,—creerán ustedes que el capitan tuvo que usar de toda su autoridad para que aquel hombre se retirâse? Pues así fué, y solo obedeció á la órden terminante que le fué dada.»

En esta accion y entre las guerrillas que sostenian los cazadores de Baza estuvo toda la tarde el artista y dibujante Sr. Vallejo, al cual le concedieron *por favor*, segun él mismo dice, disparar algunos tiros en cambio de los servicios que prestó con sus gemelos, gracias á los cuales veia bien á los moros indicando sus movimientos á los cazadores.

XXII.

El prisionero.

Ocurrió durante la accion que de referir acabamos, un aconteci-

miento, que aunque en sí de poca importancia, escitó la curiosidad general y ocupó la atencion de todos por algunas horas. Fué cogido, segun hemos ya indicado, un prisionero, y era natural que esto diese que decir y que curiosear, ya que era el primero que se hacia, pues que el moro huye ó se hace matar, pero raras veces se deja coger.

El de que hablamos fué alcanzado junto con otros cuatro por cuatro cazadores de Mérida y un sargento cuando el citado batallon dió con tanto arrojo su carga á la bayoneta. De los cinco moros, solo él se dejó cojer. Los otros cuatro se defendieron tan encarnizadamente con sus gumías, que hubo necesidad de matarles. El de que hablamos, herido de bayoneta, aunque no de consideracion, en la cara, muñeca derecha y lado derecho del vientre, se dió á los cazadores pidiéndoles misericordia con sus gestos y en su lenguaje, ininteligible para ellos. Se la acordaron, y, aunque no sin dificultad, pudieron llevarle hasta nuestras líneas de defensa.

El primero que le habló fué el intérprete Anibal Reynaldi, que pidió permiso para ir en su busca apenas se supo que se habia hecho un prisionero. Reynaldi le animó asegurándole la vida, y el moro al oir que le hablaban en su idioma esclamó:

—Ah! ¿Tú eres árabe? ¡Alabanzas sean dadas á Dios!

En seguida añadió:

—Vengo lleno de heridas. Haz que tengan piedad de mí.

—Nada temas,—le contestó Reynaldi.

Despues de estas palabras preguntó el moro:

—¿Quién es aquí el jerife?

—Aquí no hay jerife,—le replicó.—Es un general muy bueno y piadoso, como todos los españoles.

—Enséñamele y llévame á él,—dijo entonces el moro.

Así lo hicieron el intérprete y los soldados que le habian hecho prisionero. Al hallarse en presencia del general, el moro se arrodilló, pero Odonell le hizo levantar en seguida, mandando que le curasen, lo cual se hizo en el acto, encargándose de hacerle la primera cura el médico Sr. Losada en el mismo reducto de *Isabel II.*

En el ínterin, el conde de Lucena dijo á los que le habian traido:

—Es preciso ser generoso con los vencidos.

Y de su bolsillo particular dió cuatro duros á cada uno de los cua-

tro cazadores y ocho al sargento, concediéndoles á mas á todos la cruz de *Isabel II*.

El prisionero dijo llamarse *Buselejam-Belgileli-El-Amori-E-Bene-Sasi* de la tribu de Berzi Amar, y se le encontró encima al registrarle un rosario de cien cuentas, un frasquito con aceite, balas y pólvora.

Vivia en Arcilla, costa de Tánjer, dedicado á la agricultura, cuando empezó la guerra. Era hombre de cincuenta años. Habia nacido en Oran, y pasó á Marruecos cuando los franceses hicieron prisionero á Abd-el-Kader. Desde entonces se halla en la kabila de Benzú. Dijo que tenia tres hijos y una mujer muy jóven, habiendo fallecido la otra que tenia.

Fué trasladado á Ceuta, y allí, en el hospital, sirviéndole de amanuense Raynoldi, pues su herida en la mano derecha se lo impedia, escribió á sus hijos.

XXIII.

El 21 transcurrió sin novedad. Las obras del camino de Tetuan y de los reductos continuaron sin incidente notable.

Llegó al campo la caballería y artillería de á caballo y la del segundo regimiento de Valencia, anunciando que iba á llegar muy pronto el tren y tercer regimiento montado de artillería.

Por lo adelantado de los trabajos y las disposiciones tomadas respecto á tiendas, raciones, acémilas y vapores, se creia en el campamento que muy pronto iba á emprenderse la marcha hácia Tetuan.

La division Prim estuvo en el Otero ejercitándose en maniobras militares. El objeto principal era adiestrarla á romper y cerrar filas para dar paso á la caballería y cargarla á la vuelta. Para esto se dividian en grupos de seis hombres, que formaban cada uno un pequeño cuadro, por entre el cual cargaba la caballería española y figuraba pasar la enemiga.

En este dia, por ser el en que fué atacado del cólera el general Ros de Olano, reinó mucha tristeza en el campamento de la Concepcion.

Tambien, de un ataque fulminante de cólera, murió en este dia el jóven Eduardo Butler.

XXIV.

Eduardo Butler.

Hé aquí lo que á propósito de este jóven se publicó en el periódico de París el *Español* correspondiente al 5 de enero de este año.

«Creemos que nuestros lectores verán gustosos la carta que con fecha 19 de diciembre dirigió á su familia desde el campamento africano el malogrado D. Eduardo Butler, agregado al cuartel general. Dice así:

»Querido hermano: nada sé de tí y te escribo poco menos que á caballo.

»El dia 17 entró en fuego nuestro buen amigo el general Ros de Olano, que se ha portado como un valiente. No bien oí los tiros corrí á su lado y no pudo disimular su contento á mi presencia. Tres veces me mandó retirar del fuego, que en verdad era bien sério, pues oíamos las balas en todos tonos y direcciones.

»Te aseguro que son asombrosas la serenidad y disposicion de este bizarro general.

«La tropa, muy contenta, belicosa y en buen sentido: el general Odonell es siempre el hombre de los momentos supremos. Impávido en el combate y previsor en las medidas, goza, y con justicia, de la entera confianza del ejército.

»Verdad es que, fuera de la liza, el general se convierte en padre del soldado. Cuando no está en accion, se le encuentra en los hospitales de heridos y coléricos, consolando á unos y socorriendo á otros. Si alguna parte de la prensa pudiera prescindir por momentos de las pasiones políticas, deberia proclamarle á una voz héroe de la patria.

»No tengo tiempo mas que para encarecerte des mis entrañables afectos á esa queridísima familia, y ofrecerse hasta la muerte tu amante hermano. —Eduardo.»

El que esto escribia era un jóven de 25 años, de prodigiosa y varonil belleza, claro talento, valor á toda prueba, alegre continente y angelical carácter.

Hijo del cónsul inglés de Tetuan, nació en dicho punto el Ramadan ó sea pascua de moros, por lo que le llamaban sherif, equivalente á santo. Muerto el padre y trasladádose á España la familia, fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para arrancarle de su país natal. Quedóse en África, y adorado de sus habitantes, pasaba la vida cruzando á su pueril antojo las escarpadas cumbres que separan á Tánjer y Tetuan, cuyas poblaciones formaban los alambres de la jaula que aprisionaba aquella existencia tan libre de cuidados como risueña y juvenil.

Su inmenso prestigio sobre los moros, su inteligencia en los usos, costumbres y lenguaje del país, y el profundo conocimiento de un terreno que habia recorrido palmo á palmo desde su niñez, le hicieron alhaja de esquisito valor para la empresa que la España ha acometido en defensa de su honra.

Un digno general, jefe de uno de los cuerpos de ejército que operan contra África, propuso á la familia que existe en Madrid dependiente del real patrimonio de S. M. la reina, la adquisicion del espresado jóven en favor de nuestra causa. Sus hermanos accedieron gustosos á la invitacion, á fuer de buenos españoles, y trataron de hacerle venir, aun cuando desconfiaban del éxito por considerar harto difícil hacer olvidar á Eduardo el amor y las simpatías que esperimentaba hácia las frondosas colinas y tranquilas playas de la que ayer fué su patria y hoy su tumba. Para ello apelaron al sentimiento mas pronunciado del alma del jóven, al honor, sentimiento que entre las rocas y las selvas se habia conservado tan puro como la perla dentro de su concha.

Le escribieron «que un asunto en que mediaba la honra de la que siempre era su familia, necesitaba de su apoyo, que acudiera sin demora al sitio que se le designaba, si queria llevar sin mancilla el nombre de su padre.» Sus otros hermanos de Cádiz le mandaron uno de los vapores de su propiedad á Tánjer con la carta, y puesta en sus manos no fué menester mas; metióse al momento á bordo, sin mas ropa que la puesta, dejando abandonados sus humildes, pero para él

suficientes intereses, en Tetuan, y trasportóse á Cádiz, donde se le dijo:—«en Madrid le esperan,»—y sin mas esplicaciones partió para la corte. Fáltanos decir que los hermanos de Cádiz obraban de acuerdo con los de Madrid, pues todos tenian empeño en arrancarle de aquel suelo que les privaba de un objeto tan querido y de tan inestimable valor.

Llegó á la corte, abrazó tiernamente á sus hermanos con esa pureza de alma que no habian podido modificar los combates sociales, y preguntó con avidez cuál era la circunstancia que le hacia necesario á la honra de los suyos. Antes que se le pusiese de manifiesto el inocente pretesto que motivó su venida, se presentó el general á que hemos aludido, avisado oportunamente, y con la elocuencia que tanto le distingue, le patentizó la justicia de nuestra causa, los deberes de la santa religion que Eduardo profesaba, la imperiosa necesidad de ceder á los eficaces ruegos de toda su familia, avecindada en España, y una parte de ella dependiente de su augusta reina. Su cuñado, con quien se crió, dos hermanas y cinco sobrinitos, completaban el solemne cuadro que se ofrecia á la vista espantada del jóven, y despues de haberse anublado varias veces su espaciosa frente y juguete de mil encontradas sensaciones, se arrasaron sus ojos de lágrimas y tendiendo su mano al general y abrazando á toda su amorosa familia, se puso á disposicion de aquel, que le condujo á presencia del Excmo. señor presidente del consejo de ministros, hoy general en jefe, donde despues de varias esplicaciones sumamente satisfactorias, quedó adherido á nuestra santa causa.

Ni puestos militares de elevada graduacion, ni sueldos ni intereses de ninguna especie, quiso admitir; la única exigencia que hizo fué la siguiente: «Ni mi nombre, ni mi honra, dijo, me permiten ir como »un espía, al lado del ejército español; iré sin carácter oficial, pero »iré á batirme. Quiero que mis paisanos vean les ataco con las ar»mas en la mano, noble y lealmente, y exijo los puestos de mayor »peligro en el combate.» Esta peticion le fué otorgada por el digno general Odonell. Volvióse á casa de su familia no queriendo admitir el hospedaje que le ofrecia en la suya el referido general, fué visitado y tratado por personas de la mas alta gerarquía, y todos quedaron prendados de su varonil belleza y simpático carácter. Muchas tardes,

en sus horas de tristeza, recordaba con voz entrecortada y acento melancólico su casa de Tetuan, sus armas y caballos, su huerta siempre llena de flores..... Aquella alma pura, abandonaba á veces su cuerpo; pero por la palabra, y en alas de su fantasía, atravesaba el espacio para ir á posarse en las arabescas molduras de su moruna vivienda y en los pétalos de aquellas flores que los ojos de su dueño no debian volver á ver jamás. Las canciones que entonaba á solas en el recinto de su cuarto, eran todas árabes, y en son tan melancólico, que mas que un canto de vida, parecian un himno de difuntos.

Llegó por fin la hora de partir: despidióse llorando, y un fatal presentimiento, oculto á duras penas, acudia á sus labios de entre los que salia envuelto en una amarga sonrisa, dirigida á neutralizar las sospechas de su angustiada familia.

Llegó al campamento acompañando al general Odonell, en cuya compañía estaba; asistió á todos los combates, y el dia 17 se batió al lado del general Ros de Olano; segun se desprende de la carta antes copiada. El 20 por la tarde volvió á batirse junto con el espresado general, quien lo escribe así; pues ya se ha dicho que siempre que este amigo suyo entraba en fuego, corria á su lado á participar de sus peligros, y el 21 á las nueve de la mañana era cadáver, víctima, segun se dice, de una fulminante enfermedad.

Habia sido condecorado con las cruces de Isabel la Católica y Cárlos III.

La patria ha perdido un valiente, el ejército un poderoso auxiliar que le hubiera sido sumamente útil ante las murallas enemigas en la guerra y en la paz, sus hermanos el ídolo de su cariño y sus amigos el mas leal y puro de todos los corazones.

Que á su muerte alcance la paz de su vida y no aparecerán tan negros los lutos que desconsolada viste su apreciabilísima familia.

XXV.

Accion del 22.

Al amanecer de este dia, subió el general Prim, como de costumbre,

á protejer con su divison las obras del camino de Tetuan, y á la una de la tarde comenzó á ser hostilizado por los moros, sin que por esto se suspendieran los trabajos hasta las cuatro, hora fijada para terminarlos y regresar al campo.

Para esplicar lo que pasó en esta accion dejemos hablar á un corresponsal, que fué testigo de vista, y el cual escribió con fecha del 23:

«Como una hora despues de haber salido el general Prim me puse en camino en union de otros dos corresponsales, y nos dirigimos hácia el Castillejo, sitio donde creimos que comenzarian las operaciones.

»Al mediar el dia llegamos al término de nuestra peregrinacion, y nos encontramos al lado del general Prim y delante de los dos escuadrones de húsares, únicas fuerzas de caballería que le acompañaban.

»El general estaba recostado en un lecho natural de muelles piedras, y los principales puntos ocupados por la infantería, principalmente por los soldados de Almansa. Al lado del general estaba formado en masa el valiente regimiento de Luchana, ese regimiento que carga en catalan á la voz de *anem*, y que tan escarmentado tiene ya al enemigo. Al límite de la colina que ocupaba el cuartel general habia varias piezas de montaña. El Castillejo estaba defendido por los confinados, que formaban la vanguardia; en la costa habia un vapor remolcando una cañonera, y las avanzadas del tercer cuerpo cubrian la retaguardia de las tropas de la antigua reserva.

»Los moros, apenas fueron avisados del movimiento de las tropas por los vigías ó atalayas que siempre tienen en las cumbres, comenzaron á descender á pié y á caballo por las vertientes de las sierras Ximera y Bullones, corriéndose á lo largo de nuestra línea y comenzando el fuego frente á las trincheras avanzadas del campamento del general Ros de Olano, á la sazon en cama en su tienda, con uno de esos cólicos nerviosos que habitualmente padece.

»Con el movimiento que hizo el enemigo, partiendo de la derecha de nuestra línea, coincidió otro de la izquierda, desde el promontorio del Cabo Negro hácia la casa del Marabú y el citado Castillejo.

»La caballería descendió de las cumbres en dos largas filas que parecian interminables, y ocupando el risueño valle del Castillejo, que puede decirse tiene por límites al Sur el dicho ruinoso edificio, al Norte el mar, al Este el Cabo Negro, y al Oeste el límite de las obras

españolas, y ayer la artillería de montaña y detrás la caballería española.

»Caracolearon largo tiempo por la verde llanura haciendo tremolar varios banderines y dos estandartes ó pendones, uno rojo perteneciente á la kabila de Anghera, y otro encarnado y morado, que no recuerdo en el instante á la kabila á que pertenece. Tambien me dijeron que ondeó el verde pendon de los montañeses, defendimiento y guarda de Tetuan, pero yo no lo ví.

»No bien el enemigo se presentó en suficiente número, el general Prim comenzó á dar órdenes y principió la escaramuza para nosotros, y para ellos batalla harto sensible, puesto que hasta el santon que llevaba orgulloso el encendido pendon de la guerrera Anghera, cayó por tierra, abrazado á la enseña que se le habia confiado, y fué valiente hasta en la desgracia, porque despues de caer intentó dos veces levantarse y otras dos agitar la bandera que los audaces montañeses se apresuraron á recoger.

»El ataque, como usted supondrá, comenzó por la infantería, y fueron los primeros á romper el fuego las guerrillas de la derecha del general Prim y la vanguardia de confinados situada en el Castillejo.

»El conde de Reus dejó bajar al llano la caballería, molestada solo por algunos disparos de granada del vapor y el fuego de la fusilería, y dió órden de montar á un escuadron, el primero de húsares.

»En este instante se presentó el señor Queipo, ayudante del general en jefe, para informarse de lo que ocurria. «Bastantes moros hay, contestó el general Prim, pero creo que bastará una carga para dispersarlos,» y un momento despues mandó avanzar el escuadron de húsares.

»Pero la cañonera habia comenzado á disparar proyectiles, y fueron tan certeros algunos disparos, que colocó las granadas en medio de las filas y grupos de caballos que descendian á la llanura, por lo cual volvieron grupas los ginetes, y escaparon por las vertientes arriba, como cabras monteses en fuga.

»Los ginetes del llano salieron á escape tambien y se resguardaron en un segundo vallecito ó en un pintoresco barranco, defendido hácia la parte del mar por una peñascosa colina.

»Entre tanto el escuadron de húsares descendió á la llanura y for-

mó en batalla. Al ver aquellas dos filas de caballos avanzar majestuosas, los pocos árabes que habian quedado huyeron despavoridos entre la mas desaforada gritería. Nuestros ginetes recorrieron el valle, y vinieron á situarse en masa en la colina del Castillejo.

»Nada mas pintoresco que este paseo militar, si así puede llamarse. Los blancos dormanes, con remates negros de los húsares, se destacaban sobre el fondo verde claro de la llanura, y los caballos piafaban, y cada línea de batalla parecia un solo hombre por la igualdad con que marchaban.

»La gritería de los últimos ginetes puso el campo enemigo en alarma, y de todas las colinas, de todos los barrancos, comenzaron á salir ginetes que se precipitaban á galope en el vallecito donde se ocultaron los primeros.

»Allí parecia como que citaban á nuestros ginetes, y para llamarlos, solian adelantarse caracoleando algunos. Nuestros soldados los veian impasibles con la carabina montada y apoyada en el muslo.

»No parecia sino que en aquel barranco ó en las sinuosidades que le siguiesen, tenian parapetadas sus fuerzas ó preparada alguna emboscada.

»El escuadron recibió órden de retirarse, visto que los árabes no presentaban ni aceptaban la batalla; y descendiendo á la llanura, lo verificó en el mismo órden, con la misma serenidad.

»No bien se plegaron nuestros ginetes, cuando los árabes, dando espantosos alaridos y sacando sus pendones, invadieron de nuevo la llanura; pero en este instante comenzaron á jugar á un tiempo la artillería de montaña y la del vapor y la cañonera, y una lluvia de granadas cayó sobre el verde valle.

»Entonces fué cuando el rojo pendon de Anghera rodó por la abrasada arena, cuando los ginetes perdieron espingardas y chuzos, y gumias, y algunos hasta espuelas ó acicates, retirándose precipitada y desordenadamente al abrigo del barranco.

»Durante todo ese tiempo, la infantería siguió fogueándose con nuestras guerrillas, y los confinados desalojaron al enemigo de varias posiciones.

»Un momento despues, los dichos presidarios ó cazadores de las montañas, recibieron órden de abandonar el Castillejo, y lo hicieron,

mó en batalla. Al ver aquellas dos filas de caballos avanzar majestuosas, los pocos árabes que habian quedado huyeron despavoridos entre la mas desaforada gritería. Nuestros ginetes recorrieron el valle, y vinieron á situarse en masa en la colina del Castillejo.

»Nada mas pintoresco que este paseo militar, si así puede llamarse. Los blancos dormanes, con remates negros de los húsares, se destacaban sobre el fondo verde claro de la llanura, y los caballos piafaban, y cada línea de batalla parecia un solo hombre por la igualdad con que marchaban.

»La gritería de los últimos ginetes puso el campo enemigo en alarma, y de todas las colinas, de todos los barrancos, comenzaron á salir ginetes que se precipitaban á galope en el vallecito donde se ocultaron los primeros.

»Allí parecia como que citaban á nuestros ginetes, y para llamarlos, solian adelantarse caracoleando algunos. Nuestros soldados los veian impasibles con la carabina montada y apoyada en el muslo.

»No parecia sino que en aquel barranco ó en las sinuosidades que le siguiesen, tenian parapetadas sus fuerzas ó preparada alguna emboscada.

»El escuadron recibió órden de retirarse, visto que los árabes no presentaban ni aceptaban la batalla; y descendiendo á la llanura, lo verificó en el mismo órden, con la misma serenidad.

»No bien se plegaron nuestros ginetes, cuando los árabes, dando espantosos alaridos y sacando sus pendones, invadieron de nuevo la llanura; pero en este instante comenzaron á jugar á un tiempo la artillería de montaña y la del vapor y la cañonera, y una lluvia de granadas cayó sobre el verde valle.

»Entonces fué cuando el rojo pendon de Anghera rodó por la abrasada arena, cuando los ginetes perdieron espingardas y chuzos, y gumías, y algunos hasta espuelas ó acicates, retirándose precipitada y desordenadamente al abrigo del barranco.

»Durante todo ese tiempo, la infantería siguió fogueándose con nuestras guerrillas, y los confinados desalojaron al enemigo de varias posiciones.

»Un momento despues, los dichos presidarios ó cazadores de las montañas, recibieron órden de abandonar el Castillejo, y lo hicieron,

que, sin embargo, no impide que los caballos queden bastante estropeados, segun pudo verse por las profundas heridas causadas en el vientre de un caballo que se cogió en la accion anterior.

Concluida la accion, el conde de Lucena se llegó al campamento de Ros de Olano y entró á visitar á este, que proseguia enfermo en su tienda, permaneciendo en ella mucho rato.

En este dia el camino de Tetuan quedó terminado hasta los Castillejos.

XXVI.

El 23 transcurrió sin particularidad notable. Los moros nos dejaron tranquilos.

El general Galiano con su escolta y el general Zabala con la suya recorrieron los puestos ó campos de caballería, que presentaban una vista pintoresca. Formadas las tiendas en calles uniformes, y siempre en forma de medio círculo ó media luna, y colocadas las lanzas en pabellones, entre tienda y tienda, ofrecian un agradable espectáculo.

Circuló por el campo la noticia de que al dia siguiente iba á llegar la escuadra, la cual, pertrechada de víveres y municiones, y habilitados para hospitales muchos de sus buques, debia ir costeando mientras el ejército se pusiese en marcha por el camino que se acababa de abrir.

Durante todo el dia lo ocuparon en cruzar la goleta *Buenaventura* desde Cabo Negro á Castillejos; el vapor *Leon* desde Cabo Negro á Tetuan; y la goleta *Ceres* en recorrer la costa del Sud hasta Tetuan.

El dia anterior esta última goleta y la cañonera número 3 fueron las que estuvieron en la costa haciendo varios disparos para proteger el cuerpo de Prim.

El vapor *Piles* y el falucho *Terrible* pasaron al Norte, con el objeto de correr la costa hácia Tánjer, y lanzar algunos proyectiles huecos á los campos que habian establecido los moros en las cumbres de las montañas de Sierra Bullones y Sierra de las Monas por la parte del

mar. Fueron en efecto y dispararon, pero el campo estaba fuera de tiro de obús y fué muy corto el daño que pudieron hacer.

Echagüe volvió á tomar el mando de su cuerpo de vanguardia.

Prim salió tambien por la mañana al romper el alba á la continuacion de trabajos, y aunque adelantó mucho por los Castillejos, los moros no le inquietaron, volviéndose por la noche al campamento sin haber disparado un tiro.

Llegaron 300 presidarios voluntarios de Cartagena, gente muy dispuesta, y se esperaban mas para formar cuerpos de guias.

Dióse órden por el conde Lucena para que al siguiente dia, por ser el de Nochebuena, se diese á las tropas doble racion de vino y dos reales por plaza.

Por la noche del 23 hubo recepcion en la tienda de los oficiales tertulianos. Durante todas las anteriores noches, desde la de la alarma, habian quedado cerrados *los salones*, á causa de haber caido enfermo uno de los oficiales que ocupaban la tienda. El acostumbrado narrador les relató como sigue la toma de Oran, que ya sabemos por que causa habia tenido que interrumpir.

XXVII.

La conquista de Oran.

Al año siguiente de haber sido ganado por el conde Pedro Navarro el peñon de la Gomera, se efectuó la espedicion á Oran. Corria, pues, el año 1509.

Desde el invierno anterior se estaban haciendo grandes preparativos á fin de tener dispuesta y pronta la armada, y el cardenal Cisneros, que era quien precisamente instaba para la espedicion, se determinó á formar parte de ella para mas levantar el ánimo de las tropas.

Diéronse, pues, la órdenes necesarias, y apercibiéronse para aquella jornada muchos hombres de armas y mucha gente de á pié y de á caballo, al mando de capitanes famosos por su pericia y bizarría, entre otros Diego de la Vera, á quien se dió el cargo de comandante

de la artillería, Gerónimo Vianelo, veneciano, que era hombre de gran cuenta en casos de guerra, Pedro López de Orozco, á quien llamaban el Zagal, y Gonzalo de Ayora, buen capitan, que fué tambien el cronista de la espedicion.

Las crónicas del tiempo cuentan que el cardenal entendia en el arreglo de todo, haciéndolo con tanta aficion como si se hubiese criado en la guerra. Por disposicion suya se fué reuniendo toda la gente y preparando la armada, y solo cuando todo estuvo ya pronto, se declaró solemnemente que se habian hecho todos aquellos aprestos para ir á la conquista de la ciudad de Oran, otra de las del reino de Tremecen.

Reunida ya la flota y la gente en Cartagena, pasó el cardenal á dicho punto donde se avistó con el capitan general de la armada, que lo era Pedro Navarro.

Se habia fijado la marcha de la espedicion para mediados del mes de abril, pero hubo necesidad de detenerse por aguardar algunas compañías de gente de armas que iban muy despacio, y tambien por ser contrario el viento para hacerse á la vela. Durante este tiempo hubo algunas diferencias entre el cardenal y Navarro. Este desconfiaba del primero porque temia que lo de la espedicion á Oran fuese una farsa, y recelaba que se enviase la armada contra Venecia, en cuyo caso, decia, antes que consentirlo preferia tirarse al mar y morir de mala muerte. El cardenal, por su parte, sospechaba que el conde Pedro Navarro era enemigo de la espedicion por creer que importaria mas arrojarse sobre Arjel y entrar esta ciudad á saco. Esto hizo que los soldados se dividieran en dos bandos, lo cual amenazó desbaratar la empresa, pero por fin los dos citados personajes tuvieron una entrevista, y despues de las esplicaciones que entre ambos mediaron, todo quedó arreglado, prestando el conde Navarro pleito homenaje delante del conde de Altamira y en manos de D. Antonio de la Cueva de no hacer mas que lo que el cardenal le ordenase.

La armada, que constaba de 80 naves y 10 galeras, llevando á bordo 14,000 hombres, salió del puerto de Cartagena con próspero viento el 16 de mayo, llegando al siguiente dia á Mazalquivir, comenzando á desembarcar la gente.

Los moros coronaban en gran número la sierra, presenciando el

desembarque, y hasta hicieron algun movimiento como para bajar al llano. Cuéntase que entonces el cardenal, que habia desembarcado ya, é iba montado en una mula, seguido de muchos y nobles caballeros, dió la bendicion al ejército cristiano que dobló en el suelo la rodilla para recibirla, entrándose luego Cisneros en Mazalquivir.

El conde Pedro Navarro mandó en seguida alinear la gente colocándola en el llano á la falda de la montaña que atraviesa entre Mazalquivir y la sierra de Oran, y cuando ya todos hubieron desembarcado, nuestra infantería comenzó su movimiento ofensivo subiendo á la sierra en donde esperaban los moros.

Eran estos en número de 12,000 entre ginetes é infantes, pero nunca los españoles hemos contado el número de los enemigos, cuando los tenemos en frente. Los nuestros comenzaron á escaramucear por las faldas de la sierra, en tanto que avanzaban los caballos y jugaba la artillería, que causó bastante daño entre las filas mulsumanas. Poco á poco, fueron los nuestros adelantando y ganando parte de la sierra, que era por cierto muy escabrosa, aun para andar peones por ella.

Muerto iba de sed y de cansancio nuestro ejército, pero pudo por fin reponerse cuando llegó á unos caños de agua, de cuyo sitio fueron los moros arrojados bizarramente.

El combate no cesó por esto. Los agarenos hubieron de ceder ante el empuje de los españoles. Ganaron estos la sierra, y al desbandarse los moros que no pudieron resistir el postrer choque, la codicia de los nuestros fué tanta, que echaron á correr tras ellos, sin que bastasen á detenerles las voces que daban los capitanes. Los fugitivos pensaban entrarse en Oran, pero al llegar ante las murallas encontraron cerradas las puertas, y como los españoles iban á sus alcances, se pasaron de largo, siguiéndoles los nuestros con la mayor parte del ejército, mientras que muchos se desmandaban ya á escalar la ciudad intentando subir á las murallas ayudados de sus picas.

A la otra parte de la ciudad detuviéronse los fugitivos, mandados por el Mezuar, al cual acompañaban los principales de Oran, y trabaron una sangrienta refriega con los perseguidores.

En el ínterin, las galeras con la gente que habia quedado en ellas se fueron acercando á la playa de la ciudad, y echaron á tierra algu-

nas compañías de soldados y marineros. Oran, cuya guarnicion era escasa, pues todos sus hombres de armas estaban con el Mezuar, se vió entonces acometida á un tiempo por dos lados, teniendo que resistir dos asaltos simultáneos: el que por parte de tierra le daban los soldados que se habian apartado del grueso del ejército que iba tras del Mezuar, y el que por el lado de la playa le daba la gente recientemente desembarcada.

Débil resistencia pudo oponer Oran. Así es que mientras los unos por una parte se apoderaban de una puerta y escalaban el muro, los otros ganaban por la otra algunas torres, penetrando en la alcazaba.

Los moros que estaban en el campo, sin dejar de combatir con los nuestros, pudieron efectuar un movimiento que les permitia dirigirse á la ciudad, en la que deseaban refugiarse para resistir mejor, pero su asombro y su admiracion fueron estraordinarias al ver flotar en sus torres el pendon de los cristianos. Los nuestros, apoderados ya en gran parte de Oran, sobre todo de las murallas, abrieron una de sus puertas y destacaron algunas compañías contra los moros, que se encontraron entonces entre dos fuegos, como diríamos ahora.

La victoria fué completa por nuestra parte. Los moros perdieron gran parte de su gente, siendo escaso el número que pudo ponerse en salvo.

Un dia solo bastó á nuestros valientes antepasados para desembarcar, ganar la sierra, tomar la ciudad, y vencer al enemigo haciéndole 5,00 prisioneros y causándole 4.000 muertos.

No es estraño, pues, que, atendida la rapidez casi fabulosa de esta conquista, las crónicas antiguas lo achaquen á un milagro.

La ciudad se acabó de ganar aquella noche, pues en ciertos parajes aun resistian los moros con esfuerzos aislados, y el dia siguiente el cardenal bendijo la mezquita mayor, consagrándola á Santa María de la Victoria.

Cuéntase que solo un dia permaneció en Oran el cardenal. Parece que, á pesar de todo lo mediado, su inteligencia con el conde Navarro no era muy franca, cosa que no es de estrañar, pues nunca han hecho buenas migas los hombres de armas con los de iglesia.

Cisneros dejó, pues, á Pedro Navarro de gobernador en Oran, y dejando sus planes de mayor conquista de territorio, se partió en se-

guida para España, á fin de ser el que diese al rey la nueva de la conquista.

A los 15 dias de aquella espedicion tan rápida como gloriosa, estaba ya el cardenal en Alcalá de Henares, su patria.

Por lo demás, señores, prosiguió el narrador, la toma maravillosa de Oran no fué sino el preludio de otras conquistas en África, que os contaré otra noche.

XXVIII.

Nebulosa y oscura se presentó la mañana del 24. La niebla envolvia como un turbante las cumbres de los cerros y el viento era huracanado. Pero á eso del mediodia fué despejándose la atmósfera, y al caer la tarde ni una sola nube se veia ya en los horizontes del campamento y ni una ráfaga de viento agitaba la tela de las tiendas de campaña.

Por la mañana llegaron á Ceuta ocho cañoneras procedentes de Cádiz y la goleta *Rosalía* de Algeciras, saliendo para este punto la *Ceres*.

Se presentó otro renegado al general en jefe diciéndole, segun se corrió en el campo, que habia hácia Tetuan 25,000 moros entre infantes y ginetes, asegurándole además que el cólera les afligia mucho y que en Tetuan hacia estragos.

El conde de Lucena salió á recorrer el campamento, y observando la alegría pintada en el rostro de los soldados, y recordando que en aquella noche se celebraba en el mundo cristiano la venida del Mesías, quiso que tambien celebrasen los soldados Nochebuena, y al efecto se dió por su órden doble racion de vino, buena carne á unos, á otros bacalao y 2 reales de plus.

Durante todo el dia se vieron llegar comestibles al campamento, y así que hubo anochecido, presentó el verdadero aspecto de una verbena. Todo era fiesta y algazara. Encendiéronse muchas hogueras, y desde las alturas de Sierra Ximera hasta las del Otero, todo era una vasta luminaria.

Por órden superior se dispuso que algunas músicas esparcidas por el campo lo alegrasen con sus marciales tocatas, y esta circunstancia dió en efecto un colorido particular á la animacion haciendo que subiera de punto la alegría. Los soldados bailaban y cantaban en torno de las hogueras, y como la retreta y la queda se tocaron una hora mas tarde, facilitándose á los soldados batatas y castañas, fué aquella noche en el campo una diversion y una alegría continuadas.

Nadie hubiera dicho que aquellos hombres, que tan desordenadamente se entregaban al regocijo, se hallaban á dos pasos del enemigo que podia en un momento helar la risa en su garganta y trocar sus carcajadas en gritos de agonía.

Á eso de media noche, y al decir de los escuchas, se oyeron varios disparos en las vertientes de Sierra Bullones, contestados por otros en las llanuras y vallecitos de los Castillejos. Debian ser señales y avisos y nada que pudiera producir alarma por el pronto, pues sabido es que el árabe no ataca cuando las tinieblas cubren la tierra con su manto. Sin duda creian que la Nochebuena seria para el ejército español una noche de embriaguez y de desórden que dejaria inútil por algun tiempo al soldado.

Por esto quizá, apenas los campos quedaron en silencio, el enemigo trató de reunirse para atacar al romper el alba.

Los moros, estrañando la algazara que reinaba en el campamento, y sabedores por los renegados de la causa que la producia, dispusieron un ataque para la mañana siguiente, creyendo que iban á encontrar ébrios y dormidos á nuestros soldados y que podrian hacer en ellos una fácil y terrible carnicería.

El general conde de Lucena habia, empero, previsto el pensamiento que podia acudir á los moros, y todo lo habia preparado para recibirlos.

Amaneció el dia 25 y la pascua de Navidad se inauguró con un duro y sangriento combate.

XXIX.

Accion del 25.

Al toque de diana, los moros que durante la noche se habian emboscado en los bosques que circunvalaban el campamento del tercer cuerpo, lo acometieron de pronto en grupos numerosos de infantería y caballería, y mientras llamaban la atencion por la derecha con un nutrido fuego, se corrian parte de ellos por las colinas de la costa á fin de penetrar por la izquierda.

Su plan fué semejante á la sorpresa intentada el dia 9. Entonces fueron rechazados por el segundo cuerpo, y los cazadores de Arapiles se cubrieron de gloria. El 25 fueron rechazados por el tercer cuerpo, y los cazadores de Barcelona se portaron heróicamente.

Un batallon del regimiento de Zamora cubria en guerrillas la derecha; seguian los cazadores de Albuera, que ocupaban el centro, y Barcelona que protegia la izquierda sobre las vertientes que dan á la playa.

El enemigo llamó la atencion por la derecha del campo, y hasta por la derecha de la línea, pues la kabila de Benzú no dejó de hacer un amago á los reductos llamando hácia aquel lado algunas fuerzas del primero y segundo cuerpo.

En tanto que esto hacia, se situó un grupo de caballos lujosamente enjaezados, y que parecia una especie de estado mayor, al abrigo de unas rocas mirando á la playa y descubierto solo por la marina. Desgraciadamente no teníamos entonces ningun buque en aquellas aguas.

La infantería, seguida de algunos caballos, descendió por los barrancos y se corrió por la playa para atacar el campo por su parte baja, mientras otros atacaban por la altura. Esto hizo que los primeros cuerpos que entraran en fuego fuesen Zamora y Albuera.

La artillería de montaña, que inmediatamente se situó en las altu-

ras, rompió un vivísimo fuego sobre los enemigos, haciendo en ellos horrible estrago y forzándoles á retroceder de loma en loma hasta los montes mas lejanos, donde aun no se hallaban seguros de los proyectiles.

Por otra parte, los que amenazaban por la izquierda y temerariamente se habian adelantado hácia nuestras posiciones, al ver fallido su intento y que era imposible seguir adelante, quisieron retirarse precipitadamente, encontrándose de todo punto cortados por nuestras tropas, que cargaron sobre ellos á la bayoneta.

Los cazadores de Barcelona, que fueron sin disputa los que mas se distinguieron, se corrieron por las alturas y luego bajaron, siempre á la bayoneta, hasta la playa, en donde cortaron 30 moros, que allí quedaron tendidos en la arena ó en los barrancos. A haber llegado á tiempo entonces nuestra caballería, se hubieran cortado, segun asegura un testigo, al pié de 300 moros; pero á la carga de los cazadores huyeron y solo pudieron cogerse los 30 citados, que prefirieron morir á dejarse hacer prisioneros. Moro hubo que se tiró contra las rocas de la orilla del mar, otros al agua, y otros rodaron por la pendiente ó se defendieron como fieras en la playa. Así es que hubo cadáver que tenia sobre veinte heridas.

Durante la accion fueron sucesivamente llegando los cazadores de Baza y Ciudad Rodrigo, y algunas fuerzas de Segorbe.

La gloria de esta jornada pertenece por entero al tercer cuerpo. El general en jefe citó con recomendacion en su parte á los generales Turon y Quesada.

El conde de Lucena vió por sus propios ojos mas de 40 cadáveres enemigos, que los moros en su precipitada retirada no pudieron recoger.

Una batería de montaña y dos de á caballo hicieron disparos acertadísimos, y tan nutrido fuego, que parecia de fusilería. Estaban sobre las trincheras de las grandes guardias del campo, al centro y á la derecha. En la retirada del enemigo hácia las sierras, los reductos fueron disparando sucesivamente.

A las doce del dia, cuando los moros comenzaban á operar su movimiento de retroceso, llegaron á la playa el vapor *Leon*, y las goletas *Rosalía* y *Buenaventura*, cuyos buques, puestos en franquía, dispararon con bastante acierto sobre todo el valle. Quien primero huyó

Lit. Vazquez R. 31

EPISODIO DEL 25 DICIEMBRE.

fué el grupo de ginetes de que hemos hablado y que parecia el estado mayor.

A la una poco mas ó menos, otro vapor, el *Piles*, remolcaba cinco cañoneras, pero habia mucha mar por el viento Sudeste fortísimo que soplaba, y tuvo que pedir ausilio apenas dejó el abrigo de la bahía del Norte. Otro vapor fué en su ayuda, y con mucho trabajo condujo á bahía dos cañoneras, llevándose el *Piles* las tres restantes al sitio del combate.

Escasa fué nuestra pérdida en esta accion en que las tribus recibieron una de las mas duras lecciones de la campaña. Tuvimos un jefe herido, el primer comandante de Albuera, y 3 oficiales, 43 individuos de tropa y 8 muertos de esta última clase.

Las de los moros fueron considerables. La mayor parte de sus heridos han muerto siempre. Además de ser muy grandes los estragos de las balas cónicas y de la metralla en sus filas, carecen de buenos médicos, hospitales y otros muchos recursos indispensables para la cura y restablecimiento de sus heridos. Tetuan estaba demasiado lejos para que pudieran conducirlos allí sin riesgo de morir en el camino, ó de llegar al menos en gravísimo estado; así es que, no contando con ninguna poblacion grande por aquellos alrededores, tenian que dejarlos en los aduares y en las casas de campo donde, mal asistidos y peor cuidados, morian á centenares.

Se calcula que en la accion del 25 tuvieron mas de 400 hombres fuera de combate.

Entre otros de los objetos que quedaron en poder de nuestras tropas, hay que enumerar seis libras de pólvora inglesa en un morral, varias bolsas con amuletos y preservativos, rosarios de cien cuentas y un caballo gravemente herido entre otros muertos, cuernos con aceite, bolsas de balas, algunas muy caprichosas, muchas espingardas y gumías.

Al terminarse la accion, comenzó un nuevo temporal que arreció sobremanera al principio de la noche.

Nuestros valientes hubieron de soportar despues del combate una noche parecida á las del 18 y 19. El viento sopló con tanta violencia,

que deshizo y se llevó algunas tiendas, entre otras la de los intérpretes y la del general Zabala.

La lluvia no cesó hasta al amanecer, y el viento continuó aun.

Todas las tiendas volvieron á calarse y se pasó otra noche terrible de malestar y angustia.

XXX.

Como de costumbre despues de un dia de combate, los moros nos dejaron en paz. El 26 transcurrió sin novedad ni incidente notable.

Empezaron á hacerse preparativos para avanzar, mandando que las tropas se racionaran para cuatro dias.

Quedaron habilitados para hospitales los vapores *Barcelona*, *Cataluña*, *Torino* y *Villa de Lion*. En la *América* iban los utensilios del hospital; *Rita* llevaba el arroz; *Tajo* vino, aúzcar y café; *Tarsis* y *Pelayo* pan; *Sena* municiones de fusil y *Duero* y *Ebro* heno y cebada.

El mal tiempo siguió durante todo el dia, pero por la noche pareció calmarse, pues el viento arrolló las nubes y despejó la atmósfera.

Los oficiales, condenados á no salir de la tienda por causa del huracan, se agruparon aquella noche en torno de su compañero, que continuó contándoles nuestras antiguas glorias en África.

XXXI.

Conquista de Bujía.—Sumision de Arjel.

El rey D. Fernando quiso continuar sus conquistas en tierra de África, tan feliz y brillantemente conquistadas. Dió, pues, las órdenes oportunas para que la armada se reuniera en Mazalquivir á disposicion del conde Pedro Navarro, á quien se comunicaron particulares instrucciones.

Quedó entonces por gobernador y capitan general en Oran el alcaide de los Donceles, y Pedro Navarro se embarcó en Mazalquivir y fué á buscar la otra parte de la armada que estaba en Iviza al mando de Gerónimo Vianelo.

Como se estaba en lo mas crudo del invierno, detuviéronse allí todo el mes de diciembre, á fines del que Pedro Navarro declaró que la armada real iba á emprender sus operaciones contra Bujía, dictando en su consecuencia las disposiciones oportunas.

El dia 1.° de enero de 1510 salió la flota del puerto de Iviza, siendo sus capitanes y jefes principales el conde Pedro Navarro, Gerónimo Vianelo, Diego de Vera, los condes de Altamira y de San Estevan, Ruy Diaz Maldonado, Miguel Cabrero, Gonzalo Cabrero y Diego de Guzman.

Bujía, la ciudad que se iba á conquistar, está en la costa de la provincia de Numidia. En lo antiguo habia estado sujeta al reino de Tunez, pues que fué conquistada por los reyes de Tremecen, acabando finalmente por ser cabeza de un reino y tener rey independiente y propio. Lo era de ella en la época á que me refiero el llamado Abdurramel.

La armada cristiana llegó á Bujía la víspera del dia de Reyes antes de amanecer. Entraron primero en el puerto cuatro naves, pero, como tenian contrario el viento de tierra, no pudieron pasar las otras hasta las primeras horas de la tarde. El conde Pedro Navarro salió en un batel á reconocer el lugar, seguido de otro batel que iba mandado por Diego de Vera. Los moros de la ciudad comenzaron á disparar su artillería y á tirar á las naves, pero fué todo sin ningun efecto, porque no hicieron el menor daño.

Los moros tuvieron lugar de armarse durante todo aquel dia y ponerse en defensa. Sacaron fuera de la ciudad las mujeres, niños y ancianos, y recogiendo el rey de Bujía todo lo que era útil y de guerra, llegando á reunir sobre 10,000 peones y algunas partidas de á caballo, salió al campo por lo alto de la sierra, bajando desde allí á la marina al objeto de oponerse al desembarque de los nuestros.

Al dia siguiente, fiesta de los Reyes, el conde Navarro lo ordenó todo para tomar tierra. La artillería de los buques comenzó á disparar contra los moros haciendo grandes estragos en sus filas, tanto,

que hubieron de retirarse á las cumbres de la sierra para ponerse fuera del alcance de los tiros.

Este fué el momento que aprovecharon los nuestros para desembarcar, cuya operacion se efectuó admirablemente. Así que el conde tuvo á los suyos en tierra, comenzó á ordenar su gente, haciendo de ella cuatro escuadrones, y en seguida, colocada ya la artillería en el lugar conveniente, subióse por la sierra arriba con el ejército, decidido á echar de ella á los moros y á combatir la ciudad por lo mas alto.

El movimiento de los cristianos tuvo un éxito mas feliz del que su mismo jefe se esperaba, pues fué tanto el miedo que sobrecogió á los enemigos, que, no obstante ser muy inferiores en número los nuestros, no se atrevieron á esperarles, recogiéndose el rey de Bujía con toda su gente dentro de la ciudad. El conde Pedro Navarro decidió aprovechar aquel visible desaliento de los moros, y dió órden para que en seguida los suyos se echasen sobre la plaza.

Como leones se arrojaron los nuestros al asalto, y, forzoso es decirlo, apenas hallaron resistencia. El rey de Bujía con su gente, presa de un completo pánico, apenas entró por una puerta se salió huyendo por la otra. Los últimos escuadrones árabes salian de la ciudad, cuando la vanguardia de los nuestros comenzaba á escalar sus muros por el lado del monte. Los moros que en ella quedaban hicieron una resistencia tan desesperada como inútil. Abandonados de su cobarde rey, que les dejó en aquel terrible aprieto llevándose la gente de combate, no pudieron hacer otra cosa para defenderse que morir.

Bujía quedó en poder nuestro antes de mediodía, y aquella misma noche salia de la ciudad Diego de Vera en direccion á España para dar al rey la importante nueva de la victoria.

Luego que se hubo ganado la ciudad de Bujía, como era una de las principales de África, y la cabeza de aquel reino, todos los lugares que le estaban sujetos, así de la costa como de la tierra adentro, ó se desampararon ó trataron de rendirse. Entre ellos era el mas señalado la ciudad de Arjel. Pero Navarro envió á ella un noble caballero llamado Enriquez intimándola que se rindiera al rey de España, enviándole luego todos los cautivos cristianos que tenia.

Los de Arjel no se atrevieron á resistir, y con el caballero Enri-

quez, que se volvió á Bujia, enviaron al conde Navarro dos moros embajadores de parte de la ciudad y de los Jeques vecinos y moradores de ella, cuyos dos embajadores firmaron la capitulacion de Arjel el último dia del mes de enero bajo las bases siguientes:

1.ª Que la ciudad de Arjel se entregaba al rey de España con toda su comarca, ofreciéndose todos sus moradores á ser vasallos fieles del dicho rey, prestándole pleito homenaje y jurándole guardar toda fidelidad, comprometiéndose á ser amigos de los amigos del rey y enemigos de sus enemigos.

2.ª Que los dos embajadores moros, á su regreso á Arjel, harian que todos los de esta ciudad prestasen el citado juramento, eligiéndose dos caballeros moros de los mas principales para que pasasen á España á llevàr al rey la sumision y juramento de obediencia de sus nuevos vasallos de Arjel.

Y 3.ª Que las personas de Arjel que fuesen á dar la obediencia al rey, debian llevarle todos los cautivos cristianos que se hallaban entonces en la comarca.

Hé aquí, pues, como la toma de Bujía nos procuró antes de concluirse el mes la posesion de esía misma ciudad de Arjel que hoy, como la de Oran, está en poder de los franceses.

El rey de Bujía Abdurramel, entretanto, no habiendo sabido defender la ciudad como valiente, levantó un ejército y aparentó marchar contra ella para arrancársela á los cristianos. El conde Navarro decidió no esperarle sino ir en su busca.

Abdurramel habia acampado á ocho leguas de Bujía, sobre el rio; y allí decidió ir á buscarle Pedro Navarro.

La batalla fué sangrienta, pero gloriosa para nuestras armas.

Las gentes del conde, llevándole á él al frente, acometieron el real de los moros con tanto denuedo y bizarría, que arrollaron cuantos obstáculos se les opusieron, introduciéndose en el campamento enemigo, el cual pasaron á saco, prendiéndole fuego en seguida. Allí murieron el famoso caudillo árabe llamado el Mezuar, y su mujer y toda su familia; pereciendo tambien la mujer del rey y su hija, los alcaides del castillo y de la ciudad de Bujía y hasta trescientos moros, cayendo cautivos mas de doscientos.

Con esta presa y un rico botin, volviéronse el conde y los suyos á

Bujía para gozar descansadamente de su triunfo y preparar el ánimo para nuevas empresas y victorias.

Aun tengo que contaros alguna otra de nuestras glorias en África —añadió el narrador—y os las referiré mañana, antes de que levantemos nuestro campo, pues si no mienten las noticias que tengo, vamos á salir para Tetuan antes de cuatro dias.

XXXII.

El 27 amaneció lloviendo, no cesando de hacerlo en todo el dia. Por la mañana el general en jefe envió el siguiente parte telegráfico al gobierno:

«El espíritu del ejército es inmejorable. En el mes que llevamos acampados no ha habido necesidad de formar una sola sumaria, ni una disputa ni exceso de ningun género ha sido necesario castigar.»

Llegó á Ceuta nuestra escuadra, compuesta de los siguientes buques:

Navío *Isabel II*, su comandante el brigadier D. Blas Quesada.

Fragata *Princesa* (hélice) al mando del brigadier D. Manuel Sibila.

Fragata *Blanca* (hélice) mandada por el capitan de fragata D. Manuel Albear.

Corbeta *Villa de Bilbao*, al mando del capitan de fragata D. Juan Quesada.

Vapor *Colon*, su comandante el capitan de fragata D. Joaquin Posadillo.

Vapor *Vasco*, su comandante el capitan de fragata D. Juan Soler.

(Este vapor llevaba á bordo al excelentísimo señor jefe de escuadra D. Segundo Diaz de Herrera).

Vapor *Santa Isabel*, al mando del teniente de navío D. Adolfo Guerra.

Vapor *Leon*, su comandante el teniente de navío D. Andrés Fala.

El jefe de la escuadra conferenció con el general Odonell, y en seguida circuló por el campamento la noticia de que se iba á emprender un ataque contra los fuertes de Tetuan.

Si mala estuvo la mañana, infame fué la tarde. La lluvia y el viento continuaban, y el campo estaba convertido en un verdadero lodazal.

Los oficiales, con quienes hemos hecho trabar conocimiento á nuestros lectores, apresuráronse á refugiarse en la tienda, despues de cumplidas las exigencias del servicio, y allí, arropados en sus capotes, se dispusieron á escuchar la continuacion de nuestras antiguas glorias, cuya narracion habia dejado pendiente su compañero en la noche anterior.

XXXIII.

Conquista de Trípoli.

La conquista de Bujía fué de grande importancia para nuestras armas. Contado queda ya como á consecuencia de ella se sometió Arjel y toda su comarca, pero aun tuvo otros resultados mas favorables.

El rey D. Fernando en el interin mandó publicar que se hacia esta guerra en África porque queria proseguir su empresa contra los infieles hasta someter la casa santa de Jerusalen.

Antes que se ganasen Oran y Bujía, el rey de Tenez, llamado Muley Yahyia, se habia ofrecido á ser vasallo del rey de España, pero como aun no lo hubiese efectuado, apresuróse entonces á reducirse bajo la obediencia de aquel tras cuyos pendones iban en África la gloria y el esplendor. Envió, pues, un embajador al conde Pedro Navarro para que en nombre del rey lo recibiese como vasallo, é hízolo el conde bajo los pactos siguientes:

1.° Que el rey de Tenez se obliga á servir como vasallo á D. Fernando acudiéndole y ausiliándole en cualquier guerra que tuviese, debiéndole el rey pagar la gente de armas que llevase consigo, como era costumbre entre moros.

2.° Que el mismo rey de Tenez se obligaba á poner inmediata-

mente en libertad á todos los cautivos cristianos que estaban en su reino.

3.° Que, en reconocimiento de su señorío, se comprometia á dar cada año dos caballos y cuatro halcones, ofreciendo poner en rehenes para cumplir todo esto á un hijo que tenia, llamado Muley Boabdil.

Y 4.° Que se comprometia á que de las costas de su reino no saliese nave alguna que hiciese mal ni daño á los cristianos ni á sus bienes, obligándose en caso contrario á pagar los daños y perjuicios.

Tal fué lo que se estipuló á 13 del mes de marzo entre el embajador del rey de Tenez y el conde Pedro Navarro, en nombre del de España. El pacto fué firmado en Bujía.

Á los pocos dias otra ciudad se sometia tambien. Los moros de Tedeliz, que está en aquel mismo reino á treinta millas de Arjel, enviaron embajadores al conde Pedro Navarro y se hicieron asimismo vasallos y tributarios de la España.

Por este tiempo llegaron á España y se presentaron al rey que estaba en Calatayud los embajadores moros de Arjel. Llevábanle todos los cautivos cristianos que habia en aquel reino é iban á prestarle obediencia como á su rey y señor, segun el pacto establecido con Pedro Navarro.

No fueron solo las citadas poblaciones las que entonces se nos sometieron en África. El alcaide de los Donceles, que gobernaba en Orán, consiguió que el rey de Tremecen se hiciese vasallo del monarca español, reduciéndose con esto al poco tiempo los moros de Mostagan.

Nuestras conquistas en África iban viento en popa, y, gracias al conde Pedro Navarro, no tardó España en tener otro dia de gloria con la conquista de Trípoli.

Pedro Navarro habia salido de Bujía, á la cual fué enviado como capitan general D. García de Toledo, con la armada en la cual llevaba 8000 hombres, pasando primero á los mares de Italia en donde recogió nuevos buques completando entonces su gente hasta el número de 14000.

Con esta armada se dirigió á Trípoli, ciudad muy famosa y rica en la costa de Berbería. Dos dias antes de llegar al puerto, mandó el conde pasar toda la gente á los bergantines, barcas y á otros buques

de remos que llevaba, á fin de que con mas facilidad y presteza pudiese sacar todo su ejército junto á tierra.

Consiguiólo como lo deseaba.

Es preciso advertir que la ciudad de Trípoli era muy fuerte. Por un lado la ceñia el mar y por el otro apartado de la marina tenia un ancho foso lleno de agua. La muralla era buena, estaba bien fortificada de baluartes, y contaba con 14000 moros, con su rey ó Jeque al frente, dispuestos á rechazar á los españoles ó á enterrarse en las ruinas de la ciudad.

El conde Pedro Navarro echó su gente á tierra y la ordenó en escuadrones, todo esto en medio del fuego de artillería contínuo y nutrido que hacian los moros desde los baluartes, torres de las murallas y alcazaba.

Como los moros habian adelantado un cuerpo de infantería y caballería para defender la boca del puerto, el conde dividió su ejército en dos mitades para combatir á un tiempo la ciudad y el grupo de la morisma que estaba fuera de ella.

Vióse esta medida coronada del mejor éxito, y por de pronto una y otra mitad del ejército se lanzaron con arrojo.

Dura fué y encarnizada la pelea. Arrimáronse escalas á los muros, y el asalto comenzó. Mientras tanto, la armada, que no dejaba de hacer grande daño en la ciudad con su artillería, envió algunos grupos de infantes y marineros con escalas á combatir el barrio de la marina, sospechando que hallarian en él menos resistencia por creerlo los moros mas seguro.

De esta manera trábose la batalla por tres partes á un tiempo, siendo por una y otra parte muy reñida, pues si vigorosamente atacaban los cristianos, valerosamente se defendian los agarenos.

La victoria comenzó por fin á declararse en nuestro favor. De todos los moros que estaban fuera de la ciudad, cuentan las crónicas que ni uno solo quedó vivo. Esto dió gran ánimo á los sitiadores, que hicieron un nuevo esfuerzo y consiguieron por último entrar en la plaza escalándola por junto á una puerta á la cual despues llamaron de la Victoria.

Dícese que quien primero subió al muro fué un infanzon aragonés llamado Juan Ramirez, el cual, á pesar de haber sido herido, sostu-

vo largamente y solo el combate con una porcion de moros, hasta que se acudió en su socorro.

Despues que los moros hubieron sido echados de las torres que se tocaban casi en las murallas unas con otras, quedando los nuestros dueños y señores de los muros, comenzóse otro combate tan encarnizado y sangriento, ó mas aun que el anterior. Los mahometanos, reducidos á la desesperacion, decididos á morir todos antes que entregarse, comenzaron á hacerse fuertes en las calles y en las casas.

Defendieron palmo á palmo el terreno con un arrojo y bizarría que admiró á los mismos vencedores. Causaron en nuestras filas notables estragos, muriendo entre los nuestros muy buenos caballeros y muy valientes soldados.

Dicen las historias que la batalla en el recinto de la ciudad fué muy mas brava y terrible, sin que quedase plaza, ni calle, ni mezquita, ni torreon donde no hubiese muy sangrienta pelea. Combatian tan desesperada y temerariamente los moros, que no pocas veces obligaron á retroceder á los cristianos, pero por fin hubieron de ceder al valor heróico de los nuestros, y entonces no se rindieron ni dieron á cuartel, sino que se hicieron pasar á cuchillo. Algunos se recogieron en la mezquita mayor y allí pelearon hasta que quedó uno solo con vida.

Fué horrible la matanza que los nuestros se vieron obligados á hacer en la ciudad para apoderarse de ella, y á muy pocos consiguieron hacer prisioneros, contándose en este último número al rey ó Jeque de Trípoli y á un hermano y un hijo suyo.

Mientras esto sucedia en la ciudad, fuera del puerto dos naves nuestras daban alcance á unos barcos moros consiguiendo cautivarlos y hacer un rico botin.

Fué la de Trípoli una de las mas señaladas victorias de aquellos tiempos; así es que al llegar la noticia á nuestro país fué celebrada con un regocijo estraordinario, inflamando de tal manera el ánimo del rey D. Fernando, que entonces se hallaba celebrando cortes á los aragoneses en Monzon, que declaró solemnemente estar dispuesto á ir con su propia persona á ponerse al frente de los valerosos soldados que combatian en África. Circunstancias políticas y nuevas guerras que emprendió le obligaron á abandonar su proyecto.

Con la alegría que causó esta victoria, se comenzaron á hacer grandes preparativos para la conquista de Tunez, pero por desgracia un terrible acontecimiento, una cruel derrota que sufrimos en Gerbes, vino á retrasar esta jornada que ya no se llevó á cabo sino hasta mas tarde y por el emperador Carlos V.

Otro dia, si Dios y los moros nos lo permiten, os contaré los sucesos que tuvieron lugar despues de la gloriosa toma de Trípoli, que es uno de los hechos mas notables y llevados á cabo con mas honra por las armas españolas en las playas africanas.

XXXIV.

Tambien el 28 transcurrió sin que los moros inquietasen nuestro campamento.

Llovió bastante durante gran parte del dia, aunque no tan copiosamente como venia haciéndolo desde el 24, último dia de fuego.

Esta lluvia contínua llegó á convertir el campamento en un vasto lodazal por donde no era posible transitar ni á pié ni á caballo. Esta humedad incesante hizo que se recrudecieran las enfermedades, y que el cólera se desplegase en mayor escala, causando un número tan considerable de enfermos, que estaban llenos 21 hospitales y dos barcos.

Todo estaba preparado para avanzar, y se dispuso que se levantaria el campamento el 31, si no lo impedia la lluvia.

Todos sin distincion, jefes y soldados, todos anhelaban que llegase este momento impacientemente esperado, como todos deseaban asimismo que mejorase el tiempo, que hasta entonces habia sido nuestro mas cruel y terrible enemigo.

Por esto decia el general Odonell:

—Si Dios me concediera tantos dias buenos como malos los hemos tenido, la gloria de esta espedicion seria envidiada de todos.

Y tenia razon ciertamente.

Los concurrentes á las reuniones de la tienda de oficiales tenian aquella noche impaciencia por oir lo que á los españoles habia suce-

dido en Gerbes, así es que en cuanto apareció el narrador, pidiéronle todos con insistencia que les contase el caso.

Aquel tomó entonces la palabra, y se espresó así:

XXXV.

En los Gerbes.

Fué una fatal jornada la de los Gerbes.

Allí mismo donde los almirantes catalanes habian puesto muy alta la gloria de su país clavando muchas veces vencedor en aquella isla el pendon de las barras de Aragon, allí mismo hubieron de lamentar una terrible derrota las fuerzas unidas del conde Pedro Navarro y D. García de Toledo.

Aunque es triste recordar este hecho, voy á contároslo. Su recuerdo nos enseñará que desde luengos tiempos tenemos agravios que vengar de nuestros enemigos hereditarios, y que todavía vagan por los aires las sombras de muchos de nuestros antepasados pidiendo venganza á sus sucesores.

Mientras que el conde Navarro esperaba ausilios y órdenes del rey para la empresa de Tunez, despues de haber llevado tan felizmente á cabo la de Trípoli, determinó juntarse con las tropas de D. García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, y dirigirse contra la isla de los Gerbes, cuyo Jeque no habia querido someterse al dominio del rey de España.

La isla de Gerbes era muy rica entonces por el comercio que con ella tenian así los mercaderes moros y turcos, que hacian los viajes de Alejandría y de otras partes de Levante, como los del reino de Tumez y de toda la Berbería.

Recuerdo que las crónicas antiguas hacen bellas y pintorescas descripciones de esta isla, tal como estaba entonces, floreciente y rica.

Dicen ser la mayor y mas principal de todas las islas de la costa de África, tan allegada á la tierra firme, que por una parte se continúa con ella por un puente, llena de bosques de palmas y olivos, y

poblada toda de caseríos en que habitaban los moros con sus familias. Por el lado del mar tenia un fuerte castillo en que estaba el Jeque con todos sus deudos y corte.

Era la noche del 28 de agosto de 1510 cuando se presentaron ante los Gerbes las armadas unidas del conde Pedro Navarro, D. García de Toledo y Diego de Vera, llevando entre todos sobre 12,000 hombres.

Al dia siguiente por la mañana muy temprano comenzó á desembarcar la gente, tomando tierra junto á una torre que estaba muy apartada del castillo del Jeque. Hizóse el desembarco con el mayor órden y felicidad, sin que los nuestros fuesen inquietados por los moros ni vieran siquiera aparecer uno de ellos.

Habíase acordado que el coronel Gerónimo Vianelo formase el cuerpo de vanguardia y adelantase con él, pero D. García de Toledo y los suyos, impacientes por batirse y ganosos de lauros, pidieron ocupar aquel sitio. Segun parece, el conde Navarro se opuso á ello diciéndole que guardase el lugar que le habia señalado como general, pero insistió D. García, llegándose á trabar de palabras este, el conde y Diego de Vera. Finalmente, medio por fuerza y contra su voluntad hubo de acceder el conde, y entonces proveyó que fuese con D. García la mejor parte del ejército.

Todos los historiadores que yo he leido están contestes en decir que los moros estaban aterrados y que era muy poca la gente de armas con que podia contar el Jeque de Gerbes. ¿Cómo, pues, siendo así, y estando tan amedrentados los enemigos que ni siquiera se opusieron al desembarco, cómo, pues, pudieron vencer á aquel animoso ejército?

Esto es lo que voy á referir.

Comenzó á ponerse en marcha la vanguardia, mandada por el de Toledo, siguiéndola otro cuerpo de ejército, y quedando el conde Pedro Navarro en la playa para apresurar el desembarco de los otros.

Era mediodia cuando las primeras tropas se pusieron en marcha, y tan escesivo el calor, que antes de haber caminado dos leguas iba toda la gente muy fatigada y perdida, pues cuentan que era tal el ardor del sol, que parecia que el aire ardia y la arena abrasaba.

Fué marchando el ejército al principio en el mayor órden, pero con el ardor grande y con el polvo que salia de los arenales, al mismo

tiempo que con la fatiga que la gente traia del mar, por haber pasado muchos dias embarcados, se les despertó tan estraordinaria y abrasadora sed, que muchos iban cayendo muertos conforme iban andando.

Llegó el escuadron delantero en que iba D. García cerca de unos palmares, y allí se esforzó en ordenar la gente, que andaba ya desconcertada, pero era tan ardiente el sol y estaban las tropas tan desmayadas de sed, que no hubo medio posible de ponerlas en órden. Contribuyó á esto la noticia que circuló de pronto de que mas adentro de los palmares, junto á unas casas derribadas que se descubrian, habia algunos pozos de agua dulce; así pues, con el ansia de llegar á beber, toda la gente acabó de desordenarse arrojándose hácia los pozos.

Este fué el momento en que se presentaron los moros.

D. García fué el primero en ver asomar las avanzadas enemigas, y en seguida se dió gran prisa en sacar de los pozos á la gente que comenzaba á beber. Nuestras tropas se presentaron ante los moros no solo vencidas por el calor y la sed, sino medio muertas y sin esperanza de remedio.

Viendo los moros cuales iban los nuestros, cobraron ánimo para acometerlos á manera de rebato á la entrada de unos palmares. Eran solo 500 infantes y 70 caballos, pero fué tan brusca su embestida, que no pudieron resistirla las tropas del de Toledo, fatigadas y quebrantadas como se hallaban.

D. García, hombre de corazon y de valor, arremetió el primero para animar á los que le seguian, y entrándose á cuchilladas por entre los moros, comenzó á gritar á los suyos que le siguiesen, diciéndoles:

—Bueno seria haber llegado á este lugar para escapar huyendo.

Nada, empero, pudieron hacer los esfuerzos desesperados de D. García y de los caballeros que con bravura digna de mejor causa peleaban á su lado. Los soldados echaron á huir, abandonando muchos sus armas, y D. García, para satisfaccion de su honra, creyó que debia hacerse matar.

Allí murió, pues, peleando como quien era, y allí murieron con él muchos nobles y esforzados caballeros.

Cuando el conde Pedro Navarro vió que de aquel modo volvian

huyendo los soldados, hizo que dos escuadrones que quedaron en la retaguardia se pusieran en el paso por donde huia la gente, á fin de que los moros no pudiesen seguir el alcance. Gracias á esta disposicion, el estrago fué menor.

Aunque en esta terrible jornada cayeron muchos heridos por los enemigos, fueron sin comparacion muchos mas los que perecieron de sed y del ardor del sol y los que se ahogaron en el mar por querer embarcarse mas precipitadamente.

Los fugitivos llevaron el desórden y la confusion á los que estaban aun en la playa formando la retaguardia, y ganó de tal modo el miedo hasta á los que aun no habian entrado en combate, que el mismo conde Pedro Navarro, en medio de ser un hombre cuyo valor era probado, fué de los primeros en embarcarse abandonando toda la gente en el campo. Grandes escenas de confusion se siguieron en nuestro campo á las escenas del combate, y con mucho trabajo pudo irse embarcando la gente, pereciendo desgraciadamente en el mar gran número de soldados, á causa de estar las naves algo lejos.

Hasta 4,000 españoles quedaron aquel dia cautivos en poder de los moros, y aun, para mayor desgracia, cuando la armada se apartó de los Gerbes, sufrió tan deshecha tormenta, que perdió desastrosamente tres naves.

Aquí teneis, pues, como siempre hemos tenido que luchar con los elementos que nos han sido constantemente contrarios en la tierra de África. Apesar de ello el brillo de nuestras glorias raya tan alto, que apaga y oscurece nuestras escasas derrotas.

Al saber el rey D. Fernando la derrota de su ejército en Gerbes, mandó hacer gandes preparativos de guerra, al efecto de tomar sangrienta y completa venganza, y partió él mismo para Sevilla para apresurar el armamento de la flota. En seguida dió aviso á todos los príncipes de la cristiandad que iba á salir en persona á la guerra contra infieles y á continuar sus conquistas en África.

Por este tiempo nuestras armas obtuvieron algunos otros triunfos parciales contra los moros, no siendo el menor el haber desbaratado la armada que el rey de Tunez envió para ganar la ciudad de Trípoli. Poderosa era esta armada, y llegó á presentarse ante la plaza que tan gloriosamente habia arrancado Pedro Navarro á la media lu-

na, pero fué rechazada con grave daño y hubo de abandonar la empresa.

En esto, era llegada ya la época en que el rey habia dispuesto embarcarse para África, y se dirigia ya á Málaga con este objeto y con todo el ejército que habia mandado levantar, cuando le llegaron nuevas de Italia, obligándole no solo á desistir de su propósito de ir en persona á la campaña de África, sino hasta de continuar esta campaña. Efectivamente, nuestros soldados fueron entonces á conquistar laureles abundantes en Italia, quedando por el pronto en paz y tranquilidad los moros.

Ya no tuvo lugar mas empresa formal contra África hasta la conquista de Tunez que llevó á cabo algunos años mas tarde el emperador Carlos V.

XXXVI.

Accion del 29.—Bombardeo de los fuertes de Tetuan.

Este era el dia señalado para operar la escuadra sobre los fuertes de Tetuan.

Al amanecer salió de Ceuta con rumbo al Cabo Negro, oscuro promontorio que se levanta delante de Tetuan. Detrás del Cabo, y casi oculta por su punta, sobre la cual se divisa en los dias claros y serenos un arruinado castillejo, memoria acaso de mejores tiempos para el imperio marroquí, hay una espaciosa ensenada, en cuyo centro se alzaba una fortaleza defendida por 14 cañones y una batería rasante. Á destruirla se dirigió nuestra escuadra, y á poco de haberse escondido las naves tras la avanzada punta del Cabo, vióse desde el campamento aparecer una nube de humo, indicio de que la escuadra acababa de romper el fuego.

Poco antes de que esta hiciera sus primeros disparos, los moros habian atacado en gran número nuestro campamento.

Con objeto de ensanchar una parte del camino de Tetuan para el paso de la artillería, salió por la mañana un batallon de la division

de reserva, verificando su cometido sin molestia hasta la una, á cuya hora fué atacado por un crecido número de moros.

El batallon era el de cazadores de Vergara.

La accion empezó en el momento mismo en que una compañía de ingenieros practicaba la cortadura de unas enormes rocas para ensanchar la via.

Los moros salieron del campamento que tenian establecido en el fondo de la larga y agreste cañada que se abre detrás de los Castillejos, y su primer intento fué el de romper el centro y envolver la derecha del batallon que estaba protegiendo las obras.

El valor de nuestros soldados contuvo la recia acometida del enemigo, que con su natural ímpetu, y fiado como siempre en su número, se lanzó contra nuestras guerrillas dando feroces y salvajes alaridos. Heroicamente contuvo Vergara á los moros, sosteniendo su posicion durante todo el dia.

El enemigo verificó tambien un movimiento sobre el ala derecha del tercer cuerpo, cargando con muchas fuerzas, lo que motivó que algunos batallones del mismo, que el general en jefe tenia prevenidos convenientemente, avanzaran escalonados notándose en esta operacion una brillante carga dada por uno de ellos, que rechazó á los moros hasta los bosques de donde habian salido.

El enemigo figuró tambien un ataque á la estrema derecha de nuestra línea, pero solo hizo algunos disparos.

Ni en medio del fuego abandona á nuestros soldados esa bulliciosa alegría que les hace mirar los peligros con indiferencia y la muerte con desprecio. Así es que eran de oir los oportunos dichos y las salidas graciosas con que amenizaron aquel dia el siniestro espectáculo de la accion.

Ya era uno que remedaba el mahullido de un gato, ya otro que al disparar mandaba *espresiones* de su carabina para el moro á quien heria; ya quien se lamentaba de no poder poner *sobre* á las *balas* para mandar sus correspondencias á Muele Habas, que era como dieron en llamar los soldados al hermano del emperador; ya quien calificaba de canto de pájaros el silbido de los proyectiles que pasaban por encima de su cabeza.

«Es preciso verlos, dijo con este motivo un testigo ocular, para

admirar á esos pobres muchachos, la mayor parte casi unos niños, tan valientes, tan sufridos, tan dispuestos para toda empresa heróica, tan disciplinados, en fin, que todavía desde que salieron de sus guarniciones no han dado motivo para que se formara una sola sumaria.»

Los moros tuvieron en esta accion notables pérdidas, que el general en jefe graduó en 400 ó 500 hombres fuera de combate.

Por nuestra parte tuvimos 7 oficiales y 89 individuos de tropa heridos, con mas algunos muertos.

Veamos ahora de que modo cumplia la escuadra.

Preparada la artillería y hecho zafarrancho de combate, momentos antes de izar al tope la señal de romper el fuego, el general Herrera desde la popa del vapor *Vasco Nuñez de Balboa* dió un *viva á la reina*, que repitieron todas las tripulaciones, y pronunció en seguida estas solas palabras:

«El ejército está derramando noblemente su sangre por la patria; vamos nosotros á derramar la nuestra.»

Acto contínuo dió otro viva á la reina repetido con igual entusiasmo por las demás tripulaciones, y el *Balboa* hizo seña á la primera division de romper el fuego.

Al primer tiro de este buque disparado contra el castillo que defendia la entrada del rio Martin, contestó una batería rasante de construccion moderna. Dicha batería, perfectamente encubierta entre la arena, no se descubria sino en los momentos de hacer fuego.

Todos los disparos de los buques se dirigieron entonces hácia ella.

Momentos despues de roto el fuego por el *Balboa*, fué secundado por el navío y vapor *Isabel II* y por las fragatas *Princesa* y *Blanca*, cuyos buques dispararon su artillería de estribor, siguiendo su marcha y dando lugar á que hicieran fuego el vapor *Santa Isabel* y corbeta *Villa de Bilbao* con los vapores *Leon*, *Vulcano* y *Colon*.

Seria la una y cuarto de la tarde cuando se principió el fuego por el buque almirante, haciéndose general en toda la línea á la una y media.

A esta hora una granada, disparada por el *Balboa* ó el *Leon*, pues los dos hacian un fuego certero, incendió la batería, que acabaron de destruir los tiros del vapor *Santa Isabel*, corbeta *Villa de Bilbao*, que

siempre hacia un fuego sostenido y preciso, y el vapor *Vulcano*.

Las fragatas *Princesa* y *Blanca*, el navío y vapor *Isabel II* dirigian al mismo tiempo un vivo fuego sobre el castillo ó torre de la ria, cuyas almenas iban cayendo á pedazos, siendo de notar que el navío *Isabel* estaba sobre un fondo de seis brazas. El vapor *Colon* hacia fuego tambien con estos buques.

Es imposible describir minuciosamente todos los accidentes de este combate, concluido con el mejor éxito por nuestras fuerzas navales.

Todos, comandantes, oficiales y tripulaciones, todos estaban animados del mayor entusiasmo, y en vano seria señalar los buques que mas se distinguieron cuando todos se portaron cumplidamente.

Los disparos de tierra apenas hicieron daño á la division. Solo la fragata *Princesa de Asturias* recibió un balazo en la aleta de estribor, que afortunadamente no ocasionó desgracia alguna. Las baterías marroquíes estaban artilladas con piezas de grueso calibre, pues las balas cruzaban entre las járcias de los buques.

Apagados los fuegos de la batería, y tremolando todavía medio caida la bandera marroquí en la torre del rio Martin, á pesar de estar acribillada á balazos y rotos sus muros por las balas y granadas del navío y vapor *Isabel II*, que casi lo arrasaron, mandó poner el general Herrera la señal de *Alto el fuego*. Y como algunos le manifestaran el deseo de abatir á cañonazos el pabellon que ondeaba aun en las ruinas de la citada torre, contestó:

—Yo no ofendo á un enemigo que no contesta ya al fuego de mis cañones.

No pudieron naturalmente apreciarse las pérdidas del enemigo. Incendiadas sus baterías y voladas las municiones, es natural las sufriera de consideracion.

Un vapor de la marina imperial francesa presenció desde Cabo Negro el fuego de nuestra division.

Un mes antes, y casi dia por dia, pues lo que vamos á contar sucedió el 26 de noviembre, el almirante francés Desfossés habia bombardeado el mismo fuerte con los buques *Bretagne* y *Saint Louis*.

Hé aquí en que ocasion y con que motivo.

La Francia habia mandado una escuadra á las aguas de Algeciras antes de comenzar la guerra, escuadra de observacion como la inglesa, que allí estaba tambien.

El navío *Saint Louis* fué un dia destacado de crucero por el almirante, y al pasar por delante de la ria de Tetuan, el fuerte de los moros hizo fuego sobre él tomándole por un buque español.

Para cohonestar este error dijeron luego que los buques de España se habian aproximado algunas veces con bandera de otras naciones, y que como al mismo tiempo sabian que habia vapores franceses de gran porte al servicio de la espedicion española, lo habian tomado por enemigo.

Esto sin embargo, el almirante francés juzgó oportuno vengar el insulto hecho á la bandera de su nacion demoliendo la batería.

Así pues, sin consultar á su gobierno, mandó á la ría de Tetuan los buques *Bretagne* y el mismo *Saint Louis*, los cuales hicieron fuego hasta demoler completamente la batería, que los moros volvieron á alzar mas tarde.

Hecho esto, el almirante francés se contentó con enviar al gobierno de su nacion un parte notable por su concision y laconismo en el que solo referia sencillamente el caso.

El autor de esta obra en aquellos dias publicó con este motivo una fábula en el periódico satírico titulado *El Cañon rayado*, periódico redactado por buenos amigos suyos y que aun continúa dando á luz el mismo editor de esta obra.

Quizá los lectores encontrarán gusto en que se les traslade esta fábula.

Héla aquí pues:

UNA POTENCIA NEUTRAL

(FÁBULA.)

> Ahora que se ha hecho justicia, recobro mi neutralidad.
>
> *Palabras del almirante Romain Desfossés, despues de haber bombardeado los fuertes de Tetuan.*

Cuentan, lector, que un dia
en la edad, que edad media se llamaba,

un leon con un tigre combatia,
y un águila, que el lance presenciaba,
pacífica y neutral permanecia.
Mas, ¡oh dolor! quiso la suerte fiera
que en lo mejor del caso
una garra del tigre se escurriera
al águila rozándole de paso.
—*¡Nom de Dieu!* dijo el águila. (Y no es cuento,
que es preciso que sepas, lector caro,
que el águila en cuestion, por caso raro,
se esplicaba en francés que era un portento).
«*¡Nom de Dieu!* dijo el águila. ¡Pelmazo!
»Ya te haré yo saber cuantas son cinco.»
Y acercándose á él, de un picotazo
rompióle por mitad el espinazo.
Dijo, hizo, pegó un brinco,
y á su puesto volvióse sosegada
diciendo: —*¡Avant!* siga el combate fiero:
«Yo soy neutral y no me meto en nada,
»que la neutralidad es lo primero.»
Esto, lector, te esplica
que es preciso rascar en donde pica.

XXXVII.

Combate del 30.

Serian las tres de la tarde de este dia poco mas ó menos, cuando el enemigo atacó las grandes guardias del campamento del general Ros de Olano, corriéndose por los bosques de la derecha del mismo punto. Reforzados estos puestos por tres batallones al mando del general Turon, los moros fueron rechazados con tanto vigor como lo fuerte y rudo de su ataque exigia.

El fuego duró, sin embargo, hasta las seis de la tarde próximamente.

En el momento de oir el fuego, el general en jefe se trasladó al lugar del combate, pudiendo presenciar la bizarría con que se batieron las tropas.

El fuego del enemigo fué nutridísimo, como pocas veces ó jamás lo habia sido, y hubo de ser rechazado de nuestras mismas trincheras hasta donde se acercó con arrojo increible.

En algunos puntos los moros llegaron á ponerse debajo del parapeto y con el estremo del cañon de sus espingardas empujaban las piedras que los coronan haciéndolas caer encima de los soldados. Fué esto debido á que la compañía que defendia dicho parapeto habia agotado sus municiones, y como las que recibieron les fueron dadas de mayor calibre, se vieron precisados á no poder hacer uso de ellas.

Entonces aquellos valientes soldados hubieron de defenderse á pedradas hasta que les llegó refuerzo.

Cuenta un corresponsal que entre este parapeto y otro situado mas á la izquierda, á unos 300 pasos, habia un pequeño barranco por el cual subia un grupo de moros con el objeto de coger los atrincheramientos por la espalda, pero al asomar esta fuerza fué cargada por una guerrilla de Ciudad Rodrigo, compuesta de unos 20 hombres, al mando del segundo comandante del batallon, que con arrojo admirable arrojó al enemigo al barranco.

Este hecho y el de la compañía que hubo de defenderse á pedradas, fueron presenciados por el general en jefe, que al ver tanta bizarría, no pudo menos de esclamar:

—Esos dos oficiales, quien quier que sean, tienen ya el empleo inmediato. Se lo concedo en nombre de la reina.

En esta accion los moros se presentaron con una impetuosidad y un valor que solo tenian ejemplo en los primeros dias de combate junto á los reductos que se construian en el *Serrallo*. Formando una línea mas contínua y cerrada de lo que tenian de costumbre, sostuvieron desde ella un fuego nutridísimo, acompañado de su incesante salvaje vocerío, pero nuestros soldados, segun dijo en su parte oficial el conde de Lucena, sin necesidad de rebasar las líneas, y protegidos por ellas, amortiguaron pronto su ardor con su aprovechado fuego y el

certero de dos baterías de montaña, obligándoles á huir en todas direcciones.

Nuestra pérdida consistió en 9 soldados muertos, 2 oficiales y 34 soldados heridos, 1 jefe, 4 oficiales y 50 individuos de tropa contusos.

La del enemigo fué mas considerable, y no debió bajar de 300 hombres entre muertos y heridos, pues ya hemos dicho que en su primer ímpetu llegó hasta el pié de nuestras trincheras donde hubo de sufrir un fuego mortífero á quema ropa.

Las tropas celebraron el final del combate con un entusiasta grito de *¡viva la reina!*

Poco antes de principiarse la accion, un oficial de la guardia civil habia acompañado á la presencia del general en jefe nueve ingleses que iban decididos á seguir el cuartel general.

El conde de Lucena habló con ellos un rato, y al principiarse la accion dió órden para que se les colocase en lugar de donde pudiesen ver los movimientos del tercer cuerpo.

Despues de la accion se presentó un miserable mendigo moro. Los pocos harapos que le cubrian y su aspecto de hediondez y miseria, le hacian casi repugnante. Segun dijo el intérprete era un esclavo. Era negro, hablaba muy poco, y aun de un modo estúpido. En los primeros momentos pidió la vida y dijo que tenia hambre y frio. No contestaba apenas á ninguna pregunta y cuando lo hacia era solo para decir que era «Dios y santo, y que le dejasen en paz porque sino á una seña suya se juntarian el cielo y la tierra.»

Llegó en este dia al campamento el corresponsal del *Diario de Barcelona* D. Joaquin Mola.

XXXVIII.

El 31 quedaron hechos todos los preparativos para que el ejército pudiese ponerse en marcha al dia siguiente, lo cual debia efectuar muy temprano, segun las órdenes comunicadas á los cuerpos.

Las tropas fueron racionadas para seis dias.

Cuarenta y un dia llevaban ya nuestros bravos de campamento en el *Serrallo*, y en estos cuarenta y un dia tuvieron ocasion de dar á la Europa el ejemplo que hubiera podido dar el mejor ejército del mundo.

Durante todo este tiempo tuvieron que estar con el fusil en la mano, interrumpiendo su sueño para volar al combate ó para luchar con la tempestad; tuvieron que resistir las incesantes y continuadas lluvias que calaban sus tiendas, que empapaban sus ropas, que convertian en un pantano el suelo sobre el cual tenian que dormir y pelear; tuvieron que rechazar ataques contínuos de hordas indisciplinadas y salvajes que se arrojaban á combatirles con el ardor del fanatismo y con el odio inveterado de una raza vengativa ; tuvieron que construir sus reductos, sus fortificaciones, sus trincheras y sus caminos bajo el fuego perseverante del enemigo ó bajo el hálito de la tempestad y de los huracanes mas desechos; tuvieron en fin que resistir á un enemigo mas terrible, mas implacable y mas mortífero que todos los demás juntos: el *cólera morbo*.

¿Puede darse mas abnegacion ni mas heroismo?

Y en medio de todo esto, jamás faltaron nuestros soldados al amor á la disciplina, al entusiasmo por su patria.

Todos los males á un tiempo llovieron sobre ellos; Dios quiso ponerles á prueba con dias henchidos de dolor y de amargura, con esos dias negros que hacen vacilar el corazon mas duro y flaquear la virtud mas sólida; la guerra, la peste, las lluvias, los combates de cada dia, los sufrimientos de cada noche, las penalidades contínuas , todo cayó sobre ellos; y sin embargo, léanse las numerosas correspondencias de que han venido llenos los periódicos durante esta época , ni una sola queja exhalaron aquellos valientes , ni un acento de tristeza ó de amargura dejó escapar su corazon. Penetrados de que allí estaban, en aquel puesto de honor, para gloria de su patria y para defender su honra , peleaban ó morian sin lanzar un solo gemido que pudiese revelar los dolores de su alma.

En estos cuarenta y un dias el ejército español llevó á cabo una obra fabulosa : dejó limpia de moros una estension de ocho leguas sobre un terreno escabrosísimo , poblado de bosques y malezas , de

barrancos y precipicios, terreno en el que aun hoy dia parece milagroso que hayan podido abrirse paso el azadon y la pala de los zapadores.

Y sin embargo, lo han abierto, construyendo un camino ancho y cómodo que allí queda para honra y gloria de España, camino que tuvo que abrirse á través del fuego y balas enemigas, por medio de una doble y terrible lucha con el duro suelo y con los salvajes kabilas del país.

Dígasenos ahora si no hay de sobra en todo esto para acreditar á un ejército de valiente, de aguerrido, de constante, de heróico. Dígasenos si no hay de sobra en todo esto para dar á nuestra nacion la fama y el nombre que las naciones estranjeras han pretendido negarla creyéndola empequeñecida por sus luchas y disidencias intestinas.

De este modo nuestro sufrido y heróico ejército terminó su gloriosa campaña de África el año 1859.

El dia 1 del año 1860, que debia inaugurarse con un gran triunfo para las armas españolas, fué, pues, el destinado para levantar el campo.

Al toque de diana la division de reserva, al mando de Prim, convertida ya en division de vanguardia, y el segundo cuerpo, al mando de Zabala, con dos escuadrones de húsares de la Princesa, dos baterías de montaña del primer regimiento de artillería y una batería afecta al primer regimiento de á pié, seguido todo del cuartel general, debian emprender su movimiento hácia los Castillejos para tomar posesion y acampar en ellos.

Los cuerpos primero, al mando de Echagüe, y tercero, al mando de Ros de Olano, debian permanecer en sus posiciones, y la artillería montada y de á caballo debian avanzar solamente hasta situarse debajo del reducto del *Príncipe Alfonso*.

Todos ansiaban salir de aquellos pantanos rodeados de montes y de selva, donde estaban como enterrados en un profundo y anchuroso hoyo. Así es que al divulgarse la noticia entre los soldados que se iba á levantar parte del campamento, apoderóse de ellos un entusiasmo indecible.

Iban por fin á subir la sierra, á tener mas luz, mas espacio, á respirar otros aires.

Allí donde iban estaba el grueso de los moros, allí estaba el cam-

pamento enemigo del hermano del emperador, allí estaban el peligro, la lucha, la muerte quizá.

Pero tambien estaba allí la gloria.

Aquella noche Prim debió ver á su amiga, á su inseparable compañera *la Victoria*, sonreirle en sueños y hacerle una seña con la mano para atraerle á sí.

Aquella noche Prim debió mirar al cielo, y como estaba hermoso y despejado, debió ver que su estrella brillaba en él todavía.

CASTILLEJOS.

I.

Noticias históricas y descripcion geográfica á vista de pájaro.

Antes de pasar adelante, conviene enterar á nuestros lectores, si quier sea muy someramente, de los sitios en que tuvieron lugar las glorias de nuestros bravos espedicionarios. Es fuerza hacer este bosquejo geográfico, pues para formar un juicio cabal y exacto de los triunfos de un ejército, se debe conocer, en sus principales detalles al menos, el teatro en que ha acampado, la escena en que ha combatido, conquistando en ella dias de buena y valedera gloria.

Por lo demás, las noticias que vamos á dar á nuestros lectores les han de ser útiles y provechosas, pues escogemos las que les han de servir para sus observaciones en el curso de esta obra: solo de dos ó tres páginas les retardaremos la continuacion de la historia de nuestra campaña, que así estarán en el caso de apreciar mejor.

Toda la costa africana del Mediterráneo, desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar, contando mas ó menos profundidad en el interior, se llama *Berbería*, verosimilmente por la palabra *Bar*, que significa desierto; y de aquí dieron á los primeros habitantes el nombre de *berberiscos*, que todavía conservan.

La ventajosa situacion de Berbería empeñó á los romanos, á los

griegos, á los sarracenos, á los vándalos y á los árabes y moros á hacerse sucesivamente dueños de ella.

Marruecos, Fez y Suez son un mismo imperio, y es esta una de las regiones mas montuosas, agrestes y fértiles de la tierra.

En el imperio de Marruecos, á mas de haber hombres de todas castas y religiones, de todas figuras y colores, pues no faltan en él negros, como que están vecinos; se hallan tambien todas las bellezas que la naturaleza liberal derrama pródigamente en los paises mas favorecidos: grandes llanuras, cuestas agradables, majestuosos montes, bosques y selvas, rios que serpenteando mansamente inundan despues las campiñas y las fertilizan, y otros que apresuran en torrentes sus espumosas olas, ó, cayendo de lo alto, se precipitan en cascadas.

El rey de Marruecos, que tiene el título de emperador, toma tambien el nombre de *Scheriff*, esto es, jefe de la religion. El es quien nombra los *alfaquíes*, que son los ministros de esta, y con sus decisiones, que estos adoptan como él quiere, hace sagradas sus ordenanzas; de modo que no existe en el mundo otro gobierno que sea mas absoluto y tiránico. Un gesto, una mirada del príncipe son muchas veces una sentencia de muerte. Cada vasallo se apresura á obedecerle, y creen que los que mueren en la demanda, van derechos al paraiso.

Precisados los emperadores á tener entre tantas naciones y razas como están á sus órdenes, alguna que les cobre afecto, han elegido á los negros de algun tiempo á esta parte: estos son los que forman su guardia, á estos confian sus tesoros y concubinas, á estos elevan á las primeras dignidades del imperio. Envian á buscarlos jóvenes á Guinea, y solamente les hacen enseñar el manejo de las armas y una obediencia ciega á las órdenes del emperador.

En las cosas espirituales dan á entender que ceden alguna superioridad al *Mufti*, pero este, antes de decidir, sabe ya lo que desea ó quiere el príncipe.

El emperador es el heredero de todos los bienes de sus vasallos, y no tienen los hijos mas que lo que les quiere ceder de las riquezas de sus padres. Sus rentas consisten en estas herencias, y además en la venta de los empleos, en las multas que exigen de los que los ejercen, en el derecho sobre los corsarios, que llega á una décima parte

en limpio de las presas, además del de poder comprar todos los esclavos por cincuenta escudos cada cabeza, vendiéndolos algunas veces al céntuplo, aunque ordinariamente los conservan para hacerles trabajar en utilidad suya, lo cual es un ramo de sus rentas. Tambien tienen el diezmo de todos los ganados, pero esta cobranza es costosa, porque les obliga á enviar tropas, que no siempre son bien recibidas de los árabes, moros y berberiscos que viven en los campos.

Los judíos y los cristianos les pagan tambien un derecho por la libertad de poder comerciar.

La majestuosa cordillera del Grande Atlas divide el imperio de Sudoeste á Nordeste en dos partes: la que cae hácia las vertientes occidentales comprende los reinos de Marruecos al Sur y de Fez al Norte: á este reino pertenecen los sitios que vamos á describir, teatro reciente de las glorias de nuestras armas.

Muchas de las cimas del Atlas se alzan á mas de 3,000 metros sobre el nivel del mar. El monte Miltsios, que es el punto mas culminante, se eleva á la altura de 3,475 metros.

Las cumbres mas altas del Atlas están cubiertas de nieve todo el año; la nieve aglomerada en las laderas se derrite en el estío, y da origen á multitud de arroyos, que, serpenteando por las gargantas y valles que forman las innumerables ramificaciones que se derivan de tan grandiosa cordillera, van á parar al mar ó á otros rios, aumentando el caudal de sus aguas, que en su curso mantienen la feracidad y frescura en los valles y llanuras, y despues desembocan en los dos mares que bañan las costas septentrional y occidental de tan dilatada region.

Los pastos del Atlas crian aquellos escelentes caballos que llaman bárbaros, los dromedarios estimados por su ligereza, y los camellos tan útiles para sus largos viajes por desiertos áridos y arenosos.

Las ramificaciones del Atlas cubren casi todo el suelo del imperio. La costa Norte del mismo forma una profunda curva, de la cual la estremidad occidental avanza en el mar, erigiendo un inmenso promontorio que casi toca á la parte mas saliente y meridional de España, formando con ella el Estrecho de Gibraltar. En el lado que cae al Este de dicho promontorio se encuentran los parajes de que vamos á ocuparnos.

Las ramificaciones del Grande Atlas, que, como hemos dicho, cubren casi todo el suelo del imperio, haciéndolo por demás agreste, pintoresco y fértil, en sus últimas derivaciones tocan las costas de los dos mares que lo bañan. Una de estas ramificaciones forma una cordillera de 1,200 metros de altura sobre el nivel del mar, conocida con el nombre de *Sierra Bullones*, y que avanza de Sur á Norte por el inmenso promontorio citado, hasta terminar en su estremidad mas culminante y septentrional en punta Leona y el promontorio Cirés, cubriendo los alrededores de Ceuta, y siendo el Hacho una prolongacion de ella.

Las derivaciones que de esta cordillera caen á la parte de Levante hasta besar las aguas del Mediterráneo, forman desde Ceuta hasta el cabo de Tetuan cuatro valles á que dan nombre los diferentes rios que los riegan.

Saliendo de las alturas cubiertas de espesos bosques que dominan el *Serrallo*, y en las cuales fueron construidos los reductos de que se ha ido hablando en el curso de esta obra, y que ahora han quedado dominando el camino de Tánjer, el famoso boquete de Anghera y el camino de Tetuan; atravesando el barranco llamado de las Colmenas, cuyo fondo llenan con frecuencia las aguas torrentosas, y siguiendo por la playa del Canto, se entra en el primero de dichos cuatro valles, al que se ha dado el nombre de los *Castillejos* por las torres ruinosas que en él se levantan cerca de la orilla del mar: al arroyo que atraviesa este valle se le ha dado tambien el mismo nombre de *Castillejos:* sobre una de las colinas que accidentan el fondo verde del valle, se ostenta uno de esos blancos edificios de forma cónica que tanto abundan en las regiones habitadas por musulmanes, y que sirven de morada de eterno reposo á las cenizas de algun santon ó morabito reverenciado de aquellos fanáticos habitantes. Los moros dan al valle el nombre de *Fuedk* y al arroyo que lo riega el de *Ayoats:* el edificio de que acabamos de hablar se llama la *Casa del marabut.*

Las *alturas de la condesa* cierran al Sur el valle de los *Castillejos.* El nombre español con que se distingue esta derivacion de Sierra Bullones procede de los siglos XVI y XVII, cuando todo el litoral de Marruecos y Berbería estaba sometido á España y Portugal.

Las *alturas de la condesa* y el *monte Negron* forman un valle de

pantanos y lagunas, escelente criadero de las famosas sanguijuelas de Berbería, de que tanto consumo se hace en Europa y América, y por cuyo arrendamiento ha percibido este último año el emperador de Marruecos la considerable suma de 140,000 duros.

El rio *Manuel*, que dá nombre á este, y así se llama por el de uno de los monarcas portugueses predecesores del infortunado rey D. Sebastian, ó rio *Mnuel*, como los árabes lo pronuncian, se pierde en dichas lagunas. Entre las lagunas y el mar hay un estrecho paso por donde nuestro ejército siguió su marcha el dia 6 de enero, dejando burlado al enemigo en las alturas que rodean el valle, en las cuales esperaba confiadamente ser atacado y poder sepultar á todo el ejército en las lagunas, no pudiendo presumir que tomase la direccion que llevó.

En el monte *Negron*, cuyas verti entes riegan los rios *Neftsó* y *Azmir* acampó nuestro ejército el dia 7. En estas montañas, segun luego veremos, se vió asaltado y entorpecido en su marcha, no por la resistencia del enemigo, sino por los elementos desencadenados, por una horrible tempestad. Tres dias de angustia pasó en aquellas vertientes, incomunicado por tierra y mar, regando con su sangre en tres sucesivos combates los picos de aquellas montañas.

Entre el monte *Negron* y las derivaciones de la sierra Bullones, que avanzando mas al Sur dentro del mar forman la gigantesca mole de Cabo Negro, se abre el valle de Zamir ó del *Azmir*, regado por el rio que los árabes llaman así y que en los siglos antes citados se llamó de *Capitanes*.

Las playas de *Zamir* y de Cabo Negro lamen en todo lo largo de la costa este valle, y en ellas se provisionó nuestro ejército de víveres y municiones durante los dias 11, 12 y 13 de enero.

El dia 13 pasó el ejército el rio Azmir por cerca de su desembocadura en el mar por dos puentes, el uno construido por la marina con botes de los buques, barricas y pipas, y el otro, admirable por su solidez, construido por los ingenieros con retamas, pequeños arbustos y arenas, únicos elementos de que podian disponer en aquellas playas.

Entre Cabo Negro y las derivaciones de la sierra de Bullones, que forman el cabo de Tetuan, se abre el estenso y hermoso valle en que se encuentra la ciudad del mismo nombre, por cuyas cercanías pasa

el *Guad-el-Jelú*, el Guadalajar, como le llaman otros, y el Martin como le llaman algunos, que á cuatro millas distante de ella desemboca en el Mediterráneo, aumentado el caudal de sus aguas por otros riachuelos que lo hacen navegable para buques de poco calado hasta una distancia de dos millas próximamente.

Tomadas á viva fuerza y despues de un reñido y sangriento combate, las alturas de *Cabo Negro* el dia 14, el ejército descendió el valle en los dias 15 y 16, posesionándose de la orilla izquierda del rio.

Estas ligeras noticias é indicaciones podrán servir al lector de norte para formarse una idea del terreno en que tuvieron lugar los hechos gloriosos que vamos á referir.

II.

La batalla de Castillejos.

Nuncio de victoria, el dia amaneció sereno y despejado.

Al romper el alba, emprendió la marcha sobre los *Castillejos* el general Prim con su division, los dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías, con encargo de tomar posicion y echar un puente en la desembocadura al mar de un riachuelo, al efecto de que pudiese pasar la artillería rodada.

Despues del general Prim, emprendió la marcha el conde de Lucena con el cuartel general, siguiéndole el segundo cuerpo con su comandante en jefe el general Zabala, quien, aunque enfermo, hizo un esfuerzo supremo para no abandonar el cuerpo de su mando en la arriesgada espedicion á que estaba destinado.

La division Prim se encontraba ya de seis á siete de la mañana fuera de las trincheras del tercer cuerpo, que era el que mas avanzado acampaba.

Teniéndose noticia de que fuerzas considerables enemigas se encontraban al frente, dispuso el general sus tropas para el combate, y continuó su marcha.

Las tropas marchaban con regularidad trepando el monte, y por cierto que es preciso decir que iban alegres como nunca. Llevaban en su corazon la esperanza, iban mandadas por Prim en quien el ejército vislumbraba ya al héroe de la campaña, y se hallaban convencidas de que les estaban aguardando nuevas victorias y triunfos.

A mas, todos sabian, y no era este poco consuelo, que el paso del *valle de los Castillejos* les abria un terreno mas despejado y fácil para sus movimientos que el accidentado y fregoso que hasta entonces habian ocupado. Los moros conocian de sobra que iban á perder todas las ventajas para los bruscos y atrevidos ataques que hasta entonces contra nuestras posiciones habian intentado; así es que resolvieron oponer con todas sus fuerzas una tenaz resistencia á la marcha del ejército español.

El enemigo habia observado el movimiento de las tropas desde los bosques que coronaban, y se notó en seguida mucha animacion y algazara, señal infalible en él de prepararse al combate.

En esto, el conde de Lucena recibió un aviso del general Echagüe advirtiéndole que, al hacer la descubierta desde el reducto *Isabel II* se habian visto en las alturas inmediatas muchos grupos de moros, y que seguian bajando otros, como si amagasen un ataque por aquel lado.

El general en jefe, no abrigando ningun temor por aquella parte, atendido lo fuerte de la posicion, y persuadido de que el enemigo se dirigiria contra los cuerpos que avanzaban viéndoles seguir su movimiento, dió órden al general Echagüe de que hiciese subir sus tropas á los reductos por si se verificaba el ataque amagado, y continuó marchando.

En el ínterin, las demás fuerzas enemigas acampadas en los elevados montes que dan frente á la costa y cierran por este lado el *valle de los Castillejos*, empezaron á descender en número considerable y ocuparon con su caballería y parte de la infantería el valle, corriéndose al mismo tiempo sobre nuestro flanco derecho y comenzando un vivísimo fuego con las guerrillas de flanqueo destacadas de la division Prim, vanguardia de nuestras tropas.

No contuvieron estas, sin embargo, su marcha. Antes por el contrario, protegidas por el vivo y certero fuego de las fuerzas sútiles,

y, á pesar de engrosarse continuamente las del enemigo, que siempre se veia obligado á retroceder, nuestros bravos soldados llegaron bien pronto á la llamada *punta del canto*, á cuya falda empieza el valle de los Castillejos, que era el punto marcado como término de la primera etapa del ejército.

Cada vez iba en aumento el número de moros, y los fuegos de las fuerzas sútiles que iban siguiendo desde la costa el movimiento de nuestras tropas, eran ya insuficientes para contener el arrojo del enemigo siempre mas hostil, siempre mas amenazador, siempre mas dispuesto á una tenaz resistencia.

En efecto, llegó el momento en que Prim conoció que era preciso pasar por encima de todo, y mientras la brigada Serrano del segundo cuerpo, con una batería de montaña, tomaba una posicion que flanqueaba el bosque ocupado por el enemigo, decidióse él á emprender las operaciones contra la *casa del Marabut*, en donde los moros tenian de avanzada una fuerza considerable.

El toque de corneta dió la voz de *alto* á las tropas del bizarro general, el cual, colocándose á su cabeza, rodeado de sus ayudantes, mandó preparar la batería contra el bosque enemigo, y destacó algunas fuerzas para atacar. Algunas palabras de aliento y resolucion se exhalaron de los labios del general, que fué victoreado por sus tropas, y al momento resonó por el espacio el toque electrizador de ataque, arrojándose todo el mundo hácia adelante.

La batería limpió el bosque de enemigos; *la casa del Marabut* fué tomada.

Mucho arrojo y mucha serenidad se demostró en este primer glorioso episodio de aquel dia, pero era nada aun para lo que quedaba que hacer.

Aquí debemos hacer mencion de un hecho que, si muy glorioso por lo atrevido para los oficiales y tripulaciones de las fuerzas sútiles, quisiéramos no ver repetido, segun palabras de un periódico autorizado (*la Gaceta militar*), en razon á las desagradables consecuencias á que pudiera haber dado lugar.

Cubiertos algunos moros por los *Castillejos*, donde debia sentar su real la division Prim, detenian con su certero fuego el descenso de nuestras tropas, causando en ellas algunas bajas. Visto esto por las tri-

pulaciones de las lanchas cañoneras, no pudieron contener su valor y su impaciencia, y al mando del comandante de las fuerzas sútiles, capitan de fragata D. Miguel Lobo, saltaron en tierra, y cargando denodadamente al enemigo, le pusieron en vergonzosa fuga, cooperando así á remover un obstáculo que indudablemente hubiera sido arrollado, como otros muchos, por las tropas de tierra, sin necesidad de exponer al ejército á verse privado del ausilio de las fuerzas sútiles, entonces tan indispensables por no haber hombres que sirvieran las piezas de á bordo.

Esto no obstante, el capitan Sr. Lobo, los oficiales de marina que le acompañaron, y los marineros, debe decirse en su obsequio, dieron una relevante muestra de su patriotismo y una prueba palpable de su valor y denuedo.

Al mismo tiempo que los marineros, descendian al llano los dos escuadrones de húsares que iban con Prim, y que pronto, á su vez, debian cubrirse de gloria.

Los moros fueron replegándose á una posicion que á tiro corto de fusil domina el *valle de los Castillejos*, reconcentrándose allí y aumentándose progresivamente con numerosos grupos de caballería y de infantería, que acudian en su ausilio, pareciendo brotar de la tierra por entre las cañadas y por las cumbres de los cerros.

Era preciso desalojarlos de ella.

El general en jefe encomendó esta operacion á Prim.

A ningun general podia encomendarse mejor semejante difícil operacion, dijo un periódico militar al dar cuenta de este combate, porque este, guerrillero por naturaleza, audaz y valiente, pundonoroso, pródigo de su sangre, y, finalmente, acostumbrado á la guerra de monte, conocedor de los ardides que prestan las sinuosidades de terrenos semejantes, habia cumplidamente de llevar á feliz término su importante cometido.

Al ver los moros que los nuestros se adelantaban hácia su posicion, comenzaron un fuego nutrido y horroroso, pero Prim, sereno en medio de las balas como puede estarlo en un salon de baile, prohibió que se les contestara con fuego alguno, hasta que estuvo á un cuarto de tiro de fusil, en cuya ocasion mandó una descarga é hizo resonar el toque de á la bayoneta.

Los soldados, obedientes á aquel toque, como el caballo á la espuela, lanzáronse como el rayo sobre la posicion.

Hubo una escena de destrozo y carnicería. La posicion fué rudamente defendida, pero, por lo mismo, fué heróicamente tomada.

Diez minutos duró esta escena de sangre, que concluyó con una nueva gloria para el soldado español.

Téngase muy en cuenta que ya era en esto la una de la tarde y que la division de Prim se batia desde las ocho de la mañana.

Y sin embargo, solo estaba al principio de su jornada de gloria.

Numerosas fuerzas marroquíes de caballería y de infantería habian vuelto á invadir parte del valle anteriormente ganado. Consecuentes en su táctica de huir y esconderse, avanzar y retroceder, se precipitaron de nuevo sobre un punto, ya por ellos abandonado, descendiendo á un tiempo de todos los cerros, bajando de todos los picos, saliendo de en medio de las cañadas, naciendo, si así puede decirse, de entre las rocas y grietas. Esto es lo que, segun parece, hizo esclamar entonces al general conde de Reus, acompañando estas palabras de una ligera sonrisa:

—Tóma! toma! aquí brotan moros como en mi tierra hongos.

Y dió órden á los dos escuadrones de húsares para que cargasen al enemigo.

Tuvo entonces lugar otro de los grandes y épicos episodios de esta jornada, que quedará en las páginas de nuestra historia como un título de indisputable honor para la nacion española.

La carga de aquellos dos escuadrones, dada con un arrojo y valentía imponderables, fué la señal de un nuevo glorioso combate.

Nuestros húsares cayeron con tal ímpetu y con tan estraordinario vigor sobre los enemigos, que atropellándoles y derribando con sus sables cuanto se les ponia por delante, se dejaron arrastrar de su bravura, llegando hasta penetrar en el campamento marroquí, fuertemente establecido en lo mas hondo del valle, encerrado entre escarpadas alturas.

Así fué como nuestra brillante caballería, lanzada contra los árabes que huian de todas partes, se empeñó en la cañada que conducia al campamento enemigo, cuya anchura en su final apenas permitia el paso de seis hombres de frente.

Lit. Vazquez R. 31

PEDRO MUR

apoderandose de una bandera.

Una vez allí, ya en el campamento, junto á las mismas tiendas, tuvieron que sufrir un horroroso fuego.

Su ardor les habia llevado en efecto demasiado allá.

Resguardados los árabes tras de sus tiendas y por los troncos de los apiñados árboles, rompieron un fuego nutrido y vivo, causando pérdidas de consideracion en las filas de nuestra caballería, y acabaron por cargar con todas las fuerzas sobre nuestros denodados ginetes, que, acosados de cerca por aquel mortífero fuego, se vieron precisados á batirse cuerpo á cuerpo, sin casi poder hacer uso de sus armas, y llegando algunos hasta el punto de tener que defender sus vidas agarrando por los cabellos á sus fieros enemigos y emprendiendo con ellos una lucha á puñetazos.

Los húsares hubieron de retroceder por fin dejando muchos muertos, entre ellos un oficial, y llevándose no pocos heridos, de cuyo número eran dos jefes que les mandaban, D. Juan Aldana y el marqués de Fuente Pelayo, pero en cambio de esto, regresaron á su campo sácios de gloria y llevando como trofeo una bandera enemiga.

¿Quién habia cogido esta bandera?

Un aragonés, un soldado llamado Pedro Mur, un hombre que, como un título de gloria, llevaba por una providencial casualidad, ese mismo nombre de Mur, célebre en los antiguos anales de la corona de Aragon, famoso en los fastos de Aragon y Cataluña por haberlo llevado, con una gloria que ha cruzado los siglos, hombres ilustres que lo hicieron brillar ostentosa y dignamente en encarnizados campos de batalla.

En lo mas rudo de la refriega un peloton de moros se batia con denuedo contra unos pocos húsares. Estos eran inferiores en número, pero eran españoles y se defendieron con serenidad y heroismo.

En aquel momento, un cabo se destaca de la línea en que se hallaba, y, como inspirado por una idea atrevida, hija de su patriotismo, da riendas á su caballo, aprieta la espuela y se lanza á carrera tendida sobre el peloton con el cual se baten denodadamente sus compañeros.

Este cabo se llama *Pedro Mur*.

Ha visto ondear el rojo estandarte árabe entre el peloton enemigo, y se lanza á él con la rapidez del águila sobre su presa.

Ha jurado en su interior que se hará dueño de aquel estandarte ó morirá en la demanda.

Llega al grupo enemigo sable en mano, ábrese un sangriento camino entre los moros, y traba una lucha encarnizada, cuerpo á cuerpo, con el que empuña el rojo pendon.

Esta lucha concluye con la muerte del árabe, y Pedro Mur, cubierto de sangre, vuelve á su puesto tremolando el trofeo tan admirablemente y victoriosamente conquistado.

Pedro Mur fué despues premiado por el general en jefe con la cruz laureada de San Fernando pensionada y el empleo de sargento.

Otro hecho notable tenia lugar casi al mismo tiempo que el que acabamos de referir.

Un teniente, el Sr. Abaurran, acababa de caer herido al lado de su caballo, acribillado de balas. Un moro lo iba arrastrando y luchaba para colocarlo á la grupa de su corcel.

Vióle el cabo Francisco Perez Navarro, y arrojóse sobre el enemigo, á fin de salvar á su teniente.

Entonces el árabe, viendo al soldado que se dirige contra él, abandona su empeño y huye.

Perez Navarro salvó de este modo la vida de su teniente, pero no se contentó con esto, sino que, aguijoneando su caballo, se lanzó á la carrera en persecucion del moro, en cuya espalda logró clavar el hierro de su lanza.

Al sentirse herido el moro, aprieta la carrera de su caballo, y se precipita en medio de su campamento, sin que cejase Perez Navarro en su empresa, pues que en el campamento enemigo se precipitó tras él, y logrando darle alcance entre las tiendas, acabó allí con la vida del fugitivo.

Iba á volverse terminada esta hazaña y satisfecho de haber vengado á su teniente, cuando se encontró el húsar rodeado de enemigos. Solo vió ante sus ojos un bosque de lucientes gumías amenazándole todas á un tiempo.

Perez Navarro en aquel momento supremo se hizo superior á sí mismo, repartió algunos sablazos á derecha é izquierda para abrirse paso, y en seguida, tendiéndose sobre el caballo y abrazándose á su cuello, partió como un rayo, atropellando á cuantos se

le oponian al paso y en medio de una verdadera lluvia de balas.

Dios quiso que bien pronto volviese á encontrarse sano y salvo entre los suyos.

Quince cazadores de Vergara, batallon que en esta campaña se ha portado con grande heroismo, siguieron á los húsares en su carrera, y estuvieron luchando cuerpo á cuerpo con los moros en su mismo campamento hasta que se retiraron con la caballería.

Dueño entretanto el general Prim de la altura que el general en jefe le habia ordenado tomar, distinguia perfectamente en el fondo del valle el estenso campamento enemigo. Paseó, pues, por él su mirada, y creyendo que era posible atacarlo y apoderarse de él, lo puso en conocimiento del conde de Lucena por medio de un ayudante que envió á su lado.

El general en jefe, desde el momento que recibió el aviso del general Prim, abandonó la *casa del Marabut* en donde se encontraba y se trasladó á la altura ocupada por aquel; previniendo antes al general García, que, á una señal convenida, partiera desde la *casa del Marabut* con siete batallones del segundo cuerpo y atacara el campo enemigo por el valle, mientras él propio lo ejecutaria con las fuerzas de Prim, desde la posicion que estas ocupaban.

Examinando detenidamente el conde de Lucena la posicion del campamento marroquí, desde la altura en que se hallaba Prim, creyó que la operacion de atacarlo y apoderarse de él no podia llevarse á cabo sin grandes pérdidas, y por lo mismo no quiso seguir el consejo del conde de Reus, y se volvió á la *casa del Marabut*.

Prim no hubiera vacilado un momento en hacerlo, á mandar él en jefe.

Solo Dios sabe el resultado que esto hubiera podido dar.

Reforzado el enemigo con los numerosos grupos dispersos, destacó de su campamento nuevas tropas de refresco.

La posicion de Prim era un poco crítica, cuando le llegaron en su ausilio dos batallones del regimiento de Córdoba, cuyos soldados, dispuestos para la marcha, estaban cargados con las mochilas.

Hízoselas dejar el conde de Reus sobre un pequeño cerro inmediato en donde se situaron dichos batallones, y continuó observando los movimientos del enemigo.

Estos se dirigian en gran número á desalojar las fuerzas nuestras de la altura en que estaban.

Prim, á pesar de las órdenes del general en jefe, que le habia mandado no moverse, salió al encuentro del enemigo, situándose en una altura desde donde podia maniobrar con mayor libertad, y desde donde podia protejer mejor y asegurar la posesion de la primera.

Las huestes moras siguieron avanzando, y trataron, al ver este movimiento del general, de cortarle la retirada por medio de una pequeña division, mientras con el grueso le presentaban la cara retándole á la lucha.

Un reto á Prim era seguro que habia de ser aceptado y que habia de serlo á muerte.

El conde de Reus aceptó y tomó la ofensiva.

Hecha la primera descarga y dignamente contestada, siguió por ambas partes un fuego vivo y nutrido. Hubo momento en que el ruido de la fusilería no dejaba apercibir el toque atronador de las cornetas, y que, en medio de la humareda, cruzaban los ayudantes del general sin ser vistos á cortísima distancia del enemigo.

Los moros fueron valientemente rechazados.

Sin embargo, con su tenacidad natural volvieron á la carga, estando el general Prim en la otra posicion, y dirigiendo desde ella el combate.

A pesar de la decision de nuestros soldados, los marroquíes, fuertes por su número, no solo resistieron las sacudidas de la tropa española, sino que se lanzaron entonces como una nube sobre nuestros batallones fatigados por la duracion de la lucha y por la pérdida de hombres, haciéndoles replegar de la posicion ocupada.

«¡Qué momento aquel! dice Nuñez de Arce, el celoso é ilustrado corresponsal de la *Iberia* que estaba con el general Prim. ¡Qué momento aquel! Los moros se precipitaban sobre nosotros con la violencia y el estrépito de una avalancha que rueda de lo alto de las cumbres, y era tal su frenético arrojo, que nuestras guerrillas los recibieron á pedradas sin que nada contuviera su ímpetu.»

El general Prim tiró de la espada, avanzó con dos batallones y recobró la posicion, regresando otra vez á la primera.

No por esto cesó el combate. Antes bien cada vez se hacia mas encarnizado, cada vez mas sangriento.

Lit. Vazquez R.ª 31.

PRIM EN CASTILLEJOS

Segunda vez volvieron los moros á apoderarse de aquella posicion; segunda vez, siempre con Prim al frente, volvieron á recobrarla los nuestros.

Los árabes estaban desesperados y peleaban con una tenacidad, de que nunca quizá habian dado tan relevante muestra.

Aquella posicion, ganada ya y perdida dos veces, tercera vez fué atacada por los marroquíes, tercera vez fué ocupada por ellos que en este último ataque lo rebasaron todo, llegando hasta el cerro en donde los batallones de Córdoba habian dejado sus mochilas y apoderándose tambien de este cerro.

El momento era crítico y solemne.

Nuestros soldados jadeantes, fatigados, exhaustos ya de fuerza, se veian envueltos por una espantosa y abrumadora muchedumbre, siempre creciente y siempre mas violenta en sus ataques y en su empuje.

La posicion disputada era un cerro que dominaba todos los inmediatos hasta la playa. Perdida, los moros podian despedazar el cuerpo de ejército del general Prim, ya bastante quebrantado, y la gloria de la jornada pertenecia entonces á los árabes por completo.

Es fama que Prim posee el talento de dominar los grandes peligros, y que su golpe de vista no le abandona jamás.

Arrojó una mirada á su alrededor, hízose cargo de lo crítico de la situacion, y en tan solemne momento, arrancando la bandera de Córdoba de manos del oficial que la llevaba, y volviéndose á los soldados, les dijo con la admirable elocuencia que le prestó la sublimidad del peligro y con voz ronca por el coraje y la fatiga:

«¡Soldados, adelante! El que dé un paso atrás, maldecido sea de la patria que le dió el ser. En las mochilas que allí quedan abandonadas está vuestro honor. Venid á recobrarlo, y si no, yo voy á morir entre los moros y á dejar en su poder vuestra bandera. ¡Viva España! ¡Viva la reina!»

Dijo, y picando espuelas á su caballo, sin volver la vista atrás, sin cuidarse de si le seguian, se metió denodadamente por entre las apiñadas filas de moros tremolando en alto la bandera.

Detrás de él se precipitaron tambien al grito de *¡viva la reina!* las tropas entusiasmadas, ciegas, dispuestas á morir con su general ó á vencer con él.

Cedamos un momento la palabra á Nuñez de Arce para que nos esplique lo que pasó entonces.

«El espectáculo que en aquel momento ofrecia el campo, dice, no puede esplicarse: se siente y se admira. Los mas valientes, los que primero habian respondido á la voz del conde de Reus, cayeron acribillados á balazos; la bandera está agujereada y rota por mil partes; el caballo del general herido. Aquello era la boca del infierno; las balas silbaban á millares en un reducido espacio, y rodaban por donde quiera cristianos y moros, revueltos y confundidos. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo, y despues de una resistencia desesperada, casi heróica, los marroquíes tuvieron que abandonar el campo, y el regimiento de Córdoba recobró con sus mochilas su bandera, que será de hoy mas un monumento histórico, un título de gloria para los valientes que la salvaron.

«¿Cómo vive todavía el general Prim? preguntarán Vds.—continúa diciendo Nuñez de Arce en su carta á los redactores de la *Iberia*.—Esto mismo me pregunto yo, sin que sepa como esplicarme el hecho de haber el conde de Reus salido ileso de aquel diluvio de balas, de aquel choque tremendo de sables y gumías, yendo como iba á caballo y llevando desplegada una bandera; circunstancias que debian atraer necesariamente sobre él la atencion de los enemigos. Hay ocasiones en que debe creerse en milagros, y esta es una.»

III.

La accion de Castillejos contada por Prim.

Interrumpimos por un momento nuestra relacion para poner en este lugar una carta escrita por el conde de Reus á un amigo suyo refiriéndole lo que los periódicos llamaron entonces con mucha oportunidad el heróico *episodio de las mochilas*.

Hé aquí la carta, en lo que se refiere al hecho:

«Las posiciones, dice, se mantuvieron solamente por las fuerzas de mi division hasta la una de la tarde; en esta hora me llegaron dos ba-

tallones de Córdoba, y les mandé dejar las mochilas, pues con tal peso no es posible que el soldado se bata: esto fué lo que dos horas despues me obligó á hacer lo que hice.

»A las tres, los moros, habiendo reconcentrado todas sus fuerzas, cargaron tantos y tan furiosos, que nos hicieron perder la posicion mas elevada: me hallaba yo en la segunda; tiré de la espada, avancé con dos batallones, y la posicion se volvió á recobrar, regresando yo á la de antes. Llegan moros de refresco, embisten furiosamente otra vez, y los mios vense obligados á retroceder, llegando á donde yo estaba algo arremolinados; allí estaban las mochilas del regimiento de Córdoba; cien pasos mas de retirada, y se las llevan los moros.

»En momento tan supremo, cojo la bandera de este regimiento, les dirijo cuatro palabras con toda la energía de mi corazon, llamo á mis valientes, los que quedaban del Príncipe y de Vergara, y nos lanzamos espada en mano sobre el enemigo, que le teníamos tan encima, que nuestros soldados, por no entretenerse á cargar, no hacian uso sino de la bayoneta. Lo que allí pasó no se puede esplicar. ¡Moros y españoles mezclados, y en cruz bayonetas y yataganes! Momento terrible! pero mis soldados van subiendo; los mas bravos siguen á su general abanderado, y al grito de *¡viva la reina!* y *¡viva España!* vencimos por última vez aquel dia; los moros huyen, y el estandarte castellano ondea definitivamente en la posicion tres veces conquistada.»

IV.

Mas detalles.

Cuando el general Zabala, que llegando con cuatro batallones, se lanzó con su acostumbrado denuedo al enemigo, y uniendo sus esfuerzos á los del general Prim, compartir quiso su gloria, ya fué tarde, puede decirse.

Y sin embargo, Zabala y los suyos llegaron aun á tiempo para batirse y para batirse bien, pues que tuvieron hasta cerca de 300 hom-

bres de baja, siendo heridos dos ayudantes de Zabala, al lado del mismo general.

En el valle se hallaba el general en jefe cuando el enemigo avanzó para renovar la lucha, segun queda esplicado, y conociendo desde luego sus designios, marchó á donde estaba el general Prim haciendo que le siguieran á la carrera los dos batallones de la Princesa con el brigadier Hediger, jefe de la segunda brigada de la segunda division del segundo cuerpo, y que el general García, con los batallones de Navarra y Chiclana, al mando del general D. Enrique Odonell, subiera al mismo tiempo por la derecha á proteger aquel flanco.

Cuando el general en jefe llegó al sitio del combate, el momento decisivo habia pasado, y al amagar una carga con el cuartel general y su escolta, el enemigo acabó de retirarse.

Los batallones de Vergara, Príncipe, Cuenca y Luchana, que iban con el general Prim, habian quemado hasta el último cartucho, y estaban cansados de la tenaz lucha que durante todo el dia habian tenido que sostener.

El general en jefe dispuso que fuesen relevados en las posiciones que ocupaban por la primera division del segundo cuerpo, y que se retiraran á la que los ingenieros acababan de atrincherar ligeramente bajo el fuego enemigo.

Los moros, al abrigo de los bosques y de las rocas, continuaron haciendo fuego con bastante intensidad hasta cerrar la noche.

El general en jefe dispuso entonces que el general Prim quedase con sus tropas en la posicion atrincherada, que durante el dia habia sido teatro de tan sangrientas escenas, y que las del segundo cuerpo bajasen á su campo.

Tal fué la gloriosa batalla de Castillejos que, amedrentando al enemigo, hizo mas fácil el camino de Tetuan á nuestro ejército.

Catorce batallones, dos escuadrones y tres baterías, de las cuales dos eran de montaña, fueron las fuerzas que tomaron parte en el combate. Nuestras pérdidas consistieron en un brigadier, 13 jefes, 55 oficiales y 481 individuos de tropa heridos: 7 oficiales y 63 individuos de tropa muertos.

Muley Abbas, hermano del emperador y generalísimo de sus ejér-

citos y su segundo el gobernador de Tetuan, bajaron á mandar el ejército enemigo despues de mediodia.

Les hicimos 5 prisioneros, los cuales dijeron que sus fuerzas se elevaban á 40,000 hombres. El número parece muy exajerado, pero de fijo no bajaron de 20,000 los moros que aquel dia entraron en accion.

Sus pérdidas pudieron calcularse, sin incurrir en error, en 2,000 hombres.

Solo en el campo de batalla dejaron sobre unos 300 cadáveres.

Entre los muertos habia un moro de gran distincion, cuyo armamento se quedó el general Prim. Llevaba un cinturon de seda con brillantes y muchas monedas de oro y plata, que el conde de Reus regaló al general en jefe.

Los prisioneros que se cogieron estaban todos heridos. Uno de ellos, que despues se supo que se llamaba Saled y era alcaide de Larache, llevaba una cabellera muy larga y el pelo rizado, de tal manera que los soldados decian que era una mujer. Estaba herido en el hombro derecho de un balazo que le fracturó la articulacion.

Los que le vieron dicen de él que es un jóven moreno, de barba negra y escasa, de hermosos ojos y vivísima mirada. Su fisonomía regular y agradable, revela inteligencia y audacia.

Uno de los prisioneros tuvo que sufrir la amputacion de un brazo.

El general en jefe del ejército dispuso que el estandarte árabe cogido en la refriega fuese enviado á S. M. la reina, y dándole noticia de esto, mandó el siguiente parte telegráfico al ministro interino de la guerra:

«En la brillante y arrojada carga que el dia 1.° dieron los dos escuadrones de húsares de la Princesa en el valle de los Castillejos, arrollando cuanto encontraron hasta penetrar en el campamento marroquí, el cabo Pedro Mur cogió el estandarte de la caballería mora, matando al que lo llevaba. Este estandarte lo mando, por medio del comandante general de Ceuta al gobernador de Alicante, á fin de que con un oficial de la guarnicion lo dirija á V. E. rogándole lo ponga á los piés de la reina nuestra señora como un homenaje de su ejército de Africa, ganado con gloria y salpicado con abundante y generosa sangre de sus soldados.»

V.

Hechos particulares.

Se han referido varios hechos notables de la accion de Castillejos, y los periódicos insertaron una porcion de ellos, algunos de los cuales no fueron confirmados mas adelante.

Nosotros referiremos aquí varios de los que se han dado como verdaderos, ratificándose en ellos los periódicos ó las correspondencias particulares.

Cuando ya la accion se terminaba, pero en ocasion en que el fuego era todavía vivísimo, el general conde de Lucena se adelantó á las primeras guerrillas de la reserva, convertida como ya sabemos en cuerpo de vanguardia. Odonell llevaba la espada desnuda en la mano y con elocuentes palabras infundia nuevo aliento á los soldados, esponiéndose al fuego enemigo, cada vez entonces mas nutrido y acertado.

Fué tanto lo que avanzó, que el general Prim hubo de detenerle en su camino, diciéndole amistosamente, pero oponiéndose con resolucion á su marcha:

—Mi general, aquí mando yo y no le permito á V. pasar adelante.

El conde de Lucena comprendió la razon que asistia al general Prim, y se retiró prudentemente, no lejos del peligro, pero sí á donde no pudiera tan fácilmente llegar una bala y comprometer con una catástrofe la suerte del ejército.

Entre los despojos recogidos en el campo de batalla, hallóse sobre un moro muerto un rosario de cuentas gordas, sin dieces, varias monedas y una carta en que se le trataba con mucha consideracion y respeto, llamándole jeque, y pidiendo para él y sus hijos la bendicion del Dios clemente y misericordioso.

Una carta particular dijo que un oficial de húsares debió su salvacion al retrato de su novia que llevaba en el pecho, y cuyo medallon contuvo la violencia de la bala, siendo esto causa de que solo fuese levemente herido.

En la accion de este dia se pudo observar que algunos ginetes árabes llevaban un lazo á imitacion de los indios de la América del Sur. Consiste este lazo en una cuerda hecha de cáñamo basto, del grueso de un dedo, y de 7 á 8 varas de largo.

En uno de los cabos hay un ojal que sirve para hacer un nudo corredizo, y el otro remata en un gancho de hierro que, á caballo, se asegura en la perilla de la silla, y, á pié, sirve de punto de apoyo.

Este lazo que es mas peculiar á la caballería que á la infantería, tiene dos objetos: el uno es coger al adversario para arrastrarle fuera del alcance del fuego y decapitarle á mansalva, saboreando la fiesta; el otro es sacar del campo de batalla los compañeros muertos ó heridos para sepultarlos ó curarlos.

Despues de arrojar su lazo, sale á escape el ginete árabe, llevándose por peñascos y breñas al infeliz prisionero, medio ahogado y terriblemente destrozado.

Una carta particular describió de esta manera la brillante carga dada por los húsares de la Princesa.

«Los dos escuadrones, dice, cargaron con tanto ardor y entusiasmo á la voz de *¡Viva la reina!* que llegaron al campamento enemigo. Encima de las tiendas quedaron muertos los tenientes Salvadores y Herrera: el primero mató tres moros, siendo al fin víctima de su arrojo, como muchos del escuadron; los dos comandantes están heridos, y el teniente coronel, el capitan Perez Valledor y Abaurrea, el cual debe la vida á Mathé, que se portó como un valiente, reuniendo á su seccion en medio de un fuego que los diezmaba y salvando á los heridos.

»Paulino Córdoba cayó con su caballo hecho un lio, y Salazar lo salvó, montándolo á la grupa de un húsar; el caballo se escapó á los

moros; á Valledor le mataron el caballo, y se libró de buena; acudieron cinco húsares y lo salvaron, despues de haberle quitado los moros todo lo que pudieron.

»Falta tiempo para describiros uno por uno los rasgos de valor y espíritu de cuerpo que hemos visto, y creo lo conocereis al saber que ni con un solo herido se han quedado los moros.

»Caballos hubo 20 muertos y 32 heridos.

»Los hombres que tuvimos fuera de combate fueron entre todos 52.»

El bravo teniente de húsares D. Carlos Abaurran, salvado de una muerte segura, por el arrojo del cabo primero Francisco Perez Navarro señaló á su salvador una pension, y además, le ofreció su casa para cuando hubiere cumplido los años de servicio que le faltan.

Hallándose el comandante Ruiz, que lo es de un batallon de la Princesa, haciendo una advertencia al capitan de la compañía de cazadores Sr. Buchon, sintió dar una bala entre este y el corneta Juan García. Llamando la atencion al indicado capitan, observaron habia herido en el costado al dicho corneta. En el acto el jefe ordenó que se le condujera al hospital de sangre, lo cual hubo de hacerse con sentimiento del corneta, que se dolia de haber sido herido sin tener el gusto de disparar su carabina. Sin embargo, á la media hora volvió á aparecer Juan García muy alegre, y dirigiéndose á su comandante, le dijo:

—Ya me han sacado la bala; es poca cosa; estoy curado y vuelvo á mi puesto.

El corresponsal de un periódico de Barcelona dijo refiriéndose á este combate.

«He visto algunos soldados muertos con la cabeza cortada y otros mutilados; esto sucede siempre que nuestros soldados tienen que retroceder, aunque sea un trecho muy corto. En volviendo la espalda parece que los moros brotan de debajo de tierra.

»Las tropas se han batido con la bizarría de costumbre, algunas veces con demasiada quizá para la clase de enemigo con el cual tienen que combatir. Los moros se baten mal en terreno descubierto, abandonan con muy poca defensa posiciones inespugnables. Cuando se defienden en los bosques, aguardan á los soldados á quema-ropa, hacen su descarga, que es siempre mortífera, porque, á mas de ser bien dirigida, cargan las espingardas con balines y pedazos de hierro, y desaparecen por entre los matorrales con su ligereza salvaje. Si alguno queda cortado, no se defiende, sino que se cruza de brazos y se deja matar. Son enemigos terribles y audaces hasta lo increible cuando hay que volverles la espalda, siquiera sea para retirar cien pasos, ó bien cuando intentan un golpe contra un punto poco defendido.»

La gran baja de oficiales que el ejército sufrió en esta accion, hizo espresarse en estos términos á la *Gaceta Militar:*

«Fijos nuestros ojos en el cuadro de los cuerpos que han tomado parte en el combate, y de las pérdidas sufridas, nos dice una voz secreta cuan heróica ha sido la conducta de nuestros oficiales. Siete regimientos de infantería, tres batallones de cazadores, un regimiento de artillería, uno de húsares y el Estado Mayor aparecen con bajas, y los totales ponen en evidencia una verdad que, notada ya en diferentes acciones, ha venido á tomar un carácter alarmante en la del dia 1.° Setenta y seis oficiales han quedado fuera de combate entre un total de 500 bajas; es decir, cerca de 20 por 100 de la pérdida, cuando corresponden á la tropa del 3 al 4 por 100 de oficiales. Regimiento ha habido que sufrió la baja de 18 de estos, cuerpo que tiene heridos todos sus jefes, y cuadro de caballería y artillería, cuya mayoría de oficiales ha sido tambien baja.

En este dia el jóven escritor D. Pedro Antonio de Alarcon, de quien hemos hablado con el debido elogio, recibió la siguiente carta de su general, á consecuencia de haber sido contuso en la accion del dia anterior:

31 *de Diciembre.*

«Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon:

»Querido amigo mio: La última balaj'de ayer fué para V.: como era de noche, no pude cerciorarme al pronto de si estaba V. herido ó contuso: el ruido del golpe me indicaba ser lo segundo, pero el temor nacido del afecto que profeso á V. me tuvo inquieto hasta que me avisaron del hospital de sangre su estado de V.

»Los moros tiraban ya al mundo cuando dieron á V. en la carne, y esto revela que la espone V. á todas horas como soldado que aprecia

El general Ros de Olano. »

VI.

La calma despues de la tempestad.

Como de costumbre despues de un dia de combate, el 2 transcurrió sin novedad.

Los cuerpos de ejército de los generales Prim y Zabala colocados en las posiciones avanzadas, conquistadas en la víspera, quedaron acampadas en ellas para que las tropas descansaran de las fatigas de una batalla tan sangrienta y desesperada como la del dia anterior.

Aquel dia era el memorable aniversario del triunfo de las armas de Castilla sobre la morisma de Granada, dia solemne para los españoles, dia de triste recordacion para los moros.

Trescientos sesenta y ocho años hacia que Fernando de Aragon é Isabel de Castilla habian humillado la soberbia de Boabdil, arrancándole esa hermosa Granada, prenda cara de los árabes, centro de sus placeres y de sus triunfos.

Como si los moros, recordando dia para ellos tan siniestro, trataran de ocultar su vergüenza delante de nuestras armas, ni uno de ellos se dejó ver en todo el dia. La llanura y el monte parecian vastos desiertos en donde ni una voz, ni un disparo, ni el canto de un pája-

ro turbaron la soledad y el silencio de aquel dia al parecer de luto para el africano suelo.

Por otra parte el tiempo era primaveral. El cielo estaba azul y resplandeciente, el sol era espléndido y lo bañaba todo con sus rayos de oro, las brisas de la mar eran frescas y perfumadas.

La naturaleza parecia toda vestir de gala como para celebrar la victoria alcanzada la víspera por los españoles.

A las diez se recibió un parte que daba el vigia del Hacho anunciando que al frente de nuestro ejército se veia un grupo de unos 12,000 moros de infantería y caballería con unos 2,000 bagajes. Añadia el vigia que esto le hacia presumir que los moros que se habian batido el dia anterior, habian levantado el campo para trasladarlo á otro punto en la direccion de Tetuan.

Al recibirse este aviso en el campamento, tomáronse algunas disposiciones preventivas. Tendiéronse fuerzas en guerrilla, apoyadas por cinco batallones en masa á distancia conveniente para ausiliarse en caso necesario, en tanto que patrullaban por el frente de esta infantería algunos batallones de caballería.

Esto no obstante, nada sucedió y bien pronto se supo por parte del mismo vigia del Hacho que los moros habian efectivamente levantado su campamento, añadiendo que habia visto pasar unas 1,000 camillas en direccion á Tetuan, que seguramente llevaban los heridos de la accion del dia anterior.

Finalmente, mas tarde se supo que los moros habian trasladado su campamento á Monte Negron, un poco mas hácia Ceuta de la montaña de Cabo Negro, sobre el camino de Tetuan.

Se dió órden al brigadier Makena para que con cuatro escuadrones practicase un reconocimiento en direcion de Tetuan, lo cual efectuó adelantándose hasta legua y media de nuestro campamento sin ser inquietado.

Nuestro ejército quedó acampado en la orilla del mar en la disposicion siguiente: un cuerpo á unos tres cuartos de hora mas allá del rio del valle de Castillejos tocando á la llanuva. A retaguardia de este cuerpo estaba situado el cuartel general al pié de una pequeña casita junto á la playa. A la parte de acá del riachuelo toda la division de caballería con la mayor parte de la artillería de montaña y rodada. De-

trás otro cuerpo de ejército ocupando las vertientes meridionales de unas colinas, y á la derecha, por la parte de la montaña, otro cuerpo acampado en las mismas posiciones tomadas el dia anterior.

En los reductos del *Serrallo* quedó una brigada, habiendo bajado la otra á reforzar el ejército.

Los batallones establecidos á vanguardia y sobre el flanco derecho, atrincheraron sus posiciones, únicas por donde podia aparecer el enemigo.

La mayor parte de la escuadra y todas las fuerzas sútiles de la marina estaban fondeadas delante de los Castillejos dispuestas á marchar á la altura de las tropas y protegerlas con sus fuegos, siempre que se presentase ocasion.

«He ido á inspeccionar por mí mismo—dijo con fecha de este dia un corresponsal de la *crónica de la guerra*,—el campo de batalla de nuestro ejército en el dia de ayer. He llegado hasta el *Castillejo* donde está acampada la caballería, y he visto allí un edificio de construccion árabe, todo en ruinas. Dentro he visto hasta un ciento de ladrillos refractarios, con la marca de una fábrica inglesa. Tambien he visto un molino de hierro con muela de granito y unas planchas de hierro, que me han parecido de un horno ó cocina de campaña. Mas allá hay otra casita mas pequeña, cubierta aun, y donde se ven los estragos causados el dia anterior por los proyectiles lanzados por nuestras lanchas cañoneras.»

El tercer cuerpo al mando de Ros de Olano levantó su campo en este dia y fué á acampar á tres leguas de Ceuta.

En una carta particular fechada en el campamento de los Castillejos, leimos los siguientes bellos párrafos, que no podemos resistir á la tentacion de publicar, sintiendo no poder citar el nombre de su autor por sernos desconocido.

Dicen así:

«Se ha aclimatado entre las tropas un canto de victoria y de esperanza, triste como el canto de un amante enviado al través de las montañas y de las olas bramadoras al hogar sagrado de la patria, tierno como el suspiro de un niño y sublime como una plegaria: canto que nadie ha compuesto, que no resiste, es verdad, á la crítica de un purista, pero que encierra toda la grandeza de un sentimiento y toda la magnitud de una heróica situacion.

»Así es un himno guerrero, como una balada misteriosa; así es un recuerdo de amor, como un voto religioso. Ha brotado en medio de los campamentos como una flor; se ha formado por sí mismo como un diamante de una lágrima del cielo; nadie se lo ha enseñado, nadie há sido el primero en cantarlo, y, sin embargo, todos lo saben, todos lo entonan á un compás, y en todos los labios es igualmente armonioso y sublime.

»El dia 2 semejante canto pobló constantemente el espacio. Los moros debieron oirlo clara y distintamente, y tal vez se figurarian oir los salmos del pueblo de Israel dando gracias á su Dios por las victorias conseguidas contra los ejércitos de Faraon. Ese canto, esa epopeya mística, cayó por fin al espirar la tarde, al ocultarse el sol detrás de una cordillera de montes que á lo lejos se divisaba como una nube de escarlata, como una valla de transparente coral.

»Entonces cesó la armonía del canto para dar paso á las armonías de la noche; se ocultó el sol detrás de los montes para que la luna, enorme y resplandeciente, se alzara majestuosa como un globo de fuego del fondo de las olas azuladas del Mediterráneo. El grito de *alerta* de los centinelas, que mas que la voz de un hombre parecia allí la cantinela del mirlo de nuestros bosques, principió á oirse sin interrupcion, y un cerco de bayonetas como otras tantas luciérnagas del campo, veíanse resplandecer sobre los montes vecinos y en el fondo de los campamentos.

»La noche se pasó sosegada y tranquila, pero con el ojo avizor como la liebre temerosa de la emboscada, ó como el cazador alerta al menor ruido de las hojas que le indiquen el rastro de la serpiente.»

LAS ALTURAS DE LA CONDESA.

I.

Ningun acontecimiento notable señaló tampoco el dia 3.

Al primer albor del dia, un agudo toque de corneta resonó por el espacio, cuyo toque fué contestado en el acto por el de otras muchas cornetas.

Era la diana del campamento.

Nadie, como no la haya sentido, conoce la intensa emocion que causa el toque de diana en la vasta llanura de un campamento, sobre todo cuando este campamento se halla en tierra estranjera, en país enemigo, entre rocas, montes y peñas, cada cima de las cuales puede verse coronada en un momento por una muchedumbre hostil.

Las cornetas de caballería sobre todo producen un efecto singular: su sonido tiene algo de terrorífico, y la menor de sus notas parece preceder al degüello: así es que, al derrumbarse por las concavidades del terreno, y al rodar de eco en eco, yéndose á perder á lo lejos sus sones cada vez mas lejanos, mas lúgubres, mas imponentes, parecian el recuerdo de la trompeta del ángel del Señor sobre los muros de Jericó.

Despues del toque de diana, se dió la órden de levantar el campo de la division del general Prim á fin de que pasase á posesionarse del punto llamado *Los tres cantos*, sobre la playa, y á la boca misma de un temible desfiladero.

Igual órden recibió el del general Zabala, pero debiendo colocarse un poco mas atrás.

Tambien el general Ros de Olano levantó su campo, y, cruzando los *Castillejos*, se trasladó á formar la línea, colocándose á retaguardia por el lado de la derecha, en una colina entre los *Castillejos* y los *Tres cantos*.

Hé aquí una descripcion, que de seguro agradará á nuestros lectores, sobre el modo de levantar el campo.

Todo se verifica á la voz de corneta. Cuando se da la órden de desmontar las tiendas, ya todos los soldados se hallan con los morrales á la espalda y ataviados para la marcha.

Tres soldados al rededor de cada tienda y frente por frente de cada uno de los grandes palos que sostienen la lona, se hallan aguardando los toques que marcan el órden de la operacion. Al primer golpe de corneta todas las tiendas bambolean como movidas por un igual resorte: los palos se hallan ya fuera de sus quicios. Al segundo golpe de corneta se replegan sobre su base. Al tercero se humillan todas las tiendas como le sucede á un campo de doradas mieses al impulso de un recio vendabal, y dos minutos despues cada soldado lleva sobre sí mismo la parte que le corresponde.

Entonces se forman en batalla y á la voz de *¡marchen!* abandonan el terreno que queda surcado por líneas iguales.

Un momento despues aquel trecho, antes tan poblado y alegre, queda desierto y triste como un cementerio.

Solo de noche acuden allí el buho y los cuervos á devorar los desperdicios que tal vez encuentran apetitosos, hartos de la carne de los cadáveres de que acostumbran á estar llenos las cercanías de los campamentos.

Las tiendas levantadas no se colocaron el dia 3 en el lugar de los *Tres cantos* é inmediaciones, hasta muy entrada la tarde, porque el tiempo seguia siendo apacible y hermoso.

Aquella noche la mayor parte de los soldados prefirieron pasarla al aire libre ó contemplando desde el interior de sus tiendas el manso oleaje del mar que resonaba murmurante á sus piés como el canto de una madre junto á la cuna de un niño.

Por la mañana encalló en una roca de la playa de Castillejos el

vapor *Tajo* que llevaba cargamento de vino, y por la tarde estaba descargando mientras que el *Negrito* se acercaba á prestarle ausilio para ver si podria arrastrarlo.

Aunque á costa de muchos trabajos consiguieron por fin ponerle á flote.

El dia anterior habia sucedido una gran desgracia lamentable en la bahía de Algeciras.

Al hacer un saludo la fragata *Princesa de Asturias*, uno de los cañones, cuya granada por un descuido casi imperdonable se habia dejado dentro, atravesó de parte á parte el casco de la *Villa de Bilbao*, hiriéndole siete hombres de la tripulacion, de los cuales murieron dos.

II.

El ejército adelanta.

El 4 llevó el ejército su campamento una legua y media mas adelante, situándose en las alturas llamadas *de la Condesa* sobre el valle que precede al Monte Negron.

Los moros retiraron su campamento como una legua del punto en que fué visto el dia anterior, sobre el camino que por las montañas conduce á Tetuan.

A mediodia todos los cuerpos estaban en movimiento, y al comenzar su marcha, se encontró el ejército en un terreno espacioso, cubierto de matorral espeso y de poca altura. Los barrancos fueron reconocidos como poco profundos y fáciles de atravesar.

Marchaban á vanguardia guerrillas de esploradores de caballería ligera; seguian detrás otras de infantería con su reserva.

El tercer cuerpo desfilaba paralelamente por cuatro puntos, con el fondo doblado, porque los matorrales no dejaban marchar en columna. Á la derecha, por la cordillera que sigue la orilla de un barranco paralelo al mar, iban las guerrillas apoyadas por reservas interiores. Despues iban las acémilas, la artillería y la caballería, que de cuando

en cuando formaba en columna. Seguia luego el segundo cuerpo marchando en columnas paralelas.

Al llegar el tercer cuerpo á las *alturas de la Condesa*, que dominan el rio *Manuel*, segun nosotros, ó *Mnuel*, segun los árabes, se encontró en frente de un valle delicioso y cultivado en parte.

Á una legua de distancia, y perfectamente al alcance de la vista, se hallaba el campamento moro sobre un cerro. Parecia una ciudad, y se calculó que podia tener sobre 800 ó 1000 tiendas. Estaban tan cerca, que indudablemente desde él debia verse el nuestro pudiendo tambien oir nuestras músicas de diana.

Hasta el punto en que acampó el tercer cuerpo llegaba la carretera, que el general en jefe dió órden de continuar por la costa al dia siguiente, salvando con puentes las lagunas próximas.

Prim fué el destinado tambien á proteger estos trabajos.

El ejército pudo tomar buenas posiciones en terreno despejado sin que el enemigo le molestara, á pesar de que se presentaron como 2,000 caballos y otros tantos infantes, que, sin embargo, no se aproximaron á tiro hasta media tarde.

Entonces el tercer cuerpo formó una línea de masas de batallon á unos veinte pasos de distancia, y cada batallon desplegó á su frente una compañía en guerrilla con su reserva. A la derecha guerrillas de infantería y caballería cubrian el claro que habia entre el segundo y tercer cuerpo. De este modo el ejército, cuya izquierda se apoyaba en el mar, donde habia fondeados varios vapores y cañoneras, dejaba en el centro un vasto espacio para los trenes y acémilas.

Empeñóse un combate de tiradores presentándose los moros como á retar á nuestras tropas para que saliesen de sus trincheras, al efecto de llevarlos á una emboscada en donde tenian mas de 500 caballos.

El conde de Lucena debió adivinarlo porque mandó echar algunas granadas á un valle oculto, y se vió entonces á los ginetes salir huyendo, con grande algazara de nuestras tropas.

Continuó el tiroteo bastante vivo y nutrido, pero cerca del anochecer fueron reforzadas nuestras guerrillas y se les hicieron á los moros algunos disparos de artillería, que contribuyeron á su retirada y á acallar sus fuegos.

Tuvimos el coronel Ulibarri y un oficial heridos, diez y siete soldados tambien heridos y cinco muertos.

Para acabar de comprender lo audaces y atrevidos que son los moros, citaremos un hecho que ocurrió al anochecer de este dia en el *Serrallo*.

Un árabe se decidió á bajar por una cañada, atravesando á rastras la línea de reductos. Escondido detrás de unas matas, disparó contra un carabinero de á caballo que pasaba, y despues de cortarle la cabeza, desapareció con ella y con el caballo.

El general García, jefe del Estado Mayor general, hizo por la tarde un reconocimiento por la orilla del mar hasta el monte Negron, al efecto de facilitar al general en jefe datos suficientes para emprender los trabajos del siguiente dia.

Cuando el general llegaba á un punto muy cubierto de matorral, por delante del cual acababa de pasar sin notar nada la escolta, el ayudante vió asomar por entre la maleza dos cañones de espingarda dirigidos al general.

El ayudante no tuvo mas tiempo que el de dar un grito, diciendo:

—¡Mi general!

Volvióse el general García de repente creyendo que sucedia algo, á la voz azorada de su ayudante, y al hacer este movimiento, su caballo recibió dos balazos, echando á correr los moros y desapareciendo entre las matas, por entre las cuales se escabulleron y escondieron como lagartos.

Los cuerpos que sostuvieron la accion de este dia fueron los batallones de cazadores de Ciudad Rodrigo y Segorbe y el batallon de Zamora.

III.

Noticias y observaciones.

Los hechos que acabamos de citar relativos al general García y á la muerte de un carabinero, nos obligan á interrumpir momentánea-

mente nuestro relato, á fin de copiar algunas noticias, sacadas de diversos escritores y viajeros, que de seguro interesarán á los lectores para que puedan tener un verdadero conocimiento de nuestros enemigos de África.

Esceptuando los terrenos montañosos, como los que están al frente de Ceuta, el Riff, y otras provincias del interior, el hombre en Marruecos empieza á montar á caballo al salir de su infancia. Se le confia para sus ensayos de equitacion el cuidado de los potros, en los cuales se encarama para ir á guardar los rebaños.

Tan pronto como tiene la fuerza suficiente para manejarlo, se le da un fusil, y colocado ya en la categoría de hombre, sus ocupaciones se reducen á sembrar la tierra y á pelear con las tribus vecinas. Nada de estraño que con esta educacion tenga el árabe del campo todas las condiciones necesarias para la guerra de emboscadas y de sorpresas.

El árabe es, pues, robusto, activo, valiente y sufrido. Su primer empuje, sobre todo, es temible.

Lo mismo que los actores en escena exajeran sus gestos para producir mas efecto; los árabes al acometer agitan sus armas, lanzan gritos salvajes, y, al estilo de los héroes de Homero, tratan de asustar desde lejos á sus adversarios.

Pasado este primer arranque, calmado el entusiasmo del primer ímpetu, el árabe, si encuentra resistencia, desmaya fácilmente y huye diciendo para tranquilidad de su conciencia: *¡Dios lo quiere! Así estaba escrito.*

El mayor gozo del árabe es el de quemar pólvora, ya en funciones de guerra, ya en diversiones particulares. Por esta razon sufre con serenidad el fuego á distancia, pero no resiste al arma blanca, mas por falta de organizacion que por falta de ánimo. Como sus esfuerzos son individuales y carecen de concierto, los movimientos convergentes le atemorizan y deciden al momento su derrota.

La mejor táctica para pelear con árabes es evitar el tiroteo á largas distancias, reservar el fuego en órden concentrado para rechazar la acometida cuando á ella se atrevan, y buscar la victoria con la punta de la bayoneta ó del sable en momento oportuno.

La caballería monta caballos enteros de poca alzada, pero ágiles y duros para la fatiga. Las yeguas se reservan para la monta; el pienso se

compone generalmente de paja y cebada, beben una sola vez al dia; no tienen herraduras, á no ser los caballos de los jefes, que suelen ir herrados de las manos.

El árabe no limpia nunca su caballo, sino echándole agua cuando lo lleva al abrevadero. Lo deja, de noche como de dia, espuesto á la intemperie y atado por una mano á los piquetes de las tiendas. Pasados los seis años de edad, no se le cortan al caballo las colas ni las crines.

La silla es de madera forrada de cuero y con cordones muy levantados como los que usan los picadores; así es que va el ginete encajonado en su montura, llevando los estribos muy cortos. Para proteger el lomo se colocan debajo de la silla una ó dos mantas plegadas, pero, á pesar de esta precaucion, la mayor parte de los caballos están matados.

El caballo árabe es dócil, conoce la voz del amo y raras veces se defiende ó cocea.

Las armas del ginete, como se sabe, son el fusil ó la gumía. Algunos, además, llevan pistolas y puñales colocados en un ancho cinturon. Llevan el fusil ó espingarda á la espalda ó en la mano, segun están de camino ó prontos al combate, y lo manejan á manera de maza con gran facilidad.

Tienen en sus fiestas, y forman parte de ellas—pues de no ser así no fueran fiestas completas,—unos juegos ó ejercicios militares, á que ya se acostumbran desde niños, y que recuerdan el elegante ejercicio del *djerid* de los orientales; solo que, en lugar de lanzar diestramente una ligera caña, como hacen los mamelucos junto á los muros de Constantinopla, los berberiscos y habitantes de Marruecos se sirven de la espingarda, la que disparan en medio de una violenta carrera, que solo interrumpen para cargar de nuevo el arma.

Las circunstancias que acompañan á estos juegos, son muy pintorescas. Los ginetes, casi en pié sobre sus corceles á causa de lo corto de los estribos van blandiendo sus largas espingardas y despidiendo agudos gritos. Páranse luego de repente en lo mas veloz de su carrera para disparar, pero el éxito no es en todos el mismo; unos vuelcan, y hasta se dejan caer á veces los mismos caballos á causa de lo tirante de los frenos, pero otros jugadores mas diestros se preparan de nuevo á otra prueba.

Los fusilazos, los *espingardazos*, pásesenos el término, lo mismo que la música son continuos; de modo que no hay fiesta por sencilla que sea, que no vaya acompañada de este doble accesorio.

Nada tiene, pues, de estraño que estos hábitos y costumbres, estos juegos en los que se ocupan desde la infancia, hagan á los ginetes árabes arriesgados y temerarios, seguros como están de su caballo y de su puntería.

Hé aquí porque en la accion del 4, que acabamos de referir, un corresponsal no pudo menos de admirarse al ver que algunos ginetes árabes venian de cuando en cuando á disparar sus espingardas cerca de nuestras guerrillas, retirándose en seguida con la velocidad del rayo. Es precisamente lo que les enseñan sus continuos ejercicios, lo que aprenden á hacer en sus juegos y en sus fiestas.

Nuestro paisano D. Domingo Badia, conocido y famoso con el nombre de el príncipe *Ali Bey el Abbassi*, del que nos ocuparemos en esta obra, dice en sus viajes por Marruecos:

«En las guerras de África para nada casi se cuentan los infantes, y los príncipes no valúan sus fuerzas sino por el número de caballos. Segun este principio, los moros procuran adquirir toda la posible destreza en la equitacion. En Tánjer se ejercitan por la orilla del mar haciendo carreras de caballos sobre la arena húmeda de la baja marea. Tan continuos ejercicios los hacen diestrísimos ginetes. La silla que usan es muy pesada y los arzones escesivamente altos. Dos cinchas muy apretadas pasan oblicuamente por debajo de los hijares y el vientre del caballo. Montan con estribos muy cortos, y sus espuelas se componen de dos puntas de hierro largas de ocho pulgadas. Con semejante equipaje y un bocado durísimo martirizan á los pobres caballos, de modo que se ve frecuentemente brotar la sangre por sus hijares y su boca.

»Una sola maniobra forma aquellos ejercicios militares. Tres ó cuatro ó mas ginetes parten á la vez dando grandes gritos, y al aproximarse al término de la carrera, disparan su fusil en desórden. A veces corre uno tras otro, siempre gritando, y cuando está á punto de alcanzarle, le dispara el fusil entre las piernas del caballo.»

El oficial francés llamado A. de Francia, que estuvo cinco meses prisionero entre los moros, dice de ellos:

«Cuanto tienen la fuerza suficiente para manejar una escopeta, sin necesidad de cumplir un determinado número de años, los niños pasan á la clase de hombres, y no tienen otra ocupacion que la de sembrar y guerrear. El primer signo distintivo del carácter árabe consiste en sus gustos, en sus inclinaciones por el oficio de las armas, desdeñando todo otro. Su vida es una prolongada hostilidad, una lucha perpetua. Emboscadas, asaltos, marchas, batallas: hé aquí las primeras imágenes que se ofrecen á los ojos del niño; y las emociones que esperimenta su corazon, al presenciar estos aventurados, terribles y animados espectáculos, son demasiado profundas para que las olvide fácilmente.»

A todas estas noticias del carácter del árabe, que nos dan veraces historiadores, hombres que han vivido entre ellos mas ó menos tiempo, y que, por consiguiente, han tenido ocasion de conocerles, hay que añadir que el árabe de los bosques es un salvaje á quien la idea de Dios le hace buscar con frecuencia la muerte y la recompensa del paraíso por medio del asesinato que prepara con la mayor sangre fria, tratándose de un enemigo.

Así pues, movidos por un resorte poderoso, por el fanatismo religioso, que en ellos llega hasta lo mas culminante, los árabes aguardan en acecho debajo de una mata, entre las hojas de un árbol, tirados al suelo junto á un barranco, enroscados como la serpiente entre dos rocas, el paso del enemigo, para descargar sus armas ó lanzarse sobre él como una pantera. No les importan las horas que pasan en una posicion incómoda ó violenta. No les importa tampoco el número de enemigos. Si pueden herir á mansalva y caer sobre uno solo, lo harán con igual encarnizamiento que contra un ejército. No piensan en su vida; solo anhelan prodigar su muerte. Y para ellos el morir matando cristianos equivale á ir via recta á su paraíso, donde les esperan voluptuosas huries para ofrecerles las delicias de una vida eterna, que ha de transcurrir entre los deleites eternos de mágicos y resplandecientes jardines.

Asi pues, en la guerra con esos hombres son muy frecuentes los hechos de que acabamos de hacer mencion, lo mismo que el que vamos á contar, acaecido en aquel mismo dia y poco mas ó menos á la hora en que el general García se libraba milagrosamente de una emboscada.

Al pasar una pequeña vanguardia de cinco hombres, que iban de esploradores, por entre dos grandes matas de juncales, uno de nuestros soldados oyó un sordo ruido como el que produce una serpiente al arrastrarse sobre la yerba seca de un bosque. Hízolo notar á sus compañeros, paráronse de repente los cinco, levantaron el martillete de sus fusiles, y escucharon.

El ruido cesó un momento para volver á oirse en seguida, pero nada vieron.

Uno de ellos apartó con su bayoneta la rama de un árbol que le interceptaba un pequeño claro entre los juncales, y de repente sonó una detonacion á cuatro pasos de los soldados.

El que acababa de separar con su bayoneta la rama del árbol, habia sido herido en la mano.

Los cuatro restantes dispararon sus fusiles sobre la nube de humo que habia producido el disparo del enemigo, pero en vano. Al estampido de sus fusiles contestó un grito salvaje de alegría lanzado por un árabe, y casi al mismo tiempo se oyó el ruido de agua como el que produce en cuerpo humano al lanzarse en ella. Pocos momentos despues se oyó el mismo grito á gran distancia y por la parte opuesta del lago.

Tales son los enemigos con quienes combaten hoy en África nuestros hermanos.

IV.

Perspectiva—Enfermedad de Zabala.

Ya hemos dicho que el sitio donde estableció su campamento nuestro ejército el dia 4 de enero, es el conocido por las *Alturas de la condesa*.

El panorama que se ofrecia á los ojos de nuestros soldados desde aquellas alturas era á un tiempo mismo triste y risueño.

Mar, playa, valle, monte, yermo y bosque, todo lo descubrian de una sola ojeada, menos la tierra de la amada patria, que, á lo mas, se les presentaba como una nube azul en los lejanos horizontes.

Desde las *Alturas de la condesa*, el mar se estiende al Norte; al Este se eleva una vasta cordillera de montañas; al Oeste se ven las olas tumultuosas del Océano, y al Sud están los desiertos ardientes de Sahara. Los valles llenos de ondulaciones y quebradas, algunos de ellos sembrados de maiz y los demás de trigo y cebada; el monte cerrado y oscuro como una negruzca cortina estendida en el fondo de una risueña perspectiva; los yermos ostentando una tierra amarilla surcada por grandes venas de granito y pizarra; y finalmente, el bosque seco y sombrío, circuido en sus márgenes de grandes cañadas y espesísimos juncales, tal es el cuadro que desde allí se ofrece á la mirada del observador.

En la noche del 4 hubo de ofrecer, sin embargo, otro espectáculo á la vista del campamento: el incendio de los bosques del pié de Sierra Bullones y del boquete de Anghera.

Despues de anochecido, y antes de la hora de retreta, algunos cañonazos dirigieron sus fuegos curvos sobre aquellos bosques que luego despues ardian como si un volcan hubiese estallado en su seno. El chisporroteo de las resinas se oia á gran distancia, produciendo un rumor siniestro, igual al ruido de hondos y prolongados truenos; la llama subia hasta las nubes ó bajaba rastreando por las laderas propagando el incendio. Por fin, el humo, á grandes bocanadas, interceptaba de cuando en cuando el espectáculo, hasta que una ráfaga de viento despejaba el espacio para presentar el panorama mas sorprendente y asolador á la luz rojiza del incendio.

El general en jefe dispuso que el general García se encargase interinamente del mando del segundo cuerpo por haber tenido que retirarse Zabala á Ceuta.

Ya sabemos que, enfermo como se hallaba, habia querido el dia 1.° montar á caballo para compartir con sus hermanos de armas la gloria que pudiesen obtener en su marcha al valle de Castillejos; sabemos mas; sabemos que en efecto compartió esta gloria.

En el instante en que el conde de Reus echaba su vida en la balanza á fin de inclinar á nuestro lado la victoria, el conde de Paredes, viendo la crítica posicion de su amigo el general Prim , quiso correr

en su ausilio y, para llegar antes, le fué preciso atravesar una cañada interpuesta entre sus posiciones y las de Prim.

Aquella cañada estaba precisamente defendida por un gran número de enemigos. Ni un momento, sin embargo, titubeó Zabala. Con una intrepidez, digna de él, al frente de su estado mayor, al frente de sus tropas, siguió adelante, arrojó á los moros de la buena posicion que ocupaban, é impidió de este modo que se corriesen por la cañada y envolviesen á Prim que tremolaba en aquel momento la vencedora bandera del regimiento de Córdoba en el cerro, gracias á su bravura reconquistado.

Zabala relevó luego á Prim y continuó batiéndose hasta la noche.

Ahora bien, cuando los moros se hubieron pronunciado en retirada, cuando todo hubo concluido, Zabala fué á echar pié á tierra, pero no pudo.

Sintióse como clavado en la silla.

El movimiento que hizo para desmontar, le arrancó un gesto y un grito de dolor.

Estaba baldado.

Imposibilitado de valerse de sus piernas, al dia siguiente hubo de abandonar el campo y ser trasladado á Ceuta.

V.

Sucesos del 5.

Durante todo este dia ambos campamentos continuaron ocupando las mismas posiciones.

La intencion del general en jefe era la de pasar el rio *Manuel* y las formidables lagunas, de que hemos hablado al hacer la descripcion tepográfica del terreno, pero esto necesitaba sus preparativos.

Por su parte, las tropas enemigas, posesionadas de las alturas que rodean el valle, ansiaban la hora de caer sobre el ejército con esperanzas de sepultarlo en las lagunas, y, con objeto de atraerle, le en-

viaban sus balas muertas, disparando á larga distancia sus espingardas. Sus intentos habian de salirles fallidos: el ejército no habia de ir á desalojarles de las alturas.

Nuestro ejército quedó en este dia incomunicado con Ceuta, por tierra á lo menos; primeramente por haberlo dispuesto así el general en jefe á consecuencia de algunos hechos aislados, y luego porque diversos grupos de moros se corrieron hasta la playa, bajando á los valles donde cuatro dias antes estaban nuestros campamentos.

El dia antes habia sido asesinado un cantinero que iba al campamento, pudiéndose salvar milagrosamente un paisano que con él iba; en este dia se encontró por la mañana en el camino el cadáver de un soldado que iba ó venia.

A pesar de los fuertes construidos en la cordillera, el camino por tierra no podia ofrecer seguridad ninguna, pues los moros, fieles á sus tradiciones y á sus hábitos, se bajaban escondidos y á rastras, si era preciso, por el fondo de los barrancos para estar esperando un dia entero, sin pestañear, detrás de una mata al infeliz que acertaba á pasar solo, y asesinarle con toda seguridad y sin misericordia.

Por la mañana se habia visto tambien salir un grupo de 200 á 300 moros del boquete de Anghera, que iban á reunirse con los demás de su campamento pasando por la sierra. Vióse á muchos de ellos separarse de los demás y bajar á recorrer el sitio donde estuviera el campamento del tercer cuerpo, llevándose algunos cajones y barriles vacíos que habian quedado abandonados en la playa.

En cambio de los hechos que acabamos de referir, tuvo lugar otro que merece citarse.

Una de nuestras avanzadas vió este dia por la tarde que corria hácia ella una vaca descarriada del campamento enemigo, y seguida por un moro, dos niños y un negro. El animal avanzó demasiado, y el moro con su comitiva paró su carrera.

Entonces el oficial que mandaba la avanzada se adelantó y le hizo señas para que sin temor ninguno recogiese su res y marchara con ella á su campamento. Receló el moro por algunos momentos, pero de repente, penetrado de la verdad con que el oficial le invitaba, dió la espingarda al negro, se acercó á la res y se volvió con ella, espresando su agradecimiento con mil zalamerías que hacian él y los niños.

Hé aquí el parte que desde las *Alturas de la condesa* mandó este dia al gobierno el general en jefe:

«Hoy no ha habido novedad. El enemigo no ha hecho movimiento alguno. Mañana el general García, por ausencia del general Zabala, pasará con el segundo cuerpo á la izquierda del monte Negron á proteger los trabajos de dos malos pasos que hay en el camino. El tercer cuerpo, la division de reserva y la caballería permanecerán en sus posiciones, á no ser que el enemigo me decidiese á variar de plan.» ¡

EN EL MONTE NEGRON.

I.

Paso de los desfiladeros.

Mucho antes de que amaneciera el dia 6, un cañonazo disparado por uno de los vapores de la escuadra hizo señal al segundo cuerpo para ponerse sobre las armas.

Ya hemos dicho que lo mandaba el general García, á causa de la enfermedad del general Zabala.

La brigada de vanguardia al mando del brigadier Serrano empezó el movimiento, al mismo tiempo que se amagaba un ataque al enemigo. Este, confiado en que se le iria á atacar en sus posiciones, se quedó á retaguardia de la derecha, permitiendo de este modo que se tomaran por nuestro ejército posiciones formidables sin ninguna resistencia.

«Es verdaderamente pasmoso, escribia al gobierno el general en jefe á las cinco de la tarde de aquel dia, que las posiciones que hemos tomado no nos hayan costado un sangriento combate.»

A las cuatro de la mañana el segundo cuerpo habia emprendido el movimiento de pasar el desfiladero entre las lagunas y el mar, y fué á posesionarse de las crestas del monte para proteger el paso del resto del ejército. Constituido el segundo cuerpo en semejantes posiciones, quedaron en poder de nuestras tropas tres sierras enlazadas entre sí por pequeñas ondulaciones que forma el terreno. La una de ellas

dominando la playa y por lo mismo la laguna y estenso arenal que habia que atravesar, y las otras dos impedian al enemigo acercarse, so pena de sufrir un terrible escarmiento.

De esta manera pudo pasar todo nuestro ejército sin dificultad y al propio tiempo todo el inmenso tren de diferentes clases que le acompañaba.

Al caer los moros en la cuenta de la operacion que se les jugaba, trataron de oponerse á ella, pero ya era tarde. Trabóse entonces un fuego de tiradores poco vivo de cresta á cresta de las posiciones, pero sin mas pérdidas por nuestra parte que un muerto y tres heridos.

El movimiento tuvo todo el éxito feliz que podia esperarse.

Nuestras tropas fijaron aquel dia su real en el Monte Negron.

II.

Un paso mas.

Las descubiertas se hicieron el dia 7, sin observar otra cosa que la de haber levantado su campo el enemigo, sin duda para continuar su movimiento paralelo al nuestro.

Así que los clarines y bandas de tambores y músicas hubieron roto la diana, se presentó en el campo el general de la armada, Bustillos, con quien conferenció el conde de Lucena respecto á las operaciones.

A consecuencia de esta entrevista de los dos generales, Bustillos volvióse á bordo y dispuso que el vapor *Piles* partiese para Algeciras con órden al comandante del navío de embarcar la division Rios en los vapores que allí tenia y que le enviaba al efecto, con mas el *Isabel II.* y el *Santa Isabel*, que los escoltarian recibiendo tropas si necesario fuese.

Estaba dada ya la órden para que nuestro ejército se pusiese en marcha, y apenas lo efectuó empezó á llover con furia, declarándose un tan furioso temporal de Levante, que obligó á zarpar á todos los

buques que seguian los movimientos del ejército, dejándole incomunicado por mar.

A pesar de esto y de la lluvia, merced á los eficaces esfuerzos de los ingenieros y artilleros, la marcha continuó hasta situar el campamento en las alturas que dominan al rio Zamir, Azmir, Gualdaquivir ó Capilanes, que con todos estos nombres es conocido.

A la una de la tarde se presentaron algunos grupos de moros por las alturas que se enlazaban hácia el O. con nuestro campo, pero en seguida el general Prim, que habia pasado ya á mandar el segundo cuerpo, tomando Rubin de Celis el mando del de Prim, dispuso que algunos batallones ocupasen las posiciones avanzadas de nuestro campamento, quedando las restantes fuerzas del segundo cuerpo sobre las armas y dispuestas á acudir donde necesario fuese.

El enemigo rompió el fuego con su acostumbrado desórden, presentándose siempre en grupos aislados mas ó menos numerosos. Nuestras guerrillas contestaron con éxito, pero viendo que el fuego iba adquiriendo bastante intensidad por ambas partes, el general en jefe mandó lanzar algunas granadas por las baterías que se hallaban ya en posicion, cuyo efecto acabó de contener á los moros, que se retiraron al anochecer sin haber vuelto á pisar las posiciones que invadieron al principio y de las que fueron rechazados por nuestras tropas, las cuales se replegaron con buen órden á nuestro campamento.

Consistieron nuestras pérdidas en 1 soldado muerto, 2 oficiales y 28 soldados heridos y 1 oficial y 7 individuos contusos.

Tuvo lugar un hecho que fué referido del siguiente modo en una carta particular:

«Desde que pasamos de Ceuta, dice el que escribe, las escenas de la vida doméstica pertenecian para nosotros á la esfera de los recuerdos, pero así que hemos ido dejando atrás esos montes regados de sangre, ya el hogar, siquiera sea pobre ó desamparado, ha ido apareciendo á nuestros ojos. Por aquí ya se ven algunas miserables chozas rodeadas de tierras cultivadas, pero sus pobres moradores las han abandonado á nuestra aproximacion.

»En una de esas chocitas fueron sorprendidos por nuestros soldados dos niños que dormian apaciblemente en tanto que su madre an-

daba por los montes cuidando algun ganado á fin de ganarse su sustento y el de sus tiernos niños. Al despertar estos y encontrarse con nuestros soldados, se asustaron y trataron de esconderse, pero una caricia bastó para tranquilizarnos y aun para que se hicieran amigos de los soldados.

»Cuando su madre asomó por las crestas inmediatas, y vió su choza invadida por los cristianos, no huyó, á pesar de la terrible idea que los moros tienen de nuestra humanidad: acudió valerosa á donde estaban sus hijos, pidiendo con la elocuencia de las lágrimas que no se los arrebatasen ni les diesen muerte. El general Odonell, ante quien fueron conducidos sin hacerles daño alguno la mora y sus inocentes hijos, mandó ponerlos en libertad y aun dulcificó su miseria con una gratificacion. La pobre mujer iba llorando de agradecimiento y de alegría, y yo tambien sentí húmedos mis ojos al presenciar esta escena.»

Tambien tuvo lugar en este dia otro hecho, de un género á fé muy distinto y que dió lugar á muchos comentarios.

Por la mañana se presentó en una de las avanzadas de la division de Prim un hombre vestido con poncho y pantalon de húsar, se acercó á un caballo, llamó á un ordenanza, le mandó que le tuviese el estribo, montó y partió.

En esto, dos soldados que le miraban atentamente, conocieron que era moro, y fueron á detenerle. Entonces el fugitivo sacó de debajo del poncho una gumía para defenderse en su carrera. Dispararon sus carabinas ambos soldados, y el moro cayó al suelo atravesado de dos balazos.

Las *crónicas del ejército* cuentan esta anécdota, que tiene por cierto mucho de estraña, cuando no de increible.

III.

Tres dias de tempestad.

Ya hemos dicho que al ponerse en marcha nuestro ejército el dia 9

comenzó á llover copiosamente. Nuestros valientes viéronse asaltados y entorpecidos, no por la resistencia del enemigo, sino por una espantosa tempestad, por la furia de los elementos desencadenados.

Tres dias de horrible angustia hubo de pasar nuestro ejército, perdido en los áridos picos del Negron, incomunicado por tierra y por mar, sufriendo los torrentes de agua que se desgajaban de las nubes y las furias del huracan que destrozaban los débiles abrigos de la tienda de campaña.

Al sobrevenir la tempestad, al soplar el levante, todos los buques que á poca distancia de la costa seguian al ejército, se hicieron á la mar buscando un abrigo, como un vuelo de paviotas que se dispersan fugitivas al oir el disparo del cazador.

Al caer de la tarde del 7 comenzó á arreciar la tormenta y á llover de tal manera y con abundancia tal, que los habitantes de Ceuta no recordaban haber visto cosa parecida.

El horizonte estaba cerrado y oscuro, la lluvia caia á torrentes, el viento soplaba con desusada furia y sin igual violencia, el mar mugia y levantaba gigantescas olas... Parecia que era llegado el fin del mundo.

Todo el mundo estaba alarmado en Ceuta.

Y no era el motivo de la alarma por los buques que se estrellaban en la playa, por los restos de naufragios que veian arrastrar por las olas, por las casas que se hundian en el interior de la ciudad, por los invadidos del cólera que eran en gran número, no; su alarma era por la suerte del ejército.

Todos en medio de aquel desecho temporal que no cesaba, que se iba prolongando un dia tras otro, todos pensaban en los pobres defensores de la patria que estaban en la sierra del Negron sufriendo toda la cólera y violencia de los elementos sin mas abrigo que un miserable techo de tela, eso aun aquellos á quienes el huracan no hiciese pedazos su tienda esparramándola en harapos por los barrancos y abismos de la montaña.

La ansiedad y la angustia eran cada dia mas crecientes en Ceuta.

A pesar de la lluvia y del viento, todos subian á lo alto de las casas para examinar el horizonte, para, con la ayuda de buenos anteojos, fijar la vista en el Negron y tratar de descubrir las tiendas de los defensores de la patria...

Imposible.

La cerrazon era completa en el horizonte.

Durante tres dias no se vió á veinte pasos de diferencia otra cosa que una masa sombría é impenetrable.

Entonces todos se daban parte de sus temores, todos se comunicaban sus recelos, todos se participaban sus inquietudes y zozobras.

—¿Qué harán? decian unos.

—Retrocederán quizá, contestaban otros, se vendrán á Ceuta.

—Nunca. Antes de que tal piense Odonell, será preciso que todos, uno tras otro, queden tendidos en la playa.

—Los marinos dicen que tienen víveres para cinco dias.

—Temporales de esta clase ha habido que han llegado á durar ocho dias. ¿Tienen cinco raciones? ¿Y qué son cinco raciones? El agua lo avería é inutiliza todo. Con cinco raciones tendrán apenas para tres dias.

—Odonell enviará una division en busca de víveres.

—En primer lugar esta division tendrá que abrirse paso por entre los árabes que invaden ahora los lugares que ayer ocupaban nuestros soldados. Derramarán su sangre, saldrán vencedores, llegarán aquí.... y ¿qué víveres podremos darles nosotros? ¿No están todos á bordo de los buques, que andan ahora esparramados y que han ido en su mayoría á buscar un abrigo en Algeciras ó en Gibraltar? Los víveres que aquí tenemos, ¿no son los que necesitamos para la division de Echagüe que está en el Serrallo, para esa gran division de enfermos y heridos de que tenemos llenas casas y hospitales?

—¿Y cómo lo harán en el campamento con los enfermos que de fijo irán en aumento con el temporal y con las humedades?

—Y si tienen que batirse, ¿qué harán de los heridos no teniendo buques á donde transportarlos?

—Los tendrán que tener allí á la intemperie casi, bajo una tienda que chorreará agua por todas partes, sobre un colchon que nadará en los charcos.

—¡Es horroroso!

Tales eran poco mas ó menos las conversaciones que tenian lugar en Ceuta.

Y entretanto, ¿qué hacian en el campamento?

¿Qué hacian?

Leed lo que escribia un oficial y que nos apresuramos á copiar de una carta que se nos ha facilitado.

La carta tiene la fecha del 9 y habla de como pasaron la noche del 8.

«Una estensa capa plomiza cerraba de lobreguez y tinieblas los horizontes. Primeramente se dejó oir el trueno mezclado con el granizo. Despues empezó á llover á torrentes, como si se hubiesen abierto á un tiempo todas las cataratas del cielo.

»Las avanzadas del campamento sin una tienda, sin un árbol donde guarecerse, parecian á lo lejos una sucesion de negruzcas rocas engastadas en la tierra arcillosa de las montañas: solo de cuando en cuando las bayonetas de los fusiles, á la luz del relámpago, brillaban por sus movimientos, como si fuesen otras tantas luciérnagas del campo. Pero el grueso de las divisiones que se hallaba guarecido debajo sus tiendas de campaña, ofrecia otro espectáculo diverso. Cada soldado procuraba arroparse del mejor modo posible, porque el frio, que se habia hecho mas intenso á medida de la proximidad del huracan, era ya inaguantable cuando el granizo principió á caer en profusion.

»El que hubiese podido contemplar con los ojos del espíritu aquel cuadro, hubiera sin duda sentido una terrible impresion. Dentro de las tiendas se veian apagar y encender sucesivamente las velas, las lámparas y las teas. Una bayoneta clavada por la punta en el suelo sirve de candelabro para aquella iluminacion, tres guijarros hacen las veces de chimenea, donde chisporrotean los troncos recinosos, y unos vasos de metal suplen la lámpara cuartelaria. El rostro de los que se guarecian debajo de las tiendas tenia algo de siniestro en unos para otros. Trémulo el resplandor de las luces, y apagadas de vez en cuando al rebufar el aire debajo de la débil lona de las tiendas, parecia que hasta la tierra bamboleaba. ¡Qué noche!

»Y sin embargo, era nada. A las tres horas de aguacero, las camas de hierro iban empotrándose en el lodo estableciéndose en ellas un desnivel que hacia imposible el descanso del cuerpo: á los que se hallaban tendidos sobre el jergon y la manta les era imposible resistir el vaho y la humedad de la tierra; aun mas, al cambiar de lugar en busca de un alivio se encontraban que con el peso del cuerpo habian

producido un charco de agua debajo del jergon como sucede en la orilla del mar al hacer un hoyo en la arena.

»Cuando cesaba por un momento el estrépito del huracan, se oia el ruido del mar que habia ido ensoberbeciéndose rápidamente, oyéndose tan de cerca, que no parecia sino que se estrellaba á nuestros propios piés.

»La noche de ayer fué cruel, espantosa. En vano contra sus rigores trataron los jefes de dar todas las disposiciones que su pericia y prudencia les sugerian. Solo lograron, si así puede decirse, sufrir ellos mas que nadie la rudeza de aquel terrible combate.

»¿Quién logró conciliar el sueño en aquella triste noche, cuando los que no se hallaban en el campo raso recuerdan con horror sus estragos? Me han dicho posteriormente que la ciudad de Ceuta temblaba como si la agitase un viento subterráneo.

»A medida que iba avanzando la noche, parecia que la tempestad se iba cebando mas y mas contra el campamento: todos esperábamos la hora del alba como el náufrago espera ver la luz, una estrella de salvacion. Pero en vano; los primeros albores de la mañana aparecieron en medio de una cerrazon completa, sin menguar la lluvia, sin cesar el viento, sin sosegarse la mar, que principiaba á divisarse turbia como un lago de lodo, revuelta como un ancho sumidero. Los buques que se hallaban á poca distancia de la playa habian desaparecido. ¿Los habian tragado las olas? No; aprovechando la propia direccion del huracan han ido á guarecerse á los puertos mas inmediatos. El ejército se halla incomunicado por mar y tierra.

»¿Quién habia de imaginar que, despues de tantas horas de un desahogo tan terrible de la naturaleza, esta habia de persistir en sus furores? Cuanto mas recio es un temporal, es menos duradero; cuanto mas brama el mar, mas pronto enmudece; cuanto mas el agua de las nubes desciende á torrentes, mas pronto el arco iris asoma en el firmamento; por lo menos así sucede en nuestros climas.

»Sin embargo, aquí es lo contrario. Lo peor de todo es que escaseamos de víveres. Estamos hoy á media racion. Dícese que mañana el general Prim irá con una columna á Ceuta en busca de víveres.

»Nuestra posicion es muy crítica. Las horas van transcurriendo unas tras otras, lentas como las de la agonía: el viento y la lluvia

continuan sin dar señales de desvanecerse y la mar no decrece.

»¡Qué será de nosotros, Dios mio!»

Hasta aquí la carta.

El 8, aprovechando unos instantes en que cesó de llover, los moros se presentaron frente á nuestro campamento en una estensa línea de grupos muy considerables, con ademan de embestirnos, pero se alejaron á consecuencia de algunos disparos de artillería y del fuego de nuestras guerrillas que dieron buena cuenta de ellos, porque venia mucha gente á caballo.

Nuestra pérdida consistió en un soldado muerto y algunos heridos.

El mismo dia por la mañana, continuando el desecho temporal de agua y viento, el general en jefe recibió aviso de haber varado en la playa la goleta *Rosalia*. Inmediatamente envió al general Rubin con un batallon para socorrerla, y se recogió la tripulacion, que fué ausiliada, llevándola al campamento. Ningun socorro fué posible prestar al buque por el estado en que se hallaba.

No fué esta sola la pérdida de nuestra marina en tan desecho temporal.

Mientras sucedia el percance mencionado á la goleta *Rosalia*, en las playas de Algeciras se perdian el vapor *Santa Isabel*, nueve cañoneras y tres faluchos.

Los elementos se declaraban decididamente nuestros mas implacables enemigos.

El dia 9 al anochecer, en medio de la tempestad que no calmaba, hubo consejo de generales en la tienda del conde de Lucena. Comenzaban á escasear las provisiones, podia el temporal prolongarse, y se necesitaba salir á toda costa de aquella angustiosa situacion.

Quedó, pues, decidido que al apuntar el dia marcharian todas las acémilas á Ceuta en busca de raciones. Prim con algunos batallones y la caballería á la ligera fué el encargado de llevar á cabo esta operacion.

Difícil y peligrosa era la mision que se le encomendaba, pero ¿á quién mejor que á él podia confiarse?

Por lo demás, la empresa era arriesgada y temible por otra parte.

El enemigo, que era mucho superior en número, podia apercibirse del movimiento operado en nuestro campo, y entonces podia dividirse

en dos grandes masas, aguardar con la una sobre algun desfiladero á la division del bizarro Prim y oponerse con la otra á cualquier movimiento que tratase de operar el cuartel general.

La suerte del infortunado D. Sebastian aguardaba entonces á Odonell.

Los buques no estaban allí para recoger á los nuestros en caso de un descalabro.

Sin embargo, era preciso exponerlo todo, arriesgarse á todo.

Quedó, pues, decidido que si durante la noche del 9 al 10 no llegaban socorros de Ceuta, el animoso Prim se pondria en marcha al amanecer.

Fácil es que nuestros lectores se imaginen la ansiedad con que se pasó aquella terrible y angustiosa noche. La tempestad lejos de menguar, parecia crecer: el estado mayor de Prim se iba disponiendo, y se comunicaron á los jefes de los cuerpos elegidos las órdenes necesarias.

Todo el ejército pudo pues enterarse de lo precario de su situacion, y aquella noche nadie durmió en el campamento. Todos escuchaban, abatidos, con religioso silencio, el ruido del viento y de la lluvia, haciéndose muy á menudo la ilusion de que cesaba.

A la una de la madrugada el viento parecia ser menos intenso y la lluvia caia mas mansa y sosegada, pero mucho antes de amanecer el toque de diana dió la señal á las tropas de la division Prim para ponerse sobre las armas. Los cuerpos designados para marchar, acudieron á formarse en medio de las tinieblas y entre una fuerte revenida de lluvia y de huracan.

La primera luz del dia fué á sorprender al general en jefe en una altura, donde hacia ya mas de una hora que se hallaba, con el anteojo en la mano, esperando con febril impaciencia que clarease el alba para interrogar el horizonte y tender su mirada por la vasta llanura del mar.

Nada, no vió nada.

Odonell aquel dia paseando su mirada por el espacio en busca de un buque, debió esperimentar algo de lo que sintió Colon cuando fijaba sus ojos en el horizonte buscando un punto que le indicara tierra.

El conde de Lucena dió la señal de marcha.

Prim montó entonces á caballo y subió á la altura en donde se hallaba el general en jefe para tomar sus últimas órdenes. Permaneció un momento á su lado viendo desfilar parte de su division, y luego se despidió de él para ir á alcanzar la cabeza de la columna y ponerse al frente de los suyos.

Era su lugar: el primero siempre en el camino del peligro.

La division se puso en marcha.

La retaguardia estaba solo á un tiro de fusil del campamento, cuando Odonell, que no cesaba de interrogar el espacio con la ayuda de su anteojo vió que el mar se habia calmado bastante, y sobre todo el humo de un buque de vapor que se aproximaba á la costa.

No pudo contener un movimiento de alegría.

Ya no era, pues, necesario el sacrificio.

Inmediatamente envió una órden á Prim para que retrocediese.

«No pueden Vds. figurarse—escribió un corresponsal—que esplosion de júbilo estalló en todo el campamento en presencia de aquel buque, mensajero de la vida y de la abundancia, porque á poco, detrás de él, divisamos diez ó doce vapores, es decir, la ciudad flotante que nos habia abandonado, nuestros grandes almacenes, nuestros hospitales, nuestras provisiones, la existencia, en una palabra, de nuestro ejército.»

En cuanto el general Prim, retrocedió, pues era ya inútil su partida, pero llegó, sin embargo, hasta donde estaba la goleta *Rosalía* y salvó los fondos y varios efectos.

IV.

Sucesos y accion del 10.

El primer vapor que llegó á la costa fué el *Duero*, á cuyo bordo iba el alferez de navío Sr. Pastor encargado de entregar unos pliegos, al parecer de importancia, al general en jefe.

La mar estaba todavía muy movida y no permitia que las embarcaciones se acercasen á la playa.

Esto no obstante, el indicado Sr. Pastor mandó echar un bote al agua y se lanzó con intrepidez á la costa, sucediendo lo que era ya fácil de presumir. La rompiente de las olas hizo zozobrar el bote, y el oficial de marina tuvo que ganar nadando la costa, viéndose los remeros que le conducian muy comprometidos para salvarse y salvar su pequeña embarcacion.

En aquel momento toda la playa estaba llena de nuestros soldados, y en medio de vivas y aclamaciones, el Sr. Pastor, empapado de agua, fué á buscar al general en jefe para entregarle los pliegos que conducia.

Algun tiempo despues, el Sr. Bustillos, jefe de la armada, se aproximaba tambien á la costa, y no sin dificultades pudo saltar en tierra y conferenciar con el conde de Lucena, procediéndose despues, á pesar de los riesgos y los obstáculos naturales con que se tropezaba por el estado del mar, á desembarcar provisiones de boca para el ejército y las caballerías.

El general Bustillos dirigió y aun ayudó personalmente las operaciones.

En esto era ya mediodia, el tiempo se habia calmado, el sol brillaba con todo esplendor, y los moros se decidieron á atacar los puestos avanzados del frente de nuestro campo con fuerzas de infantería y caballería en grande número.

El ataque comenzó á la izquierda, corriendo su línea algo oblícua respecto á la nuestra.

Prim fué quien dirigió la accion: su cuerpo,—ya sabemos que mandaba el de Zabala,—su cuerpo el que entró en fuego.

Nuestro ejército ocupaba aquel dia una posicion tan pintoresca y bella como fuerte. Estaba á dos tiros de fusil del Cabo Negro, del cual le separaba el rio *Zamir* ó Capitanes. A su espalda tenia la costa, en frente las derivaciones de Sierra Bullones, que van á juntarse y á formar dicho cabo, y terminaba el campamento en una suave elevacion, en donde se habia construido la conveniente trinchera, dejando paso á un barranco, ó mas bien un valle accidentado, defendido por otra elevacion por donde se presentaron los moros.

A los primeros tiros, el general en jefe se trasladó al lado del ataque, cuyo frente, como el mas vulnerable de la posicion que ocupa-

ba el ejército, tenia con anticipacion guarnecido con 18 piezas de artillería de montaña, 12 del segundo regimiento montado y 4 de posicion.

El conde de Reus habia ya mandado ocupar por un batallon de Saboya y otro de Córdoba las primeras alturas de nuestro frente, y cuando llegó el general en jefe, un batallon de Castilla marchaba á colocarse en la vertiente interior de la primera posicion, mientras que el enemigo, creciendo en audacia, adelantaba en esparcidos grupos su caballería, amenazando sucesivas cargas contra nuestras guerrillas. Un vivo cañoneo de las citadas piezas de artillería, esparciendo sus bien dirigidas granadas, por los bosques y vertientes, hizo instantáneamente salir de aquellos abrigos á los desconcertados grupos de hombres y caballos.

En aquel momento el batallon de Castilla apareció sobre la cumbre de la colina que lo resguardaba, y con verdadera intrepidez se arrojó á la bayoneta, apoderándose al paso de carga de la segunda série de alturas, donde supo mantenerse, secundado por las guerrillas de Saboya y Córdoba, seguidas de sus reservas.

Con igual éxito avanzó despues á la tercera línea desalojando tambien de ella al enemigo y resistiendo vigorosamente su empuje en las diversas acometidas con que intentó recobrar aquella posicion.

Mientras tanto los generales Odonell (D. Enrique) y Orozco, cumplian con sus divisiones las órdenes que les habian sido comunicadas y por medio de un fuego certero y nutrido sabian mantener á raya al enemigo.

Los moros fueron aumentando en número é insistian en avanzar con esa marcada audacia que se ha visto siempre en ellos.

El conde de Reus juzgó, pues, que era llegado el momento de obrar enérgicamente.

Así pues, á su órden de ataque, repetida en toda la línea, hizo dar un avance general á la bayoneta, y arrollando entonces los nuestros al enemigo, que hubo de ceder á su empuje y brío, ocuparon las terceras y últimas posiciones, donde se habia visto poco antes su concentracion, y por donde se notaba que recibia sus esfuerzos.

Cuéntase que en este brillante ataque el regimiento de Toledo se vió obligado á cargar cinco veces á la bayoneta, dos de ellas á la ca-

ballería, quedando dueño de la posicion disputada. Castilla por la izquierda y las demás fuerzas por el centro obtuvieron igual éxito.

«El general conde de Reus, dice un documento oficial, siempre el primero en el lugar del peligro, marchaba al frente de sus tropas dirigiendo sus movimientos con su habitual serenidad y sangre fria.»

Odonell habia dispuesto que dos escuadrones de coraceros, al mando del brigadier Bidate, se pusieran en movimiento combinados con la línea de masas en que consistió el órden de la batalla, pero no hubo necesidad de emplearlos. No así la batería de montaña afecta al quinto regimiento á pié, que, mandada por el capitan Lopez Dominguez, pasó á situarse en una de las posiciones avanzadas, continuando desde allí con mucho acierto el fuego que habia sido forzoso suspender en las baterías de nuestro campo por no causar bajas en las tropas avanzadas.

Apagados por completo los fuegos del enemigo, y acercándose la noche, el general en jefe dió á Prim la órden de regresar al campamento, movimiento que el último llevó á cabo con el mejor órden y precision, escalonando y protegiéndose los batallones en su movimiento de retroceso, con la notable circunstancia de que el enemigo, ni al iniciarse el movimiento ni en su ejecucion hizo un solo disparo, contra su costumbre, dando con ello claros indicios de que se le habia hecho sentir gravemente nuestra superioridad.

Grande fué, en efecto, el daño que se les causó á los moros. Uno de los muertos llevaba un riquísimo traje color de escarlata, otro ostentaba una bandera, que lograron retirar. Las armas que se cogieron fueron muchas, y algunas labradas preciosamente.

Es de creer que murió aquel dia un personaje de importancia entre los moros. Se vió que por la noche bajaban pareciendo buscar con cuidado algun cadáver entre los que allí quedaron tendidos.

Su pérdida en este combate no debió bajar de 800 hombres.

Por lo que toca á la nuestra, fué de 2 jefes, 13 oficiales y 149 soldados heridos, con 13 muertos de esta última clase.

V.

La intencion del general en jefe era la de adelantar el campamento, pero como, á pesar de haberse presentado los vapores el dia anterior,

no habian podido desembarcar apenas nada por causa del mar, hubo de demorar su resolucion. Al proseguir el movimiento, queria hacerlo provisto de todo, para que no tuviese que pasar nuevas horas de angustia y de zozobra si una nueva tormenta se presentaba á barrer de embarcaciones el mar.

El dia 11 se ocupó por entero en aprovisionar al ejército, cosa que no pudo hacerse mas que con muchos tropiezos á causa de las rompientes de las olas en la playa.

Aun se resentia el mar de la pasada tormenta.

Las provisiones se desembarcaban en grandes barricas, y nuestros soldados, lo mismo que los marineros, se arrojaban al mar con agua al cuello para tirar de las gruesas maromas, con cuyo ausilio eran arrastradas las barricas á la playa.

El general en jefe, montado á caballo, asistia á esta operacion, y su sola presencia bastaba á moderar la impaciencia general, estableciendo el mayor órden.

«¿Saben Vds. lo que era lo que todo el mundo buscaba con mayor afan? dice una correspondencia. Pues era el tabaco, eran los cigarros, de los cuales se hace un gran consumo en las eternas horas de ócio de la vida de campamento; y como no hay provisiones de este artículo de lujo, y en algunos de primera necesidad, casi todos se quedaron sin él al tercer dia de nuestra incomunicacion por mar.»

Tambien se desembarcó el tren de puentes que el general en jefe habia enviado á pedir á Ceuta.

Del *Serrallo* se dió aviso que en los desmontes que se practicaban en las cañadas que hay á la parte opuesta de los reductos de *Isabel II* y *Francisco de Asis*, se encontraban montones de cadáveres moros enterrados de mala manera, y otros sin enterrar escondidos en el fondo de las cañadas.

Esto indicaba cuan grandes habian sido sus pérdidas en los primeros combates.

El general Prim, al pasar á encargarse del mando del cuerpo del general Zabala, habia dirigido la siguiente órden general á su division:

«Soldados de la division de reserva:

»Por disposicion del Excmo. señor general en jefe paso á tomar el

mando del segundo cuerpo durante la enfermedad de su muy digno general el conde de Paredes. Semejante nombramiento llenaria mis deseos si él no me obligara á separarme de vosotros, mis bravos camaradas, vosotros que en cuatro combates sucesivos, enrojeciendo con vuestra sangre el suelo africano, habeis en todos ellos triunfado del feroz enemigo que combatís, mereciendo por vuestra valentía la benevolencia de nuestra augusta soberana, la consideracion del ilustre caudillo que nos manda, y la estima de la noble España.

»Los nombres de los batallones Príncipe y Vergara, Luchana y Cuenca, primero y segundo de ingenieros, cuarto y quinto de artillería de á pié y plana mayor, llenarán una brillante página de la historia de mi vida militar.

»El general Rubin de Celis que viene á reemplazarme es digno de vosotros: obedecedle ciegamente como á mí me habeis obedecido, y, como yo, os conducirá al triunfo.

»Señores jefes, oficiales y soldados de la division de reserva, vuestro general os estrecha la mano con efusion y entusiasmo.

PRIM.»

VI.

La accion del 12.

Otro reñido combate, y, por consiguiente, otra espléndida victoria.

Era ya mucho mas de la una de la tarde del dia 12 cuando algunos grupos poco numerosos de moros se presentaron al frente de nuestro campo sobre el mismo terreno en que tuvo lugar el combate del 10.

Su escaso número al principio y el presentarse en pelotones indicaba, mas que un ataque formal, uno de esos alardes de osadía de que tan continuas pruebas han dado durante toda la campaña; pero esto no obstante, el general Prim, cuya division era la que amenazaban, hizo ocupar por dos batallones los primeros cerros inmediatos á sus trincheras y formar masas delante de ellas al resto de la primera division de su cuerpo.

El general en jefe se encontraba en la playa presenciando el desembarque de provisiones, que aun continuaba, cuando le dieron parte del movimiento del enemigo.

Inmediatamente se trasladó al punto amenazado, y aprobando las disposiciones de Prim, hizo avanzar por la izquierda una compañía del tercer regimiento montado de artillería y una de montaña, que con las tres del segundo regimiento montado que seguian en la misma posicion que ocupaban el dia 10, formaron una respetable batería cuyos certeros disparos no debian tardar en sembrar el terror y el estrago entre los moros.

Las tropas se encontraron entonces en un órden de batalla tan perfecto, que no parecia sino que se trataba de un simulacro.

Formaban una especie de semicírculo. Las guerrillas, ocultas entre los matorrales y las piedras, estaban apoyadas por sus reservas respectivas. Detrás de estas reservas, de distancia en distancia, habia varios batallones en columna, y á retaguardia del de la izquierda una reserva de un escuadron de caballería ligera.

El enemigo entretanto fué creciendo en número y en audacia al mismo tiempo, convirtiendo en ataque formal y vigoroso lo que inició en un principio como ligera escaramuza.

Su línea de fuegos, cada vez mas nutrida, se fué sucesivamente estendiendo por todo el escabroso terreno que por el Sud de nuestro campo se prolongaba desde el flanco derecho del tercer cuerpo del ejército, por delante de todo el segundo hasta la division de reserva.

Los moros, presentándose con audacia y hasta con temeridad, apostaron un crecido número de buenos tiradores, que hacian un fuego continuado y nutrido sobre el grupo del cuartel general, pero nuestra artillería les hizo abandonar mas que de prisa aquella posicion.

Una de las granadas que se les dispararon rebotó sobre el mismo caballo de uno de los jefes, haciendo pedazos caballo y caballero.

Segun cuenta un testigo presencial, el general Prim, dirigiéndose con su Estado Mayor á donde estaban los batallones de la izquierda, mientras que las tropas que cubrian nuestra derecha se portaban heróicamente rechazando al enemigo á la bayoneta, el general Prim, decimos, mandó simular una retirada falsa.

Las guerrillas por su órden se replegaron precipitadamente, y como los moros no veian á los dos batallones que estaban en masa á la

espalda de la colina, cargaron con impetuosidad sobre nuestras guerrillas, dando grandes gritos y creyéndose ya vencedores.

La artillería, que habia hecho muy buenos y muy certeros disparos, tenia sus piezas cargadas y prevenidas para cuando Prim obligase á los moros á descubrirse al abandonar las posiciones y las cañadas.

Todo sucedió como el general habia previsto.

Cuando las guerrillas que se replegaban corriendo perseguidas por los árabes, llegaron hasta el punto marcado, los batallones de Arapiles y Llerena, conducidos por el mismo Prim, dieron una brillantísima carga á la bayoneta, sembrando la confusion entre los enemigos y haciéndoles siete prisioneros, entre ellos uno que llevaba un estandarte, que los que huian pudieron recoger en su precipitada carrera.

En aquel momento tambien, teniendo los moros que abandonar los barrancos, se vieron espuestos á un vivo y certero fuego de cañon hecho por las baterías de montaña y rodada, que sembraron el espanto entre el enemigo que huía á la desbandada.

Los batallones de cazadores de Llerena y de Arapiles, siempre con Prim al frente, les acosaron hasta las últimas alturas.

Este vigoroso ataque decidió la accion.

Verdad es que los moros se rehicieron y trataron de volver al ataque, pero fueron rechazados de todas partes con un vivo fuego de fusil ayudado en la derecha por algunas piezas de montaña.

Las pérdidas del enemigo en este dia fueron bastante considerables: son prueba de ello el no haberse atrevido á hostigar nuestra retirada, y el que no obstante el terco empeño que siempre pone en ocultar sus pérdidas, dejó sobre el campo 47 muertos y los prisioneros citados.

Las nuestras consistieron en 1 oficial herido y 2 contusos, en 1 soldado muerto, 30 heridos y 41 contusos.

En esta accion los soldados se vieron precisados á matar á bayonetazos á algunos moros que no querian rendirse.

El primer prisionero que se hizo era un jóven de unos diez y seis años. Tenia cinco ó seis heridas. Se presentó con mucha serenidad ante el general en jefe, el cual le preguntó por medio del intérprete si era Muley Abbas quien mandaba la accion.

—Sí, contestó el moro. Ha mandado la de hoy y tambien la del otro dia.

—Pues lo hace bastante mal, dijo Odonell.

En este dia fueron enviados á Ceuta cinco vapores para que trajeran á remolque las lanchas cañoneras.

El tiempo quedó bueno y parecia haberse sentado.

La salud del campamento, á pesar de las fatigas y privaciones, habia mejorado notablemente.

VII.

El dia 13 no se dejaron ver los moros.

Nada mas natural segun su costumbre.

Pasó el dia con toda tranquilidad, y el general en jefe, provisto ya completamente de todo, dió las oportunas órdenes para adelantar al dia siguiente.

Al anochecer el brigadier Cervino, con dos batallones del regimiento de Albuera y el de cazadores de Ciudad Rodrigo, que componian parte de la brigada de su mando, se situó en las llanuras bañadas por el Azmir ó Zamir para proteger el paso de toda la artillería por un puente construido por los ingenieros con admirable prontitud y solidez, y solo con las retamas, pequeños arbustos y las arenas, únicos elementos que ofrecieron aquellas inhospitalarias playas.

La operacion duró toda la noche.

Las avanzadas del enemigo se veian al frente y á corta distancia, y los tres batallones mencionados permanecieron tada la noche sobre las armas y en la húmeda arena, esperando con el mayor silencio al enemigo, que sin embargo, siguiendo su costumbre de no pelear de noche, no se movió de sus posiciones.

Desde el 5 al 11 habia habido cuatro encuentros con los moros, todos igualmente encarnizados: nuestro ejército siguió su marcha

triunfal en medio de los desfiladeros y de los pantanos, combatido por la tormenta y atacado por masas considerables de enemigos.

Y sin embargo, esto no fué mas que un ensayo para llegar á la sangrienta batalla del 14.

Vamos á hablar de ella, pero antes, permítasenos decir algo de los desastres sufridos por nuestra marina en la tormenta que cuatro ó cinco dias antes habia tenido lugar.

UNA PAGINA TRISTE.

I.

Dejaríamos de cumplir con los deberes que nos impone nuestra mision de escritores, si no consagráramos un recuerdo á nuestra heróica marina.

Tambien ella en la campaña cuyos hechos vamos narrando tiene su indisputable gloria; tambien ella ha hecho grandes y costosos sacrificios; tambien ella se ha sacrificado gustosa por la honra de la patria; tambien ella ha tenido sus gloriosos desastres; tambien ella finalmente, merece la gratitud del país, que es la recompensa de los que luchan, de los que sufren, de los que se baten, de los que vencen para sostener incólume el pabellon español.

Hemos ya hablado del desecho temporal que tuvo lugar en los dias 7, 8 y 9 de enero.

Si sus estragos fueron terribles en tierra ¿cómo no habian de ser mucho mas terribles, mucho mas desastrosos en el mar?

Bien merece que consagremos una página, si quier sea una triste página, á la recordacion de los sufrimientos que tuvieron lugar aquellos dias para nuestra marina, sufrimientos que es preciso decirlo para honra suya, soportó con un valor heróico y con una admirable resignacion.

Muchas desgracias se hubieran evitado sin duda si la escuadra hubiese abandonado su inseguro fondeadero á los primeros amagos de la tempestad, pero era deber suyo permanecer á la vista del ejér-

cito mientras le fuese posible, y cumplió con este deber hasta llegar al heroismo.

Nunca se encarecerá lo bastante el servicio que desde el principio de la campaña, y mas especialmente desde que el ejército salió del campamento del *Serrallo*, está prestando la marina. Para apreciarlo debidamente, se necesita comenzar por reconocer que la marina carecia de base de operaciones por cuanto no hay en la costa por donde ha navegado durante la campaña ningun puerto ni abrigo en que buscar refugio en caso de tempestad; así es que al anunciarse vientos del S. E. su posicion debia ser muy comprometida.

Si desde luego tomaban los comandantes de los buques las precauciones que la inminencia del peligro aconsejaba, tenian que retirarse dejando incomunicado al ejército y privándole por consiguiente de toda clase de ausilios; pero repugnándoles, como era natural, llegar á este estremo, hacian los mayores esfuerzos para aguantarse con la esperanza de poder dominar los elementos.

Nuestros lectores nos permitirán que insertemos como un documento oficial, y lleno del mayor interés, pues es justo que ocupe un lugar en las páginas de esta obra, el parte oficial que desde Puente Mayorga y con fecha del 9 de enero dirigió el general Bustillos al Excmo. señor ministro de marina.

Hé aquí la parte de este documento que mayor interés puede tener para nuestros lectores.

Dice así:

«El 7 á las ocho de la mañana, á mi regreso del cuartel general, me encontré con el incendio de las carboneras del vapor *Barcino*, cuyo cargamento era de granadas y municiones del ejército: personalmente atendí á este siniestro, consiguiendo cortar el incendio, pero sin haber descuidado el descargar las municiones, operacion trabajosa desde las nueve, en que el viento del S. E. empezaba á molestar; por esta razon y considerando habia de arreciar, dispuse la salida para Ceuta de los vapores trasportes, llevándose los cañoneros, y para Algeciras ó Puente Mayorga, segun las circunstancias del tiempo, la de las fragatas *Princesa de Asturias y Blanca*.

»Yo me quedé con los vapores de guerra para situarme á la vista del ejército, con el firme propósito de permanecer allí mientras hu-

manamente fuese posible. Avanzado el ejército hasta las inmediaciones de Cabo Negro, allí me situé con los vapores, fondeando con algun abrigo del S. E. que entonces reinaba. A las nueve de la noche, sobre un chubasco, se llamó el viento al E. que era desde entonces travesía en aquel punto, refrescó considerablemente é hizo faltar la cadena del vapor *Lepanto* de mi insignia; se fondeó segunda ancla que faltó casi instantáneamente, y por ella tuve que dejar aquel fondeadero á las nueve y media; pero no antes de ver el buque en el mas inminente riesgo de perderse en la costa, pues al quedar sin amarras al garete, y próximo á enredarse con los demás, tuve especial cuidado de maniobrar de un modo tal, que nunca pudiese arrastrar conmigo ninguno de los otros, conformándome con perderme solo: para ello tuve materialmente que vaquear en medio de todos y con el *Lepanto* atravesado: un pequeño abordaje con el vapor *Tharsis* hizo aproar al *Lepanto* despues de desarbolar de nuestro bauprés, y fué indudablemente lo que permitió que se salvara, haciendo avante con la máquina y arriando por mano las dos cadenas faltas cuando ya estaba muy próximo á las rompientes.

»Mientras todo esto tenia lugar, hice señales á los demás vapores de hacerse á la mar, cuando era humanamente imposible quedar á la vista del ejército. Únicamente circunstancias tan estremas podian haberme impedido amanecer cerca de la costa con los vapores de guerra, segun me habia propuesto, considerándolo así conveniente y de mi deber por razones que están bien al alcance de V. E. Con el viento duro al S. E. hice derrota á franquear la costa, la mar aumentando por momentos y frecuentes chubascos ahuracanados. Sin un cambio de viento al N. E., que permitió granjear al E. tomándolo por babor con los cangrejos antagallados, era muy dudoso el poder montar la punta de Almina sobre que me hallaba comprometido, logrando verificarlo á las ocho de la mañana; ya entonces mura á estribor, pues el viento volvió al S. E. despues de dos horas de soplar del N. E. hice rumbo á la bahía de Algeciras, y tomé el fondeadero de Puente Mayorga ayer á medio dia.

»El *Lepanto* habia perdido el cepo de una ancla en el fondeadero de Torre-Cuadrada, de manera que para fondear en Puente Mayorga tuve que disponer se formase uno con barras de cabrestante al ancla

que quedaba, y con ella aguanté el S. E. en el espresado fondeadero, empleando los chicotes que habian quedado de las cadenas faltas. En Gibraltar estaba fondeado el vapor *Colon*. En Puente Mayorga encontré al *Vulcano* y á la *Buenaventura*, de los que estaban conmigo en Cabo Negro, y el transporte *Alava*, llegado últimamente de Cádiz con tropas y el tren de sitio.

»No tengo noticias de los vapores *Leon* y *Alerta* y goletas *Ceres* y *Rosalía*, que tambien estuvieron en Cabo Negro á los cuales los supongo en Ceuta ó que hayan corrido al Océano, pues el tiempo sigue muy duro. Llegó á Puente Mayorga al anochecer de ayer el vapor *Isabel II* con pérdida de un ancla, y por su comandante supe la del vapor *Santa Isabel* en aquella playa. Por la noche ha estado el tiempo del S. E. variable en fuerza, pero siempre cerrado y de mal cariz.

»Esta mañana, sobre chubascos muy fuertes de granizo y lluvia, roló el viento al S. E. á las diez, llamando en seguida al N. O.: mis vehementes deseos de no perder instante me hicieron levar y dirigirme á Algeciras, sin embargo de la desconfianza que me ofrecia el cambio: allí trasbordé al *Vulcano*, pero habiendo vuelto á entablar el S. E., tuve que volver á este fondeadero con los vapores *Colon*, *Lepanto* y *Piles* para estar con mayor seguridad. A los dos últimos les faltan dos anclas con sus cadenas; y en razon á la urgente necesidad de proveerlos de estas amarras en las circunstancias presentes y crítico de la estacion, he dispuesto que el cónsul de España en Gibraltar los surta inmediatamente de ellas. He visto que el *Lepanto*, además del destrozo de parte de los tambores con los alojamientos de los mismos, tiene desmentido el tajamar, y por lo tanto la necesidad de que en un arsenal se proceda á su reparacion.

»El vapor *Piles* he omitido decir á V. E. que se hallaba tambien en Puente Mayorga, y de la pérdida de sus anclas en Algeciras y circunstancias en que se encontró enterará á V. E. la comunicacion de esta fecha, en que le doy traslado de lo que me ha dicho su comandante. El *Colon*, *Vulcano* y *Buenaventura* han perdido su ancla.

»Anoche han naufragado en la costa de Tunara hasta cinco buques de cruz y un vapor francés procedentes de Oran, con cargamento de tablas para Ceuta.»

En otro parte de fecha del 10, el mismo general manifestó que se

le habian unido en la tarde anterior los dos vapores *Alerta* y *Leon*, habiendo este capeado el tiempo en el mar, y habiéndose corrido el otro hasta la ensenada de Jeremías.

La corbeta *Ceres* pudo fondear en Ceuta.

Antes de salir de Puente Mayorga para Ceuta, el general Bustillos dejó en via de accion las disposiciones siguientes, segun él mismo refiere:

«Los vapores *Vulcano* y *Alerta* con el *Colon* preparándose para pasar á Gibraltar á surtirse de combustible porque era imposible hacerlo en Algeciras, y muy urgente que todos los buques estuviesen listos para todas las operaciones que se ofrecieran.

»El *Alava* desembarcando el transporte, y tambien con órden de pasar á Gibraltar, para que utilizando los ausilios de buzos de aquella plaza pueda aclarar una válvula alimenticia.

»El *Leon*, que tiene avería en las calderas, con instrucciones de pasar á Algeciras, y desde allí aprovechando la primera oportunidad de buen tiempo, trasladarse á Cádiz, dejando su salida á discrecion del comandante del navío *Reina*.»

II.

La pérdida del vapor *Santa Isabel* costó la vida á cinco de sus tripulantes. Además de todas las lanchas y chalanas de desembarco que estaban en Algeciras, se perdieron ocho cañoneras.

La artillería del *Santa Isabel* y de las cañoneras se salvaron despues.

En cuanto á la pérdida de la *Rosalía* ocurrió de la siguiente manera, segun la siguiente relacion oficial:

«Trabajando con la máquina, el buque se sostuvo hasta las nueve de la noche, en cuya fatal hora entrando un furioso golpe de mar en la máquina apagó los hornos. Espantoso fué entonces el peligro, porque arrojando el mar el barco á la costa, todos hubieran perecido, á

no dar casualmente en una playa arenosa á no gran distancia de la tierra, puesto que pudieron llegar á ella con andariveles.

»Tres hombres que se metieron en la lancha perecieron con ella.

»El comandante no quiso abandonar el perdido buque y mandó al segundo, D. Cárlos Pineda, con cuatro hombres, á dar parte en el campamento, al general en jefe, del naufragio ocurrido. Pero este jóven oficial no pudo desempeñar su cometido y se vió espuesto á graves é inminentes peligros por haberse estraviado en el bosque, separándose mucho de los cuatro marineros.»

Es muy triste lo que ocurrió á este intrépido marino.

Hé aquí como lo refiere una correspondencia del puerto de Santa María:

«En el estado mas lamentable ha llegado á este puerto, donde tiene su familia, una de las principales de la ciudad, el jóven marino habilitado de oficial D. Cáros Pineda, náufrago en la corbeta *Rosalía*. Ha llegado todo destrozado, lleno de cardenales, con tres ó cuatro heridas en una pierna, y cubierto con un gorro y un vestido viejo de marinero. Todo lo ha perdido en el naufragio, hasta la salud, pues está casi baldado.

»A las nueve de la noche, apagada la chimenea del buque, dieron los tripulantes en la costa, pudiendo á duras penas salvarse, por medio de andariveles. Tres marineros que tomaron la lancha perecieron con ella. Ya en tierra y sin saber dónde estaban, le mandó su comandante esplorar el campo con cuatro marineros que no siguiendo tanto como él, se perdió en el bosque temiendo á cada momento dar con el enemigo. Andando á la ventura, oyó antes de amanecer trompetas destacados á propósito para buscarle, y casi medio muerto llegó al campamento, donde ya estaban sus compañeros. Un señor coronel, cuyo nombre sentimos ignorar, lo recogió en su tienda, cediéndole *su cama* los cuatro dias que permaneció allí, siendo objeto, así como sus compañeros, del mas afectuoso y cariñoso trato por parte del ejército. El coronel su huésped, tuvo que dormir en el suelo. Tal es la fraternidad que reina entre nuestros bravos soldados y bizarros marinos. El jóven Pineda, á mas de su equipaje, libros é instrumentos y cuanto tenia, ha perdido un precioso Album con mas de 40 vistas de todas las acciones y paisajes que desde su buque habia copiado al natural.

»Los náufragos de la goleta *Rosalía* prefirieron perder sus equipajes y salvar el fondo de la tropa, unos veinte mil reales que llevaban y entregaron al general Odonell, á quien se presentaron casi desnudos, despues de correr el doble peligro del naufragio, y el de atravesar los bosques hasta llegar al campamento, espuestos á caer en poder de los enemigos.

»Despues que la tripulacion de la *Rosalía* abandonó la desierta playa buscando un refugio á su miseria y un abrigo en el campamento, acudió una horda de moros que incendió el buque, frustrando así el deseo de salvarlo, cuando el tiempo abonanzara, manifestado ya por el jefe de las fuerzas navales.»

Tales fueron los estragos y sensibles pérdidas sufridas por la escuadra, que tan útiles servicios ha prestado al ejército de África, en el desecho temporal de los dias 7, 8 y 9 de enero.

EN CABO NEGRO.

I.

Accion del 14.

Fué grande dia este para nuestro ejército.

Desde las elevadas cimas de *Cabo Negro*, mas de la mitad de los soldados pudieron ver en el fondo de la llanura, entre un nido de follaje, la ciudad de Tetuan, la tierra prometida, la sultana del valle.

Sin embargo, para verla hubieron de verter su sangre. La cordillera solo fué tomada despues de un largo y sangriento combate, en que los árabes fueron vencidos como lo habian sido en Sierra Bullones, como lo fueron en Castillejos.

Al toque de diana, mucho antes de amanecer, el ejército levantó sus tiendas y comenzó á efectuar su movimiento.

Efectuóse el paso del Zamir por el puente de que ya hemos hablado, construido en solos un dia y una noche.

El segundo cuerpo, á las órdenes de Prim, el general soldado, como le llamaban los nuestros, el Massena español, como le llaman los estranjeros; el segundo cuerpo, decimos, tomó la vanguardia. Para él la honra y la gloria de iniciar el movimiento, pasando el primero las escarpadas gargantas y difíciles desfiladeros de *Cabo Negro*.

Habia sido racionado el ejército todo por seis dias.

La division mandada por Orozco, primera del segundo cuerpo, á la cual se habia agregado una compañía de ingenieros y una batería de montaña, formada en ordenadas columnas avanzó sin tropiezo alguno hasta posesionarse de las primeras alturas de aquella continuada serie de ásperas sierras que constituyen las montañas de Cabo Negro.

La segunda division á las órdenes del general D. Enrique Odonell pasaba entretanto en buen órden el estrecho desfiladero, se organizaba tambien en columnas, y seguia los movimientos de la primera division para protegerla en caso necesario.

Posesionada la primera division de las alturas, segun acabamos de indicar, logró atravesar felizmente la profundísima cañada, que, cercada de ásperas cumbres de elevadísimos montes de muy difícil acceso, presentaba insuperables obstáculos al paso de nuestras tropas, á causa de la frondosa y agreste vegetacion de que están cubiertos. Afortunadamente, no fueron bastantes á detener la resuelta y decidida marcha de la primera division, ni la altísima, imponente y estensa barrera que la naturaleza presenta en aquellos selváticos sitios, cortados por profundísimos barrancos y revestidos de jarales y ásperas malezas de grande altura, ni la tenaz resistencia que desde entonces comenzó á oponer el enemigo. Vencidas tantas dificultades por aquellos bravos soldados, quedó definitivamente asegurada la primera línea.

Habiendo penetrado en la cañada las dos divisiones del segundo cuerpo, continuaron avanzando, trabándose desde aquel momento una serie no interrumpida de encarnizados combates, quedando en todos ellos arrollado el enemigo á pesar de las formidables posiciones que ocupaba, escalando una tras otra, sin desmayar un momento en tan dura fatiga, las crestas mas elevadas de la sierra y arrojando de todas al enemigo hasta divisar el estenso y pintoresco valle de Tetuan, cuya vista sonreia á nuestros héroes como una suprema esperanza de recompensa por su abnegacion y sacrificios.

A las diez de la mañana se presentó el enemigo con tal fuerza y en posiciones tan formidables, que era muy serio el intentar desalojarles de ellas.

Todo el mundo se hallaba en una situacion indefinible, cuando el

general Prim dió la órden terminante de avanzar, diciendo á las tropas:

«¡Adelante! ¡Adelante hasta coronar las mas elevadas alturas que dominan el valle! ¡Qué nada nos detenga! Si se encuentran barrancos con agua, no hay que detenerse á buscar paso; al agua: si se encuentran malezas, atravesarlas; si se hallan precipicios, salvarlos; adelante, cada uno por donde pueda; nuestra mision es la de abrir paso al ejército. ¡Viva España! ¡Viva la reina! ¡Adelante!»

A los cinco minutos se rompió el fuego, y como durante las dos primeras horas la lucha tuvo lugar en una honda cañada, se armó tal estruendo y tal humareda, dice una correspondencia, que aquello era un infierno.

Por fin, á las dos horas y media de un combate encarnizado, los nuestros coronaron las crestas mas elevadas y dieron vista al valle que apareció cubierto de enemigos de infantería y caballería.

Los batallones de Castilla y cazadores de Simancas, á cuyo frente marchaban sus jefes, fueron los primeros en tremolar sus banderas cubiertas de gloria en aquellos empinados vericuetos.

La primera division del segundo cuerpo quedó dominando la cordillera, cubriendo sus batallones las altas crestas que se estienden de izquierda á derecha, situados del siguiente modo:

El batallon de cazadores de Figueras en la estrema izquierda; despues el segundo batallon del regimiento de Castilla; y á continuacion de este se estendian el primero de Córdoba y la batería de montaña del primer regimiento. Esta batería colocó atrevidamente sus cañones en lo mas alto de la cresta de la posicion, y con sus nutridos y certeros fuegos batia y molestaba un reducto que los moros habian construido sobre un mogote, y que tenian muy bien guarnecido de gente en suficiente número para defender y cubrir la salida de las gargantas al valle.

Por el flanco derecho ocupaban las pendientes y cimas mas elevadas el primer batallon del regimiento de Saboya y el segundo del de Córdoba, y por las cimas y pendientes del mismo costado izquierdo los batallones de cazadores de Simancas y Arapiles y el primer batallon del regimiento de Castilla. Sin embargo, la toma de estas últimas posiciones fué muy costosa.

En tal situacion se vió atacada nuestra derecha por un gran número de enemigos, mientras los del valle atacaban de frente con la esperanza sin duda de echarnos otra vez á la hondanada.

La presencia de Prim en la derecha, á donde corrió inmediatamente para vigorizar aquel punto, clave de la posicion, lo que efectuó con la rapidez propia de su carácter, le permitió obrar con desembarazo, y cuando los moros creian haber envuelto á los nuestros, sonó la corneta el paso de ataque; cada batallon se lanzó al puesto que de antemano le habia indicado el general, y la embestida dió por resultado que nuestras tropas se situaran en el segundo estribo de la gran cordillera.

No se desanimó á pesar de esto el enemigo. Volvió fogoso á atacar, limitándose los nuestros á defenderse, hasta que viendo el general que habian llegado á cierto punto, mandó de nuevo tocar la carga, y se avanzó otro estribo.

El terreno era ya bueno y á propósito para la caballería. Cargó en consecuencia la enemiga á dos de nuestros batallones de vanguardia, Simancas y Arapiles, los cuales la rechazaron denodadamente, aprovechándose de esta coyuntura para bajar el penúltimo escalon de aquella gigantesca cordillera.

Uno mas, y dominaban por completo la llanura.

Fué la primera vez que se presentó y tomó parte en el combate la guardia negra, esa caballería estraña y fantástica de que tanto se hablaba antes y la cual creian los moros que bastaba que se presentase para causar estragos.

Los batallones que recibieron esta caballería con la punta de la bayoneta no retrocedieron un solo paso.

Simancas y la Princesa estuvieron admirables de valor y de heroismo.

En el ínterin, el general en jefe se adelantaba con su cuartel general, seguido de sus escoltas de infantería y caballería, previniendo al paso al brigadier Cervino, jefe de una de las brigadas del tercer cuerpo —que toda la noche habia estado protegiendo el paso de la artillería por el puente construido por los artilleros y cuya marcha iba cubriendo,—que se adelantase rápidamente hasta la primera posicion para cubrir la marcha de las tropas empeñadas en el combate, con cuyo

movimiento debia dejar á todo el segundo cuerpo enteramente dispuesto y desembarazado del todo para las ulteriores operaciones que el general en jefe meditaba.

Despues de haber reconocido atentamente el conde de Lucena las posiciones ocupadas por el enemigo, hecho cargo de las fuerzas considerables que en ellas tenia dispuestas al combate y las que sucesivamente iban apareciendo por su derecha, y que supuso con mucho fundamento no podian ser otras que las del campamento de las lagunas, comprendió que Muley Abbas trataba de defender con vigor dichas posiciones, concentrando allí todos los elementos que podian ofrecer una desesperada resistencia, pensando acaso que lograria hacer retroceder á nuestros valientes soldados.

Teniendo ya á cubierto la retaguardia de todo ataque, previno el conde de Lucena al general García, jefe de estado mayor general, que se quedara á su retaguardia para hacer pasar el resto del ejército por el desfiladero, y que desde luego hiciera avanzar las otras tres brigadas del tercer cuerpo, verificándolo cada brigada por separado, para evitar de esta manera el retraso que de otro modo podria esperimentarse en dicho movimiento.

Dadas estas órdenes, que fueron cumplidas con puntualidad, el general en jefe se trasladó al centro de nuestra línea donde el combate se mantenia con vigor, con sin igual encarnizamiento de una y otra parte, mientras que los moros seguian reconcentrando sus numerosas fuerzas, como si instintivamente conocieran ya que una vez perdidas sus posiciones, les seria de todo punto imposible volver á recobrarlas.

Preciso es decir que si la resistencia era tenaz, no lo era menos el ardoroso ataque de nuestros soldados. Por el contrario, cuanta mayor era la resistencia que oponian á nuestros valientes, mayor y mas grande era el entusiasmo que á estos animaba, creciendo gradualmente el ardor con que acometian á sus numerosos enemigos.

Los ocho batallones de la segunda division del segundo cuerpo que ocupaban dicho puesto, lo sostenian bizarramente, apoyados por los cuatro de la brigada Cervino, y seguian adelantando terreno.

El conde de Lucena dispuso al mismo tiempo que la tercera batería de montaña del primer regimiento se adelantase, y situadas sus piezas convenientemente, rompió el fuego con la viveza y acierto de

que tantas pruebas han dado en esta campaña nuestros bravos artilleros.

Desesperado el enemigo al verse ya lanzado hasta el último estribo, se rehizo y volvió al ataque con nuevo vigor y lleno de rabiosa saña, pero los batallones de cazadores de Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes salieron al paso los primeros y le contuvieron, y cargando despues así que estuvieron apoyados por los batallones de Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa, lo desalojaron bizarramente de aquella segunda, mas fuerte é inespugnable posicion, que definitivamente quedó en poder de nuestras tropas.

Mientras esto sucedia en el centro de nuestro ejército, la estrema derecha se veia seriamente amenazada por numerosas fuerzas enemigas, así de infantería como de caballería, que por momentos se aumentaban. El general D. Enrique Odonell, hermano del general en jefe, que allí mandaba, se puso entonces al frente de un batallon de la Princesa, del de cazadores de Simancas y de cuatro compañías del de Chiclana, cargando con notable arrojo á pesar de ser tan superiores las fuerzas del enemigo. Consiguió arrollarle, desalojarle de sus formidables posiciones y quedar dueño de ellas.

Por este hecho se le dió luego la gran cruz de Carlos III.

Vencido en toda su línea, que ocupaba una hora de estension, rechazado de monte en monte, diezmado por el hierro y por el fuego, solo quedaba ya al enemigo la última línea de colinas: trató de hacerse firme en ella, reuniendo sobre las cimas y pendientes sus fuerzas de infantería, y al pié su numerosa caballería.

Para arrojarle de aquel punto, el general en jefe dispuso que Ros de Olano, con dos brigadas de su cuerpo de ejército, avanzase apresuradamente, previniendo á Prim que dispusiese sus batallones para un ataque general.

En esta disposicion, los moros que Prim tenia en frente, trataron de hacer un esfuerzo desesperado y se lanzaron sobre nuestros soldados en muchedumbre innumerable, envolviéndonos en un semicírculo de fuego. Nuestra artillería esparció la muerte y el estrago en sus filas, pero esto no bastó á detenerles.

Llegaron en esto muy oportunamente dos escuadrones, uno de húsares y otro de lanceros de Villaviciosa, y de órden de Prim se colocaron detrás de los primeros batallones.

ACCION DEL 14 ENERO 1860.

Toma de un reducto por la escolta de Carabineros, en el paso de Cabo Negro.

Los moros llegaron á tocar la altura..... Todos creian que era llegado el momento de avanzar ó tener que retroceder la vanguardia, todos esperaban con ansia que se diese la órden de cargar, todos con sus miradas manifestaban al general Prim la estrañeza que les causaba su calma al ver que el enemigo avanzaba y la crítica posicion en que se hallaba la vanguardia. Hubo él de conocerlo, pues se volvió con su serenidad nunca desmentida, y dijo:

—Todavía no es tiempo. Es preciso que la izquierda llegue á la cuesta.

Pocos momentos despues de esto, cuando creyó oportuna la ocasion, hizo tocar á ataque, púsose á la cabeza de los batallones, mandó que se pusiese en movimiento la caballería, y..... aquello no fué una carga, fué una avalancha que todo lo destruye, un huracan que pasa y lo arrasa todo.

El campo quedó sembrado de cadáveres moros juntamente con las espingardas, gumías y demás efectos que arrojaron en su fuga.

El mismo conde de Lucena y su cuartel general no pudieron menos de manifestar su aprobacion y aplauso al ver el denuedo y bravura de aquellas brillantes cargas dadas con tanta oportunidad y en tan críticos momentos.

Desde aquel momento se puede decir que ya no hubo batalla.

Nuestras tropas llevaron á los enemigos hasta la planicie con las puntas de sus bayonetas.

Mientras sucedia lo que de contar acabamos, el batallon de cazadores de Figueras y cuatro compañías del de Córdoba, precedidos de la escolta de carabineros del general en jefe, se apoderaron á viva fuerza del reducto anteriormente citado, cabiendo á los carabineros la gloria de ser los que primero penetraron en el reducto batiéndose al arma blanca con las fuerzas marroquíes, que por ser su última trinchera, su último refugio, lo defendieron con desesperacion y con heroismo.

La victoria era completa en todos los puntos de la línea.

Tres eran los resultados que de aquel triunfo debia reportar el ejército.

En primer lugar nuestras tropas quedaban dueñas de unas posiciones fortísimas desde las cuales dominaban por completo todo el fértil y poético valle de Tetuan.

En segundo lugar veian huir á sus piés en todas direcciones al enemigo consternado, y esta derrota debia contribuir á su futuro desaliento, como debia dar en cambio nuevos bríos y valor á nuestros soldados, cada una de cuyas etapas era una victoria.

Finalmente y en tercer lugar, nuestro ejército quedaba libre para asentar su campo en los parajes que mas conveniente le pareciese, pudiendo hacerlo en posiciones inespugnables.

El conde de Lucena dispuso que el general Ros avanzase con el tercer cuerpo para cubrir todas las ventajosas posiciones que con tanta bizarría habian ganado y ocupaban los heróicos soldados del segundo, á fin de que sus batallones fatigados por el combate que todo el dia habian estado sosteniendo, y en el que habian agotado sus municiones, pudiesen proveerse de ellas y tomar algun reposo y alimento, pues nada habian comido en veinte y cuatro horas.

Eran las cinco de la tarde y comenzó á llover, reinando un viento huracanado que auguraba mala noche á los pobres soldados, rendidos de fatiga.

Afortunadamente, luego se calmó un poco, y no fué la noche tan mala como al principio se habia creido.

Así que el manto de las tinieblas hubo caido sobre la tierra, el campamento presentaba un golpe magnífico. Centenares de hogueras desde la orilla del mar subian en forma de escalinata de fuego hasta la cúspide misma de los cerros. Las miradas atónitas de los habitantes de Tetuan debieron fijarse en aquellas fantásticas luminarias que les aparecian como el reflejo de la civilizacion que un ejército vencedor llevaba á su comarca.

Junto á la playa y en el mismo sitio y á la misma hora en donde la noche anterior brillaban las candeladas de la vanguardia marroquí, se estendia aquella noche el fuego de un animado vivac, en donde á las luces de sus rojizas llamas se veia hablar con grande animacion y alegría á un grupo de generales y jefes, destacándose entre ellos una figura imponente y severa, que en aquellos momentos abandonaba la muda actitud que durante todo el dia observara.

Era la figura del general en jefe, que, con el general jefe de estado mayor y algunos individuos del cuartel general, contaban los lances del dia y celebraban la jornada, en tanto que sus empapados vestidos se enjugaban al amor de la lumbre.

No habiendo podido llegar muchos de los equipajes, y encontrándose en este número el del conde de Reus, este pasó toda la noche echado sobre una manta que le prestó un soldado, por único abrigo.

II.

A pesar de tantos y tan porfiados combates, nuestras pérdidas en esta accion consistieron en 1 oficial y 24 individuos de tropa muertos; 4 jefes, 26 oficiales y 363 individuos de tropa heridos; 1 jefe 48 oficiales y 141 soldados contusos.

En cuanto á las pérdidas del enemigo y á lo admirablemente que se portaron los caudillos de nuestras tropas, cedamos por un momento la palabra al conde de Lucena, que se espresa de este modo al terminar su parte oficial:

«Aunque no puedo detallar con exactitud la pérdida del enemigo, que con gran presteza retiró sus muertos y heridos, por lo que me manifestaron algunos de estos últimos, recogidos por nuestros soldados, la calculo al menos en el doble á la nuestra. Muchas circunstancias han concurrido este dia para que no juzgue exajerado el cálculo. —Tales son los certeros y multiplicados fuegos de nuestra artillería; los vivos de la infantería en un terreno, aunque quebrado, bastante limpio, y en donde el enemigo, que se empeñaba en arrojarnos de las posiciones, tenia que venir muchas veces á descubierto; y por último, las decididas cargas que se dieron, en las que siempre lograron alcanzar á los que mas audaces se empeñaban en resistir.

»Prolijo seria si hubiese de enumerar en este parte los hechos de valor que tuvieron lugar en este dia; algunos he recompensado sobre el campo de batalla, y de otros me prometo elevarlos á S. M. para su soberana resolucion: no obstante, la justicia exige que nombre y coloque en primer lugar al teniente general conde de Reus, que desplegó durante todo el dia tanta inteligencia en dirigir los ataques como energía en llevarlos á cabo; á los generales Orozco y Odonell, que como jefes de las divisiones empeñadas desde el principio del combate dieron pruebas de lo que valen, distinguiéndose en esta jornada. A mi

jefe de estado mayor el general García, que tan bien secundó mis disposiciones. Al general Ros de Olano, que desplegó la mayor actividad para llegar con su cuerpo de ejército al sitio del combate, logrando, merced á ella, hacerlo á una hora en que todavía podia utilizar sus fuerzas con notable ventaja. A los brigadieres Serrano y Hediger, jefes de brigada, que nada dejaron que desear á su general. Los jefes de los regimientos y batallones que he citado y combatieron constantemente; el jefe de estado mayor del cuerpo de ejército, oficiales del mismo cuerpo y ayudantes de los generales, han debido al comandante en jefe y generales de division elogios que no puedo menos de consignar, aunque los estrechos límites de un parte no me permitan citarlos sino colectivamente.

»Por último, Excmo. señor, me creo obligado á citar al general Makenna, segundo jefe de estado mayor general; los oficiales del cuerpo que sirven en el cuartel general y á mis ayudantes de campo, que tanto en esta ocasion como en todas las demás no han economizado peligro, encontrado obstáculos, ni visto dificultades al trasmitir mis órdenes, haciéndose por ello dignos de una mencion especial. »

III.

Mientras nuestro ejército se batia de la manera que acabamos de contar, no estaba ociosa nuestra escuadra.

El comandante general de las fuerzas navales habia llevado á cabo un reconocimiento de la costa hasta el rio de Tetuan. La batería del Norte del rio hizo dos disparos al buque, bastante bien dirigidos, á los que se les contestó, sin consecuencias por ninguna de ambas partes.

Por la tarde, y cuando aun estaba muy empeñada la accion, llegaron á la playa de Zamir los vapores que llevaban á bordo la division al mando del mariscal de campo D. Diego de los Rios.

Este nuevo cuerpo de ejército, mandado formar por real órden de 17 de diciembre, constaba de los cuerpos siguientes:

Regimiento de infantería de Zaragoza, n.° 12; el segundo batallon del de Africa, n.° 7; uno del de Iberia, n.° 30; el segundo del de

Soria, n.° 9; el primero del de Bailen, n.° 24; los provinciales de Orense, n.° 15; el de Málaga, n.° 20; y un escuadron del regimiento de Farnesio, quinto de caballería, con 120 caballos. El total de las fuerzas ascendia á 6,000 hombres próximamente.

La division pasó embarcada la noche del 14 al 15.

La noticia de la llegada de un refuerzo tan considerable, causó gran satisfaccion en el ejército, que veia en él una ámplia concesion de las bajas sufridas desde la memorable batalla de los Castillejos hasta la no menos memorable de aquel dia.

IV.

El dia 15 transcurrió tranquilamente. Era de esperar.

Al amanecer, y poco despues de haberse tocado diana, desembarcó el general Bustillos con el general Rios, jefe de la division embarcada, y entrambos pasaron á verse con el conde de Lucena, subiendo con él á los reconocimientos.

En la entrevista que tuvieron quedaron de acuerdo en que la division Rios desembarcaria al dia siguiente en la playa de Tetuan, batiéndose antes los fuertes de la ria y posesionándose de ellos.

Despues de esta entrevista, Bustillos y Rios se volvieron á sus buques.

El ejército pasó el dia en las posiciones ocupadas la víspera. Divisáronse algunos enemigos en unas alturas á media legua de distancia dominando el valle de Tetuan, pero sin que durante el dia hiciesen ningun movimiento hostil.

Continuó habilitándose el camino para el tránsito de la artillería.

Las vanguardias del ejército podian divisar perfectamente la ciudad de Tetuan con sus casas blanquecinas y altas torres, sus antiguos muros y su parduzca alcazaba, presentando un agradable aspecto. A su alrededor veian muchas casas de campo, que se destacaban entre verdura, y no lejos asomaba el campamento enemigo, distinguiéndose á una gran muchedumbre de moros que esperaban á nuestros soldados, posesionados de las alturas.

Durante todo el dia no se habló de otra cosa que de Tetuan en nuestro campamento. A los unos, llamándoles la atencion el que en la ciudad no se viese humo alguno ni se percibiese movimiento de gente á su alrededor, se les figuraba que habia sido abandonada y que allí no encontrarian mas que calles desiertas y moradas silenciosas. Otros, observando lo mismo, creian que toda la poblacion estaria minada, y que apenas el ejército pusiese el pié en ella, se desplomaria causando horribles estragos.

En lo que sí todos estaban de acuerdo era en que al dia siguiente tendria lugar un nuevo choque entre los dos ejércitos.

V.

El 16 fué un dia lleno de incidentes.

Comenzaremos por contar lo que hizo nuestro ejército.

El general en jefe resolvió descender de sus posiciones de Cabo Negro para aproximarse á la playa, donde debia desembarcar la division Rios, y por donde debia proveerse el ejército de todo lo necesario para su subsistencia.

Al toque de diana se abatieron tiendas y se cargó el bagaje, y cubierto convenientemente el flanco derecho, comenzaron á desfilar en la misma direccion el regimiento de artillería de á caballo y el tercero montado de reserva.

Presumiendo el general en jefe que el enemigo trataria de hostilizar á nuestras tropas en este movimiento, dispuso que el segundo regimiento de artillería montada bajase al llano y pusiese en batería sus 12 piezas rayadas, apoyadas á derecha é izquierda por los cuatro batallones de la primera brigada de la division de reserva en columnas cerradas, á las órdenes ambas fuerzas del general Rubin, y la division de caballería á las órdenes de su jefe superior el general Galiano, formada en dos líneas á retaguardia, la primera compuesta de los escuadrones de coraceros y uno de los húsares de la Princesa, y la segunda de los de lanceros y el otro escuadron de húsares del mismo regimiento.

Como lo habia previsto el general en jefe, apenas comenzó el ejército á ponerse en movimiento, los moros, que se hallaban situados en los estribos de la Sierra Bermeja, empezaron tambien á bajar en grandes grupos de infantería y caballería, pero algunas granadas de los cañones rayados les hicieron volver presurosos á sus posiciones que acababan de abandonar.

«Apenas se rompió el fuego de artillería, dice Odonell en su parte, el enemigo huyó en el mayor desórden, y los proyectiles le alcanzaron hasta cerca de Tetuan.»

Entonces el general en jefe, á fin de provocarlos al combate en terreno donde los moros pudiesen hacer uso de toda su caballería, hizo avanzar las fuerzas anteriormente citadas en el mismo órden de formacion, hasta el centro de la llanura. La línea avanzó, y haciendo un cambio de frente sobre el costado izquierdo, se colocó delante del enemigo, que se mantuvo impasible sin atreverse á dar un paso adelante.

El ejército, desde los puntos en que estaba acampado, miraba con orgullo aquella corta fuerza separada de él desafiar en terreno abierto á todo el ejército marroquí.

Este no tuvo por conveniente aceptar el reto.

Sin duda no habia ningun Prim entre los moros.

Transcurrida mas de una hora en esta disposicion, viendo el general en jefe que el enemigo no intentaba ningun movimiento, dispuso que las líneas avanzasen hasta ponerse á tiro de él, y que cañoneasen sus mismas posiciones para obligarle á admitir el combate ó abandonarlas.

Ejecutado este movimiento, para lo cual se separaron aquellas fuerzas del ejército cerca de media legua, empezaron á cañonear á los moros.

En la alternativa estos de aceptar el combate ó abandonar sus posiciones, optaron por lo último, y huyeron en todas direcciones en la mas completa confusion hasta colocarse á una distancia inmensa de nuestras tropas.

Visto esto por el general en jefe, dispuso que las fuerzas avanzadas regresasen en el mismo órden á sus campamentos.

Esta operacion, este alarde guerrero, que no nos costó una sola

gota de sangre, contribuyó á fortalecer mas y mas la moral de nuestras tropas. El general en jefe manifestó quedar plenamente satisfecho de los generales Rubin y Galiano por lo bien que comprendieron y ejecutaron sus órdenes, de la actitud tranquila y resuelta de la infantería y caballería, y de la prevision, órden y certera puntería con que el segundo regimiento de artillería montada efectuó sus disparos.

Mientras las fuerzas de tierra verificaban sobre el campo enemigo estas brillantes operaciones, veamos de que manera procedia la marina al desembarco de la division Rios y como tomaba esta posesion de los fuertes situados á la embocadura de la ria.

VI.

Desembarco.

Apenas amaneció, todos los buques de guerra y mercantes, que habia fondeados en la playa del Zamir, se pusieron en movimiento para doblar el Cabo Negro.

Los vapores mercantes remolcaban las cañoneras que habian ido á buscar á Ceuta el dia anterior.

La escuadrilla se componia de las fragatas *Princesa* y *Blanca*, de la corbeta *Villa de Bilbao*, y del vapor *Vulcano*, que llevaba en el tope la bandera de almirante ó capitana. Al ponerse en movimiento todos los buques de guerra izaron su bandera de combate.

Tambien iban varios faluchos guarda-costas, todos los buques de provisiones y municiones y los que llevaban á bordo la division Rios que eran el *Sena*, el *Victor Manuel* y otros de los vapores fletados por el gobierno.

Al doblar el *Cabo Negro*, Tetuan, la ciudad prometida, se ofreció instantáneamente á la vista de los espedicionarios asentada al estremo de un brazo de montaña. La ciudad les pareció grande, y vieron sus edificios, que eran todos blancos. Por la parte de arriba de la poblacion, se alzaba un castillo del que se veia desprenderse una mu-

ralla bastante alta, con torres cuadradas de trecho en trecho, que circuia la ciudad.

Nuñez de Arce, el corresponsal de la *Iberia*, que iba con la flota espedicionaria, á bordo del *Duero*, escribia lo siguiente:

«Figúrense Vds. primero una larga cadena de empinadas rocas cercando un verde y fertilísimo valle poblado de blancos caseríos, que parecen vistos de lejos palomas prontas á levantar el vuelo. En medio de esta vega se estiende Tetuan, dominada por la Alcazaba, vetusto castillo ó palacio situado en una eminencia, y casi en el centro de la ciudad se eleva un alto minarete, tal vez el de la mezquita, cuya construccion no es fácil percibir á la distancia en que yo me encontraba. Tetuan, como creo haber dicho á Vds., es una ciudad blanca y hermosa contemplada desde fuera; nada turba la agradable monotonía de su color, ni los tejados que no tiene, ni las ventanas que apenas se divisan: parece formada como Venus de la espuma del Mediterráneo.

»A mitad del camino hácia la playa se divisa la Aduana, edificio grande, pero al parecer de grosera arquitectura, y ya en la playa misma, el castillo que tan mal parado dejaron sucesivamente las granadas de las escuadras francesa y española.

»Es este último una fortaleza cuadrada, robusta en su base, pero de poca resistencia en el remate, malamente aspillerado. Súbese á ella por una escalera de cuerda colgada en la parte esterior del muro y que alcanza hasta el segundo piso de la torre, donde está la entrada pobre, mezquina y dificultosa.

»Parece un nido de cigüeñas.

»Sobre una colina y al pié de un castillejo derruido se divisa cerca de Tetuan el campamento moro. Todas sus tiendas son cónicas, como las que tienen nuestros oficiales, y están bastante bien ordenadas.»

Efectivamente, segun decia Nuñez de Arce, los moros estaban cerca de Tetuan. Acampaban frente de la Alcazaba, sobre la vertiente O. de las sierras que rodean el valle; al E. está la costa; al S. se ven las nevadas crestas del pequeño Atlas; y al N. estaba nuestro campamento.

Sin duda despues de la accion del 14, y al ver los árabes la divi-

sion de nuestras tropas, quisieron oponérseles en las sierras mismas, creyendo que esquivando los pantanos del valle, se correrian al Oeste para dominar desde la sierra la Alcazaba. Por esto quizá tenian abandonada la costa, como vamos á ver.

Las cañoneras y los guarda-costas se dividieron en dos grupos, y se tendieron en batalla cinco cañoneras con un guarda-costas á cada orilla, dejando la desembocadura del rio en medio. La derecha hizo algunos disparos á la costa, y despues el vapor *Vulcano* se puso en franquía, y envió cuatro ó cinco granadas á una de las baterías y al castillejo.

En tanto la *Princesa* y la *Blanca* habian tomado la vuelta para colocarse frente al castillo y á un edificio como polvorin ó depósito ó batería que estaba detrás.

La primera se puso en franquía y largó una andanada á la torre.

Las baterías árabes permanecieron mudas, y no contestaron como no lo habian hecho tampoco al saludo poco fraternal del *Vulcano*.

Viendo, pues, aquel silencio, la segunda division de cañoneras ó de la izquierda, avanzó hácia el rio; se aproximó tambien la primera, y se hizo seña para que principiara el desembarco de las tropas, ínterin se echaban á tierra 100 hombres de tropa y marinería á las órdenes del capitan de fragata Sr. Bernabé para apoderarse de los fuertes, no habiendo tenido necesidad de desembarcar toda la tropa y marinería que habia preparada para el caso en que los moros se hubiesen defendido.

La marinería desembarcada escaló la citada torre y arboló en ella nuestra bandera.

En ella se encontraron siete piezas de hierro viejas, mohosas, montadas sobre unas gruesas rodajas de madera, toscamente trabajadas y pintadas de negro. Al pié de los cañones habia un considerable número de cartuchos de artillería, vacíos, hechos de papel inglés, y en un nicho, cerca de la puerta, dos barriles de pólvora fina, tambien inglesa, uno de aceite y tres cajas de municiones.

Fueron encontradas tambien unas 1,000 balas de cañon y una bandera.

En la batería del N. se hallaron tres cureñas parecidas á las otras, 25 granadas de 68 sin cargar y 13 balas sólidas de 32.

Detrás del castillejo habia un almacen ó cuartel, con un agujero en el techo, abierto probablemente por alguna de las granadas que se arrojaron anteriormente. En este edificio hallaron nuestros marinos una docena de tiendas cónicas con listas azules y una gran cantidad de leña que sirvió por la noche para que los soldados de la division Rios encendieran hogueras.

En algun tiempo debieron pensar los moros en defender la embocadura del rio porque, además de las baterías rasantes que tenian mirando al mar, habian levantado una fuerte y dilatada trinchera, con buenas defensas contra la artillería.

Por lo que toca á la torre, tenia recientemente reparada toda su parte del S. E. conociéndose por lo nuevo el gran destrozo causado en ella por nuestros buques el 29 de diciembre.

A un lado y otro del castillo y del almacen veíanse esparcidas varias chozas, algunas casi perdidas en los pantanos, chozas de aspecto miserable que sus dueños abandonaron precipitadamente al ver aparecer los buques. Solo habian quedado guardándolas algunos perros de ganado que miraban recelosamente y con desconfianza á los estranjeros que se atrevian á hollar aquellas inhospitalarias playas.

Al lado de algunas chozas estaba la tierra removida, y la curiosidad obligó á algunos marineros á cavar en aquellos sitios, creyendo encontrar sin duda algun tesoro. Lo único que encontraron fué cadáveres de moros.

«Por todas partes y en todas direcciones, dijo Nuñez de Arce en una de sus pintorescas cartas, se veian las huellas recientes de la ancha babucha moruna, de caballos, bueyes, camellos y cabras. La aparicion de la escuadra habia ahuyentado de allí hombres y rebaños; todo habia huido de nosotros, menos la tierra sombría y muda.»

Mientras eran reconocidos estos sitios, desembarcaba la division Rios una milla al N. de la torre, empleándose en esta operacion, dirigida por el capitan de fragata D. Manuel de la Rigada, las lanchas que con este objeto habian enviado de Málaga y Algeciras, remolcadas por botes de los transportes y escampavías del resguardo.

Este desembarque tuvo lugar con toda prontitud, en el espacio de dos horas.

Dispúsose en seguida que los transportes fuesen á fondear cerca la

boca de la ria para desembarcar por ella los efectos pertenecientes á la division Rios y víveres para el ejército, al mismo tiempo que se mandaba regresar á Algeciras á las fragatas y al vapor *Isabel II*, que llevó de remolque á la corbeta *Villa de Bilbao*, disponiéndose que fuesen á sus cruceros los guarda-costas y entrasen en la ria las cañoneras, todo porque inspiraba poca confianza el aspecto del tiempo.

A las cinco de la tarde tomó el general Rios las posiciones de la ria, haciendo entrega de ellas el jefe del destacamento de marinos que quedó en la torre, capitan D. Segundo Diaz de Herrera.

El general en jefe, que avanzaba hácia la Aduana, edificio no muy distante de la torre, suspendió el movimiento en razon á haber encontrado un vado sobre el que habia que formar un puente para el paso de la artillería.

VII.

En una carta particular leimos, descrita de la siguiente manera, la operacion efectuada al tomar la torre:

«Cuando todos los buques de la escuadra aparecieron en línea de combate atracados á la costa, con solo dos brazas de fondo y prontos á fulminar sus proyectiles contra las baterías rasantes y fuertes, que los moros tenian artillados á la entrada de la ria de Tetuan, un hombre subido en el tope del falucho *Terrible* dió la voz de que los moros de la Torre Fuerte la abandonaban, retirándose en tropel hácia la Aduana. Al mismo tiempo la capitana daba la señal de *á tierra*. En aquel acto el alferez de fragata D. José Bayona pidió permiso á su comandante para lanzarse al agua el primero, y habiéndolo obtenido, y seguido de veinte hombres de la tripulacion, se arrojaron hácia la playa con el agua á la cintura unas veces y otras sumergidos. El alferez, marchando siempre á la cabeza, llevando al hombro derecho la bandera nacional y en la izquierda la carabina, llegó á tierra el primero y plantó la bandera sobre la playa; pero notando que no habia moros en las baterías rasantes ni en la trinchera, y que las tripulaciones de los demás buques saltaban á tierra y se dirigian

á la Torre, lleno de ardor y patriotismo corrió á la mencionada Torre, seguido de los del *Terrible*, y mientras unos apalancaban la puerta, situada á mucha elevacion, otros aseguraban una escala sobre las troneras de la dicha Torre.

»En esta operacion llegó la tripulacion del *Vulcano* y se presentó el capitan general de marina D. José Bustillos, cuyo jefe, enterado de que Bayona habia sido el primero en lanzarse al agua, en poner el pabellon español sobre la playa y el primero en llegar á la Torre, arrostrando el riesgo de ser víctima de una emboscada ó ataque imprevisto de los moros, le concedió la honra de ser el primero tambien en escalar la Torre, arrancar el pabellon marroquí que ondeaba sobre una almena de la misma, y plantar triunfante en su lugar la bandera de España, perteneciente al *Terrible*. La marroquí fué conducida al *Vulcano*.

»Mas de sesenta buques mercantes y de guerra de todos portes anclaron en la desembocadura del rio. Algunos faluchos y las cañoneras penetraron y fondearon en él.»

VIII.

Deseosos de que nuestros lectores puedan formarse una idea completa de las operaciones de nuestro ejército, vamos á transcribirles una carta que leimos en un periódico adicto al ministerio y que creemos escrita por el literato Sr. Navarro, que iba en el ejército espedicionario con un carácter oficial.

Héla aquí:

«Recordarán Vds. que les escribí una carta un poco alarmante recpecto á los peligros desconocidos que nos esperaban tal vez al paso de Cabo Negro y al desembocar en el valle de Tetuan. No sabíamos el número de enemigos que nos esperaban, si eran caballería, si eran infantería, qué géneros de obstáculos nos presentarian, si tendrian muchos reductos que, semejantes á la batería rasante situada en la playa, fuesen la última palabra de la ciencia militar de nuestros dias, si el terreno seria mas pantanoso de lo que temíamos, si solta-

rian las acequías que riegan este fecundo valle, si los moros que resistiesen nuestro empuje superarian en número, segun la declaracion de un prisionero herido, declaracion que tiene un tinte oriental, á las arenas que tienen las mares.

»Las termópilas del Cabo Negro fueron salvadas con tanto atrevimiento é inteligencia como fortuna, en un dia memorable para las armas españolas. Se dominaron desde entonces las alturas que desembocan en el valle de Tetuan, y al dia siguiente se pudo ver el valle, la ciudad, la ria, el fuerte Martin, y conociendo el terreno, prepararse para dar una batalla al enemigo, calculando sus fuerzas, y poder en su vista desembarcar en el valle sin peligro.

»Así se hizo en efecto el dia 14, de una manera tan bella, tan cumplida, tan admirable como Vds. habrán podido inferir por una de las anteriores correspondencias en que les describí con bastante minuciosidad, y sobre todo con mucha exactitud, aquella magnífica funcion militar. El general en jefe, que dirigió esta batalla, el general Mackena y brigadier Villar que trasmitieron su pensamiento, y el general Rubin que mandaba la division de reserva, que fué la que presentó la batalla, y el general Galiano que mandó la division de caballería en apoyo de la artillería é infantería, son acreedores á los mayores elogios.

»El enemigo huyó, y lejos de aceptar la batalla en un valle en que tan fácilmente hubiera podido maniobrar su caballería, que es el nervio, que es la fuerza mayor de su ejército, tuvo que retirar su campamento de la montaña mas avanzada huyendo del fuego graneado y certero de nuestra artillería rayada de á doce.

»Se sabia, pues, á qué atenerse, si no respecto al número de sus fuerzas, al menos respecto á su empuje y á las asechanzas que el enemigo nos tenia preparadas en el valle. Así, desembarcaba el mismo dia con gran fortuna la nueva division del general Rios; así, nuestra marina plantaba el pabellon de Castilla en el fuerte Martin; así, en el siguiente, fuerzas españolas se posesionaron pacíficamente de la Aduana de Tetuan; así, mas adelante, todo nuestro ejército tomaba posicion en su valle y desfilaba sin inconveniente alguno ese inmenso bagaje, esa bien llamada IMPEDIMENTA, que encierra siempre en un círculo de hierro á cualquier general que mande operaciones en Africa.

»Hoy dia, los diferentes cuerpos de ejército que tenemos en este valle se estienden desde la Aduana hasta la playa, apoyada nuestra izquierda en la ria, que el enemigo no puede salvar; la retaguardia en la costa, que es invulnerable, y la vanguardia y nuestro flanco derecho por el terreno pantanoso que tenemos en frente, por dos riachuelos y además por nuestra trinchera.

»No hemos tenido hasta ahora ocasion en que nuestro general en jefe no nos haya dado á conocer sus grandes cualidades estratégicas; pues con sus concepciones ha logrado grandes ventajas y economizado mucha sangre. El paso del Monte Negron en el gran desfiladero que le precede, y el del Cabo Negro, en que su ejército llegó á ocupar una línea de dos leguas, es obra de mérito y de un estudioso análisis. No es posible entrar en mas detalles: quede sentado, sin embargo, que de cualquiera de los puntos de esta estensa línea, las tropas estaban en disposicion de combatir y con sus reservas, las armas bien combinadas, y la impedimenta prosiguiendo su camino con órden, con desembarazo y con completa seguridad.

»Tanta ventaja no se logra sin dos cosas principales; buena cabeza directiva é inteligentes personas que la secunden, que la comprendan. El general en jefe está ya juzgado como militar y nada nuevo se puede decir de él. Ha sabido elegir un personal de generales, estado mayor y ayudantes que secunden sus pensamientos admirablemente. Del ejército nada se puede ni se debe decir: es español y basta.»

Á ORILLAS DEL GUAD-EL-JELÚ.

I.

Todos esperaban un ataque serio para el dia 19, y sin embargo, no lo hubo. Los árabes se limitaron á adelantar un cuerpo de caballería como en observacion, y el dia se pasó sin mas novedad que la de alguno que otro cañonazo.

El cuartel general bajó á acampar á orillas del rio, junto á la torre tomada el dia anterior, siguiéndole todas las tropas, menos Prim, que con los suyos y algun refuerzo quedóse á retaguardia guardando las alturas.

Visto el movimiento, los moros variaron su campo, dando el frente al nuevo campamento. Le colocaron en mitad de las vertientes al O. del valle, y paralelo á la alcazaba de Tetuan.

Prim no emprendió su retirada hasta la noche.

Por la mañana dos batallones de infantería de la division Rios se establecieron en el edificio llamado la Aduana, fondeando tambien junto á él algunas cañoneras.

Ya hemos dicho que la Aduana está colocada junto al rio, á una milla de la costa. Al reconocerla, se encontraron en ella varios efectos, muchos sacos de azulejos, muy caprichosos y pequeños, como para las menudas labores de las construcciones árabes; varios cascos de botellas de cerveza inglesa, café sin tostar, una sombrilla y un abanico de mujer, camas de tablas con colchones rellenos de plantas

aromáticas, alcuzas, un velon con cuatro mecheros igual á los que se usan en España, un columpio para mecerse en pié, dos barriles de caparrosa, cajas con magnífico vidriado de loza inglesa, pólvora inglesa, tres tiendas en buen estado, un barril de rom y varios fardos de cueros.

El artista Vallejo, que es el que ha dibujado las láminas para las *crónicas de la guerra*, cuenta que en una habitacion de la Aduana halló el *Gil Blas* en francés.

Nuñez de Arce dice que al entrar en ella los soldados hallaron en el hogar lumbre encendida, y en un puchero, separado del fuego, pero todavía caliente, una gallina guisada que tuvieron la precaucion de no tocar, porque, si, como dice el refran, puede tomarse del *enemigo el consejo*, es sin embargo muy peligroso tomar de él el cocido; mucho mas si este enemigo es moro y tiene en su poder, como el intendente de la Aduana, tres barriles de sulfato de cobre, que tambien cayeron en nuestras manos.

El cuerpo de Rios acampó al rededor de ella en vanguardia, siguiéndole la caballería, el cuerpo de Ros mas á la derecha, la artillería mas al centro; luego el cuerpo de Rubin y el cuartel general, y á la derecha, casi sobre la costa, Prim.

Una vez acampado el ejército, los oficiales, los corresponsales de periódicos, los curiosos que seguian la campaña, comenzaron á hacer sus observaciones, á recorrer los lugares hasta el punto donde prudentemente podian aventurarse, á estender su vista hasta donde alcanzaba y á investigar y hacerse cargo de los sitios y circunstancias que les rodeaban.

Por de pronto pudieron ver un ancho camino que desde la costa conducia á la puerta Sudeste de la ciudad, cuya entrada parecia estar defendida por una batería como de ocho cañones. En la alcazaba vieron ondear un pabellon que con el anteojo y los cambiantes de sol parecia ser de un rojo oscuro.

En cuanto á la ciudad, continuaba como siempre, sin dar señales de vida como si estuviese abandonada y semejando un gran monton de piedras blancas. Entre sus casas podian distinguirse perfectamente grandes huertos de naranjales y granados. En una torre ó castillo de la ciudad se veia flotar una bandera negra.

Al principio, segun ya hemos indicado, se creyó que Tetuan estaba desierto, pues ni se veia humo ni se percibian luces, ni, á pesar de una detenida observacion, se notaba allí vida ni movimiento alguno, pero ya luego fueron todos persuadiéndose de lo contrario, y se supo que dentro la ciudad quedaba aun mucha gente. Era natural que las personas bien acomodadas y que mas tuviesen que perder se hubiesen ausentado para ponerse en salvo, llevándose todo lo posible de sus bienes, pero las restantes habian permanecido, resignadas á lo que pudiese sobrevenir. Por lo demás, en las casas moras no hay chimeneas, en la mayor parte al menos, y en cuanto á las luces, era muy posible que no las encendiesen ó las ocultasen mucho para que no sirviesen de blanco á nuestra artillería.

El edificio de la Aduana fué muy especialmente objeto de curiosidad é investigaciones. Todo el mundo lo queria ver, todos querian entrar en él, todos ansiaban visitarle. Y sin embargo, nada de particular ofrecia. Pronto pudieron convencerse de lo que era: un edificio irregular en su forma con algunas habitaciones espaciosas y techos de bien labrada madera, y algunas ventanas adornadas de pequeños azulejos por la parte interior y cubiertas con persianas. La escalera y las puertas en estremo mezquinas, sin que nada revelase el buen gusto que en otras épocas presidió á las construcciones árabes en España. Todo el edificio termina en azoteas, sin que haya tejado alguno, y está bien blanqueado, por lo cual presentaba de lejos un agradable aspecto. En uno de sus ángulos tenia una como garita ó torrecilla sobre las tapias de un corral y en frente un cobertizo para caballerías. Mas que Aduana ó fortaleza, pareció á nuestros soldados una especie de casa-cortijo, una casería andaluza ó un meson pequeño de los situados á orillas de los caminos.

El general en jefe dispuso muy oportunamente hacer obras de fortificacion en torno de la Aduana y establecer en ella y en la Torre almacenes de víveres y municiones para que el ejército de nada careciese, aun cuando el viento de levante, tan terrible y frecuente en aquellas costas, dispersase otra vez la ciudad flotante que hasta este dia fué la providencia de los espedicionarios.

Pasemos ahora á la descripcion del terreno para que nuestros lectores puedan comprender, no solo la situacion del ejército, sino las

operaciones de que hemos aun de dar cuenta en el curso de esta obra.

Desde la playa hasta la distancia de una legua, poco mas ó menos, solo se divisaba una estensa llanura húmeda y pantanosa, donde solo crecian espadañas y juncos en abundancia. No tardó en decirse, sin embargo, que la verdadera causa de dominar entonces en el valle de Tetuan el terreno pantanoso, consistia, mas bien que en las condiciones naturales de su topografía, en la circunstancia de haber abierto los marroquíes varias sangrías en el Guad-el-Jelú con objeto de inundar los campos é impedir el paso de nuestro ejército.

A la derecha de este, y mirando hácia Tetuan habia lagunas que convertian el terreno de todo punto intransitable por aquel sitio. Despues se le empezaba á ver elevarse un poco y ya por fin se le veia cultivado, cubierto de árboles, y sembrado de blancas casitas que daban un colorido pintoresco á la perspectiva.

Por último, veíase una especie de meseta ó colina prolongada, que declinaba hácia el rio por la parte del Sur, y corria al Norte á enlazarse con otras que se sucedian hasta unirse con el Cabo Negro.

En la pendiente de esta colina, próxima al rio, veíase asentada la ciudad de Tetuan, y en la misma, hácia la parte del Norte, el campamento marroquí junto á una vetusta torre que tenian entonces rodeada de cañones.

En último término de este pintoresco panorama veian aparecer nuestros soldados una sierra alta y escarpada, de aspecto semejante á la tantas veces nombrada y para siempre famosa Sierra Bullones.

Nuestro ejército se encontraba por lo tanto con el mar á la espalda, el Guad-el-Jelú ó Martin á la izquierda, y apoyado el flanco derecho en las lagunas, pudiendo únicamente ser atacado por el frente.

Dudábase de que, en la precipitacion con que el enemigo habia abandonado las obras construidas á orillas del mar, hubiese tenido tiempo de retirar su artillería. En su consecuencia, comenzaron á practicarse escavaciones en todos los puntos donde se veia la arena removida. Al principio, solo se descubrieron grandes zanjas en donde se habian enterrado cadáveres, pero por fin, aquella misma tarde, al pié de una de las baterías, se hallaron siete cañones de hierro de grueso calibre con sus cureñas correspondientes, y unos y otras en

mejor estado por cierto que los que en su fuga habian abandonado los moros en la casa fuerte.

Con estos mismos cañones se artilló el reducto formidable construido delante de la Aduana, y que ponia á cubierto de cualquier sorpresa intentada por los marroquíes el repuesto general de víveres que luego se estableció en ella por disposicion del general en jefe.

II.

Nos hemos propuesto ir narrando dia por dia los sucesos de nuestra gloriosa campaña, siguiendo paso á paso el ejército en su camino erizado de peligros, sí, pero lleno de gloria. Ya habrán observado nuestros lectores, que ni un solo dia hemos dejado en blanco, pues creemos que es el mejor método para que puedan ellos apreciar debidamente los acontecimientos.

El 18 fué, como el anterior, un dia bastante infame para la tropa. Reinó un poniente fuerte, cayendo frecuentes chaparrones, que los soldados sin embargo recibian alegres, sirviéndoles aun de tema para sus dichos y sus bromas.

Fueron continuando los trabajos de atrincheramiento de la Aduana, y siguieron desembarcándose víveres y efectos. Desde el dia anterior siguió ya sin interrumpirse la llegada de vapores tanto nacionales como extranjeros, fletados por cuenta del gobierno español conduciendo en grande escala toda clase de víveres y municiones, que la actividad y constancia de los soldados y marineros lograban poner á cubierto en los nuevos almacenes de la moruna Aduana, á pesar de las dificultades que oponian la barra y la poca agua del rio.

Ocupada ya por el ejército la embocadura del Martin, sus fuertes y la Aduana de Tetuan, el general en jefe envió este dia á la aprobacion de S. M. un decreto declarando dichos puntos, y la poblacion de Tetuan, cuando se ocupara, puertos francos para toda clase de artículos sin escepcion de ningun género.

Esta disposicion, firmada por S. M., se publicó en la *Gaceta* algunos dias mas tarde.

El enemigo permaneció todo el dia en su mismo campamento, á tiro de cañon rayado al frente del nuestro.

El conde de Lucena se adelantó á reconocer el camino por el lado de Tetuan, pues siendo el terreno pantanoso, quiso enterarse por sí mismo de los sitios que ofrecian menos dificultad al paso del ejército. Los moros, que le distinguieron desde su campamento, le dispararon á él y á su escolta algunos cañonazos, pero los proyectiles se quedaron á mitad del camino.

Por la tarde, un jefe de estado mayor hizo otro reconocimiento por la derecha.

Llegaron dos vapores y un buque, remolcado por uno de los primeros, conduciendo el tren de sitio que habian embarcado en Cádiz.

Constaba este tren de 27 morteros de á 27 y 32; de 18 piezas de á 24 y 16; de 4 obuses de á 21, calibre nuevo, y 4 piezas rayadas de á 12; en todo 44 bocas de fuego, á las que se podian agregar 6 piezas rayadas del tercer regimiento de artillería montada. El embarque se hizo en Cádiz en cuatro buques, dividiendo el tren en otras tantas secciones, formando cada una de estas un tren pequeño, á fin de que, en el caso de no llegar á tiempo alguno de los buques, por uno de esos incidentes tan comunes en la navegacion, se tuviesen siempre piezas de todos los calibres necesarios. El número de proyectiles aprestados para el servicio de este tren, ascendia á 9,000 bombas y 13,000 balas y granadas.

III.

Tambien el 19 transcurrió sin novedad por parte de los moros.

El general en jefe publicó una órden del dia dando oportunas disposiciones: 1.° para que no hubiese desórden en la marcha de los bagajes; 2.° para que con el bagaje de cada batallon no marchase mas que un soldado por compañía; 3.° para que no se incendiase ninguna choza, advirtiendo que serian castigados con el mayor rigor los que tal hiciesen; 4.° para que los jefes de divisiones, inmediatamente despues de concluido un combate, diesen la relacion nominal de los

muertos y heridos; 5.° para que en los dias de accion no se separasen de las filas conduciendo heridos mas que cuatro hombres para cada camilla y un individuo para los heridos que pudiesen marchar por su pié, hasta encontrar la guardia civil; y 6.° para el cuidado de las acémilas, con absoluta prohibicion de que los brigaderos fuesen maltratados por nadie.

Estas disposiciones fueron dictadas para evitar algunos abusos cometidos.

Hubo que lamentar un hecho desgraciado.

De resultas de los bombardeos que tanto los buques franceses como los nuestros habian llevado á cabo contra la Torre situada á la embocadura del rio, habian quedado esparcidas por el campo muchas balas y granadas. Estando reunidos un artillero y varios soldados de caballería se determinó el artillero á sacar la pólvora de una granada que allí habia, y como era aquella de percusion, al dar con ella un golpe se inflamó, resultando hecho pedazos el artillero, que era del tercer regimiento, y un soldado de caballería, quedando cinco muy mal heridos.

IV.

No hubo nada de particular en este dia.

Continuaron por nuestra parte los trabajos de trincheras y el desembarque de víveres y municiones. Por parte de los moros una inmovilidad completa.

En la noche de este dia tuvo lugar un hecho, que despues se reprodujo varias otras veces desgraciadamente, y que prueba lo alerta que debian vivir nuestros soldados para con sus enemigos.

Unos 20 moros, con la intencion de causar alguna víctima, se aproximaron á nuestras trincheras á favor de las tinieblas, y dispararon algunos tiros, causándonos un herido de poca consideracion. Los soldados que hacian el servicio de las trincheras contestaron á sus disparos, y los moros huyeron.

No podemos resistir el placer de insertar por entero una carta que

con fecha de este dia nos escribieron desde el campamento, y la cual dice de este modo:

«Nada notable ha ocurrido aquí, pues todo consiste en hacer preparativos para la toma de Tetuan, colocar baterías, hacer trincheras y racionar la tropa. La ciudad, segun unos, resistirá, pero hay quien cree que no hará gran defensa. Ayer se presentaron unos moros para hablar al general en jefe, pero este no quiso recibirlos; dice que no admite mas proposicion que la rendicion completa de la ciudad, ó de lo contrario la destruye. Su idea es no perder un solo hombre en el ataque. El tiempo sigue muy variable, el sol se asoma por momentos, pero las nubes vencen y parece que nos amenazan. La vida del campamento es monótona, pero no deja de ser el cuadro interesante y animado. Al amanecer los toques de diana en los distintos regimientos forman una confusion de sonidos no del mejor efecto, pero agradable segun como se interpreta. Las primeras voces que se oyen son las de los soldados que se piden unos á otros sal, fuego ó algo por el estilo. Entre la bulla y la algazara se oyen ocurrencias felices, capaces algunas de que Breton las envidie: con burlas ó con chanzas contestan á los vendedores de ginebra ó aguardiente que van y vienen, y siempre para ellos es tiempo de risa, siempre oportunidad para sus dichos. Sus primeras faenas son encender las hogueras y preparar el café; lo toman ellos y nos lo entran á nosotros. Acto continuo se levantan las camas, es decir, se recogen los sacos llenos de juncos que llamamos camas. Preciso es salir de la tienda para ver el cuadro general que presentan sus alrededores: grupos por todos lados, los unos cortan leña, otros la encienden, otros se dirigen á la playa en busca de provisiones. Aquí un monton de galleta, no muy lejos, en bien ordenadas filas, las ya célebres latas de carne; humo por todas partes y confusion de objetos, tiendas, acémilas y juncos en direccion al mar que sirve de fondo al cuadro. Preparadas ya las provisiones empieza un período de mas calma; se condimenta el almuerzo ó la comida, y entretanto los soldados limpian sus armas ó se ocupan de su aseo personal. El interior de las tiendas ha cambiado tambien de aspecto: sentados los oficiales en donde mas cómodamente pueden colocarse, se dedican unos á escribir, otros á relatar los hechos pasados, y no son pocos los que matan el tiempo en un inocente tresillo, una pro-

saica brisca ú otro pasatiempo por el estilo. El contínuo viento, alternado con la lluvia, no nos permite pasear mucho, y esperamos la hora de comer ocupados como he repetido á Vd.

»El plato diario es el arroz, con cuyo motivo ha tomado el nombre de *fijo de Ceuta*; el de honor es carne de latas, muy exquisito por cierto: este último plato merece todas las distinciones. Repetidas veces durante el dia se interrumpe la escritura, el relato y el juego, por los disparos de espingarda, que nada indican mas que deseos de molestar, y que por lo mismo no se les hace caso. La noche hace mudar el cuadro totalmente. Las infinitas hogueras, el humo que despiden y las sombras de las tiendas dan un color particular á la decoracion. A esta hora está todo animado otra vez: los soldados cantan, las músicas tocan y se oyen mas ó menos cercanos los motivos de Bellini, no dejando de hacer una impresion grata y extraña á un mismo tiempo los trozos de la *Sonámbula* oidos en las plazas de Africa, ó los cantos de los *Puritanos* junto á los muros de Tetuan. Profanan estos sonidos los relinchos de las tristes acémilas, tomando parte en la bulla los jumentos y haciendo todo lo que saben. La noche adelanta y va cesando todo; las fogatas se apagan, las recortadas sombras que en ellas se proyectaban desaparecen, y cada uno busca su saco de juncos ó un puñado de yerbas para esperar el siguiente dia.

»Anublan este cuadro los heridos y enfermos, cuya asistencia no ha llegado todavía á la perfeccion que seria de desear. A la orilla del mar hay una tienda, destinada á recibir á los dolientes antes de su embarque para la traslacion á los hospitales flotantes, Ceuta ó España; pero como es bastante reducida, esto produce á veces alguna confusion, que aumenta los padecimientos de los infelices. Sin embargo, se hace lo posible por remediarlo y poco á poco se va perfeccionando este servicio.

»Los catalanes que tenemos por aquí acreditan lo que son, y honran á esas provincias: siempre activos, siempre provechosos, distinguiéndose por sus servicios. Ellos son los que atienden y proveen con mas acierto y mas ventajosamente al campamento; carnes, pan, velas y trajes de los de mas utilidad son ellos quienes los proporcionan, y entre los cantineros y vendedores ambulantes son los mas atentos y en quienes se ve mas cortesía é instruccion. Si venden licores ó aguar-

diente, si su traje es andrajoso y su porte es malo, no hay que preguntar, estos no pertenecen á Cataluña; si por el contrario se encuentra uno que vende chorizos, quesos, camisas de algodon, mantas ó artículos de alguna importancia, no hay que poner en duda que pertenece á esas provincias. En todas partes se les halla y ponen de manifiesto su adelanto y su capacidad. Concluiré dando una noticia, única novedad de hoy. A algunos soldados que ambiciosos de coger unas naranjas que les ofrecian los árboles que tenemos cerca de nuestro campo se habian alejado demasiado, los moros, siempre en acecho han tenido una linda ocasion para cogerles. Caras naranjas! desgraciado deseo! Nada puedo añadir por hoy, se desea vivamente salir de la inaccion, tanto para adquirir un nuevo triunfo, como porque es sabido que las enfermedades aumentan cuando se acampa dos dias seguidos en un mismo punto.»

V.

El 21 llegó al campamento el general Pavía, acompañado de su estado mayor, con objeto de visitar al general en jefe y al mismo tiempo ver las tropas y reconocer el campamento, operacion que efectuó á las cuatro de la tarde acompañado del general en jefe, comiendo luego con este, durmiendo en su tienda y saliendo á las cinco de la madrugada del dia siguiente en direccion á Málaga.

El general Pavía estaba destinado para ser el jefe de otro cuerpo de ejército, si era necesario que pasasen nuevas tropas al Africa.

Fué el 21 dia de llegada de personajes al campamento.

Llegó el jóven conde de Eu, descendiente de una augusta casa é hijo del duque de Nemours, que tan merecidos lauros conquistó para la Francia en sus campañas de Argelia. El ilustre descendiente de la casa de Orleans fué destinado como nuevo ayudante de órdenes del general en jefe.

Segun cartas del campamento, es un jóven de diez y siete ó diez y ocho años, de figura simpática, alto, rubio, de hermosos ojos que

revelan gran penetracion y viveza, y de elegantes modales en los que se descubre una cortesía y una franqueza especiales.

El 27 de diciembre habia salido de Lóndres con su padre á bordo del vapor *Sultan*, sufriendo una horrible tempestad, la cual les obligó á gastar once dias en un viaje que se hace en tres. Hasta el 7 de enero no llegaron á Vigo ambos personajes. El 8 estaban en Lisboa donde el rey de Portugal, primo del conde de Eu, se apresuró á ofrecer una régia hospitalidad al padre y al hijo en su palacio. Cuatro dias permanecieron en Lisboa, y luego el vapor de guerra portugués *Doña María Ana* los condujo el 14 á Cádiz, en donde les esperaba ya, enviado por el general en jefe conde de Lucena, su ayudante de órdenes, teniente coronel y oficial que fué de artillería Sr. Velarde, ayudante del duque de Montpensier.

Pocos dias estuvo el conde de Eu en Cádiz, los suficientes solo para que le hicieran su uniforme. Cuando lo tuvo listo, hizo sus visitas de ordenanza, y tan luego como lo permitió el tiempo, se embarcó con el Sr. Velarde con rumbo á nuestro campamento.

El duque de Nemours, que mira con predileccion el suelo africano, teatro de gloria en mejores dias para su noble familia, al despedirse de su hijo, derramando lágrimas, le dirigió las siguientes palabras:

—Hijo mio, cumple con tu deber y no olvides nunca el nombre de tu familia.

El duque de Nemours no fué al campamento á presentar en persona su hijo al general en jefe, por no dar importancia á este acto y por no causar embarazos con su presencia, á lo que parece, cosa que realmente revela en él mucha delicadeza. El duque, sin embargo, escribió una carta al conde de Lucena recomendándole su hijo.

En el mismo vapor en que llegó al campamento el conde de Eu, lo efectuó tambien un subteniente de la guardia imperial de Rusia, el caballero Waldemaro Becker, natural de Finlandia, quien, con permiso de su gobierno, iba á unirse á nuestro ejército para seguir las operaciones de la guerra.

El conde de Eu y el caballero Becker fueron recibidos por el general en jefe de nuestro ejército con la amabilidad y finura que le caracterizan, habiéndoles convidado á almorzar lo mismo que al señor Velarde.

Continuaron durante este dia los trabajos del campo.

Por lo que parecia, pues las intenciones del general en jefe eran impenetrables, se iban á construir tres reductos, ó, por mejor decir, dos, que formando con el fuerte Martin un triángulo, dominasen siempre las costas, sostuviesen las comunicaciones con la escuadra, y preparasen y apoyasen el movimiento que se proyectaba sobre Tetuan. Parece que se trataba de que el primer reducto lo constituyese por si dicho fuerte en el punto de confluencia de la ria con el mar; el segundo la Aduana, que se fortificó de una manera formidable, ofreciendo cabida desahogada para un batallon, y el tercero debia construirse en medio del valle; de modo que á un tiempo se dominara el campamento de los marroquíes y quedara el ejército en disposicion, sin necesidad de tomar este campamento, de constituirse en el sitio mas conveniente para hacer sentir el peso de todo su poder á la plaza enemiga.

VI.

Poco ó nada, para espresarnos mejor, tenemos que decir tocante al dia 22.

Ninguna novedad ocurrió en el campamento, y prosiguióse activándose el desembarco de los efectos de guerra y la fortificacion de los puntos señalados.

Hubo, pues, una calma completa, pero en este dia fué la calma que precede á la tempestad, pues que el 23 estaba destinado á ver otro sangriento combate y por lo mismo otro notable triunfo por nuestra parte.

Desde el memorable dia 14 los soldados no habian tenido ocasion de batirse con los marroquíes, y por cierto que estaban ya impacientes, porque, como se decia en una correspondencia: «cuando la tropa se acostumbra á combatir, el dia que no hay funcion, ó, lo que es lo mismo, cuando no andan á tiros, parece que les falta algo.»

La lucha con todas sus peripecias y peligros llega á ser una necesidad para los hombres avezados á sus violentas emociones, sobre

todo en razas como la española, por naturaleza bélicas y guerreadoras.

Sin embargo, en todos aquellos dias de calma, pocos fueron los soldados del ejército de Africa que estuvieran ociosos en las cortas horas en que el sonoro clarin no les llamaba á los combates, por ellos tan ardientemente anhelados.

Caminos, trincheras, fortines y reductos, descarga y conduccion de víveres y municiones, transporte de heridos y enfermos, tales fueron las variadas y no interrumpidas faenas con que probaron en aquellos dias los bravos del ejército espedicionario que sus virtudes y paciencia estaban á la altura de su valor.

Aprovechemos la ocasion para decir algo del estado higiénico de nuestro ejército, segun lo que se desprende de las observaciones hechas por facultativos y personas peritas.

Nuestras tropas sufrian las contrariedades del clima con resignacion y hasta con alegría: se iban aclimatando, y algunos, repuestos de las primeras influencias, se robustecian y se mostraban ya con todas las condiciones de fuertes veteranos.

El resultado del repentino cambio de clima produjo al principio, como era de esperar, fuertes impresiones en todos. Las mañanas en África son húmedas y nebulosas, con tal intensidad, que penetraban sus miasmas hasta en los huesos de nuestros soldados. Desde el toque de diana, hasta que el sol resplandecia algo avanzado en su salida, esa niebla y esa humedad se mantienen en la admósfera. Pronto, empero, el sol, penetrando y recogiendo esa humedad, disipa la niebla. El calor de todas las horas que siguen es pegajoso, penetrante y poco sano.

Puesto el sol, empiezan la niebla y la humedad, que van aumentando por la noche, produciendo un rocío semejante á menuda lluvia, y al dia siguiente se repite lo mismo.

En cuanto á las tempestades, participan de la furia del huracan y de la gravedad de la tormenta. Se desatan las lluvias en abundancia produciendo canales y arroyos ó inundando la tierra. Sacude el aquilon millares de árboles de los bosques como si fueran una ligera cabellera, y troncha las ramas débiles y los troncos mal seguros, dobla las tiendas de campaña y mezcla la variedad de su ruido al confuso murmullo del mar que brama á no larga distancia como si amenazara sumergir al mundo.

Este espectáculo y la perspectiva de una naturaleza feraz y accidentada sorprendia al principio de la campaña á nuestros soldados, al paso que los rigores del clima les causaban muchas bajas de calenturas, cólera, pasmos y dolores. A los mismos oficiales y tropa que no sentian alteraciones en la salud se les veia pálidos, demacrados, flacos, con los ojos hundidos, fruto tambien de las malas condiciones para entregarse al sueño, lo que, añadido á la barba larga y destrozada ropa, les daba un aspecto triste en oposicion con el humor jovial y la firmeza de corazon que les animaba.

Todo esto fué cambiando con lo avanzado de la estacion en África y con la llegada á la vega de Tetuan. Las nieblas y humedades disminuian y aumentaba el calor. El cólera tambien desaparecia y le reemplazaban unas calenturas de carácter irritante, que se atribuia al abuso del café, pero poco á poco, aleccionado ya el ejército con el sistema higiénico de campaña, fueron reduciéndose á muy pequeña proporcion las bajas por enfermedades.

VII.

Accion del 23.

Tocábales á los soldados de la division Rios recibir su bautismo de fuego y de sangre. Lo recibieron como buenos y como valientes.

Al amanecer se comenzó á trabajar en los trabajos de la fortificacion que se estaba levantando en medio del valle y á la que se daba el nombre de *la estrella*. Se hallaban protegiendo estos trabajos un batallon de infantería, dos escuadrones de caballería, y un escuadron del regimiento de artillería de á caballo, á las órdenes del brigadier Villate.

A las nueve de la mañana, poco mas ó menos, estuvo allí el general en jefe, y solo vió algunos grupos de moros de infantería y de caballería que, á mas ó menos distancia, se hallaban colocados en direccion á su campamento y que disparaban alguno que otro tiro á que no se les contestaba. El general examinó los trabajos, hizo sus prevenciones

al jefe, y regresó al campamento en la persuasion de que nada intentaria el enemigo.

Sin embargo, no fué así como vamos á ver.

Eran los dias del príncipe Alfonso, y el general, con objeto de celebrarlos en algo, habia ordenado que las divisiones se dispusieran para una formacion que se verificaria por cuerpos en su campo respectivo, para ser revistadas por él una despues de otra.

La batería situada á vanguardia disparaba de cuando en cuando contra los moros, que iban aumentando paulatinamente sus grupos.

Concluida la revista, algunas divisiones se pusieron á maniobrar. Las del segundo cuerpo evolucionaban á la orilla del mar, mientras que algunos batallones de la del general Rios lo verificaban á la derecha de la Aduana.

Era ya mas de mediodia, cuando el general en jefe recibió un parte del brigadier Villate, notificándole que progresivamente se haba ido aumentando la fuerza enemiga que tenia al frente con mucha infantería y caballería, pareciendo todo presagiar que los moros intentaban dar un ataque serio.

El conde de Lucena, sin perder un momento, se dirigió entonces al punto amenazado, ordenando que le siguiese la caballería, que avanzase el tercer cuerpo, dos escuadrones del regimiento artillería de á caballo, y una compañía del tercero de posicion; y al general Rios que con algunos batallones se adelantase á cubrir la izquierda.

Al llegar el general en jefe al reducto en construccion, el enemigo habia avanzado hasta ponerse á menos de tiro de fusil de dicha posicion, procurando estenderse en crecido número de caballería por la derecha de nuestra línea. Tambien se hallaba cubierto de grupos de caballos marroquíes el llano, al otro lado del rio Alcánfara, más que rio, riachuelo que desciende de Sierra-Bermeja y desagua en el Guad-el-Jelú.

Interin llegaban las tropas del tercer cuerpo y la division Rios, el general en jefe ordenó al general García que contuviese al enemigo por la derecha, lo cual efectuó con dos escuadrones de caballería y una compañía de infantería, que, desplegada en guerrilla al pié de las lagunas que cubrian todo el frente, alejaron bien pronto los caballos enemigos, los cuales se colocaron á distancia. La batería del regi-

miento de artillería de á caballo, que formaba parte de las fuerzas encargadas de proteger los trabajos del reducto, cañoneaba con buen éxito al enemigo.

En esto, llegaron las otras dos baterías del mismo regimiento y una de posicion, con las cuales y la ya citada, el general en jefe quiso alejar al enemigo de nuestro frente sin empeñar el combate.

Sin embargo, un incidente vino á desbaratar este plan del conde de Lucena.

Ya hemos dicho que los batallones de la division Rios entraban aquel dia por vez primera en fuego. Llegó dicho general al punto que se le habia señalado con un batallon del regimiento de Cantabria, el cual desplegó en seguida una guerrilla. Los soldados ardian en deseos de distinguirse y de igualar en valor á sus bizarros compañeros de los otros cuerpos; así es que la guerrilla desplegada lanzóse denodadamente sobre el enemigo, empeñándose en perseguirle, y arrastrando en pos de sí á todo el batallon.

El general en jefe le envió órdenes terminantes para que se detuviera, pero estas órdenes no llegaron á tiempo, y el batallon se encontró al otro lado de las lagunas, separado de nuestra línea por ellas y en un terreno despejado donde podian obrar todas las armas.

El enemigo, astuto y conocedor del terreno, quiso aprovechar aquel momento para esterminar el batallon.

Comprendió el general Rios todo lo crítico y solemne de aquel instante, y viendo ya muy cerca á la caballería enemiga, que habia ido engrosando por momentos, se dispuso para recibirla formando el cuadro con el batallon, y encerrándose dentro de él con el brigadier Morales Rada, con el teniente coronel Armada, que le habia ido á comunicar órdenes del general en jefe y que no pudo retirarse, y con todo su estado mayor, mientras que el coronel de Cantabria quedaba fuera con la compañía de cazadores protegiendo el cuadro y formando pelotones de por sí para resistir al enemigo.

Este avanzó entonces, algunos de sus caballos llegaron hasta tocar la bayoneta de nuestros soldados, pero al verlos á estos compactos, resueltos, impasibles, formando una muralla de bayonetas, sin disparar un solo tiro, les faltó corazon y retrocedieron, desplegándose entonces el batallon y haciendo un fuego horroroso por des-

cargas cerradas sobre la caballería enemiga, puesta en fuga.

La formacion de este cuadro, las circunstancias que lo acompañaron, la bizarría del general Rios, la serenidad de sus soldados, merecieron elogios generales en todo el ejército.

Parece ser que momentos antes de entrar en fuego, colocado este mismo batallon bajo el campamento enemigo, los oficiales se entretenian en beber alguna copa de ginebra, y uno de ellos alargó y presentó una al general, que acertó á pasar en aquel momento.

El general Rios, que no bebe licor alguno, tomó, sin embargo, la copa que le ofrecian, y dirigiéndose á todos sus soldados, esclamó:

—Yo no bebo, pero hoy lo hago por el valor de todos vosotros, y espero que lo demostrareis haciendo huir al enemigo.

En seguida llamó á uno de los soldados y partió con él la copa.

El batallon de Cantabria contestó dignamente, frente á los moros, al brindis de su general.

El general en jefe, que habia previsto el pensamiento del enemigo, y le vió disponerse á atacar el batallon de Cantabria, se lanzó en apoyo de este con las fuerzas que tenia á sus órdenes: eran estas dos escuadrones de lanceros de Farnesio, mandados por el brigadier de caballería Sr. Romero Palomeque, el batallon de cazadores de Baza, el del regimiento de la Reina, y cuatro compañías del de Zamora y de los de cazadores de Ciudad Rodrigo y Segorbe.

Las lagunas que cubrian el frente de nuestra línea eran profundas y cenagosas, ofreciendo un obstáculo verdadero, pero en aquella ocasion nadie reparó en ella. Caballería é infantería, desde el general en jefe hasta el último soldado, con agua hasta la cintura los soldados y hasta la cincha los caballos, atravesaron lagunas y rios bayoneta calada ó haciendo fuego sobre el enemigo.

Este se creia seguro con esta trinchera ó con este foso que le formaba la naturaleza, pero bien cara pagó esta loca creencia.

«No creo, dice un corresponsal con fecha del 24, que los zuavos franceses, al atravesar el canal que pasaron en Palestro para tomar una batería á los austriacos, hicieran mas de lo que ayer hicieron nuestros soldados.»

Atravesadas las lagunas, el general en jefe ordenó al general Ga-

liano, jefe de la division de caballería, que cargara al enemigo.

El general Galiano, al frente de los dos escuadrones de Farnesio, de una seccion del regimiento caballería de Albuera y de la guardia civil de caballería del cuartel general, cumplió la órden arrollando á los moros y persiguiéndoles hasta el pié mismo de su campamento.

Muchos de los oficiales de Farnesio habian recibido lanzas de antiguos milicianos nacionales de Jerez y del Puerto de Santa María, y cuéntase que al recibir dichas armas de sus generosos huéspedes, ofrecieron devolvérselas teñidas con la sangre de los enemigos.

En este dia comenzaron á cumplir brillante y heróicamente su oferta.

Cuando regresaron al campamento, mas de un soldado volvió con la banderola de su lanza enteramente roja, como si la hubiese bañado en un lago de sangre.

A la division Rios y á la caballería pertenecen los honores de la jornada que vamos describiendo.

Los escuadrones de Farnesio, de Borbon, de Villaviciosa, de Albuera y los húsares, dieron brillantes cargas, pero ninguna fué tan cumplida y de tan grandes resultados como la de los lanceros del primero y segundo escuadron de Farnesio.

La carga se prolongó en una estension de mas de tres cuartos de legua, de modo que por un lado se llegó hasta las mismas tapias de las huertas de Tetuan, y por otro hasta el boquete por donde se veia desfilar de dos en dos á los enemigos para guarecerse en su campamento.

Allí cayó, acribillado á balazos, uno de los mejores y mas intrépidos oficiales del arma de caballería, el teniente Seoane. Cargados por una turba de marroquíes que chillaban como perros, metidos en una especie de callejon donde ni volver sus caballos podian, no quisieron cejar, sin embargo, los que hasta allí habian llegado, ni incorporarse á su escuadron que se hallaba poco distante, hasta poderse llevar el cadáver del teniente Seoane, para librarle de la bárbara profanacion de nuestros salvajes enemigos. El capitan graduado D. Antonio Gonzales Antero, que se hallaba á pié, y el alferez Vitoria hicieron grandes esfuerzos para conseguirlo, á pesar de verse acosados por la morisma, consiguiéndolo por fin, y logrando á duras penas incorporarse al escuadron, donde estos valientes recibieron los plácemes de sus compañeros por su heróica conducta.

Mientras esto sucedia, un soldado del segundo escuadron de Farnesio, Pedro Castillo, conseguia apoderarse de una bandera amarilla, que arrancó de manos del moro que la llevaba, despues de haberle dado muerte, teniéndola luego que defender de otro moro que denodadamente se arrojó á recuperarla, pero que no consiguió otra cosa que perder la vida á manos del mismo valiente Castillo.

A todo esto, hay que notar que los moros, poco antes de esta carga, se habian arrojado al llano para tentar un ataque desesperado. El regimiento de Cantabria, con el agua y el barro hasta la cintura, resistió la tremenda arremetida de la morisma, metido en el pantano, sin cejar un solo punto, á pesar de ser muy inferior en número á las fuerzas que le acometian. Una compañía se vió bastante apurada, pero afortunadamente llegó á tiempo para sacarla del riesgo la vigorosa carga de los escuadrones de Farnesio y Villaviciosa.

El terreno, cubierto de pantanos, imposibilitó la continuacion de la carga, y la caballería tuvo que detenerse, pero sin retroceder un paso. Luego que llegaron el resto de la caballería y algunos batallones de infantería, dispuso el general en jefe que la caballería se replegase por escalones á la masa general.

Cuando el conde de Lucena se presentó delante del escuadron de Farnesio, el que lo mandaba dió el grito de *¡Viva el general en jefe!* que fué contestado por todos, en tanto que el conde de Lucena respondia: *¡Viva la reina!* cuyo eco se perdió por las alturas ocupadas por el enemigo.

El general en jefe felicitó entonces al brigadier Romero Palomeque por su bravura.

Al tiempo que el conde de Lucena atravesaba las lagunas, llegó el general Ros de Olano con las fuerzas de su mando. Los soldados del tercer cuerpo sin vacilar se arrojaron á las lagunas y las atravesaron con el agua á la cintura, sin cuidarse de nada mas, como los anteriores, que de preservar de la humedad su fusil y municiones.

La artillería se condujo con igual resolucion que la caballería y la infantería. Una batería del regimiento de á caballo atravesó al trote las lagunas, lanzándose en seguida al galope para ocupar la primera línea; y entre tanto las otras dos baterías del mismo regimiento y la de posicion cañoneaban al enemigo en sus mismas trincheras y hasta

en sus tiendas, y dos baterías de montaña marchaban con los primeros batallones.

Eran las cuatro de la tarde, y á esta hora no era ya posible impulsar mas lejos el movimiento. A haber sido mas temprano, el general en jefe, segun él mismo confesó luego en el parte oficial en que dió cuenta de la accion, hubiera aprovechado el entusiasmo de los soldados, que era imponderable, para atacar y apoderarse del campamento enemigo, pero á dicha hora, siendo imposible emprender un movimiento formal, ordenó la retirada de los cuerpos á sus respectivos campos, operacion que encomendó al general García.

Con arreglo á las instrucciones dadas al jefe de estado mayor general, las tropas atravesaron todo el mal terreno con la luz del dia, y al anochecer se hallaban todas en sus respectivos campos.

El enemigo, aterrado por los ataques que acababa de sufrir, no se atrevió á inquietarnos, y aunque alguna vez pareció intentarlo, el órden y actitud de nuestros batallones, escuadrones y baterías le impusieron de tal modo, que renunció á ello y solo hizo algun fuego á distancia, fuego que ni aun mereció el honor de que contestasen nuestras guerrillas. Hasta la nube de caballería que cubria la llanura al otro lado del Alcántara retrocedió al galope sobre Tetuan al ver el empuje de nuestros soldados, aun cuando estuviesen á gran distancia para temer nada de ellos.

Nuestra pérdida fué menor de lo que al principio se creia, atendido lo serio del combate.

Tuvimos 1 oficial y 7 soldados muertos, 2 jefes, 2 oficiales y 45 soldados heridos y 7 oficiales y 32 soldados contusos.

La del enemigo, segun espresion oficial del conde de Lucena, fué considerable, pues, además de las muchas bajas que le causaron el fuego de nuestra infantería y la impetuosa carga de nuestra caballería, sufrió por espacio de tres horas el vivo y certero fuego de nuestra artillería, cuyos proyectiles llegaron hasta su campamento y trinchera.

El conde de Lucena recomienda en su parte al jefe de estado mayor general, D. Luis García, al general Galiano, al general Ustariz, al brigadier Romero Palomeque, al brigadier Villate, al general Rios, al coronel Naneti y al brigadier Morales de Rada.

Quedaron tres moros en poder de nuestr as tropas, pero dos de ellos mortalmente heridos.

VIII.

Pormenores y episodios.

Nos creemos obligados á dar algunos mas pormenores de esta brillante accion y á contar algunos bellos é interesantes episodios que tuvieron lugar aquel dia.

La accion terminó cuando el sol enviaba sus últimos rayos á través del desfiladero sobre que se asienta Tetuan : era un espectáculo admirable el que ofrecian nuestras tropas formadas en batallones , y á lo léjos algunas compañías desplegadas en guerrillas , mientras que todas las músicas llenaban los aires con las conmovedoras armonías de la marcha real.

Poco despues, hubo un momento de silencio. El general en jefe se presentó al frente del batallon de Cantabria, que tan heróicamente se habia portado, y le arengó con estas sencillas palabras:

«Soldados, estoy altamente satisfecho de la manera con que habeis inaugurado esta campaña. Cántabros , os habeis conducido como el batallon mas aguerrido y veterano del mundo. Soldados, viva la reina! »

El grito que le contestó fué inmenso, y resonó en todo el valle de Tetuan y en los dos campamentos.

En uno de los momentos mas críticos, cuando la caballería daba una de sus brillantes cargas, se distinguió notablemente el nuevo ayudante de órdenes del general conde de Eu, que acompañaba al señor Velarde, y á quien gritaba su ayuda de cámara que no corriese tan irreflexivamente en busca del peligro, pero el jóven príncipe marchaba adelante diciendo solo: *Laissez moi! Laissez moi!*

Fué uno de los primeros en recoger los trofeos del enemigo, puesto en vergonzosa fuga.

Incorporado de nuevo el conde de Eu al cuartel general, el conde de Lucena, con esa eterna sonrisa, que tiene lo mismo para la oposicion en el parlamento, que para los enemigos en el campo de batalla, le dijo al verle:

—Me parece que no es mal bautismo el que recibe V. A.

Y en seguida, en nombre de la reina, colocó sobre su pecho la cruz de San Fernando, así como dió el grado de coronel al Sr. Velarde.

Los corresponsales que tenian algunos periódicos en el campamento, dijeron que en esta accion hubo rasgos individuales de un valor y de una serenidad imponderables.

Así fué en efecto.

El marqués de San José, que durante la guerra civil y en la legion inglesa de caballería demostró tanto arrojo, viendo sin oficiales á una seccion de lanceros, porque se habian adelantado en la otra, que estaba cargando, se puso al frente de ellos con un hijo del conde de Mirasol, perteneciente á la artillería de á caballo, marchando impávidos sobre la caballería enemiga y haciéndola retroceder á su campamento, de modo que llegaron hasta su trinchera.

Un pobre asistente, llamado Vicente Repollés y Ferraz, que llevaba un canastito con un poco de comida para su amo el teniente coronel de artillería perteneciente al cuartel general Sr. Santiago, buscando á este por todas partes, y yendo muchas veces, como todo el que iba á pié, con agua hasta la cintura, se encontró con un moro, que, á boca de jarro, se preparaba con su espingarda para dispararle. El asistente, que habia recogido en el camino un sable, le cortó un brazo del primer tajo y luego le atravesó, dejándole muerto en el acto.

El corresponsal que cuenta este hecho,—el escritor Navarro otras veces citado—dice que él mismo le vió presentarse á su amo con grande alegría y entregarle los trofeos del vencido, consistentes en una bonita espingarda y una gran cantidad de monedas de cobre.

Aquel pobre asistente, que por amor á su amo le llevaba la comida preparada para que no le ocurriese lo que á todos habia pasado

muchas veces, que era estar todo un dia de accion sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca; aquel pobre asistente, que tan bien sabia defender su vida y, que tan valientemente supo vencer al enemigo que se le presentó, fué premiado con la cruz de San Fernando, pensionada con treinta reales al mes.

Se cuenta de un paisano, llamado D. Eduardo Laclave, acabado de llegar al campamento para visitar á uno amigo suyo, oficial de Farnesio, que montó á caballo con él y llegó hasta la misma trinchera enemiga con el escuadron que dió la carga.

En una de las correspondencias de la *Época* leimos los párrafos siguientes de su corresponsal, á propósito de esta accion:

«Hasta ahora no he visto nada mas bello que la batalla del último dia; belleza terrible, belleza imponente, es verdad, pero belleza que arrebata las imaginaciones y templa el ánimo para las acciones heróicas, para los trances difíciles; para las situaciones supremas.

»Veíase aquí á un herido que luchaba con las ansias de la muerte, mas allá á un soldado atascado en la laguna, á este que buscaba á su camarada que habia desaparecido á su lado, á aquel que recogia los despojos de su enemigo muerto; por el suelo, como el reguero de sangre indica la huella de la fiera que huye, los cadáveres de los moros, entreabierto el ojo vidrioso en donde minutos antes centellearia un relámpago de salvaje ira, y entretanto zumbaban las balas por todos lados, y se estremecian los caballos al oir pasar por encima de sus cabezas las granadas de nuestros cañones, y rebentaban en el aire las que vomitaban sin resultado los morteros enemigos, y se oia el toque de ataque de nuestros cornetas y los salvajes alaridos de la morisma y las armonías de nuestras músicas y los entusiasmadores y unánimes gritos de «Viva la reina, viva España,» y el cielo se oscurecia con el humo de tantos disparos, y se divisaban á lo lejos los colores de amaranto y oro de las banderas de nuestros lanceros persiguiendo al enemigo, y pasaban, como llevados por el viento, las figuras fantásticas de los ginetes árabes, desplegando al aire sus an-

chos alquiceles, destacándose la silueta en el límite del horizonte y eternamente en movimiento á los ayudantes del general en jefe, llevando órdenes, trayendo noticias, cuidando de la situacion de nuestras guerrillas, haciendo retirar ó avanzar, segun la necesidad del momento; nervios movibles de una cabeza, de una voluntad, la voluntad y la cabeza de quien sereno, impasible, risueño casi siempre, estaba dirigiendo el combate.»

En la noche que siguió á esta accion se observó que algunos moros bajaron con luces al sitio del combate, en busca sin duda de los cadáveres de sus compañeros. Tambien se vieron bastantes luces en el lado izquierdo de la ria hácia Tetuan, creyéndose por algunos que estarian preparando á toda prisa trabajos de fortificacion por aquella parte, temerosos de que por allí se realizaria nuestro ataque.

La alegría y buen humor de nuestros bizarros soldados no se desmentia un momento, demostrándose en sus chistes y ocurrencias.

Mientras tenia lugar la accion, un cazador que no oyó bien el toque de ataque que estaban sonando al otro lado del riachuelo las trompetas de la division Rios, preguntó á su pareja:

—¿Qué tocan?

—La polka del general Prim, le contestó su camarada poniendo una cápsula á su carabina.

Ya hemos dicho que se cogieron tres prisioneros, que lo fueron en la carga de caballería.

Dos de ellos, ambos de bastante edad, pero robustos y fuertes, se hallaban en muy mal estado, heridos de sable y lanza en la cabeza y en el pecho. El otro no tenia mas que un ligero rasguño, y fué enviado á Ceuta para que hiciese compañía á los demás moros que allí estaban presos, y, por lo que parecia, nada descontentos de su suerte.

Los dos moros heridos espiraron aquella noche y fueron sepultados al pié de la torre Martin, en el fuerte mismo que no habian sabido defender.

En una carta de Nuñez Arce, el que fué corresponsal de la *Iberia*, encontramos los siguientes párrafos referentes á la accion del dia 23:

«Yo ví bajar del cerro y estenderse por el llano gran número de ginetes, armados de espingardas, y mezclados con los infantes, que se acercaban aisladamente á nuestras guerrillas para disparar sus armas y huir luego como liebres medrosas. Entre ellos habia uno elegantemente ataviado con turbante, albornoz negro forrado de blanco, túnica ó camiseta tambien blanca, y medias encarnadas, que ví caer del caballo, herido sin duda, en el momento mismo en que cruzaba de un punto á otro con esa movilidad y desconcierto de la caballería árabe.....

»Vista á distancia, la vega es hermosísima; la yerba que la cubre es de un verde vivo y brillante; divísase por todas partes cubierta de espesos juncales, donde puede esconderse de pié un hombre, tan altos y crecidos son: pero apenas se adelanta, toda la ilusion desaparece; el llano es una corrompida charca, una interminable laguna. Aquellas yerbas que desde lejos atraen con encanto la vista, crecen y se desarrollan en un pantano, y deben al agua misma en que vegetan su color, su brillo y su pujanza ficticia y fofa. En esta laguna misteriosamente oculta por la naturaleza, y que se estiende por la derecha de la frondosísima, pintoresca y hermosa huerta de Tetuan, como resguardándola y defendiéndola, es donde los moros sufrieron ayer una nueva y sangrienta derrota, cuando menos podian esperarlo.»

Hé aquí dos hechos horribles:

Un subteniente de caballería, que llevado de su escesivo arrojo, se metió solo entre un grupo de moros, fué derribado del caballo, cortándole aquellos bárbaros la cabeza.

A un desdichado cazador que cayó en manos de los moros y que se resistió valerosamente contra todos, le abrieron en cruz el pecho y se cebaron en él como tigres en su presa. Esto tuvo lugar pocos momentos antes que los lanceros diesen su brillante y arrojada carga.

El general en jefe anunció con el siguiente parte telegráfico la toma de una nueva bandera y su envío á la corte:

«En el glorioso combate de hoy, y en medio de una lucha empeñada, ha caido en nuestro poder una bandera de las tropas marroquíes. La conduce á la península el vapor *Sena*, y el ejército de África, si S. M. la reina lo permite, desea ofrecer esta prenda de la victoria á S. A. R. el príncipe de Asturias, como un homenaje de su profundo respeto y adhesion con motivo de sus dias.»

Hasta este dia todos los moros que se cogian prisioneros eran pobres, é iban sucios y mal vestidos, pero en la accion del 23 tuvieron ocasion de observar nuestros soldados en la caballería enemiga algunas personas elegantemente vestidas, luciendo blancos turbantes y ricos albornoces y galopando gallardamente en magníficos corceles. Se creyó que serian altos personajes que acompañaban al hermano del emperador, generalísimo de aquellas tropas que contaban el número de derrotas por el de acciones.

IX.

Operaciones marítimas.

El movimiento de la marina en este dia fué el siguiente, segun de los partes oficiales se desprende.

Por la mañana continuó el desembarco de víveres, municiones y efectos de guerra. El viento S. O. habia calmado, pero como la arriada era fuerte desde la noche anterior, dificultaba la maniobra.

Se desembarcaron 73 caballos.

Llegó el *Piles*, trayendo una chalana, y el *Menorca* un salvavidas, ambos de Algeciras. El *Balear* y el *Brasil* salieron descargados para Cádiz, salieron tambien descargados para Ceuta y puestos á disposicion de la administracion militar los vapores *Menorca* y *Barcelona*, y salió en fin para Málaga el vapor *América* con objeto de llevar de remolque una chalana á las playas de Tetuan.

Por la tarde las cañoneras pudieron prestar buen servicio haciendo disparos bastante certeros sobre la caballería enemiga, siempre que durante la accion trató de correrse sobre la izquierda.

Durante todo el dia siguióse con actividad la descarga, quedando por fin en aquella jornada desembarcadas todas las municiones de artillería é infantería, 6,300 bultos de víveres, 100 bueyes y 50 pipas de vino.

Los buques saludaron y engalanaron por ser los dias de S. A. el príncipe de Asturias.

X.

Serian sobre las nueve de la mañana del 24 cuando se vió bajar del campamento enemigo á unos 1,000 moros, y aunque se creyó que lo hacian con el objeto de hostilizar á las fuerzas que estaban protegiendo los trabajos de construccion del reducto de *la estrella*, no dispararon un solo tiro y se dirigieron hácia la ciudad.

La marina continuó sin descanso el trabajo de descarga, aunque con mucha dificultad por lo atemporalado del O. que reinaba.

Regresó el vapor *América* conduciendo una chalana anegada, pero sin mayor avería.

Llegaron tambien el *Alerta* y los vapores *Bizantin*, *Mina* y *Abatucci* con grandes cargamentos de víveres y efectos.

El general en jefe con fecha de este dia envió un parte al ministro de la guerra interino diciéndole que el reducto de la Aduana habia quedado concluido, que se continuaban con actividad los trabajos de los otros dos, que se habian ya desembarcado veinte dias de víveres para el ejército, así como tambien las municiones de fusilería y artillería de batalla de repuesto, y que la marina continuaba activamente el desembarco de los demás efectos con los medios que tenia á su disposicion.

Al llegar la noche de este mismo dia, sobre las nueve de ella, unos veinte moros bajaron hasta ponerse á tiro de fusil de nuestra trinchera, proponiéndose sin duda alarmar nuestro campamento. Hicieron

primero una descarga cerrada y despues algunos disparos, que no fueron contestados por los centinelas avanzados, conforme á la órden que se les tenia comunicada. No nos causaron desgracia alguna, y se retiraron.

Poco despues la corneta del cuartel general tocó á silencio y todo el mundo se retiró á sus tiendas.

XI.

No pesará de fijo á nuestros lectores que les digamos algo de los valientes soldados de la division Echagüe, que, despues de haber sido los primeros en pisar el suelo de África y en regarlo con su sangre, se habian quedado en la retaguardia, guardando las posiciones del Serrallo.

Todo estaba tranquilo en este campamento.

Los moros les habian dejado en paz desde que se alejaron los demás cuerpos de ejército del camino de Tetuan.

Las tropas que en el Serrallo quedaron acampadas, disfrutaban de buena salud, habiéndose empezado á construir casas de piedra y barro, siendo el batallon de cazadores de las Navas el primero que inició las obras, y emprendiéndolas despues los de Barbastro y Mérida.

Estas construcciones iban adelantando de un modo tal, que aquello parecia ya un pueblo en embrion, al que acudian diariamente una multitud de especuladores con variadas mercancías.

El general Echagüe formó un batallon de presidarios, que puso á las órdenes del segundo comandante, capitan que habia sido de cazadores, Sr. Dorregaray. Dióse por objeto á este batallon esplorar el campo, facilitar la corta de árboles, y mantener libres las comunicaciones con el campamento, previniendo toda sorpresa, grande ó pequeña.

El mismo general Echagüe habia dispuesto aquellos dias una salida, que se verificó con toda felicidad, llegando hasta el célebre pueblo de Anghera, patria de los mejores tiradores de las kabilas, que se encontró completamente abandonado.

En una gran casa se encontraron hacinados multitud de cadáveres moros, así como se habian hallado muchos otros insepultos por los campos.

Hé aquí una carta escrita por un oficial desde dicho campamento:

Serrallo, 24 de enero.

«Muchos dias han transcurrido desde mi última, pero ninguna novedad ha ocurrido por este campamento. Se siguen arreglando los reductos, haciendo dentro de ellos acuartelamiento para su guarnicion, componiendo los caminos y haciendo algunos nuevos.

»Esto es ya como muchos puntos de España: se ven hilos telegráficos, postes kilométricos, muchas barracas construidas por los mismos soldados; en fin, hemos entrado de lleno en la vida de guarnicion. Cada dia entra una brigada de servicio, la mitad de ella cubre los reductos, y los otros dos batallones van á ayudar con sus trabajos á los ingenieros.

»Todos los que componemos este cuerpo sentimos mas de lo que os podeis figurar que nos hayan dejado aquí: no nos anima mas esperanza sino que el quinto cuerpo, que al mando del general Pavía se está organizando en Algeciras, nos releve, y nosotros avancemos, sea en cualquiera direccion, pues lo que deseamos es ver y andar y batirnos; en una palabra, hacer la guerra, y no estar aquí guardando estos picos donde el viento y la lluvia no nos dejan parar.

»En los montes contiguos se están haciendo grandes carboneos por cuenta del gobierno, con lo cual se consiguen dos ventajas: una, despejar el campo, y la otra surtirse abundantemente de combustib , no solo para las tropas, sino para la plaza de Ceuta, los buques, etc.»

XII.

Escaramuza del 25.—Prisioneros.

Volvamos ahora al campamento de Tetuan:

El dia 25, apenas el alba iluminaba el horizonte con sus primeros

resplandores, fueron despertados nuestros bravos por los tiros de un considerable número de moros, que, contra su costumbre, habian madrugado mas que los otros dias. Tanto se aumentó el hormiguero mientras iban tomando posiciones nuestras tropas, que al poco rato y sin haberse hecho casi nada de fuego, se les cargó denodadamente á la bayoneta, cogiendo á unos 50 marroquíes detrás de un escarpado, á la orilla misma del mar, los cuales estaban haciendo fuego, sin sospechar siquiera, tal era su entusiasmo, que estaban completamente envueltos por nuestros bravos y ágiles cazadores.

Fué aquello el espectáculo mas terrible que puede imaginarse; los que lo presenciaban de lejos, no podian ver mas que soldados que habian embestido á la carrera, mezclados con los moros sorprendidos, peleando cuerpo á cuerpo, y metidos en la mar hasta la cintura persiguiéndolos, ya que los moros, que habian podido llegar al mar, habian preferido ahogarse á rendirse.

Despues de un rato de combate tan encarnizado, ya no se veian mas que soldados españoles sacando cadáveres moros de dentro del agua.

Se hicieron dos prisioneros, los cuales aseguraron que estaban tan faltos de víveres, que no tenian nada que comer ni recursos, lo que se concebia perfectamente á la simple vista; pero se negaban tenazmente á dar noticias que pudiesen perjudicar á los suyos en lo mas mínimo.

Ya el dia anterior se tenia noticia de la falta de víveres en el campamento enemigo por un marroquí que se presentó en el nuestro desnudo y tan desfallecido, que mas que ser humano parecia un espectro.

Compadecidos al ver tanta miseria, le socorrieron los soldados mismos con cuanta generosidad era compatible con su modesta posicion. El moro llegó tan acosado por el hambre, que decia estar decidido á preferir cualquier género de muerte á la horrible y lenta que le amenazaba á seguir mas entre los suyos.

A pesar de esplicarse en un dialecto casi ininteligible, misto de castellano, italiano y árabe, se pudo deducir de sus palabras que el estado de desanimacion y temor de los marroquíes era sumamente estremado. Dijo que el emperador, segun habia oido decir á los moros del rey, estaba decidido á «pedir paz *al gran cristiano* por ser poderoso

mucho; hacer bien muy alto á los moritos *atrampados*; *ser solo castigador con los que llevan espingardas.*»

Estas fueron sus palabras, únicas que dijo en mal castellano. No dejó de sospecharse si las llevaria estudiadas, lo que nada de estraño hubiera sido, pues al dia siguiente desapareció el morito de nuestro campamento. Sin duda se valió de aquellas trazas para introducirse y espiar.

No obstante, por varios conductos quedó confirmado lo que dijo acerca de la situacion precaria del ejército marroquí.

A pesar de que el general en jefe de nuestro ejército espedicionario conocia muy bien la mala fé de los moros, el dia 25 dió una comision á un marroquí prisionero, para cuyo objeto se le habia mandado traer de Ceuta con otro compañero.

En la mañana de aquel dia, á primera hora, este moro, que apenas contaba la edad de 28 años, fué enterado por el intérprete de la comision que se le iba á encomendar. Era esta la entrega de una comunicacion al gobernador de la ciudad de Tetuan.

Despues de haber prometido regresar, cosa, en la cual no debia creerse aun cuando lo hubiese jurado por Alá, fué llevado, vestido como un cazador español, desde la torre-fuerte de la orilla del rio, hasta la última avanzada de nuestro campamento, acompañado de un ayudante de campo y de un oficial de Estado mayor del general en jefe.

Llegado allí, se quitó con gran contento el traje de soldado, se caló el albornoz y se marchó tranquilamente hácia Tetuan.

Por si, como era probable, se quedase este entre los suyos, el general Odonell reservaba al otro para una comision análoga, habiendo ofrecido el general la libertad á entrambos, cualquiera que fuese el éxito de sus misiones respectivas.

XIII.

El campamento.

Nuestros lectores nos permitirán que para hacer la descripcion del

campamento, cedamos la palabra á alguno de los escritores, que siguieron al ejército siendo testigos de la campaña. Bien pudiéramos estractar sus cartas, contar de otra manera lo mismo que ellos cuentan y añadir á la relacion algo ó mucho de nuestra cosecha propia, pero sobre que esto no seria leal tratándose de compañeros nuestros, los lectores tendrian derecho á quejarse si de aquel modo lo hiciéramos.

Los que han estado en el campamento, los que lo han visto todo con sus propios ojos, los que han sufrido con nuestros soldados aquella vida de tres meses, llena si de gloria, pero llena tambien de amargura, tienen derecho á ser escuchados y á que les sea cedido el paso.

Por lo demás, ¿con qué derecho se lo negaríamos?

Tambien ellos tienen su gloria, y si trasladamos la proclama de un general ó el parte de un jefe de division, bien podemos trasladar, si quier sea de vez en cuando, alguna de las cartas escritas por los autores á quienes aludimos.

Nuestra obra, ya lo hemos dicho otra vez, no es una obra de imaginacion, sino histórica. No inventamos; contamos. Nuestros lectores nos han de permitir que de vez en cuando, lo menos posible, copiemos una que otra de las bellas é interesantes cartas á que nos referimos.

Los lectores no harán sino ganar en el cambio, y nosotros por nuestra parte cumplimos así con un deber de conciencia y con lo que se exige de la delicadeza de un historiador.

Cedamos, pues, la palabra por un momento al Sr. Nuñez de Arce, que decia así con fecha del 25, describiendo el aspecto que ofrecia entonces la playa de Tetuan:

«De los puertos de Ceuta, Algeciras, Estepona y Gibraltar llegan diariamente á la embocadura del rio multitud de faluchos, botes y lanchas que apenas comprendo cómo se atreven á surcar las aguas del Estrecho, cargadas de víveres y provisiones de boca que no figuran en la racion. Allí, sobre la márgen izquierda del rio, desde su desagüe en el Mediterráneo hasta la Aduana, establecen los patrones de estos barcos sus almacenes en tiendas que improvisan con los palos de sus faluchos y las lonas de sus velas.

»Con la misma charla, á la vez impertinente y graciosa que emplean

en los mercados de nuestras ciudades, se les ve ofrecer gallinas, huevos, jamon, ginebra, aceite, queso, vino, pan, naranjas y hasta hace pocos dias, aguardiente; pero la guardia civil, por órden superior, ha prohibido el tráfico de este artículo, hoy nocivo para la salud del soldado. No parece, entrando en el campamento por la parte del rio, sino que estas playas se han convertido repentinamente en un pueblo como aquellos llanos incultos y desiertos que por la intercesion de un genio misterioso se pueblan de populosas ciudades en los fantásticos cuentos de Oriente.

»El vendedor que grita; el comprador que regatea; la mujer del patron que lava y cuelga la ropa en las cuerdas de su falucho; el muchacho que canta y corre; el soldado que á la orilla del rio, sobre una tabla arrancada de un cajon vacío de provisiones, blanquea y jabona su ropa de veinte dias con la misma desenvoltura con que carga la carabina; las reses vacunas que pastan en la vega; el cacareo de una gallina, que sale de improviso del fondo de un bote ó de los ocultos rincones de una tienda, todo contribuye á llenar este cuadro de animacion y vida, á separar por un momento la imaginacion de los horrores de la guerra, para fijarla en los recuerdos de la apartada patria.

»Nadie diria, si no se viera, que á una legua de estos pintorescos y alegres sitios, en unas tiendas que se divisan en la falda de un cerro como menudos copos de nieve, y en la blanca ciudad que ante nosotros se estiende, nos acechan los feroces enemigos de Dios y de España, prontos á descargar su traidora gumía sobre el descuidado soldado ó vendedor que se adelante imprudentemente y trasponga distraido, tal vez embebecido en la memoria de su madre ó en la lectura de la última carta de su novia, el casi desconocido término de nuestro campamento. Y el enemigo que acecha, es un enemigo implacable, sombrío y fiero, que no respeta ni la vejez, ni la juventud; que se goza en los padecimientos de su víctima, y que sonrie con bárbara complacencia ante las agonías, los dolores y estremecimientos de los desgraciados á quienes degüella y mutila.»

El mismo Nuñez de Arce en otra carta fechada el 26 completa la descripcion del campamento con los siguientes pintorescos párrafos:

«Todo el mundo, jefes y soldados, se consumen en estas playas de impaciencia, deseando con ardor que llegue el momento en que sobre

los muros de la Alcazaba, flote al aire la vencedora bandera española, para escarmiento de estos bárbaros. Y la impaciencia no puede ser mas natural. Para la impetuosa sangre que hierve en las venas de nuestros soldados, no es el estar observando dias y dias en frente de las tiendas en que habitan, las tiendas del enemigo á quien buscan; para la curiosidad ávida del ejército, fatigado de dormir al raso, no es estar viendo á todas horas, cuando abre los ojos á la luz de la aurora, y los cierra á las tinieblas de la noche, esa blanca ciudad que se estiende á sus piés como para recordarle el tormento de Tántalo. Yo me impaciento tambien; pero creo que cuando no se avanza, será porque no se puede, y comprimo mis deseos hasta el dia en que dentro de Tetuan pueda espaciarlos con las satisfacciones de nuestro seguro triunfo.

»El tiempo ha mejorado; el viento sigue siendo favorable, y el cielo, hasta ahora cubierto de nubes que aparecian y se disipaban rápidamente en un momento mismo, se ha despejado: hoy está sereno y trasparente como en los mejores dias de la primavera.

»La playa y el mar ofrecen un espectáculo animado y alegre. Lanchas y botes que van y vienen, cargados de provisiones; soldados que, medio desnudos, ayudan á los marineros en sus faenas, cantando y riendo; montones de cajas, fardos, pacas de heno y costales de cebada sobre las arenas de la playa; tiendas á lo lejos, y por el mar una ciudad flotante de naves que se mueven á impulso de las ondas; de vapores que entran ó salen dejando en pos de sí una inmensa cabellera de humo, y una estela brillante donde se reflejan como en un espejo los vívidos rayos del sol; este es el cuadro que ofrece el improvisado puerto, fundado repentinamente en la desembocadura del Guad-el-Jelú, ó del mas propiamente dicho, Guad-el Jamara.

»Pero ¿qué me estraño? ¿Acaso en todo el campo no reinan á todas horas la misma animacion y contento? Antes de que aclare por completo el dia, todas las músicas pueblan el aire de alegres y militares dianas; los soldados, mal envueltos en sus mantas, van saliendo á gatas ó como pueden de sus diminutas tiendas, y se esparcen por la llanura; unos á buscar leña y otros á buscar los sitios mas apartados.

»Véseles correr y saltar con esa jovialidad estraña y bulliciosa, propia del soldado, y que tanto parecido tiene con la del niño; quién

canta, quién chilla, quién riñe, quién apura una bota, quién lia un cigarro, á pesar de los empujones de un camarada; quién come, apretando los dientes para entretener el tiempo, una dura galleta, quién limpia su ropa, quién prepara sus armas por si aquel dia hay accion: todos muy lejos de pensar en medio del peligro constante que los rodea, que aquella hora puede ser la última de su vida; que acaso la luz de la nueva aurora encuentre su sitio vacío en la tienda, y removida la arena de la playa, donde duerma olvidado el sueño eterno de la muerte! Pero ¿quién se para en reflexiones? *Mientras dura, vida y dulzura, y en acabando, gimiendo y llorando*; esta es la máxima filosófica que nuestros soldados, sin decirlo, practican; verdaderos estóicos para quien la desgracia no tiene fuerza, y que solo conocen el dolor cuando le sienten. Todo el dia el campamento presenta el mismo carácter; aquí un pobre soldado á quien, limpiando la carabina, se le escapa un tiro; otro que corriendo locamente, se cae escitando la hilaridad de sus compañeros, cada uno de los cuales le suelta una pulla; mas allá un corrillo de amigos que se entretienen en contar las aventuras de fuente ó plazuela, de que fueron héroes con las muchachas de los pueblos ó las ciudades donde han estado de guarnicion; allí otros que juegan á la *morra*, á la entrada de una cantina; mas allá, sobre la márgen de una charca, otros que lavan su ropa charlando y cantando coplas como la mas consumada lavandera del Manzanares.

»Y si el campamento es de caballería, la animacion es mayor, el conjunto mas pintoresco y agradable; porque vienen á aumentar la belleza del cuadro las banderolas que, clavadas al lado de las tiendas, se mecen á impulso del viento, como las amapolas entre la verdura de los prados; los caballos, que atados en gran número á cuerdas sujetas por los cabos en dos fuertes estacas, piafan, relinchan, patean, pastan ó comen en sus morrales de pienso, entre las voces de los soldados que los ponen en paz si riñen, que los acarician, ó los limpian con cariñoso esmero.

»Por la noche, á primera hora, se encienden hogueras y los campamentos parecen en su agrupamiento una ciudad populosa: porque las luces en las tiendas de los jefes se trasparentan á través de la lona, esparciendo en torno una luz ténue y melancólica. El rumor, el ruido

que naturalmente engendra la reunion de muchos hombres, sigue hasta el momento en que se toca la retreta; entonces se apaga y todo queda en silencio; los soldados tendidos en sus tiendas, los jefes leyendo periódicos ó libros hasta conciliar el sueño, los generales meditando tal vez sobre sus planes de campaña.

»Esta debe ser para todos la hora misteriosa de los recuerdos. Entonces en que cada hombre se recoge religiosamente en sí mismo en la oscuridad de la noche, es cuando de seguro acuden en tropel á la imaginacion de los que viven aquí alejados de todo, la memoria de lo que han dejado en España. Porque ¿quién no ha dejado en ella un corazon que le ame, una madre que le llore, un sentimiento, una ilusion ó una esperanza?

»Luego, la imaginacion fatigada se rinde al sueño hasta la siguiente aurora; hasta que la diana bulliciosa turba su descanso para empujarla de nuevo en el torbellino, en la confusion, en la desordenada poesía de la vida de campamento, tan llena de emociones como de penalidades.

«Siguen llegando oficiales estranjeros que vienen á estudiar la guerra ó á tomar parte en ella. Además del hijo del duque de Nemours, de que hablé á Vds. en una de mis anteriores, que se portó como un bravo en la carga de caballería del dia 23, haciéndose acreedor á la cruz de San Fernando, han llegado al campamento dos oficiales mas, ruso el uno y el otro austriaco. Tambien siguen los movimientos del ejército, mister Oliveira, de quien ya he tenido ocasion de hablar, acompañado de dos oficiales ingleses que hacen cumplida justicia al valor y disciplina de nuestros soldados. En esto, para honra suya, se apartan de sus compatriotas.»

Bellas son las anteriores descripciones del campamento. Bien y con hermosos colores lo describe el distinguido escritor de cuya pluma han brotado, pero hay que añadir todavía, para que nuestros lectores acaben de formarse una idea completa, otra descripcion que con fecha del mismo dia 26 escribió otra persona.

Nos duele no saber el nombre del autor de esta carta, que nos vemos precisados por lo mismo á publicar anónima. Lo consignaríamos con mucho gusto á saberlo.

Por lo demás, hé aquí la nueva carta á que hacemos referencia:

«Ninguna operacion militar se ha efectuado desde ayer. Nada nuevo ocurre, fuera de los tiroteos de costumbre entre las guerrillas, y, sin embargo, voy á ocuparme una hora en emborronar unas cuartillas, voy á echar una ojeada por el campamento.

»El tiempo es hermosísimo, pocas veces se ha visto desde estas áridas playas mas anchos horizontes, cielo mas limpio y trasparente y olas que se quiebren en las riberas con mas suave y ardoroso amor.

»Hoy es uno de esos dias en que el valle de Tetuan tiene cierta semejanza con la Albufera de los valencianos, solo que en vez de aquellos arrozales, en estas lagunas crecen juncos y eneas, y en vez de aquellos árboles, las pitas que han florecido elevan desnudos sus tallos. Por lo demás, los ánades aquí como allí se posan en las rizadas aguas de los lagos, los pájaros saltan entre el ramaje de las enanas encinas, las barcas resbalan por el rio y los ganados se estienden por la verde llanura y por las quiebras de la arena amontonada.

»En la orilla izquierda del Martil, la última creciente ha arrojado gran número de naranjas, que semejan flores entre la vegetacion de esta tierra vírgen, y á la derecha, flanco izquierdo del campo español, el bajo comercio marítimo la ha convertido en mercado andaluz, en una feria, en una especie de romería.

»Muchos patrones, procedentes de Ceuta, de Gibraltar, de Tarifa, Algeciras, Cádiz, y hasta de Málaga y Valencia algunos, con los remos y las velas de sus barcas ó pailebots han improvisado tiendas donde se vende toda clase de frutas, pastas y licores. La pera, la naranja, la nuez, el polvoron sevillano, la aceituna, el vino, la ginebra, el rom y hasta el prohibido aguardiente, están ya en abundancia en el campamento, y diariamente alguna de estas pequeñas y atrevidas embarcaciones, que al tender sus velas y dibujarse en el horizonte

Parece que una gaviota
que va sacando sus alas,

allega á la ribera nuevas mercancías.

»Han desembarcado como unas cien reses vacunas que pastan casi en frente de las 300 que tendrán los árabes á la derecha de su campo; se han formado rústicos gallineros y pequeños palomares portátiles; hay puestos de pescado fresco y frito, y hasta estancos campestres, permítase la frase. El campamento, pues, despues de multitud de

penalidades y contratiempos, se reanima. Al amanecer, y apenas las alegres dianas levantan al soldado, estos comerciantes aventureros esponen sus mercancías y gritan y dan suelta á su charla como en un mercado: los cafeteros que recuerdan los de la Puerta del Sol, pregonan su líquido corriendo de rancho en rancho, los vivanderos gritan y las cantineras contestan con desaire las picantes frases de los soldados.

»Si se penetra despues en las tiendas, se ve á todos tomando el té ó el café con galleta, y envueltos aun en las mantas sobre los catres de hierro ó de madera, ó en un monton de heno, una piel ó varias esteras.

»Media hora mas tarde todos se saludan, todos dirigen su vista al cielo para saludar al sol y al campo enemigo para enterarse de sus vientos.

»A las diez, los hornillos encendidos en el alba se apagan, y comienzan los frugales almuerzos. Arroz, migas, carne, vino, jamon algunos, y conservas y frutas los menos; hé aquí ordinariamente los suculentos manjares de campaña. Despues, los soldados que al despuntar el dia no han ido á la torre Martil ó al reducto avanzado al flanco derecho á trabajar en las fortificaciones, ó á la playa á ayudar á la marina al desembarque, limpian sus armas, se cosen sus vestidos, ó acuden á las márgenes de los lagos, á las orillas del rio, y sobre una pequeña piedra, sobre la tabla de un cajon, sobre cualquier cosa, se improvisan lavanderos. Otros hacen mesa con tambor, una caja vacía, el ros ó sus rodillas, y escriben á la madre, á la novia ó al amigo. Quisiera trasmitir á V. estas impresiones del soldado, los sentimientos que el recuerdo de la patria y del hogar despiertan en su alma, en el vigor propio de organizaciones no domadas ni por la civilizacion ni por las fatigas de la guerra, pero estoy seguro de que ni él mismo, ni su tosca pluma, los puede espresar.

»Algunos escondidos bajo la lona de sus pequeñas tiendas y ocultándose á las miradas de todos, sacan una baraja grasienta y juegan unos cuartos á la brisca; otros al aire libre se entretienen con el tejo ó con los bolos; otros ejercitan sus fuerzas improvisando una barra de cualquier pedazo de hierro; otros cuentan sus hazañas al oidor de la tienda un vivandero entre libaciones y carcajadas y no faltan algunos

que, apoderándose de un periódico, juzgan de la veracidad de los corresponsales ó del estado de la cuestion italiana.

»En la calle de tiendas que forma el cuartel general, pasean los jefes, como pudieran hacerlo en el Prado, y bajo las de los oficiales, un libro es el recurso cuando falta una baraja ó no pueden reunirse tres ó cuatro compañeros de armas para jugar un tresillo ó tejer un diálogo de recuerdos.

»La tienda en que está la estafeta volante es seguramente la mas frecuentada, y la llegada del correo, la noticia, la novedad del dia. ¡Quién no tiene en España una madre, una esposa, una hermana, un amigo de quien se acuerda en las horas de insomnio, cuando el viento sacude la lona de la tienda ó cuando la lluvia ó el abundante rocío la humedecen! ¡Quién al avanzar al frente del oculto enemigo no invoca un nombre unido al de Dios, un recuerdo íntimo enlazado con el de la patria y la religion en este suelo donde el hogar es un hornillo, donde no se oyen las campanas de los templos contiguos, donde las auras no hacen girar las veletas, donde no se encuentran mas cruces que las de los sepulcros de los que mueren defendiendo el nombre español.

»Juzguen lo que quiera los odios y los partidos de nuestro soldado, sufrido, alegre y disciplinado; de una oficialidad modelo de pundonor y arrojo; de unos generales los primeros en los peligros, y de un general en jefe que habita una tienda igual á la de un subteniente.

»Casi todos los corresponsales se han reunido en el cuartel general; algunos duermen á bordo cuando su salud se altera, pero al amanecer acuden al campamento. Casi todos trabajan bajo las tiendas en que han arranchado, y es curioso ver al espiritual Alarcon escribir su *Diario de un testigo* en un traje mistо de paisano y cazador, siguiendo los azares de la guerra. Al epigramático Arce, con levita militar y ros enfundado. A Navarro, el redactor de *La Epoca*; el jefe de la imprenta de campaña, que por seguir las operaciones del ejército deja á Ceuta y acampa. A Merás, que pinta y escribe á la vez, que anda á pié y á caballo, que cada dia está en diverso punto y come en distinta mesa; á Caunedo, que manda soldados de Arapiles y escribe cartas para *El Dia*; á Mola, el corresponsal, aquí como en Italia, del *Diario de Barcelona*; á Vallejo, que es á un tiempo soldado y pintor;

á Iriarte, el dibujante, corresponsal de *El Mundo Ilustrado*, que hace sus láminas sobre la tabla de un cajon; á Chebalier, el corresponsal de *El Constitucional*, que ha hecho con sus compatriotas la campaña de Argelia, y que es quizá el que mejor ha acampado entre los corresponsales.

»Tiene una tienda pequeña, pero bonita, cómoda y segura; y su traje, hasta su baston, le dan cierto carácter de escritor peregrino, ó aventurero; Boyer, que tiene á su cargo las correspondencias de *La Independencia Belga*, acampa con Arce, con Lafuente, Alcántara y con el ayudante Alvarez, el prisionero de los riffeños. Iradier escribe un himno, recuerdo de África, que parece dedicará al general Prim; el corresponsal de *El Times* habita en la tienda del marqués de San José, y Gimenez, el corresponsal de la prensa sevillana, es tan celoso de su mision, que es una pregunta perpétua.

»Al mediar el dia se avivan los hornillos, y al declinar el sol, entre los acordes de las músicas marciales y esas armonías de la tarde que se van apagando con la luz del astro rey, se preparan los ranchos, y con el crepúsculo se vuelve á servir el arroz y la carne, el vino y los postres, de los que lo tienen.

«Entonces se retiran las fuerzas que salen á proteger los trabajos de fortificacion, los soldados marineros tornan á sus tiendas, cesan de cruzar los campos las galeras ó carros de la Mancha, que con las acémilas, se ocupan en los trasportes, y las lanchas de los vapores llevan á bordo á los que durante el dia abandonaron los camarotes.

»El sol poniente tornasola entonces las banderas de los buques y los haces de banderolas del campamento de caballería, y hace brillar como bruñida plata los copos de nieve que coronan las peladas cimas del pequeño Atlas: las marinas brumas se confunden con el humo del campamento, y las risas, los cantares, los dichos agudos del soldado, se oyen por do quiera.

»Despues de la comida hay tambien sus paseos higiénicos, su ratito de café, para algunos en la tienda fonda de los Sres. Abascal y Fontan, y hasta sus tertulias de campaña. Esta es la hora de las murmuraciones, de las noticias, de las confianzas y de los cuentos.

»Se fuma, se bebe, se charla, se juega y mata el tiempo, en fin, que es un poderoso enemigo, con el cual nunca se acaba.

»Tienda de general hay donde la tertulia suele tomar el carácter de un té literario donde se vierten versos y se leen manuscritos.

»Este general diputado, á quien V. conoce, escribe hoy una obrita profunda y chispeante á la vez, que lo mismo puede figurar en el gabinete de un literato que en la biblioteca de una mujer elegante. A su faja une su cartera y puede decir con un poeta morisco:

Tomo la pluma ó la espada
como la ocasion requiera.

»Al toque de retreta se suelen terminar estas pequeñas reuniones, se deshacen los corrillos de los soldados, se van apagando las luces de la ribera del rio que durante las primeras horas de la noche semeja una alegre velada. Y una hora mas tarde tambien las fogatas dejan de iluminar el campamento.

»Entonces solo algunas entreabiertas tiendas dejan escapar los fulgores de una bugía, á quien tal vez sirve de candelero una bayoneta clavada en tierra ó el casco de una botella vacía.

»Poco despues se estinguen las últimas frases y las últimas risas, y solo se oye el ruido de la voz de los centinelas y solo de vez en cuando se vé una linterna de algun tertuliano que viene tarde en busca de su cama.

»Escasas y diseminadas hogueras indican aun las guardias, y el farolillo de algun vendedor revela su codicia, su aficion al comercio.

»A esta hora el mar semeja una ciudad flotante por las numerosas luces de las embarcaciones fondeadas, y el campamento moro, llamado de Gelilí, se distingue entre la sombra como un grupo de ténues y fantásticas luces que poco á poco van desapareciendo.

»Así se pasa la noche, así se pasan los dias, los marineros dicen que el buen tiempo no durará mucho, fundándose en el mar y en no sé qué movimientos de las arañas acuáticas. Si esto aconteciese, el cuadro no seria tan risueño, ni la vida tan animada, ni la perspectiva tan pintoresca. Ojalá, pues, que no acierten en sus vaticinios.»

XIV.

Por la mañana del 26 se observó que la víspera, y á favor de la

oscuridad, algunos moros hubieron de bajar hasta el sitio ocupado por el baluarte de la *estrella*, pues se vió que habian destruido los perfiles que estaban construyendo los ingenieros.

Se levantó lo desecho, pero volvió á ser destruido por la noche, como luego veremos.

A cosa del mediodía del 26 se oyeron partir grandes descargas de lo alto del campamento moro. Como es de presumir, tan inesperado estruendo hizo que todos abandonaran sus tiendas para fijar la atencion en tanto estrépito.

Los soldados empezaron en seguida á hacer sus comentarios.

Unos decian que los marroquíes se habrian declarado en rebelion á causa del pliego del general Odonell que llevó el moro puesto en libertad, otros decian que era *el santo* del emperador, y por consiguiente dia de gala entre los moros; otros que hacian el ejercicio; otros en fin, que celebraban alguna cosa.

Mas tarde se dijo que aquel estrépito habia sido una muestra de regocijo por haber recibido los moros un refuerzo considerable, mientras que otros aseguraban que era por la llegada de un santon. Generalmente, se atribuyó á ceremonia religiosa, pues coincidió con que durante todo aquel dia flotó una bandera blanca en la Alcazaba de Tetuan.

No hubo nada mas de particular en este dia.

XV.

El 27 fué dia de mas incidentes.

Volvió á observarse por la mañana que los moros habian aprovechado la oscuridad de la noche, para de nuevo volver á destruir parte de los trabajos del baluarte. Así pues, decidióse poner aquella noche una emboscada por si tercera vez se atrevia á volver el enemigo. Para ello determinó el general Rios que se ocultaran 50 hombres con cuatro ó cinco cornetas, y que tan luego como sintieran la aproximacion de los moros y los tuviesen á tiro, hicieran una descarga cerrada siguiéndose el toque de ataque.

Pronto veremos el resultado que dió esta maniobra.

Sigamos entretanto la historia de los acontecimientos de aquel dia.

El general en jefe pasó la mañana visitando las fortificaciones, cuyos reductos contaban ya con algunas piezas de artillería.

Los moros por su parte no desperdiciaban el tiempo, dedicándose tambien á labrar sus reductos ante la plaza. Distinguíaseles perfectamente ocupados en sus faenas.

Ocurrieron dos desgracias en el campamento del general Rios. Fué la primera, que hallándose un soldado desarmando su fusil dentro de su tienda, salió el tiro en la desgraciada ocasion en que atravesaba por fuera otro soldado. La bala atravesando la frágil pared de lienzo que encontró al paso, fué á dar en una pierna del segundo, la cual tuvo que serle amputada al momento.

La segunda fué mas romántica, pues consistió en el suicidio de un soldado de la misma division, ignorándose la causa que pudo haberlo arrastrado á semejante desvarío.

Ya que hablamos de la division Rios, digamos de paso que, como novata fué en aquellos dias el blanco de las enfermedades. Muchas fueron las bajas que tuvo por esta causa, pero los soldados resistian este cruel azote con la misma alegría que anteriormente sus compañeros, los que habian sufrido ya toda su cólera cuando estuvieron acampados en las llanuras del Otero, del Serrallo y de la Concepcion.

Quedaron desembarcados hasta catorce mil metros de rails para la colocacion de una via férrea que desde la playa debia ir á Tetuan.

Aquella noche volvieron los moros y cayeron en la emboscada. La fuerza que se habia apostado disparó contra ellos en cuanto les oyó llegar, y conseguimos alejarlos y escarmentarlos, sin ninguna baja por nuestra parte, mientras que los moros dejaron un reguero de sangre á lo largo del camino por donde huyeron.

Una cosa parecida ocurrió en la trinchera del segundo cuerpo de ejército, en la cual habia mayor vigilancia que otras noches y á la cual se aproximaron tanto, que tuvieron ocasion de disparar á quema ropa un pistoletazo sobre el oficial que hacia el servicio de trinchera. Afortunadamente este oficial salió ileso, ninguna baja tuvimos tampoco por este lado, y los moros dejaron algunos pares de babuchas tintas en sangre y algunas baquetas de espingarda que no pudieron recoger.

Uno de los soldados encontró al pié de la trinchera la siguiente proclama, que vamos á insertar testualmente, con todas sus barbaridades y faltas de ortografía, y que sin duda era obra de algun renegado español, escapado de alguno de los presidios de Ceuta ó de Melilla.

Decia así.

A LA TROPA ESPAÑOLA.

Tetuan 27 de enero.

«Nos vino noticia que en las crónicas ponen que los españoles dicen que el español que se viene al moro que le matan y que los ponen *irsos* y los dejan sin comer. Eso es mentiras. El español que viene anosotros le damos de comer y le damos ropa si le haga falta, y si quiere cambiarse moro que se cambie y si quiere quedar cristiano que se quede y si viene alguno herido lo melecinamos. Como tenemos españoles estan bien cuidados y libres.»

¿Qué efecto produjo la lectura de esta proclama?

El mismo en el general en jefe que en el de los oficiales, que en el del mas ínfimo soldado.

El de la risa.

XVI.

Volvamos por un momento á hablar de la division Echagüe acampada en las posesiones del Serrallo.

El dia 28 fué interrumpida la monotonía de su tranquilidad por un amago de combate, y decimos amago, porque realmente ni llegó á ser combate.

Hé aquí lo que pasó:

Serian sobre las cuatro de la tarde del 28, cuando un peloton de moros, que apareció hostilmente en la falda de la montaña del Renegado, por la vertiente que da al mar, rompió el fuego sobre nuestros

soldados del regimiento de Granada, que se ocupaban en la construccion de un campo que conduce desde el Serrallo á la casa del Renegado, para poder llevar artillería á la posicion indicada; sus tiros fueron inciertos, aunque dirigidos á pelotones, que por hallarse en trabajos, estaban desarmados; esta fuerza se replegó al campamento, y salieron dos compañías del batallon cazadores de Alcántara que estaban guarneciendo el reducto de Isabel II; pero apenas el enemigo vió la intrepidez con que partian nuestros bizarros cazadores, se declaró en retirada sin empeñar el combate.

Poco despues otra fuerza mora hizo fuego á los soldados que guarnecian el reducto del príncipe Alfonso. Los nuestros no tuvieron ningun herido ni quisieron tampoco desperdiciar municiones, pues que con una sola carrera lograron dispersar á los árabes.

XVII.

El mismo dia 28 partió de la ria de Tetuan, en direccion á Gibraltar el vapor inglés *Eard of Lonsdale*, que habia salido de aquella poblacion el dia 23 por la mañana con porcion de pasajeros curiosos, oficiales de aquella guarnicion, y el Sr. Escandella, obispo católico de Gibraltar.

Los pasajeros todos volvieron á sus hogares llenos de admiracion, despues de haber visto detenidamente el campamento español y haberse aproximado al marroquí.

Fueron atendidos por nuestros generales y oficiales con la finura y amabilidad propia del carácter español, habiéndoles acompañado á recorrer todo el campo. El obispo montó el caballo del general Prim, y se sabe que á su regreso á Gibraltar hizo grandes elogios de todos, y muchísimos del buen sentido de nuestro ejército que, siempre entusiasmado y lleno de fuego, deseaba con afan lo llevasen al campamento marroquí para concluir con los moros.

Presenciaron los trabajos en el campamento, vieron fortificar los fuertes Martin y playas inmediatas, construir sin descanso buenos caminos para conducir artillería y demás efectos los hombres metidos

en fango y habiendo en las lagunas agua hasta la rodilla, pero con una decision, prontitud y voluntad admirables; y como esto lo repitieron en medio de grandes elogios, el gobernador de Gibraltar entró en deseos de visitar á su vez nuestro campamento y se decidió á salir con este objeto al dia siguiente, acompañado de una porcion de oficiales é ingenieros.

XVIII.

Efectivamente, la visita del gobernador de Gibraltar al campamento tuvo lugar el dia 29.

Llegado en frente de la ria el vapor inglés, que llevaba á su bordo el gobernador, este, cuyo nombre era mister Codrington, envió á pedir permiso para desembarcar con los oficiales que le acompañaban, pertenecientes todos á la guarnicion de Gibraltar, permiso que acto contínuo le fué concedido por el general Odonell.

Inmdiatamente de haber desembarcado, pasaron á visitar al general en jefe, que los recibió cortesmente, como quien era él y quien eran ellos, les dió caballos y escolta para que hiciesen su escursion, y dispuso que el brigadier Gurrea, que posee perfectamente el inglés, les acompañara y enseñase todo.

Todo lo visitaron con nimia escrupulosidad, estuvieron examinando minuciosamente nuestras posiciones, preguntándolo todo con mucha insistencia, admirándose ante el magnífico tren de sitio, que á la sazon se estaba desembarcando aun, y recorriendo en todas direcciones nuestro campamento.

Esta visita llamó de un modo estraordinario la atencion y se hicieron muchos comentarios. Generalmente se creyó que el gobernador de Gibraltar llevaba una segunda idea. Todo el campamento al menos lo creyó así.

Entre dos y tres de la tarde de este mismo dia las baterías de la moruna Alcazaba y otra que resguardaba las puertas de la ciudad, hicieron lo menos cuarenta salvas, por cierto con bastante regularidad y órden. Media hora despues, los moros acampados estuvieron dispa-

rando sus armas en toda la línea, como si saludaran tambien ó celebraran algun suceso notable.

Dijose al principio que la causa de este regocijo era una festividad religiosa entre los moros, luego se añadió que era por el regreso de Muley Abbas que se habia marchado á Tánjer y volvia con tropas de refresco, pero finalmente se supo la verdad del caso. Lo que se celebraba era la llegada al campamento de Side ó Muley Ahmet, hermano del emperador y de Muley Abbas, y otro de los generales del imperio marroquí, con ocho mil hombres de refuerzo, entre los cuales se contaban dos mil ginetes de la famosa guardia negra.

Este mismo dia efectivamente apareció un nuevo campamento marroquí, situado al pié de la llanura, un poco mas á la derecha del que habia en el mismo sitio en direccion á la ciudad.

El general Odonell, despues de haber recibido al gobernador de Gibraltar, recibió tambien á una comision de oficiales prusianos, llegada el dia anterior al campamento, y compuesta de dos oficiales de estado mayor, uno de infantería y otro de húsares. Iban á despedirse del general para volver á los pocos dias, pues su objeto era solo el de pasar á Algeciras para comprar caballos á fin de poder seguir las operaciones de la campaña.

Otra novedad tuvo lugar en este dia.

El general Zabala habia llegado de Ceuta, y, sin aguardar la completa curacion, quiso volver á encargarse del mando del segundo cuerpo de ejército que desempeñaba interinamente el general Prim. En su consecuencia, este tornó á ponerse al frente de la division de reserva aumentada con la otra division del general Rios, dirigiendo á las tropas del segundo cuerpo, antes de separarse, la elocuente despedida que copiamos á continuacion:

Orden general del segundo cuerpo, correspondiente al 29 *de enero de* 1860, *en el campamento sobre el valle de Tetuan.*

»Soldados del segundo cuerpo: vuestro digno comandante general, conde de Paredes, vuelve á ponerse á vuestro frente. Yo me separo de vosotros para mi nuevo destino, lleno de orgullo de haber tenido ocasiones en que apreciar vuestro valor y brio.

»Las jornadas del 8, 10, 12 y 14 del actual os dan derecho á contaros entre los bravos de los bravos. Ellas dejan en mi ánimo la li-

sonjera impresion que produce el cumplimiento del deber en aras de la gloria de la patria.

»Juntos combatimos, juntos nos hallamos y juntos nos veremos aun en el campo de batalla, llevando adelante, siempre victoriosa, nuestra noble bandera..... El minarete de Tetuan la aguarda! ¡Allí de nosotros por Castilla y nuestra Reina!!»

«*El conde de Reus.*»

Sin embargo, el general Zabala, mas pundonoroso que fuerte, contando con su voluntad mas que con sus fuerzas, fué al campamento solo para tener que abandonarlo al siguiente dia, y por esta vez completamente impedido.

Al dia siguiente de haber tomado el mando, tuvo de nuevo que renunciar á él, viéndose obligado á marchar á la península.

El general Prim fué, pues, nombrado general en jefe en propiedad del segundo cuerpo de ejército, nombramiento que fué muy sentido en el cuerpo de reserva, donde se le miraba por jefes y soldados con particular cariño.

Pero, prosigamos la historia del dia 29.

La primera disposicion que adoptó el conde de Reus apenas se encargó de la reserva, fué la de artillar en seguida el reducto de la *Estrella* para evitar que los moros volviesen á destruirlo.

Tambien dispuso que aquella noche se pusiese un batallon de emboscada para escarmentar á los moros si se presentaban.

Con motivo de haberse dado á reconocer nuevamente el conde de Reus como jefe del cuerpo de reserva, compuesto entonces de las divisiones al mando de los generales Rios y Rubia de Celis, todas las músicas del cuerpo se reunieron á las siete de la noche para darle una serenata.

Terminada esta, el toque de silencio lo impuso completo al campamento, pero no tardó en ser interrumpido por tres nutridas descargas, una tras otra, que resonaron de pronto, causando la alarma consiguiente.

Era el resultado de la emboscada.

Cumpliendo las órdenes del general conde de Reus, el batallon de cazadores de Vergara, al mando del segundo comandante D. Amable Escalera, ayudante del general, fué á emboscarse en las inmediaciones

del reducto de la *Estrella*. Entre nueve y diez de la noche, los árabes fueron, como ya habian tomado de costumbre, á desbaratar los trabajos; el batallon les dejó acercar, y cuando les tuvo casi á boca de jarro, les hizo tres descargas seguidas que los desbarataron completamente, haciéndoles retrocer azorados y dejando en el campo algunos muertos, sin que nosotros tuviésemos que lamentar desgracia alguna.

Un oficial escribió con fecha de este dia una carta, en la cual leimos el siguiente párrafo, que bien se conoce que está dictado por el entusiasmo:

«La salud ha mejorado notablemente, reina una animacion, un gozo y contento tal, que es difícil de esplicar. La vista de Tetuan, que tenemos en frente y la del enemigo, que se halla acampado en el estribo de una cordillera que termina en la misma Alcazaba de esa agarena ciudad, nos electriza de tal modo, que ansiamos por momentos entrar en dicho punto y clavar en ella el pendon de la religion del que, por redimir nuestras faltas y pecados, quiso morir en una cruz por amor al hombre.»

En otra carta, fechada el mismo dia, leimos otro párrafo, que merece tambien ser trasladado.

«Hoy domingo, dice, á las once de la mañana, se ha celebrado una solemne misa desde un terrado de la Aduana, que pocos dias há servia de solaz y recreo á las moras del jefe de la Aduana, por el virtuoso capellan del segundo regimiento de Iberia D. José Rubirnos, la que ha oido el general en jefe, su cuartel general y el ejército todo con la mayor pompa y recogimiento. Terminado este acto, las tropas se han retirado á sus campamentos, y el esforzado general Odonell, con una valentía propia de un subalterno, ha practicado con solo su escolta un atrevido reconocimiento, llegando casi al mismo campamento enemigo.»

XIX.

Nos hacemos la ilusion de creer que nuestros lectores no han de encontrar monótono el dietario que estamos redactando, pues procu-

ramos hacerlo todo lo mas ameno y variado posible, dentro del círculo histórico, poniendo el cuidado mas especial en que no nos pase nada por alto y consignando cuantos hechos y noticias nos es posible recoger.

Ya otras veces hemos indicado que creíamos llenar así los deseos de todos.

El editor prometió en el prospecto de las *Jornadas de gloria* que seria una obra histórica. Nos toca á nosotros cumplir la promesa de nuestro editor, y hé aquí porque hemos adoptado la forma de dietario, entresacando de correspondencias, de cartas particulares, de partes oficiales ó de narraciones que nos han hecho testigos de vista, los sucesos que corresponden á cada dia, cuidando de que no se nos escapara ni el episodio mas insignificante. Solo que, así como lo hemos ido haciendo hasta ahora, cuidaremos que de aquí en adelante tenga nuestra relacion toda la amenidad posible, á fin de que, sin apartarse del carácter histórico, reuna el interés dramático al interés que tiene ya la simple relacion de los sucesos para todo corazon patriota y español.

Afortunadamente, vamos á entrar en la parte épica de nuestra campaña de África, y á mas de los sucesos de la la guerra, tenemos que relatar la espedicion de los catalanes, la historia, que parece novelesca, de Ali Bey, y la vida de Prim.

Luego tropezaremos con estos asuntos que son dignos en verdad de que se ocupara de ellos pluma mejor cortada con la nuestra.

Continuemos por de pronto relatando lo que pasó en los pocos dias que nos quedan antes de llegar al 4 de febrero, dia para siempre memorable, jornada cuyo recuerdo vivirá eterno é imperecedero en el libro de nuestras grandes glorias, como imperecederos y eternos viven en él los de las jornadas de Pavía y de Lepanto.

¿Qué sucedió el 30, cuyos hechos nos toca narrar ahora?

Lo mas notable de este dia fué el ser víspera de una grande accion.

Se cuenta que una de nuestras avanzadas hizo prisionero á un moro, que estaba indefenso por otra parte.

Llevado al campamento, y al ver el uniforme de los húsares, el moro dijo que en su campo habia visto uno igual que lo llevaba un

cristiano cogido en la accion de Castillejos, el cual no se separaba de la tienda de Muley Abbas en donde se le trataba perfectamente.

Mas tarde se supo que el moro decia verdad.

Era realmente un oficial nuestro al que se habia juzgado muerto y que afortunadamente estaba prisionero solo.

Quedaron desembarcados víveres para el ejército para mas de 30 dias, y á este tenor municiones y efectos de guerra, operaciones todas que ejecutó la marina con una actividad prodigiosa, haciéndose digna de los mayores elogios.

«Crea V.—nos escribian del campamento con fecha de este dia—que todos nosotros admiramos el trabajo de la marinería, que se pasa el dia metida en el agua hasta la cintura desembarcando efectos ó bien manejando el remo para transportar objetos, sin que muchos dias descanse ni aun para comer.

»Solo habiendo visto estos esfuerzos, que bien pueden llamarse sobrehumanos, se comprende el gran aprovisionamiento que se ve hoy en tierra, cuando hace dias no habia nada absolutamente. Nunca me cansaré de elogiar el trabajo de nuestra marina, y los buenos servicios que está prestando.»

XX.

Accion del 31.

El mes de enero empezó y terminó gloriosamente para las armas españolas.

La accion del 31 fué digna de la del 1.°

En este mes, nuestro valiente y sufrido ejército verificó una marcha gloriosa, llena de azares y fatigas, sin que la tenaz resistencia y los repetidos esfuerzos del enemigo, la furia de los elementos y las asperezas de salvajes montañas le hayan hecho retroceder un paso ni vacilar un solo momento. El camino que siguió lo fué regando de generosa sangre, abundantemente vertida; cada punto que escogió para descanso, fué señalado por una espléndida victoria.

Para dar cima á las glorias de este mes, el 31, en reñida batalla,

fué derrotada y perseguida hasta sus últimas posiciones la morisma numerosa cual nunca, como siempre osada, y con el nuevo estímulo de que dos hermanos del emperador la conducian al combate.

Muley Abbas y Side Ahmet fueron en efecto quienes dirigieron esta accion, mandando el uno el ala derecha y el otro la izquierda de su ejército.

Serian las nueve de la mañana cuando comenzó á observarse en el campamento enemigo, que ocupaba las alturas de la torre Gelilí, un movimiento estraordinario. Vióse que tenia lugar una gran reunion de moros de infantería y caballería, los cuales poco despues empezaron á descender hácia el llano, con marcada tendencia de dirigirse á envolver la derecha de nuestras posiciones.

La posicion de nuestro ejército acampado, era en aquellos momentos la siguiente: el cuerpo de reserva, á las órdenes del general Rios, cubria la vanguardia, apoyando su izquierda en la Aduana y su estrema derecha en el reducto de la *Estrella*, en construccion; como la distancia que separaba á estos dos puntos era bastante grande, acampaba entre ellos, en segunda línea, el tercer cuerpo al mando del general Ros de Olano, cubriendo á su vez á la caballería y á la artillería; el segundo cuerpo de ejército, á las órdenes del conde de Reus, se estendia hasta la playa, protegiendo con una de sus brigadas el flanco derecho de la caballería y artillería.

El enemigo se hallaba dividido en dos cuerpos á las órdenes de los citados príncipes Muley Abbas y Muley Ahmet. La fuerza del primero, compuesta, segun declaraciones que luego hicieron los prisioneros, de 10 á 12,000 infantes y 3,000 caballos, se agrupaba al pié de la torre de Gelilí, cercada por sus grupos de tiendas colocadas en las cimas de los cerros que constituyen el estribo avanzado de la Sierra Bermeja, donde se halla aquel ruinoso torreon. A su derecha, y al pié de las puertas de Tetuan, en terreno ligeramente elevado sobre el llano, se esparcia en dos distintos grupos el campamento de Muley Ahmet con sus 4,000 infantes y 9,000 caballos.

El terreno que separaba á los nuestros de los árabes presentaba toda una sucesion de pantanos y lodazales que embarazaban los movimientos de las tropas, obligadas á atravesarlos con agua hasta la cintura en algunos de ellos.

Advertido el general Rios del movimiento del enemigo, puso inmediatamente sobre las armas á las tropas de su mando, reforzándose con el batallon de cazadores de Vergara al de Luchana que se hallaba de servicio avanzado en el fuerte de la *Estrella*, mientras que el general en jefe con su cuartel general se trasladaba á dicho punto dando órdenes para que todas las tropas se pusieran sobre las armas.

El cuerpo de reserva formó nuestra izquierda en el órden siguiente: un batallon del regimiento infantería de Zaragoza, un escuadron del regimiento lanceros de Villaviciosa y la compañía de artillería de montaña afecta al quinto regimiento á pié, apoyados en el puente por donde corta la calzada de Tetuan el riachuelo Alcántara: la segunda brigada de la segunda division y los batallones restantes de la primera brigada de la misma, formaron en escalones de masas por batallones, quedando enlazados por la derecha con la primera brigada de la primera division rompiendo desde luego el fuego de nuestras guerrillas con las avanzadas enemigas.

La division de caballería al mando del general Galiano, formada en dos líneas, á los flancos de un escuadron del regimiento artillería de á caballo, avanzó en una direccion oblícua sobre nuestro flanco derecho, para oponerse al manifiesto intento del enemigo de envolvernos por aquel lado; pero este, al notar nuestros preparativos, varió de plan, y dejando una parte bastante numerosa de su caballería que siguiese amagando aquel costado, corrió el resto de sus fuerzas hácia su centro.

Entonces el general Odonell hizo variar de direccion á nuestra caballería situándola á la derecha del reducto de la *Estrella*, mientras el tercer cuerpo avanzaba tambien á tomar posicion sobre la derecha y retaguardia de aquella division. Tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo se situaron asimismo en la inmediacion del reducto, en los intérvalos de los cuadros de la infantería del tercer cuerpo que acababa tambien de tomar posicion en nuestro centro, y rompieron el fuego de granada contra el enemigo.

Las tres baterías del segundo regimiento montado y las tres del tercer regimiento montado de posicion, quedaron de reserva en los primeros momentos del combate, pero avanzaron sucesivamente, sosteniendo luego durante toda la jornada un vivo cañoneo de granadas y metralla.

Finalmente, el segundo cuerpo del ejército formó nuestra derecha, pronto á obrar cuando las circunstancias lo exigiesen.

Tal era la posicion de nuestras tropas.

Al principio, segun ya hemos indicado, solo hubo un tiroteo de guerrillas, pero no tardó en formalizarse la accion.

El general Rios dispuso todas sus tropas en columnas paralelas y avanzó al frente de la segunda brigada, compuesta del regimiento de Iberia, de un batallon de Cantabria y del provincial de Málaga. Protegida por estas fuerzas de infantería, marchaba una brigada de artillería, y seguia en pos de la primera, como de reserva, la segunda brigada, formada con los dos batallones de Zaragoza, uno de Bailen, otro de Soria y el escuadron de lanceros de Villaviciosa cerrando la retaguardia.

En esta disposicion avanzaron de frente con imperturbable serenidad atravesando grandes pantanos, que eran invisibles hasta llegar á ellos y en los cuales se hundian en cenagoso fango á cada paso que daban. Salvando estos obstáculos, que quizá para otros soldados hubieran sido insuperables, y siempre bajo un fuego mortífero é incesante, desalojaron á los moros de todas sus posiciones, llegando hasta el pié de las huertas mismas de Tetuan.

Una vez allí, salieron á su encuentro, como en furiosa avenida, dando salvajes alaridos, blandiendo sus armas y corriendo en todas direcciones, unos 1000 ginetes árabes. Era un instante tan crítico y supremo como el de la accion primera en que aquellas mismas fuerzas entraron en fuego, y que llevamos ya referida, pero tambien como entonces recurrieron al mismo medio que les habia salvado.

Los batallones de Iberia, Cantabria y Málaga formaron el cuadro tan tranquilamente como si estuviesen en parada, arengóles ardorosamente el general Rios, y dando un viva á la reina, mandóles armar bayoneta, y al paso de carga, que tocaban las músicas y bandas, marcharon los cuadros en este órden á vanguardia, haciendo retroceder al enemigo que se aterrorizó ante nuestras bayonetas.

A todo esto, en la derecha tenia lugar un combate mas empeñado si cabe. Como el enemigo acababa de reconcentrar su numerosa caballería en el llano de nuestro frente, el general en jefe dió órden al general Galiano para que, avanzando con su division, la cargase

en el momento oportuno. En su consecuencia, pasó este general los pantanos que tenia á su frente, no sin grande dificultad, ínterin el brigadier Villate, jefe de la primera brigada, cargaba con los escuadrones de la Reina y el Príncipe, llevando al del Rey en reserva, y mientras el brigadier conde de la Cimera, á cuyas órdenes estaba la segunda brigada, amagaba por la izquierda con un escuadron, sostenido á poca distancia por el cuarto de húsares y ambos por los de Farnesio y Villaviciosa.

La brigada de coraceros, que aun no habia tenido ocasion de hacer prueba patente de su ardor contra los marroquíes, aprovechó entonces la que la suerte le deparaba, y cargó á fondo.

Brillante y admirable fué la carga. El enemigo fué arrollado hasta una hondanada al pié de una estribacion de colinas paralela á las de la torre Gelili y situada á nuestra derecha, pero en ella se hallaban ocultos mas de 1500 caballos, y en las vertientes opuestas de las colinas apareció como por mágia una gran muchedumbre de ambas armas, que con salvaje vocería coronó las cimas y rompió un fuego mortífero contra nuestros escuadrones.

En tal situacion, y ante fuerzas superiores en caballería, era forzosa la retirada; maniobra siempre difícil ante un enemigo que, si bien huye ante todo movimiento de avance, se lanza con ímpetu furioso cuando lo ve iniciado de retroceso.

Sin embargo, merced á los esfuerzos del brigadier Villate, del jefe de Estado Mayor y de los que personalmente hizo el general Galiano, pudieron los escuadrones permanecer reunidos, y verificaron aquel movimiento, no sin dar otras tres cargas sucesivas durante él á la muchedumbre mora, causando numerosas bajas en sus grupos.

La resistencia de nuestra caballería, en medio de que fué muy vigorosa, lo hubiera sido mas aun, si en su veloz é irresistible carga no hubiese encontrado á su paso una zanja traidoramente cubierta de ramaje en la que se hundieron con el ímpetu de la carrera varios jefes, oficiales y soldados, que estaban muy dispuestos á combatir contra los enemigos, pero no contra la alevosía.

Afortunadamente, en el momento crítico que hemos mencionado, entraban en primera línea los batallones de Baza, de la Albuera y de Ciudad Rodrigo, del tercer cuerpo. El segundo batallon de la Albue-

ra formó el cuadro, y un escuadron del regimiento de artillería á caballo, que avanzó al galope, rompió el fuego por el frente del enemigo, en tanto que el general García, avanzando sobre el flanco izquierdo, colocaba en batería otro escuadron del mismo regimiento, rompiendo el fuego, protegido por los batallones de la primera brigada de la primera division de reserva, dirigidos por el general Rubin.

Todos estos movimientos dieron lugar á que la caballería rehiciese sus escuadrones para seguir el combate. La brigada de lanceros, á las órdenes del brigadier conde de la Cimera, habia tambien avanzado á su vez, arrollando á los enemigos que tenia á su frente, pero al notar el movimiento de retroceso de los coraceros, varió de direccion á la derecha, adelantando algunos escuadrones que concurrieron oportunamente á sostener la retirada. El primero de húsares, segun el parte oficial, sostuvo tambien perfectamente su puesto, secundado por el de cazadores de la Albuera, cargando y rechazando á la línea enemiga por la estrema derecha.

Mientras tanto, avanzaba tambien por el mismo lado, con objeto de desbordar el ala izquierda de los moros, la segunda division del tercer cuerpo; pero siendo ya imposible este movimiento por la nueva situacion que este habia tomado, el general Ros de Olano atacó con parte de la primera division las posiciones intermedias entre las alturas de Gelilí y la llanura, al tiempo que el general Quesada, con la primera brigada de la segunda division, formada por los batallones en columna cerrada y protegida por los fuegos de una batería á caballo y otra de montaña, acababa de arrollar por la derecha á la caballería enemiga.

A consecuencia de estos movimientos casi simultáneos, la multitud de caballería é infantería mora abandonó por completo su actitud ofensiva en el llano, replegándose al abrigo de las colinas ya mencionadas, perseguida en su retirada por los certeros disparos de la batería de cohetes, cuyos alcances, multiplicados rebotes y oportuna esplosion, causaron manifiesto espanto entre sus desordenados grupos.

El general Makena quiso aprovechar esta ocasion.

Púsose al frente de dos batallones, uno de Zamora y otro de Albuera, y adelantó con ellos formados en cuadro, decidido á escalar las posiciones enemigas. Lanzáronse con ímpetu, bayoneta calada, y arrollaron al enemigo. El batallon de Baza, el de Ciudad Rodrigo y los

de la segunda division del mismo tercer cuerpo acudieron á reforzar nuestras tropas empeñadas entonces en un combate desigual con un número escesivo de contrarios que crecia y aumentaba de minuto en minuto.

Retrocedieron los árabes no pudiendo resistir al empuje de nuestra brillante infantería, siendo perseguidos hasta las faldas de la sierra, donde se apoyaba la izquierda de su real.

Nuestras tropas se detuvieron un momento al pié de los cerros para cobrar fuerzas, pero se tocó en seguida ataque general, y todos los batallones se lanzaron impetuosamente, acabando por desbaratar y arrollar á la morisma. Ya aquello fué entonces una carnicería.

Mientras esto sucedia en nuestro centro de batalla, el segundo cuerpo de ejército, que, obrando por la estrema derecha, habia iniciado su movimiento atravesando las lagunas y pantanos.....

Pero nuestros lectores nos permitirán que interrumpamos la relacion descarnada de los hechos para dejar hablar á un testigo.

Hé aquí, á propósito de lo que íbamos á contar nosotros, lo que relata en una carta quien presenció desde el cuartel general toda la accion:

«Pocos momentos despues vimos asomar por la parte opuesta del cerro la cabeza de la division del general Prim, que se habia corrido por la estrema izquierda enemiga, en perfecta formacion, con un órden maravilloso. ¡Si vieran Vds. qué efecto produjo la aparicion de estas tropas, tan militarmente organizadas y dispuestas para la pelea! Un sentimiento de admiracion se apoderó de nosotros, y sin querer se escapó de nuestros labios esta lisonjera frase «¡cosas de Prim!» Todo el ejército hace hoy grandes elogios del movimiento arriesgado que el conde de Reus hizo al frente de la division del segundo cuerpo que manda el general D. Enrique Odonell, en el momento mismo en que la accion estaba mas empeñada.

»El general Prim recibió la órden de avanzar sin que se le indicara por donde; dispuso los batallones que debian acompañarle, y emprendió animosamente la marcha, con intento de envolver la estrema izquierda del ejército marroquí. Así atravesó muchas lagunas, donde los soldados se metieron hasta las rodillas en cenagosa agua, y alcanzó á ver la gran masa de caballería enemiga, cerca de 5,000 ginetes,

cuando acometida por las tropas del tercer cuerpo y castigada por los certeros disparos de la artillería, que empleó ayer con bastante éxito los cohetes á la congreve, se replegaba hácia la falda opuesta de la colina al abrigo de un bosque frondosísimo y enmarañado.

»El conde de Reus no llevaba artillería, ni mas caballería que la que compone su escolta; pero eso, ¿qué importaba? Para almas de su temple, las contrariedades nada significan, ni los obstáculos amilanan su valor; antes le enardecen y avivan. Formó, pues, en cuadro los batallones de la division que dirigia, arengándoles breve, pero vigorosamente, como acostumbra.

»Una ocasion se os presenta, les dijo, para alcanzar imperecedera gloria. Sin mas ausilio que el de vuestras bayonetas, vais á combatir contra la caballería enemiga, y á vencerla. ¡Adelante!»

»Las palabras del general produjeron un efecto mágico entre los soldados, que tienen en él la mayor confianza, y se lanzaron contra las huestes contrarias, que no quisieron esperar su llegada. Espantadas sin duda del espectáculo que ofrecia aquella division que habia aparecido allí por arte de encantamiento, cuando menos la esperaban, desaparecieron como sombras por la espesura del bosque, atropellada y vergonzosamente. La escolta del general cargó entonces con el denuedo con que siempre lo ha hecho, perdiendo tres hombres; pero vengándoles suficientemente, arrollando é hiriendo á cuantos encontraba en medio de las dispersas y amedrentadas turbas marroquíes.

»Componian la division que mandaba entonces el general Prim, dos batallones del regimiento de la Princesa, otros dos del de Toledo, uno de Leon y el de cazadores de Alba de Tormes.

«En esta jornada hizo el conde de Reus dos prisioneros y recogió dos caballos.»

Los párrafos que se acaban de leer no pueden ser sospechosos, como hubieran podido serlo para algunos en boca nuestra.

Prosigamos ahora la relacion, que es conforme á la oficial.

A las cinco de la tarde el general en jefe comunicó las órdenes para regresar los cuerpos y divisiones á sus respectivos campamentos. Este movimiento dió principio por el segundo cuerpo, que con el mayor órden, y sin ser molestado por el enemigo, lo verificó por la derecha hasta regresar á su campo.

El tercer cuerpo abandonaba tambien las posiciones que bizarramente habia ocupado, protegiéndose mútuamente sus batallones escalonados para descender al valle, y cubriendo la division de caballería; pero el enemigo, que apoyado en su campamento alto, se habia de nuevo reunido y emboscado en las malezas inmediatas esperando este momento, intentó un audaz ataque contra la retaguardia.

Conocedor de sus hábitos de guerra, el general conde de Lucena habia previsto el caso. Así pues, tenia dispuestos de antemano un escuadron de húsares y otro de coraceros á las órdenes del brigadier Villate, los cuales, lanzados á la carga y seguidos á la bayoneta por la segunda brigada de la primera division al mando del brigadier Cervino, dispersaron por completo al enemigo, que ya no volvió á molestar nuestra marcha.

Mientras tanto, el cuerpo de reserva verificó tambien su movimiento retrógrado en el órden mas perfecto y sin incidente alguno, de suerte que á las ocho de la noche todas las tropas se hallaban acampadas y descansando de las fatigas de aquella gloriosa jornada.

Tal fué el resultado de esta accion trabada por los moros al mando de dos príncipes famosos entre ellos, y con la cual, juzgándose invencibles con los frescos refuerzos que les llegaran de la decantada guardia negra del emperador, creian buenamente recuperar la Aduana, la torre Martin y destrozar por completo el ejército cristiano.

Caro les costó el no haber podido realizar su deseo, pues perdieron mas de 800 hombres entre muertos y heridos, segun las declaraciones de los moros prisioneros ó presentados posteriormente, advirtiendo que gran número de sus muertos quedó en el mismo campo de batalla.

Nuestras pérdidas, segun datos oficiales, fueron: 5 oficiales muertos, 48 jefes y oficiales heridos, 42 soldados muertos y 361 heridos.

XXI.

Esplicaciones, detalles y pormenores.

Hay no poco que contar de esta accion, que coronó perfectamente

el mes de enero tan brillantemente inaugurado por la batalla de Castillejos.

Segun hemos hecho ya otras veces, hemos guardado ciertos episodios para hacer con ellos un capítulo aparte y no interrumpir de este modo la narracion hecha bajo el punto de vista militar.

Comenzamos por decir que la artillería se portó admirablemente, sosteniendo durante todo el dia un fuego tan horrible como certero. Algunas de nuestras baterías adelantaron tanto, que llegaron á estar á 1,120 metros de las enemigas, de modo que las balas de los cañones de á tres del campamento moro llegaban perfectamente.

El conde de Lucena estuvo, durante toda la accion, recorriendo con los oficiales y jefes de su cuartel general toda la línea y presentándose en los puntos de mayor peligro. Hubo momentos en que las balas caian á sus costados como lluvia. En menos de ocho segundos cayeron heridos junto á él un jefe de artillería de elevada graduacion, un correo de gabinete, el auditor del segundo cuerpo, señor Castillo, que estaba allí accidentalmente, y un guardia civil de la escolta.

Algunas personas se acercaron entonces al general en jefe indicándole el peligro en que estaba y manifestándole que no era conveniente se espusiera de aquel modo á las balas enemigas, pero cuéntase que el conde de Lucena contestó sencillamente:

—No las oigo.

Y siguió adelante.

Entre las cargas de caballería que se dieron, distinguióse notablemente el comandante Lagunero, de quien dijo el parte comunicado al general en jefe que *se encontró en todas partes donde mas arreciaba el peligro.*

Cinco fueron los moros que cayeron prisioneros, y uno de ellos, que era un jóven de veinte años, confesó ser el hijo del general de la caballería marroquí.

Este fué quien manifestó que mandaban la accion los dos príncipes hermanos del emperador, añadiendo que solo la infantería mora que habia entrado en fuego subia á 20,000 hombres.

Se refiere el hecho siguiente.

A tiempo que el general Prim ejecutaba su movimiento al frente de la division de D. Enrique Odonell, esta hizo alto un momento, y entonces un ginete árabe que era visiblemente un jefe, pues se le habia visto dirigir durante el combate grandes grupos de infantería y caballería, se adelantó algun tanto hácia nuestros batallones con cuatro ó seis ginetes. Iba vestido todo de grana y se le habia visto siempre en los sitios de mayor peligro.

El general D. Enrique Odonell hizo adelantar por su parte á su ayudante Sr. Maturana con ocho guardias civiles y cuatro ordenanzas, no con objeto de cargar, sino para observar los movimientos del enemigo, pero al llegar al punto que se le habia señalado, se encontró frente á dicho estraño ginete con sus cuatro ayudantes, y á cada lado una docena de ginetes árabes mas.

Sin inmutarse, sin temor alguno, con una bizarría heróica, cargó el Sr. Maturana con los ocho valientes que le acompañaban sobre los marroquíes, y se mezclaron todos, moros y cristianos.

Habiendo caido de su caballo uno de los guardias civiles, ocho ó diez moros dirigidos por su jefe quisieron hacerle prisionero, y entonces el señor Maturana, viendo que era inútil el sable, acudió á su revolver, y mató al jefe é hirió á otros dos moros.

Los enemigos se pronunciaron en retirada, mucho mas cuando dos compañías de la Princesa y una de Toledo se adelantaban para ausiliar á sus hermanos de armas.

Segun la declaracion de un prisionero que se hizo, el muerto era un jefe de alta graduacion en el imperio. Su traje consistia en un riquísimo jaiqué de grana forrado de seda y con botonadura de seda tambien, llevando debajo una túnica azul y una camisa muy fina.

El general D. Enrique Odonell se quedó con estas prendas y el conde de Reus con el caballo que montaba el ginete muerto.

En una correspondencia leimos el párrafo siguiente:

«La guardia negra del emperador y nuestra brigada de coraceros con el brigadier Villate á la cabeza, estuvieron confundidas durante algunos minutos, hasta que los enemigos huyeron, dejando sembrado de cadáveres el camino, y habiéndoseles escapado varios caballos, la batería de cohetes, dividida en dos secciones, espantó y puso en dispersion á la caballería enemiga. Aquellas serpientes de fuego, aquellas exhalaciones contínuas, aquellas improvisadas centellas, les causaban un asombro y un espanto indecible.»

En otra carta del campamento leimos tambien lo siguiente:

«Un escuadron de lanceros dió una carga en direccion del campamento que los moros tienen en la llanura. Los ginetes mas adelantados llegaron á un sitio en donde los caballos se atascaban hasta la rodilla. Entonces un grupo de infantería árabe cargó á la caballería que tuvo que volver atrás. El oficial que iba mas adelantado y algunos soldados cayeron del caballo y fueron cogidos por los moros. Al oficial le cogieron vivo, y mientras se lo llevaban lo iban desnudando. Así que lo tuvieron en cueros, lo asesinaron dándole tres ó cuatro gumiazos en el pecho, y lo mismo hicieron con los soldados. Cuando se retiraron los enemigos, se adelantó una guerrilla de infantería y trajeron en una camilla el cadáver del oficial.»

Entre los heridos de esta jornada, lo fué nuestro valiente paisano D. Francisco Creuhet, comandante de coraceros, hermano del orador religioso D. Antonio Creuhet, muy conocido en Barcelona. Le mataron el caballo de un balazo, rodó con él al suelo, y precipitándose algunos moros para matarle, le dieron dos gumiazos, ambos en el brazo izquierdo. Debió su existencia al cabo de un escuadron de su mando, que se lanzó á salvarle y lo hizo con peligro de su vida propia.

El herido fué retirado del campo de batalla y al dia siguiente trasladado á Algeciras, de donde escribieron mas tarde que estaba ya fuera de peligro y habia entrado en convalecencia.

Un caballero francés, ingeniero, que se hallaba en nuestro campamento, se presentó cuando ya estaba empeñada la accion al coronel del regimiento de Iberia. Llamábase este caballero Mr. Le Belley é iba acompañado de su hijo, jóven de 14 años. Pidió al coronel que le diera un fusil para él y otro para su hijo, y que les colocara en la compañía de cazadores, pues querian combatir tambien por la causa de la civilizacion y del progreso, de la cual era representante en África el bizarro ejército español.

El coronel le estrechó la mano con efusion, dióle gracias en nombre de la reina y patria, y mandó que fuesen satisfechos sus deseos. Padre é hijo recibieron los fusiles que pedian, y combatieron como valientes á las órdenes del capitan Sr. Carretero.

En una carta dirigida por D. Juan Morzonis, capitan de cazadores de San Fernando, á un individuo de su familia, leimos el siguiente interesante episodio de esta accion:

«Con mi compañía embestí hasta donde nadie habia llegado. Vino luego á reforzarme otra compañía de cazadores de Llerena y otra del Infante, pero luego quedaron á retaguardia, mientras con mis bravos me adelanté hasta colocarme frente de muchísimos caballos enemigos, y conociendo el ardor de mis soldados, les grité: «¡Muchachos, viva la reina, y á la bayoneta!» Fué tan veloz nuestra carga, que en ninguna de las posiciones que tuvieron que abandonar, les dimos mas tiempo que para hacer la primera descarga, algunas de ellas á menos de medio tiro de pistola, y corriendo por unas lomas bastante pendientes, mas de media hora. Llevados por nuestro ímpetu, llegamos á una aldea de unas treinta casas por el estilo de las barracas de las huertas de Valencia; allí se nos resistió hasta tirarnos de unas esquinas á otras de las casas, y como nuestros tiros no fuesen de gran provecho, cargué de nuevo á la bayoneta, de modo que cuando me mandaron hacer alto, no podia contener á mi gente, y sin esta órden, de seguro que entramos en su campamento. Era ya de noche cuando regresamos al nuestro.»

XXII.

El dia 1.° de febrero ambos ejércitos beligerantes descansaron de las rudas fatigas de la batalla anterior.

Tres vaporcitos de poco calado, el *Bulloag*, el *San Dionisio* y el *Tarraconense*, que hacia ya tres dias navegaban por el rio de Tetuan hasta llegar al pié de la Aduana, acabaron de desembarcar el tren de sitio. Estos vapores fueron fletados por el gobierno por ser de construccion á propósito para navegacion de rio, y prestaron grandes servicios. Despues de descargar todo el tren de sitio en el desembarcadero de la Aduana, recibian los heridos y enfermos que debian ser trasladados á bordo de los vapores que estaban destinados al servicio de hospitales ambulantes, y como podian atracarse cuanto era necesario, los heridos eran embarcados en ellos, sin verse espuestos á los crueles sufrimientos inherentes al embarque en pequeños botes, donde antes iban hacinados para no hacer interminable esta operacion.

Por la mañana el general Rios maniobró con toda su division y la del general Rubin á la vista del general en jefe, con una precision y regularidad tales que no lo hubieran hecho mejor en el campo de guardias. Terminadas las evoluciones, se formó una columna de masas, la que desfiló en columna de honor por delante del conde de Lucena, que pareció quedar muy complacido.

El mismo dia llegó á la playa de Tetuan el vapor *Brasil*, otro de los fletados por el gobierno, conduciendo un batallon del regimiento de América y alguna fuerza de caballería.

Ya en aquella fecha estaban concluidos los reductos del campamento, casi se habian artillado por completo, y hasta se habian subido hermosos cañones de bronce á la alta plataforma de la torre Martin. El campamento presentaba, pues, otro aspecto y aparecia entonces como un campo fortificado. De la Aduana partia un gran ramal de trinchera que se estendia por todo el frente del ejército, formando ángulos salientes, para ir en direccion del reducto de la *Estrella;* de manera que, aun cuando el ejército hubiese querido adelantar el cam-

pamento, las pocas tropas que hubieran permanecido guardando aquella línea, quedaban á cubierto de un golpe de mano por parte del enemigo.

En cuanto al reducto de la *Estrella* estaba muy bien situado; defendia la llanura, y sus fuegos combinados con los de la Aduana y de la torre Martin impedian que ningun enemigo se pudiese acercar á un punto en el que hubiera quedado encerrado dentro de un triángulo de fuego. En la Aduana se habia construido un gran almacen de madera que estaba lleno de toda clase de provisiones y de pertrechos de guerra.

Antes de pasar adelante, cumple á nuestro propósito dar cuenta de uno de los mas originales episodios á que ha dado márgen la actual guerra de África. Es un episodio curioso bajo muchos conceptos, y que creemos debe tener lugar en las páginas de la obra que estamos escribiendo.

Una pobre madre, que tenia un hijo en el ejército de África, careciendo de noticias suyas, dirigió una carta al general en jefe preguntándole por el *hijo de sus entrañas*. Es una carta admirable, en cada una de cuyas frases habla el corazon maternal.

Héla aquí, sin alteracion alguna, tal como fué escrita, tal como la recibió el conde de Lucena:

«Esija y enero.

Esentísimo D. Leopordo Odores, conde de Lusena.

Muy Señor mio, una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recure á usía para mereser de su buen corason que me haga usía el osequio de sin pérdida de correo mandar á uno de sus secretarios pues buestra eselensia no es cosa que le escriba auna pobre como yo, como está de salud si es muerto ó erido Manuel Carrascosa y Romero soldado de el primer batallon de el Prinsipe Cuarta compañía n.° tres ¡ay esselentísimo señor cuanto gusto que tiene mi corason porque mi hijo este al lado de usía para defender la patria y cumplir como soldado con su deber, y cuanta pena tiene mi alma por no tener carta suya ¡ay señor mio por el amor de Dios y el de

buestra familia os suplico que busque á mi hijo y le manden que sin perdida de correo me escriba y si mi hijo está herido ó muerto por Dios que usia me lo mande á desir por vuestro secretario pues si usia tiene hijos sabe cuanto se quieran y cuanto sera mi pena por no saber de el hijo de mi alma; asi le suplico que no desoiga mis suplicas y que me mande á desir cuanto le pido pues hasta no tener contestasion á esta no dejan mis hojos de derramar lagrimas amargas.

Su eselentisima se conserve siempre bueno y libre de todo mal como se lo pide á Dios y á su santisima madre la que á tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por aberlo molestado su mas atenta umirde y segura serbidora que besa su mano

JOSEFA ROMERO.

El sobre para Josefa Romero calle de Martin de Parma n.º ocho en

Esija Provinsia de Sevilla.

Su Eselensia tambien me ará el osequio de desirle á mi hijo si está en este mundo que me mande á desir si á resibido una carta mia en la que lemando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santisima Virgen de el valle nuestra patrona.

Tengo balor suficiente para resibir cuarquiera nueba desagradable de lo que le aya pasado á mi hijo asi su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le aya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pa iensi y conformándome con la voluntad de Dios.»

Á la par que el maternal amor, que la solicitud tan natural en una madre, que ve vivir á su hijo en medio de continuados peligros, resplandecen en esta carta una sencillez que encanta, un sentimiento, y un dolor profundos, la conciencia del deber que la patria impone á todo ciudadano cuando necesita su brazo y aun su vida, la resignacion del sacrificio de su hijo querido en aras de la patria y todo el valor necesario para resignarse á recibir la triste y desconsoladora noticia, dado caso que la suerte hubiere decidido la consumacion de aquel sacrificio.

Imposible debia parecerle á aquella buena madre que pudiese quedar sin contestacion su carta, cuando hablaba el lenguaje del cora-

zon, cuando se dirigia al general en jefe con la ruda, pero admirable elocuencia de estas palabras:

Si usía tiene hijos, sabe cuanto se quieren y cuanta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma.

La simple lectura de esta carta bastó, pues, para que inmediatamente el general en jefe mandase á su ayudante el Sr. Rizo que tomase informes acerca el soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo se informó, y supo que, afortunadamente para aquella pobre madre, su hijo vivia y habia recibido la letra asegurando á mas que habia escrito á su madre dándole las gracias, solo que la *Zeñora queria que ziempre estuviera escribiéndole.*

Entonces el conde de Lucena contestó á la carta de la afligida madre, con la siguiente, escrita toda de su puño y letra:

«Señora Doña Josefa Romero.

Llanuras de Tetuan 31 de enero de 1860.

«Tan pronto como recibí ayer la carta de usted, manifestando vivos y naturales deseos de conocer el paradero de su hijo Manuel Carrascosa y Romero, soldado de la cuarta compañía del regimiento infantería del Príncipe, comisioné á un ayudante mio para que se informara de sus jefes, y tengo el mayor placer en decirla para su tranquilidad y satisfaccion que continúa perfectamente en las filas, habiendo ofrecido escribir á usted con frecuencia, segun asegura haberlo ya verificado anteriormente, acusando el recibo de la letra á que usted se refiere.

«Lejos de molestarme su carta, aseguro á usted haber proporcionado con darla esta agradable noticia un gran favor á

Leopoldo Odonell.»

El señor ayudante García Rizo pidió al soldado Carrascosa que contestase cuanto antes, y Carrascosa escribió á su madre la siguiente carta cuya ortografía conservamos, y con la cual satisfacia á sus jefes, al mismo tiempo que la natural solicitud de una madre afligida. Decia así:

«A Campamento de africa y enero á 31 de 1860.

«Muy querido padre y madre, me alegraré que al recibo de estas mis cortas letras se allen con la mas cabal saluz que yo parami dese quedando lamia, aDios gracias, para loque gusten mandar, quelo aré con mucho gusto y fina volunta.

»Sabrá uste madre que me adado unsentimiento muy grande por aber es crito usté al general, usté no supo lo que izo, mas presto es de aber es crito al coronel del regimiento, Sbrácomo e recibido oy lasuya, y yo ya leescrito Tres cartas y ninguna me acontestado además de ustedes laculpa meandando sentimientos usté no asabido lo que yo escribir al general á su conocimiento le parecerá que ninguno le escribirá al general, se le figura austé que el general es un soldado, tonta le llamo yo auste, Sabrá que yo mi Padre y á mi Madre nunca les pierdo el Cariño, siempre me estoy acordando de ustedes y siempre les tengo en la me moria: Sabrá usté que erecibido la suya conlos trinta reales el dia beinte del mes pasado y en seguida le contesté usté y el dia beinte y uno le escrito y á José el Ceacero le escrito una carta, Y el dia beinte tube carta de el, y me dijo que le escribiera austedes cada cuatro ocinco dias, no puedo siquiera cada mes por que no hay papel ni obleas para apegarla carta, bien tonto fué el que le aescrito la carta, mas lo siento que si me ubiera dado una puñalada en el corazon, de novedades poraqui aymuchas que poder decir, solo no tengo tiempo hemos tenido bastantes ataques contra nuestros enemigos marruecos: y con esto no cansando mas darán espresiones á mis hermanos y hermanas, tios y tias y á todos los que por mi pregunten.

»Y con esto no canso mas recibirá el corazon de este su querido hijo que berle desea por momentos.

Manuel Carrascosa.

XXIII.

El dia 2 fué el destinado para que las fuerzas que habian quedado

en el campamento del Serrallo acabasen con el pueblo ó la kabila de Anghera.

Así pues, antes de amanecer, emprendió la marcha todo aquel cuerpo de ejército, dejando únicamente en los reductos la fuerza de servicio. Dividido en dos columnas, encargándose del mando de la division de la derecha el general Echagüe y del de la izquierda el general Lasausaye, tomaron la direccion de Anghera por dos distintos puntos con objeto de esplorar mejor el terreno.

La columna del general Lasausaye tomó por la cordillera de montañas, adelantándose para proteger la otra columna. Esta última con el cuartel general penetró por el boquete de Anghera hasta llegar á la sierra en que termina dicho boquete y á la distancia de media legua del pueblo de que toma nombre el mencionado boquete. Otra columna de menos fuerza que las anteriores, porque era la que cubria el servicio, adelantó por la derecha del reducto de Isabel 2.ª dejando casi toda su fuerza escalonada para proteger la retirada.

Las fuerzas del general Lasausaye penetraron en el pueblo de Anghera bastándoles pocos momentos para incendiar las ciento ochenta casas de que se componia, abandonadas por sus habitantes, que eran pocos, y se retiraron con sus mujeres y niños á las montañas inmediatas.

Nuestros soldados recogieron varias armas y trofeos, algunas vacas, becerritos y cabritos, dos tablillas de madera con inscripciones árabes y algunos manuscritos en el mismo idioma.

El regreso al campo se efectuó sin novedad.

Tampoco la hubo en el campamento situado á orillas del Guad-el-Jelú.

Por la mañana se presentó un moro, al parecer de familia distinguida, á cuyo padre, gobernador de una de las provincias del imperio, habia mandado degollar el sultan, segun dijo, por no haberle entregado una suma que se le exigia, añadiendo que se pasaba á nuestro campo á morir, si era necesario, con nosotros, antes que continuar sufriendo la tiranía del emperador.

El pobre traia una gran calentura y la espalda en muy mal estado, porque Muley Abbas le habia hecho dar 500 palos por no querer batirse el 31.

El 2 de febrero era fiesta solemne á causa de ser el dia que la Iglesia consagra á Nuestra Señora por ser el de la Purificacion. Así pues, se dispuso en la azotea de la Aduana un sencillo altar, y todos los cuerpos de ejército acudieron para asistir al santo sacrificio de la misa.

El general en jefe, seguido de los generales jefes de cuerpo y de su estado mayor, fué á colocarse á la cabeza del ejército y muy próximo al sitio donde se iba á celebrar la misa. Un toque de corneta fué el anuncio, el sacerdote se presentó y comenzó la sagrada ceremonia.

Debia de ser un espectáculo sublime el de todo aquel ejército doblando la rodilla ante el Rey de reyes y rindiendo las armas al son de todas las músicas llenando los espacios con los ecos de la electrizadora marcha real, allí, á pocos pasos del campo enemigo, á orillas del sitio en que cuarenta y ocho horas despues debia librarse una gran batalla, allí, teniendo por única nave de templo la bóveda del cielo, bajo los rayos del sol, bajo la mirada de Dios!

Concluida la ceremonia, los soldados se retiraron á sus tiendas, pero se observó que el general en jefe con los generales jefes de cuerpo entraba en la Aduana y, siempre con ellos, aparecia poco despues en la azotea, donde permanecieron juntos largo rato con las miradas fijas en los sitios que ocupaban los enemigos.

Era que Odonell estaba esplicando á los generales de division la batalla que habia dispuesto para el dia 4 al objeto de apoderarse del campamento enemigo. Desde la azotea de la Aduana les detallaba todo el plan y le decia á cada uno la parte que habia de tomar en la lucha.

A continuacion, bajó de la Aduana, y montando á caballo con los generales, se salió fuera del campamento para que, sobre el terreno mismo, pudiera cada cual estudiar y conocer mejor las posiciones que debia ocupar.

Los moros al ver aquel grupo de generales, dispararonle algunos cañonazos desde su trinchera artillada, pero Odonell, Prim, Ros de Olano y Rios continuaron sus estudios é investigaciones del terreno sin inquietarse por las balas de cañon que iban á caer á pocos pasos de ellos.

Terminada la conferencia, y enterado cada cual de lo que debia

hacer, despidiéronse todos del general en jefe, y el conde de Reus llamando á sus ayudantes de órdenes, hizo comunicar las necesarias para que aquella tarde formara su cuerpo de ejército en las llanuras de la playa.

—Yo ya sé mi papel—le dijo á una persona que aquel dia almorzó con él, comunicándole la noticia de la próxima batalla;—ahora quiero ensayar el que les toca desempeñar á mis soldados.

A la hora señalada la division estaba en órden de parada esperando á su general.

El conde de Lucena asistió á las maniobras.

Tuvieron estas lugar de un modo que dejó completamente satisfecho al general en jefe lo mismo que al general Prim.

«Los movimientos,—escribió luego lo persona á quien hemos aludido mas arriba y que tuvo la buena suerte de ser testigo de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar aquellos dias en las llanuras de Tetuan;—los movimientos se hacian con geométrica precision y con tal regularidad, que aquellos soldados bisoños, aunque por su traza y porte aguerridos y veteranos, obedecian á las voces de mando y al lenguaje de la corneta, como tocados por un resorte, y lo mismo en grandes masas que por batallones y compañías, lo mismo la artillería que los caballos y los infantes.»

El ejercicio se prolongó por largo rato, y luego que Prim estuvo satisfecho, hizo formar á la division en torno suyo y con su clara, potente y enérgica voz, les dirigió de esta manera la palabra:

«Soldados,—les dijo tendiendo el brazo y señalándoles el campamento enemigo,—allí teneis el término de vuestras glorias, allí os esperan los nuevos é imperecederos laureles que debeis conquistar. Ese enemigo á quien habeis vencido en cien combates, os aguarda por vez primera en sus trincheras con sus cañones, con sus multiplicadas líneas de defensa.

»Pasado mañana—y pronunció estas palabras con fuerza volviéndolas á repetir como para que quedaran bien impresas en la memoria de todos,—pasado mañana vamos á su encuentro y le presentaremos la batalla! Aunque sus fuerzas concentradas son superiores á las vuestras y el terreno les favorece con ventajas, yo tengo la seguridad de que le vencereis! Pero vuestro general no se contenta con esto. Yo

quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando.....

—»Sí, sí!—empezaron á gritar los soldados llenos de entusiasmo é interrumpiendo á su general.

»Así lo espero,—continuó Prim;—yo confio en que vosotros los tomareis, porque si así no fuera, vuestros generales irian solos y con el pecho descubierto á tomarlos, y estoy seguro de que no consentireis que vuestros generales mueran abandonados á la boca del cañon.

»Soldados, hasta pasado mañana en que nos encontraremos juntos al frente del enemigo.»

Esta admirable improvisacion fué concluida por el general conde de Reus con un grito de *¡ Viva la reina!*

Los soldados, electrizados por la elocuencia militar de su jefe, desfilaron con entusiasmo delante de él y se retiraron á sus tiendas á prepararse para la batalla que se les acababa de anunciar.

«Quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando,» habia dicho Prim.

Para ellos fueron.

XXIV.

El gran acontecimiento del dia 3, víspera de la batalla, fué la llegada de los catalanes al campamento.

Nuestros lectores comprenderán que siendo quien es el autor de esta obra, todo lo concerniente á los catalanes merece mencion especial y capítulo á parte.

LOS CATALANES.

I.

Habiéndose acordado que se formase un cuerpo de voluntarios de Cataluña, lo cual solicitaban con ahinco algunos catalanes entusiastas desde el comienzo de la guerra, accedióse por fin á esta peticion y con fecha 24 diciembre de 1859 el ministro interino de la guerra envió al Excmo señor capitan general del Principado la siguiente real disposicion:

«Excmo. Sr.: En vista de lo propuesto por el capitan general y en jefe del ejército de África, en despacho telegráfico de 13 del actual, respecto á la conveniencia y utilidad de organizar por ahora una corta fuerza de voluntarios de Cataluña con destino al espresado ejército, la Reina (Q. D. G.) conformándose en parte con lo manifestado por V. E. acerca del particular, el 18 del propio mes, se ha servido disponer lo siguiente:

«Artículo 1.° Se organizarán desde luego con la denominacion de *Voluntarios de Cataluña*, y bajo la inmediata direccion del general en jefe del segundo ejército y distrito, cuatro compañías compuestas cada una de un capitan, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, tres segundos, diez cabos, dos cornetas y cien voluntarios.

»Art. 2.° Tendrán ingreso en ellas los naturales del principado que lo soliciten, siempre que á la robustez y aptitud necesaria para el servicio de campaña, reunan la estatura que se requiere para el ejército, y tengan de 20 á 35 años de edad.

»Art. 3.° Desde el momento en que se alisten se les fijará por el

tiempo que dure la guerra de África, que deberá ser el de su compromiso; pero si les tocase á algunos de ellos la suerte de soldados por sus respectivos pueblos pasarán á cubrir su plaza en el ejército, contándoseles para estinguir el tiempo de su empeño el que hubiesen servido en dichas compañías.

»Art. 4.° Los empleos de capitan y subalternos se proveerán en los retirados y licenciados del ejército que lo soliciten, siempre que no escedan de 40 años los primeros y de 35 los segundos. Unos y otros optarán á la colocacion que por sus respectivas clases les corresponda, y solo cuando no los hubiese voluntarios para alguna de ellas, podrán obtener la del empleo superior inmediato al que hubiesen servido en las filas. A falta de oficiales de dicha procedencia, se nombrarán de la de paisano á los que demuestren aptitud para el mando, y hayan desempeñado destinos análogos en otras carreras, ó bien en defecto de estos á los que hubiesen cursado en las Universidades dos ó mas años de estudios mayores.

»Art. 5.° Igual regla se observará para el nombramiento de las clases de sargentos y cabos.

»Art. 6.° Los sueldos y haberes de dichas compañías serán los siguientes: para los oficiales procedentes del ejército, el mismo que los reglamentos señalan á los de sus respectivas clases en infantería, y si procediesen de la de paisano, disfrutarán los capitanes 800 reales mensuales, 500 los tenientes, y 400 los subtenientes. En cuanto á las clases de tropa, su haber mensual será el de 200 reales los sargentos primeros, 160 los segundos, 120 los cabos y 90 los cornetas y voluntarios, sin perjuicio de la racion de campaña que deberá darse á todos como á la demás fuerza del ejército.

»Art. 7.° Por razon de primera puesta se abonarán 200 reales á cada plaza, y para el entretenimiento y reposicion del vestuario, se retendrá en calidad de fondo á cada cabo y soldado un real diario de su haber.

»Art. 8.° Los oficiales é individuos de dichas compañías optarán como los demás del ejército á los premios y recompensas á que por sus servicios se hagan acreedores; siendo el grado de subteniente de infantería la primera á que pueden aspirar los oficiales procedentes de la clase de paisanos.

»Art. 9.° En justa reciprocidad de las ventajas que se les consignan en los anteriores artículos, quedarán sujetos mientras sirvan, tanto los oficiales como las demás clases, á la ordenanza del ejército.

»Art. 10. El mando superior de las cuatro compañías lo conferirá el general en jefe del ejército de África á la persona que considere mas apta para ello.

»Art. 11. El uniforme y divisas que hayan de usar, serán las que les señale el general en jefe del segundo ejército y distrito, con la sola limitacion del ros y el poncho que no podrán formar parte de dicho uniforme.

»Art. 12. El mismo general en jefe queda plenamente autorizado para resolver por sí cuantas dificultades se opongan á la mas pronta organizacion de dichas compañías y su inmediata traslacion á Ceuta, donde recibirán el armamento que el capitan general y en jefe del de África determine.

«Art. 13. Al terminar la guerra y disolverse dicha fuerza, conservarán los individuos de todas clases las ventajas que hubiesen obtenido, y además de los ausilios de marcha, á las de tropa se les dará por via de gratificacion el importe íntegro de dos meses de haber, haciéndose á su favor la oportuna recomendacion, para que en los destinos dependientes de las municipalidades, diputaciones provinciales y oficinas del Estado, se les dé colocacion segun su capacidad y con la preferencia á que se hayan hecho acreedores por sus servicios. De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 24 de diciembre de 1859.—Mac-crohon.—Señor general en jefe del segundo ejército y distrito.»

El 24 de diciembre se firmó el despacho que acababa de leerse, y el 27 se anunciaba ya en los periódicos de Barcelona, por medio de aviso firmado por el brigadier jefe de Estado mayor Sr. Malleg, que todos los que quisieren formar parte del cuerpo de voluntarios, se presentasen en la secretaría del gobierno militar para ser reconocidos y filiados si tenian la aptitud que se requeria. A los que aspirasen á empleos de oficiales y sargentos, se les advertia que presentasen soli-

VOLUNTARIOS CATALANES.

citudes documentadas para que en vista de las circunstancias que alegasen y de lo prevenido en los artículos 4.° 5.° de la precitada real órden, pudiese procederse á la formacion del cuadro de las cuatro compañías que iban á crearse.

Al mismo tiempo, al objeto de procurar el mejor acierto y evitar dilaciones, el capitan general D. Domingo Dulce nombró una comision de vestuario y equipo, compuesta del mayor de plaza como presidente y dos de sus ayudantes como vocales.

Esta comision, procediendo con la mayor diligencia, ideó un uniforme sencillo, debiendo atenerse á los 200 reales de primera puesta señalados por el gobierno, pero desde luego conoció que era insuficiente para el servicio á que se destinaba esta fuerza.

En esta situacion crítica acudió en su ausilio la Diputacion provincial, acordando costear por cuenta de la provincia el uniforme y equipo de los voluntarios, cuyo uniforme y equipo fueron á la usanza catalana, tal como lo representa la lámina que acompaña esta obra.

II.

Partida.

Reunido el número de voluntarios que se deseaba, nombrado comandante interino de ellos D. Victoriano Sugrañes, llenas las plazas de oficiales, uniformado y equipado todo el cuerpo, señalóse el dia 26 de enero para su partida.

Desde las primeras horas de la mañana de este dia se observó en Barcelona un movimiento desusado.

El embarque de los voluntarios era el objeto que ocupaba la atencion general.

Varios de ellos eran saludados con efusion y entusiasmo al recorrer nuestras calles. Los estudiantes de la universidad abandonaron sus clases, y con banderas españolas se dirigieron al glacis de la Ciudadela, entonando algunos de ellos festivos cantos y promoviendo todos la mayor algazara. Paulatinamente se fueron cerrando, por haber desertado los operarios, muchas fábricas y talleres. Una multitud inmen-

sa obstruia todas las avenidas del citado fuerte y el paseo de la Aduana, porque todo el mundo dirigia sus pasos al indicado sitio.

Al principio hubo mucha vacilacion en los ánimos. Habíase anunciado el dia anterior por los periódicos que los voluntarios asistirian á las nueve de la mañana, formados por compañías, á una solemne misa en la iglesia de Belen, donde el señor obispo les despediria por medio de un discurso análogo, y que, á la salida del templo, se dirigirian á la plaza de la Constitucion, donde tienen sus palacios la Diputacion y Ayuntamiento, con objeto de ser despedidos por ambas corporaciones.

Esta noticia, que luego resultó equivocada, hizo que desde muy temprano la plaza de la Constitucion y las inmediaciones de la iglesia de Belen, sita en la Rambla, se viesen invadidas por un concurso estraordinario.

A eso de las diez empezó á circular la voz de que los voluntarios pasarian desde la Ciudadela al puerto, sin detenerse, y acabó de convencerse de ello la gente al ver que á dicha hora los cornetas de los voluntarios recorrian la capital para con su toque de llamada reunir á los individuos que aun vagaban dispersos por la ciudad.

Todo el gentío se precipitó, pues, hácia el puerto.

Entre once y doce del dia las inmediaciones de la Ciudadela, plaza de palacio, muralla del mar, paseo de la Barceloneta y anden del puerto ofrecian un golpe de vista admirable. La muchedumbre acudia, ávida de ver á los voluntarios en su carrera y de presenciar su embarque. Todas las clases de la sociedad tenian entre ellos algun conocido, algun amigo, algun allegado ó pariente. Jóvenes de conocidas familias de la capital, entusiasmados por el espíritu de patriotismo, habian sentado plaza de simples individuos; la oficialidad era generalmente conocida de toda la juventud barcelonesa, habiendo entre ellos alguno que abandonaba en aras de la patria sus amores y algun otro que trocaba por la espada la borla del doctorado.

A las once se hallaban los voluntarios formados en la plaza de la torre, dentro del recinto de la Ciudadela, junto con algunas compañías de tropa de línea que debian embarcarse con ellos.

La Diputacion y el Ayuntamiento presenciaban el acto, y era escaso el número de gente que habia sido invitada.

El señor obispo de la diócesis, acompañado de algunos de sus familiares, se presentó en aquel sitio.

Formaban los voluntarios sin armamento, pues debian recogerlo en Algeciras, ocupando los oficiales sus respectivos puestos. Al toque de corneta practicaron una sencilla evolucion, y el cuadro quedó formado encerrando en su interior á las autoridades del fuerte, á varios delegados del Excmo. Sr. capitan general, al señor gobernador civil, señor obispo y las indicadas corporaciones populares.

Entonces el señor obispo les dirigió una breve alocucion, en idioma catalan, recomendándoles la fé religiosa como arma principal de los triunfos en pos de los cuales iban valientes y denodados. Hízoles entrega de algunas medallas con la imágen de la Vírgen de Montserrat, como un recuerdo de su bendicion apostólica, y les amonestó á que tuviesen presente que la guerra en que iban á tomar parte era de honra nacional y de civilizacion y que la divina providencia no permitiria que volviesen á pisar su suelo natal sin haber vengado la primera y procurado, como cumplia, por la segunda.

Fué escuchado este discurso con la mayor religiosidad y silencio, y despues las demás autoridades fueron dirigiéndoles sucesivamente la palabra infundiendo en sus ánimos el valor y la esperanza.

En seguida, á otro toque de corneta volvieron á formarse en órden de parada.

Era llegado el momento de emprender la marcha.

El Ayuntamiento habia muy oportunamente mandado su música á la Ciudadela, y esta rompió sus acordes á la cabeza de las cuatro compañías, en el momento en que su comandante Sugrañes dió un entusiasta grito de *¡Viva la patria!* unánime y ardientemente contestado.

La fuerza se puso en marcha precedida de las indicadas corporaciones.

Al atravesar la última puerta de la fortaleza, el inmenso gentío de que se hallaban pobladas todas las avenidas, se arremolinó precipitadamente para verlos mas de cerca, para estrechar á todos la mano..... Parecia aquella multitud un campo de espigas agitado por un recio vendabal. La madre buscaba á su hijo para abrazarle, quizá por última vez, la hermana buscaba á su hermano, la novia al amante, lloraban unos, otros levantaban brazos y manos al cielo, voceaban

algunos, los mas lanzaban entusiastas vítores al viento..... Aquel espectáculo tenia toda la sublimidad y grandeza de una terrible situacion.

Así marcharon entre empellones y gritos, música y vítores, hasta el mismo pié del anden del puerto.

Su comandante mandó tocar alto y romper filas.

De otra manera hubiera sido imposible el embarque de aquella fuerza en medio de tan espesa multitud que reclamaba de todos un abrazo, trocar alguna prenda conmemoratoria, decirse algunas palabras al oido, y entre ellas juramentos sagrados, testamentos tal vez que bien pronto habian de verse ejecutados.....

El entusiasmo llegó entonces á su colmo y hubo una verdadera esplosion.

¿Cómo no habia de ser así cuando mas de cuatrocientos jóvenes del país se disponian á marchar al África para combatir á la sombra del pabellon español, para ir bajo sus pliegues á vencer como buenos ó á morir como patriotas?

¡Qué Dios les guie!—dijo al dia siguiente el mismo autor de estas líneas en un periódico de Barcelona.—Van á regar con su sangre el suelo ardiente de la Mauritania y á recoger, como buenos patricios, la parte que pueda caberles en el reparto de botin de lauros que corresponde al ejército español.

Van á ayudar á nuestros hermanos contra nuestros enemigos hereditarios, van á sucumbir si es necesario en esas abrasadas playas que hoy se estremecen bajo los cascos de nuestros corceles y en las cuales el grito electrizador de ¡viva España! se escapa lo mismo del pecho del vencedor, que de los labios descoloridos del moribundo que espira revolcándose en su sangre generosamente derramada.

Fué un espectáculo imponente el del embarque. Toda Barcelona agrupada en el espacio que media de la Ciudadela al puerto, les vió pasar con su característico traje del país, con su clásico y tradicional gorro catalan, haciendo notable contraste con ellos el traje moruno de los oficiales y el pintoresco de las cantineras. Entre estas habia por cierto una muy linda y muy jóven. Segun allí se decia, su novio se habia hecho voluntario y ella se hizo cantinera.

En los momentos de su embarque en el *San Francisco de Borja*,

Barcelona presentaba por aquel lado un aspecto tan embelesador como imponente. El anden del puerto se hallaba coronado por multitud de espectadores, lo mismo el muelle, lo mismo la muralla de mar, lo mismo los balcones y azoteas de las casas vecinas; de entre el gentío se levantaban algunos brazos vigorosos que empuñaban la bandera española; de todos los labios salian gritos entusiastas y repetidos vítores; las damas tremolaban sus pañuelos desde los balcones; muchos caballeros repartian cigarros á los voluntarios; las músicas militares llenaban el aire con sus marciales acentos; varios buques estaban empavesados; y mientras tanto, en el mar, los lanchones en que iban los voluntarios dificilmente podian abrirse paso por entre la multitud de falúas y botes que se les acercaban henchidos de gente ansiosa de saludarles de nuevo con las últimas enronquecidas voces de su creciente entusiasmo.

¡Oh! sí, el amor patrio estaba en aquel momento en todos los corazones, el entusiasmo en todos los semblantes.

Pero, ¿no veis? ¿quién es aquella mujer, aquella anciana, á quien parece que un sentimiento inusitado da fuerzas superiores á su edad? ¿A dónde va, atravesando desalada los grupos, seguida de una jóven, que, sin embargo de ser jóven, apenas puede alcanzarla? ¡Ay! es una madre.

La gente se abre respetuosamente á su paso como si comprendiese todo lo sublime de aquel amor maternal. Ella no lo repara, á ninguna pregunta contesta, á nadie atiende, nada ve. ¿Qué le importa toda aquella gente? Ella busca á su hijo, á su hijo que se ha hecho voluntario, que va á partir, que va á la guerra, que va á morir tal vez. No le pregunteis nada á esa mujer. Abridle paso en silencio y dejadla ir. ¿Qué quereis que os diga ni qué quereis que responda esa madre á todas vuestras preguntas? Le hablaréis de amor patrio y ella os contestará: ¡mi hijo! le hablaréis de entusiasmo, de triunfos, de glorias, y ella os dirá: ¡mi hijo! la veréis pobre, andrajosa casi, le ofreceréis dinero, y ella lo arrojará al suelo diciendo: ¡mi hijo! trataréis de consolarla, de mitigar su dolor, y ella os repetirá: ¡mi hijo! siempre, eternamente ¡mi hijo!

Allá va la pobre madre. Se precipita por las escaleras. ¡Oh! ¡gracias á esa robusta mano que la ha detenido impidiéndola rodar al agua!

Una lancha se encuentra á sus piés por casualidad. Entra en ella y el barquero le pregunta sencillamente:

—¿A dónde os he de llevar, buena mujer?

—A mi hijo.

¿Qué sabe la mujer dónde ha de ir? Lo que quiere es ver otra vez á su hijo que, para evitarla el dolor de la despedida, se ha marchado de su casa ¡el ingrato! sin llevarse consigo el último beso de la anciana con la bendicion maternal.

La barca en que va la madre se cruza con el lanchon que lleva el hijo. Este salta á la lancha de la anciana.

Yo ví, pero no puedo pintarlo, lo que pasó entonces. Es una escena que solo pudiera describir una madre. Yo ví, muchos pudieron ver conmigo, aquel abrazo prolongado, calenturiento, aquella madre que sollozaba, aquella pobre jóven, su otra hija, que rezaba entre dientes, y por cuyas pálidas mejillas surcaban silenciosas lágrimas. Tambien teníamos lágrimas en nuestro corazon y en nuestros ojos todos cuantos presenciábamos aquel drama que tenia por teatro la flotante superficie del mar, por palco escénico los tablones de una lancha, por bambalinas las nubes que vagaban por el cielo, y por espectador todo el gentío inmenso que ocupaba el muelle y la muralla.

El hijo se arrancó por fin á los brazos de su madre, que cayó medio desfallecida sobre el banco del remero.

Fué el momento que aprovechó el barquero para bogar hácia la orilla, sin que nadie, sin embargo, se lo mandara.

Cuando la jóven hubo ayudado á su madre á saltar en tierra, preguntó al barquero que cuanto le habia de dar por su trabajo.

El barquero contestó sencillamente:

—Estoy pagado.

Y empujó su barca al mar, alejándose para que la jóven no pudiese insistir en su demanda.

Quizá aquel hombre no tenia de que comer aquel dia, y sin embargo, seguro estoy que se hubiera dejado hacer pedazos antes que aceptar dinero por haber llevado á una madre á dar tal vez el último abrazo á su hijo.

Seria imposible contar todas las escenas que pasaron.

Solo referiré otra que tenia lugar en el sitio llamado la *Mechina*.

Una mujer jóven con un niño en brazos, cruzaba por entre la multitud como una loca, desgreñado el cabello, preñados sus ojos de lágrimas y pálida como una difunta, preguntando á cuantos voluntarios y soldados encontraba al paso, ó veia á lo léjos, por uno de los cabos de la primera compañía. Unos le decian haberse ya embarcado, otros que se hallaba en una taberna del paseo; este le decia haberle visto un momento antes sobre el anden, aquel que debia hallarse á pocos pasos de distancia, cuando de repente prorumpiendo en un agudo chillido.

—¡Allí está! esclamó; ¡allí está!

Todos los concurrentes miraron hácia el punto indicado y vieron venir, alegre aun que sosegadamente, á un jóven de elevada estatura, que ostentaba con cierta marcialidad sus galones de cabo.

La mujer habia corrido hácia aquel y presentándole el niño que llevaba en sus brazos:

—¡Es tu hijo! le dijo llorando; ¡mírale bien!

El jóven desvió los ojos de la madre por fijarlos en el rostro del niño y lo cogió en sus brazos, imprimió en su alba é inocente frente algunos besos, y cuando ya las lágrimas asomaban á borbotones en sus párpados, y se lo devolvia, sin fijar nunca la vista en su madre, esta le dijo:

—¡Todo lo he sabido! ¡yo tengo la culpa de todo! ¡tú vas á morir por culpa mia!... ¡perdon!

—Ya está hecho! al menos moriré con honra, muriendo por la patria, mientras que aquí, por tu culpa, tal vez mi muerte hubiera sido afrentosa!...

Un grito de dolor se exhaló del agobiado pecho de aquella mujer.

El voluntario prosiguió:

—Procura que tu hijo sea mas feliz que su padre; tú puedes hacerlo... ¡Adios!

—¡Oh! no; no te irás sin darme tu perdon; te lo pido por el amor de nuestro hijo, dijo abalanzándose sobre su cuello como una leona. No quiero que mueras por mi culpa: soy tu esposa, y en estos momentos reclamo todos mis derechos sobre tí.

—¡Ya es tarde!

—Concédeme por lo menos una esperanza de perdon.

—¡Oh, si! contestó entonces el jóven brillando en sus ojos ese rayo celestial que Dios hace descender al hombre en los actos supremos de su vida, sí. Si muero en la campaña, mis últimos pensamientos, despues de consagrarlos á la patria, serán para mi hijo, serán para tí. Sea esta campaña el holocausto que ofrezcamos en desagravio de nuestros estravíos pasados: yo luchando por la patria, tú ensayándote en el seno de la vida doméstica á practicar las virtudes de una digna madre y de una casta esposa; un resto de virtud basta á veces para regenerar á una alma corrompida... Perdonémonos mútuamente... y adios!

La mujer quedó desvanecida en brazos de la concurrencia, que enternecida presenció esta escena, este terrible drama de familia, y el niño recibió de su padre un rocío de lágrimas y besos.

A todo esto las cornetas no dejaban de tocar llamada, y á medida que iban llegando los voluntarios, se trasladaban á los grandes lanchones dispuestos al efecto.

Antes de bajar el primer escalon del desembarcadero, volvíanse á la multitud y vitoreaban con todas sus fuerzas á Barcelona; despues, colocados ya en los lanchones, los vítores eran á la patria en general, á la reina, á las autoridades así civiles como militares de la plaza, al ejército y á su jefe. Todos los vivas eran contestados con estrépito tanto por la gente de mar como por la de tierra, y todas las músicas y cornetas tocaban á un tiempo, aumentando con esto la animacion y el entusiasmo.

A las cuatro y cuarto de la tarde, cuando ya el vapor *San Francisco de Borja*, que lleva el nombre de un virey de Cataluña, habia levantado anclas y principiaba á trazar una ancha estela sobre las tranquilas olas del puerto, se embarcó, el último, el comandante de los intrépidos catalanes voluntarios D. Victoriano Sugrañes.

Sobre el banquillo de popa, y sosteniéndose con el palo de la bandera que en la misma tenia el vapor, dió algunos gritos que fueron contestados con estrépito desde tierra, y agitando á la par un sinnúmero de pañuelos, banderas y sombreros desde las barquillas, puerto y muralla.

El último grito que dió fué en catalan.

—*Adios, Barcelona*—dijo.—*Adeusiau, barcelonesos!*

Todos los espectadores contestaron á una:

Adios! Adeusiau!

¿Quién le hubiese dicho á aquel hombre, en toda la fuerza de su juventud y de su entusiasmo, á aquel hombre, que tanto habia trabajado para la formacion de aquel cuerpo de voluntarios, á aquel hombre que desde antes de comenzar la guerra, como si la fatalidad le empujara, habia pedido permiso para formar aquellas compañías y partir al África; quién le hubiese dicho, repito, que aquella su despedida era una despedida de muerte?

Una bala árabe le esperaba en las llanuras de Tetuan.

Hubo mucha gente que aguardó á que el *San Francisco de Borja* desapareciese en el horizonte.

El autor de estas líneas fué de los últimos, y se alejó de aquel sitio murmurando en su interior:

¡Que Dios los proteja! que los respeten los vientos, las olas y las tempestades!

Mar de los condes de Barcelona, lleva ese buque á seguro puerto, como llevaste un dia, meciéndolas en tus azuladas espaldas, las galeras de los almogavares que fueron al Oriente á conquistar un reino para su patria.

III.

Llegada al campamento.

Despues de haber recogido sus armas, y haberse detenido en Tarifa, los voluntarios catalanes pasaron á África y desembarcaron el 3 de febrero en las playas de Tetuan.

Era mediodia y el general Prim acababa de almorzar, cuando un ayudante del general en jefe le comunicó que acababa de anclar en la rada el vapor que conducia á los voluntarios catalanes, cuya fuerza ponia desde luego á su disposicion.

Quién estaba con Prim en aquel momento, dice que agradeció, como era natural, la galantería que con él acababan de tener, que su

fisonomía se animó al anuncio de tan feliz nueva, y que mandando preparar su caballo, montó en el acto, y seguido de dos ayudantes, se dirigió á la ribera de la ria entre el fuerte Martin y la Aduana, á donde debian desembarcar por hallarse la mar algo inquieta.

Todo el mundo se puso en seguida en movimiento encaminando sus pasos al sitio donde se dirigia el general; la curiosidad se despertó lo mismo en la tropa que en los jefes, generales y empleados de las diversas clases y categorías que allí se encontraban.

«Y cómo no habia de ser así?—dice con fecha de aquel dia el señor Perez Calvo que se hallaba en el campamento y al lado del general Prim.—¿Qué cosa mas natural que las simpatías inmensas que tiene el general Prim en todo el ejército, se trasladen por completo allí donde está su deseo, su esperanza y su satisfaccion? El que tanto partido ha sabido sacar de soldados á quienes no conocia, ni le conocian á él, ¿qué no hará con la gente, cuyas costumbres conoce, cuyo lenguaje habla, y de quien tiene en su poder el movimiento, la voluntad y la fuerza? Por eso ansian todos ver de qué manera los recibe, cómo les dirige la palabra, qué se promete de su venida y el destino que les prepara; por eso acuden todos á saludarlos, á entusiasmarlos y á conocer su porte y la impresion que les causa desde que pongan el pié en el campo que se abre á su valor reconocido de antemano, y al patriotismo que allí los lleva voluntariamente. Yo me dirigí á la playa junto al fuerte Martin, no solo para ser de los primeros en verlos, sino para sentir y conocer el efecto; estando como estaba alborotada la mar, venian repartidos en grandes lanchones, que á la distancia que yo me encontraba hacian la mas cabal ilusion de canastillos de flores, meciéndose al compás de las olas encrespadas, y cuando la elevacion de estas venia á ocultarles y desaparecian de repente, se presentaban de nuevo en punto mas cercano, pero mas frescas y mas puras, cambiando su forma y sus colores, segun el sol hiere las lucientes armas, y la espuma de los alborotados oleajes. Nadie diria que allí vienen soldados; mas bien parece un jardin flotante y á quien los vientos y fuerza de las aguas empujan á la orilla; ya se acercan, ya se percibe la inquietud y movimiento de los que allí vienen, y hasta se siente el deseo que á todos les anima de saltar en tierra; entran en la ria, los canastillos de flores se han trocado en góndolas

venecianas, el escabroso mar se cambia por el manso rio, y la vista que impaciente los buscaba, cuando se perdian al recio impulso de las olas, se fija en ellos y los sigue y los alcanza; ya no es el ruido de los elementos embravecidos quien los acompaña, son las entusiastas aclamaciones de miles de valientes que les aguardan con los brazos abiertos, y que locos de alegría y movidos por los himnos guerreros que las músicas entonan, corren tras las orgullosas naves que surcan la ria, veloces y serenas hasta depositar en tierra el don precioso que envia á su patria Cataluña. El general en jefe y el conde de Reus los aguardan; la multitud ansiosa los contempla: ya están desembarcando; su bizarro porte, su gallardo continente, la novedad y hermosura de su traje embarga á cuantos les miran. Visten chaqueta y pantalon de pana azul, desbrochada la primera, con vivos encarnados y boton dorado liso; largo el segundo, y sujeto por bajo de la rodilla con polaina de cuero rojo; chaleco rayado de encarnado y negro, faja morada, á estilo del país, gorro de lana, de los llamados marineros, encarnado la tropa y morado los cornetas, pañuelo tirado al cuello y preso con sortija de plata; cubierto el pié con media y alpargata, morral á la espalda, un tanto embarazoso por falta de sujecion, canana á la cintura, y al brazo la carabina; distinguíanse los oficiales por un túnico de paño gris, pantalon de paño, sujeto por bajo de la rodilla hasta donde alcanza, bota ceñida de gamuza anteada, zapato ruso, gorro de paño de igu al color y hechura que el de los soldados y jaique con capuchon gris, recogido y colgado en forma de banda.»

El Sr. Nuñez de Arce, á quien otras veces hemos citado, dice por su parte, hablando de la llegada de los voluntarios catalanes al campamento:

«Erale difícil al general Prim disimular el gozo qne sentia por la llegada de sus paisanos, que tan oportunamente desembarcaban para tomar parte en un gran acontecimiento. Ni un instante se separaron sus ojos de las lanchas donde los catalanes venian á tierra, ofreciendo un gran golpe de vista á la apiñada muchedumbre, que esparcida en la playa ó amontonada en los faluchos surtos en el rio, miraba con ávida curiosidad la aproximacion de los nuevos soldados de la patria tan graciosamente ataviados y dispuestos. El conde de Reus habia te-

nido la feliz idea de hacer venir una música para recibirlos, y mientras duró el desembarco, no cesó de poblar el espacio de guerreras armonías.»

En efecto, y razon tenian en decir todo esto los escritores citados. La impresion causada por el arribo de los catalanes no pudo ser mas favorable, ni la acogida mas tierna y cariñosa. El general en jefe los vió formados, y despues de haberlos recibido se retiró á su tienda, pero quedóse allí el conde de Reus, quien adelantándose, pronunció con esforzada entonacion y varonil acento la siguiente arenga, que reproducimos en idioma catalan, tal como fué dirigida á los recien llegados:

«Catalans: ben vinguts al valent exèrcit de África que vos reb y acull com camaradas. Estich persuadit de que sabreu ser dignes de aquestos heroichs soldats: seria desconeixervos lo dubtarho un sol moment. Tots vosaltres sentiu la necessitat de mantenir il-lesa la honra de la terra en que habeu nascut, y si un sol de vosaltres en lo dia del combat, que será demá,—y jo vos felicito per la providencial oportunitat ab que habeu arribat—si un sol de vosaltres se portás ab cobardía, girant la espatlla al enemich, la honra de Catalunya ne quedaria danyada. Estich segú de que no ho quedará.

»Imitáu lo exèmple de vostres gloriosos antepassats, dels qui ab admiració consigna la historia los heroichs fets: no sols en eixa terra, sino en altres més apartadas encara ressonaren sas hassanyas, fins á atravessar las Termópilas que semblan posadas per ser lo teatro de grans accions. Feu com ho feren ells, y sereu dignes de aquest valent exèrcit que vos reb com amichs, y conquistareu un nou llorer per la corona que teixiren en altre temps las invencibles armas catalanas.

»Ja veyeu la satisfacció ab que lo exèrcit vos acull. La música de un de sos més braus regiments ha sortit á saludarvos, y lo mateix general en gefe, que 'm dispensa la honra de que vos agregi als valents que tantas voltas he conduhit al combat, se ha presentat á rebrervos en cuant habeu desembarcat en las platjas africanas. ¡Gloria sia dada á aquest general que ha volgut y sabut aixecar á nostra Espanya de la postració en que 's trobava, pera demostrar á tota Europa que no era morta encara, y que sos fills, dignes hereus de sa gloria antigua, són capassos de fer per la patria tot cuant humanament poden fer los homens!

»Pera formar par de aquest exèrcit, no basta sols ser valent; es precis ser sofert. Debeu acceptar ab resignació las fatigas, los perills de tots generos, fins las més cruels enfermetats. Sempre valents, pero subordinats sempre, si los vostres jefes vos manan treballar, á treballar; si vos ordenan atravesar estanys y pantanos, atravesáulos; y si es precis anar á Tetuan per lo riu, ¡al aigua! y fins á Tetuan nadant.

»Aixis ho han fet y ho fan los que són ja vostres germans, y aixis ho fareu vosaltres; perque assó es lo que correspont als fills del brau poble catalá.

»Soldats: Catalunya que vos ha despedit ab gran entusiasme, las mares, los germans, los amichs, tots vos contemplan ab orgull. No doneu ja may al olvit que sóu los depositaris de sa honra.

»No defraudeu sas esperansas, que son las mevas; pero si per desgracia, lo que no crech, aixis fós, ni un sol de vosaltres tornaria á trepitjar la terra patria; aquí moririau tots ans que deshonrar en lo més minim lo nom que portau. Seguint lo cami de gloria de vostres antepassats y fentvos dignes de aquest exèrcit de braus, al regressar á vostres llochs, los catalans vos reberan ab aplauso y per hont vulla que vegen un de vosaltres, diran per totas parts: «Veus aquí un valent!»

«Soldats, viva la reina!»

Hé aquí ahora esta proclama traducida al castellano:

«Catalanes: Bien venidos seais al valiente ejército de Africa que os acoge como camaradas. Persuadido estoy de que sereis dignos de estos heróicos soldados, y seria no conoceros si lo dudase un solo instante. Todos sentís la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra en que habeis nacido; y si uno solo de vosotros el dia del combate, que será mañana, (y yo os felicito por la providencial oportunidad con que habeis llegado); si uno solo de vosotros se portase con cobardía volviendo la espalda al enemigo, la honra de Cataluña quedaria mancillada. Seguro estoy de que no quedará.

»Imitad el ejemplo de vuestros gloriosos antepasados, cuyos heróicos hechos registra con admiracion la historia; no solo en esta tierra, sino en otras mas lejanas todavía, hasta atravesar las Termópilas, que parecen creadas para teatro de grandes acciones. Haced como hicieron ellos, y sereis dignos de este valiente ejército que os recibe como ami-

gos; y conquistareis un nuevo laurel para la corona que tejieron en otros tiempos las invencibles armas catalanas.

»Ya veis la satisfaccion con que el ejército os acoge. La música de uno de sus bravos batallones viene á saludaros, y el mismo general en jefe que me dispensa el honor de que os coloque entre los valientes que tantas veces he conducido al combate, se presenta á recibiros al desembarcar en las costas africanas. ¡Loor á este general, que ha querido y sabido levantar á nuestra España de la postracion en que yacia, para demostrar á la faz de Europa, que no estaba muerta, y que sus hijos, dignos herederos de su gloria antigua, son capaces de hacer por la patria, todo cuanto humanamente pueden hacer los hombres!

»Para formar parte de este ejército, no basta solo ser valiente; se necesita ser sufrido. Debeis aceptar con resignacion las fatigas, los peligros de todo género ; hasta las mortíferas enfermedades. Siempre valientes, pero subordinados siempre, si vuestros jefes os mandan trabajar, á trabajar ; si os ordenan atravesar pantanos, atravesadlos; y si fuera preciso ir á Tetuan por el rio, ¡al agua! y hasta Tetuan nadando.

»Así lo han hecho y lo hacen los que son ya vuestros camaradas, y así lo hareis vosotros, porque así cumple á los hijos del bravo pueblo catalan.

»Soldados: Cataluña , que os ha despedido con tierno entusiasmo; las madres, los hermanos, los amigos, os contemplan con orgullo. No olvideis nunca que sois los depositarios de su honra.

»No defraudareis sus esperanzas, que son las mias; pero si por desdicha, lo que no espero, así no fuera, ni uno solo de vosotros volveria á pisar el suelo patrio; aquí morireis todos, antes que mancillar en lo mas mínimo el nombre que llevais. Siguiendo las huellas de vuestros antepasados, y haciéndoos dignos de este ejército de bravos, al regresar á vuestros hogares , los catalanes os recibirán con aplauso, y donde quiera que uno se encuentre , oireis por todas partes : ¡ hé ahí un valiente! —Soldados: ¡Viva la reina! »

Nuñez de Arce, que oyó esta proclama, escribió lo siguiente:

«Varias veces fué interrumpido el bravo general con gritos de frenético entusiasmo. El conde de Reus hablaba un idioma estraño para

la mayoría de los que le escuchaban; pero la entonacion de su acento era tal, su espresion tan marcada; que todos le entendíamos, todos estábamos pendientes de sus palabras: llorando todos desde el soldado catalan recien llegado en cuyo brazo temblaba el fusil, porque el corazon de su dueño latia con violencia, hasta el sesudo castellano que presenciaba la escena; desde los generales hasta el último brigadier. Hubo un momento en que el conde de Reus, soltando las bridas, levantándose sobre los estribos, y abandonándose á su elocuencia sobre el inquieto corcel, inspiró un sentimiento tan vivo en toda la concurrencia, que los soldados interrumpieron con los gritos de «¡Viva el general Prim!» rodéandole, agrupándose en torno de su caballo para verle y para admirarle con verdadero delirio. Verdad es que habia sabido herir todas las fibras sensibles de nuestro corazon: el recuerdo de la patria, la gloria del ejército, la esperanza de la victoria.»

Tambien Perez Calvo escribió el efecto que en él habian producido las palabras del general Prim, y hé aquí como se espresa:

»El conde de Reus victoreó á la Reina como siempre, cuantos allí estábamos le victoreamos á él, y generales y oficiales de todas clases y armas, y paisanos y cuantos pudimos acercarnos á él le estrechábamos las manos, mezclando entre el entusiasmo y la alegría lágrimas abundantes, que sin apercibirlo brotaban de los ojos. Yo he conocido y he oido á oradores muy notables, tanto en nuestro país como en el estranjero, yo no he visto en ninguno reunido tanto vigor, tanta pasion, facilidad tan grande, ni frases tan sentidas, ni pensamientos tan tiernos y elevados, y esto sin preparacion, de improviso, y en un idioma que, entendiéndole muy pocos de los que allí estábamos, lo comprendian todos, sin perder una sola frase, sin desfigurar un solo pensamiento; y consistia en que hay un lenguaje universal que tienen pocos el privilegio de espresar, pero que hasta los sordos y los ciegos no pueden menos de sentir y comprender; que hay un lenguaje en que la palabra es lo menos, y lo mas el corazon, el sentimiento, la fisonomía, la entonacion y las maneras, ¡dichoso el que posee tan raro privilegio! y bien puede asegurarse que el general Prim lo posee como el que mas.»

Hemos querido citar las palabras mismas de los que presenciaron

aquel acto para que se comprenda hasta que punto entusiasmó el conde de Reus á soldados y á paisanos.

Terminada la arenga, dado por concluido aquel acto, los catalanes se pusieron en marcha dirigiéndose con el general Prim á la cabeza á la tienda del general en jefe, por donde debian desfilar haciéndole los honores que á su rango correspondian.

Precedíales la multitud llevando el paso al compas de la banda de música y volviendo la cara atrás, como temiendo que se fuesen por otro camino, oyéndose aclamaciones por todo el tránsito, cual si llegaran de dar una gran batalla.

El conde de Reus detuvo su caballo delante de la tienda donde se encontraba ya el general en jefe rodeado de su estado mayor, la música se colocó á su lado, y se hizo el desfile conforme á ordenanza.

Al verificarlo, aquellos hombres que habian salido de su tierra sin instruccion militar, no guardaron la mayor precision en los movimientos ni obedecieron como hubiera sido de desear las voces de mando que les daba su bravo comandante Sugrañes. Esto dió lugar á la siguiente escena entre Odonell y Prim.

El general en jefe se volvió al conde de Reus, y le dijo con su habitual sonrisa:

—Me parece que están algo faltos de instruccion.

A lo cual Prim contestó con esta admirable frase, sonriéndose tambien:

—Mi general, mañana la completarán en el combate.

Esta frase tan oportuna como elocuente, fué al instante de todos conocida y se hizo popular en el campamento.

Verificado el desfile, Prim les hizo campar inmediatos á su tienda donde hicieron pabellones, se despojaron del morral y de la formalidad que imponen las filas, entregándose con espansion y alborozo á las faenas tan naturales en los que llegan á un punto donde todo lo tienen que hacer y todo lo tienen que buscar.

Como no habia tiendas para ellos, se lo manifestaron á Prim, que salió en seguida de la suya y les dijo:

—Hoy tendreis que dormir al raso, pues vuestras tiendas están allí,—esclamó señalándoles el campamento moro.—Mañana, cuando las habreis tomado, dormireis perfectamente en ellas.

Estas bellas palabras coronaron su proclama y su elocuente frase dirigida al general Odonell.

Luego veremos que los catalanes se portaron al dia siguiente como se esperaba ya que se portarian.

IV.

Necesitamos que nuestros lectores nos concedan un momento antes de pasar á la relacion de la memorable batalla del dia 4.

Estamos hablando de los catalanes, y así como acabamos de decir el arrojo y bravura con que mas de 400 jóvenes se hicieron voluntarios, partiendo denodadamente al África, es preciso hablar de otros paisanos nuestros á los cuales mucho se debe asimismo.

La guerra emprendida por la nacion española contra el imperio de Marruecos despertó el sentimiento de la nacionalidad de una manera tan vigorosa, como no se habia vuelto á ver en España, desde la heróica guerra de la independencia, con tanto entusiasmo comenzada en el año 1808.

Los donativos, los ofrecimientos, los sacrificios de todos géneros que espontáneamente se han impuesto pueblos y provincias para sostener la lucha, constituyen para la nacion, un monumento de gloria, cuyas particularidades son tan dignas de ser referidas y de pasar á la posteridad, como las hazañas de los héroes que tan alto sostienen en los campos de la Mauritania, el honor de la patria ultrajada por los riffeños.

Entre los donativos mas notables ofrecidos al ejército por pueblos y particulares, merece particular mencion uno de la provincia de Barcelona, por ser de un carácter tan alto y eminentemente filantrópico, que no podemos prescindir de dar á conocer sus detalles, para que sean conocidos de los venideros los laudables esfuerzos de los que, realizando tan patriótico como humanitario pensamiento, proporcionaron con sus incesantes desvelos, el alivio de los enfermos de nuestro ejército de África y la curacion de muchos de sus heridos.

El donativo de que hablamos, hecho en nombre de la provincia de

Barcelona, es la formacion y sostenimiento de un hospital, establecido por disposicion del Excmo. Sr. D. Leopoldo Odonell, general en jefe del ejército espedicionario, en el cuartel de Barracones, de la ciudad de San Roque.

Hé aquí, segun ya publicamos en otra parte, como se inició y llevó á cabo tan útil pensamiento.

El caballero comendador de la órden militar y hospitalaria del Santo Sepulcro, D. José Esteve y Vidal, ofreció desde Barcelona por telégrafo en 23 de octubre de 1859, promover y plantear un hospital de sangre para los heridos del ejército de África en la guerra de Marruecos, servido por hermanas de la Caridad. Aceptado instantáneamente por el gobierno este humanitario pensamiento, y puesto dicho señor Esteve de acuerdo con el gobernador civil de la provincia, se constituyó al dia siguiente, bajo la presidencia del canónigo dignidad de la iglesia catedral D. Manuel Villalonga, una junta compuesta de 23 personas de todas clases y categorías. Para desarrollar el patriótico objeto á que desde aquel momento iba á consagrarse, creyó la Junta que debia contar desde luego con la cooperacion eficaz y activa del bello sexo, y á este propósito nombró una comision auxiliar de señoras bajo la presidencia de doña Mariana Garriga de Lluch, madre del obispo de Canarias. Comision y Junta, como poseidas de una noble competencia, inauguraron y siguieron sus incesantes trabajos con una perseverancia y un resultado, dignos de todo elogio.

Preparados en poco tiempo diversos enseres de los que habian de servir para establecer el hospital, nombró la Junta en 20 de diciembre del mismo año al señor Esteve su representante para el planteamiento de aquel patriótico y beneficioso asilo, y henchidos de generoso orgullo, veian sus individuos salir al dia siguiente del puerto de Barcelona, con rumbo para el de Málaga, un vapor de los fletados por el gobierno, depositario de aquel inapreciable donativo. Diez hermanas terciarias de nuestra Señora del Cármen, procedentes del obispado de Vich, y los dos directores espirituales D. Marino Arguillas y D. Francisco Raxach, sostenidos todos por la ciudad de Barcelona, iban en el mismo buque.

El 24 de diciembre, despues de una navegacion por demás felicísima, desembarcaron en Málaga; y habiéndose dignado el gobierno de

S. M. señalar el cuartel de Barracones para que se aprovechase el rico presente de que era portador el señor Esteve, recibió en 25 órden del señor ministro de la Guerra de trasbordar todos los enseres á otro vapor y hacerse al mar con direccion á Algeciras, y de allí al fondeadero de Puente Mayorga, el mas próximo á la ciudad de San Roque, y sea dicho de paso, el menos espuesto á los terribles estragos de los temporales.

En la mañana del dia 2 de enero del siguiente año 1860 desembarcaron en Puente Mayorga, donde fueron recibidos con afectuosa consideracion por los señores comandantes de armas y de carabineros de la ciudad de San Roque, y por el comandante de carabineros del puesto. A la puerta de Barracones los esperaban el jefe local facultativo y el administrativo del establecimiento, que los recibieron con no menos afectuosa complacencia, tributándoles el homenaje de respeto que merecian los representantes de una provincia que demostrara á cuan alto rayaba su patriotismo y desprendimiento.

Desde Barcelona habia sido compañero voluntario de aquel donativo el diligente vocal de la Junta D. Bernardo Castells, que con solícito afan, trabajó sin descanso en arreglar todos los enseres y darles su conveniente colocacion.

Algunos dias despues, ya los útiles de la ciudad de Barcelona, dispuestos en los ventilados y espaciosos dormitorios de Barracones, daban á este antiguo cuartel el aspecto de un verdadero hospital modelo.

El local de Barracones fué construido y ha estado sirviendo para cuartel, y sin embargo, es justo decir que ofrecia para hospital, condiciones que quizá no tenia ningun otro de cuantos se establecieron en aquella costa con motivo de la guerra contra Marruecos.

La construccion del cuartel de Barracones data del reinado de Cárlos III durante el cual tantas obras notables se llevaron á cabo y su figura es la de un cuadrilongo: es bajo y está situado en una suave loma, aislado, con buena luz, soleamiento, limpieza y ventilacion, que vanamente se buscan en otros edificios consagrados al mismo objeto.

Al ser transformado en hospital, se dividió en seis espaciosas salas de una regularidad perfecta y capaces, con la conveniente holgura, y pudiendo contener 250 á 300 enfermos. El celoso y activo oficial de

administracion don Manuel Gonzalez, contralor de este hospital, ya por sí, ya atendiendo á las oportunas indicaciones del profesor castrense y jefe facultativo don Bonifacio Montejo, procuró para aquellos escelentes dormitorios cuanto puede apetecerse de acristalamiento, blanqueo, calefaccion y abrigo, adornando las salas con seis sencillísimas cancelas.

Preciso es detenernos algo para examinar, que bien lo merece, los detalles de los útiles que constituyen el donativo barcelonés digno por cierto de aquella rica y laboriosa provincia. Doscientos catres de hierro de una construccion sencillísima, barnizados de verde oscuro, dispuestos en su altura, anchura y largo con meditada conveniencia para recibir heridos, adornados con una elegante meseta, tambien de hierro, para conservar las vasijas de medicamentos, marcados en el escudo que corona su cabecera con números de bronce y una cruz blanca, dispuestos con perfecta simetría, sin estrechez ni hacinamiento, daban á aquellos dormitorios el aspecto de envidiable regularidad y armonía que debe existir siempre en los asilos destinados á tan humanitario objeto.

Un jergon y un colchon por catre, el último perfectamente embastado, condicion cuya conveniencia solo aprecian bien los que permanecen mucho tiempo en el lecho del dolor; las almohadas correspondientes con sus fundas y considerable número de sábanas, camisas y gorros, todo nuevo, de escelente calidad y lo mas apropiado al objeto, formaban parte del escelente menaje del espléndido donativo barcelonés. El espíritu que ha dominado constantemente á la Junta, y comision de señoras barcelonesas, de presentar en su donativo no un alarde de lujosa apariencia, sino un presente de conveniencia y de utilidad inmejorables, hizo dudar algun tiempo sobre las condiciones que debian reunir las mantas.

Impulsados por el convencimiento de que se formaria con él un hospital de sangre en local próximo á la guerra, como era su unánime deseo, y la consideracion de que el clima no podia presentar, aun en el corazon del invierno, condiciones de crudeza y del rigoroso frio, influyó para que no se diese á las mantas la consistencia que bajo otra idea no las hubiera faltado; circunstancia que, si ha podido hacerlas insuficientes algunos dias de temperatura mas baja de lo regular en

aquel país, las abona en cambio como utilísimas para la mayor parte del año. Eran grises y adornadas en sus estremos con dos bandas blancas. En la banda inferior, que correspondia á los piés de la cama, se lee impreso en gruesos y limpios caractéres: *Barcelona, 1859. Patria. Caridad.* Unico recuerdo que existia, entre todos los enseres y útiles, de la procedencia de tan generoso donativo. A este rico presente, cuyo valor material por mucho que sea es muy inferior al del espíritu que así condensa y da forma y vida á los nobles sentimientos de un pueblo entero, se agregaron como complemento del donativo mas de trescientas arrobas de hilas y vendajes, contenidas en sesenta cajones.

A este donativo contribuyó todo el pueblo barcelonés, teniendo en él una honrosa parte Reus, Vich, Igualada, Manresa, Gerona, Arenys de Mar y otras populosas y entusiastas ciudades del Principado catalan.

Bien pronto hubo de restañarse la sangre de nuestros valientes en el mismo campo de batalla con hilas y vendajes suyos de los que, con generoso desprendimiento, proveyó el Sr. Esteve al primer batallon de Bailen y á los segundos de Soria é Iberia que formaban parte de la division Rios. Los profesores militares de estos últimos, señores García, Artabe y Nogueras, el distinguido facultativo inglés señor Patron, el inteligente médico de una fragata de guerra austríaca estacionada sucesivamente entre nuestra escuadra, la francesa y la inglesa, el Ilmo. señor obispo de Gibraltar, oficiales de nuestro ejército y armada, cuantas personas, en fin, han honrado al hospital barcelonés, han salido de él agradablemente sorprendidos y haciendo los mas sinceros elogios de todo cuanto han examinado, de su conveniencia, de su utilidad, del increible partido que habia sabido sacarse de un antiguo cuartel.

En el momento en que estuvo dispuesto el hospital, creyó el señor Esteve que era llegado el momento de ofrecérsele al general en jefe, y al efecto, acompañado del señor Castells, salió para el campamento frente de Tetuan conduciendo un catre, y en tres cajones riquísimas muestras de hilas y vendajes. Antes de embarcarse en Algeciras, los generales Serrano, Bedoya y Rios dieron su franca y espontánea aprobacion á aquellos objetos tan útiles para el fin á que estaban destinados.

El señor Esteve fué recibido benévola y satisfactoriamente por el general en jefe, que dió las gracias á dicho señor para que lo hiciese en su nombre á la ciudad de Barcelona.

El dia 20 de enero salieron nuevamente de Barcelona cien catres mas como los anteriormente remitidos, con toda la ropa correspondiente y la pasmosa cantidad de cuatrocientas arrobas de hilas y vendajes.

A no tardar muchos dias la Junta barcelonesa, noticiosa de que los pisos de algunas salas no se encontraban en la mejor disposicion, mandó á su representante que sin reparo en gasto alguno procediese á enlosarlas ó entarimarlas segun se creyese mas conveniente: pidiendo noticia diaria del alta y baja de enfermos y heridos; y se propuso además gratificar generosamente á todos los individuos del ejército que por haber sido heridos gravemente en la campaña saliesen inútiles de su hospital.

A la una de la tarde del dia 27 de enero de 1860, ingresaron los primeros en el hospital de Barracones treinta y dos heridos procedentes de Algeciras, y que pertenecian en su mayor parte á los que tuvo nuestro ejército en la memorable y sangrienta accion del 25 de noviembre de 1859.

Aquellos treinta y dos soldados que habian derramado su sangre en aras de la patria fueron los primeros que inauguraron la generosa obra de patriotismo y de caridad iniciada por Barcelona y otras industriosas ciudades del Principado catalan.

¡Loor y gratitud eterna á tantos y tan sublimes esfuerzos!

En fin, para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de la importancia del donativo ofrecido por la provincia de Barcelona á nuestro valiente ejército de África, basta decir que cuantas personas visitaron aquel hospital, hablaron de él muy ventajosamente, y que, á pesar de estar consagrado á un objeto determinado, acogió á cuantos de nuestros soldados vinieron del campamento invadidos del cólera; y debemos hacer aquí especial mencion por la eficacia y celo con que asistieron á los enfermos, del contralor señor Gonzalez, del administrador señor Molina, de los profesores don Rafael Zurita, D. Ricardo Reina, D. Eusebio Aparici y el jefe facultativo señor Montejo.

Pero no llegaron tan solo hasta aquí los patrióticos esfuerzos de la provincia de Barcelona. Solícitos sus representantes, no contentos aun con lo mucho que debia agradecer el ejército de África á la provincia que les habia encomendado tan filantrópico cometido, promovieron una suscricion voluntaria mensual para completar el donativo. Con este objeto publicó la siguiente alocucion la

Junta Barcelonesa de socorros en favor de los heridos en la guerra de Marruecos, y de los inutilizados y familias de los que hayan sucumbido de Barcelona y su provincia.

HABITANTES DE BARCELONA Y SU PROVINCIA.

Esta Junta ha llenado ya una parte de su honroso cometido con el establecimiento en San Roque, prévia la aprobacion del gobierno de S. M. (Q. D. G.), de un hospital para nuestros valientes heridos en defensa del honor nacional contra las hordas africanas.

Barcelona, al igual que el resto de la provincia, ha dado ya con este motivo relevantes pruebas de patriótico desprendimiento, añadiendo un nuevo timbre de grandeza á los muchos que en todos tiempos ha sabido granjearse con su heróico amor á la patria.

La obra, sin embargo, no está concluida; y esta Junta, que sabe ya por esperiencia cuanto puede y vale la provincia de Barcelona, con la seguridad moral de que nuevamente su voz será escuchada y secundados eficazmente sus filantrópicos deseos, se dirige otra vez á todos los habitantes de esta capital y su provincia, y muy particularmente á las Sociedades y Corporaciones en la misma existentes, para que el nombre de todos, ora individual, ora colectivamente, figure en tan noble como caritativa empresa, que revela al lado de la mas justa espansion de entusiasmo, el mas puro patriotismo de los pechos españoles.

Un nuevo y pequeño esfuerzo para atender á las necesidades de nuestros dignos paisanos que resultan inutilizados en la guerra y socorrer á las viudas, padres y huérfanos de los que hubiesen sucumbido en tan gloriosa lucha, es lo que se propone y espera la Junta Barcelonesa, á fin de ser realizado por completo su programa; y al

efecto, puesta de acuerdo con el Excmo. señor gobernador civil, secundada por las demás autoridades y por el muy digno prelado de la diócesis, invita á todos los señores alcaldes, ayuntamientos, curas-párrocos de dentro y fuera de la capital, para que, unidos á las comisiones de socorros, donde á tenor de la circular del referido señor gobernador, espedida en 8 de diciembre último, se hallen establecidas, abran y promuevan una suscricion voluntaria mensual, para completar la obra que la provincia está realizando por medio de la Junta mencionada.

Habitantes de Barcelona y su provincia, el honor nacional, la humanidad y la civilizacion claman á voz en grito; *Socorro á los hijos de España que tan generosamente derraman su sangre en el suelo marroquí, invocando en el ardor de los combates los sacrosantos nombres de su Dios, de su reina y de su patria.*

Barcelona 14 de febrero de 1860.—El presidente, Manuel Villalonga, dignidad de esta Santa Iglesia.—Julian Maresma, cura-párroco de San Jaime.—José Gonzalez Cutre, coronel, sargento mayor.—José Blanquet, Pbro., Prior de la Convalecencia.—Agustin Aimar, propietario.—José Sayol, Pbro., catedrático.—Federico Ricart, propietario y regidor.—Miguel Puig, Pbro., y misionero apostólico.—Mariano Lluch, diputado provincial.—José Esteve y Vidal, propietario.—José Oriol Ronquillo, farmacéutico.—Ramon Casadevall, coronel retirado.—Pedro Estruch, comerciante.—Joaquin Vilaró, propietario.—Bernardo Castells, fabricante de efectos militares.—Manuel Torrents y Ramalló, propietario.—Sebastian Anton Pascual, propietario.—Salvador Maluquer, abogado.—Miguel Sala, librero.—Vicente Esteva y Coy, propietario.—Vicente Xuclá, propietario y alcalde de barrio.—Serafin Xarrié, ebanista.—Onofre Casanovas, propietario.—Antonio Altadill, escritor público.—Miguel Dubá y Navas, vocal-secretario.

Hé aquí los nombres de los entusiastas ciudadanos que representando las aspiraciones patrióticas de una de las mas bellas provincias de España, contribuyeron con su prestigio y sus esfuerzos, á llevar á cabo otro de los muchos pensamientos útiles que en aquella época gloriosa para nuestra patria, dejaron un recuerdo imperecedero de

cuan popular y universal fué la guerra de España contra Marruecos.

Sus esfuerzos les hicieron dignos de que sus nombres inscritos en la historia, pasen á la posteridad.

Para que se vea cuan útil fué el pensamiento del señor Esteve llevado á cabo por la cooperacion de la Junta formada con aquel motivo en Barcelona, y por el desprendimiento patriótico de los pueblos de aquella provincia, debe tenerse en cuenta que en medio de mil enfermedades, hubo tres principales que dominaron mucho tiempo en el ejército de África, desde su entrada en campaña; la etiología, el cólera y la disentería.

Así es que en todas partes tuvieron que habilitarse hospitales; en Ceuta, Cádiz, Málaga, San Roque, Algeciras, San Lúcar de Barrameda, etc., etc., además de los cuatro buques de vapor destinados á este servicio.

Con objeto, pues, de que los lectores de esta *Historia* vengan en pleno conocimiento de los infinitos padecimientos de nuestros soldados, con el fin de que no carezca este libro de todos los detalles que puedan dar á conocer los muchos inconvenientes y fatigas que han soportado tan heróicamente, vamos á trascribir del apreciable y científico periódico *La España Médica*, algunos párrafos de una carta escrita en el teatro de la guerra por el señor Poblacion, persona muy ilustrada en la medicina, carta que lleva por epígrafe

NOTICIAS MÉDICAS DE LA GUERRA.

. . . . . .

«Descansando despues de tantas fatigas y sufrimientos, aunque sometido todavía á la vida del campamento, mi pluma va á intentar describir con frialdad y verdaderos colores, las enfermedades que mas han dominado en el ejército desde nuestra entrada en campaña.

»No tengo ahora todos los datos necesarios para hablar de otra cosa que de los padecimientos desarrollados en los campamentos, porque no he visitado los hospitales en Ceuta, Málaga, Algeciras, etc., etc., y por consecuencia, es completamente imposible que me traslade á esos puntos ni á los buques hospitales, hablando con entera seguridad, con datos infalibles: podria verificarlo refiriéndome á lo que

me han manifestado algunos compañeros y muchos enfermos; pero estos asuntos son sumamente sérios para tratarlos sin las seguridades mas irrecusables. Así pues, me ocuparé, como he dicho, de las dolencias desarrolladas y tratadas en los campamentos.

»El tercer cuerpo del ejército de África pisó el primer campamento de la Concepcion el dia 14 de diciembre de 1859, estando acampado dos dias en la plaza de África, en Ceuta. Los soldados del tercer cuerpo disfrutaban el estado sanitario mas satisfactorio, estado lisongero que habia de cesar muy pronto por la influencia de las fatales causas morbosas á que habia de ser espuesto.

»El primero, segundo y cuarto cuerpo, habian sufrido de una manera cruel los efectos del cólera y de la disenteria: sus campamentos estaban cubiertos por la atmósfera colérica principalmente; y aunque casi aclimatados, cuando el tercer cuerpo entró en campaña aun las bajas diarias eran enormes.

»Como he dicho, parte del tercer cuerpo estuvo acampado en la plaza de África, en Ceuta; es decir, en medio de los hospitales de coléricos. Muy pronto se nos ofreció á nuestra vista el cruel espectáculo de ver entre nosotros un cordon inagotable de camillas con hombres moribundos, enfermos, cubiertos de sangre, y no pocos infelices que habian pagado todo su tributo.

»Yo deseaba cuanto antes salir al campamento, porque veia grandes peligros en Ceuta para el ejército. Por otra parte, me enteré de cómo estaban los hospitales, y no quise oir sino las primeras indicaciones que se me hicieron: locales insuficientes, arreglados repentinamente para surgir á las grandes é imperiosas necesidades que se debian cubrir; escasez de profesores y practicantes, etc. etc.

»Al fin se cumplieron mis deseos, que eran los de todo el ejército, y salimos á acampar en las posiciones de vanguardia delante de todos los reductos construidos; posiciones conocidas bajo la denominacion de *Campamento de la Concepcion*.

»El primer dia de campamento, dia 14 de diciembre, despues de construida la trinchera, se desplegaron las tiendas, los sacos de la tropa, los mazabones y marquesinas de jefes y oficiales. El campamento estaba vistoso y todos muy contentos. De los reconocimientos practicados en la tropa, aun no resultaba ninguno acometido del có-

lera ni otro padecimiento grave. Sin embargo, la estancia en la plaza de África, la vida de campamento, los alimentos, los escesos, la falta de prudencia y el inusitado servicio, unido á los combates y á la influencia epidémica que revoloteaba en la atmósfera, debian hacer sentir pronto su funesto influjo.

»Voy á dedicarme á examinar causa por causa, para que la etiología quede lo mejor señalada que sea posible. Reasumiendo las causas, las reduzco:

1.ª A la influencia epidémica.
2.ª Vida del campamento.
3.ª Policía médica.
4.ª Alimentos y bebidas.
5.ª Servicio de trincheras.
6.ª Presiones y escitaciones morales.
7.ª Influencia de la estacion.»

Hé aquí, segun el señor Poblacion, las múltiples causas que producian una enfermedad que, aun cuando no de resultados tan graves como el cólera, además de la disentería, enfermedad comun á todos los hombres cuando pasan de un país templado á otro país cálido como el África, llenaba de enfermos los hospitales establecidos y suministrados por la administracion militar.

La gloria de nuestro ejército no está tan solo en el valor y en la bravura desplegadas en los combates donde alcanzaron tantos y tan señalados triunfos; está además en la resignacion con que soportaron las horribles enfermedades que diezmaban sus filas: á nuestros ojos, tan acreedores son al reconocimiento de la patria los que sucumbieron en el campo de batalla, como los que tuvieron la desgracia de ser vencidos en una lucha con la naturaleza, contra la que puede decirse que no hay defensa.

LA BATALLA DE TETUAN.

I.

Llenos de entusiasmo, henchido el corazon de orgullo, vamos á describir la memorable jornada de Tetuan, la gran batalla del dia 4 que pasará á la posteridad uniendo su nombre al de tantas otras célebres y famosas jornadas que enriquecen la corona militar de España.

Antes, empero, de entrar de lleno en la historia de este glorioso dia, permítannos nuestros lectores trasladar la carta que nos escribió nuestro amigo y correligionario político el Sr. Arce, citado ya otras veces.

Lleva esta carta la fecha del 5 de febrero, está escrita despues de la batalla, y será un admirable intróito á la descripcion que vamos á hacer con todas las noticias oficiales á la vista.

Héla aquí:

«Escribo á Vds. bajo la impresion de un sentimiento inesplicable. El cielo me ha proporcionado la dicha de ser testigo de la empresa mas grande, mas heróica que ha acometido y llevado á feliz término nuestra querida España, desde la gloriosa guerra de la Independencia. Ayer hemos tomado el campamento enemigo con todas sus tiendas, sus pertrechos, sus almacenes, sus cañones, sus camellos, con todo, en fin, cuanto le constituia. ¡Qué momentos, amigos mios, de satisfaccion y orgullo para la patria! Dominando en lo que pueda la

emocion que me embarga, procuraré describir sucintamente el sublime espectáculo que he presenciado, las admirables escenas de valor y entusiasmo de que he sido testigo, y que de seguro harán palpitar el corazon de Vds., los de todos los españoles, como han hecho palpitar el mio.

Desde anteayer se sabia que el ejército debia emprender al siguiente dia su movimiento contra el campo enemigo, situado en las posiciones de la torre de El-halili, donde, segun parece, tenian establecido su cuartel general. A la hora acostumbrada, se tocó la diana; los soldados levantaron sus tiendas, encendiéronse hogueras, que aparecian y desaparecian, segun apretaba ó calmaba la lluvia, porque el dia se presentó lluvioso: organizáronse los batallones, y á las siete y media todo el ejército, menos el cuerpo mandado por el general Rios, que se quedó guardando la formidable posicion del reducto de la *Estrella*, se puso pausada y ordenadamente en marcha. El general Prim, á quien como á Murat, debe llamársele el bravo entre los bravos, avanzaba por la derecha, y el general Ros por la izquierda; pero dispuestas con tal arte las fuerzas de las dos divisiones, que ambas, digámoslo así, se daban la mano y se resguardaban mútuamente. Nuestra brillante artillería, tan buena, tan arrojada, tan instruida como la primera de Europa, y no es esta una baladronada, una exageracion hija del amor patrio, porque así lo reconocen y confiesan los mismos estranjeros que nos acompañan, marchaba, avanzando siempre, por el pantanoso llano que se estiende camino de Tetuan.

Habia un no sé qué de solemne y de magestuoso en el movimiento del ejército: en los batallones que iban adelantando en masas, reinaba un silencio profundo, y no se oia en todo el valle sino el pavoroso estrépito del cañon, presagio entonces de un magnífico acontecimiento. Todo el mundo, generales, jefes y soldados, parecian preocupados por la idea de la empresa á que debian dar tan feliz término; todos estaban á la altura de la situacion, imponente, grandiosa, digna en fin, de nuestra valerosa España. Ni un tiro de carabina ó de espingarda, ni una voz, ni un momento de confusion en la hora suprema del combate, ni un solo momento de incertidumbre; en todo el mayor órden, el mayor concierto, la mayor disciplina y el mayor arrojo.

¡Qué soldados tan dignos de que á su regreso teja la patria para ellos una corona de inmarcesibles laureles!

Como he dicho á Vds., la artillería avanzaba siempre estrechando en un círculo de bronce las trincheras enemigas, y despreciando el nutrido fuego con que las baterías contrarias contestaban á sus disparos. Todos seguíamos con religioso respeto la arriesgada operacion de la artillería, sin separar un solo instante los ojos de las inmensas espirales de humo que levantaba, ni el sitio en que estaban las piezas como en el campamento marroquí, donde caian sin que se desperdiciase una, todas las granadas, reventando así con temeroso ruido y estraordinario éxito.

De pronto un grito se escapó de todos los labios; todos los ojos se fijan en un punto, en una inmensa humareda, que brota de repente, que crece, que se ensancha, que se eleva hasta confundirse con las nubes; es que una granada ha caido sobre los barriles de pólvora que tenian los enemigos para el servicio de su artillería, y han estallado esparciendo por todas partes la muerte y el espanto. Tras esta voladura otras dos vienen á aumentar la confusion en las filas contrarias, que ven caer despedazados los hombres, no solo por el fuego español sino por el propio, por sus mismos elementos de destruccion y guerra. Pero ellos, sin embargo, resisten con valor el fuego de nuestros cañones; contestan como pueden, unas veces débilmente, otras con redoblado ímpetu á nuestros disparos, y no se amilanan, es que el círculo de fuego se estrecha cada vez mas, hasta ponerse nuestras baterías á tiro de fusil de las contrarias, y eso que miran detras de las piezas, avanzar silenciosamente grandes masas de infantería, amenazadoras, fieras, prontas á caer como el rayo sobre las trincheras que formidablemente cercaban todo el campamento.

Poco despues el fuego del cañon se interrumpe; reina un momento de solemne calma, minuto de recogimiento sublime en que el hombre, próximo al peligro, se acuerda de todo, de su Dios, de su patria y de su familia; las cornetas y las músicas tocan paso de ataque, y los batallones, con la bayoneta armada, al grito de *¡Viva España! ¡Viva la reina!* escalan las trincheras por entre el fuego de artillería enemiga, y el general conde de Reus, el primero, penetra en el campamento enemigo por una tronera, matando de una estocada á un moro que es-

Lit. Vazquez R. M.

BATALLA DEL 4 FEBRERO.

taba á punto de disparar el cañon, y detrás le siguen sus soldados, ébrios de admiracion y de júbilo; sus catalanes, cuyo glorioso estreno en la guerra de África debe llenar de legítimo orgullo á sus paisanos; todos, en fin, palpitando de ira y de entusiasmo.

Por la izquierda escalan al mismo tiempo su trinchera las fuerzas del tercer cuerpo, con sus generales á la cabeza, y con el conde de Lucena seguido de su estado mayor que grita con voz estentórea: ¡ADELANTE! ¡ADELANTE! Y los soldados victoreando le siguen en medio de un diluvio de balas, que vienen hácia nosotros en todas direcciones, de detrás de los árboles, de las ventanas, de las casas, de entre las tiendas, de las enmarañadas veredas llenas de espinos y de higueras chumbas, que, como verdaderos laberintos, se estienden por todas partes. Permítanme Vds. tener mi parte de orgullo en esta jornada: cuatro paisanos, los señores Diaz Martinez, Cárlos Navarro, Caballero y yo seguimos esta vigorosa acometida, tan felizmente coronada por el éxito, al cuartel general, llorando de alegría y de júbilo ante el magnífico, el indescriptible cuadro de que éramos á la vez actores y testigos. Nuestro amigo el soldado Pedro Antonio de Alarcon, tampoco se separó de nuestro lado, profundamente conmovido, como todos, con el corazon y el pensamiento puesto en la patria, tan gloriosamente engrandecida ayer á sus propios ojos y á los del mundo entero.

Los moros huian por todas partes como liebres perseguidas; el campamento bajo, el de la torre, otro mas lejano, otro situado en unos cerros, detrás de la misma torre, donde estaba, segun se cree, el cuartel general, todos sucesivamente fueron cayendo en nuestro poder, con cerca de quinientas tiendas, con los barriles de pólvora, con el balerío, con los almacenes, con los cañones de bronce, con la bandera del imperio, de damasco amarillo, hasta con los equipajes de los soldados y jefes marroquíes. Todo esto con la velocidad del relámpago, en media hora y cinco minutos que tardó nuestra valerosa infantería en escalar las trincheras y en dilatarse como un impetuoso torrente por todo el campo enemigo, lleno de cadáveres y de restos humanos, palpitantes todavía.

¡Qué espectáculo tan horrible se ofreció á nuestros ojos! Necesitábamos apartar nuestra vista del suelo para no ver como nuestros ca-

ballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza; por allí los miembros esparcidos de un moro despedazado por una granada; mas allá un cuerpo completamente quemado, tal vez por la esplosion de los barriles; un poco mas léjos dos mutilados heridos, horriblemente desfigurados, de cuyo pecho se escapaba un gemido hondo, ronco, que penetraba en el alma como un puñal, despedazándola, y por todas partes trozos de carne, entrañas calientes aun, desolacion y espanto. ¡Ay! Tambien mezclada con la suya habia corrido allí en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí ví sus cadáveres como las víctimas ofrecidas por nuestra patria en aras de la victoria!

En estos momentos llegaron al campo conquistado, habiendo tenido que vadear á pié las lagunas, por haber dejado sus caballos en Ceuta, mis compañeros de tienda Reyer, corresponsal de la *Independencia Belga*, Viedma y Lafuente Alcántara, que llegaron á tiempo para dar la enhorabuena al general en jefe por la batalla ganada, cuando todavía no habia cesado el fuego, y el general Prim conquistaba con cuatro batallones el último campamento.

¡Qué dia de gloria tan grande para nuestra patria!

Mientras recorrieron el campo despues de disperso el ejército marroquí, la alcazaba de la ciudad no cesó de disparar sus cañones sobre nosotros; pero afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna.

Digo mal; hubo que lamentar la de un desgráciado, cuyo nombre no cito, que cuando hubo terminado todo, fué herido mortalmente en el cuartel general mismo, por una bala traidora disparada muy de cerca desde una casa rústica medio oculta entre un bosquecillo de higueras y almendros.

Todos se han portado bien en esta heróica jornada; el general en jefe, que ha dispuesto el plan y que tan sábiamente le ha dirigido; el general Prim, cuyo arrojo é inteligencia para regir sus tropas, son hoy proverbiales en todo el ejército; el general García, que dió una carga con su escolta en los momentos de mayor peligro; el general D. Enrique Odonnell; el general Makena, todos, en fin, porque todos trabajaron con decision y celo, son dignos de los elogios y de la gratitud de España. ¿ Y qué diré del ejército? El ejército, que ha mar-

chado el combate con la misma regularidad, con el mismo órden con que hubiera podido marchar á una parada; que atacó y conquistó en un mismo punto, con un valor indescriptible que hizo esclamar en un momento de admiracion á los corresponsales franceses: *¡La Francia y la España unidas pueden dominar el mundo*! que no se detuvo ante ningun obstáculo; que derrotó en media hora á un ejército de 25,000 hombres, merece que España le otorgue una corona y que se registre hasta el nombre del mas humilde soldado en el libro de la historia. »

II.

En otra carta, hablando en general de las impresiones primeras producidas por esta batalla, se decia:

«Frenética habrá sido en España la esplosion de entusiasmo por la magnífica victoria que obtuvimos ayer; pero el júbilo de nuestro ejército anoche aun bajo el fuego de la plaza enemiga, y durante todo este dia, no ha tenido límites. Esperamos esta mañana encontrarnos con ese fuego todavía mas vivo, y la primera pregunta que yo dirigí á mi compañero de tienda fué la siguiente: ¿Nos han seguido haciendo fuego toda la noche? Cuando me dijeron que nó, cuando observé que no nos lo hacian y que eran las ocho de la mañana, comprendí que la plaza iba á rendirse, y entonces volví á considerar la inmensa importancia, toda la grandeza de la batalla de ayer.

»Sobre ella no he escrito á Vds. casi ningun detalle, y tampoco los escribiré hoy, porque creo que seria empequeñecer un hecho de tanta magnitud decir á Vds. que tal soldado fué el primero que entró en la tienda de Muley-Hamet, cual en la de Muley-Abbas, que este oficial cayó en tal momento, que aquel jefe dirigió una frase bella y entusiasmadora á los soldados que mandaba. Cuando se da una gran batalla, en que hay cincuenta ó sesenta mil hombres desplegados, formidables trincheras y fortísimos reductos de que hay que apoderarse y que están protegidos por los fuegos de una plaza inmediata; cuando se libran á una lucha de esas proporciones gigantescas la honra de una gran nacion como la España, y la existencia quizá

sobre su trono del emperador de Marruecos, los rasgos aislados se oscurecen, los detalles empequeñecerian la magnitud del suceso.

»Sepan Vds. con satisfaccion y con orgullo que todas las armas rivalizaron en valor y en bizarría. La artillería, despreciando los fuegos de los cañones enemigos, avanzó á tiro de pistola de ellos hasta el punto de que se le mandara hacer alto por el general en jefe; nuestra de hoy mas, inmortal infantería, sufriendo impávida la metralla de los enemigos, y atravesando un pantano con barro hasta la cintura, salvó la formidable trinchera de los moros y se apoderó de sus cañones y entró en su campamento; nuestros bravos escuadrones de caballería, teniendo en jaque á triple número de caballos enemigos y prontos á cargar, ora sobre ellos, ora sobre su infantería, se movian con un órden y con una precision que ni en una parada se observan movimientos mas bellos.

»Los generales de division y los generales de ejército, y el general en jefe, sobre todo, revelaron tanto valor, tanta bravura como inteligencia. No murió ninguno, como murieron algunos generales franceses en Crimea y en Italia, por un milagro de la Providencia, no porque no se espusieran tanto, cuando menos, como el que mas; así como el general en jefe en el plan y desarrollo de la batalla, y todos sus generales en su ejecucion, se pusieron á la altura de los mas ilustres capitanes de los ejércitos europeos.

»¿Saben Vds. cuantos enemigos tenian en frente los españoles? Pues eran nada menos que 35,000 hombres, en donde figuraban las mejores tropas del imperio de Marruecos, y 4,000 caballos de esa temerosa y célebre caballería negra, que tanto habla á la imaginacion de los europeos, y que es en verdad el nervio de las fuerzas del Emperador marroquí. Esos hombres tienen valor, se baten con ferocidad; defendian su patria, creian defender su religion, eran mandados por sus príncipes y por sus sacerdotes. Muley-Abbas, Muley-Hamet, hermanos del emperador; Muley Ibrahim, su primo; Caid Omar y Benhuda, sus generales mas afamados, mandaban sus tropas. Estas tenian su campamento cerrado por una estensa y fortísima trinchera, defendida por una batería amparada por un ancho foso formado por un largo pantano, apoyada en el lado izquierdo por una áspera montaña poblada de enemigos y artillada, y por el lado izquierdo por un rio,

término de aquel pantano, y por las baterías de la plaza.

»Pues bien: los españoles con menos fuerzas, á pecho descubierto, en campo llano, sin sorpresas, arrojando el guante desde que se anunció el dia, levantando su campo y revelando bien claramente al enemigo que su intencion era tomarles sus posiciones, presentaron la batalla y obtuvieron una completísima victoria. ¿Por qué? Esa es la gloria que corresponde á los soldados y á sus jefes por su valor; esa la pura, la inmensa, la invidiable gloria que corresponde al conde de Lucena como general en jefe del ejército que dió la batalla.

»Los tres cuerpos de ejército que tenemos en el valle de Tetuan mandados por los generales Prim, Ros de Olano y Rios, y por los de division O'donell (D. Enrique), Orozco, Turon, Quesada y Rubin, secundaron admirablemente el plan del general en jefe, hicieron sus movimientos y tomaron sus posiciones.

»El general Rios merece sus elogios, aunque no disparó un solo tiro, y precisamente por eso, aunque el enemigo estuvo á medio tiro de cañon, porque desplegó en batalla, apoyado en el reducto de la Estrella, sostenia la retaguardia, aseguraba la comunicacion con el mar, hacia creer al enemigo que atacaba su izquierda, le hacia acumular allí numerosas fuerzas, y sin empeñar accion alguna dejaba libre y desembarazada la accion del general en jefe con los dos cuerpos de ejército restantes, el uno por la derecha y el otro por la izquierda. Merece elogios, y muy sinceros y muy entusiastas, el conde de Reus, porque en el momento supremo se lanzaba con una brigada de una de las divisiones de su mando sobre la trinchera enemiga, y dando el ejemplo á sus soldados penetraba á caballo por una tronera y derribaba á los dos moros que se le oponian. Los merece el general Odonell (don Enrique), porque con la otra brigada de su division penetraba atrevidamente por las cañadas y por los montes en donde tenia el enemigo uno de los campamentos, y le ocupaba.

»Los merece el cuerpo de ejército que manda el bizarro é inteligente general Ros de Olano, porque con una de sus divisiones penetró el señor general Turon por la izquierda en el campamento enemigo y completaba el pensamiento del general en jefe, adelantando en su ejecucion por la impetuosidad y por el valor de los batallones que atacaban de frente.

»Los merece ante todos y sobre todo el general en jefe, porque imperturbable, frio, sereno, infalible, haciendo adelantar poco á poco á todo su ejército al campamento enemigo, no lanzó á sus soldados á la bayoneta sino en el momento preciso, en el instante supremo, y entonces él, inmóvil antes, se lanzó con tal ardor, con tal impetuosidad á la par de sus batallones, que en treinta y cinco minutos, minutos de horror y de sangre, de ansiedad y de angustia, de bárbara crueldad y de inhumano odio, de locura y de vértigo, decidieron la mas completa de las victorias.

»¡Esos minutos parecian eternos! Pero tenian una bárbara grandeza, ejercian sobre los ánimos, atónitos y pasmados, una fascinacion satánica, eran de una belleza infernal, brillaron con todos los esplendores y con todas las magnificencias de un horror sublime. Nuestros cañones enmudecieron por unos momentos: la batería enemiga vomitaba metralla: los primeros soldados que fueron al asalto quedaron heridos ó muertos por los suelos: otros se hundian en el fango: el entusiasmo no decaia: nuestros soldados siguieron y salvaron la trinchera.

»Entonces se tomaron una revancha sangrienta, y apelando únicamente á la bayoneta, deshicieron y destrozaron por completo á las apiñadas huestes enemigas. Un rio que sale de madre y cubre de espuma el campo sobre que se desborda, un inmenso rebaño de ovejas huyendo de un ejército de fieras que le acorrala y amenaza devorarle, eso es lo que parecian los moros huyendo espantados y despavoridos en todas direcciones, cayendo bajo los piés de nuestros caballos, en las bayonetas de nuestros soldados, en la boca de nuestros cañones, salvando con sus corceles zanjas, barrancos y montes para ir á coronar las alturas mas remotas y llorar allí, como Boabdil al salir de Granada, la derrota sangrienta, la inmensa catástrofe que acababan de sufrir.

»Ya en el campamento se nos presentó un cuadro sombrío y terrible. Cadáveres por todas partes, miembros destrozados aquí y allá y en todos lados, las huellas de los incendios causados por nuestras granadas, heridos revolcándose por el suelo, las tiendas abandonadas, los nidos de las fieras todavía calientes; pero las fieras huidas, los prisioneros ennegrecidos y destrozados todavía, centelleando en sus

ojos el bárbaro deseo de la venganza, hacian aquel cuadro imponente, espantoso, tremendo. Pero todo aquel horror, todo aquel inmenso horror desaparecia ante el grito entusiasmador y eléctrico, repetido por montes y valles, por la voz de los hombres y por el eco de la naturaleza, que decia: ¡VICTORIA! ¡VICTORIA!

»Y esa victoria ha sido completa. Los hermanos del emperador se escaparon de su ejército en derrota para ocultar su vergüenza. Cubiertos de sangre y del cieno de estos pantanos huyeron, el uno por la izquierda, el otro por la derecha de Tetuan, sin entrar siquiera en el pueblo. La ciudad, llena de pánico, ha enviado sus emisarios de parlamento, que han visto á nuestro general en jefe á las diez de la mañana. Se les ha dicho que, ó se rinden en el término de veinticuatro horas, ó se les arrasa la ciudad. Parece que en ella se teme al saqueo de los restos desmoralizados y envilecidos del ejército de Muley-Abbas y de Muley-Hamet. Creo que se rendirán sin defensa. ¡Qué inmensa ha sido la importancia de la batalla de ayer!»

III.

Nuestros lectores acaban de hacerse cargo por las dos relaciones entusiastas que preceden de lo que fué la memorable batalla del 4. Vamos ahora á darles la relacion exacta, segun se desprende de los partes oficiales y de las cartas particulares que tenemos á la vista escritas por jefes que tomaron en ella una parte activa.

Desembarcados ya los víveres que se creyeron ser suficientes para hacer frente á la subsistencia del ejército en algunos dias, y puesto en tierra y montado el tren de sitio, causas que tenian detenido al general en jefe en la desembocadura del rio Martin ó Guad-el-Jelú, pensó ya seriamente en tomar la ofensiva sobre Tetuan, batiendo primero al enemigo, que se hallaba colocado sobre el frente y flanco derecho de nuestro ejército.

La larga y forzada detencion de este en la costa habia dado tiempo á los moros para reunir gran número de fuerzas, que se veian aumentar de dia en dia, y en uno de ellos, segun ya llevamos espresado, las

salvas de la artillería de la plaza y de los campos anunció á los nuestros la llegada de Muley-Hamet, hermano del emperador, con crecido número de moros, entre los que contábase parte de la guardia negra, segun se supo por algunos prisioneros hechos en el combate del 31, los cuales manifestaron que llegarian á 40 ó 50,000 hombres, pero que, aunque no fuese este número, no bajarian de 35,000.

Tambien se les veia trabajar sin descanso en sus campos y trincheras, dando á conocer con esto que estaban fortificándose; y por último, el fuego de cañon que dirigieron contra los nuestros en algunos reconocimientos, dió á conocer que los habian artillado.

«Aunque conocia que esto aumentaba las dificultades de la operacion, dijo Odonell en su parte, sabia, empero, que contaba con elementos bastantes para vencerlos.»

Ya hemos dicho que el dia 2, despues de misa, subió el general en jefe al terrado de la Aduana con varios otros generales, y allí les esplicó su pensamiento que debia tener efecto el dia 4. Mostróles el campamento de Muley Abbas colocado sobre el monte Gelili y las alturas inmediatas por nuestro flanco derecho: el de Muley Hamet á nuestro frente en una pendiente suave al principio de las huertas de Tetuan: marcóles la parte que cada uno debia tomar en el combate y el órden en que debian marchar.

Era este del modo siguiente:

El segundo cuerpo á las órdenes del general Prim á la derecha, llevando dos brigadas por batallones en escalones y á retaguardia las otras dos en columnas cerradas, teniendo en su centro dos baterías del segundo regimiento montado y dos baterías de montaña del primero y quinto regimiento.

El tercer cuerpo, á las órdenes del general Ros, á la izquierda en la misma forma, llevando en su centro los tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo, y en el centro de ambos el regimiento de artillería de reserva, precedido de los ingenieros, y detrás la caballería en dos líneas.

El cuerpo de reserva, con una batería del segundo regimiento montado y otra de montaña del quinto regimiento, al mando del general Rios, debia avanzar por la derecha del general en jefe, y apoyándose en el fuerte de la Estrella amenazar constantemente el campamento

de Muley Abbas para mantenerlo en jaque, y obrar, segun este lo hiciese, sin comprometer el combate, á menos que el enemigo viniese sobre él.

Hechas estas prevenciones y satisfecho de haber sido bien comprendido por los generales, el general en jefe esperó tranquilamente el momento de la ejecucion.

Llegó el amanecer del 4 con un frio glacial, el pequeño Atlas cubierto de nieve y blancos sus estribos hasta la aproximacion de nuestras tropas, el tiempo muy revuelto y una pequeña llovizna en nuestro campo, lo que hizo suspender el movimiento al general en jefe porque no creia prudente, segun dijo, empezar la operacion bajo un temporal si se pronunciaba.

Eran las ocho y media cuando empezó el tiempo á serenarse, apareció el sol y fueron poco á poco disipándose las espesas nubes que cubrian el valle.

El general Odonell hizo entonces la señal de partir, y las tropas comenzaron su movimiento atravesando el rio Alcántara, que estaba al frente de los nuestros, por cuatro puentes que se habian echado la noche anterior construidos con actividad é inteligencia por el cuerpo de ingenieros.

Bien pronto el ejército quedó formado en la inmensa llanura que estaba al frente de nuestro campo, y el enemigo vió por primera vez desplegado el ejército español, que hasta entonces solo habia visto y combatido parcialmente.

Delante del ejército y en toda su estension, habia fangosas lagunas, tras de las cuales, en un pequeño declive, se alzaban los parapetos y baterías de los moros, que tenian además en su favor arboledas espesas, vallados y zanjas profundas que les sirvieron de defensa en la retirada.

Dada la órden de marcha, la rompió todo el ejército en el mas perfecto órden y mas completo silencio, sin que los pantanos y lagunas, de que acabamos de hacer mérito, detuviesen un momento á nuestros batallones y sin que se notase en ellos la mas leve oscilacion, pues que las columnas los atravesaban como si fuesen el terreno mas firme y seguro.

Habrian andado los nuestros sobre unos mil metros, cuando el ene-

migo rompió un vivo fuego de cañon desde su campamento del frente, que muy luego fué seguido por el de la torre de Gelili, pero sin contestar y sin detenerse avanzaron los batallones hasta colocarse á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias, y avanzando entonces la artillería de reserva, rompió el fuego sobre ellos con gran viveza y acierto.

Corto fué este período, pues conociendo el general en jefe que era necesario aproximarse mas para que la artillería produjese efecto y para que entrasen en accion las piezas rayadas de á cuatro, dispuso que el tercer regimiento de reserva adelantase haciendo fuego por baterías, ganando terreno, mientras salia el regimiento de á caballo sobre nuestro flanco izquierdo para hostilizar con sus fuegos el derecho del enemigo.

Esta órden fué cumplida admirablemente, segun Odonell lo confiesa así en su parte. Bien pronto el fuego de ambos regimientos pasaba sobre el campo contrario, de modo que aunque continuaba el suyo, era con mucha mas lentitud.

El enemigo se esforzó por detener con sus balas rasas aquella marcha lenta é imponente, pero una verdadera lluvia de granadas caia sobre él. A poco sus disparos fueron siendo mas lentos, y llegó un instante al fin en que uno solo de sus cañones mantenia aquel tremendo combate de artillería.

Avanzaron por nuestra parte los dos regimientos de artillería, seguidos y sostenidos por los cuerpos de ejército, y adelantaron tambien sobre nuestra derecha las dos baterías del segundo regimiento montado, para que la una cañonease la estrema izquierda del campamento bajo, mientras que la otra dirigia sus fuegos sobre una parte de las fuerzas de infantería y caballería que bajaban del campamento alto. Entonces tambien la brigada de lanceros se colocó de modo que pudiese observar la numerosa caballería del enemigo, la cual habiéndose corrido hácia la derecha, parecia provocar al cuerpo de reserva que quedaba sobre el fuerte de la Estrella, permaneciendo inmóvil é impasible.

En esta disposicion, el general en jefe hizo avanzar de nuevo á todo el ejército. La artillería ganaba terreno por el frente y los dos flancos protegida por las guerrillas y apoyada por los cuerpos segundo y

tercero, llegando hasta á seiscientos metros de las fortificaciones enemigas que volvieron á hacer fuego con la artillería, pero sin que ni por una ni por otra parte aun se hubiese disparado un solo tiro de fusil.

Alguna fuerza de infantería y caballería se presentó entonces sobre nuestro estremo izquierdo, pero retrocedió al fuego de nuestras guerrillas, sostenidas por dos batallones que hizo avanzar el general Makenna, á quien se habia mandado á aquel lado, y que rechazó sobre la plaza, interponiéndose entre ella y el campo, protegido por la brigada de lanceros que pasó allí con el general Galiano.

En los movimientos el regimiento de á caballo y el tercer cuerpo habian ganado sucesivamente terreno, de modo que estaban próximos á tomar al enemigo completamente por el flanco, rebasando el estremo de su trinchera. Dispuso en aquel acto el general en jefe un nuevo movimiento para envolverlo, y este se ejecutó del modo mas completo, colocándose toda nuestra línea á unos 400 metros del enemigo.

A esta distancia, 40 piezas rompieron un fuego vivísimo; muchas granadas estaban á la vez en el aire, y muchas reventaban en el campo contrario, causando estragos y aun incendiando algunos barriles de pólvora y tiendas, pero sin lograr por esto inutilizar la artillería enemiga que seguia disparando sobre nuestros batallones. Lo robusto y bien entendido de sus parapetos y trincheras, hacian imposible el desmonte de las piezas, no entrando las balas por las troneras ó reventando precisamente alguna granada sobre sus cureñas, pero teniendo la suerte de que ellos hasta entonces no nos hubisen causado grandes bajas.

Imponente era ver dos ejércitos numerosos á tan corta distancia; el enemigo cubierto completamente con sus obras de defensa y el nuestro á pecho descubierto, pues que en el sitio que ocupaba no se encuentra ni un pequeño arbusto.

«En su actitud firme, dice Odonell, tranquila, y en la precision con que mis órdenes se cumplieron por los generales, veia yo la seguridad de que la indecision de la lucha no seria duradera.»

Y así fué.

El momento habia llegado.

El general Prim con el segundo cuerpo de ejército se hallaba al

frente de las trincheras, y el general Ros con el tercero habia llegado al estremo derecho de ellas.

Resonó en aquel momento en toda la línea el toque de ataque, y vióse á aquellas masas, que habian ido aproximándose poco á poco, arrancar á la carrera y precipitarse con furioso empuje sobre el enemigo.

Prim, al frente de sus primeros batallones, se lanzó á la trinchera: eran estos el de cazadores de Alba de Tormes, los voluntarios de Cataluña, el primer batallon de la Princesa, el primero de Leon y los dos de Córdoba, que por órden de escalones en que iban, les tocó la suerte de hallarse mas próximos.

Por la izquierda el primero de Albuera embistió al estremo de la trinchera envolviéndola. Tambien lo hicieron los generales García y Turon con el batallon de Ciudad Rodrigo, el segundo de la Albuera, el de Zamora y el primero de Asturias, siguiendo á retaguardia de ellos todos los demás jefes.

Este momento, aunque corto, fué terrible. El enemigo, que hasta entonces se habia mantenido oculto detrás de los parapetos, rompió el fuego de espingarda, convirtiéndolos en un volcan, pero sin que el fuego de metralla de su artillería, el cañon que nos dirigia la plaza, ni una profunda y cenagosa laguna que se hallaba á nuestro frente pudieran contener á nuestros batallones un solo instante.

Bien pronto nuestros soldados saltaron la trinchera. En aquel momento supremo murieron el comandante de los voluntarios catalanes D. Victoriano Sugrañes y el teniente Moxó, pero allí estaba Prim, Prim que dió el ejemplo, penetrando por la tronera de uno de los cañones enemigos y matando al moro que iba á dispararlo.

Valiente y admirablemente se portaron los catalanes, valiente y admirablemente se portó el ejército todo.

Treinta y cinco minutos mediaron solo desde el momento de dar la órden del ataque hasta el de ondear la bandera española en lo alto de las fortificaciones moras.

Artillería, municiones, tiendas, bagajes, todo estaba en nuestro poder, y el enemigo, corriendo atropelladamente en todas direcciones, trepaba por las escabrosas vertientes de la sierra Bermeja para salvarse de la inmediata persecucion de nuestros soldados.

Quedaba todavía una parte de la fuerza enemiga en la torre de Gelelí y en las alturas inmediatas; el general D. Enrique Odonell con la segunda division del segundo cuerpo se encargó de arrojarla de sus posiciones, lo cual efectuó con prontitud y decision, quedando terminada la batalla y acampadas nuestras tropas en el mismo sitio y en las mismas tiendas que media hora antes ocupaban los hermanos del emperador de Marruecos con un ejército, quizás el mas numeroso que jamás ha reunido.

El cuerpo de reserva con sus maniobras y actitud firme y dispuesta contuvo una parte crecida de las fuerzas del campamento alto, inutilizándola para el combate, entre la que se hallaba una que no bajaria de 3,000 á 4,000 caballos.

Los efectos tomados en el campo fueron dos banderas, ocho cañones montados y aun algunos cargados, muchas municiones de todas clases, ochocientas tiendas de campaña, muchos camellos y cuantos efectos tenian, pues que nada les fué posible retirar.

Por lo que toca á nuestra pérdida, tenida únicamente en la mencionada media hora, consistió en diez oficiales y cincuenta y siete soldados muertos; tres jefes, cincuenta y dos oficiales y setecientos siete individuos de tropa heridos, y siete jefes, trece oficiales y doscientos cincuenta y nueve soldados contusos.

La del enemigo fué inmensa. El campo estaba cubierto de cadáveres, habiendo retirado infinito número de heridos, tanto en la division de Tetuan, como en la de los montes vecinos.

El general en jefe termina el parte oficial en que da cuenta de esta jornada con los siguientes párrafos:

«Difícil me seria citar los nombres de los que han combatido haciéndose dignos de mencion especial, y por lo mismo me limito á manifestar á V. E. para que se sirva elevarlo á S. M., que los generales, jefes, oficiales y tropa se han hecho dignos de su real consideracion; que los primeros han dirigido con inteligencia y decision sus fuerzas, y estas han ejecutado las operaciones con un valor que los hace acreedores á la admiracion de la patria.

»Las lanchas cañoneras de nuestra armada, deseosas de tener participacion en el combate, habian remontado hasta donde les fué posible el rio Martin, rompiendo el fuego de sus piezas al mismo tiem-

po que el de la artillería del ejército, y continuándolo hasta que la situacion avanzada de este los forzó á suspenderlo; pero saltando entonces en tierra los oficiales, vinieron á suplicarme les permitiera marchar con sus tripulaciones hácia el enemigo en union con nuestras guerrillas: no pude acceder á su honrosa demanda, y habiéndoles manifestado que sus servicios me podian ser todavía muy útiles, cubriendo en caso necesario con sus fuegos el flanco izquierdo y ambas orillas del rio, regresaron á sus cañoneras.»

IV.

Los Catalanes.

Ya hemos dicho que los catalanes se portaron bizarramente.

Iban en pos del regimiento de Alba de Tormes, compuesto tambien en su mayoría de catalanes, y á la vista de todo el ejército se cubrieron de gloria.

—Si quereis tiendas, es preciso tomárselas á los moros, les habia dicho Prim el dia 3.

Las tomaron el dia 4 y tuvieron tiendas.

Hé aquí en qué términos habla de ellos un periódico autorizado y á quien nadie sin duda tachará de imparcial, la *Gaceta Militar*, en su número correspondiente de 7 de marzo:

LOS VOLUNTARIOS CATALANES EN ÁFRICA.

«Cataluña bien puede estar orgullosa por lo dignamente que está representada en el ejército de Africa. Desde que empezó el alistamiento de las cuatro compañías de voluntarios catalanes, hasta que pusieron su pié en Africa, solo pasaron 37 dias. Durante este cortísimo tiempo se reunieron, armaron, equiparon é incorporaron al valiente ejército para compartir con él las penalidades de la guerra. El dia 3 de febrero desembarcaron en la Aduana, y los que los vieron comprendieron desde luego que serian dignos hermanos de los que tantas victorias habian obtenido ya; dignos hijos de la provincia á quien iban á representar.

»El conde de Reus que les esperaba, les arengó en su idioma,

hablándoles al corazon como él sabe hacerlo; y á estos intrépidos soldados que habian ansiado cuanto antes poder pisar el suelo africano, les faltaba tiempo ya para entrar en accion, porque querian que todos sus hermanos se convencieran de que eran dignos de formar parte del ejército que tantas glorias habia conquistado. La falta de instruccion táctica no les detuvo para entrar en fuego en la primera ocasion. Lo deseaban, lo pidieron y se les concedió. Al siguiente dia se dió la batalla de Tetuan, que será notable en nuestra historia por el acierto con que fué dirigida, lo bien que fueron secundadas las miras del general en jefe por los demás generales, jefes, oficiales y tropa, y por los resultados que de ella se obtuvieron. El ejército enemigo fué completamente derrotado y puesto en dispersion; sus cañones, sus tiendas de campaña, sus bagajes y la plaza que protegian quedaron en nuestro poder. Nadie ignora la parte que los voluntarios de Cataluña tomaron en esta célebre batalla.

»Marchando á vanguardia, detrás de los batallones cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, al desplegar estos, lo hicieron tambien los catalanes, marchando en primera línea á la derecha del batallon de Alba de Tormes, cubriendo de este modo la marcha y movimiento de nuestro ejército. Así avanzaron en medio de una lluvia de metralla, siendo de los primeros que se lanzaron á la trinchera enemiga con el general Prim á la cabeza, arrollando cuanto se oponia á su paso, sin que hubieran disparado un solo tiro. Para estos valientes las balas nada representaban; por eso ni se valieron de ellas, ni se intimidaron por las que el enemigo les arrojaba. Impávidos en medio del fuego, dieron el asalto con la misma serenidad que si se hallaran en un simulacro.

»Antes de completar 24 horas desde su desembarco, ya habian llevado su bautismo de sangre, habiendo representado en esta batalla uno de los principales y mas gloriosos papeles; pero tambien antes de esas 24 horas, su jefe, Sugrañes, el teniente Moxó y muchos voluntarios habian sellado con su sangre esta gran victoria! Han muerto como valientes, como héroes; dignos son de que Cataluña, esa notable provincia que nunca abandona á sus hijos, perpetue su memoria en un monumento digno de ella y del glorioso hecho de armas en que sucumbieron! Si el teniente coronel graduado don Victoriano Sugra-

ñes y el teniente don Mariano Moxó perecieron en África, en el corazon de todo buen catalan existirá siempre su recuerdo, Cataluña inscribirá sus nombres con letras de oro, y su memoria será imperecedera.

»Cuando el 26 de enero, el Obispo de Barcelona al poner la corbata blanca en los banderines de los voluntarios les dirigió elocuentes frases para que al regresar con ellos á su patria los devolviesen cubiertos de gloria, estaria muy léjos de creer que nueve dias despues esta gloria la habrian conquistado. Todas las correspondencias del campamento están acordes al elogiar la serenidad y arrojo de estos valientes durante la batalla, así como su excelente corazon y humanitarios sentimientos con el enemigo vencido. En una de las correspondencias se decia: «Los intrépidos voluntarios catalanes han dejado, en efecto, la honra de la provincia en este hecho de armas á la altura que el bizarro general Prim podia desear. Para conseguir la victoria no tuvieron necesidad de arrojarse á nado; pero atravesaron con la frente erguida torrentes de fuego que vomitaba el enemigo. »En otra leíamos: «...lo que acaso ignorarás es el espíritu de caridad, de grandeza de alma que campea en estos valientes.»

»Cataluña, esa provincia laboriosa, digna por tantos títulos del aprecio general y que tanto se ha distinguido en esta ocasion por los sacrificios que ha hecho para la guerra, bien sabia que podia poner su honra en manos de esos hijos que habian de conquistar para su patria dias de gloria, probando de este modo que son dignos descendientes de aquellos catalanes que bajo las órdenes de Roger de Flor, Berenguer de Entenza, Jimenez de Arenós y Rocafort, llevaron á cabo hechos tan notables «que causaron temor y asombro á los mayores Príncipes de Asia y Europa, perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiracion á todo el mundo. (1).»

Hasta aquí la *Gaceta Militar*.

¿Qué mas pudiéramos decir nosotros?

Véase ahora el estado de las gracias concedidas á los voluntarios para que se pueda comprender cuan gloriosa parte les cupo en aquella memorable jornada:

(1) *Expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* por D. Francisco de Moncada.

SEGUNDO EJÉRCITO Y DISTRITO.—E. M. G.

Ministerio de la guerra.—Relacion de las gracias concedidas sobre el campo de batalla por el capitan general y en jefe del ejército de África en uso de las facultades que le están conferidas, á los individuos de las compañías de Voluntarios de Cataluña que á continuacion se espresan, en recompensa del mérito que contrajeron ó heridas recibidas en el combate que tuvo lugar contra los moros el dia 4 de febrero próximo pasado en los campos de Tetuan, las cuales han sido aprobadas por S. M. en real órden de esta fecha.

OFICIALES.

Capitan D. Manuel Rodriguez, mencion honorífica. Teniente D. Alberto Artal, id. Subteniente D. Antonio Serret, id.

SARGENTOS.

Sargento segundo Juan Grau, cruz de 10 reales de María Luisa. Sargento primero Miguel Mas, id. Sargento segundo Juan Ruiz, id.

CABOS.

Cabo Antonio Boix, cruz de María Luisa pensionada con 10 reales. Cabo José Beltran, id. Cabo Pablo Perez, id.

VOLUNTARIOS.

Eudaldo Miralles, cruz de María Luisa pensionada con 10 reales. Juan Montero, id. José Sengenis, id. Francisco Capellades, id. Pedro Roca, id. Jaime Tolrá, id. Mariano Mora, id. Antonio Roger, id. Miguel Sarrabasa, id. Pedro Angle, id. Telesforo Roura, id. Juan Roura, id. Enrique Girardell, id. Juan Divisoni, id. José Claramunt, id. Antonio Masach, id. Juan Accerías, id. Pablo Baseda, id. Miguel Puig, id. Luis Fernandez, id. Gaspar Camarasa, id. Antonio Guarro, id. Juan Gayan, id. Benito Borrell, id. Antonio Balsells, id. José Arquer, id. Nicanor Aguilera, id. Pedro Cibil, id. Baldomero Minguella, id. Bartolomé Borrás, id. Agustin Escote, id. Jorge Llorch, id. Juan Vilanova, id. Miguel Puig, id. Ventura Joan, id. Pedro Marselleras, id. Miguel Carreras, id. Francisco Fortuny, id. Francisco Pla, id. José

Olivella, id. Miguel Mayol, id. José Vela, id. Francisco Preinas, id. Bernardo Baxó, id. Pedro Carné, id. Sebastian Giralt, id. Ramon Jover, id. Domingo Ramon, id. José Catalá, id. Antonio Ripoll, id. Pedro Font, id. Miguel Torre, id. Jaime Camps, id. Francisco Clapera, id. Estéban Moraló, id. Cristóbal Llobet, id. José Valera, id. Antonio Papiol, id. José Bros, id. Ramon Sans, id.

Madrid 10 de marzo de 1860.—Es copia.—el brigadier jefe de Estado Mayor general, José Halleg.

Para completar el relato histórico de lo que hicieron los bravos voluntarios catalanes en la jornada del 4, solo nos falta publicar la comunicacion dirigida á la Exma. Diputacion provincial de Barcelona por los señores comandantes primero y segundo accidentales de dicho cuerpo.

Hélo aquí:

Excmo. Sr.

«Cuando hace quince dias salimos de Barcelona en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, una idea, Excmo. señor, acibaraba la pura satisfaccion que esperimentábamos en aquel momento. Esta idea era si nuestros hechos estarian á la altura de la ovacion de que éramos objeto; pero ahora que el cañon ha sonado; ahora que nuestra sangre ha corrido en los campos de batalla, y que los plácemes y vítores de todo un ejército nos dicen que hemos cumplido; ahora, Excmo. señor, con la cabeza erguida, con el orgullo propio de hombres que han llenado su mision, este cuerpo, por conducto de los infrascritos, se dirige á V. E. para comunicarle la adjunta relacion de la batalla del 4 del presente, notable por lo reñida que fué, y mas notable aun por lo fecundo de sus resultados: la rendicion de Tetuan.

»Larga y enojosa tarea seria, Exmo. señor, relatar detenidamente uno por uno los incidentes de batalla tan memorable; V. E. podrá enterarse cumplidamente por el parte que de la misma da al ministerio de la Guerra el escelentísimo señor general en jefe: pero ciñéndonos á la parte que en ella le cupo al cuerpo que tenemos el honor de mandar, diremos tan solo que á la órden de cargar á la bayoneta nuestros voluntarios, con sus jefes á la cabeza, poseidos de un noble entusiasmo, ébrios de gloria, se lanzaron á los parapetos y posiciones enemigas al través de una lluvia de balas y con lodo hasta la cintura.

Lit. Vazquez R. 31

MOXÓ Y SUCRAÑES.

»Breve fué la lucha; el enemigo, despavorido, huyó cobardemente, abandonándonos sus tiendas, armas y bagajes, y el grito que hace siglos resonó en los confines de la Grecia, retumbando por los valles y montañas de Tetuan trasmitirá al mundo entero el valor de este puñado de valientes, dignos descendientes de los que, lo mismo en el Peloponeso que en Sicilia, en Lepanto que en el Bruch, asombraron al mundo entero con la fama de sus hechos.

»¡Sombras de Rojer y Entenza... regocijaos! ¡todavía los catalanes son los mismos que tantas veces conducisteis á la victoria y á nuestro regreso al suelo patrio depositaremos los laureles salpicados todavía con la sangre de los valientes que los han conquistado al lado de los inmarcesibles que ciñeron vuestras frentes!...

»Tan brillantes resultados, Exmo. señor, no se consiguen sino con pérdidas sensibles, doblemente cuando recaen en personas tan dignas y beneméritas como las que tenemos que lamentar. Por el estado adjunto, verá V. E. cuán cara nos ha costado la victoria; solo llamaremos la atencion de V. E. sobre las nunca bien lloradas del comandante don Victoriano Sugrañes y Hernandez y don Mariano de Moxó, muertos gloriosamente en su puesto, al conducir sus soldados á la victoria.»

V.

Episodios y detalles.

Al dia siguiente de esta jornada, el general Prim dirigió á sus soldados la siguiente alocucion.

«Soldados del segundo cuerpo: Hemos terminado con gloria el primer período de esta campaña: habeis sabido elevar á la mayor altura el nombre del ejército español y el de vuestro segundo cuerpo, que me enorgullezco de mandar. Con soldados como vosotros, la bandera española puede llevarse alrededor del mundo y ostentar á su faz lo que pueden los hijos de España.

»Para que esta gloria sea inmarcesible, preciso es que no la empañe el mas ligero borron, la mas pequeña sombra. Vais á entrar en

una plaza que abre sus puertas y se postra ante los piés de la Reina de España pidiendo clemencia, y la obtendrá cumplida.

»El anciano y el niño, la mujer, los hombres, los habitantes todos están hoy bajo la salvaguardia de la hidalguía castellana, y deben hallar un protector, no un enemigo, en cada uno de nosotros. Si esta plaza hubiera hecho resistencia, si se hubiera entrado á sangre y fuego, tendriais derecho á apoderaros de todo; pero cuando nos pide amparo, es preciso otorgarlo á toda costa.»

El general en jefe, con la misma fecha del 5, dirigió al ejército la siguiente proclama:

«Soldados: En el dia de ayer habeis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos con todas sus tiendas y bagajes. Habeis correspondido dignamente á lo que la reina y la patria esperan de vosotros, y habeis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del ejército español.

»Soldados: Continuad con la misma constancia con que habeis luchado durante tres meses contra los elementos, en un clima duro y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfaccion cumplida de sus agravios, é indemnizacion de los sacrificios que ha hecho.»

Casi todos los periódicos de Madrid publicaron el siguiente episodio que se refiere á la batalla del 4.

«Entre los diferentes paisanos que como corresponsales, pintores, fotógrafos y curiosos siguen al ejército desde que emprendió su movimiento sobre Tetuan, se cuenta el jóven pintor D. José Vallejo, vecino de esta corte, socio-artista y corresponsal de la publicacion titulada *Crónicas de la guerra de África*.

»Ya en la accion de los Castillejos se distinguió este jóven, incorporándose á una de las guerrillas y quemando dos paquetes de cartuchos. Esto le granjeó las simpatías del tercer cuerpo de ejército, y especialmente las del batallon entre cuyas tiendas acostumbraba á plantar la suya.

»En la batalla del dia 4, entusiasmado con la perspectiva del gran hecho de armas que se preparaba, hizo lo mismo, y ya bajo el fuego de los marroquíes se incorporó á una compañía.

»Todos los oficiales de esta fueron muertos ó heridos: los soldados vacilaron un momento; pero en el mismo instante el Sr. Vallejo arengó con breves frases á la compañía, púsose á su frente, y dirigiéndola con el mayor denuedo, penetró de los primeros en la trinchera.

»Este acto de valor, y el espectáculo de una compañía que cargó contra los enemigos á las órdenes de un paisano, llamaron la atencion del general Turon, que dirigiéndose al encuentro del Sr. Vallejo, le presentó al jefe de Estado mayor general Sr. García. Este le condujo á presencia del conde de Reus; quien le dió gracias en nombre de la Reina al frente de las tropas del segundo cuerpo.

»Cuando el conde de Lucena tuvo noticia de lo sucedido, mandó le presentasen al bizarro español, y sobre el campo de batalla condecoró á D. José Vallejo con la cruz de San Fernando.

»Inútil es añadir que este artista se ha conquistado el aprecio de todo el ejército.

»Reciba el Sr. Vallejo, dijo *La Iberia*, nuestro parabien mas completo, pues ha dado tan nobles pruebas de unir al talento de artista un corazon de soldado, henchido por el fuego sacrosanto de la gloria en medio del mortífero combate, que es donde mejor se pueden apreciar el valor y arrojo de los hijos de España.

Los gloriosos trofeos cogidos á los marroquíes en la batalla fueron enviados á Madrid, custodiados por un ayudante del general Odonell, el cual los presentó el dia 14 á S. M. y al pueblo madrileño, en medio del mayor entusiasmo.

Luego que la reina los hubo visto se espusieron al público.

Por lo que toca á los cañones, que eran ocho, he aquí la interesante reseña y traduccion de sus inscripciones arábigas, debida al Señor Gerdá de Villarestan:

1.° Incierto.—Sin inscripcion ni fecha.

2.° y 3.° Suecos.—Inscripcion arábiga que dice así:—*Regalo hecho por S. M. el rey de Suecia Gustavo III.*

Estas dos piezas datan seguramente del xerif Mohammed Abdallah ben Ismail, que reinó desde el año 1171 al 1204 de la Hegira (1757, —1789 de Jesucristo).

En este período de tiempo el imperio de Marruecos hizo la paz, y se restablecieron los antiguos tratados con Suecia, la república Veneciana, España y otros varios estados.

4.° Sueco.—Inscripcion.—N.° 9. *S.* 5. *L.* 9. *m.* 7.—*Me fecit meyer Holmiac* (Estocolmo) 1797.—Corresponde esta pieza al reinado de Gustavo Adolfo IV.

5.° Inglés. —Inscripcion: — DCLXXIX. — *Jand II King.* 1808. *Honi soit qui mal y pense.*—Corresponde al reinado de Jorge III.

6.° Veneciano.—Escudo de armas de la república de Venecia. Debajo C. A.

7.° Español.—Inscripcion: *Cabul.—Carlos IV.* (Monograma).—*Núm.* 1713, *Barcelona* 28 *de agosto de* 1790.

8.° Inscripcion arábiga, y dice así:—*Por mandado de nuestro señor el príncipe de los creyentes, ayúdele Dios y ampárele.—Hízose este cañon... por manos de su siervo.* . . . . . .

. . . . . *año* 1261 (1844).

Escusamos decir que no ha sido posible traducir lo que falta de la inscripcion que precede. La mala colocacion de la pieza, lo diminuto de sus caractéres, finalmente, su estado de deterioro, justificarán esta omision.

Aquel horrible triángulo de fuego, dice una correspondencia describiendo la batalla del 4, se estrechaba á cada paso que se daba, y en un momento el toque de ataque á la bayoneta se oyó, y nuestros soldados como leones se arrojaron á las trincheras y á las baterías enemigas, despreciando la muerte que los primeros encontraron con la metralla que estas les vomitaban. El conde de Reus atacaba de frente la trinchera, y entraba á caballo por unas troneras, matando á un moro que se adelantaba á interceptarle el paso. El general Odonell (don Enrique), trepando por una ágria montaña, desalojaba al enemigo de su campamento y plantaba la bandera española en su torre. La division Turon adelantándose por la izquierda, penetraba en el campamento enemigo y en la

trinchera enemiga, cuando todavía los moros estaban haciendo fuego de frente, en cuyos supremos momentos el conde de Lucena, que es la gran figura, que es la figura incomparable de este dia inmortal, entraba con su escolta confundido por este lado con los soldados que iban de vanguardia.

—¡Viva nuestro general en jefe! decian los batallones.

—¡Viva la Reina! contestaba el conde de Lucena.

—¡Viva España! decian otros.

—¡Viva la infantería española!

—¡Vivan los hijos del Cid!

—¡Vivan nuestros soldados!

Y los gritos de entusiasmo y de locura, y el humo de la pólvora y la embriaguez del triunfo, y el estampido de los cañones y nuestros soldados que avanzaban sin cesar, los árabes que huian, producian tal vértigo, que las cabezas enloquecian y los corazones estallaban de júbilo. El dia habia amanecido lluvioso; pero el sol quiso presenciar esa gran victoria de nuestro ejército, y nunca ha tenido rayos mas puros y mas brillantes que los que nos envió en la tarde de ese dia.

Un estranjero que presenció el triunfo de nuestras armas el dia 4, al pié de los muros de Tetuan, Mr. Iriarte, el corresponsal de *Le Monde ilustré* de Paris, escribió á un amigo suyo, y este nos facilitó una carta particular, de la que traducimos los siguientes párrafos, que creemos un título de gloria para nuestro ejército:

«España ha hecho mas en cuatro horas que en muchos años. Hemos penetrado hoy á las dos de la tarde en el campamento de Muley-Hamet; Leon, Saboya, los catalanes y Prim, son los primeros que han dado el asalto. Prim ha entrado por una tronera, dejando herido el caballo y con el sable torcido á fuerza de dar cuchilladas.

»Lo mas grande de esta jornada, á pesar de tan admirables hechos de armas, es la conducta del general en jefe como gran general. Dudo que se pueda ejecutar un gran movimiento estratégico con mas serenidad, y nunca se hará todo lo que él ha hecho, sin perder tres veces mas gente. Estoy loco de entusiasmo, no puedo escribir.

»Siento demasiado lo que España ha hecho en este dia. Al mundo

entero quisiera decir lo que ha hecho el ejército español. Esta mañana (esta carta está escrita el 4 por la noche), me sentí con síntomas coléricos, pero todo lo olvidé al comenzar la batalla.»

Segun carta de un testigo, el ataque de las líneas enemigas en esta jornada fué imponente.

Prim habia arengado á sus tropas diciéndoles que era preciso que supiesen como eran los cañones marroquíes, y que envidiaria la gloria del soldado que dijera «este cañon es mio.»

Los moros dejaron llegar á los nuestros hasta tenerlos á medio tiro. Rompieron el fuego los nuestros con pérdida bastante pero no cejaron.

—A ellos! decia Prim; no se diga que un moro hace huir á un español. Catalanes, con vuestras alpargatas habeis de golpearles en la cara.

Los catalanes gritaban *¡Avant! ¡Avant!* Prim todo era decir: ¡Adelante! y viva la Reina!

La primera línea fué tomada á la bayoneta, huyeron los moros que sobrevivieron á la segunda y pronto se les desalojó de ella. Los enemigos se dispersaron aterrorizados.

Una carta del campamento dijo que despues de la batalla enterraron nuestros soldados 500 cadáveres moros.

Otra dice que el general Prim sacó en la esclavina del poncho hasta ocho balazos, sin que ninguno felizmente le tocara.

Al descender por unas breñas el coronel Alcayna, jefe del regimiento Iberia, se encontró solo y á pié al dignísimo general en jefe, que muy adelantado de su E. M., subia como si fuera un alferez de cazadores, á dar desde la altura sus disposiciones; al verlo el coronel Alcayna se fué hácia él, y conmovido, le dijo: «Mi general, por favor,

la mano;» y dicho general le contestó: «Un abrazo; me enternece V.» Volvió dicho jefe á victorear á la Reina, al general Odonell y al antiguo renombre de la nacion española, y siguió su marcha.

Cuéntase que un oficial del ejército ruso que asistia á las operaciones de nuestro ejército, entusiasmado al ver la admirable bravura de las tropas, no pudo contenerse y se confundió con nuestros soldados para cargar con brios á la morisma. Lo mismo hizo segun parece un oficial austriaco.

En una carta de un jefe superior se dijo lo siguiente con respecto á los catalanes:

Las compañías catalanas llegaron tan á tiempo al campamento, que agregándose al cuerpo de ejército del general Prim, tomaron parte en la batalla del 4. Puesto á su cabeza el intrépido conde de Reus, les arengó en su salida, y al grito mágico de ¡Viva la Reina!, arremetieron con inusitado arrojo, sin disparar un tiro siquiera, desalojando al enemigo de las alturas y haciéndoles una espantosa carniceria, aunque no sin el sacrificio de las vidas de algunos de sus valientes, entre ellos el comandante de dichas compañías.

El quitasol de Muley Abbas quedó en poder nuestro en esta batalla como el de su hermano Sidi Mahomet, actual emperador de Marruecos, habia quedado en poder de los franceses en la batalla de Isly.

Al saber en Madrid la noticia de la batalla del 4, el ministro de la guerra, por encargo de S. M., envió al general en jefe el siguiente despacho telegráfico:

«El ejército de África cuyo sufrimiento y sereno arrojo han merecido tantas veces bien de la patria, acaba de añadir un nuevo y glorioso triunfo á la série no interrumpida de los que han señalado su marcha triunfal por el suelo marroquí.

»Altamente satisfecha la Reina nuestra señora del valor heróico de sus soldados y de la consumada pericia de V. E., me manda le sig-

nifique, como de su Real órden lo ejecuto, que conservará indeleble en su memoria el recuerdo de la victoria alcanzada ayer por los que, haciéndose cada dia mas y mas dignos de su generosidad magnánima, han sabido colocar tan alta la enseña nacional. »

Las tiendas del campamento moro eran cónicas en su mayor parte; otras marquecinas, algunas de una forma estraña, cilíndricas en su base y cónicas en su parte superior, casi todas rayadas, y otras con caprichosos adornos azules y negros. En todas ellas reinaba la mayor inmundicia; á la puerta de muchas habia esparcidas una infinidad de cáscaras de naranja, y en otras galleta inglesa; dentro de casi todas, harapos asquerosos, sillas de caballo, papel, cebada, estera, un ajuar en fin, parecido al que tienen esos mendigos que estramuros de algunas ciudades viven entre los huecos de las ruinas y las quiebras de las peñas.

Pocas eran, pero habia algunas bastante lujosas; entre ellas, la que pertenecia á Muley-Abbas que era de forma cilindro-cónica; tenia en el centro un alma ó pié derecho compuesto de dos trozos que se encajaban recíprocamente por medio de unos casquillos de hierro, en los que se hallaban unos ganchos para sostener la lámpara, y terminaba el palo en su parte superior por una bola de metal plateado coronada de un pico. La parte esterior del lienzo de la tienda era blanca con fajas azules estrechas. Cada faja de estas cubria un viento ó cuerda que iba á fijarse al suelo por medio de unas estaquillas de hierro.

En el interior, la parte cónica era azul con tiras blancas de tela correspondientes á las azules del reverso; la parte cilíndrica era de puro gusto árabe, y se hallaba dividida en trozos rectangulares azules y encarnados, sobreponiéndose á ellos arcos ojivales de colores idénticos, pero alternando. En varios de estos arcos se distinguian aun claramente lentejuelas doradas, lo que indicaba debia haber sido en sus buenos tiempos una tienda de gran lujo digna de un príncipe.

Como testimonio del alcance de nuestra artillería, y de la poca seguridad que debió ofrecer á su dueño, debemos decir que de resultas de la accion del dia 31, dicha tienda se veia agujereada por tres ó cuatro granos de metralla.

Las dos banderas cojidas en aquella memorable accion eran, una de color amarillo y otra azul. La primera idéntica á las anteriormente cojidas, diferenciándose tan solo en que su paño no era de damasco, sino de una tela de seda sumamente fuerte y labrada á rayas en estremo menudas. La otra bandera se distinguia particularmente por su color azul, por las incrustaciones doradas de la moharra, y por su perfecto estado de conservacion. La tela era igual en su clase á la anterior, y ambas tenian, como las cojidas en la accion de Castillejos y en la del 31 de enero, cuatro borlas, dos en la parte superior y dos en la inferior del mismo color que el paño.

Despues del magnífico éxito obtenido aquel dia, los cuerpos que quedaron en la llanura, ocuparon el campamento marroquí establecido al pié de la batería avanzada, y el cuartel general se situó en una lindísima casa de campo, grande y bella, de las mas avanzadas hácia la llanura, y una de las muchísimas que, salpicadas en aquella deliciosísima vega, contribuyen á formar un cuadro encantador que cautiva la vista del hombre, despertando ese sentimiento dulcísimo que nos hace amar y bendecir á la Providencia. En la composicion de aquel hermoso cuadro entraban un cielo purísimo y trasparente como el de Granada, una vega cubierta de frescos y variados plantíos, con diversas colinas, multitud de casas de campo, rodeadas de odoríferas huertas, y por último, descansando sobre la falda de una montaña, no muy alta y besando la fresca llanura, se descubria la blanquísima y pintoresca Tetuan.

Un testigo refiere del siguiente modo un episodio de la batalla:

«La marcha de las columnas del segundo cuerpo, que eran las que yo podia distinguir, se operó con la mas perfecta regularidad, hasta que tuvieron que entrar en una laguna de terreno desigual lleno de hoyos y baches, en donde hombres y caballos se encontraban enfangados hasta los pechos, á la vez que la metralla y el fuego de espingarda de que hasta entonces no habian hecho uso los moros, diezmaban á nuestros valientes; al mismo tiempo, el general Prim les animaba con su palabra, les movia con su entusiasmo y les hacia avanzar con su ejemplo; los obstáculos eran insuperables, pero el conde

de Reus habia recibido la órden de atacar, y su grito de ¡adelante, adelante! se estendia por todas partes; y adelante iba la tropa, cada cual por donde podia y como podia, cayendo unos y levantando otros, pero todos resueltos y animosos; de esta manera, y en medio de tantos peligros y dificultades llegó como á unos doscientos pasos de la luneta enemiga, ordenando que la tomaran Alba de Tormes y los voluntarios catalanes, y lo hicieron valientemente, sellando y enrojeciendo con su preciosa sangre aquellas inmundas charcas.

»Pero los cañones estaban mas á la izquierda, y como cabalmente ya el general Prim habia dicho á sus soldados que deseaba que fueran ellos quienes los tomasen, esperaba que no vacilarian en el momento de abalanzarse á ellos; porque si vacilaban él iria á tomarlos entrando por una tronera. Colocado entonces á la cabeza de los batallones Princesa, Leon y Córdoba continuó su marcha de flanco, siguiendo la trinchera, siempre entre la laguna y sufriendo el fuego de los moros, que estando parapetados, lo hacian mas certero, despues de mil trabajos y de heróicos esfuerzos, lograron salir de aquel pantano y se encontraron enfrente de los cañones.

»A la vuelta la tropa venia sufriendo hacia largo rato un mortífero fuego de metralla y de espingarda, estaba fatigada en estremo y habia menester en aquellos momentos supremos y de toda prueba, recibir una corriente eléctrica que llenara la medida de su grande entusiasmo. ¡Aquí del génio, aquí del poder mágico de la palabra, aquí del ejemplo, aquí del conde de Reus, aquí de su naturaleza privilegiada, para la que no hay obstáculos ni barreras allí donde está el deber, donde se encuentra la gloria! El conde de Reus, á quien ni las balas ni el humo ennegrecido del combate privan de la serenidad y sangre fria, ni enturbian su mirada fija y penetrante, como hubiese observado durante el cañoneo, que por una tronera entraban y salian los moros á hacer fuego, dió como cosa hecha, que por aquel mismo paso podria penetrar, y volviéndose de repente á sus soldados, con voz entusiasta de esas que inflaman hasta el mas tibio corazon, les grita: ¡A los cañones, á los cañones! y metiendo espuelas al caballo se lanza sobre la trinchera, llega al pié, encuentra en efecto un estrecho paso, y como una exhalacion, entra por la tronera, y se lanza denodado sobre la morisma, que la tenia ocupada y cargaba en aquel

momento á los pocos soldados del regimiento de Albuera, pertenecientes al tercer cuerpo que, con el bravo coronel Alaminos, habian penetrado por la estrema derecha que estaba sin cerrar.

»Y fué tan oportuna y tan providencial la entrada del conde de Reus, que sin ella, el coronel Alaminos hubiera dejado de existir, pues á muy pocos pasos le apuntaba un moro, á quien el general no le dió tiempo á descargar derribándole de una cuchillada; mientras tanto otro le disparaba á él á quemaropa, tiene la suerte de que no le dé, y cae muerto, atravesándole el general de una estocada. Ya desde este momento, los oficiales que le seguian, que eran los ayudantes Sanz y Escalante, y los de estado mayor Obregon y Navarro, pues los demás estaban á dar órdenes ó encharcados, con el sable en una mano y el revólver en la otra secundaron valientemente á su jefe; los soldados del conde empiezan á presentarse en las mismas troneras; el vatiente Alaminos y los suyos embisten por su lado, y el enemigo, espantado de la osadía de unos pocos caballos que entran por la tronera, cuando no tenian idea de que eso pudiera suceder, huye por todas partes en espantosa derrota, y los cañones son del conde y con ellos dos estandartes y todo el campamento bajo, con tiendas, bagajes y camellos, inclusa la tienda del hermano del emperador. Semejante acto de osadía en los momentos críticos, no se acierta á esplicar, y es preciso verlo para sentirlo y poderlo comprender. Así lo abrazaba loco de contento el general en jefe, de cuyo plan de batalla habia sido tan escelente instrumento, así al verlo los soldados, que victoreaban sin cesar al conde de Lucena que les habia guiado á tan gloriosa jornada, victoreaban al propio tiempo al conde de Reus, como quien da gusto al superior que es el primero en agasajarlo.»

El mismo testigo de vista que escribió las anteriores líneas consagra algunos párrafos á los heridos en la batalla y dice entre otras cosas lo siguiente, que nos parece digno de trasladarse:

«La batalla está ganada ya: nuestro ejército se encuentra á las puertas de Tetuan. ¿Qué importa que se cierren? ¿Por ventura no tiene las llaves en la mano? El triunfo es mas grande de lo que á primera vista parece: no es el terreno conquistado, es que nuestras tropas irán

á donde quiera y como quiera el general que las manda; es que en Africa son invencibles ya. Es verdad que se ha derramado sangre preciosa, pero esa es la cima donde se encuentra la inmortalidad de la gloria. ¿Cuánta mas no se habria vertido sin la oportunidad, sin la decision, sin el arranque de aquellos héroes desde el instante en que el general en jefe pronunció la terrible frase: «¡á las trincheras!» Un momento de indecision, la menor duda, el vacilar siquiera, hubiera costado miles de víctimas, una retirada vergonzosa y la muerte de nuestra honra: pero esto no podia suceder con aquellos bravos: yo los ví al terminarse la jornada, yo los ví heridos, mutilados, en acémilas unos, en caballerías otros, por su pié los que se lo permitian las heridas, regar con su sangre el dilatado espacio entre las trincheras enemigas y la Aduana, donde estaban los hospitales; yo los ví, y á alguno de ellos le presté mi brazo, ostentar orgullosos y satisfechos sus miembros destrozados y sus ropas cubiertas de fango ensangrentado como si fueran trofeos de la patria; yo los ví en los sitios destinados para su curacion, apagar los ayes de los moribundos, con vivas á la Reina y á los generales O'donell y Prim, y allí donde todos sufrian, donde se practicaban crueles dolorosas operaciones, donde los sacramentos se suministraban sin cesar, donde al exhalar el último suspiro no se escuchaban mas recuerdos que el ¡ay madre mia! ¡Dios mio y señor! Allí, donde todo era amor filial y cristiana resignacion, donde se apartaba la mente de la vida deleznable para fijar los ojos en el cielo, corrian de los mios lágrimas abundantes, precedidas del sollozo que desahogaba mi oprimido corazon. ¡La muerte hubiera preferido cien veces á los desgarradores lamentos que despedazaban mi alma y aniquilaban mi espíritu por completo! No se borrará jamás de mi memoria la afanosa diligencia y el fraternal cariño y tierna solicitud con que un jóven y bizarro capitan de Córdoba, y cuyo nombre no recuerdo, que tenia tres heridas, cuidaba de todos los individuos de su compañía que habian sobrevivido á las crueles heridas que recibieran al asaltar la trinchera artillada; allí todo era ternura, todo sentimientos, consuelo todo: cuanto haga la patria, decia yo para mí, por estos desgraciados y sus familias, será poco. De los que mas habia, ó era que su traje los daba mas á conocer, eran de los voluntarios catalanes, y aunque á todos alcanzaban las simpatías por igual, é inspiraban el

mismo dolor y sentimiento, todos traian á la memoria el dia anterior, pareciéndoles imposible que la muerte y la desgracia estuvieran dando la mano á tanta vida, á tanto bizarro porte, á tan denodado valor: la cuarta parte de su fuerza quedó fuera de combate, y tendido en el campo el comandante Sugrañes, á quien las balas habian respetado en cien combates.»

OCUPACION DE TETUAN.

I.

La batalla del 4 abrió á nuestro valiente y sufrido ejército las puertas de Tetuan.

El dia 5 por la mañana el general en jefe, deseoso de economizar sangre y mitigar en lo posible los tristes rigores de la guerra, dirigió por un moro prisionero la siguiente:

Intimacion al gobernador de la plaza de Tetuan:

«Habeis visto vuestro ejército mandado por los hermanos del emperador, batido; su campo, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenia, ocupado por el ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra ciudad en cortas horas.

»No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la plaza, para lo que obtendreis condiciones razonables, entre las que estarán el respecto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

»Debeis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto; evitadlos á Tetuan, y de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la poblacion rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy 24 horas para resolver: despues de ellas no espereis otras

condiciones que las que impone la fuerza y la victoria. — Leopoldo Odonell. —Campamento junto á la plaza, 5 de febrero. »

Poco despues de haberse puesto en camino para Tetuan el moro á quien el general entregó la anterior comunicacion, salieron de la plaza cuatro moros, uno de ellos montado en una magnífica mula y otro delante con un palo largo y en él una bandera blanca.

Llegados á la tienda del general en jefe, se formó una mitad de compañía haciendo círculo para impedir la aglomeracion de gente, y como el general estaba recorriendo los campamentos, esperaron en pié sin hablar con nadie.

Hé aquí la descripcion que de estos parlamentarios nos hicieron los testigos:

El que habia ido en la mula era anciano, alto, barba blanca, afeitado el bigote, vestia caftan azul, tarbuc encarnado, media y zapato europeo. Era Hamet-el-Abehir, agente consular de Austria y Dinamarca y hablaba español correctamente. El segundo era de unos treinta y cuatro años, alto, blanco, pelo castaño claro, ojos espresivos, vestia albornoz, blanco turbante, sus piernas descubiertas y con zapato negro, y sus manos eran las de una dama. El tercero era mas bajo de cuerpo, fuerte, poca barba, pierna con media de lana y manos callosas, babucha amarilla, albornoz y turbante; y el cuarto en fin, que era el de la bandera, parecia de clase mas humilde con un chaqueton largo, pierna desnuda, babucha y turbante.

Llegó el general Odonell á caballo y una banda de música tocó la marcha real, los soldados presentaron las armas, el general se apeó, miró con su famosa sonrisa á los moros, estos le saludaron, el caudillo entró en su modesta tienda, y le siguieron los parlamentarios, clavando la bandera blanca á la entrada el moro que la conducia.

Ya á presencia del general en jefe, manifestaron que la mayor anarquía reinaba en la ciudad, que la generalidad de sus habitantes deseaba rendirse, siempre que se respetasen sus personas, propiedades y costumbres; pero que una parte de ellos opinaba por la defensa, protegida por un cuerpo marroquí situado en el lado opuesto inmediato á la plaza. Aquella comision no venia revestida de un carácter oficial; no obstante, el general en jefe la escuchó y la contestó lo mismo que habia dicho por escrito al gobernador de la plaza: que si no

se rendian á las veinte y cuatro horas reduciria á cenizas la ciudad.

Estos parlamentarios declararon asímismo que los dos hermanos del emperador, en la cólera que les produjo su vergonzosa derrota, habian mandado cortar las cabezas á los jefes de las kabilas que les habian seguido, alejándose rápidamente de aquellos sitios con direccion al interior del imperio.

La comision se volvió á la plaza sin mas respuesta que la indicada.

El general Prim cuando tuvo noticia de la marcha de los parlamentarios, dijo:

—Si entregan la ciudad sin condiciones, iremos hoy allá; y si imponen condiciones, iremos mañana. De todos modos hemos de ir. La cuestion no es mas que de economía de pólvora y de balas.

Y era así.

II.

Desbandado y disperso el ejército marroquí en la batalla del 4, gran parte de él y los dos príncipes se refugiaron en la ciudad en los primeros momentos, pero en lugar de adoptar las medidas convenientes para defenderla y oponer una vigorosa resistencia con los grandes medios de defensa y enormes cantidades de municiones que en ella poseian, los bárbaros soldados marroquíes, dignos descendientes de los antiguos gétulos y númidas, se entregaron al mas feroz vandalismo, al saqueo, á la destruccion, al asesinato, en una palabra, á todos los horrores imaginables. No parecia sino que la plaza en vez de ser suya era una ciudad enemiga á la cual acababan de tomar por asalto.

Mientras discurrian las veinte y cuatro horas del plazo señalado, el general en jefe activó el transporte del tren de sitio al campamento, y en la noche del 5 habia ya 14 morteros con su correspondiente dotacion de municiones prontos á lanzar el estrago y la muerte sobre la ciudad enemiga.

El plazo concedido por el general en jefe terminaba el dia 6 á las diez de la mañana.

Eran las ocho de este dia cuando se presentó al general un moro enviado por Hamet-el-Abehir con una carta en que le decia que los árabes se habian entregado al saqueo desde que hubo terminado la batalla y que duraba todavía en aquel momento; añadiendo que si queria salvar lo poco que quedaba en la ciudad, que se apresurase á enviar tropas, que él se defendia con sus criados y unos cuantos hombres armados que se habian puesto á su lado dispuestos á perecer antes que entregarse.

El general en jefe dió en seguida las órdenes oportunas y mandó que las divisiones se acercasen á la ciudad. La de reserva, al mando del general Rios, se adelantó hácia una de las puertas, mientras que Prim iba á acampar en las alturas que dominan á Tetuan, dispuesto á caer sobre la Alcazaba.

Puestas en marcha las divisiones, la de Rios se acercó á la plaza por una senda torcida, poblada á uno y otro lado de arbustos y árboles espesos que formaban vallados parecidos á los de las huertas y casas de campo de nuestra España.

Al dar vista á una de las puertas de la ciudad, la encontró cerrada. Dentro se oia una espantosa gritería y de cuando en cuando algunas detonaciones. Sobre la puerta baja y oscura asomaban por una especie de ventanas dos cañones de á cuatro sus negras bocas enfilando la senda que seguian nuestros soldados. De vez en cuando, un moro de rostro innoble, de mirada feroz y recelosa, montado encima de uno de los cañones, asomaba la cabeza por las troneras y hacia señas y gestos ininteligibles, que así podian ser una amenaza como un ruego ó una imprecacion.

Hubo, como era natural, un momento de terrible incertidumbre; ¿el mensaje que habia recibido el general en jefe era algun ardid de la perfidia marroquí? El general Rios, cauteloso y resuelto, dispuso que sus fuerzas, saliéndose de la enfilada senda, ocupasen las posiciones inmediatas.

Como la puerta no se abria, se disponian los gastadores á derribarla cuando un moro logró por dentro franquearla. El general Rios habia salido hácia la Alcazaba; pero el general Mackenna mandó marchar adelante á tres compañías del regimiento de Zaragoza que penetraron en la ciudad seguidas del general Mackenna y de algunos ofi-

ciales de Estado Mayor y de artillería; despues entró el batallon de la Reina, con una de las banderas regaladas al ejército de África por SS. MM., y sucesivamente fueron entrando las demás fuerzas de la expresada division, un batallon de ingenieros y una brigada de artillería de montaña.

Era imponente aquel paso. La entrada era un laberinto de callejones angostos, en los cuales desde las troneras y ventanas podian haber destrozado á nuestros soldados media docena de moros. En las calles que pasaban era una desolacion lo que se veia; las puertas violentadas á tiros; lo que dentro de los establecimientos habia y que no se habian podido llevar los bandidos, se hallaba en medio de la calle. Pisándolo todo marchaban nuestros valientes; alguno que otro moro se asomaba á las puertas abrazando á los soldados; el que hablaba español decia: ¡Viva la Reina! Se oian disparos dentro de la ciudad, y la situacion era crítica: podia ser todo un engaño; y además ignoraban completamente la salida de aquel complicadísimo laberinto de calles.

Un cadáver en cueros estaba tendido en la calle, tenia un balazo en el pecho, una estera medio lo tapaba; era un mulato. Los tiros que se oian se mezclaban con una gran vocería; las músicas y tambores tocaban el paso redoblado.

Cuanto mas adelante seguian nuestras tropas, mas triste era el aspecto que ofrecia la moruna ciudad: las puertas de muchas casas habian sido violentadas y tiradas al suelo; el pavimento de las estrechas y tortuosas calles se hallaba cubierto de efectos destrozados y hasta de cadáveres, así de pacíficos vecinos, como de los salvajes soldados que acaudillaban los Príncipes de Marruecos, que habian sido muertos por los que tuvieron energía para defender sus vidas y hacienda.

A todo esto, la columna del general Rios habia hecho alto un momento para disponer que una compañía del regimiento de la Reina, con la bandera del cuerpo, subiese á la Alcazaba, pero ya el general Prim estaba allí con los suyos.

Los catalanes habian sido los primeros en apoderarse de la fortaleza escalando la muralla por la parte de fuera, y arrancando el rojo pendon marroquí, que redujeron á cenizas en un momento de en-

tusiasmo, tremolaron en el sitio donde poco antes ondeaba, el banderin de una de sus compañías.

Abierta por ellos la puerta de la fortaleza, en donde solo encontraron dos ó tres moros, al general Prim y el resto de la division, entró el general en ella y dirigió una enérgica proclama á los cuerpos todos que estaban bajo sus órdenes encargándoles el órden y la moralidad.

A las diez de la mañana entró en la plaza el general Odonell con su estado mayor.

Hé aquí como en una carta se describieron los pormenores de esta entrada:

«El general en jefe entró en Tetuan á las diez de la mañana, acompañado de todo su cuartel general. No pueden Vds. formarse idea del cuadro de desolacion y espanto que se presentaba á nuestros ojos. Todas las casas estaban violentamente abiertas y por los suelos muebles rotos, víveres desparramados, pólvora á granel, algunas ropas sucias y sangrientas, lo arrojado por inútil ó lo despedazado para que no se utilizara ó porque no pudo robarse, algunos cadáveres de judíos ó de moros, las huellas del incendio, del pillaje y del saqueo; los restos de la poblacion aclamándonos como á sus libertadores, judíos ó moros, con el aspecto de la miseria y del hambre, saliéndonos al encuentro y dándonos la bienvenida; las mujeres en las azoteas ó en las ventanas, gritando: «¡Viva la Reina española!» «¡Vivan los españoles!» formaban un contraste de risas y de lágrimas imposible de describir. Algunos cañonazos se oyeron y nos llamaron la atencion: eran de la Alcazaba y disparados por nuestras tropas contra los últimos enemigos que huian de nuestra presencia.

«Nosotros, que éramos los vencedores, entrábamos enjugando lágrimas y llevando la humanidad: los moros, que eran los vencidos, salian con la tea del incendiario en una mano y el puñal del asesino en la otra. Nosotros, que entrábamos en una ciudad enemiga, lo respetábamos todo: los moros, que abandonaban á una de sus ciudades, la saqueaban y la incendiaban. Nuestros soldados daban su galleta á los moros ancianos y decrépitos abandonados por el fanatismo de sus hijos: los árabes derramaban por el suelo el aceite y los comestibles de la Aduana, del pueblo y de las casas que no podian llevarse consigo. ¡Ah! Es que mientras la barbarie con todos sus horrores salia por una

parte, la civilizacion con todas sus dulzuras entraba por la otra; es que la nacion española, la nacion magnánima por escelencia, cuyos tesoros de grandeza y de generosidad nunca se agotan, era la vencedora, y la raza musulmana, raza abyecta y envilecida, la que resultaba vencida. Si ellos hubiesen triunfado, ni uno solo de nosotros hubiera salido con vida. Al ser nosotros vencedores, las armas españolas no se mancharon con una sola gota de sangre mora; despues del triunfo, no se emplearon sino para proteger la vida y la hacienda de los vencidos.

»Este horrible contraste mide la enormidad de la abyeccion de las razas musulmanas y pone en comparacion la grandeza de la civilizacion y el horror de la barbarie, el cristianismo, el islamismo, la Europa, el santuario magnífico del estremo progreso y el Africa, el inmundo rincon de la barbarie estrema, la cueva infamante de los últimos bandidos y de los últimos piratas.

»Estas consideraciones se me han escapado involuntariamente, cuando mi objeto hoy solo era dar á ustedes cuenta de la entrada que ha hecho el general en jefe y el ejército español en esta plaza. El conde de Lucena fué primero á la plaza, en donde habia tres ó cuatro batallones acampados; allí echó pié á tierra, y empezo á recorrer los edificios mas notables de la ciudad, la casa que llaman del Rey, la mezquita principal, la Aduana y el palacio de Ersini, cónsul de Marruecos en Gibraltar y personaje, al parecer, de alto valimiento en este país.

»Tetuan, que es bellísimo por fuera, sultana á quien sirve de almohada la Alcazaba, y cuyos piés se posan en un rio; Tetuan, que de lejos parece una paloma entre jardines de azahar; Tetuan, que á los rayos de la poética luna semeja una ciudad de plata, ¡tan blanquísima! Tetuan por dentro es una ciudad hedionda, asquerosa, repugnante, con un olor nauseabundo, con calles estrechas, irregulares, chatas, retorcidas, con casas bajas, de dos pisos á lo mas, unidas en lo general para resguardarse de los rayos del sol por arcos altos y bajos, sin uniformidad y sin belleza. Tetuan es la degeneracion de las ciudades árabes que conocemos en España, como la raza envilecida que la puebla es la prostitucion, el resto podrido de aquella raza árabe que al sojuzgar en pasados siglos á nuestra patria dejó impresa en ella en

ENTRADA DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN TETUAN.

monumentos que todavía viven, el sello grandioso, la firma audaz de la civilizacion mas adelantada de aquellos tiempos.

»Esta es la regla general, esta la primera impresion que uno siente ya dentro de Tetuan; pero tambien tiene sus escepciones. Dentro de algunas casas particulares, en los edificios que he citado á Vds., se encuentra todavía el refinamiento del gusto árabe, las magnificencias de la civilizacion oriental, del lujo, de la molicie y del regalo de aquella raza, hoy tan decadente y prostituida. Patios embellecidos con caprichosos juegos formados con azulejos, fuentes de mármol, naranjos con la perfumada flor y con el hermoso fruto que los adorna, artesonados preciosos, arabescos lindísimos que recuerdan á Segovia, á Córdoba, á Toledo, á Granada y á Sevilla, se ven en la mezquita, en la casa del Rey, en el palacio de Ersini y en otras; pero esto es la escepcion. El aspecto interior en la poblacion es sucio y repugnante. ¿Conocen Vds. á algunos individuos qne tienen alguna ropa nueva y flamante, pero que, á pesar de todo, jamás consiguen distinguirse por su limpieza? Pues esta comparacion vulgar hará comprender á Vds. perfectamente las primeras impresiones que se reciben en Tetuan.

»No quiero concluir esta carta sin comunicar á Vds. la terrible impresion que esperimenté en el momento en que el general en jefe y personas que lo acompañaban, á cuyo número pertenecia yo, se asomaron á la azotea de la Aduana. Consideren Vds. que muchas personas abrigaban el temor de que la ciudad ó algunos de sus puntos mas principales estuviesen minados, y aun creo que hubo alguna confidencia en este sentido, prendiéndose en la puerta de un repuesto de pólvora situado en la ciudad á un negro, á quien se creia esclavo del anterior Emperador por haber amenazado con su gumía á un oficial español. Con estos antecedentes piensen Vds. si habia motivo para alarmarse al ver tres voladuras sucesivas y cada vez mas próximas al sitio en que se encontraba el conde de Lucena. Afortunadamente nada fué y solo hubo dos ó tres heridos, debiéndose las voladuras á los grandes regueros de pólvora que los moros habian dejado en las calles.»

III.

Las tropas enemigas que acababan de evacuar la ciudad, al ver entrar á las nuestras, intentaron volver á ella.

Ya era tarde.

Dueños nuestros soldados de las fortificaciones, asestaron contra los marroquíes su propia artillería, que tan ignominiosamente habian abandonado, y bastóles hacer algunos disparos para hacerles huir precipitadamente.

Para que se comprenda el grado de ferocidad y rapiña de los soldados de Muley Abbas en el saqueo de Tetuan, bastará saber que llegaron á penetrar en la casa del mismo Sidi Mohamet-el-Jetib, ministro de negocios estrangeros del emperador.

Su casa, que segun parece es bellísima bajo el punto de vista del estilo árabe, fué abandonada, quedando abiertas sus puertas, y los muebles que dejaron en el mayor desórden con señales evidentes del saqueo.

Alojóse en esta casa el brigadier Lesca, y entre los papeles del ministro se encontraron dos ejemplares del tratado de Melilla firmado en agosto último por dicho representante del emperador y el de la reina de España.

Por lo demás, todo á la entrada de nuestras tropas indicaba los horrores de que la ciudad acababa de ser teatro. Los tigres habian huido, pero allí quedaban las huellas sangrientas de su paso. Todo lo que no habian podido llevarse consigo, lo habian despedazado. Calles y plazas estaban sembradas de comestibles, de muebles rotos, las puertas de las tiendas violentadas, y efectos, muebles, ruinas, escombros, todo manchado de sangre humana.

Era un cuadro de horrible desolacion.

Afortunadamente allí llegaban nuestros bravos soldados, y al abrirles sus puertas la sultana del valle, las abria á la civilizacion.

Recorramos para afirmacion de esto á otro testigo de vista. Hé aquí lo que dice el autor de los *siete dias en el campamento de África:*

«¿Dónde hay soldados que batiéndose como lo hicieron los nuestros el dia 4, al dia siguiente, ébrios con el triunfo, cuando aun humea la sangre que han derramado, cuando el amigo se encuentra sin el amigo, y la compañía sin sus queridos jefes, y resuenan en sus oidos los ayes de tantos heridos, que entran en la ciudad que ha sido la madre de los enemigos y su auxilio eficaz para el combate, en la ciudad, de la que pueden decir:—cuanto aquí se encierra es nuestro, lo hemos ganado con las puntas de las bayonetas y el escudo de nuestros pechos;—y que esos soldados, ni pronuncian una palabra descompuesta, ni lanzan una mala mirada á sus contrarios, antes bien, al verlos desnudos ó cubiertos de andrajos, abatidos y exánimes por la miseria y el hambre, se disponen á enseñar á la Europa, que les contempla, lo que es la civilizacion, lo que son los soldados españoles, lo que es España. Los enemigos, porque allí todos eran enemigos, se han robado unos á otros, se han muerto, se han despedazado.—¿Qué importa, dirian otros soldados? Ese trabajo nos han quitado de encima. Mientras los españoles se quedan sin pan y sin arroz por alimentarles, y ropas con que cubrir su desnudez, y lo que en otros hubiera sido ira ó indiferencia es en ellos compasion y cariñosa solicitud; por eso en vez de esconderse, como acontece en los paises conquistados, se van presentando todos en las calles y en el campo; por eso se acercan moros y hebreos, y les rodean y les hablan y les colmarian de bendiciones á permitírselo su religion estraña.»

Léase ahora el siguiente párrafo de otra correspondencia particular:

«En efecto, nuestros jóvenes y generosos soldados demostraron en aquel dia la nobleza de sentimientos de la siempre esclarecida sangre española; dos meses llevaban de contínuos combates en aquel suelo salvaje contra enemigos sanguinarios, implacables y traidores, que con la misma sangre fria y ferocidad daban la muerte que la recibian, sin acostumbrar á dar cuartel á los heridos y prisioneros; pues bien, aquellos soldados tan valientes, tan sufridos, que tan terribles combates habian dado, en la hora de la victoria sus generosos corazones no sintieron mas que las dulces emociones de la compasion y de la humanidad; ellos consolaban á sus afligidos y humillados enemigos; abrieron sus mochilas y les prodigaron el pan que llevaban para su

propio sustento; ni el menor desman, ni el menor ataque á la propiedad, ni la menor violencia contra las personas, echaron la mas pequeña mancha sobre una victoria tan sublime y comprada á precio de tantas penalidades y fatigas; ¡oh, bendita sea la civilizacion, la civilizacion que tiene por base la moral cristiana, que produce hombres tan sencillos, tan valientes, tan generosos y humanos! »

Realmente, y nos place que así lo hayan reconocido los periódicos estranjeros, en la ocupacion de Tetuan nuestros soldados dieron un gran ejemplo de moralidad y cordura.

A su laurel victoriosamente alcanzado en la dura primera época de la campaña, el ejército español supo unir otro no menos bello, no menos glorioso.

IV.

Parte oficial de la ocupacion de Tetuan.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Excmo. señor: En comunicacion del 5 manifesté á V. E. que antes de emprender las operaciones del sitio de Tetuan, guiado por un principio de humanidad, habia creido de mi deber intimar la rendicion á la plaza, remitiendo á V. E. copia de la comunicacion que dirigí á su gobernador. Poco despues de haber marchado el moro que la llevaba, se presentó á nuestros puestos avanzados, precedida de una bandera blanca, una comision de los habitantes de la ciudad, presidida por Jamet el-Abehir, agente consular de Austria y Dinamarca, la que, conducida á mi presencia, me manifestó el estado de anarquía que reinaba en la plaza, y que la generalidad de los habitantes deseaba entregarla, siempre que se respetasen sus personas, propiedades y costumbres; pero que habia otra parte que opinaba por la defensa, y que esta se hallaba protegida por un cuerpo marroquí, situado al opuesto lado de ella, en su inmediacion.

A esta comision, que no pude comprender con qué carácter venia,

repetí lo que habia dicho por escrito al gobernador, asegurándole que si bien cumpliria mis ofrecimientos si se sometian, pasadas las 24 horas del plazo marcado no daria oido á ninguna proposicion, y tomaria la plaza á viva fuerza, en cuyo caso no respondia de lo que pudiera suceder.

La comision marchó, y yo esperé tranquilo que llegasen las diez de la mañana del 6, pero no sin activar el trasporte del tren de sitio al campamento, en el cual quedaron ya en la noche del 5 catorce morteros con su dotacion de municiones, que podian empezar á obrar antes de 24 horas.

Serian las ocho de la mañana del 6 cuando se presentó otra nueva comision que me hizo entrega de la comunicacion que remito á V. E. original, manifestándome el portador el estado lamentable en que se hallaba la poblacion, saqueada por las tribus y los moros de Rey, especialmente en el barrio de los judíos.

En el acto mandé poner sobre las armas al ejército, y ordené al general Rios que con su division marchase á la plaza, acompañándole una comision de jefes de artillería é ingenieros y Estado Mayor, precedida por el general Mackenna, para que desde luego se formase inventario de los efectos de guerra; y al general Conde de Reus, que acampaba en las alturas sobre mi derecha, que se dirigiese faldeándolas sobre la Alcazaba con la division Odonell, que era la mas avanzada, siguiendo yo con mi cuartel general, y detrás el tercer cuerpo con el general Ros de Olano.

A las diez de la mañana la division Rios entraba en la plaza, y el general Conde de Reus ocupaba la Alcazaba, teniendo que escalarla, puesto que estaba completamente abandonada y sus puertas cerradas: en este momento las fuerzas enemigas que la habian evacuado trataron de volver hácia ella con ánimo de ocuparla, y llegaban á las puertas de la plaza al mismo tiempo que nuestros soldados se hacian dueños de la fortaleza; y volviendo sus mismos cañones sobre ellos, hicieron algunos disparos, ante los cuales se retiraron precipitadamente.

A las diez y media la bandera española tremolaba en la Alcazaba, saludada por algunos disparos de cañon hechos por nuestra infantería, por no haber llegado aun la fuerza de artillería, y por los vivas á la Reina de todo el ejército.

Triste era, Excmo. señor, el aspecto que presentaba el interior de la ciudad; por todas partes puertas forzadas, tiendas destruidas, efectos destrozados cubriendo el piso de las calles; y algunos cadáveres de los asesinados por los bandidos que habian causado tanto desastre, ó de ellos mismos por los que procuraron defender sus vidas y fortunas.

Una parte de la poblacion, especialmente de la árabe, habia salido temiendo los últimos instantes de una dominacion y los principios de otra nueva; pero cuantos quedaban en la plaza salian á recibir á nuestros soldados, á quienes abrazaban como á sus libertadores, saludándoles en español con los gritos de *bien venidos*, *Viva la Reina de España!*

Ocupados los puntos principales del recinto y la plaza, se empezó á proveer á su órden interior y á formar los inventarios de la artillería y pertrechos de guerra, que son los que espresa el adjunto estado: todo lo habian abandonado, sin que hubieran pensado en inutilizarlo.

La plaza de Tetuan, por su estado, por la numerosa artillería que contiene y por el terreno que la cerca es susceptible de una larga y buena defensa; pero el ejército marroquí, que de derrota en derrota habia venido á colocarse á su frente para cubrirla, batido tan completamente en la batalla del 4, no podia tener fuerza moral para ejecutarlo: la abandonó porque sus muros no le parecieron bastante resguardados para librarse de las bayonetas de nuestros soldados; de modo que la ocupacion de Tetuan del 6 no fué otra cosa que el último período de la victoria del dia 4.

Debo manifestar á V. E., y lo hago para honra del soldado español, que sin embargo de que desde su desembarco en las costas de Africa no habia visto el ejército mas moros que los que combatia, los que quedaban en los campos de sus victorias y los que heridos recogian ellos; hoy que se ve en medio de una gran poblacion que era ayer su enemiga, no tan solo no ha cometido el menor desman, sino que al ver á este pueblo necesitado y hambriento sacaba de sus mochilas la galleta de su racion y la entregaba gozoso á hombres, mujeres y niños de los que salian á su encuentro, y hoy se le ve mezclado con moros y hebreos como si jamás hubiesen estado divididos, y como si toda su vida la hubieran pasado juntos.

La consecuencia de esta conducta es el que hayan empezado á regresar á sus casas muchas familias que las habian abandonado, y pro-

clamado tal proceder por los árabes que salen en todas direcciones, confio con fundamento que muy pronto volverá á estar la ciudad como se hallaba antes de su abandono.

Dios guarde á V. E. muchos años.=Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860.=Leopoldo O'donell.=Excmo. Sr. Ministro interino de la Guerra.

Copia del inventario de las piezas tomadas en Tetuan.

Cañones de á 36, 1; de á 24, 15; de á 16, 4; de á 12, 10; de á 8, 18; de á 6, 1; de á 4, 21; de á 3, 1; de á 2, 4.—Morteros de á 14, 1; de á 12, 2.—Total, 78.

Se han encontrado hasta ahora 70 quintales de pólvora y 2,000 proyectiles de los diferentes calibres.

Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860. =El General Jefe de Estado Mayor general, Luis García.

V.

Al hallarse en Tetuan, las primeras noticias que recibió el general en jefe fueron las de que se habian retirado al Fondac, sitio entre Tetuan y Tanjer, Muley Abbas, Sidi Hamet, Ibrahim, pariente cercano del emperador, y otros cuatro ó cinco jefes principales con los dispersados restos de la batalla del 4.

Vióse que el saqueo habia sido aun mas trascendental de lo que apareciera al principio tocante á los judíos mas ricos, á los tenderos y á los sospechosos de adhesion á los españoles. Las salas de muchas casas se encontraron sembradas de monedas de plata y cobre que no habian podido llevarse.

El general en jefe no permaneció indiferente á todo esto, y despues de visitar los principales edificios, dictó disposiciones para proteger á los habitantes, comisionó quien se hiciese cargo de algunos capazos de plata que los soldados y oficiales entregaron y que fueron hallados en casas deshabitadas completamente, dió á D. Diego de los Rios el mando de la guarnicion de la plaza, nombró gobernador de la misma al coronel Artaza, y á entrambos les comunicó sus instrucciones.

Inmediatamente el general Rios nombró una junta, especie de Ayuntamiento, compuesto de los moros y hebreos que no habian abandonado la ploblacion.

Hé aquí los nombres de los que formaron la primera municipalidad de Tetuan.

Ach-er-Aber, alcalde. Era un moro de unos cincuenta años de edad, hablaba un poco el español, se le conocia como hombre de muy buen sentido y se sabia que era en estremo aficionado á los europeos con quienes hacia su comercio.

Seguian luego Mesod-Ben-Sacar y Judah-Abencasis, que fueron encargados de nombrar las calles y edificios públicos mas importantes.

Judah-Abendosham, á quien se encargó el aseo y limpieza de la poblacion.

Menahem-Alaf y Jahya-Andey á quienes se dió la mision de recoger los cadáveres judíos y darles sepultura.

Hematry-el-Berdhy que tomó á su cargo el recoger los cadáveres moros.

Y Mose-Abeis, Mose-Benymes, é Isaac-Abecasis, los cuales tomaron á su cargo el alumbrado de calles y plazas de mas tránsito.

Estos funcionarios entraron inmediatamente en el ejercicio de sus funciones municipales bajo la direccion del gobernador de la plaza Sr. Artaza.

Por otra parte, Tetuan quedó dividido en cuatro distritos militares ocupados por las cuatro brigadas que componian la division del general Rios. Las demás fuerzas quedaron acampadas del modo siguiente: Prim y el segundo cuerpo al otro lado de la Alcazaba, camino de Tanjer; Ros y el tercer cuerpo al otro lado de la ciudad ocupando una línea escalonada, cuya retaguardia se encontraba en las colinas donde los moros tenian antes establecido su campamento de montaña; y el general Rubin con algunas fuerzas en la Aduana conservando la línea de comunicacion que enlazaba el ejército con la escuadra.

Las siete puertas de Tetuan conocidas en árabe por *Bab-el-Hoda*, *Bab-Etud*, *Bab-Encalar*, *Bab-Eremus*, *Bab-Ennuadez*, *Sidi-Esludi*, *Bab-Echijaf*, recibieron los nombres españoles de la *Reina*, los *Reyes católicos*, *Cid*, *Tanjer*, *Victoria*, que es por la que entró nuestro ejército, *San Fernando y Alfonso VIII*.

El fuerte de la Alcazaba recibió el nombre de *Castillejo de Isabel* 2.ª y las baterías los del *Príncipe de Asturias*, *Rey Francisco*, *Infanta Isabel é Infanta Concepcion*.

La plaza principal tomó el nombre de la *Plaza de España* y las calles de la poblacion los de los diferentes batallones que componian nuestro ejército de Africa.

El nuevo Ayuntamiento recibió del general Rios instrucciones á fin de que se ocupase incesantemente en armonizar las exigencias de las tres irreconciliables razas que constituian por el momento la poblacion de Tetuan; en dirimir sus contiendas; en regularizar el comercio; en resucitar la industria, completamente abandonada aquellos dias; en atender á la policía urbana, acaso la mas urgente necesidad del momento, en inventariar los bienes abandonados por la emigracion marroquí, en devolver sus viviendas y sus muebles á los moros que transigian y se presentaban, y por último en introducir las mejoras y adelantos en aquel país, tan rico como atrasado.

A los dos dias de haberse posesionado nuestras tropas de Tetuan, empezaron las obras en la mezquita principal á fin de convertirla en iglesia católica. Esta nueva iglesia estaba situada en la plaza de España.

Delante de ella se trazó una especie de paseo, dirigido por el mismo general Rios, donde se debian colocar fuentes, árboles y jarrones.

Tambien se habilitó un local para teatro.

Por fin, el escritor Alarcon, que iba con el ejército, segun ya saben nuestros lectores, sometió al general Odonell un proyecto de periódico, cuyo proyecto favorablemente acogido é informado por el general Rios, fué aprobado en el acto por el general en jefe, á quien S. M. la reina acababa de nombrar duque de Tetuan.

Este periódico debia imprimirse en la imprenta de campaña, titulándose el *Eco de Tetuan* y apareciendo dos veces á la semana para dar al ejército todas las noticias de España y á España todas las del ejército. Debian escribir en él, además de su director Alarcon, los señores Viedma, Arce y Navarro, corresponsales de diversos periódicos.

La idea se llevó á cabo, y aunque solo apareció un número, por la repentina marcha de los redactores á España, —segun veremos mas

adelante,—bastó este número para que los escritores citados tuviesen la indisputable gloria de haber redactado el primer periódico del imperio marroquí.

Gracias á todas estas medidas, comenzó á reinar en Tetuan un órden tan perfecto como era posible despues de una victoria conseguida por un jefe generoso; comisiones de los pueblos y aduares inmediatos acudieron á prestar obediencia al nuevo duque de Tetuan; el alegre carácter español empezó á preparar fiestas con que olvidar las pasadas desventuras; y no interrumpidos los trabajos del ferro-carril que debia seguir hasta la ciudad, quedó abierto por el pronto á aquel país un porvenir desconocido que no habian por cierto soñado los héroes anti-cristianos de las *Mil y una noches*.

VI.

A todas estas noticias, que hemos cuidadosamente extraido de correspondencias y cartas particulares que nos han sido comunicadas, debemos añadir otras no menos curiosas tocante á los habitantes de Tetuan y á la misma ciudad.

No dudamos que agradarán á nuestros lectores.

Empezaremos primero por trasladar los párrafos de una carta de Arce en que hace una bella pintura del alcalde moro.

Dice así:

«Ayer noche, dice con fecha del 8, tuve ocasion de conocer en el alojamiento del general Rios al *señor alcalde* Ach-er-Aber, moro que habla el español aunque con alguna dificultad.

»Quisiera acordarme del animado diálogo que medió entre el general y el *señor alcalde*, pero es punto menos que imposible.

—Los españoles, dijo el general Rios, vienen á civilizar, no á destruir; respetarán por lo tanto todas las costumbres y ritos; pero castigarán severamente á los que les hagan traicion.

—No lo temais por mí, señor general, contestó el Ach-er-Aber. Yo estar como en un *boque* en naufragio: tener mi cabeza comprometida por vosotros, y quererla salvar primero que nada. Ser fiel y obediente.

Celebró mucho las disposiciones adoptadas por el general para el respeto á las mezquitas, y dijo que el próximo viernes celebrarian los moros una fiesta religiosa en accion de gracias por no haber hecho daño los españoles al entrar en la ciudad rendida.

El señor alcalde es hombre de muy buen sentido; se lamentó de la falta de garantías con que vivian bajo el mando del emperador de Marruecos, y cuando le dijo el general que los españoles harian un ferro-carril hasta la Aduana, y navegable el rio, no pudo ocultar su profunda satisfaccion.

Dos moros habian sido presos aquella misma tarde por haber querido robar á unos hebreos.

—Señor general, decirme;—preguntó entonces Ach-er-Aber al oir la noticia y algo sobresaltado;—¿estos moros han cometido el delito antes de entrar vosotros ó despues?

—Despues:—le contestó el general.

—Entonces, castigar;—repuso el alcalde;—pero perdon y olvido como habeis ofrecido por los que faltar primero.

—Asi será;—respondió el general:—porque los españoles cumplen cuanto ofrecen.

Habló Ach-er-Aber del efecto que produciria en todo el imperio la toma de Tetuan, declarando que en su concepto seria funesto para el emperador, y calculó en 30,000 hombres los que habíamos vencido en la batalla gloriosísima del dia 4. Manifestó que al cabo de algunos dias, los moros amedrentados que habian abandonado la poblacion, volverian á la ciudad, viendo que los españoles respetaban sus creencias y sus costumbres, y habiendo manifestado el general Rios el deseo de conocer la letra de Muley-Abbas, el alcalde le propuso un ingenioso medio para satisfacer su curiosidad.

—Aquí vendrá cuando el espanto pase,—dijo en su caprichoso estilo,—un moro que fué por carta de Muley-Abbas, nombrado juez de la ciudad; si pides que te la enseñe, no lo hará; pero si le dices que para reponerle en su empleo deseas conocer si efectivamente ha sido nombrado, él te mostrará la credencial y verás la letra del hermano del emperador.

Con el alcalde, habia venido alumbrándole con un farol, un hermoso niño, hijo suyo, inquieto y vivo como una ardilla, que no com-

prendia el español; pero que escuchaba atentamente cuanto su padre decia, como si quisiera con los ojos comprender su sentido.»

VII.

Vamos ahora á hacer una descripcion de la ciudad tan gloriosamente conquistada por nuestras tropas; entresacando curiosas noticias de correspondencias públicas y particulares, y algunas que nos han sido comunicadas verbalmente por compatricios nuestros que han regresado de África.

La ciudad de Tetuan está situada á la falda de una montaña, y rodeada en el término de una á dos leguas por magníficas huertas y jardines, separados entre sí por enverjados de cañas y en los cuales son abundantísimas las aguas. La ciudad, cuyas casas están perfectamente blanqueadas, sentada entre estos jardines, parece una paloma dormida entre las flores.

Avanzando por la derecha hácia Tetuan, lo primero que se encuentra es el cementerio, situado en la llanura, y que visto á alguna distancia parece un arrabal de la ciudad, porque los moros sobre cada cadáver levantan un monumento perfectamente blanqueado y terminado por arcos ó cúpulas.

La muralla que rodea á la ciudad vale poco y fué construida mucho antes de que se conociera la artillería. Consiste en lienzos de muro defendidos por torreones que se han artillado en épocas mas recientes y en algunos puntos se ha querido añadir á la fortificacion un remedo de baluartes.

La ciudad en su longitud se estiende casi de Este á Oeste, torciéndose un poco al Sur por la parte baja. Está dividida en dos trozos. El primero, que es el mas bajo, corona la cúspide de una colina redondeada, estrechándose por el Oeste como para dar salida al segundo trozo de poblacion, especie de arrabal ó de ciudad antigua que se empieza por una cuesta bastante rápida en forma de escalinata, el cual corona la Alcazaba ó castillo, fortaleza morisca irregular, defen-

dida por torreones almenados en los que en un tiempo mas moderno se han abierto troneras para piezas de artillería.

La defensa principal de la ciudad consiste, no en sus murallas y fortificaciones, pues bastaria la artillería de montaña para abrir brecha en cualquiera parte del muro, sino en las innumerables revueltas de la fortificacion, en lo quebrado del terreno, en lo estrecho de las calles y en las encrucijadas y puertas interiores de sus morunas murallas.

El cultivo está atrasado en Tetuan, y su huerta no es lo que se dice ni lo que parece de lejos. Las muchas quintas y casitas de campo que hay en las inmediaciones, dan una idea de alguna mas comodidad y buen gusto en los habitantes que poseen algo, ó por mejor decir, esplican la necesidad de respirar el aire libre y el fresco de las brisas del mar, á una gente que en un país tan caloroso vive enterrada en una casa sin ventilacion.

A juzgar por los muchos huertos que hay de pequeñas dimensiones, se conoce que la propiedad de los alrededores está muy dividida. Por todos lados, á un tiro de bala de la poblacion, vense pequeños trozos de tierra con cercado de caña. En el interior de estos cuadros hay una casa de campo mas ó menos grande y bien construida, segun la riqueza del dueño.

Estas casas son mas humildes y mas exiguo el terreno á medida que el propietario tiene menos recursos, hasta degenerar en una choza de cañas y enea en algunos huertos, que no tienen mas que unos cuantos piés en cuadro. Esto da á conocer que lo primero á que en Tetuan aspira un moro, es á tener una casa ó choza de recreo para llevar á ella á sus mujeres. Se va á estos huertos, que cierra una puerta pequeña con una ventanilla para mirar, por un laberinto de caminos formados por los setos que en verano deben convertirse en una verde y fresca bóveda de ramaje.

Por lo demás, todo en aquel país parece hacerlo la naturaleza, la abundancia de sus aguas y la bondad del clima. Crecen en aquellas huertas el naranjo, el almendro, el peral, el limonero, la higuera, el ciruelo, la higuera chumba, el algarrobo, el olivo, la vid, etc.; pero ninguno de estos frutos se cultiva en grande escala, pues solo la naranja es algo mas abundante. Se ven en algunas casas capullos de gusano

de seda, lo cual unido al clima hace creer que un pueblo culto sacaria allí una gran riqueza de la morera. Coséchase muy rica y abundante miel. Los huertos parecen dedicados esclusivamente para árboles frutales y flores. Fuera de los huertos se ve siembra de trigo, de cebada, habas, verduras y algunas otras legumbres, de lo que se deduce que el valle de Tetuan admite toda clase de cultivo, y que la feracidad de su suelo daria cosechas riquísimas. Al ver la abundancia de agua que así en la ciudad como en los alrededores mana por todas partes, se ve que Tetuan posee en todas las estaciones abundantemente ese elemento, que es la sangre de la agricultura.

Respecto al clima, bastará decir que febrero es allí nuestro mes de mayo; los árboles están cubiertos de flor; la vejetacion crece robusta y vigorosa por todas partes, y las aves están ya en celo y anidando. Las codornices cantan como en España á últimos de abril, y antes de pasar el mar para ir á criar en Europa, han procreado ya en África. Allí se encuentran todas las aves de paso que emigran en otoño de nuestro país; el jilguero, el pardillo, el verderon, etc., animales que son allí tan mansos y confiados, que no vuelan hasta que uno los pisa. Las perdices se diferencian de las nuestras en que tienen la ceja blanca, la cabeza algo cenicienta y azulada, lo mismo que la concha ó pechina de las alas. El pico es mas largo, y este y las patas tienen color amarillento.

Frente al cerro de la Alcazaba, levanta sus cortados picos, que cubren las nieves gran parte del año, una imponente sierra, Djebelmusa ó monte de las monas; cuyas faldas ofrecen una vejetacion vírgen y nutrida; á sus piés murmuran los rios Enfanfnes y Sansa, cuyas aguas llevan torrentes de savia á todo el terreno que cruzan, hasta unirse en la ria.

El aspecto de la ciudad es eminentemente morisco.

La ciudad está dividida en dos partes que constituyen el total de su poblacion, la de la izquierda ocupada por los judíos, y la de la derecha con la Alcazaba por los moros. La judería tiene su única entrada por la plaza Mayor, llamada hoy plaza de España. Una gran puerta de arco con dos hojas da paso á la única calle, que se puede decir es la mas ancha de la ciudad, y por la cual con dificultad podrá pasar un carruaje. Por ambos lados está llena de una especie de garitas que es

lo que forma las tiendas de los judíos, las que tendrán dos varas de ancho por otras dos de largo, sin mostrador ni estantes. El dueño se sienta en el suelo, y en unas esportillas de palma tiene las mercancías, que se reducen á arroz, tabaco, aguardiente y algunos géneros de seda.

El final de esta calle se subdivide en varias callejuelas sucias, oscuras, llenas de arcos por todas partes, y formadas por casas de dos pisos, cuyas puertas son estremadamente bajas, entrando la luz por unos ventanillos ovalados con sus correspondientes rejas, de los que solo tiene cada casa dos ó tres. El órden arquitectónico es igual en todas; despues de un oscuro y angosto callejon tienen un bonito patio, por lo general pavimentado de mosáico, y lo mismo la escalera y demás habitaciones. En cada edificio de estos se albergan siete ú ocho familias, que son muy numerosas en niños y mujeres. Las habitaciones del patio las ocupan las mas pobres, y en un espacio de seis ú ocho pasos viven ocho ó diez personas que comen y duermen juntas, pasando el dia sentadas alrededor de un braserillo de barro, tiritando de frio y contemplando estasiadas y con la sonrisa en los labios las numerosas visitas que sin cesar les hacian nuestros oficiales y soldados, á los que cedieron para alojamiento las habitaciones superiores.

Estas se elevan á la mitad de la altura de la casa en el patio, rodeándole un corredor con su barandilla, y en el cual hay otras cuatro habitaciones que corresponden perfectamente á las del piso inferior. Súbese á él por una escalerilla estrecha y vieja; otra semejante comunica con el piso superior que es un terrado, cuyo suelo está blanqueado como las paredes y que en ninguna casa falta.

Las habitaciones, algo mas limpias que lo restante, pero no mucho, ofrecen un aspecto estraño. Los muebles son parte orientales, parte europeos; lámparas de muchos vasos como las de los templos, y sillas de Vitoria; alfombras de mas ó menos valor, y catres antiguos con modernos colchones.

Estas familias respetan y obedecen ciegamente al padre ó abuelo, que es su jefe. Los hombres que nada saben ni á nada se dedican, no teniendo talleres ni conociendo las artes, pasan todo el dia mendigando ó haciendo mandados de quien quiere ocuparlos, ó bien vendiendo alguna miserable y escasa mercancía, regresando á sus casas por la noche. Las mujeres se dedican á los quehaceres domésticos.

Observan rigorosamente su religion, y los rabinos son sus sacerdotes, que poseen perfectamente el antiguo Testamento. Sus nombres, en las mujeres, son generalmente Esther, Simí, Estrella, Alegria, Raquel, etc., y en los hombres Abraham, Salomon, Isaac, Jacob y Benjamin.

Aunque entre los hebreos de Tetuan hay algunos muy instruidos, son en general muy ignorantes de la ley de Moisés. Desconocen el espíritu de la ley, siendo hebreos rutinarios. Como carecen de templo, sacerdotes y culto, desconocen la liturgia y ceremonias de la Ley antigua, sustituyendo ridículas y mímicas prácticas á las majestuosas ceremonias del tiempo de David y Salomon.

Muy difícil es narrar la sorpresa que se esperimenta al ver las mezquitas y sinagogas. Un salon lóbrego y oscuro, en donde una esterilla cubre el pavimento, y algunos tablones que sirven de asiento, es todo cuanto en su cuerpo contiene el edificio; el altar es una pequeña urna que nada contiene; en sus puertas están pintadas las tablas de la ley, y algunas lámparas en forma de vaso, pendientes de unas sucias cadenillas, son las destinadas á alumbrar aquel tenebroso recinto; á los piés de la urna, y como á algunos pasos de distancia, se eleva un facistol de construccion gótica, en el que algunos libros viejos con caractéres hebráicos tiene trazada y redactada su salmodia; todo esto, y algun huevo de avestruz pendiente de unas cintas en señal de ofrenda, forman el dibujo exacto de una mezquita ó una sinagoga. Estas últimas suelen tener unos bancos en forma de círculo, donde conferencian sus sabios (sacerdotes), y en el átrio de las mezquitas un baño sucio en forma de taza de fuente, que sirve para sus abluciones.

El sábado es el dia festivo de los judíos: en él no se trabaja ni se vende, ni se permite comercio alguno: las mujeres jóvenes no salen á la calle, y pasan el dia reunidas en sus casas, saliendo á las sinagogas: no pueden encender ni aun luz, sino el candil por la noche, prohibiéndoseles hasta fumar. El viernes componen la comida de este dia, la que calientan á la hora de comer en hornos públicos destinados al efecto. En todo el año no comen carne, como no sea degollada por el sabio; el vino debe ser compuesto por ellos, y no se hace uso del tocino. Segun las palabras de nuestro Redentor, no tienen gobierno ni leyes propias; en todos los paises donde se encuentran son recogidos

por las leyes de aquellos, á las que se someten de una manera humillante.

Solamente la judería, que es un cuartel de la ciudad con puertas que se cierran de noche, tenia el año pasado, segun asegura un viajero, 12,700 hebreos, siendo estos la sesta parte de la poblacion.

Los europeos que llegaban á Tetuan vivian con los judíos, no albergándose entre los moros mas que las personas de distincion como los encargados de negocios de las naciones en relacion con el imperio, en las temporadas en que el ministro del emperador, que trata con dichos encargados, abandona á Tánjer para gozar en Tetuan las delicias de la primavera y del verano.

La parte de la derecha de esta poblacion, comprendida desde la puerta de la Reina, calle del mismo nombre, plaza de España, hasta la salida de la ciudad por la parte opuesta, dando la vuelta por la muralla y Alcazaba hasta el primer punto de partida, está ocupada por los moros.

Esta poblacion está completamente separada de la judería. Así como aquellos tienen una sola entrada para su poblacion, los moros tienen tantas como son sus calles. Pueden llamarse en todo, con razon, el reverso de la medalla de los judíos.

Las mas notables industrias se hallan distribuidas por barrios; así es que se conocen, entre otros, el barrio de cerrajerías, el de tintoreros, la alcaicería, como sucede todavía en España en las poblaciones en que se conservan las tradiciones árabes. El Zoco es una gran plaza capaz de encerrar 10 ó 12,000 hombres. Entre los pocos edificios notables que hay en la poblacion, se cuentan el palacio del Sultan, otro de Ersini, moro riquísimo, quizás el mas rico del Imperio, y otro que acababa de construir el ministro, el Jetib, cuyo nombre significa el orador. El mejor es el del moro Ersini, que ha sido gran visir y que acompañó el año pasado á la Meca á tres príncipes, hijos del Sultan, en un vapor de guerra inglés.

Hé aquí la descripcion, hecha á grandes rasgos, del palacio del emperador marroquí. El esterior no ofrece nada de notable; coronan sus altos y tristes muros algunas almenas, y las escasas ventanas que dan á la calle semejan la forma de una herradura, lo mismo que las puertas que se hallan abiertas sin órden ni simetría. La entrada prin-

cipal es bastante espaciosa, y comunica á un estenso zaguan adornado por numerosos arcos graciosos, columnas esbeltas y preciosos dibujos arabescos.

Cruzando desde este portal á través de unas galerías oscurísimas y muy altas de techo, se penetra en un patio de gusto completamente oriental, que rodean dos vistosas galerías; una baja y otra alta, formadas por arcos ojivales. Sus ricos y elegantes calados y sus caprichosos dibujos y colores, no tienen nada que envidiar á los estimables restos de esta clase de adornos conservados en la Alhambra de Granada.

En el centro de aquel lindo patio hay una gran taza de mármol blanco, que rebosa sus cristalinas aguas por los bordes en mil abrillantados hilos que van á confundirse en otro ancho pilon. Este se halla formado de vistosos azulejos combinados de mil variadas maneras, imitando jarrones con flores, con cintas é inscripciones entrelazadas. Cuatro puertas colocadas en los cuatro puntos cardinales, dan acceso á otras tantas habitaciones en que no hay mueble ninguno, pero que en su pavimento, paredes y techumbre, se advierten iguales alicatados, mosáicos, resaltes y combinacion de colores, conocidos en la Alhambra. En resúmen, dicho palacio es digno de que los artistas y curiosos, acudan á pasar algunas horas para hacer de él un minucioso y merecido exámen.

La mayoría de las casas de Tetuan son, mas que tales, casuchos mezquinos y mal construidos.

Sin embargo, hay tambien buenas casas de particulares ricos.

El Sr. Mola nos describió una de la manera siguiente:

«Conocida una casa, se conocen todas, pues, esceplo las dimensiones, la figura es enteramente igual. Ninguna casa morisca tiene belleza esterior. A juzgar por las afueras cualquiera creeria que iba á entrar en una morada pequeña y ruin. Generalmente en uno de los callejones mas retirados y exiguos se encuentra una puerta baja de aspecto humilde. Al entrar se tropieza con un pequeño vestíbulo que da entrada á un patio cuadrado con columnas, en medio del cual hay una fuente, y otras al rededor si el dueño es muy rico. Las casas son de dos pisos y un pequeño terrado. Los suelos, y el pié de las columnas y las fajas bajas de las paredes son de mosáico. Los techos son artesonados, for-

mando arabescos pintados de vivos colores en las casas de lujo. Al rededor del patio, así en el piso bajo como en el superior, están las habitaciones, salas largas adornadas con colgaduras de damasco ó terciopelo, jarros de china, muchos espejos dorados formando fila, otomanas y alfombras. A los estremos de la sala se ven las camas que en algunas casas son de hierro y arregladas á la europea con tres ó cuatro colchones, mientras que en otras están colocadas sobre una especie de tarimas que se levantan del suelo, y en algunas se ven los colchones sobre el mosáico encima de una esterilla. En todas las habitaciones junto á los espejos hay colgados de la pared unos cirios de una vara de longitud, gruesos y cubiertos de papel de color ó pintados. Completan el adorno algunas mesas y grandes arcas de madera con arabescos embutidos ó pintados, floreros de Europa, porcelana de Inglatera, etc. Hé aquí las casas moras. Las de los judíos son iguales á corta diferencia, escepto en algunos de los adornos. Ni unas ni otras tienen mas ventanas que unos pequeños agujeros, tapados con celosías, y todas reciben la luz por arriba y aun esta abertura la cierra una reja de hierro.»

En una carta particular de otro escritor, tuvimos ocasion de leer lo siguiente:

«Al recorrer la ciudad no se encuentra un edificio cuyo esterior revele grandeza, cuyos adornos detengan al viajero y cuyo aspecto haga entrar en codicia á ningun poderoso magnate. Mas, si se logra atravesar la estrecha puerta, si se penetra en el hogar del árabe, cerrado para todos comunmente, por ser la clausura de la mujer, se ven caprichosos artesonados, columnatas de jaspe, de piedra y de azulejos, profusion de fuentes con tazas y saltadores, patios embaldosados con mosáicos, huertos de naranjos y rosales, galerías con molduras en yeso, piedra y madera, baños, grandes espejos, ricos cojines, pesadas y dobles alfombras, tapices, lujosas vajillas arábigas y europeas, pebeteros y todo cuanto pueda poetizar la indolencia, la felicidad pasiva, el placer egoista, silencioso y aislado de esta raza.

»En las camas hay un lujo verdaderamente oriental. Colgaduras, mosáicos, colchones rellenos de yerbas olorosas y almohadas con bordados de seda.

»En los muebles hay muchos, como los belones, enteramente igua-

les á los conocidos en España, sobre todo en Andalucía, las sillas no se conocen, y colchonetas colocadas al rededor de las habitaciones, ó pequeños y redondos cojines de paño y seda, las sustituyen. Las mesas tienen una altura proporcionada á los asientos, y están cubiertas de embutidos ó pintadas con esmeradas labores. Los aparadores son tambien labrados, caprichosos é invertidos para ser visibles en la altura en que los colocan.

»He podido penetrar en una casa árabe habitada. El dueño accedió á mis ruegos y me permitió recorrerla toda. En nada se diferencia de las demás que conocia, y que están vacías ú ocupadas por españoles. La entrada estrecha y oscura; un patio con columnas de ladrillos blanqueados, sosteniendo varios arcos ojivales. Las habitaciones cubiertas con esteras de junco, y sobre ellas vistosas alfombras. Las paredes tapizadas con telas de algodon hasta la altura del zócalo, y mas arriba espejos antiquísimos y bazares cargados de tazas, poncheras y elegantes botellitas de porcelana.

»Al penetrar en la habitacion de las mujeres, me dijo el musulman que yo era el primer cristiano que llegaba hasta allí, y que á la fuerza, antes se hubiera dejado matar que consentir la entrada. Era la pieza cuadrilonga. La puerta se abria bajo una elegante arcada, formada por una ojiva de dentellones caprichosos. Dentro tenia dos especies de pabellones laterales, cubiertos con grandes cortinas de percal.

»Cerca de uno de ellos estaba la esclava del oriental, envuelta en una especie de jaique blanco, sentada sobre una mesita microscópica, con los piés colocados sobre otra aun mas baja, que contenia en su centro un braserillo.

»La negra, al verme, hizo un gesto de admiracion, y clavó en mí sus grandes ojos, pero algunas palabras de su dueño la tranquilizaron. Tenia á su alrededor varias mesitas y muchos cojines forrados de grana, con mantas de terciopelo sobre ellos. En un rincon ví un *guemberi*, instrumento de cuerda que se parece mucho á nuestra bandurria. Los marroquíes tienen además la *derbuga*, que es una especie de zambomba estrecha, pero sin carrizo, pintada de rojo y amarillo, y de la cual se sirven calentando al fuego el pergamino, que hieren con la punta de los dedos, acompañando la monótona cadencia de las rústicas flautas.»

Para completar esta reseña de la ciudad y de las costumbres de sus habitantes, nos permitirán nuestros lectores que copiemos dos cartas de Nuñez de Arce. Son dos escritos á los cuales haríamos una injusticia notoria si les negáramos un lugar en las páginas de esta obra. Por lo demás, son tan bellos, que nuestros lectores nos han de agradecer el que los sustituyamos á nuestra desaliñada prosa.

En la primera de las dos cartas á que hacemos referencia, Arce da algunos pormenores sobre los ritos religiosos de los habitantes de Tetuan.

«Quisiera empezar mi narracion, dice, por el interior de una mezquita, pero mentiria si lo hiciera, y ante todo deseo conservar mi opinion de verídico. Respetando como es debido el sentimiento religioso de estos habitantes, el general Rios, en virtud de órden superior, ha prohibido la entrada en los templos mahometanos á todos cuantos no profesen la ley del Profeta y practiquen su culto.

Hace bien, porque nada mas digno de consideracion que la creencia de los pueblos y el santuario de su conciencia; y aun cuando esta determinacion me prive del gusto de conocer los ritos de los *creyentes*, la aplaudiré siempre porque revelará á los ojos de Europa, que no venimos, como en pasados tiempos, á arrancar la fé de ningun corazon con la punta de nuestra espada: resérvese eso á la propaganda pacífica y civilizadora, que es la que enseña la diferencia que existe entre los falsos ritos y la religion verdadera.

Por fuera, la apariencia de las mezquitas está muy lejos de ser suntuosa. Una puerta de madera mas ó menos alta; unas paredes blanqueadas; un minarete cuadrado, esbelto, pero indudablemente no tan majestuoso como las torres de algunas de nuestras aldeas; unos cuantos devotos, que con un rosario de gruesas cuentas en la mano se pasan largas horas en honda meditacion acurrucados en el umbral del templo: hé aquí el carácter que ofrece una mezquita para los que no pueden penetrar en su misterioso recinto.

Cinco veces al dia, el *muezzin*, encargado de la conservacion de la *chuma*, sube á lo alto del minarete para congregar á los fieles á la oracion; apenas asoma el alba, cuando el sol esparce sus primeros rayos, al medio dia, á la caida de la tarde, y en el momento solemne y religioso para todos los pueblos en que la sombra de la noche se estiende

por el espacio; momento supremo y de inefable melancolía. Entonces, desde lo alto de la torre, volviendo la cara al Oriente hácia el sitio donde está la Meca, y levantando las manos al cielo, rompe el aire con una voz grave y monótona que recuerda al buen muslin la grandeza de Dios y las escelencias del Profeta. Nada mas fantástico que ver en los últimos instantes del crepúsculo vespertino la estraña figura del *muezzin* dibujándose caprichosamente en el espacio, tibiamente alumbrado todavía con los postreros resplandores de la luz moribunda. Tiene algo de patética esta escena, que recuerda al corazon español y cristiano el toque de la campana al Ave-María, en esa hora en que todo es vago é indefinible, luz y sombra, memorias y pensamientos, y que, segun Byron, se consagra á la invocacion en lo íntimo del alma de todo cuanto hemos querido y perdido en el mundo.

Yo presencié este espectáculo desde un terrado vecino á la mezquita ó *chuma* principal. ¡Qué cuadro tan magnífico! Negras y encapotadas nubes coronaban las nevadas y caprichosas cumbres del pequeño Atlas, envolviendo aquella empinada y majestuosa cordillera en una oscuridad tan salvaje, permítame usted la espresion, como la naturaleza misma en que dominaba. Ningun pintor hubiera podido trasladar al lienzo los grandiosos efectos de aquel paisaje, que hubiera podido servir dignamente de ancho y terrorífico escenario á un *sábado* de brujas y espíritus malignos. La voz del *muezzin* en esta hora parecia una imprecacion, ó mas bien, la voz del genio impuro que congregaba para la nocturna y sacrílgea ceremonia á los réprobos y á los malditos.

Las mezquitas son, así en Tetuan como en todo el Imperio, del patronato del emperador ó de fundacion particular; todas tienen propiedades y censos para el mantenimiento del culto, que es sencillo y poco fastuoso. Entre las *chumas* que mas crédito gozan en la ciudad, hay una no lejos de mi casa, que mirán los moros con mucha veneracion y respeto: la de Sidi-Said, santon de antigua y no interrumpida fama en Tetuan.

Cuéntase que en lucha con los cristianos, un moro natural de este pueblo habia sido hecho cautivo. Su anciana madre le esperó un año, y otro y otro inútilmente; el prisionero no volvia. Cansada de esperar y de llorar, si una madre puede cansarse de esperar y llorar á su hijo, acudió un dia á la mezquita, y allí postrada pidió fervorosamente á

Dios la vuelta del desdichado que gemia entre cadenas ausente de su amor y de su patria. Dios, segun la leyenda marroquí, no se mantuvo sordo á sus ruegos; y cuando la afligida madre salió de la *chuma*, se encontró en el umbral de la puerta sentado al hijo de sus entrañas, con los grillos puestos todavía; ¡habia milagrosamente quebrantado los hierros de su mazmorra y llegado allí en la blanca yegua del Profeta! En accion de gracias, colgáronse los grillos del cautivo rescatado en el interior de la mezquita, y desde entonces ha venido acrecentándose hasta el dia la devocion de los habitantes de Tetuan hácia Sidi-Said, el santon, cuyo sepulcro cubierto con un paño encarnado se alza en medio del templo.

Esta es la historia que he oido referir y que cuento á Vd. tal como ha llegado á mi noticia.

Los moros, como todo pueblo ignorante y grosero, son estremadamente supersticiosos. Dentro ó fuera del zaguan de todas las casas, hay con tinta negra ó azul trazada una mano, de forma imperfecta y dura, para evitar que penetren en el hogar doméstico los malos espíritus y las malas tentaciones. Son muchos los amuletos que llevan; pero los que tienen mas virtud son aquellos en que encierran escritos, de una manera mas ó menos caprichosa, los *suras* ó capítulos 113 y 114 del Koran; el primero como preservativo contra los peligros del alma, y el segundo contra los peligros del cuerpo.

Sumergidos en esa eterna indolencia que tanto caracteriza al pueblo mahometano, se pasan las horas y los dias en contínua oracion. Dias pasados ví á un moro, que acurrucado en el hueco de una puerta, pasando las cuentas de su largo rosario, elevaba á Dios sus súplicas con una especie de cántico, á media voz, prolongado y monótono, sin parar mientes en nada ni en nadie de cuantos pasaban á su lado; parecíase á uno de esos mendigos que, privados de vista y en actitud inmóvil, se sientan en las esquinas de nuestras calles implorando la caridad pública con un acento que nunca varia y una súplica que nunca se acaba.

»Las costumbres de estos pueblos son ásperas y silenciosas, porque la mujer con su encanto no las dulcifica y las pule. La sociedad, ó mejor dicho el trato social, no existe aquí; las ciudades y aldeas morunas son una agrupacion de familias, sin lazos verdaderamente íntí-

mos que las unan y acerquen; cada cual vive en su casa con sus mujeres y sus hijos; no hay reuniones, no hay paseos, no hay nada. El mercado y la mezquita: hé aquí los dos únicos elementos sociales del musulman.

»La imprenta no ha esparcido sus vívidos resplandores entre estos bárbaros. Casi todos sus libros son manuscritos; algunos con tintas de varios colores; negra, azul y roja. La mayor parte son libros de oraciones; otros de historia, que por cierto pertenecen á escritores antiquísimos, y los menos de literatura, que llaman *Adab*. Un amigo mio, el señor Lafuente Alcántara, ha recogido algunos, aunque pocos, muy curiosos con destino al ministerio de fomento, y entre los cuales los hay de supersticiones y sacrilegios, esplicacion de sueños é interpretaciones del Koran.

»Habia oido decir que los moros son aficionados á la música; pero á juzgar por lo que he visto, no se les conoce mucho. Las nuestras no turban ni un solo momento su perezosa indiferencia, y las oyen, valiéndome de una espresion vulgarísima, como si oyeran llover. Los instrumentos que hasta ahora he examinado y de que mas uso hacen, son toscos y groseros en demasía: una flauta sin llaves, larga y poco pulida; una especie de guitarra con dos cuerdas, estrecha y sin trastes, que aunque se empeñe Mahoma, no puede, á mi juicio, producir mas armonías que una chicharra de Navidad; la pandereta y dos tamborilillos con caja de barro, unidos entre sí, y de un son tan áspero como desapacible.

»A decir verdad, todos los encantos de estas ciudades morunas pueden encerrarse en una caja de fósforos: sus calles súcias y angostas; sus casas silenciosas y cerradas á macha martillo, como la puerta del cielo para los réprobos; las vueltas y revueltas, pasadizos y arcos que hacen de cada calle un laberinto y una cueva; los moros con las barbas puntiagudas, las piernas desnudas, el jaique ó albornoz no muy limpios, que mueven pesadamente sus piés, si tienen que hacer algo, ó se encogen junto á una pared, como figuras de resorte, si quieren tomar el sol ó el fresco: todo este conjunto estraño, monótono y frio, donde el hombre es un bruto y la mujer un misterio, sorprende al mismo tiempo y cansa.

»Cuesta trabajo creer que esta raza haya acometido y llevado á ca-

bo grandes empresas; que haya sido activa, enérgica y civilizadora. Hoy no conserva siquiera la sombra de lo que fué; es una raza descompuesta por la inmovilidad, que es la muerte de las naciones. ¡Bien haya la santa ley del progreso, que es la inteligencia, que es el vigor, que es la vida de los pueblos! Detenerse es agonizar, pararse es morir. No hay mas que seguir, con el pensamiento puesto en Dios y las fuerzas en el trabajo, la senda que la Providencia ha señalado á la humanidad, y fuera de la cual no hay poder, ni grandeza, ni gloria.

»El África se ha separado de este camino, y por eso, á pesar del sol que la ilumina, de su fecunda tierra y de los mares que la rodean, yace abatida y postrada, habiendo dejado un gran hueco vacío en la historia del mundo.

»Y porque nos paramos tambien, caimos nosotros en los últimos tiempos de la monarquía austríaca desde el colmo de la grandeza al abismo de la humillacion; y porque marchamos hoy, nuestra patria prospera, nuestra bandera, antes olvidada, flota en los muros de Tetuan; la Europa nos contempla con asombro y el porvenir nos sonrie.»

Hé aquí ahora, como conclusion de nuestro relato, y para dar cima á la descripcion del aspecto, carácter y costumbres de Tetuan, la otra carta á que hemos hecho referencia:

«He procurado, dice, retratar á grandes rasgos el aspecto verdaderamente pintoresco de Tetuan; he penetrado en sus calles estrechas, tortuosas, llenas de pasadizos y arcos, cubiertas de inmunda costra como el cuerpo de un leproso; fétidas y oscuras; donde se arrastran un pueblo desconfiado y una raza envilecida, que nos miran pasar con indiferencia si no con odio. Pero todavía ofrece Tetuan otra nueva perspectiva; es preciso verle desde las azoteas en donde rebosa la vida íntima, el misterio encerrado entre las cuatro paredes de las viviendas mahometanas; único punto que deja entrever á los europeos la existencia en esta ciudad de la mujer y de la familia.

»Yo he pasado algunas horas del dia sobre el terrado de la casa en que habito. Tetuan parece desde allí como sujeta á las últimas cumbres que á un lado y otro se levantan: es una paloma entre las fauces de una serpiente. A sus piés se estiende la vega por donde hemos venido, hasta perderse en el mar, que á su vez se confunde en lontananza con el horizonte entre el húmedo vuelo de la bruma que los en-

vuelve. El rio, serpenteando por el valle, aparece y desaparece alternativamente, herido por los rayos del sol que arranca, permítame usted la espresion, de las tranquilas hondas chispas de plata y fuego. A ambos lados de la ciudad, á la caida de las cumbres que la estrechan, divísanse infinitas casas de campo, perdidas entre el espeso follaje, casi todas en muy mal estado; pero que desde léjos atraen vigorosamente la vista, la imaginacion y el deseo.

»Estos son los términos mas remotos del cuadro. Antes de llegar á ellos, espacíase la vista en un interminable laberinto de terrados, grandes, pequeños, altos y bajos, enlazados unos con otros, sin que se sepa como, interrumpidos de vez en cuando por una calle ó por un minarete en que los adornos de azulejos reemplazan á los calados de nuestras catedrales. En el centro de todas las azoteas hay abierto un cuadro que corresponde al patio de la casa, en unas con pretil y en otras sin nada que defienda de una caida peligrosa, como no sea el débil enverjado de hierro que le corona y que sirve en el verano para sostener los toldos. Una mezquina puerta, sin pintar ni pulir, situada en un estremo del terrado, pone á este en comunicacion con el resto de la casa, cuyo interior, tan exactamente ha descrito un apreciable corresponsal de *La Iberia*, á quien siento mucho no conocer.

»En la mayor parte de las azoteas hay un rincon con tiestos rotos y desportillados, donde crecen la mejorana, la luisa y en algunos la pudorosa violeta, á que tan aficionados son los hijos de Mahoma.

»Tambien se alcanza á ver desde mi terrado una chimenea giratoria, la única que debe haber en la ciudad, sobre la cual se alza un mono de hoja de lata en actitud de comerse una manzana.

«Es el único mono que he visto en Tetuan, y yo creo que ha de ser inglés.

»La familia gatuna puebla casi esclusivamente estas alturas. Por todas partes corren y saltan gatos de distintos tamaños y colores ó se entretienen en tomar tranquilamente el sol, como sus amos toman la sombra acurrucados en los huecos de las puertas.

»Algunos militares curiosos ó desocupados andan tambien por las azoteas, con el deseo sin duda de columbrar de vez en cuando alguna mora, y de romper aunque solo sea á medias, el misterio en que las mujeres musulmanas viven.

»En efecto, mas ó menos tarde, ven satisfecho su deseo. La puerta de un terrado se abre y asoma una cabeza indefinible, cubierta con una espesa tela blanca ó de varios colores, sobre todo azul y rosa. La cabeza mira á todas partes con recelosa inquietud, y cuando se satisface, parece como que da permiso al cuerpo á que pertenece para que la siga y salga. Despues, en cumplimiento de esta autorizacion, muéstrase sobre el terrado una estraña figura, que así puede ser de hombre como de mujer. Lleva los piés calzados con unas babuchas; la pierna desnuda hasta la mitad, donde terminan unos pantaloncillos, no precisamente de seda y oro, como se lee en los cuentos orientales, sino de basto percal ó de grosera lana. Un justillo de manga corta, la sujeta el talle; una larga y estrecha camiseta desairada y tosca la cubre desde los hombros á las rodillas, y desde el nacimiento del pecho á la cabeza una mantilla ó rebocillo que sostiene con la mano y que la oculta casi enteramente el rostro. ¿Quién es? ¿Es hermosa? ¿Es fea? Esta rara figura recorre cautelosamente la azotea, mirando á todos lados; sube ó baja gateando de un terrado á otro, cuelga ó descuelga ropa, y cuando ha concluido su faena, se asoma al cuadrado de un patio vecino y arranca del pecho una palabra áspera, dura y rajante. Si es desapacible en los labios de una mujer, ¿cómo será en los de un hombre? Otra voz femenina contesta á la suya desde abajo; la conversacion se anima,—porque hasta en Marruecos la mujer es habladora,—y poco á poco, preocupada con lo que dice ú oye, descuida el rebocillo; primero cae de un lado, despues del otro, y por fin el misterio se rompe. ¡El sol brilla sin nubes!

»El curioso acecha con ansiedad este instante. ¡Dichoso él si no se le amaga el desengaño; si el rostro que aparece no es el de alguna vieja desdentada, desgreñada y sucia que se venga, descubriéndose, de los cristianos! Esto sucede no pocas veces; pero otras luce una cara risueña y alegre, de ojos vivos, de nariz fina y sonrosados labios, pálida con esa palidez que engendra la falta del sol y del aire. Otras es una monstruosa negra, magra y seca, como la *Dueña Dolorida*, de boca disforme y nariz achatada, que puede servir de remedio contra todas las tentaciones del mundo.

»Pero ¡cuán poderosamente es la fuerza de la costumbre! Ella hace suaves y poco costosas las leyes mas tiránicas y brutales. Apenas

observan que las miran, vieja asquerosa, jóven agraciada, ó negra inmunda, huyen lanzando un grito como el que se escapa del pecho de una europea cuando tropieza con un raton, á ocultarse en lugar seguro, si pueden dentro de la casa, ó sino detrás del antepecho de la azotea, donde se arreglan el caido rebocillo para entrar, sin riesgo de ser vistas, en sus silenciosas habitaciones.

»No hay, sin embargo, regla sin escepcion. De vez en cuando se encuentra alguna mora que no se esconde, y que con mas ó menos atrevimiento fija sus ojos en el que la mira. He notado que las que hacen esto suelen ser bonitas. ¿No tiene alguna disculpa su falta?

»Cuando mas embebecido está uno en la contemplacion de los gatos que corren; de las mujeres que huyen ó de los chicos que juegan en el terrado, la voz del *muezzin*, que sin ser sonora y fuerte, se estiende y dilata por el espacio como la luz y el aire, llama la atencion hácia otro punto. Izase en los minaretes un pendon blanco, que flota mientras el *mezzin* llama sucesivamente á la oracion desde los cuatro ángulos de la torre; despues él y la bandera desaparecen, y todo queda en silencio.

»Puesto que de ceremonias religiosas hablo, daré á usted cuenta de dos que estos últimos dias he presenciado: el entierro de un judío y el de un moro. Da la muerte un carácter tan solemne y melancólico á todo cuanto se roza con ella; el sentimiento que inspira es tan idéntico en todos los pueblos, que bien puede asegurarse que en todos tambien se parece la triste y dolorosa despedida de los que se quedan á los que van; de los que son vanidad á los que son polvo.

»Una docena de judíos, lo menos, llevaban el cadáver de su correligionario, enteramente cubierto con un paño, en una especie de angarillas de madera casi sin labrar. Conducíanle, no sobre los hombros, sino con las manos y casi al nivel del suelo, é iban entonando una salmodia grave y acompasada como el cántico de los muchachos en una escuela. Algunos amigos, parientes ó conocidos del difunto, tambien rezando, seguian al fúnebre cortejo, donde no se observaba ninguna mujer ni ningun niño.

»El entierro del moro que ví, era muy semejante al del judío; solo que en vez de llevar al muerto casi arrastrando, le conducian sobre hombros. Los que le acompañaban hasta la última morada, iban tam-

bien cantando con ese tono frio, pesado y nada cadencioso, tan peculiar en los moros, cuya decantada aficion á la música, es para mí todavía un enigma.

»Usted conoce el traje de los judíos que describí en una de mis cartas, antes de salir de España, y ya solo me falta indicar á usted como se llaman las diferentes prendas del traje de las mujeres, porque el de los hombres no merece fijar ni un solo momento la atencion de nadie, tan súcio, tan desairado es.

»El justillo se llama entre las hebreas *kasó*, que suele ser entre la gente rica, de brocado; *justata* la pechera bordada de oro; el cinturon se conoce con el nombre de *kuchaka;* la falda con el de *chaldeta*, y los adornos con que las casadas se cubren el pelo, *crinches*, *sfifa* y *chari*. La costumbre de ocultar á la vista de todos el cabello desde el momento en que se enlazan, es fielmente observada entre las judías, hasta el punto que una me decia dias pasados, que el suyo hasta su muerte, no le habia de ver ni el cielo. Para peinarse se esconden en un cuarto, cerrado para todo el mundo menos para su marido.

»Esto me aseguraron, y esto cuento.

»Prosiguiendo en la enumeracion del traje femenino, diré á usted, que las dos tiras que cuelgan por detrás de la falda, ó mas bien saya que visten, se llama *eguiga* y los aderezos á que son, como todas las mujeres de raza oriental, muy aficionadas, *aljorza*, *sjuislas* y *jarjales*.

»Para escribir estas palabras me he valido de las letras de nuestro alfabeto, cuyo sonido no es en muchas completamente igual al del hebreo y árabe. La pronunciacion varia algun tanto en las voces que cito, pero poco; la *h* y la *j* son en estas palabras algo mas suaves que las de nuestro idioma.

»Hay en la judería una especie de *academia* donde se reunen los *sabios* ó rabinos para discutir y razonar sobre puntos de religion.

»Es un salon bastante capaz, con bancos de madera al rededor, como se ven en algunas salas municipales de nuestras aldeas; tienen una biblioteca que contendrá, cuanto mas, cuarenta volúmenes, encajonados en un estante grosero y pobre; entre ellos habia el *Talmud* y el *Viejo Testamento*.

»No concluiré esta carta, que va haciéndose bastante larga, sin contar á usted la historia de una infeliz judía, ya anciana, que sirve

de criada á un español avecindado aquí, y que ha sido víctima inocente, así como toda su familia, de la brutalidad y el fanatismo musulmanes. Esta historia revela, que entre sus muchas malas cualidades, no sé si innatas en ellos ó hijas de la opresion salvaje en que viven, tienen los hebreos una buena: la fé en sus creencias, tan inquebrantable en sus corazones como el anatema que les sigue de region en region y de clima en clima.

»Dícese que en un momento de embriaguez ó de locura, el marido de esta judía, que se llama *Sol*, hombre bastante acaudalado y considerado entre los suyos, pronunció delante de moros la fórmula de fé musulmana: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.»

»Bastó esto para que los que le oyeron se empeñaran en ponerle el casquete colorado y en declararle *creyente*; el judío, ya en su sano juicio, rechazó como nula la abjuracion; le instaron y se resistió; le amenazaron y se mantuvo firme en su negativa; le encerraron en una cárcel de Fez, y allí murió sin que ni en sus horas de despecho su voz renegase del Dios de Abraham, de Moisés y de David. Pero la muerte no puso fin á las persecuciones que habian acibarado los dias de su existencia, y estaba decretado que el rencor de sus enemigos le hiriesen en la tumba misma. Su mujer y sus hijas fueron presas, no ya por motivos de religion, aunque esta fuera la causa aparente, sino porque los verdugos de tan desventurada familia habian llegado á entender que, aunque ocultos, por razones de prudencia fáciles de conocer, poseian algunos bienes de fortuna. Tambien las quisieron obligar á que abjurasen de su ley, pero se resistieron tenazmente; fueron encerradas y azotadas, y el castigo las encontró firmes como rocas; sufrieron, en fin, todo género de penalidades, y solo pudieron escapar con la vida, dejando entre las garras de sus tiranos todo cuanto tenian; todo menos su religion.»

VIII.

Nada de particular ocurrió en el campamento situado en Tetuan y sus alrededores hasta el dia 11.

En este dia llegó á nuestro campo una embajada de paz de parte de Muley-Abbas, el caudillo moro vencido en Gelili.

Los parlamentarios eran tres: el caid ó gobernador de Tánjer, el bajá del Riff y el de Rabat, acompañándoles cinco servidores ó criados, que llevaban espingardas y pistolas con labores de marfil y plata.

Iban los parlamentarios montados en tres buenos caballos que lucian ricos paramentos de seda y plata. Vestian los tres lujosos trajes.

En cuanto á los criados iban tres á pié, uno á caballo y el otro montado en una mula, que iba cargada con las provisiones del camino. Todos estos criados, á escepcion de uno negro, eran del Riff, conociéndoseles su procedencia por el mechon de pelo trenzado, que lo mismo que los chinos, se dejan crecer en la parte superior de la cabeza los naturales de aquel país.

Uno de los criados llevaba la bandera blanca de parlamento.

Con la primera fuerza que tropezaron fué con la avanzada del segundo cuerpo, que estaba acampado camino de Tánjer, segun ya sabemos.

Inmediatamente fueron acompañados á la tienda del general Prim, que les acogió con su galantería habitual, entablando una conversacion seguida con uno de ellos, que hablaba regularmente el español.

Prim en vez de acogerles con orgullo, lo hizo, por el contrario, muy cariñosamente, y con tacto y generosidad trató de reanimar el abatido espíritu de los moros, diciéndoles entre otras cosas:

—Dios es el que da ó quita la victoria. Los hombres y los ejércitos mas valerosos no son nada si su mano les abandona.

El moro que hablaba español contestaba á esto con resignado acento:

—Dios lo ha querido!

Despues de haber descansado un momento en la tienda de Prim, pusiéronse los parlamentarios en marcha para el cuartel general acompañados de un coronel de estado mayor, varios ayudantes y una escolta de carabineros.

Llegados á presencia del general Odonell, y recibidos por este en su tienda, declararon estar autorizados por Muley-Abbas para solicitar la paz, contestándoles el general en jefe que él por su parte estaba autorizado para hacer la guerra, pero no para estipular la paz, que esto correspondia á la reina á quien daria cuenta de lo que pasaba, y

que en el término de cinco dias sabria si le otorgaba plenos poderes para entrar en negociaciones y arreglo.

Terminada la entrevista, marcháronse los embajadores ofreciendo volver en el plazo señalado y manifestando quedar muy complacidos del trato y acogida que habian tenido en el campo español.

Como para regresar al suyo necesitaban volver á pasar por el real del segundo cuerpo, espresaron el deseo de entrar en la tienda del conde de Reus para despedirse de él. Permanecieron en ella un breve rato, y en seguida emprendieron su camino, acompañándoles el mismo general Prim con todo su estado mayor hasta mas allá de los límites de su campamento.

Parece ser que durante el tránsito uno de los plenipotenciarios miraba con ávida curiosidad el *revolver* que llevaba el general Prim. Notólo este, y antes de separarse de la comitiva mahometana, sacólo de la funda y mostróselo al moro diciendo:

—Voy á enseñarte los efectos de esta arma que es desconocida para vosotros.

Y dicho esto, disparó, volviendo con agilidad y soltura el caballo, los seis tiros del *revolver*.

En seguida se lo alargó al moro y le dijo:

—Toma esta arma. Si la paz se hace, consérvala como prenda y recuerdo de un cristiano; y si la guerra vuelve, aprovéchate de ella en defensa de tu patria y de tu vida.

El moro dió muestras de recibir el regalo con aprecio, y en cambio, entregó ceremoniosamente al general una pistola de arzon con cinceladuras de plata.

En seguida se despidieron y separaron.

A consecuencia de esta proposicion del jefe superior de las tropas enemigas, el general Odonell envió un comisionado á Madrid con pliegos é instrucciones para S. M. y el gobierno.

Aprovechemos esta especie de tregua entre los ejércitos beligerantes para hablar del efecto que causó en España la noticia de la toma de Tetuan y tambien para reseñar á grandes rasgos la vida militar y política del general Prim, conforme prometió el editor en el prospecto de esta obra.

FESTEJOS EN BARCELONA.

I.

La noticia de la toma de Tetuan, comunicada por telégrafo á todos puntos, causó en España un entusiasmo que rayó en delirio.

Hé aquí el lacónico parte que fué transmitido por el gobierno á todas las provincias de la península:

«*En la batalla del 4 se han cogido* 800 *tiendas de campaña, ocho cañones, y los camellos y demás efectos que se hallaban en los cinco campamentos enemigos. Por consecuencia de esta batalla, los marroquíes se han dispersado.* LA BANDERA ESPAÑOLA TREMOLA EN TETUAN *y ha tomado posesion de la plaza y castillos la division del general Rios.*

Desde la ciudad mas populosa hasta el mas oscuro pueblo, desde el alcázar de los reyes hasta el mas aislado caserío, todo se estremeció de gozo.

Con el mismo entusiasmo con que aquella gran victoria fué celebrada en la corte y en las principales ciudades de España, se celebró hasta en los mas apartados villorríos.

Fué un inmenso dia de júbilo y placer para toda la nacion.

A nosotros, como testigos presenciales que fuimos de ellos, nos toca reseñar los festejos que tuvieron lugar en Barcelona.

II.

Eran las primeras horas de la madrugada del dia 7 de febrero

cuando llegó á Barcelona la noticia de que Tetuan habia caido en poder de nuestro bravo ejército.

A las primeras horas de la mañana comenzó á circular tan grata noticia, pero, sin embargo, muchos eran los que la ponian en duda, pues que la voz del cañon no la habia anunciado aun.

Esto empero, la gente comenzó á circular por las calles, y la plaza de la Constitucion se vió atestada en un momento de ciudadanos de todas clases y condiciones, anhelosos de ver confirmada tan grata nueva.

Mudas estaban aun las campanas, mudo el cañon, ningun parte oficial aparecia fijado en las Casas Consistoriales, y sin embargo, todo era ya en la ciudad bullicio y movimiento, todo el mundo se felicitaba, todos se entregaban á transportes de alegría. En la atmósfera parecia haber algo que indicaba la verdad del hecho.

De pronto, entre nueve y diez de la mañana, dejó oir su sonoro estampido el cañon de Monjuich, al que siguieron las campanas de los templos echadas á vuelo.

Lo que entonces sucedió es de difícil esplicacion. Toda Barcelona pareció estremecerse y exhalar su júbilo en un grito inmenso que salió á un tiempo de todas las bocas, de todas las casas, y de todas las calles; en un momento aparecieron llenas de gente las calles y plazas, y todos se pasaban de mano en mano ó leian el parte telegráfico del que en millares de copias inundaron la ciudad las prensas de los periódicos políticos.

Simultáneamente se enarboló el pabellon nacional en los fuertes de la plaza y en todos los edificios públicos, los señores cónsules izaron los de sus naciones respectivas, y comenzaron á circular por entre el pueblo, como por encanto, multitud de banderas con los colores nacionales, al propio tiempo que muchas casas se engalanaban primorosamente y aparecian colgaduras en todos los balcones.

La noticia fué sabida en la santa iglesia catedral en el preciso momento de fijarse el parte en las Casas Consistoriales y hallándose el coro reunido. Inmediatamente se echó á vuelo la *Tomasa* y se entonó un solemne *Te Deum*, y al repique general y prolongado de todas las campanas de la torre de la iglesia madre, contestaron las de todas las demás iglesias de la ciudad, acabando con su alegre clamoreo de

dar animacion y vida al cuadro que en aquellos primeros momentos presentaba Barcelona.

Antes de las once de la mañana ya muchísimas calles estaban adornadas con vistosas colgaduras, los damascos y las banderas flotaban en los balcones, las músicas recorrian la ciudad tocando el himno de Riego y otros aires nacionales, la animacion era estraordinaria, y abríanse á duras penas paso por entre el gentío los *gigantes* de la ciudad, llevando *él* en su mano derecha el estandarte marroquí arrastrando por el suelo, en señal de humillacion, y tremolando ella triunfante la bandera española.

A mediodia los fuertes de la plaza volvian á hacer salva, de nuevo se echaban á vuelo todas las campanas, y aparecian fijadas en las esquinas las siguientes alocuciones:

BARCELONESES.

«Ya llegó el momento por todos deseado; LA BANDERA ESPAÑOLA TREMOLA EN TETUAN: así lo anuncia el despacho telegráfico que recibo del gobierno en la mañana de hoy.

»BARCELONESES: en presencia de un hecho tan importante como glorioso, ¿qué podrán deciros vuestras autoridades que no os hayais vosotros anticipado á sentir? Tan brillante resultado de los esfuerzos de nuestro ejército añade una página mas á la historia de la heróica España y un nuevo timbre al glorioso reinado de nuestra augusta REINA DOÑA ISABEL II, que vosotros, barceloneses, os apresurareis á celebrar y enaltecer con las demostraciones propias de vuestro entusiasmo, de vuestra cordura y de vuestro carácter tan espansivo como culto y civilizado.

Que de hoy mas Barcelona con tan patriótico objeto sea de las primeras á dar una nueva muestra de como sabe sentir y espresar la gran satisfaccion que rebosa en el pecho de todos los españoles. Viva la Reina. Gloria y loor al ejército español. Prez y renombre para el país, cuyas glorias vamos á celebrar.

Barcelona 7 de febrero de 1860.—El Gobernador civil, Ignacio Llasera y Esteve.

BARCELONESES.

Llegó la ansiadá noticia: sobre los muros de la africana ciudad de Tetuan ondea la noble y gloriosa bandera española.

Loor al valiente ejército, digno de la alta mision que su Reina y su patria le confiaran.

Loor al ilustre caudillo, que de victoria en victoria le conduce.

Desde el alcázar de los reyes hasta el mas apartado rincon de la monarquía se conmueve todo corazon español; inmenso es el júbilo de todos.

Barcelona entusiasmada rebosa de patriótica alegría, y al dirigiros la voz, Barceloneses, en representacion del Excmo. Ayuntamiento, ella es á no dudarlo la espresion de vuestros propios sentimientos.

No será, pues, escasa Barcelona en sus demostraciones por tan glorioso triunfo, que de hoy mas coloca de nuevo á España á envidiable altura entre las Naciones de Europa.

Demos gracias al Todopoderoso por tan repetidas y brillantes victorias; alcemos á él nuestras preces por nuestros queridos hermanos que pelean en África y que allí sucumben en defensa del esplendor del Trono de una Reina magnánima, la segunda Isabel, y por la honra de nuestra patria ilustre.

Humillado queda el estandarte de la media luna.

Convénzase el mundo de que no en vano se ofende al nombre español.

Estos son, Barceloneses, vuestros sentimientos, ellos son tambien los de esta Excelentísima Corporacion municipal y los de su presidente.

Barcelona 7 de febrero de 1860.

El alcalde corregidor
José Santa Maria.

El Excmo. Ayuntamiento constitucional reunido en sesion estraordinaria acordó que al dia siguiente, á las doce, se cantara en la santa iglesia catedral un solemne *Te-Deum*, invitando á que se sirvieran asistir las autoridades y demás corporaciones.

Acordó asimismo que se entregaran 5,000 reales á la guarnicion de

la plaza, 500 á la casa de la Misericordia, 400 á la de Infantes huérfanos y otros 400 á la de Correccion.

Y acordó por fin que á las siete y media de aquella misma noche los alumnos del Orfeon barcelonés, bajo la direccion de su digno profesor D. Juan Tolosa, cantaran en la plaza de la Constitucion, al propio tiempo que las músicas de la municipalidad tocaran tambien durante la misma y la inmediata, situándose en varios puntos de la capital.

La Excma. Diputacion provincial se reunió asimismo aquella misma mañana y acordó distribuir dos reales por plaza á todos los sargentos, cabos y soldados de la guarnicion y á todos los que se hallasen destacados en diferentes puntos de la provincia de Barcelona.

A todo esto, ya no se podia transitar por las calles, pues la muchedumbre era inmensa, y como si Dios hubiese querido proteger la solemnidad de aquel dia en que un pueblo entero se entregaba á la embriaguez de su júbilo, un hermoso sol y un bello cielo de primavera brillaban sobre Barcelona.

Entre doce y una de la tarde la plaza de la Constitucion rebosaba de gente, y para mayor animacion todavía, llegaron los estudiantes de la Universidad formando una larga comitiva con dos músicas que tocaban aires nacionales y agitando multitud de banderas.

El M. I. S. Alcalde corregidor D. José Santa María salió entonces al balcon principal de las Casas Consistoriales y dirigió algunas palabras de entusiasmo á la juventud estudiosa y á toda la gente que llenaba la plaza.

Terminado este breve discurso, algunos señores de la municipalidad invitaron al cronista de Barcelona D. Victor Balaguer á leer una poesía que acaba de escribir improvisándola pocos momentos antes, al objeto de repartirse aquella noche.

El autor de estas líneas accedió á ello, y se adelantó para leerla, bastando que el señor Corregidor hiciese una seña con el pañuelo para que se callase la multitud que se agolpaba en la plaza, reinando en todos los ámbitos de ella un imponente silencio.

Hé aquí la poesía que entonces leimos, y que solo publicamos confiando en que nuestros lectores nos harán la justicia de mirarla como una improvisacion del momento, hija del entusiasmo y del patriotismo.

CANTO DE VICTORIA.

—

Victoria! la anuncia
rugiendo el leon.
Victoria proclama
tronando el cañon;
y henchida de gozo,
radiante de gloria,
repite *¡Victoria!*
la hispana nacion.

Rugiente voz de guerra—del monte bajó al llano,
preñada de valientes—la flota cruzó el mar,
que el entusiasmo vive—cual fuego sacro, eterno,
de cada pecho hispano
en el sagrado altar.

Rizada por la brisa—que gime plañidera,
caldeada por los rayos—de un sol abrasador,
de África en los vastos,—tostados arenales,
su bicolor bandera,
la España tremoló.

Y al grito que lanzaron—huyendo desbandadas
y hundiéndose en el polvo—las huestes del Koran,
alzáronse en sus tumbas,—de gozo palpitantes,
las sombras veneradas
del Cid y de Guzman.

Victoria! Ya los ecos—de la africana sierra
despiertan pavorosos—al trueno del cañon,
y enrojecida en sangre—la mauritana tierra
se postra ante la gloria—que alcanza el español.

—

Y al ver á Prim osado,—á un catalan valiente,

clavar en Castillejos—de España el pabellon,
envuelto en su sudario,—con orgullosa frente,
se incorporó en su tumba—D. Jaime de Aragon.

¡Tetuan es nuestro! ¡Al aire—banderas bicolores!
tremole por los aires—el vencedor pendon!
¡Alzad, alzad de España—triunfantes los colores,
y en júbilo rebose—valiente el corazon!

Victoria! La bandera—que al asomar el dia
el sol halla en las torres—vencidas de Tetuan,
á Europa toda dice,—radiante de alegría,
que vive aun la patria— del Cid y de Pelayo,
que España es todavía
la madre de Guzman.

El numeroso auditorio que se agrupaba en la plaza nos dispensó la honra de pedir que se repitiese nuevamente la lectura de esta poesía. Todos comprendieron que lo que al poeta le faltaba en mérito le sobraba en corazon y en patriotismo.

A otra cosa al menos no puede ni debe achacar el autor de esta obra el triunfo, inmerecido á ser por otra causa, de que entonces fué objeto.

Terminada la segunda lectura de la poesia, y mientras las músicas llenaban el espacio con los electrizadores sonidos del himno de Riego, una comision de estudiantes, presidida por el entusiasta jóven D. Evaristo Alomá, subió á las Casas Consistoriales á felicitar el Excelentísimo Ayuntamiento.

El citado Sr. Alomá pronunció entonces un bellísimo discurso, al que contestó con galantes y patrióticas frases el señor Corregidor.

En seguida los estudiantes partieron á pasear por las calles de la ciudad su alborozo y entusiasmo.

El Excmo. Ayuntamiento habia tenido la feliz idea de pedir á las religiosas de Montesion que le facilitasen, como lo hicieron, la banderola conocida por *festum* y los pendones de la nave real ó capitana que montaba D. Juan de Austria en la célebre batalla de Lepanto, y que

se conservan en dicho monasterio, para esponer en los balcones de las Casas Consistoriales.

La esposicion pública de los gloriosos é históricos restos del memorable combate en que se hundió el poder de la media luna, no podia ser mas adecuada al dia y á las circunstancias.

El Excmo. é Ilmo. Sr. obispo de esta diócesis, en union con el cabildo de la catedral, obsequió con un plato estraordinario en la comida á los pobres que se albergaban en la casa de la Caridad y la de la Misericordia, á fin de que aquellos infelices disfrutasen de la comun alegría con menos privaciones.

A las dos de la tarde el Excmo. Sr. capitan general D. Domingo Dulce participaba al gobierno el entusiasmo producido en Barcelona por la fausta noticia de la toma de Tetuan, con el siguiente parte telegráfico:

El general en jefe del segundo ejército y distrito al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra:

Barcelona 7 de febrero de 1860.

Es indescriptible el entusiasmo con que ha sido recibida en esta capital la noticia de los triunfos del ejército de África. La poblacion en masa recorre las calles dando espansion al regocijo público. He mandado que en las plazas de guerra se anuncie la victoria con una salva de 14 cañonazos.

El segundo ejército felicita á su Reina por el glorioso éxito de la primera campaña.—Firmado, Dulce.

III.

Por la tarde, y durante las primeras horas de la noche, los cafés estaban atestados de gente, y en muchos de ellos se pronunciaban entusiastas brindis y habia indescriptibles espansiones de entusiasmo.

En el café de las Delicias se pidió á gritos que el pianista tocara el himno de Riego, y como en aquel momento acertó á entrar el autor de esta obra, se armó un clamoreo general pidiéndole á voces que leyera la poesía que habia recitado desde el balcon de las Casas Consistoriales.

Hubo de acceder, y tras de la lectura de esta composicion, se pidió á otros poetas que estaban presentes que leyesen ó compusiesen algo. Así es que, durante toda la tarde y noche se convirtió aquel concurrido y aristocrático café en una verdadera tertulia literaria, recitándose y leyéndose patrióticas é inspiradas poesías, algunas de ellas hijas de la improvisacion del momento, pero todas animadas por deslumbrantes imágenes é interesantes recuerdos, de estos que logran escitar las mas delicadas fibras del corazon. Cada idea, cada concepto encontraba eco en la curiosa y estasiada multitud de los oyentes. Los vítores y los aplausos se sucedian sin interrupcion.

En esta tarde y en este café se dió á conocer por vez primera en la república de las letras, leyendo una bella composicion catalana, el jóven Sr. Coroleu, que tres meses mas tarde debia ganar un premio de *accesit* en los juegos florales.

Desde las primeras horas de la tarde, todas ó la mayor parte de las tiendas de géneros tuvieron la feliz y oportuna ocurrencia de engalanarse presentando en sus mostradores, esmeradamente agrupadas ó entrelazadas, piezas de seda, lana ó algodon en que campearon los colores nacionales.

Varias de estas tiendas, á mas, se adornaron con coronas de laurel, con retratos de los generales, con transparentes ó con temas é inscripciones alusivas á nuestro heróico ejército.

Algunas casas particulares decoraron sus balcones de una manera tan elegante como nueva formando caprichosos grupos de banderas y vistosos trofeos de armas.

En la primera hora de la noche salió de la Lonja la comitiva del Casino Mercantil, que se habia dispuesto para celebrar la fausta victoria alcanzada por las armas españolas en las playas africanas.

Rompia la marcha una música militar, seguida de unos cien niños de la Casa de la Caridad con hachas, formando en el centro de ambas filas varios otros que llevaban banderas españolas. Seguia luego otra música y en pos de ella los señores socios del citado Casino, unos con hachas y otros con banderas, ostentando todos en su pecho lazos con cintas de colores nacionales, acompañando una lujosa carretela en la que iba una jóven matrona simbolizando la España victoriosa. Cerraba este brillante y entusiasta cortejo un gran número de coches de lujo.

La comitiva en la larga carrera que recorrió fué objeto de repetidos aplausos.

Tambien aquella noche volvieron á recorrer las calles, precedidos de una banda de música, y formando una larga comitiva, los estudiantes de la Universidad, todos con lazos en el pecho, tremolando multitud de banderas y tres blancos estandartes en los que se leian una dedicatoria al ejército y los nombres de las recientes victorias alcanzadas por el mismo.

Seria difícil, cuando no imposible, citar todas las casas que se esmeraron en sus adornos y en su iluminacion aquella noche.

Citaremos algunas tan solo; y diremos de paso que Barcelona apareció lujosa y espléndidamente iluminada.

En la plaza del Beato Oriol, en donde se halla establecido el cuartelillo y depósito de útiles de la Compañía de bomberos, formaron estos con los carretones, cubos, escaleras de ausilio y demás aparatos propios de su instituto, una simétrica y bien entendida perspectiva en cuyo centro descollaba, bajo dosel, y entre banderas y laureles, el retrato de S. M.

En la tienda del guarnicionero Sr. Poudevida, calle del Dormitorio de san Francisco, apareció un magnífico grupo, de tamaño natural y de cuerpo entero, que llamaba la atencion de los curiosos. Figuraba un soldado español á caballo con la bandera en la mano humillando á un árabe rendido á los piés del corcel.

El editor de esta obra D. Inocente Lopez, dueño de la librería española en la calle Ancha, adornó su tienda vistosamente con grupos de banderas, transparente é inscripciones.

Lo mismo hizo el editor D. Salvador Manero, que tiene la suya establecida en la Rambla de Santa Mónica, y durante los dos primeros dias de fiesta, constantemente, en casa de uno y de otro se repartieron poesías lujosamente impresas, que se regalaban á los transeuntes. Solo el Sr. Manero repartió mas de 8,000 poesías.

En varias tiendas se veia entre los adornos el escudo real de España y el leon que es el emblema de sus armas campeando sobre el vencido marroquí ó sobre sus mal parados estandartes é insignias.

Los edificios de la Diputacion provincial y Casas Consistoriales aparecieron engalanados con decoraciones sencillas, pero elegantes y severas.

Por la noche estaban profusamente iluminados, particularmente la Diputacion, sobre cuyo frontis se dibujaban en luces de gas una corona y los nombres de las batallas y combates.

Los estudiantes iluminaron los claustros de la Universidad de una manera que producia un efecto mágico.

Los dos campanarios de la catedral aparecieron tambien iluminados. Una doble línea de vasos de colores aparecian en la cornisa del remate, de modo que, en medio de las sombras, dibujándose aquellos círculos de luces en el espacio, asemejábanse á dos coronas de fuego sostenidas en el aire por manos invisibles sobre la ciudad afortunada que tan fastuosamente celebraba los triunfos de sus hijos y de sus hermanos.

La plaza de la Constitucion, particularmente de noche, ofrecia un aspecto deslumbrador. Iluminada verdaderamente *á giorno* habia en ella la claridad que en mitad del dia. A mas de la lujosa iluminacion de las Casas Consistoriales y palacio de la Diputacion, á mas de las luces que aparecian en los balcones de todas las casas, hubo una de estas, la que hace esquina al Call y á la calle de San Honorato, que apareció formando una especie de castillo gótico trazado con perfiles de vasos de colores, y en el terrado de esta casa, durante toda la noche, con intérvalo de cinco á ocho minutos, se quemaba un fuego de bengala, rojo, verde, amarillo, azul ó de otro color. Sucedia entonces una cosa estraña. Cada llama de estas se estendia sobre la plaza, palideciendo á su brillo los millares de luces que la iluminaban, todos los objetos tomaban el color de aquel fuego, y la muchedumbre, las luces, las casas, todo se presentaba envuelto entre una aurora mágica, pareciendo aquella escena una de las fantásticas visiones del *pandemonium* de Milton.

Reunido ya el Ecxmo. Ayuntamiento constitucional en las casas consistoriales con asistencia del Exmo. Sr. gobernador de la provincia, y señores convidados, se dió principio á una velada musical en la plaza, comenzando las bandas de música por tocar un magnífico himno guerrero, letra catalana del poeta Sr. Estorch y música del Sr. Pardas.

Terminado este himno, el Sr. D. Victor Balaguer volvió á presentarse en el balcon de las Casas Consistoriales á leer la poesía misma que habia leido por la mañana, y en el momento mismo en que concluia

la lectura y en que las músicas que se hallaban en la plaza tocaban el himno de Riego, miles de ejemplares de la poesía, mandada imprimir por el Ayuntamiento, caian á un tiempo sobre la multitud, lanzados de los balcones situados en el centro y ángulos de la plaza.

A continuacion los orfeonistas, hábilmente dirigidos por su maestro el Sr. Tolosa, cantaron diferentes coros que, lo mismo que el himno del Sr. Pardás, fueron estrepitosamente aplaudidos.

No era ya una apiñada muchedumbre, sino un mar de gente lo que invadia la plaza de la Constitucion.

A duras penas se podia circular por las calles principales, particularmente por las avenidas de la citada plaza y de las otras en donde habia músicas.

La iluminacion, hasta en los barrios mas apartados de la ciudad, era completísima, y no se limitaba á los pisos bajos, pues en las ventanas de modestísimas tiendas, en los terceros y cuartos pisos y hasta en los terrados y azoteas se divisaban vistosos juegos de luces combinados con banderas y ramos de laurel y pintados farolitos.

Las habia de admirable efecto, y seríamos injustos si no hiciéramos especial mencion de la del café Español, sito en la Plaza Real que, siendo costeada por un particular, competia, sino aventajaba, á la de muchos establecimientos públicos.

En todas partes reinaba entusiasmo, confraternidad y patriótica alegría.

Fué aquel un bello, un magnífico, un espléndido dia.

Barcelona celebró la grandeza del triunfo con la grandeza del patriotismo y del júbilo.

IV.

El entusiasmo público, lejos de amenguarse, parecia que iba creciendo por horas y hasta por instantes.

Crecian asimismo, á impulsos de la mas decidida y patriótica voluntad, los aprestos de fiesta y las gozosas demostraciones, y los vecinos de las calles y los dueños de las casas que no habian tenido la prevision de tener dispuestas banderas, adornos y colgaduras, hubieran

creido humillado su amor propio si, improvisando medios y recursos, no hubieran empleado toda clase de esfuerzos para contribuir por su parte al brillo y lucimiento de los festejos.

Al dia siguiente, 8, el número de banderas españolas que adornaban las calles se contaban por miles.

Durante este dia reinó la misma animacion, el mismo patriótico entusiasmo que en el anterior.

Fué otro nuevo dia de júbilo, de locura, de delirio para los barceloneses.

En muchos puntos de la ciudad se trabajó durante toda la noche para los adornos, y el dia 8 por la mañana, la mayor parte de las calles y establecimientos públicos y particulares aparecieron rica y vistosamente engalanados, produciendo el mas pintoresco efecto las de la Platería, Tapinería, Fernando, Conde del Asalto, plaza del Rey, los frentes del palacio de la Diputacion, de las casas consistoriales, de la Capitanía general, Gobierno de provincia, Lonja, Instituto industrial, Casino Barcelonés y otros varios, entre ellos los teatros, y muchas casas particulares que seria difuso enumerar. Algunas tiendas y otros establecimientos se hallaban decorados con un esmero particular, apareciendo espléndidamente iluminados por la noche.

El Instituto agrícola catalan habia completado la decoracion del frente del edificio que ocupa en la plaza del Beato Oriol, y en el que tenia espuesto bajo un rico dosel el retrato de S. M. adornándolo con hermosos transparentes que contenian diversas inscripciones.

Era magnífica y de gran gusto y riqueza la preciosa tienda de campaña que presentaron aquellos dias los señores Escuder en el interior de su lujoso establecimiento. Toda ella estaba formada de hermosos tapices y de piezas de damasco y terciopelo amarillo y encarnado, distinguiéndose en el interior de la propia tienda una mesa de despacho y una cama.

El Círculo artístico industrial ensayó un proyecto del Sr. D. Eugenio Clausolles, por medio del cual, con un globo mongolfier y aprovechándose un tiempo favorable, podian esparcirse en determinados intérvalos multitud de impresos en un campamento enemigo. En un globo de dicha clase se lanzaron en la Rambla y en varios otros sitios de Barcelona gran número de poesías impresas.

Por la noche se observó que la iluminacion de las calles y edificios habia mejorado muchísimo, y era mas completa, mas espléndida y mejor combinada. Las luces de gas, las de cera y hasta las modestas candilejas formaban hermosas y bien delineadas perspectivas.

Las caricaturas de moros estaban á la órden del dia, y las habia muy chistosas y que revelaban ingenio y talento.

V.

El dia 9, lo mismo que en los dos anteriores, hubo iluminaciones, músicas, bailes y otras demostraciones de público regocijo. Todas las principales calles y plazas continuaron viéndose invadidas por un inmenso gentío.

Los festejos terminaron favorecidos por el tiempo y recomendados por el órden admirable que durante aquellos tres dias de alegre y patriótica espansion reinó en Barcelona, Barcelona una de las ciudades mas calumniadas y en la que los hombres de ciertas ideas cuya funesta dominacion ha dejado en España huellas amargas que no se borrarán facilmente, solo veian posible la tranquilidad con el estado de sitio, las persecuciones y el encarcelamiento de honrados y pacíficos ciudadanos.

En estos tres dias ni el menor incidente desagradable turbó la satisfaccion de un vecindario que, siendo ejemplo de moderacion y cordura, en aquella ocasion y sin distincion de clases ni de partidos se hallaba dominado de un solo sentimiento de entusiasmo patrio.

Tal fué, ligeramente reseñado, el espectáculo que en aquellos tres dias presentó la antigua ciudad de los condes-reyes.

Nos falta solo decir que se dieron tambien funciones patrióticas en los teatros, poniéndose en escena en el del Liceo una loa escrita en catalan por D. J. Ferrer Fernandez.

La sociedad del Conservatorio Barcelonés celebró la fausta noticia

con una funcion que dieron los señores que componen las diversas secciones de esta acreditada sociedad. Leyeron poesías las señoras Mendoza de Vives y Massanés y los señores Rubió, Angelon, Blanch, Busquets, Briz y Balaguer.

Creemos que de ningun modo mejor podemos completar esta reseña que insertando algunas de las buenas composiciones que en aquella noche se leyeron.

A LA TOMA DE TETUAN.

Ya cayó Tetuan!.... en sus almenas
El pendon español flota altanero,
De la africana playa en las arenas
Lauros hizo brotar el sol ibero.

Desque el Leon rugió, do quier ladrando
Bajaron á acosarle infieles perros;
Mas aquél, sus melenas agitando,
Volver les hizo á sus tostados cerros.

Mas ¿cuándo no fué así? ¿Cómo olvidaron
Las lunas que eclipsadas siempre fueron?
Los que insultar nuestro pendon osaron,
¿Cómo olvidar nuestro valor pudieron?

¿Cómo olvidaron esos hijos fieros
De los que fueron de la mar espanto,
Que les venció en Oran el gran Cisneros;
Que el de Austria avasallólos en Lepanto?

Ante los hijos del Islam, es cierto,
Abrumados de hierros ¡ay! nos vimos;
Mas despues, al lanzarlos al desierto,
Contra su misma faz se los rompimos.

Si en Guadalete sucumbió Rodrigo,
En Covadonga le vengó Pelayo.
Si nos venció en Uclés hado enemigo,
Las Navas fueron de venganza rayo.

Cuando bajaron á la lid sangrienta,

Venian en su número fiados,
Mas el bravo á los moros nunca cuenta
Sino por los turbantes derribados.

Si en la lid se portaron con bravura
Los nuestros, lo dirán las africanas
Playas, de los riffeños sepultura,
Y lo dirán las madres musulmanas.

¡Gloria pues á las huestes que vencieron!
Cuando nuestro pendon allí clavaron,
De un clima mas la Europa enriquecieron,
Un pueblo mas para la fé ganaron!

Tras del sangriento acero del soldado
Pasará al Riff la cruz del misionero,
Y un hermano el hispano habrá ganado
Do hasta hora tuvo un enemigo fiero.

Una batalla mas y otra victoria!
La guerra de hoy será la paz mañana.
Do hoy solo crece el lauro de la gloria,
Mañana brotará la mies ufana.

Y la España, que un dia tras la popa
De sus naves la América trajera,
Desde hoy podrá decir: « Empieza Europa
»Del Atlas en la estensa cordillera. »

Joaquin Rubió.

LAS DOS ESPAÑAS.

Dice la España de ayer
A nuestra España de hoy,
Escúchame, y por quien soy
Me tienes que responder.

Yo soy la España que luchó constante,
Sin tregua ni descanso, siete siglos,
Hasta arrojar al árabe arrogante
Del suelo que su planta enlodazó;
Yo soy la que dió vida á los Guzmanes,
Los Cides, Garcilásos y Paredes,
Y el que es Gran Capitan de capitanes
En mi espejo de honor se contempló.

Yo soy la que ondeé sobre Sevilla,
Y en Francia y Grecia, y en Italia y Flandes,
El pendon de las torres de Castilla
Y las barras sangrientas de Aragon;
Yo soy quien dí la mano al náuta bravo;
Y al regresar mis hijos del combate,
Trajeron á mis playas, hecho esclavo,
Un mundo entre las garras del leon.

Yo soy la de las Navas y Lepanto,
Y doquiera mis hijos combatieron,
El mundo contemplóles con espanto,
Que su esfuerzo del mundo era la ley:
Cesó ante mí de Roma la arrogancia,
Al africano sojuzgué en Granada,
Y prisionera mia fué la Francia
En la fiera persona de su rey!

Mis hazañas la historia las poclama,
Mis victorias las lloran los vencidos,
Y en ambos mundos pregonó la fama
Que en mis dominios no se puso el sol!...
Vive de mis recuerdos, hija mia.....
Del pasado es la gloria que te queda.
Clavijo, Navas, San Quintin, Pavía.....
¡Estos los timbres son del español!

Y nuestra España de hoy
Dice á la España de ayer;
Pues tengo de responder,
Escúchame, por quien soy.

Respeto, al par que ambiciono,
El laurel de tus victorias;
Mas no hacen falta en mi abono
Grandes hechos, que son trono
Donde asentaré mis glorias.

Estás de tu Isabel fiera,
Mas no es bien que me confunda
Cuando honra igual nos espera:
Si tu Isabel es primera,
No es segunda la segunda.

Supo la tuya lidiar
Y la mia bendecir.
Primeras las dos al par,
Lo es la tuya en el reñir
Y la mia en el amar.

Y aunque á rebuscar te mueve
Tu orgullo, con ojo lince,
Gloria, á que nadie se atreve,

No ensalzes tu siglo quince
Por cima del diez y nueve.

Que si Tarifa te abona,
Y gloria hallaste en Leon;
Para ceñirla á Gerona,
Su laureada corona
Arranqué á Napoleon!

Cual tú en Clavijo y Lepanto,
Tengo victorias tambien,
Que de Pavía el espanto
Se reprodujo otro tanto
En los campos de Bailen.

Y si por fin te envanece
Tu estandarte sobre Oran,
El mio no palidece.....
Viento africano le mece
En los muros de Tetuan!

Ya ha doblado la rodilla
La raza mal domeñada;
Y ante el pendon de Castilla,
Cual Tetuan fué mi Sevilla,
Tánger será mi Granada!!!

Yo gozosa te abandono
Las páginas de tu historia;
Mi España tiene en su abono
El siglo décimo nono
Para bastarse á su gloria!

Manuel Angelon.

JORNADAS DE GLORIA

ó

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

TOMO II.

JORNADAS DE GLORIA

O

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

TOMO II.

JORNADAS DE GLORIA

Ó LOS

ESPAÑOLES EN AFRICA

POR

DON VICTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, RELATORES, 15.

BARCELONA.
D. I. LOPEZ BERNAGOSI,
calle Ancha, núm. 26.

HABANA.
LIBRERÍA LA ENCICLOPEDIA,
O-Reylli, número 28.

1860.

Es propiedad del Editor.

Barcelona.—Imp. de LUIS TASSO, calle de Guardia, 15.—1860.

PRIM.

I.

Nada mas delicado que escribir la historia de un hombre cuando aun vive todavía, mayormente si se ha presentado alguna vez en el palenque político, y si su nombre es para unos una bandera y para otros un objeto de odio y de sarcasmo.

Sin embargo, nosotros no vacilamos en tomar la pluma para escribir la historia de Prim, nombre en ciertas épocas tan ensalzado por unos, como deprimido por otros; y no vacilamos en hacerlo, porque procuraremos cumplir nuestro cometido con toda imparcialidad y con la luz del sano criterio y de la buena lógica.

Por de pronto, el biógrafo, el historiador tiene en favor suyo una gran circunstancia. En una cosa hay con respeto al general Prim unanimidad de pareceres, y es, en que todos, amigos ó enemigos, le reconocen como un valiente, algo mas aun, como un héroe.

Prim tiene una gran cualidad: la de haber sacado sus blasones de su mochila de soldado.

Es, para nosotros al menos, una gran nobleza.

Prim, político, tiene enemigos; Prim, militar, solo tiene entusiastas y admiradores.

Nosotros, al tomar la pluma para escribir su vida militar y política, no vamos á constituirnos en sus panegiristas, ni mucho menos en sus detractores. Vamos á juzgarle imparcialmente, con relacion á sus hechos, y comenzaremos por olvidar que somos tambien, á nuestra vez, aun que en escala inferior, hombres de partido político.

No es el *progresista* quien escribe hoy la vida de Prim, es el *cronista*.

De todos modos, Cataluña puede y debe estar orgullosa de haber dado la vida á tal hijo, que es ya una celebridad europea, que es un digno, dignísimo descendiente de aquellos ínclitos y renombrados varones que se hicieron famosos en el mundo por sus hechos, legando con su nombre una herencia de indisputable gloria á la corona de Aragon.

II.

De soldado á capitan.

D. Juan Prim, hoy dia marqués de los Castillejos, conde de Reus, teniente general, senador del reino y grande de España de primera clase, nació en Reus, provincia de Tarragona, el 12 de diciembre de 1814, siendo sus padres el teniente coronel D. Pablo Prim y D.ª Teresa Prats.

Apenas contaba el jóven Prim diez y nueve años cuando estalló en nuestro país la guerra civil, en la que él debia tomar tan activa parte.

Cuéntase que Fernando VII acostumbraba decir que la España era una botella de cerveza de la que su vida era el tapon. «El dia que yo muera, decia, saltará el tapon, se oirá el estruendo, y se derramará el líquido.»

Podrá ser la anécdota verdadera ó falsa, pero así pasó en realidad.

Dos grandes partidos se lanzaron al campo con las armas en la mano, defendiendo uno el trono de Isabel II y el otro el de Carlos V; pero si bien ambos á dos se proclamaban defensores del derecho, y entrambos afectaban sostener la legitimidad de un trono, lo cierto es

que los jefes principales de uno y otro bando solo tuvieron un pensamiento político y social.

En las banderas de Isabel II se escribió *Libertad*.

En las de Carlos V se leia *Absolutismo*.

Era, pues, mas bien que guerra de sucesion, guerra de principios.

Es, á nuestro modo de ver, del único modo que puede ser santa una guerra: cuando se combate por la causa de la libertad contra la de la degradacion y de la tiranía.

El jóven Prim, inclinado por temperamento á la carrera de las armas y por principio á la causa liberal, sentó plaza como soldado distinguido en el batallon de cuerpos francos llamado *tiradores de Isabel II*, el dia 21 de febrero de 1834, pasando en 16 de abril del mismo año á la de cadete, como hijo de padres nobles.

La guerra civil, alimentada por el fanatismo religioso, las escitaciones de los frailes y otros eclesiásticos que abandonaron las palabras de amor del Evangelio para empuñar el trabuco, acaudillando la rebelion, el saqueo y el pillaje, con mengua, desdoro y escándalo de las creencias que protestaban defender, aumentaba cada dia; y como era natural, los cuerpos francos, organizados por el gobierno para oponer á los absolutistas una tropa que pudiese fácilmente rivalizar con ellos en agilidad y conocimiento del terreno, los cuerpos francos, repetimos, eran los que marchaban á la vanguardia y los primeros en el combate.

Esta es la razon de haber asistido Prim, en solo el primer año de su carrera militar, á nueve acciones de guerra, llamando la atencion de sus jefes con la bizarría de su comportamiento y su arrojo; debiendo tenerse en cuenta para comprender toda la importancia de que su bravura atrajese las miradas de sus jefes, que los cuerpos francos á que pertenecia, eran compuestos de la flor y nata de la juventud catalana y que la guerra era mas sangrienta, encarnizada y sin cuartel en Cataluña, que en el resto de España en donde estaba mas regularizada.

Las acciones en que pudo dar mas pruebas de su valor y serenidad fueron la del 7 de agosto contra el cabecilla *Triaixet*; la del 4 de enero del año siguiente de 1835, llamada de *Banceil*, en la cual luchó cuerpo á cuerpo con un enemigo, logrando darle muerte; la del 14 de

marzo en *San Quirse* por la cual mereció ser recomendado á consecuencia de haberse distinguido mucho; la del 12 de abril en el *coll de Guast*, donde salió herido siendo ascendido á subteniente; la del 2 de agosto en *Viladrau*; la del 8 de setiembre, llamada de *Juanet*, á la que asistió ya como teniente, por haber obtenido dicho empleo el 20 del mes anterior; y la del 12 de octubre en *Malafagall*.

Concurrió además al ataque y defensa de San Celoni el dia 14 de noviembre y el 9 de diciembre á la accion de Arbucias.

El dia 24 de febrero de 1836 fué brillante el comportamiento de Prim en la accion de San Hilario. Reñido fué aquel encuentro; hacia ya mucho rato que duraba el fuego y estaba aun dudosa la accion. Puede decirse que Prim fué el que la decidió. Apoderóse de una bandera, arengó enérgicamente en catalan á los suyos, y se lanzó sobre el enemigo, desalojándole de unas fuertes y terribles posiciones.

Tambien, en aquel reñido encuentro, el teniente Prim tuvo que luchar segunda vez cuerpo á cuerpo con un soldado carlista, teniendo que cogerse á él á brazo partido y logrando por último matar á su enemigo, sin embargo de estar armado de fusil y bayoneta, saliendo ileso afortunadamente de tan desigual combate.

Valióle esta accion el ser nuevamente recomendado.

Cúpole al esforzado Prim gran parte de gloria en la accion de *Vilamajor*, que tuvo lugar el 26 de marzo. Él fué quien primero osó penetrar en aquel pueblo ocupado por los carlistas en medio de una granizada de balas, marchando impávido al frente de su compañía. En esta accion fué herido por segunda vez, de bala de fusil, en el muslo derecho.

Curado de esta herida á los pocos meses, volvió á su cuerpo y con él á los combates.

Era terrible aquella lucha de hermanos contra hermanos. La mano no daba paz al arma que empuñaba; las luchas y las catástrofes se sucedian sin interrupcion.

Una reñida y empeñada lucha ensangrentó el 2 de noviembre los campos de Taradell. Allí estuvo Prim, y allí, despues de batirse con su valor de costumbre al frente de sus soldados, acometió y luchó cuerpo á cuerpo con un lancero carlista á quien dió muerte, llevándose consigo, como trofeo de su bravura, sus armas y caballo.

Era ya el tercer hecho de esta clase que contaba en su vida militar, y aun no tenia veinte y dos años.

El futuro general estaba en su infancia militar todavía, pero era aquella la infancia de un héroe.

Comenzó el año 1837, y con él tomó nuevo incremento la guerra, aumentándose sus penalidades y repitiéndose sin tregua los combates.

Prim tomó parte en casi todas las acciones ocurridas aquel año en Cataluña.

El 3 de enero estuvo en la accion del pueblo de la Forza; el 25 del mismo mes hizo prisionero en el Congost por sí mismo á un aduanero carlista de aquel punto; el 6 de febrero concurrió á la accion de la *Atmetlla*, atacando al cabecilla Alamira ó Altimira, cuya gente dispersó causándole mucha pérdida; y el 9 de marzo se halló en otro ataque en el mismo pueblo de la *Atmetlla*.

Los dias 15 y 18 de julio se encontró en las acciones de *San Feliu Saserra* y *San Miguel de Taradell*, obteniendo por ellas la cruz de San Fernando de primera clase.

El 29 del mismo mes estuvo en la de *Capsacosta* y el 28 de noviembre en la de *Gerri*, mereciendo que le fuese concedido el grado de capitan sobre el campo de batalla, asistiendo luego al levantamiento del sitio de Puigcerdá, donde obtuvo por su denodado arrojo, tambien sobre el campo de batalla, la cruz de Isabel la Católica.

Mandando el ejército absolutista el funestamente célebre conde de España, cuya memoria será siempre execrada en Cataluña, los carlistas sitiaron la importante villa de Ripoll, donde nunca habian podido penetrar, sin embargo de contar dentro con numerosos partidarios, dando lugar con ello á que su corta guarnicion y los nacionales hicieran una heróica y desesperada resistencia.

Aquellos valientes, merecedores de eterno renombre, dignos émulos de los héroes de Gandesa y Cenicero, mostraron al mundo cuan alto rayan el valor y el heroismo español, siquiera deba deplorarse que estas eminentes cualidades se desplegaran en una lucha tan fratricida y terrible como la que ensangrentaba entonces los campos de nuestra patria querida.

La opinion pública acusó entonces al baron de Mer por su tardanza en acudir al socorro de Ripoll y hasta hubo quien se atrevió á

pronunciar la palabra *traicion*, pero no es de nuestra incumbencia, siendo además ageno el objeto de estas páginas, el calificar las operaciones del entonces capitan general de Cataluña. Hubo realmente aquella vez inaccion en el ejército liberal; quédese para otros el averiguar si fué debida á las causas á que entonces la atribuyeron los descontentos.

Hemos dicho que Ripoll hizo una resistencia desesperada, tomando parte en ella hasta las mujeres.

Es que, á mas del patriotismo y del amor á la causa liberal, otra cosa hablaba al corazon de aquel puñado de valientes.

Sabian que allí, á sus puertas, estaba el conde de España, y con él el incendio, el saqueo, la devastacion, la muerte, los horrores y los crímenes, compañeros inseparables del hombre que mandaba en jefe el ejército carlista de Cataluña.

Irritado y furioso el conde de España, como la hiena que no puede apoderarse de su presa, al encontrar una resistencia que no esperaba en un puñado de hombres que se defendian como leones parapetados y resguardados tan solo por unas débiles tapias, mayormente cuando se habia presentado con todo el grueso del ejército carlista, provisto además de artillería; ordenó el asalto, que fué llevado á cabo con todas las brutales y desgarradoras escenas á que en tales casos se entrega una desenfrenada soldadesca ébria con su triunfo.

Escenas de sangre y matanza, cuya descripcion se resiste á la pluma, siguieron al asalto. Ni los mismos carlistas de la poblacion pudieron escapar de ver quemadas, robadas y saqueadas sus casas, violadas sus hijas y esposas aun á su misma vista, y recibiendo muchos de ellos la muerte de sus correligionarios, cuyo furor crecia de punto al ver que la reducida guarnicion, los nacionales y sus familias habian logrado refugiarse en un convento, desde donde contestaban con nutridas descargas á las intimaciones que de rendirse les dirigian. ¿De qué otro modo podian contestar á aquellos bárbaros incendiarios de sus hogares?... Mil vidas debian perder, antes que rendirse á un ejército que tal cuadro de horrores y desolacion ofrecia á sus ojos, antes que fiar en la palabra de un general, que se gozaba en faltar á ella, y para quien era un festejo público un dia de sangre y de carnicería.

Triste era la situacion de los valientes defensores de la heróica villa de Ripoll, pues, en pos de tantos sufrimientos y de aquella larga y desigual lucha, no veian sino la muerte. Estaban ya léjos de contar con el socorro del ejército liberal, mandado por el baron de Meer que antes esperaban; pues habia ya transcurrido el tiempo necesario para que este se presentara á defenderles, y ni siquiera tenian noticia suya. A pesar de esto, juraron morir y enterrarse en los escombros del convento, antes que rendirse.

Preparábanse, pues, á vender caras sus vidas, cuando por fin apareció el anhelado socorro.

El capitan graduado D. Juan Prim fué de los primeros soldados libertadores que entraron en Ripoll para salvar á los liberales refugiados en el convento, distinguiéndose como las otras veces en aquella ocasion.

Siguiéronse á la toma de Ripoll, dos acciones en *San Quirse* el 9 y 16 de abril. En ambas estuvo Prim, siendo por tercera vez herido en la última. El baron de Meer le promovió al empleo de capitan sobre el mismo campo de batalla.

III.

De capitan á teniente coronel.

Ocupada y fortificada por los carlistas la ciudad de Solsona, el baron de Meer al frente del grueso del ejército liberal, decidió marchar contra ella y le puso sitio, oponiendo los carlistas una heróica y desesperada resistencia, digna por cierto de mejor causa.

El capitan Prim, apenas restablecido de la herida que recibiera en *San Quirse*, asistió á este sitio que duró ocho dias, desde el 21 al 29 de julio.

Cuéntase que en este último dia, hallándose acampados frente de Solsona, se hallaba Prim en disposicion de cenar con algunos compañeros, é iban á llevar el primer bocado á sus labios, cuando se comunicó repentinamente la órden del asalto, habiendo merecido Prim el honor de ser elegido para mandar á los que debian marchar los primeros.

El jóven capitan, que se habia apartado un momento de la mesa para recibir la órden que se le comunicó particularmente, dirigióse entonces á sus compañeros, y cogiendo con ambas manos la fuente llena de apetitoso manjar que ocupaba la mesa, la estrelló contra el suelo, diciendo á sus compañeros, al propio tiempo que con un gesto les señalaba los muros de Solsona:

—Señores, á cenar dentro!

Rudo, decidido, é inesperado en aquel momento, fué el ataque que los nuestros dieron á la ciudad sitiada.

Prim fué el segundo héroe que trepó sobre un tambor construido por los carlistas en el Hospital, y á pesar de que fué herido gravemente por una bala en el brazo izquierdo, continuó combatiendo hasta ser el primero que se apoderó de la puerta principal de Solsona, introduciendo por una aspillera una antorcha encendida al objeto de incendiarla, sin embargo de que estaba ocupada por los contrarios.

La herida que habia recibido en el brazo al asaltar el tambor no le privó de seguir la lucha, y penetró en la ciudad persiguiendo al enemigo hasta que le obligó á refugiarse en el palacio episcopal, donde capituló, no sin haber resistido con valentía los arrojados ataques de los sitiadores, que mostraron en el asalto no menos bravura y ardimiento que los vencidos defensores de la sitiada poblacion.

Entonces, y solo entonces, fué cuando Prim se retiró al hospital de sangre.

Tanto valor y tan meritorio comportamiento le hicieron acreedor al grado de comandante y teniente coronel con que fué agraciado sobre el campo de batalla, concediéndosele además la cruz de distincion que se dió á cuantos asistieron á aquella jornada memorable.

A los pocos dias fué Prim destinado á uno de los bizarros batallones del regimiento de Zamora, regimiento que habia ganado en las montañas de Cataluña inmarcesibles laureles, dejando por consiguiente el mando de la compañía de voluntarios catalanes, á cuyo frente alcanzara el renombre de valiente, que era ya un adjetivo inseparable de su apellido.

El dia 5 de noviembre de aquel mismo año, tuvo Prim otra ocasion de demostrar su intrepidez nunca desmentida.

Se le mandó atacar á la bayoneta una posicion ocupada por fuerzas

contrarias ocho veces superiores. En la carga recibió otra herida de bala, pero ni desistió por esto ni retrocedió.

Segun la honrosa hoja de servicios de Prim, fué llevado á cabo aquel ataque con *admirable decision* y con tan feliz éxito que, á pesar de haber perdido veinte y cuatro hombres de los cuarenta que llevaba, y de haber recibido el balazo de que hemos hecho mérito, continuó el combate á caballo, quedando luego encargado de sostener la retirada al ser atacados los nuestros por sextuplicadas fuerzas, en cuya ocasion le hirieron tambien el caballo.

Durante el año 1838, nuestro jóven héree no tuvo ocasion de distinguirse, pero le guardaba una brillante revancha el siguiente año de 1839.

A principios de este continuaba aun la guerra en Cataluña con la misma intensidad, ocupando aun los carlistas algunas poblaciones de bastante importancia, las cuales servian de base á sus operaciones, dándoles además influencia para llamar á sus banderas á los crédulos paisanos del territorio en que dominaban. Tenian de este modo muchos medios de construir toda clase de efectos de guerra y no hallaban obstáculos que les impidiesen organizar militarmente las innumerables partidas que, desorganizadas y á estilo de somatenes, vagaban por los montes.

Para evitar estos males, se creyó conveniente apoderarse de varios de aquellos puntos, los mas estratégicos, y el dia 11 de febrero de 1839 se emprendió el sitio de la importante villa de Ager.

Puesto el sitio, se decidió el asalto inmediatamente, eligiéndose para darlo el otro dia, 12, y nombróse á Prim para que al frente de tres compañías de su regimiento, tomase á viva fuerza un bien fortificado reducto.

Esta difícil cuanto peligrosa operacion fué llevada felizmente á cabo á la vista de todo el ejército, que no cesaba de admirar ciertamente la serenidad del jefe que, sin reparar en peligros, daba cima á cualquier empresa por atrevida que fuese, siendo como siempre el primero en ocupar la posicion cuyo ataque se le encomendaba.

Tomado el reducto, y creyendo que era poco lo que habia hecho, marchó acto contínuo á dar el asalto á la brecha principal abierta en el convento, pero esta era aun impracticable, siendo aquella la vez

primera que se vió imposibilitado de realizar un propósito suyo. Hubo, pues, de permanecer durante algunas horas, dentro del foso, al pié de la brecha, corriendo el peligro mas inminente, pero sin desmentir ni un solo momento la grandeza de alma y el valor á toda prueba que el ejército entero reconocia en él.

El pueblo fué finalmente tomado, despues de una fuerte resistencia, y Prim, por su heróico hecho, del que providencialmente salió ileso, mereció particular mencion y justos elogios tributados á su valor en el parte dirigido al gobierno, al dar á este cuenta del próspero resultado de las operaciones contra la villa de Ager, siendo nombrado Mayor de batallon sobre el mismo campo de batalla.

El 12 de abril del mismo año se dió á Prim el mando de las compañías de cazadores que formaban la vanguardia del ejército, y á las veinte y cuatro horas tuvo ya ocasion el general en jefe de felicitarse por haber hecho aquel nombramiento.

En efecto, el 13, el nuevo Mayór se dirigió hácia el campo carlista marchando sobre Biosca, para hacer un reconocimiento en virtud de las órdenes que recibiera. Atacado por los carlistas al retirarse de la operacion, en fuerzas mayores que las suyas, no se amilanó por ello, arengó á la caballería que llevaba, y volviéndose contra el enemigo y embistiéndole de repente, lo acuchilló dejando á muchos contrarios en el campo, y manteniendo á raya con esto á los restantes, que hubieron de contenerse mal su grado.

Este hecho, que tuvo lugar á la vista del general en jefe, le valió una mencion honorífica en la órden del dia y en el parte dirigido al gobierno.

Otra notable accion llevaba á cabo cuatro dias despues.

Recibió el 17 la órden de flanquear al enemigo á la cabeza de cinco compañías de cazadores que componian la vanguardia, y á mas una mitad de caballería, llevando á cabo la operacion con tal acierto, que se dejó caer de improviso sobre los carlistas, cuyas fuerzas eran tres veces superiores á las suyas, derrotándolas completamente y dejando cubierto el campo de cadáveres.

Cuéntase que la primera cuchillada que se dió fué la suya.

Dióle el general en jefe las gracias por su arrojo é inteligencia, ascendiéndole al empleo de primer comandante, tambien sobre el campo de batalla.

En aquellos dias en que no se ocultaba el sol sin haber presenciado una refriega y sin haber bañado sus rayos en lagos de sangre, las operaciones seguian con actividad, y siempre el enemigo estaba á la vista, ya avanzasen las tropas de la reina, ya retrocediesen ante sus contrarios.

Valiente era el ejército liberal, pero no lo eran menos los carlistas, y cuanto mas la guerra se aproximaba á su fin, de todos imprevisto aun en aquella fecha, mayor era la saña con que por una y otra parte se combatia.

Los campos de Peracamps aguardaban á Prim para darle un nuevo título de gloria.

El 14 de noviembre forma época inolvidable en su vida.

Jefe aun de la vanguardia, y llevando á sus órdenes las mismas compañías de cazadores, acometió con tanta decision las fuertes posiciones ocupadas por los carlistas en Peracamps, que rompió su primera línea, quedándose luego á sostener la retirada de la division, demostrando tanto valor y sangre fria, tanta serenidad en aquella difícil operacion, que logró contener á las considerables fuerzas enemigas que amenazaban envolverlo por la izquierda, con continuadas cargas, retirándose por escalones en buen órden bajo sus nutridos y certeros fuegos.

En aquel dia, memorable en los anales de la guerra civil de Cataluña, Prim no solo sostuvo, sino que escedió á la reputacion militar que habia sabido conquistarse anteriormente por su bizarra conducta. Aquel dia le mataron el caballo que montaba y recibió una herida de bala de fusil en la paletilla izquierda. Por sexta vez vertió entonces su sangre en el campo de batalla.

La herida era grave, pero, á pesar de haberle prevenido el jefe de su division que se retirase del ejército de operaciones hasta que estuviese restablecido, el valiente Prim no se retiró mas que el tiempo preciso para que se le hiciese la primera cura, y, vendada la herida, volvióse sereno y tranquilo al campo de batalla, ocupando de nuevo su puesto al frente de la vanguardia.

Al siguiente dia 15, no obstante la gravedad de su herida, batióse nuevamente á la cabeza de sus soldados, quedándose tambien á cubrir la retirada, una de las empresas mas difíciles y peligrosas de aquella jornada.

Volvió á batirse el 17, sosteniendo el flanco derecho. Los carlistas en número estraordinario le cargaron impetuosamente, pero él siguió adelante, á pesar de la vigorosa oposicion de los enemigos; y marchando con no vista decision á cuarenta ó cincuenta pasos adelantado de sus soldados, para darles ejemplo, fué el primero en acuchillar á los carlistas que con el mayor empeño defendian aquel punto, siendo otra vez herido de bala de fusil, sin que por esto abandonara su puesto hasta que terminó aquella memorable batalla por la cual se concedió el título de conde de Peracamps al valiente general D. Antonio Wan-Halen, que mandaba en jefe el ejército de la reina, y que tambien fué herido en un brazo.

Por el estraordinario mérito contraido por D. Juan Prim en aquella batalla, y en cuya victoria le correspondiera un brillante papel, fué recompensado sobre el mismo campo con el grado de coronel, siendo propuesto por segunda vez para la cruz de San Fernando de primera clase, que obtuvo el 20 de diciembre.

En el reloj de la providencia habia ya sonado la hora de que tocara á su término aquella sangrienta y terrible lucha entre hermanos.

Espartero, haciéndose merecedor á un lauro que nadie le podrá jamás disputar, terminó la lucha con el famoso abrazo de Vergara.

El convenio que en este punto firmó el general carlista Maroto con el general Espartero, que mandaba en jefe las tropas de la reina que componian el ejército del Norte, fué el que dió fin á tan funesta guerra, deponiendo las armas los batallones carlistas castellanos y vascongados que mandaba el general Maroto.

Empero, los carlistas intransigentes llamaron traidor, desleal y perjuro al general Maroto, y Cabrera en Aragon y Cataluña se creyó bastante fuerte aun para reanimar á los suyos, á pesar de un suceso que habia herido de muerte la causa carlista. Apresláronse, pues, las tropas de Cabrera á quemar hasta el último cartucho en defensa de una causa que no querian abandonar, ya que por ella habian hecho innumerables, costosos y cruentos sacrificios.

Todo fué inútil sin embargo.

Decretada estaba la ruina del partido carlista. Habia sonado la hora de su espiacion y de su muerte.

Los carlistas catalanes, con la tenacidad y valor proverbial de los

moradores de estas laboriosas provincias, continuaron la guerra con el mismo valor, con la misma audacia por algun tiempo. Sostuvieron todavía varias acciones, y entre ellas otras dos de las que fueron palenque los mismos campos de Peracamps.

Tuvieron lugar en los dias 1 y 4 de febrero de 1840 y en ellas estuvo Prim, apenas curado y convaleciente de las heridas últimamente recibidas.

Cúpole en estas acciones la honra de ocupar el puesto quizá de mayor peligro, batióse como tenia de costumbre, y el 4 fué nuevamente herido de un balazo en la pierna, matándole además el caballo que montaba, en ocasion en que, al frente de un puñado de ginetes, hacia retroceder á los carlistas en una brillante carga.

Por estos gloriosos hechos de armas, últimos notables á que asistió en la terminacion de la guerra civil, mereció la honra de ser recomendado especialmente y fué ascendido á teniente coronel mayor.

La brillante historia de su conducta militar en aquella gloriosa lucha felizmente terminada, le habia creado como valiente una reputacion sin igual, y el partido progresista á que estaba afiliado y en el cual tenia numerosos amigos, se gloriaba de contar en su seno á un hombre que habia conquistado tantos laureles á costa de su sangre, tantas y tan repetidas veces derramada por la causa liberal en los campos del antiguo Principado.

IV.

Hasta aquí hemos hecho una suscinta reseña de los servicios prestados por D. Juan Prim en el campo de batalla. Vamos ahora á entrar de lleno en el período de su vida política.

La encarnizada lucha que desde antes de la muerte del rey Fernando venian sosteniendo los partidos, el ardor de las pasiones, el empeño del partido moderado que se agitaba visiblemente queriendo introducir reformas dañosas al progreso de las instituciones liberales, y, mas que todo, la impolítica marcha del gobierno, produjeron el

pronunciamento que en sentido liberal estalló en Barcelona el 18 de julio y en Madrid el 1.° de setiembre de 1840.

Nos es indispensable dar, si quiera sea una ligera nocion de estos acontecimientos políticos, ya que luego hemos de ver mezclado en ellos el nombre del catalan cuyos apuntes biográficos estamos trazando.

Cuando ocurrió el pronunciamiento de Madrid, la reina y su madre D.ª María Cristina, regenta del reino durante la menor edad de su hija, se hallaban en Valencia.

En la noche del 2 de setiembre llegó á dicha ciudad un correo estraordinario portador de la noticia de la conmocion de Madrid. En seguida se reunieron los ministros para deliberar sobre las providencias que debian tomarse, y entre otras se mandó al general Espartero, el cual estaba en Barcelona, que marchase sobre Madrid al frente de las tropas del ejército para reducir á los sublevados por la fuerza de las armas.

Espartero no solo se negó á marchar con este objeto, sino que anunció respetuosamente á la reina sus propios sentimientos y su resolucion de favorecer el alzamiento de la capital de la monarquía.

Al verse Cristina privada del brazo del esclarecido general que habia dado la paz á España si no seguia otro rumbo político, pensó llenar los deseos del duque de la Victoria y de los pronunciados, cambiando simplemente el ministerio, y eligiéndolo de sugetos que pertenecian al partido progresista, pero esta circunstancia por sí sola no era una garantía suficiente para los pronunciados, pues en los nombramientos ni se hablaba ni siquiera se aludia á las ocurrencias que los promovieran.

Así pues, alarmada la junta provisional del gobierno de Madrid, declaró que no abandonaria su actitud hostil mientras no quedase plenamente satisfecho el voto nacional, con las seguridades de que no pudiese intentarse una nueva reaccion.

Solo un medio se ofrecia para dominar aquella crísis y á él se apeló: el nombramiento del duque de la Victoria, con amplias facultades para elegir los ministros que fuesen de su agrado.

Espartero eligió los ministros de acuerdo con la Junta provisional de Madrid, y salió con ellos para Valencia.

Al ver la reina Cristina que el programa del nuevo gabinete se

ajustaba exactamente á los principios proclamados por el pronunciamiento de setiembre, no quiso transigir y anunció su resolucion de abdicar la regencia. Hizo, pues, su abdicacion, y se embarcó en la misma ciudad de Valencia dirigiéndose á Francia.

Encargado del gobierno el gabinete con el título de *Ministerio-Regencia*, publicó el decreto de disolucion de cortes y convocó las nuevas para el 19 de marzo de 1841.

D. Juan Prim, afiliado al partido progresista, tomó parte en aquel pronunciamiento, prestando buenos servicios políticos, y por lo mismo, reputado como liberal y adicto al nuevo cambio, fué considerado como una de las personas que podia representar mejor la opinion pública, nombrándole en su consecuencia uno de sus diputados la provincia de Tarragona.

Pasó, pues, á ocupar su asiento en los escaños de aquel congreso que debia fijar la suerte de España, y llegada la hora de la votacion para establecer la regencia, su voto fué favorable á D. Baldomero Espartero.

El nuevo gobierno nombrado por el Regente creyó que debia utilizar los servicios de D. Juan Prim, y en julio de 1841 le concedió el nombramiento de sub-inspector de carabineros en las cuatro provincias del reino de Andalucía.

Salió de Madrid para inspeccionar los cuerpos de aquel instituto pertenecientes á las provincias andaluzas, cumpliendo con aprobacion este cometido.

Relevado por fin de aquel cargo, pasó á Barcelona, y el partido progresista de esta ciudad le hizo nombrar primer comandante del tercer batallon de la milicia nacional, cuyo mando desempeñó hasta que marchó de nuevo á Madrid, llamado por sus deberes como diputado de la nacion.

A pesar de que el gobierno del Regente del reino era el representante de una situacion progresista, y de que las cortes, elegidas durante su regencia, pertenecian tambien á este partido, formóse en su seno una fraccion que representando al partido liberal mas avanzado, hacia la oposicion á Espartero.

A esta fraccion se afilió desde luego D. Juan Prim, y como era pública la reputacion que de arrojado conquistara en Cataluña durante

la guerra civil, fué uno de los miembros mas influyentes de aquella fraccion, supuesto que en su país gozaba de mucha popularidad, que pensaban esplotar un dia en pro de sus designios.

Prim en aquella época estaba resentido del poder.

Para dar á conocer la causa de su resentimiento son necesarias algunas esplicaciones.

Un partido, poderoso entonces en España mucho mas que ahora, hacia una guerra sin cuartel al Regente. Gracias á los manejos de este partido, estalló un movimiento que sofocaron el patriotismo y la decision.

Sin embargo, no por esto desistió. Ladino, mañero, astuto, viéndose vencido en Madrid, en Pamplona, en todas partes donde levantó la cabeza, se valió de ocultos medios y derramando el oro á manos llenas, supo aprovechar los heterogéneos elementos de desórden que entonces habia en la capital del Principado para promover una revolucion en beneficio suyo.

Estalló esta revolucion en Barcelona á mediados de noviembre de 1842, y fué el segundo acto de la tragedia que en octubre del año anterior habia comenzado en Navarra, Provincias Vascongadas y Madrid.

No es de nuestra incumbencia el hablar de las causas que originaron aquella sublevacion, que en su principio no tuvo ningun colorido político ni levantó ninguna bandera, pero que acabó por dar el grito de *¡Abajo Espartero* y *su gobierno!* firmando la alocucion que con este objeto se publicó una llamada Junta provisional, formada ciertamente de personas bien poco caracterizadas, las mas de las cuales militaban en las últimas filas del partido republicano.

Este movimiento, que podia no ser cristino, pero que era favorable bajo cierto punto de vista á los intereses de la ex-regente, quedó circunscrito á Barcelona, contra cuya ciudad se vió obligado á marchar el general Espartero, viéndose en la precision de bombardearla para someterla.

De este bombardeo tomaron luego pretesto sus enemigos, y no fué poco argumento para hostilizarle y ayudar á su caida.

Ahora bien, durante los acontecimientos que en noviembre de 1842 tenian lugar en la capital del Principado, el coronel Prim, diputado á

córtes á la sazon, solicitó en vano pasaporte para dicha ciudad, de Seoane, capitan general de Madrid, del jefe político y del ministro de la gobernacion, no siendo tampoco mas feliz al acudir en queja al presidente del consejo de ministros.

Luego volvió á pedir con un oficio á Seoane se lo concediese para San Felio del Llobregat donde estaba á la sazon el cuartel general, pero Seoane no le contestó, habiéndole de antemano prevenido que no saliese de Madrid.

A pesar de todo, Prim salió de la corte con pasaporte supuesto y, pasando por Francia, entró en Cataluña, y al llegar á Figueras recibió la noticia del bombardeo y sumision de Barcelona, vino á esta ciudad y volvió á Madrid luego para tomar asiento en el congreso.

A Prim, como á la gran mayoría de los catalanes entonces, le afectó el bombardeo de Barcelona.

Desgraciadamente, era una época de efervescencia en que los espíritus se irritaban sin reflexionar. Ya hemos dicho que aquel funesto bombardeo contribuyó no poco á la caida del esclarecido Duque, bombardeo que cualquiera hubiera mandado en su lugar, y caida que fueron los primeros en sentir al poco tiempo los que mas contribuyeron á ella.

Volvamos á Prim.

El gobierno del Regente le formó causa por desobediencia, y como las córtes fueron suspensas primero y despues disueltas, marchó otra vez á Francia.

Abiertas las córtes nuevamente, se presentó en ellas como diputado, formando, como ya hemos visto, en las filas de la oposicion, y al constituirse el congreso en 30 de abril de 1843 fué elegido secretario tercero.

Pidió entonces permiso el gobierno para seguir la causa contra Prim, pero despues de recios debates, en que tomó parte el mismo interesado, se negó este permiso.

Prim negó todos cuantos cargos se le hacian, algunos de ellos terribles, en un buen discurso que en su defensa pronunció.

La fraccion avanzada á que entonces pertenecia le defendió calurosamente, respondiendo de la firmeza de sus principios liberales, y convenido un movimiento para derrocar á Espartero, y dada la se-

ñal de la revolucion por Olózaga en una célebre sesion con sus memorables palabras de *Dios salve al país! Dios salve á la reina!* despues de Málaga, que fué la primera ciudad pronunciada, Prim fué el primero que en mayo de 1843 se lanzó á la palestra, dispuesto á una lucha en la que era muy fácil debiese verse obligado á batirse con los soldados mismos á quienes tantas veces condujera á la victoria.

Reus fué la segunda ó la tercera poblacion de España que se pronunció contra Espartero.

D. Francisco Subirá, conocido por el *Rosset de Reus*, persona muy conocida, de muchas simpatías en el país, amigo particular de Prim, echó á volar un papel llamando á las armas á los catalanes y á los españoles todos, y proclamando la constitucion del 37 y la mayoría de la reina doña Isabel II.

No tardó Reus en levantarse contra el gobierno, poniéndose al frente del movimiento D. Juan Prim y su amigo y compañero D. Lorenzo Milans del Bosch, ambos diputados á córtes por aquel país.

Iniciado, pues, en dicha ciudad el movimiento revolucionario, y apenas organizadas las irregulares fuerzas con que contaba, compuestas en su mayor parte de nacionales de la provincia de Tarragona, fué atacado por una columna del ejército, mandada por el general D. Martin Zurbano.

Prim se resistió heróicamente en Reus, pero á fin de no causar daño á la villa que le habia visto nacer, capituló con el general Zurbano, saliendo con la gente armada que quiso seguirle y abandonando la villa al objeto de no esponerla sin fruto alguno para unos ni para otros, á las terribles consecuencias de un bombardeo que ya habia empezado.

El movimiento de Reus no tardó en ser secundado por Barcelona, que nombró una Junta *provisional de gobierno*, la cual publicó un manifiesto por medio del que enarbolaba la bandera de *Constitucion del* 37, *Isabel II* y *Junta central*.

Tras de Barcelona se levantaron todas las poblaciones importantes del antiguo Principado.

V.

El 19 de junio Prim y Milans del Bosch hicieron una verdadera entrada triunfal en Barcelona, en medio de las mayores aclamaciones y muestras de alborozo de sus habitantes. Prim arengó al pueblo desde el balcon de las Casas Consistoriales, siendo saludado con entusiastas vivas.

A todo esto, es preciso hacer saber á nuestros lectores que, si bien se habia pronunciado Barcelona con toda su guarnicion y capitan general al frente, no así el castillo de Monjuich, cuyo gobernador y guarnicion continuaron siendo fieles al gobierno constituido, ejemplo que siguieron los castillos de Lérida y de la Seo de Urgel.

Como es de suponer, esto aterró á Barcelona, que temia otro bombardeo, y la Junta se dió prisa á propalar la insurreccion, invitando á las demás juntas de los puntos pronunciados á adoptar ciertas bases de gobierno. Eran estas la reunion del ministerio Lopez en Valencia ó en el punto que se reputase mas conveniente, y la convocacion de una Junta Central compuesta de dos vocales por cada una de las provincias, la cual se congregaria tambien en Valencia.

El general Zurbano, que fué nombrado interinamente para dirigir las operaciones en el Principado, reunió en las inmediaciones de Lérida unos veinte batallones de infantería con la correspondiente caballería y artillería.

En el interin, el gobernador de Monjuich, coronel Echalecu, que se veia aislado y en la situacion mas singular en el centro de un país insurrecto y poco menos que hostil, mantenia secreta inteligencia con algunos particulares de Barcelona, quienes le pudieron poner en comunicacion con Zurbano por medio de cierta señora, que, no sin grave riesgo, llevó al general un pliego del gobernador.

En el ínterin, la Junta habia tomado varias providencias y hecho varios nombramientos; entre otros concedió el empleo de brigadier á D. Juan Prim, autorizándole para organizar un cuerpo de cuatro mil hombres y suministrándole el armamento que habia disponible en Atarazanas con los fondos necesarios.

Al recibir el pliego del gobernador de Monjuich, Zurbano comprendió cuanto interesaba obrar con prontitud; así es que, al frente de sus huestes, se puso en marcha por el camino real de Madrid dirigiéndose hácia Barcelona.

No es posible describir la alarma y el azoramiento que, al divulgarse esta novedad, se esparcieron por todo el Principado.

La Junta suprema sin perder momento decretó en 19 de junio á la una de la madrugada que todos los solteros y viudos sin hijos de diez y ocho á cuarenta años se presentasen armados en el término de veinte y cuatro horas en diferentes pueblos, segun el partido judicial á que perteneciesen.

El 20 salieron de Barcelona por el camino de Madrid algunos batallones del ejército con caballería y varias piezas al mando del brigadier Prim, al que acompañaban tambien fuerzas de nacionales y somatenes.

Adelantóse Prim hasta el Bruch en donde tenia, segun parece, la intencion de organizar un sistema de defensa parecido al que allí, en aquellas sierras, habia puesto en práctica á principios del siglo un puñado de valientes para destrozar las invasoras tropas de Napoleon. Grande entusiasmo reinaba entonces en Cataluña, el bombardeo anterior de Barcelona por el general Espartero era presentado como para reclamar venganza, y fué en pocos dias prodigioso el número de partidas de la milicia y paisanos armados, procedentes de la mayor parte de los pueblos de la provincia de Barcelona, que se apresuraron á acudir al llamamiento de la Junta, poniéndose á las órdenes del brigadier Prim y agolpándose en el congost de Martorell y en el trozo de carretera hasta el Bruch, de manera que todo aquel territorio semejaba un vasto campamento.

Con aquellos elementos heterogéneos, con aquellos hombres armados de fusiles, escopetas de caza, picos, sables, azadones, hoces y toda clase de instrumentos de campo y de labranza, pero armados sobre todo de patriotismo y de entusiasmo, Prim trató de organizar la defensa, formando varias líneas para que en una ú otra se estrellasen los esfuerzos de Zurbano, derrotándole antes que pudiese llegar á Barcelona.

Un incidente, natural en aquellas circunstancias, puso á la capital

del Principado al borde de un fatal conflicto, llenándola de consternacion y espanto.

Al llegar Zurbano á Igualada, habia entregado á la señora de quien hemos hecho mencion un pliego en respuesta al del gobernador de Monjuich. La señora volvióse á Barcelona, pasando sin inspirar la menor sospecha por entre las tropas y somatenes que Prim tenia á sus órdenes, y entregó el pliego á Echalecu.

En esta comunicacion, Zurbano le ordenaba que rompiese el fuego contra Barcelona tan luego como lo oyese por la parte del Bruch ó sus contornos. Recibido este despacho por el gobernador de Monjuich el 22 de junio, lo transcribió á la Diputacion provincial de esta ciudad y á los cónsules estranjeros, dando por resultado la alarma consiguiente y una emigracion general. Apenas quedaron habitantes en su recinto, y hasta los pobres y enfermos encomendados á la caridad pública fueron sacados de los establecimientos de beneficencia y conducidos á las afueras.

Empero, la amenaza no llegó á cumplirse, porque otro incidente imprevisto vino á desbaratar todos los planes.

Cuando Zurbano, al frente de una division aguerrida y resuelta, iba á forzar las líneas de disidentes que Prim le oponia, tratando de abrirse paso hácia Barcelona, recibió órden del capitan general de Aragon D. Antonio Seoane para retirarse; y cuéntase que fué tanta su sorpresa, tanto su pesar y su enojo, que estuvo á pique de desobedecerla considerando los inmensos perjuicios que arrogaria á la causa de la libertad y del regente. Con todo, pudieron mas en su ánimo las consideraciones del deber y subordinacion militar, y emprendió su retirada.

Hé aquí como Barcelona se libró de una horrorosa catástrofe; hé aquí como los pronunciados se enorgullecieron cobrando nuevos ánimos y esperanzas; hé aquí como por medio de su estraña órden hizo Seoane aparecer como vencido al ejército del gobierno en un combate no empezado todavía, y decidió la suerte de la revolucion en sentido favorable á la misma.

Dado aquel paso enigmático para las tropas del regente, todos los demás fueron una consecuencia natural y lógica del mismo.

Zurbano fué retirándose hácia Cervera, Lérida y Zaragoza, y á los

pocos dias, Cataluña estaba libre de enemigos. La revolucion ondeaba su triunfante bandera en todas partes.

Un biógrafo de Prim, el Sr. Gonzalez Llanos, dice hablando del pronunciamiento iniciado por Prim en la villa de Reus, al cual, como hemos visto, siguió el de Barcelona y de todo el Principado:

«Lejos, muy lejos estaba del ánimo de los defensores denodados de Reus el empuñar las armas para entronizar el abominable sistema político que triunfó á consecuencia de aquellos movimientos populares. Si hubieran sabido que esponian sus vidas para ser corbardemente desarmados; si hubiesen llegado á comprender que coadyuvaban á hacer prevalecer la política farisaica y cruel de Narvaez, ¿era posible que se hubieran batido como lo hicieron? No. La defensa de Reus se verificó á los gritos de *Viva la reina*! y *Viva la libertad*! pronunciados con el mayor entusiasmo.»

Realmente esto es una verdad.

Por aquel tiempo, cuando ya Zurbano habia salido de Cataluña y la revolucion triunfaba, ocurrieron las primeras dudas sobre el verdadero carácter y tendencias de la misma, manifestando su alarma algunos liberales que creyeron ver mas claro que los otros.

Dió motivo á estas alarmas primero: el saberse que la Junta de salvacion de Valencia se mostraba tan reaccionaria, que, escudándose en su conducta, trataban ciertas gentes de aquella provincia hasta de la restitucion de los bienes nacionales, y despues, la llegada en posta á Barcelona del coronel D. Fernando de Córdoba y D. Luis de Zaldibar, procedentes del estranjero, y conocidos por hombres de ideas marcadamente reaccionarias.

Prim trató de calmar los escrúpulos inspirados por la presencia de los partidarios de Cristina publicando una proclama en que, despues de invocar el principio de union de todos los españoles, decia:

«Una escepcion, solo una escepcion me he propuesto, y es la de no «admitir por ahora los servicios de los generales comprometidos en «octubre; no porque abrigue con respeto á ellos una desconfianza que «sienta mal en pechos hidalgos, sino para quitar á nuestros enemigos «este leve pretesto de alucinar.»

A pesar de hallarse estendida la insurreccion por una gran parte del territorio de la Península, el gobierno creyó oportuno aconsejar al

regente su salida de Madrid con la esperanza de que podria sofocarla.

El 21 de junio salió, pues, Espartero de Madrid, dejando la guarnicion á cargo de la milicia nacional, y dos horas despues salia tambien en direccion á Barcelona, pero yendo á dar la vuelta por Francia, el general D. Francisco Serrano y Dominguez, ministro de la guerra que habia sido en el gabinete Lopez. Iba con él D. Luiz Gonzalez Bravo, escritor público y diputado en la finida legislatura.

Estos dos señores entraron el 27 en Barcelona, y, acompañados por los vocales de la Junta, fueron á apearse en la fonda de las Cuatro Naciones.

Divulgada la noticia, se agolpó el pueblo á la puerta de la fonda, y al poco rato se presentaron en el balcon Serrano y Gonzalez Bravo, haciendo cada uno un discurso, que fué terminado por Serrano diciendo *guerra á la usurpacion* y *á la tiranía*, y por Gonzalez Bravo con el grito de *Abajo el tirano*.

Desde aquel momento la revolucion tomó ya un carácter mas decisivo y pudo creer asegurado su triunfo.

VI.

El mismo dia 27 de junio en que llegaron á Barcelona Serrano y Gonzalez Bravo, desembarcaron en el Grao de Valencia, trasluciéndose mas tarde por esta coincidencia la premeditacion y el órden del plan reaccionario, los generales D. Ramon María Narvaez y D. Manuel de la Concha, el brigadier D. Juan de la Pezuela y otros militares adictos al partido de la ex-regente.

Volviendo ahora á la Junta de Barcelona, esta apoyándose en la necesidad de establecer un gobierno central que uniformase la accion de todas las provincias, decretó en 28 de junio que quedaba constituido el ministerio Lopez, é ínterin se reunian sus demás miembros, se encargaba el general Serrano de todas las secretarías, considerándose este gabinete como *Gobierno provisional de la Nacion* hasta tanto que á su constitucion definitiva se adhiriesen todas las juntas provin-

ciales de la Península, representadas por dos comisionados de cada una reunidos en Junta Central.

El ministro universal Serrano prometió entonces solemnemente que dentro pocos dias la Junta Central estaria establecida en Madrid, salvándose así la reina, la constitucion y la libertad.

Durante su corta residencia en Barcelona y su viaje para la córte, dictó Serrano algunas providencias para el cabal triunfo del pronunciamiento y para remunerar á los que habian trabajado en favor del mismo.

Confirmó, entre otros, el nombramiento de brigadier que la Junta habia otorgado á Prim, y concedió á la villa de Reus el título de *ciudad* con el calificativo de *esforzada*, á las banderas de su milicia la corbata de San Fernando, y un escudo de distincion á cuantos tomaron parte en su defensa contra las tropas de Zurbano, resolviendo someter á las córtes un proyecto de ley para indemnizar á todos los que hubiesen sufrido pérdidas en el ataque del 11 de junio.

Serrano, al frente de varios batallones pronunciados, y acompañado de Prim que mandaba un cuerpo de voluntarios catalanes, vestidos con el pintoresco traje del país, se dirigió á Madrid, y entró en la corte, cuando, realizado ya el pronunciamiento en casi toda España, y llevada á cabo la farsa de Torrejon de Ardoz, hubo de embarcarse el regente del reino dirigiéndose á Inglaterra.

Reunido en Madrid el ministerio Lopez con el título de gobierno provisional, confirmó los empleos conferidos á D. Juan Prim, nombróle gobernador de Madrid, y además le otorgó título de Castilla con la denominacion de conde de Reus y vizconde del Bruch, cuyos títulos mandó S. M. que pudiese usar simultáneamente, sin cancelar el último, y que se transmitiesen á sus hijos y sucesores.

El mismo condado habia sido tambien concedido por el regente del reino D. Baldomero Espartero al general Zurbano que, representante entonces del llamado *principio de autoridad*, debia morir fusilado capitaneando mas tarde una sublevacion liberal en Castilla la Nueva.

A mediados de julio los liberales de Barcelona comenzaron á alarmarse con los nombramientos que hizo Serrano de ciertas personas de sospechosa procedencia política para varios empleos. La Junta supre-

ma representó en este sentido al gobierno provisional, y este contestó con el decreto de convocatoria de córtes generales.

Apenas vió la luz pública este decreto, recibió el gobierno provisional un manifiesto fechado en Madrid y firmado por un respetable número de ciudadanos, pidiendo la reunion de la Junta Central. En el mismo sentido representó la ciudad de Zaragoza.

Por lo que toca al pueblo liberal de Barcelona, que tan entusiasta y decididamente habia enarbolado esta bandera, aceptada por el ministro universal Serrano, dió luego á conocer su disgusto y manifestó claramente que no permitiria que de esta manera se defraudasen las esperanzas concebidas con motivo del pasado pronunciamiento.

El gobierno, deseando calmar los ánimos, creyó que lo conseguiria nombrando capitan general interino de Cataluña á D. Jaime Arbuthnot y comandante general de la provincia de Barcelona y gobernador de esta plaza á D. Juan Prim, conde de Reus, pensando que el prestigio adquirido por estos dos jefes en los últimos sucesos, lograria satisfacer á los descontentos y reprimir sus conatos de insurreccion.

No fué así, sin embargo, como vamos á ver.

VII.

Nombrado Prim para el mencionado cargo en 9 de agosto, salió inmediatamente para Barcelona, haciéndose seguir del batallon de voluntarios catalanes que habia llevado á Madrid.

«El nuevo nombramiento del liberal catalan, dice su ya citado bió»grafo el Sr. Gonzalez Llanos, le proporcionó muchos enemigos y »disgustos. D. Juan Prim, cumpliendo con el riguroso deber de mili»tar, obraba impulsado, no tan solo quizá por la ciega obediencia, si»no porque, compuesto el gobierno provisional de personas progre»sistas, no podia creer que rigiendo el timon del estado tales hombres, »peligrase la causa de la libertad, en cuya bandera tenia contraidos »compromisos espontáneos.»

El 13 de agosto tuvo lugar la primera manifestacion pública en

Barcelona á favor de la Junta Central paseándose por las calles una bandera con el lema de *viva la Junta Central.*

A consecuencia de este y algun otro hecho, el general Arbuthnot se refugió con sus escasas tropas en la ciudadela y dió al público el 16 una alocucion, que no produjo ningun efecto, procurando persuadir á los habitantes de esta provincia para que acatasen al gobierno y se reunieran contra los trastornadores públicos.

La Junta volvió á tomar el título de *suprema* que habia trocado por el de *ausiliar* allanándose á lo prevenido por el gobierno provisional al instalarse en Madrid; y armó nuevamente el batallon llamado de la *Blusa* que habia desarmado Arbuthnot, acuartelándolo en Atarazanas y confiriendo el cargo de gobernador de este fuerte á D. Francisco Torres y Riera.

Volvió á turbarse el sosiego público el 17, en cuya tarde llegó Prim á Barcelona, y pronto pudo conocerse cuánto habian variado desde junio las ideas del pueblo respecto de este jefe, pues al dirigirse á Atarazanas, se le negó redondamente la entrada.

Arengó Prim á las masas, dió á luz una proclama para calmar los ánimos, y en una reunion que bajo su presidencia celebraron varios miembros de la Junta, diputados provinciales, concejales, comandantes de la milicia y otras personas influyentes, se acordó, despues de prolongados y animadísimos debates, enviar á Madrid una comision compuesta de D. Antonio Benavent, D. José Queralt, presidente y vocal respectivos de la Junta suprema, D. Mariano Pons y Tárrech, secretario á la sazon del Ayuntamiento, y D. José Prats, mayor del escuadron de húsares de la milicia.

Salieron estos señores en la noche del 22 al 23 llevando una esposicion al gobierno en la que se hacia una reseña de los sucesos de Barcelona en aquellos dias, se rogaba la admision de la renuncia que habia hecho Arbuthnot, se pedia la Junta Central ó en su defecto córtes constituyentes, y se encarecia la necesidad de sancionar todas las disposiciones tomadas por la Junta suprema durante el pronunciamiento.

Dijose entonces que los comisonados llevaban tambien encargo de pedir al gobierno que confiriese al brigadier Prim la capitanía general de Cataluña y al de igual clase D. Narciso de Atmeller el car-

go de segundo cabo del distrito y gobernador militar de Barcelona.

Las pasiones estaban ya demasiado agitadas y demasiado acalorados los ánimos para ceder fácilmente.

El 1.° de setiembre hubo banquetes y fervorosos brindis en las fondas y cafés celebrando el aniversario del pronunciamiento liberal de 1840; por manera que los patriotas, segun observa un escritor contemporáneo, volvian otra vez á la época de Espartero, desengañados de que en los tres meses anteriores todo fué perfidia y traicion.

Reinó aquel dia cierto desasosiego y cierta alarma en Barcelona, y por la noche Prim fué á Atarazanas y dirigió al batallon de la Blusa una proclama conciliadora que, en vez de producir el efecto que aquella autoridad se esperaba, fué contestada con algunos gritos de *Viva la Junta Central!*

A media noche entró en la ciudad el batallon franco titulado *tercero de voluntarios de Cataluña*, y la llegada de aquella fuerza fué la señal del pronunciamiento, que se efectuó decididamente al siguiente dia.

El batallon que acababa de entrar se dirigió á la plaza de la Constitucion ó de San Jaime, donde se parapetó con fuertes barricadas.

En cuanto á Prim que, es preciso decirlo en su obsequio, nunca quizá habia dado pruebas de mayor serenidad y sangre fria, mandó que su compañía de guias se apoderase de la casa Lonja, en donde se reunieron las autoridades civiles y militares, escepto el Ayuntamiento. Poco despues, no creyéndose sin duda seguros allí, el jefe político, de acuerdo con el capitan general, mandó al brigadier Prim que se retirase con su compañía de guias á la ciudadela, retirándose con ellos á dicho fuerte las autoridades que no quisieron secundar el pronunciamiento.

Entregada ya á sí propia la ciudad, aquella misma tarde se instaló una *comision popular interina* que se convirtió al 3 en *Junta suprema provisional de la provincia de Barcelona*, siendo su presidente el coronel de infantería D. Antonio Baiges.

VIII.

Quedaba ya echada la suerte. La nueva Junta publicó su proclama y levantó resueltamente su bandera; las tropas quedaron unas en la ciudadela, y otras se fortificaron en el muelle y en la Barceloneta, mientras que los centralistas lo hacian en la Puerta de Mar y baluarte del Mediodia, en donde no tardó en tremolar una bandera negra. Todos se prepararon para el combate, que no se hizo esperar.

El 3 hubo ya rompimiento de hostilidades con motivo de haber intentado los centralistas impedir el desembarco de alguna fuerza que llegaba procedente de Tarragona, pero el 4 el fuego fué ya mas vivo y formal, habiendo de una y de otra parte bastantes pérdidas, pero superando estraordinariamente las de los centralistas, cuyo jefe principal, el coronel Baiges, murió de un balazo en el pecho al recorrer la línea de la muralla de Mar en el acto de mandar suspender el fuego, que era de todo punto inútil en aquel entonces.

La muerte de Baiges fué funesta para los centralistas. Con él moria el brazo derecho de la revolucion.

Su cadáver fué conducido al palacio de la Diputacion provincial donde permaneció espuesto al público por espacio de veinte y cuatro horas, y sus amigos, reunidos en torno del féretro, pronunciaron el juramento de vengarle.

D. Rafael Degollada se encargó entonces de la presidencia de la Junta.

Aquella misma tarde Prim llevó á cabo uno de aquellos actos de arrojo y desprecio de la vida, en él tan frecuentes. Recibió la órden de pasar á Gracia con sus guias y una partida de tropa, y lo efectuó pasando á escape con Milans, su estado mayor y fuerzas, por la carretera que rodeaba los muros de esta ciudad, esponiéndose con este arrojo á ser víctima del nutrido fuego que les hicieron los centralistas que coronaban las murallas.

Llegado á Gracia, ocupó esta poblacion con una corta fuerza de tro-

pa, su batallon de francos y la compañía de guias de su particular escolta, poniendo su cuartel general en la fábrica de vapor de D. Francisco Puigmartí, que era uno de los edificios que daban frente á Barcelona y del que no se movió, á pesar de que la mayor parte de los disparos de la ciudad iban dirigidos á esta fábrica, sabiendo que la ocupaba Prim.

No es nuestro ánimo hacer la historia de aquel levantamiento, digno por cierto de mejor éxito por la bondad de su causa y por el heroismo y la firmeza de sus partidarios. Solo hablaremos de él en lo que tenga relacion con el personaje de quien nos ocupamos.

Algunas poblaciones del Principado, si bien que pocas, secundaron el movimiento de Barcelona: Mataró, Gerona, Hostalrich y Olot.

En Lérida se hallaba el brigadier D. Narciso de Atmeller con el coronel D. Juan Martell, dos batallones de francos, resueltos á reunirse á todo trance con los pronunciados de Barcelona, un batallon de Zamora y algunas otras tropas del ejército en corto número, dispuestas, si bien que tibiamente, á seguir la suerte de sus compañeros.

Atmeller emprendió la marcha para esta capital, y llegado á Igualada, parece que escribió á Prim poniéndole de manifiesto su situacion crítica, el ánimo de sus subordinados en favor de los barceloneses, y lo conveniente que seria para entrambos el tener una entrevista en Molins de Rey.

La contestacion de Prim fué partir de Gracia en la tarde del 8 para Molins de Rey escoltado por una partida de caballería que tenia á sus órdenes.

Atmeller y Prim tuvieron el 9 una larga conferencia. Nunca se ha podido traslucir lo que pasó entre aquellos dos jefes, amigos hasta aquel dia. El resultado fué que Prim volvió á salir para Gracia, adicto al gobierno, y Atmeller se dirigió á Sans entrando al siguiente dia en Barcelona con su columna, esceptuando el batallon de Zamora que no quiso pronunciarse.

El pueblo de Barcelona recibió á Atmeller con sumo alborozo y entusiasmo, y en medio del júbilo que produjo su llegada, la Junta suprema dió á luz dos decretos: por el primero nombraba á Atmeller mariscal de campo de los ejércitos nacionales y le conferia la capitanía general del ejército y Principado de Cataluña. Por el segundo

declaraba á Prim traidor á la patria, privándole de todos sus grados, títulos, honores y condecoraciones.

En esto, una division centralista de la provincia de Gerona, capitaneada por el coronel Ballera, se iba acercando á la capital del Principado. La posicion de Prim, falto aun de tropas, era entonces terriblemente comprometida.

Una circunstancia inesperada vino á cambiar su situacion.

En las últimas horas de la noche del 11 al 12 de setiembre, en medio de un fuerte aguacero, salió de Barcelona en direccion á San Andrés de Palomar una columna de 3,000 hombres próximamente al mando de Atmeller, con quien iban el coronel Martell y el comandante Riera.

Llegados á San Andrés y pronunciado este pueblo, Atmeller dejó en él alguna fuerza y prosiguió su camino hácia Mataró, á cuya ciudad acababa de llegar el coronel Bellera con su columna, decidida á sostener á todo trance la bandera de Libertad y Junta central.

Bellera anhelaba marchar apresuradamente á Barcelona, pero sea que se opusiesen obstáculos, sea que su ardor fuese moderado por Atmeller, se detuvo allí y se incorporó con las fuerzas del referido brigadier, saliendo al fin la division reunida y pasando á establecer su cuartel general en Badalona el 15 de setiembre, acantonándose un batallon en San Adrian del Besós.

Aquel mismo dia llegó frente á Barcelona el mariscal de campo don Miguel Araoz, nombrado capitan general de Cataluña por el gobierno, y encargóse del mando, decidiéndose á tomar la ofensiva y á dar principio á las operaciones de la campaña, supuesto que estaban ya reunidas en los alrededores de Barcelona algunas tropas, llegadas de Aragon, Tarragona y Valencia.

Prim fué el destinado para obrar.

Dióle Araoz terminantes órdenes, y poniendo bajo su mando una pequeña columna formada de sus propias tropas y de uno de los batallones recien llegados, le encargó que se dirigiese á tomar el pueblo de San Andrés de Palomar, ocupado por una fuerza de los disidentes.

En cuanto Atmeller se enteró de esta maniobra, mandó que la brigada de Martell construyese un puente de carros sobre el Besós para acudir en ausilio de los entusiastas y valientes centralistas de San An-

drés, lo cual se verificó llegando dicha brigada al pueblo en ocasion en que los guias de Prim y una compañía de cazadores de Soria cargaban sobre algunas fuerzas centralistas que habian formado en la orilla derecha del rio, obligándolas á repasarlo.

Despues de esta escaramuza, en que verdaderamente no hubo victoria ni por una ni por otra parte, la cual tuvo lugar el 19 de setiembre, dispuso Prim sus tropas y artillería y al amanecer del 22 rompió el fuego contra San Andrés.

Si el ataque de Prim fué decidido y arrojado, la defensa de los centralistas fué heróica.

La providencia, empero, se negó en aquella época á proteger la causa cuya bandera habia arbolado Barcelona, y los centralistas fueron sucumbiendo en sus distintos baluartes, abandonándoles uno tras otro, pero dejando al menos consignados en las páginas de la historia recuerdos inolvidables de su valor, de su independencia y de su heroismo. Ya en otra obra hemos dicho que lo peor que podia sucederles era tener por contrario á Prim, jefe popular, de una resolucion á toda prueba, de una actividad incansable, de un valor que no se arredraba ante ningun peligro, y sobre todo, favorecido por una buena estrella que jamás ha dejado de alumbrarle, empeñándose en colmarle de favores y en hacerle el hijo mimado de la suerte.

Pero, volvamos á San Andrés.

Los valientes defensores de este pueblo sostuvieron por largo tiempo el combate, defendiendo el terreno palmo á palmo, en medio de un nutrido fuego á quema ropa y de distintos ataques á la bayoneta. Fueron, sin embargo, desalojados de su posicion, dejando en poder de las tropas de Prim algunas armas y municiones y sobre doscientos prisioneros.

Valió esta accion á Prim la promocion al empleo de mariscal de campo, cuya grata noticia le participó Serrano con una carta laudatoria del 25 de setiembre, remitiéndole á la vez la faja que llevaba puesta en el momento de recibir el parte.

Durante el ataque de San Andrés el general Araoz dirigió los fuegos de la Ciudadela y de Monjuich contra Barcelona. Los impávidos centralistas contestaron enarbolando banderas negras en sus fuertes.

Los jefes de las tropas que conducia Atmeller, disgustados por la

conducta de este, se separaron de su division con el intento de ir á propagar la insurreccion á otros pueblos de la provincia. Martell con ochocientos hombres se dirigió al campo de Tarragona; Riera con seiscientos probó inútilmente á romper la línea de bloqueo para introducirse en Barcelona; y Atmeller con el resto volvió á Mataró, donde los centralistas le rogaron en vano que se quedase para defender la ciudad, pues él se negó obstinadamente y emprendió la marcha para Gerona.

La partida de Riera fué dispersada, perdiendo doscientos hombres que cayeron prisioneros. Su jefe y diez oficiales se refugiaron en Sabadell, pero las tropas del gobierno expulsaron de allí á los centralistas en 24 de setiembre, y Riera y los referidos oficiales fueron capturados por el Ayuntamiento.

Prim entró aquella noche en Sabadell.

A los pocos dias el general Araoz fué relevado por el de igual clase D. Laureano Sanz, á causa, segun se dijo, de no haber querido seguir las instrucciones del gobierno que le prevenian tratase con mucho rigor á los pronunciados.

El 25 de setiembre se encargó del mando el nuevo general, y el primer hecho notable que ocurrió, fué la reduccion de Mataró á la obediencia del gobierno.

Tuvo esta lugar el 26, y Prim fué tambien quien llevó á cabo este notable hecho de armas.

Los centralistas de Mataró estaban resueltos á hacer una viva resistencia, y supieron hacerla.

Prim tuvo que hacer esfuerzos desesperados para penetrar en la ciudad. Si la atacó con heroismo, con heroismo fué defendida. La fama ha repartido sus laureles entre los vencedores y los vencidos.

¡Ojalá que la discordia, implacable siempre en su saña, no hubiese lastimosamente dividido á aquellos bravos, ahorrando así una escena de sangre y un dia de luto á Mataró y una página tristísima á la historia contemporánea!

Despues de una lucha de diez horas, Prim se apoderó de la ciudad conquistando un lauro inmarcesible, que brillaria mas espléndido aun sobre su frente si no lo hubiese alcanzado contra hermanos suyos.

El conde de Reus fué agraciado por esta accion con la gran cruz de San Fernando.

La retirada de Atmeller y la pérdida de Mataró fueron dos golpes fatales para los centralistas de Barcelona, pero no por esto se desanimaron, y continuó la lucha cada dia mas viva.

Mientras Barcelona se sostenia con una tenacidad y firmeza que recordaban su defensa á principios del siglo pasado contra las tropas de Felipe V, Prim se dirigió á Gerona en donde estaba Atmeller, y la sitió.

Duró este sitio hasta el 7 de noviembre, en cuyo dia Atmeller firmó con el conde de Reus una capitulacion cuyos artículos principales eran salir él libremente con la guarnicion centralista de Gerona para Figueras, mandar al gobernador de Hostalrich que entregase este castillo á las tropas del gobierno, enviar á Barcelona dos oficiales, uno de cada parte, para poner en noticia de la Junta estos pactos, y obligarse solemnemente ambos jefes á aceptar y conceder, despues del regreso de dichos oficiales, una capitulacion redactada sobre las bases de la de Zaragoza. Durante la ausencia de los comisionados, que no podia esceder de cinco dias, las fuerzas de Gerona y de Hostalrich debian permanecer en Figueras y en su castillo, sin poder hacer salidas ni practicar ninguna operacion militar; entendiéndose lo mismo respecto á la division Prim, que tomaria posicion á la derecha del Fluviá.

El dia 15 de noviembre llegó la noticia de haber sido declarada la reina mayor de edad, y esta noticia hizo que las cosas empezasen á variar de aspecto.

Barcelona hasta entonces se habia defendido con un entusiasmo y porfía de que hay pocos ejemplos en la historia de ninguna ciudad, reinando en medio de todo un órden admirable y reprimiendo la Junta con mano fuerte los pocos escesos que se cometieran.

Desde aquel dia comenzaron á entrar en pactos la Junta y el general Sanz, quedando firmada el 19 la capitulacion, altamente honrosa para los que por espacio de dos meses y medio habian sostenido la bandera centralista de un modo noble y heróico.

La historia no puede menos de reconocerlo así.

A pesar de la capitulacion de Barcelona, la bandera centralista continuó aun ondeando en Figueras.

Atmeller, manifestando entonces una energía y una resolucion que mejor que en aquel caso debiera haber tenido cuando se pronunció, negóse á entregar el castillo de Figueras declarando nulo el tratado de Gerona, por haberlo quebrantado, á su decir, la columna de Prim, pasando un batallon el Fluviá y ocupando otras tropas á Castellon de Ampurias, donde se fortificaron.

En vista de esto, Prim desde Vilafant publicó un bando terrible y fuerte, declarando traidores y foragidos á cuantos se encontraban en aquel castillo, y dictando varias disposiciones sobre su bloqueo. Las espresiones que usaba Prim en este bando eran realmente duras y mal sonantes.

Sometida Barcelona, partió el general Sanz para Figueras al objeto de reducir á los centralistas, pero despues de varias comunicaciones que mediaron entre él y Atmeller, no pudiendo acordar nada, regresó el 6 de diciembre á Barcelona dejando órdenes terminantes al conde de Reus, para que rompiera de nuevo las hostilidades.

El 11 de diciembre Sanz fué reemplazado en el mando de Cataluña por el baron de Meer, que tomó posesion el 19 y salió el 23 para Figueras, donde, despues de varias contestaciones con los bloqueados, y de una consulta hecha al gobierno, pudo conceder á aquellos una capitulacion análoga á la de Barcelona, que fué firmada y ratificada en 10 de enero de 1844.

Tal es en resúmen la historia del movimiento centralista de Barcelona; tal es la parte que tomó en los sucesos el personaje cuya reseña biográfica estamos haciendo.

Nosotros, aunque adictos á los principios que en aquella época proclamó Barcelona, no culparemos ni increparemos á Prim. Dejamos que otros juzguen su conducta en aquellas circunstancias.

Ya hemos dicho que nos constituíamos en meros cronistas y que no entraríamos á calificar su conducta.

IX.

Concluidas ya todas las operaciones militares de aquella corta, pero

sangrienta lucha, el general Prim hizo entrega de su division, y pidiendo una real licencia, que le fué concedida, pasó á Madrid á principios del año 1844.

La reaccion que temian los liberales catalanes, los defensores de la Junta Central, no se hizo esperar.

Los moderados se apoderaron de las riendas del gobierno sufriendo un cambio radical en pocos dias la situacion del país.

Dice un historiador:

"«Apoderado del mando por medio de su arma favorita, la intriga, »el partido moderado, Prim comprendió que el giro que tomaba la »cosa pública no era el que habia ansiado durante los últimos trastor»nos, y disgustado sobremanera, fué á Madrid en uso de real licen»cia, siendo luego nombrado gobernador y comandante general de »Ceuta, cargo que no admitió por estar ya en abierta oposicion, como »diputado, con la marcha de aquel gabinete. Contemplaba el conde »de Reus con profundo pesar la intolerancia y falta de liberalismo del »ministerio, del que habia esperado otra conducta muy diversa, lo cual »hacia fuese mirado, no solo como poco adicto al gobierno, sino como »sospechoso, llegando á infundir recelos á aquella malhadada situa»cion.»

En otra biografía de Prim, de autor anónimo, publicada en la obra en que se consignaron los apuntes biográficos de todos los diputados constituyentes de 1854, se leen tambien estas líneas, que trasladamos:

«Gracias á la conducta política de muchos progresistas, los mode»rados se apoderaron del poder cambiando radicalmente en pocos dias »la situacion del país. Varios de ellos, ó arrepentidos ó conociendo, »aunque tarde, su error, conspiraron y promovieron pronunciamien»tos para recobrar la libertad perdida, apoderándose del poder revo»lucionariamente.

«Leon, Vigo, Cartagena y Alicante se pronunciaron en efecto, pero »todos estos movimientos y otras conspiraciones que no llegaron á »vias de hecho fueron tan torpemente dirigidos, y habia llegado á ser »tan grande la division, la desmoralizacion introducidas en el seno del »partido liberal, que aquellos desgraciados acontecimientos solo sirvie»ron para derramar sangre y aumentar el número considerable de víc»timas de nuestras discordias civiles y para afianzar mas sólidamente

»en el poder al partido que entonces se apellidaba á sí mismo de la »reaccion ó la muerte.

«Sin duda que entonces el general Prim era ya del número de los »arrepentidos, como lo declaró mas tarde en un célebre manifiesto, »puesto que aparece en 1844 complicado en una conspiracion que »abortó en Madrid.»

Realmente fué así.

A últimos de 1844, estando ya Narvaez en el poder, apareció envuelto en una causa de conspiracion de las muchas que se formaron entonces contra personas de ideas progresistas.

Preso el 27 de octubre en su casa por órden del gobernador militar, fué conducido al cuartel de Santa Isabel, donde se le encerró en una mala habitacion, enteramente desamueblada y que no correspondia á su clase. Allí permaneció hasta el 29 del mismo mes que se le trasladó en un coche al cuartel del Conde-Duque, llamado de Guardias de Corps, designándole como encierro la torre.

Segun parece, figuraba en el proceso un individuo que, constituido en delator, le habia dado toda la gravedad. Era un tal Alberniz, oficial del ejército.

Acusábase á Prim de conspiracion y, cosa increible, de haber intentado el asesinato del presidente del consejo de ministros, D. Ramon María Narvaez.

Segun dice uno de los biógrafos citados, siguiéronse los trámites de la causa, faltándose de muchas maneras á lo prevenido por las leyes de enjuiciamiento militar, y veíase claramente en los autos la pasion con que se procedia, así con el general Prim, como con otras ocho personas acusadas con él. Por fin, el 4 de noviembre se celebró el consejo de guerra de generales en el salon de esgrima del colegio general militar para ver y fallar la causa; pero eran tales las faltas de formalidad cometidas por el fiscal, que en el fallo pronunciado por el tribunal se decretó la nulidad de lo actuado, mandando instruir nuevas diligencias.

El consejo se reunió de nuevo el 15 de noviembre.

Presidíale el general Piquero.

El fiscal leyó las declaraciones y cuanto comprendia la causa instruida últimamente, terminando por pedir la última pena para los acusados.

Los defensores espusieron al tribunal la sorpresa que les causaba el que no se les hubiese dado cuenta previamente de algunas diligencias, de que no habian tenido noticia sino en aquel momento, siendo así que les era indispensable conocer de ellas para poder hacer una completa defensa.

Accedió el consejo á esta súplica y se mandó suspender la vista de la causa por hora y media.

A las seis de la tarde volvió á continuar el juicio.

Mal parado quedó el fiscal de las denuncias que en las defensas se hicieron, llamando la atencion muy particularmente el que en una de ellas se quejasen de que se hubiese hecho declarar á la fuerza á uno de los testigos, y que otro fuese una persona misteriosa y desconocida, que no habia comparecido á rectificarse ni carearse con los acusados.

Mientras se fué á buscar al general Prim, que habia pedido presentarse ante el Consejo, conforme el derecho que le asistia con arreglo á las Reales Ordenanzas, cuya peticion hizo su defensor el general Schelly, se pasó á examinar al testigo Carlos Martinez, cuya declaracion era la que habian recusado los defensores diciendo que se la habian hecho prestar á la fuerza.

Grave era por cierto el hecho, y el Consejo estaba en la obligacion de ponerlo en claro.

Presente ya el citado Martinez, se le leyó su declaracion, y tuvo lugar el siguiente diálogo, con asombro de todos cuantos lo oyeron:

Testigo. Esta declaracion no la he dado yo.

Presidente. ¿V. no ha ido á casa del fiscal á declarar?

Testigo. Sí, señor.

Presidente. Ahora se leerá de nuevo la declaracion.

Se volvió á leer.

Testigo. Yo no he dicho eso.

Fiscal. V. lo ha dicho.

Testigo. Pero fué porque V. me amenazaba.

El escándalo que estas palabras produjeron fué grande entre los concurrentes. Sin necesidad de haberse anulado las primeras actuaciones, bastaba un hecho tan notable para hacer resaltar la pasion con que, segun lo espuesto por los defensores, se habia procedido en el enjuiciamiento.

Llegó en esto el instante de presentarse el general Prim, quien, en un discurso que los periódicos no vacilaron en calificar de notable y elocuente, trató de rebatir los cargos que se le hacian.

Hé aquí algunos de los párrafos que, indignado y con entonacion firme y segura, dejó brotar de sus labios en un momento tan solemne.

«Si el delito de que se me acusa, señores, fuera solo el de conspirador, seguramente que no me presentaria ante este respetable tribunal, porque entonces no mas se trataria que de mi existencia material; pero acusándoseme del infamante delito de asesinato, vengo á defender mi honor, que en todos tiempos ha sido la antorcha que ha iluminado los mas insignificantes pasos de mi vida.

»Despues de lo que ha expuesto el general Schelly en mi defensa, poco ó nada tendré que decir; pero, á falta de nuevos argumentos, presento mi frente serena al consejo, para que su ilustre perspicacia profundice y vea por la brillantez de mis ojos y los acompasados latidos de mi corazon, toda la pureza de mi alma. Y cuidado, señores, que el hombre no avezado con el crímen, si la fatalidad le arrastra á cometerlo, la fuerza de la conciencia no le permite presentarse con la serenidad que yo lo hago, ante sus inflexibles jueces. Yo tengo un nombre (*con profunda entereza*), un nombre que lo he llevado hasta el dia sin mancilla, y lo he adquirido, no solo porque me lo legaron mis padres, sino por la fuerza de mi corazon y de mi brazo y á costa de la mucha sangre que tengo derramada en los campos de batalla, siempre en defensa de mi patria y de mi Reina.»

Despues de quejarse de lo mal que habia sido tratado por el fiscal, y refutar sus cargos, continuó:

«Bastará, señores, decir, que cuando se levantó la bandera de Junta central en Cataluña y la vencí, no la vencí con las armas, sino por la persuasion á mis paisanos. Yo les decia, que los que habian levantado la bandera de la Junta central, habian olvidado que eran inconsecuentes á la bandera hermosa y noble, que habia levantado aquí el entonces ministro D. Joaquin María Lopez, bandera de paz y reconciliacion entre todos los partidos de Reina Constitucional. . . . . .

. . . . . .

»Yo les dí á mis paisanos la garantía (*cada vez mas afectado*) de que esa bandera seria una verdad; y al darles esa garantía, no hice mas

que trasmitir las que habia yo recibido de otros; les dije que conocia á los hombres de todos los partidos, y que vencida la Junta central, habria legalidad, habria justicia. Mis paisanos me creyeron, señores, se armaron contra la Junta central y aquella bandera fué batida. Y despues ¿qué ha sucedido? todo lo contrario de lo que ofrecí; y así es, que yo he aparecido entre mis paisanos como un hombre falso, como un traidor, habiendo obrado con toda la fe que obra un buen español amante de su Reina y de las libertades patrias.»

Tales eran las ideas del general Prim, en aquellos dias, en que la justicia era una fábula y la legalidad un fantasma invocado por muchos para escarnecerla; á propósito de lo cual, finalizó su peroracion aludiendo al fiscal de la causa en estas palabras:

«. . . . . y en fin, para vilipendio de nuestras leyes, para mengua de nuestra España y asombro del mundo civilizado, ha pedido la pena capital contra nueve hombres, diciendo: que no tenia que cansarse en probarlo, porque bastaban los indicios, y ha pedido esa pena, señores, sin mas razon que seguir una senda trazada, ni mas ley que su sed de sangre.»

Duras, terribles fueron estas últimas palabras pronunciadas por el conde de Reus, pero las justificaba de sobra este incalificable párrafo de la acusacion fiscal, que transcribimos para oprobio de aquella situacion.

El fiscal entiende, decia, *que perderia el tiempo que emplease para persuadir la existencia del hecho... tanto mayor cuanto que en los procesados ó encausados militarmente, no se necesita recurrir á aquellas pruebas luminosas de que habla la ley de Partidas, para poderse imponer la última pena*, PUES BASTA QUE HAYA CIERTOS INDICIOS *que convenzan el ánimo de los vocales del consejo de la certeza del delito y delincuente para su imposicion.*

¡Singular justicia y peregrina lógica la del fiscal!

A pesar de todo, el conde de Reus fué sentenciado por el consejo de guerra de generales á seis años de castillo en las islas Marianas. Fué en seguida conducido á Cádiz y encerrado en el castillo de San Sebastian, para á la primera proporcion ser embarcado, pero en el interin, recibió su indulto concediéndosele el cuartel para Ecija. La reina habia perdonado al general Prim, á ruegos de la señora madre de este.

En 22 de abril se le trasladó el cuartel á Madrid y en 19 de mayo obtuvo real licencia para Francia.

Durante los años de 1845, 1846 y parte del 1847, viajó casi continuamente por el estranjero. Estuvo en Francia, en Inglaterra, en Italia y otras naciones, dedicándose al estudio y adquiriendo muchos conocimientos científicos, comprometido tambien en asuntos políticos de nuestro país, hasta que en 1849, con motivo de la amnistía, regresó á Cádiz, volviéndose al poco tiempo á Francia, en donde permaneció hasta octubre de aquel año, época en que fué llamado para desempeñar un cargo.

X.

En efecto, al subir al ministerio el general D. Fernando de Córdoba, amigo del conde de Reus, deseando ver á este separado de la política, segun parece, nombróle en 20 de octubre capitan general de Puerto Rico, destino que aquel aceptó, encargándose el 4 de diciembre del mando de aquella Antilla.

Sirviendo este importantísimo cargo, recibió en 6 de julio de 1848 una apremiante comunicacion del gobernador dinamarqués de la isla de Santa Cruz, colonia inmediata á la isla de Puerto Rico, pidiéndole ausilio para contener una sublevacion de esclavos negros, que amenazaba emancipar la isla de la dominacion dinamarquesa, destruyendo la esclavitud.

Activo como siempre el conde de Reus, envió á las seis horas el socorro que deseaba el gobernador dinamarqués, consistente en una columna de cuatro compañías de preferencia, una seccion de artillería de montaña y una brigada de obreros á las órdenes de su jefe y acompañados de dos ayudantes de campo.

Gracias á este ausilio, tan pronto y generosamente enviado, salvárouse de una muerte cierta el gobernador y las autoridades dinamarquesas de la isla de Santa Cruz. Tan oportunamente llegó el socorro,

que el gobernador, próximo á sucumbir, se rehizo y dispersó á los negros, que se refugiaron en las montañas.

Por tan distinguido servicio el rey de Dinamarca concedió á Prim la gran cruz de Dannebroy, que el gobierno español le autorizó para usar en 19 de julio de 1849.

Sobre el mando del general Prim en Puerto Rico como capitan general, el historiador del E. M. militar se espresa en los siguientes términos:

«La administracion del conde de Reus en Puerto-Rico, fué recibida con grande aceptacion por el país, cuyos habitantes conservarán por mucho tiempo el recuerdo de este general, que procuró siempre su bienestar y tranquilidad. Uno de sus principales cuidados, fué el restablecer una buena disciplina entre los negros, y cortar abusos inveterados que destruian la propiedad de los blancos, y con este objeto redactó un código que intituló *Código negro*. Dió este muy buenos resultados; pero ya desgraciadamente no rige, por el interés que los magistrados tenian en que continuaran las cosas como estaban, porque de este modo y con sus eternos trámites y procedimientos, hacian su negocio en las infinitas causas que les proporcionaban los pequeños delitos que cometian los negros. Bastó, pues, este código para enemistar al conde de Reus con los magistrados, que despues le hicieron la guerra en el juicio de residencia, tomando por pretexto la ejecucion del *Aguila*.

»Era conocido bajo este nombre en Puerto-Rico, un famoso criminal que tenia en contínua alarma al país con sus fechorías. Si recibia un rico colono una invitacion del *Aguila*, para remitirle á un lugar señalado en la misma, una cierta cantidad de pesos fuertes, bien podia apresurarse á ejecutar lo que se le prevenia, so pena de ver aquella misma noche arder el mejor de sus cañaverales, porque el *Aguila* era hombre de palabra y nunca prometió hacer un daño que no lo cumpliese.

»Cundia por los campos la alarma, armaban los propietarios á sus negros con carabinas, poníanlos en acecho, todo era inútil; el *Aguila* paseaba su mano incendiaria por donde mejor le parecia, y en aquellos ricos campos quedaban marcadas las señales de su negra venganza, sin que nadie lo pudiera impedir. Lo peor del caso era, que cuando el *Aguila* caia en las garras de la justicia, y parecia que iba á

pagar de una vez todas las que habia hecho, sucedia todo lo contrario. El *Aguila* era en efecto procesado, amontonábanse piezas sobre piezas y alegatos sobre alegatos, y el incendiario tenia que ir soltando el fruto de sus crímenes ; pero una vez que ya no le quedaba nada, el *Aguila* desplumada volaba, sin saber cómo, de la jaula en que le guardaba la justicia y volvia á su vida habitual aun con mayor ahinco. Esto se habia repetido ya varias veces, cuando bajo el mando del general Prim fué cogido de nuevo.

»Era tal la fama de aquel criminal, que el conde de Reus fué á verle á su misma prision, y encontrando á un hombre de fisonomía simpática y expresiva, quiso probar si podia traerle al buen camino, y le dirigió palabras dignas y sentidas, prometiéndole el perdon en nombre de S.M., si pasado cierto tiempo de castigo correccional, bajo la vigilancia de las leyes, manifestaba haber entrado sinceramente por la senda del arrepentimiento: el *Aguila* conmovido al parecer, al oir un lenguaje que, segun dijo, nunca habia tenido ocasion de escuchar, prometió no escaparse y hacer cuanto estuviera de su parte para llegar á ser todo un hombre de bien.

»Pasó de este modo algun tiempo, y todos empezaban á creer en la conversion del *Aguila*, cuando de repente desapareció. El conde de Reus, justamente indignado entonces por esta conducta, y viendo que aquel criminal era incorregible, resolvió libertar al país de aquel azote, y levantado un somaten general como se acostumbra á hacer en Cataluña, el *Aguila* fué preso, juzgado por una comision militar, sentenciado y ejecutado en el breve plazo que previenen las leyes militares. Este fué el hecho por el cual hicieron cargo al general Prim en su juicio de residencia. »

Permaneció al frente de Puerto-Rico hasta que en 12 de setiembre de 1848, habiendo sido relevado del mando de aquella isla, lo entregó á su sucesor, que era el general D. Juan de la Pezuela.

XI.

Durante los años de 1849 hasta 1852 hizo varios viajes y estuvo de cuartel en diversos puntos, habiendo sido elegido diputado en

1850 por el tercer distrito de Barcelona, á pesar de la violenta oposicion del partido demócrata y de parte del progresista, que no le habia perdonado aun su conducta de 1843.

Al emprenderse la célebre guerra de Crimea entre las dos grandes potencias del Occidente y la Turquía, contra el imperio ruso, Prim, que se hallaba en París, solicitó ser enviado al teatro de la guerra que se inauguraba en Oriente. El teniente general D. Francisco Lersundi era entonces ministro de la guerra, y ordenó que pasase á estudiar las operaciones de aquella lucha memorable una comision militar, nombrando jefe de ella al general conde de Reus.

Este, pues, con varios oficiales á sus inmediatas órdenes, se trasladó á Turquía á primeros de setiembre, incorporándose al cuartel general del imperio otomano, á cuya cabeza se encontraba Omer Bajá, quien, segun parece, distinguió y obsequió muy particularmente al general catalan, formando tan escelente idea de su disposicion militar y de su franqueza, que no tenia inconveniente en consultarle de continuo sobre las operaciones militares.

Cuéntase entre otras cosas que el general Prim en la famosa batalla de Oltenitza aconsejó á Omer Bajá que colocase una batería de sus cañones á flor de agua. Aceptóse el consejo, y no debió arrepentirse el general turco, pues que produjo un gran resultado, contribuyendo no poco á la victoria.

El conde de Reus le mereció infinitas consideraciones á Omer Bajá, consideraciones que á porfía le tributaron tambien los demás generales turcos, obsequiándole con regalos de armas y caballos, siendo de mencionar entre las multiplicadas distinciones de que fué objeto, la honra que le dispensó el sultan regalándole un magnífico sable de honor y agraciándole con la condecoracion turca del Medjidie.

En el campamento de los ejércitos aliados Prim supo sostener con dignidad y nobleza el nombre español, y, si no fuera penetrar en los hechos de la vida privada, contaríamos un lance en que se acreditó de militar pundonoroso y de digno hijo del suelo español.

Por entonces su nombre, que comenzaba ya á tener cierta celebridad entre los estranjeros, la obtuvo por completo. Los periódicos ilustrados de Lóndres y París publicaron su retrato acompañado de sus apuntes biográficos.

XII.

Conocidos son los sucesos políticos que tuvieron lugar en junio y julio de 1854.

Odonell se levantó en Vicálvaro y pasó á Manzanares en donde firmó el célebre programa que lleva aquel nombre; Barcelona, Valladolid y Zaragoza se pronunciaron las primeras contra un gobierno inmoral, que cayó al fin bajo el justo anatema de la execracion universal.

Zaragoza envió á buscar al duque de la Victoria, que vivia retirado en Logroño, para que se pusiese al frente de aquel patriótico movimiento.

Así fué como al cabo de once años, por medio de esta rehabilitacion solemne, España se arrepentia de los sucesos del 43 y confesaba su error.

Fué un magnífico espectáculo el que entonces ofreció la nacion.

Estos acontecimientos políticos interrumpieron los estudios militares que verificaba el general Prim en Oriente. Al recibir la primera noticia de la revolucion ocurrida en España, regresó inmediatamente, publicó un manifiesto, que causó mucho ruido y dió mucho que hablar, y se dedicó luego á procurar la terminacion de una *Memoria* sobre su viaje militar á Oriente, que, en union de los demás individuos de la comision, presentó al gobierno, trabajo científico y recomendable, en el que, tratándose de las campañas de 1853 y 1854, se hace además una descripcion histórica y geográfica de Turquía.

La provincia de Barcelona le eligió por uno de sus diputados en las córtes constituyentes, aunque solo fué en segundas elecciones. Muchos progresistas se empeñaban aun en no perdonarle su conducta del 43.

Tomó asiento en la Asamblea, aunque asistió poco á las sesiones, siendo nombrado poco despues capitan general del reino de Granada.

Pasó el nuevo capitan general una revista á las fuerzas militares de la provincia de su cargo, trasladándose á Melilla, cuya guarnicion,

mandada por el brigadier Buceta, ejecutó varias salidas contra los moros en su presencia.

Por un real decreto publicado el 31 de enero de 1856 fué Prim promovido al empleo de teniente general.

A principios de este mismo año pasó á Paris, donde se efectuó su enlace con D.ª Francisca Aguero, heredera de una gran fortuna.

Ninguna parte tuvo en los sucesos que tuvieron lugar en nuestro país á mediados de 1856.

Volvió á caer Espartero, y su caida fué la precursora de una nueva reaccion.

Narvaez volvió á subir al poder.

En marzo de 1857, con motivo de haber llamado córtes el nuevo gobierno, D. Juan Prim fué propuesto por el distrito tercero de Barcelona y aceptado por el comité progresista de la provincia.

Fué la primera vez, despues del 43, que todos se unieron para proclamar á Prim. Los progresistas que le eran amigos, los progresistas que le eran enemigos, los demócratas, todos estuvieron unánimes entonces. Hé aquí, para prueba, el manifiesto que publicó la Junta progresista, manifiesto al pié del cual se leen las firmas de antiguos centralistas y demócratas.

JUNTA DIRECTIVA DE LA PROVINCIA DE BARCELONA.

A los electores de Barcelona.

«Vuestra Junta ha procedido delicadamente en el cumplimiento de su mision importante. No ha impuesto ni designado siquiera candidato ninguno. Se ha limitado á corresponder dignamente á la honrosa confianza con que la distinguisteis. Procedió en el momento mismo de su instalacion, á crear comisiones numerosas en los cuatro distritos de esta capital. Personas muy recomendables por su probado patriotismo, y personas muy recomendables por sus hidalgos y nobles sentimientos las componen. Por dichas Comisiones se han consultado los cuerpos electorales respectivos, con el celo mas justificado y con la legalidad mas estricta. Han sido en consecuencia proclamados por unanimidad los cuatro candidatos siguientes.

PARA EL DISTRITO PRIMERO.

D. Baldomero Espartero.

PARA EL SEGUNDO.

D. Baldomero Espartero.

PARA EL TERCERO.

D. Juan Prim.

PARA EL CUARTO.

D. Pascual Madoz.

«Electores: Se trata del ejercicio de un precioso derecho político que la ley otorga para que resulte la representacion nacional. Cumpla cada cual con su deber, como con el suyo cumple vuestra Junta.

Barcelona 22 de marzo de 1857.

El presidente, Mariano Pons y Tárrech.—Victor Balaguer.—Camilo Puig Oriol.—Antonio Pareto.—Francisco Estruch.—José Ballester y Amell.—Juan Bautista Marrugat.—Agustin Aymar.—Manuel Torrens y Ramalló.—Antonio Bulbena.—Ramon Negrevernis.—Antonio Mola y Argemí, vocal secretario.»

Toda clase de manejos se pusieron entonces en planta para impedir el triunfo del partido progresista. Se cometieron por los delegados del gobierno escándalos y arbitrariedades, que desgraciadamente tenian ejemplo en otras épocas reaccionarias.

Prim fué vencido en Barcelona, pero salió triunfante en Reus.

Caido el gabinete Narvaez en octubre de 1858 dejando en pos de sí la amarga memoria de sus injusticias é ilegalidades, el general Odonell fué llamado de nuevo á los consejos de la corona y nombrado presidente del consejo de ministros.

Una de sus primeras resoluciones fué la de aumentar el número de los senadores para equilibrar mejor los partidos en la alta cámara, y el teniente general D. Juan Prim, agraciado con aquel cargo, tomó asiento y juró en la alta cámara.

XIII.

Prim se ha dado á conocer ventajosamente como orador las varias veces que ha tomado asiento en el congreso de diputados.

En la tribuna ha tenido rasgos verdaderamente patrióticos.

Hé aquí las palabras que, con motivo del estado de sitio, que tan injustamente y por tan largo tiempo ha pesado sobre el pueblo catalan, profirió un dia en el congreso:

«Sufre y calla, desgraciada patria mia, sufre y calla, pero no te »rindas; no rindas esa cerviz que hace tu fuerza y tu gloria; muerde »los hierros en silencio y espera; porque, ó no hay Dios en los cielos, »ó ha de llegar el dia de la reparacion, el dia de la justicia.»

En otra ocasion, combatiendo los abusos cometidos por un ministro moderado, en una eleccion de diputados á córtes, pronunció un enérgico discurso del que entresacamos los siguientes párrafos:

«En este estado la cosa, el gobierno rompe el fuego contra el comité céntral establecido en Madrid, y el comité quedó disuelto, siéndolo tambien el de Barcelona y otros puntos. Aquí la razon que se dió para disolverle, fué, que el comité se componia de mas de veinte personas, y el de Barcelona se disolvió justamente por no componerse de esas veinte. Verdad es, señores, que lo mismo aquí, que en Barcelona, que en todas partes, segun el sentir del gobierno, los comités podian turbar el órden público. ¡Órden público! Terribles palabras, que debian estar escritas, y escritas están con letras de sangre y fuego en las páginas de todas las naciones: terribles palabras, que debiendo ser sagradas, pues que significan la paz, el órden y la proteccion á todos, han sido el pretexto bajo el que se han cometido las mas monstruosas iniquidades, las mas espantosas amenazas, y hasta las mas negras traiciones. . . . . .

«¿Pero qué delito has cometido, pueblo desgraciado, para haber sido oprimido y maltratado por los grandes de la tierra desde que naciste? Con la particularidad, de que exceptuando los siglos de hierro, en que los condes y barones se declararon dueños de honras, vi-

das y haciendas, por la razon de sus mazas y por la ley de sus espadas; que exceptuando los siglos de la fe, puesto que en nombre de la fe eran los ciudadanos conducidos á centenares á las hogueras, en todas las demás edades la opresion, la tiranía y vasallaje de los pueblos, se ha operado en nombre del órden público. Y el mal viene de muy léjos, señores: el rey de Judea, para evitar que Jesucristo un dia trastornase el mundo, puesto que nacia con la mision de emancipar el género humano, ordenó el degüello de los inocentes; treinta y tres años despues, el mismo Jesucristo fué crucificado por haber atentado á lo que entonces, como ahora, se llamaba órden público; en los dias corrompidos de la antigua Roma, en los reinados de Tiberio, de Neron y de Galba, ya el mundo fué testigo de iniquidades y crueldades sin cuento, cometidas en nombre del órden público; en nuestros dias hemos visto á Polonia despedazada, sus tierras yermas, su libertad perdida todo en nombre del órden publico: «*el órden reina en Varsovia:*» la Hungría ha visto atacados sus pueblos, azotadas sus mujeres, arrebatadas completamente sus libertades en nombre del órden público: al Austria, á todos los Estados de la Confederacion germánica, les ha sido arrancada su libertad en nombre del órden público; ahora mismo están agonizando las libertades del reino de Prusia; los cadalsos levantados en Nápoles, las cárceles y presidios, llenos de sus mas ilustres ciudadanos, y la opresion mas tiránica ejerciéndose por los austriacos en Lombardía; las libertades muertas en Toscana, y la reaccion allí operada hasta el punto de hacer morir á personas porque no son católicos apostólicos romanos; la invasion de Portugal y Roma por las naciones aliadas; la inquisicion restablecida en los Estados de la Iglesia: todo esto, señores, se ha hecho á pretexto del órden público; por fin, en nombre de este mismo órden público, no hace muchos años que hemos visto en nuestra España violencias, ultrajes, prisiones, deportaciones y toda clase de iniquidades.....» Y refiriéndose á la ayuda legal prestada en la misma eleccion por los fabricantes de Barcelona, añadió: «Y han ayudado, porque son hombres de convicciones, porque son hombres que quieren que se mantengan ilesas las libertades patrias.....»

Otra vez defendia la libertad de imprenta.

«Cosa singular, señores, es lo que estamos viendo,—dijo.—Preci-

samente aquellos hombres que mas deben á la prensa, son los que peor la tratan. Pero, yo quisiera saber ¿qué seria de vosotros que habeis salido de la nada, si no hubierais encontrado en vuestro camino á la prensa para daros á conocer y haceros salir de la misma nada? Seriais lo que fueron vuestros padres sin duda, hombres honrados, pero modestos, y que jamás hubierais salido de vuestra esfera, ni dado á conocer, ni mucho menos llegado á ser consejeros de la corona. Pues si lo que sois se lo debeis á la prensa, ¿por qué, ingratos, insultais á vuestra madre y la devorais como el Dios de la mitología devoraba á sus propios hijos? ¿creeis tal vez, como hombres de estado, que la prensa puede perjudicar al país por lo que diga, y la quereis matar, no teniendo en cuenta que sin la refulgente luz que la prensa ha derramado por todo el mundo, el mundo estaria en tinieblas?

»Recorred las páginas del célebre publicista Bonald, y encontrareis una verdad constante. «Un estado, dice, puede ser agitado por lo que la prensa diga; pero ese mismo estado puede morir por lo que la prensa calle; para el primer mal hay remedio en las leyes; para el segundo ninguno: de consiguiente es la muerte.» Dejad pues, de perseguir la prensa; quitad esa argolla que la está ahogando, porque si muere, morirá tambien la tribuna; y una vez muerta la prensa y la tribuna, morireis vosotros, porque sois demasiado ilustrados para pretender que podeis sobrevivir al régimen constitucional.»

Hé aquí ahora algunos trozos del discurso que pronunció combatiendo los abusos del gobierno moderado:

«Decia que por haber quedado impunes los abusos de los gobier»nos y sus agentes, se han repetido, lo que es peor, se repetirán, y se »repetirán hasta tanto que el sistema representativo sea una verdad: »y este no lo será tampoco, hasta que sea una verdad la responsabili»dad ministerial. El Rey reina y no gobierna, y por consiguiente, no »le alcanza responsabilidad alguna; convenido, y en derecho así es, »así debe ser y no puede ser otra cosa.

Estos dias se ha puesto en tela de juicio este principio, que para «mí es inconcuso; se ha hecho mas, pues se ha negado desde el mo»mento que se ha sentado el contra-principio de que el Rey reina y »no gobierna. Eso, señores, estaria bien en tiempo de los reyes abso-

»lutos cuando disponian de la autoridad suprema; en aquellos tiem»pos perfectamente definidos por Luis XIV con las palabras *L' Etat »c' est moi*; y así era, porque el pueblo no valia nada, no era nada, »no podia nada, y el Rey lo valia todo, ó podia todo y lo era todo.

»Pero desde el momento en que los pueblos tuvieron fuerza y va»lor para hacer transigir á los reyes, desde el momento en que los pue»blos conquistaron sus derechos, y concretándonos á nuestra España, »desde que tuvo fuerza y valor para escribir en su constitucion un »artículo que dice: *Que los decretos del Rey no tendrán fuerza ni valor »ninguno, ni serán obedecidos por los funcionarios públicos sin que es»tén refrendados por los ministros*, desde entonces, digo, el Rey per»dió la autoridad de gobernar. Si el momento fuera oportuno, yo en»traria de lleno en esta cuestion, entraria á banderas desplegadas, »y entraria á sostener mi tésis con tal riqueza y abundancia de argu»mentos, que probaria mas claro que la luz del dia, que el Rey rei»na, pero no gobierna. Pero el momento no es oportuno; baste lo di»cho, y sirva de contestacion á lo que se ha dicho en otro lugar so»bre esa heregía constitucional.»

No queremos concluir esta breve apreciacion de Prim como orador sin recordar unas palabras que pronunció en el mismo congreso, en época en que se temia que la reaccion iba á dar un golpe de estado reformando la Constitucion en sentido retrógrado. Despues de esplicar que al partido liberal debia el trono D.ª Isabel II y predecir los peligros que resultarian de no respetar la libertad del pueblo español, acabó su discurso con estas palabras:

«Esta es la apreciacion que yo hago, esta es la apreciacion que vosotros deberiais hacer tambien de la situacion política é histórica del país; pero si quereis desconocer estas verdades, decidlo, y de una vez acabemos con la farsa y la comedia; tened el valor de vuestras opiniones; enarbolad valientes vuestra bandera; los hijos de la libertad enarbolarán tambien la suya, y resolveremos en una gran batalla si la España de Padilla ha de ser libre ó ha de ser esclava; porque el que crea que se ha de hacer aquí impunemente lo que se ha hecho en otra parte, se engaña torpemente: aquí estamos muy preparados y muy dispuestos á pelear en nombre de la sacrosanta libertad, y como nuestra divisa el dia del combate será vencer ó morir, vencerémos.

Y, ¡ay de los enemigos de la libertad en aquel tremendo dia! No olvideis la profecía.»

En el senado solo ha tomado hasta ahora una vez la palabra haciendo un discurso verdaderamente notable sobre la grave cuestion de la deuda de Méjico.

XIV.

Al declararse la guerra de España contra Marruecos, D. Juan Prim fué nombrado para el mando en jefe de la division de reserva, compuesta de dos brigadas de cuatro batallones cada una, de doce piezas de artillería y un escuadron de caballería, cuyo mando tomó en Málaga, pasando á Antequera á organizarla.

Trasladóse de dicho punto á Algeciras donde se embarcó para Ceuta.

Lo que ha hecho en la guerra de Africa todos lo saben.

Su historia en esta campaña es una epopeya.

Nuestros lectores la conocen, porque se la hemos ido narrando en las páginas de esta obra.

Solo nos permitirán que, pues hablamos de él, insertemos su hoja de servicios en esta última guerra, hoja de servicios que está en los partes oficiales del general en jefe.

El 18 de diciembre decia D. Leopoldo Odonell, hablando de la accion del 12:

«Debo tambien hacer presente á V. E., rogándole lo haga á S. M. la Reina, *el comportamiento distinguido del general Prim. Si su valor y serenidad no fuesen conocidos, como lo son en el ejército, este solo hecho bastaría para adquirirle con justicia el título de valiente y entendido.*»

El dia 17 hubo otra accion, de la que daba parte O'donell con fecha 21 de diciembre, y dice: —«Testigo de las acertadas disposiciones tomadas por el conde de Reus, cábeme la satisfaccion de anunciárselo á V. E. para el debido conocimiento de S. M. la REINA, etc.

El 22 del mismo mes, con motivo de un nuevo encuentro, dice el general en jefe: «Que está altamente satisfecho de la prontitud é inteligencia con que fueron ejecutadas sus órdenes, y *muy particularmente de la tranquilidad y acierto con que el general conde de Reus dirigió todas sus operaciones.*»

El dia 1.° de enero, con motivo de la accion de los Castillejos.—«El general Prim ha avanzado mas de lo que le tenia prevenido tomando posiciones en las que acampa esta noche su division..... considero este hecho de armas el mas importante ocurrido hasta hoy porque el enemigo ha resistido con tenacidad. Acampamos en las posiciones conquistadas... Los generales Zabala, Prim y Odonell se han distinguido de un modo notable.»

En el parte detallado de esta misma accion, hablando de haber sido llevadas algunas operaciones que encomendó al conde de Reus, á término feliz con la mayor impetuosidad, dice entre otras cosas que tanto le distinguen: «A las tres de la tarde, reforzado el enemigo, con los numerosos grupos que seguian sin cesar incorporándosele, atacó otra vez de un modo desesperado las posiciones ocupadas por el conde de Reus, pero *este con ese valor sereno que tanto le caracteriza*, poniéndose al frente de sus batallones al grito eléctrico de ¡VIVA LA REINA! salió al encuentro del enemigo, que como un raudal impetuoso descendia de los cercanos montes. Pronto llegaron á cruzarse las bayonetas y gumías, siguiéndose por algunos momentos una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, de la que salieron vencedores nuestros batallones. El enemigo volvió las espaldas, y el estandarte de San Fernando, tremolado por el mismo conde de Reus, ondeó de nuevo en la importante posicion tres veces disputada.»

Desde el campamento del rio Capitanes con fecha 11 de enero en el ataque que intentaron los enemigos contra nuestras tropas el dia anterior, dice del general Prim, que mandaba interinamente el segundo cuerpo, *que dirigió el combate con notable acierto y bizarría.*

Hablando el general en jefe de la victoria obtenida en los montes de Cabo Negro, se espresa así:

«*El general conde de Reus, con esa bravura que le hace siempre notable, se colocó al frente de sus tropas y dirigiéndolas marchó al enemo resueltamente...*» Y al hacer en el referido parte recomendacion en

general de los que se habian distinguido, añade: «*No obstante, la justicia exige que nombre y coloque en primer lugar al teniente general conde de Reus, que desplegó durante todo el dia tanta inteligencia en dirigir los ataques como en llevarlos á cabo.*»

En el parte detallado de la batalla del 4 de febrero se dice:

«*El general conde de Reus, al frente de sus batallones, se lanzó á la trinchera...*

El conde de Reus, dando el ejemplo, penetró por la tronera de uno de sus cañones.

No tardaremos en decir lo que hizo este general en Wad-Ras y de que modo habla de él el parte oficial de aquella célebre batalla.

Tal es Prim.

¿Qué reserva á ese hombre el porvenir?

DIAS DE TREGUA.

I.

Volvamos ahora á continuar nuestra narracion, interrumpida para dar cuenta de los festejos celebrados en Barcelona y para escribir la biografía del general Prim.

Copiando cartas de algunos corresponsales y anotando hechos que particularmente se nos habian comunicado, hemos tratado de hacer una fiel y verídica descripcion de la ciudad de Tetuan y de las costumbres de sus moradores antes de la entrada de nuestras tropas en ella.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra narracion.

Creemos haber dicho ya que el ejército quedó acampado del modo siguiente: la division al mando de Rubin ocupando la Aduana, el fuerte de la embocadura del rio y el reducto de la Estrella; el cuartel del general en jefe y el tercer cuerpo acampados en los risueños huertos y jardines que se estienden desde la orilla izquierda del rio hasta las faldas de los montes donde el ejército marroquí tenia el 4 su campamento; la division Rios guarneciendo la ciudad y los fuertes, y el segundo cuerpo acampado á las órdenes del general Prim en el punto mas avanzado, sobre el camino de Tánjer, dominando un estenso valle circundado de elevadas montañas.

Por lo que toca á la ciudad, ya hemos dicho que se nombró una especie de Ayuntamiento, compuesto de moros y judíos, los cuales, mo-

vidos por el activo general Rios, trataron de ordenarlo y organizarlo todo.

En pocos dias presentó Tetuan un nuevo aspecto.

Publicáronse bandos para que se guardase el mayor respeto á la propiedad, se nombraron serenos moros, que iban acompañados de patrullas de soldados españoles, se invitó á los moros de las cercanías á que trajesen al mercado comestibles, garantizándoles la seguridad y el provecho, y se llamó por edictos á los que habian abandonado sus casas y demás propiedades, conminándoles con que de no hacerlo en el plazo que se fijó, el estado se incautaria de todo.

Efecto de estos bandos y edictos, fueron llegando poco á poco á Tetuan familias que la habian abandonado al aproximarse nuestras tropas, estableciéndose cierta fraternidad entre nuestros soldados y los moradores.

Cada dia, pues, entraban en Tetuan moros pacíficos con sus mujeres, sabedores de que los españoles respetaban sus propiedades, sus mujeres y sus creencias. Empero, corrian los campos impidiéndoles el paso unos 200 bandoleros de los suyos, en pequeñas partidas, los cuales, al verles dirigirse á la ciudad, les maltrataban y robaban. Entonces, algunas de las familias que prentendian volver, enviaron un aviso pidiendo se les mandase alguna tropa para protegerles, pero negóse á darla el general Rios, diciéndoles que se defendiesen los unos contra los otros, para lo cual prestaria las armas que necesitasen, ofreciendo media onza para cada uno de los bandoleros que le trajesen muerto ó vivo.

Al mismo tiempo se establecieron hospitales para cristianos, moros y judíos; se situó el mercado en la calle que tomó el nombre de Albuera, cerca de una de las puertas de la ciudad, á fin de que pudiesen acudir á la compra cómodamente los soldados de todos los campamentos.

Alumbráronse de noche las calles, y organizóse una policía política y de seguridad, la cual procedió inmediatamente á formar un padron por barrios, designando las casas vacías y las ocupadas, numerándolas todas y espresando el número de sus habitantes con sus nombres y los datos posibles acerca de los que se hallaban ausentes. Al hacer el empadronamiento de los judíos y moros, no solo se les pregun-

taba su edad, estado, naturaleza y profesion, sino además si sabian leer y escribir.

En pocos dias quedaron abiertos varios establecimientos públicos. Sin contar las fondas, entre las cuales eran las mejores las llamadas de España, de Sevilla y del Duque de Tetuan, abriéronse muchas tiendas de ropa hecha, sastrerías, zapaterías—una de estas se titulaba *La catalana*—y varios cafés.

Tambien se concedió permiso para vender á los moros y judíos que lo solicitaron.

Abrióse asimismo al público la administracion de correos, que fué situada en una pequeña mezquita en la plaza de España.

Empezáronse y siguieron además con creciente actividad las obras públicas. En la plaza que acabamos de citar se veia un considerable acopio de ladrillos, trabajando con ardor en ellas los soldados.

En el barrio de Rab-el-Remoud se comenzaron á derribar multitud de casas que estaban adheridas á la batería que en uno de sus estremos tenian los moros. Partiendo de la plaza de España, y siguiendo la calle llamada del Rey, tambien se empezaron á tirar por tierra derruidas casuchas, dejando una ancha calle que comunicara con la plaza de Sevilla y desde allí á la puerta de la Reina.

Al O. de la ciudad, dentro del muro, existia una huerta magnífica de unos mil piés de longitud por trescientos de latitud. Se cortaron los árboles, se cegaron las zanjas, se terraplenó el piso, y se mandaron construir allí grandes barracones para la tropa.

Al propio tiempo comenzóse á trabajar activamente para poner la ciudad en estado de defensa, construyéndose un tambor abaluartado á la izquierda de la puerta del Cid y levantándose otros en todos los frentes largos y ángulos salientes para que se cruzaran sus fuegos.

II.

Interin el general Odonell, con su conocida actividad, dictaba cuantas disposiciones creia necesarias para emprender las operaciones de la segunda campaña, cuyo término parecia ser la toma de

Tánjer, salian todos los dias de Tetuan pequeñas columnas para reconocer las aldeas y pueblos inmediatos.

El general Odonell (D. Enrique) avanzó el 8 con una brigada de su division por el camino de Tánjer, hasta la distancia de dos leguas, y el general Prim, con el resto de su cuerpo de ejército, verificó lo mismo en otra direccion.

Este último entró en dos pueblecillos en estremo pintorescos; uno de ellos se llamaba Sausa, fundado casi en el estremo del valle, situado entre dos sierras llenas de árboles copudos, rodeado de huertas, arboledas de limoneros, algarrobos y cañaverales: veíanse correr por todas partes abundantes manantiales y fuentes, y en su calle ó callejon principal se elevaba una blanca mezquita.

Cerca de este lugar nuestros soldados hallaron tendida en el camino á una pobre anciana, que habia huido de la ciudad, temerosa de los españoles, y que no habiendo podido seguir adelante, habia sido abandonada por los suyos. La pobre vieja estaba conmovida; nuestros soldados trataron de darla aliento, y observando que no podia moverse, improvisaron una camilla para llevarla en hombros, como así lo hicieron, hasta Tetuan.

Ya hemos hablado de la embajada que el dia 11 de febrero se presentó al general Odonell, el cual envió al general Ustariz á Madrid con pliegos.

A pesar de las negociaciones entabladas para la paz demandada por Muley Abbas, los moros de las cercanías de Tetuan estaban continuamente acechando á nuestros soldados para cometer algun acto de inhumanidad ó de venganza. El mismo dia 11 tuvimos que deplorar algunas víctimas del furor marroquí.

Algunos soldados se habian apartado del campamento para ir á merodear por las huertas en busca de naranjas, faltando así á las terminantes prescripciones de sus jefes. Unos moros, que estaban en acecho, Dios sabe desde cuando, les vieron llegar y dispararon contra ellos sus espingardas. Cuando, al ruido de los tiros, acudió un piquete de infantería con dos camillas á aquel sitio, encontraron á dos granaderos de Albuera gravemente heridos, uno en el pecho y otro de un balazo que le habia roto la rodilla. A mas, se habian llevado á un cazador, al que tratarian sin duda con la crueldad que tenian de costumbre.

En este mismo dia los jefes y oficiales de cada cuerpo pasaron á felicitar al general Odonell por la gracia que acababa de concederle S. M. nombrándole duque de Tetuan.

III.

Fué el dia 12 un grandioso dia para el ejército español.

Una ceremonia religiosa, la primera que tenia lugar en la nueva ciudad española, congregó en la plaza mayor á varias divisiones de los cuerpos espedicionarios. Tratábase de celebrar la primera misa en la antigua mezquita, convertida en templo, bajo la advocacion de la *Vírgen de las Victorias*.

A las diez de la mañana, habiendo amanecido un dia sereno y un cielo brillante, formaron en columna cerrada las tropas del cuerpo de ejército á las inmediatas órdenes del general Rios, en la gran plaza de la ciudad, bautizada ya con el nombre de *España*.

El nuevo templo católico estaba sencillamente adornado con macetas de flores en torno del surtidor ó fuente que se veia en el centro del patio. Interiormente, una modesta mesa constituia el altar mayor, sin mas adornos que un blanco mantel, un crucifijo en medio de unos cuantos candeleros, y un pequeño cuadro de la Vírgen colgado de la pared. El templo estaba á cargo del padre Sabater, misionero catalan, que con algunos compañeros suyos fué á llenar sus deberes caritativos en Tetuan, despues de haber pasado mucho tiempo asistiendo á los enfermos y heridos en los hospitales de Ceuta.

Poco mas de las once serian, cuando anunció un corneta la llegada del nuevo duque de Tetuan, que con su brillante estado mayor entró en la plaza, siendo recibido con los honores que á su alta gerarquía correspondian, y habiéndose apeado á la puerta de la ya católica basílica, dióse principio al ceremonial, bendiciendo las puertas de la iglesia, que se abrieron despues de haber aplicado á ella tres golpes el padre Sabater. Penetró este acto contínuo en el interior seguido de su comitiva, compuesta de varios misioneros y de capellanes

castrenses, y ante el altar de la Vírgen de las Victorias, postrados todos de rodillas, imploraron clemencia para España y sus denodados hijos.

Terminado este acto, dió comienzo la solemne misa, que dijo el mismo jefe de la mision.

Los generales duque de Tetuan, condes de Reus y Almina, Rios, Orozco y Quesada, asistian á la sagrada ceremonia dentro del patio cuadrangular, que servia de vestíbulo á la iglesia. Allí, inclinados ante la magestad del Altísimo, daban al ejército y al pueblo digno ejemplo de piedad, como en los dias anteriores se lo habian dado de bravura.

Las divisiones asistian á la ceremonia desde la plaza.

Sublime y conmovedora era aquella escena. Nuestros valientes soldados inclinaban respetuosos su frente y doblaban la rodilla ante el Rey de reyes, y el pueblo, cristiano, moro y hebreo, en confuso tropel, contemplaba atónito la solemnidad del culto católico, en tanto que el ungido del Señor ofrecia al Eterno el sacrificio incruento y entonaba el cántico de gratitud por los triunfos debidos al favor de la Providencia divina.

Al terminar el Evangelio, el celebrante dirigió su voz á todos los oyentes, hizo una breve reseña histórica de las antiguas glorias y triunfos españoles alcanzados con ausilio de Dios sobre los infieles, y escitó el ánimo de la tropa para que elevase sus ojos al Señor, que tan visiblemente le favoreciera con su proteccion omnipotente.

Terminada la misa, se cantó un solemne Te-Deum, y concluido todo, desfilaron las tropas, saludando al general en jefe.

Poco despues de finalizarse los divinos oficios, presentáronse varios moros principales de la ciudad á cumplimentar al duque de Tetuan, que les recibió con amabilidad y cortesía.

En este mismo dia llegaron al campamento el teniente general Lemery y el coronel Magensi, ayudantes de S. M. el rey con el encargo de felicitar al duque de Tetuan y presentarle sus nuevos títulos, á los que acompañaban cartas autógrafas de S.S. M.M. Ambos señores pasaron á alojarse en la ciudad, despues de haber permanecido bastante tiempo con el general en jefe.

IV.

El dia 13 la brigada Cervino, á las órdenes del general Turon, salió á practicar un reconocimiento en direccion del Sur, llegando hasta un aduar, de unas cincuenta chozas próximamente, situado á unas dos horas al interior, sobre la márgen derecha del Guad-el-Jelú, que pasaron nuestros soldados con agua á la mitad del muslo.

Al aproximarse nuestras tropas, los moradores de Kitam, que este parece que era el nombre de aquel lugar, huyeron en direccion á las montañas, pero al ver que no solo no eran perseguidos y no se les hacia fuego, sino que, por el contrario, se les hacia señas con pañuelos blancos para que volviesen, y observando por otra parte que acompañaban tres moros á nuestras tropas, se decidieron á bajar los mas atrevidos, habiendo tenido antes especial cuidado en esconder sus espingardas entre los matorrales.

Los tres moros que iban de guias é intérpretes, hicieron saber á los recien llegados que las intenciones de las tropas eran de paz, lo cual podian ir á participar á sus compañeros, diciéndoles que nada que temer tenian de los españoles, los cuales iban á protegerlos y de ningun modo á maltratarlos. Salieron, pues, con esta embajada, y al poco tiempo bajaron muchos moros al sitio donde se habia formado la brigada en masas, disponiendo entonces el general pasar mas adelante, hasta llegar al pueblo, que se hallaba á tiro de fusil.

Llegados allí el general con su estado mayor, el de la brigada y el batallon de Baza, dispuso que tocase la charanga para alegrar y tranquilizar á los moros, los cuales, como muy aficionados que son á la música, no bien sintieron sus ecos, cuando ya la habian rodeado, manifestando en sus semblantes lo complacidos que estaban.

Los que, recelosos aun, habian permanecido en el monte sin querer bajar, fueron poco á poco incorporándose, resultando por último que todos los habitantes de Kitam se reunieron con nuestras tropas, admitiendo los obsequios que estas les hacian dándoles galletas y otras frioleras.

Los moros mas principales manifestaron entonces al general que en el pueblo habia algunos heridos, y aquel dispuso inmediatamente que fuesen reconocidos y medicinados por los facultativos de la division. Al ver los moros que sus enemigos los curaban en vez de maltratarlos, se quedaron admirados y sacaron de sus casas naranjas, gallinas, huevos y otros comestibles que se les compraron al precio que pidieron.

Allí permaneció el general unas dos horas, durante las cuales estuvo casi siempre tocando la charanga. Pasado este tiempo, pasaron las tropas al punto donde habia quedado el resto de la brigada para volver al campamento, siendo acompañados un gran trecho por los moros, que habian quedado muy satisfechos de la permanencia de los españoles en su aldea.

El país que nuestras tropas recorrieron en aquella pequeña escursion era delicioso. Desde que pasaron el rio, hasta llegar al aduar, cruzaron un continuado pensil en donde vieron florecer el verde naranjo, el limonero y una multitud variada de árboles frutales y olorosas plantas que embalsamaban el ambiente, terminando por último en una abundante corriente de agua que, descendiendo de las inmediatas montañas, iba á deslizarse por junto á la aldea, como ofreciéndose para ser utilizada.

V.

Continuaron los reconocimientos el dia 14. Tocóle este dia el turno á la segunda brigada de la division Quesada, con su jefe á la cabeza y los coroneles Magensi y Solis.

El reconocimiento comenzó por la torre Gelili, nombre que tiene la que ocupa el sitio donde los moros tenian su campamento el 4. Las tropas esploradoras estuvieron en la aldea del mismo nombre y en otra inmediata, pero tanto estas como varias casas dispersas por el terreno que recorrieron, estaban completamente desiertas. Solo encontraron ocupada una de ellas por varios moros que huyeron al avis-

tar nuestras tropas, sin que bastasen á hacerlos volver los gritos que les dieron los dos árabes que iban de guias con los nuestros y las señas que se les hicieron.

Sin mas accidente, regresó la division al campamento.

En este dia, con motivo de la llegada de los ayudantes del rey, se publicó la siguiente órden general del ejército:

«Soldados: el primer ayudante de campo de S. M. el rey, ha sido portador de una carta autógrafa de S. M. la reina: son palabras llenas de afecto y de bondad que dirige al ejército; son la mas grande y la mas noble recompensa de vuestro valor en los combates, y de vuestra constancia en las penalidades. «Saluda en mi nombre, y el de mi muy amado esposo el rey, y en el de nuestros queridos hijos, á los ilustres generales, jefes, oficiales y soldados, que tan o honran á España, y díles que nuestros corazones están siempre con ellos. Dios bendecirá y premiará vuestra noble conducta, como la bendice y premiará tambien vuestra reina.»—Soldados: que estas palabras, dirigidas por nuestra augusta reina, se graben indelebles en vuestros corazones, y que no se borren jamás de vuestra memoria. ¡Viva la reina!—Odonell.»

VI.

A pesar de la tregua, movida por los preliminares de paz iniciados por el jefe de las tropas marroquíes, el duque de Tetuan no dejaba de hacer todos sus preparativos para marchar adelante, y al efecto envió un buque á Oran con una comision encargada de comprar camellos, que eran necesarios para los bagajes del ejército, cuando se pusiese en marcha.

Con esta comision iba el escritor y periodista D. Cárlos Navarro.

El dia 15 se recibió en el cuartel general un despacho telegráfico urgentísimo, y á poco rato circuló por el campamento la noticia de que el gobierno aprobaba lo hecho con respecto á los comisionados de Muley Abbas, por el general Odonell. Súpose tambien que contenia

además las condiciones que para obtener la paz se imponian al emperador de Marruecos.

Sobre estas condiciones nadie se podia dar una noticia exacta, pues se guardaba una reserva absoluta. Sin embargo, algun periódico de la península, órgano semi oficial del gobierno, publicó como probables las siguientes:

1.ª El imperio marroquí pagará á España por indemnizacion de gastos de la guerra 500 millones de reales en varios plazos.

2.ª España conservará la plaza de Tetuan en garantía, hasta que el imperio marroquí haya pagado la totalidad de los 500 millones. Entonces y no antes devolverá la plaza.

3.ª El imperio cede á España perpetuamente todo el territorio comprendido desde los antiguos límites de Ceuta hasta la cordillera de Sierra Bullones.

4.ª Tambien cede el imperio una estension de territorio frente á la plaza de Melilla, hasta el punto que los representantes de ambos gobiernos conceptúen necesario para la seguridad y desahogo de dicha plaza.

5.ª El comercio español gozará en el imperio marroquí de las mismas ventajas é inmunidades que la nacion mas favorecida.

6.ª El imperio amparará y protegerá á los misioneros españoles.

7.ª El encargado de negocios de España en el imperio marroquí podrá residir en Fez.

Y 8.ª Nunca, bajo ningun concepto, podrá el imperio marroquí ceder ni enajenar á potencia alguna la plaza de Tánjer.

No obstante, aquel mismo dia esperaban muchos en el campamento tener noticias exactas sobre aquel importantísimo suceso, pues se aguardaba el regreso del general Ustariz, que se creia llevaria instrucciones mas amplias y detalladas.

VII.

El 16 regresó á Tetuan el opulento moro, dueño de la casa en que

habitaba el general Rios. Este moro, llamado Ersini, uno de los comerciantes y propietarios mas ricos del imperio, volvió con toda su familia, mujeres y servidumbre, cediéndole el general Rios una de las dos casas que ocupaba con su estado mayor, pues ambas pertenecian á dicho propietario.

Parece ser que al visitar sus casas Ersini, no pudo menos de admirarse viendo que los españoles le habian conservado todos los muebles de lujo y objetos de valor que habia en ellas, entre los cuales figuraba una cartera que contenia gran número de billetes de Banco.

Sabiendo el noble comportamiento de los españoles, no pasaba dia que no regresasen á sus casas nuevas familias, á las cuales alejara el terror.

Tambien se vieron aquel dia por las calles de la ciudad varios moros campesinos de la parte del Riff que iban á vender provisiones.

El cólera se reprodujo cruelmente en Tetuan, mientras que en el campamento seguia disfrutándose de cabal salud, pues todas las bajas eran de enfermedades comunes.

VIII.

A las primeras horas de la tarde del 17 llegó al cuartel general, acompañada del coronel Gaminde, ayudante del conde de Reus, y de un piquete de coraceros, la comision marroquí, que iba á saber las condiciones bajo las cuales estaba dispuesta España á hacer la paz.

Los individuos de la comision eran los mismos que habian formado la anterior, con dos ó tres moros de rey mas.

En seguida de apearse, se dirigieron á la tienda del general Odonell, el cual les obsequió con dulces, café y buenos cigarros. Ellos, en cambio, regalaron al duque de Tetuan un cajon de ricos dátiles que S. E. repartió acto contínuo entre los presentes.

Los jefes marroquíes conferenciaron largo rato con el general en jefe. La entrevista, sin embargo, ofreció pocos incidentes. Cuéntase que los enviados de Muley Abbas oyeron impasibles una á una las condi-

ciones que la reina de España imponia á su emperador para acceder á la demanda de que fueran portadores. A medida que se leia cada cláusula, el intérprete se las esplicaba. Oian ellos en silencio, sin perder su calma y actitud serena, sin que de sus labios se escapara una frase de sorpresa, de alegría ó de disgusto.

Terminada la lectura, contestaron que darian cuenta, y pasaron á tomar el café que les ofreció el general en jefe.

Mientras duró este acto, una música tocó diferentes piezas escogidas delante de la tienda.

Los embajadores pidieron permiso para pasar aquella noche en Tetuan, á lo que accedió en seguida el general en jefe, diciéndoles este, en el momento de despedirse:

—Ya nos hemos conocido como enemigos en el campo de batalla. Me alegraré que conozcais como amigos á los españoles con quienes habeis combatido.

Despedidos del general en jefe, se dirigieron á la ciudad acompañados del general Rios, precedidos de dos batidores, y seguidos, primero de su escolta, y despues de la seccion de coraceros, que al mando del coronel Gaminde los habia traido desde el campamento del conde de Reus, á quien habian obsequiado tambien con una cajita de dátiles.

Los embajadores fueron alojados en el palacio Ersini, y antes de anochecer el general Rios les acompañó á visitar algunos sitios y establecimientos públicos, inaugurados por los españoles. Hízoles examinar primeramente el telégrafo eléctrico que se hallaba establecido desde la Aduana hasta el proprio alojamiento del general.

Segun una carta de quien presenció aquella visita, el aparato no les llamó la atencion, cosa que se comprende bien, decia la persona que escribia, porque su inteligencia no está lo suficientemente ilustrada para que puedan entender y admirar estos grandes adelantos de la civilizacion.

Esplicóles el general Rios el mecanismo del telégrafo y les rogó que hicieran una prueba para que viesen la velocidad de este medio de comunicacion, y aun cuando se resistieron primero, al cabo, á fuerza de instancias, hicieron á la Aduana la siguiente pregunta: «¿Sale algun buque para Gibraltar?» Los empleados de la Aduana contestaron inmediatamente: «Se preguntará,» y al poco tiem-

po satisfacieron cumplidamente la curiosidad de los enviados.

Visto el telégrafo, les condujo el general Rios al sitio donde se hallaban establecidos los hornos de campaña. La vista de estos aparatos les impresionó mas vivamente que la del telégrafo. Examinaron los hornos en todas faces, fríos, caldeados, funcionando, y entonces uno de los moros esclamó con cierta alegría: «En mi huerta tengo yo un horno que en un cuarto de hora cuece una gallina.»

Habiéndose ya acercado la noche, decidieron retirarse á su alojamiento, pero antes rogaron al general que les permitiese orar, y con este objeto se dirigieron á la mezquita principal, donde hicieron sus oblaciones religiosas, lavándose los piés, las manos y los brazos hasta el codo, hincándose de rodillas y besando el suelo repetidas veces. Segun las prescripciones del rito musulman, dejaron sus babuchas á la puerta del templo.

Por la noche, despues de haber comido en casa de Ersini, este y el alcalde moro les acompañaron á casa del general Rios, que les habia invitado á tomar café.

El primero que penetró en la habitacion, segun dice un corresponsal, fué el avispado hijo del alcalde, vestido con su traje de fiesta, especie de introductor de embajadores, que cumplió con su mision por medio de un *¡ola!* infantil y gracioso, que escitó en todos la risa.

Detrás entraron Yas el Manchard, gobernador del Riff, grave y severo personaje; su hermano el Alcaid, general de la caballería marroquí, que habla algo el español y que es de fisonomía franca y abierta; Yuis el Charqui, segundo kabo de Fez, de rostro rudo, de mirada torva, retraido y silencioso como el dolor ó el crímen; el Alcaid Ahmet el Balin, lugar-teniente de Muley-Abbas, nervioso, vivo, impresionable, que goza entre sus compatriotas, fama de valiente y arriesgado; el intérprete Ersini y el alcalde malicioso y agudo como el mas ingenioso alcalde de monterilla. Todos llevaban albornoces blancos, menos el segundo kabo de Fez, que le llevaba negro como el color de su espesa barba, y todos se descalzaron cuando estuvieron en presencia del general, que los recibió con marcado cariño y deferencia.

La reunion se componia del general Rios, dos brigadieres, uno del primer cuerpo de ejército, varios oficiales y jefes de órdenes y de estado mayor, los corresponsales de la prensa española, el autor del

Diario de un testigo y el corresponsal del periódico francés *El mundo ilustrado*.

Agrupáronse todos como mejor pudieron al rededor de un brasero árabe sobre una mesa del pais agujereada, sentados unos en sillas y banquetas y otros á la oriental sobre algunos almohadones convenientemente colocados. Conocíase que los embajadores estaban tristes y preocupados. Una nube de melancolía cubria como una sombra sus espresivos rostros, y de vez en cuando se escapaban de su pecho hondos suspiros.

Ersini, el dueño de la casa que ocupaba el general, mas frio de piernas sin duda que los otros convidados sus amigos, las llevaba cubiertas con unas gruesas medias, que, como buen comerciante, rico y cómodo, se apresuró á lucir echando una pierna sobre otra para acariciarse el pié y rascarse las pantorrillas.

Tan severa, tan digna, y tan melancólica como era la actitud de los parlamentarios, tan alegre y un si es no es grotesca era la del opulento Ersini. Sin embargo, este no pudo menos de conmoverse cuando el general le indicó que el ejército tenia en su poder para devolvérsela, una cartera de familia que contenia letras por valor de mas de setenta mil duros.

Amable y obsequioso estuvo el general Rios con sus huéspedes, á quienes obsequió con café, bizcochos y dulces, asi como tambien á todos los concurrentes.

Admitieron los cumplidos del general con política, pero sin afectacion y se mostraron muy satisfechos de los elogios que hizo de su valor y decision por la causa de la patria. Sirvió de intérprete el alcalde, y por este conducto les dijo el general que los españoles, si eran valientes en el combate, eran generosos despues de la victoria, y que solo deseaban que una paz duradera y sólida reuniese para siempre á dos pueblos que debian ser hermanos, como que solo les separaba, dijo, un *charco de agua*. Así como quien no tiene intencion, les habló de los recursos con que contaba España para la guerra, de los *tercios vascongados* prontos á llegar, de los batallones que estaban reunidos en Algeciras, de nuestras naves, de nuestras provisiones, de nuestra artillería, de todo en fin cuanto podia escitar su curiosidad y su admiracion.

Habia dispuesto el general que se sirviera un ponche, pero cuando los plenipotenciarios se disponian á tomarle, tuvo la delicadeza de advertirles que estaba hecho con *rom*, lo cual les indicaba por no saber si su religion les prohibia el uso de los licores, no queriendo que pudiesen decir nunca que un español les habia hecho faltar á sus prescripciones y creencias. El aviso fué oportuno y produjo gran efecto. Devolvieron los parlamentarios los vasos que iban á acercar á sus labios, dando las gracias al general por su advertencia, y manifestándose sumamente complacidos de la tolerancia que con respecto á su suelo tenian los soldados españoles.

Todos los moros, mas ó menos, tomaron parte en la conversacion, escepto el segundo kabo de Fez, que no desplegó los labios, y que permaneció ensimismado hasta el momento de la despedida, que fué cordial y afectuosa.

Díjoles el general Rios que ellos podian influir poderosamente para que terminaran las desavenencias entre España y Marruecos, á lo cual el lugar-teniente de Muley Abbas contestó con apasionado acento:

—Así sea! Pero si bien vosotros obedeceis á la reina, nosotros obedecemos al sultan. ¡Dios ilumine á los que en sus manos tienen la paz ó la guerra!

No pudo, sin embargo, el general sacar todo el partido que queria de los jefes árabes. El mas dispuesto á hablar era el jefe de la caballería, pero se contenia por respeto; su hermano solo pronunció frases cortadas; el mulato apénas desplegó los labios, y solo el gobernador del Riff contestó ligeramente á algunos propósitos, pero sin que sus contestaciones fueran muy esplícitas, porque, segun él mismo dijo, «ellos no eran mas que unos soldados enviados por su jefe, así como el general era un delegado del gran cristiano.»

Al partir, estrecharon con efusion las manos de todos. El kabo de Fez apretó con violencia la del general, que les dijo al acompañarles hasta la puerta del salon:

—Quiera el cielo que nuestras manos se encuentren solo en la paz y no se tiñan con sangre en la guerra!

Durante el tiempo que duró el convite una música estuvo tocando en la puerta de la calle escogidas piezas.

Un ayudante del general acompañó á los plenipotenciarios hasta

su casa, donde quedaron cuatro húsares dándoles guardia.

Habia pasado apenas un cuarto de hora desde que se despidieron del general Rios para volver á su alojamiento, cuando se presentó de nuevo el hermano del gobernador del Riff, el jefe de caballería, que, como hemos dicho, hablaba en castellano, con un saquito de dátiles de regalo para el general. Hízole sentar el señor Rios y estuvo conversando amistosamente con él hasta las diez y media.

Este que, segun hemos indicado, era mas franco que su compañero, hizo revelaciones importantes en el tiempo que tardó en fumarse un cigarro.

Por él se supo que el descontento cundia en el interior del imperio desde el dia 4, que las kábilas se negaban á pelear lejos de sus aduares, que la decantada caballería marroquí no sabia ordenarse para la pelea, que en la última batalla estuvo á las órdenes de Sidi-Muley Hamet y no hizo nada, que nunca sabian los jefes la fuerza con que contaban mas que el dia del pago, porque en la pelea muchos no hacian mas que mirar, que las tribus no habian mandado ninguna la mitad de sus fuerzas ni se habian presentado sus jefes, y que, sin embargo, con mucha frecuencia se remudaban, habiendo algunas que con una accion habian tenido bastantes bajas para tener pretesto y marcharse.

Confesó con franqueza que desde las últimas acciones les habia costado mucho trabajo el llevar su gente al combate, viéndose obligados á hacerlo á palos y aun á pistoletazos: añadió que les era de todo punto imposible el evitar que las kábilas degollaran nuestros prisioneros, y que los únicos que se habian salvado habian sido los cogidos por los moros de rey, los cuales aseguró que estaban en Fez recibiendo un trato semejante al que los españoles daban á los suyos.

A la mañana siguiente, escoltados por una partida de nuestra caballería, salieron los plenipotenciarios para su campamento, despues de haber cumplido con sus preceptos religiosos antes de abandonar la ciudad, despues de haber prometido que volverian para decir si aceptaba el emperador las condiciones de paz.

IX.

El 18 el cielo regaló al ejército espedicionario una copiosa nevada, que cayó acompañada de un fuerte viento que hizo bajar el termómetro á cero. Las cumbres del pequeño Atlas quedaron envueltas por una especie de blanca sábana, apareciéndolo mucho mas las que estaban en direccion al Sur.

A las tres y media de la tarde de este mismo dia llegó á la playa de Tetuan el vapor *Tharsis* procedente de Alicante, y la bandera nacional con escudo que ondeaba á su bordo, indicó desde luego que llevaba un personaje de distincion. Aquella señal de honor á nadie sorprendió sin embargo, pues desde el dia anterior se sabia ya en el campo, que debia llegar de un momento á otro al campamento la señora duquesa de Tetuan, acompañada del general Ustariz. Con la esposa del general en jefe iban además el director del tesoro y cinco ó seis personas.

Apenas el vapor hubo fondeado en la rada, el *Tarraconense*, al cual debia trasbordarse la señora duquesa con todo su séquito, se atracó al *Tharsis*, algunos marineros del cual pasaron primero al otro buque la carretela que dicha señora llevaba consigo.

No tardó en dirigirse el *Tarraconense* al pequeño muelle de San Ildefonso, nombre que se daba al desembarcadero construido en frente de la Aduana, siendo recibida la duquesa al poner el pié en tierra por el general García, jefe de estado mayor general del ejército. Las músicas colocadas de antemano en el muelle tocaron la marcha real, y todos los presentes prorumpieron en entusiastas vivas á la duquesa y al general en jefe.

El general Mackena, ofreciendo entonces su brazo á la nueva huéspeda que, para visitar á su esposo, llegaba á las africanas playas, la acompañó á la Aduana, una de cuyas habitaciones habia sido preparada para que descansara en ella interin se disponia su carretela. Las músicas se sucedian unas á otras tocando escogidas piezas, y algu-

nas tropas estaban ya tendidas en dos filas para hacerle los honores de ordenanza, hasta mas allá de la trinchera.

Preparado ya el carruaje, subió en él la duquesa, despues de haber recibido los saludos del general Odonell (D. Enrique) y otros generales que acudieron con sus respectivos estados mayores. Escoltada por tan brillante séquito y por una numerosa partida de caballería, la ilustre viajera se dirigió á Tetuan, apeándose en su puerta ya bastante entrada la noche.

El general de la plaza, D. Diego de los Rios, salió á recibirla, habiendo dado órden para que las tropas de la guarnicion se tendieran por las calles.

Innumerables hachones iluminaban la via. A la proximidad de la poblacion, junto á la puerta de la Reina, estaba de antemano esperando una multitud de moros y judíos con vistosos faroles de cristal unos, con cirios y velas de cera otros, con hachas de viento los restantes. Dentro del pueblo habia igual iluminacion hasta la casa de Ersini, bella morada oriental, destinada para alojamiento de la duquesa. En el trayecto se hallaban tambien distribuidas varias bandas de música.

A pesar de lo avanzado de la hora, la primera dama española que pisó la ciudad conquistada, recibió una verdadera ovacion.

Con motivo de la llegada de su esposa, el general en jefe abandonó su tienda de campaña para ir á pasar en la ciudad los dias que ella debia permanecer allí.

X.

Ningun acontecimiento notable tuvo lugar el 19.

Se empezó á construir un cómodo camino por las compañías de zapadores, que iba desde el cuartel general hasta la plaza de Tetuan para unirse con la llamada puerta de la Reina.

Dióse órden para que la colocacion de hornos de campaña se elevara á cuarenta, á fin de que el ejército pudiera comer siempre pan en vez de la dura galleta, que alguna era de buena calidad, pero que otra apenas se podia gustar.

Se enviaron á pedir doscientos marineros de buques mercantes, doce lanchas y cuatro vapores que no calasen arriba de tres palmos para que pudiesen pasar la barra y adelantar por el rio.

Observóse que se estaba desempedrando la carretera que desde la Aduana dirigia á los puentes para la colocacion de la via férrea.

Los obras públicas iban, pues, adelantando sin interrupcion, con actividad y celo.

En este y en los dos dias anteriores tuvieron lugar dos ó tres hechos que vinieron á dar razon una vez mas á las medidas de prudencia tomadas por los oficiales superiores. Nuestros soldados pudieron confirmarse en la idea de que toda precaucion era poca, tratándose de enemigos tan astutos y vengativos como los árabes.

A las doce de la noche, al pasar una patrulla compuesta de cuatro individuos y un cabo de la guardia civil por uno de los oscuros callejones de Tetuan, un moro, oculto entre las sombras, disparó una pistola sobre dicha patrulla hiriendo á un guardia. Las repetidas revueltas de las calles cubiertas de arcos facilitaron la fuga al agresor.

Otro moro, con una audacia increible, se adelantó tambien, protegido por las sombras de la noche, hasta uno de los centinelas de una puerta de la ciudad y disparó contra él su espingarda, pero afortunadamente no le hirió. El soldado, al oir la detonacion y al ver la llamarada, hizo uso de su carabina, y con tanto acierto, que mató á su enemigo.

XI.

Serian sobre las tres de la tarde del 20 cuando se presentó en el campamento, montado en una magnífica mula, con silla de rico terciopelo carmesí y seguido de cuatro criados armados, uno de los moros que en las dos visitas anteriores habia acompañado á los demás embajadores y parlamentarios, el mismo de que hemos hablado diciendo que se espresaba regularmente en castellano y que era jefe de la caballería marroquí.

Estuvo breves momentos con el general Prim y se dirigió despues

al cuartel general entregando al duque de Tetuan la siguiente carta escrita en árabe:

«¡Loor á Dios!—Al gran califa del ejército español, el mariscal Excmo. señor don Leopoldo O'Donnell.—Hemos recibido la contestacion á la carta que os remitimos con las condiciones que entregasteis á los comisionados mios que pasaron la noche entre vosotros. Las condiciones las traslado al emperador, quien las contestará tan luego como las reciba, y os remitiré su contestacion, que espero sea favorable.—Salud: en 20 de febrero de 1860—El califa de Marruecos y del Algarve: M. Abbas.»

El embajador salió luego para la ciudad en donde hizo algunas compras y volvióse al cuartel general donde pasó la noche, marchándose al dia siguiente, portador de una contestacion del general en jefe.

Al pasar por el campamento de Prim, se detuvo para entrar en la tienda de este á saludarle.

Parece que el general Odonell contestó al jefe marroquí manifestándole lo complacido que le habia dejado su escrito, advirtiéndole al mismo tiempo que si el dia prefijado para la contestacion no habian sido aceptadas sus proposiciones, se consideraria relevado de todo compromiso y en libertad de obrar como le pareciese conveniente.

Quedaron sometidos en este dia varios pueblecillos ó aduares de las cercanías de Tetuan. Una columna espedicionaria estuvo en una aldea llamada *Samsa*. Sus moradores recibieron con agrado á las tropas, ofreciéndoles manteca, leche y mas de tres mil naranjas que arrancaron de los árboles, quedando estos como si no los hubiesen tocado. Se negaron á admitir un cuarto por su obsequio, y viéronse los nuestros precisados á comprarles una orza grande de manteca rancia y llena de porquería para que tomasen algun dinero.

XII.

Nada de particular ocurrió en el campamento y en la ciudad hasta el 23, cuyo dia tuvo lugar un notable incidente; para él habian quedado citados los embajadores marroquíes; así pues, no es estraño

que todos deseáran que llegase este dia durante el cual debia decidirse si se celebraba la paz ó si continuaba la gloriosa, aunque penosa y sangrienta campaña emprendida por los españoles.

Efectivamente, puntuales á la cita, á medio dia se presentaron en el campamento de Prim los mismos personajes que habian estado de plenipotenciarios pocos dias antes. Detuviéronse los recien llegados en la tienda del general, y á poco rato se separó uno de ellos acompañado del joven oficial catalan, ayudante de Prim, D. Adolfo Pons, dirigiéndose al cuartel general.

Llegado á la presencia del duque de Tetuan, el jefe de la caballería mora, porque era él mismo, le dijo que Muley Abbas, hermano de su emperador, califa y segundo de su imperio, le rogaba se prestara á una entrevista, á cuyo objeto le esperaba á una legua de distancia de los puertos avanzados del ejército español.

A poco rato, el general Odonell marchaba con su estado mayor y escolta al sitio designado. Seguian al general en jefe los generales Prim, Garcia, Bustillos, que habia llegado el dia anterior, Quesada y Ustariz con sus ayudantes y una escolta de coraceros, compuesta de dos escuadrones.

La comitiva marchaba en esta forma: á vanguardia un cabo y cuatro batidores guiados por algunos moros de caballería de los que acompañaban á los comisionados; en seguida el general Odonell solo, y detrás los generales mencionados con los embajadores y seguidos por el estado mayor, ayudantes y escolta.

A cosa de un tiro de fusil de nuestras avanzadas, esperaban los gobernadores del Riff y de Tanjer con ocho ó diez ginetes de la guardia imperial en traje de gala y espingarda en mano. Estos ginetes se unieron á los batidores que precedian al general en jefe, y los dos generales moros se mezclaron en la comitiva.

En este órden se continuó la marcha por un valle lijeramente accidentado, regado por las aguas del Guad-el-Jelú, cerrado á la izquierda por la cortina de crestas del pequeño Atlas cubiertas de nieve, y á la derecha por tierra Bermeja, en cuyas verdes faldas se halla asentado el pintoresco y blanco pueblecito de Samsa. Traspuesta una pequeña loma, se descubrió el lugar de la entrevista, que era una ancha y dilatada vega. Allí se elevaba la tienda de Muley Abbas.

He aquí como describe aquel paisage y la llegada del general Odonell el Sr. Nuñez en una de sus correspondencias:

«A lo léjos, casi al pié de los cerros que la rodean, divisábanse frondosos bosques de naranjos y olivos, que cercaban por todos lados el valle como una guirnalda inmensa. La noche anterior habia llovido y el terreno estaba pantanoso y fofo; además el agua en esta comarca es abundantísima, y vésela brotar de entre las quiebras de las piedras, de entre los cañaverales que limitan y separan las huertas, casi de entre las mismas raices de las plantas.

«El conde de Lucena llegó á eso de las tres de la tarde al sitio de la entrevista, donde ya le esperaba el príncipe marroquí con unos doscientos caballos y alguna, aunque poca, gente de á pié. Dando una prueba de confianza el duque de Tetuan, mandó que el Estado Mayor y los escuadrones que le seguian se quedasen á alguna distancia del campo moro, y se adelantó con los generales hácia la tienda de Muley-Abbas, única que habia, de reducidas dimensiones, pero caprichosa y elegante en sus adornos. Era blanca, y estaba sembrada de jarrones negros coronados por una media luna, pintados ó bordados con bastante arte y gusto sobre la nevada lona. Los generales confiaron sus caballos á los moros de á pié, y penetraron en la tienda del príncipe, precedidos de este que se habia adelantado cortesmente á recibirlos, así como un anciano de barba venerable que segun me dijeron, era el Jetib, y otro personaje tambien de mucha importancia en el Imperio.

«El espectáculo que se ofreció á nuestra vista, trajo por un momento á mi imaginacion algunos episodios de la *Jerusalen* del Tasso. Aquellos hombres en cuyas manos, como en las del Destino, descansaban la paz ó la guerra, cobijados bajo una débil tela, movida á impulsos del viento, como el corazon de los que abrigaba á impulsos de encontradas afecciones y pensamientos distintos; aquellas numerosas escoltas que permanecian silenciosas y quietas, que se observaban sin recelo pero sin cariño, que no avanzaban ni retrocedian como si las mantuviesen clavadas en su sitio dos fuerzas opuestas pero igualmente poderosas: la esperanza de la paz y el temor de la guerra; aquellos moros con sus blancos alquiceles, con sus turbantes encapuchados, con los varios colores de sus *chilavas*, á caballo unos y otros sentados

sobre la yerba; aquellos escuadrones cristianos que permanecian inmóviles enfrente de esta comitiva, con sus brillantes armas, sus inquietos corceles y sus vistosos uniformes; aquellos campos cubiertos de verdura; aquellos montes empinados, sobre cuyas sombrías cumbres flotaban nubes no ménos sombrías: todo en fin, cuanto entraba en la formacion del cuadro que veíamos, contribuia á darle magestad y grandeza, á traer á la memoria el recuerdo de la gran epopeya italiana, donde se relata la lucha mas poética y acaso la mas civilizadora del mundo: la heróica empresa de las *Cruzadas*.

La conferencia duró mas de una hora y acerca de ella vamos á referir todo lo que pudo luego traslucirse.

Despues de los saludos de costumbre, habiendo quedado solos en la tienda el duque de Tetuan, Muley Abbas, el Jetib, otro personaje moro y el intérprete, el primero, que llevaba escritas las condiciones con las cuales consentia el gobierno español en hacer la paz, comenzó su lectura, dando tiempo al intérprete para que las esplicára á los personajes marroquíes.

Leidas que fueron, Muley Abbas manifestó al general Odonell que sentia deber decirle que el emperador no podia consentir en la cesion de Tetuan, á lo cual añadió Jetib que semejante condicion no se admitiria interin quedase en el imperio un moro vivo.

Al oir esto el general en jefe se levantó de repente diciendo con entereza al caudillo marroquí que despues de lo que acababa de oir estaba allí de mas.

Muley Abbas entonces se dirigió al duque de Tetuan, que se disponia á salir de la tienda, y despues de detenerle con cariño, le suplicó que se sentase y continuase la entrevista pues tenia algo mas que decirle. El general Odonell accedió á su súplica.

Muley Abbas dijo entonces al jefe de nuestras fuerzas cuanto sentia el no tener ámplias facultades para tratar con él, añadiendo que no debia juzgar de las fuerzas del imperio por las que habia visto en las inmediaciones de Tetuan, pues quedaban todavía al emperador numerosas fuerzas de que disponer.

El general en jefe contestó al príncipe árabe que no dudaba de lo que decia, pero que su gente carecía de todo lo que hace fuerte á un ejército, y que como el nuestro disponia de todos los elementos de

ENTREVISTA DEL GENERAL O'DONNELL Y MULEY-EL-ABBAS.

(23 Febrero de 1860.)

guerra y de una aventajada instruccion, esperaba alcanzar siempre la victoria.

—A mas, dijo dirigiéndose á él y el Jetib, ¿no recordais que el 1 de enero, en los Castillejos, una mínima parte de mi ejército fué suficiente para batir y arrollar al vuestro? ¿Habeis olvidado la facilidad con que mis tropas atravesaron las formidables posiciones del Negron y forzaron el paso de los desfiladeros de Cabo Negro? ¿No estais viendo el pánico que se ha apoderado de vuestra gente á consecuencia de la completa derrota del dia 4? Pues bien, en la misma proporcion que vuestros soldados desmayan, crece el ardimiento de los mios; y si no aceptais la paz, mi marcha por el interior del imperio será cuestion de prolongar un poco de tiempo mas la campaña, y si ahora os parecen duras las condiciones que os propongo, mucho mas os lo parecerán las que entonces tendréis, de grado ó por fuerza, que aceptar.

Tales fueron en sustancia, segun tenemos entendido, las palabras del general en jefe.

Muley Abbas parecia comprender la fuerza de este razonamiento, y, aunque conservando cierta dignidad, que no le abandonó un instante en medio de su tristeza, se contentó con decir:

—Si Alá lo quiere, será!

Despues de algunas otras cosas insignificantes el hermano del emperador pidió una nueva trégua.

El duque de Tetuan contestó al jefe marroquí que la reina no le habia autorizado para mas ni menos de lo que habia hecho; que desde aquel momento ambos quedaban en libertad de obrar; y despues de haber dicho á Muley Abbas algo acerca las leyes de la guerra segun están en uso entre las naciones civilizadas, le hizo entender que en cualquiera ocasion, aun en medio de un combate, recibiria cualquier parlamentario suyo y oiria nuevas proposiciones, para lo cual no tenia mas que enviarle un mensajero con una bandera blanca.

Así terminó esa conferencia.

Segun el señor Arce, cuando el diálogo versaba sobre la cesion de Tetuan, cuando estaba mas animado el Jetib contestó á los argumentos del general Odonell con estas palabras:

—«Todo eso es cierto; pero no podemos ceder la *ciudad sagrada* en que habeis entrado.

—¿Y que te importa á tí?—esclamó con vehemencia el general Odonell.—Pregúntale si podeis cederla ó no al príncipe con quien hemos combatido, y que ha visto caer á sus piés sus mejores soldados. Él te dirá si no será mas prudente ceder ahora, y no cuando sea mas tarde y mayores los compromisos.»

El Jetib le interrumpió, «que la Europa veria con disgusto esta cesion, esta humillacion del imperio marroquí.» El duque de Tetuan con levantado tono, contestó, «que no debia olvidar las leyes de la guerra, y que no creia que el Imperio pudiera querer compararse en grandeza con el Austria, que despues de una empeñada contienda se habia visto precisado, no solo á ceder una ciudad, sino un reino con cinco millones de habitantes.

Todas las demás correspondencias que hemos leido están conformes en decir que el príncipe estaba preocupado y afligido; el Jetib grave y como si á pesar suyo cumpliera un encargo doloroso; el otro moro que les acompañaba doloroso y frio.

Segun un periódico malagueño, refiriéndose á pormenores sobre la entrevista relatados posteriormente por la duquesa de Tetuan en el banquete que á su regreso le dieron en Málaga, parece que al terminarse la conferencia sin avenimiento, Mahomet el Jetib se levantó el primero, queriendo retirarse; pero Muley Abbas le impuso silencio, manifestándole que á él no le tocaba levantarse el primero. Sentado de nuevo, siguieron las negociaciones, aunque inutilmente, sin embargo de que el jefe de las tropas marroquíes se espresó en estos ó parecidos términos.

«Acepto todas vuestras condiciones, que me parecen muy naturales despues de vuestras victorias, y las acepto, porque estoy además persuadido de que Dios no protege mi causa. Mi ejército está considerablemente mermado, desorganizado y desalentado, mientras que el vuestro se encuentra en un estado brillante. No tengo ejército. Con vuestros soldados iréis donde querais. Una dolorosa esperiencia me lo ha hecho conocer. Así lo he espuesto á mi hermano. El ministro marroquí se niega á ceder á Tetuan, como exigís, y esto es para mí un obstáculo tal, que me impide echar sobre mí la inmensa responsabilidad de prestarme á vuestros deseos. El kebit se niega porque es hombre que no se bate, ni sabe lo que es batallar con soldados tan bra-

vos como los españoles. Yo que soy tan valiente como vosotros, me confieso impotente con los mios para pelear con ellos; pero si mi hermano y Rey me lo manda, pelearé hasta morir. Concededme, general, dos dias y yo os prometo que se hará la paz. »

« Me es imposible, contestó el general en jefe, otorgaros esta gracia. No tengo facultades para tanto; pero admitiré vuestros parlamentos siempre que lo solicitéis. » Estrecháronse las manos muy cordialmente los dos caudillos y se separaron. El príncipe musulman se retiró pensativo y anublado el rostro por la tristeza.

Creemos deber terminar la historia de esta conferencia con la pintura que del príncipe moro hizo en una correspondencia particular el escritor Sr. Alarcon.

Dice así:

« Acabo de pasar media hora contemplando á mi sabor á Muley-Abbas, mientras que mi amigo, el célebre dibujante francés Mr. Iriarte, copiaba la magnífica figura del vencido príncipe. Como una prueba de cariño á mis antiguos lectores, los suscritores del Museo, les mando esa curiosa imágen la mas fiel y verdadera de cuantas se le inventen al desgraciado Emir. Ahora por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lápiz, hé aquí la impresion que me ha causado Muley-Abbas.

»Figuraos un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso: de noble apostura, de distinguido porte y de graciosos modales. Viste el traje talar de su país: un ropaje amarillo debajo de todo; luego, una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses *azul de agua*: despues le cubre de piés á cabeza un ondulante y magnífico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, rodean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilete amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacon; muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la pierna. Un ancho feston de seda azul sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza, pasando una línea que á lo léjos parece una corona triunfal ó sagrada, como las que usaban los druidas. Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez; ni un bordado, ni un adorno, ni un

hilo de oro, nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura que parece tallada en mármol griego. Solo lleva, como recuerdo distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja y un anillo blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo, como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despide.

«Vamos ahora á su cabeza.

«El rostro del Emir tiene todos los caractéres de la verdadera belleza meridional: recuerda al *Eliezer* de nuestros pintores valencianos. Es muy moreno, y lo parece mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondula á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana. Sin embargo, el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atencion por la limpieza y majestad de la línea; la nariz es bien proporcionada; la frente noble; la boca un tanto africana; pero rasgada con enerjía y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de transparente nácar. Sus ojos negros y tristes, miran con calma y lentitud. Adivínase todo el fuego que puede llegar á animarlos, al ver la rijidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecian apagados, como si todo el calor y la vida del Emir hubiesen refluido á su corazon.

Finalmente, Muley-Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable; vencido pero no domado; humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio. Conocíase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demás y sobre todo de su suerte. Su humildad era resignacion: su mansedumbre, patriotismo. El vencido general inspiraba, pues, una compasion y un respeto que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima: yo á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oir su palabra, viva, lijera, breve, sonora, como un eco metálico, al contemplar, en fin,

su grandiosa figura, tan llena de majestad y de pesadumbre, esperité una viva simpatía hácia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria... Y fué acaso que lo ví con ojos de artista y que personifiqué en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vijésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.»

XIII.

No habiendo habido avenencia en la entrevista que acabamos de reseñar volvieron á continuar con nuevo vigor en uno y otro campo los preparativos para la guerra.

El dia 24 marchó del campamento el general Bustillos habiendo recibido instrucciones del duque de Tetuan, y en este mismo dia se comenzó á notar algun movimiento en los oficiales de Estado Mayor, circulándose órdenes relativas á las provisiones.

Debian llegar en este dia los tercios vascongados y tambien otras fuerzas del litoral de Andalucía. El ejército se iba aumentando diariamente, porque aun cuando es verdad que continuaba teniendo bajas del cólera, estas se hallaban mas que compensadas con los que se le incorporaban á todas horas procedentes de los hospitales y con los voluntarios que llegaban de la Península.

La duquesa de Tetuan, aliviada ya de la indisposicion que le causara el cambio de clima, recorrió en este dia la ciudad. Visitó la mezquita convertida en templo católico, acompañada de su esposo, de los generales Rios y Ustariz y de algunos ayudantes. Vestia la duquesa un traje muy elegante de rico moaré con albornoz y sombrero con velo. Es inútil decir que los moros miraban ávidos de curiosidad á la grande cristiana, segun la llamaban, la primera dama sin duda que habian visto pasear tan lujosamente y con tan gran séquito por las estrechas y sucias calles de Tetuan.

Llegaron á Tetuan siete presidarios, cuatro armados y tres sin armas, escapados de Ceuta. Parece que despues de haber servido en las compañías que se formaron de voluntarios del presidio, querian

volverlos á la cadena. Al saber esto se reunieron y se vinieron por tierra de noche teniendo algunas veces que abrirse paso á viva fuerza por entre los moros que encontraban en el camino. Sea ó no el motivo de su fuga este, lo cierto es que hicieron una jornada peligrosísima.

El levante que reinó durante todo el dia hizo abandonar el fondeadero á nuestra escuadra mercante, que fué á refugiarse en Ceuta ó en la bahía de Algeciras. Tetuan quedó pues incomunicado sin entrar ni salir correspondencia.

OPERACIONES MARITIMAS.

I.

Ya hemos dicho que el jefe de la escuadra D. José María Bustillos habia acompañado al Duque de Tetuan en su entrevista con Muley-Abbas, y como en ella volvieron á declararse rotas las hostilidades, el general Bustillos se embarcó con órden de ir á bombardear los puertos de Larache, Arcilla, Rabat y Salé.

Para que nuestros lectores se hagan completamente cargo de los movimientos de nuestra escuadra, deben permitirnos trasladar el diario oficial de las operaciones de la misma, segun lo publicó la *Gaceta*.

Dice así:

MINISTERIO DE MARINA.

«El Comandante general de las fuerzas navales de operaciones sobre la costa de Africa dice á este Ministerio con fecha 28 del pasado lo que sigue:

»Tengo el honor de acompañar á V. E. el diario de mis operaciones en los dias 24, 25, 26 y 27 del actual, así como el plano del ataque de los fuertes de Larache, estado de las municiones consumidas en el mismo y tambien en los de Arcilla, relacion de las desgracias personales y averías en los cascos y aparejos.

»Telegráficamente tuve la honra de decir á V. E. mi salida para el Océano, los ataques á los dos citados puntos, y que me decidia á seguir á Rabat á pesar de ser desfavorables las circunstancias.

»Ayer tarde desde este punto noticié á V. E. mi llegada y las causas de mi regreso sin haber ido antes á Rabat. En mi espresado diario verá V. E. las malas circunstancias con que sostuve el ataque de Larache, habiendo visto prácticamente lo difícil que es operar en la costa del Oeste en la estacion de invierno, porque la gran mar del Noroeste no cae aunque cesen los vientos desde este rumbo hasta los del Sudoeste.

»V. E. comprenderá que me ha contrariado en estremo verme obligado por circunstancias insuperables á prescindir del ataque á Rabat. Por dos veces tuve mi rumbo en aquella direccion, y dos veces me forzó el tiempo á variar.

»La fuerza de Larache la he calculado en 30 á 35 cañones del calibre de 36 ó de 18, y en 11, tambien de varios calibres, la de Arcilla.

»Tal vez no faltará quien juzgue que no debí emprender el ataque con la gran mar del Noroeste que tuve en Larache; pero yo consideré de mi deber verificarlo, aunque aquella circunstancia me colocara en condiciones desventajosas, para que tuvieran principio las hostilidades marítimas inmediatamente despues de romperse las negociaciones de paz, no considerando conveniente retirarse de la vista del enemigo sin batirlo, y porque segun la opinion de los dos prácticos que tenia á bordo, seria muy difícil hallarlas mejores en la presente estacion.

»V. E. sabe que el 23 fué cuando se celebró la conferencia entre el General en Jefe del ejército de Africa y Muley-Habas, que manda las tropas enemigas, y á las 36 horas tenia yo la honra de estar batiendo á Larache en el Oceano, distante 32 leguas del punto de las conferencias á que asistí, y con buques que se preparaban á aguantar un tiempo cuando les dí la órden de salida.

»Debo manifestar á V. E. haber conseguido el objeto que me propuse pues no obstante las desfavorables circunstancias en que me hallé al frente de Larache, acallé sus fuegos y causé estragos en la poblacion, siendo muy considerables los que sufrió Arcilla, cuyos habitantes salieron en masa de la poblacion.

»Por último, Excmo. Sr., tengo el honor de manifestar á V. E. lo altamente satisfecho que me hallo del valor, disciplina y entusiasmo de las tripulaciones de los buques, en las dos operaciones que

he llevado á cabo, que conceptúo sumamente honrosas para la marina. En ellas he sido secundado por los comandantes y oficiales de los buques, así como por todos los demás que se hallan mas inmediatamente á mis órdenes, en términos que nada me han dejado que desear.

»Con la espresion de mi profundo respeto ruego á V. se sirva elevar á los piés del Trono de S. M. la Reina nuestra Señora los resultados obtenidos en Larache y Arcilla que tengo la alta honra de ofrecerle como testimonio de adhesion á su Real Persona, y en muestra del ardiente deseo que abriga la marina por la gloria de su reinado.

DIARIO DE LAS OPERACIONES QUE SE CITAN EN EL ANTERIOR OFICIO.

DIA 24 AL 25 DE FEBRERO.

»Se hallaban fondeados en la bahía de Algeciras con viento al E. fresco y sobre dos ó tres anclas los buques siguientes: navío «Reina Isabel II,» vapor «Isabel II,» fragata «Cortés,» corbeta «Villa de Bilbao,» vapor «Colon».

»En Puente Mayorga: fragata «Blanca» vapor «Vasco Nuñez de Balboa», vapor «Vulcano», goleta «Ceres», goleta «Edetana» y goleta «Buenaventura».

»A mi llegada á Tetuan puse la señal de dar á la vela, y sin embargo de tener todas sus lanchas en el agua y de los inconvenientes de viento y mar para las maniobras, al medio dia, es decir, cuatro horas despues de puesta la señal, se hallaban ya todos en movimiento.

»Los vapores «Isabel II», «Colon» y «Vasco Nuñez» tomaron de remolque como estaba prevenido de antemano, al navío «Reina», fragata «Cortés» y corbeta «Villa de Bilbao», practicándose todas las operaciones con una actividad digna de elogio. Los buques formaron en dos columnas y en este orden me dirigí á franquear la bahía de Algeciras. A las tres de la tarde, libre de puntas, hice rumbo al O ¼ N. O. para desembocar, ganando sobre la costa de Africa. Los remolcadores llegaron á un andar de cinco millas con el viento fresco en popa, á escepcion del «Vasco Nuñez» que solo arrancó cuatro á la «Bilbao» en las mismas circunstancias. En el Estrecho, viento al E. fresquito y mar llana.

»A la una de la noche estaba sobre el cabo Espartel, y goberné á longo de costa. Desde que estuve al O. del cabo se llamó el viento al NE. y empezó á sentirse mar del NO. Esperimenté fuertes corrientes al O. que me obligaron á enmendar el rumbo mas al S. Amanecí en el paralelo de Arcilla, y á las ocho de la mañana avisté la poblacion de Larache, á cuyo fondeadero me dirigí. Llamó á esta hora el viento al SE. flojo y aumentó la mar del NO. Dí por telégrafo la orden de acoderarse en una linea NO.—SO. por las siete á nueve brazas, ocupando la cabeza SO. la fragata «Princesa,» de mi insignia, y seguidamente el «Reina», «Blanca», «Bilbao» y «Cortés» con sus vapores remolcadores. Los otros buques debian flanquearse sin dar fondo.

»Para que esta línea quedase en la posicion que me habia propuesto (véase el plano adjunto) me adelanté con la «Princesa» á colocarme convenientemente, lo que conseguí á las once y cuarenta minutos de la mañana, en que quedé acoderado, recibiendo desde las once y veinte, en que estuve á tiro, el fuego del enemigo. Para ocupar mi puesto con la «Princesa» tuve que costear muy atracado á la barra, que estaba completamente cerrada, tomando posicion en las ocho brazas.

»Tan luego como estuve acoderado, rompí el fuego contra las dos baterías que hay al Oeste de la poblacion, y hasta las doce estuve batiéndolas solo, pues para marcar bien la línea á los otros buques me adelanté bastante espacio, empleando todo el andar de la «Princesa» muy superior al de los remolcadores y remolcados.

»Durante este tiempo habia ido entrando mucha mar de leva, que aumentó en gran manera al acercarme á la barra.

DIA 25 AL 26.

»Al medio dia tomaron su puesto el «Isabel II» y el «Reina» y seguidamente la «Blanca» verificándolo poco despues la «Cortés» y «Bilbao» con sus remolcadores y los buques sueltos, que eran el «Vulcano», la «Ceres» la «Buenaventura» y la «Edetana» rompiendo todos el fuego segun iban ocupando sus posiciones. El espacio reducido en que se maniobraba, la mar gruesa de través y lo largo de los remolcadores dificultaban la operacion de acoderarse los bu-

ques , pero sus comandantes maniobraron á mi entera satisfaccion, ocupando sus puestos con pericia bajo el fuego de las baterías enemigas , á distancia de unos cuatro cables de ellas , y lo mas inmediato posibles todos los buques.

»Acoderados como nos hallamos en una línea N. E.—S. O. , la mar gruesa del N. O. era completamente de través , y los balances violentos no permitieron al «Reina» hacer uso de su primera batería. La «Cortés» y «Bilbao» solo pudieron hacer con sus baterías bajas la cuarta parte de los disparos que con las del alcázar y castillo , tocándose en los demás buques la misma dificultad. Sin embargo de todo, el fuego se sostuvo muy vivo y se logró acallar el del enemigo, que solo hacia sus disparos cuando los repetidos balances hacian cesar algo el de los buques. Estos se batian en tan malas circuntancias como lo hubieran hecho en la mar corriendo un tiempo.

»El manejo de la artillería en tales condiciones honra sobremanera á los equipajes , que se condujéron con la mayor pericia y llenando cumplidamente mis deseos , á pesar de ser en su mayoría gente recien entrada en el servicio. A las doce y cuarto se llamó el viento al S. O. que aunque flojo , por el cariz y opinion de los prácticos, me inspiró desconfianza y me hizo comprender la urgente necesidad de poner á salvo del temporal que podia sobrevenir á los buques remolcados , que hubieran quedado muy comprometidos con el viento de travesía. Continué, sin embargo, el combate hasta la una y veinte en que , aumentando la mar por momentos , y siendo por tanto mas violentos y repetidos los balances , hice señal de levar y dar la vela por considerar tambien cumplido el objeto del ataque. La maniobra indicada fué ejecutada por todos con inteligencia sin dejar de hacer fuego mientras mareaban , demostrando el Comandante del navío «Reina» en esta ocasion la justicia del concepto que disfruta como hombre de mar. Los enemigos jugarian de 30 á 35 cañones , bien servidos segun sus punterías.

»A las dos de la tarde concluyó el combate, y ordenando la misma formacion de dos columnas , goberné al N. O. para franquear de la costa , á los buques que carecen de movimiento propio. La mar era tan tendida á las cuatro de la tarde como la habia esperimentado sobre Larache á las dos, lo cual me demostró que habia permanecido

acoderado hasta el momento que fué posible. Tuve en este buque un cabo de mar muerto y ocho individuos mas entre heridos y contusos. En los otros buques hubo algunos de los últimos, debiendo ser amputado de una pierna un herido del navío «Reina».

»Ha sido inmejorable el comportamiento de las dotaciones á las que han dado un ejemplo digno de elogio sus Comandantes y Oficiales. El primer maquinista de la «Princesa», Mr. John Palmer; despues de fondeado y acoderado el buque, pidió y obtuvo permiso para manejar un bombero de la batería. El Teniente de navío de ingenieros Blanco, estuvo siempre en puestos de honor.

«Con las apariencias de viento al O. y la gran mar de leva del N. O. juzgué indispensable navegar hácia el Estrecho, y lo hice así por la noche, notando, segun ganaba latitud, que el viento rolaba al N. y N. E.

«Hallándome en la amanecida sobre cabo Espartel con viento al E. N. E. y menos mar del N. O., determiné hacer rumbo al S. para batir los fuertes de la poblacion de Arcilla, cuya operacion dispuse fuese por contramarcha, formando una línea las dos columnas, y dejando para flanquear las tres goletas de hélice y el vapor «Vulcano».

DIA 26 AL 27.

«Formada á las doce la línea de combate, quedando á barlovento los cuatro buques menores flanqueadores, goberné á atracar los arrecifes que á dos cables despide Arcilla, marchando á la cabeza con la «Princesa de Asturias» por un braceaje de 7 ½ á 8 brazas.

«A las doce y cincuenta y cinco minutos recibí los primeros tiros del enemigo. A la una y dos rompí el fuego, permaneciendo en él por espacio de doce minutos con la máquina parada y la salida que conservaba el buque.

»Me siguieron la «Blanca,» el «Isabel» con el navío «Reina,» el «Colon» con la «Córtes» y el «Vasco Nuñez» con la «Villa de Bilbao,» colocándose al N. los flanqueadores, que con granadas hicieron un vivo fuego durante dos horas y media.

»Todos los buques repitieron este movimiento dos veces mas, y á las tres y quince hice cesar el fuego, despues de haber causado mucho daño á la poblacion, en la que se declararon algunos incendios; de haber apagado el fuego del enemigo, que sostuvo al principio con

once cañones, y arruinado con destrozos visibles un torreon y las demás murallas. Los habitantes abandonaron la poblacion.

»A tres millas de Arcilla llamé á bordo á los comandantes, para coordinar el ataque á Salé y Rabat, dándoles instrucciones convenientes para maniobrar en caso de cambio de tiempo: á las cinco de la tarde mandé á Cádiz la «Buenaventura» á que remediase las averías de sus colisas y llevára noticias, y poco despues envié asimismo al «Vulcano,» que habia partido el baupres y el mastelero de velacho en un abordaje con la «Bilbao.»

»Al anochecer estaba el viento al N. E. flojo y habia alguna mar del N. O., seguí al S. no obstante, deseoso de atacar á Salé y Rabat, á pesar de estar convencido de que por poca que fuese la mar en el paralelo de Espartel ó Arcilla, seria muy grande en Larache, y mayor aun en Rabat.

»A las nueve de la noche aumentó considerablemente la mar de leva y entabló el viento al N. O. fresquito. No quise aun desistir de la espedicion á Rabat; pero viendo que á eso de las once de la noche era la mar siempre tendida y el viento de á fuera, y que si esperaba mas tiempo podia llegar el caso de no poder los remolcadores sacar á barlovento á los remolcados, hice señal de rumbo al N. En esta posicion, y arreglado á tres millas el andar de la «Princesa,» tuve que parar frecuentemente para aguardar al «Vasco Nuñez» que apenas arrancaba dos millas á la «Villa de Bilbao», y al «Isabel I», que apenas llegaba á hacer andar tres al navío «Reina», convenciéndome prácticamente de que, por poco que fuese el viento de proa y la mar que se esperimentase, serian inútiles los esfuerzos de los Comandantes de estos vapores para sacar avante á sus remolcados.

»Amanecí 18 millas al O. S. O. de cabo Espartel y montándolo á las once de la noche me dirigí á Algeciras donde he fondeado con todos los buques á las seis de la tarde.

»Al concluir el diario de mis operaciones, debo dejar consignado estoy plenamente satisfecho del inmejorable comportamiento de los Comandantes, Oficiales y tripulaciones de todos los buques y del de los Jefes y Oficiales de la Plana Mayor de la division, la cual he dispuesto se haga así saber en la órden del dia.

«A bordo de la fragata «Princesa de Asturias» en la bahía de Algeciras 26 de febrero de 1860. —José María de Bustillo.

Relacion de los muertos y heridos habidos en el bombardeo de la ciudad de Larache el 25 de febrero de 1860.

Fragata Princesa de Asturias.—Grumete Vicente Salgado, muerto, Cabo de mar Vicente Ripoll, herido. Ordinario Antonio Manen, herido. Grumete Jaime Linares, herido. Grumete Bartolomé Zaragoza, herido. Soldado Francisco Gonzalez, herido. Soldado José Casal, herido. Soldado Miguel García, herido.

Navío Reina Isabel.—Soldado Francisco Teron Fuerte, herido. Marinero preferente José María Suarez, contuso. Marinero preferente Francisco Conde, contuso.

Fragata Blanca.—Segundo carpintero Gabriel Cervantes, contuso.

A bordo de la «Princesa de Asturias» 28 de febrero de 1860.—José María de Bustillo.

II.

Vamos á decir algo de las dos poblaciones bombardeadas, Larache y Arcilla.

Larache, llamada por los árabes Al-A-saisce Beni Ajros (viñedos de la grande y poderosa tribu de Beni-Aros), es capital de la provincia de Azgar que en su mayor parte está poblada por dicha tribu. Tambien sirve de residencia al alcalde ó gobernador; tiene poca estension, y constará á lo sumo de 6,000 casas, situadas en él declive de un elevado cerro que se estiende hasta el mar.

Se hallan habitadas estas casas por 4,000 individuos de los cuales 2,700 son moros y los demás hebreos. Larache está bastante bien construida y rodeada de pórticos construidos por columnas de piedra. Sus fortificaciones, que fueron construidas por los españoles cuando la poseyeron, son buenas y se conservan aun en muy buen estado.

Esta ciudad tiene mas historia que ninguna otra del imperio de Marruecos.

Fué ganada por los españoles en 1610, quienes conservaron en esta

un convento de religiosos franciscanos hasta el año de 1722. Despues volvió á caer en poder de los moros, y en 1765 sufrió un fuerte bombardeo de los franceses.

Larache, que tal vez es la Lixos de que nos habla Ptolomeo, ó la Lixa de Plinio, se encuentra tan adelantada en policía urbana que es sin disputa alguna la poblacion mas limpia y mas aseada de toda el Africa. Sus calles, que son en general bastante anchas y rectas, están empedradas; sus habitantes son industriosos y aficionados al estudio de los adelantos de las ciencias.

En sus cercanías se cultiva el algodon, y se hacen grandes cantidades de carbon; los leones y las panteras de las montañas bajan á veces hasta los mismos muros de la ciudad.

El puerto de Larache, formado por la desembocadura del rio Lukos, es bastante seguro para las barcas mayores, pero de escasa importancia, porque, á consecuencia de su difícil entrada, los buques de mas de 200 toneladas se ven precisados á descargar en la rada, siéndoles de todo punto imposible pasar la barra que cierra la embocadura del rio.

Este rio es aquel de que habla Herrera en su magnífica oda á la rota del ejército de D. Sebastian, cuando profetiza—y con esta guerra se ha cumplido la profecía—que un dia iban los españoles á vengar la memoria de D. Sebastian sucediéndose entonces:

que Luko ensangrentado al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

Larache por fin es una plaza marítima, no desprovista de elementos de defensa. Los marroquíes la han mirado siempre con cierta predileccion, y especialmente desde que se estrellaron en dicho punto los inútiles esfuerzos de los franceses en 1765. Posee algunas fortificaciones y un castillo que la defienden por la parte de mar.

En aquellas habia construidas tres baterías, una alta y dos bajas, presentando las tres de cuarenta á cincuenta piezas de artillería.

III.

Arcilla es una ciudad marítima que fundaron los romanos llamándola Zilia y despues Julia Constantia Zilio, situada en la provincia de Harbat, region del Ghart.

Ocupáronla los portugueses por espacio de bastante tiempo y la abandonaron durante el reinado de Juan III.

Cuando la guerra de Mahomad el Jerife y el Moluko, el alcalde moro que la guardaba, y que era partidario de aquél, hizo entrega de ella al gobernador de Tánjer.

Esta poblacion es célebre por haber desembarcado en ella en su funesta espedicion, el rey D. Sebastian de Portugal. Despues de la desgraciada batalla llamada de los tres reyes, de que hemos hablado al comienzo de esta obra, volvieron á ocuparla los moros.

Cuenta hoy esta ciudad con una poblacion de mil habitantes próximamente, todos ellos tan pobres como poco industriosos. En los alrededores de la poblacion se cria tabaco en abundancia, aunque de no muy buena calidad. El puerto es pequeño y tiene un regular fondeadero defendido por una muralla reforzada por tres torres con veinte piezas en batería, viéndose contínuamente frecuentado por barcas y pescadores españoles y portugueses.

Cuando nuestra escuadra se presentó ante esta ciudad, los moros parece que tenian sobre veinte piezas, pero no hicieron fuego mas que con once.

En Arcilla el éxito fué mucho mas brillante que en Larache y la poblacion quedó cuasi destruida. Los moros temian sin duda un desembarco, pues se veian acudir en considerable número á pié y á caballo y ocupar las alturas que dominan la playa.

Los disparos de nuestra escuadra en esta poblacion pasaron de dos mil, contándose entre ellos los de 458 granadas.

IV.

El ataque y bombardeo de los pueblos marroquíes del Atlántico,

Arcilla y Larache, fué realmente glorioso para nuestros marinos, que se batieron con la misma bravura con que lo hicieran nuestros ascendientes en Cabo Siciá, San Vicente, Finisterre y Trafalgar.

Larache y Arcilla conservarán por largo tiempo memoria de nuestros cañones.

Las baterías del primer punto quedaron destruidas y la poblacion mas maltratada, habiéndose arrojado por nuestra parte 291 granadas y 1185 balas rasas.

En cuanto á Arcilla quedó cuasi destruida.

Un marinero, testigo ocular, refirió á un corresponsal que las casas caian como castillos de naipes, y que los hombres, mujeres y niños salian corriendo por el campo á bandadas.

Celebróse mucho la serenidad, presteza y precision en las maniobras, de los comandantes y tripulaciones, y la decision y buenas dotes de mando del general Bustillos.

Ya hemos visto por el diario de operaciones que este deseaba emprender el ataque á Salé, para lo cual dió las órdenes al efecto, mandando á Cádiz á reparar sus averías al *Vulcano* y á la *Bilbao*. No obstante la mucha mar, la escuadra siguió su rumbo hácia el punto designado, pero á las nueve de la noche aumentó considerablemente la mar, y á las once era tan tendida, que juzgando imposible llevarla operacion á cabo, se dirigió hácia Algeciras, donde fondeó á las seis de la tarde del siguiente dia.

Por lo demás, muchos años hacia ya que la marina española no luchaba contra las armas de ninguna nacion estranjera. Buques y tripulaciones recibieron en Larache y en Arcilla el bautismo de fuego, sosteniéndose á la altura en que siempre ha sabido estar la marina española, que cuenta grandes pájinas de gloria y desastres tambien, pero honrosísimos, como el de Trafalgar.

No obstante las desventajas con que el temporal les obligaba á verificar sus disparos, prosiguiendo los elementos en su empeño de hacernos la guerra y probar en mar y tierra nuestra constancia y decision, la conducta de nuestros marinos fué mas la de veteranos que la de hombres bisoños en los combates navales.

El dia que la España vuelva á tener una marina digna de ella y de sus tradiciones de gloria, nuestros marinos sabrán dar nuevas y brillantes páginas á los anales de nuestro país.

EN TETUAN Y SUS CERCANIAS.

I.

Volvamos ahora á trasladarnos al campamento para continuar la historia diaria de los sucesos, procurando, segun hemos venido haciendo hasta aquí, no echar en olvido ni pasar por alto ninguna circunstancia, hecho ni episodio, hasta los mas insignificantes, á fin de que nuestros lectores puedan tener en esta obra un verdadero dietario del ejército en África.

El dia 25 de febrero, á consecuencia del resultado poco amistoso de la entrevista del general en jefe y Muley-Abbas, se dictaron en nuestro campo algunas disposiciones preventivas. El segundo cuerpo de ejército recibió la órden de atrincherar el frente de su campo, y colocáronse avanzadas á la otra parte del rio, mientras que dos compañías se situaban en el puente de caballetes que los ingenieros construyeran pocos dias antes á nuestra izquierda, á la altura del cuartel general, y por el cual se atravesaba la corriente en direccion á uno de los aduares próximos á la ciudad. Al estremo opuesto del puente, los moros mantenian á cierta distancia una especie de avanzada de diez ó doce hombres armados para impedir el paso á los moros campesinos y vigilar nuestro campo, si bien no hostilizaban á nadie. El jefe de las dos compañías que iban á tomar posesion del puente, daba la órden de decir á los moros que se retirasen y de

echarles á viva fuerza si no obedecian. No fué necesario apelar á esta última parte de la órden.

El general Odonell continuó viviendo en una admósfera de absoluta reserva, sin dejar traslucir á nadie sus pensamientos, pero por el campo corrian noticias que podian ser mas ó menos fundadas y mas ó menos verosímiles.

Se decia que el ejército emprenderia su movimiento para atrincherarse en el Fondak, especie de venta situada en la confluencia de los caminos de Tánjer, Fez y Tetuan, cuyo movimiento debia tener lugar completados los transportes y terminado el envío de grandes remesas de víveres, calzado y otros efectos indispensables para una larga espedicion. Creíase inevitable una gran batalla en el Fondak, mas se sabia que los moros lo habian atrincherado recientemente. Se suponia á los moros resueltos á defenderse á todo trance en estos atrincheramientos.

Segun otros rumores, aun cuando en la conferencia del general en jefe con Muley, quedaron rotas de hecho las negociaciones, sin embargo, á pretesto de preparativos y espera de víveres, se dejaria correr el plazo que entonces pedia el príncipe marroquí para dar tiempo á que el emperador pudiera admitir ó rechazar las proposiciones que se le hacian. Segun estos rumores, era de esperar que el emperador contestara dentro del plazo, y que, ó aceptase en todas sus partes el ultimatum de nuestro gobierno, ó propusiese modificaciones tales que pudieran servir de base á una nueva negociacion, dado que el general en jefe estuviese como estaba probablemente autorizado para alterar en lo que fuera necesario las primitivas condiciones.

Lo cierto era que el general Prim, á quien el duque de Tetuan continuaba llamando el *primer caminero de España*, habia recibido instrucciones para abrir camino hácia Tánjer.

Proseguia reinando el levante que se habia declarado el 24 en la mañana del 25, á pesar del mal estado del mar, y creyendo practicable la barra, quiso echarse á tierra la balija que estaba á bordo de un vapor, pero desgraciadamente el bote zozobró al pasar la barra, cayendo al agua los marineros, el Administrador de correos señor Soto, y la balija. Esta y los marineros se salvaron, pero no así el desgraciado Soto, que murió ahogado, víctima de su escesivo celo por el servicio.

Por la tarde una comision de hebreas pasó á visitar á la duquesa de Tetuan. Á su tránsito por las calles, las hebreas tuvieron muchos admiradores que contemplaban llenos de curiosidad sus lujosos zapatos, sus ricas sayas bordadas de oro y plata, sus batas de damasco, sus soberbios jubones y por último las alhajas que adornaban su cuello y su cabeza.

Como una curiosidad, publicamos los nombres de estas judías, copiándolos de un periódico oficial.

Se llamaban Mesoda Anudara, Chamila Cazes, mujer del alcalde hebreo Leví Cazes; Tadmo, pariente; Clara Beniues, notable por su belleza; Treja Bensaguen, Jarisa Benguigui, Tadmo Leví, Ester Benguigui, Luna Nahon, Sinja Coen, Treja Benmerji, Esterbases, Mesodi Caen.

Todas ellas se presentaron ataviadas con sus mejores ropas, con sus mas ricas alhajas. Una de ellas se dirigió en correcto español al general en jefe, felicitándole y ofreciéndole las simpatías de sus compatriotas. Odonell, en nombre de la Reina, recibió el espontáneo homenaje que le tributaban las mujeres judías.

II.

No obstante la moderacion y el buen trato de que eran objeto los moros de parte de nuestros soldados, estos no podian separarse algunos pasos del campamento sin esponerse á ser asesinados.

Ya era un guardia civil que hacia el servicio de patrulla á quien heria un fanático moro, ya era un artillero que se introducia en un huerto poco apartado y que era víctima de las asechanzas de los marroquíes.

Pero el dia 26 ocurrió un suceso de esta naturaleza, que llenó de coraje y de indignacion á todo el ejército.

Serian las doce ó poco mas de la mañana cuando dos gastadores del regimiento del Infante se fueron hácia las huertas que se hallan situadas al otro lado del rio, y acercándose á un grupo de naranjos to-

Lit. Vazquez R. 31.

TERCIOS VASCONGADOS.

maron dos ó tres de sus frutos. Entonces algunos moros que habia por las inmediaciones empezaron á llamar á los soldados, que se llegaron confiadamente á ellos, creyendo sin duda en su buena fé; pero, cuando estuvieron juntos unos y otros, cojieron á uno de los gastadores y sin darle lugar á defenderse por lo brusco del ataque, le dispararon un tiro dejándole muerto en el acto, mientras que el otro, pudiendo defenderse, recibió cinco heridas de gumía, una en el costado, otra en la cabeza, una en cada mano y otra en el muslo derecho.

Inmediatamente que se apercibió del hecho una guerrilla de húsares que se hallaba en las inmediaciones de aquellas huertas, salió en persecucion de los asesinos y logró capturarlos, llevando á Tetuan cinco que eran los culpables.

Parece ser que Muley Abbas, rotas de nuevo las hostilidades, notificó á todos los pueblos de las cercanías de Tetuan, que si bajaban á la ciudad como amigos de los cristianos, ó no nos hacian todo el daño posible, haria cortar la cabeza á todos sus habitantes. Muley Abbas, á pesar de su carácter dulce y apacible, estaba por el sistema del terror.

La duquesa de Tetuan reunia todas las noches en su magnífica y pintoresca casa una corta y escogida sociedad, y, segun se decia en el campamento, la duquesa y su círculo representaban el partido de la paz.

III.

El 27 llegaron los tercios vascongados. El levante que habia reinado por espacio de tres dias, retardó la llegada de este refuerzo, pero en dicho dia, gracias al cambio de viento, los vascos pudieron efectuar su desembarco, que quedó terminado al anochecer. Soberbio era el personal de estos tercios y vistoso su traje.

El general Latorre, que los mandaba, pidió en nombre de ellos ser colocados en la division de vanguardia.

El general García, que no paraba un momento y á quien se veia en todas partes, presenció el desembarco de uno de los tercios. Quiso

el general Latorre hacer los honores al jefe de Estado Mayor general, y aunque este los rehusó, no pudo evitar que la música de los vascos le obsequiase con su tocata provinciana tan conocida de todos los que hicieron la campaña de los siete años.

Los vascongados quedaron por el pronto en la Aduana, reemplazando al general Makena y á su division, que volvieron al campamento junto á Tetuan.

Por la noche el general en jefe mandó salir á toda prisa un vapor de gran porte para Málaga que uniéndose á otro que habia allí, debian regresar, segun se creia, llenos de tropa.

Tambien llegó por la tarde la comision que saliera para Oran despues de la batalla del 4 con el objeto de adquirir camellos para nuestro ejército. En el vapor venido de dicha ciudad llegaron sesenta de esos gigantes cuadrúpedos y debian venir hasta el completo de cuatrocientos, que fueron los comprados.

Por lo que toca á los conductores de los camellos y á su pintoresco traje, he aquí lo que decia una carta particular:

«Son todos árabes jóvenes y robustos. Llevan el gorro turco, un albornoz gris corto con capucha, pantalon de lienzo crudo con franja encarnada y zapato borceguí. El camello y el árabe nacieron uno para otro; así es que los europeos no hacen al lado de estos cuadrúpedos que son las locomotoras de los movedizos arenales del desierto.»

La comision que pasó á Oran para la compra de estos animales, manifestó que regresaba contentísima del recibimiento que la habian hecho los españoles residentes en aquella ciudad.

IV.

Tuvo lugar el 28 la revista que el general en jefe debia pasar á los tercios vascongados. Media hora antes se hizo el relevo de sus divisiones en debida forma. La de reserva formó por batallones en masa con la espalda á la Aduana, y á su frente, en igual disposicion, se colocaron los cuatro tercios. El cuerpo del general Makena desfiló en

columna por todo el frente de los vascongados batiendo marcha sus respectivas bandas. El general Latorre se colocó con su Estado Mayor en el claro que dejaron el tercer y cuarto tercio durante el relevo y el desfile.

El aspecto que presentaban aquellas cuatro masas de hombres, en general de elevada estatura con su boina encarnada y su traje nuevo, producia muy buen efecto. De léjos parecia un vasto cuadrilongo de amapolas, segun dice un testigo.

Los tercios tenian, escepto uno, su charanga. El primero llevaba banderines azules, el segundo y tercero blancos, todos con las armas de su provincia y el número del tercio, y el cuarto tenia los suyos mitad encarnados y mitad blancos.

Apenas habia transcurrido un cuarto de hora, se oyó que la division Makena hacia los honores al general en jefe á quien encontrára en el camino. Al poco rato el duque de Tetuan llegó á la altura del primer tercio donde fué recibido por el general Latorre, y acto contínuo al toque de la marcha real revistó á los cuatro tercios dando la vuelta al rededor de cada uno de ellos y mirando detenidamente las compañías desde uno de sus flancos. Concluida la revista, los vascongados desfilaron á cuatro de fondo por delante del general en jefe, quien encargó al Sr. Latorre que sus soldados se formasen en seguida y tirasen al blanco.

En seguida, el duque se dirigió á la playa para ver los buques que habia fondeados y enterarse de los artículos y efectos que se descargaban, regresando despues á Tetuan por la orilla del rio.

Este fué dia de sucesos en el campamento.

A su regreso el general Odonell se enteró de un acontecimiento que acababa de tener lugar.

De dos ó tres dias á aquella parte los moros mas contumaces de los pueblos y de los aduares inmediatos, nos habian herido á algunos soldados que bajaban al rio á lavar la ropa. Un batallon habia salido para notificarles que, si no cuidaban de evitar estos ataques, serian incendiadas sus casas y talados sus campos. A pesar de esto, cumpliendo sin duda con las órdenes que se suponian por Muley Abbas, no hicieron ningun caso, y confirmaron sus fechorías.

En su consecuencia, pues, el general Prim dispuso que saliera por

la mañana un batallon de Toledo, con su coronel y algunos intérpretes, y todos con instrucciones y órdenes terminantes.

Al aproximarse el batallon á Busemelar, que era uno de los pueblos mas indómitos, los árabes se colocaron en las alturas disparando bastantes tiros contra la fuerza de Toledo. El coronel empero no quiso que se contestase á su fuego y llegaron hasta el aduar que encontraron completamente abandonado. Seguian los moros haciendo fuego y el coronel de Toledo colocó su batallon á la espalda de una pequeña colina para cubrirlo de las balas enemigas, saliendo enseguida con una bandera blanca y un intérprete que empezó á llamar á los moros. De todos los que habia en las alturas bajaron solamente dos, pero al llegar cerca del coronel le hicieron fuego y se volvieron. Entonces, al ver esta obstinada rebeldía y mala fé, el coronel, en cumplimiento de sus órdenes, mandó incendiar las cuarenta ó cincuenta chozas que componian el aduar.

Al retirarse, los moros fueron picando su retaguardia causándoles dos heridos de poca gravedad.

El duque de Tetuan se dirigió hácia el sitio de la ocurrencia con su Estado Mayor al regresar de la Aduana, y al saber la pérfida conducta de los árabes vecinos, entró en Tetuan, mandó llamar al alcalde y le dijo hiciera saber á los moros que puesto que correspondian tan mal al generoso comportamiento que para con ellos observaban los españoles, les haria una guerra de muerte y esterminio.

Al mismo tiempo que esto tenia lugar, salia el general Prim por el camino de Tánjer, internándose mas de dos leguas, con una fuerte columna compuesta de los catalanes, un batallon de Castilla y los de cazadores de Chiclana, Arapiles, Figueras, Alba de Tormes y Simancas y la brigada entera de coraceros, todos á la lijera y acompañados del general de division Odonell (D. Enrique) y brigadieres Serrano, de infantería, y Villate, de caballería, que mandaban sus armas respectivas, con los cuarteles generales del cuerpo de ejército y division y estado Mayor del segundo cuerpo.

Penetraron un buen trecho por el camino de Tánjer, mas de dos leguas, segun llevamos dicho, haciendo reconocimientos y sacando planos topográficos el Estado Mayor.

Al llegar cerca de un puente que hay en la vega, á mas de legua y

media, avistaron grupos considerables de moros, que fueron fogueados por los catalanes que iban á la vanguardia, matándoles dos y recogiéndoles las armas, pero los demás huyeron hácia las montañas; y el general, terminado su objeto, se volvió al campamento sin ser molestado, regresando la fuerza en dos columnas paralelas, formada una de las mitades impares de la compañía y otra de las pares, la primera columna por el camino natural y la otra flanqueando la falda de las sierras de la izquierda.

V.

Durante la noche del 28 al 29 ocurrió en el campamento de la caballería una gran alarma, cuyo motivo nadie acertó á comprender por el momento y que dió lugar á estravagantes comentarios.

Serian las tres de la madrugada, cuando, repentinamente, todos los caballos del primer escuadron de húsares dé la Princesa rompieron las amarras y en masa se precipitaron sobre el campamento dando relinchos.

Este movimiento puso en conmocion á los demás cuerpos. Los caballos de Borbon, escuadron de coraceros, tambien emprendieron su fuga, arrollando cuanto encontraban por delante, yendo á sembrar la confusion en el regimiento de la Reina, desde donde se propagó el pánico hasta llegar al término del atrincheramiento, en cuyo sitio se encontraban las mulas de la artillería.

A los gritos de los contusos, al ruido de los palos rotos y de las tiendas caidas, toda la division creyó que el enemigo estaba dentro del campamento. Los jefes trataban de poner órden, mientras la artillería cargaba sus cañones y los soldados procuraban contener á los caballos, pero estos temblaban como si presintieran la cercanía de un inminente peligro, no cesaron de dar coces y relinchos.

Por tres veces se repitieron los arranques desesperados de los brutos, ocasionando muchas caidas, contusiones y heridas. Al ser de dia se apaciguó el tumulto, y solo entonces pudo apreciarse el destrozo causado por la carrera de los animales. Resultaron entre heridos y contusos unos sesenta hombres. Muchas fueron las tiendas destrozadas muchos los útiles destruidos.

¿Qué ocasionó semejante sobresalto? ¿Qué pudo aterrorizar á los caballos de toda la division de una manera tan profunda? La opinion mas general fué que todo lo sucedido no reconocia mas causa que la aproximacion de algunos chacales á las trincheras, á los que, como es sabido, temen tanto los caballos.

A mediodia se mudó el campamento á algunos escuadrones, á consecuencia de este acontecimiento.

El general en jefe publicó la siguiente proclama, que se mandó traducir al árabe, enviándose por diferentes conductos á aquellos á quienes iban dirigidas.

A los habitantes de las tiendas y aduares de Busemelar y Beacemelam.

«Vosotros haceis fuego á la tropa que os he mandado para proporcionaros el bien y la paz. El general en jefe enviará tropa para quemar y destruir vuestras casas y hogares, si mañana á las diez, no llegais ó mandais una comision compuesta de vuestros jefes, para arreglar con ellos la seguridad y tranquilidad del pais y sus habitantes, quedándose algunos de la comision en mi poder, por garantía.

»Repito que mandaré soldados que arruinen y destruyan todo cuanto encuentren á su paso sin respetar los campos y plantas vegetales.

»Ya sabeis que la nacion española en todas partes quiere y ama la humanidad y sus semejantes. Conservará á cada uno sus bienes y la hacienda, si son gentes de bien y de paz. A los malhechores y malvados se les impondrá el castigo á que se hagan acreedores. Aviso á todos los habitantes de las cercanías, que continuen viniendo á sus mercados para la compra y venta de sus frutas y mercancías.

»Tetuan 28 de febrero de 1860.—El general en jefe, *Leopoldo Odonell.*»

En este dia volvió á salir el regimiento de Toledo para acabar de destruir el aduar incendiado el dia anterior. El coronel llevaba la órden de talar todos los árboles frutales de sus huertas.

Era castigo cruel, pero necesario. El árabe en una semana levanta

la casa ó choza, las paredes fabricadas con piedra y cal, el techo con enea y paja, que le incendian nuestros soldados, pero sabe que el árbol, una vez talado, no se reemplaza sino en diez ó doce años de cuidado que tarda para dar nuevo fruto. Por esto lamenta mas la corta de un árbol que el incendio de su hogar.

Salieron pues con este objeto nuestras tropas, pero al llegar al pueblo citado, tuvieron piedad de sus moradores que salieron de entre los humeantes escombros de sus chozas derramando lágrimas y pidiendo misericordia. Se comprometieron á vigilar por la seguridad de nuestro campamento en la orilla izquierda de la ria, diciendo que resistirian á los que quisieran hacer fuego á los nuestros, y que en todo caso darian parte de toda intentona que se emprendiese contra nuestro campo. El jefe de la kábila quedó en presentarse al dia siguiente para verificar la sumision de un modo oficial.

Nuestros soldados, que iban armados de trescientas hachas para cortar todos los árboles frutales, se retiraron á su campamento sobre las cuatro de la tarde sin disparar un solo tiro y sin cortar un solo árbol.

Mientras esto tenia lugar á las primeras horas de la tarde, hé aquí lo que sucedia al anochecer.

El Sr. Caballero, contratista del ejército, venia de la Aduana con los sesenta camellos que trajera de Oran. Iban tambien con esta conduccion Mr. Boyer, corresponsal de la *Independencia belga*, varios criados y cantineros. Al pasar por unas huertas que están inmediatas al camino, cerca ya del campamento, unos treinta árabes emboscados que habrian bajado por alguna de las cañadas de la derecha, hicieron una descarga que puso en confusion á los caminantes. Al principio el Sr. Caballero creyó que fuese una patrulla nuestra que tomara por enemigos á los árabes conductores de los camellos y empezó á gritar que eran españoles. La continuacion del fuego y la presencia de los moros le advirtieron que era llegado el caso de salvarse lo cual todo el mundo hizo del mejor modo que supo y pudo.

No fué nada infructuoso para nuestros enemigos el resultado de esta emboscada, pues despues de apoderarse de tres mulos y dos camellos, asesinaron á un cantinero.

VI.

El dia 1.° de marzo se notaron muy particularmente preparativos de movimiento. Ya nadie dudaba de que se iria á Tánjer tan luego como el ejército contara con la cantidad de provisiones necesarias para emprender la marcha.

Quedaban ya construidos dos kilómetros de ferro-carril que abreviaban de un tercio el camino de los carros y acémilas que iban á cargar víveres para el ejército.

Desembarcaron 190 artilleros procedentes de Barcelona y la Coruña con tres oficiales, 50 caballos para los regimientos de artillería y un gran número de acémilas.

Se descubrieron 200 cajones mas de azufre en flor, de superior calidad. Los moros, á falta de grandes almacenes, tenian todas sus municiones, pertrechos y primeras materias para artículos de guerra en una porcion de puntos diferentes. Apenas se pasaba dia sin que se hiciesen descubrimientos de esta clase.

En la madrugada de este dia algunos moros se aproximaron al campamento del general Prim, hácia el lado de la Alcazaba, disparando algunos tiros. Esto hizo que las tropas se pusieran sobre las armas y que se tomaran precauciones hasta que se hizo de dia.

La alarma fué mas seria de lo que se creyó en un principio. Por dos veces apareció el enemigo, á favor de la oscuridad. Un oficial de Arapiles y un soldado fueron heridos dentro de sus mismas tiendas.

El frente del campamento del conde de Reus estaba ya atrincherado y se hacia el servicio con toda la vigilancia que requeria su posicion avanzada.

Se supo en el campamento que se habia mandado órden al general Echagüe de estar dispuesto á incorporarse al ejército con nueve batallones tan luego como se le previniera.

Llegó á Tetuan una especie de ómnibus, que iba á servir de diligencia desde la Aduana á la ciudad.

VII.

El pueblo de Bu-Semilam, situado á la orilla izquierda del rio, pasado Tetuan, en el estribo del pequeño Atlas, era el mas inmediato al campamento del conde de Reus en el camino de Tánjer y á él pertenecian los moros qne se adelantaban hasta las trincheras con la astucia de la zorra para herir y matar á soldados indefensos en aquellos momentos.

Así pues, queriendo apurar el general en jefe todos los estremos de la moderacion y de la benignidad, habia dirigido á dicho pueblo el oficio siguiente:

«Los habitantes del pueblo de Bu-Semilan han hecho fuego á las tropas españolas que pacíficamente iban á él como lo habian hecho otras veces. El jefe de la fuerza ha mandado quemar algunas chozas por ello; pero si de aquí á mañana á las diez no han venido los habitantes á pedir perdon y á dar rehenes para lo sucesivo, antes de mediodia irá otra fuerza que quemará todas las casas y cortará todos los árboles frutales.

»El ejército español, que por todas partes respeta los hombres, las mujeres, las costumbres y la propiedad cuando pacíficamente se le recibe, hará con todos los que le hostilicen lo que va á hacer con vosotros. Que los pueblos de Marruecos escojan entre la vida pacífica y su total destruccion.»

No hubo respuesta de este pueblo, y nuestras tropas salieron para realizar la amenaza ofrecida; pero todos los habitantes salieron con lágrimas en los ojos implorando misericordia, y nuestros soldados la volvieron á conceder nuevamente.

El mismo dia 2 de marzo á las dos de la madrugada, habian salido para reprimir y castigar otros actos de traicion y venganza seis batallones del cuerpo de ejército que mandaba el conde de Reus, á saber: los dos del regimiento de Toledo, Navarra, Chiclana, Leon y Alba de Tormes con los catalanes.

Apenas asomaba el dia, penetraron en los aduares vecinos, que los encontraron completamente abandonados, y habiéndose internado en un bosque, hallaron unos diez moros armados que les hicieron fuego, cogiéndoles prisioneros y pasándoles en el acto por las armas.

Tambien fué fusilado en este dia mismo un moro que, con seis compañeros mas, se entretenia en tirar á las gentes que hacian el tránsito de la Aduana á Tetuan. Estos salvajes hicieron fuego sobre una media compañía que iba en su persecucion, y pasaron el rio; pero un comandante pasó atrevidamente á caballo, y á pesar de estar en medio del agua, hizo un prisionero que todavía tenia las armas en la mano.

Este, con sus seis compañeros eran del número de los salteadores que desde la caida del sol y ocultos detrás de los matorrales y huertas que tanto abundan en aquellos alrededores, se ocupaban en sorprender á los incautos ó temerarios que, al retirarse nuestras guardias y contra las órdenes publicadas, hacian la travesía de la Aduana á Tetuan.

El moro fusilado fué colgado en un árbol con un gran cartel en que se leia en árabe: *Por ladron.*

A pesar del terror que infundian en los moros las amenazas de Muley Abbas, hubo una kábila, la de Beni Jatrau, que hizo su sumision oficial.

Quince moros de los mas caracterizados en ella, no muy ricamente vestidos por cierto, fueron este dia á la ciudad y prestaron el juramento de fidelidad en manos del general Rios, á quien hicieron en signo de sumision, segun costumbre, un regalo consistente en ocho huevos. El general Rios fué depositando un duro en cada mano que le presentaba uno de ellos, de modo que bien puede decirse que fueron ocho huevos caros.

Esto no obstante, los hechos de ataque á traicion y sorpresa se reproducian á cada instante. El mismo dia 2, cuyos sucesos estamos refiriendo, no debia concluir sin presenciar dos hechos punibles, de que luego hablaremos.

Salió en este dia para España la duquesa de Tetuan. Desde la ciudad á la Aduana fué en una carretela que solo le habia servido para hacer la travesia de la Aduana á Tetuan y de Tetuan á la Aduana,

á la ida y á la vuelta. El general en jefe, á caballo, como casi todos los generales que mandaban cuerpos de ejército, acompañaron á la distinguida viajera hasta la Aduana, y allí se embarcaron en el vapor transporte para dejarla á bordo del buque que habia de conducirla á Málaga.

Para que se comprenda hasta qué punto habia llegado la audacia de los moros escondidos en las sierras inmediatas á Tetuan, baste saber que al regresar el general en jefe de acompañar á su esposa al embarcadero, y al pasar por la parte de terreno que se halla frente á la Aduana, se atrevieron á hacerle fuego.

Con tal conducta por parte de los moros, eran indispensables las represalias y era necesario proseguir con toda severidad el sistema de terror que habia ya comenzado á inaugurarse.

Otro suceso tuvo lugar en los mismos lugares aquella misma noche.

Serian sobre las nueve y media. Unos cuantos moros se habian emboscado en un corralon derruido que habia á la orilla del camino de la Aduana, muy inmediato al campamento del cuartel general, y al pasar cuatro carros cargados de sacos de harina que se dirigian á la ciudad hicieron los árabes una descarga á los que iban con ellos. Como era natural, todos echaron á correr abandonando carros y caballerías. Al oir la descarga, salió corriendo una compañía de Albuera, que era el cuerpo que estaba mas próximo al sitio de la ocurrencia. Al llegar á él encontraron á un carretero muerto de tres balazos; en cuanto á los carros habian ya desaparecido. No obstante, como supusieron que no podian estar muy lejos, y que no podian tampoco haber seguido otro camino que el del rio, tomaron aquella direccion, y al cabo de un rato encontraron tres carros solamente, no pudiendo dar con el cuarto hasta pasado mucho tiempo, encontrándolo por fin, pero descargado y sin las tres mulas del tiro.

VIII.

Comenzaron las represalias en vista de la actitud que habian tomado los moros de las cercanías de Tetuan.

Dispusiéronse para la noche del 3 de marzo algunas emboscadas á fin de castigar á los asesinos que salian á cometer sus tropelías en el camino de la Aduana.

Antes de que se colocasen los soldados en los puntos que se les designara, un árabe habia disparado su espingarda contra un oficial que con una partida de ocho hombres se dirijia desde aquel punto al campamento. Como el oficial iba á caballo, marchaba algo adelantado. El moro erró el tiro y echó á correr hácia el rio, pero el oficial fué tras él, siguiéndole tambien los soldados, y al otro lado de la corriente cogieron al fugitivo, que amaneció ahorcado en un árbol de la orilla del camino.

Las emboscadas sin embargo no dieron el resultado apetecido, lo cual no es de estrañar porque segun una correspondencia del campamento, siempre que los árabes van á esa clase de espediciones, á mas de marchar con la precaucion que les sugiere su astucia, llevan consigo una cuadrilla de perros que les sirven de esploradores. Estos animales olfatean á los soldados desde muy larga distancia y arman en seguida una algarabia infernal, sirviendo esto de aviso á sus dueños que se retiran advertidos del peligro.

IX.

Nada de particular ocurrió el dia 4.

Los padres misioneros habian mandado por una campana que quedó colocada el 3. Al romper el alba del dia 4 sonó por vez primera la campana del templo cristiano de Tetuan produciendo grata emocion en todos los españoles que habitaban aquella ciudad, quienes debieron comprender entonces, mejor que nunca, cuanta verdad hay en aquel bellísimo elogio que hace de las campanas el autor del *genio del cristianismo*. A las doce volvieron á sonar las voces de bronce desde lo alto del templo de Nuestra Señora de las Victorias, al mismo tiempo que la voz del *muezzin* llamaba á los árabes á la plegaria, y moros y judíos escuchaban, como encantados por la novedad, las simpáticas voces de aquellos mensajeros evangélicos.

Proseguíanse con bastante actividad las obras para poner á la ciudad en estado de defensa, y en todas las obras de fortificacion que se llevaban á cabo, se procuraba que tuviesen defensa interior y esterior para poder rechazar cualquiera agresion, ora viniera de dentro, ora de fuera.

Volvió á reinar el levante con bastante furia. Este viento, á mas de privar á todos de la correspondencia, retrasaba las operaciones del ejército. Por esto decia el general en jefe que las dos cosas de que mas necesitaba para la guerra eran la administracion militar y la escuadra, y que el único enemigo á quien temia era el levante.

Tetuan iba tomando un aspecto mas agradable y de mayor civilizacion cada dia. Se derribaban muchas casas para dar mayor ensanche á las calles, é iban á abrirse cuatro de estas en sentido de la mayor longitud de la ciudad. Estas nuevas calles debian llevar el nombre de Rey, Reina, Príncipe y Princesa. La plaza de España iba á edificarse de nuevo, habiendo ya comenzado la subasta de las obras.

Segun un corresponsal, la calle á que le cupo su suerte el nombre de Barcelona, era tortuosa, estrecha y muy pendiente. A mas, tenia en su mayor parte bóvedas muy bajas y estaba construida por grandes piedras en toda su longitud.

Las enfermedades no eran muchas aquellos dias y el clima poco constante. Despues de un dia de nieve, venia uno de calor sofocante, el sol quemaba á veces, llovia muy á menudo á intérvalos en un mismo dia, y el cielo ofrecia de contínuo un espectáculo nuevo y variado á los habitantes de Tetuan.

La noche en que el tiempo lo permitia, el campamento del general Prim tenia un paseo muy concurrido y animado. Verdad es que el bello sexo no tenia en él mas representacion que la de alguna cantinera que acertaba á cruzar por él, pero, atendidas las circunstancias, no dejaba de tener sus atractivos y sus embelesos. En la calle mas ancha que formaban las tiendas, que era la avenida principal de la del conde de Reus, se reunia lo mas *brillante* y *selecto* de aquel pueblo ambulante. El general Prim, los generales Odonell y Orozco, los brigadieres Hediger, Serrano y Torres, el intendente, los periodistas y corresponsales, varios comisarios, jefes y oficiales de Estado Mayor, ayudantes de campo y órdenes, eran los que frecuentaban mas co-

munmente aquel paseo. Mientras este duraba, á la luz de la luna ó á la pálida claridad de las estrellas, las músicas tocaban y un grupo de voluntarios catalanes entonaba un coro guerrero que ellos mismos se habian compuesto y estudiado.

Generalmente este era el cuadro con que se terminaba la vida monótona del dia en el campamento.

X.

El dia 5 lo fué de animacion y movimiento.

A pesar de la inutilidad de las emboscadas para escarmentar á los moros, no se desistió de la idea de vengar á las víctimas de aquellos últimos dias.

A las tres de la madrugada del 5 dispuso el general Prim un movimiento para cojer por la espalda á los moros que se acercaran de noche á los campamentos. A las horas señaladas, segun la distancia que debian recorrer, se pusieron en marcha hasta seis batallones cuyo objeto era cercar cierta zona de terreno. El ser los caminos malos y poco conocidos hizo que algunos de estos batallones se retrasaran un tanto, mientras que otros llegaron con anticipacion al sitio designado.

Si la combinacion hubiese salido bien, habria caido en poder de nuestras tropas un centenar de moros, que lograron evadirse por los claros de los batallones. Esto no obstante, la batida dió por resultado el cojer á cinco árabes con las armas en la mano, quienes fueron fusilados en el acto, el apoderarse de algunas reses y el incendiar una porcion de vallados, tras los cuales se emboscaban los enemigos.

El mismo dia 5 salió de Tetuan el general Rios con objeto de practicar sus reconocimientos sobre Kitta, á fin de cerciorarse de las posiciones que los moros kábilas ocupaban en la derecha del Guad-el-Jelú, y con el intento, si posible era, de hacer bajar de sus guaridas á los que parecian menos agresivos.

Acompañaban al general el brigadier Lezo, el coronel de Estado Mayor, Punte, sus ayudantes de campo y el alcalde de la plaza con

otros moros de posicion, todos ellos ginetes en magníficas mulas. Además marchaban delante otros muchos de Tetuan á pié y dos moros montañeses como comisarios de paz.

Salian por la puerta de la Reina, y siguiendo la ruta trazada por los guias, se dirigieron via recta al Guad-el-Jelú, que atravesaron por un vado. Del otro lado del agua se encuentran espesos bosques de naranjos contados por frondosos vallados de cañas y zarzas.

Durante algun tiempo costearon el rio, que es ancho y limitado por barrancas gredosas sobre las que se ven suspendidas muchas higueras bravías, algarrobos y lentiscos. Despues se internaron por una série de callejones complicados y estrechos, que forman las cercas de las huertas y heredades que llenan la rica y estensa vega con sus hermosas plantaciones.

Vense allí al lado de altos naranjos, cuyas ramas se despejan bajo el peso de su dorado fruto, almendros ruanos cubiertos de blancas flores. Por todas partes observaban los viajeros una vegetacion precoz y libérrima, entre la que de trecho en trecho se levantaban, dominando los bosquecillos y alamedas, las terrazas de las quintas construidas con las comodidades que exije la vida muelle de los orientales. En aquellos sitios apartados es donde celebran sus zambras y donde, aspirando el grato perfume del azahar y envueltos en nubes del humo de las pipas, se entregan á los placeres del sensualismo.

Segun una correspondencia particular, despues de algunas vueltas y de haber atravesado el Guad-agras, llegaron á una posesion magnífica mucho mas grande que todas las que habian recorrido. Una vez franqueada la puerta sostenida por robustos pilares de mampostería, atravesaron un largo sendero flanqueado por haces de cañas fuertemente amarradas que soportan el techo construido de lo mismo. Las vides cubren esta especie de enrejado, cerrando el paso á los rayos solares en los calorosos dias de estío.

Llegados á la casa, apeáronse de los caballos para dirigirse á ella. Súbese al citado edificio por una rampa de menudas piedras que tiene en ambos lados anchos arriates con rosales y romeros marchitados por las heladas. El edificio es grande, con varios patios y estanques profundos en ellos; pero parte se halla en ruina. Masas enormes de verdura se han posesionado de los terrados. La yedra se ha adherido

á las columnas ; desde allí ha subido á los arcos , é introduciéndose por los agímeces y ogivas, ha desmoronado los muros atravesándolos con hondas grietas.

El cuadro que ofrece aquel edificio es tan pintorescamente triste como bellamente sombrío. Han desaparecido todos los adornos artificiales, para dejar el campo libre á la naturaleza con sus sencillos atavíos. Junto á la madreselva, se ve la pasionaria que entremezcla sus hojas con las del majoleto y el limonero.

Los caballos quedaron en manos de los ordenanzas en el patio principal. El señor general Rios dispuso que la tropa se situase convenientemente, y una vez tomadas las precauciones necesarias, salieron los oficiales fuera del recinto por la parte que da al monte.

A doscientos metros se veia el santuario y kábila de Kitta, que da nombre á toda la comarca. Tan pronto como los árabes vieron á nuestros soldados, empezaron á subir á las alturas, á reunirse en grupos y á agazaparse tras de las breñas, con el objeto de expiar sus movimientos. A unos cien metros se distinguian perfectamente á diez marroquíes envueltos en sus gilabas, con sus largas espingardas sostenidas verticalmente entre las piernas. El alcalde, por órden del general, envió dos emisarios anunciando que iban de paz; que bajaran, y que no tuvieran temor de ningun género.

Mientras tanto, algunos oficiales se internaron por las arboledas con direccion á Kitta. El terreno era cada vez mas intransitable, pues está atravesado por zanjas profundas y multiplicados vallados. De repente oyeron un murmullo de voces muy cercano; colocados en una pequeña eminencia y ocultos tras un matorral , pudieron ver á una multitud de riffeños reunidos delante de la mezquita de Kitta, deliberando, seguramente, sobre el partido que debian tomar.

Pocos momentos despues entraron en sus chozas, de donde salieron casi en seguida con sus mujeres, ropas y efectos, encaminándose apresuradamente hácia la cúspide de la sierra allí inmediata.

Ya en esto habian llegado los emisarios de los nuestros. Larga y animada fué la discusion , pero ineficaces cuantas razones les dieron para inspirarles confianza , puesto que regresaron solos. Los moros contestaron que ellos querian la paz, que los que atacaban y robaban á nuestros soldados eran unas turbas de bandidos procedentes de una

kabila de Guad-agras que andaban merodeando por las cercanías; que respecto á ir á la ciudad, lo harian tan pronto como Muley Abbas se retirase del Fondak, pues temian ser castigados si aceptaban la amistad de los cristianos.

En vano les hicieron observaciones los emisarios; persistieron ellos en su primitivo intento. Quejáronse amargamente de la conducta de la kabila de Ben Hasem, situada á mediodía del camino de Kitta, la que constantemente, segun dijeron, les molestaba con agresiones de todo género, y á consecuencia de esto, el general dispuso que saliesen dos moros en aquella direccion con el fin de anunciar á su jefe los castigos que se proponia ejecutar con ellos si no mudaba de conducta yendo á prestar obediencia.

Al caer la tarde, regresaron las fuerzas á Tetuan, sin que los moros las hostilizaran.

Una compañía cubrió la retirada hasta repasar el Guad-el-Jelú para evitar cualquiera sorpresa.

Algunas horas despues, varios moros de los de Guad-agras vadearon el rio y arrebataron á la vista de los centinelas del recinto cuatro ó seis vacas de uno de nuestros rebaños.

Prim salió al ruido con su escolta de catalanes. El general Rios envió la suya de húsares al mando de su ayudante Juano, y del cuartel general se destacaron dos compañías de Albuera en persecucion de los ladrones; pero estos se habian ya perdido entre las arboledas y por mas que buscaron nuestras guerrillas, no pudieron dar con ninguno. En la fuga abandonaron las reses.

El mismo dia 5, que fué el en que tuvo lugar esta escursion, llegó al campamento el general Echagüe.

Determinada la continuacion de las operaciones, y contando sin duda el general en jefe con encontrar seria resistencia en el paso del Fondak, habia dado órden al general Echagüe de unirse al ejército en Tetuan, dejando el mando de seis batallones que debian quedar guareciendo el campamento del Serrallo al bravo general Gasset.

La division que llegó con Echagüe al campamento, se componia, además del cuartel general del primer cuerpo, de la brigada de artillería de montaña, toda la caballería, los regimientos de infantería Borbon y Granada, los batallones de cazadores de Madrid, Cataluña, Al-

cántara y Barbastro, y las compañías de ingenieros al mando del coronel Tello. Decíase que á estas tropas se agregarian los Tercios Vascongados y algunos batallones de infantería. El general Lassausaye mandaba los ocho antes espresados. Quedaba en el Serrallo, bien á pesar suyo, el general Gasset, con solo seis batallones, que eran: regimiento del Rey, un batallon del Fijo de Ceuta, y los de cazadores de Mérida, Las Navas y Talavera, doce caballos y un oficial de escolta, y un regimiento montado de artillería.

Antes de salir del Serrallo, Echagüe dirigió la siguiente alocucion á las tropas de su cuerpo de ejército:

«Soldados: Cumpliendo con las órdenes del escelentísimo señor general en jefe de este ejército, salgo mañana para Tetuan con ocho batallones, la caballería y la artillería de montaña del cuerpo de mi mando.

»Al separarme de las tropas que lo componen, llevo conmigo el sentimiento de que no me acompañen en las nuevas operaciones que van á emprenderse; pero abrigo la conviccion de que en este punto donde quedan, sabrán mantenerse á la altura en que se encuentra el crédito y la reputacion tan justamente adquirida en doce gloriosos combates.

»Voy en esta íntima conviccion, tanto por el valor y disciplina con que os habeis conducido, como por las seguridades de acierto é inteligencia en el mando que ofrece el digno general Gasset, que queda mandando esta línea.

»Continuad, soldados, mostrándoos como hasta aquí dignos de defender los derechos y la honra de la nacion española, que os admira y os tiene por sus hijos mas predilectos, y dejareis así satisfechas sus esperanzas, las de S. M. la reina y los deseos de vuestro general. — *Echagüe.*»

Llegada al campamento la division Echagüe, acampó á vanguardia del segundo cuerpo, sobre la derecha, en las alturas del valle *Ntahc de Buchtjia.*

Los batallones de esta division estaban muy completos y con un personal inmejorable. Era gente enteramente aclimatada ya en aquel país. El ganado de la artillería de montaña y las acémilas estaban tambien en el mejor estado de lozanía.

XI.

Nada notable ocurrió el 6 de marzo.

Llegó á Tetuan con la *Princesa de Asturias* el general Bustillos, que fué á conferenciar con el general en jefe.

Quedaba ya reunido un considerable número de acémilas y mas de cien camellos, los que, dicho sea de paso, armaron buena zambra en el campamento, pues el ganado se asustó al verlos.

Otro buque con camellos habia tenido que dirigirse á Ceuta porque el estado del mar no permitia desembarcarlos.

Todo se preparaba para continuar la guerra.

Estaba ya concluida la tercera parte del ferro-carril de sangre que hacia mucha falta para facilitar las comunicaciones entre la Aduana y Tetuan, sobre todo en caso de internarse en el país, pues entonces Tetuan estaba llamada á ser el gran depósito de víveres y municiones.

XII.

El 7 tuvo lugar la bendicion de las banderas y entrega de ellas á los tercios vascongados.

A las doce del dia estos últimos, formados á cuatro de fondo, se dirigieron á la inmensa llanura que se estiende hasta Tetuan, llegando á pocos pasos del campamento donde se alzaba un pequeño altar.

Las tropas, ocupando al frente en columna cerrada, se hallaban distribuidas del modo siguiente:

A la derecha del altar los cuatro abanderados descansando sobre sus banderas, que tenian cubiertas, y á sus espaldas una pequeña fuerza de granaderos en ala.

A la izquierda otros tantos hombres, y delante el general y demás jefes y oficiales francos de servicio.

Al frente otra fuerza igual de granaderos cerrando el cuadro, á los cuales seguia toda la fuerza en el órden indicado.

Empezada la ceremonia por el ofrecimiento del agua bendita, que en un gran vaso de barro fué presentada al capellan del segundo tercio, el general y demás jefes, los tenientes coroneles de los cuatro tercios, tomando las banderas ya descubiertas, se pusieron frente al altar y al pié mismo del tabernáculo.

Acto continuo se procedió á su bendicion por el capellan del cuarto tercio, que fué el celebrante del santo sacrificio de la misa.

Concluida esta ceremonia, que duró breves minutos, las banderas volvieron á las manos de sus poseedores, momento en el cual el capellan del segundo tercio, tomando la palabra, pronunció un discurso, basado naturalmente sobre la sagrada ceremonia que se estaba verificando. Lo mas notable de este discurso se redujo á pintar con vivos colores cuanta fama adquirieron los romanos, cuando, siguiendo la gloriosa égida de sus banderas, pasearon sus águilas vencedoras por todo el mundo, hasta llegar á estrellarse contra los invencibles pechos de los cántabros. Recordó despues algunos hechos de esta guerra, en la cual quedamos vencedores, y escitando á todos á seguir esta misma senda y á recordar estas brillantes páginas, pasó la vista ligeramente por nuestra última guerra civil, anhelando que se cubriese para siempre con negro crespon de olvido ante la magnífica epopeya que se estaba inaugurando, concluyendo por asegurarles que si cumplian como buenos las bendiciones de todos caerian sobre sus frentes para lo cual, desde aquel lugar consagrado, impetraba la bendicion de Dios y la santa proteccion del cielo.

Terminado este acto, y finalizada la misa, una mitad de cada tercio, con la música á la cabeza, pasó á recorrer su bandera hasta dejarla entre filas en su lugar correspondiente.

Una vez todos en sus puestos, cada tercio emprendió su marcha, en columna cerrada, al sitio destinado para hacer las descargas de ordenanza. Puestos en órden de batalla, y con el frente á la estensa llanura que se estiende hasta la cordillera de Sierra Bullones, se hicieron las salvas con bastante precision y órden pasándose en el acto á la jura de las respectivas banderas. Al frente cada abanderado de su tercio, los segundos comandantes, alzando la voz, les dirigieron estas palabras:

—¿Jurais á Dios y prometeis á la Reina seguir constantemente sus banderas hasta derramar la última gota de sangre, y no abandonar al que os esté mandando en accion de guerra ó disposicion para ella?

A lo cual contestaron:

—Si juramos.

Los capellanes añadieron entonces estas palabras:

—En cumplimiento de mi ministerio, ruego á Dios que si así lo hicieseis, os lo premie; y sino, os lo demande.

Con lo cual se dió por terminada la ceremonia, dirigiéndose la fuerza al campamento.

Aquel mismo dia el general D. Carlos María de Latorre, comandante general de los mismos tercios, les dirigió la siguiente alocucion:

« Vascongados: sobre el campo de batalla en que el dia 4 de febrero el ejército nuestro hermano sostuvo heroicamente el pabellon español, y escuchándoos desde el cielo los que entonces sucumbieron para vivir siempre en la memoria de la patria, habeis jurado vuestras banderas. A su sombra están vuestra honra y el renombre de las provincias que os han enviado aquí á representarlas, y á que compartais vuestras fatigas y gloria con los que, mas dichosos que vosotros, inauguraron la campaña. Esta sola idea y recomendaros la disciplina y union en el combate, y que todos procuremos secundar y cumplir exactamente las órdenes de nuestro digno general en jefe, son los deberes que hoy os recuerda vuestro comandante general. »

« *Carlos María de Latorre.* »

XIII.

Nuestra mision como escritores veraces y fieles nos obliga, aunque con profundo sentimiento y mayor indignacion, á relatar un hecho incalificable que tuvo lugar por aquel entonces.

Un oficial de los tercios vascongados, faltando á su patria, faltando á su honor, faltando á sus deberes y á sus banderas, se pasó al enemigo.

No hay palabras suficientes para condenar este crímen.

D. Manuel Carranque, que tal es el nombre del indigno oficial que con esta accion arrojó sobre su nombre el oprobio y el anatema de su patria, D. Manuel Carranque, decimos, no era vascongado. Habia servido en el ejército de donde fué despedido, y se hallaba en Bilbao confinado hacia tiempo ocupando una plaza de escribiente en el gobierno civil, cuando solicitó del señor ministro de la guerra su incorporacion á los tercios vascongados, habiendo sido destinado al tercero.

Hé aquí como el periódico vasco *Irurac-bat* dió cuenta por medio de una correspondencia del hecho de que nos estamos ocupando.

«Con verdadero sentimiento y noble indignacion tomo hoy la pluma, para relatarle á usted el triste espectáculo que acaba de dar un oficial de nuestros tercios, llamado *don Manuel Carranque*, en la tarde de ayer. Difícil es que por mucho que revuelva usted en su mente cual pueda ser este, dé usted con él, pues es de esos que no caben en corazon alguno, por torpe y mezquino que sea, y mucho menos cuando late bajo el honroso uniforme de un oficial español. Pero preciso es decirlo, y decirlo muy alto para que la mancha que sobre él recaiga sea digna del delito.

Don Manuel Carranque se ha pasado al enemigo.

»Yo, cuando lo oí decir, no pude menos de asombrarme, á pesar de no haber dado crédito alguno á la noticia; pero cuando cerca de su asistente escuché de su boca la relacion de este inaudito acto de infamante gravedad, no pude menos de estremecerme, y lanzar sobre su recuerdo toda la cólera de mi justa indignacion.

«Pero vamos al hecho, que es lo que mas creo interesa á usted y á mis apreciables lectores.

»*Carranque* salió de este campamento con direccion á Tetuan el dia 6, acompañado de su asistente, bravo y leal muchacho, pues su conducta merece ser de todos conocida, por el raro contraste que ofrece con la de su indigno amo. Su marcha no debia tener otro objeto, por lo que despues se ha visto, que el de llevar á cabo su idea, pues es indudable que de antemano lo tenia premeditado todo. Al llegar á Tetuan, mandó á su asistente que, buscando casa donde hospedarse, le tuviese preparada la comida y la cama, pues necesitaba

descansar. El asistente así lo hizo, en efecto; pero viendo que la noche llegaba y que su amo no parecia, se dió á buscarle, hasta que al fin y al cabo pudo dar con sus huesos. Pero ¡dónde, Vírgen santa, dónde! En una inmunda taberna, rodeado de soldados y apurando sendos vasos de vino, como si se hallase en medio del paraiso de Mahoma. *Carranque*, segun informes que tengo por muy verídicos, habia sido espulsado dos veces ya del ejército por este denigrante vicio, sin que las decepciones, ni el abandono, ni el desprecio que inspiraba pudieran ser valla suficiente á correjírselo, ni á conseguir siquiera que lo dominase, á lo menos en público. Los oficiales de los tercios no le trataban, porque veian en él al verdadero baldon de esta honrada y numerosa fuerza. Y es natural; su conducta aquí seguia siendo tan vejatoria y escandalosa como tiempos atrás: todo su placer consistia en embriagarse entre un peloton de soldados, con los cuales casi siempre se le encontraba en íntima relacion, y en sacarles el dinero que llevaban, como ha sucedido á muchos de los nuestros, que los ha dejado como el gallo de Moron, cantando y sin plumas. Pero reanudemos el hilo de esta miserable historia, que me produce el mismo efecto que si estuviese viendo junto á mi boca la aplastada cabeza de un animal inmundo, y acabemos cuanto antes de pasar la vista por ella, único modo de evitarnos todo el hastío que produce. *Carranque* no quiso salir de la taberna; pero en cambio obligó á su asistente á marcharse, diciéndole que pasados algunos momentos iria á casa. Palabra de rey, por lo visto: porque si fué, su estado no le debió permitir dar con la casa, á no ser que hubiese hecho lo que aquel célebre beodo, que hallado por un amigo en medio de una calle mirando con mucha atencion á su frente, y preguntando lo que hacia, le contestó: «Lo que hago es esperar que pase mi casa para meterme en ella.»

»*Carranque* no pareció en la suya ni aquella noche ni la mañana siguiente; tanto, que asustado su pobre criado, se fué en derechura á buscarle, y preguntando aquí, inquiriendo allá, entrando en una parte y saliendo de otra, pudo al fin dar con él, operacion que debia irle pareciendo mas difícil que cojer de un solo golpe todo el tesoro de Mequinez. ¿Y donde le halló? me preguntareis: ¿en algun bodegon? No, señores, no; en casa de un judío llamado nada menos que

Abraham. Estoy seguro que si el santo padre de Isaac hubiera podido calcular habia de haber en su descendencia un individuo que para con Dios fuese cristiano, para con los hombres judío y para con Mahoma moro, no solo descarga sobre el cuello de su hijo la fatal cuchilla, sino, ensangrantada y todo, se da muerte con ella, por evitarse el baldon que le aguardaba. La mision de este Abraham, por lo visto, era ser el corruptor de los cristianos y el Judas de los moros. A los primeros los compra, para venderlos á los segundos; táctica piadosa que algun dia le redituará una hacienda, consistente en un árbol y cordel corredizo para su pescuezo, con esta inscripcion debajo: «Este es el fruto que produce la traicion.» Instalados, pues, amo y asistente en su nueva mansion, tomó la palabra el primero de la siguiente manera:

—»¿Sabes que deseo conocer á Muley-Abbas?

—»Dicen que está muy léjos.

—»Y eso ¿qué importa? De todos modos, ¿quieres venir ahora conmigo á ver un jefe de kábila?

—«¿Y qué es kábila, señor amo?

—»Un cierto número de hombres, por ejemplo, los de varios pueblos, capitaneados por uno. ¿Con que vienes? A no ser que tengas miedo.

—»Miedo no tengo y estoy dispuesto á ir donde V. me mande.

—»Pues ármate y vamos.

«Pocos momentos despues amo y criado, precedidos de un moro, recorrian las sombrías y lóbregas calles de Tetuan, hasta que entrando en una, y frente á la reducida puerta de una casa, la abrieron de golpe, penetrando en ella oficial y moro. Diez ó doce de estos aparecieron dentro, con los cuales conferenció bastante rato, despues de lo cual, precedido de otro moro, salieron por la puerta de la Reina, internándose en una honda cañada, dejando á un lado los campamentos de Odonell y Ros de Olano, que distarán de dicha puerta como un tiro largo de bala. Allí se hallaron con otro peloton de moros, que seguramente le esperaban, con los que habló algun rato, sirviéndoles de intérprete el famoso judío. La conferencia tuvo por lo visto un feliz resultado; pues volviéndose nuestro héroe á su asombrado asistente, le dijo:

—»Dame tu fusil.

—»Tome usted.

»El oficial se lo enseñó á los moros.

—»Ahora escucha. Yo me he pasado al moro; con que si quieres venir, á tiempo estás; y sino, puedes marchar donde quieras.

—»Al moro no me paso, le contestó el asistente; por el contrario, me vuelvo al campamento; pero con el fusil. Démelo V.

—»Toma y vete.

»Y un momento despues el uno se dirijia hácia la ria que da paso á la cordillera del Riff, y el otro hácia el camino que conduce al campamento. Sin embargo, el honrado asistente, notando que dos moros se habian quedado, al parecer, para observarle, arremete de pronto contra ellos; y calando la bayoneta, los hace presos. Los moros tratan de resistirse, el asistente les apunta, y ambos á dos se entregan á discrecion. El fusil lo tenia descargado. Satisfecho y alegre venia nuestro jóven con sus dos moros, cuando *Carranque*, apareciendo como por ensalmo sable en mano, le obliga á abandonarlos y á salir de allí. El asistente obedeció, y el denigrante acto quedó para siempre consumado.

»Una hora despues entraba el pobre mozo rendido, agobiado, cubierto de lodo y desfallecido por completo. La sumaria empezó á formalizarse en el momento.»

XIV.

El dia 8 se encontró en una casa de Tetuan un depósito de armas, de pólvora y otros efectos de guerra, con algunas ropas y objetos de lujo. Algunas de las armas eran nuestras.

Hé aquí una nota de las provisiones que llevaron en este dia á Tetuan los buques que se hallaban en Algeciras, Puente Mayorga y Cádiz:

10,000 fanegas de cebada.

3 quintales de bacalao.

8,000 arrobas de garbanzos.

8,000 de judias.
8,000 de lentejas.
18,000 de vino.
Y 100 bueyes vivos.

Se calculaba que con estas provisiones tendria el ejército para quince dias.

Ya hemos dicho que las naciones mas poderosas de Europa habian enviado oficiales de su ejército á estudiar nuestra campaña de África, y entre ellos algunos de alta categoría. Todos, segun nuestros informes, admiraron y prodigaron constantemente loores al valor, á la disciplina, sufrimientos y régimen de nuestro ejército, haciendo infinitos elogios de todas las clases que lo componian. Entre los señores oficiales á que aludimos, los habia tan minuciosos y analíticos, que se informaban de todo, dormian con los soldados, comian de su rancho, y tan pronto estaban en la tienda de una banda de cornetas, como en la del general en jefe.

Sabemos ya que el sitio elegido por los moros para consumar sus bárbaras piraterías era la orilla del Guad-el-Jelú, en el sitio que se llama el Martin y en el terreno comprendido entre la Aduana y el camino que conduce á la puerta de la Victoria. Por aquel vado pasaban reunidos en pequeños pelotones á la parte izquierda del mencionado rio, donde robaban y asesinaban, mutilándolos horrorosamente, á cuantos tenian que pasar por allí.

En pocos dias tuvieron lugar nuevos casos sobre los que llevamos ya relatados.

Fueron apresados por nuestros enemigos un corneta del batallon de cazadores de Ciudad Rodrigo y tres soldados del regimiento de Zamora, que conducian dos ollas de rancho á un puesto avanzado.

Tambien fueron víctimas un cantinero del regimiento del Príncipe, dos guardias civiles y un carretero.

Finalmente, los árabes de la poblacion tuvieron la audacia de asesinar á un oficial y dos asistentes en su misma casa, en la cual penetraron por la azotea. Los sorprendieron durmiendo al parecer, y los degollaron bárbaramente.

El general Prim trató de vengar estas víctimas.

En la noche del 8 al 9 hizo que se colocaran en tres carros una

compañía del Príncipe, otra de la Albuera y algunas fuerzas mas y se trasladaran al lugar citado en donde los moros acostumbraban á cometer sus fechorías. Con efecto, á la hora designada salió de la Aduana el convoy en que se escondian las referidas tropas, y al llegar al vado, los moros ocultos, ciegos con el botin de que creyeron posesionarse, se lanzaron sobre los carros, huyendo bien pronto al verse recibidos por un inesperado y nutrido fuego que les puso en completa derrota.

XV.

Desque amaneció el 10, comenzó á notarse que habia en los alrededores mas moros que de costumbre, por lo cual aumentó la vigilancia de nuestras tropas.

Serian sobre las cuatro de la tarde, cuando se presentó un morito de once años, sobre poco mas ó menos, al teniente Delgado, del regimiento lanceros de la Albuera, el cual se hallaba de avanzada en la márjen derecha del rio que rodeaba nuestro campamento.

Habiendo pedido el niño moro hablar al general Echagüe, fué conducido á su presencia, y, segun parece, le dió un escrito de los moros de *Samsa* pidiendo ausilio, pues de nuevo habia sido saqueado el pueblo por las avanzadas enemigas, á causa de haberse sometido á los españoles.

El general dió las órdenes oportunas para el efecto.

Inmediatamente, el general Lassausaye se dirigió directamente al pueblo con cuatro compañías del regimiento de Granada y el batallon cazadores de Madrid; el jefe de Estado Mayor brigadier Souza con el batallon de Barbastro por la derecha, y el brigadier D. Miguel Trillo con ocho compañías de Granada de su mando por la izquierda para salir al encuentro de los enemigos, si, como era de suponer, se retiraban por este flanco.

Por lo que toca al general Echagüe, se colocó en un punto culminante para acudir donde mas necesaria fuera su presencia.

Lassausaye entró en el pueblo, que encontró completamente saqueado y evacuado por sus moradores, pero el brigadier Trillo dió

con una fuerza enemiga que no bajaba de 400 á 500 hombres.

Mientras esto sucedia por la derecha, á vanguardia del campamento Echagüe, las avanzadas de la orilla izquierda del rio eran tiroteadas por una fuerza de moros, situada á la derecha del mismo. El brigadier Berruezo pasó á aquella parte con cuatro compañías del batallon cazadores de Cataluña, las cuales sostuvieron el fuego con el enemigo hasta cerrada la noche, teniendo dos heridos graves y un contuso.

Ya hemos dicho que el brigadier Trillo dió con las avanzadas de los moros, que por momentos se iban aumentando y ocupando posiciones á su frente. Para contrarestarles, dió á aquellas un ataque á la bayoneta, y otro á los enemigos que se dirigian por su izquierda para acometerle este flanco.

Despues de esto, el fuego se sostuvo por una y otra parte hasta que, llegada la noche, dió el general Echagüe la órden de retirada, pero al emprenderla el brigadier Trillo, tuvo necesidad de suspender esta operacion para seguir haciendo frente al enemigo que le acosaba por todas partes.

Dos cargas vigorosamente dadas lograron ahuyentar á los moros de sus inmediaciones, pero siguieron con sus fuegos hasta una hora despues de anochecido, que fué cuando Trillo continuó su retirada en el mayor órden, llegando al campamento poco despues de las ocho.

Nuestra pérdida en este pequeño combate fué la de un soldado muerto, y siete heridos, entre los que se encontraban dos oficiales, y tres contusos.

La de los moros debió ser triple por lo menos porque al acometer en peloton á nuestras fuerzas, fueron rechazados con carga á la bayoneta y fuego á quemaropa.

Toda la noche la pasó en la mayor vigilancia la primera division por órden del general en jefe que tenia algunas noticias de los planes del enemigo, y que era sabedor de haber llegado nuevas kabilas que acaso quisieran intentar un golpe de mano.

XVI.

Accion del 11 de marzo.

Desde el dia 4 de febrero no habian vuelto á encontrarse frente á frente españoles y árabes. Solo habian tenido lugar alguna que otra escaramuza y combates lijeros como el del dia 10.

El 11 fué el destinado para que los vencedores y vencidos de Gelili, los nuevos dueños de Tetuan y sus antiguos poseedores volviesen á apelar á la suerte de las armas.

Serian sobre las siete de la mañana de este dia cuando algunos vecinos de Tetuan vieron desde las azoteas una gran nube de polvo que se destacaba allá á lo lejos por la parte Sur de la ciudad. Segun parece, al principio se creyó que serian los habitantes de algun pueblo comarcano que iban á someterse como ya lo habian hecho los de algunas aldeas; sin embargo, luego que estuvieron ya cerca, se observó que iban perfectamente armados y como en son de guerra, con lo cual no cupo ya ninguna duda de que iban á hostilizar á nuestras tropas.

Era así en efecto.

Nuevas kabilas llegadas del interior del imperio, que no se habian batido aun con los españoles, creyeron facil cosa vencer á estos y apoderarse nuevamente de la que ellos llamaban *ciudad santa*.

Mandaba en jefe á los árabes un general jóven, con mas valor y brios que prudencia, llamado el Cerid-Er-Jac.

Oyendo misa se hallaba el general Odonell, por ser domingo, cuando fueron á darle parte de que en la llanura que hay en la direccion de Tánjer se habia presentado una fuerza enemiga como de unos 400 á 500 caballos. Terminada la ceremonia religiosa, se dirigió al campamento del primer cuerpo, y observó en los llanos y alturas que están á tiro largo del sitio en que se hallaba dicho campo y á distancia de legua y media, numerosos grupos que anunciaban, segun sus movimientos, tener á retaguardia fuerzas mas considerables.

Se creyó al principio que la presentacion de los moros no tendria mas objeto que una demostracion de las que acostumbran y á que son tan aficionados: así es que el general en jefe se limitó á reforzar con algunos batallones del primer cuerpo las grandes guardias en nuestra izquierda y frente, al mando esta del general Lassausaye y aquella del coronel Izquierdo.

Pero, los moros intentaban algo mas que una demostracion. El nuevo general que les mandaba, quiso envolver á los españoles y reconquistar á Tetuan, ayudado de las belicosas kabilas de Melilla y de la caballería que habia llegado de la capital del imperio.

A cosa de la una empezaron á desprenderse de la fuerza retrasada de moros grandes grupos, dirigiéndose unos sobre nuestro frente, otros á pasar el rio Jelú, y por último, los mas crecidos sobre nuestra derecha, en la direccion de las alturas que dominan el pueblo de Samsa y unas posiciones que se hallan entre él y nuestro campo. Entonces, al mismo tiempo que se puso sobre las armas el resto del primer cuerpo, avanzó el segundo, dos escuadrones del regimiento de artillería de á caballo y la division de caballería, disponiéndose tambien que el tercer cuerpo se pusiese sobre las armas, aun cuando no fué preciso emplearlo.

Entretanto que esto tenia lugar, el enemigo, que habia avanzado oculto por la derecha del rio hasta colocarse frente de nuestra izquierda, lo atravesó é intentó envolverla, cargando á la guerrilla de infantería que estaba en el llano, pero el escuadron de cazadores de la Albuera que la sostenia, salió á su encuentro en el acto, y dando una carga resuelta que secundó la infantería, obligó al enemigo á repasar al rio, sin que volviese á intentar nada importante por aquel punto.

En esta carga tuvimos la desgracia de perder al comandante del citado escuadron, el cual fué herido cayendo al rio con su caballo y desapareciendo el animal y el ginete arrastrados por las aguas.

Llegaron entonces los escuadrones de artillería. El general en jefe hizo colocar uno en el centro en batería, mientras que el general García colocaba otro en la parte de la izquierda. Rompieron ambos el fuego, y fué tan vivo y certero que limpiaron el frente, retirándose el enemigo hasta ponerse á cubierto aprovechando los pliegues del ter-

reno, pero manifestando marcadamente la tendencia de dirigir sus esfuerzos sobre nuestra derecha.

Entre dos y tres de la tarde el fuego se hizo formal, nutrido y estenso. El sol daba de frente á nuestros soldados recibiendo los moros sus rayos por la espalda. Acometieron estos con furioso empuje, apareciendo entonces toda la caballería que se supuso pertenecia á la guardia negra. Los ginetes empujaban á los infantes haciéndoles avanzar con mucho denuedo, mientras ellos ejecutando lo que llaman *la fantasía*, llegaban al galope hasta nuestras parejas para descargar sobre ellas sus espingardas, con el blanco alquicel flotando á impulsos del fuerte viento, con el rojo banderin sobre la delgada lanza y con aquel girar y revolver el caballo en todas direcciones, saliendo ilesos de las granizadas de balas que les enviaban las carabinas de nuestros valientes soldados. Mas de un ginete árabe llegó sereno á veinte pasos de nuestros cazadores, allí paraban de repente el caballo y hacian fuego para volverse tranquilamente al punto de partida. Mas de uno empero pagó con la vida su temerario arrojo.

El general en jefe ordenó á Echagüe que con tres baterías del primer cuerpo que mandaba y una batería de montaña se dirigiese á arrojar al enemigo de las posiciones que habia ocupado antes del pueblo de Samsa, lo que efectuó, tomándolas sucesivamente á la bayoneta y acosándolo sobre los escabrosos peñascos de la sierra de Tivel-el-Dersa ó sea Sierra Bermeja; mas, como podia retirarse en la direccion de los montes de Wad-Ras, avanzó la brigada Paredes del segundo cuerpo para interponerse, y se dió órden al general Odonell (Enrique) para que con su division cubriese la izquierda, marchando por las faldas de los montes de su frente.

El movimiento se hizo con una celeridad y decision admirables. Los moros cortados en su retirada natural, y acosados por el general Echagüe, halláronse en una situacion desesperada, teniendo que trepar para salvarse una peña escarpada que parecia imposible venciesen como lo efectuaron, pero no sin dejar antes un gran número de cadáveres causados por el fuego y la bayoneta de nuestros soldados.

Empezado ya el combate, el general en jefe quiso arrojar al enemigo de todas las posiciones que habia ido ocupando, ya en el llano, ya en las altas montañas por las cuales habia llegado.

Al efecto, se ordenó al general Orozco que con los batallones de su division reforzase la izquierda para no tener cuidado alguno por aquel lado; al general Rios, comandante en jefe del cuerpo de reserva, que con cuatro batallones de su segunda division tomase la parte culminante del Tivel-el-Dersa, á donde ya el general Echagüe habia hecho subir un batallon; al general conde de Reus que con cuatro batallones y dos escuadrones de coraceros atacase y tomase las posiciones del frente; al general Makenna que estuviese dispuesto con los cuatro batallones de la primera division de reserva y la caballería mandada por el general Galiano para descender al llano donde se hallaba la caballería marroquí; y por último previnose al general García, jefe de Estado Mayor General, el cual se habia trasladado á la derecha, que hiciese tomar las alturas de Samsa, donde parecia querer sostenerse el enemigo.

La operacion toda se ejecutó segun habia ordenado el general en jefe, y simultáneamente.

El general conde de Reus atacó y tomó las posiciones que se le habia indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que las sostenia, y habiendo avanzado con dos baterías de montaña que instantáneamente hizo colocar en batería, se rompió un certero fuego sobre la caballería mora, la cual hubo de pronunciarse en retirada, avivada por el movimiento en el llano de la brigada Makenna y division de caballería.

El general Rios trepó á lo mas alto de la sierra y persiguió en ella á los enemigos que la ocupaban, y por último, el general Paredes con su brigada, aumentada con el primer batallon de Navarra y cuatro compañías del de cazadores de Chiclana, á cuyo frente marchó el brigadier Ceballos, primer ayudante de campo del general Lassausaye, y que mandaban los generales Echagüe y García, llegó en pocos instantes á las alturas de Samsa, que el enemigo al parecer tenia empeño en defender, y que sin embargo dejó, retirándose á los altos montes de Wad-Ras, cuyas posiciones, dominándose sucesivamente, eran tan fáciles para la defensa como difíciles para el ataque.

Asegurado ya el éxito en toda la izquierda y centro, se trasladó el general en jefe á la derecha á donde llegó pocos momentos despues de ser ocupadas las alturas, y en seguida ordenó el ataque de todas

las posiciones que ocupaban aun los moros, á pesar de lo avanzada que estaba la tarde.

Verificóse el ataque por cuatro compañías de Chiclana y el primer batallon del regimiento de Navarra, mandadas por el coronel Lacy, y sostenida á su vez por la brigada Paredes y fuerzas del primer cuerpo á las órdenes del general Echagüe.

Los moros fueron sucesivamente arrojados de todos los puntos que ocuparon á pesar de la resistencia que trataron de oponer en cada uno, y al anochecer ocupaba ya el general en jefe la parte mas culminante de la sierra de Wad-Ras, distante mas de legua y media de Tetuan.

»El enemigo, dijo en su parte oficial el duque de Tetuan, esperimentó en esta jornada la dispersion mas completa de cuantas ha sufrido en sus combates con este ejército; y si la noche no hubiese impedido seguir, posible es que en muchos dias no hubieran podido reunirse, pues cada uno corria por su lado, mientras que nuestros soldados, desde el pico mas alto de la cordillera, saludaban á su reina con gritos del mas puro entusiasmo, contemplando á un tiempo los dos mares.

»Muy de noche y no llevando las tropas lo necesario para campar, dispuse que todas las fuerzas se replegasen á sus campamentos, lo que ordenaron los generales respectivos, y por la derecha lo encomendé al general Echagüe, que á las once de la noche entraba en el suyo con el último batallon, sin que se le hubiese disparado un solo tiro.

»Nuestra pérdida en este dia ha sido de 1 jefe, 2 oficiales y 19 individuos de tropa muertos, 3 jefes, 14 oficiales y 74 individuos de tropa heridos; y un jefe, 7 oficiales y 124 individuos de tropa contusos, segun V. E. podrá ver por el adjunto estado. La del enemigo la considero muy grande, habiendo podido juzgarla por las circunstancias del combate y por la multitud de cadáveres que en los campos quedaron, á pesar de su empeño en retirarlos. Entre estos habia algunos jefes importantes, y hoy he sabido de un modo positivo que ayer murió de resultas de una grave herida que recibió el Cerid-Er-Jac, que era el que mandaba en jefe la accion.

»Una vez mas me es satisfactorio manifestar á V. E. que generales, jefes, oficiales y soldados han cumplido con su mision respectiva á

mi entera satisfaccion, y que todos se han hecho acreedores á la consideracion de S. M. la reina nuestra señora.

»Creo deber por último manifestar á V. E. que los oficiales prusianos, barones ruso y austríaco que siguen á este cuartel general, estuvieron constantemente en los puntos mas avanzados y de mas riesgo, cargando con nuestras guerrillas, habiendo sido herido, aunque levemente, el baron de Jena, oficial de cazadores de la guardia del rey de Prusia.»

Tales son las palabras de que se vale el general Odonell.

Nosotros añadiremos algo mas.

A la puesta del sol el fuego habia cesado completamente por nuestra izquierda, pero se oia todavía bastante vivo hácia la estrema derecha. Al oscurecer los batallones ocupaban diferentes alturas desde el pié de la llanura hasta la cúspide escarpada de las sierras. Presentaban las tropas una línea escalonada cuya parte atrasada era la derecha, que se encontraba á la altura del campamento de la primera division. Para que el enemigo no picase nuestra retaguardia en su retirada á los campamentos, los batallones se mantuvieron en sus posiciones, y al anochecer ardian en las puntas de los cerros gran número de fogatas, como si las tropas estuviesen dispuestas á vivaquear en ellos.

Se puede decir que la accion no terminó hasta las diez de la noche, hora en que se replegaban las tropas y en que el general en jefe, que habia estado recorriendo la línea durante la accion, se retiró á su campo sin ver apenas por donde iba.

La noche era oscurísima, y se habia desatado un viento tan fuerte y frio, que hacia vacilar las tiendas con temeroso estrépito. Aun no habia entrado en la suya el duque de Tetuan, cuando empezó á caer una abundante lluvia, que con ligero intérvalo duró toda la noche y mañana del siguiente dia.

¡Triste descanso el de nuestros sufridos soldados, que, despues de doce horas de incesante lucha contra los hombres, debian comenzar otra mucho mas larga y penosa contra los elementos desencadenados, contra el aire que levantaba sus tiendas y contra el agua que encenegaba el duro suelo en que reposaban, la pobre manta en que se envolvian!

Para que la retirada de nuestras tropas pudiese verificarse con órden y á fin de evitar que se estraviaran por tanto monte, barranco, desfiladero y arroyos de que está lleno el país, se habia tomado la previsora precaucion de situar de trecho en trecho parejas de caballería.

La retirada desde distancias tan largas por cerros desconocidos y sin senderos, con la falta de claridad y el temporal de viento al S., hubo de ser necesariamente penosa, pero se efectuó sin pérdida de un solo hombre.

A las once de la noche aun duraba la entrada de tropas en el campamento.

XVII.

Hemos esplicado esta jornada segun los datos oficiales, pero es necesario que nos hagamos cargo de algunos episodios interesantes, así como tambien de algunos detalles particulares que por distintos conductos han llegado á nuestra noticia.

Por de pronto dirémos que, segun una carta, la accion del 11 comenzó por un ardid de mala ley por parte de los marroquíes. Serian las nueve de la mañana, dice, cuando por la pendiente de la sierra se vieron descender cuatro moros á caballo, uno de los cuales tremolaba en su mano una bandera blanca como en señal de parlamento. Al instante salieron algunas fuerzas de la division Echagüe, las que fueron á poco rato recibidas por el fuego del enemigo.

El parlamento era un engaño y se aceptó el reto.

Un corresponsal de un periódico, dijo describiendo la accion:

»Interin la artillería lanza sus proyectiles sobre las posiciones que el enemigo ocupaba en la sierra, el general Rios que habia salido de la plaza con los batallones de Cantabria, Iberia, Tarifa y América, se lanzó á una de las alturas de la derecha; y á los pocos momentos nuestras tropas hacian que sus armas resplandecieran heridas por

los rayos del sol. Es imposible esplicar el efecto que los proyectiles lanzados por la artillería producen sobre los caballos moros, que se diseminan. Puede asegurarse que jamás dicha arma ha obrado en la campaña con tan admirable acierto. Tres balas rasas son seguidamente puestas en el centro de unos peñascos, de los que salen despavoridos numerosos enemigos envueltos entre el humo y la tierra levantada por los proyectiles.»

Hácia la izquierda del campamento avanzado del general Echagüe por donde corre el rio, el enemigo, no en muy crecido número, oculto tras un estenso barranco, hacia un nutrido fuego sobre una de nuestras guerrillas que avanzaba contestando á aquél. Una seccion de caballería del regimiento de Albuera cargó; pero al tocar al barranco se encuentra con el rio: los moros rompen entonces su fuego, y nuestros caballos se ven precisados á retroceder: entre la densa polvareda levantada por los caballos, viéronse caer cuatro de nuestros valientes ginetes. Uno de los soldados que habian perdido su caballo, se ve acometido por un moro de lucido traje: arremete á él y le recibe disparando su espingarda. No pudiendo hacer uso de su sable, le apunta su carabina, y el moro cae sin vida. Ese soldado se llama Cayetano Diaz, practicante de medicina, y su nombre ha sido pedido por sus jefes.»

Esta carga de Albuera la leimos referida en los términos siguientes en una carta:

«Los cazadores de Madrid, tendidos en el valle, contuvieron muchas veces á los marroquíes, que en grandes grupos los acosaban. Llegó un momento en que multitud de indígenas intentaron acometer nuestras trincheras por el flanco izquierdo. Los cazadores se corrieron hácia aquel punto, y los hacen retroceder hácia el rio acosándolos á la bayoneta, pero de repente advierten que un peloton de ginetes ocultos entre los matorrales de la orilla opuesta, vadean el Buhfija y á trote largo intentan alcanzarlos. Las compañías forman el cuadro, y entonces el escuadron de Albuera carga en perfecta línea de batalla al grito de ¡viva la reina! Vuelven grupas los marroquíes y huyen cobardemente; pero al llegar los nuestros á los barrancos, una descar-

ga cerrada deja tendido en el campo al jefe del escuadron, cuyo caballo espantado corria desbocado por el valle.

»Mientras esto sucedia, el grueso de los enemigos hacia otra intentona adelantándose á la carrera paralelamente al camino de Tánjer. Pero habian de tropezar con los batallones de Echagüe que allí los esperaban y con los del segundo cuerpo que por su izquierda tambien los acometian. Esto sin perjuicio de las granadas que sembraban en sus grupos la confusion mas completa y los amagos de cargas que los hacian retroceder hasta sus guaridas.»

Entre los episodios que de viva voz hemos oido referir á varios de nuestros bravos combatientes á su regreso de África, respecto á esta accion, hay que citar el que ofreció la peligrosa situacion en que hubo de hallarse un teniente de cazadores de Madrid, el cual, ya desarmado y en poder de un moro, hubiera muerto infaliblemente, á no aparecer un soldado que al ver el riesgo de su jefe, lanzóse sobre el enemigo. Este en cuanto vió al soldado, para evitar el peligro mayor, abandonó al primero y se dirigió al segundo, á quien consiguió dar muerte interin se salvaba el oficial.

El pobre soldado rescató á costa de la suya la vida de su jefe.

Segun una carta particular que tenemos á la vista, los enemigos se presentaron en esta jornada en número de 15,000 y con grandes masas de caballería. Su línea de fuegos era de una estension muy grande, y ocupaban posiciones ventajosísimas, especialmente en el lado derecho. Este fué atacado por los regimientos de Navarra y Castilla, en combinacion con el batallon de cazadores de Madrid.

A pesar de su crecido número, no pudieron los enemigos resistir á las repetidas cargas á la bayoneta que les daban nuestros siempre decididos soldados, y empezaron á retroceder, pero siempre y constantemente aprovechando todos los accidentes del terreno, en donde lograban algunas veces permanecer con mas ventaja.

El general Prim conferenció cortísimos instantes con el general en jefe, refiriéndose al parecer á cierta posicion que los moros ocupaban, cuando de repente, echándose hácia atrás su kepis, dijo, dirigiéndose

á las compañías de cazadores de Castilla, estas testuales palabras:

— Esa música dura ya demasiado. ¡Ea, cazadores, á la bayoneta y arrojar á esa canalla!

Pocos momentos despues, los enemigos habian perdido sus primeras posiciones. Perseguidos de continuo y ya en dispersion por los mas ó menos acertados fuegos de la artillería, que secundaba el ataque de la infantería, iban los marroquíes dejando alturas y perdiendo terreno.

Mientras esto sucedia en el ala derecha, se batian en la izquierda algunas guerrillas, y dió la caballería la carga, de que hemos hablado, en los terrenos próximos al rio.

Veíanse por aquella parte multitud de turbantes que se corrian á uno y otro lado como rebaños acosados, y una pieza que les arrojaba frecuentemente granadas, les ponia apresuradamente en fuga: cada proyectil que sobre ellos caia, hacia nacer como insectos de entre las matas centenares de jaiques blancos que iban desapareciendo á medida que se alejaban.

El cuadro general que el campo presentaba en su total estension es difícil describirlo por lo que dice la carta á que vamos haciendo referencia. El llano y las alturas estaba todo cubierto de puntos que se movian, grupos de caballería mora que se dispersaban al ver á nuestros cazadores, masas con capuchones blancos que huian desalentadas, las bayonetas de nuestros fusiles que relampegueaban á la luz del sol, y sobre la superficie verde del terreno destacándose globos de blanco humo y ráfagas de instantáneo fuego.

En otra carta escrita por el tantas veces citado Sr. Nuñez de Arce, se habla de esta accion y del general Prim en los términos siguientes:

«Los marroquíes acometieron con vigor, y el cuerpo de vanguardia mantuvo solo la primera récia acometida, valerosa y denodadamente como cumplia á los vencedores de Anghera, sin cejar un solo punto. Pero la accion se empeñó á poco, y fué menester que el segundo cuerpo acudiese al auxilio de los ocho batallones que componen toda la fuerza del general Echagüe. He oido decir que los marroquíes se arrojaron de tal modo sobre nuestros soldados, que hubo momentos en

que los cazadores de Madrid tuvieron que hacer uso de las piedras para contenerlos; momentos en que cristianos y moros estuvieron confundidos como se confunden la luz y la sombra en las postreras agonías de la tarde.

»El conde de Reus avanzó, y la lucha se hizo general. Una á una, á la bayoneta, fueron ocupadas las formidables posiciones de nuestros enemigos; posiciones que he examinado hoy con recogimiento y espanto. Nuestros soldados, siempre valerosos, siempre dispuestos para el heroísmo, subieron sin detenerse ante ningun obstáculo, bajo el nutrido y mortífero fuego de los marroquíes, por una larga y áspera série de cerros, de la cual los últimos parecen esconder su cima en el seno de las nubes. Enumerar las cargas á la bayoneta que ayer se dieron, seria empresa poco menos que imposible; además, aun cuando haya alcanzado á ver una parte de la accion, no he llegado, por mi desgracia, á tiempo para apreciarla en todos sus incidentes y pormenores.

»La noche mientras tanto iba avanzando y la lucha proseguia aun. El crepúsculo vespertino comenzaba á declinar envolviendo todos los objetos en esa media tinta indefinible y vaga, mucho mas pavorosa que la sombra misma, y el general Prim, seguido de su estado mayor caminaba por cuestas y vericuetos, donde apenas podian los caballos fijar el pié sin esponerse á rodar hasta el fondo de un precipicio. El conde de Reus podria decir, como no recuerdo que personaje de un drama de Shekaspeare: *El peligro y yo somos hermanos, pero soy el mayor;* porque de pronto se vió casi envuelto entre un considerable número de marroquíes que brotaron como por ensalmo de detrás de las piedras, de los arbustos, de las quiebras del terreno. Aquel fué un momento crítico; el general tuvo que hacer uso del *revolver*, y acaso hubiera librado mal de este lance, si no hubiesen acudido los batallones de Leon y las Navas, que desalojaron á los moros de esta posicion, rechazándolos con gran pérdida. Está visto: la estrella del conde de Reus no se ha eclipsado; sin duda le reserva la Providencia para grandes destinos. ¡Cúmplalos, pues! »

De los oficiales estranjeros que seguian las operaciones de nues-

tro ejército en Africa, no fué solo herido el baron Jena, segun manifestó en su parte el general en jefe. Fuélo tambien el oficial bávaro.

Entrambos, con una notable decision, cargaron junto con los cuerpos á cuyo lado se encontraban.

Parece que un oficial español, de alguna graduacion, les advirtió que no debian esponerse de aquel modo al peligro.

—¿No estamos entre ustedes? esclamaron.

En esta bella y lacónica frase supieron hacer su elogio al par que el nuestro.

Además de los oficiales prusiano y bávaro, que fueron heridos en la accion, recibió una contusion en un pié un coronel ruso.

Todos los militares estranjeros que, agregados al cuartel general, estudiaban la campaña de Africa, acompañaron constantemente al general en jefe, incluso el baron Clary, pariente del emperador Napoleon, que habia llegado el dia anterior á Tetuan.

Parece que el objeto del enemigo, al atacar nuestro campamento el dia 11, fué segun el proyecto del nuevo y muy jóven general que los mandaba, atraer á nuestro ejército al llano para acometerle en el vértice que forman las dos cordilleras que lo flanquean. Al efecto, su fuerza se dividió en tres grandes grupos, uno conducido por Mesodi y otro por el Boxari, ambos de caballería, los cuales debian sostenerse en ambos costados para caer sobre los nuestros al acometer al centro bajo las órdenes del jefe superior.

Los riffeños empeñaron el combate antes de tiempo, y hasta, segun parece, desobedecieron las órdenes recibidas, lo cual facilitó que por nuestra parte se inutilizasen sus intentos conocidos, hasta cierto punto, de antemano. El total de enemigos ascendia casi fijamente á 8,400 hombres, inclusos 1000 caballos de la guardia negra.

Todos estos indígenas hacia poco que habian llegado al Fondak, á las órdenes del santon ó Marabut de Yodar, persona de gran prestijio en el imperio, y el cual tuvo un encuentro viniendo desde Alkassar, con las kábilas batidas el 4, quienes, al ser reconvenidas por su conducta calificada de cobarde, parece que emprendieron á tiros con las tropas del Santon, ocasionándole mas de cien bajas.

El capitan de coraceros del Príncipe, señor Frascri, llevado de su arrojo, se adelantó un poco á su escuadron en la accion del 11, y viéndose envuelto por considerables fuerzas, se sostuvo á pié, despues de muerto su caballo, contra un sin número de enemigos que le acometian, y de los que se defendió con bravura, retirándole sus soldados con 44 heridas en el cuerpo.

Las trincheras de los moros, segun dice un oficial del ejército de operaciones, que las ha examinado detenidamente, son magníficas, pues los fosos los hacen tan profundos que ocultan á un hombre á caballo, y son interiores al parapeto. De ahí nace que al principio de la guerra nos engañaron, algunas veces, pues como un cebo ponian siete ú ocho hombres fuera del parapeto, y al cargar sobre ellos á mansalva nos hacian descargas cerradas que nos causaban algunas bajas pero hoy se les conoce perfectamente. En la accion del 11 usaron de este ardid, pero sin resultado.

Entre nuestro ejército llamó mucho la atencion el lujo con que en esta accion se presentó la caballería enemiga. En su mayor parte iba uniformada con notable regularidad ; vestia alquiceles morados, y llevaba botas-estribos, cuyo uso es frecuente entre las tropas marroquíes.

Durante la accion se vieron siempre al frente del enemigo tres ginetes muy bien vestidos que llevaban cada uno una bandera de color diferente, encarnada, amarilla y verde.

El general marroquí muerto en esta accion , se habia comprometido solemnemente con su emperador á arrancar del poder de los españoles la conquistada plaza de Tetuan.

Para lograr su atrevido propósito, hizo un esfuerzo supremo y reunió sobre 8,500 hombres, deseoso tambien de probar á Muley Abbas su poca pericia en el arte de la guerra. Estos hombres pertenecian á

las kabilas de Benidez, Wad-Ras, Fez, Sorguns, Benisuam, Riff, Mequinez, y Arkassa.

Comenzada la accion, viendo que le arrebataban todas sus posiciones, y que su gente era terriblemente acuchillada, intentó sin perder su ánimo, digno por cierto de mejor causa, defender personalmente y secundado por algunos de sus mas fieles secuaces, la última posicion que le quedaba.

En el momento en que avanzaba á la cabeza de su hueste, recibió un balazo en el vientre que le privó de la vida treinta y seis minutos despues.

Fué notable el brillante comportamiento del soldado de la cuarta compañía de cazadores de Alba de Tormes Aniceto Mascuñan, que adelantándose á todos sus compañeros, se lanzó él solo á la bayoneta sobre un grupo de moros cuando su compañía avanzaba á la carrera sobre las posiciones enemigas.

El general Prim se informó del nombre del valiente cazador, y haciéndole comparecer á su presencia, le dijo :

—Venga tu mano, que yo me honro de estrechar la de un valiente; te has hecho acreedor á ser caballero de la órden militar de San Fernando, y tu general te promete que lo serás.

Determinar los batallones que mas se distinguieron, es cosa imposible, porque todos se condujeron admirablemente, aumentando, á ser dable, el buen renombre que tan gloriosamente habian sabido conquistarse en el primer período de la campaña.

La division Prim y el primer cuerpo estuvieron como habian estado siempre, y está dicho todo.

El batallon cazadores de Cataluña resistió con serenidad admirable las repetidas cargas de los salvajes y briosos caballos que montaban los enemigos.

Los cazadores de Madrid detuvieron al enemigo cerca de dos horas con fuerzas infinitamente inferiores en número.

Alcántara protegió la artillería y cargó á la bayoneta diferentes veces con buen éxito.

Barbastro peleó con bravura á las órdenes de su teniente coronel Periquet.

El regimiento de Borbon no desmintió la buena reputacion que habia sabido conquistarse. Su brigadier conocido por su valor, tomó dos mitades de dos distintas compañías y se apoderó de las alturas de frente á Samsa, de donde le hacian fuego 200 moros; el teniente coronel, acompañado del primer comandante Marquez del Prado y una mitad de cazadores, estuvo atrevido y afortunado; el primer comandante Varela, con tres compañías, se apoderó de Sierra Bermeja, donde se dieron brillantísimas cargas; finalmente dos compañías de cazadores salvaron con su irresistible empuje á la artillería de montaña, haciéndose notar un quinto que desarmó un moro, recibiendo una herida en la mano izquierda causada por él, cuya herida, en lugar de amilanarle, le dió ánimos y le hizo matar á su contrario, quitándole sus armas que eran una espingarda y una gumía.

Nuestros soldados cojieron prisionero á un moro herido en una pierna: aun cuando de tez mulata, su fisonomía era algo simpática. Era de corta edad, y estaba mal vestido; fué conducido por el soldado que le hirió hasta la tienda de campaña de sanidad militar de la division de Echagüe, donde fué curado. La agitacion que padecia durante la primera cura, mas bien era hija del temor que del dolor de la herida. Se lo oia decir: «moro cortar cabeza cristiano, y cristiano no.» Algunos soldados al oirlo, dieron á entender que iba á ser degollado; mas apenas comprendió lo que se le daba á comprender, cuando comenzó á pedir gracia y á besar las manos de los que le rodeaban, ó bien á tocar las ropas y hacer la misma demostracion. Un grupo de soldados, en medio de la mas atronadora algazara, conducia al mismo tiempo á la tienda donde se hallaba el moro curándose, á una mora como de cincuenta años de edad, la cual tenia una pierna quebrada de un balazo. La infeliz, á la que se habia visto anteriormente en las calles de Tetuan, fué colocada junto al moro, y al verse los dos heridos, se abrazaron y trocaron algunas palabras, que no pudieron

comprenderse. Fueron socorridos con pan, cuyo manjar devoraron con indecible ansia, y conducidos despues al hospital, donde sucumbió la mora algunas horas despues de su entrada en él.

Completaremos las noticias de esta gloriosa jornada diciendo que segun parece, y con relacion á una carta que escribió mas tarde un personaje influyente, los jefes de las kabilas que se habian propuesto echar de Tetuan á nuestras tropas, se presentaron el 10 á Muley Abbas con quien tuvieron una larga entrevista.

Manifestáronle que ya sabian se trabajaba por la paz y que ellos solo querian guerra, comprometiéndose á echar á los españoles por el rio abajo.

Muley Abbas se puso entonces á reir y les dijo, segun luego contó su segundo mismo en nuestro campamento.

—Teneis mi permiso para atacar á los cristianos cuando os dé la gana, que será muy probable que no volvais por aquí y nada se habrá perdido.

Los presentimientos del generalísimo marroquí no fueron infundados, segun acabamos de ver. La division Echagüe y la de Prim destrozaron completamente las kábilas, matándoles al general é hiriendo de gravedad á otro.

Muley Abbas, que estaba autorizado por su hermano el emperador para hacer la paz ó llevar adelante la guerra, segun lo creyera oportuno, y que no puede dudarse que deseaba vivamente lo primero, se aprovechó de esta nueva derrota para manifestar al emperador que la paz era ya imprescindible y envió al mismo tiempo sus embajadores á nuestro general en jefe para tratar resueltamente de ella.

El resultado que obtuvo esta nueva embajada lo vamos á ver en las páginas que siguen.

OTRA TREGUA.

I.

Eran las dos de la tarde del 12, cuando se presentó delante de la division Echagüe un grupo como de 300 á 400 caballos, que lentamente avanzaba hácia nuestro campo. El toque de llamada hizo reunir á la division y tras esta á la del conde de Reus.

Sin embargo, no era aquel un movimiento belicoso.

Una bandera blanca, llevada por un ginete que iba algo adelantado, anunciaba que la paz era el objeto de la ida de aquellos nuevos huéspedes.

Al poco rato, el hermano del gobernador de Tanjer entraba en el campamento y era acompañado de una fuerte escolta de caballería de nuestro ejército. Le seguia otro moro bien vestido, y cuatro elegantes moros de rey. Estos últimos llevaban jaiques azules, chilabas blancas y capuchones del mismo color.

Los dos primeros se apearon y pasaron á la tienda del general Echagüe, de la cual no tardaron en volver á salir.

El hermano del gobernador de Tanjer, segun dice una carta que tenemos á la vista, fechada aquel mismo dia en el campamento, «es moreno, de buena estatura, de mirada ardiente y barba negra, poco poblada; su acompañante, algo mas bajo, viste en lugar del jaique morado del interior, uno blanco con la chilaba del mismo color. Los caballos de ambos van enjaezados con magníficos arneses, una especie de filete de cinta trenzada de seda encarnada con dos ojeras de terciopelo con bordes de seda y fleco ; las bridas como los portamo-

zos de la brida ó filete; las ojeras, no como lo usan nuestros mulos, sino á guisa de pantalla, salen de la frontalera y parten hácia el ojo; del ahogadero salen tambien dos adornos semejantes á las ojeras.»

Los plenipotenciarios pasaron en seguida á descansar unos momentos en la tienda del general Prim, segun la costumbre que habian ya adquirido las otras veces. Escusáronse con él por el combate de la víspera diciéndole que lo habian motivado unas cuantas kábilas, á las cuales no habia sido posible sujetar.

Segun parece, Prim debia serles muy simpático, pues que al saludarlo uno le estrechó la mano con marcado afecto, diciéndole:

—Ayer te veíamos en la batalla y temíamos por tí.

Tambien manifestaron la muerte de un general suyo á consecuencia de las heridas recibidas, el mismo que mandaba la accion y del cual ya hemos hablado

Pasaron acto continuo al cuartel general donde estuvieron en conferencia de mas de una hora con el duque de Tetuan, quien hizo pedir á los oficiales de Estado mayor un mapa del imperio de Marruecos.

Los emisarios bajaron despues á la ciudad, á donde á las nueve de la noche les llevó un pliego de parte del general en jefe el oficial de la secretaría de campaña, coronel del ejército, Sr. Tovellar.

Los plenipotenciarios, que debian pasar la noche en Tetuan, al llegar á la ciudad se apearon en la casa del general Rios, agasajándoles este con dulces y café que aceptaron con placer.

Fueron despues á rezar, segun su costumbre, en la mezquita principal, y se alojaron en la misma casa de Ersini, que segun ya sabemos, es el moro mas rico y considerado de la ciudad. Dispuso el general Rios que les acompañara uno de los intérpretes, el cual no les abandonó ni un solo punto, multiplicándose para que nada faltara á su comodidad ó á su deseo.

—Quisiéramos ver, le dijeron, las escopetas que usais y que parece matan á larga distancia.

En seguida se les presentó una carabina del batallon cazadores de Tarifa, que examinaron con cuidadoso detenimiento. Hicieron varias observaciones, pero llamaron sobre todo la atencion las palabras que pronunció uno de los embajadores.

—Estas armas, dijo, se han construido para matar cobardes, porque las balas que disparan hieren mas mortalmente á los que están lejos que á los que están cerca.

II.

Por esta vez las negociaciones se llevaron todavía con mucho mas sigilo que la anterior. Los mismos corresponsales, cuyas buenas relaciones en el campamento les hacian sabedores de todos los negocios de importancia, escribian diciendo que nada se podia traslucir.

No obstante, en el campo se generalizó la opinion de que el objeto de la embajada era proponer la cesion de Mogador en cambio de Tetuan.

Mas tarde, los periódicos ministeriales dejaron traslucir la verdad. Parece en efecto que las proposiciones hechas por los moros reconocian como base fundamental la evacuacion de Tetuan por nuestras tropas. El general en jefe, á pesar de hallarse plenamente autorizado para tratar de la paz, no creyó sin duda prudente tomar sobre sí la responsabilidad de una medida decisiva, y remitió el asunto al consejo de ministros, el cual se reunió, optando, como luego veremos, por la negativa.

El 21 debian volver los comisionados moros al campamento español á recibir la respuesta.

Despues de haber pasado la noche en casa de Ersini, los plenipotenciarios volvieron á la tienda del general en jefe para despedirse, acompañándolos el Sr. Saenz de Juano con una seccion de caballería de Villaviciosa.

Tambien pasaron á despedirse de los generales Prim y Rios emprendiendo su regreso al Fondak provistos de comestibles europeos, que el último les proporcionó á peticion suya.

Al llegar cerca del punto donde terminaban nuestros atrincheramientos, encontraron un cadáver moro. Al verle, suplicaron al jefe de la escolta que les permitiese enterrarlo, pues así lo ordenaba su

religion. Efectivamente pocos momentos despues lo envolvian en una alfombra y lo depositaban en un surco hecho por las aguas, cubriéndolo con tierra y césped. Terminada esta ceremonia, se despidieron del Sr. Juano, haciéndole los mayores ofrecimientos de amistad y gratitud, y emprendieron de nuevo la marcha.

El entablarse de nuevo las negociaciones, no impidió que se prosiguiesen con todo vigor las operaciones para tomar de nuevo la ofensiva en el mismo momento en que estuviesen dispuestos todos los recursos, que no eran pocos, necesarios para ello si es que no se allanaba el gobierno español á lo que habia pedido el emperador de Marruecos.

Por lo que toca á los moros, no pasaba dia que no hiciesen una de las suyas.

El mismo dia 13 se encontraban dos compañías del ejército por las inmediaciones del fuerte de la Estrella, custodiando el ganado vacuno. De la opuesta orilla del rio, y de entre unos espesos matorrales, se hizo por moros que se aproximaron, una fuerte descarga sobre la referida tropa, de la que resultaron cuatro heridos, dos de estos de alguna gravedad.

III.

Ni el 14 ni el 15 ocurrió cosa que de contar sea.

Hubo que lamentar el 14 alguna desgracia ocasionada por los moros. Corriéndose por entre los encañados que cercan las huertas, ó atravesando el rio por los distintos vados que tiene, se aproximaban á nuestro campamento y asesinaban á infelices soldados, puede decirse que á la entrada casi de sus mismas tiendas. El 14, que es el dia de que hablamos, mataron á dos pertenecientes al tercer cuerpo, é hirieron á otro, sin que fuera posible encontrar á los agresores que se escurrieron como culebras por entre las asperezas del terreno hasta hallar abrigo en sus inaccesibles montañas.

El dia 15 hubo tambien una pequeña alarma en el campamento del Serrallo.

Con motivo de haberse visto algunos moros, aunque en corto número, en una altura inmediata al camino de Tetuan, se tocó llamada, disponiéndose todos los cuerpos á batirse si hubiera sido necesario. A las doce del dia el general Gasset se dirijió con dos batallones y la compañía de esploradores al sitio donde se habian visto los enemigos, resultando ser algunos dispersos del combate del 11. Dicho general regresó á las tres y media sin haber ocurrido novedad, mandando retirar á sus respectivos campamentos todas las fuerzas, mas un batallon que habia salido de Ceuta y que se hallaba formado en columna cerca de la mezquita.

Al mismo tiempo se presentó en el reducto de Isabel 2.ª un moro de unos diez y siete años de edad, sin pelo de barba, que tres dias hacia que andaba por aquellos alrededores. Por el intérprete se supo que se llamaba Salem, que estaba de mozo para cuidar ganado, pero que su amo le habia dado tan mal trato que le habia obligado á abandonarle. Al anochecer fué conducido á Ceuta.

IV.

El 16, habiendo amanecido una mañana serena y magnífica, tanto que no manchaba el azulado horizonte ni la mas pequeña nube, el general en jefe se dispuso para una especie de escursion de recreo.

Habian dicho al duque de Tetuan que desde la cúspide de la elevada cordillera que domina la Alcazaba se descubria un vasto espacio de terreno, un hermoso panorama entrecortado de verdes valles y caprichosos riscos pintorescos y silvestres. Decidió pues ir allí.

A las diez y media llegó al cuartel general el Sr. Rios con el alcalde de Tetuan y dos moros para servir de guias. El alcalde cabalgaba en una mula pequeña pero lista como una ardilla, enjaezada al estilo del país. El general en jefe montó á caballo, y acompañado de algunos otros generales, jefes del Estado Mayor y su escolta, se puso en marcha para verificar la proyectada ascension.

Dos horas antes habian subido á las alturas tres ó cuatro batallones

de infantería para guardar algunas crestas mas avanzadas al punto en que debia permanecer el general en jefe.

Una vez en aquellas elevadas alturas, Odonell estuvo estudiando la topografía de la comarca, pues desde allí se dominaba, realmente, una considerable estension de terreno. Tanto el valle de la Aduana como las cordilleras que desde Cabo Negro se estienden hasta la Sierra Bullones y Ceuta, como la vega de Baffija y las sierras del Fondach podian examinarse perfectamente desde tan empinadas posiciones. El curso de los rios, la direccion de las cañadas, el aspecto general del país, todo se ofrecia á la vista del espectador, que se hallaba colocado á 900 piés sobre el nivel del mar.

El calor era intolerable, pues hacia dos dias que brillaba el sol con todo su ardor africano, pero esto no fué obstáculo para que el caudillo de las tropas españolas avanzase hasta dominar las vertientes del O. desde donde alcanzó á ver parte del campamento enemigo.

El general Bustillos se unió á la comitiva, la cual regresó al campamento al caer la tarde.

Al anochecer de aquel mismo dia un grupo de cincuenta moros á caballo hizo fuego sobre la avanzada del batallon de Borbon, que contestó, sin que se pudiese ver otro efecto de sus disparos que la caida del caballo que montaba uno de los jefes enemigos, el cual se distinguia por su jaique encarnado.

Los moros, al presentarse tambien aquel dia en algun otro punto volvian hácia arriba las culatas para inspirar confianza á los soldados nuestros, como en ademan de paz, pero estos despreciaron tales demostraciones porque demasiado sabian que si avanzaban, serian recibidos á tiros.

Durante la mañana del 16 fondeó en la rada un buque de guerra norte-americano, cuyos oficiales fueron por la tarde á visitar la poblacion montados en caballos que les facilitó el general Latorre; acompañaban á los marinos algunos ordenanzas de caballería.

Despues de presentarse al duque de Tetuan, fueron á visitar al general Rios, permaneciendo en la ciudad hasta el dia siguiente en que se volvieron á bordo no sin antes haber visitado el campamento, muy satisfechos de la buena acogida que habian merecido de los jefes del ejército español.

V.

Las negociaciones de paz seguian con mas ardor que nunca. Decididamente, Muley Abbas, que se habia hecho simpático al general Odonell y á todo el campo español, deseaba la paz, y no podia ya abrigarse la menor duda sobre sus propósitos. Esto no obstante, en el campo español seguian los preparativos para continuar la campaña y los marroquíes no cesaban de hostilizar á nuestros soldados, preparándose tambien para una resistencia desesperada.

El ejército moro, además de fortificar el difícil paso del Fondak, habia situado sus avanzadas no muy lejos de la vanguardia de nuestro campamento, pues á la caida de una empinada sierra se veian cada noche las fogatas que encendian, pero las posiciones que ocupaban nuestras tropas en la cordillera de las cercanas sierras les imposibilitaban de cualquier ataque que pudieran locamente intentar. Nuestras avanzadas se estendian por las alturitas, tras las cuales se dilataba el valle, guardando todas las avenidas de la montaña, por cuyas laderas se divisaban á los moros que cruzaban ante Benizada, en cuyas arruinadas casuchas iban á abrigarse, al menos durante la noche.

A las diez de la mañana del 17 volvieron los emisarios de Muley Abbas al cuartel general. Eran cuatro los ginetes, cubiertos de blancos alquiceles. Eran el gobernador de Tánjer y Sidi Mohamed el Jelib acompañados de dos moros de rey á caballo.

Una hora despues llegaban al cuartel general escoltados por un piquete de caballería y algunos guardias civiles y penetraron en la tienda del general en jefe, donde, despues de tomar café, permanecieron por espacio de unas dos horas. Estaban en la tienda y asistieron á la conferencia el jefe de estado mayor general García, el general Ustariz y el señor Erris, oficial del ministerio de Estado.

Dos horas, decimos, duró aquella conferencia, sin que nada pudiese traslucirse, pues aquella vez las negociaciones se llevaban con una reserva suma.

«Examináronse mapas, decia una carta particular, escribiéronse notas, mediaron largas aunque para nosotros ignoradas esplicaciones, y los parlamentarios volvieron para su real con una cara algo mas satisfecha y alegre de la que habian traido.»

A las tres de la tarde los parlamentarios acompañados por algunos ayudantes de estado mayor y una fuerte escolta de caballería se hallaban ante la tienda del general Prim, saludando y despidiéndose de este. De allí pasaron á la del general Echagüe.

Breves momentos despues solo se divisaba en la direccion de Tánjer por el tortuoso camino que guia al Fondak la nube de polvo que levantaban en su carrera los árabes caballos de los mensajeros.

En este mismo dia llegaron á nuestro campo y sentaron plaza de soldados voluntarios en el cuerpo de ejército mandado por el conde de Reus, el hijo y el sobrino del marqués de Niza, descendiente del gran Vasco de Gama, y uno de los títulos mas distinguidos del vecino reino.

«Vengan enhorabuena los ilustres portugueses, decia un corresponsal, á compartir con nuestros soldados la honra y penalidades de esta campaña, y quiera el cielo que llegue pronto el dia en que los dos pueblos de la Península compartan igualmente en un mismo campo y con la misma gloria el respeto y la admiracion del mundo.»

Cada dia ofrecian menos seguridad los alrededores de Tetuan. Los moros continuaban haciendo de las suyas.

Varios hechos tuvieron lugar en este dia.

Al regresar la escolta de carabineros que habia ido acompañando á los marineros norte-americanos que fueron á visitar el general en jefe y la ciudad de Tetuan, mataron los moros al corneta é hirieron cuatro caballos en el tránsito de la Aduana al cuartel general. Tambien robaron en el mismo camino tres acémilas pertenecientes al conde de Reus.

«Apenas las sombras se estienden por el espacio, decia una carta particular, es preciso contar con un enemigo en todas partes, detrás de los árboles, de los enverjados de cañas, de las peñas, en el cauce acantilado del rio, y recelar del mas mínimo ruido, de la brisa que agita las matas, del vuelo de un pájaro, de todo, en fin, porque nadie sabe si le acechan, si el primer paso que avance será el último en el

camino de la vida y el primero en el de la eternidad. Tal es la situacion en que nos encontramos.»

Al caer la tarde de este dia llegó á la rada de Tetuan la fragata de guerra estranjara *Dándolo*, á cuyo bordo iban el archiduque Fernando Maximiliano de Austria, hermano del emperador, y último gobernador que fué del reino lombardo-veneto, y su esposa la archiduquesa Carlota, hija única del rey de los belgas y de su segunda mujer Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe.

En el momento en que la fragata ancló en la rada, saludó el pabellon español, y poco despues su capitan bajó á tierra para saludar al general en jefe del ejército español de Africa.

VI.

El 18 á las ocho de la mañana el conde de Reus con una escolta de coraceros y de lanceros se dirigió á la Aduana á esperar á los ilustres viajeros llegados el dia antes. Desembarcaron, y acompañados del general Prim se dirigieron á Tetuan, encontrando á mitad del camino al general en jefe, de gran uniforme, con todo su cuartel general.

La entrevista del príncipe almirante de la marina austriaca y del caudillo de nuestras tropas fué tan espansiva y tan deferente como lo permitieron los grandes respetos que este último manifestó por el primero. El archiduque Maximiliano instó reiteradas veces al caudillo español para que se colocara entre él y la princesa Carlota, pero el general Odonell declinó como debia esta singular honra que le concedian los príncipes, limitándose á ir á la izquierda del archiduque para contestar á las diversas preguntas que con visible interés le dirigia sobre aquella inolvidable y gloriosa campaña.

El príncipe Maximiliano, jóven de agradable presencia, alto, rubio, de ojos vivos y espresivos, de barba larga y rizosa, revelaba en su rostro la amabilidad y la dulzura que tanta estimacion le granjearon personalmente, aun siendo el representante de una dominacion tan

odiada como la dominacion austríaca en Italia. Vestia, como todos los que le acompañaban, el uniforme de la marina de su país.

La princesa su esposa es una bella é interesante figura, alta, esbelta y graciosa. Vestia de amazona, completamente de negro y con un sombrero del mismo color, marchando un poco adelantada, precedida de dos secciones de batidores dirigidas por ayudantes de campo.

Detrás de los príncipes y del general en jefe seguian varios generales con un numeroso estado mayor y dos escuadrones, uno de coraceros y otro de lanceros. Entre el estado mayor se veia á la condesa de Huesperg, dama de honor de la princesa, de mas edad que esta, pero en quien los años no habian borrado completamente las huellas de la hermosura.

Los príncipes descansaron primeramente en la tienda del duque de Tetuan, y luego examinaron con ávida curiosidad é interés todos los campamentos. Visitaron los del primero y segundo cuerpo del ejército, el de la artillería y de la caballería, manifestándose altamente complacidos del estado de brillantez y marcialidad que conservaban nuestras valientes y ya veteranas tropas en medio de una campaña tan dura y prolongada. Las tropas estaban formadas en masa delante de las tiendas, y al paso de S.S. A.A. presentaron las armas y tocaron las músicas la marcha real.

En seguida entraron en la ciudad por la puerta del Cid y se encaminaron con todos los estados mayores á la iglesia católica para oir misa. Era domingo y en la plaza estaban formadas todas las fuerzas que guarnecian á Tetuan, escepto los batallones de servicio, para asistir á la ceremonia religiosa. Los archiduques fueron recibidos con los honores correspondientes á su rango y se apearon en la puerta misma del templo. Para que bajara la princesa del caballo, hubo necesidad de pedir de antemano en una fonda inmediata una silla, porque en campaña no es facil contar con todo y menos con los medios indispensables para recibir dignamente á una señora.

El piso de la iglesia tenia una magnífica alfombra, sobre la cual se apoyaban dos elegantes sitiales para la princesa Carlota y la condesa de Huesperg. La preciosa y bellísima corona de laurel que el marqués de Novaliches habia regalado al ejército de Africa, pendia del altar mayor, ciñendo la hermosa imagen de la Vírgen de la Victoria.

Los archiduques oyeron devotamente toda la misa arrodillados, y despues de concluido el santo sacrificio, presenciaron desde la puerta misma de la iglesia el desfile de las tropas. El príncipe Maximiliano parecia quedar sumamente complacido del aspecto marcial de los soldados, y hablaba de vez en cuando con el general en jefe que se sonreia con orgullo y satisfaccion. Conforme iban pasando los batallones, el príncipe austríaco saludaba cortesmente quitándose la gorra á los oficiales que los mandaban. El último cuerpo que desfiló fué el de cazadores de Tarifa, que llamó notoriamente la atencion del archiduque por su agilidad, por la soltura de sus movimientos y su paso apresurado pero compuesto siempre. Todas las tropas, como si comprendieran la importancia de esta visita y conocieran que exhibian á los ojos de la Europa el buen estado de la organizacion militar española, cumplieron, segun se dice en estilo diplomático, *admirablemente su mision*. El príncipe austríaco debió indudablemente formar una alta idea de los valerosos hijos de España.

En seguida fué presentado á los archiduques el alcalde moro, que se habia vestido para esta ceremonia su mejor y mas rico traje. Iba vestido con una airosa túnica encarnada de seda, y colgaba de sus hombros un rico albornoz de lana azul. Llevaba el turbante blanco como la nieve, y los piés calzados con unas babuchas de tafilete amarillo. Acompañábale su hijo elegantemente ataviado tambien con un traje de los mismos colores que el de su padre, y seguíale otro moro que ejercia las funciones de alguacil.

El chico, como parece que tenia ya de costumbre en todas las ceremonias, marchó con su marcial desparpajo á la cabeza de toda la comitiva, que recorrió á pié una parte de la ciudad, la mezquita y la casa de Ersini el mayor. En el patio de esta casa el general en jefe presentó al príncipe todos los generales que habian tomado parte en la campaña, á quienes colmó de elogios y felicitó por el estado en que se encontraba el ejército, despues de cuatro meses de rudas fatigas.

A fuerza de grandes trabajos habia podido prepararse en la tienda del duque de Tetuan un almuerzo, si no digno, al menos propio de los ilustres viajeros, almuerzo que hubieran aceptado á no ser las advertencias que sobre los anuncios del mal tiempo hacia á los príncipes el capitan de su fragata. El duque de Tetuan, sin embargo, se resignó

con gusto á sacrificar la honra de tener en su mesa á los imperiales huéspedes, cuando, habiendo dirigido un parte telegráfico al general Bustillos para saber si el estado del mar permitiria á los príncipes quedarse en tierra por el espacio de tres horas, hubo recibido una contestacion negativa del almirante de nuestra escuadra.

Dirigiéronse pues desde luego á la Aduana para embarcarse, acompañándoles el general en jefe.

VII.

En la mañana del 19 creíase en el campamento que se preparaba un dia de combate, porque en frente de las avanzadas del primer cuerpo se presentaron sobre unos mil moros de kabila, los cuales al abrigo de los matorrales, situados tras de los árboles ó las piedras, comenzaron á tirotearse con nuestros soldados que estaban á pecho descubierto. Los moros gritaban como condenados y se les veia ir y venir, ascender y descender la montaña, correrse á uno y otro lado y reunirse por fin en número bastante considerable hasta el punto de tener que emplear por nuestra parte una pieza de artillería, la cual les dirigió algunas granadas (*balas de trampa* como ellos las llamaban) que les hizo internar en la maleza y desaparecer por un momento.

Un corresponsal pudo observar la tenacidad de un moro, que oculto detrás de un almendro, y sin variar de posicion, estuvo mas de tres horas disparando su espingarda, á bastante distancia por cierto, contra uno de los centinelas colocados para estorbar el paso del rio.

Formaban parte estos moros de tribus recientemente llegadas y pidieron permiso á Muley Abbas para tener un dia de combate, pues este parecia ser el primer deseo de toda nueva kábila que llegaba á su campo. Esta es en los árabes una costumbre antigua, siempre que salen de su comarca para ir al encuentro de un enemigo, y cualquiera diria que esta costumbre es el deseo de pagar lo mas pronto posible la contribucion de sangre, que les deja despues en libertad para poder retirarse si quieren hacerlo.

A pesar de la negativa del hermano del emperador, por la mañana

del 13, segun hemos ya dicho, se presentaron delante de las avanzadas del primer cuerpo y empezaron á hostilizarles.

Cuando los árabes iban aumentando su fuego, aparecieron algunas fuerzas de caballería de Muley Abbas y les obligaron á retirarse, pero no sin haber tenido que apelar al sable para hacerse obedecer. Vióse entonces como al retirarse las kabilas, dispararon algunos tiros contra los moros de rey.

No obstante, á pesar de la intervencion de los ginetes de Muley Abbas, grupos de moros prosiguieron hostilizándonos todo el resto del dia desde la orilla opuesta del rio.

VIII.

El 20 no hubo mas de particular sino que el general en jefe estuvo en el campamento del primer cuerpo en el que permaneció hasta convencerse de que no debia temer un ataque serio, pues algunos moros habian comenzado á hostilizarnos desde el amanecer.

Por la mañana las tropas del primero y segundo cuerpo estuvieron prontas á tomar las armas, y aun se movieron algunas piezas rodadas que se retiraron al poco tiempo á su campamento.

La division del general Echagüe atrincheraba su frente y flancos á fin de precaverse contra cualquier ataque nocturno.

«En este país, escribia un corresponsal, sea con negociaciones de paz ó sin ellas, está visto que es preciso estar siempre con las armas en la mano y la mecha encendida.»

Por la noche ocurrió otro nuevo tiroteo entre los moros que vagaban por la Sierra Bermeja y parte de los soldados del primer campamento, estendiéndose el tiroteo por toda la línea de nuestras avanzadas.

Los disparos duraron hasta bien entrada la mañana, sin que ocurriese baja alguna por parte de nuestro ejército. Ocultos los enemigos entre los matorrales, y á veces á tal distancia que sus balas no podian atravesar el rio y llegar hasta donde se hallaban algunas fuerzas del regimiento de Castilla, se entretenian en disparar sus espingar-

das, cuyos cañones relumbraban á los rayos del sol. Ya se les veia correr y parapetarse tras el robusto tronco de un algarrobo, ya tenderse sobre la tierra y hacer detenida puntería.

Un oficial de los voluntarios catalanes cogió una carabina y bajó á la márgen del rio en union de los oficiales austríacos, de cuyas cinturas pendian revolvers: se colocó detrás de un arbusto; y despues de apuntar á su satisfaccion, parte la bala y la planta con tanto acierto sobre la espesura que ocultaba á los osados moros, que estos se pusieron en completa retirada, sorprendidos del aviso. Eran las tres de la tarde y tal cual disparo se escuchaba, pues los pocos enemigos se habian retirado.

IX.

Por la tarde del 21 volvieron á presentarse los emisarios de Muley Abbas, pero ningun efecto produjo su llegada, porque así jefes como soldados todos abrigaban el presentimiento de que nada resultaria de aquella conferencia que, segun parecia, iba á ser la última por entonces.

Ya en el campamento se sabia la negativa del gobierno de Madrid á las nuevas proposiciones de los marroquíes.

Nadie supo lo que pasó en la tienda del general en jefe, entre este y los parlamentarios, pero muchos pudieron oir al general García decir á los embajadores al despedirles:

—Ahora ya nos conocemos. Si en el campo de batalla os sucede alguna desgracia, hallareis siempre una generosa acogida entre los españoles.

Dieron ellos las gracias y se alejaron.

Entre los moros de rey que acompañaban á los emisarios de Muley Abbas, encontrábase el que condujo desde Fez á Tánger al ayudante Alvarez, cuando tuvo la desgracia de caer por traicion en manos de aquellos bárbaros. Llámase Ersiam; era de rostro atezado, pero de fisonomía franca, abierta; llevaba un jaique de color de naranja, atravesado por el pecho, y la manga derecha de un balazo, y la espingarda cubierta con un paño carmesí.

Apenas divisó á Alvarez se dirigió á él cariñosamente y le estrechó la mano; le pidió cigarros, y luego se entretuvo en recordar las aventuras é incidentes del viaje que habian hecho juntos. Alvarez dijo que Ersiam le trató durante todo el camino con humildad y cariño, y que solo una vez le vió enfadado, cuando se resistió á tomar el dinero que un jefe de kabila le ofrecia.—¡Qué bárbaro! fué diciendo todo el viaje—yo lo hubiera tomado. El douro nunca estorba.

Cuando los emisarios de Muley Abbas salieron de la tienda del general en jefe, Ersiam se despidió cordialmente de Alvarez dándole la mano; montóse en su mula, y aguardó pacientemente á que la comitiva se pusiese en marcha.

Rotas ya las negociaciones, y dispuesto el general en jefe á emprender la marcha al dia siguiente y á que la suerte de las armas decidiera la cuestion, mandó inmediatamente publicar la siguiente:

Orden general del dia 21 *de marzo de* 1860.

Debiendo emprenderse de nuevo las operaciones de la campaña, el Excmo. señor capitan general en jefe de este ejército ha dispuesto lo siguiente: Los cuerpos que han de marchar son el primero, segundo, tercero, primera division de reserva, la brigada de coraceros, un escuadron de húsares, cinco baterías de artillería de montaña, el regimiento de ingenieros menos tres compañías que quedan para los trabajos de la plaza de Tetuan, y una compañía de obreros de Administracion. Las demás fuerzas, al mando del Excmo. señor general Rios, verificarán el movimiento que particularmente se le tiene prevenido.

A las cuatro de la mañana del dia que se le designará, los cuerpos indicados tomarán el café, y abatirán tiendas, emprendiéndose la marcha en la órden siguiente:

1.° El primer cuerpo, llevando detrás del segundo batallon cuatro compañías de ingenieros.

2.° El resto de los ingenieros.

3.° El cuartel general del ejército.

4.° El segundo cuerpo.

5.° La caballería.

6.° Los bagajes del cuartel general, primero y segundo cuerpo.

7.° El tercer cuerpo.

8.° El bagaje del tercer cuerpo.

9.° El bagaje de la administracion y el ganado, custodiado por un batallon del tercer cuerpo y llevando para el órden interior una compañía de obreros de Administracion.

10. La primera division de reserva, con una batería de montaña, el batallon de artillería del 5.° regimiento á pié y un escuadron de caballería.

Al primer cuerpo acompañarán sus dos baterías de montaña.

Al segundo una batería de montaña y la de cohetes.

Al tercero una batería de montaña.

Al cuartel general dos compañías del 4.° regimiento de artillería á pié.

Unidas al tercer cuerpo y á continuacion, marcharán todas las secciones de Sanidad y de los batallones que quedan en Tetuan y en los fuertes.

Lo que de órden de S. E. se hace saber en la general de este día, para los efectos indicados.

El general en jefe de E. M. G., *Luis García.*

Y ahora, antes de continuar nuestro dietario de la guerra de Africa, á cuyo último y brillante período hemos ya llegado, nuestros lectores nos permitirán que nos interrumpamos por un momento para cumplir una de las promesas hechas por el editor en el prospecto de esta obra.

ALI BEY EL ABASSI.

(D. Domingo Badia.)

ALI BEY EL ABBASSI.

I.

El 29 de junio de 1803 una pequeña barca que habia salido de Tarifa á las seis de la mañana, atravesaba el estrecho de Gibraltar y penetraba á las diez en el puerto de Tánjer.

Cuando la barca hubo atracado, se presentaron en ella algunos moros, y uno de ellos, que era el capitan del puerto, envuelto en un albornoz, especie de saco grosero con capucha, desnudo de pié y pierna y con una gran caña en la mano, pidió el certificado de Sanidad que el patron le dió inmediatamente, y encarándose en seguida con el único pasajero, árabe á juzgar por su traje é idioma, que llevaba la barca, entabló con él el siguiente diálogo:

—¿De dónde vienes?

—De Lóndres, por Cádiz.

—¿Hablas la lengua mogrebina?

—No. Hablo solo el árabe.

—¿De dónde eres, pues?

—De Khaleb (1).

—¿Y donde está Khaleb?

—En el Scham (2).

—¿Qué país es Khaleb?

—Está hácia el levante, cerca de Turquía.

(1) Alepo.

(2) La Siria.

—¿Eres, pues, turco?

—No soy turco, pero mi país se halla bajo el dominio del Padischah (1).

—¿Pero eres musulman?

—Sí.

—¿Cómo te llamas, pues?

—Ali Bey el Abbassi, príncipe de la familia de los Abbassidas, descendiente del santo y glorioso profeta.

Al oir esto, el capitan del puerto continuó su interrogatorio en un tono menos seco y duro que el que habia usado hasta entonces, manifestando desde aquel momento cierto respeto por el ilustre viajero que llegaba á Tánjer.

—¿A qué vienes á este país?

—A visitar al gran emperador que felizmente lo rige, á continuar mis viajes científicos, y á realizar la santa peregrinacion á la Meca, tan recomendada á todos los verdáderos creyentes.

—¿Traes pasaportes?

—Sí, traigo uno de Cádiz.

—¿Y por qué no lo traes de Lóndres?

—Porque el gobernador de Cádiz me lo ha tomado reemplazándole con este.

—Dámele.

—Toma.

Y Ali Bey el Abbassi entregó su pasaporte al capitan del puerto, quien, dando órden de no dejar desembarcar á nadie, partió á enseñarlo al Kaid ó gobernador. Este lo envió al cónsul de España para reconocerlo, y aprobado como auténtico, lo remitió al príncipe por conducto de Sidi Mahomed, jefe de los artilleros de la plaza, enviado por el gobernador para interrogarle de nuevo.

Dirigióle este casi las mismas preguntas que le habia hecho ya el capitan del puerto, y dándole el pasaporte, se marchó á dar cuenta al Kaid.

Poco tiempo despues, volvió el capitan del puerto con la licencia del gobernador para el desembarco.

(1) El Gran Señor.

Ali Bey saltó en tierra al momento, y apoyándose sobre dos moros —porque estaba herido en una pierna á causa de haber volcado su coche al atravesar por España,—se hizo conducir á casa del Kaid. Este le aguardaba ya impaciente algunos pasos fuera de su puerta y le hizo subir con todas consideraciones á una pieza donde estaba su secretario y tambien su *Kiahia* ó vice-gobernador.

El Kaid dirigiéndose al ilustre viajero, le dijo que queria darle hospitalidad hasta que hubiese mandado arreglar un alojamiento conforme él merecia, hizo que le sirvieran café con azúcar, y entabló una conversacion con el recien llegado sobre sus viajes.

Este le dijo entonces ser el príncipe Ali Bey, hijo de Othman, príncipe de los Abbassidas, que despues de haber empleado muchos años en viajar por los estados cristianos estudiando en sus escuelas las ciencias de la naturaleza y las artes útiles al hombre, habia tomado por fin la resolucion de viajar por los países musulmanes, y cumpliendo al mismo tiempo con el sagrado deber de la peregrinacion á la Meca, observar las costumbres, usos y naturaleza de las tierras que se hallasen al paso, á fin de no hacer inútiles las fatigas de tan larga travesía y sí provechosas á sus conciudadanos en el país que escogiera finalmente por patria.

El gobernador quedó muy satisfecho con estas esplicaciones, alentóle en su propósito, y deseando corresponder á la honra que le cabia albergando en su casa á tan ilustre y sabio viajero, le hizo servir una abundante cena, compartiendo luego con él su propio lecho, que era un divan cubierto con una alfombra, á estilo del país.

Al anochecer del siguiente dia avisó el Kaid á su huésped, que estaba ya dispuesto su alojamiento, pasando Ali Bey á ocuparle, despues de haberse despedido del gobernador y habiendo quedado muy amigos.

Despues de haber pasado la noche en su nueva casa, Ali Bey se enteró del rito de los marroquíes, algo diferente del turco, que era, al parecer, el suyo, é instruido en las ceremonias religiosas del país, se dispuso á cumplir con ellas al siguiente dia, que era viernes.

Hízose rasurar la cabeza, escepto el mechon de pelos reservado en la coronilla, y despues, se hizo rasurar todas las demás partes de su cuerpo, dejando solo la barba, de modo que no quedase rastro de

lo que el profeta ha proscrito en su ley como horrible impureza. En seguida, se hizo acompañar al baño público donde efectuó su oblacion general, y luego pasó á ocupar el dia en sus ceremonias religiosas.

Poco despues de la llegada de Ali Bey á Tánjer, su existencia comenzó á ser bastante agradable. Sus relaciones íntimas con el Kaid y el Kadi, que le demostraban mucho respeto y deferencia, convidándole á las audiencias que daban y reservándole en ellas un puesto de honor; la fama que luego comenzó á obtener de hombre sabio y profundo en toda clase de conocimientos; su arrogante y simpática figura; su anuncio del eclipse de sol que se verificó por aquel tiempo, y cuya figura trazó Ali Bey de antemano, tal como se debia ver en su mayor oscuridad; la vista de sus equipajes é instrumentos que llegaron de Europa en un buque; sus ricos presentes al Kaid, al Kadi y á los principales personajes; sus liberalidades para con otros, todo contribuyó á fijar en él la atencion general; de suerte que en poco tiempo adquirió una superioridad decidida sobre todos los estranjeros y personajes distinguidos de la ciudad.

Bien pronto no hubo en Tánjer mas persona de verdadera importancia que Ali Bey.

Un nuevo acontecimiento vino de pronto á acrecentar su prestigio y á hacerle uno de los primeros hombres del imperio.

El 5 de octubre de aquel mismo año la artillería de las baterías de Tánjer anunció la llegada del sultan Muley Soliman, emperador de Marruecos, que se alojó en la alcazaba ó castillo de la ciudad.

Ali Bey, que debia ser presentado al sultan, recibió del Kaid el aviso de disponer el regalo de costumbre para el dia siguiente.

Como el dia señalado para la presentacion era viernes, el príncipe abbasida fué primero á la gran mezquita á hacer la oracion de mediodia, y poco despues de entrado en ella se le acercó un moro diciéndole que el sultan acababa de enviar uno de sus criados para anunciarle que podia subir á la alcazaba á las cuatro y presentarse á él.

Poco antes de la hora señalada, el príncipe subió á la alcazaba marchando al frente de los criados que conducian el regalo que iba á hacer al sultan, segun costumbre en semejantes casos. Este regalo se componia de los objetos siguientes:

Veinte fusiles ingleses con sus bayonetas.

Quince pares de pistolas inglesas.
Algunos millares de piedras de chispa.
Dos sacos de perdigones para cazar.
Un arnés completo de cazador.
Un barril de la mejor pólvora inglesa.
Diferentes piezas de ricas muselinas unidas y bordadas.
Algunas frioleras de joyería.
Un hermoso quita-sol.
Confituras y esencias.

Las armas iban en cajones cerrados con llave; los demás objetos en grandes azafates cubiertos de damasco rojo galoneado de plata; todas las llaves ensartadas en una larga cinta, iban colocadas en un plato.

El Kaid aguardaba al príncipe á la puerta de la ciudadela, recibiéndole con muchos cumplidos; hízole atravesar un pórtico en el cual habia gran número de oficiales de la corte, y en seguida entraron juntos en una pequeña mezquita para hacer la oracion de la tarde, á la cual asistió tambien el sultan.

Acabada esta, Ali Bey salió inmediatamente de la mezquita á cuya puerta habian preparado un mulo para el sultan; el animal estaba rodeado de infinito número de sirvientes y primeros oficiales de la corte. Delante habia dos hombres armados de una pica ó lanza, que mantenian perpendicularmente, cuya longitud era de catorce piés. Seguian de cerca á la comitiva setecientos soldados negros, armados de fusiles, agrupados sin órden ni preferencia y rodeados de gente por todas partes.

El Kaid y el príncipe abbassida se situaron en medio del paso inmediatos á los dos lanceros. A su lado iba el presente llevado en hombros de los criados del último.

No tardó mucho en salir el sultan, montó en su cabalgadura, y al llegar al centro del círculo, el príncipe y el Kaid se adelantaron. Detuvo el sultan su mula, y Ali Bey, presentado por el Kaid, hizo una inclinacion de cabeza, poniendo su mano en el pecho, á lo cual correspondió el sultan con otra inclinacion, diciendo:

—Seas bien venido.

En seguida, volvió su cabeza hácia la multitud, invitándola á saludar al príncipe abbassida, con las siguientes palabras:

—Decidle que sea bien venido.

Al instante gritaron todos:

—Bien venido! Bien venido!

Acto contínuo picó el sultan su mula dirigiéndose á una batería distante de allí doscientos pasos.

Fuése á ella Ali Bey con su introductor y permaneció junto á la entrada adelantándose el Kaid con el regalo.

Desde el momento en que penetraron en la batería, reinó el mas profundo silencio, á pesar de ser muchas las personas que allí habia, particularmente oficiales de primer rango.

Un instante despues, el Kaid llamó á Ali Bey, y siguióle este al terraplen de la batería, que formaba una especie de terrado al norte sobre el mar, artillado con nueve piezas de grueso calibre. En el ángulo oriental se alzaba una especie de casita de madera de algunos piés de elevacion para dominar el parapeto, subiéndose á ella por una escalinata de ocho gradas.

El sultan, entrando en esta casita, se habia recostado sobre un colchoncillo rodeado de almohadas. El príncipe, el Kaid y dos oficiales de distincion dejaron á la puerta sus pantuflos para caminar á pié descalzo, segun costumbre. Dos oficiales se colocaron á los lados de Ali Bey sosteniéndole cada uno por un brazo, y el Kaid se puso hácia la izquierda como para formar una valla. Al hallarse en presencia del sultan, el príncipe abbassida hizo una inclinacion profunda de la mitad del cuerpo, puesta la mano derecha sobre el pecho.

Despues de haber repetido su espresion de bienvenida, el sultan hizo sentar á Ali Bey en la escalera.

Los oficiales se retiraron y el Kaid permaneció de pié.

Entonces el sultan con mucho afecto y un tono lleno de amistad dijo al príncipe abbassida que se alegraba mucho de verle, y repitióle muchas veces la satisfaccion que por ello sentia, poniéndole la mano sobre el pecho como para hacerle conocer sus sentimientos tanto por gestos como por palabras. Preguntóle por los países en donde habia estado, cuantas lenguas hablaba y si sabia escribir en ellas, que ciencias habia estudiado en las escuelas de los cristianos, cuanto tiempo habia residido en Europa, y despues de haber dado gracias á Dios por haberle hecho salir de entre los *infieles*, manifestó sentimiento de que

un hombre como Ali Bey hubiese tardado tanto en ir á Marruecos. Contento de que hubiese preferido su país á Argel, Tunez ó Trípoli, le reiteró varias veces su proteccion y amistad, manifestándose muy dispuesto en su favor.

El príncipe abbassida tenia algo de atractivo en su rostro y sus modales. Cuantos le veian se interesaban por él en seguida, arrastrados por una inesplicable simpatía, y el sultan fué de este número.

Entre las varias preguntas que le hizo fué una de ellas si tenia instrumentos para hacer observaciones, y á la respuesta afirmativa del príncipe, le dijo que queria verlos y que podia ir en seguida por ellos.

Apenas hubo pronunciado esta palabra, cuando el Kaid fué á tomar por la mano á Ali Bey para acompañarle, pero este, sin moverse, hizo observar al sultan que era indispensable aguardar al dia siguiente porque no quedaba bastante tiempo para prepararlos en aquel dia.

El Kaid se quedó mudo de terror y asombro, y miró casi con espanto al príncipe.

En Marruecos jamás se contradice al sultan y era quizá la vez primera que un hombre se atrevia á tanto. Si el Kaid mismo lo hubiese hecho así, de seguro que su cabeza no hubiera estado á los dos minutos sobre sus hombros.

El sultan, empero, pareció no advertir aquella falta terrible de etiqueta, tal era ya el imperio que ejercia en él el príncipe desde su primera entrevista, y le contestó:

—Enhorabuena. Tráelos mañana.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—No haré falta.

Y Ali Bey se despidió del sultan saliendo con el Kaid.

Al dia siguiente y á la hora señalada volvió al castillo. Aguardábale el sultan en el mismo sitio con su príncipe fakih ó mufti y otro favorito. Tenia delante un servicio de té completo.

No bien llegó el príncipe, cuando le hizo subir la escalera y sentar á su lado. Tomó en seguida la tetera, puso té en una taza, y habiéndola llenado de leche, se la presentó por su propia mano. Mientras Ali Bey la tomaba, pidió el emperador papel y pluma. Trajéronle un pedazo de mal papel y un tinterito de cuerno con una pluma de caña:

escribió en cuatro líneas y media una oracion que dió á leer á su fakih, y como este le advirtiera que habia olvidado una palabra, el sultan tomó el papel y la añadió. Acabado de tomar el té, presentó al príncipe su escrito para hacérselo leer y acompañó su lectura señalando con el dedo palabra por palabra sobre el papel y corrigiendo sus defectos de pronunciacion, como hace un maestro con su discípulo. Acabada la lectura, le rogó que guardase aquel escrito como recuerdo suyo.

Dióle el sultan varias veces señales de su afecto. Pidió sus instrumentos, los miró pieza por pieza y con la mayor minuciosidad, haciendo que le esplicase aquello que le era desconocido ó cuyo uso ignoraba. Manifestaba un placer sumo y pidió á Ali Bey que hiciese una observacion astronómica en su presencia: para satisfacerle, tomó este dos alturas de sol con el círculo multiplicador. Enseñóle en seguida diferentes libros de tablas astronómicas y logarítmicas que llevaba consigo, para hacerle ver que de nada servian los instrumentos, si no se entendian aquellos libros y otros muchos mas. El sultan quedó estrañamente sorprendido al ver tantas cifras. Ofrecióle entonces Ali Bey sus instrumentos, pero le respondió que los guardase pues él solo sabia usarlos, á mas de que, dijo, «bastantes noches nos quedarán para mirar juntos el cielo.»

Entonces vió claramente Ali Bey que el emperador trataba de conservarle junto á su persona y agregarle á su servicio, lo cual ya antes habia manifestado con otras espresiones. Añadió que deseaba ver los otros instrumentos, ofreció Ali Bey llevárselos al otro dia, y despidióse de él.

Volvió á la mañana siguiente y subió á su habitacion.

El emperador marroquí estaba recostado sobre un pequeño colchon y una almohada, y delante de él, sentados sobre una alfombra, su gran fakih y dos de sus favoritos. Luego que vió al príncipe abbassida, se sentó y dió órden de traer otro colchon de terciopelo azul lo mismo que el suyo; hízolo poner á su lado y obligó á Ali Bey á sentarse en él.

Despues de algunos cumplidos de una y otra parte, mandó este último traer una máquina eléctrica y una cámara oscura, presentándolas al sultan como dos objetos de pura diversion que no tenian aplicacion alguna á las ciencias. Habiendo montado las dos máquinas, colocó la cámara oscura en frente de una ventana. El sultan se levantó

y entró dos veces en la cámara, cubriéndole el mismo Ali Bey con su bayeta durante el largo espacio de tiempo que se entretuvo en considerar los objetos transmitidos por la máquina, lo cual fué realmente una prueba inmensa de confianza.

Divirtióse luego el sultan en ver detonar la botella eléctrica diferentes veces, pero lo que colmó su pasmo fué el esperimento de la conmocion eléctrica. Hízosela repetir á Ali Bey muchas veces, teniéndose todos asidos por la mano para formar cadena, y luego le pidió largas esplicaciones sobre las máquinas y sobre la influencia de la electricidad.

En esta entrevista acabó de echar raices en el ánimo del sultan su afecto por Ali Bey, al que reiteró cien veces su amistad, y á quien no tardó en dar de ella una prueba real, segun vamos á ver.

Hallábase Ali Bey en la noche de aquel dia en compañía de sus amigos, cuando llegó un criado del sultan trayéndole un regalo de su parte. Mandóle introducir al momento, y se presentó postrándose y poniendo delante del príncipe un envoltorio cubierto de una tela de oro y plata. La curiosidad de ver el primer regalo del emperador de Marruecos le hizo que abriera apresuradamente el envoltorio, y encontró.... dos panes bastante negros.

Ali Bey pareció quedar sorprendido como si no comprendiera toda la importancia de aquel regalo, pero bien pronto le sacaron de dudas los plácemes que se apresuraron á darle cuantos estaban en su compañía, diciéndole:

—Dichoso de vos! Qué felicidad la vuestra! Ya sois hermano del sultan! El sultan es hermano vuestro.

Y otras frases por el estilo.

Efectivamente, el signo mas sagrado de fraternidad entre los árabes, es presentarse mutuamente un pedazo de pan y comer entrambos: de consiguiente, los panes enviados por el sultan eran la mayor prueba que podia dar de cariño, eran su signo de fraternidad con Ali Bey.

El 11 de octubre recibió este un mensaje del sultan por conducto del Kaid. Le advertia que estuviese pronto á partir con él al dia siguiente, previniéndole que pidiese cuanto necesitara, pero Ali Bey, contradiciendo por segunda vez al emperador—cosa inusitada en aquel país—dijo que le era imposible partir tan pronto y que necesitaba permanecer en Tánjer algunos dias. El sultan, sin embargo, no se incomodó por esto y le concedió diez dias.

Muley Soliman, que así se llamaba entonces el soberano de Marruecos, partió el 12 muy de madrugada, y Ali Bey comenzó á hacer sus preparativos para partir á su vez.

II.

Ahora bien, ¿quién era ese hombre que poco despues de haber llegado á Tánjer desplegaba un lujo y un fausto verdaderamente orientales?

¿Quién era ese hombre que se hacia reconocer como príncipe abbassida, como scheriff descendiente de Abul-Abbas, tio del profeta, cuya dinastía ocupó el trono del califato por espacio de siete siglos?

¿Quién era ese hombre que por su fausto, sus riquezas y sus régios regalos á cuantos entraban en relacion con él se conciliaba el respeto, por sus conocimientos y sabiduría la veneracion, y por su conducta el amor de todos?

¿Quién era, en fin, ese hombre á quien el sultan llamaba hermano, y por el cual sintió á la primera entrevista una simpatía tan profunda que lo quiso allegar á su persona, abriéndole el camino del favoritismo, de las grandezas y de los honores?

¿Quién?.....

Vamos á decírselo á nuestros lectores.

Era un cristiano, era un catalan llamado Domingo Badía y Leblich.

Su historia en África, que luego relataremos, parece una novela.

Veamos antes á qué iba ese hombre al África impulsado por su genio, por su corazon y por su amor á la ciencia.

D. Domingo Badía y Leblich habia nacido en Barcelona el 1.° de octubre de 1767, dedicándose con ardor al estudio desde sus primeros años. No es verdad que estudiara en la universidad de Valencia, como se ha dicho. Su genio libre y fogoso nunca se avino bien con los reglamentos escolares. Con efecto, Badía no conoció mas aulas que su propia habitacion: encerrábase en ella, provisto de los libros que mas se conformaban con su inclinacion, y pasaba muchas horas entregado al estudio. Primero se dedicó con ardor al de las matemáticas, á la de-

lineacion y al dibujo; siguió la geografía, astronomía, física y música; pero su atencion se fijó particularmente en el estudio de las lenguas orientales, y especialmente el árabe moderno, el cual llegó á serle tan familiar, que parecia su propio idioma.

Con estos conocimientos, asombrosos para su corta edad, llamó la atencion del gobierno de Carlos III, que á los catorce años le confirió el destino de administrador de utensilios de la costa de Granada; á los diez y nueve era ya contador de guerra con honores de comisario, y á los veinte y seis Carlos IV le nombraba administrador de tabacos en Córdoba.

Pero estos empleos, aunque eran ciertamente unos testimonios de su mérito en razon de la corta edad en que los obtuvo, no estaban en armonía con los estudios que habia hecho ni podian darle ocasion para desplegar su genio estraordinario, limitando sobradamente la esfera de su existencia. Con el objeto, pues, de ensancharla, y sintiéndose llamado por su vocacion y por sus alientos á mas altas empresas, presentó al gobierno de Carlos IV en 1801 un proyecto de viaje científico al interior de África, y examinado por órden del rey y reconocida su utilidad, fué nombrado para realizarle el mismo Badía.

Habia este contraido estrecha amistad con el sabio naturalista D. Simon de Rojas Clemente, que á la sazon se hallaba regentando una cátedra de árabe, el cual, luego que supo el proyecto de Badía, quiso asociarse á la espedicion.

En su consecuencia, ambos amigos salieron de Madrid para París y Lóndres en 12 de mayo de 1802, en cuyas capitales entablaron relaciones con los sabios mas distinguidos y con los mas importantes establecimientos científicos, proveyéndose allí de los instrumentos mas necesarios para las observaciones y adquiriendo tambien una magnífica coleccion de historia natural, que enviaron al real gabinete.

Entonces fué cuando el príncipe de la Paz, valido de Carlos IV, y el hombre omnipotente por aquel tiempo en España, concibió una idea que, á ser realmente suya, como afirma en sus *Memorias*, le honra verdaderamente en gran manera. Conocia á Badía, con quien tuviera algunas conferencias, y decidió cambiar su viaje de científico en político.

Nos es preciso ahora entrar en algunas consideraciones para com-

prender los motivos que impelieron al príncipe de la Paz á semejante resolucion, así como tambien para hacernos cargo de cual era la verdadera mision que llevaba al Africa el que hemos visto desembarcar en ella bajo el nombre de Ali Bey.

El mismo príncipe de la Paz lo esplica minuciosamente en sus ya citadas *Memorias*, y á su texto nos atenemos.

La idea del valido de Carlos IV fué primero la de encargar á Badía y á Clemente un viaje, que á la vista del estranjero pasase solamente por científico, al Africa y al Asia; mas cuyo objeto principal debia ser inquirir los medios de estender nuestro comercio en las escalas de Levante desde Marruecos al Egipto, y hacer la misma indagacion sobre los planes y medidas que convendria adoptar para montar nuestro comercio en la region del Asia con entera independencia de la Europa, para formar enlaces comerciales y políticos con el imperio chino, y organizar allí el tráfico directo de los pesos fuertes españoles sin que en él interviniesen otras manos que las nuestras. A estos encargos se debia añadir el de adquirirse cuidadosamente cuantos artículos exóticos de cultivo ganancioso les fuese dable recoger ó sorprender en las islas del Asia para aclimatarlos en la América.

De estos varios objetos mencionados, habia uno mayormente que, segun el príncipe de la Paz confiesa, era en él una idea fija, viva siempre en su espíritu hasta soñar en ella con frecuencia, y era buscar el modo de adquirir los españoles una parte especialísima del comercio interior del Africa por el conducto de Marruecos. Multitud de artículos de nuestra produccion, poco ó nada estimables en América, y de valor tambien muy corto y nada cierto en los mercados de Europa, podian hallar salida en los países africanos con preciosos cambios.

«Pocos habrá que ignoren, dice el mismo príncipe, la riqueza y variedad de objetos de exportacion que ofrece el Africa interior en polvo de oro, marfil, ámbar gris, gomas, pimienta arábiga, cueros, algodon, añil, cera, sen, anatron, aloe, plumas de avestruz etc. sin añadir á esto la granjería de esclavos, indigna de nombrarse, añade, pero recibida y buscada codiciosamente en aquel tiempo sin ningun rebozo como ahora. A estos varios artículos procedentes de las caravanas, se juntaban los que eran propios de Marruecos, granos inagotables, ricos frutos de salida cierta en todos los mercados de Europa, ganados

abundantes, caballos sin igual para el servicio de la caballería ligera, buenas lanas, tejidos estimables de esta especie y los preciosos tafiletes amarillos inimitables en Europa. Sabidos son tambien los objetos mas preciados de importacion para lo interior del Africa, consistentes en armas blancas y de fuego, pólvora, plomos, abalorios y bujerías de toda especie, telas bastas de lana, sederías, cotonadas, papel, latones, vidriado, corales, granates, agatas etc.; mercancías que podian todas ellas surtirse por nosotros de primera mano, dando pasto á la industria de todas las provincias, sobre todo á la Cataluña, la Vizcaya, las dos Castillas, Valencia, Granada y Murcia. Lo que, menos perfecto en nuestras fabricas, no podia hallar consumo en otras partes lo debia encontrar ilimitadamente en las ferias de Sus donde se tenia un comercio activo en la parte central de la Nigricia de Occidente, Tombuctú, Dijinia, Sego y otros puntos de la otra parte del desierto. Establecido este comercio, no debia quedar ni un rezago ni ninguna cosa de derecho en nuestras fábricas.»

Tales son las palabras del príncipe de la Paz.

Esta oscura ensenada de comercio se hallaba realmente descuidada por las demás naciones comerciantes, que encontraban mejor su conveniencia traficando á un mismo tiempo con el Africa y el Asia en los mares del Oriente y en la Arabia y el Egipto. España solamente, por su posicion geográfica, podia beneficiar este otro cabo de comercio africano, sin temer la concurrencia. Segun las ideas del príncipe, á nuestras mismas puertas, la travesía de pocas horas, casi bajo el amparo de nuestras baterías, casi á cubierto de enemigos, aun dado el caso de una guerra, nuestro comercio con el Africa debia ofrecer empleo seguro y ventajoso, no tan solo á los grandes negociantes, sino tambien á los mas cortos, hasta al humilde pescador de un barquichuelo y de una vela.

«Haciase, empero, necesario para tal empresa, continua, tener puertos y asientos propios en los lugares aptos y oportunos de las costas marroquinas, como los tuvo el Portugal en otro tiempo, y como unido despues este á la corona de Castilla, los tuvimos tambien nosotros, si bien no se sacó ningun provecho de aquellas posesiones, puesta entonces nuestra codicia toda entera, por desgracia nuestra, en los negocios de la América. Con otra gente menos idiota y desleal que la mo-

risma, habria cabido un buen tratado de comercio cuyo provecho hubiese sido mútuo entre Marruecos y la España, mayor quizá para los mismos marroquíes por la doble ventaja del movimiento comercial que habrian tomado sus provincias, y del inmenso desarrollo que se habria seguido de su cultivo é industria, puesta en mayor contacto con la Europa y derramada en sus mercados. Difícil, sin embargo, como era persuadir á los moros sus verdaderos intereses, y mucho mas lograr que consintiesen á hermanarlos con los nuestros, todavía pensé yo que se podria sacar partido de la situacion política en que el monarca de Marruecos se encontraba entonces.

»Reinaba á la sazon Muley Soliman, príncipe mas bien dado á la contemplacion del Alcoran que á los negocios del gobierno, muy mas bien alfaquí, como de profesion lo era, que señor de un vasto imperio; flaco y perezoso, nada propio para las armas. Sus provincias del Atlas se hallaban invadidas por las tribus libres de aquel punto, y el scherif Ahhmed, levantando en Sus el estandarte de la rebelion, desafiaba su poder en aquel punto y amenazaba hacerse dueño del imperio. Scherif por scherif, y déspota por déspota, los pueblos de Marruecos debian ganar en aquel cambio, porque Ahhmet tenia talentos y prendas singulares para el trono. Muley se hallaba en gran peligro de perderle como le perdió mas tarde.

»En tales circunstancias me pareció poder lograr mi pensamiento si indicándole una alianza con España y ofreciéndole socorrerlo contra sus enemigos, se pusiese por condicion la de cedernos dos puertos por lo menos, á contento entero nuestro, uno de ellos en el Estrecho y otro en el Océano, prestándose igualmente á celebrar un pacto de comercio en sus estados sin condiciones onerosas y sin ningunas restricciones. Menos escrupuloso que lo que merecian aquellos pueblos semibárbaros, como enemigos muy dañinos y como amigos muy gravosos y muy falsos, desde un principio hubiera yo tomado otro camino mas derecho, pero habia dos motivos para obrar mas cuerdamente, lo primero la voluntad de Carlos IV, incapaz de aprobar ninguna empresa que ofreciese ni un solo viso de injusticia, y lo segundo, la necesidad de no alarmar á la Inglaterra.

»Pronto, no obstante, se nos vino á mano la ocasion de una guerra, bajo todas luces justa. Muley Soliman, cuya moderacion y cuya paz

mientras duró la lucha con la nacion inglesa nos costó algunas parias bajo el nombre de regalos, como hubiese cesado habia ya mas de un año este tributo inícuo, se nos atrevió á pedirlo como un derecho ya adquirido, y del recuerdo pasó luego á la amenaza de interrumpir nuestro comercio en sus estados. Negados los presentes, se mostró su despecho á poco tiempo impidiendo comprar granos en sus puertos y retirando enteramente su proteccion á nuestros buques. Tras de esto se siguieron los amagos contra nuestros presidios, y vejaciones y durezas ejercidas con los negociantes españoles, violando á cada paso los tratados y las costumbres recibidas. Sobraban los motivos para tomar satisfaccion á mano armada é invadir los estados de aquel príncipe; mas, siguiendo mi pensamiento, y mis deseos tambien de que en el caso de una guerra se hiciese esta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase á aquel imperio, no ya como español, mas como árabe, como un ilustre peregrino y un gran príncipe descendiente del profeta, que habria viajado por Europa y volveria á su patria dando la vuelta al Africa y siguiendo á la Arabia á visitar la Meca. Su objeto principal seria ganar la confianza de Muley, y presentada la ocasion, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatian su imperio y amenazaban su corona. Si esta idea era acogida, debia ofrecerse él mismo para venir á negociar acerca de ella en nuestra corte con poderes ámplios. Si no alcanzaba á persuadirlo, debia explorar el reino con el achaque de viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinion de aquellos pueblos, y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que entrando en guerra, pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interés recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del imperio, la que mejor nos conviniese.

«Badía era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía, y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos, hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones, y la genial intemperancia de su espíritu, le hacian apto para aquel designio.»

Hemos dejado hablar al mismo príncipe de la Paz, á fin de que nuestros lectores comprendieran toda la inmensidad é importancia de su proyecto. Atrevido era y osado, peligroso y difícil, pero Badía se encargó de llevarlo á cabo.

«Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo, añade Godoy, que, sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse, sola cosa que le faltaba para el difícil y arriesgado papel que debia hacer entre los mahometanos.»

Así fué. Badía llamó en Londres á un facultativo acreditado y confió á su destreza la peligrosa operacion, que, segun parece, fué terriblemente dolorosa para nuestro paisano Badía, haciéndole padecer mucho y ocasionándole una enfermedad, de que solo muy lentamente convaleció.

En seguida, con el fin de que pudiera fascinar por completo al monarca y validos de aquella corte semi-bárbara, halló medio de forjarse él mismo una genealogía completa árabe, como hijo de Othman-Bey, príncipe abbassida y descendiente del profeta, y así que estuvo ya restablecido del todo, apareció un dia en Londres con traje musulman para comenzar á representar su papel.

Algun tiempo despues, revestido Badía con todas las señales esteriores y con sus inmensos conocimientos en las ciencias físicas y matemáticas y en las costumbres y literatura oriental, regresó á España donde recibió las instrucciones reservadas, los numerosos documentos y recomendaciones que debian sostenerle en su peligrosa empresa y que con los demás medios materiales le facilitó el poderoso valido príncipe de la Paz, el cual tambien, segun parece, aseguró la subsistencia de su mujer é hija con una pension de 12,000 reales.

En cuanto á Rojas Clemente no le acompañó, que bien lo hubiera querido, porque el príncipe de la Paz no la halló conveniente.

Marchóse, pues, solo Badía desembarcando en Tánjer segun hemos visto, y cortando desde entonces toda correspondencia hasta con su familia para dejar al gobierno español en entera libertad de hablar de él segun mejor conviniese el objeto de sus viajes. El secreto por de pronto no fué comunicado á nadie por el príncipe de la Paz. Desapareció ya entonces por completo la personalidad de Badía, ostentándose en su lugar la grandiosa figura de Ali Bey el Abbassi. El gobierno español le recomendó eficazmente á todos sus cónsules y agentes en Áfri-

ca, como si fuese un árabe que habia permanecido largo tiempo en Europa, que en ella habia hecho sus estudios y que se habia adquirido en ella generales simpatías.

Por lo que toca á Ali Bey personalmente, ya hemos visto como su elegante y simpática figura, su porte majestuoso, el lujo que ostentaba, sus títulos escritos en árabe antiguo y admirablemente confeccionados de sellos y signaturas, la minuciosidad de sus prácticas religiosas, su completa posesion del idioma árabe, y mas que todo sus inmensos conocimientos en astronomía, química, historia natural, geografía, dibujo y medicina, llamaron desde luego hácia tan eminente personaje el respeto y la admiracion de aquellos pueblos incivilizados, sin que ni por asomo se suscitara por el pronto la mas pequeña duda acerca de su descendencia. Por lo demás, buen cuidado tuvo él de circular la idea de que durante su larga permanencia en Europa, habia adoptado en parte sus usos, y que, al *restituirse* á África, esperimentaba la sensacion de un europeo que se hallara en semejante caso y jamás hubiese salido de su país.

Y ahora que ya sabemos quien era aquel príncipe oriental que hemos visto llegar á Tánjer, ahora que ya nuestros lectores saben que trás la figura y nombre del árabe Ali Bey, se ocultan la figura y nombre del catalan Badia, ahora que ya le tenemos introducido en la corte del Sultan y en camino para ser su favorito, vamos á seguirle paso á paso en sus curiosos viajes, en sus novelescas aventuras y en su arriesgada y temeraria empresa.

III.

Nuestros lectores recordarán que Ali Bey (á quien continuaremos llamando así), habia pedido al sultan diez dias para disponer su viaje y salida de Tánjer.

Dispuesto ya todo lo necesario para la marcha, empleó Ali Bey todo el martes 25 de octubre en hacer salir de la ciudad todos sus bagajes, yendo él á acampar á cien toesas el oeste de las murallas, donde habia ya hecho reunir sus tiendas, gentes y equipajes. Salió de Tánjer,

despues de hecha su oracion en la mezquita, acompañándole á caballo el kaid, el kadi, los fakihs y talbes de la ciudad con otras personas de importancia, unos montados y otros á pié, que no quisieron abandonarle hasta el sitio donde habia levantado su tienda y que así le acataban para honrar en él al viajero ilustre y al favorito del sultan.

Antes de salir de su casa Ali Bey, uno de los fakihs le cogió el índice de la mano derecha y lo pasó por la superficie de una de las paredes de su cuarto, haciéndole trazar ciertos caractéres misteriosos para lograr buen viaje y feliz regreso.

Cerrada la noche, todos los personajes que le habian acompañado, se reunieron en su tienda donde le ofrecieron una cena suntuosa, despidiéndose luego de él y retirándose á la hora de cerrar las puertas de la ciudad.

El miércoles 26 por la mañana, cuando Ali Bey acaba de dar órden de levantar el campo para emprender la marcha, se presentaron á saludarle por última vez el kadi y todos los fakihs. Formaron un círculo al rededor suyo, dirigieron juntos á Dios dos oraciones para que le concediese un feliz viaje, y despues de abrazarle afectuosamente, se separaron de él con lágrimas en los ojos.

Ali Bey, enternecido con aquella afectuosa despedida que jamás habia alcanzado personaje alguno en Tánjer, montó á caballo y partió.

No pueden leerse sin conmocion las líneas que en su dietario escribió Ali Bey aquel dia.

«En el momento en que me encontré solo, dice, quedé sumergido en la mas profunda meditacion. En efecto, educado en diferentes países de la Europa civilizada, me veia por primera vez al frente de una caravana, caminando por un país salvaje, sin otra garantía para mi seguridad individual que mis propias fuerzas. Partiendo de la costa septentrional de Africa, é internándome en el Mediodía, decíame á mí mismo: ¿Seré bien recibido en todas partes? ¿Qué vicisitudes serán las que me aguardan? ¿Cuál es el término de mis proyectos? ¿Seré acaso víctima desgraciado de algun tirano? ¡Ah! no, de ningun modo. El gran Dios, que desde lo alto de su trono ve la pureza de mis intenciones, me prestará su auxilio. Salido de este estado de abatimiento, saqué la consecuencia siguiente: Pues Dios con su mano todopoderosa

me ha conducido felizmente hasta aquí á través de tantos escollos, con igual felicidad me llevará hasta el fin. »

El dietario de Ali Bey, del cual acabamos de entresacar las anteriores líneas, lo escribió en árabe, y es preciso tener en cuenta que figuraba ser el que escribia un musulman cuya juventud habia transcurrido en Europa. Hacemos esta advertencia para que la tengan presente nuestros lectores siempre que citemos las memorias de Ali Bey.

El 28 llegó con toda su comitiva y equipajesá Alcazalquivir, y atravesó los sitios en que tuvo lugar la famosa rota de D. Sebastian, pasando luego á la ciudad de Alcazar en donde el ilustre viajero fué bien recibido y obsequiado. El gobernador quiso añadir seis soldados á su escolta y le envió una cena abundante aquella noche, mandándole tambien una segunda cena otro personaje de suposicion.

De advertir es, que á medida que el viajero iba adelantando, hacia curiosas observaciones sobre los sitios que atravesaba, sobre las plantas y animales que veia, sobre las costumbres de los pueblos, sobre el estado de la atmósfera, etc., observaciones que trasladaba á su dietario, digno de leerse bajo todos conceptos.

Vamos nosotros siguiéndole en su viaje.

El 29 atravesó el rio Lukos, aquel al cual se refiere nuestro famoso poeta Herrera, cuando dice, hablando de la ruina del ejército de don Sebastian:

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufania llena
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indina de memoria.

Que si al justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza
compensaras muriendo el hecho ultraje,
y Luko amedrentado al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

Profecía del poeta que la España se ha encargado ahora de cumplir.

Sin incidente alguno digno de referirse, Ali Bey llegó á la ciudad de Mequinez el 1 de noviembre, donde ya se tenia noticia de su llegada y todo estaba dispuesto para recibirle, segun órden espresa del sultan.

Mequinez está situada en una pequeña altura, y un triple lienzo de murallas rodea su recinto, capáz de contener un ejército numeroso, además de la poblacion. Dichas murallas tienen quince piés de altura sobre tres de espesor, con algunas aberturas ó aspilleras de trecho en trecho. La ciudad, mirada desde lo alto del camino, presenta una hermosa perspectiva con sus torres y está rodeada de huertas y olivares en anfiteatro.

Ali Bey entró á descansar en una pequeña capilla que existe aun á la puerta de la ciudad y por medio de uno de sus criados envió á participar su llegada al gobernador. Poco tardó en llegar un oficial de palacio enviado por el sultan para recibirle, el cual le condujo con todos sus bagajes á la casa que se le tenia preparada.

Al entrar en ella, se encontró el príncipe abbassida al superintendente del tesoro, quien, despues de los cumplidos acostumbrados, se informó de cuanto necesitaba tanto Ali Bey como su gente y los animales, habiendo recibido órden de proveer absolutamente á todos sus gastos sin escepcion.

El sultan hacia las cosas en grande.

Además de esto, el gobernador de la ciudad le envió á las nueve de la noche una magnífica cena.

A la mañana siguiente pasó á visitar al primer ministro del sultan, que se llamaba Sidi Mohamed Salaoui, quien le manifestó que tenia órden de presentarle al emperador al dia siguiente.

Decididamente el sultan habia cobrado un afecto y una simpatía inesplicables por el que creia ser un príncipe abbassida.

Cuando Ali Bey se hubo retirado á su casa, recibió el presente de una magnífica comida que le envió el ministro.

El dia 4 fueron á buscar á Ali Bey de órden del sultan, conduciéndole á la mezquita de palacio, á donde no tardó en llegar Muley Soliman.

Como era viernes hubo sermon y en seguida la oracion acostumbrada, siendo de notar que este sermon, predicado por un fakih del emperador, consistió como otro que oyera en Tánjer Ali Bey, en alentar el odio de los verdaderos musulmanes contra los cristianos insistiendo el orador con energía en que «era grave pecado mantener comercio con los cristianos, á los cuales no se les debia vender nada ni darles género alguno de víveres y alimentos.»

Ali Bey oyó este sermon con la religiosidad de un verdadero creyente.

Cumplidos los deberes religiosos, se presentó al sultan, que le recibió con grandes muestras de alegría y deferencia, diciéndole que pensaba partir dentro breves dias para Fez, empeñándole á tratar de este asunto con su ministro el Salaoui.

Salido de la mezquita, pasó Ali Bey á verse con este personaje, quien le rogó con instancia pidiese cuanto necesitara para salir al dia siguiente y marchar á Fez, donde seria alojado en casa de Muley Edris que era entonces un santo muy célebre y venerado.

El príncipe abbassida, cumpliendo esta órden, se retiró á su casa para hacer sus preparativos de marcha.

Al dia siguiente, 5 de noviembre, le llevaron por la mañana de órden del Salaoui las mulas que necesitaba y cinco soldados de á caballo que debian agregarse á su escolta, y salió en seguida de Mequinez, llegando á Fez, despues de un viaje feliz y corto.

IV.

Poco llama la atencion la pintura que de Fez hace Ali Bey. Segun dice, las calles son muy oscuras, porque no solamente son estrechas, en términos de ser imposible marchar de frente dos hombres á caballo, sino tambien porque las casas, que son altísimas, tienen en el primer piso un vuelo ó proyeccion que quita mucha luz; inconveniente que se aumenta mas con la especie de galerias ó pasadizos que reunen la parte superior de las casas por ambos lados, á lo cual es necesario añadir las murallas elevadas de distancia en distancia para servir de

apoyo á las casas de ambas aceras y agujereadas en forma de arco. Estos arcos se cierran por la noche, de modo que la ciudad se halla entonces dividida en varios cuarteles, absolutamente incomunicados unos con otros.

Fez contiene multitud de mezquitas, cuyo número hacen subir á mas de doscientas. La principal se llama el Karubin, y en ella se cuentan mas de trescientos pilares, con muchas puertas y dos hermosas fuentes en el patio. La mezquita de Fez cuenta la singularidad de poseer un sitio cerrado ó cubierto, destinado á las mujeres que quieran participar de la oracion pública. «Circunstancia que es única y peculiar de este monumento, dice el ilustre viajero, porque no habiendo nuestro santo profeta señalado á las mujeres lugar en el paraiso, los musulmanes tampoco les hemos designado sitio en las mezquitas, y las eximimos de concurrir á la oracion pública.»

La mezquita mas frecuentada en Fez, y al mismo tiempo nada parecida á las demás, es la dedicada al sultan Muley Edris, fundador de la ciudad y por esta razon venerado como santo. En dicho santuario reposan sus cenizas.

El templo, como todos los monumentos de este género, tiene un patio rodeado de arcos, pero la parte cubierta es un gran salon cuadrado sin arcos ni pilares. Su techumbre es altísima, de madera y adornada de arabescos; forma una pirámide octógona, que solamente estriba en las cuatro paredes del salon.

El sepulcro del sultan Muley Edris está colocado á la derecha del nicho del iman, y cubierto con una tela pintarrejada de varios colores; dicha tela está en estremo sucia á causa de la devocion de los visitantes. En lo interior del sepulcro hay colgadas gran número de lámparas de vidrio y arañas de cristal. A ambos lados del sepulcro se ven dos grandes cajones para recibir las ofrendas pecuniarias.

Es este santuario el asilo mas sagrado de todo el imperio; el mayor criminal, aun el culpable de crímen de lesa magestad ó de alta traicion, está allí seguro, y nadie tiene derecho para arrestarlo.

Las demás mezquitas son pequeñas y miserables, escepto la que se halla en el palacio del sultan, que es grande, mas no por esto, segun Ali Bey, que es quien todas estas noticias nos proporciona, mejor construida ni con carácter alguno de belleza que la distinga de las demás.

El palacio del sultan se compone de muchos patios, unos á medio construir, otros medio arruinados, los cuales sirven de entrada á habitaciones en que no le fué dado penetrar al intrépido viajero. En el primer patio se ven ya guardias y puertas cerradas que solo se abren á los empleados, á los criados de la casa ó á los que gozan de privilegio particular. En el tercer patio se halla una casita de madera, semejante á las de los dependientes de aduanas de Europa, á la cual se sube por cuatro escalones. Por dentro la cubre una tela pintada y sobre el pavimento hay una alfombra. En frente de la puerta hay un lecho con sus cortinas, á un lado una silla, y al otro un pequeño colchon. La estension de este gabinete no escede de quince piés cuadrados; y era, en la época en que Ali Bey visitó Fez, el sitio donde el Sultan, sentado en la silla ó recostado en la cama, recibia las personas que habian obtenido el permiso de serle presentadas, pero que jamás pasaban de la puerta, pues solo los favoritos tenian el privilegio de entrar y sentarse en el colchon. Por lo que á Ali Bey toca, siempre gozó de esta distincion particular.

En el mismo patio existe una capilla ó pequeña mezquita en la que Muley Soliman hacia diariamente sus oraciones, menos los viernes, en cuyo dia se trasladaba á la gran mezquita de palacio, que está abierta al público por medio de una puerta que cae á la calle.

En el segundo patio se hallaban entonces las oficinas del ministerio. Habia, y habrá ahora lo mismo, un portal sucio, bajo y húmedo, situado al pié de una escalerilla: la pieza podria tener unos cinco piés de ancho sobre ocho de largo; las paredes eran en estremo sucias y descostradas, sin verse allí otros muebles ó adornos que una vieja alfombra que cubria el suelo. En un rincon de este miserable recinto, el ministro se mantenia ordinariamente sentado en cuclillas, teniendo á su lado un mal tintero de cuerno, y en un pañuelo de seda algunos papeles, junto con un libro de memorias para apuntaciones. Cuando salia, cerraba su tintero, envolvia en el pañuelo papeles y libros y los ponia bajo el brazo, de modo que al marchar se llevaba consigo todos sus archivos.

El palacio, prosigue diciendo nuestro viajero, está situado sobre una eminencia en un cuartel ó arrabal que se halla fuera de la ciudad de Fez, llamado *nueva Fez*. Los judíos están obligados á vivir en dicho

cuartel donde los cierran por la noche. El jardin de palacio no es mas que un simple huerto con algunos árboles y varios edificios de puro ornato. Llaman á este jardin *Buchelú*. El rio de Fez atraviesa el palacio: al entrar en la ciudad se divide en dos brazos, los cuales suministran la grande abundancia de agua que se ve en las casas y mezquitas; de modo que apenas se hallará casa sin fuente; en los edificios de alguna consideracion hay por lo menos dos y á veces mas. La ciudad contiene gran número de molinos.

Fez posee muchísimos baños públicos, un recinto compuesto todo de almacenes de lienzos, sedas y efectos ultramarinos que forman el sitio llamado Elkaisseria, un hospital ú hospicio para locos y algunos otros establecimientos.

La ciudad está cercada en todo su vasto recinto de murallas que, aunque se mantienen en pié, no por eso dejan de ser muy antiguas y deterioradas. Sobre dos de las eminencias que hay al oriente y al occidente de la ciudad, se ven dos fortalezas muy antiguas que consisten en un simple cuadrado de murallas de sesenta piés de frente.

V.

Tal es la ciudad á la cual llegó Alí Bey, y en la que debia esperar al sultan.

Habíale precedido un oficial con una órden del monarca para el anciano Hadj Edris á fin de que mandase preparar alojamiento para nuestro héroe, asistiéndole y sirviéndole en todo cuanto necesitase. En su consecuencia, se alojó en su casa al llegar á Fez.

Ya hemos dicho que las cenizas de Muley-Edris, fundador de aquel imperio, se veneraban en su santuario de Fez, donde tambien se habian establecido sus descendientes, mirados como la familia mas ilustre del país, con el nombre de *scherifs de Muley Edris*. El jefe de esta familia tomaba el título de el *emkaddem* ó el antiguo. El emkaddem cuando Alí Bey llegó á Fez era el mismo Hadj Edris, á quien fué recomendado por el sultan.

Era un anciano venerable y, como los jefes de su familia antecesores suyos, administraba los fondos que estaban colocados en cofres al lado

del sepulcro del santo, como tambien las limosnas de granos, animales y otros efectos que los habitantes ponian á su disposicion á título de tributo: él mismo hacia la distribucion entre los scherifs de la tribu, la mayor parte de los cuales se mantenian con dichos fondos, aunque los habia muy ricos, ya por los inmensos bienes de que eran poseedores, ya por el comercio que hacian tanto ellos como el emkaddem.

Era tan grande, y lo es aun, la veneracion que tienen los habitantes de Fez á Muley Edris, que en todas las situaciones de la vida, y aun por movimiento indeliberado, en vez de invocar á Dios, invocan á Muley Edris.

Hadj Edris recibió con grande agasajo al enviado del sultan, pero como era tan viejo que apenas podia andar y no se hallaba en estado de manejarse por sí mismo, su hijo mayor, llamado tambien Hadj Edris Rami fué quien se encargó del huésped que les enviaba el emperador, llegando á contraer con él lazos de íntima amistad y viva simpatía.

Al dia siguiente de su llegada á Fez, recibió Ali Bey la visita de los principales scherifs de la tribu de Edris y de otras muchas de la ciudad. En estas visitas las preguntas eran innumerables, las observaciones infinitas, como tambien las noticias é informes pedidos á los criados de Ali Bey por todos los medios imaginables. Hacíanles sufrir verdaderos interrogatorios con relacion á la persona de su amo, pero los molestos preguntones quedaron tan satisfechos de las respuestas de los sirvientes, que antes de pasar el segundo dia ya habian besado cien veces la barba del príncipe abbassida y los mas distinguidos le pedian que les otorgara la gracia de contarlos en el número de sus amigos.

Los Edris, por su parte, sabedores tambien del cariño que le profesaba el sultan, de la sabiduría que le adornaba, de las numerosas prácticas religiosas á que se entregaba, estaban encantados con su huésped, y como creian tenerle largo tiempo en su compañía, nada escaseaban para hacer agradable su permanencia en aquella casa. Empero, Ali Bey insistia cada dia para que le buscaran alojamiento, pues ya nuestros lectores pueden comprender las razones que le impelian á vivir solo, lejos de testigos, y fué preciso al fin complacerle. En su consecuencia, algunos dias despues pasó á habitar la casa que le habian dispuesto y que era hermosísima.

Hallábase en Fez un hermano del sultan, llamado Muley Abdsulem,

que tenia la desgracia de ser ciego, y que era un digno y respetable anciano. Ali Bey, que le conocia de Tánjer, pasó á visitarle, recibiéndole con gran contento el hermano del emperador, llenándole de caricias y encargándole fuese á verle todos los dias, lo cual prometió y cumplió el príncipe.

El despotismo, que desde muy antiguo ha pesado sobre el imperio marroquí, habia reducido á los habitantes á la costumbre de ocultar su dinero y adoptar tanto en sus vestidos como en los muebles de su casa cuanto pudiera contribuir á disimularlo, de manera que nadie se atrevia á dar la mas ligera muestra de lujo, cualesquiera que fueran sus riquezas, escepto los parientes inmediatos del sultan y los miembros de la familia Edris, que gozaban de mayor libertad en este punto y que de consiguiente no temian vestir y alojarse mas decentemente que los demás. Los nuevos amigos de Ali Bey notaban en él un sistema contrario al del país, pues que acostumbrado, segun él decia, al lujo oriental, de ningun modo podia acomodarse á la mezquindad usada en Fez. Con este motivo temblaban por él y comunicábanle sus temores sobre el particular, pero, léjos de corregirse con estas advertencias, en nada alteró sus usos, hasta que sus amigos acabaron por acostumbrarse, y aun hubo quien se adelantó á imitarle.

Su tertulia crecia diariamente. Los bajas, los scherifs y los doctores ó sabios se creian honrados en formar parte de ella.

Nuestro príncipe ejercia decididamente una especie de fascinacion sobre todos los que le rodeaban. Nadie llegó á sospechar que tras de aquel hombre se ocultaba un cristiano: á nadie le pasó siquiera por la imaginacion que aquel personaje iba á perturbar y revolucionar el país. Él por su parte andaba muy cauto y representaba su papel á las mil maravillas. Estudiaba, observaba, se iba creando simpatías y partidarios, y esperaba ocasion propicia para comenzar sus trabajos.

Algunos dias despues de su llegada, lleváronle á la mezquita de Muley Edris y á una hermosa habitacion contigua donde vió un precioso surtido de relojes, previniéndole que el sultan habia ordenado se le preparase aquella habitacion á fin de que pudiese ir allí á leer ó estudiar, debiendo subir tambien los doctores todos los dias para conferenciar con él.

A Ali Bey no le convenia en modo alguno sujetarse á trabas, ni bajo

su carácter de viajero ilustre y de príncipe oriental, le convenia tampoco acceder á ciertas órdenes, aunque solo fuera para demostrar su independencia; así es que, despues de manifestar la estension de su reconocimiento por las bondades del sultan, y aceptar la habitacion mandándola adornar á su gusto, dijo que iria alguna vez á leer, pero que no seria todos los dias. Semejante lenguaje dejó parados á cuantos lo oyeron. Era inusitado en el imperio.

En diez dias solo fué dos veces. Muchos doctores acudieron, deseosos de conocerlo, y á todos encantó con la variedad y estension de sus conocimientos. Su nombre comenzó á hacerse célebre, contribuyendo á darle fama algunas aventuras que dejamos de contar para que esta relacion no se prolongue demasiado, y las señaladas muestras de deferencia que con él tenian el hermano del sultan y los parientes de este.

Seguro ya de tener suyas las simpatías generales, Ali Bey desplegó todo el aparato conveniente á su rango, y no hubo persona distinguida en Fez que no se apresurase á ir á visitarle, de modo que su casa estaba llena de la mañana á la noche.

Algunos dias despues se anunció la próxima llegada del sultan. Acompañado de muchos criados y algunos sugetos distinguidos de la ciudad, salió Ali Bey á recibirle montado hasta una distancia considerable.

Es curioso saber el modo como efectuó su entrada en Fez el emperador. Dejemos que la refiera el mismo Ali Bey, á cuyas memorias, por otra parte, como ya comprenderán nuestros lectores, nos atenemos especialmente en esta relacion:

«Apenas lo divisamos, dice, le hicimos nuestros saludos, á los que correspondió afectuosamente, y confundiéndonos con los señores de la comitiva, le acompañamos á palacio. El sultan entró en él, pero el séquito y la tropa, junto con el pueblo, se retiraron cada cual por su lado. La comitiva del sultan se componia de un peloton de quince á veinte ginetes; cien pasos mas atrás, venia el mismo sultan montado en un mulo, llevando á su lado al oficial que sostenia el quitasol en una cabalgadura semejante. El quitasol es en Marruecos el distintivo del soberano: ninguno sino él, sus hijos y hermanos pueden usarlo. No obstante, á mí me cupo el inestimable honor de usarlo.

«Ocho ó diez criados iban inmediatos al sultan; el ministro Salaoui

seguia detrás con un criado á pié, y cerraban la marcha algunos empleados y mil soldados de caballería blancos y negros, con largos fusiles en la mano, formando una especie de línea de batalla, que su centro tenia diez ó doce hombres de fondo y aun mas, y cuyas estremidades terminaban en punta con un solo ginete, pero sin órden de filas ó distancias. En el centro de la línea habia un frente de trece grandes banderas, cada cual de su color, unas encarnadas, otras verdes, amarillas ó blancas. Esta hilera de estandartes sirve de punto de vista á la tropa para marchar, hacer alto ó variar de frente, pero todos los movimientos se hacen tumultuosamente y en desórden. Junto á las mismas banderas marchan cuatro ó seis tambores roncos con algunas malas gaitas; pero no sonó esta especie de música hasta despues de haber entrado el sultan en su palacio.»

El mismo dia de la llegada del sultan, Muley Abdsulem dijo á Ali Bey que el emperador le admitiria todos los viernes, y que si no le enviaba á llamar diariamente, era porque no queria incomodarle ni privarle de su libertad, añadiendo que le enviaria uno de sus sabios el cual se encargaria de acompañarle á palacio.

La figura de Ali Bey comenzaba ya hacer sombra á algunos cortesanos, y hubieran logrado oscurecerle y perderle en el ánimo del sultan, si su carácter resuelto y decidido no le hubiese hecho salir triunfante en la aventura que vamos á relatar.

VI.

Al dia siguiente de la llegada del sultan, hallándose Ali Bey en su casa con una reunion de unas veinte personas, anunciáronle un mensaje del sultan. Hizo entrar al enviado, que era el primer astrónomo y astrólogo de la córte, el cual se presentó manifestando el mas profundo respeto, y poniéndole en las manos un magnífico *khaïk* de parte del sultan, le dijo, que él, Sidi Ginnan, tenia el honor de haber sido nombrado por S. M. para acompañarle á palacio todos los viernes.

Ali Bey, despues de besar el khaik y ponerlo sobre su cabeza, segun

costumbre, lo dejó sobre un almohadon y recibió los cumplimientos de todos los circunstantes.

Sirvióse el té, y despues de media hora de conversacion, Sidi Ginnan le pidió si podria hablarle una palabra en particular. Ali Bey le condujo á otra sala con un escribano ó secretario que habia traido consigo.

Luego que se sentaron, comenzó á hacerle diferentes preguntas sobre su edad, patria, nombre y lugar donde habia estudiado, pidiéndole despues que le resolviese diferentes problemas astronómicos.

Estaba muy lejos de gustarle á Ali Bey semejante conversacion porque ignoraba su objeto; así es que dió sus repuestas con alguna severidad, lo cual no impidió que el secretario las trasladase. Ali Bey resolvió los problemas y añadió las dos predicciones de dos próximos eclipses de sol y luna, cuyas fechas y horas anotó tambien el escribiente. Despues de esto los despidió, haciéndoles un regalo á cada uno.

Sidi Ginnan volvió el viernes por Ali Bey, y montando este á caballo, pasaron á la mezquita de palacio, donde habiéndole hecho sentar Sidi Ginnan, le dejó solo. Una hora despues apareció el sultan en la tribuna donde rezaba ordinariamente la oracion de los viernes sin ser visto del pueblo. Concluido el rezo, partió sin ni siquiera haberle visto Ali Bey.

No bien habia salido, cuando Sidi Ginnan abrió la puerta de la tribuna, llamó al príncipe abbassida, le hizo entrar, y habiendo cerrado la puerta, le acarició mucho enseñándole el sitio donde acostumbraba el sultan á hacer oracion, asegurándole que todo se lo habia contado, que le habia participado su anuncio de los eclipses, que el sultan le habia respondido que quedaba satisfecho, y que le habia dado órden de acompañarle todos los viernes á la mezquita como lo habia hecho en aquel dia.

Ali Bey conoció al momento la mala fe de aquel hombre, y le respondió con sequedad:

—Muy bien, pero me es indiferente venir aquí á hacer mi oracion, ó hacerla en cualquiera otra mezquita.

Sidi Ginnan, embarazado, procuraba disimular su intriga.

Condujo al príncipe á la calle por una puerta interior de palacio diciéndole misteriosamente:

—Salimos por aquí, porque como todo el mundo sabe que el sultan te ha llamado, advertirán mas pronto las señales de distincion que te concede.

Pero Ali Bey, indignado de la felonía de semejante hombre, replicó con acrimonía:

—Tanto se me da salir por aquí como por otra puerta.

Y montando al instante á caballo, partió con sus criados.

Sidi Ginnan montó igualmente en su mula, y corriendo para alcanzar á Ali Bey, se puso á su lado y le preguntó si gustaba dar un paseo, á lo cual el príncipe le contestó que no con aspereza. Sin decirse mas palabra llegaron á la casa de Ali Bey, despidiéndose Sidi Ginnan á la puerta.

El príncipe abbassida, conociendo la fuerza de su influencia, como tambien los motivos de la conducta de Sidi Ginnan, creyó indispensable dar un golpe que produjese su efecto en el público. Quiso, como vulgarmente se dice, jugar el todo por el todo, y encumbrarse ó perderse para siempre.

Tomó pues la pluma en el acto y pasó un escrito á Muley Abdsulem demostrándole la injusticia de aquella especie de menosprecio de que acababa de ser víctima, pues él nada habia pretendido y el sultan por el contrario no le habia enviado á llamar sino para desairarle.

«Por esta razon, concluia, salgo inmediatamente para Argel.»

Bien presumia Ali Bey al hacer esto. Se habia ya formado un verdadero partido, y todos sus amigos, al saber su resolucion, se alarmaron y trataron por todos medios de calmarle y detenerle. Tuvo entonces lugar de asegurarse que realmente su afecto habia echado hondas raices entre aquellas gentes.

Al dia siguiente, Muley Abdsulem, que le queria entrañablemente, le envió un recado suplicándole que pasase á verle. Acudió Ali á su invitacion, y Muley le dijo que habia estado en palacio y hablado al sultan de su negocio, que este se hallaba en estremo irritado contra Ginnan, que bien veia era hombre de mal corazon, que el sultan al dar la órden de conducir á Ali todos los viernes á palacio no queria decir que le dejaran en la mezquita, sino que le introdujesen en él para verle y hablarle, que esto era lo que debia hacer todos los viernes, y que podria suceder que Ginnan y algunos otros tuviesen que arrepen-

tirse. Acabó diciendo que iba á dar órden para arrestar á aquel miserable.

Al regresar á su casa y al participar su triunfo á sus amigos, celebráronle estos con grandes demostraciones, pero uno de ellos con semblante bañado por la tristeza, le dijo:

—Temo, príncipe, que tu sobrada bondad te haya hecho cometer una falta.

—¿Cuál? preguntó Ali Bey.

—La de haber comunicado al traidor Ginnan los dias y horas en que han de suceder los eclipses de sol y luna.

—¿Por qué?

—Porque no contento con no haber dicho nada de tí y de la obligacion que te tiene en el particular, ha presentado al sultan tu trabajo y se ha hecho pasar por autor de él.

Ali Bey se sonrió diciendo:

—Pobre hombre! Me da lástima.

—¿Por qué?

—Porque ni él ni nadie conoce en Fez los dias y horas de los eclipses sino yo.

—¡Cómo! Pues no se lo has dicho todo y él lo ha escrito?

—No; desde un principio conocí al hombre con quien trataba; por ello en cuanto á la parte astronómica no le dije verdad en cosa alguna y de consiguiente los pronósticos que ha dado son falsos.

Al oir esto, todos se abalanzaron á él, le besaban las manos, le abrazaban y le levantaban en brazos proclamándole hombre superior á todos los hombres.

Dos dias despues, el sultan envió á llamar á Ali Bey, y este le encontró en la casita de madera del tercer patio de su palacio. Al instante que entró, le invitó á sentarse en un almohadon á su lado, y entre otras preguntas que le hizo, fué una de ellas si le gustaba aquel país y si el clima le probaba bien. Luego, llamándole hijo suyo y dándole otros títulos honrosos, añadió repetidas veces que era su padre.

Quiso el príncipe abbassida besarle la mano, pero el sultan le presentó la palma como á sus propios hijos. En seguida, quitándose su propio albornoz, se lo puso por su mano, repitiéndole que podia ir á verle siempre que gustase, no fijándole dia ni hora porque no trataba de causarle la menor incomodidad.

Hacia ya rato que duraba su conversacion, cuando el sultan, viendo que era la hora del rezo, se levantó para pasar á la mezquita, repitiendo á Ali que era su hijo y diciéndole que le acompañase. Todo esto hubo de pasar en presencia de muchas personas, y entre otras en la del mufti ó principal iman del sultan. Este personaje, tomando al príncipe abbassida por la mano, le condujo á la mezquita, que estaba llena de gente, y no le soltó hasta que se hubo sentado.

Ali Bey, entrando en la mezquita con toda aquella comitiva, y sobre todo revestido del albornoz del sultan sobre el suyo, atrajo sobre él las miradas de toda la asamblea. Salió al concluirse la oracion; todos cuantos podian alcanzarle, le besaban el hombro ó la estremidad de su vestido. Dió limosnas á la puerta de la mezquita, segun su costumbre, y la multitud le colmó de bendiciones uniendo su nombre al de Muley Soliman.

En seguida montó á caballo y volvió á su casa enteramente satisfecho, pues la reparacion de su injuria habia sido pública y sobre todo ruidosa. Cumplimentóle todo el mundo. Ya no se trató entonces de partir á Argel y continuó visitando al sultan y haciendo la oracion con él en la tribuna.

VII.

No contaremos todas las aventuras que sucedieron á nuestro héroe. Seria hacer esta relacion interminable. Bastará decir que fué ganando poco á poco el favor del soberano de Marruecos, adquiriendo tal concepto por sus conocimientos astronómicos, por sus curas maravillosas, y, lo que era mas para Muley, por su profunda inteligencia de los textos y de la ciencia arcana del libro de la Ley, que formó empeño en conservarle en sus estados.

Su reputacion de ilustre y de sabio se fué estendiendo por todo el imperio, y como es imposible desarraigar del espíritu de aquellas gentes la idea de que el que sabe hacer una observacion ó cálculo astronómico, ha de ser por fuerza astrólogo, saber la historia de cada uno y decirle la buena ventura, todos los dias encontraba personas que le ro-

gaban les hiciese descubrir las cosas perdidas ó robadas, otras que hallándose enfermas iban á pedirle las restituyese la salud, y otras en fin, que no querian de él mas que un *flus* ó moneda pequeña para conservarla como un don precioso en memoria suya, creyendo que esto habia de darle suerte.

A fin de complacer al sultan se entretuvo en hacer un calendario para los cuatro meses que terminaban el año árabe, y lo compuso indicando la correspondencia de las datas con el año solar, los dias de la semana, del mes y de la luna, la longitud y declinacion del sol en Fez en punto de mediodia, la hora de su salida y puesta en el mismo lugar, la del paso de la luna por el meridiano, la diferencia del tiempo medio al verdadero, las faces y otros puntos lunares, y los fenómenos mas notables de otros planetas. Como era precisamente la época en que habian de suceder los dos eclipses de sol y luna, el almanaque se hizo mucho mas interesante por el pronóstico de dichos fenómenos, cuya descripcion hizo completamente, añadiendo las figuras que debian presentar. Al fin puso otros dibujos que presentaban el uno la grandeza de los planetas con relacion al sol, el otro el sistema solar con todos sus nuevos descubrimientos.

Al presentar este almanaque quedó asombrado el sultan lo mismo que todos los grandes de su córte, y pudieron convencerse de cuan pequeños eran al lado de Ali Bey los que representaban en Fez el papel de sabios no sabiendo nada.

Una vez publicados los dias y circunstancias de los eclipses, en poco tiempo llegaron á noticia de toda la ciudad. El eclipse de luna fué poco notado del pueblo porque el cielo estaba cubierto de nubes y llovió un poco, pero en cambio el eclipse de sol, que tuvo lugar del modo y en la forma previsto por Ali Bey, causó un desórden espantoso. El cielo se hallaba perfectamente limpio, era á medio dia, y de repente se oscureció el sol casi del todo, quedando apenas descubierto medio dedo del disco. Los habitantes corrian por las calles como locos dando gritos; los terrados estaban llenos de gente y todo el mundo acudia á la casa de Ali Bey, como un refugio, hallándose tan atestada, que era imposible dar un paso desde la puerta hasta lo mas alto.

Nuestro héroe llegó á tener tal intimidad con el sultan, que este no podia pasarse sin él y habiendo emprendido un viaje á Marruecos, le invitó á seguirle á dicha ciudad.

En su consecuencia, pues, Ali Bey dejó Fez y marchó en seguimiento del sultan. El dia que salió de la ciudad, era inmensa la muchedumbre que se agolpó á su paso para despedirle y bendecirle. Todos los personajes de Fez le acompañaron hasta una legua de distancia, siguiéndole una gran muchedumbre. Ali Bey se marchó dejando en Fez una memoria eterna y un núcleo de partidarios dispuestos á todo por él.

Durante su viaje, enriqueció su coleccion de historia natural, pero no como él hubiera querido, y como hubiera podido, segun se desprende de estas líneas que se leen en sus memorias:

«Mis amigos de Fez, dice, no ignoran mi gusto por las colecciones de historia natural, y saben cuanto atractivo tienen para el alma sensible á las bellezas de la naturaleza, pero los salvajes que me rodeaban no eran capaces de comprenderlo. Yo me hubiera guardado bien de desplegar delante de ellos lo que condenan en los europeos que viajan por su país; es decir, el amor á las investigaciones, el ardor por las ciencias, y el celo por la dilatacion de su dominio con el descubrimiento de nuevos individuos. Semejante gusto y liberalidad de opinion, son del todo extranjeras á la ociosa gravedad que debe caracterizar á un príncipe de mi santa religion. Este modo de pensar puede causar perjuicios y producir casi siempre fatales consecuencias. Vime, pues, obligado á sacrificar mis inclinaciones á la preocupacion de la gente de mi séquito, y renunciar á las riquezas de un terreno que me brindaba con millones de plantas; solo cogí una docena con aire distraido y de indiferencia, de modo que no pudiese alarmar su crasa ignorancia y estupidez.»

El príncipe abbassida viajaba con una numerosa caravana compuesta de sus gentes y de los soldados que le escoltaban. En el camino salíanle al encuentro muchos árabes de los aduares vecinos, ya para cumplimentarle ó para convidarle á que se quedase, ya para pedirle oraciones. Por todas partes fué recibido con las mayores atenciones, en cumplimiento de las órdenes que se habian recibido del sultan, y en Rabat, donde se detuvo dos ó tres dias, fué tratado como el sultan mismo alojándole en la alcazaba y siendo objeto de las mayores consideraciones.

La llegada de Ali Bey á Marruecos causó la mas viva alegría al sultan lo mismo que á Muley Abdsulem y demás amigos que tenia en la

córte. Apenas la supo el sultan, le envió en prueba de su afecto la provision de leche de su propia mesa, y otro tanto hizo Muley Abdsulem.

El emperador guardaba una sorpresa á nuestro héroe. Hallábase un dia descansando en su alojamiento cuando se presentó uno de los ministros del imperio portador de un *firman*, por el cual el sultan hacia donacion absoluta á Ali Bey de una casa de recreo llamada Semelalia, con bienes raices que consistian en tierras, palmeras, olivares, huertas, etc. y una casa grande en la ciudad, conocida con el nombre de Sidi Benhamed Duqueli.

El castillo y plantaciones de Semelalia habian sido comenzados por el sultan Sidi Mohamed, padre de Muley Soliman, que habia fijado allí su residencia. Hizo plantar las mas bellas, y mejores especies de árboles frutales, y adornó la posesion con deliciosos jardines. Grande abundancia de agua, que llegaba del Atlas por un conducto magnífico, aumentaba el encanto de aquella habitacion, que tenia mas de media légua de terreno, cercado todo de altas murallas: las grandes posesiones y las palmeras se hallaban fuera de la cerca general, y por la parte de dentro, cada jardin de recreo, cada huerto ó plantacion de olivos tenian su cerca particular. Era un sitio régio.

Por lo que toca á la casa de la ciudad, era tambien grande y magnífica. Habíala hecho construir para habitarla Benhamed Duqueli, ministro favorito que gobernó el imperio durante largo tiempo. Parte de ella y el baño eran de una arquitectura regular y bella, pero lo demás, aunque muy capaz, estaba muy lejos de corresponder.

No se limitó á esto la liberalidad y grandeza del sultan. Ali Bey habia llegado con respecto á él hasta el grado mayor de intimidad que se puede tener con un soberano.

Poco tiempo despues del regalo de la posesion de Semelalia y de la casa Duqueli, el sultan le hizo saber que iba á enviarle dos mujeres de su harem.

Ali Bey habia manifestado varias veces que estaba resuelto á no tomar ninguna mujer sino despues de cumplida su peregrinacion á la casa de Dios, y por lo mismo trató de sostener su palabra, aun á pique de desagradar al sultan. Rehusó, pues, el presente, pero las mujeres ya habian salido del harem imperial, á donde era imposible el volver, y el buen Muley Abdsulem se encargó de tenerlas en su casa.

Este temia hablar al emperador de la negativa de Ali Bey y tambien á este. Toda la corte tenia fijos los ojos en ellos, deseando saber el fin de aquel gran negocio; cada uno cuchicheaba á la oreja de su vecino, pero nadie se atrevia á esplicarse abiertamente sobre el particular, y Ali continuaba yendo á la córte como si tal cosa sucediera.

Sin embargo, no pudiendo Muley Abdsulem soportar por mas tiempo situacion tan embarazosa y para él tan crítica, decidió romper el silencio y fué el primero en hablar de ello á Ali. Este se parapetó tras de la rigidez de sus principios é invocó el voto que tenia hecho.

Muley Abdsulem, que se hallaba entre él y el sultan, manifestaba la mayor agitacion. Algunas lágrimas se escaparon de sus ojos cerrados á la luz del dia, y el príncipe abbassida, á quien la situacion peligrosa á que por culpa suya se hallaba reducido aquel respetable príncipe, conmovia mas que ningun peligro de cuantos pudieran á él amenazarle, se levantó y tomándole la mano, le dijo:

—En fin, Muley Abdsulem, me consta cuanto me estimas; puedes conocer el fondo de mi corazon y leer hasta mis secretos pensamientos, indícame, pues, la conducta que he de observar, díme que quieres que haga y lo cumpliré, pero míralo y reflexiónalo antes.

Muley tomó la mano de Ali, la puso sobre su corazon, y despues de algunos momentos de silencio, dijo casi balbuciente:

—Que lleven las mujeres á tu casa.

Ali Bey calló.

Las mujeres regaladas por el sultan eran una blanca llamada Fátima-Mohhana y una negra llamada Tigmu.

El príncipe abbassida recibió á las mujeres, que llevó aquella noche á su casa la directora del harem de Muley Abdsulem, pero se presentaron ante él cubiertas, y dirigiéndose á Fátima, le dijo:

—Te estimo, pero circunstancias particulares me impiden verte y hablarte. Deseo que el velo que te cubre no se aparte jamás para mí. Todo cuanto hallaras en tu habitacion es tuyo, lo mismo que las joyas guardadas en una caja de la que aquí te doy la llave. Confio que protejerás á Tigmu y pídeme lo que te haga falta por conducto de cualquiera de mis sirvientes. Tú y yo, Fátima, no debemos hablarnos mas.

Si quedó asombrada la córte de Marruecos de haber Ali Bey rehu-

sado las mujeres, no lo quedó menos del recibimiento que tuvieron. Era imposible mantener la cosa secreta á causa de los criados y personas de la casa. Así es que en menos de veinte y cuatro horas supo toda la ciudad hasta las circunstancias mas pequeñas del suceso.

Y esto, que Fátima era un prodigio de hermosura. Un negro la vió un dia al salir del baño y contó que era un portento de gracia y de belleza. No se daban razon de que así despreciase Ali Bey el tesoro que en su casa propia tenia.

Nuestro héroe continuó visitando al sultan y á Muley Abdsulem como si nada hubiera sucedido, porque entre los musulmanes es regla de cortesía no hablar jamás de las mujeres.

Deseando el sultan partir para Mequinez, y deseando hacer agradable á su huésped la morada en el imperio, resolvió que pasase á Suera ó Mogador á una partida de placer, ordenando en consecuencia que los tres bajaes de las provincias de Hhahha, Scherma y Sus se reuniesen en Mogador con sus tropas para mejor honrarle.

Vamos á dar breve cuenta de esta espedicion.

VIII.

Conforme á las intenciones del sultan, Ali Bey salió de Marruecos, componiéndose su campo de cinco tiendas: la suya, otra para sus fakihs, otra para la cocina, otra para los criados y la última para su guardia, que la formaban un cabo y cuatro soldados negros de la guardia de caballería del sultan.

Llegado á la ciudad de Suera, que en los mapas se conoce con el nombre de Mogador, encontró ya allí á los tres bajaes de Hhahha, de Scherma y de Sus, que ya le estaban esperando con sus tropas. Diéronle con estas el espectáculo de corridas de caballos y escaramuzas, en las cuales figuraban sus combates, jugando las armas, gastando mucha pólvora y metiendo mucho ruido.

Un dia llevaron á Ali Bey á un castillo del sultan situado en las montañas en medio del bosque, donde se le sirvió una gran comida.

Volvió de la espedicion rodeado de soldados de caballería y otra

gente que se entregaba por el camino á carreras y escaramuzas para demostrar su regocijo.

Concluidas las diversiones con que se obsequió al príncipe albassida, de las que tambien participó el pueblo de Mogador, regresó á Marruecos con una escolta de quince caballos, mandada por un oficial. Entonces fué cuando Ali Bey comenzó á servirse del quitasol privilegiado reservado al sultan, á sus hijos y hermanos, y prohibido á todos los demás.

Nuestro héroe se volvió por el mismo camino por donde habia ido al Mogador, y como siempre le precedia su nombre y reputacion, todos los habitantes de los aduares inmediatos al camino salian en ceremonia á recibirle. Los primeros eran los soldados de caballería colocados en hilera, que le pagaban el saludo con una reverencia y al grito simultáneo de *Allah iebark ómor Sidina* (Dios bendiga la vida de nuestro Señor). Venian luego los viejos y los muchachos y le saludaban presentándole un jarro de leche.

Todos le instaban para que se quedase en su país. Las mujeres, detrás de las tiendas ó las rocas, hacian resonar los ecos con sus gritos agudos de aplauso. Como á cada instante se repetian dichos saludos, porque los habitantes acudian de largas distancias, no hay necesidad de decir que le era imposible á Ali Bey acceder á todas las invitaciones. Pedíanle entonces una oracion, levantaban todos las manos, él la rezaba, y ellos manifestaban su reconocimiento corriendo los caballos y disparando sus escopetas.

Al llegar al paraje donde debia pasar la noche, despues de las mismas ceremonias y estando ya acampado, todos los notables de la tribu ó aduar acudian segunda vez, precedidos del scheik y de los principales, que de dos en dos llevaban un grueso carnero por los cuernos y se lo presentaban, mientras otros le hacian presentes de alcuzcuz, cebada, gallinas, frutas etc., entregándolo á su mayordomo.

Así fué, obsequiado y festejado por todos, como Ali Bey volvió á Marruecos.

IX.

Ha llegado ya el caso de decir algo de la mision particular que condujo al interior del África á nuestro intrépido paisano.

Badía, que con el nombre de Ali Bey nos ha dejado unas memorias muy curiosas acerca de sus viajes científicos, no dice una palabra del asunto político. Debemos, pues, atenernos á lo que cuenta el príncipe de la Paz y á lo que dicen Mr. Bausset y el señor Mesonero Romanos que de ello han hablado.

Ya hemos visto como nuestro Badía ó Ali Bey supo conquistarse las simpatías del sultan. Llegó á ser tal el ascendiente que tomó sobre este, que no solo le trataba como amigo y hermano, no solo le consultaba en todas ocasiones y en los negocios mas arduos, no solo, como ya sabemos, le colmaba de regalos verdaderamente régios llegando hasta á enviarle mujeres de su harem imperial, sino que descansaba absolutamente en él todo el peso de la corona.

Al propio tiempo, el pueblo y los magnates del imperio—que odiaban en general al despótico y estúpido Muley Soliman,—favorecian con sus simpatías y con su obediencia casi idolátrica al príncipe Ali Bey, hasta el estremo de llegar á formarse un partido poderoso para exaltarle al trono y deshacerse del aborrecido Muley.

Por poco que Badía hubiese querido, sus partidarios le hubieran hecho emperador de Marruecos.

Por otro lado, alzábase en el interior del imperio otra formidable faccion, siempre en contra del sultan reinante, y á favor de Heschan, hijo de Achmet, y uno de los príncipes de sangre imperial; nuestro intrépido Ali Bey se hallaba en la situacion mas crítica y comprometida en presencia de ambas banderías, y representando además la suya propia, y todo ello teniendo que contar reservadamente con el gobierno español.

Su perspicacia y talento superiores le sacaron siempre de apuros.

Ante todas cosas, y segun el primer propósito de su viaje convenido entre él y Godoy, esploró la voluntad del sultan reinante sobre la rea-

lizacion de la alianza con España y la estension de sus relaciones mercantiles; pero ni todo el favor ni el gran ascendiente que Badía se habia ganado sobre el crédulo y devoto emperador, alcanzaron á persuadirle que buscase nuestra amistad. El austero fanatismo de Muley le hacia mirar como grave pecado toda especie de liga con infieles. Su ojeriza era todavía mas fuerte por lo tocante á los españoles, pues los antiguos odios nacionales se juntaban al sentimiento religioso.

La intencion decidida de Muley, luego que hubiese logrado sosegar ó rechazar á los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, era hacer la guerra á España, soltar, como él decia, sus perros contra ella en los dos mares y dejar libertad á sus vasallos para atacar nuestros presidios.

¡Singular y peregrina situacion la de Badía!

—Lejos de buscar amigos y socorros en España,—le decia el emperador—nada llenaria mi alma de contento como ver cumplida en nuestros dias la divina promesa que á este imperio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fuese el elegido para tan santa obra y mas que para esto fuese necesario cederle mi corona. Discurre mas bien medios de apresurar los tiempos buscando amigos y aliados en nuestras viejas razas; ponte tú á su cabeza, haz revivir la gloria de nuestros mayores, tú que al pasar por aquellas tierras, has debido sentir hervir tu sangre é inflamarse tu corazon al ver los monumentos y vestijios que allí quedan de su esplendor antiguo. Los que, tan mal aconsejados de nuestra propia estirpe, quieren dividir mis reinos, encontrarian mejor empleo en hacer la guerra á los cristianos. Tu voz podria atraerlos y acabar esta guerra impía que me hacen, mejor por tus consejos que por conciertos y alianzas con príncipes infieles. Llama al África y al Asia para la grande empresa cuyo fundamento es este imperio, y que los hermosos reinos de Granada, Sevilla y Córdoba vuelvan á ser nuestros!

Tal concepto tenia Muley de los talentos de su huésped y á tal punto poseia este su perfecta confianza.

Dueño así de estender sus relaciones y de entenderse y concertarse con quien le conviniera, se avistó con Heschan el pretendiente, y sin manifestar quien era, siempre sosteniendo su papel de príncipe abbassida y diciéndole que habia viajado por España para cumplir un voto,

le propuso su intervencion con el gobierno castellano para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto á condiciones, dejando á Heschan que se esplicase él mismo, llegó este á prometerle por ceñirse la corona de Marruecos, la cesion de Fez entera. España debia, pues, adquirir por medio de este tratado, Tetuan, Tánjer, Larache, los dos Salé, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el mas civilizado del imperio.

Segun las observaciones de Badía, las fuerzas de Muley, si habia de hacer frente á los españoles, consistian solo en diez mil hombres, los mas de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no habia temor de que se alzasen por un hombre que estaba aborrecido, mucho mas no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y á favor de otro scherif que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, lejos de acudirle, hubiera peleado en contra suya. Nuestro dominio mismo, segun Badía manifestó á Godoy, en vez de disgustar á aquellos moros industriosos, les debia ser grato y preferible, respetada su religion, introducidas nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tenia nadie, y toda entera libertad á su comercio. Aun parece que habia algunos de aquellos pueblos que referian por tradicion haber sido mas felices cuando se hallaron gobernados por portugueses ó españoles.

El príncipe de la Paz, al recibir las noticias y observaciones de Badía, pesó todas las circunstancias de la empresa, y, segun parece, quiso asegurarse de la certeza de aquellas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puso en el secreto de aquella tentativa á un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul del Mogador don Antonio Rodriguez Sanchez. Ofrecióle á este tanta parte en la fortuna y en la gloria que podrian traer aquellos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastrado.

Rodriguez afirmó á Godoy que las operaciones de Badía eran ciertas y seguras, que todo estaba calculado con buen pulso, y que vistas las circunstancias del país, el carácter de las personas que mediaban, y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecia indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podia juzgar con menos riesgo de engañarse. Añadia además de esto que no seria impo-

sible que el imperio de Marruecos quedase todo por España, si se diese anchura á Badía para aprovechar cualquier evento favorable á este designio, por mas raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existia un partido que querria darle la corona, medio cierto por el cual, dueño que llegase á ser de aquel imperio, lo podia añadir á la corona de Castilla haciéndole ocupar por las tropas españolas, y estableciéndose despues un virey moro á la manera de los príncipes mediatos del imperio anglo-indio.

Todavía, despues de esto, para mas asegurarse, hizo Godoy partir á los mismos lugares para que se informase por sí propio, al coronel D. Francisco Amorós, oficial que era entonces de la secretaría de estado y del despacho de la guerra, su agente único desde un principio en el asunto de Marruecos y á quien tenia encargada la correspondencia con Badía y Rodriguez. Vuelto Amorós no tan solo confirmó al príncipe de la Paz la verdad de los hechos, y la exactitud de los informes recibidos, sino que además le demostró la urgencia de poner mano á aquella obra, sin dejar que se entibiasen ó que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los ausilios.

Entonces fué cuando el príncipe de la Paz escribió al marqués de la Solana la siguiente carta, que se ha conservado, gracias al citado Mr. Bausset:

«Aranjuez 17 de junio de 1804.

«En mi última carta dije á V. E. que bien pronto le daria á conocer todo lo que convenia preparar para el feliz éxito de la empresa de Africa y para asegurar el resultado con la precision y exactitud mas rigurosas.

»Las noticias que recibo de *nuestro viajero* (Badía) exigen que prontamente nos pongamos en disposicion de enviarle secretamente todos los socorros que juzga él necesarios para llenar felizmente la mision de que está encargado. Es preciso que al primer aviso que dé, se halle todo dispuesto para ser desembarcado en la costa de Africa y en el punto que él mismo designe.

»Antes que esa expedicion parta para su destino, creo útil y conveniente dar á V. E. una idea exacta de las circunstancias en las cuales

vamos á entrar y generalmente de todos los esfuerzos que son precisos hacer para triunfar.

»Muley Soliman, actual emperador de Marruecos, es un hombre tan estúpido y tan supersticioso, que es preciso asombrarse de que se halle aun en el trono en vista de lo que le aborrecen sus súbditos, los cuales esperan con impaciencia el momento de verse libres de él. Tan cobarde como cruel, manchado con todos los vicios, no tiene ninguna de esas nobles cualidades que se notan en nuestro *jóven viajero*. Muley Soliman se parece al indolente monarca de Méjico, mientras que nuestro *jóven español* tiene toda la energía y el valor de Cortés. Aprecia él mismo tan bien su posicion y la de Soliman, que me envia á decir que *tiene entre sus manos á otro Motezuma*.

»Los hijos se parecen al padre, y ninguno de ellos tiene las cualidades necesarias para reinar á satisfaccion de los habitantes de Marruecos. El mayor está proscrito y desterrado; el segundo es un cobarde despreciado y detestado por toda la nacion, aun cuando sea el objeto de las preferencias de su padre; los otros son aborrecidos ó están desterrados. El único competidor de un poco de importancia y que ha anunciado pretensiones á la corona, es el pacha del Mogador, Muley Abdelmelek. Algunas circunstancias felices para él parecerian favorecer su ambicion y ser contradictorias á mis proyectos. De desear hubiera sido que el gobierno del Mogador, que cuenta grandes establecimientos marítimos, se hubiese encontrado entre las manos de un hombre menos recomendable y de pretensiones menos elevadas: sin embargo, nuestro *nuevo Cortés* no parece temerle.

»Ahora que V. E. conoce la situacion de toda esa familia, debe ver que todo concurre á favorecer nuestro plan, y le parecerá, como á mí, natural y en el órden de las cosas que el ingenio, la habilidad, la inteligencia y el carácter de *nuestro viajero* le hayan adquirido tal ascendiente sobre esas almas vulgares, y una tal preponderancia, que no fuera estraño llegase á obrar una gran revolucion, hasta sin el socorro de un aparato de fuerza militar, sin choque y sin estrépito. De todos modos, él estará pronto á rechazar la fuerza con la fuerza si las circunstancias lo exigen.

»En cuanto á los ministros y á los primeros personajes del estado, es inútil hablar de ellos. Es una clase llena de ambicion, de ignorancia, de avaricia, de bajeza y de cobardía.

»El vice-cónsul del rey en Mogador D. Antonio Rodriguez Sanchez ha recibido la órden de favorecer con todo su poder las *excursiones científicas* de nuestro jóven sabio, y se le ha dado á entender que seria posible que esas excursiones cambiasen de objeto; se le ha prometido recompensarle hidalgamente si contribuye á hacer salir airoso en sus proyectos al viajero. Este vice-cónsul es jóven, activo, disimulado y discreto, de una figura agradable, y no está casado. Los moros y los indígenas le aman mucho, y no podíamos encontrar un hombre de un carácter mas apropiado y mas conveniente para la ejecucion de las órdenes de que debe encargársele.

»El cónsul de S. M., D. N. Salmon, ha dirigido muy bien la introduccion del viajero así como su correspondencia, ha sabido allanar igualmente todos los embarazos de ese primer momento, y ha dado prueba de inteligencia y cordura. Podria sin embargo no ser el mismo si llegaba á saber que las operaciones científicas podian convertirse en militares. Hay muchas mujeres en su casa, está dominado por ellas, su comercio habitual ha debilitado singularmente su carácter, y seria poco á propósito para secundarnos. Este cónsul por lo demás tiene grandes relaciones con todos los negociantes del imperio de Marruecos, y si llegaba á tener el mas leve temor de ver su fortuna comprometida, no hay ninguna duda que empezaria por esconder sus capitales y salvar lo que pudiese, cosa que necesariamente daria la alarma á los moros y á los otros cónsules estranjeros. Bastaria esto solo para echar por tierra todo nuestro plan: la máxima mas verdadera en política es la de que no es preciso conceder á cualquiera mas confianza de la que pueda merecer. Por esto se ha guardado reserva con ese cónsul. Proseguiremos obrando así con él hasta el momento en que circunstancias imprevistas exigieran que fuese puesto en el secreto por tenerse necesidad de sus servicios.

»De todas maneras, será prudente asegurar la retirada y no abandonar á los españoles que pudieran encontrarse en Marruecos ó en Tánjer, en el caso de que V. E. recibiese aviso antes que yo de un peligro inminente. A este fin será preciso que V. E. prepare secretamente las embarcaciones necesarias y tenga dispuestas en la bahía de Tánjer buques de Algeciras, de San Lucar y de Cádiz, como asimismo algunos de esos faluchos que se emplean para el comercio de Tánjer y de Gibraltar.

»Despues de haber dado á conocer el caracter de las personas que deben aparecer en esa gran escena, es preciso que dé á V. E. una idea de algunos otros puntos que son bastante importantes.

»V. E. participará de la opinion del *viajero* respecto á que la guarnicion de Ceuta debe ser progresivamente aumentada, de manera que reuna una fuerza disponible de nueve á diez mil hombres los cuales podrian acampar bajo los muros de la ciudad, cuando fuese llegado el momento de obrar, con el pretesto de ejercitarles y hacerles maniobrar en sus líneas solamente. Esta demostracion bastaria por sí sola para atraer sobre aquel punto la atencion de los moros. Estas tropas no deberian obrar hostilmente sino cuando su jefe hubiese recibido el aviso de Ali Bey. No le faltarán á V. E. buenas razones para disfrazar y esplicar ese grande aumento de tropas en Ceuta. Puede entre otras cosas decirse que han sido enviadas allí para contener el gran número de presidarios que abundan en aquella poblacion.

»Tambien podria decir V. E., para impedir las observaciones de las potencias estrangeras, de los habitantes de Marruecos, y hasta de los españoles, que las turbaciones interiores que existen en el imperio vecino habian hecho concebir temores á V. E. por la fortaleza de Ceuta, una de las mas importantes de su mando, y que se ha reforzado su guarnicion para preservarla de todo golpe de mano y ponerla en estado de sostener un sitio.

»Vamos ahora á las demandas de Ali Bey.

»1.ª Veinte y cuatro artilleros y dos oficiales.

»2.ª Tres ingenieros y dos zapadores.

»3.ª Algunos físicos con sus instrumentos y una farmacia de campaña.

»4.ª Algunas piezas de campaña de diferentes calibres con todo lo necesario.

»5.ª Dos mil fusiles y municiones.

»6.ª Cuatro mil bayonetas.

»7.ª Mil pares de pistolas.

»Los cuatro últimos artículos son los que mas precisan. Es preciso prepararlos lo mas pronto y secretamente que sea posible. A este fin, tomará V. E. de los arsenales de Cadiz ó de los almacenes de la marina el número pedido de fusiles, bayonetas ó pistolas, sea de nuestras fábri-

cas, sea de las estrangeras. Será preciso escojer lo mejor que haya para que la humedad no los altere en el caso en que sea preciso enterrarlos en alguna playa luego de su desembarco.

»En cuanto á los proyectiles y á los cañones, cuyo número no está determinado lo mismo que su calibre, lo dejo enteramente al cuidado de V. E. ya sea por lo tocante á su transporte, ya por lo tocante á las precauciones que deben tomarse para disimularlos y hacerles tomar la apariencia de armamentos de comercio. Las órdenes que envio al comandante de la isla de Leon, de las cuales mando copia adjunta, facilitarán á V. E. los medios y le pondrán en estado de efectuar con reserva, y en el momento favorable, el transporte de todo este material.

»Por lo que toca á los oficiales, ingenieros, zapadores y artilleros que se piden, no creo que sean necesarios muchos. Oficiales de esta clase no cambian facilmente de sitio sin inspirar sospechas, siendo en gran número. La naturaleza de sus servicios exije por lo demás que sean iniciados algun tanto en el secreto de los trabajos que se les impone, y un secreto es tanto menos guardado cuanto mas se reparte. Ya tendremos tiempo de pensar en esto lo propio que en los físicos.

«Fijémonos solo en la actualidad en establecer una correspondencia segura y seguida con Mogador y en asegurar, para un caso desgraciado, la retirada del vice-consul y de los demás españoles. Para esto nos basta un solo buque, y no se podria enviar una flota porque se oponen á ello infinidad de razones. Ha hecho V. E. muy bien en haber entregado sus últimos despachos á un piloto de confianza encargándole que no los dejara mas que en manos de la persona á quien van dirigidos. La marina real tiene en el departamento de V. E. dos pequeños buques que podrian ser utilizados para la correspondencia, pero como su armamento es militar, lo propio que el de los otros buques de la armada, es preciso valerse de ellos con prudencia y no emplearlos mas que en el último estremo y en el caso en que los buques encargados de los despachos tardasen demasiado en venir ó bien en el caso en que hubiesen de llevar objetos solicitados con toda premura por *el viagero*. Será preciso darle parte de todas estas disposiciones para su gobierno particular.

»Renuevo á V. E. las seguridades que ya le tengo dadas de toda mi confianza para con su persona y de la satisfaccion que esperimento

viéndole en tan buenas disposiciones para el éxito de nuestra empresa.

»Envio á V. E. copia de un aviso que *el viajero* me ha hecho pasar hace algun tiempo, á fin de que V. E. pueda valerse en el caso de ser necesario.

»*El príncipe de la Paz.*»

Este interesante documento, que hemos traducido de las memorias de Mr. Bausset, nos pone en el caso de poder apreciar la situacion en que se hallaba *nuestro viajero*, como le llama el príncipe de la Paz, y del estado en que se encontraban los trabajos. Lástima que no poseamos mas noticias que las que nos puede proporcionar este documento y algunas otras pocas comunicaciones de escasa importancia que mediaron entre el mismo príncipe de la Paz y el marqués de la Solana. La correspondencia de Badía con el príncipe de la Paz se perdió desgraciadamente, y aun los documentos citados se han conservado porque Mr. Bausset, que pudo recojer copia, los tradujo al francés insertándolos en sus memorias.

Todo estaba pues dispuesto. Ali Bey, que se habia entendido con los jefes de los bandos, y que cada dia gozaba de mas favor y crédito en la corte de Marruecos, se hallaba pronto á obrar.

En aquel entonces un acontecimiento inesperado vino de pronto á echar por tierra tan temerario y gigantesco designio.

Dejemos que lo cuente quien solo podia contarlo, el mismo príncipe de la Paz.

He aquí una página de sus memorias referentes á este asunto:

»Ninguna de estas cosas, dice hablando de los preparativos, se habia hecho ni se hacia sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por estenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero á Carlos IV, pero S. M. me dijo que podia enviarlas, y que despues, cuando se hallase mas despacio, tendria contento en verlas, juntamente con un resumen bien circunstanciado que tenia pedido de la correspondencia de Badía. El resumen estaba ya estendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badía se encontraba el anuncio de la donacion de Semelalia y demás gracias y favores que el emperador marroquí le habia hecho, junto con el diseño de aquella posesion y un traslado del firman que la pasaba á su dominio.

»Y he aquí cuando llegué á esta parte del resumen y desdoblé el diseño, noté en S. M. una señal como de horror tras la cual, despues de haber leido por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras:

— »No, en mis dias no será esto. Yo he aprobado la guerra porque es justa y provechosa á mis vasallos. He aprobado tambien que antes de hacerse vaya un esplorador, porque esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para emprenderla con acierto, pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdicion del que la da benignamente. Con Dios y con el mundo seria yo responsable de tal hecho, siendo un agente mio quien habria obrado de esta suerte. La culpa es de Badía que debió quedarse libre y no aceptar estos favores... A Badía que se vaya y que prosiga sus viajes; otro hombre de mas juicio y de mas peso se podrá encargar de semejante negocio.

»Tal era Carlos IV en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez ó dolo.

— »Pero, señor, le dije al rey; tiene qne costar mas deshacer lo que está hecho, que llevarlo adelante. Hay además personas, y algunas de estas españolas, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atrás de lo que está ya andado.

— »Si los comprometidos, dijo el rey, son vasallos mios, escribirles que se vengan al instante. Si son moros, no es cuenta mia, pero se podrá avisarles.

— »Quién de ellos, insté aun, volveria á fiarse de nosotros, ni querria concertarse con otro que Badía ? Nadie podria tener sus relaciones; de él se fian porque lo creen un moro y un gran príncipe. El tiene en su favor los mismos gefes de la guardia, muchos gobernadores y bajaes... nadie podria suplirle.

— »Y bien, repuso el rey, dejemos esos medios y empréndase la guerra por sus caminos naturales si Muley no se aviene con nosotros.

»En vano fué representar á Carlos IV las ventajas incalculables que podrian traernos aquellas posesiones, arbitrios y los recursos permanentes que adquiririan en la region del Africa nuestras industrias y comercios, las aclimataciones ricas que allí podrian hacerse en abundancia de los mas preciosos frutos de los trópicos, el suplemento que esto haria á las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya

fuese que las guerras interrumpiesen los negocios en aquellos países lejanos, ó ya que estos se alzasen algun dia y adquiriesen su independencia como la América del norte; el dominio que nos darian aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho, frente por frente de los nuestros y á tan corta distancia; la importancia que tomaria nuestra amistad con las demás naciones comerciantes teniendo aquel dominio, el respeto que por tal modo podria imponerse á la Inglaterra, el aliento y espíritu de gloria que cobraria la España, conquistadas aquellas tierras codiciosas contra sus enemigos naturales que lo fueron tantos siglos, el aumento de fuerzas que se podria añadir á nuestro ejército con escuadrones berberiscos, la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestros equilibrios con la Francia por cuantos medios fuesen dables tantas y tantas cosas como estas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa.

»—Todo es verdad, respondió el rey, todo cuanto tú quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente; mas mi conciencia no se aviene ni podria avenirse con los medios. *Non sunt facienda mala ut indeveniant bona.*

»—Gran principio, verdaderísimo, me atreví yo á decir por último argumento, si lo observasen todos; pero en política dañoso, si es uno solo el que lo observa.

»—Obrando rectamente, Dios estará conmigo, dijo el rey.

»—Pero el correo ha partido con la instruccion, dije yo todavía. V. M. lo habia mandado.

»—Yo lo desmando ahora, dijo el rey; despáchese un alcance.

»Aquella noche entera fué pasada en vela para deshacer cuanto habia hecho y deshacerlo para siempre.»

No debe haber desagradado á nuestros lectores que hayamos trasladado la narracion del príncipe de la Paz. Es el único documento oficial que nos queda para saber el verdadero móvil que dió lugar á que se destruyera el edificio con tanta habilidad como peligro levantado por nuestro paisano Badía.

Grande fué el compromiso de este que se hallaba ya á mitad del camino peligroso donde se habia adelantado algo imprudentemente quizá, pero su admirable sagacidad, su presencia de espíritu, y los grandes recursos de su ingenio hallaron medios de sacarle de aquel

apuro. Contentó á los conjurados con esperanzas y promesas y les fué manteniendo con buenas razones hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese y abandonar la corte marroquí bajo el pretesto de su peregrinacion á la Meca, conforme los preceptos del Alcoran.

Le seguiremos tambien en este viaje tan inmenso como interesante al través de las regencias berberiscas, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia y la Turquía, y veremos como Badía supo desplegar en mil ocasiones, las mas interesantes y peligrosas, la serenidad de su ánimo, su valor indomable, y la prodigiosa multitud y profundidad de sus conocimientos.

La historia de Badía parece una novela, y sin embargo nada mas cierto.

»Recibido con entusiasmo y veneracion por los pueblos mas civilizados del Asia y Africa, por las tribus errantes de los desiertos, por los bajas soberanos de Trípoli, de Acre, del Cairo y de la Meca; consultado por los doctores de las diversas sectas del islamismo; reverenciado como un ser casi sobrenatural á causa de su carácter enérgico y sublime, de sus predicciones astronómicas, de sus curas asombrosas, y del magnífico tren oriental de su comitiva, abriéronse á su insaciable investigacion los lugares mas sagrados, aquellos en que ningun cristiano ha podido penetrar jamás; pudo presenciar y tomar parte principal en todas las ceremonias mas recónditas del islamismo, y descorrer, en fin, el velo espeso que hasta entonces habia tenido encubierta la fisonomía y costumbres de la moderna sociedad musulmana (1).»

Esto con respecto á Badía, á quien, segun hemos dicho, vamos á seguir en su interesantísimo viaje, que perdió ya todo su carácter político.

Por lo que toca á Muley Soliman, nos adelantarémos á decir que al fin, años despues, dividido en bandos su imperio, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderraman, sobrino suyo, sin que ninguno de sus hijos pudiera haberla.

En cuanto á Sidi Hescham fundó un estado independiente con las conquistas que habia hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas.

La ocasion malograda era segura
Ni Badía ni Godoy se habian engañado.

(1) Mesonero Romanos.

X.

Destruido el objeto político, sabedor de que no podia contar con el gobierno español, abandonado en mitad del camino por quien á emprenderle le habia comprometido, Badía ó Ali Bey, se vió, segun ya hemos dicho, en una amarga y apuradísima situacion.

No tuvo mas recurso que contentar con esperanzas á unos, con promesas á otros, y gracias á su prudencia y habilidad pudo conseguir que ninguno le vendiera.

Entonces, como que lo que mas importaba para él, era salir de Marruecos, anunció que iba á partir para su anunciada peregrinacion á la Meca, viaje que hizo pasar quizá como un pretesto á los ojos de sus partidarios para que guardaran el secreto de la conspiracion.

Al anunciar su marcha, tuvo sobre el particular algunas disensiones con el sultan y Muley Abdsulem, quienes se empeñaban en disuadirle de tan penoso viaje. Bien léjos estaban ellos de sospechar el motivo de tan repentina marcha.

Muley Abdsulem le decia para disuadirle que tampoco el sultan habia hecho aquella peregrinacion, que la religion no exigia se realizase personalmente, que podria pagar el viaje á un peregrino, y de este modo tendria igual mérito á los ojos de la divinidad. El sultan, particularmente, que deseaba de todas veras retenerle consigo, se presentó un dia en su casa acompañado de su hermano Muley Abdsulem, de su primo Muley Abdecmeleck y de toda su córte, favor insigne que jamás habia concedido á nadie. Entró á las nueve de la mañana y no se retiró hasta las cinco de la tarde, segun cuenta el mismo Ali Bey, el cual le hizo servir una comida á su llegada y otra cuando salió.

El sultan que queria darle pruebas de su afecto é ilimitada confianza, comió en ambos banquetes, tomó café, té y limonada diferentes veces, escribió y rubricó las órdenes del dia sobre el propio escritorio de Badía, tratóle como á un hermano querido, y finalmente al salir, seis de sus criados le presentaron en su nombre dos soberbios tapices.

Apenas acompañaron el sultan á su palacio, casi todos los oficiales volvieron otra vez á casa de Ali Bey para cumplimentarle y renovar sus instancias al objeto de detenerle, haciéndole las mas lisonjeras insinuaciones sobre su suerte futura, si consentia en quedarse. Ali Bey empero permaneció inflexible y fijó la época de su partida para pocos dias despues.

Llegó el momento de dar el último adios al sultan. Renovó este sus instancias, repitiéndole mil veces que reflexionase las fatigas y peligros que le aguardaban en tan largo y penoso viaje, pero nada pudo conseguir. Al separarse, le abrazó con las lágrimas en los ojos, regalándole una tienda magnífica de tela encarnada con franjas de seda. Antes de enviársela, hízola armar en su presencia, y entonces entraron doce fakibs y rezaron algunas oraciones que debian atraerle las gracias del cielo y dicha constante en el viaje. El sultan añadió á aquel presente varios odres para poner agua, objeto esencial para aquel camino.

Luego que Ali Bey llegó á su casa, envió á decir á Fátima-Mohhana que se cubriese, porque deseaba hablarla.

Estando preparada para recibirle, pasó Ali Bey á su habitacion acompañado de toda su gente, y le dijo:

—Mohhana, hallándome á punto de marchar para levante, no te abandonaré si quieres seguirme, pero si gustas quedarte, eres libre de hacerlo.

La hermosa Mohhana, á través del tupido velo que la ocultaba, fijó sus ojos en Ali Bey y con una voz dulce como el tañido de una arpa, le contestó:

—Quiero seguir á mi señor.

Volvió él á insistir.

—Repara bien en lo que dices pues no es cosa para hecha dos veces.

La hermosa tapada bajó la cabeza como para manifestar que estaba decidida.

—¿Insistes en seguirme? preguntola Ali Bey.

Mohhana con un acento que manifestaba una firme resolucion,

—Sí, señor, le contestó, te seguirá por todo el mundo hasta la muerte, do quiera que vayas, tu compañera inseparable siempre.

Habia algo de afectuoso al par que enérgico en la voz de Mohhana,

Parecia hablar con el corazon. Ali Bey no pudo menos de conmoverse al ver el afecto de aquella mujer, que era suya, y á quien ni siquiera conocia aun, y volviéndose á los que le rodeaban, le dijo:

—Ya oís las palabras que Fatima Mohhana acaba de proferir, y sois testigos de su resolucion.

En seguida, dirigiéndose á la para él hermosa desconocida.

—Eres, le dijo, mujer apreciable, me tienes afecto y te protejeré: disponte para marchar. Adios.

Mohhana, á quien parece que aquella órden llenó de júbilo, se abalanzó entonces á Ali Bey, y antes que este hubiese podido impedirlo le tomó la mano y levantándose algo el velo aplicó en ella un beso. Al contacto de los lábios de Mohhana, sintió Ali Bey como si le aplicaran en su mano un boton de fuego.

Luego que hubo salido de su habitacion, dió órden de construir para Mohhana una especie de litera, llamada en el país *darbucco*, perfectamente cerrada por todos lados, la cual se colocaba sobre una mula ó camello y era la que usaban las mujeres de distincion. Respecto á Tigmu no hubo tanta ceremonia, pues podia caminar envuelta en su khaik ó albornuz. Destinó tambien para entrambas una gran tienda, donde nadie podia verlas ni incomodarlas.

Dispuesto ya todo, nuestro viajero salió de la ciudad de Marruecos dirigiéndose á Fez por el mismo camino que habia emprendido á la ida.

En Fez se detuvo bastante tiempo, tres meses ó mas, y aunque él no esplica el objeto de su detencion, bien pudiera ser que fuera para acallar las sospechas que pudieran tener sus cómplices en el plan trámado y darles garantías.

Pocos dias antes de que partiera, llegó á Fez Muley Abdsulem llevándole una carta de recomendacion del sultan para el dei de Tunez y otra para el bajá de Tarables ó de Tripoli. El mismo Muley Abdsulem le dió otra suya para el dei de Arjel, á quien Muley Soliman no quiso escribir tal vez por consideraciones políticas.

Habiendo finalmente resuelto su partida de Fez para Arjel, despidióse Badía de Muley Abdsulem y demás amigos y á las diez de la mañana del 30 de mayo de 1805 salió de su casa, acompañado de todos ellos, conduciéndole primero á la mezquita de Muley Edris, de donde le acompañaron parte del camino, hasta el momento de su despedida,

La casa de Ali Bey, las calles, la mezquita y salida de la ciudad estaban llenas de gente. Por todos lados se abalanzaba á él la multitud para tocarle, besarle, pedirle una oracion ó darle muestras de respeto y afecto.

Fué despedido en medio de las mayores y mas universales simpatías.

Entre los obsequios que le hicieron los moradores de los aduares vecinos á la ciudad, es digno de referirse el siguiente:

Salieron todos los muchachos reunidos á recibirle. Uno de ellos, que iba delante, vestia una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza y un cinturon de lo mismo al rededor del cuerpo, y llevaba un palo de siete pies de alto, en cuya estremidad habia suspendida una tablita y en esta escrita una oracion. Despues de dirigirle un cumplido estudiado, besáronle la mano, el estribo ó lo que podian tocar, y se volvieron en estremo satisfechos.

Así fué despedido en Fez el príncipe Ali Bey el Abbassi.

Tomó con su comitiva la direccion de la ciudad de Ouschda, y segun él mismo describe en su curioso itinerario, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores, pues que nosotros solo estractamos de sus memorias aquello que es mas conducente al objeto que nos proponemos (1), el segundo dia costeó la orilla del rio Yenaut, el tercero plantó sus tiendas al pié de la ciudad de Teza, el sexto sentó su campo en la alcazaba de Temessuin, el octavo atravesó los rios Muloiua y Enza, el nono situó sus tiendas junto al aduar Aaiaun Mayluk y por fin el décimo dia de su salida de Fez llegó á Ouschda.

Ouschda, poblacion de unos quinientos habitantes, era como las demás partes pobladas que habia hallado Ali Bey al otro lado de la alcazaba de Temessuin, un oasis en el desierto de Angad.

Apenas hubo llegado, el jefe y los principales del pueblo le declararon que no podia pasar adelante porque el mismo dia habian recibido la noticia de la revolucion que acababa de estallar en el reino de Argel, y que en Tlemsen ó Tremecen, á donde él se dirigia, no cesaba de correr la sangre de los turcos y de los árabes.

(1) Estas memorias forman cuatro tomos en francés impresos por la casa Didot con atlas de cuatrocientas vistas y planos, todo dibujado por el mismo Ali Bey.

Tambien está traducido y publicado sin el Atlas en Valencia por Mallen en tres tomos en 8.°

Despues de muchas discusiones y de haber reflexionado maduramente, decidióse Ali Bey á enviar un correo, el que de vuelta le trajo la noticia de que los alborotos sucedidos en la ciudad de Tremecen se habian apaciguado, pero que los caminos estaban infestados de rebeldes que robaban y asesinaban.

El príncipe abbassida pidió al momento una escolta al jefe de la poblacion, y le respondió que no tenia bastantes fuerzas, pero que cuidaria de arreglar las cosas á satisfaccion suya. Al cabo de dos dias, el jefe y los principales de Ouschda enviaron á buscar al Schek de Boanani, que era el jefe de una tribu vecina, y le propusieron el conducir á Ali Bey á Tremecen. El Schek rehusó desde luego, y despues de haber discutido largo rato, se marchó sin haber decidido nada.

Muchos dias pasaron en negociaciones inútiles, y en el interin hubo algunos revoltosos que se acercaron hasta las murallas de Ouschda disparando algunos tiros de fusil y matando á dos hombres.

La posicion de Ali Bey se hacia cada vez mas crítica, pues por una parte se agotaban todos sus medios de subsistencia, y por otra sabia que sus enemigos de Marruecos se habian valido de su larga permanencia en Fez para hacerle sospechoso al sultan. Persuadido pues de que no dejarian de aprovecharse de aquella circunstancia para desacreditarle, tomó el partido de montar á caballo para ir solo á buscar á Boanani, que tenia su aduar á dos leguas de distancia, al pié de las montañas.

Su gente se sobrecogió de espanto con esta noticia, escepto dos renegados españoles que se habian unido á él cuando salió de Fez, los cuales en aquel crítico momento se le presentaron, diciéndole:

—Señor, si lo permites nosotros te seguiremos y participaremos de tu suerte.

Miróles Ali Bey con atencion y viendo que eran hombres resueltos, mandóles tomar las armas con el fin de que le siguiera uno, quedándose el otro con los equipajes.

En el momento en que iba á montar á caballo, presentóse ante él, cubierta con su velo, la hermosa Mohhana.

Era la tercera vez que se veian. Durante el camino de Fez á Ouschda, Ali Bey no la habia visto siquiera. Habíase contentado con preguntar por ella y cuidar de que nada le faltara.

—¿Qué es eso? preguntó Ali Bey. ¿A qué vienes, sin haberte llamado?

—Señor, contestó aquella mujer, he sabido que ibas á marchar, á correr un peligro y he venido. Tuya soy, señor, y buena ó mala tu suerte, quiero compartirla.

Por segunda vez oia Ali Bey la voz dulce y simpática de aquella mujer, por segunda vez le daba esta una vivísima prueba de afecto y de adhesion. ¿Qué estraña simpatía enlazaba á él de aquel modo á aquella mujer que se llamaba suya, que lo era efectivamente, y que sin embargo le era todavía desconocida?

Conmovióse el príncipe abbassida al verse objeto de aquel tierno afecto, tranquilizó á Mohhana y le dijo que iba solo á ponerse de acuerdo con un jefe de tribu para que les sirviese de escolta

Mohhana con su dulcísima voz y con acento conmovido dió gracias á Ali por el afecto y ternura con que la trataba y se retiró.

Ali Bey montó en seguida á caballo y se dirigió á salir de la ciudad acompañado de un fiel esclavo llamado Salem y del renegado de que hemos hecho mencion, pero encontró cerrada la puerta de Ouschda, y los principales habitantes en número de cuarenta ó cincuenta decididos á prohibirle la salida.

Suplicóles nuestro héroe que le dejasen marchar y respondiéronle casi todos á la vez, los unos con razones y los otros con gritos. Él insistió, ellos resistieron. Por fin, dirigiéndose Ali Bey al principal de ellos, amenazándole con una de las pistolas del arzon de su silla, le dijo con un tono entre amistoso y resuelto:

—Schek Soliman, hemos comenzado bien y creo que vamos á acabar mal. Abre la puerta.

Entonces Schek Soliman, sacando por un lado la viga que atrancaba la puerta, la abrió diciendo á los demás:

—Pues el quiere perecer, que haga lo que quiera

Salió Ali Bey por fin seguido de su esclavo y de su renegado, dirigiéndose hácia las montañas de Boanani. Pocos momentos despues de haber partido, vió llegar á escape á los mismos habitantes que iban á reunirse á él para escoltarle. Acercáronse escusando su resistencia, la cual, segun decian, no tenia otro objeto que su interés por él y el temor de una desgracia.

Fueron muy bien recibidos por Boanani, quien desde luego les convidó á comer á todos dándoles una escelente comida, pero en la conversacion manifestó encontrar muchos obstáculos para conducir al príncipe hasta Tremecen. Por fin, convencido por las persuasiones de este y del Schek Soliman, convino en arreglarse con el Schek de otra tribu llamada Benisuuz. Este último debia aguardar á Ali Bey con su gente á mitad del camino para escoltarle hasta Tremecen, y el Boanani se encargaba de conducirle hasta allí.

Ali Bey y su acompañamiento regresaron á Ouschda sin haber tenido novedad alguna á la ida y á la vuelta. Así que llegó á su campo, el príncipe participó á Mohhana por conducto de Salem el buen resultado de su espedicion.

Mohhana recibió la noticia con sumo regocijo y en muestra de su contento dió una rica joya al portador de tan fausta nueva.

Dos dias despues, Boanani fué á avisar á Ali Bey que estuviese pronto para el dia siguiente. A la hora convenida se presentó en efecto con cerca de cien hombres, y salieron al momento de Ouschda el príncipe y toda su gente.

Estaban apenas á media legua de distancia, cuando llegaron á todo escape dos soldados del sultan gritando á los caminantes que se detuvieran. Seguíales un cuerpo de tropas mandado por un oficial superior de la guardia llamado El kaid Dlaimi. Este anunció á Ali Bey que el sultan, sabiendo que estaba detenido en Ouschda, le enviaba para protejerle y defenderle si fuera necesario.

Hízole saber Ali Bey que la revolucion de Arjel y de Tlemsen, asi como los robos de los revoltosos, eran los únicos motivos que le habian detenido, y que supuesto habia pasado el peligro, podia continuar su camino con toda seguridad, tanto mas cuanto iba escoltado por las tribus de los Boananis y de los Benisuuz.

A pesar de estas razones, Dlaimi le declaró que en el estado de cosas no podia consentir en su viaje hasta recibir nuevas instrucciones del sultan.

Ali Bey, á quien aquella medida no dejaba de inspirarle cierta alarma, vióse obligado por consiguiente á regresar á Ouschda, desde donde escribió al emperador. Luego que este recibió su carta, envióle otros dos oficiales de la córte con la órden de conducirle, segun decian,

á Tánjer á fin de que desde allí pudiera embarcarse para levante.

Esta órden del sultan le obligó á salir de Ouschda con su gente y equipajes el 3 de agosto á las nueve de la noche. Acompañábanle dos oficiales y treinta uaias ó guardias de corps del sultan, habiéndose quedado en Ouschda el Kaid Dlaimi con el resto de la tropa. Segun parece, salió tan tarde, á causa de que Dlaimi dijo haber tenido aviso de que cuatrocientos árabes armados le esperaban en el camino. Ali Bey vióse obligado á salir en secreto y sin saber que camino habia de seguir, hasta el momento de marchar, en que Dlaimi lo indicó á sus conductores.

El príncipe abassida iba como preso y llevaba el corazon oprimido por secretos presentimientos.

Al salir de Ouschda la caravana, dejó á un lado el camino ordinario, atravesó hácia el S. y se introdujo en el desierto.

La noche era muy oscura y el cielo estaba enteramente cubierto de nubes.

XI.

Despues de haber caminado muy de prisa toda la noche, y subido por las montañas la comitiva llegó á las seis de la mañana cerca de las ruinas de una gran alcazaba, al pié de la cual habia un fresco manantial de agua y un grande aduar.

La caravana prosiguió marchando sin descanso, siguiendo la direccion de muchos valles tortuosos, por cuyo fondo corria un arroyo, que aunque pequeño, no era menos útil para el riego á los laboriosos habitantes de muchos aduares.

En virtud de una órden que llevaban los oficiales encargados de acompañar á Ali Bey, salia de cada aduar uno ó dos árabes montados y equipados, los cuales se incorporaban á la caravana.

Habiendo llegado á las nueve de la mañana al paraje en donde terminaba el arroyo, los treinta udaias se despidieron de Ali Bey, dejándole la escolta de los árabes armados al mando de dos oficiales.

En el momento de retirarse los guardias del sultan, dió el príncipe Abbassida algunas monedas de oro á uno de los oficiales para gratificar á los soldados, y continuó su marcha; pero bien pronto habiendo oido ruido detrás de él, volvió la cabeza y vió á los udaias revueltos contra sus jefes y amenazando asesinarlos. Al punto dos de ellos corrieron hácia Ali Bey para quejarse creyendo que los oficiales se habian retenido parte del dinero que aquel les habia dado. Corrió Ali Bey hácia la gente amotinada y no sosegó hasta que les hizo bajar las armas. Llegó á convencerlos y á calmarlos, haciendo que continuasen su marcha.

Durante esta riña, que alarmó bastante á los de la caravana á causa de las desgracias que podian haber ocurrido, nadie se acordó de hacer provision de agua, á pesar de que comenzaba á faltar, y desgraciadamente Ali Bey ignoraba que aquel era el último lugar donde podia hallarse.

La marcha seguia siempre acelerada por el temor de encontrar á los cuatrocientos árabes de quienes trataban de huir. Por esta razon marchaban separados de los caminos por medio del desierto, caminando sobre pedregales y al través de montañas.

Aquel país está enteramente falto de agua. Los viajeros no veian ni un arbol, ni una roca aislada que pudiera ofrecer un lijero abrigo ó un poco de sombra. Una atmósfera transparente, un sol intenso que caia á plomo sobre sus cabezas, un terreno casi blanco, un montecillo ardiente como una llama: tal es el cuadro fiel de los sitios que recorrian.

Estaban en el desierto y vivian ya en su atmósfera de fuego. Luego debian probar todos sus horrores.

Todo hombre que se encuentra en aquellas soledades es considerado como enemigo. Así es que los trece beduinos de Ali Bey, habiendo visto hácia el mediodia á un hombre armado á caballo que estaba á una distancia bastante larga, se reunieron al punto y partieron como un rayo á sorprenderle, pero el beduino descubierto se aprovechó de la distancia y huyó á las montañas donde fué imposible encontrarle.

En el interin, ni hombres ni animales habian comido desde el dia anterior ni cesado de caminar á paso tirado desde las nueve de la noche.

Poco despues de mediodia ya no le quedaba á la caravana una gota de agua y tanto las gentes de Ali Bey como las cabalgaduras comenzaban á ceder á la fatiga. A cada instante caian las mulas con sus cargas, y era preciso levantarlas continuamente, sosteniendo el peso de la carga que llevaban. Tan penoso ejercicio acabó de agotar las pocas fuerzas que quedaban á la gente.

A las dos de la tarde, estenuado de sed y de fatiga, cayó un hombre al suelo, yerto como un cadaver. Parose Ali Bey á socorrerle con dos ó tres de sus criados. Esprimióse la poca humedad que quedaba en un odre y lograron introducirle en la boca algunas gotas de agua, pero tan debil socorro produjo muy poco efecto.

El mismo Ali Bey empezaba ya á sentir una debilidad, que acrecentándose de un modo espantoso, le anunciaba que tambien á él iban á abandonarle las fuerzas.

Hubo que dejar á aquel desgraciado y seguir adelante.

Desde aquel momento fueron cayendo sucesivamente al suelo varios de la caravana, y quedaron abandonados á su suerte. Tambien se dejaron algunas mulas con su carga.

El mismo Ali Bey cuenta que en aquellos instantes halló al paso dos de sus grandes maletas en tierra pero que no pudo saber que fué de las mulas que las llevaban, porque nadie cuidaba ya de sus efectos é instrumentos. Por lo que toca á aquella pérdida, la miró como cosa que no le atañia y pasó adelante.

Ali Bey sentia ya á su caballo temblando debajo de él, y esto que era el mas fuerte de la caravana.

Marchaban todos abatidos y silenciosos.

Varias veces volvió el príncipe abbassida los ojos hácia el camello que llevaba el *darbucco* en que iba encerrada Mohhana. Estaba perfectamente cerrado y parecia como que ningun ser viviente respiraba en aquel aposento de lienzo y seda.

¡Que hacia allí la hermosa tapada? Estaba espirando acaso? Habia muerto ya?..

Si queria Ali Bey animar á alguno á que redoblase el paso, su respuesta era mirarle de hito en hito y llevar el índice á la boca para manifestar la ardiente sed que le devoraba. Quiso tambien reconvenir á los oficiales conductores su poco cuidado, el cual era la causa de la

ALI-BEY EN EL DESIERTO.

falta de agua, pero se escusaban con el motin de los udaias, y además, decian, ¿no sufrimos tanto como los demás?

La situacion de toda aquella gente era tanto mas horrorosa, cuanto ninguno de ellos creia poder sostenerse hasta llegar al sitio en donde se habia de encontrar agua.

Finalmente, sobre las cuatro de la tarde Ali Bey cayó á su vez desvanecido de sed y de fatiga.

Tendido sin conocimiento en medio del desierto, con solos cuatro ó cinco hombres á su lado, de los cuales uno habia caido casi al mismo tiempo que él, y los otros en estado de no poder darle el menor alivio, pues no sabian donde encontrar agua, y aun cuando lo hubiesen sabido, faltábanles fuerzas para ir á buscarla, hubiera Ali Bey perecido sin remedio, si la Providencia no le hubiera salvado por una especie de milagro.

Pero despues de haber caido sin conocimiento el príncipe abbassida, llegó hasta él el camello que llevaba el *darbucco* de Mohhana. Los pocos servidores que en medio de su agonía guardaron una memoria de aquel hecho, vieron entonces rasgarse mejor que abrirse los lienzos del *darbucco*, precipitándose de él una mujer sin velo, radiante de hermosura, flotante la cabellera, la cual corrió hácia Ali Bey, inclinándose sobre el cuerpo de su señor y procurando volverle á la vida.

Era Mohhana.

Pero, ¿qué podia hacer aquella pobre y débil criatura en medio de la inmensidad de aquel desierto, pronta ella á su vez á caer rendida de fatiga y de sed?

Si Ali Bey hubiese entonces tenido fuerza par abrir los ojos, al ver aquel semblante pálido, pero espléndido de belleza que se inclinaba sobre el suyo, al verse en brazos de aquella peregrina y celeste hermosura, se hubiera creido tal vez ver á un ángel que le transportaba á los piés del supremo Hacedor.

¡Pobre mujer! ¿Qué es lo que en aquellos instantes pasaba en su alma?

¿Era solo fidelidad á su señor lo que la llevaba junto al cuerpo de Ali Bey, ó era un amor profundo, ese amor violento que basta un instante para desarrollarse en el corazon de una mujer de Oriente, que nace, que crece, que estalla en un mismo dia?...

Media hora habría pasado despues que Ali Bey se hallaba en tierra sin sentido, media hora despues que Mohhana sublime de dolor y de agonía se hallaba á su lado contemplando aquel pálido semblante y esperando el momento de caer exánime á su lado para sostener su promesa de que, buena ó mala, queria compartir la suerte de su señor; cuando se divisó á lo lejos una gran caravana de mas de dos mil hombres que iba hácia el grupo formado por las gentes de Ali Bey.

Mandábala un morabito ó santo llamado Sidi Alarbi, que iba á Tremecen de órden del sultan. Este, encontrando á aquella gente en tan horible situacion, se apresuró á mandar derramar sobre ellos muchos odres de agua.

Despues que á Ali Bey se la echaron repetidas veces en la cara y manos, comenzó á recobrar el conocimiento y miró á todas partes sin poder reconocer á nadie.

Mohhana ya no estaba allí.

Habia vuelto á esconderse en su *darbucco*, huyendo á las miradas de los salvadores que les llegaban.

Siguieron echándole á Ali Bey agua en la cara, brazos y manos, pudiendo por fin conseguir que tragara algunos pequeños sorbos.

Entonces ya pudo preguntar á los que le rodeaban:

—¿Quiénes sois?

Apenas le oyeron hablar le respondieron:

—No temas; lejos de ser ladrones ó salteadores, somos, por el contrario, tus amigos.

Y Sidi Alarbi se nombró.

Aun le vertieron mas agua encima, y en mayor cantidad que antes haciéndole beber otra vez; pero así que vieron que comenzaba á restablecerse, llenaron de agua parte de sus odres, y continuaron su viaje, pues cada momento que perdian en aquel sitio era preciosísimo é irreparable su pérdida.

Ali Bey mandó con aquella agua socorrer á su gente y envió tambien de ella á Mohhana, tranquilizándose al saber que esta se hallaba ya restablecida.

Ignoraba aun y hasta mucho tiempo despues no lo supo, lo que habia pasado durante su pérdida de sentidos.

Dejémosle hablar ahora á él mismo por un instante:

«El ataque de la sed, dice, se manifiesta por todo el cuerpo con una suma aridez de la piel: los ojos parecen ensangrentados, la lengua y boca se cubren tanto por fuera como por dentro de una capa de sarro tan gruesa como una pieza de cinco francos; el color de esta crasitud es amarillo oscuro, su gusto insípido y su consistencia perfectamente semejante á la cera blanda de los panales. Un desfallecimiento ó languidez suspende todo movimiento; cierta congoja ó nudo en el diafragma y pecho detienen la respiracion; eseápanse de los ojos algunas gruesas lágrimas aisladas, cae uno á tierra y á pocos instantes pierde el conocimiento. Tales son los síntomas que advertí en mis desgraciados compañeros de viaje y esperimenté en mí mismo.»

Salvada de la manera que hemos referido, la caravana prosiguió su viaje llegando á las siete de la tarde junto á un aduar y un riachuelo, despues de una marcha forzada de veinte y dos horas consecutivas, sin un momento de descanso.

Ali Bey no perdió casi nada porque la caravana de Sidi Alarbi salvó con su agua tanto hombres como bestias.

Despues de haber descansado suficientemente, volvió la caravana á emprender su marcha, y despues de doce dias de viaje, llegó cerca de la ciudad de Wazein.

Durante el viaje, Ali Bey advirtió en los oficiales conductores cierto aire de misterio y signos de connivencia, pero continuaban, no obstante, tratándole con el mas profundo respeto. Las tribus que se hallaban al paso, salian á hacerle todos los honores y ofrecerle regalos de víveres y forraje, y él continuaba usando el quitasol, como hijo ó hermano del sultan.

Sin embargo, en el misterio de sus acompañantes, en sus secretas conversaciones, en una porcion de circunstancias, conocia que estaba pronta á estallar la borrasca.

Al duodécimo dia de marcha se rasgó el velo á la conducta misteriosa de los oficiales que conducian á Ali Bey y le anunciaron que iban á Laraisch ó Larache, en lugar de Tánjer, como le habian dicho.

Efectivamente, al siguiente dia llegaron á este punto.

De órden del sultan, el bajá de la ciudad Sidi Mohamed Salaui, destinó para alojamiento del viajero la mejor casa, situada en el gran mercado, al lado de la mezquita principal.

Ali Bey estuvo enfermo en esta ciudad algunos dias á consecuencia de los sufrimientos pasados en el desierto.

Hallábase á la sazon en Larache una corbeta de Trípoli. Dió órden el sultan de fletarla á su costa destinando la cámara de popa para que el príncipe abbassida pudiese efectuar en ella su travesía á levante. Pasó el mismo Ali Bey á visitar el buque y dió las órdenes convenientes para arreglar la cámara de una manera conveniente para tan largo viaje.

El 13 de octubre de 1805, dia que Ali Bey destinó para su partida, fué por la mañana á despedirse del bajá, quien le hizo las mayores demostraciones de aprecio y consideracion, añadiendo que si queria embarcarse á las tres de la tarde, asistiria á su embarque.

Era propuesta que no podia menos de lisonjear al viajero y accedió á ella.

Embalados los equipajes y cargados á bordo, acudió Ali Bey al puerto á la hora convenida para embarcarse con sus gentes. Preguntó por el bajá y le respondieron que iba á llegar. Mientras llegaba la chalupa, aguardóse algunos instantes en la orilla del mar en un sitio donde la muralla formaba un ángulo entrante y donde se hallaba un callejon que salia del ángulo.

Llegada la chalupa y no pareciendo el bajá, disponíase el viajero á ir á bordo, cuando de pronto, por un lado y otro se presentaron dos destacamentos de tropa y otro tercero desembocó por el callejon. Los dos primeros se apoderaron de todas sus gentes, el otro le rodeó y le intimó que se embarcara solo y partiera al instante.

Preguntó Ali Bey, asombrado, la causa de tan estraño proceder, y le respondieron que tal era la órden del sultan.

Entonces conoció claramente la mala fe del sultan y del bajá, quienes hasta el último instante habian ordenado se le hicieran los mayores honores por las tropas y pueblo, mientras meditaban el golpe que debia herirle profundamente, pues miraba Ali Bey con tanto interés la suerte de las personas que le eran afectas, como la suya propia.

Embarcóse en la chalupa despedazado el corazon por los gritos de algunas personas de su comitiva, inconsolables por tan cruel separacion.

Entre estos gritos y lamentos sobresalian los de Mohhana, cuya de-

sesperacion era espantosa al ver que la arrancaban del lado de Ali Bey.

La pobre mujer volvió al harem imperial y el príncipe abbassida partió sin conocer aun á Mohhana, sin hacer mas que sospechar toda la sublimidad de aquel amor desperanzado que habia vivido junto á él durante todo aquel tiempo.

Así fué como Ali Bey salió del imperio de Marruecos.

XII.

Veinte y dos dias empleó en la travesía la fragata tripolitana. El 11 de noviembre desembarcó Ali Bey en Trípoli.

No ignoraba que el bajá Salaui de Larache habia escrito contra él, tambien le inspiraban desconfianza dos de los pasajeros, pero en cuanto á los demás estaba completamente seguro, como tambien de la tripulacion, y mas que todos del capitan.

Hizo el príncipe desembarcar sus equipajes y al saltar del buque, le condujeron á una casa destinada para su alojamiento, situada frente á la del primer ministro y del cónsul general de España.

Bien lejos estuvo este de sospechar que aquel príncipe oriental que acababa de llegar, y cuya llegada movia tanto ruido en la poblacion, no era otro que un compatriota suyo.

Hacia ya tres dias que Ali Bey se hallaba en Trípoli, cuando el capitan de la fragata le anunció la órden de presentarse al bajá.

La audiencia fué pomposa y se verificó en un gran salon donde estaba el bajá sentado en una especie de trono ó pequeño sofá elevado, teniendo junto á sí sus hijos y rodeado de una corte brillante. Pusiéronle delante el regalo que le hizo Ali Bey, el cual admitió con gracia y finura, y dispensó á su huesped toda clase de honores, haciéndole sentar en su presencia, conversando con él largamente, haciéndole servir té, agua de olor y perfumes, dándole, en una palabra, las pruebas mas claras de afecto y consideracion.

Despues de una larga conversacion, despidiéronse muy contentos uno de otro, pasando Ali Bey á ver al primer ministro, que le recibió admirablemente asimismo.

Algunas personas de Marruecos y en especial el bajá Salaui habian escrito pintando á Ali Bey con los mas negros colores; uno de los pasajeros de la fragata, tal vez comisionado por el bajá, habia trabajado todo lo posible para hacerle odioso; pero estos osados manejos fueron el objeto del menosprecio del bajá de Trípoli, despues de los informes que se tomaron y declaraciones hechas por las demás personas del buque.

Sobre dos meses permaneció Ali Bey en Trípoli, considerado y querido del bajá, respetado de todos y solicitado por el soberano, que le hizo brillantes ofertas para que fijara allí su residencia. El príncipe abbassida insistió, sin embargo, en su partida, diciendo que debia cumplir su peregrinacion á la Meca, y el 26 de enero de 1806 se embarcó para Alejandría en un buque turco, despidiéndose del bajá que le colmó de atenciones y regalos y que hasta el último momento le estuvo haciendo seductoras ofertas para retenerle á su lado.

XIII.

No entraremos en minuciosos detalles sobre los viajes de Ali Bey ni referiremos todas sus interesantes y peregrinas aventuras. Nos limitaremos al objeto que nos hemos propuesto que es solo dar á conocer la importancia de los viajes de nuestro paisano, bien poco conocido por cierto, pues aun en el dia pasa por un príncipe árabe el autor del libro interesante conocido por *Memorias de Ali Bey*, y apenas nadie sabia pocos meses atrás que bajo aquel turbante y ropas orientales latia el corazon de un compatriota contemporáneo, del ilustre catalan don Domingo Badía y Leblich.

Volvemos á repetir que recomendamos el libro de sus viajes á los que deseen mas datos, y no les pesará por cierto la lectura.

El buque en que Ali Bey salió de Trípoli, despues de muchos dias de fatigosa navegacion, hubo de arribar á la ciudad de Modon, para proveerse de víveres.

Ali Bey desembarcó y vivió en casa de una especie de jefe de pira-

tas, llamado Mustafá Schaux, que con su tiranía tenia aterrorizada á la ciudad, y que era en Modon un verdadero señor de vidas y haciendas.

Permaneció en Modon hasta el 20 de febrero y pasó luego al puerto llamado de Porta Longa, situado en la misma isla Sapienza. Allí encontró tres buques austriacos, cuyos capitanes reunidos dieron una fiesta al príncipe oriental, llegando al dia siguiente una grande urca rusa armada y otro barco de la misma nacion, que llegaban de Nápoles y Corfú, conduciendo oficiales y soldados rusos á las costas del mar Negro.

El general y los oficiales rusos pasaron á visitar á Ali Bey, el cual á su vez les devolvió la visita, siendo recibido por los buques rusos con salvas de artillería y con todos los honores que marca la ordenanza para las personas de sangre real. Con los rusos iba un jóven griego llamado Ipsilanti, el cual hablaba y escribia varios idiomas, y que improvisó estos versos italianos en honor de Ali Bey. El poeta quiso solo sin duda consagrar al príncipe una lisonja: sus versos fueron una profecía.

Volerá di lido in lido
la tua gloria vincitrice,
ó d' oblio triunfatrice
la tua fama viverá.
E non solo in questi boschi
sará noto il tuo coraggio,
ma ogni pópolo piu saggio
al tuo nome, al tuo valore
simulacri inalzerá.

El buque de Ali Bey tomó el rumbo de Alejandría, pero no pudo arribar á esta ciudad. Juguete de una violenta borrasca que les puso á las puertas del sepulcro, despues de haber sufrido en el mar largas horas de angustia y de agonía, pudieron casi milagrosamente fondear en la rada de Limassol en la isla de Chipre, donde Ali Bey fué tratado con toda consideracion por el gobernador turco, que era un agá, y las personas mas influyentes de la villa.

Con ocasion de hallarse en los lugares inmortalizados por los poetas

griegos con la descripcion de las seductoras aventuras de la madre del amor, quiso nuestro viajero visitar los tan célebres sitios de Citerea, Idalia, Pafos y Amatanta, y emprendió su espedicion acompañado de Mr. Francudi, vice-cónsul de Inglaterra y Rusia y cónsul de Nápoles, el cual permaneció siempre en la creencia de que su compañero era un príncipe oriental, sin llegar jamás á sospechar la verdad.

Ali Bey comenzó por visitar la ciudad de Nicosia, capital de la isla de Chipre, donde fué recibido ceremoniosamente por las autoridades que le trataron conforme al rango que representaba.

De Nicosia pasó á Citerea, de cuya poblacion y del palacio llamado de la Reina, hace una deliciosa descripcion, visitó Idalia y Larnaca, recorrió las ruinas de Alancina y Amatanta, estuvo en Pafos, y pasó algunos dias en el Yeroschipos Afroditis ó sea el jardin consagrado á Venus.

Luego que hubo regresado á Limassol, terminada su espedicion artística, hizo su travesía á Alejandría de Egipto en un pequeño bergantin griego, cuya cámara fletó para él solo y sus gentes.

En Alejandría como en todas partes fué recibido segun el rango que representaba, y con el respeto y veneracion que demuestran los musulmanes por el que hace un viaje á la Meca. El capitan bajá de la Puerta Otomana, que á la sazon se hallaba en Alejandría, le envió, todo el tiempo que nuestro viajero permaneció en aquella ciudad, su música ú orquesta cada noche. Los músicos se sentaban en tierra formando semicírculo en frente del sofá ocupado por Ali Bey, y tocaban hasta que este les despedia. El mismo capitan bajá le enviaba tambien todos los dias su médico y regalos de dulces y frioleras, y antes de que saliera de Alejandría, le dió una carta de recomendacion para Mehemet Ali, otra para el bajá de Damasco y un firman para el sultan scherif de la Meca.

Ali Bey permaneció en Alejandría desde el 12 de mayo hasta el 30 de octubre de 1806, en cuyo dia se embarcó en una *djerme*, que es una barca descubierta con velas latinas, y se dirigió hacia el Nilo para subir este famoso rio hasta el Cairo.

«A las diez de la mañana, dice, entramos por la boca del Nilo. ¡Qué cuadro tan admirable! Un rio majestuoso, cuyas aguas corren lentamente por entre dos orillas cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes sementeras de arroz, que entonces segaban, y de

una infinidad de plantas silvestres y aromáticas, cuyos aromas embalsaman la atmósfera; aldeas, chozas, casitas esparcidas acá y acullá por ambas riberas; vacas, carneros y otros animales, ó paciendo recostados sobre la yerba; mil especies de aves haciendo resonar el aire con sus cantos amorosos; millares de ánades, patos y gallinas de agua, y otros pájaros fluviales retozando por el rio, entre los cuales se distinguian grandes bandadas de cisnes, que parecen los reyes de aquellos pueblos acuáticos... Ah! ¿por qué la diosa de amor no escogió por morada suya las riberas de la embocadura del Nilo?»

Llegado Ali Bey á Rosetta ó Raschid, segun los turcos, en cuya poblacion permaneció uno ó dos dias, abandonó su buque para tomar una *caucha*, que es una clase de barcos destinados solamente á navegar por el Nilo.

Despues de seis dias de navegacion por el rio, atravesando por entre sitios pintorescos y cruzando por ante pueblos y ciudades populosas, el intrépido viajero llegó al Cairo, alojándose en casa del seid El Methluti, que era el segundo scheih ó segundo jefe de la ciudad. Recibió las visitas de los personajes mas distinguidos, y el bajá Mehemet Ali le acogió como á un amigo.

Respetado, festejado y querido, permaneció Ali Bey en el Cairo hasta el 15 de diciembre, en cuyo dia, poniéndose al frente de una caravana de cinco mil camellos y dos ó trescientos caballos, compuesta de gentes de todas las naciones musulmanas que iban á hacer la peregrinacion de la Meca, atravesó el desierto y llegó á Suez, en donde se embarcó emprendiendo la peligrosa travesía del mar rojo.

En esta travesía estuvo á punto de perderse, teniendo lugar una escena demasiado interesante y dramática para que renunciemos á contarla.

Ali Bey viajaba en un *dao*, que son las embarcaciones árabes de mayor porte que navegan en aquel mar. El 4 de enero fondeó al anochecer el *dao* sobre un islote entre escollos. A media noche se levantó una terrible tempestad, y luego refrescó el viento en términos que á las dos de la madrugada los golpes de huracan se sucedian sin interrupcion con gran violencia, haciendo pedazos en pocos minutos los cables de las cuatro áncoras en que el *dao* se aferraba.

Abandonado el buque á la furia del viento y de las olas, fué arras-

trado hácia una roca, contra la cual comenzó á dar terribles sacudidas. La tripulacion, creyéndose perdida, despedia alaridos de desaliento y desesperacion.

En medio de los clamores distinguió Ali Bey la voz aguda de un hombre que sollozaba y gritaba como un niño, y, al preguntar quien era, le dijeron que el capitan. Hizo entonces buscar al piloto, pero inútilmente.

El buque estaba perdido. Abandonado á su desgraciada suerte, continuaba dando horribles golpes, y Ali Bey, que conservaba toda su serenidad y sangre fria, no quiso aguardar á que se estrellase contra las rocas y gritó á sus criados:

—La chalupa!

Al instante se apoderaron de ella los que mas cerca estuvieron, y todo el mundo quiso precipitarse. Ali Bey saltó á la chalupa por encima de las cabezas de los pasajeros, y dió órden de alejarse de la embarcacion, pero un hombre que tenia su padre á bordo, la detenia por medio de una cuerda del barco gritando: ¡Abujupa! Abujupa! Oh padre mio! oh padre mio!

Segun nuestro mismo viajero cuenta, respetó por un momento este arrebato de amor filial, pero á la vista de un grupo de hombres prontos á arrojarse á la chalupa, gritó á aquel buen hijo que soltara la cuerda. Sordo á las voces que se le daban, prosiguió este llamando á su padre, y entonces Ali Bey de una fuerte puñada que le dió en la mano, le obligó á soltar la cuerda, siendo al instante arrastrada la chalupa á mas de doscientas toesas del dao.

Esta escena pasó en menos de un minuto. Fueron momentos cortos, pero horrorosos.

La situacion de los navegantes de la chalupa no habia, sin embargo, mejorado mucho. Un velo de negrísimas nubes les envolvia en una profunda oscuridad; estaban todos casi desnudos; los golpes de mar llenaban de agua la barca, mientras descargaban por intérvalos fuertes chubascos.

En esto se suscitó una disputa, pues unos querian ir á la derecha y otros á la izquierda, como si fuera posible distinguir la ruta en el seno de las mas profundas tinieblas.

Haciéndose cada vez mas séria la disputa, hízola cesar Ali Bey apoderándose rápidamente del timon, y gritando con imperio:

—Yo sé mas que vosotros, y me encargo de dirigir la chalupa. ¡Desgraciado del que se atreva á disputármelo!

Ali Bey habia observado muy bien la posicion de la tierra al anochecer, pero no sabia á qué lado dirigirse. No pudiendo, pues, orientarse en medio de las espesas tinieblas que le rodeaban, procuró cuanto le era dable conservar su posicion relativamente al buque, que aun distinguia.

Para complemento de desgracia, nuestro viajero se hallaba enfermo, atacado de violentos vómitos de bilis, pero, sin embargo, no abandonó el timon.

Dió órden de remar; sus compañeros no sabian: señaló su lugar á cada cual, y despues de distribuirles los remos, les esplicó la maniobra y con su admirable serenidad se puso á cantar como los marineros del mar Rojo para darles el compás y hacerles mover con uniformidad.

¡Escena terrible y dolorosa! Ali Bey estaba casi desnudo, descubierto á los golpes de mar, lluvia y granizo, atado al timon sin saber á donde ir, sufriendo horribles vómitos, y obligado á cantar para regular la uniformidad de la maniobra.

Alguna vez la chalupa, el único y solo refugio de aquellos desventurados náufragos, tocaba en una roca y la sangre se helaba entonces en las venas de todos.

Finalmente, despues de pasar una hora entera en tan horrorosa agonía, comenzaron á aclararse las nubes: un rayo de luna sirvió para orientar á Ali Bey y llevar la alegría hasta el fondo de su corazon.

—Nos hemos salvado! esclamó.

Y fijando la direccion de la chalupa hácia la costa de Arabia, aunque no hubiese claridad bastante para descubrirla, se hallaron casi en tierra al rayar el dia, despues de tres horas de las mayores fatigas.

Desembarcaron en número de quince, todos casi desnudos ó en camisa, y su primer movimiento fué abrazarse y darse el parabien por su salvacion.

Los compañeros de Ali Bey, sobre todo, no se cansaban de manifestar su pasmo por dicha tan inesperada; preguntábanle como habia podido saber, á pesar de la oscuridad, que la tierra estaba allí; y por un movimiento espontáneo de reconocimiento se despojaron de parte de sus vestidos en su favor, con lo cual nuestro viajero se halló bien pronto vestido, algo grotescamente es verdad, segun él mismo

confiesa, pero á lo menos al abrigo del viento que soplaba.

Solo faltaba saber cual era la tierra á que acababan de llegar. Para esto Ali Bey envió cuatro hombres á la descubierta.

Su relacion dió á conocer á los náufragos que se hallaban en una isla desierta, que no era absolutamente mas que una llanura de arena movediza, sin agua, sin roca ni vejetacion. Descubríase el continente á algunas leguas de distancia, mas ¿cómo esponerse aun en la chalupa y con una mar siempre furiosa? ¿y si la borrasca habia de durar algunos dias, cómo permanecer en la isla sin comer ni beber? «El tiempo, que se iba aclarando cada vez mas, me hizo descubrir en el horizonte, dice Ali Bey, nuestro buque acompañado de otro dao. ¡Cuál fué nuestra alegría al volverlo á ver cuando lo dábamos por perdido!»

El tiempo volvió á enmarañarse, caia el agua á mares y soplaba un viento glacial. Los pobres náufragos estaban transidos de frio, exhaustos, sin fuerzas, despues de aquella horrible noche. Apretábanse estrechamente unos contra otros; un solo capoton que llevaban fué estendido sobre sus cabezas, y sirvió para defenderles algun tanto de los aguaceros y hacerles entrar en calor.

A mediodia calmó algo el tiempo y la chalupa del otro buque, que buscaba á los náufragos muertos ó vivos, se acercó lo bastante para divisar las señales que le hacian con una camisa puesta en la estremidad de un remo. Al punto se aproximó, y sus marineros aseguraron que el dao se habia salvado, sin averia considerable, por ser muy fuerte y llevar poquísima carga. Como habia perdido todas sus áncoras, fué afortunadamente socorrido por el otro buque, que llegando casualmente en aquel apurado trance, le prestó un áncora y algunos cables.

Embarcáronse los náufragos en ambas chalupas y volvieron al buque. Tuvo entonces lugar una escena indescriptible. Todo el mundo loco de contento por ver salvo á Ali Bey, se echó á sus piés vertiendo lágrimas de alegría; abrazábanle, besábanle, y no sabian como manifestar su regocijo, porque le habian ya creido á él y á sus compañeros víctimas del mar.

XIV.

Vueltos los naufragos al buque, tornó este á emprender la travesía, y despues de otros siete dias de viaje y de haber pasado el trópico, los peregrinos llegaron á Araboh donde los que van á la Meca efectuan la primera ceremonia de su peregrinacion.

A medida que se iba acercando á la Meca, el corazon de Alí Bey debia latir con desusada violencia. Iba á penetrar él, cristiano, en la comarca y en el templo de que habia dicho el profeta: *Jamás el pié del infiel profanará el territorio prohibido.* Por esto nunca habia sido posible á hombre alguno que no fuese musulman introducirse en aquel país llamado *la tierra prohibida.* El se presentaba resuelto y sereno para desmentir la profecía.

La travesía marítima terminó en Djeda, siendo alojado Alí Bey en una habitacion adornada con todo el lujo oriental. Permaneció algunos dias en la ciudad para restablecerse y continuó luego su romería á la Meca á donde llegó el 23 de enero de 1807, quince meses despues de su salida de Marruecos.

Al entrar en la ciudad le aguardaban muchos mogrebinos ó árabes occidentales con pequeños cántaros de agua del pozo de Zemzem ó pozo santo, la cual le presentaron para beber, rogándole no la tomase de otro y ofreciéndole proveer la casa, añadiéndole en secreto que no bebiese jamás de la que le presentase el jefe del pozo.

El jefe del pozo, segun luego supo Alí Bey, y á quien consiguió unirse con estrechas simpatías, era un jóven de veinte y dos á veinte y cuatro años, de hermosa presencia, bellos ojos, bien vestido, muy fino, de aire dulce é interesante, y dotado de cuantas cualidades hacen amable á una persona. Depositario de toda la confianza del sultan scherif, desempeñaba la plaza mas importante en la Meca, la de envenenador en jefe.

El jefe del Zemzem ó del pozo sagrado siguió con Alí Bey durante su permanencia en la Meca la conducta misma que tiene encargo de

seguir con todos los peregrinos de distincion que allí llegan. Les envia todos los dias dos pequeños jarros del agua del pozo maravilloso, les hace incesantemente la corte, les da suntuosos banquetes, espia las horas á que van al templo y acude con la dulzura y gracia mas delicadas á presentarles una taza llena de agua milagrosa. Por la mas ligera sospecha, al menor capricho, el sultan scherif le da la órden de envenenar al estranjero y el desgraciado peregrino deja de existir. Como seria imposible no aceptar el agua sagrada presentada por el jefe del pozo, este hombre se halla por tal medio dueño de la vida de todos los peregrinos.

Ali Bey sabia que desde tiempo inmemorial tenian los sultanes scherifs de la Meca un envenenador en su corte; sabia que no se ocultaban de ello, pues era cosa conocida en el Cairo y en Constantinopla en términos que el divan habia enviado en varias ocasiones bajaes y otras personas á la Meca para deshacerse de ellos por este medio; así es que nuestro viajero llevaba siempre consigo un contraveneno por lo que pudiera secuderle.

Fué conducido el príncipe abbassida á una casa que le estaba preparada junto al templo é inmediata á la del sultan scherif.

Ali Bey se hizo distinguir y respetar bien pronto por la prodigalidad de sus ceremonias religiosas y por el celo y fervor con que se las veian cumplir.

Bebió el agua del pozo maravilloso, besó la piedra negra, dió las siete vueltas al rededor de la kaaba ó casa de Dios rezando las oraciones marcadas, hizo sus siete viajes por entre las colinas sagradas de Ssafa y Merua, y la primera noche no se recogió en su alojamiento ni se entregó al descanso hasta que hubo terminado todas sus ceremonias y prácticas religiosas con el celo de un verdadero creyente.

Mientras estuvo en la ciudad hizo cada dia lo mismo. Admiraba á todos tanto fervor; así es que el sultan scherif, que ya habia oido hablar de él, le recibió con agrado y benevolencia y usó con él de cuántas muestras de consideracion y amistad pudiera desear.

Dió la casualidad de hallarse Ali Bey en la Meca el dia en que se lavó y purificó la kaaba, en lo cual tomó él una parte activa barriendo la sala con un manojo de pequeñas escobas, lo mismo que habia visto hacer al sultan scherif en persona. Esto le valió ser proclamado Hhad-

dem Beit Allah el Haram, es decir, servidor de la casa de Dios la prohibida, título que le dió cierta reputacion de santo, conquistándole mayores méritos á la admiracion del vulgo.

No relatarémos lo que pasó á Ali Bey en la Meca. Es preciso leerlo en su obra misma, pues que lo que se refiere á las descripciones de la Meca, de su templo y del que tienen los musulmanes en Jerusalen, á donde fué tambien, segun veremos, es lo que forma la parte clásica de sus memorias y viajes.

Habia ya varias descripciones y vista de la Meca y de su templo, pero eran solo conocidas por las relaciones de los peregrinos ó por dibujos groseros hechos por los árabes; pero Alí Bey, habiendo dado el plan de la ciudad santa de los mulsulmanes, los planos, elevaciones, cortes y perfiles de su templo y del de Jerusalen, en los cuales ya hemos dicho que jamás habia penetrado ningun cristiano, enriqueció la historia de las bellas artes con una geográfica y fiel descripcion de aquellos monumentos, que puede con justicia llamarse clásica, y sobre todo de una ciudad que tan gran papel ha hecho en los tiempos antiguos y modernos.

Jamás habia penetrado cristiano alguno en los lugares donde se veneran los sepulcros de Abraham y su familia en Hebron, ni en el templo de Eyab en Constantinopla, donde se ciñe el sable á los nuevos sultanes. Los planos y descripciones que de todo esto da nuestro viajero no pueden menos de satisfacer la curiosidad pública y ofrecer el mayor interés.

Hay además otra circunstancia que aumenta el mérito de las relaciones y descripciones de Alí Bey, y es haberse hallado en los mismos lugares precisamente en la época (febrero de 1807) en que los wehhabis sa apoderaron de la Meca y tenido todas las proporciones posibles para darnos exactas y ciertas nociones sobre la geología, usos y costumbres de un país casi desconocido á los europeos y sobre la famosa peregrinacion de los musulmanes, de la cual hasta Alí Bey solo se habia tenido una idea falsa ó muy imperfecta al menos.

El 2 de marzo de 1807, despues de dar las siete vueltas á la casa de Dios y rezar las oraciones particulares de despedida delante de los cuatro ángulos de la Kaaba, en el pozo de Zemzem, en las piedras de Ismail y en el Makam Ibrahim, salió Alí Bey del templo por la puerta Beb-l'udáa, lo cual dicen los musulmanes que es de feliz agüero por-

que el profeta salia por ella terminada su peregrinacion, y dejó la Meca para regresar á Djeda.

Llegó á este punto sin cosa que de contar sea, y quiso pasar á Medina á visitar el sepulcro del profeta, á pesar de que lo acababan de prohibir absolutamente los wehhabis, que se habian hecho dueños del territorio en aquel entonces.

Quiso Ali Bey tentar el viaje, con la esperanza de que la casualidad secundaria su empresa, y se procuró dromedarios á fin de hacer mas pronto el camino, poniéndose en marcha y llegando felizmente á Djideida, de donde salió á las pocas horas de su llegada.

Atravesaba ya el desierto de Medina, y creia poder llegar sin obstáculo al término de su viaje, cuando se le presentó de repente un peloton de wehhabis, cayendo en su poder él y toda su caravana.

Despojáronle de algunos objetos y quisieron exigirle la multa ó contribucion á que se habia hecho acreedor por desobedecer la órden que habian dado, pero pudo afortunadamente librarse y consiguió que se le diese permiso con toda su gente para volver e, uniéndose á la caravana formada por los empleados, domésticos y esclavos del templo de Medina, que el Saud, sultan de los wehhabis, enviaba fuera de Arabia.

Sus nuevos compañeros de viaje le contaron que los wehhabis habian destruido todos los adornos del sepulcro del profeta, donde nada quedaba absolutamente, que habian cerrado y sellado las puertas del templo, y que Saud se habia apoderado de los inmensos tesoros acumulados allí en el transcurso de tantos siglos.

Ali Bey pasó con esta caravana á la ciudad de Ienboa en donde se embarcó para Suez, á bordo de un dao que formaba parte de una pequeña flota.

Como parecia que el destino habia condenado á nuestro viajero á no hacer viaje por mar sin accidente, tuvo la desgracia de que al cuarto dia de travesía el buque que montaba diese en una roca á flor de agua, siendo la sacudida terrible y encallándose.

Pudieronse afortunadamente salvar pasajeros y equipajes pasando á bordo de otro dao. Tuvo todavía nuestro viajero muchos percances en su larga travesía, decidiéndose por fin á desembarcar en un puerto que encontraron, proporcionándose camellos para seguir su viaje por tierra.

El 14 de junio, despues de haber pasado por Suez, llegó Ali Bey al Cairo, habiendo salido á recibirle ceremoniosamente los personajes de mas distincion, noticiosos de su llegada.

XV.

Nuestro viajero se permitió pocos dias de descanso en el Cairo. Los halagos de sus admiradores, la respetuosa veneracion del vulgo, las afectuosas demostraciones de sus amigos no impidieron que continuase su viaje en la forma y modo que tenia proyectados.

El 3 de julio de 1807 se puso en camino para Jerusalen, agregándose á una caravana compuesta de un gran número de viajeros y de doscientos camellos. Infatigable y sereno, atravesó el desierto que le separaba de Siria, y sin incidente notable llegó á Gaza en época en que era gobernador de ella Mustafá-Agá, el cual le hizo mil obsequios, mandándole disponer un buen alojamiento, con órden de que le sirviesen y suministrasen cuanto pudiera necesitar y mandándole diariamente tres comidas, que es, por lo que parece, el modo de obsequiar que tienen los musulmanes.

Ali Bey descansó algunos dias en aquella ciudad deliciosa, saliendo de ella sin caravana el 19 de julio, y despues de mil rodeos entre jardines y olivares por espacio de hora y media, se halló en campo raso.

Al llegar á este punto de su viaje en sus memorias, Ali Bey se entrega á una estraña série de reflexiones, que queremos reproducir.

«¡Cuán estraño, dice, me parecia aquel modo de viajar! Acostumbrado tanto tiempo á recorrer los desiertos con grandes caravanas, es inesplicable la sensacion que esperimenté aquel dia. No llevaba conmigo mas que tres criados, un esclavo, tres camellos, dos mulas, mi caballo y un soldado turco por escolta: veíame, en fin, sobre terreno cultivado; encontraba de trecho en trecho pueblos y caseríos habitados; mis ojos podian á cada instante descansar deliciosamente sobre variados cuadros de plantíos; topaba á cada paso con seres de figura humana viajando á pié ó á caballo y casi todos bien vestidos; parecíame estar

en Europa, mas ¡gran Dios! ¿qué idea venia á mezclar su dosis de amargura con tan gratas sensaciones?

»Lo confesaré, pues, lo he sentido: al entrar en aquellos paises circunscritos por la propiedad individual, *el corazon del hombre se encoge y comprime*. No vuelvo los ojos, no doy un paso sin tropezar con un seto que parece me diga: *Alto ahí, no traspases este límite*. Mi corazon se desanima, mis fibras se relajan, me abandono muellemente al movimiento de mi caballo y me parece no ser ya el mismo Ali Bey, aquel árabe, que, lleno de energía y fuego, se lanzó en medio de los desiertos de África y de Arabia, como el atrevido navegante que se abandona á las olas de un mar tempestuoso, con la fibra siempre en tension y el alma preparada á todo. No hay duda que es un gran bien la sociedad, que la mayor dicha del hombre consiste en vivir bajo un gobierno bien organizado que con el sabio empleo de la fuerza pública asegura á cada individuo la pacífica posesion de su propiedad, mas tambien me parece que *cuanto se gana en seguridad y tranquilidad, se pierde en energía.*»

Ali Bey siguió su viaje cruzando la Palestina, sin que fuese turbada la monotonía del camino mas que por un suceso que debió de alarmarle al pronto, pero que luego se convirtió en materia de risa.

Acababa de salir de la ciudad de Ramlé y habiéndose internado en las montañas, se vió obligado á trepar por rocas escarpadas donde no se descubria camino trillado. Llegado que hubo á la mayor altura á las dos y media de la madrugada, hallóse rodeado de nubes y nieblas, las cuales á la claridad de la luna, y con los horribles precipicios que le rodeaban, formaban un cuadro imponente y magnífico.

Precedido de su guia y seguido de sus gentes á alguna distancia, el viajero caminaba absorto en la contemplacion de tan bello espectáculo y acaso en aquel momento su alma se transportaba á paises distantes, recordando desde aquellas lejanas comarcas el país que le viera nacer, y pensando en su infancia transcurrida á orillas del histórico Llobregat. El peregrino de la Meca estaba quizá pensando que iba á entrar como musulman en los lugares en que habia muerto Cristo sin que le fuese dado decir: Tambien yo soy cristiano.

De pronto, en medio de la oscuridad de la noche, se presentan dos viejos y detienen al guia.

Este, que ya les conocia, les dijo en seguida, señalando á los que guiaba:

—Son musulmanes.

Pero los viejos replicaron:

—No, que son cristianos.

El guia repitió levantando la voz:

—Todos son musulmanes, os digo.

Adelantóse entonces uno de los viejos y asiendo de la brida el caballo de Ali Bey, esclamó dirigiéndose á este:

—Tú eres cristiano.

El fingido musulman, interpelado tan bruscamente en medio de sus reflexiones, sin saber que era aquello y asombrado por el tono de autoridad de aquellos viejos y por la firmeza con que hablaban, permaneció mudo un instante.

El guia y sus criados contestaron por él.

—Es musulman, dijeron, es un fiel creyente.

Ali Bey no sabia que hacerse. Ignoraba la intencion de aquellos hombres y por otra parte le sobresaltaba aquel acontecimiento.

—Te digo que tú eres cristiano, volvió á insistir el viejo.

El príncipe abbassida, vuelto en sí y recobrando su serenidad, le contestó entonces:

—Soy musulman y me llamo Scherif Abbassi. Vengo de hacer mi peregrinacion á la Meca.

Entonces el viejo le pidió su profesion de fe. Hízosela Ali Bey por darle gsuto, y luego les dejó continuar el viaje.

Ahora bien ¿por qué se obstinaba aquel viejo en creer que Ali Bey era cristiano sin haberle visto el rostro ni oídole hablar?

Porque llevaba un albornoz azul, y en aquel país este color es usado por los habitantes cristianos.

Los cristianos y judíos que van á Jerusalen pagan en aquel sitio un tributo de quince piastras por persona en provecho del sultan de Constantinopla. Los viejos habian arrendado aquel tributo, y como aquel paraje, que no dista mucho de la poblacion, es el único desfiladero por donde se puede pasar, estaban continuamente en acecho para que ningun judío ni cristiano se sustrajera al tributo.

Llegado que hubo á Jerusalen, Ali Bey fué alojado en la mezquita

de un santon llamado Sidi Abdelkader, situada al lado del Heram ó templo musulman.

XVI.

Ya hemos dicho que á Ali Bey debe la historia una descripcion circunstanciada del templo musulman de Jerusalen, descripcion que antes no se tenia porque los musulmanes no se hallaban en estado de darla y á los cristianos no les ha sido posible penetrar jamás.

Tambien visitó nuestro viajero, pero siempre como moro, los lugares venerados por el cristianismo.

Obtuvo permiso para visitar el sepulcro de Cristo, pero no pudo hacer en él oracion, atendida la clase que representaba, porque, segun él mismo dice, los musulmanes hacen oracion en todos los santos lugares consagrados á la memoria de Jesucristo y de la Vírgen, escepto en el sepulcro que no reconocen, pues creen que Cristo no murió, sino que subió al cielo, dejando la imágen de su rostro á Judas, condenado á morir en su lugar, y en consecuencia, que habiendo sido sacrificado Judas, aquel sepulcro podia muy bien encerrar el cuerpo de este, mas no el de Cristo. Por esta razon no ejercen acto alguno de devocion en este monumento.

De Jerusalen pasó nuestro viajero á Jaffa, embarcándose allí para San Juan de Acre, visitó el monte Carmelo y estuvo en Nazaret, alojándose en el convento de frailes franciscanos, edificado en el sitio de la casa donde la Vírgen María recibió la visita del ángel Gabriel.

De seguro que habrá sido Ali Bey el primero y tal vez el último cristiano que ha visitado como musulman los lugares santificados por nuestra religion.

De Nazaret pasó á Damasco y de esta á Alepo, visitando entonces por primera vez el país de que en todos sus viajes habia dicho ser hijo.

Tocamos ya el término de los viajes del príncipe abbassida.

De Damasco por Antioquía se dirigió á Constantinopla, á cuya ciudad llegó á últimos del año 1807, pasando á alojarse en el palacio del embajador de España, que lo era el marqués de Almenara, único que le

conocia, pero que guardó naturalmente el mas profundo secreto llevando el misterio hasta destinarle una habitacion mandada espresamente alhajar á la oriental para recibirle. Ali Bey pasó siempre á los ojos de toda la familia de Almenara y personal de la embajada por un príncipe abbassida, relacionado ó recomendado por nuestro gobierno al embajador.

A propósito de la estancia de Ali Bey en Constantinopla, se cuenta una graciosa anécdota que un jóven agregado entonces á nuestra legacion de Constantinopla refirió al conocido escritor madrileño Sr. Mesonero Romanos.

Un dia del mes de octubre reunió el embajador Almenara á toda la legacion, manifestándoles que iba á llegar el príncipe Ali Bey-El-Abbassi, poderoso magnate que le estaba altamente recomendado por la córte de Madrid, como fiel aliado y amigo; y que esperaba de todos los caballeros españoles le tratasen con el agrado y respeto debidos á sus distinguidas cualidades. Llegó en efecto el príncipe seguido de una magnífica comitiva de esclavos y soldados, mujeres, camellos y caballos, apeóse en el palacio de la embajada, y fué presentada á él toda la legacion por el marqués, siguiendo la conferencia por medio de los intérpretes, y en árabe puro, con todas las etiquetas y retóricas figuras de estilo entre los orientales. Repitióse la tal escena constantemente mientras su permanencia en aquella capital, hasta que el dia de la despedida hizo disponer el embajador un espléndido almuerzo, colocando al príncipe Ali Bey en el lugar distinguido, y apresurándose todos á servirle por gestos y ademanes.

Lo estraño era que en el medio de la mesa descollaba un gran plato de huevos revueltos con tomates, vianda algo exótica en verdad en semejante convite; pero que sin duda estaba puesto allí por capricho del embajador. No dejaron de notarlo y aun de afearlo algunos de los jóvenes españoles; pero ¡cuál fué su asombro cuando vieron al príncipe Ali Bey, que animado de repente á la vista del plato, y poniéndose en pié, empieza á repartir á todos y á servirse á sí mismo con gracia y desembarazo, repitiendo con sonrisa placentera, en puro lenguaje español, aquellos versos de Iriarte.

«Y ella les dijo: sois unos petates,
yo los haré revueltos con tomates!»

El príncipe árabe reia de veras, el embajador reia tambien, todos los demás estaban sin creer lo que veian.... Al dia siguiente y ya despues de marchar Ali Bey, supieron la verdad del caso.

En Constantinopla fué donde tuvo Ali Bey las primeras noticias de las ocurrencias políticas acaecidas en España y la entrada de los ejércitos de Napoleon, con lo cual se determinó á acelerar su regreso, pero una larga enfermedad le sorprendió en el viaje obligándole á detenerse en Munich.

No bien restablecido todavía, se trasladó á Bayona, donde, segun parece, llegó por cierto bien escaso de recursos en 9 de mayo de 1808 en los mismos momentos en que la familia real de España y Napoleon se hallaban en aquella ciudad.

Presentóse, pues, al rey Carlos IV, y habiéndole enseñado algunos papeles y planos relativos á su viaje, aquel monarca, despues de examinarlos, le dijo:

—Ya sabrás que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado que verás. Vé de nuestra parte al emperador y díle que tu persona, tu espedicion y cuanto dice relacion á ella queda á las órdenes esclusivas de S. M. I. y R. y que deseamos produzca algun bien al servicio del Estado.

Insistió Badía en seguir la suerte de la familia destronada, pero contestóle Carlos IV:

—No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleon.

Lo que sucedió despues, se sabe por las memorias ya citadas de Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial.

Este fué enviado á buscar un dia por el emperador, que le dijo:

—Acabo de hablar con un español, que debeis haber visto en el salon. No tengo tiempo bastante para prestar atencion á su historia, que por lo demás me parece muy larga. Vedle, pues, habladle, y enteraos de un manuscrito á que ha hecho referencia. Luego me dareis cuenta.

Este español era Badía, que, siguiendo las instrucciones del rey Carlos IV, se habia presentado al emperador.

Mr. Bausset dice que habiendo entrado entonces en el salon á que el emperador hiciera referencia, vió á un hombre, jóven aun, de esbelta y elevada estatura. Llevaba una especie de uniforme azul, sin bordados

ni charreteras, y una magnífica cimitarra, prendida al uso de los orientales, pendia á su lado colgando de un cordon de seda verde.

El aspecto de aquel hombre llamó favorablemente la atencion de Mr. Bausset que se acercó á él diciéndole que estaba autorizado por el emperador para seguir la conversacion con él empezada.

«Respondióme con cortesía, dice Mr. Bausset, y entonces su fisonomía espresó tal dulzura y tal vivacidad al mismo tiempo, que me sentí predispuesto en su favor y pronto á hacer por él cuanto de mí dependiera.»

Mr. Bausset se nombró y le preguntó luego su nombre.

—Aquí y en España, le contestó nuestro héroe, me llamo Domingo Badía y Leblich, pero en Oriente soy conocido por Ali Bey, príncipe de la familia de los Abbassidas.

Hubo de causar gran asombro á Mr. Bausset esta respuesta, y Badía se apresuró á contarle su dramática historia, refiriéndole con los mayores detalles los principales acontecimientos.

El prefecto en sus memorias se estiende luego en referir las noticias del viaje de Ali Bey, que le contó él mismo, sus proyectos políticos y demás que queda esplicado, haciendo un completo elogio del claro talento, del valor, y hasta de la hermosa figura y porte verdaderamente oriental de Badía.

Empero, no obstante el gran interés que este le inspiró y que tambien debió inspirar al emperador, no tuvo por entonces otro resultado que el de ser recomendado al rey José, que parece tampoco pudo atenderle en mucho tiempo que Badía vivió en Madrid con su familia reducido á la mayor estrechez, hasta que quince meses despues le envió aquel gobierno de intendente á Segovia, sin que él lo hubiese solicitado, pues que lo único que pidió, segun parece, fué el permiso de trasladarse á París á hacer la edicion de sus obras que no era posible publicar en España.

Mas tarde fué nombrado prefecto de Córdoba y últimamente intendente de Valencia, de cuyo destino no llegó á tomar posesion.

Aun parece que se conservan en dichas dos ciudades de Segovia y Córdoba recuerdos del *intendente moro* por lo que chocaban á sus habitantes su ademan y manera orientales.

Comprometido por este modo con el partido *afrancesado*, no creyó

prudente quedarse Badía en España á la retirada de los franceses, porque aun cuando su buen comportamiento en la intendencia y prefectura parecian deber ponerle á cubierto de toda persecucion, era difícil que la cualidad de empleado del gobierno intruso no le acarrease cuando menos algun insulto. Emigró, pues, á París en 1814, y como su proceder habia sido recto y patriótico, envió á los pocos dias una reverente esposicion al rey Fernando VII, haciéndole una breve reseña de sus importantes servicios y ofreciéndose á continuarlos en favor de S. M. á quien tributaba su homenaje de fidelidad y sumision.

Esta esposicion que encaminó á manos del rey por distintos conductos, no produjo resultado alguno. Badía tuvo el dolor de ver despreciados sus servicios y no le quedó otro recurso que el de admitir la hospitalidad que le ofrecia la Francia, y renunciar á su patria que, ingrata é indolente, repelia en él una de sus mejores glorias.

Fijóse, pues, definitivamente en París, donde publicó en 1814 su interesante viaje en francés bajo el nombre de Ali Bey y ocultando su verdadero nombre y patria.

En 1815 casó á su hija con Mr. Delisle de Sales, miembro del Instituto, y este enlace y el aprecio que el gobierno de Luis XVIII hizo de Badía, proporcionaban á este los medios de pasar tranquilo el resto de sus dias, pero su arrojo y osadía invencibles, el deseo de recobrar parte de los preciosos objetos científicos que habia reunido en sus viajes, y, sobre todo, segun parece, una mision política que le confirió el gobierno francés, le obligaron á pasar de nuevo á Oriente, á donde regresó con el sueldo, grado y consideraciones de general de division (mariscal de campo) que le habia concedido el gobierno francés, aunque con el nombre y representacion de Ali-Othman, príncipe oriental.

Ya no debia regresar á Europa. Aquella vida laboriosa pasada en prestar eminentes servicios, debia tener un fin trágico.

Se supone, pues no ha llegado aun á esclarecerse esta verdad, que la mision importante que Badía llevaba del gobierno francés, era para la India, y que el gobierno inglés, celoso de esta mision, se entendió con el bajá de Damasco, el cual envenenó á nuestro Ali Bey ó Ali Othman por medio de una taza de café. Empero, el Sr. Mesonero Romanos, que es el último que ha escrito su biografía, dice haber visto

carta del guardian del convento español de San Francisco en Damasco en la que afirma que el desdichado Badía murió en él mismo de una disentería natural en 1822.

Todos sus papeles y efectos se perdieron, quedando en poder del Bajá, segun los que suponen la primera version.

Su esposa, que le sobrevivió algunos años, residió siempre en París disfrutando la viudedad de general, y creemos que su hija casada con Mr. Delisle de Sales vive aun en dicha ciudad.

Hemos creido que debíamos estendernos algo al hablar de D. Domingo Badía. Es una gloria de nuestro país que hasta hace poco ha sido criminalmente desconocida y que por desgracia no tiene aun entre nosotros toda la celebridad de que es digna.

Badía es una de las grandes figuras de Cataluña.

Afortunadamente, por consejo de una comision, de la que se ha honrado en formar parte el autor de estas líneas, el Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona ha acordado poner el retrato de este ilustre patricio en la sala de su nuevo consistorio. Esto contribuirá á la fama merecida de quien tan acreedor supo hacerse á ella.

Ya que le fué ingrato su país en vida, que le sea fiel al menos en muerte.

España, Barcelona en particular, debian un recuerdo público á la buena memoria del ilustrado é intrépido Badía.

VAD-RAS.

I.

Retrocedamos ahora al punto en que suspendimos nuestra crónica de la guerra de Africa. Nos toca describir la última jornada de esa gloriosa lucha entre la civilizacion y la barbárie, representadas en el suelo mauritano por la España y el Imperio marroquí.

Decidido ya el que se prosiguieran las operaciones, los cuerpos de ejército Prim, Ros, Echagüe y la division Makenna fueron los destinados á emprender la marcha, pero no reunidos en una misma columna, sino separados y en combinacion, llevando consigo cada soldado lo que podia serles absolutamente indispensable para evitar entorpecimientos y practicar las operaciones de la guerra con el mayor desembarazo en terreno tan quebrado como el que iban á atravesar.

Debian quedar en Tetuan sobre veinte batallones al mando del general Rios, los cuales además de guarnecer dicha plaza, debian remitir y convoyar los aprestos y utensilios necesarios al grueso del ejército, y vigilar, al propio tiempo, todas las posiciones conquistadas, teniendo aseguradas principalmente las intermedias del camino de Tánjer.

Las tiendas marquesinas debian quedar almacenadas en Tetuan, llevándose solo el ejército algunas de ellas para servir momentáneamente de hospitales y acudir á las necesidades apremiantes del servicio.

El ejército fué racionado por seis dias, quedando grandes repuestos de provisiones en la ciudad.

A las cuatro de la mañana del 23 se disparó en la Alcazaba el ca-

ñonazo convenido como señal para levantar tiendas y emprender el movimiento, que se verificó en seguida bajo el órden siguiente: á vanguardia una division de la reserva con los tercios vascongados y el batallon de marina, cuyas fuerzas tomaron sus alturas para flanquear el camino.

El primer cuerpo seguia por el camino con una batería de montaña, detrás iba el cuartel general, á continuacion el segundo cuerpo, despues el bagaje del cuartel general, el del primero, segundo y tercer cuerpo y por último el tercer cuerpo.

La division Rios que guarnecia Tetuan y su zona, era formada por dos batallones de Zaragoza, uno de Bailen, uno de cazadores de Tarifa y el batallon de marina. Estos iban sin mochilas ni equipajes, pues su objeto era flanquear el ejército y volver con los heridos y enfermos á Tetuan.

Las fuerzas que quedaron guarneciendo á Tetuan al emprender la marcha el ejército por el camino de Tánjer, ascendian á 5,000 hombres al mando del general Morales de Rada. Las tropas mandadas por el general Rios, debian llegar al Fondack con el encargo de cubrir la retaguardia y sostener espeditas las comunicaciones entre el ejército y la plaza de Tetuan.

El reducto de la Estrella, fuerte Martin y la Aduana quedaron guarnecidos por el batallon de América y uno de los tercios vascongados. El batallon de Soria, que desde el 3 de febrero habia guarnecido estos puntos, y el provincial de Málaga entraron en la plaza relevándoles los antedichos.

La artillería rodada, la montada é ingenieros quedaron en Tetuan en atencion á las inmensas dificultades que ofrece allí el terreno, pero iban con el ejército cuarenta piezas de montaña.

II.

Para describir los movimientos y la batalla de Vad-Ras cedamos ahora la palabra al mismo general en jefe.

Despues entraremos nosotros en detalles y pormenores.

He aquí el parte oficial de esta sangrienta y heroica jornada:

Ejército de Africa.—Estado mayor general.—Escelentísimo señor: Conseguido á fuerza de actividad y celo por parte de la marina poner en tierra un considerable número de provisiones que me permitian dejar abastecida la plaza de Tetuan por algunos dias y racionar al ejército por seis, llevando además alguna galleta, cebada y carne en vivo, dispuse la marcha para el 23 en el órden siguiente:

El genera Rios con cinco batallones de la segunda division de reserva, tres de la vascongada, mandados por el general Latorre, y dos escuadrones de lanceros, debia marchar por la derecha, ganar los montes de Samsa y seguir de posicion en posicion hasta colocarse en los que dominan la izquierda del valle Vad-Ras, atravesado por el rio Buceja. El resto del ejército debia salir tomando la cabeza el primer cuerpo al mando del general Echagüe con dos baterías de montaña, toda la fuerza de ingenieros y un escuadron de la Albuera: el segundo cuerpo á las órdenes del general conde de Reus, con una batería de montaña, la de cohete y el segundo regimiento montado de artillería: la brigada de coraceros, dos escuadrones de lanceros y uno de húsares á las del general Galiano; el bagaje del cuartel general y del primero y segundo cuerpo: el tercer cuerpo, mandado por el general Ros de Olano, con una batería de montaña y un escuadron de la Albuera: el bagaje de la administracion militar; y por último, para cubrir la retaguardia la primera division del cuerpo de reserva, mandada por el general Makenna, con otra batería de montaña y un escuadron de coraceros.

A las cuatro de la mañana del citado dia un cañonazo disparado desde la Alcazaba, fué la señal para batir tiendas y formar, porque mi objeto era romper la marcha con el primer crepúsculo del dia; pero si bien las tropas estuvieron prontas, una densa niebla que no permitia ver los objetos á cuarenta pasos, me detuvo hasta las ocho de la mañana en que empezó á disiparse, y dí la señal de partida.

Rompió el movimiento en el acto el general Rios, subiendo por la derecha los montes de Samsa, y siguió el primer cuerpo, á cuya cabeza me coloqué, por el camino que remontando el curso del rio Gelú conduce por el puente de Buceja á la sierra del Fondak, posicion formidable situada á mitad de distancia y en el paso preciso de Tetuan á Tánjer.

Pocos enemigos se divisaron al pronto á nuestro frente; y si bien los repetidos disparos que en todas direcciones se hicieron anunciaban que se llamaba con precipitacion á las kábilas y gentes esparramadas por el país; no creí en un principio que pudiera empeñarse un combate importante, calculando que lo reservarian para las posiciones del Fondak; pero bien pronto empecé á ver cubrirse los montes de enemigos, y salir de los valles y collados enjambres de moros que corrian á reunirse, dándome á conocer que su objeto era disputarme el paso.

No habíamos andado una legua cuando ya las guerrillas del primer cuerpo habian roto el fuego, y los ocho batallones que lo componen, formados en línea de masas, seguian de cerca, aunque detenidos continuamente por la necesidad de que los ingenieros preparasen pasos en los frecuentes y hondos regatos, que partiendo de los altos montes de la derecha conducen las aguas al Gelu.

Al llegar á la confluencia de este rio con el Buceja, el fuego estaba ya empeñado, no solo en el frente, sino en nuestra izquierda, á donde acudia gran número de moros que protegidos por los rios molestaban mucho nuestro flanco, causándonos bastantes bajas, por lo que dispuse lo atravesasen por un vado el segundo batallon de Granada á las órdenes del brigadier Trillo y un escuadron de la Albuera, que si por el pronto rechazaron al enemigo á distancia, rehecho y aumentado volvió este de nuevo, teniendo que cargar el escuadron de Albuera, lo que efectuó con resolucion, llegando á estar mezclado con los moros.

A este tiempo habian entrado en línea en la falda de una altura que habia mandado tomar los restantes batallones del primer cuerpo, quedando á la izquierda el primero de Granada, y á la derecha el de cazadores de Cataluña con una batería de montaña en el centro. Al llegar este último batallon á la cumbre de la posicion, se encontró al enemigo que la tomaba tambien por el opuesto lado en gran número y con ánimo resuelto, y por un momento estuvo indeciso el éxito; pero afortunadamente se hallaban allí los generales Echagüe y García, jefe de estado mayor general, que ordenaron un ataque á la bayoneta secundado por la derecha por el batallon de cazadores de Madrid á las órdenes del general Lassausaye y brigadier Berruezo, la que dió por resultado, á pesar de la resistencia y tenacidad de los moros, el que la posicion fuese tomada por nuestras tropas, arrojándolos al bar-

ranco contiguo, no sin dejar abundantes muestras de su derrota.

Entretanto avanzaba el segundo cuerpo con el general conde de Reus, y al llegar á la altura de las posiciones ocupadas por el primero, le ordené que hiciese pasar el rio al batallon de Voluntarios catalanes para reforzar al segundo de Granada, y que le siguiesen otros dos al mando del brigadier Hediger: que él formando en línea cuatro batallones en masa, avanzase hácia el llano, seguido del segundo regimiento de artillería de montaña y de la brigada de coraceros: al gegeral Paredes que con dos batallones de su brigada apoyase y reforzase al primer cuerpo; y por último, el resto del segundo cuerpo, al mando de los generales Odonell y Orozco, que avanzase con celeridad, y al tercero que adelantándose del bagaje se pusiese en disposicion de tomar parte en la batalla si la necesidad lo exigia.

El batallon de voluntarios catalanes se lanzó al combate con una bizarría digna de especial mencion; y apoyado por la brigada Hediger, él y la fuerza que antes combatia en nuestra estrema izquierda limpiaron el llano, no sin haberse antes mezclado con el enemigo sufriendo y causando numerosas pérdidas.

El conde de Reus entretanto avanzaba segun las instrucciones que le habia dado para acosar al enemigo sobre el puente de Buceja, romper su línea por el frente, protegiendo la estrema izquierda, colocándose en contacto con el primer cuerpo, que conducido por los generales García y Echagüe cargaba de nuevo y tomaba á la bayoneta otra segunda posicion, que el enemigo en gran número sostenia con empeño.

El conde de Reus llenó cumplidamente mis órdenes; y sobreponiéndose á todos los obstáculos, le ví bien pronto formar los batallones al otro lado del rio, desplegar la brigada de coraceros y colocar su artillería, que constaba de una batería de montaña del primer regimiento, otra del segundo montado y la de cohetes, con las que limpió en cortos momentos sus inmediaciones, haciendo replegarse al enemigo á las alturas de su frente, donde se apoyó en el bosque y los dos aduares de Amsal que hay en la falda del Benider.

Mi pensamiento iba ejecutándose á mi entera satisfaccion: solo me faltaba conocer exactamente la situacion; del general Rios, que formaba mi estrema derecha; pues si bien oia el fuego que sostenia, era preciso

BATALLA DE VAD-RAS.

Los Cazadores atacando y quemando los aduares moros.

que viniese á ponerse en contacto con el centro para que, haciendo un cambio de frente toda la línea, viniésemos á amenazar la espalda del enemigo por el valle Vad-Ras, atacando y tomando sus campamentos cuyas tiendas divisábamos en pié, y á la cual no era posible que resistiese.

Con este objeto me trasladé á las posiciones de vanguardia en el centro, desde donde podria apreciar la situacion de la estensa línea que el enemigo ocupaba y dictar mis disposiciones segun lo exigiesen las circunstancias de la batalla.

El geceral Rios, que al principio habia marchado sin encontrar resistencia alguna, porque su movimiento habia prevenido el del enemigo que tenia el pensamiento de rebasarnos y venir á atacar nuestra retaguardia, encontró por fin numerosas fuerzas que marchaban á ejecutar su mision; atacadas estas en el alto sobre el aduar de Saddina por el batallon de Tarifa y los tercios de Guipuzcoa y Vizcaya al mando del general Latorre, fueron arrojadas con prontitud hácia el valle de Vad Ras; pero acudiendo con nuevos refuerzos, no solo de frente, sino por la derecha, aprovechándose de las estribaciones de la Sierra Bermeja, intentaron mas de una vez envolver aquel costado para venir á colocarse á retaguardia del ejército.

El brigadier Lesca, á quien el general Rios encomendó esta parte con el sexto batallon de marina y el de Bailen, apoyados por el resto de su brigada, no solo tuvo en respeto al enemigo, sino que cargándolo resueltamente imposibilitó el que pudiese llevar á cabo su proyecto.

Entretanto el general Latorre atacaba vigorosamente las fuerzas contrarias, que apoyadas en el aduar Saddina trataban de envolver la izquierda para interponerse entre ella y la derecha del primer cuerpo. El combate se hizo entonces general: grandes grupos de infantería y caballería reforzaban las fuerzas contrarias, que animándose mútuamente volvian á intentar nuevos refuerzos siempre rechazados, llegando mas de una vez á estar envueltos y á tener que batirse cuerpo á cuerpo. Por fin, con el objeto de vencer tan obstinada resistencia, el general Rios ordenó al brigadier Lesca que envolviese á su vez al enemigo, mientras que el general Latorre y el brigadier Puente, jefe de estado mayor, mantenian la contienda por su frente ganando siempre terreno: el brigadier Lesca se lanzó resueltamente sobre los contrarios, y ar-

rojados de posicion en posicion y perseguidos con tenacidad, se pronunciaron en precipitada fuga en todas direcciones.

El tercer cuerpo á las órdenes del general Ros y marchando en el sitio que se le habia señalado, tuvo tambien que empeñar un combate con los moros que colocados á la izquierda lo hostilizaban, siéndole preciso á aquel general disponer que el brigadier Mogrovejo con algunas compañías de Zamora los cargase, lo que se ejecutó con gran resolucion y éxito completo: alejado el enemigo, hizo avanzar sus batallones rebasando el convoy segun se lo tenia yo prevenido; mas como la primera division de reserva á las órdenes del general Mackenna quedaba á alguna distancia á retaguardia, mientras se aproximaba á proteger el bagaje, intentaron los enemigos introducirse en él con objeto de pillarlo; pero la escolta lo defendió bien, y la llegada de los primeros batallones de aquella division los acabaron de ahuyentar.

Eran las tres de la tarde, y el combate que se habia empeñado á las nueve de la mañana continuaba, aunque con alguna menor intensidad; pues que el enemigo, vencido y rechazado en la derecha y arrojado del centro é izquierda por la bravura de nuestros soldados, se retiraba en su mayor parte á tomar otra posicion en las alturas y lomas que cubren la garganta que conduce al Fondack.

La situacion de nuestras tropas era en aquel momento la siguiente: á la derecha la segunda division de reserva con la vascongada, empezaban á descender para ligarse con el primer cuerpo, el cual se hallaba reconcentrado en las posiciones que dominan el valle, apoyado por la primera division del segundo cuerpo, mandada por el general Odonell: á continuacion de esta se encontraba sobre el puente la primera division del tercer cuerpo á las órdenes del general Turon: en el llano el general conde de Reus con la segunda division del cuerpo de su mando, la caballería y la artillería, y á retaguardia de esta se reunia á las órdenes del general Quesada la segunda division del tercer cuerpo, con la que se hallaba el general Ros de Olano.

Conociendo el conde de Reus la importancia de las posiciones que tenia á su frente, en las cuales se preparaba el enemigo á la defensa, las atacó y tomó instantáneamente, proponiéndose sostenerse en ellas mientras las fuerzas se disponian para el ataque general que debia darse cuando yo lo ordenase; pero el enemigo, comprendiendo sin duda

lo comprometido que en este caso quedaria, tomó la iniciativa y las atacó con gran vigor y resolucion: rechazado por el conde de Reus, se vió este precisado á avanzar á su vez tomando el primer aduar de Amsal, lo que efectuó el primer batallon de Navarra, con una compañía de minadores y la escolta de infantería á las órdenes del general Serrano, sostenidos por la brigada de coraceros, y dejando la posicion que antes ocupaba la artillería protegida por dos escuadrones de lanceros á las órdenes del brigadier conde de la Cimera, el cual tenia además la mision de mantener libre el llano de la espalda.

Rehecho, empero, el enemigo, se organizó en el segundo aduar, y vino de nuevo á la carga por el frente y derecha, trabándose una sangrienta lucha, en la que ambos partidos pelearon con encarnizamiento para quedar con la victoria.

Nuestro frente tuvo, no obstante, que ceder abandonando el primer aduar; pero mientras el batallon de Luchana salia al encuentro para sostener el choque de la derecha, el general conde de Reus, puesto al frente del primer batallon de Leon y de un escuadron de coraceros, volvió á reconquistarlo.

Otra carga desesperada del enemigo hizo ceder de nuevo á nuestras fuerzas avanzadas; pero lanzándose entonces el conde de Reus con el primer batallon de Navarra, y cargando tambien á la vez un batallon de Toledo con el brigadier Navazo, volvió á quedar en nuestro poder la posicion disputada.

El enemigo tomó entonces nuevas posiciones á retaguardia, y el fuego continuó haciéndose cada vez mas nutrido. En todas estas operaciones la brigada de coraceros, mandada por el general Galiano y guiada por el brigadier Villate, compartió con la infantería todos los peligros, derramando abundante su sangre en las decididas y brillantes cargas que dió al enemigo, á pesar de que el terreno no se prestaba bien á la accion de esta arma.

Al principio de este período de la jornada, notando yo el vivo fuego de cañon y de fusil que de nuevo se empeñaba hácia mi izquierda, previne al general García, mi jefe de estado mayor, que se trasladase á aquel costado dándole mis instrucciones: así lo verificó, en efecto, llegando en los momentos de mas empeño; y viendo la necesidad de reforzarlo prontamente, previne al general Ros que avanzase las pri-

meras fuerzas que tuviese reunidas, quien mandó al brigadier Cervino con su brigada, con cuyo refuerzo el conde de Reus quedó en disposicion de obrar resuelta y ventajosamente.

Mientras recibia avisos de lo que acontecia en mi izquierda, dispuse avanzar el centro, amenazando la línea de retirada del enemigo: para ello ordené al general Odonnell que con cuatro batallones descendiese al llano de la derecha, cubierto con la numerosa caballería contraria: al general Echagüe que con otros cuatro, y corriéndose por la cresta de las posiciones, descendiese á atravesar el rio Buceja por el puente, y yo con mi escolta, un batallon, dos baterías del segundo regimiento montado y otra de montaña, y protegido por dos escuadrones de lanceros, marché por el centro, y atravesando el Buceja por un vado, me lancé sobre el frente, siguiendo la direccion del camino que conduce al Fondak, llevando á mi derecha al general Quesada con dos batallones de su division.

Este ataque resuelto, los esfuerzos que hicieron las tropas de mi izquierda con el general conde de Reus y la marcha del general O'Donnell por la derecha, desconcertaron á los marroquíes y decidieron la jornada: el enemigo abandonó todas las posiciones que aun sostenia, y en la imposibilidad de reunirse porque habíamos atravesado y roto su estensa línea, se retiró precipitadamente en todas direcciones, llegando yo á situarme á las cinco de la tarde en las mismas posiciones en que tenia su campo, el cual habia levantado y retirado las tiendas con la mayor precipitacion.

El general Rios, venciendo todas las dificultades y en virtud de mis órdenes, vino á tomar posicion sobre el puente de Buceja, formando mi segunda línea y cubriendo mi comunicacion con Tetuan, que completaba el general Makenna con la primera division de reserva establecida entre el puente y la plaza, lo que me era de absoluta necesidad para retirar el crecido número de heridos que habíamos tenido durante la batalla.

Este hecho de armas ha sido uno de los mas empeñados de la campaña. El enemigo, viéndose atacado en sus mismos puestos y escogidas posiciones en la importante línea que, no solo conduce á Tánjer, sino á la capital del imperio, hizo esfuerzos estraordinarios: no solo el valor y el fanatismo lo conducian, sino que la rabia se habia apoderado

de él, y parecia el último y desesperado esfuerzo de un ejército que defiende su país y su independencia. No hubo una posicion perdida que no intentara recuperar, y se multiplicaron los hechos en que españoles y moros se mezclaron encomendando al arma blanca la decision de estas luchas, cuyo resultado siempre nos fué favorable.

Espresar con certeza las fuerzas que el enemigo presentó en combate en este dia es casi imposible: por todas partes se veian enjambres de moros de infantería y caballería que acudian incesantemente á tomar parte en la lucha, atacándonos donde mas cerca nos encontraba; así es que durante todo el dia combatimos desde la Aduana á un cuarto de hora del mar hasta la terminacion del valle de Vad-Ras, en una estension de mas de cuatro leguas; pero á juzgar por estas inmensas reuniones de hombres y por los datos recogidos, no bajarian las fuerzas marroquíes de 45 á 50,000 hombres.

Nada creo deber decir de nuestros soldados: la simple relacion de este hecho de armas basta para hacer comprender que su valor, exaltado por la resistencia, los llevó hasta el heroismo, y que no hubo obstáculo que no venciesen á pesar de batirse en un dia caloroso, y llevando, no solo su mochila, tienda y manta, sino seis dias de racion y 70 cartuchos, lo que constituye un peso enorme. Los jefes y oficiales, dando el ejemplo, se les veia siempre arrostrar los primeros el peligro, señalando á sus soldados el camino del honor y de la victoria; y, por último, los generales, no solo comprendieron y llenaron bien y cumplidamente mis instrucciones y órdenes, sino que en todos los momentos de crísis ellos fueron los que se lanzaron á decidirlos. Muchas veces, escelentísimo señor, me ha cabido la honra de recomendar á la consideracion de la reina nuestra señora este sufrido y resuelto ejército: sea una vez mas esta, y no por cierto en la que menos se ha hecho acreedor á ello.

Nuestra pérdida en este dia, consiste en un jefe, seis oficiales y 130 individuos de tropa muertos; 11 jefes, 90 oficiales y 855 individuos de tropa heridos, segun se espresa en el adjunto estado.

La del enemigo fué inmensa; me consta por los muertos que he visto en el campo de batalla, por lo que me dijeron los prisioneros, y últimamente, porque no me lo han podido ocultar los mismos moros que han venido á nuestro campo. Para mejor inteligencia de los diferentes

movimientos del ejército y del terreno en que se dió la batalla, remito á V. E. el adjunto croquis.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento de Tetuan, 30 de marzo de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Escmo. señor ministro interino de la guerra.

III.

Ya tenemos esplicada la batalla por el general en jefe.

Siguiendo ahora nuestra costumbre, vamos á entrar en ciertos pormenores, á dar cuenta de las noticias que se nos dieron en cartas particulares y á referir algunos importantes episodios.

Comencemos primero por la descripcion de Vad-Ras.

Vad-Ras, se decia en una correspondencia fechada el 24 de marzo, es un valle estrecho, que se prolonga de E. á O. y que forman de N. á S. varias colinas anchísimas por su base, lo que las da una pendiente suave, y en las que los moradores de la comarca tienen numerosos sembrados de granos. En medio de ellas se destacan muchos pueblecitos que se hacian antes notar por sus blanqueadas casas y que están cercados de grupos de árboles frondosos y llenos de lozanía. Era un paisaje sorprendente; pero un paisaje al que la guerra acaba de imprimir el sello peculiar de sus horrores; porque todos estos pueblos fueron entregados á las llamas la noche del 22 al 23 como medida de precaucion para evitar que sirviesen de refugio al enemigo con objeto de atacar traidoramente á nuestras tropas.

A la entrada de dicho valle hay un cerro cónico y elevado que hasta su misma cumbre presenta vestigios de estar habitado por el hombre.

Otras colinas mas bajas y escalonadas á los lados del valle se prolongan, en combinacion, digámoslo así, con las primeras que están incultas, hallándose cortadas por arroyos y praderas feracísimas para apacentar los ganados. En este sitio se veian acampados al dia siguiente de la accion los cuerpos á derecha é izquierda, elevándose por la parte al S. hasta la cima del monte cónico citado.

Por lo que toca á la batalla, una persona que tomó en ella parte

activa nos escribió algunos dias despues de ella la siguiente carta:

«El dia 23 á las cuatro de la mañana un cañonazo anunció el momento de batir tiendas: era preciso marchar á Tánjer, y en la mañana de este dia emprendimos la marcha; el sol que lo alumbró debia ser testigo de una nueva victoria, y quiso serlo tambien del luto con que las de esta clase se visten. El dia se empleó por completo en la lucha; los moros se presentaron en número mayor que nunca y la resistencia fué tenaz, bien pudieron hacerla 30,000 hombres. En las primeras alturas que se hallaron, las que estaban con anterioridad ocupadas por el enemigo, dió principio la batalla; por ellas ascendieron los batallones de Alcántara y Cataluña, logrando posesionarse del terreno, si bien con bastantes bajas. Al mismo tiempo la segunda division del segundo cuerpo tomaba la izquierda atravesando el rio con agua hasta la cintura, y entró en el llano sosteniendo en él un combate encarnizado, que duró mas de tres horas, rechazando constantemente á una turba inmensa de moros, los cuales dirigian sus certeros proyectiles sobre los descubiertos pechos de nuestros animosos soldados.

»El llano estaba cuajado de jaiques blancos, y lo ocupaban en toda su considerable extension un número próximamente de 3,000 caballos, que corrian en todas direcciones, atacando decididamente el punto que mas flaco les parecia, pero encontrando siempre una heróica resistencia. Los ginetes marroquíes, que con la mayor presuncion hacen alarde de su valor, llegaban hasta nuestras guerrillas; pero al ver adelantar una batería, se pusieron en vergonzosa fuga, buscando precipitadamente la salida. La division Rios apoyaba la derecha y evitaba se corriese el enemigo por ese lado, pero uno de sus batallones, que peleó con estraordinario entusiasmo, perdió noventa de sus soldados y diez de sus oficiales: este era el de cazadores de Tarifa. Todo el ejército tomó parte en la batalla y avanzaba decididamente. La artillería contribuyó eficazmente con sus acertados disparos, causando entre la caballería enemiga un pánico horroroso los cohetes.

»No hago mencion de la caballería, pues que no tomó una parte muy directa; es verdad se dieron algunas cargas, las que con serenidad esperan los ginetes enemigos; pero estos no tuvieron en este dia ocasion de luchar con ellos, cosa que al parecer desean. Nuestra infantería sostuvo la batalla en su mayor parte, defendiéndose mútuamen-

te los cuerpos para que el ejército siguiera adelante su marcha.

»El enemigo iba concentrándose en el monte y aproximándose forzosamente á la sierra de Benesidide, destinada por la Providencia á ser el sitio en donde la morisma habia de confesar su impotencia contra las armas españolas. A pesar del avance de nuestras tropas, los marroquíes disputaban las alturas con tenacidad, ocultándose en los espesos jarales, pero sin poder resistir á nuestras bayonetas: su desesperacion era marcada, y no dejaban en su ciego furor de aprovechar las retiradas de nuestras guerrillas para echarse encima y dar lugar á luchas parciales; hubo momentos en que todos se mezclaron, dando esto lugar á hechos verdaderamente heróicos, pero teniendo que lamentar en ellos horribles escenas. La última altura, que era á la vez la mas elevada, fué tomada por el batallon cazadores de Chiclana y por el regimiento de Navarra, sosteniendo el ataque el de Toledo: estos cuerpos y los de Albuera, Ciudad Rodrigo, Madrid, Alcántara, Baza, con toda la segunda division del segundo cuerpo de ejército fueron los que tomaron la parte mas activa en la final batalla del 23, que será inolvidable para el imperio de Marruecos.»

En otra carta que nos escribió un bizarro oficial de nuestros voluntarios, se leia este párrafo:

«El enemigo avanza; el general O' Donnell solo tiene tiempo para volver la vista, adivinar la sabia operacion del enemigo, y trata de rechazarla; entonces divisa al tercio catalan, y corriendo á él le dice: —¡Catalanes, á pasar el rio, y firme con ellos!—Pasa el tercio el rio, y en el momento de llegar á la orilla opuesta, arma la bayoneta, y al paso de carga llega á veinte pasos del enemigo. Este defiende esforzadamente el terreno, y al verse el tercio detenido, al grito de ¡viva la Reina! ¡viva Cataluña! empieza un espantoso fuego. El primer herido es el subteniente Serret, el segundo el teniente Artal; los voluntarios caen por docenas; pero el tercio, poseido de coraje, avanza rápidamente mezclándose con los árabes, que no pueden resistir el ímpetu de nuestros valientes. La caballería árabe nos carga, y es cargada á su vez por un escuadron de Albuera que, desconcertado, nos atropella. Tomamos un parapeto, y allí nos defendimos, cayendo el capitan Gimenez,

el teniente Rius y el abanderado; y yo hubiera sido hecho prisionero, sin el arrojo de dos voluntarios. En dos horas de combate 15 muertos y 123 heridos, sin que nadie nos socorriera. Dos batallas hemos tenido, y en ellas hemos esperimentado 211 bajas. Otra batalla mas, y el tercio catalan desaparece.»

Parapetado el enemigo tras algunas cabañas que á la izquierda habia, los catalanes se lanzaron para arrojarlo. Un escuadron de caballería del Príncipe se retiraba en el momento en que daba una carga otro del Rey.

Los voluntarios catalanes veian diezmadas sus filas al mortífero fuego que partia de aquella especie de parapetos. A su coronel, el bizarro D. Francisco Fort, le mataron el caballo.

Era ya el tercero ó cuarto que le mataban en la campaña.

—Los moros se han empeñado en que yo vaya á pié, dijo.

Y tuvo que continuar á pié, cojeando á causa de la herida, no bien curada, que recibiera en la batalla de Castillejos.

Digna es tambien de los tiempos heróicos la contestacion que los intrépidos voluntarios catalanes dieron á su paisano el general conde de Reus.

Díjoles este, despues de haberles dirigido, á consecuencia de tan sangrienta batalla algunas palabras que inflamaron su espíritu:

—Aun quedais bastantes para otra.

—Para otra y no mas, contestaron aquellos valientes.

Hé aquí en qué términos el coronel Fort dió cuenta de esta batalla á la Excma. Diputacion provincial de Barcelona:

Diputacion provincial de Barcelona.—Voluntarios de Cataluña.—Excma. Diputacion.—Recibida con segura satisfaccion la comunicacion de V. E., fecha 13 de los corrientes, cumple á este cuerpo darle cuenta de lo ocurrido desde aquella fecha, para orgullo de la Corporacion que representa tan dignamente los intereses de la provincia, cuyos hijos voluntariamente derraman con tanta abnegacion su sangre en estos campos de batalla, para honra del pueblo catalan.—En-

cargado de órden del Excmo. Sr. General en jefe y á propuesta del Excmo. Sr. General, conde de Reus, el dia 22 del que cursa, del mando interino de esta fuerza, y apenas restablecido de dos heridas recibidas en la batalla del 4 de febrero próximo pasado al lado de este puñado de valientes, nadie como yo pudo juzgar de su valor en aquella jornada. Emprendimos el movimiento el dia 23 con todo el ejército, á las órdenes del Excmo. Sr. conde de Reus; ardíamos todos en deseos de vengar el honor español y añadir, si posible es, un nuevo laurel á los que á cada paso adquiere este noble ejército, tan grande y heróico por su abnegacion y valor.—Atacados rudamente por la morisma en las lomas que bajan hasta el rio de Tetuan, á dos leguas de esta poblacion y camino de Tánjer, el ejército al grito de Viva la Reina avanzó las posiciones de la orilla derecha del rio y al frente, cuyo paso le disputaba el enemigo; en este momento este atacaba tambien la izquierda nuestra, tratando de ganar aquel flanco al ver que el ejército se hallaba ocupado por el frente y la derecha. Este momento fué elegido por el Excmo. Sr. General en jefe del ejército para lanzar á estas compañías á la carga atravesando el rio; como leones lo hicieron con agua hasta la cintura, cargando al otro lado de él para contener al enemigo. Un solo batallon del ejército, del regimiento de Granada, y un escuadron de Albuera se hallaban pocos momentos hacia en aquel punto. Mal parada por su corto número se hallaba aquella fuerza, aunque no cejaba un paso del sitio que ocupaba. Nuestros voluntarios atacaron denodadamente y por un momento retrocedieron los moros; reforzados, sin embargo, volvieron á la carga, y entonces la caballería de Albuera lo hizo á la morisma, rechazándolos largo trecho, pero al tropezar con mayores fuerzas enemigas, retrocedió envolviendo á la fuerza nuestra y los voluntarios; quedaron los nuestros, sin embargo, sosteniendo á nuestra caballería que se replegaba á retaguardia, sufrieron el peso de toda la carga enemiga, la contuvieron, y, luchando cuerpo á cuerpo, regaron de sangre el campo de batalla ganado á tanta costa á los moros.

Grandes rasgos de valor desplegaron los nuestros en aquellos momentos, y larga seria la enumeracion de ellos, siendo poco á propósito la índole de esta comunicacion para tan grandes hechos. Baste á V. E. para calcularlos que cubierto de muertos el campo, en cuatro horas de

fuego de posicion, sostuvo aquel grupo de valientes aquella posicion, pues tal eran las compañías de catalanes. Sobre noventa ó cien hombres heridos y muertos, siete oficiales fuera de combate, muerto mi caballo de dos balazos, los pocos que allí estaban juraron morir sosteniendo aquel punto tan interesante, pues de ello dependia el paso de nuestro victorioso ejército que adelante siempre, derrotaba en todas partes la morisma y ocupaba las crestas mas altas y las mas formidables posiciones.—Por el parte detallado del Excmo. señor general en jefe verá esta Excma. Diputacion la importancia de la batalla del 23.—Baste saber á V. E. que todos han cumplido y superado con esceso sus deberes, que estos bravos voluntarios hoy son la admiracion del ejército, y que el que suscribe no puede menos de recomendar á V. E. las familias de los que gloriosamente murieron en esta jornada, y á los bravos heridos que hoy quedan privados tal vez del sustento por efecto de su abnegacion y patriotismo.—Con la primera proporcion remitiré á V. E. dos espingardas y un sable moruno de los cogidos al enemigo; una de las primeras lo fué por el capitan de la tercera compañía de estos voluntarios, D. Martin de Rothenflue y Ortiz, cuyas armas en prenda del valor de nuestros voluntarios, si lo considera digno, puede conservar esa Excma. Diputacion en memoria de los bravos catalanes que tanta honra dan á su país.—Todo lo que tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V. E. para satisfaccion de todos los individuos que componen esa Corporacion.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Alturas frente al Fondak 24 de marzo de 1860.—Francisco M. Fort y Segura.—Excma. Diputacion provincial de Barcelona.—Es copia.—Duran y Bas.

D. Juan Antonio Viedma, distinguido poeta español, que seguia las operaciones del ejército, escribió á propósito de esta batalla la siguiente carta:

Campamento frente al enemigo, 24 de marzo.—Ayer á las cuatro de la mañana se levantaron los campamentos y á las seis avanzó este primer cuerpo, seguido de los demás. El enemigo empezó á presentarse en pequeños pelotones que se dispersaron pronto; pero solo habríamos andado media legua, cuando el vivísimo fuego que se oia á nuestra

derecha nos advirtió que la division Rios habia hallado al enemigo. Nosotros tardamos poco en encontrarle.

«El órden de batalla fué el llamado de «herradura,» describiendo el primero y segundo cuerpos una curva y apoyando las alas en Sierra Bermeja y el pequeño Atlas. Tuvimos que luchar con gente desesperada que se batia bizarramente. Su caballería acometió bien, y era de ver á nuestros soldados resistir con admirable serenidad.

»Uno de los moros de á caballo, vestido de grana, despreciando el fuego, se metió entre las guerrillas de los cazadores de Cataluña repartiendo mandobles á diestro y siniestro, hasta que sucumbió á manos de un bravo teniente de dicho batallon.

»Cuanto le diga á Vd. es poco sobre el arrojo y serenidad del soldado. Se veia con frecuencia cargar sobre las guerrillas grandes pelotones de caballería, y con la mayor serenidad se reunian nuestros soldados para formar grupos y pequeños cuadros, resistiendo y haciendo uso de sus armas con una precision admirable. La caballería negra, sobre todo, se batió bien. Su infantería sostuvo bien las posiciones, pero no es posible resistir el empuje de las cargas á la bayoneta de nuestra brava infantería.

»Lo mas difícil para el oficial es contener á los soldados que cuando oyen el grito de ¡viva España! se lanzan como leones, y ya no hay fuerza humana que los haga retroceder. Los oficiales por su parte dan un noble ejemplo, yendo siempre delante de sus soldados, sin mas defensa que su sable. Esta es la razon porque no guarda proporcion el número de bajas de la clase de oficiales con la de tropa. Refiriéndome solo á dos cuerpos, vemos que los cazadores de Madrid tuvieron 10 bajas de oficiales; Cataluña 4 y 15 Ciudad-Rodrigo.

»Escribo esta á las cuatro de la mañana, á la luz de una hoguera, y no puedo dar mas pormenores. Del regimiento de Navarra sabemos que se ha cubierto de gloria.

»El enemigo fué dispersado, y si nos lo hubiera permitido el mucho peso que el soldado llevaba, los hubiéramos cortado, apoderándonos de su campamento. Baste decir, que nuestros soldados llevaban ocho raciones en el morral, la mochila llena tambien, la manta, ocho paquetes de cartuchos, el fusil y la tienda. Hemos plantado nuestro campamento donde el enemigo tenia el suyo.

«La artillería estuvo como siempre, acertadísima; el regimiento lanceros del Rey y el de la Albuera, se batieron bizarramente, recibiendo una ligera herida el general Alcalá Galiano.

»Entre los hechos dignos de mencionarse, lo es el del antiguo teniente de Borbon don Federico Belmonte, de quien hablé á ustedes en una de mis anteriores. Ya dije que despues de pedir su retiro volvió voluntariamente de soldado, hallándose entre nosotros desde el 10 de este mes. Belmonte, vestido de soldado y seguido del cabo de la primera de granaderos José María Calvo, atacaron ambos al enemigo hasta mezclarse con él y sostener un largo combate cuerpo á cuerpo, logrando con el mayor arrojo causar muchas bajas en el peloton que los rodeaba y dispersar el resto.

»Apenas lo supo el general, mandó llamar á Belmonte y le preguntó:—«¿Es Vd. soldado?—Sí señor» (contestó este terciando el arma): «soy soldado: antes fuí teniente del regimiento de Borbon: me marché con licencia absoluta por una causa muy atendible de familia, pero la voz pública me condenaba, y no quise omitir nada en defensa de mi patria.»

»El duque de Tetuan le devolvió en el momento su antiguo empleo en nombre de la reina, y todos aplaudimos tan honrosa conducta.»

El corresponsal del Diario de Barcelona escribió lo siguiente:

«La izquierda nuestra se vió envuelta por algunos momentos, cargada por fuerzas desproporcionadamente superiores: entonces fué cuando el general Prim corrió en su ausilio con los batallones de Baza, Ciudad-Rodrigo, como dije en la mia de ayer, un batallon de Leon y cuatro compañías del regimiento de Zaragoza, que arrollaron todo cuanto encontraron á su paso. En toda esta campaña el conde de Reus ha sido quien siempre que ha habido algunas fuerzas comprometidas ha corrido á salvarlas con su arrojo.

»Nuestros pobres voluntarios se batian á vanguardia con el valor que les distingue. Cargados por una multitud de ginetes, no quisieron volverles la espalda; sin embargo, su corto número y su falta de instruccion táctica ni les permitió imponer al enemigo ni formar el cuadro. No queriendo dar un paso atrás se agruparon y resistieron lo

mejor que pudieron. El grupo tenia pocos fuegos y los ginetes enemigos pudieron llegar hasta ellos y acuchillar á muchos. Si es verdad que los voluntarios catalanes han tenido muchas bajas, casi todos son heridos ó pisoteados y á proporcion es bastante corto el número de muertos.

«La jornada del 23 ha sido muy gloriosa para las armas españolas, y las pérdidas no fueron tan grandes como se creyó en el primer momento.»

El jefe de los cazadores de Madrid, valiente militar, venia en una camilla. Al caer, su hijo, oficial del propio regimiento, acudió á él.—«No, hijo, retírate; toma esta cartera.»—El hijo no abandona á su padre; saca su rewolver para hacer frente á los moros que se echaban encima; pero recibe un balazo, que afortunadamente se estrella en la chapa del cinturon, cayendo junto al autor de sus dias. Uno y otro fueron socorridos por los soldados del regimiento del mando del padre, el cual con su hijo pudo ser retirado del paraje en que habian caido.

Hé aquí otro no menos brillante episodio. Se habia tocado para que se retirase una guerrilla, porque por aquel lado cargaba un gran grupo de caballería mora. Todos se retiraron menos un soldado que se quedó acurrucado tras de una mata que apenas lo cubria.

Con seguro pulso y por un rato estuvo apuntando al jefe moro, que llevaba en la mano una bandera carmesí, hasta que lo tuvo encañado á su satisfaccion.

Disparó entonces y cayó del caballo el moro con la bandera.

Los suyos lo recogieron al momento.

El soldado se levantó de detrás de la mata y fué con sereno paso á incorporarse á su guerrilla, que estaba ya á buena distancia.

Una prueba de furor de los moros. Habia sido destruido un aduar; estaba ardiendo; un batallon estaba á uno de sus lados, de manera que pasaban los soldados en sus idas y venidas por una vereda que se hallaba junto á la que estaba ardiendo. Cuando menos se pensaba y al cruzar

un soldado, salta de las ruinas candentes un moro, gumía en mano y cae sobre el soldado que deja muerto en el acto. En el mismo acto fué destrozado el moro por las bayonetas de la tropa que presenció su salida de las ruinas. El moro se habia ocultado en el registro hecho, y salió para matar al soldado, sabiendo sin duda que iba á morir.

Fueron innumerables las pruebas de inteligencia y serena intrepidez ofrecidas por el general su jefe, siempre presente donde la necesidad lo exigía ó lo llamaba el peligro, é infinitos los hechos de bravura que el ejército admiró en el conde de Reus y demás caudillos, dignos del renombre que con su valor y acierto habian conquistado en aquella lucha.

Los accidentes episódicos de esta brillante batalla, grande por la estension de la línea, mas todavía por la resistencia de los marroquíes, como nunca tenaces, y mayor aun por su resultado final, fueron infinitos.

Ya hemos contado algunos y nos falta aun que referir otros que estractamos de correspondencias y documentos oficiales.

En una de las horas mas rudas del combate, cuando mas arreciaba el nutrido fuego que hacia el enemigo desde una altura, resguardado por varias casuchas que le servian de parapetos, el jefe de estado mayor general, señor García, viendo la apurada situacion de las fuerzas que atacaban aquellas posiciones, cargó sobre ellas al frente de dos compañías y una escolta de guardias civiles de á caballo. Su llegada reanimó el valor de los soldados, y bien pronto arrojaron de allí al enemigo. Al llegar se encontraron dentro de un pozo un soldado que sin duda se habia arrojado en él como único medio de salvar su vida. Los guardias civiles apercibidos de ello, formaron instantáneamente un cable con las bridas de los caballos y lo sacaron ileso. A los pocos instantes, se hallaba cargando con singular arrojo contra los marroquíes, que volvieron á acometer con nuevos brios aquel punto.

En una carta, escrita por el Sr. Freau, digno médico de Valencia

que tiene prestados muy buenos servicios, y que pasó voluntariamente al Africa, se leian los siguientes detalles:

«Continuábamos adelantando y muy luego íbamos pasando entre dos fuegos, donde milagrosamente nos íbamos salvando.

Yo me veia obligado á detenerme á cada paso. Heridos de diferentes cuerpos nos llamaban al pasar, y nos llamaban de un modo que verdaderamente me trastornaba.—Me acuerdo sobre todo de un comandante de caballería que pasaba por nuestro lado diciendo: ¡Dios mio! mi hermano muerto y yo pasado!

«Allí estuvimos algun rato frente al fuego y donde la artillería, que tan gran papel ha hecho en toda la campaña, enviaba al enemigo contínuas granadas que pasaban silbando atrozmente por encima de nuestras cabezas. No hicimos mas que adelantar un poco, cuando me trajeron un herido que habia recibido un balazo en el cuello, donde habia interesado vasos muy importantes. El infeliz me pedia por Dios que lo curase.—No hice mas que detenerme un instante cuando llamo al cabo botiquin y ya habia pasado, llamo á los soldados, pero no habia ninguno, porque todos habian marchado apresuradamente al paso de ataque.—No puede usted figurarse lo que padecí aquel rato: los moros nos estaban viendo, y yo por otra parte no tenia vendajes ni nada. —Rasgué la camisa del infeliz, tomé su faja y allí lo curé como pude curarlo.—¿Pero cómo salia yo de allí? ¿Y dónde iba yo?

En esto pasó algo léjos un soldado de Albuera y lo llamé en seguida. —El pobre me obedeció y nos marchamos juntos; pero los moros veian nuestra pareja y nos dirigian tiros incesantes.—Bajamos los dos á un barranco para buscar un abrigo, y tan cierto es que nosotros éramos en aquel entonces el blanco de sus espingardas, como que las balas caian con estrépito sobre las peñas que teníamos delante.

¡Cuánto nos costó el poder salir de aquel barranco! ¡Cuántas fatigas hasta unirme con los mios!»

Nuestra línea de batalla ocupaba una estension inmensa, y lo mas recio del combate hubo de ser en una garganta larga y estrecha donde no se desperdiciaba un tiro.

Posicion hubo que tres veces fué abandonada y otras tantas recobrada á la bayoneta.

Los moros por primera vez dejaron de recoger sus muertos y el campo estaba sembrado de ellos. Nuestra artillería acabó con todas las municiones, y los moros, espantados al fin de los estragos que veian á su alrededor, dieron á huir despavoridos.

Dos de los jefes marroquíes quedaron muertos en la batalla sobre las trincheras artilladas que defendian, y que no quisieron abandonar, aun cuando las vieron cubiertas de cadáveres de sus soldados.

Los moros habian formado particular empeño en apoderarse del convoy que seguia á nuestro ejército, para lo cual hicieron desesperados esfuerzos, pero fueron rechazados siempre que lo intentaron.

Es indudable que en esta batalla dieron los moros las pruebas mas completas de un valor que rayaba en temeridad y desesperacion. Pelearon hasta á bocados como lobos rabiosos, y hubo alguno que logró penetrar en un cuadro donde hizo varias víctimas hasta que cayó acribillado á bayonetazos.

Hé aquí como una correspondencia de Tetuan refirió el horrible martirio sufrido por D. Juan Ruiz, teniente del primer batallon de Navarra, en la jornada que estamos refiriendo:

«Este valiente y malogrado jóven, que habia pasado voluntariamente á tomar parte en la campaña, despues de fracturarle por dos partes la pierna derecha en el momento glorioso de cargar á la bayoneta sobre el aduar de Amsan, cayó al suelo, y allí le destruyeron el cráneo, y la cara con un sin número de sablazos y golpes de gumía; le acribillaron el cuerpo de heridas, y, por último, le cortaron tres dedos de la mano derecha para apoderarse del revolwer con que pretendia defenderse casi moribundo. Socorrido conveniente y oportunamente por los individuos de sanidad militar, que se hallaban á tiro de pistola del sitio de la catástrofe, se le condujo al hospital de Tetuan, donde todavía pudo testar y preparar su alma para la vida eterna, á donde pasó el 27 por la mañana.»

El verdadero resúmen de las bajas que tuvimos en la batalla del 23 es el siguiente:

	Muertos.	Heridos.	Total general.
Generales.	»	1	1
Jefes.	1	16	17
Oficiales.	6	87	93
Capellan.	»	1	1
Tropa.	130	1,020	1,156
Total fuera de combate.			1,268

Otro hecho, y terminamos con él los episodios de esta batalla para siempre memorable.

Es un hecho, ó mejor una frase del general Prim, que nos ha sido contada por quien la recogió de sus mismos labios.

No hay que referir que Prim estuvo indomable de valor. Ya lo hemos dicho y ya lo sabe tambien Europa toda. En lo mas fuerte del combate se le acercó una persona amiga suya y le manifestó que era una imprudencia la que cometia esponiéndose á las balas enemigas.

—No hay cuidado, contestó Prim. Las balas vienen todas con *sobre* y ningun *sobre* va dirigido á mí.

LA PAZ.

I.

La batalla de Vad-Ras que, segun vamos á ver, dió por resultado la terminacion de la guerra, fué gloriosa y grande, abundando en hechos particulares, de heroismo unos y de desesperacion otros. Momentos hubo, nos escribió un amigo, en que no se podia menos de victorear al ejército, y uno de ellos fué el desfile por el puente formando ya en el llano al otro lado del rio en masas que, á medida que marchaban, lo hacian con mas inminente peligro, pero con la mayor firmeza y con un órden admirable, mientras todas las bandas tocaban marchas.

Por la noche el ejército acampó casi en los mismos sitios ocupados por el enemigo durante la batalla.

El cuartel general quedó situado en la loma de una colina que avanza hasta el valle, especie de puerto donde el algarrobo crece con gran robustez.

Tras esta loma, sobre otra colina, se colocó el tercer cuerpo de ejército: los de Prim y Echagüe establecieron sus tiendas mas adelante, sobre unas elevadas sierras que daban frente á la que servia de asilo al ejército enemigo, cuyas fogatas se vieron durante toda la noche sobre una inmensa elevacion.

En esta disposicion amaneció el dia 24 nuestro ejército, y cuando se creia recibir la órden para marchar, se presentó un parlamentario en el campamento.

La batalla del dia anterior, en que los moros habian sufrido la mas sangrienta derrota, puso de relieve á Muley Abbas, la absoluta imposibilidad de detener á nuestro ejército, y le convenció de que esponia inutilmente su patria á los horrores y plagas de la guerra.

En su consecuencia pues, se presentó el jefe de la caballería negra Hadch Ajmat el Chabli acompañado de un intérprete, portador de una carta de Muley Abbas, pidiendo á nuestro general en jefe una entrevista en la cual tratarian y desde luego firmarian lo que tratasen. El general en jefe contestó que estaba ya cansado de tantas conferencias inútiles, y que si á las seis y media de la mañana siguiente no se le avisaba la hora de la entrevista, seguiria su marcha para el Fondack.

Se dió por el pronto la órden de suspender la marcha aquel dia, pero con la prevencion de que al siguiente dia, 25, se dispararia por la madrugada un cañonazo como señal de que se empezara á desfilar.

Todo el dia 24 se pasó en observacion.

Un amigo, colocado con su compañía en lo alto de un cerro, nos escribió lo siguiente:

«Desde nuestra altura veíamos cuanto pasaba en el cuartel general, los movimientos de todos los cuerpos y, lo que era mas interesante, el de los moros. Por todos lados se veian grupos numerosísimos de ellos; cordones que desfilaban por sus veredas, verdaderas sendas de perdices, compuestos de doscientos y mas individuos; ginetes sueltos que iban y venian disparando sus armas, las que emplean como telégrafo; y se observaba tambien descender por todas las vertientes las kábilas que se iban reconcentrando en un mismo punto, pero fuera del alcance de nuestra vista. Todas estas observaciones hacian creer con sobrado fundamento que iba muy próximamente á tener lugar otra batalla, todo presagiaba una nueva jornada, pero de mayores estragos que la anterior, y en esta conviccion, y algunos con la duda, nos metimos en las tiendas á esperar el nuevo dia.»

II.

Al dia siguiente por la mañana y á la hora convenida sonó el estampido del cañon anunciando la marcha.

Preparábase el ejército para emprender su camino, cuando, con toda la rapidez de su caballo, llegó al campamento el mismo mensajero de la víspera, Hadch Ajmad el Chabli. Llegó solo, porque temiendo retardar, habia apretado los hijares de su caballo y dejado atrás los tres moros de rey que le acompañaban.

Saludó al general en jefe, y por medio del intérprete le manifestó que Muley Abbas llegaria dos horas despues, que él habia salido del Fondack á las tres de la madrugada, pero que su príncipe debia haber salido á las cinco y cuarto por tener que hacer sus rezos á las cinco.

Todo el ejército habia ya batido tiendas, lo cual no dejaba de inquietar al caudillo moro el cual por fin acabó por preguntar la causa, contestándole que era para emprender la marcha á la hora fijada, á las seis y media en punto. Pidió entonces papel y pluma, escribió una carta, y mandó á dos de los moros de su escolta, que ya habian llegado, para que se la llevaran á Muley Abbas.

Impaciente el parlamentario, montó tambien á caballo y por órden del general en jefe le acompañaron uno de sus ayudantes y el intérprete Anibal Reynaldi, con algunos ordenanzas de á caballo y doce ingenieros que habian de armar su tienda.

Estos señores llegaron el valle inmediato é iba á levantarse allí la tienda, pero se opuso el emisario moro porque, segun dijo, era un punto aislado, habia poca fuerza en los alrededores y los moros de la montaña podian bajar con el deseo de robarla.

En el ínterin, el general en jefe habia mandado tocar órden general disponiendo que, sin armar tiendas, comiese la tropa un rancho, reservando la racion de carne distribuida el dia anterior.

A los pocos momentos se divisaron á lo léjos un considerable número de soldados marroquíes de caballería, y el enviado de Muley Abbas partió á galope para recibirlos y avisar á su príncipe para que se esperara.

Levantóse á toda prisa una tienda á la sombra de dos corpulentos algarrobos, que crecen á la orilla del camino, y á la hora convenida marchó á ella el general Odonnell, acompañado de los demás generales y de una escolta de coraceros con uniforme de gala, y de guardia civil de caballería. El príncipe marroquí llegó cerca el lugar donde se hallaba la tienda de campaña precedido de cuatro ó seis moros de rey; vestia chaqueta y pantalon verde con ropon morado, y un bonito alquicel

celeste llevando á su derecha é izquierda dos moros con banderas azules y rojas. Detrás iba la escolta, compuesta de unos ochenta caballos. El jefe marroquí montaba un brioso alazan de pelo tordo.

El general Odonnell vestia su ropa de campaña, sencilla y estropeada por el trabajo.

Adelantáronse nuestro caudillo y el príncipe moro para salirse al encuentro, dejando uno y otro, á medio cuarto de legua, su respectivo cuartel general.

El caudillo español saludó con deferencia y con respeto al príncipe moro. Dos negros que acompañaban á Muley-el-Abbas, decian cuando su príncipe pasaba por delante de sus tropas: «Saludad á nuestro señor» y los otros contestaban: «Dios te salude, señor,» y lo mismo hacian con todos los moros que pasaban. Ya dentro de la tienda, en donde solo entraron el duque de Tetuan, Muley-el-Abbas, el general García, el intérprete español Annibal Reynaldi, y el intérprete moro, entró un negro con un par de babuchas, que se puso Muley-el-Abbas. El duque de Tetuan, por medio de su intérprete ofreció dulces y refrescos al príncipe moro; pero este contestó que no podia aceptar esta atencion, porque ayunaba á causa de estar en el mes del *Ramadan*, ó lo que es lo mismo, en su cuaresma.

El duque de Tetuan llevaba dos ejemplares de las bases uno en español y otro en árabe. La conferencia duró dos horas.

Aceptó el príncipe marroquí las bases y firmáronse los preliminares de la paz, siguiéndose despues una conversacion, durante la cual Muley-Abbas manifestó que le dolia mucho un dedo. Nuestro general en jefe mandó entonces llamar á uno de los facultativos del cuerpo de sanidad militar, el Sr. Santucho, quien, haciendo diversas preguntas al príncipe, supo que el dolor era causado por un perdigon que se le introdujera en el dedo hacia ya cinco años, dolor que se recrudecia siempre que hacia mal tiempo ó escribia mucho. El Sr. Santucho le propinó en español el método que debia observar y Annibal Reynaldi lo tradujo al árabe.

El duque de Tetuan dijo al príncipe que, si lo juzgaba conveniente, iria con él el facultativo hasta curarle completamente, pero el príncipe rehusó la oferta agradeciéndola, y diciendo que la admitiria si no sanaba con el plan curativo.

Uno y otro caudillo se despidieron entonces cordialmente, y el general en jefe dijo al príncipe que debia ir á España, que nuestra reina era muy buena, muy noble y muy generosa y le enviaria un vapor para llevarle á Alicante y que desde allí por el ferro-carril se trasladaria á Madrid. Muley Abbas contestó que, como pudiese, aceptaria con gusto y que no perdia la esperanza de ir á España.

Se abatió la tienda en que se habia firmado la paz y fueron mandados guardar los objetos en ella puestos para la conferencia, la mesa, los dos asientos, el tintero, la pluma, etc. El general Rios apartó el banco de tigera en que habia estado sentado el príncipe musulman para regalarlo á la ciudad de Cádiz como monumento histórico.

El mismo general habia enviado tambien á Sevilla la llave de la puerta de la Reina en Tetuan, dentro de una cajita hecha por los mismos moros, como muestra del estado de sus artes.

III.

Inmediatamente despues de firmados los preliminares de la paz, el hermano del emperador de Marruecos, Muley Abbas mandó á varios jefes de sus tropas que comunicaran á todas las tribus y kábilas, la siguiente lacónica órden general:

«La paz con España está firmada. El moro que cause daño á los españoles, será degollado.»

El general Odonell publicó la siguiente órden general del 25 de marzo de 1860 en el campamento de *Beni-Seder*.

Soldados: La campaña de Africa, que tanto ha elevado la gloria y el nombre del ejército español, ha terminado hoy: los resultados de la batalla del 23 han hecho conocer á los marroquíes que la lucha no era ya posible. Han pedido la paz aceptando las condiciones antes rechazadas. Muley-el-Abbas, príncipe imperial y generalísimo, ha venido á nuestro campo á firmar las bases preliminares de ella.

Todas las dificultades que nos han opuesto, un país inhospitalario, sin caminos, sin poblacion, sin recursos de ninguna especie, en medio de uno de los mas duros inviernos y cuando el terrible azote del cóle-

ra venia á aumentar las penalidades y á disminuir nuestras filas, no han abatido vuestra constancia, y os he encontrado siempre contentos y dispuestos á llenar la noble mision que la reina y la patria nos habian confiado.

Esta queda cumplida. Dos batallas y veinte y tres combates, en los que siempre habeis sido vencedores de un enemigo numeroso, valiente y fanático, tomándole su artillería, tiendas, municiones y bagajes, han vengado el ultraje hecho al pabellon español.

Las indemnizaciones que en terreno y en dinero se obliga á darnos el gobierno marroquí, compensan los sacrificios que la patria ha hecho para vengar la ofensa recibida.

Soldados: siempre recordaré con noble orgullo los rasgos de valor y de heroismo de que he sido testigo, y en todos tiempos contad con el sincero afecto de vuestro general en jefe. —*Leopoldo Odonell.*

El mismo general en jefe participó al gobierno este importante acontecimiento en los términos siguientes, segun lo publicó la *Gaceta:*

MINISTERIO DE ESTADO.

El Excmo. Sr. general en jefe del ejército de Africa dice al Excmo. señor presidente interino del consejo de ministros y ministro de estado, con fecha 25 del mes actual, desde el campamento de Gualdrás lo siguiente:

«Excmo. Sr.: Los comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi campamento con una carta del Califa en que me encarecia vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenia yo dispuesto emprender un movimiento, cuyo resultado debia ser el forzar el paso del Fondack, y, deseoso de no retardarlo, le contesté que si admitia el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocia y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendria gustoso, pero que de no avisarme á dicha hora, emprenderia mi operacion.

Ya habia el ejército batido tiendas y dispuéstose á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiria á la entrevista entre ocho y nueve de la

mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas para recibirlo, y cuando se aproximó salí á su encuentro, dejando mi cuartel general y escolta á trescientos pasos y acompañado solo de los generales.

En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificacion de ser de 400 millones la indemnizacion en vez de ser de 500.

La insistencia con que pedia la paz; su elevada condicion de Califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnizacion: no me pareció generoso para mi patria humillar mas á un enemigo, que si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convenimos en celebrar una suspension de armas, á contar de este dia, y nos separamos despues de firmar ambos los preliminares y el armisticio, que remito á V. E. originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.

Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M. Dios guarde á V. E muchos años. Campamento de Gualdrás 25 de marzo de 1860.—Firmado.—*Leopoldo Odonell.*

BASES PRELIMINARES

para la celebracion de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre don Leopoldo Odonell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en jefe del ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe.

Don Leopoldo Odonell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizado debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebracion del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.° S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el ter-

ritorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.° Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.° S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.° Como justa indemnizacion por los gastos de la guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas la suma de 20.000,000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.° La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.° Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Art. 7.° Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que mas convenga para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos estados.

Art. 8.° S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánjer.

Art. 9.° S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos, estiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que en ningun

caso escederá de 30 dias á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—*Leopoldo Odonell.*—Firmado.—*Muley-el-Abbas.*

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo Odonell, duque de Tetuan, capitan general en jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del Imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, desde este dia cesará toda hostilidad entre los dos ejércitos, siendo la línea divisória de ambos el puente de Buseja.

Los infrascritos darán las órdenes mas terminantes á sus respectivos ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kábilas, y si en algun caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altere la paz.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—*Leopoldo Odonell.*—Firmado.—*Muley-el-Abbas.*

S. M. la Reina, añadia la *Gaceta*, de acuerdo con el Consejo de Ministros, se ha servido aprobar los preliminares de paz y el armisticio que anteceden, firmados por el general en jefe del ejército en su real nombre y en virtud de los plenos poderes que se habia dignado conferirle.

IV.

El 25 por la tarde salió para España el general D. Enrique Odonell con pliegos para el gobierno.

Este mismo dia á las tres de la tarde se recibió en Tetuan la noticia de haberse firmado la paz. Hubo repique de campanas en la iglesia católica y seguidamente entró una division y luego el general en jefe, á quien saludó la Alcazaba con veinte y un cañonazos. Los hebreos cerraron sus tiendas y vistieron sus galas para esperar al duque, á quien recibieron dando vivas á la reina de España.

Hé aquí lo que, despues de habernos hablado de la conferencia entre

el príncipe marroquí y el general en jefe, nos escribian desde el campamento:

«Inmediatamente que Muley-Abbas se retiró, se dió órden para regresar y acampar en los mismos puntos que teníamos el 23. Nosotros que, como dije á Vd., estábamos en conversacion con las águilas, empezamos á descender de la altura con bastante dificultad, pues los jarales espesísimos que la cubren entorpecian el paso; llegamos al llano, y allí ví desfilar á los catalanes que tan bizarramente se han batido en las dos batallas de la campaña, pero que desgraciadamente han quedado reducidos á su mitad; han muerto con gloria y llenos de entusiasmo; conservémosles al menos un constante recuerdo. Todos los cuerpos del ejército se habian preparado para emprender la marcha, que se verificó en el orden siguiente: primero el del general Rios; parte del bagaje, tercer cuerpo, primero, bagajes, y á retaguardia el segundo al mando del conde de Reus; este cuerpo ha sido el último que ha abandonado el sitio de la batalla. Es de notar que los moros se mezclaron con nosotros en el instante mismo que nos preparábamos para venir, y buscaban todos con avidez los restos de galleta que quedaban abandonados; de cada mata aparecia uno, y de la maleza que estaba al pié de nuestras trincheras, salieron en número de veinte y cinco ó treinta, armados todos, y pasaron la noche ocultamente á nuestro lado. Algunos, recelosos, no quisieron abandonar la vecindad de algunas rocas algo elevadas, y otros permanecian inmóviles junto á las puertas de su aduar, humeante todavía. El terreno que un dia antes se habia disputado, y que tan obstinadamente se defendia del vigoroso ataque de nuestras fuerzas, lo atravesábamos tranquilos y acompañados de los que fueron enemigos; muchos rastros quedaban todavía que mantenian fresco el recuerdo de la batalla, pero nadie hacia alto en ellos, el deseo de abandonar aquellos lugares prevalecia; solo al atravesar un campo que sirvió de campamento á los moros produjo la hilaridad entre los soldados el ver que solo las naranjas eran el alimento de sus adversarios; nada habia sobre el terreno que no fueran cáscaras de esta fruta, ni tampoco nada indicaba qué hubieran tenido otra cosa que comer: los soldados lo comentaban á su modo, y era preciso reirse á la par de ellos. El dia nos permitió llegar hasta el puente, y á la orilla izquierda del rio acampamos. El 26 á las diez de la mañana batimos

tiendas, y una hora despues emprendimos nuevamente la marcha. Antes de abandonar aquel sitio vimos llegar hácia nosotros pelotones grandes de moros, á quienes la curiosidad atraia para examinarnos á su placer y reconocer nuestras armas; los tipos eran muy diversos, las estaturas todas elevadas: los moros de rey que anticipadamente habia mandado Muley-Abbas para que nadie incomodase al ejército, y que se hallaban en toda línea por donde debíamos pasar, mandaban á los de las kábilas retirarse á alguna distancia de nosotros, admirándonos á todos la autoridad que ejercen sobre los demás. Un solo moro de rey á caballo hacia huir á un centenar de hombres, y si alguno no obedecia su voz, en el instante sufria callando los golpes de gumía con que era castigado. En la tienda de Prim estuvieron algunos jefes, los que no quisieron admitir ninguno de los obsequios con que el general les brindaba, por ser un dia de ayuno para ellos, y ni á las repetidas instancias suyas se atrevieron á fumar. Los marroquíes manifestaron al general sus simpatías por los españoles, reconociendo su nobleza y su generosidad, y se despidieron pidiendo, para conservarle, el nombre del conde de Reus, en cambio de los suyos que dejaron escritos.

»Durante la marcha, que fué muy incómoda á causa del fuertísimo levante, encontramos en el camino de diez á doce mil moros, que nos flanquearon los unos, y que nos veian pasar los otros; y en los diferentes altos que hicimos, nos poníamos á conversar con ellos, y aprovechaban estos ratos para comerciar con sus espingardas y gumías, que vendian á diez y mas duros, haciéndolas subir hasta quinientos reales. Les llamaban mucho la atencion los revolvers y hacian mil gesticulaciones á la vista de un reloj, saltando y riéndose cuando les dábamos un espejo para que se miraran. ¡Qué variacion tan repentina! ¡Qué contrastes! Esos mismos hombres, furiosos antes y manchados con la sangre española sus vestidos, venian á darnos la mano y á señalar el cielo, repitiendo los nombres de España y Alá; ellos que morian horas antes primero que dejarse arrebatar su arma, la entregaban con la mayor confianza, para que la examináramos y viéramos; de todos modos, ya que Dios los puso á ellos en Africa y á nosotros en España, ocupemos nuestros respectivos paises sin tratar de variar la ley de la naturaleza. A las tres horas de marcha entraban las tropas al son de las músicas en sus campamentos respéc-

tivos, en las inmediaciones de Tetuan, campamentos que habian ocupado ya por espacio de cuarenta y seis dias, y que solo han abandonado por setenta y dos horas, durante las cuales han sucedido los acontecimientos mas importantes, la gran batalla y la paz.»

V.

A consecuencia de la insolacion tomada por el ejército en los dias 23, 24 y 25, el cólera se desarrolló nuevamente de una manera alarmante, habiendo tenido 900 enfermos y estos en el mayor abandono, pues no se cuidó de llevar una mala botica ni se podia disponer de lo mas indispensable.

El 26 se envió á Muley Abbas una carta para el canje de prisioneros, á lo cual accedió. Nuestro general en jefe habia dado órden para que á cada prisionero marroquí, curado ya totalmente, se le entregaran cinco duros por su cuenta y que se les escoltara hasta Tetuan. A los que no estuviesen completamente curados y se hallaban en los hospitales de Ceuta y Málaga, debia continuarse asistiéndoles hasta su completa curacion.

El mismo dia 26 el general Odonell, completamente convencido de la buena fe con que Muley Abbas habia firmado los preliminares de la paz, dictó las correspondientes disposiciones para que parte del ejército volviese á la península, dando la siguiente:

Orden general del 27 de abril en la plaza de Tetuan.

Habiéndose convenido entre los dos plenipotenciarios de S. M. la reina nuestra señora y de S. M. el emperador de Marruecos, en los artículos correspondientes al tratado de paz entre ambas naciones, ha dispuesto el Excmo. Sr. capitan general y en jefe que queden constituidos el cuerpo de ocupacion de Tetuan y de Ceuta, mientras tenga lugar el completo pago de la indemnizacion de guerra, en la forma siguiente:

Artículo 1.° El cuerpo de ocupacion de Tetuan, comandante en jefe el teniente general D. Diego de los Rios y Rubio: estado mayor, jefe,

el brigadier coronel D. Miguel de la Puente y Campana; segundo jefe, el coronel teniente coronel del cuerpo, D. Juan Montero; teniente coronel capitan, D. Rafael Asia; comandante capitan D. José Nicolau; administracion militar, el comisario de guerra D. Antonio Santos Izquierdo, con el personal correspondiente; sanidad militar, jefe, el subinspector de segunda clase D. Sebastian Cabanes, con el personal correspondiente.

PRIMERA DIVISION.

General, el mariscal de campo D. Joaquin Morales Rada; estado mayor, el coronel comandante D. Hipólito Obregon; coronel capitan, D. Ramon Aguirre.

Primera Brigada.

Jefe, el brigadier D. Francisco Naneti; estado mayor, comandante capitan D. Ramon Alonso; fuerzas, 6.° batallon de marina; regimiento infantería de Zaragoza, dos batallones; un batallon del de Soria; batallon cazadores de Tarifa.

Segunda Brigada.

Jefe, el brigadier D. Calixto Artaga; estado mayor, el capitan comandante D. Manuel Ibarreta; fuerzas, regimiento infantería de Iberia, dos batallones; otro de América; otro de Mallorca, y otro de Estremadura.

SEGUNDA DIVISION.

Jefe, el brigadier D. Jacinto Elío; estado mayor, jefe, el coronel comandante D. Nicolás Llovet; comandante capitan, D. Gregorio Neira.

Primera brigada.

Jefe, el brigadier D. Cárlos Quirós; estado mayor, el comandante capitan, D. Pedro Mendibiela; fuerzas, regimiento infantería de la Princesa, dos batallones; otro de Cantabria; batallon cazadores de Simancas; idem de Figueras.

Segunda brigada.

Jefe, el brigadier D. Félix Sanchez; estado mayor, el comandante capitan, D. José Estraux; fuerzas, regimiento infantería de Bailen, un batallon; otro de Africa; otro de San Fernando; batallon cazadores de Llerena; otro de Ciudad-Rodrigo.

Brigada de caballería.

Jefe, el brigadier D. José Chinchilla; estado mayor, el comandante capitan D. Patricio Homale; fuerzas, dos escuadrones de coraceros de Farnesio; dos de Villaviciosa; otro de Santiago y dos escuadrones de cazadores de Albuera.

Artillería.

Comandante general del cuerpo de ejército, el comandante del arma en la plaza de Tetuan, el coronel D. Joaquin Vivanco y Leon; fuerza, un batallon del tercer regimiento, tres compañías del regimiento montado con doce piezas; primer regimiento de montaña, cuatro compañías con 24 piezas.

Ingenieros.

Comandante general de dicho cuerpo y comandante de Tetuan, el coronel D. Pedro Eguia; fuerza, cuatro compañías del primer batallon.

Art. 2.° Division de ocupacion de Ceuta.—Comandante general, el mariscal de campo D. Manuel Gasset; estado mayor, jefe, el coronel comandante D. Sandalio Sancha; capitan D. José Sancho Molero; administracion militar, comisario de guerra, jefe, D. José Robles, con el personal correspondiente; sanidad militar, el médico mayor don Jaime Vila y Pons, con el personal correspondiente.

Primera brigada.

Jefe, el brigadier D. Juan García; estado mayor, el capitan D. José Jimenez Moreno; fuerza, el regimiento infantería del Rey, dos batallones; batallon cazadores de Cataluña.

Segunda brigada.

Jefe, el brigadier D (en blanco); estado mayor, el capitan D. Mariano Capdepon; batallon cazadores de Talavera; id. de Mérida; id. de Alcántara.

Caballería.

Escuadron cazadores de Mallorca.

Artillería.

Una compañía del regimiento de montaña con seis piezas.

Ingenieros.

Dos compañías, una del primer batallon y otra del tercero.

Art. 3.° Asimismo se ha servido dictar las disposiciones siguientes:

El segundo cuerpo marchará á Ceuta, á embarcarse en aquel punto.

El tercer cuerpo y la division vascongada permanecerá en Tetuan para efectuar su embarque cuando se le ordene.

Art. 4.° El teniente general D. Luis García, jefe de estado mayor del ejército, queda encargado del mando en jefe de todas las fuerzas y ocupacion en Tetuan hasta la completa disolucion del ejército, embarcadas que sean estas últimas, segun las instrucciones que ha recibido de S. E. y reducidas las tropas á la ocupacion, cesará su mando, quedando con el superior el teniente general D. Diego de los Rios.

Art. 5.° La division de ocupacion de Ceuta y la plaza con la guarnicion, quedan bajo la dependencia directa y á las órdenes del general García su mando. Terminado este, se considerarán independientes, á menos que el gobierno de S. M. no disponga otra cosa.

Art. 6.° El Excmo. Sr. brigadier D. Joaquin Blake queda nombrado jefe de estado mayor general.

Art. 7.° Las planas mayores de los cuerpos é institutos del ejército continuarán en su actual forma hasta nueva resolucion.

Art. 8.° Todas las tropas, ya de ocupacion ó las que eventualmente queden en África, gozarán, hasta su desembarque en la Península, las gratificaciones y raciones que durante la campaña ha disfrutado el ejército de África.

Lo que de órden de dicho Excmo. Sr. se hace saber en la órden general de este dia, para conocimiento de todas las clases que componen este ejército.—El general jefe de estado mayor general, *Luis García.*»

IV.

El 29 llegaron á Ceuta los cuerpos de ejército de los generales

Echagüe y Mackenna, habiendo tenido este último que guardar cama atacado de una fuerte disentería.

Llegaron tambien con los referidos generales los dos comisionados marroquíes que se habian presentado en el campamento en las conferencias anteriores para señalar los nuevos límites de Ceuta.

Por aquellos dias murió en Ceuta, víctima del cólera, el escritor señor Sanchez del Arco, director que era de un periódoco político en Cádiz y diputado que habia sido en las córtes constituyentes. Fué el único de los escritores y corresponsales de periódicos que sucumbió. Los Sres. Nuñez de Arce, Alarcon y Navarro habian ya salido para Madrid antes de la batalla de Vad-Ras. El poeta Viedma que, con Sanchez del Arco se habia quedado aun en el suelo africano, tuvo el sentimiento de ver morir en sus brazos á su compañero, cuando ambos á dos iban á regresar á España al seno de su familia y de sus amigos.

El dia 31 era el dia señalado para que el general Echagüe, que por esto habia anticipado su regreso á Ceuta, tuviese una conferencia sobre límites en el sitio mismo.

Así pues, por la mañana se presentó por el camino de Tetuan una comitiva de moros con una bandera encarnada en número de unos cincuenta ginetes, otros tantos infantes y algunas acémilas con provisiones; dicha comitiva se dirigió por la izquierda del reducto del Príncipe Alfonso, siguiendo dicho camino hasta llegar frente de la mezquita donde se pararon para aguardar al general Echagüe que tardó unos cinco minutos en reunírseles. Entretanto los cuerpos tocaron llamada y formaron unos en batalla y otros en columna segun lo permitió el sitio donde estaban acampados; reunida que estaba la comitiva marchaba del modo siguiente en dirreccion al Serrallo: un sargento y seis hombres de infantería de la escolta del general Echagüe, dicho general, el gobernador de Tánjer, el general Gasset y el intérprete señor Jameiro, moro que vivia en Ceuta; seguian varios brigadieres, ayudantes y jefes y oficiales del estado mayor, y entre ellos un moro general de caballería y otros de distincion y en seguida sin guardar formacion unos cuarenta ó cuarenta y cinco moros de caballería, la escolta del general Echagüe que se compondria de unos cuarenta caballos; los moros de infantería tambien sin guardar formacion y algunas acémilas montadas por algunos moros viejos, la mayor parte con la barba blanca, que llevaban unos cenachos cerrados.

Al llegar al Serrallo se apearon los generales Echagüe, Gasset, el gobernador de Tánjer, y algunos otros moros incluso el intérprete Jameiro, entraron en la habitacion del general y estuvieron cerca de media hora en dicho sitio; montaron otra vez y siguieron la marcha dirigiéndose al reducto de Isabel II con objeto de trazar los límites del terreno que debian ocupar los españoles.

El gobernador de Tánjer vestia un traje blanco, su estatura era alta, su tez blanca y flaco con barba negra; montaba un caballo tordo muy hermoso, con la silla y demás adornos verdes; el general de caballería tambien era de buena estatura, no tan blanco, con barba negra, traje morado, y la silla y demás jáeces de su caballo, encarnados: habia otros moros de distincion cuya categoría nos es desconocida; la escolta la mayor parte con jaiques blancos, casquete encarnado y la espingarda levantada como si fueran lanceros: todos llevaban una bayoneta inglesa con un tornillo para sujetarla á la espingarda, una gumia algunos y otros un sable; entre ellos habia algun mulato, y entre los palafreneros del gobernador y demás personajes habia algunos negros; la infantería vestia malísimamente con chilabas pardas hechas girones; en una palabra, hechos unos andrajosos, y llamó la atencion que todos se presentaron ni con altivez ni con humildad.

En el reducto de Isabel II y sus inmediaciones estuvieron hasta cerca de las tres de la tarde; la línea divisoria entre España y Marruecos es un arroyo que hay al frente de aquel reducto en el fondo del barranco, y que va á parar al mar al pié del reducto del Príncipe Alfonso.

El terreno concedido forma con Ceuta un triángulo cuyos lados tendrán una legua cada uno á corta diferencia. En este terreno hay algunos bosques de alcornoques, vertientes cubiertas de espeso matorral y unas minas de carbon de piedra no léjos de la casa del Renegado.

Como en este dia surgiera alguna pequeña dificultad respeto al sitio donde los marroquíes debian colocar su guardia de moros de rey, los comisionados de Muley-Abbas acordaron dirigirse á Tetuan al dia siguiente á fin de conferenciar con el general en jefe y luego con el califa, y el 2 debian estar de vuelta para dejar definitivamente arreglado el asunto.

VII.

Con fecha del 5 de abril nos dirigieron la siguiente carta del campamento de Tetuan:

«El embarque ha empezado á verificarse, pero tan lentamente, que apenas se habla de él por mas que se desea; si á este paso sigue, es muy probable nos eternecimos aquí, porque el levante reinará nuevamente y se hará entonces imposible. Sus razones habrá para que se haga con lentitud, pero creo que es muy atendible el estado del ejército. Este ha quedado reducidísimo; compañía hay que forma con solos ocho individuos, y á estos se les expone y corren el riesgo de morir léjos de su patria, despues de ser vencedores. Es lástima que vidas en flor se agosten aquí permaneciendo en un foco de infeccion. Sin duda creyendo que íbamos á dejar pronto los campamentos, se han olvidado un poco las medidas higiénicas, y sea por esta causa ó por cualquiera otra, es el resultado que el estado sanitario no es en el dia tan bueno como en los dias anteriores.

»Los moros están ya del todo tranquilos; por fin han entrado en razon: á ciertas kábilas no les bastó la paz para regresar á sus respectivos aduares; querian á todo trance hostilizarnos, llegando su empeño hasta el extremo de poner á los moros de rey, en el caso de que nos advirtieran, no descuidáramos la vigilancia, porque estaban los rebeldes decididos á atacar de noche nuestros campamentos. Los de rey los han estado conteniendo desde el dia 25, y han establecido sus campamentos, ó mejor dicho, grupos de tiendas, en una línea próxima á la que nosotros ocupamos y en una extension considerable, como la que media desde las alturas en donde dió principio la última batalla y la Aduana. A pesar de todos los esfuerzos que hacian los moros disciplinados para contener las kábilas, tuvieron que apelar á las armas en la madrugada del 3. A las dos se empezó á notar un ligero tiroteo, que fué haciéndose cada vez mas nutrido; el combate entre los mismos moros se formalizó y duró hasta despues del toque de diana; el fuego fué vivísimo y las bajas muchas; ambos partidos eran buenos tiradores,

y se mataban que era un portento. Ahora ya se han retirado y puede uno con tranquilidad, pero no solo, alejarse del campamento para respirar en una atmósfera de azahar y recrearse en la frondosidad de los árboles. ¡Lástima de país!

»Tetuan va perdiendo su animacion; ya la curiosidad se ha satisfecho, y solamente la plaza de España está concurrida; ella es el punto de reunion y de citas, es el salon en donde se conversa y se calculan los planes futuros. Las obras de la ciudad se han suspendido, ya no hay derribos, el afan de la demolicion cesó, y estoy persuadido que á la mas ligera distraccion, engolfados como estaban en abrir calles, convierten al desdichado Tetuan en un solar: tal era la prisa que se daban.

»He visto por los periódicos, que ha sido recibida con bastante indiferencia la paz, esto me convence mas del error en que han vivido la generalidad de las personas que no han estado aquí. Es muy distinto querer ver este país sin salir de España, á verlo en realidad; no es posible comprender con exactitud lo que es Africa, sin pisar su suelo; y sobre todo, se comprenden muy poco las operaciones de la guerra, sin seguirla de cerca.»

El Excmo. Sr. duque de Tetuan recibió el dia 4 en su tienda y á presencia de los generales García, Quesada y Serrano, á los señores oficiales del cuerpo de carabineros del reino que le sirvieron de escolta durante la guerra, de quienes se despidió con estas mismas espresiones:

«Señores oficiales, estoy altamente satisfecho de ustedes por los brillantes servicios que han prestado en esta gloriosa campaña, ya como valientes en medio del combate, ya como incansables y entendidos, en cuantas comisiones les he confiado. Al regresar, pues, á sus anteriores destinos, quiero que lleven esta satisfaccion debida al buen comportamiento que haré presente al Excmo. Sr. Inspector general de carabineros para que él tambien se lisonjee de lo cumplidamente que han llenado ustedes mis deseos, y les aseguro que nunca, jamás, olvidaré á mis escoltas. Háganlo ustedes saber así en mi nombre á la clase de tropa, y adios, señores, adios.»

El general García quiso tambien despedir á los oficiales de carabineros, y les dijo: «Repito á ustedes lo que el general en jefe les ha dicho, y tengo verdadera satisfaccion en ello, pues así les ha demos-

trado la justicia á que se han hecho ustedes acreedores con su brillante comportamiento.»

VIII.

Hé aquí la proclama que el general Ros de Olano dirigió á su cuerpo de ejército:

«Soldados: Terminada la guerra, las atenciones de mi cargo de director general de infantería me llaman á Madrid, y al separarme del tercer cuerpo del ejército de África, llevo conmigo impresiones indelebles: la de gratitud, por haber visto á todos secundarme, y á cada uno rebasar el cumplimiento de su deber, dentro del verdadero espíritu de la ordenanza: la del orgullo de haber mandado las tropas del tercer cuerpo en trece combates y dos batallas; y el recuerdo de sus increibles sufrimientos sobrellevados desde el campamento de la Concepcion hasta las alturas de Gualdrás.

Hemos hecho una guerra nueva para nosotros, única en que á mi juicio puede perderse una campaña ganando todas las acciones; y en ellas hemos aprendido á sufrir sin decaer, y á avanzar sin desenfrenada codicia, á resistir con firmeza, y á no apresurar nunca un término seguro para lograr la abreviacion de un tiempo sobrado de fatigas.

Bajo las órdenes del capitan general Odonell, el ejército de África ha consagrado un monumento al reinado de la augusta Isabel II y á la historia de las armas españolas: es este monumento la ciudad de un imperio; es Tetuan, colocado entre dos grandes campos de batalla: al entrar dijimos con las armas: «Tetuan por España;» y al volver hemos dicho con los tratados: «Tetuan para España en garantía.»

Logrando este solemne objeto, la campaña ha concluido; y el general, jefe del tercer cuerpo, se despide en paz de sus compañeros de armas, tan queridos para él por su disciplina, por su valor, y hasta por los trabajos mismos que, mancomunadamente sufridos, estrechan tanto los vínculos de la familia militar.—*Antonio Ros de Olano.*»

Posteriormente este general fué nombrado marqués de Guad-el-Je-

lú, agraciándose tambien con los títulos de marqueses de Castillejos y de Sierra Bullones á los generales Prim y Zabala.

IX.

El dia 11 llegaron á la ciudad de Tetuan los señores Ligués y Bardaji, nombrados ministros plenipotenciarios de España, los cuales en union con el general D. Luis García, debian arreglar definitivamente el tratado de paz con el imperio de Marruecos, cuyos representantes no se habian presentado aun.

El 19 recibió el duque de Tetuan una carta del califa Muley Abbas anunciándole que los plenipotenciarios marroquíes llegarian en breve á la ciudad, pues habian ya recibido sus plenos poderes para estender los tratados con arreglo á los preliminares que se habian firmado.

Efectivamente, el 20 llegaron á Tetuan, en donde les esperaba el general Odonell que no quiso salir para España hasta que se hubiese efectuado su arribo.

«La entrada fué verdaderamente marroquí, decia una carta. Al presentarse al general Odonell le regalaron seis caballos de buena talla y planta: el general estuvo muy complaciente y amable con dichos señores, correspondiendo á los corteses saludos de los emisarios del emperador, con cortos, pero espresivos ademanes. Por lo que toca á los caballos, pasaron inmediatamente á nuevo dominio, yendo uno á poder del general Prim, otro al de Rios, y no sé á poder de quien los otros.»

Las conferencias quedaron inauguradas el 21.

Segun parece, reinó el primer dia entre plenipotenciarios marroquíes y españoles la mas afectuosa cordialidad, dándose principio por la lectura de los plenos poderes, de los preliminares de paz, del tratado de Melilla y otros documentos que absorvieron el tiempo consagrado á la primera sesion.

Se advertia en los marroquíes vivos deseos de llegar pronto á un acomodamiento, por lo cual era de creer que el 25, dia en que termi-

naba el plazo, podrian estar concluidas las negociaciones y firmada definitivamente la paz.

Terminada la mision de guerra y encomendado el tratado de paz á los plenipotenciarios, el general en jefe decidió pasar á España y se embarcó en el vapor de guerra *Vulcano* saliendo para Ceuta á donde llegó el 24 á las nueve y media de la mañana, pasando despues á Alicante donde fué recibido con gran entusiasmo, lo propio que el general Prim que llegó á dicho puerto en 1.° de mayo, con quien iban los bizarros voluntarios catalanes, que fueron objeto especial de grandes festejos y patrióticas demostraciones por parte de los alicantinos.

X.

Hé aquí el testo del tratado de paz, tal como se firmó definitivamente en Tetuan.

En nombre de Dios Todopoderoso. Tratado de paz y amistad entre los muy poderosos príncipes S. M. doña Isabel II, reina de las Españas, y Sidi Mohammed, rey de Marruecos, Fez, Mequinez, etc., siendo las partes contratantes por S. M. Católica, sus plenipotenciarios D. Luis García y Miguel, caballero gran cruz de las reales y militares órdenes de San Fernando y San Hermenegildo, de la distinguida de Carlos III y de la de Isabel la Católica, condecorado con dos cruces de San Fernando de primera clase y otras por acciones de guerra, oficial de la Legion de Honor de Francia, teniente general de los ejércitos nacionales y jefe de Estado Mayor del ejército de África, etc., etc.; y D. Tomás de Ligués y Bardají, mayordomo de semana de S. M. Católica, grefier y rey de armas que ha sido de la insigne órden del Toison de Oro, comendador de número de las reales órdenes de Carlos III é Isabel la Católica, caballero de la ínclita militar de San Juan de Jerusalen, gran oficial de la militar y religiosa de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, de la del Medjdié de Turquía y de la del Mérito de la Corona de Baviera, comendador de la de Santiago de Aris de Portugal y de la de Francisco I de Nápoles, ministro residente y director

de política en la primera secretaría de Estado, etc., etc.; y por S. M. marroquí, sus plenipotenciarios el siervo del emperador de Marruecos y su territorio su representante, confidente del emperador, el abogado el Sid-Mohammed-el-Jetib, y el siervo del emperador de Marruecos y su territorio, jefe de la guarnicion de Tánjer, caid de la caballería, el Sid-el-Hadch-Ajinad, Chabli-Ben-Abd-el-Melek, los cuales debidamente autorizados han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° Habrá perpétua paz y buena amistad entre S. M. la reina de las Españas y S. M. el rey de Marruecos, y entre sus respectivos súbditos.

Art. 2.° Para hacer que desaparezcan las causas que motivaron la guerra, hoy felizmente terminada, S. M. el rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene en ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes mas convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnicion, como se determina en el artículo siguiente.

Art. 3.° A fin de llevar á efecto lo estipulado en el artículo anterior, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Como consecuencia de ello, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, partiendo próximamente de la punta oriental de la primera bahía de Handaz Bahma, en la costa Norte de la plaza de Ceuta por el barranco ó arroyo que allí termina, subiendo luego á la porcion oriental del terreno, en donde la prolongacion del monte del Renegado, que corre en el mismo sentido de la costa, se deprime mas bruscamente para terminar en un escarpado punteagudo de piedra pizarrosa, y desciende costeando desde el boquete ó cuello que allí se encuentra por la falda ó vertiente de las montañas ó estribos de Sierra Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asis, España, Cisneros y Príncipe Alfonso, en árabe Uadaniat, y termina en el mar, formando el todo un arco de círculo que muere en la ensenada del Príncipe Alfonso, en árabe Uadaniat, en la costa Sur de la mencionada plaza de Ceuta, segun ya ha sido reconocido y determinado por los comisionados españoles y

marroquíes, con arreglo al acta levantada y firmada por los mismos en 4 de abril del corriente año.

Para conservacion de estos mismos límites, se establecerá un campo neutral, que partirá de las vertientes opuestas del barranco hasta la cima de las montañas, desde una á otra parte del mar, segun se estipula en el acta referida, en este mismo artículo.

Art. 4.° Se nombrará seguidamente una comision compuesta de ingenieros españoles y marroquíes, los cuales enlazarán con postes y señales las alturas espresadas en el artículo 3.°, siguiendo los límites convenidos.

Esta operacion se llevará á efecto en el plazo mas breve posible, pero su terminacion no será necesaria para que las autoridades españolas ejerzan su jurisdiccion en nombre de S. M. Católica en aquel territorio, el cual como cualesquiera otros que por este tratado ceda S. M. el rey de Marruecos á S. M. Católica, se considerará sometido á la soberanía de S. M. la reina de las Españas desde el dia de la firma del presente convenio.

Art. 5.° S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad el convenio que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan el 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

S. M. Marroquí confirma desde ahora las cesiones territoriales que por aquel pacto internacional se hicieron en favor de España, y las garantías, los privilegios y las guardias de moros de rey otorgados al Peñon y Alhucemas, segun se expresa en el art. 6° del citado convenio sobre los límites de Melilla.

Art. 6.° En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M. el rey de Marruecos un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

Las guardias de moros de rey para las plazas españolas del Peñon y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.

Art. 7.° S. M. el rey de Marruecos se obliga á hacer respetar por sus propios súbditos los territorios que, con arreglo á las estipulaciones del presente tratado, quedan bajo la soberanía de S. M. la reina de las Españas.

S. M. Católica podrá, sin embargo, adoptar todas las medidas que

juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes, sin que en ningun tiempo se oponga á ello obstáculo alguno por parte de las autoridades marroquíes.

Art. 8.° S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.

Para llevar á efecto lo convenido en este artículo, se pondrán préviamente de acuerdo los gobiernos de S. M. Católica y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.

Art. 9.° S. M. marroquí se obliga á satisfacer á S. M. Católica, como indemnizacion para los gastos de la guerra, la suma de veinte millones de duros, ó sean cuatrocientos millones de reales de vellon. Esta cantidad se entregará por cuartas partes á la persona que designe S. M. Católica, y en el puerto que designe S. M. el rey de Marruecos, en la forma siguiente: cien millones de reales vellon en primero de julio, cien millones de reales vellon en veinte y nueve de agosto, cien millones de reales vellon en veinte y nueve de octubre y cien millones de reales vellon en veinte y ocho de diciembre del presente año.

Si S. M. el rey de Marruecos satisfaciese el total de la cantidad primeramente citada antes de los plazos marcados, el ejército español evacuará en el acto la ciudad de Tetuan y su territorio.

Mientras este pago total no tenga lugar, las tropas españolas ocuparán la indicada plaza de Tetuan, y el territorio que comprendia el antiguo bajalato de Tetuan.

Art. 10. S. M. el rey de Marruecos siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores que tan eficaz y especial proteccion concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento en la ciudad de Fez de una casa de misioneros españoles y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las exenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos.

Dichos misioneros españoles en cualquier parte del imperio marroquí donde se hallen ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejer-

cicio de su sagrado ministerio, y sus personas, casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y la proteccion necesarias.

S. M. el rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados para que en todos tiempos se cumplan las estipulaciones contenidas en este artículo.

Art. 11. Se ha convenido expresamente que cuando las tropas españolas evacuen á Tetuan podrá adquirirse un espacio proporcionado de terreno próximo al Consulado de España para la construccion de una iglesia donde los sacerdotes españoles puedan ejercer el culto católico y celebrar sufragios por los soldados españoles muertos en la guerra.

S. M. el rey de Marruecos promete que la iglesia, la morada de los sacerdotes y los cementerios de los españoles serán respetados, para lo que comunicará las órdenes convenientes.

Art. 12. A fin de evitar sucesos como los que ocasionaron la última guerra y facilitar en lo posible la buena inteligencia entre ambos gobiernos, se ha convenido que el representante de S. M. la reina de las Españas en los dominios marroquíes resida en Fez, ó en la ciudad que S. M. la reina de las Españas juzgue mas conveniente para la proteccion de los intereses españoles y el mantenimiento de amistosas relaciones entre ambos Estados.

Art. 13. Se celebrará á la mayor brevedad posible un tratado de comercio en el cual se concederán á los súbditos españoles todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Persuadido S. M. el rey de Marruecos de la conveniencia de fomentar las relaciones comerciales entre ambos pueblos, ofrece contribuir por su parte á facilitar todo lo posible dichas relaciones, con arreglo á las mútuas necesidades y conveniencia de ambas partes.

Art. 14. Hasta tanto que se celebre el tratado de comercio á que se refiere el artículo anterior, quedan en su fuerza y vigor los tratados que existian entre las dos naciones antes de la última guerra, en cuanto no sean derogados por el presente.

En un breve plazo, que no excederá de un mes desde la fecha de la ratificacion de este tratado, se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebracion del de comercio.

Art. 15. S. M. el rey de Marruecos concede á los súbditos españoles el poder de comprar y exportar libremente las maderas de los bosques de sus dominios, satisfaciendo los derechos correspondientes, á menos que, por una disposicion general, crea conveniente prohibir la exportacion á todas las naciones, sin que por esto se entienda alterada la concesion hecha á S. M. Católica por el convenio del año de 1799.

Art. 16. Los prisioneros hechos por las tropas de uno y otro ejército durante la guerra que acaba de terminar, serán inmediatamente puestos en libertad y entregados á las respectivas autoridades de los dos Estados.

El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible, y el canje de las ratificaciones se efectuará en Tetuan en el término de veinte dias ó antes si pudiera ser.

En fé de lo cual, los infrascritos plenipotenciarios han extendido este tratado en los idiomas español y árabe en cuatro ejemplares, uno para S. M. Católica, otro para S. M. marroquí, otro que ha de quedar en poder del agente diplomático ó del cónsul general de España en Marruecos y otro que ha de quedar en poder del encargado de las relaciones exteriores de este reino, y los infrascritos plenipotenciarios los han firmado y sellado con el sello de sus armas en Tetuan á veintiseis de abril de mil ochocientos sesenta de la era cristiana, y cuatro del mes de chual del año de mil ochocientos sesenta y seis de la egira.

Firmado.—Luis García.

Firmado.—Tomás de Ligues y Bardaji.

Firmado.—El siervo de su criador, Mohammed el Jetib, á quien sea Dios propicio.

Firmado.—El siervo de su criador, Ajmad el Chabli, hijo de Abd-el-Melek.

Está conforme.

VII.

Terminada la guerra, las tropas comenzaron á regresar á la madre patria, siendo recibidas do quiera con el mayor entusiasmo y el júbilo mas inmenso.

A nosotros nos toca reseñar los festejos y obsequios que se tributaron en Barcelona á los bizarros voluntarios catalanes y á los valientes soldados que les acompañaban.

RESEÑA

DE LOS FESTEJOS

CELEBRADOS EN BARCELONA,

en los primeros dias de mayo de 1860.

RESEÑA

DE LOS FESTEJOS

CELEBRADOS EN BARCELONA

en los primeros días de mayo de 1880

Cumpliendo con nuestro deber de cronista, lleno de patriótico entusiasmo el corazon, vamos á hacer la reseña de los cuatro dias de fiebre, de locura, de delirio que tuvo Barcelona con motivo de la entrada en ella del batallon de Arapiles y de los voluntarios de Cataluña, primeras tropas del ejército vencedor en África que pisaron nuestras playas, de regreso de su gloriosa campaña.

Entrada fué, á no dudarlo, la mas solemne, la mas patriótica, la mas entusiasta que ha alcanzado en parte alguna el ejército espedicionario.

Barcelona, que ardia en deseos de saludar á los valientes que en las playas y en las sierras mauritanas habian dignamente combatido por la honra de la patria comun, elevando á la altura á que se habia elevado en otras épocas el pabellon nacional, Barcelona les debia una jornada espléndida de entusiasmo y alborozo, en agradecimiento de las muchas de inmarcesible y valedera gloria que ellos dieran al país.

La entrada que les hizo Barcelona fué tan brillante y magnífica como ellos merecian.

Fué la que hace un gran pueblo á sus hijos al regresar vencedores á sus hogares.

En esta reseña nos limitaremos á ser meros cronistas, meros narradores.

No entraremos en reflexiones. Dejaremos que los hechos hablen por sí solos. Afortunadamente, dicen ellos mas de lo que decir pudiéramos nosotros.

Nuestro deber hoy al escribir esta obra no es el de hacer lucir nuestro escaso ingenio en pomposas descripciones, sino el de ser fieles narradores de lo que hemos presenciado, ofreciendo un lugar en estas páginas á todos los episodios que tuvieron lugar y consignando los hechos con la mayor veracidad y toda la fidelidad posible en los detalles.

El poeta hace plaza al cronista.

RESEÑA DE LOS FESTEJOS.

I.

Tres dias antes del en que debian efectuar su solemne y triunfal entrada en Barcelona los voluntarios de Cataluña, sabia el Excelentísimo Ayuntamiento su arribo por un telégrama que le dirigiera el general D. Juan Prim.

La corporacion municipal habia invitado á este bravo caudillo, el héroe de Castillejos, á venir á Barcelona con los voluntarios catalanes, que tan gloriosamente habia conducido á la victoria en la memorable batalla del 4 de febrero dada en las alturas de Gelili frente á Tetuan, pero el general catalan contestó que, con harto sentimiento suyo, no podia complacer á la Municipalidad, porque su deber le llamaba á Madrid; añadiendo que llevaria los voluntarios á Barcelona su ayudante de órdenes el coronel D. Francisco Fort, el mismo que los habia llevado á la gloria en la batalla de Wad-Ras.

Cuando el Excmo. Ayuntamiento tuvo noticia de que por el pronto venian solo los voluntarios, envió inmediatamente un telégrama al general en jefe D. Leopoldo Odonell y otro al general D. Juan Prim, que se calculó no habrian salido todavía de Alicante, suplicándoles en nombre de Barcelona que viniese alguna parte del ejército con los voluntarios, aun cuando solo fuese un batallon, pues la capital del Principado queria tener la honra de abrazar á un tiempo en sus playas á los unos y á los otros, uniéndoles á entrambos en la fraternidad de su abrazo.

Los deseos del Ayuntamiento fueron atendidos, y el general Prim le comunicó por el telégrafo que pasaba á Barcelona con los voluntarios el batallon de cazadores de Arapiles.

Los tres dias antes de la llegada lo fueron de actividad y movimiento en Barcelona. Todo se preparaba para la recepcion, se trabajaba para los adornos en todas las calles, en todas las casas, no bastando á interrumpir los trabajos públicos la lluvia incesante y copiosa algunas veces que estuvo cayendo por espacio de cuarenta y ocho horas.

Barcelona queria mostrarse digna en la recepcion.

Digna se mostró en efecto.

El dia 1.° de mayo el Excmo. Ayuntamiento publicó en los periódicos el siguiente programa:

BARCELONESES:

Una parte del ejército espedicionario de Africa y los voluntarios catalanes que volaron á unírsele, están próximos á llegar á este puerto ceñida su frente con el laurel de la victoria, y dejando radiante de honor el pabellon español.

La historia consignará en una de sus páginas mas brillantes los ínclitos hechos con que acaban de orlar esos valientes los blasones de nuestra patria, y transmitirá de generacion en generacion la memoria de sus rasgos de valor, de sufrimiento y de sublime abnegacion que, dando nuevo esplendor y mayor fama á nuestras armas y al trono de nuestra escelsa Reina constitucional, han humillado los pendones del islamismo.

El suelo en que se ha mecido la cuna de esos bravos, herederos del heroismo de nuestros antepasados que combatieron para sacudir el yugo sarraceno, no puede ser ingrato: tiene en gran estima sus proezas, y las admira entusiasta.

Con los inmarcesibles lauros alcanzados en las playas marroquíes conquistaron tambien nuestro ejército y los voluntarios catalanes, pródigos de cruentos sacrificios, un tributo de verdadera y profunda gratitud, y este Ayuntamiento, intérprete de las aspiraciones de los barceloneses, asociándose al regocijo y satisfaccion que rebosará en su pecho al estrechar en sus brazos á nuestros hermanos, de acuerdo con la Excma. Diputacion provincial, ha resuelto rendirles un homenaje, si bien modesto comparado con la importancia de su objeto, hijo, empero, del corazon que entraña la espresion sincera y fiel de sus senti-

mientos; iniciando al efecto su recepcion con las demostraciones que se espresan en el siguiente

PROGRAMA:

1.º La recepcion de las tropas la hará en el punto del desembarco la Excma. Diputacion provincial, y el presidente de la misma felicitará allí al jefe de las fuerzas; á cuyo fin tanto esta Corporacion como la Municipalidad se dirigirán en coches descubiertos al sitio indicado.

2.º Las autoridades, corporaciones y demás personas invitadas al efecto se reunirán tambien en el punto de desembarco.

3.º Verificada la recepcion de las tropas, se dirigirán ambas corporaciones con la demás comitiva á la plaza de Palacio, en cuyo punto se levantará una pirámide de honor que represente á Barcelona recibiendo con los brazos abiertos á los que con tanta gloria han peleado y llegan de la tierra africana, y en los tablados que habrá al pié de la pirámide se colocarán las citadas corporaciones y comitiva, y desde este punto el presidente de la Corporacion municipal felicitará á las tropas en nombre de Barcelona y coronará las banderas de los batallones, repartiéndose en este acto poesías análogas al objeto.

4.º Concluida esta ceremonia, se despedirá la comitiva trasladándose acto contínuo las corporaciones provincial y municipal á sus respectivas casas para presenciar el paso de las tropas por frente de ellas y victorearlas, en cuyo acto tambien se repartirán poesías.

5.º Con aprobacion del Excmo. Sr. Capitan General las tropas recorrerán el curso siguiente: plaza de Palacio, pasage de Isabel II, plaza de San Sebastian, calle del Consulado, Cambios Viejos, Agullers, Ancha, acera izquierda de la plaza de la Merced, contramarchando por la derecha y vuelta á la calle Ancha, plaza del Duque de Medinaceli, calle del dormitorio de San Francisco, Rambla, Fernando VII, plaza de la Constitucion, Jaime I, Princesa, Tantarantana, Puerta Nueva, Rech Condal, Baja de San Pedro, Riera de San Juan, plaza y Arcos de Junqueras, plazas de Santa Ana y Cucurulla, Puertaferrisa, Cármen, plaza del Padró, Hospital, Llano de la Boquería, Rambla y á sus cuarteles.

6.º La Corporacion municipal entregará una cantidad para distribuir al respeto de 6 rs. á los sargentos, 5 á los cabos, y 4 á los soldados que lleguen procedentes de Africa. Igual cantidad entregará la Diputacion á los sargentos, cabos y soldados del ejército.

7.º Al dia inmediato de la llegada de los voluntarios la Diputacion provincial celebrará sesion pública en el salon de San Jorge con asistencia de las autoridades, corporaciones y demás personas á quienes se invite. En este acto, las señoras que se dignaron acompañar la cabalgata del Círculo Ecuestre en los dias del Carnaval, distribuirán en

lotes las cantidades recaudadas para las familias de los Soldados y Voluntarios catalanes fallecidos peleando por su patria en Africa. En seguida se repartirán entre las familias de los voluntarios que hubiesen sucumbido antes de la cuestacion, las cantidades recogidas en los referidos dias por la sociedad coral de la Euterpe; y dando cuenta la Diputacion provincial de los acuerdos que ha tomado en favor de aquel cuerpo, por el mérito contraido en las acciones de guerra en que ha tomado parte, entregará á los individuos del mismo libretas con la imposicion de 200 reales en la Caja de Ahorros.

8.° El Ayuntamiento, al objeto de tener ocasion de felicitar particularmente á los señores jefes y oficiales de las fuerzas procedentes de Africa, tendrá el honor de ofrecerles en estas Casas Consistoriales en la noche del dia siguiente de su llegada, un refresco al que invitará tambien á las dignas autoridades de la capital y comisiones de los señores jefes y oficiales de los cuerpos que actualmente la guarnecen.

9.° En uno de los dias próximos á la entrada, el Ayuntamiento obsequiará con una comida en los Campos Elíseos á los voluntarios catalanes.

10. Deseando el Ayuntamiento que los valientes voluntarios de Cataluña reciban un testimonio por su lealtad y brillante comportamiento durante la guerra de Africa, entregará una medalla de plata á cada uno de los señores jefes y oficiales é individuos del propio cuerpo, las que se distribuirán en el modo y forma que acuerde la espresada Corporacion Municipal. De estas medallas se ofrecerá un ejemplar de oro al Excmo. Sr. teniente General D. Juan Prim, marqués de Castillejos.

11. Las fachadas de las Casas Consistoriales y Palacio de la Diputacion provincial estarán adornadas cómo corresponde é iluminadas la noche de la llegada de las tropas y la del siguiente.

12. La llegada de las tropas y voluntarios á esta ciudad será anunciada por tres cañonazos que, por disposicion del Excmo. Sr. Capitan General, se dispararán desde el castillo de Monjuich en el acto de descubrirse los buques en que vengan. A su entrada en la ciudad habrá repique general de campanas.

Barcelona 29 de abril de 1860.

El Alcalde corregidor.—José Santa María.—Los tenientes de Alcalde.—Miguel Biada.—Luciano Parcet.—Juan Calvell.—Baltasar Fiol.—Miguel Safont.—Clemente Lopez.—Los Regidores.—José Artís.—Antonio Gatell.—Juan Serra y Totosaus.—Francisco España.—Valentin Marin.—Francisco Valls y Galí.—Antonio Lopez.—Antonio Castell de Pons.—Juan Amat y Formosa.—Francisco Travila.—Jaime Jubé y Arnó.—Juan Roger.—Federico Ricart.—José Pons.—Federico Maresch.—Pedro Collaso y Gil.—Severo Modolell.—Jorge Miralles.—Ig-

nacio de Basols.—Rafael Sabadell.—Narciso Ramirez.—El Síndico,—Gil Bech.—José María Ferrés, Secretario habilitado.

II.

La lluvia que empezó á caer el dia último de abril, siguiendo casi sin interrupcion durante los dias 1 y 2 de mayo, no fué bastante, segun ya hemos dicho, á interrumpir los trabajos de preparacion y adorno.

En estos tres dias reinó una actividad desusada en las calles de Barcelona. El entusiasmo y el deseo de recibir como se merecia á los que regresaban vencedores de África, podia mas que los elementos.

«Desconsolador es que llueva, se oia decir por todas partes, pero no importa. Por esto no hemos de retrasar los trabajos. Mas lluvias han tenido ellos que soportar y mas han sufrido en la campaña combatiendo por la honra de la patria.»

Y estas reflexiones que tenian mas de hidalgas que de consoladoras, hacian que todos se apresurasen, que todos trabajaran con gusto y con afan, y que vecinos, obreros y hasta transeuntes permaneciesen en las calles sufriendo la lluvia, activando unos los trabajos, trabajando los otros y mirándoles hacer los demás.

Durante la noche del 2 al 3 de mayo, dia designado para la entrada de los vencedores, fueron muchos los vecinos que no se acostaron. En algunas calles estaban algo atrasados los adornos y se pasó la noche en blanco para completarlos.

Aquella actividad, aquel celo, aquel afan auguraban el estrépito de entusiasmo con que iban á ser recibidos los valientes huéspedes que se esperaban.

Amaneció el dia 3, y, aunque algo encapotado el cielo, se creyó que se sostendria el tiempo sin llover.

Barcelona toda estaba ya vestida de fiesta, lujosamente engalanada.

Gracias á haberse estado trabajando durante toda la noche, casi todas las calles y plazas presentaban brillantes decoraciones, distinguiéndose los arrabales en los que la clase obrera demostró, á pesar de la escasez de sus recursos, cuanto pudiese esperarse del entusiasmo del pueblo animado por una patriótica idea.

Las nueve de la mañana serian cuando Monjuich, haciendo la seña anunciada de antemano por las autoridades, advirtió que entraban en la bahía los dos vapores que conducian á nuestros valientes.

Nunca—bien puede esto decirse á boca llena—nunca el cañon de Monjuich habia sonado de un modo tan grato á oidos de los catalanes.

Aquellos tres cañonazos hicieron latir de júbilo todos los corazones, y un grito espontáneo, inmenso, universal, salió á un tiempo de todas las casas, de todas las calles, de todas las bocas.

Un cuarto de hora despues las calles, particularmente las que van á desembocar en la plaza de Palacio, eran un rio de gente. Difícilmente se abrian paso las comitivas que, con sus músicas al frente, sus pendones, sus estandartes y banderas, iban á recibir á los bravos de África.

A las diez de la mañana el anden del puerto, la muralla de mar, todas las azoteas de la Barceloneta, todos los terrados de la plaza de Palacio, todos los balcones de las casas que dan á la muralla, en una palabra, todos los puntos desde donde se descubria el puerto, estaban atestados de espectadores de todas clases y condiciones, ávidos de ver y de victorear á nuestros valientes.

Era un magnífico espectáculo el que ofrecia por aquel lado la ciudad.

El primer vapor que fondeó fué el que traia á los voluntarios catalanes; el segundo, que llegó con algun retardo por efecto de una ligera avería que tuvo en la máquina, conducia el batallon de Arapiles.

Estos vapores eran el *Ebro* y el *Duero*.

Al propio tiempo que los vapores, llegaban al puerto la Diputacion provincial y Ayuntamiento en carretelas descubiertas, los convidados y corporaciones invitadas, y los estudiantes de las facultades todas llevando lujosos pendones, mientras que las comisiones y representantes de los cuatro distritos de la capital se quedaban en la plaza de Palacio junto á la pirámide de honor que habia mandado levantar el Ayuntamiento.

Así que comenzó el desembarco tuvieron lugar los primeros episodios de aquella jornada que será para siempre memorable en los fastos de Barcelona.

Una inmensa multitud saludaba mas bien que con gritos con rugidos de alegría á los cazadores de Arapiles y á los voluntarios á me-

dida que efectuaban su desembarco, aplaudiéndoles y victoreándoles, arrojándoles multitud de flores y coronas. Los botes que los conducian apenas podian atracar.

Contemplaba el público con interesante solicitud aquellos grupos de valientes en cuyo rostro y en cuyos destrozados uniformes se leian los estragos de la guerra y los rigores y privaciones sufridas en el suelo africano. Muchas personas derramaban lágrimas de ternura entre tanto que otras buscaban con solícito é inquieto afan entre las filas de los voluntarios á sus hijos, á sus hermanos, á sus deudos.

En medio de esta escena de espansion y de universal regocijo, hubo una madre que al preguntar por el fruto de su cariño, perdió el sentido al saber que tenia que llorarle por muerto en la batalla de Wad-Ras. Al propio tiempo veíase á un hijo estrechando en sus brazos á su anciana madre desmayada bajo la impresion del júbilo, á un marido y á una esposa en brazos uno de otro y bañándose recíprocamente el rostro con lágrimas de placer y alegría; al hermano, al deudo, al amigo apretando contra su pecho al compañero ó al pariente, lleno de indecible satisfaccion por tan grato encuentro, y en fin, otros episodios por el mismo estilo que hacian derramar á cuantos los presenciaban lágrimas de emocion y de ternura.

Ya hemos dicho que no fueron gritos, sino alaridos de gozo los que acogieron á los valientes. Las lágrimas corrian por todos los rostros y el entusiasmo rebosaba en todos los corazones. La multitud abrazaba á los voluntarios y á los soldados, los besaba, los llevaba en brazos y poblaba los aires con nutridos y contínuos vivas á los cazadores de Arapiles y á los catalanes.

Los cuerpos de la guarnicion estaban formados en el anden y frente á la mechina.

Allí el Excmo. Sr. general segundo cabo,—á causa de hallarse todavía ausente el capitan general D. Domingo Dulce—revistó y arengó á las fuerzas espedicionarias, y despues de haber desfilado estas por delante de los cuerpos de la guarnicion, se situaron á retaguardia de los mismos.

Los voluntarios que formaban á la vanguardia de sus compañías iban todos ellos armados de espingardas; varios otros ostentaban con orgullo gumías y distintas prendas cogidas á los marroquíes.

El general segundo cabo, visiblemente conmovido, dió varios vivas á la reina, á Arapiles y al pueblo catalan, que fueron contestados con entusiasmo. El pueblo se apiñaba entre tanto al pié del caballo de dicho general y le imposibilitaba el paso, lo mismo que á las tropas, y entonces aquel jefe mandó que para separar á la multitud desarmasen la bayoneta los soldados que abrian paso, órden que le valió un aplauso y repetidos bravos.

Delante de la primera calle de la Barceloneta habia una elegantísima tienda en la cual debia recibir á las tropas en nombre de la provincia de Barcelona la Diputacion provincial presidida por el gobernador civil interino D. Manuel Moyano. Allí estaban reunidas las principales corporaciones, la Audiencia, el cuerpo consular, la Universidad, el consejo de provincia, el Ayuntamiento formando cuerpo y presidido por el señor Alcalde corregidor y el Excmo. é Ilmo. señor Obispo con una comision del cabildo.

Allí se hallaba, á mas de muchas personas convidadas, la anciana madre del esforzado general D. Juan Prim. Grande debió ser la satisfaccion de esa señora al saludar á los que se habian cubierto de gloria peleando al lado de su heróico hijo, al recibir al puñado de valientes que su hijo habia sabido conducir al combate y á la victoria.

Tambien se encontraban en dicha tienda los milicianos veteranos del 23, esos defensores de las instituciones liberales que felizmente rigen en nuestros dias.

A las doce y media, despues del desfile de los cuerpos de la guarnicion, fué cuando el batallon de Arapiles y los voluntarios llegaron al punto en donde les aguardaban los representantes de la provincia.

La multitud que se hallaba apiñada en las inmediaciones de la tienda, lo propio que en toda la carrera hasta la plaza de Palacio, no permitió que el batallon de Arapiles y los voluntarios pudiesen formar en masa, como era el deseo de las autoridades.

Allí estaban los alumnos de la Universidad, de todos los institutos de enseñanza y de las escuelas públicas formando numerosas comitivas, todos con banderas, con palmas, con pendones ostentando las armas de Cataluña, con cintas bicolores ó con ramos de laurel.

Los estudiantes cuidaban de dar tazas de caldo y copas de vino á los heridos que colocaron en un hermoso carro triunfal tirado

por seis caballos ricamente enjaezados y con lujosos penachos.

Siendo materialmente imposible que los cuerpos formaran en masa, adelantáronse los jefes de entrambos, que iban á caballo, y entonces el señor gobernador civil interino, como á presidente de la Excma. Diputacion y en nombre de la provincia, leyó la siguiente alocucion, que aquella misma tarde se publicó en los periódicos y se fijó en los sitios de costumbre:

Cazadores de Arapiles, voluntarios de Cataluña: al regresar á España, la provincia de Barcelona, orgullosa de vuestras glorias, os saluda.

Heróico por su valor y sufrimiento el ejército de Africa del que habeis formado parte, ha vengado noblemente el ultraje inferido al pabellon español. Lleno de fé en su ardimiento, y de entusiasmo por la justicia de su causa, ha avanzado por el africano suelo, mientras las enfermedades diezmaban sus filas, y la obstinacion de las huestes marroquíes le obligaba á ser pródigo de su sangre. Indiferente á los rigores de la estacion y del clima, invencible en el campo de batalla, generoso despues del triunfo, ha humillado la altivez del enemigo, obligándole á pedir la paz en su propio suelo y bajo la misma tienda del invicto caudillo que, al guiarle al combate, le ha conducido constantemente á la victoria.

España aguardaba gloriosos hechos de sus hijos: sus esperanzas se han colmado. La honra de la patria los llamó á los campos africanos: el Dios de los ejércitos los torna, con el laurel en la frente, á sus hogares. Loor y prez á los que en Castillejos y Guad-el-Jelú, en Tetuan y Gualdrás han enaltecido el nombre de España: el recuerdo de estas jornadas será imperecedero.

Valientes del ejército de Africa, habeis luchado como buenos y habeis vencido como dignos émulos de los que en una guerra de ocho siglos vencieron al árabe su eterno enemigo. La muerte que alcanzaron en el campo de batalla, ha llamado á muchos de vuestros hermanos de armas á vivir con vosotros en la historia. Para todos guarda su gratitud la patria; á todos ofrece la provincia de Barcelona la felicitacion que dirige á los primeros que pisan nuevamente este suelo; en los que regresan, saluda esta Diputacion, en nombre de la provincia, los laureles de todos los que han peleado.

¡Viva la Reina! ¡Viva España! ¡Vivan las glorias nacionales! Barcelona 3 de mayo de 1860.—El Gobernador interino, Presidente, Manuel Moyano.—Los diputados provinciales: José María Frexas de Llanza.—Miguel Pujol.—Felix Ribas.—Antonio de Valls y de Vilar.—Joaquin Farguell.—Pablo de Barnola.—Jaime Ferrer y Roca.—Felio Villaru-

bias.—Mariano Borrell.—Pompeyo Serra.—Antonio Barrau.—Salvador Maluquer.—Eduardo Casanovas.—José Valls y Pascual.—Manuel Duran y Bas, diputado Secretario.

Acto contínuo, se puso en marcha la comitiva, encaminándose, entre las oleadas promovidas por tantos millares de espectadores, á la plaza de Palacio en donde debia tener lugar la recepcion del Ayuntamiento, y á donde los espedicionarios llegaron como pudieron al compas de la marcha real, del himno de Riego y de otros himnos nacionales.

III.

El Excmo. Ayuntamiento constitucional, al tratar de recibir de un modo digno á las tropas procedentes de Africa y á los bravos catalanes, creyó oportuno elevar en el centro de la plaza de Palacio y punto inmediato á las derruidas puertas de Mar, un monumento que simbolizara á Barcelona en el acto de recibir y coronar á tan esforzados guerreros.

Este trabajo fué confiado al primero de sus arquitectos D. Francisco Daniel Molina, á quien se advirtió que se pusiese de acuerdo con el cronista de Barcelona D. Victor Balaguer por lo tocante á inscripciones y detalles históricos.

El señor Molina llenó cumplidamente los deseos de la corporacion municipal.

A pesar del corto período de que pudo disponer, y no obstante de haber tenido que interrumpir varias veces sus trabajos á causa de la lluvia, elevó en el sitio designado una magnífica pirámide de honor, presentando una obra de arte poco comun y digna de la ceremonia y del objeto á que estaba dedicada.

Servia de base al espresado monumento un zócalo de forma cuadrada en cuyos ángulos se adelantaban en direcciones opuestas cuatro cuerpos en los que se hallaban colocados otros tantos grupos de banderas y estandartes de los diversos cuerpos del ejército vencedor, cuyas corbatas ceñia una corona de laurel, distinguiéndose por medio de sus respectivas armas, útiles y vestuario la infantería, caballería, artillería, ingenieros, guardia civil, carabineros, marina, vo-

luntarios catalanes y tercios vascongados. En el centro de cada grupo veíanse los respectivos cascos, chacós, roses, gorros catalanes ó vascongados ceñidos con coronas de laurel.

El segundo cuerpo consistia en otro zócalo tambien de forma cuadrada, el cual se hallaba interceptado por los grupos referidos y servia de base á un rico pedestal ornamentado con su respectiva base, cornisa y recuadros con molduras doradas, en cuya cara principal y en bajo relieve resaltaba la figura de la Historia escribiendo lo siguiente en la portada de un libro:

CAMPAÑA DE ÁFRICA.

Año 1860.

En el lado de la derecha se leia la siguiente inscripcion:

«El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestros soldados y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que iremos á sus hogares á buscar la mas cumplida satisfaccion.»

(ODONELL *en el parlamento.*)

En el otro lado del centro leíanse estos versos:

«¿Quién diera á mi deseo
tantos lauros contar? Cada llanura
fué campo de batalla,
cada colina vencedor trofeo:
los mismos sitios que el baldon miraron
miraron la venganza, y las afrentas
en torrentes de sangre se lavaron.»

(QUINTANA.—*Oda á Guzman el bueno.*)

Finalmente, en el lado izquierdo estaban escritas estas palabras:

«Hoy es dia de sentir el placer inmenso de que seamos todos españoles y nada mas que españoles, recordando los buenos tiempos de la antigua monarquía con los de la monarquía constitucional, llevando la gloria de nuestras armas al territorio de Africa, donde tanta alcanzamos en otra época, donde hace siglos que nos está esperando.»

(OLÓZAGA *en el parlamento.*)

Un grupo simétricamente colocado en la parte superior de dicho pedestal, en cuya combinacion sobresalian cuatro colosales y briosos grifos dorados y unidos con festones de mirto y laurel descollando en su cara principal el escudo de las gules barras catalanas, servia de base á una colosal estatua de 3,50 metros de altura, la cual representaba á Barcelona vistiendo ricos ropajes adornados con variadas franjas y bordados de oro, ciñendo su frente la corona mural.

Esta matrona, de arrogante y simpática figura, estendia sus brazos llevando en ambas manos grandiosas coronas de laurel y varias palmas, en ademan de coronar y ofrecer los símbolos de gloria á nuestros valientes y esforzados campeones.

Elevábase detrás de la estatua un grupo de banderas nacionales, de entre el cual sobresalia un gran pendon blanco galoneado con cintas de oro en cuyo centro resaltaba el escudo de armas de la ciudad de Barcelona.

El monumento en su totalidad media una altura de 15,50 metros y sus pinturas imitaban mármoles y jaspes del país.

Á cada lado del obelisco habia un espacioso tablado, destinado uno para las personas convidadas y otro para el Ayuntamiento.

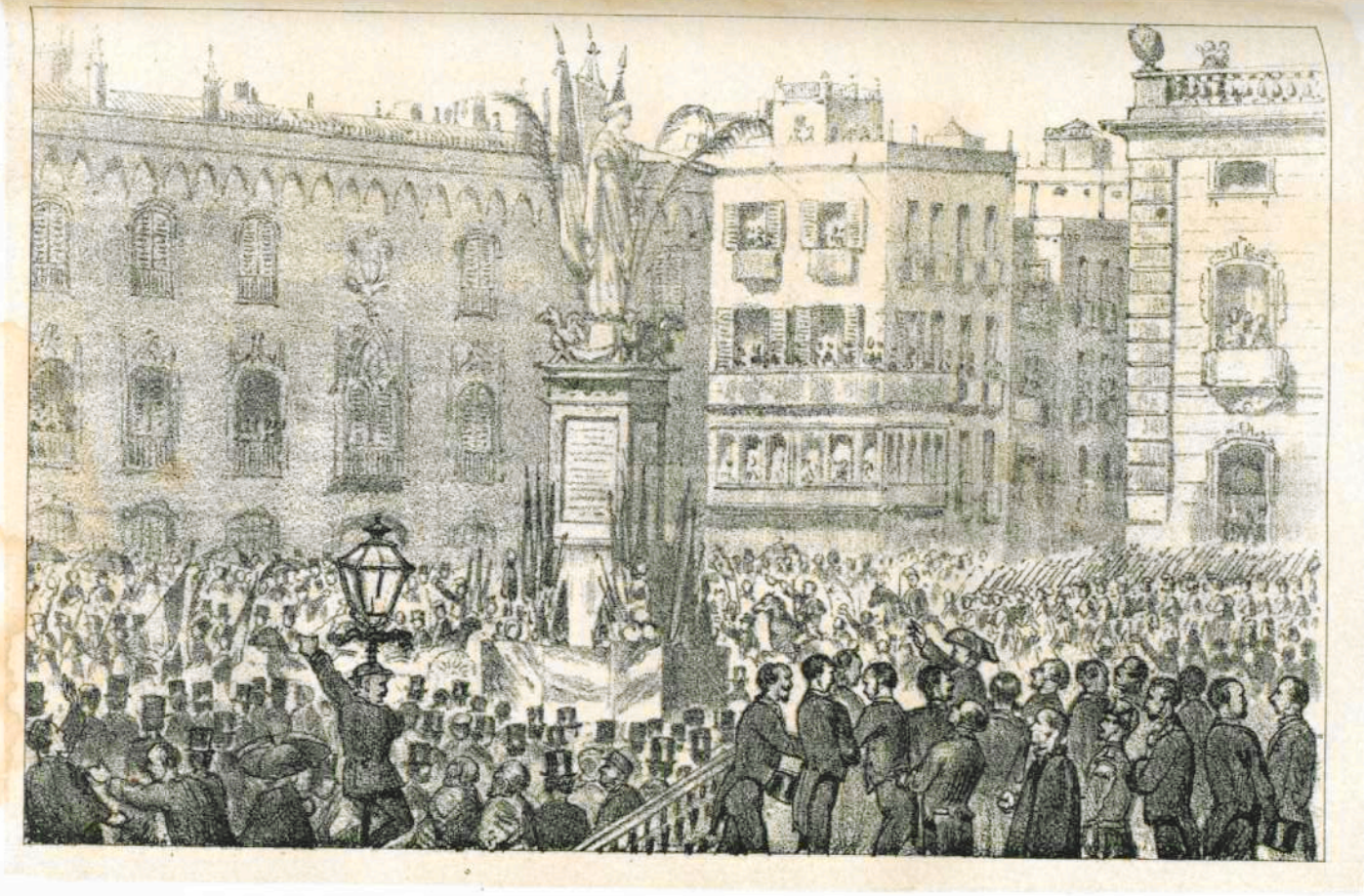
Al pié de la pirámide estaban los cuatro distritos de Barcelona representados por los señores alcaldes de barrio y numerosos individuos de cada distrito, agrupados todos al rededor de su respectiva bandera. Todos los de la comitiva llevaban banderolas, palmas, cintas bicolores ó ramos de laurel. Las banderas llevaban cada una el número de su distrito.

Los escritores públicos D. Manuel Angelon y D. Victor Balaguer habian merecido la honra de que por los señores alcaldes de barrio se les confiasen las banderas del tercero y cuarto distrito.

Con la comitiva de este último iba tambien un coro de aficionados.

La vasta plaza de Palacio estaba invadida de gente, y al llegar el Excmo. Ayuntamiento, que precedia á las tropas, hubo un momento de inevitable confusion.

El pueblo, en una de aquellas terribles é irresistibles oleadas de la muchedumbre, rompió la frágil barrera que rodeaba el cerco dispuesto para la recepcion oficial. Desgraciadamente, dos municipales, arrollados por aquellas olas humanas, fueron heridos el uno en una mano, el



El Ayuntamiento recibe á las tropas y á los Voluntarios al pie de la Pirámide de Honor.

otro de una fuerte contusion en el pecho. Estos dos soldados cívicos, honor de la guardia municipal, sufrieron antes que emplear la fuerza y hacer uso de las armas. El mismo pueblo se apresuró á ausiliarlos.

Restablecido en poco el desórden, colocado el Ayuntamiento y autoridades en sus respectivos puestos, penetraron en la plaza las tropas espedicionarias, y tuvo lugar la ceremonia.

Situada la comitiva en uno de los tablados de que hemos hecho mérito, el M. I. S. Alcalde corregidor,—pues el señor gobernador civil interino, al intento de que la fiesta fuera con mas espontaneidad dirigida solo por las autoridades de eleccion popular, se habia retirado en compañía de algunos señores diputados provinciales,—pronunció un discurso en el acto de coronar en nombre de Barcelona la bandera de Arapiles y banderin de los voluntarios.

Este discurso podrá leerse en el acta de la ceremonia levantada por el Excmo. Ayuntamiento y que copiamos íntegra á continuacion:

«En la ciudad de Barcelona, dia 3 de mayo de 1860.—En virtud de acuerdo tomado en la sesion del dia 18 de abril último, resolviendo el recibimiento oficial de las tropas del ejército y voluntarios catalanes que acaban de llegar á esta capital procedentes de Africa, y al tenor del artículo 3.º del programa de festejos adjunto combinado con la Excma. Diputacion provincial, al que se ha dado publicidad con la debida autorizacion, el Excmo. Ayuntamiento constitucional, de regreso del acto de la recepcion verificada por dicho Excmo. Cuerpo de la provincia en el punto del desembarco, se ha constituido á la hora de la una de la tarde, en medio de un inmenso gentío lleno de entusiasmo, y precedido y seguido de infinitas comisiones de todas las clases de la poblacion, cuyos individuos victoreaban y festejaban de mil modos á los valientes que acababan de desembarcar, en uno de los tablados colocados al pié de la pirámide de honor, levantada en la plaza de Palacio, la cual representa á Barcelona recibiendo con los brazos abiertos á aquellos esforzados y valientes guerreros, cuyo acto ha presidido el M. I. S. Alcalde corregidor D. José Santa María, concurriendo los ilustres señores tenientes de alcalde D. Miguel Biada, D. Luciano Parcet, D. Juan Calvell, D. Baltasar Fiol y D. Clemente Lopez; los ilustres Sres. regidores D. Ramon Bonaplata, D. José Artís, D. Antonio Gatell, D. Juan Serra y Totosaus, D. Francisco, España, D. Valentin Marin, D. Francisco Valls y Gali, D. Antonio Lopez, D. Antonio Castell de Pons, D. Juan Amat, D. Francisco Travila, D. Jaime Jubé y Arnó, D. Juan Roger, D. Federico Maresch, D. Pedro Collaso y Gil, D. Severo Modo-

lell, D. Jorge Miralles, D. Ignacio de Basols, D. Rafael Sabadell, don Narciso Ramirez y el ilustre señor síndico D. Gil Bech; asistiendo tambien los ilustres señores regidores honorarios D. Pablo Bertran, don Buenaventura Vives, D. Jaime Drument, D. Domingo Ribas, D. Felipe Masferrer, D. Pedro Bohigas, D. Marcario Codoñet, D. Manuel Llorens y Aléts y D. Antonio Rovira y Trias; concurriendo asimismo el Excmo. é Ilmo. Sr. obispo de esta diócesis y el cabildo eclesiástico, el Excmo. señor Capitan general interino, 2.º cabo D. Rafael de Leon, mariscal de campo, el Excmo. señor D. Vicente de Talledo, gobernador militar de esta plaza, mariscal de campo, los señores magistrados de la Real audiencia, señores consejeros de provincia, señores catedráticos de la Universidad literaria, señores del cuerpo consular y las demás corporaciones y personas invitadas al efecto.

En seguida el M. I. S. Alcalde corregidor, presidente, ha felicitado en nombre de Barcelona á las espresadas fuerzas en los términos siguientes:

«¡Bravos del ejército de Africa.

Cazadores de Arapiles,

Voluntarios de Cataluña!

«Barcelona ansiaba ver en su recinto á los valientes que tan heróicamente han peleado en Africa y se gozaba impaciente en la idea de este dia, de este momento memorable. En su nombre y por mi voz os saluda con efusion y respeto este Excmo. Ayuntamiento.

«¡Gracias al Todopoderoso que ha hecho á nuestra nacion sufrida en la adversidad, fuerte en los combates, generosa en la victoria, noble y grande siempre! Vosotros acabais de revelarlo una vez mas al mundo: en la sangrienta lucha contra el imperio marroquí, habeis cumplido cual dignos hijos de la noble España.

Envaneceos, voluntarios de Cataluña, de haber formado parte de ese ejército de héroes. Barcelona se envanece de vuestro comportamiento. Barcelona admira á todos, á todos contempla con orgullo.

«Un recuerdo á los que sucumbieron, á nuestros mártires del honor y de la civilizacion! Gloria á ellos! Vivirán eternamente en la memoria de la patria, como viven en nuestros corazones.

«Ceñid, valientes, el laurel debido al sufrimiento, al valor, á la virtud y á la victoria. Permitid que mi mano, aunque indigna, corone, con el nombre de esta ciudad agradecida y entusiasmada, esas nobles banderas, símbolos sagrados del honor y de nuestras glorias nacionales.

¡Viva la Reina constitucional!

¡Viva el ejército de África!

¡Vivan los cazadores de Arapiles!

¡Vivan los voluntarios de Cataluña!»

Acto contínuo, ha colocado una corona de laurel á la bandera del ba-

tallon de cazadores de Arapiles, única tropa del ejército que acompaña á los voluntarios de Cataluña; y otra al banderin de estos, siendo los jefes y oficiales respectivos de ambos cuerpos que se hallan presentes, los señores espresados á continuacion; esto es:

Del batallon de cazadores de Arapiles; teniente coronel primer jefe graduado de coronel, D. Romualdo Crespo y Guerra, ayudante graduado de capitan D. Francisco Sevillano y Cis, abanderado graduado de teniente D. Valentin Nieves y Romero, capellan D. Jorge Roca y Panisello, músico mayor D. Valentin Terrés y Mas; capitanes graduados de comandante D. Evaristo García y Reyna, D. Antonio García Arevalo, D. Tomás Nuevo y Rodriguez, D. Antonio Ibañez y Martin, D. José Gonzalez y Perez; capitanes D. Antonio Sotomayor y Balboa, D. Felipe Prados y Alberique; tenientes graduados de capitan D. Francisco Rodriguez Marsal, D. Manuel Ramirez Molano, D. Miguel Moreno y Andrade, D. Antonio Blanco y Martinez, D. Salvador Goyanes y Sanjurges, D. Manuel Moreno y Campillo; tenientes D. Enrique Velarde y de la Mota, D. Rafael Diez del Castillo y Niel; subtenientes graduados de tenientes D. Cayetano Ruiz y Benitez, D. Salvador Vega y Fernandez, D. Tomás Serno y Sans, D. Alvaro Serrano y Coherri, D. Pedro Cornell y Cornell; subtenientes D. Celedonio de la Torra y Nuñez, don Manuel Ortegá y Sancho Muñoz.

Voluntarios de Cataluña, coronel D. Francisco Fort y Segura, ayudante D. Manuel Vacaro y Vazquez, abanderado D. Federico Martinez Arenzano; capitanes D. Manuel Rodriguez Lopez, D. Martin Rotenflue y Ortiz, D. Antonio Menendez Moran; tenientes D. Valentin Ferrer y Corriols, D. Manuel Grau é Iglesias, D. Jaime Mitjavila, D. Vicente Garcés; subtenientes D. José Tarrech y Bofarull, D. José Decreff, don José Antonio Aran.

En seguida el venerable prelado de la diócesis ha dirigido tambien la palabra á los cazadores de Arapiles y voluntarios catalanes, elogiando su comportamiento y les ha dado la bendicion, y el M. I. S. Presidente y los señores concejales han tirado con profusion coronas y flores sobre los soldados y voluntarios, dando repetidos vivas á la reina y á los valientes que se han distinguido en la campaña de Africa, y se han repartido tambien varias poesías análogas al objeto que motiva este acto, y despues de despedir S. E. á la comitiva, se ha trasladado á las Casas Consistoriales para presenciar el paso de las tropas y voluntarios por frente de ellas.»

Terminada la alocucion del señor Alcalde corregidor, el Excmo. é Ilmo. señor obispo dirigió tambien á los recien llegados su autorizada palabra, manifestándoles que así como les habia bendecido el dia de

embarcarse para la guerra, les bendecia de nuevo ahora que el Dios de las batallas habia coronado sus esfuerzos, primero con repetidas victorias y últimamente con la conclusion de la paz.

Magnífico, indescriptible era el espectáculo que ofrecia la plaza de Palacio cuando se terminaron estas alocuciones.

Una lluvia de flores cayó sobre el batallon y voluntarios, una nube de poesías volaba por los aires arrojadas de todos los ángulos de la plaza, miles de pañuelos se agitaban de todos los balcones y terrados, centenares de banderas ondeaban en el espacio, gritos de entusiasmo salian de todas las bocas.

El gentío que ocupaba la plaza y sus avenidas apenas podia moverse, de suerte que á los valientes guerreros dificilmente les era permitido dar un paso entre aquellas masas que fluctuaban en oleadas de miles de miles de personas.

Así pues, y con harto trabajo, se puso en marcha la comitiva del modo que no tardaremos en pasar á describir.

IV.

Hemos dicho que volaron por los aires nubes de poesías, arrojadas de todos los ángulos de la plaza.

Eran las que en gran número de ejemplares habia mandado imprimir el municipio, catalanas unas, castellanas otras.

Los poetas invitados por el Ayuntamiento habian sido las señoras doña Josefa Massanés de Gonzalez y doña María Mendoza de Vives y los señores D. Manuel Milá y Fontanals, D. Joaquin Rubió y Ors, don Antonio de Bofarull, D. Adolfo Blanch y D. Victor Balaguer. Verbalmente fueron tambien invitados algunos otros, y reunió por fin el Ayuntamiento trece composiciones, que fueron las que mandó imprimir y repartir y son las que publicamos:

AL REGRESO DE LOS VOLUNTARIOS CATALANES.

Ya flotan las banderas, el sol radiante brilla,
el aire se estremece al trueno del cañon,

el pueblo alborozado del mar corre á la orilla,
los voluntarios llegan ¡miradles! ¡ellos son!
¡Son ellos! cuatrocientos con bélica pujanza
al África volaron su sangre á derramar;
no del botin codicia, ni instinto de matanza,
de patria el amor santo lanzóles de su hogar.
A impulsos de ese fuego, que el alma les henchia,
á donde España vence corrieron á vencer;
y allí dó todo era esfuerzo y bizarría,
la hueste recordaron que acaudilló Roger.
Apenas sus piés tocan las playas enemigas
la muerte sobre ellos agítase feroz,
y en el combate caen cual pálidas espigas
que amontonadas siega la cortadora hoz.
El jefe es el primero que con su sangre lanza
la vida, sin que amengüen los bravos en su ardor,
como si sucumbiendo al par que la venganza
legara á los que quedan su gloria y su furor.
La muerte sobre ellos batiendo va sus alas,
redoblan los que luchan su vigoroso afan,
que como metéoro que cruza entre las balas
caudillo nuevo miran, y á la victoria van.
¡Es Prim! ¡Salud, guerrero, que llevas á la gloria
los hijos de tu patria! ¡Salud, héroe; salud!
cual ellos eres digno de los que ve la historia,
gigantes en Gerona, colosos en el Bruch.
Al par que tus proezas, cantára yo el denuedo
de la española hueste del África terror,
cual la inmortal cruzada del noble Godofredo
sellando con su sangre prodigios de valor;
Mas al tender los ojos por las mermadas filas
de los que ayer gozosos partieron á lidiar,
á mi pesar el llanto se agolpa á mis pupilas
y en lúgubre lamento se torna mi cantar.
Huid, madres y esposas que de zozobra llenas
buscais entre esas filas los que jamás vendrán,
de tres rudos combates las cálidas arenas
la gloria de su muerte al mundo narrarán.
Mas mitigad el duelo, alzad las nobles frentes,
que en África tuvieron glorioso panteon:
la muerte es el olvido, y guarda á esos valientes,
memoria en sus anales la Ibérica nacion.
Despliéguense banderas, de júbilo cantares
dé al viento Barcelona henchida de placer,
que de laurel ceñidos hoy tornan á sus lares
los bravos que le acuerdan las glorias de su ayer.
Volemos á su encuentro radiantes de alegría:
¿Los héroes inmortales del tiempo que pasó
no veis aparecerse en vaga lejanía,
cual blancas nubecillas que el viento amontonó?

¡Oh, sí! que cuando logran las ínclitas naciones
á tan gloriosa altura su nombre levantar,
hasta los muertos dejan sus negros panteones,
y vienen de su patria los triunfos á admirar.
El júbilo despierte los ecos de los montes,
esconda ya la guerra su ensangrentada faz,
que ya ¡España! ilumina tus vastos horizontes
por cima de tus glorias el iris de la paz.

Maria Mendoza de Vives.

AL EJÉRCITO, VENCEDOR EN ÁFRICA.

¡Loor á los valientes
que al combate volaron y vencieron,
y en cuyas nobles frentes
que tostaron del África los soles,
resplandecen las glorias
y el renombre inmortal de cien victorias!
¡Mas cómo no triunfar, cuando nacieron
hijos de aquella España que fué un dia
vencedora en Granada y en Lepanto,
de Francia asombro en la inmortal Pavía,
y en las playas de Orán de África espanto;
Hijos de aquella España que postrára
en Bailen las indómitas legiones
del gran coloso de Marengo y Jena,
que hundió á su antojo, ó encumbró naciones,
y cuya gloria el universo aun llena!
¡Loor á aquellos que en la estéril playa
del África sangrienta,
para lavar la inmerecida afrenta
á torrentes su sangre derramaron,
y el contrario furor teniendo á raya
sus combates por triunfos numeraron!
A su paso llegaban despeñadas,
cual las olas sin fin del Océano,
las sangrientas kábilas denodadas
su fuerza á quebrantar; mas todo en vano,
que su fiereza loca
se estrelló siempre en el esfuerzo hispano,
cual la furia del mar contra la roca.
¡Loor á aquellos que en la liza dura
como buenos lucharon y vencieron,
que el teson, la piedad y la bravura
como españoles hermanar supieron!

Ansiosa de admirar esfuerzo tanto
Barcino les espera;
seca con una mano el triste llanto
que entre galas y flores
derrama por los bravos que perdiera,
y con otra coronas y laureles
apresta á los heróicos vencedores
del salvaje valor de los infieles.
Regenerada por la nueva gloria
que tus hijos te dan, álzate, España,
página grande de tu grande historia
de África ves en la inmortal campaña!
¡Loor á aquellos que por tí murieron,
loor á aquellos que tras lid cruenta
con mano armipotente
de oliva ciñen tu gloriosa frente;
que no hay segura paz á las naciones,
si esa palma sangrienta
no saben conquistar sus campeones!
¡Loor eterno á los que así lograron
por esa paz tan anhelada y bella,
lidiar constantes y vencer por ella!

Maria Mendoza de Vives.

AL VALIENTE EJÉRCITO ESPAÑOL

EN SU ENTRADA EN BARCELONA Á SU REGRESO DE LA CAMPAÑA DE ÁFRICA.

Para esas frentes por el sol tostadas
Y que cien veces coronó la gloria
Con eternal laurel:
Sobre esas por las balas destrozadas
Enseñas, cuyo vuelo la victoria
Sostuvo siempre fiel;
Tú, la que fuiste reina de las olas,
Tú, la que madre fuiste de valientes
Que te han hecho inmortal,
Teje de amor hermosas aureolas,
Pon gozosa coronas esplendentes,
Bella ciudad condal.

—

Vedles llegar! .... No amais ver en sus ojos
Brillar aun el fuego de la guerra?
No amais ver esos pechos sin enojos,
De gozo henchirse al aire de esta tierra?

Vedles llegar!.... No amais ver en el suelo
Cual imprimen altivas sus pisadas,
Altivas, sí, cual de águilas el vuelo,
Y que en el Riff dejaron tan grabadas?
A vengar el borron ellos bajaron
Que los del Riff á su pendon hicieron.
Hoy que á su patria su pendon tornaron,
Ni rastro del borron los pueblos vieron.
Ellos amontonaron tanta hazaña,
Que do solo creyeron la memoria
De su patria vengar, dieron á España
Hechos con que aumentar su rica historia!
—El que invencible se creyó en sus breñas
Teniendo, cual potentes ausiliares,
Los torrentes que brotan de sus peñas,
Las tempestades de revueltos mares.
Tuvo por fin que doblegar la frente,
Que antes que al vencimiento da á la muerte,
Al que es ante el peligro el mas valiente,
Al que ante el sol y el hielo es el mas fuerte.
Prez á los bravos! prez á los sufridos!
Los que á mas de vencer los musulmanes
Suelo y clima vencieron reunidos,
Esos son ya mas que héroes, son titanes!
Gloria á ellos pues! Que España agradecida
A sus bravos, terror de los infieles,
Recompense la sangre allí vertida
Con triunfales coronas de laureles.

—

Y tú, que fuiste reina de las olas,
Tú, que la madre fuiste de valientes
Que te han hecho inmortal,
Teje de amor hermosas aureolas,
Pon gozosa coronas esplendentes,
Bella ciudad condal,
Para esas frentes por el sol tostadas
Y que cien veces coronó la gloria
Con eternal laurel;
Sobre esas por las balas destrozadas
Enseñas, cuyo vuelo la victoria
Sostuvo siempre fiel.

Joaquin Rubió y Ors.

Á LOS VOLUNTARIOS CATALANES,

VENCEDORES EN ÁFRICA.

Miradlos, ellos son!... los que briosos,
El suelo marroquí tocando apenas,
Al combate volaron, y vencieron!
Ellos son, ellos son: los animosos
Héroes de Tetuan: los que vertieron
La sangre generosa de sus venas
Por el honor de España:
Los que hacerse supieron,
En rápida campaña,
Terror de las falanges agarenas!

No los veis?... En sus frentes,
Tostadas por el sol de la Victoria,
Brilla el lauro inmortal que conquistaron.
Las africanas gentes,
Por largos años, guardarán memoria
De los que sus pendones arrollaron,
Valientes siendo entre los mas valientes,
Para dar nuevas páginas de gloria
Del patrio suelo á la gloriosa historia.

Escuchad!... Aun parece que retumba
El estruendo y fragor de la batalla
Dentro del corazon de quien los mira:
Y aun parece que zumba,
Rasgando el viento fiera la metralla,
Y que van á embestir, ardiendo en ira,
Donde mas el tronar del bronce estalla.
¿Necesito nombrarlos?...No pregonan
Los ecos de la Fama resonante
Su esclarecido nombre?—No lo abonan
Sus grandes hechos, su valor gigante?

Miralos, Cataluña: son tus hijos:
Los nietos de los bravos campeones,
Que en Mallorca y en Grecia combatieron,
No, en verdad, desmintieron
La sangre que heredaron de leones.
Tú los viste partir: los ojos fijos
Tuviste en ellos, cuando ya pisaban
Los campos mauritanos:

Aun soñabas tocar sus fuertes manos,
Y ya te relataban,
Con lenguas mil de pavorosos ecos,
Sus triunfos las montañas de Marruecos.

Llegar, ver y vencer! Tal fué la enseña
De la esforzada gente catalana;
Y allí, donde el combate mas se empeña,
La primera correr, fuerte y lozana;
Y con heróico empuje,
Mientras en torno ruje
Del plomo ardiente el huracan y estrago,
Acometer, herir, y en su ardimiento,
Arrollar al contrario en un momento,
Cual desparce la niebla el viento vago.
Quién no los vió lidiar? Quién de su arrojo
No tomó ejemplo, y de su gran pujanza?
Cuál enemigo que á su frente avanza,
No dejó el campo infiel en sangre rojo?
Ni quién, viéndoles ir á la pelea,
No esclamó:—«Si ellos van, pronto pasea
La nacional venganza
De la Victoria el esplendente carro?»—
Dígalo Prim, el general bizarro,
Valiente admirador de su bravura:
Dígalo Tetuan una y dos veces,
Que resistir procura;
Y Wad-Ras lo proclame en son de lloro:
Dígalo, en fin, la confusion del moro.
Del moro, que tambien valiente y fiero,
Luchando audaz y respirando guerra,
No dió tregua al acero,
Ni se rindió, altanero,
Hasta morder la enrojecida tierra.
Feliz puedes llamarte,
Patria de fuertes, Cataluña hermosa;
Pues tales hijos en tu seno alientas.
Feliz dije?...¡Ay de mí! que acongojarte
Pudo quizás de mi entusiasmo el grito.
Feliz!...y no reparo, que amorosa,
Con celo maternal, tus hijos cuentas,
Y no están todos... y con triste velo
Cubres la faz para mirar al cielo!...
Feliz, cuando preguntas,
Con voz callada... con las manos juntas:
«Dó *los otros* están? Por qué se esconden?»
Y hondos suspiros á tu afan responden!...
¡Ay, que en vano los llamas,
Sin olvidar ninguno,
Sus nombres repitiendo uno por uno!

Los héroes que reclamas,
Y que ornamento de tu gloria fueron,
Mártires de la Patria sucumbieron!

. . . . . .

Ya te veo sonreir, noble matrona;
Y esa sonrisa en lágrimas bañada,
Sube á formar, en la eternal morada,
Para tus hijos la mejor corona.
«Murieron por la Patria!...—No, que viven,
Clamas gozosa, en la memoria mia!
Si es que perece la ceniza fria,
Nunca los héroes al morir reciben
Del torpe olvido la cadena impía.
Nunca se diga que de aquí faltaron,
De mi fiel corazon, los que quedaron
Allá, donde el *Simoún* ardiente zumba;
Sus nombres vivirán en mis anales;
Y en aquellos tostados arenales,
Eternamente abrigará su tumba
La sombra de las palmas inmortales.»

Francisco J. Orellana.

¡HONOR AL EJÉRCITO!

GENIO DE LA GUERRA.

¿A qué cesar, guerreros?
¿Lavada habeis acaso vuestra afrenta?
No envaineis los aceros;
aun ruge la tormenta;
volved la lid á renovar, sangrienta.

Guerra, muerte, venganza,
pide el leon ibero en sus rugidos,
sediento aun de matanza.
¿No oís sus alaridos?
Corred, volad, perezcan los vencidos.

Tánger, allí os espera,
allí Fez, y la gloria en sus murallas,
sublime, duradera.....
¿Callas?... mas ¿por qué callas,
valiente vencedor en cien batallas?

Truene el cañon temido,
soplo de muerte la metralla empuje
y el hierro enfurecido

montones de cadáveres estruje.
¡Voz de la tempestad, desata, ruge!

GENIO DE LA PAZ.

No mas, no mas matanza;
harto ya en sangre se tiñó el acero,
ó Iberia, de tu lanza,
cese el enojo fiero:
gloria al humilde, oprobio al altanero.

POETA.

¡Paz! resonó del Africa en la arena,
¡paz! repitió el coloso del Atlante;
la España grita paz de orgullo llena,
y al aire ondea el lábaro triunfante.

Ya vuelven, ya las huestes vencedoras
llegan, ya pisan las nativas playas,
voces se alzan de gozo atronadoras
flores se esparcen, á su paso, gayas.

Vosotros, vos, la paz nos conquistasteis,
héroes de España, en la africana riba;
generosa la sangre derramasteis,
mas ella el lauro de la gloria aviva.

Honor al que arrolló en cada batalla
á los salvajes hijos del Profeta,
al que triunfó al crugir de la metralla
y ensangrentó en la lid la bayoneta.

Doblad campanas, el cañon retumbe,
la voz de ¡gloria! los espacios llene;
¡honor á España! por los aires zumbe
y ¡al ejército honor! el aire atruene.

Adolfo Blanch.

Á LOS HÉROES DEL EJÉRCITO ESPAÑOL,

DEFENSORES DE LA HONRA NACIONAL,

EN SU REGRESO DE ÁFRICA.

Ya vuelven los que un dia no lejano,
porque contar oyeron

que fué insultado el pabellon hispano,
para vengarle, al África partieron.
La honra nacional al ver herida,
poca fué la tardanza.
«La patria está en nosotros: honra es vida,»
dijeron, y su grito fué ¡venganza!
La tradicion, que vive en este suelo,
de escarmientos pasados
su mente recordó, y con noble anhelo
avivaron sucesos ya olvidados.
La espada que brillara vencedora
en Granada y Lepanto,
volvió á esgrimirse con mas brillo ahora:
al bárbaro su luz llenó de espanto.
Por esto, unidos, briosos y contentos,
á la mar se lanzaron,
resistiendo contrarios elementos,
y el pié, orgullosos, en el Riff plantaron.
En vano, cual aborto, la montaña
produce grey salvaje,
creyendo amedrentar al leon de España,
que desprecia los gritos y el ultraje.
En vano, cual guiado por la muerte,
el bárbaro se lanza.
Nada intimida al español, que, fuerte,
presentando su pecho, firme avanza.
Y venciendo por todo, y con bravura
su bandera adorada
plantando por el valle y por la altura,
no para hasta dejar su honra vengada.
De gloria el grito por España suena,
y al ver que victorioso
queda el ibero en la africana arena,
saluda el pueblo al vencedor glorioso.
Y á la primera seña que se ostenta,
el regreso indicando
del soldado español, fiel se presenta,
gozando á un tiempo y de aguardar penando.
Mas ya cesó la pena en este dia!
Ved su rostro tostado
que asoma entre las velas, y alegría
infunde al pecho, de esperar cansado.
Allí están! allí están! Corramos todos!
A los héroes de España
nuestro afecto mostremos de mil modos;
nuestro entusiasmo, por su grande hazaña.
Antes la esposa, el hijo, el padre anciano,
pues su amor les abona,
besen la faz del héroe: el ciudadano
cíñale en tanto cívica corona.

Y al ver el patriotismo y la concordia
que ofrece el pueblo hispano,
huya el iluso que sembró discordia,
y vea que sembrarla aquí es en vano.
Pues como el pueblo en su valor se inflame
por conservarse unido,
do quier que la honra de la patria llame,
vencerá, como en África ha vencido.

Antonio de Bofarull.

Á BARCELONA.

¿Qué vale mas que el oro que se acuña
en toda la nacion?
La sangre, que ha perdido Cataluña;
la gloria, que ha ganado su pendon.

Cual rio, cuya rápida corriente
rompe atrevida la imprevista valla,
en alas del ardiente,
inmenso, santo júbilo, que estalla
acude, pueblo, ufano,
llevando diligente,
emblemas de tu gloria, en cada mano,
una corona para cada frente.

—

Ese puñado de héroes victoriosos,
restos ¡ay! de los bravos, que partieron
al Africa animosos,
son los hijos amados de tu tierra;
aquellos, cuyo cántico de gloria
la imágen de la guerra
en oro puro grabará en la historia;
los que devuelven, como siempre, ufanas
las siempre fuertes barras catalanas.

—

Esos valientes, que guardára el cielo
de su entusiasta afan compadecido,
honra eterna del suelo,
que al recibirlos hoy clama orgulloso
en rica muchedumbre «aquí han nacido;»
son los héroes, que en tiempos no lejanos,
al santo grito de la voz de España,
hirviendo en cada pecho sobre-humano
la ardiente fé de su gloriosa hazaña,
con pésames prolijos
al África partieron, sin cuidarse
de padres, ni de esposas, ni de hijos.

Ébrios de noble amor hácia su patria;
fieros con los recuerdos de su historia,
magnífica epopeya,
que escribieron con sangre á la Victoria
mil héroes catalanes, que brillaron,
¡al Africa! dijeron:
al África marcharon;
la enseña de Mahoma destruyeron,
y á España con su triunfo se tornaron;
trayéndole á su suelo bendecido
todo, menos la sangre que han vertido.

—

Goza, pues, de este dia, Barcelona.
Mas ¡ay! fatal contraste!
Hoy que recibe tu condal corona
perla tan digna de esmerado engaste,
otra, líquida gota de rocío,
que el sol matiza en las pintadas flores,
con destello sombrío
viene á lucir sus tristes resplandores.
La sangre, que á torrentes derramara
el heroismo allí, es esa perla:
mas es tambien la auréola preclara
del mártir, que corrió libre á verterla.

—

Llora, sí, por tu inmenso sacrificio.
Brote sentida y triste y silenciosa
tu lágrima mas limpia,
cual suspiro de amor, que vierte el aura
al mirar marchitarse tierna rosa:
mas sirva de consuelo
al fiel afan, que el corazon encierra,
que los seres perdidos en la tierra
son almas encontradas en el cielo.

—

Por servir á la patria
no puede haber pesar duro y prolijo:
á la voz del Señor de lo criado,
con pecho denodado
tambien Abraham sacrificaba un hijo.

—

Así, cuando te acerques, Barcelona,
á recibir los tuyos,
al dejar en sus frentes la corona,
que tu amor les prepara entusiasmado
con goce bendecido,
llorà sentida por lo que has perdido;
feliz sonrie por lo que has ganado.

A. Garcia Hermosa.

Á LOS VOLUNTARIOS CATALANES.

Cuando el sol encendia una á una
En su ocaso con rojos fulgores
Del grande Atlas las cumbres mayores
Vuestra planta la playa pisó;
Todavía alumbraba la luna
Y valientes correis al combate,
Bien resiste el muslim vuestro embate
Y á raudales la sangre corrió.
A su vista los pechos se inflaman,
A su vista de cólera llenos,
A la muerte os lanzasteis serenos,
Y el muslim vuestra ira probó.
Gloria y triunfo mil voces proclaman,
Gloria y triunfo repiten los ecos;
Y el altivo sultan de Marruecos
En su trono sangriento tembló.
Mucha sangre costó aquella gloria,
Mucha sangre corrió en aquel dia;
Pero luego aun con mas bizarría,
Vuestra sangre esa sangre vengó.
De Gualdrás la esplendente victoria
Vuestra sangre pagó en abundancia;
Apagó del muslim la arrogancia,
Vuestro heróico valor se exaltó.
Que no hay plomo ni acero enemigo,
Ni barranco ó riscoso terreno
Que detenga en su marcha al sereno,
Al bizarro soldado español.
Y vosotros, el mundo es testigo,
Conquistasteis brillante corona,
Que tu sien ornará Barcelona,
Mientras luzca tu espléndido sol.

Roman de Lacunza.

BARCELONA Á LOS VOLUNTÁRIOS.

A nuestras rojas Barras
que, triunfantes do quier,
absorto miró el mundo
sus ámbitos correr,
del Leon en las garras
desechas creyó ver.
Yo misma con profundo
dolor llegué á temer,

que olvidados un dia
mis dos bravos Roger,
degradados mis hijos
llegasen á perder
su antigua bizarría,
su valor, su saber,
en dolores prolijos
cambiando su poder.
Me engañé; ni mis Barras
del Leon en las garras
destrozadas se vieron,
ni mis hijos perdieron
su poder, ni su honor,
ni aquella bizarría
que el mundo admiró un dia,
ni su heróico valor.
Brillantes como el sol
ornadas de laurel
mis Barras son cuartel
del escudo español.
A elevar ese escudo
por el muslim hollado,
os envié hijos mios,
al imperio africano.
Allí, apenas llegasteis,
á la lid esforzados
volasteis, y el asombro
fuisteis por lo bizarros.
Venid, hijos queridos,
venid, y en mi regazo
recibid las coronas
que con sus lindas manos
del Llobregat las ninfas
tejieron, entretanto
que en sus cítaras de oro
vuestros hechos cantando,
ya soberbios brillaban
sus ojos de entusiasmo,
ya lágrimas vertian
vuestras penas llorando.
Venid, y de laurel
y encina coronados
os verá vuestra madre.
¿Qué es esto, cielo santo?
¡Cómo! ¿sobran coronas?
¡Ah triste! los cuitados....
Una oracion por ellos!
Vosotros á mis brazos.

Roman de Lacunza.

LA ROJA BARRETINA CATALANA.

Ja tornan, ja, los fills de la victoria,
Ja tornan, ja, los ínclits vencedors,
Per qui son los combats festás de gloria
Y los camps de batalla llits de flors.
Ja tornan, ja, ab las rojas barretinas
Del color de la sanch que en llurs pits bull,
Preciosas capellinas
Que conquistá en las platjas llevantinas,
De llurs passats lo belicós orgull.
Simbólich tros de púrpura arrancada
Del front del poble Grech afeminat,
Sobre lo cap del Catalá posada,
¿A hónt pots anar tú que enamorada
No vaje la victoria al teu costat?
Per tot genis brillants devall la grana
Se ocultan de ton vel,
Com la rica magrana,
Baix la flor purpurina
Modesta oculta sos granats de mel.

¡Jo't saludo, vermella barretina!
Senzill almet dels héroes catalans,
Tú ets com lo foch que misteriós flameja
Per' designar lo cráter dels volcans.
Reb la salud que mon amor te envia,
Memoria insigne de un poder gloriós
Que fou del mon enveja,
Y ara de nou recobra la valía
De son passat famós;
Tú has subjugat las kábilas-riffenyas
Que dels turons atlántichs en las brenyas
Ocultan sa deshonra y ruda sanya
Fugint dels ínclits venjadors de Espanya;
Tú arramblares las masas enemigas,
Com en los camps de espigas
La dalla obre camí,
Deixant per tot detrás de tú escampadas,
Pilas de infiels, com garbas mal lligadas,
Ahónt los corbs tindrán llarch temps botí.
Ab tú orgullós, sòn front cenyit ornaba
Lo primer campeó,
Qu' en lo cim almenat de la Alcazaba
Clavá de Iberia lo triunfant pendó,
Y destruínt reductos y trinxeras,
Y rompent de escuadrons las líneas feras,
Con diadema de honor de varons forts,
Sols han cubert tos plechs de burda llana,
En la terra africana,
Los caps honrats de vencedors ó morts.
Bé per lo almet de nostra Catalunya!
¡Bé per eix *Geni Catalá* qu' empunya
Fulminadora espasa en la batalla
Com Romá semi-Dèu!
Bé per eix pit que á proba de metralla,
Com si cubert estés ab dura malla
Passa la mort lliscant pe'l demunt sèu!
¡Bé'n haja lo *Adalit* de eixas mesnadas
De cataláns lleons!
Que ab llurs invictas testas laureadas
Y ennoblit llur escut de nous blassons,
Retornan de las platjas abrasadas,
Sepulcre del poder de altres nacions.
Tornáu, tornáu, vers fills de la victoria,
Ja radiosas de gloria,
En voladoras naus brillan de lluny
Vostras gorras vermellas,
Rogejant á pilots, com las rosellas
Que matisan los blats en lo ardent juny.
Ja arriban, ja, són ells, los que partiren
Per' venjar de la Patria lo afront greu,

Són vot sagrat cumpliren
Sent lo terror dels enemichs de Dèu.....
Los bronzes sants al belicós se unescan
Ab magestuós ressó,
Antorxas resplandescan
Que tornen la nit dia;
Pujen al cel los himnes de alegría
De la patria ovació.....
Per' rebrer als titáns fills de ma terra,
Llamps temuts de la guerra,
Ab los vensuts piadosos,
Successors victoriosos
D' Entenças y Rogers.
Als que impacienta Catalunya espera
Com mare verdadera,
Ab endolat vestit y esplendent manto,
Plens los sèus ulls de llanto
Y las mans de llorers.
Matronas acudiu, acudiu, ninas;
Dels inmortals guerrers
Cubriu ab flors las rojas barretinas,
Que semblan richs fermalls de coralinas
O movedissas brancas de rosers.
Mes ay! no tornan tots. ¡Tristas matronas
Las que rebrán eix cop dintre son cor!
Las que ab xiprer tindrán que fer coronas
Per los fills desditxats de llur amor.
¡Ay dona sens ventura!
La qu' esperant abrassos de ternura
De un ser idolatrat,
Sols rebrá desolada
La gorra ensangrentada,
Com un preciós y fúnebre llegat.
Callau, callau, los cántichs de alegría,
Ja no mes pot sentir l' ánima mia;
Ja sols entono fúnebres acorts,
Y mentres qu' en la roja barretina
Dels héroes vius se ostenten llors frondosos,
Jo alsaré al cel mil himnes fervorosos,
Per que ab palmas divinas,
Dèu premi concedesca als héroes morts.

Maria Josepha Massanés de Gonzalez.

ALS VOLUNTARIS DE CATALUNYA,

EN SA TORNADA DE AFRICA.

LA GORRA VERMELLA (1).

De Tetuan ja torno,
y truco á ton portal,
famosa Barcelona:
prou sè que m' obrirás.
«Si honra allí no guanyas,
digueres, no t'vull may.»
Ben certa estar podias,
al enviarme allá,
que en res no mimvaria
ma antigua llealtat.
Pregunta als teus prohoms
que't van regir abans,
y que en las tombas fredas
reposan olvidats,
de ma virtud la historia,
y ells te respondrán.
Als nostres reys y comptes
seguí per tots los mars,
y, en cualsevol empresa,
si ab honra vaig martxar,
honrada y mes honrada
tornaba al durla á cap.
Obre, sí, donchs, la porta,
que vinch de Tetuan;
de sanch vinch tota plena,
pero ¿qué hi fa la sanch,
si de llorers cenyida
coronada vaig?
En vá l'alarb salvatje,
veyentme en los seus camps,
l'orgull que en mí s'ostenta
cregué poder cegar;
en vá de sas troneras
tirá 'l canó á mas fas;
en vá, per resistirlo,
ficada en mars de fanch,
ab mil perills y obstacles
tinguí que contrastar.
Impávida y altiva
devant del africá,
he enterbolit sa lluna,
burlantme, en lo combat,
del fanch y la metralla,
de tot cuant ell se val.
La gorra catalana
per res, per res s'abat.
Entrant per las troneras,
per tot los cims volant,
fins dalt de la alcassaba
ans que ningú hè pujat.
Allí, entre crits de gloria
rompent los tochs marcials
de la espanyola tropa,
y cuant per tots los valls
los ecos repetian
«Espanya en Tetuan!»
devant de las legions
lo gran pendó s'alsá;
mes—oh suprema gloria!—
al dirigirse á dalt
dels héroes la mirada,
buscant nostre estandart,
la gorra catalana
prop d'ell vejé arrogant.
Per hora tan ditxosa,
per goig tan singular,
perdono l' temps de penas
y olvits que he sufert ans.
Allí probá mon triunfo
que l' símbol provincial
de la gran patria unida
es part sempre important,
pus lluny de desunirla,
ajuda á ferla gran.
La ardenta fantasía
del que'm mirá en tal cas,
cregué, en sa iulsió, véurer,
que estaba acariciant

(1) Este romance es la segunda parte de otro que con el mismo título publicó el autor en los periódicos el dia de la partida de los voluntarios para el Africa.

lo gran lleó d' Espanya
al símbol catalá.
Obríume, donchs, las portas;
obriu que vull entrar:
ma terra es ma estimada,
prou temps la he anyorat!
Ja sè que en altres sigles
molt m' estimá la mar;
de nou are al mirarme,
creyent que no era ingrat,
pensá que reviuria
lo gran amor d' abans,
y 'm conduí ab dulsura
al camp del africá,
gosant en la esperansa
de triunfos catalans.
Prou exhalá suspirs
cuan me vejé en Tetuan;
mes are que 'm retorna,
que veu son desengany,
y que ha de abandonarme
pus torno á su rival,
diu sola y consolantse:
«D' aquí que tornarás!»
Adeu, mar carinyosa,
jo estimo ta llealtat,
pero altre aquí es ma esposa:
á terra, donchs, me 'n vaig.
La joventud gojosa
me surt tota á esperar,
y de llorers y rosas
me omple á cada pas.
Salut, llavó fecunda
de goigs que ja vindrán!
Tras de ella, las ninetas,
com cuant me 'n vaig anar,
patons, suspirs y aromas
m' envian tot bufant.
Miréulo bè, ninetas,
al símbol catalá:
los fronts que ab ell s' adornan
són are mes marcials,
y 'ls ulls que han vist la guerra
mes vius sòn y brillants.
Tambe 'ls infantons saltan,
veyentme á mí arribar...
mes ay! que alguns jemegan,
alguns, á quí la ma
dona una mare trista,
la viuda d' un lleal!
No ploréu, nó, viudetas,
no ploréu mes, infants,
pus si en consol perdéreu,
en honra habeu guanyat.
Lo ser que 'us doná ditxa
en temps felis abans,
com mártir de la patria
en tomba honrosa jau:
son nom grabat conservan
los cors dels catalans.
Guardéu, sí, fills, y esposas,
de vostre ser amat,
al pit ó en la memoria,
la gorra que ell portá:
la esposa ab tal objecte
tindrá un consol mes grat,
y 'ls fills tindrán exemple
ab un recort tan sant,
si un dia per la patria
al pare han de imitar.
Mostréuvos, donchs, alegres
avuy que alegre está
la patria vencedora;
alegres obriu pas.
Cuan dintre Barcelona
haurá un poch descansat,
cap dalt de la montanya
la gorra martxará;
que allí tè son imperi,
un bell regnat de pau:
allí estará gosantse
en los tresors del camp;
mes sempre que la patria,
en un perill igual,
sa ajuda necesiti,
no li fará l' sort may:
avisi la matrona
de la ciutat comptal,
y al só de son clarí,
la gorra baixará.
Llavors veurá, com are,
que anant per ella al camp,
si ab honra m' despedeixo,
ab honra sè tornar.

Antonio de Bofarull.

SALUT ALS HÉROES DE ÁFRICA.

¡Gloria al valor! ¡Salut als héroes de Africa
En bonhora tornats, gloria á tots sía.
Guerrers, aquesta terra
que á trepitjar tornau, á la sang vostre
l'honor dèu que 'l hi ha dat vostre heroísme;
lo sol que are petjau, las generosas
plantas vos besa, campeons il-lustres,
y 'l poble que' us rodeja,
la ben guanyada gloria vos envèja.
¡Honra y prís als valents! Llorers y rosas
fassen sombra á eixos fronts qu' en las batallas
la pólvora ennegrí, y l' atros carnatje
de germans y enemichs mil y mil voltas
fèn arrugá 'ls mes braus. ¡Alsáu banderas!
y 'l crit glorios de vostra fama trone,
terrible y gran, desde la mar gelada
al ignorats deserts qu 'l sol abrusa.
Valents, vostre es 'l honor de la jornada.
Alsa Espanya ton front, tos fills son estos,
estas las naus que al Africa 'ls portaren
á vèncer ó morir, estas las armas
que en ton dolor prengueren, y en sang mora
tragueren dels combats vermellas sempre:
sota eixas vestiduras
de guerra ab que are 'ls veus mitj destrossadas,
las balas marroquinas
se han enrogit per ta honra mil vegadas.
¡Catalans, Deu vos guard! á vostres platjas
ben arribats siau; la patria 'us dona
son bes mes pur de amor, son cor lo poble,
la eternitat dels vostres noms la fama;
y 'ls héroes que han estat, dels frets sepulcres
la pau eterna deixan,
y als nostres crits unintse, de alegría,
¡Salut, claman també, salut als héroes!
¡En bonhora tornats, gloria á tots sía!

Adolfo Blanch.

UN LLOR Y UNA LLÁGRIMA.

ALS VOLUNTARIS DE CATALUNYA.

¡Salut als que lidiaren y com á bons venceren
lutxant ab la tempesta, los huracans y 'ls vents!
¡Y gloria als que caigueren del África en las platjas
de la bandera patria morint sota los plechs!
¡Salut als que retornan del África gloriosos!
Ells són qui ab llur bravesa lo ferro han despertat.
¡Salut als que regressan! ¡Salut als que allí foren,
sent de Tetuan los héroes, los héroes de Wad-Ras!
¡Honor als que recordan las glorias de llur patria
per ella renovantne jornadas de altres temps!
¡Honor als que retornan del camp de la batalla
banderas sarrahinas portantli per trofeus!
La sanch almugavéra vivia en las llurs venas
y al África volaren per ser flagell de alarbs.
Avuy cantan llurs proesas las catalanas liras;
demá de llurs hassanyas la historia parlará.
Lo món tot los admira; la Espanya los aclama,
que tots són de la terra valents, dignissims fills.
Los héroes de la patria que dormen ja fa sigles,
de llurs profundas tombas per veurels han eixit.
Al Africa 'ls digueren, y al Africa partiren.
Del Africa ja tornan. ¿Qué importa que llurs fronts
haja ennegrit la pólvora y 'l sol de las batallas?...
No foren sempre hermosos los fronts del vencedors.
¡Qué regne la alegría! Qué floten las banderas!
¡Qué sia tot coronas y músicas y flors!
Mès no olvide la patria en mitj del entusiasme,
si als vius garlandas dóna, dar llágrimas als morts.
¡Salut als que lidiaren y com á bons venceren
lutxant ab la tempesta, los huracans y 'ls vents!
¡Y gloria als que caigueren del Africa en las platjas
de la bandera patria morint sota los plechs!

Victor Balaguer.

V.

Veamos ahora con qué órden y de qué modo emprendió su marcha la comitiva, para ir á recorrer las calles indicadas en el programa, y

en cada una de las cuales esperaba una entusiasta acogida á los espedicionarios.

Abrian la marcha, despues de los municipales de á caballo, los niños de las escuelas públicas en gran número.

Invitados por la comision, nombrada al intento, los profesores encargados de dichas escuelas, para que tomasen parte en el público regocijo formando corporacion, se prestaron gustosos, y puestos de acuerdo, dispusieron que las escuelas reunidas saliesen al recibimiento de los vencedores y les acompañasen en la carrera.

Marchaba á la cabeza un niño llevando un pendon blanco con letras doradas, en que se leia esta inscripcion:

A LOS VENCEDORES DE AFRICA.

Vuestro valor é inmarcesible gloria
consignará en sus páginas la historia.

—

Las escuelas públicas de Barcelona.
MDCCCLX.

Seguian tras del pendon ochocientos niños, formados de cinco en cinco, llevando todos en el pecho lazos de cintas bicolores y en las manos palmas, ramos de laurel ó guirnaldas.

En el centro iban sobre doscientos que cantaban el siguiente coro, escrito por D. Miguel Dubá y Navas y puesto en música por D. Vicente Abella:

HIMNO TRIUNFAL,

IMPROVISADO

POR LAS CLASES DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE BARCELONA,

para la recepcion del ejército y voluntarios catalanes á su vuelta de la gloriosa campaña de Africa.

CORO.

El clarin os llamaba al combate
Y acudisteis cual cumple al leal;
Que no faltan jamás españoles,
A vengar el honor nacional.

LETRA.

Nunca España ultrajada fué en vano,
Que dó quier las ofensas vengó;
Si la espada tomó con su mano,
La victoria su sien coronó.

—

Los laureles que ciñe el guerrero
Son trofeos de gloria sin par;
Cuando España desnuda el acero
Solo sabe morir ó triunfar.

—

Vivan, vivan los bravos que en Africa
Nuestras armas supieron blandir,
Y al partir de su patria juraron
Peleando vencer ó morir.

—

Al combate siguió la victoria;
Con laureles volveis al hogar;
Son laureles que guarda la historia
Y que el tiempo no hará marchitar.

Finalmente, cerrando esta comitiva de niños iba un grupo llevando en la mano banderolas y escoltando una gran bandera nacional.

Durante la carrera repartieron cerca de 10,000 ejemplares del himno.

Detrás de las escuelas iban varios grupos de distintas sociedades corales, entonando tambien patrióticos himnos.

Seguian luego los estudiantes de la Universidad en gran número, llenos todos de entusiasmo y patriotismo.

Preciso es consignar que los estudiantes se distinguieron muy particularmente aquel dia.

Precedian los de las cátedras de medicina y farmacia con pendones y banderas y seguian luego los de jurisprudencia con varios estandartes, en los que se leian los lemas *A la España triunfante, la Universidad de Barcelona;—A los héroes de Africa;—O'Donnell, Prim, Bustillos, etc.*

Cada pendon llevaba una corbata del color que simboliza la respectiva facultad, y en el centro de la comitiva se veia uno muy lujoso de moaré con letras de plata y borlas doradas que llamaba mucho la atencion y en el que se leia: *Recuerdo á los bravos que perecieron.* Habia en él una corbata negra que sujetaba las de todas las facultades

que, á su vez, sujetaban una corona de siemprevivas. Parece que era regalo de la señora madre de uno de los escolares.

El quinto año de derecho llevaba una hermosa bandera de seda con letras de oro.

La facultad de medicina llevaba una música como la de jurisprudencia, y una preciosa bandera.

Los estudiantes en general lucian en el pecho, además de las cintas de los colores nacionales, el distintivo de cada facultad, y repartian poesías en catalan y castellano elegantemente impresas.

Entre las diversas banderas que tremolaban, habia cuatro que representaban las cuatro provincias catalanas con el escudo de armas respectivo y otra con la Vírgen de Montserrat.

El pendon de honor lo llevaba el entusiasta jóven D. Evaristo Alomá, el cual tuvo ocasion de pronunciar algunos bellos discursos con la facilidad y buenas formas que todos conocemos en él.

Venia despues una comparsa de graciosos niños, vestidos todos de voluntarios con una ó dos niñas vestidas de cantineras.

Diversos grupos de estudiantes acompañaban la carroza triunfal de que hemos hablado ya, y varios alumnos de la Academia de Bellas Artes rodeaban otro carro de triunfo en que se veia representada á Barcelona repartiendo palmas á los vencedores en Africa y dos estatuas que simbolizaban la paz.

En pos de estas comitivas, iba el batallon de cazadores de Arapiles, ostentando con orgullo su bandera que tenia torcida la lanza y estaba acribillada de balazos.

Lo destrozado de su uniforme mostraba bien á las claras las penalidades de la campaña.

Las flores, las hojas de laurel, las poesías, las cintas, los cigarros llovian á su paso. Barcelona saludaba con transportes de legítimo entusiasmo á los que defendieran con decidido y heróico esfuerzo los ultrajados derechos de su madre patria. ¿Qué menos podia hacer para aquellos que volvian ricos de honra y de gloria al seno de la misma, despues de haber regado con su sangre el suelo africano?...

Despues de los cazadores marchaban las comitivas y banderas de los cuatro distritos, cada uno con su música, precediendo á los voluntarios catalanes. Los señores alcaldes de barrio se agrupaban al rededor de la bandera de su distrito.

En la comitiva del cuarto iban dos banderas mas, una que llevaban los entusiastas jóvenes del barrio 7.° del mismo, y otra de seda con borlas de oro en torno de la cual se agrupaban los alumnos del *Conservatorio Barcelonés*.

Finalmente, despues de la música del Excmo. Ayuntamiento, marchaban los voluntarios catalanes, ostentando sus rostros ennegrecidos por el sol, por el relente y por la pólvora, sus vestidos destrozados que eran un título de gloria, y sus pechos adornados con cruces, legítima y gloriosamente ganadas. El pueblo se descubria con respeto y saludaba con delirantes gritos á aquel puñado de valientes que en el espacio de un dia se habian convertido de soldados bisoños en veteranos, pues habian llegado el 3 de febrero al campamento de Tetuan sin saber el ejèrcicio, sin tener práctica, sin apenas saber manejar el fusil, y el dia 4 por la noche eran saludados como héroes y como ejercitados guerreros por aquellos que les habian visto lanzarse denodadamente al combate, tomar una parte muy activa y muy importante en la batalla, y ser de los primeros en penetrar en el campamento enemigo habiendo tenido que pasar por encima de los cadáveres de muchos de los suyos, entre ellos su malogrado comandante Sugrañes.

Tal era, salvo algun error que podamos haber cometido, el órden de la comitiva al penetrar en las calles de Barcelona.

El tiempo, que hasta entonces se habia sostenido, no quiso mostrarse propicio á la solemnidad de tan gran dia, y comenzó á llover, con gran descontento de la poblacion entera, cuando las tropas y su bullicioso y entusiasta cortejo emprendian la marcha por la carrera trazada. Sin embargo, la densa lluvia que empezó á caer y que concluyó por aguacero, fué mirada con indiferencia por la muchedumbre. El agua era cosa insignificante para apagar el fuego del patriotismo.

VI.

En el paseo de Isabel II y entre la casa Lonja y la de Xifré una numerosa y patriótica comision de vecinos de Barcelona aguardaba á los héroes de Africa.

Al desfilar frente de ellos el batallon de Arápiles, el Sr. D. Victor Balaguer, que por un momento habia dejado la bandera del cuarto distrito para ir á ponerse al frente de esta comision, tomó la palabra en nombre de la misma y en un corto discurso felicitó á los bravos oficiales y soldados de Arapiles por sus hazañas y laureles conquistados y por su constancia en sufrir y soportar los rigores y padecimientos de la ruda campaña de que regresaban.

El señor coronel contestó con algunas palabras á este discurso, y el batallon siguió su marcha.

La comision de que acabamos de hablar merece que la consagremos algunas líneas. Gracias á ella tuvo lugar uno de los mas importantes y característicos episodios de aquel dia memorable.

Un crecido número de ciudadanos berceloneses, entusiastas por las glorias de la patria y por el heroismo y virtudes de que durante la campaña dieron tan relevante muestra nuestros voluntarios, habian acordado tributarles un obsequio á su regreso á esta ciudad, y en una numerosa junta que se celebró al efecto decidieron: 1.° Mandar elaborar una magnífica corona de terciopelo imitando el laurel y el roble, la cual les debia ser ofrecida á su entrada, junto con un buen número de cintas en las que se imprimiese una leyenda en conmemoracion de dicho dia. 2.° Dicha corona, con un estuche digno de ella para conservarla, debia ser conducida en una carretela convenientemente dispuesta, durante toda la carrera que siguieran los voluntarios hasta llegar á su alojamiento. 3.° Con la carretela debia ir una música que tocase himnos nacionales durante la carrera. 4.° Debia abrirse una suscripcion con destino á cubrir dichos gastos invirtiéndose lo que sobrara en la compra de billetes de la lotería moderna, á beneficio con preferencia de los voluntarios inutilizados para ejercer su oficio y de las familias necesitadas de los que hubiesen perecido, pudiéndose hacer estensible á los demás heridos y aun á los ilesos, segun fuere la cantidad obtenida por favor de la suerte, todo á juicio de una comision que debia nombrarse.

Decidido esto, se pasó al nombramiento de la comision á cuyo cargo debia correr el cumplimiento de lo acordado, resultando nombrados por unanimidad los señores D. Agustin Aymar, D José Iglesias, D. Pablo Soler, D. Antonio Vicens y D. Joaquin Espalter.

Tambien se trató de nombrar á la persona que en nombre de todos debia entregar la corona, dirigiendo un discurso en catalan á los voluntarios, y quedó elegido por unanimidad el Sr. D. Victor Balaguer.

La comision llenó el cometido que se le confiara y circuló entre los numerosos suscritores el aviso de que la entrega de la corona tendria lugar en el paseo de Isabel II, en el sitio indicado al comienzo de este capítulo, y en el acto de pricipiar los voluntarios su carrera por la ciudad.

Comparecieron allí casi todos los suscritos, que eran en gran número, figurando entre ellos personas muy conocidas y reputadas en Barcelona, y se formó en dicho paseo un cerco, en torno del cual estaban los interesados y á un lado la música y la carretela que llevaba la corona.

Ricamente ataviada y engalanada se ostentaba la carroza, en el centro de la cual, sostenida por una columna blanca y oro, se veia la preciosa corona, digno tributo á los valientes voluntarios. Cuatro briosos caballos, lujosamente enjaezados, tiraban de la carretela, por la parte de cuyos estribos asomaban dos hermosos cartelones en los que se leia: *Al heroismo de los voluntarios de Cataluña,—Varios entusiastas de las glorias patrias.*

Cuando los voluntarios, precedidos por su digno comandante el coronel D. Francisco Fort, llegaron al sitio que acabamos de indicar, cesaron las músicas, y el señor Balaguer, de pié en el estribo de la carretela, dirigió á nuestros bravos paisanos el siguiente discurso, que debió oirse perfectamente á causa del silencio que durante él reinó en la multitud:

Senyor comandant,
Senyors oficials,
Voluntaris de Catalunya:

Permetau que una comissió de ciutadans de Barcelona vos surte á rébrer y vos detinga un moment en vostra marxa triunfal, per oferirvos un do que ningú com vosaltres sabrá millor estimar, perque ningú com vosaltres ha merescut millor.

Voluntaris de Catalunya, fills de la victoria, hereus dels antichs almugavers, dels héroes aquells que per totas parts estengueren lo nom de Catalunya, llegant á la historia ab llur nom, llurs fets y llurs conquistas; voluntaris catalans, arribau avuy á Barcelona precehits per la

gloria, com entraban en lo palench los antichs vencedors precehits de sos heralts.

¡Honor y gloria vos sian dadas, voluntaris de Catalunya! Barcelona, la ciutat dels comptes-héroes, vos reb ab entusiasme, perque ab entusiasme habeu combatut per la honra de la patria; perque habeu posat molt alta eixa honra; perque una tercera part de vosaltres ha sabut morir com moren los héroes en lo camp de batalla; perque los demés han sabut véncer com vencen los braus y los valents; perque tots, dignes fills de la terra que ha tingut ciutadans com Fivaller y Vilanova, héroes com Roger de Llauria y Ramon de Cardona, reys com Jaume *lo conquistador* y Pere *lo gran*, tots habeu sofert ab valent cor las contrarietats de la guerra, lutxant ab la peste, ab los vents, ab las tempestats, ab los elements desencadenats, regant de generosa sanch las planuras y las serras del Africa, y contant per combats vostras victorias.

¡Ben vinguts á la mare patria, voluntaris! Ben vinguts los forts, los valents, los héroes de Tetuan y de Wad-Ras! Los qui, renovant la hassanya de César, partireu, arribareu y vencereu.

Barcelona vos reb ab los brassos oberts. ¡Demprés dels perills de la campanya, los honors del Capitoli!

Lo Excel-lentísim Ajuntament acaba de donarvos la corona oficial; nosaltres venim á oferirvos la corona popular.

Nosaltres, fills del poble, ciutadans de Barcelona, nosaltres venim á oferirvos també una corona, y la oferim als que han vensut al costat del digne exército espanyol per qui la campanya de África no ha estat sino un llarch dia de gloria; la oferim als qui, dirigits en Tetuan per lo mal-lograt Sugranyes y lo ínclit Prim y en Wad-Ras per lo heróich Fort, han estat á la altura dels antichs héroes catalans, mereixént be de la patria y de la historia.

Admetáu eixa corona, voluntaris, que no es de or, ni de plata, ni de pedras preciosas, pus es corona que ha fet lo poble per demostrar son patriotisme y entusiasme; admetáu eixa corona, y que ella sía per la posteritat y per los sigles veniders, depositada en un dels llochs consagrats per nostra historia, una memoria de aquest dia, un recort de vostre heroisme, y un testimoni mut pero elocuent de nostre just entusiasme.

¡Viva la patria!

¡Viva lo exército espanyol, defensor en África de la honra nacional!

¡Vivan los voluntaris de Catalunya!

Estos tres vivas fueron contestados con entusiasmo.

Luego que se hubo calmado un momento el bullicio producido por los vivas y los aplausos, tomó la palabra el coronel D. Francisco

Fort y contestó al señor Balaguer por medio de una brillante improvisacion en castellano:

«Festejad, dijo, á ese puñado de valientes. Mucho merecen porque mucho valen. Me glorio de haberles mandado, y guardaré siempre este recuerdo como un timbre de orgullo. Me encargué de ellos la víspera de la batalla de Wad-Ras, y contestando al especial encargo que me hizo el digno general Prim para que cuidase de ellos con particular predileccion, le dije: «Mi general, ó morirán todos, y yo con ellos, ó serán la admiracion y la honra de su país!»

Festejadles, pues, que bien lo merecen, que mucho valen. Los he visto en el campamento y en el campo de batalla. En el primero honrados; en el segundo héroes. No he tenido que castigar á ninguno por la menor falta; no he tenido que impulsar á ninguno para ir adelante. Os los devuelvo, pues, tan honrados como valientes.

Salieron de Barcelona niños; vuelven gigantes.

Muchos murieron, muchos quedaron heridos, y todos lo fueron en el pecho, pero ninguno por la espalda.

Tengo á gloria el volver con ellos á Barcelona, y los entrego á vuestra admiracion, á vuestro entusiasmo y á vuestro cariño. Cuidad de mis hermanos de armas como ellos han cuidado de la gloria de la patria.

Yo recibo en su nombre la corona que el digno cronista de Barcelona les ofrece en el de dignísimos y respetables ciudadanos. Yo haré que esta corona, segun los deseos que se me manifiestan, se conserve como una memoria eterna de este dia, grande para todos: para los catalanes que reciben á sus hermanos que vuelven vencedores, para nosotros que no hemos hecho sino cumplir con nuestro deber, pero que estamos siempre dispuestos á derramar nuestra sangre por la patria, cuando esta crea necesario volver á valerse de nosotros.

¡Viva la Reina!

¡Viva el duque de Tetuan!

¡Viva el general Prim!

¡Viva Barcelona!

Con el mismo entusiasmo que los primeros fueron contestados tambien estos vivas, entre bravos y aplausos.

En seguida, volvió á continuar su marcha la comitiva, y el lujoso coche que conducia la corona siguió detrás de los voluntarios junto con la comision que se la ofreciera.

VII.

Comenzó entonces la carrera, siendo toda ella un continuado triunfo para los soldados de Arapiles y los voluntarios.

A despecho del agua, siguieron en su marcha verdaderamente triunfal la carrera que les estaba trazada, obstruida por completo en todo su tránsito por un gentío inmenso y que á su vez despreciaba el rigor del tiempo. En todas partes seguian las demostraciones de aprecio y de un aplauso tan general como espontáneo en pro de aquellos valientes, sobre los cuales caian, mezclado con la lluvia que nos regalaba el cielo, flores, dulces, poesías, cigarros, echándose á volar á su paso pájaros y palomas con lemas y cintas de colores.

Cuando penetraron en la calle Ancha, ya las bayonetas y fusiles de los soldados de Arapiles y voluntarios estaban cubiertos de flores, y, lo que es mas, las bronceadas frentes de aquellos bravos ostentaban envidiables y justamente merecidas coronas de laurel, laurel inmarcesible que vivirá verde y lozano en las páginas de la historia para decir al mundo lo que puede España cuando se trata de su honra.

Era un espectáculo imponente y conmovedor el ver desfilar á aquellos valientes por entre la muchedumbre que se agrupaba á su paso para saludarles con la fiebre del entusiasmo. Muchos espectadores lloraban al verles pasar con sus trajes destrozados, con sus rostros ennegrecidos y rugosos demostrando lo que habian sufrido. Tambien ellos, á su vez, ellos á quienes no habia conmovido el fragor del combate y el silbido de las balas agarenas, sintieron humedecidos sus ojos por lágrimas de gozo y de ternura al verse objetos de tan justa como patriótica ovacion.

Hemos dicho ya que casi todas las calles de Barcelona estaban adornadas, que en todos los balcones flotaban colgaduras y banderas ó escudos con el blason de Cataluña, que de todas las aberturas llovian flores y coronas de laurel.

A medida que vayamos siguiendo en su marcha á la comitiva, iremos mencionando algunas de las calles y casas que se distinguieron.

Los vecinos de la calle Ancha fueron de los primeros en iniciar los adornos, y lo hicieron de una manera digna.

Desde la embocadura de los Cambios viejos por la parte de la plaza de Palacio, calles de Agullers, Ancha, plaza Medinaceli y Dormitorio de San Francisco, hasta desembocar en la Rambla, todo formaba una vistosa y uniforme decoracion.

Siguiendo las aceras de dichas calles, en todo lo largo de ellas, se veian lanzas entrelazadas y banderas bicolores, sostenidas por pirámides de laurel, en número de quinientas, y ostentando cada una de estas en su centro una rodela ó escudo con el nombre de uno de los jefes, oficiales y soldados del ejército muertos ó heridos, así como los de los voluntarios catalanes que se hallaban en igual caso.

Se levantaron tambien por los vecinos de las citadas calles dos colosales y magníficos arcos de triunfo, uno á la entrada de la calle Ancha por el lado de los Agullers, adornado con multitud de trofeos militares, y otro igual á la salida de la calle frente á Atarazanas, decorado con trofeos de industria, comercio, agricultura, artes, etc.

El primero de estos arcos, dedicado á la guerra, ostentaba por un lado la inscripcion *Al ejército de Africa* y debajo se leia el nombre de *Odonnell* entre dos coronas de siemprevivas, en el centro de las cuales resaltaban los nombres de los dos jefes *Piniés* y *Molins*, muertos gloriosamente en el campo de batalla. En el otro lado habia la leyenda *A los voluntarios de Cataluña* y debajo el nombre de *Prim* entre otras dos coronas de siemprevivas, que recordaban los nombres de Sugrañes y Moxó. Habia á mas los de todos los generales y los de las principales batallas y acciones de guerra.

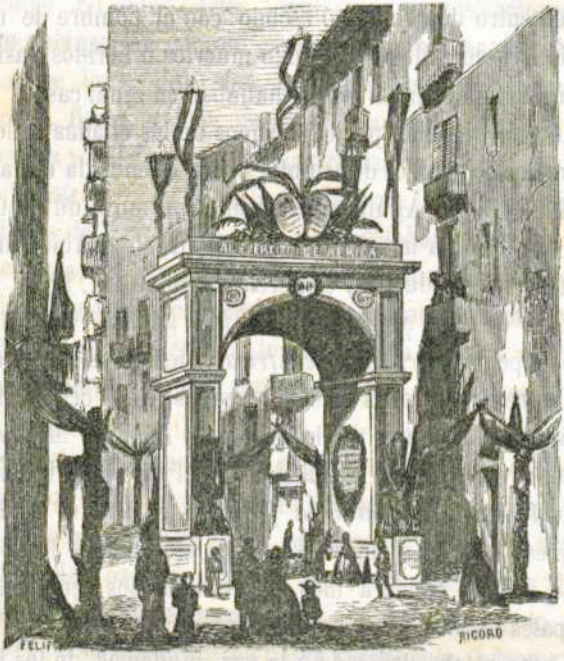
El otro arco estaba dedicado á la paz, y además de los lemas *Comercio, Agricultura, Crédito, Canales, Marina, Vias férreas, Telégrafos, Puentes, Carreteras, Puertos, Artes, Industria*, además de multitud de trofeos análogos á estos lemas, leíanse en él las siguientes inscripciones:

La paz es la riqueza de los pueblos.
Gloria al ejército que nos la ha dado.
A los bravos que murieron.
A los valientes que triunfaron.

A los fuertes en el combate.
A los humanos en la victoria.

Damos á continuacion en un grabado la vista de este arco.

Es de advertir que en estos arcos, como en muchas casas de la calle Ancha, como en muchas otras de distintas calles, brillaban en primer término escudos con las armas de Cataluña.



Entre la calle Ancha y el Dormitorio de San Francisco se halla la plaza de Medinaceli, que estaba rica y lujosamente engalanada, figurando todo su frente una ciudadela custodiada por jóvenes vestidos de voluntarios, apareciendo todo el jardin cuajado de gallardetes, estandartes y banderolas que flotaban en lo alto de largos mástiles y produciendo un bellísimo efecto.

En los torreones de aquella especie de ciudadela se veian varios nombres de soldados muertos y fechas de combates, que figuraban es-

critos por algunos soldados con la punta de las bayonetas sobre las piedras.

Entre otras inscripciones leíase el siguiente pareado catalan:

Sapia la nació més culta
que á Espanya ningú la insulta.

Cuando los voluntarios catalanes desfilaron por delante de los figurados baluartes de esta plaza, hubo escenas de estraordinaria animacion.

A una señal dada se izaron infinidad de banderas, palmas y ramos de laurel y se arrojaron gran número de palomas con cintas de colores nacionales, á tiempo que una banda de tambores y cornetas y una numerosa música tocaban ataque é himnos guerreros, disparándose petardos para figurar tiros de fusil y de cañon á fin de producir la ilusion de un combate.

A mas de todos estos adornos pertenecientes á la calle, son dignos de mencion los que ofrecieron las fachadas de algunas casas particulares y sociedades.

Cautivaban la atencion por el lujo y riqueza con que estaban decoradas, las casas del marqués de Alfarrás; de la sociedad del Crédito catalan; todo el pasaje Canela en el que se veian dos grandiosos transparentes representando el uno á los catalanes en la batalla del 4 de febrero y el otro á Prim en Castillejos; la Caja Barcelonesa, las casas de los señores Girona, Gil, Planas, Biada, Bernareggi y otras muchas que seria difícil enumerar. Las tres primeras de las citadas aparecieron por la noche con una rica y profusa iluminacion de gas.

Fué esta calle una de las que mostró mas animacion é hidalguía al paso de las tropas. No hablemos ya de las flores, coronas, cigarros y poesías que caian de todas partes. En casa de los señores Miarons y Doria se obsequió á los soldados y voluntarios con dulces y copas de Champagne, Jerez y licores; de los balcones de casa del señor Girona se arrojaron mas de 6,000 tabacos de regalía; en el Crédito catalan regalaron una hermosa corona al coronel señor Fort; el señor Lopez, dueño de la *Librería Española*, repartió con gran profusion multitud de poesías y láminas figurando los voluntarios de Cataluña perfectamente litografiados con tintas de colores. Las poesías que se repartie-

ron en estos barrios, eran de los Sres. Hermosa y Balaguer, impresas en papeles pintados con los colores nacionales.

Cuando la comitiva entró en la Rambla, al llegar delante del *Casino Barcelonés*, cuya fachada aparecia primorosamente adornada, tuvo lugar una galante y obsequiosa demostracion dispuesta por aquella distinguida sociedad.

El señor presidente de la misma presentó á los señores comandantes del batallon de Arapiles y de los voluntarios dos bellas y elegantes coronas cívicas, rogándoles que las aceptasen como un homenaje de admiracion á su valor y noble comportamiento.

Ambos comandantes dieron las gracias al *Casino Barcelonés* en términos tan espresivos como lisonjeros.

Muchas casas de la Rambla estaban decoradas elegantemente, entre ellas la tienda del editor señor Manero, quien, por medio de sus dependientes colocados á entrambos lados del paseo, hizo repartir gran número de flores y centenares de composiciones poéticas, escritas por la señorita doña Isabel Villamartin y los señores Orellana Briz y Balaguer, haciendo arrojar pájaros y palomas al pasar las tropas.

Hé aquí la composicion de la señorita Villamartin:

LO RETORN DELS VOLUNTARIS.

Ja tocan las campanas, lo bronch canó ressona,
Se sent per totas bandas estruendo general,
Y s' mostra engalanada la bella Barcelona,
Que fullas de llors sembran son rich manto condal.
Correu, correu, donzellas de negra cabellera;
Los boscos, las florestas llorer vos donarán
Trencaune hermosas brancas ab vostra ma lleugera
Y feune grossos feixos que l's genis portarán.
Y als peus de una matrona, que se anomena Espanya,
Que'ls fets del seu gran poble joyosa está escribint,
Ab lo llorer que sempre las glorias acompanya
Coronas per los héroes aneu també texint.
D' hermosas flors y murtra sembraune la carrera,
Que venen de la guerra zuavos catalans,
Y pórtan la victoria escrita en sa bandera,
Que l's va servir de tinta la sanch dels africans.
Acut á las riberas de aqueixa mar onosa

Un poble que delira formantne mil tropells,
¿Qué espera aqueixa turba que avansa bulliciosa?
Espera als voluntaris que 'ls portan los vaixells.
Ja venen; ja se acostan, sobre las blavas ònas
Brodadas per la escuma, més blancas que la nèu,
Se veuhen barretinas formant rojas coronas
En tant las quillas ratllan lo gran mirall de Dèu.
Salut, braus de la patria, grans fills de Catalunya,
Exemple y testimoni per tótas las nacions,
Las armas destrossáreu que l' fer marroquí empunya
Per terra arrossegantne los seus altius pendons.
Lo llit hon descansábau la dura terra era,
Las balas y metralla trobabau per consol,
Teniau per la vida una racció lleugera
Y l' bés de vostra mare vos lo donaba l' sol.
Y al crit de ¡Catalunya! ¡avant! marxábau
Per boscos de espingardas tenint que atravesar,
Vensent sempre ab coratje l' obstacle que trobabau
Y ab sanch comprant la gloria que avuy vos fa admirar.
¡Honor, honor als héroes! La noble Barcelona
Vos reb enjoyosada ab músicas y flors,
Y os posa conmoguda la triunfal corona
Y al sèu escut enllassa alsina, oliva y llors.
¡Victoria! repetexen mil veus ab alegría,
¡Victoria! entre sas alas passant s' en porta l'vent,
Y sobre vostras armas que l' africá temia
De tótas las finestras garnaldas van cayent.
De llors també os coronan las inmortals banderas,
Mès feu que en mijt dels víctors no s' borren certs recorts,
Trencáune algunas fullas y al vent dáulas lleugeras
Que vájen á las fossas de vostres companys morts.
Obert queda per sempre lo llibre de la historia,
Los fets que os ennobléxen los sigles llegirán,
Y 'ls fills de los fills vostres, honrantvos la memoria,
Campanyas victoriosas als pobles mostraran.

VIII.

Al abandonar la Rambla, en el acto de penetrar en la calle de Fernando, todos los que iban en la comitiva no pudieron menos de lanzar una esclamacion de asombro.

Era una hermosa perspectiva la que ofrecia esta calle, un admirable golpe de vista.

La decoracion era sencilla, pero de una esquisita novedad y de un efecto sorprendente.

A lo largo de las aceras se alzaban elevados mástiles cubiertos de arriba abajo con los colores nacionales, y ostentando en su punta un airoso gallardete. En el centro de cada mástil veíase un trofeo de escudos y banderas y pasaba del uno al otro una ondulante guirnalda de flores, que se convirtió por la noche en una línea de estrellas de gas.

En esta calle tuvo lugar un hecho notable. Una buena mujer, de unos cuarenta y cinco años de edad, vestida rigurosamente de luto, lloraba amargamente al ver pasar á los voluntarios. Era madre, y habia perdido á su hijo único, quizá la sola esperanza del alivio de su vejez. Sus amargos sollozos llamaron tanto la atencion, que, observada por los voluntarios, salióse uno de entre filas, la reconoció y abrazándola la dijo:

—No llore V., no llore. Su hijo ha sido mi camarada durante toda la campaña, y ahí detrás viene con la cruz de María Luisa en el pecho. Es un valiente.

A los pocos momentos el hijo y la madre se abrazaban de ese modo que abrazan las madres, y los espectadores lloraban de satisfaccion.

La buena mujer, que habia llorado por muerto á su hijo, pues como tal figuró en las relaciones oficiales, quiso correr á su casa para quitarse el luto, pero su hijo la contuvo diciéndole que continuase llevándolo por sus compañeros menos afortunados, cuya sangre y vida dadas por la patria, en tan alto lugar habian dejado en Africa el nombre catalan.

Aquella buena mujer se llamaba Josefa Font y era madre del voluntario Antonio Pujol, cuya muerte constaba *oficialmente* como acontecida en la accion del 23 de marzo.

Cuando, siendo ya las cuatro de la tarde, llegaron las tropas á la plaza de la Constitucion, estaba diluviando, pero á pesar de esto la multitud seguia impertérrita agolpándose á su paso, y los balcones y hasta los terrados y azoteas estaban cuajados de espectadores.

La Diputacion y el Ayuntamiento presenciaban el desfile; la primera desde su propio palacio, cuya fachada apareció espléndidamente decorada, y el segundo desde los balcones de las Casas Consistoriales, en uno de los cuales se veia á la madre del general Prim y en otro á varios caballeros oficiales heridos en la campaña.

El desfile de las tropas y voluntarios por la citada plaza fué una ovacion tan completa que difícilmente puede describirse, así como es imposible relatar detalladamente tantos y tantos hechos ocurridos en aquellas horas de espansion y de entusiasmo.

Al salir de la plaza de la Constitucion, el cortejo se empeñó en seguir á paso doble toda la estensa carrera que aun le faltaba que recorrer.

Las calles por las cuales cruzaron estaban tambien vistosamente decoradas, con banderas españolas y escudos de Cataluña en muchos balcones.

En el colegio electoral del segundo distrito se habia levantado un tablado con trofeos, colgaduras y banderas. En él, y rodeado de varias personas notables del mismo distrito, esperaba á los recien llegados el diputado á cortes D. Jaime Badía, que dirigió la palabra en estos términos al batallon de Arapiles, el cual marchaba el primero como ya sabemos.

¿Qué podrá deciros, valientes veteranos, el diputado por el 2.° distrito que tiene el honor de dirigiros la palabra á la vista de esta esplosion de entusiasmo indescriptible que presenciais? Si hubierais podido ser testigos de la impaciente solicitud con que en los teatros y en todas las reuniones públicas se reclamaba la lectura de los partes oficiales para saber las hazañas del ejército de África, hubierais humedecido el suelo africano con lágrimas de ternura, despues de haberlo regado con la sangre en los combates.

No solo humillasteis el valor feroz de la morisma, sino que supisteis sufrir con impavidez los rigores y la inclemencia de las tempestades y de los huracanes; soportasteis con frente serena el espectáculo desgarrador de enfermedades y epidemias mil veces mas mortíferas que el hierro enemigo, y cuando se recuerda el cúmulo espantoso de contrariedades por que habeis pasado, no parece sino que el Dios de los ejércitos quiso poner de manifiesto al mundo, que el soldado español, cuando defiende el honor de su patria, perece, pero no tiembla ni desmaya.

Yo soy de los que aplaudo la paz que os ha devuelto con honor á vuestro país, y la aplaudo enérgicamente, aunque no fuera mas que por haber coincidido con el descubrimiento de una trama infame que sin la lealtad y pundonor de los batallones engañados y de la indignacion y desprecio con que la nacion la mirara, hubiera podido comprometer la suerte de cuarenta mil valientes, de cuyo número formabais una fraccion distinguida.

Recibid, pues, de los habitantes del 2.° distrito las mas cordiales felicitaciones por vuestra feliz llegada. Recordad siempre con orgullo el merecido recibimiento que os hace la capital del Principado y sirvan estas demostraciones de estímulo imperecedero para todos los que quieran merecer bien de la patria, como lo habeis merecido vosotros para enaltecimiento y gloria de la monarquía. ¡Viva el ejército de África!

Cuando, en pos de los cazadores de Arapiles, desfiló el cuerpo de voluntarios, el mismo señor diputado D. Jaime Badía les dirigió el siguiente discurso en catalan:

Minyons, vos contemplem enternits y vos rebem ab los brassos oberts perque habeu elevat la gloria de Catalunya á una altura que enorgulleix als vostres paisans. Probat habeu en la terra africana que no habeu degenerat de vostres antepassats y que encara conserveu en tota sa grandesa lo valor y lo patriotisme del poble catalá.

No foren las conquistas en gran escala lo objecte de la guerra de África, pero queda obert lo cami pera altres generacions, pus que lo aument de territori que nos doná lo tractat de pau y la esperiencia ad-

quirida, són ventatjas que podrán ser esplotadas ab profit cuant la Providencia decrete la ruina del Imperi Marroquí, que es la sort inevitable de tots los pobles bárbaros.

Habeu compartit ab lo exército totas las desgracias y penalitats de un clima insá y de una terra inhospitalaria: los camps de Tetuan serán un recort inmortal de vostras glorias, y la posteritat recordará vostras hassanyas com un nou testimoni de valor y bizarría ab que en totas edats se han sabut distingir los fills de aquesta terra.

¡Vivan los voluntaris catalans!

Continuaron los cuerpos su marcha despues de estos discursos, siguiendo algo mas pausadamente su camino á causa de haber ya cesado la lluvia.

Otra escena indescriptible de animacion y de entusiasmo les aguardaba al desembocar en la Rambla por la Puertaferrisa y al penetrar en la calle del Cármen.

A la entrada de esta calle, el claustro universitario habia levantado un magnífico arco de triunfo, cuya obra fué dirigida por el inteligente arquitecto D. Elías Rogent.

Damos á continuacion la lámina que representa este arco, una de las cosas que mas justamente llamaron en aquellos dias la pública atencion.

Junto á este arco aguardaba á los voluntarios el escritor público

D. Manuel Angelon, á quien, segun ya llevamos indicado, se le habia confiado la bandera del tercer distrito.

Hé aquí el discurso que dirigió en catalan á nuestros paisanos:

Dignes representants del exército d' Africa, vosaltres que contau los triunfos per los combats y las victorias per las batallas, jo vos saludo en nom del districte tercer de Barcelona, que tal volta sia lo que major número de soldats conta en vostras filas. La ciutat comptal vos debia una espresió de sa gratitut per lo molt que habeu fet per sa gloria y la de tota Espanya: ab lo interés de bona mare vos ha seguit á Tetuan y á Gualdrás, y per tot vos ha trobat dignes de sa propia fama.

A lo crit de Espanya ofesa, hau corregut y pres las armas, com ho feren vostres abis, los homens de Monjuich y del Bruch; y gracias á vosaltres, la segona volta que lo moro nos insultaba, podiam exclamar com lo gran Pelayo en la primera:—¡Encara tenim patria!

Perque hau sigut pródichs de vostra sanch y valor, lo poble es pródich de aplausos y de entusiasme; perque antes empunyareu los fusells y las espasas que significaban la guerra, are vos cubreix de llorers y coronas que significan la gloria.

Molta ne habeu alcansada, y Barcelona s' es desquitada noblement ab vosaltres, preparanvos un triunfo may vist, que te lo millor mérit en sert fet per la ciutat de Barcelona: falta ara que vosaltres vos acabeu de desquitar ab ella.

Voluntaris catalans, vosaltres que habeu adquirit la franquesa y la bona fé propias de los homens que afrontan la mort á cada dia y á cada hora, vosaltres teniu un dret á eser creguts per vostres companys de armas. Pus bé; digau á eixos soldats de Africa que participan de vostre triunfo, perque de ell ne son dignes, que si Catalunya, com á bona mare, es egoista de sos fills, en cambi tots los valents, tots los nobles en son cor, tots los richs de patriotisme, son fills adoptius de Catalunya.

Un dia esta mateixa ciutat vejé abordar á sas platjas á lo atrevit navegant que portá á bordo de sas naus l' or del nou mon. Barcelona que saludá entusiasta fa cuatre sigles á Cristofol Colon, mes entusiasta vos saluda á vosaltres. ¿Sabeu perqué? Perque porteu á Espanya una cosa mes pura que l' or de América, mes apreciable que totas las riquesas de tots los mons.....Porteu la honra de la patria!

¡Salut als bons fills de la bona mare!....

Voluntaris catalans: lo perill y la gloria enllasan á los fills de totas las provincias. Sia pues vostre crit de amor lo crit que fins are lo ha estat de vostre triunfo, crit verdaderament nacional; lo crit de ¡Viva Espanya!

Terminado este discurso, echáronse á volar infinidad de palomas, cayendo sobre los voluntarios una lluvia de flores y de poesías, entre las cuales sobresalian una de la señora Mendoza de Vives y la siguiente original del mismo señor Angelon:

LOS VOLUNTARIS CATALANS.

¡BEN VINGUTS SIAU!...

Un crit de ¡Guerra al moro! ressona per Espanya;
La patria empunya brava lo drap de dos colors,
Y diu ab eixa llengua que fins los cors penetra:
—Está en perill ma honra: ¡al Africa, espanyols!
Ohint eixas paraulas los fills de Catalunya,
La sanch dins de las venas sentiren se 'ls enssén:
Y corran á sas casas, y abrassan llur familia,
Y al Africa se llansan mes vius que un llamp del cél.
Rompé un matí la boira lo sol de la victoria
Que il-luminar debia lo cuatre de febrer:
—¡A ells!—los diu son compte, y l's nostres voluntaris
Se tiran contra l' moro, cridant:—¡A ells! ¡á ells!
Y llansan la escopeta, y trauhen la navaja,
Y esqueixan carn de moro, y prénenli los camps;
Y allá ahont son bras allargan, ni l's rochs en peu nequedan;
Y allá ahont sos peus se clavan, ne raijan dolls de sanch...
La mort delma sas filas...—¡Avant los voluntaris!...
¿Que n's fa morir ó viurer?...¡Avant com hi ha Dèu!!—
Y allá ahont lo cos enterran de un voluntari nostre,
Per darli digna sombra mes tart nasqué un llorer.
Avuy sos compatricis los reben entre palmas
Y sota sos peus llansan las mes hermosas flors...
¡Salut á cuants lluytaren, y com á braus venceren!
¡Honor á cuants en Africa moriren com á bons!
¡Honor al *jefe* mártir, que en la primer batalla,
De gloria ab afany noble vos ensenyá á morir!
Son nom escriu la historia, son cos guarda la terra,
Recort de sos esforssos lo poble marroquí...
Hermosa Catalunya ¿perqué plorau, Senyora?
Los fills de vostra terra que en eixa guerra han mort,
Son perlas engastadas en la compdal corona,
Son de ton cél estrellas, de ton jardins son flors.
No plores, Catalunya: la patria dels intrépits
No rega ab tristas llágrimas lo panteó dels braus;

Perqué dins de éll se arrelen las grogas semprevivas
La terra de Marruecos han empapat ab sanch.
¡Honor als voluntaris! ¡Honor als qui s' bateren
En la escabrosa terra del regne de Marroch!
¡Salut als qui lluytaren, y com á braus vencerenl...
¡Honor á cuants en Africa moriren com á bons!!!

Tambien fué la calle del Cármen una de las que mas se distinguió por su entusiasmo. Muchas casas estaban elegantemente adornadas: entre el edificio del Hospital y el convento de religiosas Mínimas habia un escudo en el que se leian estas palabras, tan sencillas como de una doble y espresiva significacion:

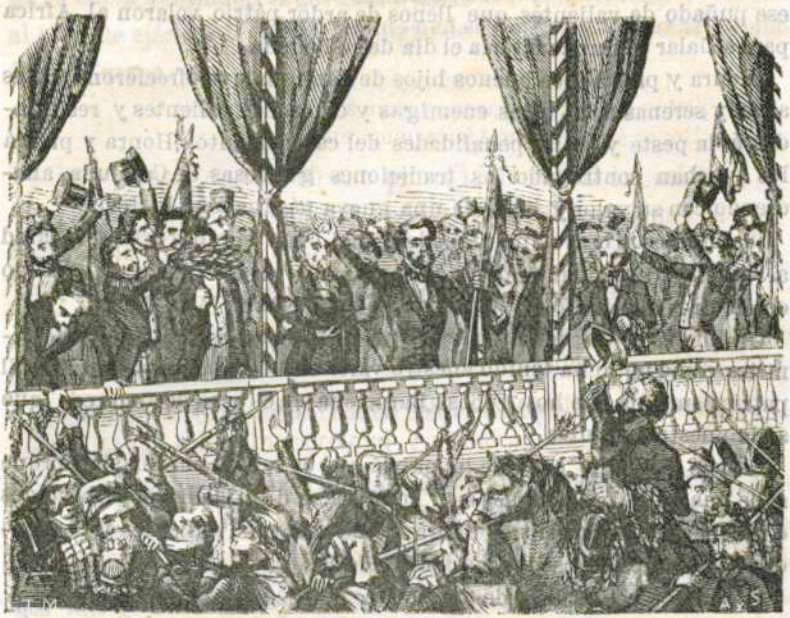
Saludan á los valientes, en sus asilos, los pobres y las vírgenes.

Desde los balcones de la casa que ocupa el concejal D. Valentin Marin, adornada con un gusto y lujo estraordinarios, lo propio que la vecina casa del Sr. Juncadella, se arrojaron mas de mil cigarros habanos al paso de la tropa y voluntarios, y la Sra. de Marin ofreció una rica y bella corona á cada uno de los señores comandantes.

Dió vuelta la comitiva por la plaza del Padró bajando por todo lo largo de la calle del Hospital.

En la plaza llamada de la Igualdad, frente á la iglesia de S. Agustin se levantaba el tablado que habia hecho construir el distrito 4.°

Formaba á manera de tres arcos de laurel y flores con trofeos militares y vistosos grupos de banderas y estandartes, entre los cuales descollaban grandes escudos con las armas de Cataluña y de las provincias catalanas. Una porcion de mástiles lanzándose atrevidos al espacio hacian flotar por los aires un bosque de gallardetes con los colores nacionales.



A este tablado subieron los señores alcaldes de barrio del distrito con las comisiones del mismo y el Sr. Balaguer, que llevaba la bandera.

Hé aquí el discurso que este último dirigió á los voluntarios cuando desfilaron por delante de los arcos:

Señor coronel comandante;

Voluntarios de Cataluña;

Solo la ausencia del dignísimo diputado por este distrito, excelentísimo Sr. D. Pascual Madoz, podia hacer que en tan solemne momento os dirigiese la palabra quien, ciertamente, no tiene contraido ningun mérito para ello. Aun cuando me considero indigno de representar á este distrito, me enorgullece la honra que me han dispensado los señores alcaldes de barrio y comisiones del mismo, pues me procura la inestimable satisfaccion de saludar hoy por segunda vez á los modernos herederos de la intachable gloria alcanzada en otros tiempos, y tambien en lejanas tierras, por nuestros bravos almogaváres.

En nombre del ilustre diputado de este distrito, en nombre de los dignos señores alcaldes de barrio, en nombre del distrito cuarto, que se asocia por completo á la esplosion de entusiasmo que hoy hace estremecer y palpitar de gozo á la capital del Principado, yo saludo á

ese puñado de valientes que llenos de ardor pátrio volaron al África para señalar con una victoria el dia de su llegada.

¡Honra y prez á esos buenos hijos de Cataluña que ofrecieron frentes altas y serenas á las balas enemigas y corazones valientes y resignados á la peste y á las penalidades del campamento! ¡Honra y prez á los que han continuado las tradiciones gloriosas de Cataluña, añadiendo con su valor y bizarría una nueva página á su historia!

¡Salud á esos bravos mantenedores del buen nombre catalan! ¡Salud al valiente comandante que hoy marcha á vuestro frente y que supo conduciros al triunfo y á la gloria en la batalla de Wad-Ras!

Grande es el dia de hoy para Barcelona. Su entusiasmo no tiene límites como no lo ha tenido vuestro valor en los campos de batalla. El patriotismo de que hoy rebosa Barcelona es el beso de amor con que sella vuestras frentes.

Habeis merecido bien de la patria que os saluda entusiasta porque sabe que nadie osará jamás á su honra, á su dignidad, á sus libertades é independencia, mientras tenga, como vosotros, valientes y denodados campeones que se lancen á defenderlas.

¡Vivan los voluntarios de Cataluña!

La contestacion que dió el Sr. Fort al Sr. Balaguer fué digna y elocuente como la que diera á los Sres. Badía y Angelon.

Repitió que todo lo merecia aquel puñado de héroes, porque todos se habian portado bizarramente, y con acento conmovido encargó encarecidamente que la provincia no olvidase á los bravos voluntarios que tan alta habian colocado la honra que la misma les confiara.

Concluido el discurso del Sr. Fort, subió al tablado el Sr. D. José Anselmo Clavé y leyó una poesía en catalan dedicada á los voluntarios é improvisada pocos momentos antes, cantándose en seguida por el cuerpo de coros del Euterpe un himno patriótico, cuya letra y cuya música eran del mismo Sr. Clavé.

Coro y poesía fueron recibidos con grandes aplausos.

Las personas que se hallaban en el tablado arrojaron cintas, flores, coronas de laurel y poesías escritas por D. Francisco J. Orellana y D. Francisco Pelayo Briz.

Llegaba la comitiva á la Rambla, las músicas de los distritos y de las comisiones despidieron con himnos patrióticos á las tropas y voluntarios que marcharon entonces aceleradamente á sus cuarteles.

En aquella admirable recepcion, que no puede esplicarse debidamente, porque hay cosas que se sienten, pero no se esplican, Barcelo-

na se habia mostrado verdaderamente grande. El homenaje que rindió al valiente ejército de Africa fué digno de una de las primeras capitales de Europa.

IX.

El tiempo invertido en la carrera dejó apenas espacio para que reposara el entusiasmo.

Concluia el recibimiento cuando comenzaba ya la iluminacion.

Esta fué espléndida.

Creemos haber dicho ya que el adorno de calles y plazas no se limitó esclusivamente á las de la carrera señalada para el desfile. Fueron en gran número las que se hallaban decoradas con mas ó menos lujo y buen gusto, contándose entre ellas algunas de las mas apartadas.

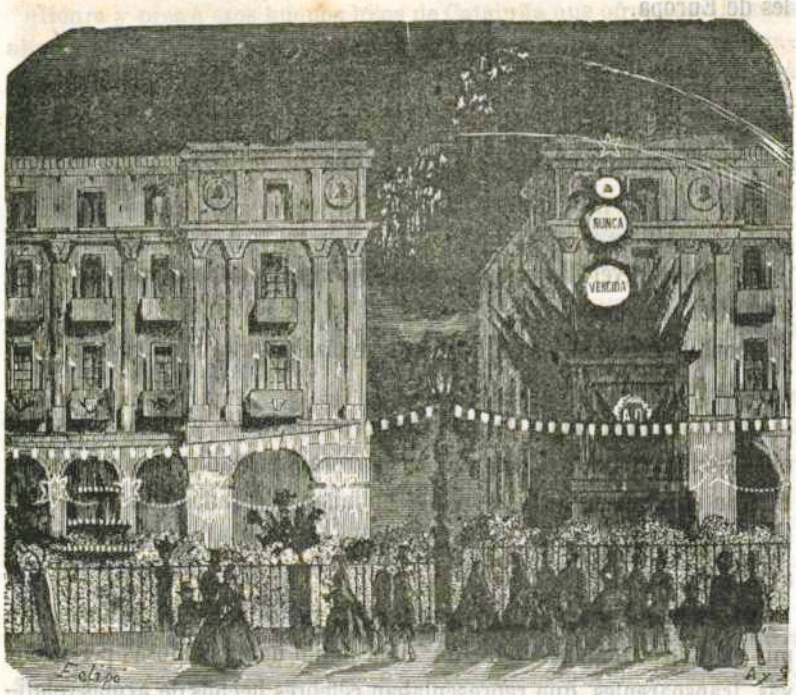
A mas de los ropajes y colgaduras de varios colores que formaban mil variadas combinaciones, en cada punto habia vistosas perspectivas, transparentes que representaban célebres hechos de armas relativos á las acciones de Africa, grupos de tiendas de campaña, trofeos, ya militares, ya industriales, é inscripciones dictadas por el mas acrisolado patriotismo.

La poblacion de Barcelona, industrial como la que mas en Europa, tenia por lo mismo elementos como ninguna para la decoracion de las fachadas, para el lujo de las colgaduras, para el gusto de los adornos y para la esplendidez de la iluminacion, contando con lo mucho que facilita el gas, de tal modo que es imposible dar una idea ni aproximada siquiera de lo que se hizo.

Lo que sí podemos asegurar es, que Barcelona no cuenta en su historia, y las apunta notables, ni unas fiestas como estas, ni unas iluminaciones como las que tuvieron lugar, especialmente en las dos primeras noches.

Apuntaremos ligeramente algunas de las calles que mas se distinguieron.

Figuraba en primer término la Plaza Real que estaba brillante de luces, de armonía, de adornos y de animacion.



Líneas de vasos de colores corrian de un arco á otro en graciosa ondulacion y en cada pilar habia una estrella de brilladoras luces. Los vasos eran en número de diez mil.

Habíase convertido aquella plaza en un bello y luminoso jardin, y se creia uno transportado á una de esas encantadoras fiestas venecianas de que tanto nos hablan las novelas ó al patio maravilloso de un palacio de hadas.

El café Español, á quien pocos establecimientos aventajaron aquellos dias en hidalgo desprendimiento, habia dispuesto por su parte una deslumbradora iluminacion de gas, que realzaba los bellos adornos con que se engalanaba su fachada.

Por cuenta del dueño de este café se dispararon unos preciosos fuegos de artificio en la plaza, en la cual estuvo tocando cada noche una música militar.

La calle de Fernando ostentaba mas de seis mil luces de gas, y

mostraba algunas casas lujosamente adornadas, entre ellas la ocupada por la administracion del ferro-carril del Este. En la tienda de la viuda é hijos de Escudé, que recientemente acababan de ser nombrados proveedores de sederías de la real cámara de S. M., se espuso en uno de sus grandiosos aparadores un escudo de armas de colosales proporciones, preciosa y delicadamente formado con piezas y madejas de seda, cubierto de un riquísimo pabellon formado tambien de géneros fabricados en aquel establecimiento que tanto honra á la industria catalana.

En la plaza de la Constitucion habia figurada una fortaleza con torreones, troneras, centinelas, etc.; todo de perspectiva y notablemente ejecutado. De cuando en cuando se encendian fuegos de bengala que daban á todos los objetos un colorido mágico y fantástico. Las fachadas de las Casas Consistoriales y Diputacion provincial estaban deslumbrantes de luces y de adornos, distinguiéndose á mas unas hermosas alegorías en la esquina del Call.

En la calle Ancha, donde, á la vez que el buen gusto, campeó el ingenio y esplendidez con que varios establecimientos y casas particulares quisieron obsequiar el regreso de los vencedores, se hacian notar por su iluminacion y adornos las casas de la Caja Barcelonesa, del Crédito, de Girona, Planas, Alfarrás, Bernarechi, Biada, Martí y otras muchas.

En esta misma calle, en la de la Boria y en la de Tantarantana, lo propio que en la de San Rafael, de que luego hablaremos, habia varias tiendas transformadas en teatros en donde se representaban escenas del campamento marroquí.

En el palacio episcopal habia espuesto el retrato de S. M.

La fachada principal de la casa del Excmo. señor Regente de la Audiencia, que da á la calle del Obispo, estaba rica y severamente decorada. En el balcon del centro se veia bajo un dosel galoneado de oro el retrato de cuerpo entero de S. M., y en la colgadura un tarjeton con los atributos de la Justicia enlazados con ramos de olivo, dos manos asidas como símbolo de la union, y esta letra de los salmos: *Justitia et pax osculatæ sunt.* Los balcones de los lados estaban adornados con magníficos cortinajes de damasco pendientes de cornisas blancas matizadas de oro, en cuyos centros se veian castillos y leones.

En los espacios que mediau entre ellos, habia escudos con la cruz de San Jorge en campo de plata y las barras de Cataluña en campo de oro; habiendo además en los estremos de los balcones grandes ramas y coronas de laurel y olivo, como emblema de la victoria y de la paz.

En los faroles de elegantísimas y caprichosas formas que, formando vistosos juegos, constituian la iluminacion de varias casas, se veian los retratos, los nombres ó las cifras de Odonell y de Prim.

Era de bello efecto la ornamentacion del pasaje Canela en el Dormitorio de San Francisco. Habia en él una buena combinacion de luces de colores, y dos grandes transparentes, de los cuales ya hemos hablado, que producian de noche un gran efecto.

La calle de la Union fué una de las que mas se distinguió por su sencilla, al par que bella y original decoracion. Figuraba la calle de un campamento, y cada tienda y cada puerta de casa se convirtió en una tienda de campaña con listas de blanco y azul.

La multitud circulaba á duras penas por todas las calles, adornadas algunas primorosamente, espléndidamente iluminadas todas.

Distinguíanse las de Jaime I, de la Princesa y de la Platería, la plaza del Angel, la Daguería, la Librería, en que habia una linda fachada de ramaje iluminada con el mejor arte y el mejor gusto en la casa despacho del *Diario de Barcelona;* la calle de la Boria, el Call, donde con mucho arte y perfectamente colocados se veian los nombres de todos los voluntarios entre coronas de laurel los vivos, y entre coronas de siemprevivas los que habian muerto como valientes. Era esta sin disputa una de las otras calles que mas se distinguieron por el ingenio y profusion de adornos con que se supo decorarlas.

Los Escudillers ofrecian tambien una bella perspectiva, notándose la fachada del establecimiento de D. Bernardo Castells, que formaba una tienda de campaña, alumbrada por gas y cera. Es digno de loa el comportamiento del Sr. Castells. Quiso tener la gloria de regalar cruces á todos los que las traian ganadas entre los que desembarcaron fuesen soldados ó voluntarios.

Sobresalian tambien las calles Alta y Baja de San Pedro y sus inmediatas, la plaza de Junqueras, las calles de Condal y Santa Ana, Puerta-ferrisa, Duque de la Victoria, Nueva de la Rambla, Guardia, Lancaster y la del Carmen con el bellísimo arco levantado por la Universidad y en el que brillaban mas de cuatro mil luces.

La gente acudia á ver particularmente el pasaje Bacardí que, como cubierto, se prestó á ser decorado con el lujo y ostentacion que hubiera podido apetecerse en el mejor salon de sociedad. En este pasaje tuvo lugar durante las dos noches un baile que nada dejó que desear.

Otro baile tenia tambien lugar en la Rambla de los Estudios en un entoldado dispuesto por el tercer distrito. Tuvieron lugar en él escenas de indescriptible entusiasmo y animacion, y en los entreactos varias personas de la concurrencia leyeron poesías patrióticas, mereciendo particulares aplausos las que leyó el Sr. D. Anselmo Clavé.

Las calles del Hospital, Robador, San Rafael y Espalter ofrecieron tambien durante las dos noches una animacion extraordinaria.

Los vecinos de la calle de San Rafael, movidos por dos ó tres entusiastas patricios que habitan en ella, levantaron una especie de teatro en donde se representaron por espacio de tres noches graciosas

escenas que se suponian ocurridas en los campamentos español y moro, estando los actores de ellas muy acertados en la ejecucion, con gran contentamiento y aplauso de los numerosos espectadores.

Los cafés de las Siete Puertas, Nuevo de la Rambla, Recreo, café Español, Europa, Lonja, Delicias, Gran Café etc., decoraron sus fachadas á cual mejor, lo mismo que los casinos, las sociedades, el seminario conciliar y las iglesias.

No terminaremos esta ligera reseña sin hacer especial mencion de un grupo representando al general Prim á caballo, de tamaño natural, que se veia en el espacio formado por las calles de San Ramon y Barbará, del que damos una idea en el siguiente grabado.

Barcelona toda estaba iluminada como en mitad del dia. Se calculó que debian arder lo menos cuatrocientas mil luces, tal era la prodigalidad de ellas en todas partes.

Hasta los campanarios se iluminaron todos con una línea circular de vasos de colores en sus cornisas; lo cual era de un fantástico efecto. Destacándose aquellas iluminaciones entre las sombras, parecian otras tantas coronas de fuego sostenidas en el aire por manos invisibles sobre la ciudad condal.

En fin, para terminar la pálida reseña de las emociones de aquel dia

solo diremos que todos, ricos y pobres, grandes y chicos, todos contribuyeron á la fiesta ofreciendo su parte de entusiasmo. En los cafés y en las calles se leian poesías que eran estrepitosamente aplaudidas, se improvisaron bailes en varios puntos de la ciudad, las músicas recorrian calles y plazas, todo era gozo, todo júbilo, todo delirio.

Hasta el sueño parecia haberse alejado de los barceloneses.

A media noche continuaba el gentío circulando por la ciudad y costaba abrirse paso en las calles principales.

A todo esto, no hay que decir de que modo era obsequiado y festejado cualquier individuo de tropa ó voluntario que acertaba á cruzar una calle ó á pasar por delante de un café.

X.

El dia 4 todos los periódicos aparecieron llenos de poesías, artículos alusivos y descripciones de la fiesta del dia anterior.

El *Diario de Barcelona* publicó un artículo *Cataluña y la guerra* de D. Estanislao Reinals y Rabasa y al dia siguiente otro de D. Juan Mañé y Flaquer.

El *Telégrafo* un artículo *A los voluntarios*, de D. Juan Cortada, varias poesías en catalan y castellano de los Sres. D. Eusebio Pascual, D. F. C. y D. C. B. y otro artículo titulado *Los héroes de la patria*, de D. Fernando Tirso de Luna.

La *Corona* un artículo de D. Ramon de Lacunza y las dos poesías del mismo, que publicamos en otro lugar de esta reseña.

No menos notable y grande que el anterior fué para Barcelona el dia 4.

La Comision auxiliar de señoras que, al emprender sus caritativas tareas con un celo digno de eterno recuerdo y alabanza, cumplió con un religioso deber, implorando para las armas españolas la celestial proteccion de la Santísima Vírgen de las Mercedes, solemnizó en este dia sus gloriosos triunfos y la consecucion de la paz, acudiendo de nuevo á prosternarse ante el excelso trono de la augusta Reina de cielo y tierra, dedicándole una magestuosa, al par que devota funcion en accion de gracias. Lo mismo en aquellos momentos de entusiasmo,

pero de ansiosa inquietud, que luego en medio del júbilo tan general como espontáneo que animaba á Barcelona, las referidas señoras tuvieron la indeleble satisfaccion de ver coronado su santo propósito uniendo sus preces á las suyas el señor Obispo, las Autoridades y las Corporaciones provincial y municipal de Barcelona. En la funcion religiosa de que hablamos, el templo se hallaba adornado é iluminado como en las grandes festividades, y la imágen, tan querida de este populoso vecindario, brillaba esplendente, circuida de un celeste grupo de nubes y de ángeles. El Iltre. Sr. Dean de esta Santa Iglesia, asistido de dos individuos del Ilmo. Cabildo, celebró la Misa, que fué cantada á grande orquesta bajo la direccion del señor maestro Calvó y Puig. Ocupaban asiento en el presbiterio, el Excmo. é ilustrísimo Sr. Obispo al lado de la epístola y los ilustres Sres. Gobernador interino de la provincia, Alcalde Corregidor y comisiones de la Diputacion y Ayuntamiento al lado del Evangelio. Habia en este templo una numerosa al par que lucida concurrencia, y los tiernos niños recogidos en la Casa de Maternidad y expósitos acudieron tambien á unir sus inocentes oraciones á las de aquella devota multitud de fieles.

Otro acto inspirado y realzado por el bello y consolador estímulo de la Caridad Cristiana se celebraba dos horas despues en el grandioso salon de San Jorge. En él tomaban parte tambien las mismas dignísimas señoras que tuvieron la bondadosa amabilidad de acompañar la cabalgata del Círculo ecuestre durante los dias del último Carnaval. Su objeto era repartir distribuidos en lotes á las familias de los soldados y voluntarios catalanes, que gloriosamente han sucumbido en la defensa del honor de España, las cantidades procedentes de los donativos recogidos por aquella distinguida Sociedad y por los apreciados y populares coros de Euterpe, y de lotes generosamente remitidos por la Sociedad del Borne y por otras personas piadosas.

El espresado salon estaba adornado con severa magnificencia, y sus paredes cubiertas de colgaduras de color encarnado con franjas de oro. Las pilastras sostenian grupos de armas, festoneados por coronas cívicas y guirnaldas de flores, y en todas partes ondeaban banderas nacionales y escudos de armas y carteles en que se leian los nombres de los jefes de nuestro esforzado ejército y algunos de los títulos de sus recientes victorias. El retrato de S. M. veíase espuesto

bajo régio dosel de terciopelo, sobre el cual ondeaban dos banderines de los que con tanta gloria y ardimiento habian dirigido á los voluntarios catalanes á los campos de batalla. Estos valientes, como muestra de reconocida gratitud, regalaron á nuestra Excma. Diputacion, no solo dichos banderines, sí que tambien tres hermosas espingardas y un afilado sable morisco, que son una muestra de los varios trofeos conquistados en el campo africano, y su jefe, el coronel don Francisco Fort, le regaló un koran.—En el lienzo de pared en que estaba apoyado el dosel, campeaba el escudo de armas de Barcelona, y leíanse escritas en grandes caractéres de oro estas tres palabras: *Patria.—Paz.—Gloria.*

Poblóse el salon de una distinguida y selecta concurrencia. En el estrado del mismo tomaron asiento, ocupando la presidencia el excelentísimo Sr. Gobernador civil interino D. Manuel Moyano; á su derecha, el Excmo. Sr. Regente de esta Audiencia, D. Nicolás de Peñalver, la Sra. D.ª Mariana Garriga de Lluch, Presidenta de la Comision de señoras, el Iltre. Sr. Alcalde Corregidor D. José Santa María, y á su izquierda el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Palau, Obispo de la diócesis, el señor de Frexas, Presidente decano de la Diputacion, y D. Anselmo Clavé, Director de la Sociedad coral de Euterpe: tambien habia sido invitada la Directiva de la Sociedad Carnavalesca del Borne. A uno y otro lado ocupaban sus respectivos sillones los señores Diputados y Consejeros de provincia, y muchos señores Tenientes de Alcalde y Concejales, y tambien á la derecha de la presidencia, y en sitio preferente, estaban sentados el Sr. D. Francisco Fort, comandante de los voluntarios, la Sra. D.ª Javiera Larumbe de Mataró, Vice-presidenta de la Comision de señoras, y la señora madre del Excmo. Sr. Conde de Reus y marqués de los Castillejos, que en aquel acto tenia una significativa y oportuna representacion.

Unos cuarenta voluntarios y sus respectivos jefes y oficiales ocupaban las primeras filas de sillas destinadas para las demás señoras de la Comision y personas convidadas.

El Sr. D. Manuel Durán y Bas, vocal-secretario de la Diputacion, leyó con sentido acento, y muchas veces sin poder reprimir la viva emocion de que se hallaba poseido, el siguiente interesante escrito, cuyo bellísimo relato esplica, mejor que nosotros podriamos hacerlo, la causa y el objeto de la escena que tenia lugar.

Decia así:

«Excmo. Sr.: A todos los buenos patricios ha impuesto gratos deberes la guerra de Africa; á los fuertes por el sexo, á los nobles por el ardimiento, les ha llamado al combate; á los que Dios no ha destinado para las fatigas de la guerra, les ha reservado para llevar el consuelo junto al lecho del dolor ó al hogar en que se ha hospedado el infortunio. Los hombres han volado á los campos africanos y vuelven al seno de sus familias con gloriosas cicatrices en la frente; las mujeres se han postrado al pié de los altares con fervorosa oracion al Dios de las Victorias, y fortalecido el corazon de las madres y de las esposas, de las hijas y de las hermanas con la esperanza cristiana, han hecho un llamamiento á los sentimientos generosos, y á este llamamiento se han abierto pródigamente todas las manos para allegar recursos con que facilitar el alivio del herido, y un consuelo á la orfandad y á la viudez.

Cuando el eco del grito de victoria que ha acompañado todos los pasos del soldado español, arrollando incesantemente á las huestes enemigas, resonaba en nuestra patria en los dias en que se lanzan los pueblos al bullicio de las fiestas y á los seductores placeres del Carnaval, la Sociedad del Círculo ecuestre organizó una cabalgata con el objeto de hacer una cuestacion en favor de los soldados y voluntarios catalanes que se inutilizasen en los combates ó de las familias necesitadas del amparo de los que en ellos sucumbiesen. A las dignas esposas de las primeras Autoridades de la provincia y de la poblacion, á las señoras que habian contribuido á aumentar los donativos que ha hecho el país y á preparar su aplicacion á las necesidades para que se destinaban, dirigió aquella Sociedad una invitacion honrosísima, á la que unas y otras correspondieron gustosamente. Barcelona no ha olvidado aquellos dias porque, digna siempre de sí misma, colmó las esperanzas de los que le pidieron su óbolo; y 14,000 reales recaudados en los dias 20 y 21 de febrero, son un testimonio de los sentimientos caritativos de los barceloneses.

La Sociedad del Círculo ecuestre distinguió con otro encargo á las que suscriben: confirióles el delicado cometido de distribuir las cantidades recaudadas. Aceptada tambien esta comision, para cuyo desempeño se sentian sin títulos las que á V. E. se dirigen, pidieron á Dios el acierto, y Dios les recompensó inmerecidamente permitiendo que cuando era mayor el número de las solicitudes que el de los lotes que se debian distribuir, se aumentasen esos lotes hasta el punto de poder ser su número igual al de los reclamantes que se encontraban en las condiciones fijadas como objeto de la cuestacion. Por conducto del Excmo. Sr. Gobernador de esta provincia, D. Ignacio Llasera y Este-

ve, remitió dos mil reales el Sr. D. Baltasar Valldeperas, tesorero de la Real Casa y Patrimonio: el Sr. D. Manuel Girona hizo un donativo de otros dos mil reales; el Sr. D. Antonio Farando residente en Nueva Orleans, remitió quinientos reales; otros quinientos ha entregado igualmente una persona que desea ocultar su nombre; tres mil entregó tambien la Sociedad denominada del Borne; un profesor y varios alumnos españoles del colegio de Soreze en Francia, dirigido por el Iltre. P. Lacordaire, remitieron el producto de una cuestacion entre los mismos verificada y que asciende á quinientos ochenta y nueve reales; los individuos de la Guardia civil con destino á esta ciudad cuando se celebraron las fiestas por la toma de Tetuan, renunciaron á la gratificacion que á todas las fuerzas militares que guarnecian la plaza entregaron V. E. y el Excmo. Ayuntamiento, y los doscientos setenta y seis reales que importaba los destinaron al socorro de los inutilizados ó familias de los muertos en Africa; el Monte-pio de San Luis hizo tambien otro donativo de mil reales, y varias señoras pudieron recoger donativos de mas insignificante valor por la cantidad que representaban, pero no por la estimacion que se referian, ascendiendo con ellos todas las sumas recaudadas á la cantidad de veinte y cuatro mil reales.

Como no son iguales las condiciones de todas las familias que han presentado solicitud en opcion á los lotes, se ha creido que estos podrian ser de dos clases; unos de dos mil reales en número de nueve, y otros de mil quinientos en número de cuatro, formados los primeros con los catorce mil reales recaudados en la cuestacion de los dias de Carnaval por los señores socios del Círculo Ecuestre y las espresadas señoras, y con las cantidades entregadas por los señores Valldeperas y Girona, y formados dos de los últimos con los tres mil reales remitidos por la Sociedad del Borne, otro de ellos con los mil reales procedentes del Monte-pio de San Luis, y los quinientos de D. Antonio Farando; y el último con los quinientos reales de la persona cuyo nombre desea estar oculto, los quinientos ochenta y nueve del profesor y alumnos españoles del colegio de Soreze, los doscientos setenta y seis entregados por la Guardia civil, y el producto de varias cantidades recogidas por la Sra. D.ª Mariana Garriga de Lluch.

Quince han sido las solicitudes recibidas antes del dia quince del próximo pasado abril, en opcion á los lotes; pero los firmantes de dos de ellas no han justificado todas las circunstancias que debian hacerles acreedores á obtenerlos. Reducido, pues, á trece el número de las solicitudes que han podido ser atendidas, los lotes se han distribuido del modo siguiente:

Lotes de reales dos mil.

1.º A María Atzerías, vecina de esta ciudad, de edad sesenta y seis años, que en el mes de marzo último perdió á su hijo perteneciente á los voluntarios de Cataluña de resultas de una herida. Este hijo era el único hijo y amparo que le quedaba.

2.º A Teresa Bello, vecina de esta ciudad, madre de tres hijos que sentaron voluntariamente plaza de soldado en el regimiento de Granada, núm. 34. Los tres se han batido en la campaña de Africa, pereciendo uno de ellos el dia veinte y cuatro de diciembre de resultas de las heridas recibidas.

3.º A José Esquins, labrador, vecino de Capanabona, provincia de Lérida, de setenta y dos años de edad, el cual perdió un hijo en la campaña de Africa, único apoyo con que contaba para ayudarle en su avanzada edad. Dicho hijo pertenecia á los voluntarios de Cataluña.

4.º A Adela y Mercedes Cumalat, huérfanas de padre y madre, acogidas en la casa de Misericordia de esta ciudad. Su padre José Cumalat era sargento segundo de la segunda compañía de voluntarios de Cataluña, y murió en el hospital de Cádiz de resultas de las heridas recibidas en la batalla del cuatro de febrero.

5.º A Josefa Ribas, vecina de esta ciudad, por haber perecido en el hospital de Ceuta su único hijo, soldado del regimiento de Castilla, á consecuencia de una herida.

6.º A José Pagés, vecino de Camprodon, provincia de Gerona. Ha tenido tres hijos declarados soldados en el ejército y otro que sentó plaza de voluntario, habiendo perecido el último delante de los reductos de Tetuan, y uno de los primeros tambien en la campaña de Africa.

7.º A Teresa Cortés, viuda, vecina de esta ciudad, cuyo hijo, único amparo que le quedaba, murió en la campaña de Africa para la que habia tomado las armas voluntariamente.

8.º A Antonia Coll, viuda, vecina de esta ciudad, que perdió á su hijo mayor, voluntario de Cataluña, en la batalla del cuatro de febrero, frente á Tetuan, quedándole cuatro hijos menores, á los que tiene que mantener.

9.º A Vicente Pitaluga, vecino de esta ciudad, el cual perdió á su hijo, voluntario de Cataluña, en la batalla del dia cuatro de febrero. Es peon albañil, y tiene que mantener tres hijos menores.

Lotes de reales mil quinientos.

1.º A Marcos Valls, cuyo hijo que le ausiliaba, entró de voluntario

y murió en la batalla del cuatro de febrero, dejando tres hijos menores de edad.

2.º A Juan Montero, vecino de Granollers, voluntario de Cataluña, herido en la accion del cuatro frente á Tetuan, y del que no se ha podido tener noticia alguna. Si vive y queda inutilizado merece el lote en este concepto; y si ha fallecido, como se presume, debe quedar dicho lote á favor de sus tres hijos menores, huérfanos de madre y sin recursos para vivir.

3.º A Pablo Escalans y Mariana Eroles, consortes, vecinos de esta ciudad, pobres trabajadores que no pueden contar ahora mas que con su corto jornal y antes con el de su hijo, voluntario de Cataluña, que murió en la batalla del veinte y tres de marzo.

4.º A María Blay, viuda de Silvestre Planas, vecina de esta ciudad, la que perdió á su único hijo, soldado del batallon de cazadores de Alba de Tormes, de las resultas de fatigas de la guerra, el veinte y uno de diciembre del año último.

Hecha la adjudicacion de los lotes restaba únicamente proceder á su distribucion. Las señoras que suscriben deseaban celebrar este acto con la solemnidad propia del objeto á que se dirige, y no se borrará fácilmente de su memoria—así como deben hacerlo público en este momento—que á una simple indicacion, no solo se dignó esta Diputacion provincial facilitar este salon de venerandos recuerdos, sino que ofreció constituirse en sesion pública para la entrega de los lotes á los agraciados, habiendo querido que fuesen las mismas señoras que con los socios del Círculo Ecuestre verificaron la cuestacion de los dias de Carnaval las que los entregasen por su propia mano.

Hoy Barcelona alberga en su seno á los denodados hijos de este país que, soldados del ejército ó Voluntarios, han regresado al patrio suelo laureados por la victoria. Esta ciudad los ha acogido con la efusion de gozo y entusiasmo de que eran merecedores, y presentes en este lugar como en representacion del ejército de Africa, van á asistir á un acto que no podrá menos de conmover su corazon. Junto á ellos están las familias de los que desembarcaron en las playas africanas para no volver, de los que pelearon como héroes y murieron para la gloria, pero quedaron madres sin báculo para su vejez, quedaron esposas sin un brazo que escudase su debilidad, quedaron hijos sin un guia en medio de las tempestades de la vida. Las lágrimas que no han quemado sus mejillas pueden esconderse, cuando la patria celebra sus glorias; pero no se enjugan jamás en el seno del hogar doméstico. Los socorros para aliviar la indigencia pueden llevar un lenitivo, jamás el olvido: el bálsamo verdaderamente consolador solo desciende del cielo con el rocío de las creencias cristianas. Dios que da esos pe-

queños bienes de la tierra que vamos á distribuir, dará tambien el alivio á las heridas del corazon, y vosotros, los que hoy vais á recibir los modestos lotes debidos á la generosidad de vuestros compatricios, poned la esperanza en El que todo lo da y todo lo quita, y que permitiendo á unos que sobrevivan á la victoria, les ha reservado para ser el apoyo de las familias de sus hermanos de armas que han muerto; y á los que han perecido en los campos de batalla, les ha honrado haciéndoles conquistar con su sangre los laureles que ciñen dignamente la frente de sus compañeros en el combate.

Barcelona cuatro de mayo de mil ochocientos sesenta.—María Garriga de Lluch.—Adelaida Dalmases de Biada.—Javiera Larumbe de Mataró.—María Dolores Fanera, viuda de Llanes.—Inés Roca de Santa María.—Francisca Garrido de Llanes.—Mercedes Vila de Costa.—Mariana de Casanova.—Carolina Vidal de Girona.—Josefa Mataró de Brusi.—Mercedes Ferrando de Sabadell.—Joaquina Clavé,—Rosalía Achon.—Raimunda Carreras de Solernou.—Dolores Perales de Terrada.»

Terminada la lectura de esta comunicacion, que á tan alto grado sublima los delicados sentimientos de las señoras que la suscriben, tuvo lugar la entrega de los primeros lotes, hecha por mano de la respetable señora Garriga de Lluch, y cuando algunos pobres padres y madres, abrumados por el peso de la mas desgarradora afliccion, se presentaron á recogerlos á presencia de los que habian militado entre las mismas filas en que sucumbieron los malogrados objetos de su cariño, el pecho de los espectadores se sentia oprimido de un sentimiento de respeto y compasion hácia aquellos seres desgraciados, tan dignos de consideracion y de aprecio; hácia aquellos padres cuyos hijos acaban de sacrificarse heróicamente en las aras de la patria. Faltaba aliento para saludarles con un aplauso y lloraban las Autoridades y lloraban todos los circunstantes. Hasta los valientes voluntarios que con impávida y serena frente habian asistido al horroroso y aterrador espectáculo de una batalla á sangre y fuego, sentian deslizar abundantes lágrimas sobre sus mejillas tostadas por el humo de los combates y el ardiente sol del Africa.

Procedióse en seguida á la entrega de los otros lotes, de los oficios y de las libretas de la Caja de ahorros hecha por propia mano del señor Gobernador, y con sucesion á los siguientes acuerdos de la Diputacion, cuya lectura ocasionó grandes arranques de entusiasmo y de aplausos:

«Primero. Iniciada por esta Diputacion provincial una suscripcion para erigir un monumento que recuerde á las generaciones venideras la gloriosa guerra de Africa, y para regalar una espada de honor á los invictos generales duque de Tetuan y marqués de los Castillejos, se acordó igualmente que, como á tercer objeto de ella, se entregase una parte de su producto, convertida en títulos de la Deuda pública, á las familias de D. Victoriano Sugrañes y D. Mariano de Moxó, muertos en la batalla que abrió á nuestras tropas las puertas de Tetuan, habiéndose despues hecho estensivo este acuerdo á favor de las demás familias de los oficiales del cuerpo de voluntarios de Cataluña que se encontrasen necesitadas de igual alivio para su infortunio.

Segundo. Elevar una esposicion á S. M. solicitando que sea de su augusta dignacion recompensar los distinguidos servicios de los señores oficiales de los voluntarios de Cataluña, bien reconociéndoles sus grados ó en la forma que S. M. estime, y dirigir á dichos señores oficiales un oficio en que conste la distinguida consideracion en que tiene la Diputacion provincial el bizarro comportamiento de que han dado muestras mandando á los voluntarios.

Tercero. Pedir al Gobierno de S. M. que autorice la creacion de cien pensiones vitalicias, 20 de 5 reales diarios, 25 de 4, 25 de 3 y 30 de 2 á favor de los soldados del ejército y marina que resultasen inutilizados, ó en favor de las familias pobres de los que hubiesen fallecido. Creado el Cuerpo de voluntarios de Cataluña, se ha pedido autorizacion para hacer estensivas á estos las espresadas pensiones.

Cuarto. Tener presente á los voluntarios de Cataluña para que en igualdad de méritos y circunstancias se les coloque en los destinos que sean de la incumbencia de la Diputacion proveer, y recomendarles en su caso á las Autoridades, Corporaciones, Sociedades y Empresas de Obras públicas en las cuatro provincias, para que les den colocacion análoga.

Quinto. Entregar á cada voluntario de Cataluña por medio de la imposicion en la Caja de Ahorros de esta capital, al dia siguiente de su llegada, la cantidad de doscientos reales vellon á cada uno, á maximum, segun reglamento de la caja, para la primera imposicion.»

La cantidad remitida por la Sociedad coral de Euterpe como recaudada en el segundo dia del Carnaval para las familias de los muertos ó para los heridos en la accion del 4 de febrero de 1860, ascendia á 3,261 reales, y debió distribuirse en veinte y siete lotes, por ser otros tantos los muertos y heridos que consian en los partes oficiales.

Terminó el acto dirigiendo el gobernador civil interino Sr. Moyano la palabra á los voluntarios, felicitándoles en nombre de Barcelo-

na y de la patria por su bizarro comportamiento y exhortándoles á hacerse ahora y siempre acreedores á la gratitud y aprecio que les tributaban, portándose como hombres probos y honrados padres de familia.

La comision del Ayuntamiento, con el corregidor al frente, acompañó á la Diputacion á despedir á los voluntarios hasta el umbral del palacio de esta, y allí el señor coronel comandante de los catalanes dirigió á entrambas corporaciones sentidas frases, recordando á los voluntarios la gratitud de que les eran deudores, encargándoles que si algun dia la Diputacion y el Ayuntamiento les llamaban en su defensa, por reclamarlo los intereses de la patria, debian acudir presurosos al llamamiento con la solicitud con que acuden los hijos á las madres; concluyendo con manifestar que á las señoras y á la sociedad coral de Euterpe solo podia espresarles sus sentimientos con una lágrima en los ojos y un recuerdo eterno en el corazon.

La brillante música del regimiento de la Constitucion, que habia asistido á la ceremonia, acompañó á los voluntarios hasta su cuartel.

XI.

Por la tarde de este mismo dia, á las cinco de ella, tuvo lugar en el cuartel de infantería de la Barceloneta, en el que se hallaba alojado el cuerpo de voluntarios, un acto que se convirtió en una escena tiernísima para las pocas personas que lo presenciaron.

Habíase fijado dicha hora para que depusieran aquellos las armas que empuñaran para defender el honor nacional, asistiendo á este acto la Excma. Diputacion y el Excmo. Ayuntamiento.

Formados los voluntarios por compañías con sus oficiales al frente en el espacioso patio de dicho cuartel, su jefe, el Sr. D. Francisco Fort, les arengó encareciendo lo bien que habian cumplido como soldados, el honrado comportamiento que debian guardar en lo sucesivo como paisanos, la obediencia que debian á las Autoridades y el reconocimiento á que estaban obligados para con las corporaciones provincial y municipal.

Los voluntarios contestaron á esta alocucion con repetidos vivas á su jefe y á las citadas corporaciones.

Habiendo dicho aquel que los devolvia á la Diputacion provincial, y suplicando á esta que les dirigiese una palabra de despedida, el señor diputado provincial D. Manuel Duran y Bas les dirigió la palabra recordándoles que la Diputacion les habia confiado el nombre de Cataluña en el momento en que España estaba empeñada en una guerra difícil por diversas causas; que habian conservado á la merecida altura este nombre; que si abandonaron el azadon y la lanzadera para ir á combatir el enemigo, hoy, que felizmente se habia conseguido una paz honrosa, debian tomarlos nuevamente para contribuir con su trabajo al engrandecimiento de la patria, y que, si la Diputacion habia atendido á su suerte mientras estuvieron en campaña, procuraria por todos los medios que encontrasen una ocupacion digna del que es buen ciudadano, porque es buen padre de familia.

En seguida tomó la palabra el señor teniente de alcalde D. Miguel Biada en nombre del Ayuntamiento, y despues de recordar la entusiasta acogida que les habia dispensado Barcelona, las simpatías que esta les habia demostrado, les manifestó la resolucion del Ayuntamiento de cooperar con la Diputacion provincial á facilitarles trabajo, y concluyó diciéndoles que la Municipalidad, en conmemoracion de sus hechos habia mandado acuñar medallas que pronto les serian repartidas, así como tambien les ofrecia un banquete en el salon de los Campos Elíseos el próximo domingo.

Entusiastas vivas á la Reina, al ejército de Africa, á la Diputacion, al Ayuntamiento, al duque de Tetuan, al general Prim y á los voluntarios, acogieron estos discursos, despues de los cuales los voluntarios formaron las armas en pabellones y se retiraron á pasar lista, saliendo en seguida del cuartel la Diputacion provincial y comision del Ayuntamiento.

XII.

Por la noche, favorecidas con un tiempo primaveral y un cielo

despejado, las iluminaciones fueron aun mas espléndidas, si cabe, de lo que lo habian sido la víspera.

El entusiasmo que tuvo lugar durante todo el dia no menguó ciertamente por la noche.

En la plaza Real delante del café Español, y en la Rambla, delante del café Nuevo, se dispararon vistosos fuegos de artificio, continuando los bailes en el entoldado del tercer distrito, en la plaza de Santa Catalina y en el Padró, y las escenas cómico-burlescas en el teatro de la calle de San Rafael.

El Excmo. Ayuntamiento habia convidado para las ocho de la noche á una velada musical y á un refresco á los señores jefes y oficiales del ejército de Africa y de la guarnicion, como asimismo á las autoridades civiles y militares y á varias personas de categoría y distincion.

Para el efecto se habia dispuesto convenientemente el histórico y venerable salon de Ciento.

Lujosamente decorado se hallaba, digno de la corporacion que hacia el obsequio y de los valientes á quienes se dedicaba.

Un espectáculo deslumbrante y difícil de describir presentaba en su totalidad el edificio de las Casas Consistoriales: desde el umbral de la puerta de la calle hasta el mas insignificante rincon del edificio, se descubria la mano del arte.

Ricas y variadas alfombras y centenares de macetas con olorosas flores en variados y combinados grupos embellecian la entrada, escaleras y galerías interiores; elegantes candelabros y multitud de arañas de cristal en las que se agrupaban centenares de bujías, difundian torrentes de luz por todas partes. Las salas destinadas para la recepcion de los convidados se hallaban perfectamente decoradas y cubiertas sus puertas y balcones con colgaduras y cortinajes de damasco carmesí.

Sin embargo, todo lujo desaparecia ante el deslumbrador y magestuoso aspecto del salon de Ciento, lugar de tantos y tan gloriosos recuerdos históricos.

Cubiertas se hallaban sus monumentales paredes con ricos damascos carmesíes ribeteados con franjas de oro; delante de las puertas caian grandes cortinajes de terciopelo; una acertada combinacion en

los adornos hacia resaltar sus formas arquitectónicas, y destacábanse del arranque de sus columnas y de los arcos escudos y medallones rodeados ó cobijados de bien entendidos, pintorescos y variados grupos de banderas, estandartes y otros trofeos.

En la testera principal descollaba un rico dosel cubierto de terciopelo carmesí, decorado con labradas franjas de oro, coronándolo un escudo de las armas reales que descansaban sobre una elegante cornisa, tambien dorada. Ostentábase en su centro el retrato de S. M.

A cada lado se hallaba colocado en la parte superior un grupo de banderas de los regimientos y batallones que combatieran en el suelo africano, desprendiéndose de su centro un grande escudo en el que se leia en letras de oro *Batalla de Tetuan*, y en el del lado opuesto *Batalla de Wad-Ras*. Coronaba los escudos un gran pendon blanco en el que y en letras rojas se leia *voluntarios de Cataluña* en uno y *Artillería* en el otro.

Estos grupos se repetian en cada uno de los intermedios que forman los arcos hasta el número de quince. Cada escudo ostentaba en letras de oro el nombre de una accion de guerra; cada pendon en letras de sangre el del cuerpo de ejército que mas en ella se habia distinguido.

De dichos escudos, ceñidos con ramajes de laurel, se desprendian en variadas direcciones guirnaldas y festones de hermosas flores. En el centro de las esbeltas columnas que sostienen los arcos, descollaban otros escudos cobijados con banderas nacionales y orlados con el laurel de la victoria y guirnaldas de flores, en cuyo fondo rojo y en letras doradas se leian los nombres de *O'Donnell, Prim, Ros de Olano, Echagüe, Zabala, Rios* y demás generales que tan activa parte han tomado en la campaña de Africa.

A los lados del trono y á los de la puerta de entrada descollaban cuatro elegantes palmeras, de cuyo tronco se desprendian multitud de palmas naturales que cobijaban grupos de trofeos militares y pertrechos de guerra pertenecientes á las diversas armas de nuestro valeroso ejército, así como tambien lucian los vestuarios de cada arma respectiva, sin olvidar un traje de voluntario catalan cuya roja gorra ceñia una corona de laurel, interpolándose este ramaje entre las armas y útiles militares.

En el centro del salon y en forma de cruz se hallaba la mesa ricamente engalanada y servida, á cargo de D. José Fábregas, dueño del café nuevo de la Rambla.

Entre los ramilletes y jarrones de olorosas flores y vistosos candelabros, sobresalia un elegante y colosal cesto formado de vejetales, ostentando entre caprichosos dibujos, formados con flores de diversas clases y colores, el escudo de armas de la ciudad de Barcelona, hecho asimismo con flores naturales. Era una verdadera obra maestra en su género.

Lo restante de la mesa estaba cubierto de sabrosos manjares, esquisitos dulces y pastas, botellas de vinos nacionales y extranjeros y hermosos ramilletes que, alternados de grandes jarros de flores, formaban una bellísima perspectiva.

Finalmente, inmensidad de bujías simétricamente colocadas, ya en preciosas arañas de cristal, ya en elegantes y colosales candelabros, hacian resaltar la decoracion total cuyo aspecto era sorprendente y deslumbrador.

El adorno de este salon habia corrido á cargo del ya citado arquitecto de la municipalidad D. Francisco Daniel Molina.

Los señores convidados permanecieron hasta las diez paseando por las galerías y salones, departiendo entre sí agradablemente, mientras que la música del Ayuntamiento, colocada en el patio de las Casas Consistoriales, tocaba con perfecto ajuste y precision algunas célebres sinfonías y otras notables piezas, alternando con la música los coros del Orfeon Barcelonés, bajo la direccion de su digno y acreditado maestro D. Juan Tolosa, que cantaron algunos himnos con notable afinacion, ajuste y colorido.

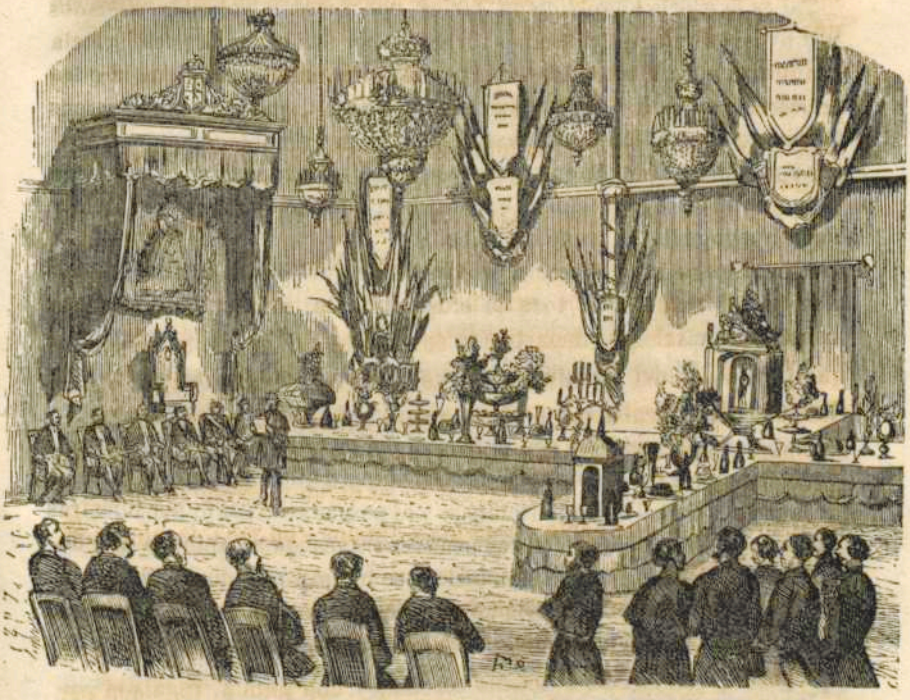
En uno de los salones estaban de manifiesto dos espingardas regaladas al Ayuntamiento por el general Prim, el sable del coronel Fort y otra espingarda, que ofreció el mismo coronel, y una gumía, regalada por el cuerpo de voluntarios.

A las diez de la noche los convidados penetraron en el salon sentándose al rededor de él y ocupando los puestos de preferencia el señor gobernador civil interino, el señor regente de la Audiencia don Nicolás Peñalver, el general Pastors, el general Rodriguez de Arjona, el señor rector de la universidad literaria, el diputado por el ter-

cer distrito de la capital D. Jaime Badía y los señores diputados provinciales.

Dos horas largas duró el refresco, que fué abundante y bien servido, esmerándose á porfía los señores tenientes de alcalde y concejales en obsequiar galantemente á los convidados.

El M. I. S. Alcalde corregidor D. José Santa María dió comienzo á los brindis felicitando en nombre de Barcelona á los esforzados caudillos, jefes, oficiales y soldados que han combatido y triunfado en Africa y que con tanto denuedo como heroismo han sido los campeones y los vengadores de la honra nacional. El señor Santa María terminó su brindis con vivas á la reina, al ejército y á los voluntarios.



Terminado el discurso del señor Santa María, el señor Balaguer leyó la poesía de doña María Mendoza de Vives, dedicada al ejército.

El señor general Pastors brindó por la reina y el ejército de Africa.

El Excmo. Sr. regente de la Audiencia pronunció algunas palabras notables.

El gobernador interino señor Moyano hizo tambien un breve discurso.

D. Salvador Maluquer tomó la palabra en nombre de la Diputacion provincial, de la cual es individuo en representacion del segundo distrito de Barcelona, y se espresó en estos términos:

Señores, los antiguos colocaron el templo de la gloria en la cima de una montaña y en lo mas alto del templo la imágen que la representaba. Con esto quisieron significar, como se comprende fácilmente, que despues de haber subido, hay que tomarse aun el trabajo de levantar los ojos para verla. Es decir, que la verdadera gloria no se alcanza sino venciendo dificultades y á fuerza de constancia, de fatigas, de privaciones y de la práctica en fin de las virtudes mas austeras.

Tal es la gloria adquirida en Africa por nuestros valientes soldados y bravos voluntarios catalanes dirigidos por sus bizarros jefes, gloria tanto mas pura y brillante, cuanto que no es la del tirano que la cifra en derramar sangre, sino la del valor español, que bien pudiéramos llamar valor cristiano, indomable, pero siempre noble, siempre generoso y humanitario. ¡Honra y prez al ejército, á la marina y al cuerpo de voluntarios de Cataluña, que así han enaltecido nuestra patria y dado nuevo brillo al trono de Isabel II !

A nombre de la Diputacion provincial de que soy el último individuo, yo les saludo con toda la efusion de mi alma. Viva la Reina constitucional!

El Sr. D. Victor Balaguer tomó á su vez la palabra y se espresó del modo siguiente:

Barcelona ha recibido con el frenesí del entusiasmo á los que vuelven vencedores de la campaña de Africa; para ellos han tejido coronas de laurel las bellas damas catalanas; y al pasear en triunfo por nuestras calles, abriéndose paso á duras penas á través de la apiñada muchedumbre que se agolpaba á saludarles, se habrán podido convencer de que en Barcelona el patriotismo solo tiene una boca y el entusiasmo solo un corazon, como su historia no tiene mas que un eco en el mundo: la gloria.

Por poco autorizada que sea mi voz, particularmente en este venerable salon de Ciento, página ilustre de nuestros anales, templo de las antiguas libertades catalanas, que era para los ciudadanos de Barcelona lo que el Aventino para los ciudadanos de Roma, por poco autorizada que sea mi voz, permítame V. E. que la eleve bajo estas sagradas bóvedas, aunque solo sea para decir con la fe del patriotismo y el entusiasmo del corazon: ¡Prez y gloria á los valientes defensores de la honra nacional! ¡Salud á los bravos! ¡Salud á los héroes!

¡Salud á ese puñado de heróicos catalanes, dignos herederos de aquellos valientes que estremecieron y asombraron al mundo con sus hazañas!

¡Salud á ese valiente ejército para quien ha sido la campaña de Africa una série de jornadas de prueba, pero un dia, un solo y largo dia de gloria!

A unos y á otros Barcelona os paga...—¿pagaros?... nó, que es impagable deuda,—Barcelona os agradece en entusiasmo lo que vosotros le habeis dado en gloria.

Si algun dia—¡Dios no lo permita!—la libertad ó la independencia patria se viesen amenazadas, la campaña de Africa estaria patente para asegurarnos que encontraríamos en los soldados españoles á los héroes de Zaragoza y en los voluntarios catalanes á los gigantes del Bruch.

El señor Crespo, coronel del batallon de Arapiles, se levantó entonces y manifestó en un breve discurso que el ejército solo habia cumplido con un deber sagrado lanzándose al campo de batalla á pelear por su patria y por su reina, y que siempre que su patria volviese á necesitar de sus hijos, todos se apresurarian de nuevo á derramar su sangre y á correr los peligros del combate y de la campaña, sin aspirar á mas recompensa que á la satisfaccion de haber cumplido con su deber.

Luego que terminó el señor Crespo, brindó el teniente de alcalde señor Biada, y en seguida el diputado D. Jaime Badía habló de la manera siguiente:

Despues de los brindis patrióticos que me han precedido, como diputado por uno de los distritos de Barcelona, debo decir algunas palabras y cumpliré con este grato deber sin perjuicio de la brevedad. Hay en España la preocupacion bastante comun de que el pueblo catalan, es un pueblo esclusivamente de grangería y especulacion, y por lo mismo debemos dar las gracias al ejército de Africa que nos ha proporcionado la ocasion de probar á las demás provincias de la monarquía, que los catalanes nos entusiasmamos tambien por todas las causas justas, por todas las causas nobles y elevadas. Esta es la condicion y el sentimiento de los pueblos laboriosos y morigerados. Tuve el gusto de felicitar á nuestros voluntarios y al batallon de Arapiles el dia de su llegada en nombre de mi distrito, y ahora añadiré que los guerreros de Africa han venido colmados de laureles, pero estos valientes cuando han regresado á su patria, han encontrado á un pueblo digno de ellos.

Hecha esta declaracion tan propia de la grandeza moral que presenta Barcelona estos dias, me propongo dar un brindis que es muy posible merezca la aceptacion de tan distinguida concurrencia.

Mi brindis será al señor Salaverría, ministro de hacienda, no por motivos personales porque jamás le he pedido nada, como no fuera por asuntos públicos y siempre en union de mis dignos compañeros, sino porque en medio de una guerra que la Europa creia superior á nuestras fuerzas, atendió á todas las urgencias de ella, sin apelar á impuestos estraordinarios, sin embargo de que estaba facultado para exigirlos por las córtes del reino: pagó cuarenta y nueve millones á un gobierno estranjero, despreciando el plazo que se le ofreciera para satisfacerlos, y mientras las dos naciones mas poderosas de Europa vieron bajar sus fondos de un modo depresivo para su crédito, en las guerras de Crimea y de Italia, la renta española con asombro de los hombres mas previsores estuvo en alza durante la guerra de Africa. El ministro de hacienda, que tanta gloria ha alcanzado ¿no merece un brindis de gratitud? Brindo por el señor Salaverría.

El M. I. S. Archipreste de esta santa iglesia D. Francisco Puig y Esteve tomó tambien la palabra para consagrar un recuerdo á los valientes que habian sucumbido en el campo del honor.

Con estos brindis y discursos alternó la lectura de varias poesías, debidas á las plumas de los Sres. Rubió, Bofarull, Orellana, Blanch y Hermosa, todas las cuales fueron, como los discursos, recibidas con grande aplauso.

La poesía titulada *La roja barretina*, de doña Josefa Massanés de Gonzalez y la composicion dedicada á los catalanes por la señora Mendoza de Vives, fueron leidas por los esposos de dichas señoras D. Fernando Gonzalez y D. Ramon Vives.

No podemos terminar la reseña de este acto sin hacer mencion especial de un caballero capitan de carabineros, D. Luis Calero de Sesment, el cual improvisó varias composiciones poéticas, dando muestras de una facilidad é ingenio que asombró á todos los concurrentes.

Lo primero que improvisó fué el siguiente soneto:

Si dijo Carlos V «en mis estados
Jamás se pone el sol» fué alegoría
Con que quiso decir que no cabia
Mengua ó baldon alguno en sus soldados.
Los hijos de los héroes denodados
De San Quintin, Lepanto y de Pavía

Sabremos demostrar con bizarría
Que no estamos por Dios degenerados.
Que siendo sol la honra del ibero
Que no permite nubes ni celages,
Lavar logramos con potente acero,
Sin mirar á su autor, necios ultrajes,
Obligando á la fama á que pregone
Que el sol de nuestra honra no se pone.

Este otro soneto improvisó asimismo al recibir una bandera española que le ofreció el señor Balaguer, arrancándola de uno de los trofeos.

Ven á mis brazos, ven, dulce bandera,
Emblema de nobleza y de victoria:
Ven, y permite aspire de tu gloria
El grato aroma con mi fé sincera:
No ha mucho que la Europa te creyera
Hundiendo en polvo tu inmortal historia,
Y que siendo tu fuerza ya ilusoria
Insultarte podria cualesquiera.
Mas vino el moro con salvaje saña
Un trofeo intentando en tus girones,
Y absortas contemplaron las naciones
Lo que por ello hiciera nuestra España.
Y lo vieron: potente donde quiera,
Eres siempre inmortal, noble Bandera.

Era la una y media de la madrugada cuando acabó esta fiesta, en la que reinaron la mayor cordialidad y el mas sincero y puro patriotismo, en la que estaba representada esa cordialidad y buena armonía entre todas las clases de la sociedad y del ejército; fiesta en la que el Excmo. Ayuntamiento constitucional supo manifestar á los beneméritos oficiales del ejército y de los voluntarios catalanes, de un modo digno y espléndido, los sentimientos de gratitud y admiracion que animan á la poblacion que representa, por su bravura, sufrimientos y resignacion en la campaña última, donde prodigaron su sangre por la madre patria; y fiesta, en fin, de inolvidables recuerdos para cuantos tuvieron la satisfaccion de asistir á ella.

XIII.

El dia 5 prosiguió el mismo entusiasmo por parte de la ciudad, y las

calles y las casas continuaron adornadas como en los dias anteriores.

Desde primer hora de la mañana empezó á circular la noticia de que llegaba el general Prim, y esto dió pábulo á la animacion y regocijo, pero no tardó en saberse que la noticia era inexacta, pues habiendo los vecinos de la calle de Fernando enviado un telégrama á Madrid preguntándole si era cierto que venia, é invitándole á venir en caso contrario, el general contestó con estas palabras:

«Agradezco en el alma la invitacion de Barcelona, pero no me es posible ir. Mañana tengo que asistir á un convite de S. M. la reina y, pasado, tengo trabajos importantes en la direccion de ingenieros.»

Durante todo el dia la gente circuló por las calles, y por la noche hubo la misma espléndida iluminacion, teniendo lugar varias escenas y episodios que demostraban el entusiasmo de que continuaba henchido el corazon de los barceloneses.

Los teatros dieron funciones patrióticas, poniéndose en escena en el gran teatro del Liceo una loa catalana de D. J. Ferrer Fernandez, titulada *Ja tornan*, y en el Circo otra en castellano de D. Antonio Altadill, titulada *Laureles y lágrimas*. En ambos teatros se leyeron tambien poesías, lo propio que en el Principal.

La sociedad del Casino *Centro lírico-dramático* celebró con un baile la llegada de las tropas procedentes de Africa. Las lindas señoritas concurrentes á dicho Casino, que ya se habian distinguido el dia de la llegada de las tropas arrojándoles mas de trescientas coronas de laurel, llevaban todas brazaletes de cintas de los colores nacionales y corbatas del mismo color.

Se disparó en los mismos balcones de este Casino un bonito capricho de fuegos artificiales, composicion del Sr. D. Felix Pera, lo cual atrajo á la Rambla una multitud inmensa, que contestó entusiasmada á los vivas al ejército, á Odonnell, á Prim y á los voluntarios.

En la encrucijada que forman las calles de Barbará y San Ramon, donde se levantaba la estatua ecuestre de Prim, hubo una fiesta de baile y fuegos artificiales.

En todos los cafés y establecimientos públicos tenian entrada los soldados y voluntarios catalanes, á los cuales se obsequiaba y festejaba; pero en este dia tocóle el turno de llevarse la palma al *cafe del Comercio*.

La señora dueña de este café habia invitado á todos los soldados y voluntarios, á quienes quiso dar gratis café y licores, que fueron repartidos abundantemente entre soldados y voluntarios, destapándose y vaciándose á centenares las botellas. Varios jóvenes entusiastas se convirtieron en mozos de café, reinando entre el patriótico concurso la mas espansiva alegría y una admirable confraternidad.

Esta y aquella aumentaron de una manera estraordinaria cuando el señor comandante de los voluntarios entró en el café dando el brazo á la señora madre del conde de Reus. Los concurrentes les abrieron paso saludando á esta señora con un grito de *¡Vivan las madres de los valientes!* en tanto que la charanga de Arapiles tocaba la marcha de Castillejos.

Pronunciáronse brindis y leyéronse entusiastas poesías.

El Casino barcelonés, sociedad constituida por personas que digna y decorosamente representan á todas las primeras clases de la gran familia de esta capital, agasajó con un espléndido refresco aquella misma noche á las autoridades y á todos los señores jefes y oficiales que, procedentes del ejército de Africa, se encontraban en esta plaza, como tambien á comisiones de todos los cuerpos de la guarnicion de la misma.

Fué un acto tan plausible como grato el ver reunidos en fraternal armonía en los magníficos salones de que dispone la espresada Sociedad á los vencedores de Africa y á los jefes de las principales familias de Barcelona.

A las diez de la noche se comenzó el refresco, servido con régia esplendidez, bajo la direccion del café de las Delicias, obsequiando los señores socios á todos los concurrentes con la mas fina y esmerada galantería. En el centro del gran salon circular habia una mesa ricamente asurtida, en la que, entre candelabros que vertian torrentes de luz y multitud de ramos de flores, aparecian platos los mas esquisitos, adornados con banderas españolas, descollando en el centro de la misma y en forma de ramillete, una especie de mezquita árabe con su elevado minarete, en cuyos ángulos ondeaba tambien la bandera nacional. Era una fiesta magníficamente dispuesta y digna, bajo todos conceptos, del objeto á que estaba dedicada y del buen gusto de las personas que la habian ordenado. La escelente banda de música del re-

gimiento de la Constitucion tocaba escogidas piezas, primero en la plaza del Teatro y despues en uno de los salones interiores.

El Sr. D. Ramon Castellá, como presidente de la distinguida Sociedad del Casino, dió principio á los brindis, dedicando el suyo á la nueva era de victoria que se habia inaugurado para la España con la campaña de Africa, saludando á las autoridades, y sobre todo á los valientes que habian combatido en aquella. Insiguiendo su ejemplo, pronunciáronse en seguida muchos otros entusiastas brindis, algunos de los cuales tuvieron el carácter de una corta arenga ó discurso, brillando en todos ellos esos bellos arranques que parten del fondo del corazon y que son dictados por el mas puro patriotismo.

Siéndonos imposible trasladar al papel las animadas improvisaciones que se pronunciaron, nos limitaremos á una ligera indicacion del objeto á que varias de ellas fueron dedicadas, amplificándolas sus autores con las galas del lenguaje y el brillo ó la oportunidad de las alusiones.

El Sr. General segundo cabo brindó por el capitan general de Cataluña Sr. Dulce, haciendo resaltar el celo con que gobierna el Principado.

El señor regente de la Audiencia dedicó el suyo al ejército y á los catalanes y dió un grito de ¡viva la Reina! que fué universalmente contestado.

El señor Alcalde corregidor brindó por las autoridades que gobiernan á Barcelona, y ensalzó con vivos colores la morigeracion de sus habitantes y su amor al órden y al trabajo.

El señor Vilaseca por la paz, tan gloriosamente adquirida.

El señor comandante Garrido por la Reina, haciendo notar la magnanimidad de su corazon, y delineó los servicios del duque de Tetuan ensalzando y describiendo á grandes rasgos la figura del heróico Prim.

El señor Permanyer, despues de encomiar tambien las bondades de S. M., consagró su brindis á la amnistía, y con frases elocuentes felicitó al ejército por sus triunfos, diciendo que estos eran tanto mas satisfactorios en cuanto habian sido alcanzados en país estraño, incivilizado é inhospitalario, y parangonó con ellos los tristes efectos de una guerra civil, cuando el hermano combate contra el hermano.

Banquete dado por el Ayuntamiento á los Voluntarios, en el Salon de los Campos Elíseos.

El señor coronel de Arapiles manifestó su gratitud á este vecindario, y prorumpió en un ¡Viva Barcelona! al terminar su discurso.

El señor Jaumar, indicando cuanto habia sufrido nuestro ejército, lo saludó con efusion.

El señor Marlés brindó por S. M. la Reina como personificacion de la libertad civil, del progreso intelectual y de todas la instituciones civilizadoras.

El señor Comino por el ejército.

El señor Fort, coronel comandante de los voluntarios, pronunció un sentido discurso ensalzando á S. M. la Reina, encareciendo los servicios de los invictos jefes del ejército de Africa y sobre todo los prestados por los generales O'Donnell y Prim y celebrando la union de los españoles.

Pronunciáronse además muchos otros y notables brindis, que seria larga tarea enumerar.

XIV.

El domingo, dia 6, fué el destinado por el Excmo. Ayuntamiento para obsequiar á los voluntarios catalanes con un espléndido banquete en el grandioso salon de los Campos Elíseos.

Un dia sereno y apacible favoreció esta fiesta; así es, que desde las primeras horas de la tarde estaban los Campos Elíseos llenos de gente que se paseaban por aquellos amenos jardines.

A las dos de la tarde llegaron á dicho establecimiento de recreo nuestros bravos voluntarios, formados por compañías, precedidos de sus tres cantineras, y marchando á su frente el bravo coronel señor Fort.

A la puerta de los jardines les esperaba ya una comision del Ayuntamiento, que se habia adelantado para recibirlos, compuesta del síndico señor D. Gil Bech y de los concejales D. Francisco Travila y don Valentin Marin.

Recibidos por estos señores, pasaron á formarse las cuatro compañías en la gran plaza de los Campos, recibiendo en parada al escelenti-

simo Ayuntamiento, que no tardó en llegar, presidido por el señor gobernador interino.

Terminado este acto, penetraron todos en el salon y dióse principio al banquete.

Las cuatro ó cinco gradas que conducen al salon y el pórtico del mismo estaban adornados vistosamente con grupos de banderas y pendones, trofeos de armas y elegantes macetas de flores. Por lo que toca al espacioso salon, estaba ocupado por ocho mesas simétricamente colocadas, formando otros tantos rayos de una estrella.

Pasaban de cuatrocientos los cubiertos, y la comida estuvo á cargo de los fondistas señores Vilaseca y Cavagliani.

En cada mesa habia una presidencia formada de un señor teniente de alcalde, tres ó cuatro concejales, un diputado provincial y uno de los señores poetas ó periodistas invitados al banquete.—En la mesa número 1, constituian la presidencia los señores Gobernador civil, Alcalde corregidor y coronel Fort.

Durante la comida la música del Ayuntamiento ejecutó diferentes aires é himnos nacionales.

Reinó durante el banquete el órden mayor y la mas notable compostura por parte de los voluntarios á quienes se esmeraban en obsequiar los señores individuos del Ayuntamiento.

Poco antes de servirse los postres, el señor Santa María hizo una indicacion para que á una señal dada los concurrentes permaneciesen quietos por espacio de cuatro minutos, á consecuencia de habérsele pedido permiso por los señores Alvareda y Moliné para sacar una copia fotográfica del espectáculo que ofrecia el salon en aquellos momentos.

Así se hizo luego, y una copia litografiada de aquella fotografía es la que acompaña esta página.

El gobernador interino señor Moyano inició los brindis haciendo un pequeño discurso y dando un viva á la Reina, otro al general O'Donnell y otro al general Prim, que fueron entusiastamente contestados.

En seguida el señor Alcalde corregidor tomó la palabra é inculcó á los voluntarios los deberes que como ciudadanos les incumben, encargándoles que al volver á sus hogares recordasen que su primer deber es al órden y á la familia, y que al ser recibidos en todas partes

con la ovacion y los aplausos que se merecen los valientes, al deponer las armas para volver á sus respectivos trabajos, no diesen al olvido que, si como soldados habian sido modelo de valor y heroismo, les tocaba serlo como padres é hijos de familia de virtudes cívicas y domésticas.

Estrepitosamente aplaudido fué el discurso del señor corregidor, terminado el cual, se levantó á brindar el coronel Fort.

En el discurso que hizo estuvo enérgico y entusiasta, llegando en un momento á conmover á todo el mundo.

Comenzó por contar lo bien que se habian portado aquellos bravos voluntarios en el campamento y en la batalla, y en seguida, dirigiéndose á ellos, les recordó sus deberes con respecto á las autoridades que les obsequiaban con aquel banquete, con respecto al pueblo catalan que tanto les habia obsequiado tambien.

«¿Sabeis cómo habeis de demostrar esta gratitud?—continuó diciendo el señor Fort.—Muy sencillamente; siendo buenos ciudadanos, honrados padres y dignos hijos de familia, dedicándoos al trabajo y no pasando los dias en la vagancia, porque esta es la madre de todos los vicios, de todos los crímenes, y porque—recordad bien lo que voy á deciros—porque de la vagancia al cadalso no hay mas que un paso.

¿Me prometeis—prosiguió con solemne y enérgico acento,—me prometeis que sereis tan buenos y honrados ciudadanos como habeis sido dignos y bravos soldados?...

Este momento fué solemne y grande. Los voluntarios, que se hallaban todos de pié, pusieron unos sus manos sobre el corazon, otros agitaron al aire sus gorras encarnadas, cual si muchas de ellas atravesadas por las balas enemigas fuesen segura prenda de la palabra que iban á empeñar, y una sola y unánime voz llenó los ámbitos del salon.

—Lo juramos! Lo juramos, mi coronel!— gritaron todos.

—Pues entonces, —continuó aquel jefe con acento conmovido,—yo á quien llamais vuestro padre, tendré á orgullo el llamaros mis hijos, y si como padre os castigaria si delinquierais, como padre os abrazaré al veros en la senda de la virtud, envanecido de vosotros.»

No terminó aun aquí su discurso el señor Fort. Consagró un recuerdo á la memoria del comandante señor Sugrañes, del teniente señor Moxó y de los demás voluntarios que habian perecido en los com-

bates; manifestó su profundo agradecimiento al general Prim por haberle confiado el mando de los catalanes, y terminó con vivas al Ayuntamiento, á la Diputacion, á la Reina, al duque de Tetuan, al general Prim y á Barcelona.

Los vivas fueron contestados con entusiasmo, siéndolo con estrépito uno que dió un voluntario, diciendo:

«¡Viva nuestro bravo coronel!»

Así que hubieron cesado los bravos, los vivas y los aplausos, el poeta D. Francisco J. Orellana recitó la siguiente octava que acababa de improvisar, contestando con ella á los discursos de los señores Santa María y Fort.

Nada temais por estos, que lucharon,
y cual héroes intrépidos vencieron;
que si con honra al África marcharon,
gloria y renombre conquistar supieron.
—Nada temais, pues harto demostraron
á cuantos su virtud y hazañas vieron,
que el catalan honrado es en su tierra
tanto como valiente es en la guerra.

Abierto el camino, siguiéronse varios y notables brindis.

El diputado provincial D. Felix Ribas pronunció un discurso en nombre de la Diputacion loando al ejército y á los voluntarios y felicitándose por la herencia de gloria que con su denuedo habian legado á la patria.

—Brindo por las hermanas terciarias de la órden del Cármen, dijo el Sr. Biada, teniente de alcalde, por esas verdaderas heroinas que han ido á los hospitales, llenas de abnegacion, para cuidar á los enfermos y á los heridos.

—Brindo, dijo el poeta D. Adolfo Blanch, al pronto restablecimiento de los voluntarios heridos.

El señor D. Víctor Balaguer se espresó en seguida en estos términos:

El bravo coronel comandante de los voluntarios, á quien todos vemos con placer entre nosotros, me decia hace dos dias, al contestar á las pocas palabras que le dirigí con motivo de entregarle una corona para los voluntarios en nombre de varios ciudadanos de Barcelona: «Con orgullo devuelvo á Cataluña esos hombres, tan honrados en el «campamento como valientes y bravos en el combate. Los recibí niños;

«os los devuelvo gigantes. Id si quereis á recorrer los hospitales de «Andalucía y á todos los voluntarios que allí se hallan los encontra-«reis heridos de frente, ninguno lo está por la espalda.»

Señores, yo tomé acta de estas bellas palabras que en boca de un poeta hubieran sido una brillante oda, pero que son toda una epopeya en boca del hombre que llega ennegrecido por el humo de la pólvora y tostado por el sol de las batallas, en boca del que estuvo al frente de esos gigantes—y esto lo dice todo—en la jornada memorable de Wad-Ras.

Yo saludo y admiro á ese bravo comandante, yo saludo y admiro á ese puñado de valientes, cuyo campo de ejercicios prácticos fué una de las grandes batallas que se han dado en este siglo, cuyo bautismo de fuego fué una gran victoria.

Gracias sean dadas á esos bravos á quienes debe Cataluña el volver á tener historia propia.

Lo menos que Barcelona podia hacer por ellos es lo que ha hecho, ¡Gloria eterna á esos hombres! No coronas, enramadas de laurel para sus cabezas! Nubes de banderas para dosel de sus frentes! Alfombras de flores para almohadon de sus plantas!

Recuerdo que al hallarnos reunidos anteayer en el histórico salon de Ciento para un objeto parecido al que hoy aquí nos reune, levanté mi voz para decir que la campaña de Africa nos ofrecia un ejemplo de que la nacion en uno de sus momentos supremos podria contar con denodados defensores. Dije que esta campaña era un testimonio, una promesa, una garantía de ello, pero hoy me atrevo ya á decir algo mas.

Varios de estos bravos voluntarios acaban de acercárseme para pedirme que hable en su nombre, que en su nombre dé garantías y en su nombre seguridades.

Así, pues, señores, esa fiebre de patriotismo, esa embriaguez de entusiasmo que hace tres dias está conmoviendo á toda Barcelona, son un testimonio evidente de que todavía hay patria, de que los catalanes guardan aun viva en el altar de su corazon la llama sagrada del patriotismo; son un testimonio de que en este suelo clásico de la libertad y de la independencia, el dia que una ú otra se vieran amenazadas, bastaria herir el suelo con la planta para que, realizándose la fábula de Cadmo, brotasen armados y equipados los batallones; bastaria hacer una seña, para que detrás de cada piedra apareciese un soldado, como en una época para siempre memorable apareció un héroe tras de cada peñasco del Bruch.

Un estrépito de voces que gritaban *Sí, sí*, interrumpió por un instante al orador.

Este continuó:

«Así lo creo, voluntarios; así lo esperamos todos, y bien lo podemos esperar de vosotros que habeis puesto tan alto el nombre catalan, bien lo podemos esperar de ese hombre que como Ney ha merecido ser llamado el valiente de los valientes, de ese hombre á quien no hay necesidad de nombrar para que se sepa quien es, de ese hombre, en fin, en cuya piel parece que rebotan las balas, para quien los combates son una fiesta, el caballo una cama y las batallas lo que eran para los antiguos paladines las zambras y las cañas.

Brindo, pues, por él y por ellos, señores. Por el héroe de Castillejos, de Tetuan y de Wad-Ras! Por sus hermanos de patria y por sus hermanos de armas!

Al terminar este discurso el señor Balaguer, se levantó el señor Fort, y abrazándole afectuosamente y con espansion, le ofreció en nombre de los voluntarios una gumia recogida entre los despojos del campo de batalla.

El señor D. Fernando Gonzalez leyó en seguida la poesía de su señora esposa D.ª Josefa Massanés.

El señor Hermosa leyó un romance dedicado á Barcelona con motivo de la llegada de los voluntarios.

El poeta D. Adolfo Blanch leyó su composicion poética catalana que en otro lugar de esta obrita publicamos.

El diputado provincial D. Salvador Maluquer dijo lo siguiente:

Señores: aquí notamos todos con igual sentimiento un gran vacío: aludo á la ausencia de los excelentísimos señores capitan general don Domingo Dulce y gobernador civil D. Ignacio Llasera.

Si se formó y organizó el cuerpo de voluntarios que tanta gloria ha sabido conquistar en la guerra de Africa para sí y para su patria, á esas respetables autoridades se debe en gran parte.

Si Cataluña tiene el noble orgullo de figurar con razon como una de las provincias mas entusiastas y mas dispuesta á hacer todo género de sacrificios por el buen éxito de aquella campaña felizmente terminada, justo es reconocer que mucho se les debe tambien bajo este concepto.

Además, han prestado un servicio á Cataluña que no debemos olvidar nunca. Esas autoridades con su conducta liberal y de confianza han dado ocasion á que el pueblo catalan desmintiera solemnemente el injusto cargo que de largos años se le venia haciendo de pueblo turbulento é indigno de ser gobernado conforme á la Constitucion y á las leyes que garantizan los derechos sagrados de la libertad individual.

Este es un servicio inapreciable, siquiera sea un acto de justicia. ¡Que vivan, pues, tan dignas autoridades!

El poeta D. Antonio de Bofarull leyó á continuacion el romance en catalan que habia escrito cuando partieron los voluntarios al Africa y que debe considerarse como la primera parte del que hemos publicado en las anteriores páginas.

Hé aquí este romance:

ALS VOLUNTARIS DE CATALUNYA.

LA GORRA VERMELLA.

A Dèu, gran Barcelona,
me n' vaig á Tetuan:
si honra allí no guanyo,
no m' vulguis al tornar.
Ja sè que me n' vaig flaca,
que poca sombra faig;
mes poch això m' importa,
si duch ton nom allá.
Temps feya que alguns joves,
mostrantse un poch ingrats,
anaban olvidantme,
y m' treyan de son cap.
Tan sols en la montanya
quedaban los lleals,
cuant veig que Barcelona
ab goig me torna á alsar.
La causa perque m' crida
molt mes airosa m' fa:
ja sab l' honra y la patria
que no las deixo may.
Aném, donchs, contra 'ls moros:
aném á Tetuan!
No es la primera volta
que al África he estat:
ab lo gran Rey En Pere
ja hi vaig ab gloria anar,
portant de allí á Sicilia
sa cara llibertat.
Mes de una volta als reys
de Túnes y del Garb,
lligats en las galeras
dels héroes catalans,
he conduit á Espanya;
y per molts y molts anys
lo tribut que pagaban
los beys dels africans,
com á bossa segura,
dintre de mi he portat.
No tinguéu, no, quimera
si m' llenso are á la mar:
sempre ha sigut amiga
la mar del catalá,
y á la gorra vermella
mil glorias ha donat.
Valencia pót bè dirho
y ans las Balears,
cuan ne tragué Don Jaume
als servidors de Alá.
Anant ab los Rogers (1),
qui sò la Italia sab,
y Córsega y Cerdenya
encare recort grat
conservan d' aquells sigles
en que las vaig manar.
No para aquí ma historia:
mes lluny jo he dominat,
que l' sol del Orient
me coronà ab sos raigs:
allí l' casquet del grech,
del turch lo rich turban
per la gorra vermella
quedáren esquinsats.
¿Y qué direm del Bruch?....
La Fransa us' ho dirá.
Dexéu que marxi, donchs,
que, si no arribo tart,
¿quí sab lo que m' espera?
¿lo que faré, quí ho sab?

(1) Roger de Lauria y Roger de Flor.

y mes si al camp me guian,
ab son poderós bras,
guerrers que ja m' coneguen,
com un qu' allí n' hi há.
Del viscahí á la boina
veyent vermellejar,
la gorra catalana
saludos li fará,
pus que las dos son signe
de antigas llibertats.
No us' fassi á ningú llástima,
que es mon color de sang,
y encare que en sang nedi,
no seré bruta may.
Las mares que m' contemplan
contentas han de estar:
jo guardaré del fret
als fills que hi hage allá,
jo aixugaré l' suor
dels fronts en lo combat,
seré l' cuxí hon reposi,
durant la nit lo brau,
y del que en lo camp mori
jó taparé la fas.
Un aire que m' halaga
sento al sortir al mar:
es dels patons l' oratge
que de la terra m' bat,
patons que las ninetas
m' envian tot bufant.
Ja us' tornará la paga
cuan torni l' catalá,
portant dintra la gorra
tresors que haurá guanyat,
perque ab ells adornéu
los vostres pits tan blanchs.
Cuant aquest dia arribi,
sortiunos á esperar:
veuréu de lluny los barcos
que ns' tornan ab la pau,
y en ells, dant vols per l' aire,
la gorra del amant.
Ab ell aniréu luego
cap dalt á Montserrat:
sota l' ginoll la gorra,
qui no s' doblegá may,
postrat ab sa estimada
veuréu en lo lloch sant,
y l' que salvá la Verge
de espós dará la má.
A Dèu siau, patricis,
companys, á Dèu siau:
d' Espanya l' lleó espera:
deixéunos, donchs, anar!
Cuant banderas no quedin,
la gorra s' alsará,
y ans que abaixarse al moro,
ab ella caurá l' cap.
A Dèu, gran Barcelona,
me n' vaig á Tetuan:
si honra allí no guanyo,
no m' vulguis al tornar.

El señor teniente de alcalde D. Luciano Parcet se espresó en seguida del modo siguiente:

«Bien quisiera, señores, improvisar un brindis digno de circunstancias cual las que han precedido, pero mis facultades mentales están embargadas por el entusiasmo que me domina. ¿Y cómo dejar de ser esto así, señores, cuando me veo frente á frente de esos valientes, de esos héroes, dignos descendientes de nuestra noble raza catalana? La nobleza se adquiere con la virtud, con el valor, con la gloria, y esta vosotros la habeis conquistado como tantos adalides catalanes que do quiera sentaron su huella no les abandonó el laurel y la honra. Dígalo nuestra historia, abrid las hermosas páginas de las bellezas de Cataluña, en donde con la verdad histórica y las bellas galas de la poesía, hace vibrar las fibras del corazon de todos los catalanes con las tradicionales proezas. Salud, Victor Balaguer, salud, digno cronista del Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona! Cataluña te debe gratitud; admite, vate catalan, mis simpatías.

Valientes sois todos desde el primero al último, valientes y héroes mirados de toda la Europa, á la que con nuestro ejército español habeis hecho rectificar del concepto en que se nos tuviera, y á la que habeis dado á conocer lo que vale la nacion, sí, señores, la nacion española.

Ojalá, voluntarios catalanes, que al disfrutar de las delicias de la paz, no pierda ninguno de vosotros el aprecio y respeto adquiridos con tanta gloria, y que al trasmitir á vuestros hijos tan grande honra, jamás, nunca se vea empañada por el mas leve lunar.

Brindo, pues, por los voluntarios de Cataluña, por las glorias de nuestro ejército español, por el invicto duque de Tetuan, digno general en jefe y del elevado puesto que ocupa, por la Armada nacional, que con el general Bustillos tantos servicios ha prestado. Brindo, señores, por el bravo entre los bravos, por el héroe entre los héroes, por el general Prim, digno sucesor de tantos ilustres y preclaros homes nacidos en nuestro suelo, para gloria y honra de Cataluña, para gloria de la nacion española, y finalmente por la felicidad, por la progresiva grandeza de nuestra amada patria, y al decir nuestra amada patria, quiero significar por la España.»

Los voluntarios se empeñaron en pasear en triunfo por el salon al coronel Fort. Esto tuvo lugar entre los vivas y los aplausos.

El mismo teniente de alcalde Sr. Parcet, cuando, llevado el coronel en hombros de los voluntarios, cruzó por delante de la mesa en que dicho señor estaba presidiendo, le ofreció un gran ramo diciéndole:

«Ilustre Fort: Quiera Dios que el laurel de los héroes que ciñe vuestras sienes, sea para vos y para vuestros hijos el mas honroso blason.»

Hubo aun otros entusiastas y patrióticos brindis, suspendiéndose cuando los voluntarios pidieron permiso para cantar el himno de victoria que con acompañamiento de la banda militar habian cantado varias veces en el campamento ante las tiendas de los generales O'Donnell y Prim.

Con nutridos aplausos fué recibido este coro, terminado el cual, las tres cantineras del cuerpo, en cuyos pechos brillaba la cruz de María Luisa, fueron llamadas á la mesa de la presidencia.

El Sr. Alcalde Corregidor ofreció un ramo á cada una de ellas brindando por las tres y loando su valor y su conducta.

—La mujer que es la figura que mas descuella en el hogar doméstico, dijo el señor Santa María, influye poderosamente en la educacion y en el carácter de los hombres, y por lo tanto, cuando las mujeres son heroinas, los hombres son héroes. Brindo, pues, por las tres esforzadas compañeras de los voluntarios, particularmente por aquella que permaneció horas enteras en mitad del rio con agua hasta la cintura, dando aguardiente á los voluntarios que lo atravesaban para ir al combate.

Así terminó este banquete notable bajo muchos conceptos.

Los voluntarios volvieron á formar en parada en la plaza de los Campos Elíseos, siendo de nuevo revistados por el Excmo. Ayuntamiento en medio de un gentío inmenso que llenaba aquellos jardines.

En seguida, el coronel Fort dió los tres vivas siguientes:

¡Viva la Reina!

¡Vivan la Diputacion y el Ayuntamiento!

¡Vivan las bellas catalanas!

XV.

Interin se efectuaba el banquete de que acabamos de hacer una ligera reseña, tenian lugar otras notables demostraciones en varios puntos de la capital.

En la espaciosa plaza-mercado de San José se verificó una comida dispuesta para mas de quinientos pobres por los vecinos del distrito tercero al objeto de solemnizar—y de ningun modo podian hacerlo mejor—la entrada de las tropas y voluntarios.

Siempre ha unido Barcelona á sus timbres de ilustrada y guerrera los de hidalga y caritativa.

Fué un acto que no pudo presenciarse sin el mas tierno interés, una obra de caridad digna del mayor aplauso, al cual se hicieron justamente merecedoras cuantas personas contribuyeron en mayor ó menor escala á su realizacion, siendo de ver la amable y bondadosa solicitud con que los señores teniente de Alcalde y alcaldes de barrio del propio distrito, el director y empleados del referido mercado, varios

vecinos del mismo, y un buen número de lindas y apuestas jóvenes servian á sus modestos convidados, recibiendo en cambio las lágrimas de gratitud del pobre, que son las bendiciones de Dios.

La comida preparada por las religiosas y por varias jóvenes de la Casa de Misericordia, era apetitosa, escelente en toda la estension de la palabra, y en estremo abundante. Durante la misma, la música del Ayuntamiento tocaba escogidas piezas, y estaba espuesto en lugar preferente el retrato de S. M. la Reina. El servicio consistió en sopa, cocido completamente asurtido, un guisado con guisantes y alcachofas, carne asada, y para postres, jamon, longaniza, naranjas con azúcar y el correspondiente pan y vino.

Sabido es con cuánta generosa liberalidad los vecinos del referido mercado contribuyeron con sus donativos en especie á que la comida no pecara de mezquina. Merced á su caritativo desprendimiento sobraron fondos y estos se emplearon en lotes que se sortearon entre los mismos pobres. Uno de estos alcanzó un premio de cuarenta duros, cinco ó seis el de una onza de oro y otro de veinte duros.

Por un acaso verdaderamente providencial, el premio de cuarenta duros, cuyo sorteo se hizo á la vista del público y con las mas escrupulosas formalidades, le correspondió á la hija de un voluntario catalan.

Los pobres, tan hidalgamente socorridos y tan cordialmente obsequiados, no cesaban de ensalzar y bendecir, no sin justo motivo, la buena obra ejercida por los habitantes del distrito tercero.

No fué este el solo acto de caridad que tuvo lugar.

En los barrios de San Pedro, en los del distrito 4.°, en otros muchos se hicieron abundantes limosnas, solemnizando de este modo los festejos.

Los señores alcaldes de barrio del distrito 4.° repartieron tambien una sopa á los pobres dando á cada uno de ellos una cantidad.

En la fonda de las Cuatro naciones tuvo lugar asimismo un espléndido banquete.

Diéronlo varios comerciantes, literatos, artistas é industriales de esta capital á la brillante oficialidad del batallon de Arapiles.

La idea de los que hicieron este obsequio era convidar tambien á los oficiales de voluntarios y celebrar el banquete el lunes, pero como el batallon de Arapiles debia salir en dicho dia para Vich, hubie-

ron de adelantar el obsequio al domingo, viéndose privados de poder invitar á la oficialidad de los voluntarios que hubo de asistir al banquete de los Campos Elíseos.

Durante la comida el Sr. D. Manuel Angelon pronunció un discurso lleno de patriótico entusiasmo que arrancó un aplauso general de todos los concurrentes, el Sr. Altadill recitó algunas poesías que fueron muy bien recibidas lo propio que las que improvisó el señor D. A. García Hermosa que abandonó mas pronto el banquete de los Campos Elíseos para tener el gusto de asistir á los postres de este.

Hubo otros varios brindis, uno particularmente muy notable del señor coronel, y reinaron la animacion, la fraternidad y la alegría.

El impresor D. Luis Tasso propuso que se fotografiasen por parejas de un militar y un paisano todos los asistentes; segun estaban sentados, al objeto de conservar un recuerdo de aquel dia y, aceptada esta proposicion, el artista Sr. Moliné se ofreció á sacar los grupos gratuitamente.

La música llamada de Trabal tocó piezas escogidas durante el banquete, llevando su generosidad hasta el estremo de no querer aceptar luego retribucion alguna.

Actos de desprendimiento é hidalguía como este se vieron muchos en Barcelona durante aquellos dias.

Tambien en el Presidio de esta plaza se festejó con la modestia que lo permiten los escasos recursos de que disponen los penados, la entrada de nuestras tropas. La fachada que sirve de entrada al establecimiento y parte del patio se hallaban adornados con arcos de verde follaje, estrellas y vasos de colores, formando una especie de jardin artificial, en cuyo centro se veia, bajo régio dosel, el retrato de S. M. la Reina. Durante las tres noches una acorde música tocaba variadas piezas, entre ellas una bella marcha guerrera dedicada al esforzado marqués de los Castillejos.

En este dia el señor comandante don Alejo Vasallo obsequió con un banquete á los demás jefes y oficiales y contratistas del mismo, en cuyo final se pronunciaron entusiastas brindis. El señor Vasallo lo hizo por S. M., por el duque de Tetuan, por el señor conde de Reus y por los valientes de Arapiles y voluntarios catalanes.

Otro convite tenia tambien lugar en la fonda llamada del señor Simon, sita en la calle de Tras Palacio.

Sirvióse una buena comida á cien pobres, costeada por el dueño del establecimiento: se les dieron tres platos, pan, vino y postres: reinó el órden mas admirable. Despues de la comida, pasaron á la iglesia de Santa María donde rezaron un rosario y se retiraron alabando, como nosotros alabamos, la caridad de este bienhechor que, dos dias cada semana, tambien reparte una sopa á los pobres. Déle Dios bienes á quien no olvida la caridad.

La órden de marcha que habia recibido el batallon de cazadores de Arapiles impidió que se realizara el pensamiento de ofrecerle un banquete, concebido por los socios del Casino Mercantil. Se habia abierto ya con este objeto una suscricion, que ascendió en pocas horas á 8,000 reales. Hubo un sugeto que por su parte dió 2,000 reales, y varios 500. Se trató de retardar la marcha, á cuyo efecto se vió al general segundo cabo, pero no se pudo conseguir la dilacion que se solicitaba.

XVI.

Aun no estaba todo concluido.

Faltaba repartir la medalla de plata á cada uno de los voluntarios, ofrecida por el Ayuntamiento: así es que, durante los dias que se siguieron al domingo, una comision compuesta del teniente de alcalde señor Calvell, del síndico señor Bech y del concejal señor Travila se instaló en un salon de las Casas Consistoriales, repartiendo un ejemplar de la medalla á cada uno de los voluntarios, que en seguida se apresuraban á colgarla de su pecho junto con las otras insignias ganadas en el campo de batalla.

Era esta medalla de plata con las armas de Barcelona en el anverso y esta inscripcion en torno:

Barcelona agradecida.

En el reverso se leia en el centro de una corona de laurel:

Guerra de Africa.
Voluntarios de Cataluña;
1860.

Un ejemplar en oro de estas medallas fué enviado por el Ayuntamiento al general Prim, y otro, en el mismo metal, al coronel Fort.

XVII.

Tres dias despues de terminados estos festejos, se supo que llegaban los voluntarios y jefes de los mismos que habian quedado heridos en los hospitales de Andalucía.

La Diputacion y el Ayuntamiento pasaron al muelle en carretelas descubiertas, asistieron al desembarco, y acomodando á los heridos en los coches, se dirigieron á las Casas Consistoriales, precedidos de la música del Ayuntamiento y de otra que llevaban los estudiantes, los cuales acudieron con banderas, estandartes, palmas y laureles.

En las Casas Consistoriales se les sirvió un ligero refresco, esmerándose en obsequiarles á porfía los concejales y diputados, y en seguida subiendo otra vez á los coches, en cada uno de los cuales iba un concejal ó un diputado con uno ó dos voluntarios, pasaron á recorrer la carrera trazada de antemano, que era bastante larga.

La ovacion fué completa. Aun cuando de las calles se habian ya quitado los adornos, muchas casas se engalanaron para el paso del cortejo, la muchedumbre se agrupaba para saludarles con entusiastas vivas, de los balcones y ventanas caian ramos de flores, cintas nacionales, hojas de laurel y de rosa, coronas, tabacos y poesías.

Volvió á tener Barcelona otro dia de fiebre y de entusiasmo.

Terminada la carrera, los voluntarios fueron conducidos á la fonda de Simon, donde la Diputacion habia dispuesto que se les sirviera una abundante comida, y allí, al llegar los postres, el diputado provincial D. Salvador Maluquer les dirigió la palabra recordándoles el magnífico recibimiento que se les hiciera á todos á su llegada, los

acuerdos de la Diputacion para recompensar sus servicios y atender especialmente á los inutilizados y familias desgraciadas de los que habian muerto gloriosamente en la guerra, así como la singular distincion con que honrara á su cuerpo la Municipalidad de Barcelona dándoles un banquete en los Campos Elíseos, obsequio, dijo, que rara vez ha dispensado á los mas ilustres patricios por grandes que hayan sido los servicios que hayan prestado á la ciudad, demostrando así que los voluntarios catalanes habian adquirido un título privilegiado á la gratitud pública.

El Sr. Maluquer concluyó encareciéndoles el deber en que estaban de conservar el renombre que habian adquirido portándose siempre como buenos y honrados ciudadanos, y terminó su discurso dando vivas á los voluntarios heridos, á sus jefes, y al bizarro general Prim que con tanta solicitud les habia atendido y conducido á la victoria.

Tal es la reseña palida, pero veraz, de los festejos con que obsequió Barcelona á los voluntarios catalanes y primeras tropas de Africa que llegaron á sus playas.

No queremos entrar en comentario alguno. Los lectores sabrán hacérselos en vista de los hechos.

Solo terminaremos diciendo que Barcelona celebró aquella llegada con la majestad y el fausto con que un gran pueblo solemniza un gran acontecimiento.

Barcelona 25 de mayo de 1860.

FIN DE LAS JORNADAS DE GLORIA.

ÍNDICE DE MATERIAS DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
Introduccion.	5
El bautismo del fuego.	10
El Serrallo y sus tradiciones.	20
Las noches del Serrallo.	52
D. Sebastian en Marruecos.	64
El duque de Riperda.	83
Embarque de la division Ros.	85
La toma de Mazalquivir.	101
El alcaide de los Donceles.—Conquista del Peñon.	113
La conquista de Oran.	139
Conquista de Bujia.—Sumision de Arjel.	148
Conquista de Trípoli.	153
En los Gerbes.	158
Castillejos.	172
Las alturas de la condesa.	200
En el Monte Negron.	216
Una página triste.	234
En Cabo Negro.	244
A orillas del Guad-el-Jelú.	264
Los catalanes.	334
La batalla de Tetuan.	364
Ocupacion de Tetuan.	398
Festejos en Barcelona.	437

FIN.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

	Pág.
Portada.	1
Episodio del 25 de diciembre.	146
Pedro Mur apoderándose de una bandera.	183
Prim en Castillejos.	187
Accion del 14 de enero.	247
Voluntarios catalanes.	337
Batalla del 4 de febrero.	366
Moxó y Sugrañes.	385
Entrada de las tropas en Tetuan.	404

TOMO SEGUNDO.

Entrevista de Odonell y Muley Abbas.	77
Tercios vascongados.	97
Retratos de los generales.	125
Ali Bey el Abbassi.	157
Fátima en el baño.	193
Ali Bey en el desierto.	217
Batalla de Wad-Ras.	247
El Ayuntamiento recibiendo á las tropas.	309
Banquete en los Campos Elíseos.	383

ÍNDICE DE MATERIAS DEL TOMO SEGUNDO.

Pág.

Prim. 1

Dias de tregua. 54

Operaciones marítimas. 83

En Tetuan y sus cercanías. 94

Otra tregua. 141

Ali Bey el Abbassi. 157

Wad-Ras. 242

La paz. 265

Reseña de los festejos celebrados en Barcelona por la entrada de las tropas. 293

FIN.

OBRAS PUBLICADAS

POR LA ESPAÑOLA,

calle Ancha, número 26.—Barcelona.

UN CORPUS DE SANGRE, novela histórica, original de D. Manuel Angelon. Un tomo fóleo menor de 650 páginas, esmerada impresion, papel superior y adornada con 20 preciosas láminas en boj.—Véndese á 50 rs. el ejemplar.

EL PENDON DE SANTA EULALIA Ó LOS FUEROS DE CATALUÑA, novela histórica, original de D. Manuel Angelon, forma un tomo de 800 páginas, tamaño y papel igual á la anterior novela. Va adornada con 25 láminas en boj.—Véndese á 56 rs. el ejemplar.

CRÍMENES CÉLEBRES ESPAÑOLES, contiene esta obra original los crímenes siguientes:

Martin Merino (el regicida) por *D. E. Inza.*
Rafael del Riego.—*D. M. Angelon.*
D. Alvaro de Luna.—*D. G. A. Larrosa.*
Mariana Pineda.—*D. C. Tresserra.*
El Cain de Cataluña.—*D. Antonio Altadill.*
Los Carvajales.—*D. Juan Belza.*
La madre de Cabrera.—*D. C. P. de Guzman.*
José Pujol (a) Boquica.—*D. M. V.*
Los hermanos Marina.—*D. G. A. Larrosa.*
D. Enrique el Bastardo.—*D. G. A. Larrosa.*
Estincion de los frailes y conventos.—*D. Eduardo de Inza.*
Carlos II el hechizado.—*D. G. A. Larrosa.*
D. Luis de Escobedo.—*D. J. Belza.*
D. Rodrigo Calderon.—*D. G. A. Larrosa.*
D. Francisco de P. Cuello.—*D. C. Tresserra.*
El príncipe de Viana.—*D. G. A. Larrosa.*
Torquemada, inquisidor.—*D. G. y García.*
Balseiro y Candelas.—*D. G. A. Larrosa.*
D. Francisco Balmas.—*D. G. L. y García.*
D. José María Torrijos.—*D. G. L. y García.*

Consta esta obra de un tomo de 800 páginas casi fóleo.—Va adornada con 25 láminas y véndese á 50 rs. el ejemplar.

CRÍMENES CÉLEBRES ESTRANJEROS, por A. Dumas (padre). Contiene esta interesante obra los crímenes siguientes:

El Máscara de hierro.
Los Hugonotes.
Los Borjia.
Urbano Grandier.
La marquesa de Brinvilliers.
Vaninka.
Murat.
El correo de Lyon.
Derues.
El último Condé.
Los Templarios.
Mateo Barthas.
Cing-Mars y de Thou.
Carlota Corday.
Carlos Luis Sand.
Los Cenci.
Asesinato de Fualdés.
Los bandidos de Tallano.
Rosseel y Vandemplas.
Pedro Miguel y Bernabé Cabard.

Consta esta obra de un tomo voluminoso fóleo menor que puede subdividirse en dos de 560 páginas cada uno; va adornado con 35 hermosas láminas.—Véndese á 70 rs. el ejemplar.

LA BOLSA, drama en cuatro actos y en verso por D. Manuel Angelon.—Véndese á 6 rs. el ejemplar.

ASESINATO DE D. FRANCISCO DE P. CUELLO; escrito por D. Ceferino Tresserra. —Véndese á 5 rs. el ejemplar.

EL CARNAVAL DE BARCELONA.—Reseña de esta bulliciosa temporada. Un tomo cuarto mayor de 190 páginas adornado con mas de 40 láminas intercaladas en el testo y además 4 láminas litografiadas que representan:

Un baile de máscaras en el teatro del Liceo.

Entrada de S. A. el Carnaval en Barcelona.

La mascarada, cuestando para los pobres.

Entierro del Carnaval.

Cuesta esta obra 12 rs.

EL CAÑON RAYADO.—Periódico satírico de *La Guerra de Africa*. Se publicó durante la campaña de los españoles en Africa y forma un cuaderno en fóleo mayor de 100 páginas á dos columnas, ilustrado con 22 grandes y picarescas caricaturas y 75 mas pequeñas grabadas en boj.—Véndese á 20 rs. en Barcelona y 24 en provincias.

JORNADAS DE GLORIA Ó LOS ESPAÑOLES EN AFRICA, escrita por D. Victor Balaguer. Consta esta obra de dos tomos en fóleo menor, buen papel é impresion clara, va adornada con 18 preciosas láminas litografiadas por el inteligente artista Sr. Planas, entre ellas 3 de colores y una de gran tamaño con los retratos de todos los generales de la guerra de Africa. Véndese á 60 rs. el ejemplar.

LOS MISTERIOS DEL PUEBLO ESPAÑOL, obra original de D. Manuel Angelon. Es la novela original que se ha ilustrado con mas lujo por artistas españoles; consta de 3 tomos fóleo menor, impresion clara, papel superior y va adornada con 40 preciosas láminas grabadas sobre acero. Véndese á 140 rs. el ejemplar.

OBRAS EN PRENSA.

ISABEL II,

HISTORIA DE LA REINA DE ESPAÑA

POR DON MANUEL ANGELON.

Condiciones de la suscricion.

Constará esta obra de unas 40 á 50 entregas, la edicion será lujosa y elegante é irá adornada con primorosos retratos litografiados cuyo parecido garantiza, en su mayor parte, la infalible fotografía. Se publicarán una ó dos entregas semanales.

La índole especial de esta obra nos imponia el deber de publicarla bajo un sistema especial, que permita desplegar en ella todos los adelantos del arte, al mismo tiempo de popularizarla por su economía.

Entregas de esmerada impresion, escelente papel y láminas tiradas en negro: 1 *real la entrega.*

Entrega de tiraje especial, portada de colores, papel superior y láminas impresas en papel vitela á dos tintas: 2 *reales la entrega.*

MEMORIAS DE UN NOTARIO.

De esta obra interesantísima que constará de unas 20 á 25 entregas lo mas, se publicarán 2 entregas semanales sin interrupcion, porque tenemos ya todas las láminas grabadas y el original censurado en nuestro poder. Cada entrega constará de 16 páginas casi fóleo y á cada dos entregas próximamente se repartirá una bonita lámina dibujada por el inteligente artista Sr. Urrabieta y grabada en boj por los mejores grabadores de Madrid y Barcelona. El precio de cada entrega será 1 real en toda España.

EL ORO,

REY DEL MUNDO.

Esta obra saldrá á luz en edicion de lujo, tipos nuevos, papel superior satinado é irá adornada con preciosísimas láminas coloridas. A pesar del lujo de esta edicion la entrega constará de 16 páginas casi fóleo y costará cada entrega solo 1 real en toda España.

ESPAÑOLES

EN AFRICA

1 — 2

G 37205